

CRÓNICAS DE SHÁMSALA

J.L. GOIKOETXETA

Hace tiempo leí un libro lleno de vida y color.
A raíz de ello me animé y quise hacerme el intrépido escritor.
No tenía ni idea dónde me metía.
Este es el resultado.

El Reino de Shámsala existe.

Se halla ubicado en la Constelación que llamáis “El Cisne”. Su sistema solar es el que gira alrededor de la estrella madre Deneb situada a demasiados años luz de La Tierra.

Alrededor de Deneb orbitan 23 planetas. El decimotercero de ellos se llama Carioth-Carbalon, y ahí es donde se encuentra nuestro hogar, el reino de Shámsala.

Incomprensiblemente los seres que habitamos Carioth-Carbalon somos idénticos a vosotros los seres humanos y curiosamente también tenemos dos sexos opuestos diferentes, el masculino y el femenino. Por decirlo de alguna forma, es como si una gran mano maestra hubiera tenido la misma idea para dos lugares tan lejanos entre sí; la Tierra y nuestro querido Carioth-Carbalon.

Sin embargo, hay algo que nos diferencia de vosotros. Algo real e inexplicable, sumamente importante e increíble, su nombre es “magia”. Aquí, en nuestro maravilloso planeta la magia existe, es real como la vida misma y llega a participar muy activamente en la vida de muchas personas, aunque estas no la deseen, puesto que no por llamarse magia significa que sea algo bueno.

Si durante una noche estrellada de verano, miras en dirección a la constelación de El Cisne, verás en su cabecera a Deneb. En este sistema solar nos encontramos nosotros, en nuestro querido planeta Carioth-Carbalon, el decimotercero.

Y si algún día llegas hasta aquí...

Bienvenido seas extranjero, pero se precavido, muy precavido.

AVISO IMPORTANTE

Información de tipos de letra o fuente. Hay tres diferentes.

PLAYFAIR DISPLAY MEDIUM

Cuando el príncipe Degall relata su historia.

PLAYFAIR DISPLAY MEDIUM INCLINADA (fuente negrita e inclinada)

Cuando se enarmoniza.

ROBOTO LIGHT

Cuando relata el narrador

(*) Información de asteriscos.

Cuando aparece un asterisco delante de un nombre, significa que hay información importante al final de la novela relativo a este nombre.

(*) Galusas

(*) Las Cartas del Dolor

(*) Vasininos

(*) Juegos del Circo

(*) La alta torre - Un poco de historia y demás – La traición de Ganvard

(*) Slá

(*) Lincoulos

(1,2,3,4,5...) Información de números

Al aparecer cualquier tipo de estos números en la novela, en la dirección se podrá ver una foto con el mismo número que ofrecerá una información o referencia de la acción, suceso, personaje, etc. Etc.

CRÓNICAS DE SHÁMSALA

Preludio

1 - Año 18– Las Cartas de Dolor

2 –El castigo

3- La reina y su guardián

4 - Despedida y partida

5 – Un viaje con sorpresa

44 - Malta Tacin

45 - Barfkeff

46- De nuevo... Vende

47 - Sentenciado

48 - ¡Adiós Gumb!

- 6 – Y sorpresa tras sorpresa
- 7 – Posesión
- 8 - Slá
- 9 – Dor-Alia
- 10 – Cena de bienvenida
- 11 – La puerca y el zorro
- 12 – La ruta del deseo
- 13 – Un plebeyo en palacio
- 14 – Elcor Vaalam de Shámsala
- 15 – Análisis y perspectiva
- 16 – La fiesta
- 17 – Amadia y Cymbal
- 18 – La playa olvidada
- 19 - El regalo de Brigadion
- 20 - La esencia de “Lo Prohibido”
- 21 - Un nuevo hogar
- 22 - Malas nuevas
- 23 - La cruz de la cara
- 24 - Medidas a tomar
- 25 - Las gemas Lamverdyanas
- 26 -Encuentro
- 27 – Los regalos
- 28 - El trato peligroso
- 29 - La tristeza de Chafan
- 30-¿Y cómo van las cosas? I
- 31 - Vuelta a la normalidad
- 32 - Graggo
- 33 –Risco y Graggo
- 34 - Destino Basteff
- 35 - Una cruel aventura
- 36 - Sin clemencia
- 37 - Ejecución
- 38 – Un trabajo muy mal realizado
- 39 - Dos es compañía
- 40 - Nocturnidad
- 41 - La caza
- 42 - Sin dirección
- 43 - Año 19
- 49 - ¿Y cómo van las cosas? II
- 50 - Mentira sobre mentiras
- 51 - Un bonito funeral
- 52 – Rumbo al este
- 53 - Romance oculto
- 54 - Contra las cuerdas
- 55 - Los Veintitrés
- 56- Retorno al hogar
- 57 - Reencuentro
- 58 - Enarmonía
- 59 - Despropósito
- 60 - A mis brazos
- 61 - Prevenido
- 62 - Xara
- 63 - La granja
- 64- La gran apuesta
- 65 - La reunión
- 66 - Pies de barro
- 67 - Recuerdos para Gumb
- 68 - Impasse
- 69 - Enemigo amigo
- 70- Sucesión
- 71 - El testamento
- 72- Coronación
- 73 - Lienha
- 74- Un accidente obligado
- 75 - Un verdadera mentira
- 76 - Perdón
- 77 - Mierda sobre más mierda
- 78- Landia
- 79 - Los tres ejércitos
- 80 - Ofensiva
- 81 - La batalla slá
- 82 - A sangre y espada
- 83 - Regreso final
- 84 - El despertar
- 85 - Traición
- 86 - Liberación

“CRÓNICAS DE SHÁMSALA”

SHÁMSALA, gracias por dejarme descubrirte

J.L. GOIKOETXETA

-Así soy yo... vuestro rey emperador Degall Vaalam de Shámsala. Y por todas mis anteriores acciones y a sabiendas de no tener derecho a ello, solicito humildemente vuestro perdón lamentando en demasía mis actos. Desde mi corazón solo decir que la pena me mata, y que ojalá nunca hubiese nacido”. Reconozco la crueldad de mis actos y esto es algo que no me deja vivir en paz conmigo mismo. Esa es mi única verdad.

(CAPÍTULO 44 – AÑO 18)

Creo que deseaba tanto la muerte de mi hermano como él anhelaba la mía. Curioso, ¿no? Con el tiempo eso era lo único que flotaba continuamente en mi mente. Hablaba, sonreía y actuaba con él como si realmente le amase, pero mis pensamientos eran muy diferentes a todo cuanto decía y obraba.

Solo vivía para trazar un plan y liquidar para siempre a aquel estúpido espécimen, aquel insecto repugnante impropio del reino de Shámsala.

Aunque supongo que por su atontada y abobada cabeza pensaba lo mismo sobre mí.

Pero con Lienha, mi querida y adorable Lienha, con ella mis pensamientos eran totalmente diferentes. Intentaba no mostrar mis sentimientos, pero la amaba hasta tal punto que necesitaba hacerla mía a toda costa.

Aunque no me desease; eso no importaba.

Aunque costase lo que costase, tampoco importaba.

Un día yo sería el emperador de Shámsala y ella siempre a mi lado, mi reina, mi emperatriz.

Sólo mía.

De nadie más.

1

“AÑO 18 - LAS CARTAS DE DOLOR”

El arquero **(1)** sacó rápidamente la flecha de la aljaba, tensó el arco, apuntó y disparó al caballero que avanzaba hacia él con la espada en la mano y con fines poco amigables. La flecha penetró por una abertura del yelmo y el guerrero cayó al suelo irremediabilmente muerto. Nada más tocarlo se deshizo en una pequeña columna blanquecina de humo. Increíblemente apareció de la nada un feroz (Galusa **(*)**) que con su lanza atravesó al arquero antes que a este le diese tiempo a reaccionar. Una nueva y diminuta columna de humo volvió a aparecer de la nada en la punta de la lanza donde estaba empalado el arquero y este desapareció también como por arte de magia.

Por detrás del guerrero una silueta ahora de un trovador surgió con una flauta en la mano, más viendo al guerrero que se giraba y corría hacia él con lanza en ristre apuntándole, comenzó a huir rápidamente.

- ¡Eh! Eso es trampa, Gumb –dije acaloradamente-. El guerrero no puede matar al trovador, es un músico.

- ¡Venga, venga, Degall! –contestó mi hermano con una sonrisa de oreja a oreja-. Si no le quiere hacer nada, solo rascarle la oreja un poco. ¡Ja, ja, ja!

- ¡Gumb! –chillé, pero lo más bajo que pude-. No dejes que lo mate por favor, creo que no tengo más trovadores.

-No puedo hacer nada por él, Degall –dijo mirándome a los ojos con cara zorruna-. El juego es el juego ya sabes, y así son las normas.

El trovador arrinconado contra la pared no tenía otra opción, por lo que después de recibir el ataque galusa se convirtió sin más en otra columna de humo.

Nos encontrábamos escondidos dentro de un armario, sentados de cuclillas y con un gran cirio que habíamos llevado para tener algo de luz para poder jugar. Posiblemente andar allí con poco o ningún cuidado significaba acabar bastante chamuscados, además de recibir un buen castigo. Al mirar hacia arriba se apreciaba que el armario no era el de una persona cualquiera, abrigos y camisas de colores decían mucho de a quién pertenecían. Allí dentro, el velamen aquel daba a todo un color rojo anaranjado y si aquello hubiera comenzado a arder no sé qué hubiera sido de nosotros. Las sombras que generaba su luz en las paredes hacían que pudiéramos casi distinguir grotescas figuras. Cualquier movimiento que haríamos cerca del cirio, creaba vida en las sombras, formas de vida negra, roja, anaranjada.

Con diecisiete años recién cumplidos, nos encontrábamos mi hermano Gumb y yo dentro de un gigantesco armario de padre con la esperanza que no nos encontrase nadie jugando claro estaba... con cartas mágicas traídas de las tierras del sol, las llamadas Cartas de Dolor (*).

¿Un trovador? No lo comprendía. ¿Para qué demonios podía servir un trovador? ¿Para qué?

Lancé mis tres últimas cartas y esta vez apareció una amazona ataviada con una hermosa capa de piel de animal con cinco dagas en una de sus manos asidas por su punta. Antes siquiera de poder respirar las lanzó velozmente hacia el cuerpo del guerrero Galusa. Cuatro de ellas impactaron en él, la quinta falló y no pudo hacer blanco. No pude contenerme de la emoción y grité alzándome dentro del armario chocando con la ropa.

- ¡Bien! ¡Toma ya! ¡Fastídate, Gumb!

Noté que mi hermano me miraba fijamente con rabia, no supe si era por las heridas que mi amazona había infringido a su guerrero o bien por el ruido que había hecho mostrando toda mi patosidad.

- ¿Eres idiota o qué, Degall? –preguntó con voz baja-. ¿Acaso quieres que nos descubran y nos pongan otra vez a leer esa mierda de lectura?

-Si, sí, perdona, perdona –dije intentando hacer desaparecer mi sonrisa-. No va a volver a pasar, ya verás. Sigamos con el juego.

En esos momentos mi amazona se dirigía tranquilamente caminando hacia el galusa que yacía mortalmente herido y postrado de rodillas, pero que se negaba a caer todavía inerte. Tenía tres dagas en la zona central de su estómago y una cuarta que desaparecía dentro de una de sus piernas. La amazona según se le acercaba, con la mano izquierda se estaba sacando algo de la zona trasera de su caballera. Una vez vi lo que era, volví a sonreír, pero esta vez la mirada de mi hermano hizo que no gritase de alegría, pero por muy poco.

Se estaba sacando de su larga cabellera una afilada aguja negra, cuando llegó a la par del guerrero y sin ningún tipo de contemplación, la hundió directamente entre sus ojos. El galusa como los anteriores personajes, desapareció entre una pequeña columna de humo. La amazona se giró entonces desde su pequeña estatura en el suelo hacía mí, cogió la aguja la limpió con su capa y alzando ambas manos, me la enseñó a modo de victoria.

-Espera, espera –dijo rápidamente Gumb buscando una salida a su derrota–. Esto no ha acabado todavía, me queda otra carta.

Y diciendo esto la lanzó al suelo. De ella apareció un tamborilero, un pobre y triste tamborilero. ¿Con eso pensaba derrotarme?

Esta vez tuve que hacer fuerzas para no gritar de alegría al ver la cara de Gumb. ¿Qué iba a poder hacer un simple tamborilero contra una guerrera amazona armada y dispuesta a dar su vida por mí?

- ¿No has oído nada raro? –le pregunté mirando hacia la abertura de la puerta del armario-. ¿Un ruido o algo parecido? ¿No has oído? Viene de fuera.

-No –contestó sin ningún interés. La partida estaba inevitablemente acabando con todos los argumentos a mi favor, así que molestándose bastante por su casi segura derrota añadió–. ¿Qué tienes? ¿Miedo a que nos pillen aquí? Cobardica, eres un inútil cobardica.

Mientras, mi amazona se lo estaba tomando con calma rebanando el cuello al pobre tamborilero que ya empezaba a difuminarse.

Súbitamente, se abrió la puerta del armario, la luz del día inundó nuestro poco iluminado escondite y la voz mezcla entre histérica y alegre de nuestra hermana Lienha **(2)**, vibró de tal forma que casi nos deja sordos a los dos.

- ¡Están aquí! ¡Están aquí! ¡Ven Rutter! ¡Corre, corre! ¡Date prisa!

Aquello era lo peor que nos podía pasar, ser delatados por nuestra puñetera hermanita chivata de exquisito y muy placentero cuerpo.

Se puede decir que desde que tuvimos uso de razón, en vez de ir por el camino recto, los tres hermanos preferíamos utilizar el que daba vueltas, giraba y atajaba. En otras palabras, no hacíamos ni una derecha. Cada dos por tres recibíamos una reprimenda de nuestros cuidadores y si esta acababa llegando a oídos de nuestro padre, luego venían los sopapos con la consiguiente cara roja y caliente durante buena parte del día. Lienha no se quedaba atrás y padre tampoco, le daba igual chico que chica, atizaba a todos por igual. Pero esto no nos amilanaba y hacíamos una detrás de otra, también hay que decir que el adjetivo de príncipe o princesa propiciaba que mucha gente no nos delatara a padre, recibiendo por supuesto la correspondiente recompensa de nuestra parte. Teníamos el poder de comprar a casi todo el mundo, lo sabíamos y lo utilizábamos. Nos comportábamos entre nosotros y con los demás como auténticas alimañas. Aun así, vivíamos felices dentro de nuestra propia infelicidad. Podíamos perfectamente llegar a ser extremadamente ruines, envidiosos, prepotentes y chivatos, además de acusarnos constantemente de lo que hacían los otros a nuestro padre. Todo esto con tal de ver cómo alguien acababa llorando y humillado una y otra vez, cuando no ferozmente abofeteado. Así que era común recibir la huella del anillo de nuestro “querido” progenitor en una mejilla, aunque lo más normal era en las dos. Más que hermanos muchas veces parecíamos verdaderos enemigos y por más que Chafan, Rutter y Brigadión intentasen continuamente llevarnos por la senda correcta, parecía imposible que consiguiesen lograrlo algún día.

Gumb y yo, teníamos una anatomía bastante similar, con unos cuerpos ya hechos, fibrosos, atléticos. Bastante a menudo nuestros instructores no sometían con rigor a pruebas físicas, todas ellas encaminadas a mejorarnos en este plano. Mientras yo solía llevar el pelo largo y negro atado con una coleta para estar más cómodo, Gumb que lo

tenía un poco más claro, casi siempre lo llevaba suelto. Éramos altos, herencia de nuestros antepasados supongo, y nuestros allegados opinaban que, en lo relacionado a nuestra belleza, reuníamos muy buenos requisitos para triunfar en el amor, aunque no sé a ciencia cierta si estas opiniones eran reales o más bien un producto del miedo a decir la verdad.

Nuestra hermana Lienha, tenía el pelo largo y bello como el sol. De facciones finas y elegantes y decían que era el vivo retrato de nuestra fallecida madre. Atraía con desfachatez las miradas de los hombres a su joven edad con un cuerpo lleno de sexo y de curvas sinuosas. En más de una vez me vi soñando con aquel cuerpo, aunque fuese el de mi hermana, tocándolo, saboreándolo, haciéndole el amor.

La deseaba con todo mi ser y mi alma.

- ¡Están aquí, Rutter! ¡Aquí! ¡Corre! ¡Ven antes de que se escapen! –sus gritos se dirigían al vasnino (*) que no habían llegado aún a la habitación y que debía venir por el largo pasillo.

Gumb y yo nos habíamos quedado completamente callados sin saber ni siquiera qué decir, nos había dado tal impresión al verla, que permanecimos mudos ante su insistencia de indicar a Rutter nuestro escondite.

Ella seguía mirando hacia la puerta, pero nadie entraba aún, así que siguió;

-¡Les he encontrado. ¡Yujuuu! Y están jugando con Cartas de Dolor –nos miró y chilló–. ¡Gumb y Degall! ¡Degall y Gumb! – levantó su dedo índice y moviéndolo de izquierda a derecha rápidamente y añadió-. Eso no se hace, llevamos media mañana buscándoos por todo el palacio y nos sabíamos dónde estabais, nos teníais preocupados. ¡Sí, sí! ¡Muy preocupados! Teníais la obligación de estar estudiando, no de jugar. Esta noche, en cuanto vea a padre, le voy a decir lo que habéis hecho, solo por vuestro bien. ¡Ja, ja, ja! Por vuestro bien.

Nos quedamos mirándola boquiabiertos sin saber qué decir. Nos había descubierto jugando cuando debíamos estar estudiando desde el principio del día. Nuestro padre no se contentaría solamente enfadándose, nos culparía y castigaría... ¡y de qué forma!

Lienha era una auténtica loba chivata para su edad, si algo sabíamos, era que no debía enterarse de nada de lo que hiciésemos, ya que con tal de conseguir algo de padre, todo aquello que pasaba por sus ojos se lo contaba con pelos y señales. Lo que estaba ocurriendo ahora era un triunfo suyo y todo triunfo tiene su recompensa.

Jugar en horario de estudios no nos lo iba a tolerar y menos perdonar sin un buen castigo. ¿Cómo pudimos meternos en el armario a jugar? Supongo que éramos jóvenes y como todos los jóvenes, a veces actuábamos a impulsos sin pensar en consecuencias, ni nada parecido. A esa edad no nos daba aún la cabeza para tanto.

Las Cartas de Dolor no era un juego cualquiera, era el juego de cartas más admirado por niños y jugado por adultos. Así que era bastante normal que este nos tuviera tanto a Gumb como a mí totalmente enganchados.

-Lienha, por favor –mi hermano la miró con ojos de cordero degollado–. No se lo digas a padre, entre Degall y yo te conseguiremos lo que quieras. ¿Dinos qué te apetecería tener? ¿Mi giroscopio que tanto te gusta y que no te dejo tocar? ¿El laúd de Degall? Dinos ¿Qué te gustaría?

Pero ella en vez de hacerle caso, giró y correteando hacia la puerta siguió berreando:

- ¡Aquí Rutter! ¡Están aquí! ¡Corre y mira lo que están haciendo! Jugando con Cartas de Dolor en vez de estudiar. ¡Jugaaando! - gritó

Cada uno de nosotros le sacaba a nuestra hermana más de una cabeza de altura y no nos faltaron ganas para darle un buen sopapo. La expresión de Gumb había cambiado, su faz no mostraba miedo, sino maldad. Intentó apartarme para salir del armario corriendo tras ella y tuve la seguridad que iba a cometer una verdadera tontería

consiguiendo con ello acarrearlos peores repercusiones. Como pude le agarré del brazo tirando de él fuertemente.

-Tranquilo Gumb. Ya no podemos hacer nada, no nos queda más que resignarnos - intenté de todos modos suavizar la escena-. Ella es así, ya llegará nuestro turno, tranquilo. Verás que de esta no se escapa. Nos vengaremos, te lo juro por nuestro padre - luego añadí señalando las cartas-. Venga date prisa y recojámoslas, tal vez tengamos una oportunidad si no las ve Rutter.

Gumb me miró y algo debió cavilar porque dejó al momento de intentar seguirla, se agachó y me ayudó a recoger las cartas, escuetamente dijo:

-Vale. Hablaremos más tarde del tema.

Fue una tontería lo que dije de la venganza, pero logré que mi hermano dejara de fijarse en ella mientras la intranquilidad de mis pensamientos por futuros acontecimientos me invadía.

Empezamos a recogerlas a la mayor velocidad posible que podíamos. Mi amazona ya había dado buena cuenta del tamborilero y seguía con la misma postura anterior, estática esperando que cerrásemos el juego o bien que mi hermano lanzase otra más. Cuando reunimos todas desapareció de la escena.

De todos modos, miré hacia Lienha que seguía en la puerta de entrada en la alcoba, medio musitando y esperando al vasnino que parecía no tener prisa por llegar.

-Eres mala hermanita y algún día no sé qué te haré? –escupí con rabia las palabras, mientras por mi mente pasaban brevemente algunos pensamientos dorados con ella.

Estaba como indolente y con una mano apoyada en la jamba de la puerta se mecía tranquilamente. Finalmente dijo mirando hacia el pasillo:

- ¡Por fin Rutter! Mira a quienes tenemos aquí. Estaban jugando con Cartas de Dolor y se lo voy a decir a padre esta noche. ¿Me acompañarás?

Terminamos de recogerlas, apagamos el cirio y salimos del armario justo en el momento que el vasnino hacía acto de presencia en la habitación.

Había intentado esconder las cartas dentro del bolsillo de mi pantalón, pero dadas las prisas más de una parecía que quería asomarse y negarse a entrar. No hizo falta que Rutter las viera, antes que casi acceder a la habitación, ya estaba plenamente informado de todo por Lienha.

-Rutter –señaló con su dedo-. Ahí. Ahí dentro del armario, estaban jugando con Cartas de Dolor y ya sabes lo que opina el rey sobre jugar en vez de estudiar. Las tiene Degall en su bolsillo derecho.

En vez de utilizar la palabra padre, usó la palabra rey sabiendo de antemano cómo reaccionaría él.

-Las llevan escondidas en los bolsillos –repetió para dejarlo bien claro.

-Pero si es que...

Intenté hablar para poder defendernos, pero me fue imposible decir una palabra más. la rápida mirada que recibí de Rutter en absoluto tranquilizadora me había clavado los labios.

Los ojos de nuestra hermana destilaban auténtica victoria, los nuestros mostraban indicios de derrota. Habíamos sido unos verdaderos imbéciles en obrar como lo hicimos, pero ya no había vuelta atrás, no tenía remedio y para remate final culminó:

-Quiero que padre se entere de esto, pero no se lo digas tú ¡por favor, Rutter! Quiero hacerlo yo, porque he sido yo y solo yo quién les ha descubierto ocultos dentro del armario.

-Chivata–espetó Gumb-. Chivata de mierda, ojalá, ojalá...

Pero ella seguía a lo suyo con el vasnino y parecía que no le oía.

-Hazlo por mí, por favor –dijo agarrándole del brazo y haciendo un poco de presión con su expresión mimosa–. Espera a que yo se lo diga al rey y luego se lo puedes comunicar tú. ¿Vale?

Rutter desde su entrada no había dicho nada al respecto, pero dominaba la situación de principio a fin.

-Bien –sentenció–. Ahora vayamos a la biblioteca y comencemos con la clase que ya llevamos demasiado tiempo desperdiciado y perdido por esta tontería. No nos demoremos más. ¡Gumb, Degall! Dadme las cartas ahora mismo.

Extendió su mano hacia nosotros. No tuvimos otra opción más que entregarle nuestras queridas Cartas de Dolor.

-Rutter, por favor –le supliqué–. No consientas que le diga nada a nuestro padre. Ayúdanos.

Sin embargo, quien contestó fue Lienha.

- ¡Cállate ya, Degall! –dijo desafiante y rabiosa. Luego salió precipitadamente de la habitación y desde la misma puerta acabó de rematarme.

–Que te repites como una comida mal digerida. Habéis obrado mal, pues pagad. ¡Ja, ja, ja! Eso..., por idiotas. ¡Por idiotas! ¡La, ra, la! ¡La, ra, laaa!

Y entonó una canción mientras daba saltitos de alegría.

Gumb brincó tras ella intentando seguirla diciendo...

-Te voy a... –pero solo pudo decir estas tres palabras, ya que la mirada amenazante de Rutter le hizo detenerse en el acto, diría que mágicamente.

-Por favor –repitió mi hermano casi con solemnidad–. Demos este asunto por zanjado y vayamos a la biblioteca.

Por el camino oíamos la risa de Lienha que iba delante de nosotros. Sus asquerosas carcajadas inundaban el pasillo por donde Gumb y yo pasábamos con impotencia total, aun así, ella me obnubilaba y yo seguía incapaz de dejar de pensar continuamente en su dulce y hermoso cuerpo.

Al llegar a la biblioteca Chafan y Brigadión nos estaban esperando junto a nuestra hermanita del alma que seguro les habría ya dado buena cuenta del incidente poniéndoles al corriente de todo, sus semblantes no era precisamente el de buenos amigos, pero como la amabilidad no estaba reñida con el momento, nos pidieron con educadas palabras que nos sentáramos los tres a cierta distancia, mientras se disponían a comentar entre ellos lo acontecido. Nuestras miradas se cruzaron con las de Lienha y no eran precisamente miradas de amor.

Viendo a los vasininos dilucidando nuestro futuro, no pude menor que dejar volar mi mente y vivir por adelantado el instante en que nuestro padre se enterase de lo ocurrido. Temí por mí, pero no así por mi hermano, ya que sinceramente me daba igual lo que le ocurriese.

Es más..., su mal me alegraba y no había nada a la vista que presagiara algo bueno para él. Aunque tampoco para mí.

2

“EL CASTIGO”

-Príncipe Degall. La cena está lista –sonó una voz clara desde el otro lado de la puerta.

Aquella noche fui llamado para acudir a la cena como siempre, aunque en esta ocasión era algo, algo diferente. Nada más oír mi nombre, un corazón desbocado comenzó a brincar, saltar y a latir fuertemente sin ton ni son. Solo el hecho de oír mi nombre lo puso a cabalgar furiosamente.

Raudo me preparé, abrí la puerta y salí de la habitación, allí me estaba esperando mi siervo esclavo Loren, quién me atendía en temas relacionados con mi vestuario y aseo. Era el encargado de despertarme siempre al alba y avisarme cuando estaba preparado el desayuno o bien la comida o cena, además de otros menesteres.

Inicie mi agónico y torturador camino hacia el comedor con Loren, siguiéndome a una distancia prudencial. Más adelante Gumb me aguardaba en la puerta de su habitación también acompañado de su siervo Balk, que le había ido a avisar lo mismo que a mí.

-¿Qué crees que nos hará? -me preguntó al llegar junto a él.

-Conociendo a padre. ¡Bah! Cualquier cosa –respondí abatido.

-¿Cómo hemos podido ser tan idiotas? Además, conociéndole, ¿cómo se nos ocurre escaparnos y escondernos con las puñeteras cartas a jugar dentro de un armario? ¿Somos imbéciles o qué? Tenías que haberme convencido que no jugáramos.

La verdad es que no tenía respuesta a sus preguntas, por más que lo pensaba no me explicaba cómo habíamos sido tan majaderos. Pero el incendio estaba desatado y ahora lo único que quedaba era apagarlo. Lo que utilizaría padre para ello era lo que desconocíamos. Estábamos parados en medio del pasillo sin atrevernos a dar ni un paso hacia adelante,

-Tienes razón -contesté-. Debí convencerte, pero ¿por qué no lo intentaste tú conmigo? Ha pasado así y no hay vuelta atrás.

Gumb soltó una débil risa.

-¿Sabes qué le contesté a Balk, cuando vino a buscarme?

-Supongo que alguna tontería de las tuyas.

-Le respondí desde detrás de la puerta que me encontraba indispuerto y que no podía acudir a la cena –decía esto mientras sus dos manos una encima de otra, estaban girando alrededor de su estómago a modo de aliviar un dolor imaginario–. Le dije que tenía un tremendo dolor de tripas y hasta me quejé un poco, ¡Ay, ay, ay! ¿Y te puedes imaginar qué me contestó el muy lerdo?

En ese momento cambió su voz por una mucho más aguda, hizo una pose de jorobado subiendo un hombro más que otro, torció su cuerpo y poniendo cara de idiota, añadió:

-Esté tranquilo príncipe Gumb, el rey ya me ha avisado que si usted no podía acudir a cenar, él personalmente vendría a visitarle a sus aposentos -dicho esto volvió a enderezarse - ¿Qué te parece, Degall? Así que no tuve otro remedio, rápidamente me levanté, me vestí, salí al pasillo y aquí estoy esperando a que pases para ir juntos..., ir juntos al patíbulo. Hagamos lo que hagamos, no hay vuelta atrás como bien dices. La hemos liado y gorda esta vez.

-Vamos a ver, Gumb. La única oportunidad que nos queda es no parecer débiles. Si padre nos ve temerosos o algo parecido, va a ser peor para nosotros.

-Eso es muy fácil decirlo -contestó-. Pero como venga con la fusta en mano ¿Qué demonios haces? ¿Esperas o sales huyendo?

De repente la voz de Loren nos devolvió instantáneamente a la puerta del cuarto de Gumb.

-Por favor –dijo amablemente señalando con su mano hacia adelante, mientras Balk asentía con la cabeza a su lado–. Príncipes por favor. Debemos continuar o encontrarán la cena fría.

-Tú te callas -le contesté enrabiado al oír su comentario–. Como vueltas a decir algo o interrumpirnos, ordeno que te corten la lengua aquí mismo, ¿entendido?

Loren nos miró y agachó la cabeza sumisamente, Balk por lo que le podía tocar por mi parte hizo lo mismo.

Ser príncipe de Shámsala era tener poder para casi todo, pero este poder acarrea dos cosas, una buena y otra mala. La buena era que lo utilizábamos siempre

en nuestro propio beneficio, conseguíamos lo mejor de lo mejor, nada se escapaba a nuestra codicia sin fin, nuestro título de príncipes lo decía bien claro, intocables inmejorables, listos e inteligentes. aunque por supuesto todo eso era una vil patraña y más mentira aún. El lado malo; que no teníamos ni idea de cómo utilizar este poder en beneficio de alguien que no sería nosotros mismos. Otorgarle algo a alguien que no fuera para nosotros primero, no entraba para nada en nuestros planes. Una vez más al jugar con las cartas y con diecisiete años demostramos la escasa inteligencia que llevábamos encima, y así éramos los tres hermanos cortados por un mismo patrón, tres piezas inútiles de un mismo retal.

-Déjale y vamos ya hacia el salón –dijo Gumb–. Puede ser peor así, dejemos las cosas tranquilas y cuanto menos ruido hagamos, mejor que mejor.

-¡Mierda!–fue lo único que le pude contestar. Gumb tenía toda la razón.

Príncipes o no, no había otra opción más que empezar nuestro peregrinaje hacia el sufrimiento, así que, sin más opciones para poder huir, nos pusimos en marcha los cuatro. Marchamos sin hablar, cabizbajos y pasando por diferentes pasillos bajamos al salón comedor.

Esta era una gran estancia que disponía de tres chimeneas que estaban encendidas puesto que el frío del invierno había empezado ya a mostrarse. Multitud de lámparas de aceite decoraban e iluminaban el lugar, había retablos, lienzos y cuadros por todas las paredes, escudos de armas, armaduras y en el centro en una gran mesa redonda, conversaban amigablemente padre y Lienha.

Fuimos anunciados con gran pomposidad y como si no pasara nada de nada, entramos y nos acercamos a la mesa acomodándonos junto a ellos.

A cierta distancia sentados en sus tres butacas, se encontraban Rutter, Chafan (3) y Brigadión (4). Nos habían visto al entrar, pero seguían hablando entre ellos sin mostrar ningún interés en nada de lo que les rodeaba, de vez en cuando podían emitir una risita baja o un ademán, pero nada más. Eran extremadamente cautos en que sus palabras y comentarios no nos molestasen y aunque no lo pareciese, estaban continuamente atentos a todo lo que ocurría a su alrededor.

-Gumb, Degall, ya era hora. Lienha y yo estábamos a punto de empezar sin vosotros –dijo padre (5) alegremente–. ¿Qué? ¿Tenéis hambre? –y me guiñó un ojo según le daba a Gumb que estaba junto a él, un empujoncito con el codo–. Mirad los pobres “lechooncitos”. ¡Huy! Pero no hablemos muy alto que tal vez los despertemos. Vaya como duermen y encima no roncan. ¡Ja, ja, ja!

Mi hermano y yo no teníamos ninguna gana ni de reír ni de comer por muy deliciosa que estuviese la cena, ya que tenía la certeza que esta se nos iba a atragantar desde el primer bocado.

Lienha nos observaba con una sonrisa de oreja a oreja, no sabíamos por dónde iba a salir, pero fuese por donde fuese, seguro que no iba a ser para nada bueno.

-¿A que hoy hemos estudiado mucho? –fue lo primero que salió de su boca mirándonos según cogía un trozo de pan.

Me quedé clavado al asiento y supongo que a Gumb le pasó lo mismo, intenté disimular como pude diciendo:

-Bueno, sí, esto..., hoy ha sido un día complicado, las lecciones han sido muy duras y la música que nos ha enseñado Chafan, ha estado genial. ¡Por cierto! Me ha enseñado un poema sobre un antiguo rey del reino, creo que se llamaba Srandó, ¿Queréis oírlo padre?

Podía haber dicho miles de tonterías más y el poema lo había aprendido hacía tiempo, pero no sabía que hacer ni que decir. Pensé que mientras hablara, los demás estarían callados y así tal vez pasase el vendaval por encima de nuestras cabezas sin tocarnos. Proseguí, ya que nuestro padre parecía haber asentido afirmativamente.

Retiré la silla hacia atrás y me levanté para recitar. Padre me miraba muy atento y callado, Lienha seguía con su sonrisa y Gumb observaba anonadado, luego volvió su vista hacia su plato con el codo en la mesa y su cabeza apoyada en la palma de su mano, como aburrido por la situación. Su cara sí que era un poema.

-Es un poema que habla del amor que tenía el rey Srando hacia sus hijos Ranko y Lurba..., dice más o menos así:

Dos luces brillan como el sol,
Pero no puedo verlas mi amor,
Dos sombras ocultas en la noche,
Pero no puedo verlas amor,
Dos espadas que hieren mi corazón,
Que late en...

-Degall.

La voz de nuestra hermana sonó por encima de mi poesía y rompió todo el encanto de mi ingenuo disfraz de poeta.

-Degall, eres un verdadero mentiroso, ese poema ya te lo sabías desde hace tiempo. ¿A quién quieres engañar? Eres un zopenco, hermanito.

Callé y si las miradas matasen, mi hermana debía haber muerto en aquel mismo instante. Sin poder controlarme, le reproché:

-¡Mentirosa! ¡Lo he aprendido hoy! Te voy a coger de esos pelos de escoba que tienes y te, te... -por más que intenté soltar toda una vorágine de palabras, no pude decir ni una más. Todas se agolparon en mi atolondrada boca, pero ninguna de ellas salió.

-¿Tú? ¿Y lo vas a hacer solito o necesitas algún bastardo, tipo Loren?

Sentí que a padre no le desagradó del todo el comentario de la víbora que tenía enfrente.

-Yo solo! -rabié-. Y no necesito ayuda de nadie para romperte la cara y a la primera ocasión que...

-¡Basta!

La voz de nuestro padre irrumpió en la discusión de tal forma, que Lienha como yo retrocedimos dando un inesperado salto hacia atrás; ella en su silla y yo de pie.

-Cómo os vuelva a oír a cualquiera de vosotros y eso también va por ti Gumb, aunque no hayas abierto la boca aún -la voz de padre resonaba como un trueno-. Cómo vuelva a oír el más mínimo comentario de cualquiera de vosotros contra quién sea, os la vais a tener que ver conmigo y no creo que eso en absoluto os convenga, ni que os plazca.

Rutter y sus hermanos habían girado sus cabezas y nos observaban en silencio, a cualquier orden de mi padre acudirían al momento para lo que fuera necesario.

-Así que callad de una vez y dejadme cenar en paz. ¡Malditos mocosos!

Con el ambiente bastante enrarecido empezamos a cenar sin más demora y no hicimos ya ningún comentario de nada de lo que pensábamos. Padre prosiguió hablando como si nada de temas que se sucedían por el reino, como altercados, robos, algún que otro asalto, etc., etc., etc.

Muy a menudo y esta noche también para no ser diferente, solía darnos consejos sobre cómo regir un imperio, la forma de reinar, los pros y los contras de sus reales actuaciones. A medida que iba discurrendo la cena el ambiente era cada vez más distendido y en un momento dado hizo una seña con la mano a Chafan para que se acercase, este como impulsado por un muelle se levantó del sillón y vino hacia nosotros.

-Su excelencia dirá. ¿En qué le puedo servir?

-Chafan, tengo entendido que las tierras del Brick Sanx-Lord, han sido lugar de algún robo últimamente. ¿Qué sabes de ello?

Se denominaba Brick a todo aquel gran noble de muy buen linaje que hubiera servido a la corona desde tiempos inmemoriales. Todo Brick tenía derecho de vez en cuando a ciertos favores por parte del rey y si necesitaba ayuda la iba a obtener rápidamente, ya que a sus peticiones se les daba un trato especial. Aunque no por ser Brick se podían librar de una soga al cuello en un momento dado.

-Excelencia -respondió Chafan-. Hace dos semanas una caravana con 17 carretas que se dirigían a Susura cargadas de ropajes, víveres y otras existencias para el gobernador de Alghall, fueron atacadas y saqueadas cerca del río Denon, desapareciendo todo rastro de quien lo hizo. En cuanto supimos lo sucedido mandamos un batallón con 100 hombres dirigidos por el Capitán Sornae para investigar por los alrededores. Al llegar allí, puedo informaros ya, que no se encontraron pistas de quién realizó el ataque, y además..., parece ser que ningún campesino vio nada al respecto. Esta gente no contesta a nuestras preguntas, desconociendo si es por miedo o por ayudar a los atacantes. A los conductores de la caravana, nos les hicieron daño alguno, simplemente les dejaron amordazados en los árboles de la ladera de monte.

La rabia de nuestro padre estaba a punto de explotar mientras gesticulaba como un muñeco con los brazos.

-¿Cómo puede ocurrir esto en mi reino? Chafan, dímelo. ¿Cómo puede ocurrir esto? Dame una buena razón para que me serene y no mande ahora mismo que ejecuten a todos esos miserables campesinos, que no han visto ni oído nada.

Chafan contestó con sutileza.

-Mi rey, son tiempos difíciles por los que estamos atravesando en el reino. El populacho viste con andrajos y por no tener, casi no tiene ni herramientas para trabajar. ¿Y qué os puedo decir sobre la comida con la que deben alimentar a sus hijos? Poca, majestad..., tienen muy poca. Aun así, los impuestos que su excelencia ha decretado siguen creciendo y diezmando cada día más sus cadavéricas existencias.

-¿Chafan, que propones que hagamos entonces? -dijo padre sarcásticamente-. ¿Devolverles los impuestos pagados acaso? La corona necesita de esos impuestos.

-Lo que menos le interesa excelencia, es una revuelta popular. Tal y como está todo ahora mismo el reino, sería totalmente contraproducente masacrar a unos campesinos. El populacho como os digo está a falta de muchas e importantes necesidades para una vida digna. Podríamos esperar a que pasasen los juegos del circo (*) después de los cumpleaños reales, seguro que entonces estarán mucho más tranquilos y serenos.

Padre se quedó un instante muy pensativo, Chafan le había tirado por tierra sus ansias de aniquilar a unos cuantos pobres hombres. Al final y con muchas dudas que tuviese, siempre intentaba acatar de buen grado los consejos de este. La experiencia le había demostrado en multitud de ocasiones, que era mucho mejor hacerles caso que ignorarlos.

-Buen Chafan -acabó diciendo-. Tus sabios consejos y los de tus hermanos es lo mejor que oigo todos los días, si no fuese por vosotros no sé qué haría. Te puedes retirar.

Su atención volvió a la mesa justo cuando Lienha y yo habíamos acabado ya de cenar. Gumb todavía no había empezado con el postre, resultaba evidente que le costaba comer. La tempestad parecía que o bien pasaba de largo y se olvidaba o estaba esperando escondida en algún rincón.

Según Chafan llegaba a su sillón y se sentaba, padre se volvió hacía los vasininos y esta vez llamó Rutter haciéndole una seña con la mano. Este se acercó también con celeridad.

-¿Excelencia?

-Rutter, ¿puedes repetirme de lo que me has informado esta tarde en mi despacho, en relación con el estudio de mis hijos?

-Sí, excelencia –Rutter muy serenamente con el rostro serio empezó a relatar lo ocurrido aquel día-. Esta mañana a la hora de la clase de historia, desaparecieron sin más los príncipes Gumb y De...

-¡Rutter!–la voz de Lienha sonó con impertinencia repentinamente–. Me habías prometido que iba a ser yo quién se lo comunicara. ¿Por qué le has dicho nada a padre?

Aquella situación pareció agradaarle a nuestro progenitor y en vez de cortar por lo sano, dejó hablar a mi hermosa y descarada hermana.

-Princesa Lienha, mi honor está por encima de todo y ese honor me hace saber a quién debo lealtad hasta mi muerte –señaló a padre-. Él es el primero y el único a quién debo lealtad, a mi rey Crotor Vaalam de Shámsala. Es a él a quién debo informar de todo lo que sucede a su alrededor, es algo primordial y más cuando están involucrados sus hijos.

Pero Lienha no se rendía, así como así, no tan fácil.

-Rutter, yo solo te pedí que me dejases informarle a mi primero, yo los he descubierto, yo te he llamado, yo te he enseñado sus cartas ¡Yo! ¡Yo! –Lienha acalorada se expresaba cada vez más alto y acabó gritándole-. ¿Por qué no me sirves tan bien como a mi padre?

Él la observó y de reojo a padre también que tenía una extraña sonrisa en los labios, aquello tenía pinta que iba a acabar muy mal. Gumb y yo estábamos perdidos, ahora mismo se iba a descubrir todo, bueno descubrir no, por lo visto padre ya lo sabía de antemano.

-Princesa Lienha, os lo repetiré las veces que haga falta -volvió a decir el vasnino con paciencia infinita-. Primero es el rey, segundo es el rey y tercero es el rey. Siempre es el rey. ¡Nunca... es... la princesa!

Dijo las últimas palabras separando una de otra para que se oyesen bien claras y fuertes. Al oírlas con tal firmeza, la impotencia de Lienha fue evidente y sus labios empezaron a temblar en señal de rabia y hastío. No podía decir ni hacer nada, pero intentó como siempre era ella, algo más; intentó sobrepasar el límite.

-Rutter, no quie...

-¡Basta ya! Corrosiva niña mimada. –gritó padre– Creo que lo mejor que puedes hacer por tu bien es cerrar esa boca tan nociva que tienes si no quieres que te estampe en ella ahora mismo mi sello real. ¡Basta ya! ¿Me has oído?

-Per... perdón, padre –dijo Lienha con un hilo de voz según agachaba la cabeza humildemente-. No volverá a suceder. Perdonadme por favor.

Verdaderamente esta fue una de las ocasiones en que más alegría sentí interiormente en relación con mi hermana. Momento corto, pero intenso. Qué triunfo más grande, Gumb y yo victoriosos, ella hundida en la miseria. Por un instante pensé que la locura del día había pasado, pero nada más lejos de la realidad. Padre se había girado hacia nosotros.

-En cuando a vosotros dos, hoy vais a saber lo que es bueno. Sigue Rutter, repite lo que me has informado antes.

El vasnino asintió con la cabeza, juntó ambas manos y tocó con los dos dedos índices su labio inferior recapacitando sobre lo que iba a contar.

-Mi rey, esta mañana cuando llegamos mis hermanos y yo a la estancia donde impartiríamos la clase a vuestros hijos, nos extrañó de sobremanera que los príncipes no se encontrasen allí. Esperamos un tiempo prudencial y viendo que no llegaban decidimos preguntarles a Loren y a Balk sobre ellos. Nos contestaron que esta mañana les habían despertado llevándoles el desayuno, esperaron a que terminasen y posteriormente los acompañaron hasta el lugar donde iban a recibir las clases dejándoles allí, en espera de que llegásemos Chafan, Brigadión y yo.

-¿Y Lienha? ¿Dónde estaba Lienha? –preguntó padre buscando un tercer culpable.

-Majestad, Lienha estaba en la misma clase atenta a sus deberes y debo decir que cuando le preguntamos por sus hermanos, negó con la cabeza saber dónde se encontraban estos, simplemente dijo que habían salido de la estancia.

Una tibia sonrisa afloró en la cara de Lienha que se estaba recuperando del varapalo anterior. Rutter prosiguió con los detalles sobre nuestra desaparición, Gumb le miraba con cara de reo que acude al patíbulo y supongo que esa cara era el fiel reflejo de la mía.

-Como pasaba el tiempo y no aparecían decidimos separarnos e ir en su busca—siguió—. Esto nos llevó bastante tiempo, ya que nadie en el palacio los había visto a la mañana. Lienha se ofreció a ayudarnos y debo decir que fue ella quién les descubrió, se encontraban escondidos en la habitación de ropajes reales dentro del gran armario, tenían un cirio que les daba luz y jugando con Cartas de Dolor.

El ceño de nuestro padre hacía presagiar una tormenta de rayos y truenos para nosotros dos. Creí que con sus siguientes palabras nos brindaba una oportunidad para que pudiésemos defendernos dándole una excusa o algo parecido, un por qué para obrar como lo hicimos. Sencillamente nos preguntó con tranquilidad:

-Y bien chicos. ¿Algo que alegar en vuestro favor?

Decidí ser el primero en responder, cuanto antes llegase el claro sopapo mejor que mejor, seguro que el segundo sería más fuerte y quizás tendría la suerte que se lo tragase Gumb.

-No padre, reconozco que hemos hecho una tontería, actuando impropriamente a como lo haría un príncipe. Pido humildemente el perdón y doy mi palabra de honor que no volverá a ocurr...

-¡PLAFF!

Noté como la cabeza giraba hacia mi derecha movida por la bofetada que había recibido, gracias a que estaba sentado en el sillón no caí al suelo. Noté como mi mandíbula parecía desencajarse por un instante además de un repentino y asfixiante calor que invadía mi mejilla.

Padre se movió entonces hacia Gumb y volvió a preguntar.

-¿Gumb?

Mi hermano lo miró fijamente a los ojos intentando descubrir el justo momento en que iba a llegar el ataque para intentar defenderse. Puso sus manos por delante de su cuerpo a modo de protección y comenzó a balbucear.

-¡Pe... per... perdón padre, per...

-¡PLAFF!

La mano barrió todo lo que había en la trayectoria hacia el destino de la cara de Gumb. Sus brazos salieron disparados hacia la nada y dio la impresión de que iban a salirse de su cuerpo, su mejilla recibió todo el impacto de la bofetada.

Un instante después, los dos teníamos puestas nuestras manos sobre nuestros rojos papos intentando hacer más llevadero el dolor que sentíamos.

Padre habló de nuevo.

-Rutter, las cartas, dámelas ahora mismo que van a ver estos dos desgraciados lo que voy a hacer con ellas.

Chafan que era quien las tenía, le entregó a Rutter la baraja para que este se las entregase. Gumb y yo podíamos soportar uno, dos, tres y todos los sopapos que hiciera falta, pero que nos rompiese las cartas era demasiado; ese final no lo teníamos previsto.

Según Rutter se las daba, mi hermano y yo saltamos hacia ellas con la intención de quitárselas de las manos. Dio la impresión de que esta acción la habíamos previsto, ya que actuamos totalmente sincronizados. Nada más lejos de la realidad.

-¡No, padre! ¡No, por favor! ¡Las cartas, no! —gritamos con rabia intentando llegar a ellas.

Chafan con una agilidad increíble, llegó junto a mi hermano y sujetándolo por las axilas lo alejó de nuestro padre. Gumb empezó a berrear y a dar patadas a todo lo que podía. Fue como un instante de locura y la locura también fue mía, ya que, al momento de saltar hacia padre, en el aire fui movido hacia atrás como si fuese una pluma. Tuve la impresión de que Rutter ni siquiera se había movido, pero me había alejado de mi destino un buen trecho.

Nuestro padre se levantó de su sillón y fue directo a la chimenea, Lienha observaba callada toda la escena familiar y no decía ni siquiera esta boca es mía totalmente muda y expectante, aunque supongo que totalmente esplendorosa de felicidad.

Al llegar junto al fuego, miró a la baraja y juntó bien todas las cartas alineándolas mientras Gumb y yo observábamos pataleando y chillando como idiotas sin poder movernos, bien sujetos por Chafan y Rutter. Hacíamos todo lo que podíamos para soltarnos, pero era imposible, no nos hacían daño alguno, no nos apretaban fuerte, pero era imposible soltarse de aquel abrazo. Desde la chimenea, nuestro odiado padre se volvió hacia nosotros diciendo con rabia infinita:

-¡Imbéciles! Mirad lo que hago con vuestras puñeteras cartas. ¡A la mierda con todas ellas!

Y las echó dentro del fuego. Según fueron quemándose despedían diminutas estrellitas de colores que ascendían hacia el techo de la habitación y desaparecían nada más tocarlo. Finalmente dejamos de patalear por lo que Chafan y Rutter nos soltaron suavemente, pero padre para nuestro mutuo asombro volvió a ordenar...

-Agarrarles otra vez y que se desnuden de cintura para arriba. Vais a saber hoy quién es vuestro padre -miró a Brigadión quien seguía en todo momento atento a los acontecimientos desde la distancia y le espetó—. Brigadión trae ahora mismo mi látigo.

El vasnino salió de salón corriendo y en menos de lo que se tarda en dar cinco respiros, estaba de nuevo allí con el látigo marrón de padre en la mano. Se lo acercó, se lo entregó y volvió a su sillón muy tranquilo.

Rutter y Chafan nos quitaron las camisas floreadas y nos quedamos los dos desnudos como había ordenado esperando lo iba a salir de su retorcida mente, aunque teníamos más que una ligera sospecha al respecto.

Se acercó a la mesa con el látigo en la mano, agarró el mantel y con todas sus fuerzas tiró fuertemente de él. Todo aquello que estaba colocado encima voló por los aires, platos, tazas, copas, cuchillos, servilletas y lo sobrante de la cena. Todo salió despedido cayendo al suelo y Lienha justo se apartó cuando un plano le pasó volando a poca distancia de su cabeza.

Padre siguió a lo suyo sin importarle lo más mínimo el estropicio que había originado.

-Atadles boca abajo ahora mismo en la mesa y que no se puedan mover.

Me quedé inmóvil sin poder articular palabra alguna, no lo podía creer lo que estaba ocurriendo. La saliva acabó por desaparecer en mi boca y ahora no conseguía tragar nada. Gumb me miraba horrorizado y tampoco hablaba.

Chafan y Rutter nos obligaron a doblarnos encima de la mesa y con sus correas de cuero nos ataron firmemente a esta.

Padre se acercó hacia nosotros y chasqueó el látigo unas cuantas veces en el suelo, el ruido que emitía era lo peor que había escuchado en toda mi vida. Empecé a sudar sin más como un poseso e intenté mirar hacia atrás para ver cuando iba a descargar el fatídico golpe para estar preparado lo mejor posible. Quise pedir ayuda con mi acobardada mirada a Chafan, a Rutter o a Brigadión, pero fue inútil, se debían por entero a nuestro padre y no podían desobedecerle.

Gumb en un último arranque de esperanza en el indulto volvió a gritar:

-¡Por favor, padre! ¡Por favor! Somos tus hijos, no tus enemigos. Así no conseguirás nada de nosotros. Enséñanos otro camino que no te defraudaremos. Danos otra

oportunidad, por favor padre. Te lo juro por madre que nos estará viendo. Padre, te lo suplico, no lo hagas.

Pero él ni se inmutó por estas palabras. Se agachó entre los dos y cogiéndonos con fuerza del pelo tiró de él hacia arriba elevando nuestras cabezas a la vez que soltábamos un grito lastimero.

-Muy bien. No seré entonces yo quien os castigue. –observó a Lienha y dijo–. Vas a ser tú. Tú los descubriste y a ti te doy el honor de darles a cada uno de ellos un latigazo. Además, por muchos hermanos que sean tuyo, no te caen tan bien. ¿No es verdad?

Lienha sorprendida por su decisión, negó con la cabeza.

-Yo no puedo hacer eso padre, no me obligues, son mis hermanos y aunque discutamos, son sangre de mi sangre; de tu sangre. Por favor, no me obligues.

-Querida mía o bien los azotas tú, o bien te desnudas como ellos y los acompañas. ¿Qué prefieres?

Los Vasininos observaban toda la escena como si nada de aquello fuese con ellos, eran leales a nuestro padre por encima de todo y eran capaces de actuar por él en lo que hiciese falta, no dudando en acatar sus deseos y órdenes sin importarles si estas eran buenas, malas o si chocaban con sus propios principios y criterios. Tuviese o no tuviese razón era su rey y nada podían negarle.

Así que Lienha no teniendo más remedio agarró el látigo que le cedía padre. Su temblorosa mano lo asió sin fuerza y sin ganas, retrocedió a una distancia prudencial y tiró la punta hacia atrás.

Se fijó primero en mí. Intentó lanzar el látigo hace adelante, pero hizo un extraño con su mano tratando de producir el fatal chasquido que merced a su inexperiencia no se produjo. Una flácida cuerda chocó con mi espalda suavemente sin producirme el más mínimo daño.

-Lienha, repítelo –dijo padre amenazante–. Y esta vez..., más te vale hacerlo bien.

En sus ojos empezaron a derramarse lágrimas y gracias a esto que le impedía ver bien, el segundo intento fue contra la mesa, justo entre mi hermano y yo.

-¡Lienha! –sentenció padre-. La próxima vez serás tú quien reciba el castigo por no infringirlo. ¡Hazlo, ya! -gritó enfurecido

Nuestra hermana con rabia tiró el látigo al suelo lejos de ella e intentó huir precipitadamente del salón en un intento vano de escapar de aquella pesadilla. Pero el fiel Chafan se interpuso antes que llegase a la puerta, la detuvo y agarrándola del brazo la hizo volver al centro de la estancia. Padre recogió el látigo del suelo y entregándoselo al vasinino que más cerca tenía, dijo:

-Muy bien, Así que esas tenemos. ¿Eeehh? Brigadión, ten el látigo y acaba el trabajo de una vez. No voy a estar toda la noche con esta mierda.

Dicho y hecho, a Lienha la despojaron de la parte superior y la tendieron junto a nosotros en la mesa atándola también, no había hecho nada más que negarse a azotarnos como nuestro cruel padre solicitaba. Ahora por no hacerle caso, pagaba cara las consecuencias.

Brigadión se dirigió primero hacia ella, se puso a cierta distancia detrás y preparó el látigo. Antes de hacerlo volar hacia su espalda, vi de reojo que miró a padre he hizo un gesto con la cabeza como solicitando permiso para lanzar la ofensiva. Padre movió negativamente la cabeza hacia ambos lados y Brigadión lo lanzó. Diría que fue justo a una altura como de un pulgar encima el dorso de nuestra hermana donde sonó el chasquido que me recordó al del trueno, luego suavemente cayó encima de su espalda. No la había dañado en absoluto, simplemente su final reposaba sobre su hermoso dorso.

Volvió a tirar hacia atrás el látigo, su mirada brilló por un momento y se puso tras Gumb, hizo la misma operación que antes mirando a padre, pero esta vez vi como la cabeza de este se movía afirmativamente. El trueno chasqueó justo en medio de la espalda de Gumb y su alarido llenó el salón de dolor. Me encomendé a mi dios ilusorio

para que me ayudase lo mejor posible a soportar la que se me venía encima sin escapatoria alguna.

Brigadión se puso tras de mí. No quise mirar a padre puesto que ya sabía su maldita respuesta. El trueno volvió a sonar y no pude remediarlo, el grito que salió de mis pulmones inundó el salón. Fue una copia calcada del alarido de mi hermano. Dos príncipes flagelados por el látigo de su padre, marcados con una señal en su espalda y con otra que iba a quedar en sus recuerdos para siempre.

Eso es lo que conseguimos ese maldito día.

Padre se encaminó hacia la salida del salón, pero a medio camino se detuvo volviéndose hacia nosotros mientras los vasininos soltaban las correas que nos tenían presos. En cuanto fuimos libres con gruesas lágrimas resbalando por nuestras mejillas, Gumb y yo empezamos a movernos intentando suavizar el dolor y el escozor que era insoportable. La cara de Lienha blanca como la leche, había perdido todo el color rosado que solía tener, su tez semejava la de una estatua de mármol.

Sin pena alguna en su rostro por cómo había actuado, nuestro padre se dirigió a nosotros nuevamente.

-Después de los juegos que se van a celebrar en conmemoración de vuestro puñetero honor, he decidido que partáis los tres hacia Dor-Alia. Allí viviréis bajo las órdenes de vuestro tío Cardieff, quién me informará puntualmente de cómo progresáis en vuestros estudios.

Lienha entre sollozos todavía tuvo fuerzas y valor para preguntarle:

-¿Padre, también yo?

-Tú también Lienha.

-Pero... según las leyes no tengo derecho a ser heredera del trono. ¿Entonces, por qué me haces viajar a Nueva Maran con mis hermanos? Allí no hay nada para mí, padre.

Como era de esperar la ignoró totalmente.

-Cada diez lunas recibiré noticias de vuestros progresos enviadas por vuestro tío. Con el tiempo el mejor de los dos volverá a sentarse en mi mesa, aquí en Vende y el peor se quedará a vivir en Nueva Maran. Rutter, Brigadión y Chafan os acompañarán y seguirán instruyéndoos como hasta ahora. Confío en lo que ha pasado hoy sirva de recordatorio en caso de que se os ocurra volver a hacer alguna tontería nueva. ¿Me habéis entend...?

-¿Y yo? ¿Yo volveré, padre? -le cortó nuestra hermana casi sin dejarle terminar de hablar.

-Aquí no te necesitamos para nada, Lienha, -fue su cortante respuesta-. Pero lo pensaré de todos modos.

Padre nunca había actuado anteriormente con nosotros como lo hizo aquel día, esta vez debimos rebasar la copa de su paciencia. Antes de salir por la puerta volvió a rugir.

-Y basta ya con vosotros tres. ¡Me tenéis harto!

Puede decirse que nunca le dimos muchas alegrías. Sin embargo, los constantes jaleos entre nosotros consiguieron finalmente que se produjese nuestro destierro de Vende. Padre no era propenso a darnos muchos cariños y nosotros terminamos comportándonos idénticamente como él, tampoco profesábamos muchas alegrías al verle. Personalmente no le tenía en estima alguna y, es más, sentía como que aquel odioso ser no era en realidad mi padre. No éramos hijos cariñosos ni ejemplares. Habíamos tenido todos los caprichos a nuestra merced en nuestra corta vida y lo único que habíamos conseguido era echarnos a perder. Solo éramos buenos en egoísmo, codicia, envidia y demás viles bajezas de la vida.

El día que recibimos los latigazos fuimos marcados para siempre, no solo por el dolor de una marca en la espalda, sino por un dolor en nuestro fuero interno. A partir de entonces no volvimos a ser esos idiotas que no pensaban las cosas por ser unos

imbéciles príncipes herederos. Muchas cosas empezaron a germinar dentro de mí y sobre lo que podía llegar a pasar algún día a nuestro querido padre. Aquel día, aunque no lo supiese había firmado su propia sentencia de muerte dictada por uno de sus queridos tres hijos. No creo mucho errar si pienso que por Gumb debía opinar lo mismo.

Cuando salió del salón comedor, nos quedamos en el más absoluto silencio, nadie hizo ningún comentario al respecto del triste episodio vivido allí momentos antes. El látigo utilizado por Brigadión descansaba encima de la mesa central y una rabia interna que me revolvía las entrañas, me decía que lo cogiese y atacase con él al vasnino. Si no lo hice, no fue por falta de ganas, sino porque no hubiera conseguido ni siquiera acercarme a él lo más mínimo intentando atacarle.

Así que este era el rey emperador de Shámsala, despiadado con sus enemigos, pero también con los suyos. Personalmente había aprendido mucho de su conducta como rey viéndole día a día y memorizando muchos de sus “saberes”, prometiéndome a mí mismo mejorarlos en mi propio beneficio. De esta forma aprendí, rodeado continuamente de las envidias de mis hermanos y de su rígida forma de gobernar. Mi juventud fue modelada como la de un lobo rodeado de otros lobos. Gracias a él y con el tiempo a Brigadión, conseguí unos conocimientos para cuando fuera Rey Emperador de Shámsala.

Y esto no lo dudaba en absoluto.

Al poco llegaron los doctores y médicos reales personales de padre, posiblemente avisados por él mismo, algo que fue todo un detalle por su parte.

Nos aliviaron bastante nuestra dolorida espalda, embardunándonos la zona afectada con ungüentos malolientes, aconsejándonos que esa noche no durmiésemos de espaldas. La mejoría que sentimos a su frío nos reconfortó bastante y al poco tiempo parecía que no teníamos llaga alguna, más el dolor mental que sentía, seguía latente dentro de mí y era cada vez más poderoso.

Esa noche ya en mi habitación conseguí a duras penas dormir, cada poco me despertaba sobresaltado por el tormento cuando intentaba cambiar de posición. Aburrido y cansado de no conciliar el sueño me levanté de la cama intentando olvidarme de mi herida. Como buena costumbre me manoseé el cuerpo plácidamente pensando en mi hermana, principal culpable de un buen orgasmo. ¡Cómo me relajaban esos momentos sublimes! Debo reconocer que en esos instantes de maravilloso placer, no me acordé para nada de la herida, del torso, del látigo ni mierdas parecidas.

Luego me abrigué bien y salí al balcón. Desde allí podía divisar el mar, la ciudad que dormía, una zona del palacio y más arriba..., la alta torre (*).

La miraba sin saber por qué en su lejana azotea una luz brillaba todas las noches. Nunca, ni a mí, ni a mis hermanos, se nos había ocurrido pensar ¿qué podía haber allí arriba? De lo cómodo que había llegado a ser nuestra vida, ni siquiera se nos había pasado por la cabeza semejante idea. ¿Para qué subir y cansarse uno hasta llegar arriba si teníamos abajo todo lo necesario?

Pero aquella noche mis pensamientos fueron completamente diferentes, el placer que conseguí gracias a Lienha me había relajado lo suficiente. No sentía casi dolor alguno observando la alta torre con su luz.

“¿Qué demonios habrá? -pensé- ¿Qué quiso decirme padre aquel día con que una reina vivía allí?”

Al rato la brisa cambió y un viento frío me golpeó sin piedad, por lo que decidí volver a acostarme. Mis pensamientos ahora estaban bastante claros, iba a subir a la torre a descubrir el secreto que guardaba padre en ese lugar. Ahora de repente, deseaba hacerlo con urgencia antes de partir hacia Nueva Maran.

Recostado empecé a soñar en su secreto, en lo que descubriría y rendido por todo lo que había pasado al cabo de día, acabé durmiéndome boca arriba finalmente.

“LA REINA Y SU GUARDIÁN”

Aquella era la noche perfecta para subir a la torre (6), y las fiestas en nuestro honor estaban ya medio consumidas. En palacio todo el mundo sabía que era algo que no se podía hacer, salvo jugársela a recibir un severo castigo. Desde el día en que fuimos descubiertos jugando con las cartas, algo se había instalado en mi mente y me recordaba una y otra vez que debía llegar hasta lo más alto y ver con mis propios ojos qué era aquello que me había dicho padre sobre una reina. No les comuniqué nada de mi próxima expedición nocturna a mi deseada Lienha, ni a Gumb, ya que estaba seguro de que con tal de conseguir algo de nuestro progenitor cualquiera de ellos se hubiese ido de la lengua y no me apetecía en absoluto otro episodio de látigo acariciando mi espalda.

Así que en los pocos momentos de ocio que me quedaban después de estudiar con los vasininos. Iba disimuladamente a la biblioteca y allí removía una y otra vez en busca de libros antiguos que hablasen del palacio y de su construcción. Necesitaba saber todo lo concerniente a pasillos ocultos. De hecho..., creo que padre tenía en su propia biblioteca algunos de estos gruesos volúmenes que trataban de temas parecidos, de esos caminos con sus innumerables recovecos por doquier y aperturas imposibles de descubrir, pero como estaban en su poder no me encontraba con ganas de pedirle que me los dejara y menos de pensar en una buena respuesta a su siguiente pregunta. Así que me dediqué a leer e indagar a escondidas todo lo que pude en la biblioteca del palacio y mi constancia me recompensó con la suerte de descubrir algo que posiblemente me vendría muy bien más adelante. Era mucho más de lo que al principio pensé. Se trataba de unos complicados dibujos sobre pergaminos, que trataban de ciertos túneles construidos dentro de la misma piedra y mostraban por donde evacuar gente de salones y habitaciones del palacio en caso de incendio. Uno de ellos en concreto se refería a la gran torre, leer aquello y aprender el camino secreto de memoria fue de vital importancia y me animó para intentar su abordaje. Perfecto, era lo que buscaba. Esa misma noche me acosté en mi cama, pero no dormí, debía estar despierto ya que mi aventura se iniciaba en pocas horas.

Y además el nerviosismo y la tensión por mi próxima aventura me hubieran impedido entrar en el reino de los sueños.

Muy entrada la madrugada me levanté y después de ver a través de la ventana durante largo tiempo como la luna se ocultaba por el horizonte, decidí ponerme en marcha. Lo primero era lo primero; debía mirar por el balcón hacia el patio para ver la guardia de palacio y cerciorarme que ningún estúpido soldado estuviese de por medio. Eso hice y con mucho cuidado de no ser visto desde ningún lugar, me agaché y eché una ojeada. Los combates mortales del circo habían acabado hacía rato y seguro que más de un guardia estaba borracho apurando las ganancias que había conseguido en las apuestas. Y aunque en ese estado se les podría juzgar por insubordinación, sabían que los jueces militares en periodos de fiestas tenían una actitud un poco más permisiva y benevolente hacia ellos. Así que durante unos días se podían permitir estar un poco menos sobrios, pero con cuidado.

Me vestí con los ropajes oscuros que encontré dentro de mi armario para pasar lo más desapercibido posible en la noche. Recogí el plano que tenía escondido detrás de la cama y le eché otro vistazo más. Lo conocía de memoria, pero pensé que no vendría nada mal recordarlo de nuevo por si acaso. Me abrigué con unos gruesos calcetines para no hacer ruido alguno al andar y finalmente cogí una daga que alojé en mi cinturón, ganzúas para abrir puertas cerradas, una vela, hojas secas, yesca y dos palos cuya punta me ayudarían a producir fuego. Así que con todo preparado y metido dentro de un macuto, me preparé para empezar mi incursión nocturna hacia mi destino, la alta torre.

Con sumo esmero en no producir ruido abrí la puerta de mi habitación, ojeé con cuidado que no pasase nadie y salí al oscuro pasillo cerrándola después. La ruta más corta se dirigía hacia el dormitorio de padre, pero en sus cercanías Rutter, Brigadión y Chafan también tenían sus habitaciones y pasar por delante de sus puertas fuera la hora que fuera, era muy mala idea.

Di media vuelta e inicié mi aventura. Bajé arropado por las sombras los dos pisos hasta llegar al gran salón, de allí por la puerta lateral llegué a las cocinas y tras un largo pasillo al almacén donde se guardaban las viandas y alimentos. Seguidamente me encontré con el primer inconveniente..., el gran portón. Merced a que los vasininos nos habían enseñado a utilizar muchos tipos de herramientas, tenía una vaga idea como se empleaba una ganzúa. Se puede decir que estaba inspirado, ya que no costó mucho que esta cediera a mis deseos. Abrí un poco el portón, lo justo para que mi cuerpo pasase y volví a dejarlo como lo había encontrado, pero sin cerrarlo por dentro. Rápidamente me deslice hacia las sombras, veía la gran muralla enfrente donde era seguro que la guardia estuviese patrullando. Proseguí por las sombras y en un momento dado aguardé escondido. Tardó un poco, pero llegó. Los soldados volvían de su recorrido y debían pasar cerca de mí, luego proseguirían hasta el final de la muralla para volver a empezar. Me acurruqué todo lo que pude contra el suelo en la penumbra temiendo incluso que el ruido de mi respiración me delatara. Realmente si me hubiesen descubierto lo único que hubiera sucedido era una corta y expeditiva explicación ante mi padre, cuyo resultado de comienzos hubiese sido un buen sopapo por andar husmeando por palacio a esas horas. Luego vendría la pregunta crítica ¿Qué hacía yo escondido a esas horas en las sombras?

No tenía respuesta, así que me acurruqué aún más contra el suelo temiendo que mis visiones apocalípticas se cumpliesen a no mucho tardar mucho

Los guardias se acercaban, venían directos por la muralla. Pasaron unos instantes que se hicieron eternos. Al llegar justo arriba enfrente de mí se pararon, observaron algo al otro lado, hablaron entre sí y luego siguieron tranquilamente su ronda sin darle mayor importancia. Respiré profundamente porque había pasado el primer escollo.

Cuando estaban casi al final de la pared, salí un momento de las sombras y me deslicé visto y no visto hacia la otra parte del patio; al lateral de la torre. Con una rápida carrera llegué, pero aún tenía que abrir la puerta con la ganzúa y los guardias volverían por el camino en cualquier momento. Tenía que esperar y no tenía otra opción más que esconderme de nuevo en la oscuridad, los guardias llegarían hasta mi altura y volverían sobre sus pasos, ése entonces era el momento de intentar el asedio a la puerta. Así hicieron, seguían entre ellos hablando amigablemente y no se fijaban mucho en lo que podía haber a su alrededor. En cuanto les perdí de vista volví a la puerta de entrada de la torre con toda intención de abrirla. Rápidamente metí la ganzúa en su corazón y empecé a girarla con tal ímpetu que esta se me escapó de la mano y cayó al suelo junto con todo el juego de llaves que acompañaba. Al oír el ruido que se produjo, cerré los ojos instantáneamente del pavor que sentí. Esperé un momento a la algarabía de los guardias, pero no pasó nada de nada merced a alguna gracia divina que esa noche estaba de mi lado. Nadie reparó en el ruido, así que recogí las llaves y esta vez con sumo cuidado empecé nuevamente a trabajar en la cerradura. Conseguí tras breves instantes abrirla suavemente, colarme dentro volviéndola a cerrar como estaba, pero abierta también como el portón. Nada más acceder a la estancia, a duras penas percibí un gran salón con habitaciones a sus lados, de una de ella salían voces y algo luz a través de una puerta semi cerrada. Era una habitación al lado de la escalera que subía hacia la torre y seguramente quienes estaban dentro era el retén de guardia de aquella noche. Me escondí como pude entre las sombras, me serené, ordené mis pensamientos y localicé la chimenea que debía estar a la izquierda del salón. Cuando conseguí llegar a ella, palpé a los pies de su lateral en busca de una baldosa diferente.

El pergamino que había hallado, leído y releído una y otra vez en la biblioteca, aseguraba que, levantando la baldosa en sí, se accedía justo al interior de las paredes de la torre. Estuve toqueteando por aquí y por allá largo rato y el sudor comenzó a bajar por mis sienes. ¿Había conseguido llegar hasta ahí y ahora una baldosa iba a derrotarme? Distinguí entre las risas de los guardias que hablaban sobre algo relacionado con la pérdida de dinero en las apuestas de alguno de ellos.

Después de un buen rato y con el miedo metido en el cuerpo debido a la cercanía de la guardia, decidí hacer la última intentona a punto de rendirme para volver sobre mis pasos. Con un último intento volví a agarrar ligeramente una esquina de una baldosa tirando suavemente hacia arriba.

Oí un ligero “clic” detrás y una ráfaga de aire fresco entró por una ligera brecha que apareció repentinamente en la pared. Sin pensarlo dos veces me metí dentro. Allí mismo en la pared interna, tanteando comprobé que había un gancho para volverla a cerrar, por lo que lo sujeté con fuerza y cerré suavemente la abertura.

Una vez dentro sin luz alguna, reinaba la oscuridad y el silencio más implacable. Saqué todo lo que llevaba en el macuto para hacer fuego, nunca había intentado hacerlo a ciegas, pero no tenía otra opción. Después de un buen rato en la negrura más total lo conseguí. Con paciencia logré que una fina chispa saltase del pedernal que había llevado y prendiera la yesca con la cual encendí una pequeña vela. Con una primera ojeada a mi alrededor me percaté que, si más adelante se me apagaba el fuego y perdía el macuto, me sería imposible salir vivo de aquella trampa mortal, moriría emparedado vivo en aquella maldita ratonera.

Ya con luz y poniendo mucho cuidado que no se apagase la vela, empecé a recorrer el túnel. Por el suelo alguna que otra rata campaba a sus anchas y no parecía que le molestase mucho mi presencia, miré hacia atrás y vi la manilla de la apertura que tenía una vieja marca de pintura blanca a su alrededor, pensé que posiblemente a la salida también habría una señal similar. Seguí andando y poco después empecé a ascender por unas escaleras de piedra muy mal talladas o demasiado antiguas. Al tiempo llegué arriba y allí otra vez el camino se volvía recto, anduve firme otro tramo y otra vez vuelta a ascender por el mismo tipo de escalera, así hasta cuatro veces. Al final del último tramo había otra manilla en la pared rodeada también de vieja pintura blanca. Nada más llegar a ella tuve la intención de agarrarla y tirar con fuerza hacia abajo para salir de allí, cuando repentinamente me asaltó una gran duda.

«¿Y si justo detrás hay alguien del cuerpo de guardia?»

Lo sopesé mucho, pero..., ¿qué podía hacer en aquella situación? ¿Volver por donde había venido y olvidarme de todo? ¡No! ¡Ni hablar! Si había alguien detrás de la abertura y me descubrían, mala suerte. No había vuelta atrás. Con estos pensamientos en mi cabeza tiré de la palanca con cuidado de no hacer ruido a la vez que apagaba la vela. La noche penetró dentro del inframundo y yo salí de él. Cerré la entrada del pasadizo he hice una rápida inspección del lugar en busca de guardias y no parecía haber ninguno en las cercanías. Me encontraba en un amplio pasillo y delante había una ventana semiabierta, me acerqué y miré a través de ella, allí estaba mi hermosa y durmiente ciudad. Luego más allá y al final del pasillo una escalera de caracol ascendía a lo que parecía ser mi destino. Sin pensar dos veces inicié un rápido ascenso hacia la cumbre. Las primeras zancadas fueron fuertes, llenas de vida, pero según fui ascendiendo los peldaños a la carrera de dos en dos y hasta de tres en tres, mis fuerzas se iban quedando en cada uno de ellos. Las prisas por la tensión del momento me decían “corre”, “vuela”, pero mi cuerpo no estaba para ello y diciendo basta, (fruto también de una respiración totalmente entrecortada), me obligó a detenerme junto a una tronera para recuperar algo las fuerzas. Cuando sentí que me recuperaba físicamente, proseguí hacia mi meta.

Siempre pensé que lo que me dijo padre aquel día era una metáfora, un conjuro mágico lo que mantenía la luz que se veía desde abajo. Si era idiota, que no se me había ocurrido preguntárselo a nadie, solo a mi imaginación. Así era yo por entonces, demasiada imaginación y poco juicio. Llegué exhausto arriba sin pensar en haber tomado las debidas precauciones de lo que podía estar esperándome. Nada más poner los pies en la cima y cuando ni siquiera había echado una mirada a mi alrededor, una voz potente y autoritaria sonó a mi lado.

-¡Alto! ¿Quién va ahí?

Me quedé clavado en el sitio girándome hacia dónde venía la voz. Un soldado se acercaba hacia mí, llevaba una espada en su mano y su cara era la de muy pocos amigos. Reaccioné urgentemente, ya que era casi seguro que antes de volverme a hablar, el soldado iba a ensartarme con su arma como si fuera un maldito pollo.

-¡Soldado! Quedaos tranquilos, por favor -y añadí balbuceando como pude con palabras atropelladas salidas a duras penas de mi garganta—. Soy Degall Vaalam de Shámsala, soy..., soy vuestro príncipe.

El soldado se detuvo al llegar junto a mí y empezó a mirarme de los pies a la cabeza. Me miró, me remiró y volvió a observarme otra vez como dudando de mis palabras, puesto que debido a la escasa luz no parecía reconocerme. Rápidamente su espada se hincó debajo de mi mandíbula y volvió a hacerme otra pregunta.

-¿Quién dices que eres, renacuajo?

No tenía otra opción más que mostrarme como quién era, si actuaba cobardemente o de otra forma, tal vez el idiota hubiese acabado ensartándome y tirándome luego de la torre.

-Te he dicho que soy tu príncipe Degall Vaalam de Shámsala, y como no me quites ahora mismo la espada de mi cuello, esta noche será la última que vivas.

-¿Majestad? -dijo dudando según alejaba la espada de mi cuello.

-¡Exacto! ¡Tu majestad! -dije sonriendo. Veía que tenía ganada la partida y miré alrededor ahora más tranquilamente. A la izquierda había un pequeño puesto de guardia con varias lámparas de aceite encendidas, debía ser la luz que divisábamos por las noches. En medio de la torre había un gran cuadrado pintado completamente en negro con multitud de pequeñas aberturas. Tenía una pequeña puerta cerrada y una longitud de unos veinte codos de lado por cerca de doce de alto.

-¿Qué es esto? -pregunté mucho más tranquilo, señalando hacia la oscura pared, pero el guardia no decía ni hacía nada puesto que mantenía ahora su rodilla hincada en el suelo y su cabeza gacha en señal de respeto y acato.

-¡Mi príncipe! Perdonadme si no os he reconocido..., por favor, perdonad mi error.

Seguidamente respondió a mi pregunta.

-Lo que estáis viendo es la morada de la antigua reina Ganvard. ¿Acaso no lo sabéis?

En ese momento recordé muy vagamente la conversación que hace años mantuve con mi padre.

-¿Ahí está la reina Ganvard?

-Sí, mi príncipe.

Viendo que toda la sumisión del guardia estaba ahora en la palma de mis manos, volví a portarme como siempre lo había hecho con ellos, con arrogancia y prepotencia.

-Abre la puerta ahora mismo que quiero verla -exigí imperiosamente.

-Me es imposible, mi señor -contestó con temor al no poder complacerme—. Solamente la puede abrir su majestad, vuestro padre. El anillo real que porta en su dedo anular también es la llave de la cerradura, solo él puede abrirla. No se puede hacer de otra forma. Es imposible.

“Así que aquel anillo era la llave que abría la cerradura de aquella prisión”. -pensé.

Evidentemente no se lo iba a pedir a padre y sin el puñetero arito no podía entrar.

Así que con la mirada empecé a buscar otros medios que me pudieran servir para mi propósito.

-Rápido, acércame una de las lámparas de aceite.

El soldado cogió una y con rapidez la colocó cerca de una abertura. Muy difícilmente se podía distinguir lo que allí había, pero la forma de un camastro con una pequeña persona encorvada y tumbada en él parecía distinguirse, luego en el suelo diseminados aquí y allá, parecía haber restos de huesos humanos.

-¡Eh! Reina Ganvard, ¡Eeehh! ¿Podéis oírme?

Nada se movió en el catre. Quien estaba allí estaba inerte.

-¡Reina Ganvard! ¿No me oís? Contestadme, por favor.

Me volví raudo y veloz hacia el guardia.

-Trae rápido tu lanza, necesito despertarla.

El tiempo pasaba, más de la mitad de la noche había transcurrido y necesitaba darme prisa si no quería conseguir que padre se enterase que había estado allí. La respuesta del guardia me sorprendió.

-Príncipe Degall, no os puedo dejar la lanza. Sin querer podríais lastimar a la reina y mi rey me ha ordenado que bajo ningún...

Estiré la mano hacia delante pidiéndole la lanza sin dejar de mirarle fijamente a los ojos, pero él volvió a responder lo mismo.

-No puedo mi príncipe. Nadie puede hablar o ver a la reina y si el rey se entera que os he dejado la lanza...

Sus palabras acabaron con mi poca paciencia por lo que le espeté descaradamente:

-Cállate ahora mismo y dame la lanza de una puñetera vez, lo único que quiero es despertarla y no precisamente con el filo de la punta.

Aun así, se lo pensó y tuve que acabar de una vez por todas con aquellos pensamientos de una forma crítica.

-Escúchame bien y te lo voy a decir solamente una vez, tú eliges la opción que quieras. Uno o bien me ayudas y yo hago lo mismo contigo diciendo a mi padre, o sea a tu rey cualquier tontería de tu buen hacer por otra causa y consigues promocionarte. O dos, no me ayudas, me largo de aquí ahora mismo y mañana le cuento cualquier tontería a mi padre, o sea a tu rey –volví a repetirle lo mismo incisivamente-, alguna tontería sobre que te he visto bebiendo u otra cosa peor durante una guardia. Decídetes, pero decide ya.

El pobre hombre me acercó la lanza como alma que lleva el diablo y se retiró unos pasos hacia atrás. Cogí el arma y cuidadosamente la acerqué hacia el camastro sujetándola solamente por la aguja, según hacía esto, le pregunté al guardia sin mirarle:

-Cuéntame algo de todo esto, ¿Qué es lo que pasa aquí?

Temeroso debido a mi anterior ultimátum, empezó a hablar con un timbre de voz callado y cabizbajo.

-Hace muchos años cuando pasó la traición de la reina Ganvard, vuestro padre ordenó la muerte inmediata de su amante y a ella la condenó a vivir en esta torre y dentro de esta cárcel negra junto con los miembros del cuerpo que arrancaron a su amante. Como verá príncipe, hay algunas aberturas por todos los lados excepto por encima del catre. La reina puede ver la luz del día por esas aberturas y cuando llueve, le sirve para lavarse ya que la lluvia le cae por esos mismos huecos. En cada cambio de estación le traen ropas, un camastro nuevo y mantas. Cada ciento cincuenta días es aseada y se le corta su blanco pelo. Los alimentos se meten a través de una rendija que hay en la otra parte. Desayuna pan y cereales con leche de cabra tibia, de comida tiene diferentes tipos de sopas y alimentos además de carne, pescado y huevos. Estas comidas se vienen administrando desde el día que entró dentro de su prisión, vuestro padre el rey mismo decretó que no le fueran cambiadas bajo ningún concepto, añadiendo que debía sufrir su castigo y pagar por lo que le había hecho durante toda su existencia.

Dicho esto, el guardián calló y se quedó quieto a mi lado mientras yo seguía empujando con la lanza al pobre cuerpo allí encerrado, intenté entonces volverla a hablar.

-¿Reina Ganvard, me oís? Contestadme por favor.

Volví en mi intentona y esta vez dejé caer el palo de la lanza encima del cuerpo, que ahora sí contestó con un sórdido lamento.

La luz de la antorcha iluminaba miserablemente su cárcel y vi que algo parecido a un ser humano, se levantaba y se quedaba a duras penas medio sentado encima del camastro.

-¿Reina Ganvard?

Miró hacía donde procedía mi voz y en esos instantes me pareció que nuestros ojos se encontraron. Pude entrever una faz demacrada, el pelo le había desaparecido por bastantes lugares de su cabeza, los ojos que antaño debieron de ser muy hermosos ahora estaban totalmente hundidos en una expresión cadavérica. Aquel era un cuerpo extremadamente delgado y como ropa parecía llevar una simple túnica blanca.

-¿Reina Ganvard, me oís?

En vez de contestar, se despojó de la manta, se levantó muy despacio y vino hacia mí. El esfuerzo que necesitó en toda esta maniobra me hizo darme cuenta de que no le quedaba mucho tiempo de vida si se quedaba en aquel lugar.

-¿Qu...qu quién err...eres? -su voz era la más débil que había oído en vida y esta debilidad le hacía tartamudear. Antes de contestar pensé la respuesta, no le podía decir de quién era hijo, huiría nada más oír algo relacionado con mi padre.

-Reina Ganvard, estoy aquí para ayudarla –sin saber qué responder, le solté lo primero que me vino a la cabeza-. Pídame lo que necesite por favor, intentaré traérselo enseguida -mentí con descaró, puesto que no tenía ninguna intención de llevarle nada. Era una vil patraña, pero no sabía ni de qué hablar. Mientras tanto, el guardián a unos pasos por detrás observaba la escena sin decir ni siquiera esta boca es mía.

-Mi... mi hijo ¿Dond...don...de ee...está mi hi...hijo? Tra ...trae...mme a mi hihijo, quie...ero, nece...ssito ver a mi hijo–suplicó.

Mi sorpresa fue mayúscula, desconocía totalmente la existencia de un primogénito de mi padre, un hijo anterior a nosotros. Nunca nos había dicho que teníamos un hermano por el mundo, ¿Qué otros secretos podrían esconder? Un nuevo flanco se abría en mi mente e intenté buscar más pistas como fuera.

-Sí, sí, su hijo. Iré a buscarle inmediatamente, pero ¿Podría facilitarme algún nombre, una pista o lugar donde poder encontrarle?

-¿Qui...quién has dicho que...que eras?

-Estoy aquí para ayudarle, me han mandado para que la ayude, dígame por favor, ¿Qué puede decirme de su hijo?

-Mi...mm hihijo, sí, se llaa...ammaba El...cor Vaalam de Shámsala y y le cam... cambia...cambiaron d...de noombbre por el ddd...de Rod...Rodmi...en. Fue eentr... treee...gado a uunn...aa mumujer ennnnn uun...a...aa ttatab...eerrrna.

Las ansias pudieron conmigo, sin poder esperar a que continuase hablando, le pregunté atropelladamente.

-¿Qué taberna? ¿Cuál es el nombre de la taberna o de esa mujer que dice? Necesito saber esos nombres, más datos.

-No... no lo ss...sé.

-Reina Ganvard –la miré a los ojos y por un instante vi la majestuosidad de tiempos lejanos en su mirada–. No tiene ninguna pista más de su paradero. ¿No sabe nada más de él?

-Te...etteee...tennnía el peelo bll...blanccoo cocommoo yoo y nnn lluun...luunnaar ennciic...mma dd...dee la cejj...ceeja deere dedee...derecha. ¿Vaa...ss a traer...llee? - me dijo con una mirada inyectada de esperanza.

-Indagaré por toda la ciudad, noche y día y no descansaré hasta que pueda traerle a su hijo lo antes posible, tiene mi palabra de príncipe que...

Esto lo dije de sopetón y en ese mismo instante me di cuenta de lo que había soltado, me había descubierto a mí mismo de la forma más imbécil.

-¿Prr...prin...príncipe? ¿Qué qué Prín...cipe??

No había solución, tenía que decirle la verdad y no sabía cómo se lo iba a tomar. ¿Aunque realmente me importaba? Había descubierto algo importante y tenía alguna información que me serviría para buscar a ese hermanastro que tenía por la ciudad.

-Soy Degall Vaalam de Shámsala, hijo del rey Crotor –respondí lleno de orgullo y prepotencia.

Se llevó una mano a la boca como si de un resorte se tratara y retrocediendo hacia el catre, dijo:

-Veeveetee, vvetee aahorra mi...isssmm...moo, vveete por Diio...diossss. Alleee...jj...aate dde mmiii. Aleee.... eeejateee.

Ví que volvía hacia adentro de su jaula y miré a través de la primera abertura que tenía a mano, cuando llegó al camastro se sentó en él y mirando sus pies se quedó pensativa. Había echado todo a perder dándole mi nombre y decirle quién era, ya no había solución y si la reina decía algo a padre relacionado con mi paseo nocturno por allí, no sé qué me podía suceder. Debía actuar rápidamente, pero..., ¿qué podía hacer para esconder mis acciones de esa noche? De guardia tal vez me podía fiar que no hablara, pero..., ¿y de ella? Metido en mismos propios pensamientos, una voz me sacó de mi pozo.

-Príncipe, no falta mucho para el próximo cambio de guardia, si no queréis que os vean, ¿tal vez sea mejor dejarlo por hoy y volver la próxima noche?

¡Mierda! Me había olvidado de los cambios que se efectuaban con los retenes por todo el palacio. Tiempo, necesitaba mucho tiempo... más tiempo. De repente recordé unas palabras que una vez nos había dicho padre de cómo reaccionar ante lo imprevisto:

«Escuchad hijos míos. -y oí nuevamente sus palabras dentro de mi cabeza. Solo entonces supe que hacer y cómo actuar-. En grandes momentos, se necesitan grandes decisiones»

Miré otra vez hacía el camastro como a modo de despedida y con voz de sorpresa dije:

-¡Demonios! ¿Qué es aquello que parece brillar debajo del catre? –hice un gesto al guardia para que se acercara a mirar y haciendo una seña con la cabeza le insinué-. Mira a ver si logras ver algo, con esta puñetera oscuridad no se distingue bien del todo.

Este vino raudo y se puso a observar hacia donde le decía.

-No veo nada, mi príncipe.

-Por favor, mira mejor, debajo de su camastro por la zona de su pata trasera –según le hablaba me iba acercando a él, ya estaba prácticamente tocándole-. ¿No ves algo brillante?

Muy atento a lo que pudiera haber, miraba sin percatarse que sigilosamente había sacado la daga de mi cinturón y se la estaba acercando peligrosamente al cuello.

-Sigo sin ver nada, príncipe.

-Demonios. Mira por favor donde te digo y no me digas que no ves nada, justo al lado de la pata izquierda de la cama. ¡Ahí! ¡Ahí! Observa bien –le obligué a seguir mirando hacia la oscuridad. No tenía salvación ya.

-No, no veo nada, prínci... ¡Huaaagggg!

Mi daga le atravesó el cuello de lado a lado, entrando por su nuca y saliendo justo por debajo de su barbilla. En un vano intento de respirar o de hablar trató de arrancársela con sus propias manos y tras unos segundos lo consiguió, pero fue en vano, cayó al suelo lleno de convulsiones intentando articular palabras incoherentes entre un agitado río de sangre. Instintivamente me eché hacia un lado para que no me manchase y esperé un

poco a que parara de tanta convulsión. Cuando por fin todo estuvo tranquilo, recogí mi arma y limpié la sangre en la ropa de inmóvil soldado, tenía que darme mucha prisa, ya que tal vez apareciese en cualquier momento el retén y entonces estaría todo perdido. Fui en dos rápidos pasos hasta el puesto de guardia y busqué dentro a ver qué tipo armas disponían allí. Solamente había otra lanza, una espada y una ballesta, elegí esta última, la monté. Recogí bastantes viotes y volví hacia la abertura desde donde podía ver a la reina Ganvard. Con el pie y con cuidado de no ensuciarme de sangre, empujé un poco el cuerpo del guardián para que no me molestase al disparar. Apunté lo mejor que pude en la oscuridad hacia lo poco que se veía del pelo blanco y disparé. El sonido de un débil quejido me llegó y volví a armar la ballesta. Disparé y disparé ni sé en cuantas ocasiones. Solo dejé de hacerlo cuando por fin ningún lamento salía del cuerpo al recibir un nuevo viote. Tiré la ballesta al suelo y salí apresuradamente hacia las escaleras bajando a la mayor velocidad que podía llevarme mis piernas. Solo entonces y ante el temor de ser apresado me di cuenta de mis actos. Según descendía, empecé a ver mentalmente al retén que me detenía, me apresaba y luego me llevaba ante mi padre. Estaba aterrado, ¿Qué había hecho? ¿Cómo se me había ocurrido? ¿Qué me había pasado por la cabeza para reaccionar de esa forma? Tenía que darme mucha más prisa, tenía la impresión de que estaba yendo demasiado lento..., más rápido, debía correr más, tenía que volar. Durante una eternidad seguí galopando por las escaleras como corcel desbocado y con el miedo en el cuerpo también por dislocarme un pie, acabándose en ese momento mi atroz aventura. Tratando de olvidarme de mis pensamientos seguí bajando, necesitando todo mi potencial para llegar lo antes posible al pasadizo secreto. Totalmente desesperado, llegué hasta la entrada. Tanteé las baldosas buscando la condenada que necesitaba para abrir mi salvación, según sentía que mis nervios no me dejaban obrar con la tranquilidad necesaria. Solo pensaba que si alguien aparecía por el pasillo estaba completamente perdido, solo podía usar las sombras como escondite. Sombras que no me ofrecían un refugio muy seguro.

Nada más pensar esto lo oí.

Unos pasos y unas voces me avisaron que alguien se acercaba, venían en dirección hacia donde estaba. Me tiré al suelo en la parte más oscura del pasillo e imploré para que nadie se le ocurriese mirar por donde me encontraba. Solicité misericordia divina cuando instantes antes no había tenido ningún tipo de piedad hacia los demás, aunque había una gran diferencia..., yo era príncipe, no era ni una reina sin corona ni un pobre militar que acataba órdenes sin poder negarse a cumplirlas. Las voces se acercaban más y más y temí que hasta el tintinear de mis huesos, alertase a los puñeteros e inoportunos guardias del retén. Esperé entre sudores y gracias a la suerte que me acompañaba esa noche, pasaron perdiéndose escaleras arriba. Me incorporé rápidamente y deduje que si me adentraba en el pasadizo, el tiempo que necesitaba para conseguir luz y encender la vela para seguir bajando era un tiempo perdido. No tenía otra opción, debía seguir por dentro de la torre y confiar en no ver ningún otro puesto de guardia hasta aquel que se encontraba en los bajos del edificio. Volví a volar con mis piernas, ahora sí que necesitaba recordar a pleno detalle el plano en toda su extensión, cualquier olvido o no decidirme bien sobre qué camino seguir podía resultar fatal. Me aterrorizaba también que, en caso de ser apresado..., ¿qué me regalaría la retorcida y podrida mente de mi padre, después de lo que había hecho? Seguí descendiendo velozmente, pero cuidando mucho de hacer el menor ruido posible. Debía llegar a mi habitación antes que nadie diese la alarma. En los siguientes pisos no había ningún otro puesto y cuando llegué a los bajos del edificio paré inmediatamente antes de entrar en el gran salón. Ahí sí que había un puñetero puesto de guardia. Pasé lo más rápido y alejado que pude de él dirigiéndome a la puerta de entrada. La abrí con sumo cuidado y salí buscando con la mirada y escondido entre las sombras, la posición de los guardias en las murallas. Vi que se alejaban en esos momentos por lo que aproveché y conseguí llegar al portón que había dejado abierto.

Entré y trabajando con la ganzúa volví a dejarlo como lo había encontrado al principio de mi aventura..., cerrado. En esos momentos me pareció oír un grito y el corazón me dio un vuelco, debía ir mucho más rápido, el retén debía haber descubierto algo ya. Enfilé el almacén de los alimentos, el pasillo, luego la cocina, el gran salón, fui hacia las escaleras y empecé a ascenderlas de dos en dos muy pendiente de que mis pulmones no reventasen por el esfuerzo. Al llegar al primer piso los gritos de alarma que venían del patio por donde anteriormente había pasado pusieron mis piernas y mi corazón todavía a mayor velocidad. Eran gritos claros, diría que histéricos que se empezaban a oír cada vez más cerca de donde me encontraba. Llegué al segundo piso casi sin respiración, en el siguiente recodo estaba la puerta de mi alcoba. Salvé la distancia no sé ni cómo, abrí la puerta, accedí a la habitación y cerré temblorosamente. Me tiré al suelo y jadeé como un bendito durante un buen rato mientras intentaba recuperar mi ritmo cardíaco. Una sonrisa afloró en cara, lo había conseguido y no había sido descubierto. Ahora tocaba hacer un poco de teatro y pasar página como si nada hubiera pasado. De repente sentí que muchos pasos se acercaban corriendo por el pasillo, los acompañaban ruidos de armaduras y voces que gritaban los nombres de mis hermanos y el mío. En esos momentos me percaté que estaba vestido por lo que comencé a desvestirme lo más rápido posible. Una voz pronunció mi nombre interrogativamente a través de la puerta. No contesté pendiente de lo que estaba haciendo, mi nerviosismo me impedía ir más rápido, y era como si viviese un sueño donde intentaba correr y no podía.

-¡Príncipe Degall! ¡Príncipe Degall! ¿Os encontráis bien? Abrid la puerta por favor – la voz era imperativa y yo sabía a quién pertenecía.

-Ya voy, un momento por favor –contesté intentando parecer adormilado. Justo había acabado de desvestirme y empezaba a ponerme la ropa de noche-. ¿Qué pasa? ¿A qué viene tanto griterío? -pregunté a través de la puerta.

-¡Abrid urgentemente, príncipe! Soy Brigadión y debo llevaros ahora mismo con vuestro padre el rey. ¡Abrid ya, por favor!

Las dudas me asaltaron al instante y sentí que me ahogaba. Tal vez había sido descubierto y todo el esfuerzo no había servido para nada. De todos modos, antes de abrir rápidamente me sequé el sudor de la cara con la colcha de la cama. Contra menos explicaciones mejor, pensé.

Cuando giré el pomo abriendo, debía tener la faz blanca como la leche, ya que las palabras de Brigadión fueron:

-¿Os encontráis bien, mi príncipe? Parece que hayáis visto un muerto.

Brigadión me empujó suave, pero firmemente para quitarme de la puerta mientras fuera de la alcoba nos esperaban media docena de guardias que le habían acompañado. Entró en la habitación echando una ojeada, diríase que analizaba todos los detalles, la cama, mis ropas tiradas en la silla, por el suelo, la ventana...

-Me duele la cabeza –mentí lo mejor que pude–. No me encuentro bien.

-Debo rogaros que me acompañéis urgentemente a los aposentos de vuestro padre donde ya se encuentran vuestros hermanos. Hemos sufrido un atentado y debo llevaros ante él por vuestra propia seguridad.

¡Dios!, así que era eso. Solo estaba allí para cuidarme y ver que no me ocurría nada, vamos..., por mi bien. ¡Perfecto! Entonces seguiría con mi actuación. Feliz, salí de mis aposentos seguido de Brigadión y los guardias hacia donde me esperaba padre junto a mis hermanos.

Cuando llegamos a su presencia allí estaba también Rutter y Chafan y unos soldados galusas fuertemente armados, montaban guardia preparados para cualquier contratiempo. Padre vino rápidamente donde estaba y me abrazó con fuerza.

-¿Qué tal estás, Degall –preguntó con cara desencajada-. ¿Qué tal te encuentras?

-Bien padre, pero ¿qué es lo que pasa? ¿Ha sucedido algo grave? -Intenté representar mi obra lo mejor posible, ahora no debía desfallecer, daría lo mejor de mí para no desenmascaramme.

Entonces padre nos solicitó a sus tres hijos que nos juntásemos a él en un fuerte abrazo, algo que hicimos no con mucha devoción. Mis hermanos se miraban y me miraban con sorpresa en sus ojos, Gumb parecía un conejo al que hubiesen sacado de su conejera, todavía tenía los ojos legañosos. Lienha por su parte, estaba sencillamente radiante con su largo camisón de color crema que hacía imposible que dejara de imaginar transparencias y escondites muy íntimos en su anhelado cuerpo.

-Escuchadme bien los tres. Esta noche hemos sufrido un atentado y dos personas han muerto, ¡Maldita sea! –según lo dijo, descargó su puño con fuerza sobre una cercana mesa-. Hemos sufrido un maldito atentado, una obra de una mente asesina y cruel -nos señaló con el dedo-. Quiero que los tres, quiero que los tres partáis sin demora a Nueva Maran hoy mismo. Quiero veros lejos de aquí, libres de este putrefacto mal, de toda esta mierda. Repito quiero veros lejos y... ¡Ya! Que nos os pueda salpicar nada de lo que aquí suceda ¿Me habéis entendido?

Los tres afirmamos positivamente con la cabeza. Personalmente no me atrevía a articular palabra alguna sobre ello.

-¿Pero qué ha ocurrido padre? -preguntó Lienha con un temor bastante más que evidente en sus palabras-. Dínoslo por favor padre, estamos intranquilos.

-¿Que qué ha ocurrido? –respondió airadamente- ¿Qué demonios ha ocurrido? Ya me gustaría saberlo, Lienha. Pues simplemente que alguien ha subido a la gran torre y allí arriba a asesinado a un soldado guardián y otra persona que estaba junto a él.

Padre seguía sin querer darnos pistas de quién era la otra persona que había fallecido, pero a mí no me importaba en lo más mínimo, ya tenía todos los datos en mi cabeza de lo que realmente me importaba. Parecía que teníamos un hermanastro por la ciudad con pelo blanco y un lunar encima de la ceja derecha. Suficiente para mí, todo nítido y claro.

Con sus grandes brazos nos volvió a abrazar nuevamente y la verdad es que personalmente sentí poco amor, pero mucha dureza en aquella efusiva prueba de candor paternal. Parece ser que no debía recordad que no hacía mucho había dado orden de flagelarnos a Gumb y a mí.

Así que allí mismo ordenó que al alba del día siguiente partiéramos hacia Nueva Maran. Vendrían con nosotros, Brigadión, Rutter y Chafan, los guerreros galusas y una guardia de más de cien soldados por nuestra seguridad y para que no tuviésemos ningún tipo de problemas durante el viaje. Luego simplemente nos despidió con un rudo adiós pidiendo que cogiéramos todo lo que precisábamos para una larga estancia en Nueva Maran.

Según volvíamos hacia nuestras habitaciones para prepararnos, oí como padre ordenaba que le trajesen a su vista, todas aquellas personas y soldados que hubiesen estado estrechamente relacionados con la guardia y el retén de la torre. También supe a posteriori, que esa misma noche ordenó en un bando especial, que finalizaban los días festivos en conmemoración de nuestro aniversario. Todo a causa de los acontecimientos sucedidos.

Salí hacia mis aposentos, sabiendo que era la última noche de vida de aquellos pobres guardias y soldados, aunque eso no me importaba en absoluto.

Eran sus problemas... no los míos.

A primera hora de la mañana todo estaba preparado para el largo viaje, carruajes, jinetes, provisiones, los soldados que nos escoltarían, los guerreros galusas y los vasininos que vendrían junto a nosotros. Todo el mundo se encontraba a la entrada del palacio montados en sus caballos o en los carromatos que llevaban los víveres necesarios para el camino. Solo faltábamos los tres hijos del rey que, a falta de ganas, nos estábamos despidiendo de él en su alcoba.

Después de un buen rato lleno de consejos sobre lo que debíamos o no debíamos hacer en destino, pidió a Branco, uno de sus fieles servidores que fuese en busca de Chafan. Cuando este llegó, nuestro padre le solicitó, o mejor cuales debo dicho le ordenó que todo aquel que estuviese involucrado de cualquier forma en el viaje acompañándonos, acudiese urgentemente al salón principal del palacio ya que quería dirigirles unas palabras. Chafan salió de la estancia raudo y nos quedamos otra vez oyendo sus tonterías. Cuando dio por finalizados sus consejos de los que decir, no me importaban en absoluto, nos apremió a seguirle al gran salón. Cuando llegamos aprecié un lugar atestado de gente, instantáneamente el murmullo general se apagó quedando solamente un ligero y suave sonido producido por el viento que atravesaba las grandes cristaleras abiertas.

El silencio era abrumador y sepulcral.

Padre se dirigió hacia su trono, se sentó ojeando a todos con mirada seria e inquisidora. Nosotros tres nos habíamos acomodado en nuestras propias butacas a cierta distancia suya con curiosidad de oír lo que iba a decir.

Y alzando la voz más de lo normal comentó...

-Como todos os habréis enterado de una u otra forma, esta noche hemos sufrido un vil atentado en palacio. Un atentado que ha ocasionado la muerte de dos personas, asesinadas impunemente sin haberlo merecido.

Casi todas las almas presentes hicieron gestos afirmativos con la cabeza. Algún que otro imbécil hasta llegó incluso a contestar con un "sí", con lo que ello podía significar; perturbar un discurso del rey no era nada aconsejable. Pero esta vez padre siguió hablando como si nada.

-Estos hechos han ocurrido en mi palacio, cerca de mis aposentos, en mi propia casa. En la casa de vuestro rey y de vuestros príncipes –hablaba acaloradamente y todos le escuchaban con atención, solo se oía su potente voz tronando en el salón y así siguió hasta el final.

-Tenía previsto enviar a mis hijos a Nueva Maran dentro de un tiempo, pero este acontecimiento me obliga a tomar medidas drásticas y urgentes, no puedo ni debo esperar a que algo peor ocurra. Por el bien de ellos deben partir ahora mismo, por su propia seguridad y vosotros sois quienes los vais a acompañar a tan lejana provincia estado.

A la vez que hablaba yo seguía pensativo, todo aquello era por mi culpa. Recordaba con demasiado realismo mi hazaña y cada vez que revivía interiormente el instante cuando había introducido mi daga en la nuca del guardián experimentaba hasta cierto placer, nada que ver con el dolor o la pena. Era algo raro y extraño, pero que me traía sin cuidado. Volví a centrarme en las tonterías de padre.

Su actitud seguía demostrando una vez más lo tocado que estaba por lo acaecido, no podía ocultar su ira ni su malestar, y todo aquel que estuviese a su alrededor podría pagar las consecuencias, aunque no hubiera hecho nada.

Desde el trono miró fijamente hacia donde estaban los vasininos.

-¡Vosotros tres! Venid aquí ahora mismo. ¡He dicho!

Chafan, Rutter y Brigadión se miraron entre sí sorprendidos y extrañados ante el trato imperioso que recibían, pero como no podían demorar una orden tan tajante como aquella, hicieron aquello que se les ordenaba.

Al llegar delante suyo se postraron, hincaron la rodilla en el suelo y con la cabeza bien agachada extendieron la mano derecha hacia el trono en señal de completo respeto. Padre prosiguió con su ira irracional.

-Escuchadme bien, vosotros tres. Escuchadme bien y lo que os diga ahora espero que no desaparezca de vuestras mentes jamás. ¿Entendéis lo que significa jamás?

El único que contestó fue Chafan y no porque los otros dos estuviesen amedrentados por sus palabras, sino porque de los tres el que mayor rango tenía era Chafan. Puedo decir que aquellos vasininos no temían a nada, ni siquiera al poderoso y desequilibrado rey emperador Crotor, nuestro maldito padre.

-Estamos para servir de por vida a las órdenes de vuestra majestad, gran rey Crotor –confesó Chafan con voz clara para que todo el mundo la oyese-. ¿Qué deseáis comunicarnos, mi rey?

-Bien, escucha con mucha atención y guárdalo bien dentro de ese cerebro que tienes -acostumbrado a un trato de prepotencia que en esta ocasión no iba a ser menos, así se dirigió a Chafan, Rutter y Brigadión-. Quiero que no vuelva a pasar nada parecido a lo que ha sucedido esta noche en palacio. Quiero que durante el trayecto y la estancia de mis hijos en Nueva Maran, no ocurra nada de nada similar. Responderéis con vuestras vidas. Vosotros tres..., y todos los demás que aquí se encuentran -dijo señalando a todo el mundo con su dedo firme-. ¿Sabes el significado de ello, Chafan?

Un ligero, pero amplio susurro recorrió el gran salón. Noté muchos movimientos nerviosos entre aquellas personas, pero una mirada hostigadora de padre detuvo todo. Dio la sensación de que el tiempo se congelaba repentinamente. Volvió entonces la vista hacia todos los congregados y finalizó diciendo:

-Así que escuchad todos bien. No debe ocurrir nada “raro” a mis hijos. ¡A ninguno de los tres! Cualquier cosa fuera de lo normal que suceda y que haga peligrar sus vidas, os la haré pagar con vuestro sufrimiento, arrancando vuestros corazones de vuestros pechos con mis propias manos.

Luego calló pensativamente hasta que decidió acabar con la situación.

-La sentencia está dicha y ahora. ¡Podéis partir!

Todos empezaron a desfilar por la puerta del gran salón a sus posiciones, cada uno de ellos sabía muy bien lo que tenía que hacer por su propio bien.

Padre nos pidió a mis hermanos y a mí que nos acercásemos al trono, por lo visto antes de dejarnos marchar, todavía quería soltarnos algunas tonterías más.

Primeramente, se dirigió a Gumb cogiéndole de los brazos con sus amplias manos.

-Gumb, por favor, compórtate como el príncipe que eres. No te metas en líos que sé que eso te va mucho, ni metas a tu hermano en los mismos. Confío en ti y sé que no me defraudarás. Hazlo bien por tu futuro –y repitió una vez más-. Hazlo bien, por favor.

Luego quiso darme a mi otro consejo de los suyos, cogiéndome también por los brazos.

-Degall, a ti no sé qué decirte. Creo que tienes más cabeza que tu hermano, así que cuida de él y no os metáis en jaleos. Que no me entere por vuestro tío que no actuáis como lo que sois. Me has oído, ¿no? Iros los dos ahora rápido, por favor y dejadme con mi pena.

Le dijimos adiós y fuimos hacia la salida, allí estaba Chafan y esperamos a que Lienha también se despidiese de él. Cuando vino, venía llorando.

-Lienha, no seas llórica -dijo Gumb alegremente-. Sabes que padre no va a poder estar sin nosotros y en poco tiempo va a ordenar que nos traigan de vuelta a Vende. ¡Ja, ja, ja!

Mi deseada Lienha, con ojos lagrimosos, le fulminó con una mirada llena de rencor.

-Siempre has sido un idiota Gumb, ¿No te das cuenta de que no nos vamos para volver en pocos días? Padre quiere estar ahora solo para intentar descubrir (sabiendo que estamos a salvo), quién o quiénes son los causantes de los asesinatos. ¿No te has

informado que cada dos por tres hay intentos de alzamiento en partes del reino? Que puede sufrir un atentado mortal hacia su persona. ¿No te has parado a pensar que tal vez sea la última vez que veamos a nuestro padre? Quiere tenernos lejos por nuestra seguridad y hasta que no descubra la verdad de todo esto, no vamos a volver. Gumb, siento decírtelo, pero eres más imbécil de lo que yo creía. Mucho más.

Y dicho esto dio media vuelta y se dirigió hacia la salida del palacio, los que quedábamos fuimos detrás de ella y justo antes de salir por el portón eché una rápida mirada hacia el trono, nuestro padre nos miraba con ojos que reflejaban un dolor inmenso en su interior. ¿Sería por nuestra partida? ¿O sería por la muerte de su reina? ¿O tal vez por otra cosa?

Ya fuera cada uno subió en su propio carruaje esperando la orden para marchar hacia nuestro nuevo hogar en el lugar más alejado de lo que se podía estar de Vende.

Un lugar llamado Dor-Alia, en Nueva Maran.

5

“UN VIAJE CON SORPRESA”

¡En marcha! -gritó el ridish general Safkerd-. ¡Próximo destino...Nueva Maran!

Iniciamos el viaje con estas palabras que resonaron por todo el patio del palacio y unas cuantas bandadas de palomas iniciaron su despegue al oír la potente voz. Diríase que parecía querer acompañarnos durante nuestro próximo recorrido. Íbamos flanqueados por todos los lados de soldados fuertemente armados con lanzas, escudos, ballestas, espadas y arcos. También nos acompañaba una gran jauría, que debo decir que eran canes muy difíciles de adiestrar debido a sus salvajes genes, además de letales en caso de trifulca o ataque. Algunos de estos perros eran tan altos que sobrepasaban con creces la altura de la cintura de un hombre.

En primera línea Safkerd junto a Chafan y sus capitanes más allegados abrían la comitiva, seguidos muy de cerca por los feroces galusas. A nuestra vera y muy cerca de nuestros carruajes por lo que pudiese ocurrir, viajaban Rutter y Brigadión montados en sus propios caballos y con indumentaria negra de combate vasnino. Con solo mirarlos sabías que no tendrías ninguna oportunidad de éxito en una lid contra ellos. A sus espaldas portaban sendas espadas de mango nacarado azul, sin olvidar de los estiletos, mucho más rápidos y mortales que descansaban en sus brazos. Finalmente, en su cintura, un látigo cuya punta acababa en una bola llena de púas, todas ellas impregnadas con veneno de serpiente ruft, el ofidio más mortífero de la provincia de Vasnía Golteim. En cada parada que hicimos durante el viaje ambos actuaron de la misma forma, se alejaban un poco de la caravana y con mucho cuidado volvían a hundir en un pote de veneno, la punta del látigo para que así estuviese siempre preparado y listo para lo que hiciera falta.

Detrás de toda la comitiva se encontraban los siervos, cocineros y ayudantes necesarios para servirnos y atendernos durante el largo viaje. En sus carromatos se encontraba toda la comida necesaria agua, vino y la cerveza para abastecer a la tropa entera. Sobra decir que se podía beber este tipo de líquidos sin llegar bajo ningún concepto a perder el control por culpa del alcohol. Aquellos eran los mejores militares que había y como tales sabían hasta donde podían llegar sin perder ni un ápice de cordura. En los carromatos se portaba también la comida de los perros salvajes dentro de grandes barriles cerrados e inundados de aromas y esencias a su alrededor. De esta forma estos animales no conseguían olerlas ni descubrirlas, ya que de ser así hubiera habido muchos problemas.

Llevábamos cuervos grises y albinos que eran de vital importancia y se encargaban de llevar y traer mensajes y noticias allá donde fuéramos. Eran cuervos que solo se

criaban en Lamverdy. Se necesitaba mucho tiempo, experiencia, paciencia y esmero en conseguir parejas para que pudiesen surcar los cielos portando las misivas. El adiestramiento de estas aves se iniciaba cuando aún eran crías y se escogía a dos machos y dos hembras que se seleccionaban para que crecieran y se acostumbraran a estar siempre juntos sin ver nunca a ninguna otra ave. Cuando llegaban a cierta edad, se separaban dos y se llevaban a un punto distante al principio y lejano a la postre, aunque realmente no había distancia para ellas. En cualquier lugar podías soltar una que volvía como por arte de magia allá donde estaban sus congéneres. Jamás se perdían y podían recorrer innumerables jornadas de vuelo llevando y trayendo noticias y mensajes allí donde estaban sus otros compañeros o compañeras. Estaba terminantemente prohibido darles caza bajo inminente pena de prisión, todo debido a la importancia de estos mensajes que podían portar en sus pequeñas garras.

La idea del trayecto era la siguiente:

Primero discurriría en ruta hacia el oeste cortando enteramente de lado a lado nuestra provincia de Lamiah, entraríamos de esta forma por el sur en Alghall pasando lo más lejano posible de la ciudad de Dactor, luego giraríamos hacia el sur oeste entrando en Maran, seguiríamos viajando rumbo al sur costeadando el Gran Lago Badur y el Gran Desierto Rojo para llegar finalmente a Dor-Alia.

El comandante general Salkerd tenía orden expresa de padre que no debíamos entrar en ninguna ciudad para abastecernos de víveres bajo ningún concepto. Con la cantidad de carretas que nos acompañaban debíamos tener alimentos de sobra para llegar y hasta para volver. Así que no pasamos ni cerca ni a través de grandes ciudades y cuando cruzábamos algún pueblucho o pequeña villa que estaba en medio del camino, la curiosidad que despertábamos entre sus habitantes era digna de mención. No podían dar crédito a lo que veían, un mini ejército cruzando enfrente de sus casas con los príncipes herederos en sus lujosos carruajes en medio del séquito. ¡Verlo para creerlo! Con los guerreros que nos acompañaban si hubiéramos querido, incluso podíamos hasta haber intentado conquistar un trozo de tierra del reino sureño cercano. Su capacidad bélica era excepcional, lo mejor de lo mejor. Solamente hacíamos dos paradas al día, una para comer al mediodía y otra por la noche para cenar, descansar y dormir y así fue durante todos los días del viaje.

Sucedió que en la cuarta jornada hubo un incidente entre los perros y un alocado cocinero, el resultado podía haber sido muy grave para él puesto que el incidente estuvo a punto de costarle un brazo. De sobra es conocido que a estos animales nadie les debe tocar ni acariciar, aunque parezca que estén dormidos. Pues bien, en una de las paradas que se hizo para comer, los cuidadores atendieron a las bestias como siempre, dándoles de comer y dejándolas atadas en los árboles algo alejados para que no ocurriese ningún percance imprevisto. Hecho esto, tranquilamente y hasta iniciarse de nuevo la marcha, se retiraron del lugar para hablar de sus temas con otros compañeros. Un cocinero que pasaba por allí y al que debían de gustarle mucho los animales, viendo a los perros dormitando, no se le ocurrió otra cosa que ir a acariciar a uno de ellos. Al acercar su mano al animal, este con una velocidad endiablada, hincó sus afilados dientes en el brazo del pobre e ingenuo cocinero. Los alaridos solicitando socorro fueron atroces y gracias a que el encargado de los perros no se hallaba muy lejos, pudo acudir rápidamente en ayuda del desgraciado, consiguiendo rescatar y sacar el deteriorado brazo de las fauces del animal. Después de una rápida cura de emergencia cosiendo por aquí y por allá el brazo, el cocinero fue reprendido enérgicamente por el mismísimo General, que le prohibió a partir de ese mismo instante y durante todo el viaje salir de su carromato.

En el décimo día de viaje y ya de noche, recibimos la visita en el campamento del primer cuervo que traía noticias de Vende. El mensaje de padre solicitaba que la totalidad de las personas de la caravana, fueran informadas de algo importante que les quería

transmitir. Había decidido empezar a tomar drásticas medidas contra los alzamientos que se sucedían cada vez más a menudo por distintas partes del reino, así como también contra los ataques al Brick Sanx-Lord y otros nobles.

¿Mi expedición nocturna a la torre había desencadenado todo aquello?

Padre había ordenado detener a los granjeros y agricultores de las zonas donde se sucedieron los hechos ya que, según él, estos debían saber algo referente a los causantes de ataques. Aunque no lo ponía en el mensaje, ahora mismo esos incautos individuos estarían morando en los calabozos sometidos a todo tipo de vejaciones y torturas en pos de una información que posiblemente fuera muy difícil reconocieran. Incluso hasta se podía dar el caso que mintiesen para que el martirio y la muerte les llegase antes. Luego venía otro mensaje para Chafan y Safkerd sobre aspectos de seguridad en el viaje y finalmente uno para nosotros sus hijos, diciendo no sé qué tontería que nos echaba de menos. ¡Valiente mierda! Por supuesto aquella misma noche contestamos mis hermanos y yo respondiéndole que nos encontrábamos en perfecto estado de salud y con la hipocresía de que nos acordábamos a menudo de él. Así que poco después, otro cuervo descansado salía rumbo al este con nuestras mentirosas respuestas, por lo menos pasarían diez días antes de recibir otra vez noticias tuyas. ¡Bah!

Ocurrió el 23º día de viaje.

Habíamos dejado atrás Alghall y descendíamos por la provincia de Maran hacia el sur oeste, junto a la frontera con Vasnía Golteim. La ya cercanía del Gran Desierto Rojo hacía que de día los asfixiantes calores nos abrazaran como una novia virgen a su hermoso enamorado y que cuando llegaba la noche buscáramos cualquier remanso de un río donde poder darnos un buen chapuzón, lavándonos y relajándonos a la luz de la luna.

Aquel día el general y Chafan habían decidido que la caravana descansara desde media tarde debido al calor sofocante, así que teníamos tiempo para el ocio hasta la mañana siguiente.

Rodeado a cierta distancia de mis guardias de seguridad para no faltar a la costumbre, me encontraba sentado en una gran piedra del río con el agua tibia que me cubría hasta los talones. Un poco río abajo, no los veía, pero oía los divertidos gritos de Lienha, que no sé qué se traía con Gumb.

-¡Gumb, déjame en paz! -la oía reírse-. ¡Ja, ja, ja! Deja de tirar piedras al agua que me salpican y vas a acabar mojándome el pelo, ¡Párate ya! ¡Ja, ja, ja!

El suave sonido de su dulce voz era melodía para mis oídos. Daba la impresión de que quería parecer enfadada ante mi hermano, pero nada más lejos de la realidad.

-Espera, espera, que ahí va la última ¡Huuaauu!

Y sin embargo la voz de Gumb, en esos momentos sonaba inequívocamente basta y burda. El sonido de una piedra hundiéndose en el agua llegó hasta mí.

-Ten cuidado que casi me das, Gumb –esta vez su voz sonó con peor humor–. Deja de hacer tonterías, idiota. ¡Degall! Ven aquí, por favor -llamó-. ¡Degaaaall!

El requerimiento de socorro de Lienha actuó en mi como un resorte, de un brinco salí del agua y me puse a correr hacia ellos, sin ni siquiera darme cuenta que estaba completamente desnudo.

-Degall, espera un momento. Necesito hablar contigo.

Paré en seco y miré a ver quién era el osado que me había tuteado. Nadie podía pronunciar nuestros nombres sin poner por delante la palabra príncipe o princesa, además tutearnos no era aspecto de una actuación lógica e inteligente, más que todo por lo que pudiese repercutir a la persona que lo hacía. Fuese quién fuese, aquello me llamó la atención de tal forma que hizo me olvidase por completo de acudir en ayuda de mi querida y anhelada hermana.

Observé que Brigadión venía hacia mí con una gran toalla abierta entre sus manos ofreciéndomela para secarme.

-Perdona ¿Qué has dicho? -pregunté irónicamente cuando llegó junto a mí y según me envolvía en ella.

-¿Qué he dicho? –contestó sin darle mayor importancia-. Te he llamado porque necesito hablar contigo sobre un tema urgente e importante.

-A ver Brigadión, ¿No sabes acaso como debes llamarme? ¿No sabes quién soy? y sobre todo ¿Sabes quién es mi padre? -respondí ciertamente malhumorado-. Creo que tienes la obligación de deberme respeto y acato sin ningún tipo de trabas, eso es lo que tienes que hacer. Así que sea la última vez que utilizas ese tipo de lenguaje conmigo si no quieres que mande azotarte ahora mismo delante de todo el mundo. ¿Ha quedado claro?

Me miró con una sonrisa en los labios que no entendí a qué se debía.

-Muy bien, príncipe Degall, pero por favor antes de seguir con ese inútil vocabulario lleno de amenazas que no van a llegar a ninguna parte, acompáñame junto a ese árbol que quiero enseñarte una cosa. Digamos algo muy importante –y acabó apremiándome–. ¡Date prisa!

Nunca había visto nada parecido en su conducta, la desfachatez con la se había dirigido a mí me había dejado mudo, así que no dije nada y fui tras él hacia el árbol que señalaba.

Al llegar lo rodeamos y pude ver detrás una jaula con un cuervo gris dentro. Me detuve y muy airadamente le interrogué.

-¿Me puedes decir primeramente porqué me faltas al respeto repetidamente y luego me traes aquí detrás de un árbol a enseñarme un puñetero pájaro gris? ¡Guardias! –grité. Aquello era el colmo.

-Degall, detenles inmediatamente. Ahora te lo explico todo, confía en mi como lo has hecho siempre y sobre todo... –bajó la voz, acercó su cara a la mía con la misma irónica sonrisa y en un susurro acabó alertándome–. Y sobre todo..., porque es por tu bien.

Sus palabras no me dieron muy buena espina, los guardias estaban prácticamente llegando a nuestro lado, así que con premura les ordené:

-Volved, volved a vuestros puestos. Tranquilos que no pasa nada. Creí haber visto algo que se movía por la hojarasca, pero era un zorro corriendo.

Mentí, y mirando de reojo a Brigadión vi que afirmaba con la cabeza lo que acababa de decir. Los guardias volvieron a sus puestos sin más dejándome allí solo con el vasnino.

Volví a centrarme en él que me miraba fijamente con los brazos cruzados. No sé qué demonios se traía en la cabeza, pero no pude más y pregunté:

-A ver, suéltalo. ¿Qué demonios quieres con ese pajarraco? ¿Qué te traes entre las manos?

Brigadión como respuesta miró a nuestro alrededor cerciorándose que no hubiese nadie cerca. Me ojeó de arriba abajo sarcásticamente y sacando de su bolsillo un papel de los que se enviaban en los mensajes con las aves, me lo cedió imperativamente con una sola palabra y sin la forma otra vez... adecuada.

-¡Lee!

Agarré sin muchas contemplaciones el rollito de papel y empecé a desenrollarlo de muy mala gana, pero con cierto temor. Sabía que los vasninos no mentían nunca y este no tenía por qué hacerlo ahora. Eso que me había insinuado de “por mi bien”, me olía mal. Sin más comencé a leerlo.

Decía más o menos así:

Majestad, mi rey Crotor Vaalam de Shámsala.

Debo informarle de algo que presencié personalmente la noche en la que ocurrieron los sucesos en la torre alta de palacio. Me he mantenido en todo momento en silencio intentando

descubrir quienes estaban implicados, pero en vista de no conseguir más información, ni descubrir más cómplices, tengo el deber de hacerle saber aquello que presencié.

Después de leer estas primeras líneas mis piernas comenzaron sin más a flaquear. Disimulando cuanto pude me acerqué al árbol para sentarme en el suelo con mi espalda apoyada en él.

Brigadión simplemente dijo:

-Continúa Degall.

Me encontraba en mi cama y no podía dormir debido a un gran malestar estomacal. Pasaban las horas y en vista que no iba a mejor, decidí bajar a las cocinas a prepararme yo mismo algún brebaje para intentar que mi estómago volviese a ser el de antes. A punto de retornar a mi habitación, vi al príncipe Degall que bajaba sigilosamente ataviado con ropa oscura, algo muy raro en él sobre todo por las horas intempestivas que eran. Esto me llenó de sorpresa y en un acto de reflejos instintivamente me escondí tras la primera columna que tenía a mano. El príncipe pasó por las cocinas, el almacén y llegó hasta el portón de salida que consiguió abrirlo con algún tipo de herramienta que llevaba. Salió y volvió a dejarlo igual de cómo lo había encontrado, pero sin cerrar con llave. Fui siguiéndole entre las sombras con sumo cuidado. Le vi llegar hasta la puerta de la base de la torre en su parte lateral. Debo decir que ponía demasiado esmero en que la patrulla que en esos momentos pasaba cerca de su lugar no le viese, esto me llenaba cada vez más de curiosidad. ¿A dónde irá el príncipe? -me preguntaba.

Cuando desapareció tras la puerta, hice lo mismo que él y ocultándome de la patrulla conseguí llegar a la misma puerta que pocos instantes antes él había traspasado. Accedí a su interior con mucho cuidado de no ser descubierto por él. Conseguí acostumbrarme a la oscuridad, y gracias a esto pude descubrirle en aquella estancia a duras penas. Se hallaba cerca de la chimenea toqueteando una y otra baldosa en busca de algo. Pocos instantes después una abertura apareció cerca suyo como por arte de magia. Entró por ella y merced a algún mecanismo de su interior, esta se volvió a cerrar dejando la pared como anteriormente estaba. Nunca hubiera pensado que allí hubiese un pasadizo secreto, majestad.

Estuve tentado de hacer lo mismo y seguirle allá donde fuese, pero también sé que por los laberintos internos del palacio sin fuego no se debe acceder por propia seguridad. Regresé a mis aposentos y oteé desde mi balcón, esperando que volviese para preguntarle por su extraña fuga y comportamiento.

Según estaba leyendo casi desvanecido por la tensión, río abajo resonó la voz de mi hermana.

-¡Degall! ¿Qué haces que no vienes? ¿Tendremos que ir a buscarte nosotros a ti?

Su voz me pedía salir huyendo de allí lo más deprisa posible, pero la mirada de Brigadión no era precisamente para hacerlo en esos momentos. Para fastidiar más la situación, también mi hermano parecía tener que decir algo.

-Déjale que es un cantamañanas. Volvamos a nuestros carruajes.

Tenía la vista fija en el río y estaba absorto en él, no podía creer lo que estaba pasando, lo único que me sacó de mi estado fue otra vez la voz seria y hostil del vasnino.

-Termina de una vez, Degall. ¡Continúa!

Al rato noté que en la cima de la torre la luz se movía de lado a lado, cuando su guardián no toca esta nunca para nada. Deduje entonces que Degall se encontraba allí. Al tiempo y antes de aparecer otra vez por el patio, los gritos de alarma de los guardias empezaron a sonar. Tuvo muchísima suerte cuando volvió, ya que la patrulla de guardia se encontraba en la parte más alejada de la muralla y no le vio. Esperé un poco en mi habitación para darle tiempo a subir, los

gritos de alarma arreciaban cada vez más fuerte. Urgentemente siguiendo el protocolo para estos casos, acudí sin demora a vuestro alojamiento mi rey, intentando primeramente salvaguardar su seguridad. Luego su misma majestad nos solicitó a Chafan, a Rutter y a mí que fuésemos en busca de los príncipes.

Yo mismo elegí ir al aposento de Degall, ya que ahora sí que me interesa mucho saber algo más de su paseo nocturno. Cuando llegué llamé a su puerta y le solicité me acompañase ante vos. Al abrir pude observar su faz blanca, demacrada y sudorosa, además de notarle bastante nervioso, demasiado desde mi propio criterio. Eché una ojeada a su alrededor y...

Tuve que parar de leer, no podía seguir con aquella bazofia, tenía una gran opresión en el corazón y necesitaba respirar. Estar muy lejos de allí y olvidarme de todo aquel nefasto espejismo.

«¡Demonios! ¡Demonios! ¿Cómo me puede estar sucediendo esto a mí? -me dije-. ¿Cómo he podido ser tan idiota?»

Una vez más su incordiante voz me devolvió a la cruda realidad.

-Sigue, por favor.

-¿Tengo que leerlo todo? –pregunté con la mirada más lastimera que podía poner.

Su única respuesta fue bastante cortante de nuevo.

-Sigue.

Eché una ojeada a su alrededor y sus ropas estaban tiradas en la silla, eran las mismas ropas oscuras utilizadas durante su paseo a la torre. En la parte baja de la colcha había una zona arrugada y sucia que deduje era con la que se había limpiado el sudor de su cara.

Majestad, no hay ninguna duda que el príncipe Degall estuvo en la torre esa misma noche. Que fuese o no el culpable de los asesinatos es otro tema, aunque él mismo podría contestar a esta pregunta.

Todo esto mi rey, se lo podía haber comunicado anteriormente, pero ante la posibilidad que hubiese algún cómplice preferí actuar de esta forma, investigando por mi cuenta y riesgo y por el bien de la corona.

Espero órdenes para proceder.

Brigadión

Acabé de leer el mensaje y alcé la mirada. Brigadión estaba sonriente y yo cabizbajo. Apoyé mi cabeza en mis antebrazos que reposaban sobre mis piernas intentando dedicar un instante a evadirme de aquella puñetera locura. En un momento me di cuenta de todo lo que había tenido y que no había sabido valorar, con un poco de suerte hubiese podido llegar a lo más alto, tal vez a sentarme en el trono, pero ahora tenía todo perdido y mirar para atrás no servía de nada. Sentí la mano de Brigadión que se apoyaba en mi hombro y sus palabras me hicieron volver a la realidad. Le devolví el mensaje que se guardó nuevamente en su bolsillo.

-Y bien Degall. ¿Qué me dices?, ¿Quieres comentarme algo sobre esto?

-Yo... yo, no sé qué puedo decirte. Desconozco lo que me ocurrió para actuar así. Por favor, ten piedad de mí, no le digas nada a mi padre, por nuestra amistad.

Fijándome en su cara, tuve la impresión de que no estaba ni enfadado ni enojado, más bien parecía estar disfrutando del momento.

-Vamos, Degall –dijo agachándose frente a mí–. Quiero que te expliques lo mejor que puedas y esta vez intenta no mentir –acercó aún más su cara a la mía y me fulminó con sus palabras.

-¿Por qué demonios asesinaste a la reina y al soldado?

Quedaba claro, aunque su mensaje a padre decía que tal vez no era culpable de las muertes, él sí lo creía así. No sé qué podía decirle excepto la verdad, así que intenté

jugar mi última baza diciéndole que iba a contarle con pelos y señales todo lo que ocurrió allí arriba. Iba a ser franco con él sin ocultarle nada de mi aventura nocturna.

-Brigadión, si te narro lo que ocurrió, ¿Me concederás una oportunidad olvidándote de enviar por ahora el mensaje?

De nuevo me examinó sombríamente y al cabo de unos instantes, volvió con sus puñeteras y cortantes palabras.

-Habla, te oigo.

Le relaté todo lo sucedido esa nefasta noche, desde que bajé por la cocina y me vio, hasta la vuelta a mis aposentos con la alarma sonando a mis espaldas, incluso mis miedos posteriores a ser descubierto. Todo, se lo dije todo. Sobre las muertes reconocí que tuve pavor a que la reina le contase a mi padre que había andado por allí preguntando cosas raras sobre ella o bien que el guardián hiciese lo mismo para ganarse algún ascenso inmediato. No tuve otra opción y me cercioré de dejarle bien claro que no habían sufrido en absoluto. Finalmente terminé diciendo que sentía verdadero remordimiento por mi oscura conducta, esto evidentemente era mentira, pero debía intentar darle lástima como fuese. Luego callé y esperé su veredicto, si sacaba el cuervo de la jaula, enrollaba el mensaje en su pata y lo lanzaba al vuelo, todo estaba perdido. Si no tal vez hubiera una pequeña oportunidad.

Después de oír mi relato, Brigadión cambió de actitud y repentinamente pareció mostrarse más amigable.

-Vamos a ver Degall, ¿Realmente siente lo que has hecho? ¿Estás arrepentido de tus actos? ¿Seguro?

-Sí, Brigadión –respondí ágilmente-. De verdad que, si pudiese volver a aquella noche, nada de esto hubiera ocurrido, me habría quedado dormido y esta pesadilla no hubiese existido..., de verdad.

-Bueno, vamos a ver, pensemos un poco ¿Y si hago esto? -diciéndolo sacó el rollito del mensaje de su bolsillo y lo rompió en pequeños pedazos. Debió notar algún cambio espontáneo en mi cara, ya que rápidamente puntualizó-. Si hago esto..., también puedo volver a escribirlo y enviarlo al rey. Tenlo muy en cuenta. Que te quede bien claro, Degall.

Mi acelerada alegría volvió a su punto de partida, Brigadión parecía estar regocijándose de sus propias palabras teniéndome cómo me tenía entre sus manos.

Bien sigamos, haciendo esto que he hecho..., -añadió con una mirada verdaderamente maliciosa a la vez que intrigante – Tú ¿Tú... qué piensas hacer?

Empecé a vislumbrar un poco la luz entre las tinieblas, pero aún no estaba preparado para darle una respuesta.

-¿Yo? ¿Qué puedo hacer? –mil palabras se agolpaban en mi boca, pero ninguna idea surgía de ellas. No sabía qué decirle-. ¿No lo sé, Brigadión? Dime tú lo que sea, haré lo que me digas con tal de que ni padre, ni nadie se enteren de lo que hice. Dime lo que quieres que haga y lo aceptaré sin dudar. Tienes mi palabra de príncipe, aunque sé que de poco te sirve.

-Paseemos por la orilla del río, tal vez te sirva para quitar esos nervios que tienes y relajarte un poco, ¿Te parece la idea?

Acepté sin rechistar, ahora resulta que estaba amigable otra vez y no creí que fuese mala oportunidad para intentar adularle. Empezamos tranquilamente a caminar juntos río arriba, seguidos a prudencial distancia por los guardias que no nos quitaban ojo de encima.

-Bueno, pongamos que no le digo nada a nadie de lo sucedido. Bien sabes que todo en esta vida tiene un valor y esta acción que me pides que haga realmente es de muy alto coste, estoy siendo digamos..., -miró hacia el cielo pensativo hablándome con pose crítica-. Vamos a ver. ¿Traidor? ¡No! Eso no. Suena muy fuerte. Quizás la palabra justa que mejor me defina sea infiel. Estoy siendo un servidor de Vashia Golteim infiel con

tu padre y esa persona es el rey de todo el reino de Shámsala, ¿Sabes lo que significa esto y lo que me puede acarrear? ¿Te das cuenta de lo que hago por ti?

-Sí, Brigadión y te lo voy a recompensar de una forma que no puedes hacerte ni una idea. Si ocultas lo sucedido, te estaré agradecido de por vida por esto que haces, y sabes que a partir de hoy puedes contar conmigo para lo que sea.

Mi pequeño discurso cuyo único fin era que se olvidase del cuervo y del mensaje, pareció haberle calado hondo en su fuero interno. Pero había otra cosa, la única palabra que se formó en mi mente fue "chantaje". Iba a ser chantajeado por un vasnino que ahora empezaba a mostrar sus verdaderas cartas, aun así, volví a hablar lo más sosegado posible.

-Soy consciente de este gran esfuerzo tuyo y de lo que significa tanto para ti como para mí. Quiero que sepas que te lo recompensaré ampliamente. Dime –bajé la voz como si alguien nos pudiese oír-. ¿De qué cantidad hablamos?

El ruido del agua bajando por el río junto a lo que parecía el final de la tensa situación vivida me reconfortaba gratamente. Estaba a la conversación, pero la gran felicidad que había vuelto a mi después de verme en el infierno, me hacía ser en esos momentos generoso a más no poder. Debido a la alegría que me inundaba me daba todo igual. Parecía que no me importaba nada a mi alrededor, había probado el infierno por un momento y ahora parecía que lograba salir de él. Todo empezaba a encauzarse y aclararse y lo más importante... empezaba a estar de nuevo feliz y contento.

-¡No, no! –contestó Brigadión–. Creo que no me has entendido bien, no quiero oro, ni joyas, ni nada por el estilo, te lo explicaré mejor. A ver. Lo primero que me interesa que hagas, es hablar mañana mismo con Chafan y pedirle que desee que sea yo a partir de ahora tu único maestro, tu tutor y tu instructor en todas las áreas de enseñanza sin excepción. Así nos lo quitamos a él y a Rutter de en medio, que se dediquen a tus hermanos. En otras palabras, que te dejen a ti tranquilo a partir de ahora. Esto es lo que quiero, eso por ahora.

Aquello fue toda una sorpresa para mí, Brigadión no quería oro, ni joyas, supuse entonces que su deseo era algo más, mucho más importante que todo eso. En aquellos momentos estaba invirtiendo en su futuro, lo que me dijo de formarme solo él no me pareció mala idea en absoluto, ya que nunca me había caído mal. Rutter era demasiado exigente con todas las tareas y Chafan al ser digamos el mayor de los tres, llevaba siempre la voz cantante y la razón en todo lo que decía. Un auténtico inaguantable, aunque personalmente les apreciaba más o menos por igual a los tres.

-De acuerdo –contesté–. Mañana hablo con Chafan a primera hora.

-Bien, en cuanto tengas su conformidad, estaré día tras día contigo y voy a instruirte como el futuro rey de Shámsala que serás. Apuesto por ti y quiero ser tu mano derecha, tu único, repito..., tu único consejero. Te enseñaré cosas que ni te imaginas que existen, cosas realmente sorprendentes. Mejorarás en todos los aspectos, tanto físicamente como mentalmente. ¿Qué me dices? ¿Aceptas o damos media vuelta y suelto el pajarraco?

Su sonrisita no dejaba lugar a dudas, iba a hacer exactamente lo que conllevaría mi respuesta, acepté sin dilación, pero no estaba dispuesto a ser esa presa y que me pisase tan fácilmente

-Está bien, Brigadión, acepto tu llamemos trato. Pero me gustaría también poner ciertas puntualizaciones a todo ello. Eso..., si no te importa.

-Me parece perfecto, ¿De qué puntualizaciones hablas?

-Te agradecería lo primero de todo que me tratases con el debido respeto a mi persona como hacías anteriormente y como el príncipe que soy. Haya hecho lo que haya hecho, mi padre es el rey y yo soy su hijo, llevo sangre real en mis venas, por eso te exijo el respeto que me merezco por mi condición de príncipe. También, –dejé unos instantes de misterio y le pregunté maliciosamente-. Quiero que me enseñes..., "Lo Prohibido"

-Volvamos al campamento –respondió escuetamente según giraba e iniciaba la vuelta sin contestar a mi pregunta-. Ya hablaremos más adelante de todo esto, bienvenido a la que empieza ahora una nueva y fructífera etapa en tu vida, mi muy querido príncipe, Degall.

Así pues, volvió a tratarme con respeto y sin pensarlo dos veces fui a buscar a Lienha y Gumb.

6

"Y SORPRESA TRAS SORPRESA"

Al día siguiente, el desayuno fue el típico de todos los días aderezado con los insultos correspondientes, reproches y alguna que otra envidia producto de nuestras propias debilidades. El primero en lanzar la piedra esta vez fue Gumb, aunque hay que decir que cualquiera de los tres teníamos el don de empezar la guerrilla.

-Degall, a ver si la esquivas, hermanito –soltó tirando una bola de miga de pan dentro de mi cuenco y salpicando todo lo que había alrededor.

-¡Eres un sapo baboso, Gumb! Mira cómo has pringado todo. Deja de hacer ese idiota que haces tan bien y desayuna. ¡Déjame en paz!

No estaba totalmente repuesto del susto del día anterior, lo sucedido me hacía hecho pensar mucho y no tenía en absoluto ganas de bromas ni nada parecido, quería simplemente liquidar el asunto lo antes posible hablando con Chafan.

-¡Huy! El principito Degalito se enfada un poquito, que miedo -contestó muy risueño.

-Déjale, Gumb –le ayudó Lienha con cierto hastío y recochineo saltando en su defensa-. Desde que dejamos Vende está aburrido y perdido, le da mucha pena dejar a papá. A ver Degall, suelta esa lagrimita por papá. Enséñanos cuanto le quieres, llora un poquito. ¡Buaa, buaa! ¡Ja, ja, ja!

-Desde luego –repliqué lleno de ira-. Sois dos borregos criados en pocilga llena de mierda, así os va.

-¿Y tú no? –repuso mi dulce hermanita-. ¿Acaso eres diferente a nosotros? ¡Ja, ja, ja! ¡Ah! Sí. Tú nos has sido criado en pocilga como nosotros dos, no. Tú eres más listo, más sabio, más guapo. ¡Huy! que se me olvidaba y también eres mejor persona, incapaz de matar un insecto.

Sus últimas palabras me revolviéron de pies a cabeza de tal forma que me levanté sin decir nada y me largué sin siquiera mirarlos. Huía lo más de prisa posible de sus lamentables e inoportunas frases. Aun así, pude oír a Gumb a mis espaldas:

-Degall, te estás portando como un idiota, Ven a desayunar con nosotros que todo ha sido toda una broma. No seas como siempre tan majadero y siéntate de nuevo, no hagas que te lo supliquemos -luego más alto añadió- ¡No huyas como un perro sarnoso!

-¡Cada día estás más raro! -gritó Lienha-. No sé qué mosca te ha picado. Además, ¿sabes lo que te digo? Podemos seguir jugando nosotros –y acto seguido, intentó tirar una miga en el cuenco de Gumb.

-¡Ja, ja, ja! -rieron a la vez que sus asquerosas risas penetraban con fuerzas en mis oídos.

"Os podéis ir a la mierda". -pensé.

Fui en busca de Chafan que seguro debía encontrarse al inicio de toda la comitiva con el ridish general comentando los pormenores de lo que sería una nueva jornada. Cuando llegué allí, vi que también Brigadión se hallaba con ellos, Rutter un poco más alejado, mantenía una conversación con algunos de los capitanes que nos acompañaban.

Me acerqué al trío que al verme llegar dejaron de hablar observándome. Menos Brigadión, Chafan y Safferd parecían algo extrañados con mi presencia. El general fue el primero en dirigirse a mí.

-Buenos días, mi príncipe. ¿Qué os trae por aquí? Ahora mismo estábamos estudiando el recorrido de hoy y sinceramente nos sorprende veros por este lugar en vez de en vuestro carruaje, o con vuestros hermanos. ¿Sucede algo?

-Buenos días, tengáis todos –contesté cortésmente– No, no, estad tranquilos, deseaba únicamente tener unas palabras con Chafan. Para nada era mi intención ser inoportuno con mi presencia haciéndoos demorar aquello en lo que estabais trabajando.

La mirada de Brigadión era clara analizando lo que decía. Le miré de soslayo y me puse enfrente de Chafan decidido a seguir su plan del día anterior.

-Querido Chafan -dije- Desearía comentarte un tema importante para mí antes de llegar a Dor-Alia. ¿Podrías, por favor, concederme un poco de tu tiempo?

-¿Hay algún problema, príncipe? ¿Ha ocurrido algo importante de lo que no haya sido informado? –una sonrisa emanaba de la comisura de sus labios, pero en su faz sus inescrutables ojos se clavaron en los míos sintiendo ser analizado a conciencia. Era difícil poder escapar de aquella mirada.

-¡No, no! Para nada, querido Chafan. Es un tema que realmente solo me incumbe a mí, no quiero parecer irrespetuoso, ni nada parecido en estos momentos y más cuando os encuentro comentando, supongo algo importante. Siento venir justo ahora a haceros una petición mía particular. Te ruego me excuses, por favor.

Chafan cordialmente contestó:

-Estad tranquilo, príncipe Degall. Esperadme unos minutos cerca de aquel árbol. -lo señaló- En seguida acabamos con lo que tenemos entre manos –hizo una mueca que parecía indicarme paciencia y remató-. En breve estoy con vos.

Brigadión me observaba y parecía que era inmune a todo lo que sucedía a su alrededor, el ridish general parecía no interesarse más que de lo suyo que era la ruta para proseguir aquel día. Di media vuelta y despidiéndome de los tres me dirigí al árbol que sería testigo de nuestra conversación.

Nervioso esperé pacientemente unos minutos que se me hicieron inexplicablemente largos, quería acabar con algo que no había empezado. Finalmente observé que Chafan se despedía de Brigadión y del General viniendo a mi encuentro.

-Y bien, Degall. ¿En qué puedo ayudaros? –preguntó al llegar- ¿Qué se os ofrece?

Lo mejor para no ir directo al grano (creí) era dar un rodeo, así que empecé a divagar sobre el viaje; los pormenores que había habido; cuando llegaríamos a Dor-Alia. Asuntos realmente sin importancia, aunque sabía de sobra que Chafan no era idiota y que pacientemente estaba esperando aquello por lo que quería hablar con él.

-Y además ¿Cómo será el tiempo ahora en Nueva Maran? ¿Crees que la ropa de abrigo que portamos será sufici...

-Príncipe -me interrumpió-. Por favor, dejad de hablar de algo que no viene mucho a cuento y decidme realmente. ¿Para qué queréis dialogar conmigo?

Así era Chafan, muy directo y con pocas cosas que se escapaban a sus sentidos.

-Perdona -contesté con cara de idiota-. Simplemente tenía un poco de curiosidad por estas cosas, no conozco Nueva Maran más que de lo que he podido leer en libros o bien lo que la gente me ha ido contando, pero..., bien supones que no quiero hablar contigo de estas cosas. Pareces adivino. Chafan. Eso, o es que me conoces demasiado bien, amigo.

-Efectivamente, mi príncipe, no soy adivino, pero os conozco de sobra, desde que erais un pequeño mocosillo y no hacíais más que berrear por las noches. –respondió con su sonrisa–. Decidme lo que queréis, id directo a ello y sin tapujos que nos hagan perder el tiempo, por favor. ¿Tenéis confianza en mí? ¿No?

Tragué saliva lo mejor que pude, mis actos descubiertos por Brigadión habían desembocado en algo que me obligaba irremediamente a hablar con Chafan y si por alguna casualidad este no aceptaba a mi petición..., ¿qué haría Brigadión?, ¿Avisaría a mi padre? ¿Me daría otra oportunidad? Preferí no pensar más y solté la lengua.

-Querido Chafan, quisiera vieses la posibilidad de que Brigadión se ocupase íntegramente de mi aprendizaje, dándome todas las materias necesarias para que yo pueda crecer y mejorar en todos los aspectos relativos a las enseñanzas, esta es mi única petición. Quería hacértela saber antes de llegar a Nueva Maran, para empezar allí una nueva etapa con él, ¿Qué te parece?

Antes de contestar, un Chafan muy pensativo se sumió en pensamientos a los que yo no llegaba.

-Es una petición muy extraña, príncipe. Las mismas áreas del saber y conocimiento las podemos enseñar cualquiera de nosotros. Pero debemos ser conscientes que algunos conocemos mejor ciertas temáticas que otros y el compendio de Rutter, Brigadión y yo mismo, hacemos un todo de ello. Es la suma de los tres, lo que hace un,,, uno,,, y único – separó las palabras para que sonasen más importantes-. Un único saber en el conocimiento.

-Efectivamente –repliqué cordialmente-. Y me doy cuenta de ello Chafan, pero quisiera que solamente una persona me impartiera todas las materias y no estar entre tres yendo y viniendo. No quiero, ni pretendo ser descortés con los demás y sé de sobra que ponéis todo el esmero posible de vuestra parte, pero..., pero creo que Brigadión reúne todas esas cualidades. Podía haberte elegido a ti, o a Rutter -mentí-. Pero al final tenía que decidirme por alguien sin mirar ninguna cualidad especial ni nada parecido. Lo he echado a suertes y le ha tocado a él, así de simple, Chafan.

-Bien, si eso es lo que queréis que así se haga –dijo solemnemente-. Pero pensad y pensad bien. Si ahora actuamos de esta forma, no se va a poder deshacer lo mismo fácilmente. Si habéis elegido a Brigadión, pues que sea vuestro maestro en todas las materias y entre nosotros..., debo deciros que tenéis muy buen ojo, mi príncipe.

Puso sus manos sobre mis hombros suspirando.

-Sabed que vuestro padre mi rey, me dijo antes de partir de Vende que fuera benevolente con vosotros, sus hijos, que habíais pasado por fuertes emociones y que si deseabais algo especial os lo concediera, que no fuera extremadamente rudo. Así que esta petición queda aceptada. Sabed de todos modos, que podéis volver a mí siempre que lo deseáis para solicitarme o preguntarme cualquier cosa.

En mi cara debió ver algún atisbo de alegría, ya que siguió diciendo:

-Me alegro enormemente de vuestra petición, Brigadión es una grandísima persona, totalmente integra, cabal y con conocimientos diría yo, mucho más amplios e importantes que muchos de nosotros. Aprendiendo de él llegaréis a ser una gran persona. Sea así concedida la petición. ¿Deseabais alguna cosa más?

-Gracias, querido Chafan –suspiré aliviado-. Sabía que podía contar contigo, ahora quiero regresar a mi carruaje. Quiero ver a mis hermanos y ya de paso comentarles la noticia si no tienes objeción alguna, Chafan.

-Esperad príncipe, no vayáis tan de prisa.

La alegría me embargaba, pero como las prisas son malas consejeras le presté atención.

-No digáis nada a vuestros hermanos y dejad que sea yo quién se lo comunique, conociendo como os lleváis entre vosotros, creo que es más acertado que les dé yo la noticia y que no se enteren por vos.

-Bien, Chafan, me parece una idea acertada –contesté sintiendo unas ansias tremendas de buscar a Brigadión y relatarle lo sucedido.

-¿Alguna otra petición, príncipe?

-No, muchas gracias. Lo único... ¿Podría comentarle a Brigadión este nuevo cambio en mi enseñanza?

-Perfecto, no veo ninguna objeción a ello. ¡Mirad! –y me señaló hacía un lugar-. ¡Ahí está! Id y comentádselo vos mismo si lo deseáis, yo hablaré con él más tarde.

-Adiós, Chafan y mil gracias.

Saludando me fui directo hacia Brigadión que supongo en todo momento, había estado observando detenidamente nuestra conversación.

-¡Adiós, príncipe! ¡Ha sido un placer!

Cuando me acercaba a él, disimuladamente hizo que no me veía ojeando una lejana montaña. Nada más lejos de la realidad. Noté cierta tensión en sus movimientos, no era el auténtico Brigadión. La persona a la que me dirigía ahora estaba rígida y seguro era por desconocer el resultado de la conversación con Chafan. Al llegar junto a él, no lo pudo reprimir y con un mohín de su cabeza solo preguntó:

-¿Sí o no?

No quise darle la respuesta inmediatamente, quería jugar un poco, como él mismo hizo conmigo la tarde anterior, aunque teniendo en cuenta mi noche loca por el palacio, aquello era como jugar con fuego.

-¿Tú qué crees, Brigadión? –le pregunté irónicamente–. Si te digo que no, ¿Lanzarás el cuervo a volar? Si te digo que sí, ¿Qué? ¿Conmigo para siempre?

-Dejémonos de monsergas, príncipe –replicó empezando a mostrar un brillo raro en sus ojos vasininos-. Te he preguntado..., ¿sí o no?

-¡Sí, Brigadión! ¡Sí! Chafan ha aceptado mi solicitud –vi instantáneamente que desaparecía ese destello que no me gustaba en absoluto–. A partir de ahora eres mi único maestro y todo ha quedado resuelto como tú querías. Ahora bien, esto es una alianza que no me gusta del todo y quisiera pedirte algo al respecto, algo que haga que esta unión entre tú y yo sea más fructífera y beneficiosa para los dos, para ti y para mí, ¿Te parece?

-Por supuesto, Degall. Me parece justo. Dime. ¿De qué se trata?

-Lo primero y para siempre, no soy Degall. Soy tu único príncipe Degall y no es dime, sino diga. ¿Entiendes?

Por mucho que me tuviese bien amarrado de pies y manos, me estaba empezando a cansar esa nueva forma suya de tratarme tan poco respetuosa.

-Me parece perfecto, príncipe Degall. A partir de ahora mismo será usted tratado de la forma que le corresponde. ¿Algo más?

Su sorna hablando resultaba más que evidente. No me amilané y empecé a exigir lo que creí necesario. Sus maneras y formas de dirigirse a mí me estaban exasperando a rabiar.

-Escucha Brigadión. Hablando claro, me tienes atrapado y bien atrapado y bajo el chantaje de no decirle a mi padre lo que he hecho, vas a conseguir tus planes. Pero quién te dice que si un día llego al trono, ¿No te haré pagar por lo que me estás haciendo pasar en estos momentos? –me acerqué a él intentando amenazarle solo con mi inofensiva voz-. Piensa bien lo que haces ahora puesto que estoy indefenso ante ti. ¿Pero quién te dice qué sucederá en un futuro?

-De acuerdo, príncipe –su voz se hizo más cordial y humana–. Reconozco que tal vez me haya propasado con lo sucedido, pero desde este momento doy el tema por zanjado y no habrá ninguna razón por la que vuelva a repetirse lo mismo. Tenéis mi palabra de honor, príncipe.

Esta vez sus palabras me convencieron, pero no así había acabado y necesitaba tenerle sujeto a él, tanto como él me tenía a mí.

-Bien, Brigadión, ahora que estamos los dos de acuerdo en nuestro proyecto común, digamos que necesito alguna prueba de tu lealtad hacia mí, algo tuyo. Tú me tienes a mí y yo necesito tenerte a ti. ¿Entiendes lo que te quiero decir?

Lo entiendo perfectamente príncipe y me parece bien vuestra sugerencia ¿Qué podría hacer por vos?

-¿Que qué podrías hacer por mí?

Oírle decir aquellas palabras me impresionó gratamente, podía pedirle cualquier cosa, pero antes de solicitar una tontería, preferí callar y meditarlo para más adelante.

-Bien, Brigadión, lo que te vaya a pedir ya llegará y pronto, lo importante es que hemos llegado a buen puerto y que a partir de ahora necesitaremos conocernos mucho mejor. Me retiro a mi carruaje ya que partiremos en seguida, supongo -de esta manera quise finalizar la conversación—. Hablaremos en la próxima oportunidad que estemos los dos solos. ¿De acuerdo?

Aceptó el envite y esta vez nos despedimos amigablemente sin más hasta una próxima ocasión. Tenía tiempo de sobra para meditar sobre qué podía pedirle para mantenerle de la misma forma atado a mi yugo. Sabía que el tiempo y la paciencia eran mis únicos aliados para conseguir algo realmente valioso, no debía improvisar.

Volví a mi carruaje y al llegar Lienha alegremente me abordó.

-¿Qué Degall? ¿Ya se te ha pasado la mala leche que te desbordaba desayunando?

-No, mala leche no, lo que pasa es que he dormido mal y todavía tengo un resquicio del dolor de cabeza de esta noche, de hecho..., la mala leche nunca me ha desbordado.

Su porte era salvaje. Preparada para la partida, pero todavía sin peinar y con su largo pelo alborotado era una auténtica locura, sus tersos senos hacían que desviase la mirada hacia ellos una y otra vez sin poder remediarlo. Hubiese jurado que en alguna que otra ocasión me había descubierto cómo disimuladamente intentaba escudriñar su hermoso escote y en vez de reprenderme había elegido emitir una ligera y vergonzosa sonrisa. Estoy casi seguro de que sabía de mi debilidad por ella y por su hermoso y sensual cuerpo. ¡Lienha! ¡Lienha! ¡Demonios, Lienha! ¡Cuánto te deseo!

-Pues parecías estar de un humor despreciable, vamos que no te aguantabas ni tú, querido hermanito. Por cierto ¿A dónde ibas tan rápido?

-Iba a preguntar a Chafan que cuanto cree que tardaremos todavía en llegar a Dor-Alia –contesté sin pensar mucho en lo que decía ya que mis más turbios pensamientos y deseos estaban depositados únicamente en su cuerpo. Esa mañana me tenía totalmente atolondrado, necesitaba hacer el amor con ella, Estaba..., estaba tan radiante. Más radiante que el propio sol.

-¡Ah! ¿Sí? ¿Y qué te contestó? ¿Te dijo cuándo llegaremos? -preguntó.

-¿Eh? ¿Qué?

-¿Que cuando llegamos? Demonios Degall, pareces idiota. ¿Te dijo cuando llegaremos?

-¡Lienha! ¡Ja, ja, ja! Pero... ¿cómo le hablas a ese cenutrio? –la asquerosa voz de Gumb a mis espaldas vino a rescatarme de mi mundo mágico. Su pregunta me había pillado desprevenido y había empezado hasta a balbucear sin saber qué decir.

-Hola, principito Degall. -me preguntó-. ¿Qué? ¿De mejor humor ya?

-Bueno..., le estaba explicando a Lienha el porqué de mi actuación matinal, Ahora, lo mejor es que nos preparemos, ya que en seguida partimos de nuevo.

-Sí, pero ¿cuándo? ¿Y qué más te han dicho? –volvió a preguntarme Lienha con actitud de esperar una respuesta rápida.

-¡Ah! Sí, es verdad. Chafan comentó que, si seguimos a este ritmo, en menos de diez jornadas llegaremos a destino.

Mentira. Estaba claro que no íbamos a tardar diez días, solo quedaba rodear el Gran Desierto Rojo bajando por la orilla del lago Badur, para luego ascender hacia Dor-Alia nuestra meta final.

Brigadión apareció repentinamente montado en su caballo y me sacó de mis pensamientos. Solicitaba que entrásemos en nuestros carruajes para partir. Gracias a eso, me libré de seguir con el asqueroso interrogatorio de mi dulce hermanita, interrogatorio aderezado con el idiota de mi hermano que seguro iría a soltar más de una tontería contra mí.

Durante los últimos días de viaje no sucedió nada destacable, hasta poco antes de llegar a la ciudad.

Bueno, sí...

Recuerdo que ocurrió que un ingenuo soldado fue encontrado dormitando durante su guardia. Estaba bien tapadito con una manta para soportar el frío del rocío y un fuerte olor a alcohol barato emanaba de su boca. Ciertamente aquello no acudió en su defensa cuando la abrió intentando disculparse por su torpeza. Allí mismo fue juzgado por su capitán de guardia sin ninguna clase de atenuantes. Su condena fue la de cabalgar desnudo en su corcel al final de la caravana sin siquiera llevar silla de montar y portando solamente la lanza, el escudo y su espada en un cinturón como única indumentaria. De esta guisa el castigo terminaba cuando las puertas de las murallas de Dor-Alia estuviesen a la vista de todos. También recuerdo que durante varios de los últimos días de viaje llovió, por lo que supongo que aquel pobre imbécil se acordaría entonces de la estupidez que hizo y que había desembocado en la situación por la que atravesaba.

El viaje resultaba pesado y aburrido. Cuando más nos acercábamos a nuestro destino, parecía que más largos y cansinos se nos hacían los días. Saliese el sol, lloviese o hiciera viento, todo nos daba igual, queríamos llegar y descansar por fin. Esto hacía que cualquier conversación que mantenía con Gumb, ofuscados por el aburrimiento, acabáramos casi siempre en una disputa de bobos. Pero discutir era divertido, y a veces por la más mínima tontería habiéramos acabado partiéndonos la cara si no hubiese sido porque tanto Chafan como sus dos allegados, nos vigilaban día y noche y nos lo impedían una y otra vez llamándonos continuamente al orden.

Debo decir también que a pesar de mi amor oculto por Lienha, en diversas ocasiones estuve tentado de echarme a su cuello y apretárselo bien fuerte o golpearla con lo primero que tuviese a mano. Esos días estuvieron llenos de amor oculto y odio por mi parte, aunque por la suya supongo que indiferencia únicamente.

Pero gracias al destino todo cambió. A falta de poco para llegar al final del viaje, ocurrió un suceso muy interesante a mi modo de ver. Interesante y siniestro,

Aquel día, recibí la visita inesperada de Brigadión en mi carruaje.

-Príncipe Degall, debo comunicaros algo en privado -dijo sonriendo desde su caballo-. ¿Podría acompañaros dentro para hablar?

Acepté su petición con un gesto de mi mano, y casi sin terminar de moverla le tenía sentado frente a mí.

-¿Qué? -pregunté muy curioso, empezaba a conocerle un poco y eso de privado no me olía nada bien.

Su sonriente mirada me tranquilizó un poco y comenzó a hablar, pero antes apoyó su mano sobre mi brazo en un intento de serenarme aún más.

-Estad tranquilo, mi príncipe, no tiene que ver nada con vos lo que quiero deciros. Repito, tranquilidad, mi príncipe.

-Bien. Entonces... ¿Qué pasa?

-Acaban de volver los guías de la caravana. Esos que siempre van por delante de nosotros y nos comunican cualquier imprevisto en el camino. ¿Sabéis de quiénes hablo? ¿No?

-Sí, sí, por supuesto. Sigue, por favor.

-Pues bien, nos han informado que un poco más adelante en el camino se encuentra vuestro tío Cardieff. Ha llegado con una escolta de honor para acompañarnos hasta la ciudad.

Por fin iba a conocer a mi tío. Padre últimamente no hablaba muy bien de él y no sé por qué, pero supongo que tal vez tuviese razones para ello. De todos modos, aquella era una buena noticia que me llenó de alegría, El tío Cardieff era el gobernador de una provincia muy rica, estaba casado y tenía cuatro hijos, una chica y tres chicos. Por fin iba a conocerle.

-También hemos avisado a Lienha y a Gumb -siguió Brigadión- Debéis prepararos para conocer a vuestro tío y por este hecho, os rogaría os ataviaseis con las ropas más elegantes que encontréis en vuestros arcones. Haré llamar a Loren para que os ayude en ello.

-Muy bien, Brigadión, que así sea. Puedes retirarte.

-Hay algo más, mi príncipe.

Su sonriente faz se transformó repentinamente y la seriedad de sus facciones no me hizo presagiar nada bueno.

-¿Algo más? ¿Qué algo más, Brigadión?

-Os he pedido poder entrar ya que no quería que nadie nos oyese –bajo la voz y miró por la ventana para observar que nadie se encontrara cerca -. Lo que va a ocurrir cuando lleguemos a la frontera no va a ser en absoluto agradable. Sobre todo, para vuestro tío.

-¿Que sucede pues, Brigadión? -sus palabras no me transmitieron buenas vibraciones y se lo hice saber-. Te exijo que me lo digas ahora mismo. Por ese, digamos contrato que tenemos firmado entre los dos. No debemos empezar con mal pie sin confiar el uno en el otro. Dime... ¿Qué ocurre? ¡Suéltalo ya!

-Esto va a ocurrir, Degall. Cuando lleguemos donde se encuentra vuestro tío, urgentemente celebraremos un juicio sumarísimo con él como acusado. Quién le acusa es su propio ridish general Zuwauik, quien asegura que vuestro tío ha estado robando a las arcas del estado durante mucho tiempo una cantidad importante de oro y que aporta para la ocasión todo tipo de pruebas. En caso de que el gobernador Cardieff no tenga defensa alguna en su haber, será ejecutado por orden real allá y al momento donde se encuentre. No puedo hacer nada por él, es una orden directa de vuestro padre el emperador y creedme que lo siento, mi príncipe.

Aunque la noticia no era muy agradable tampoco conocía a mi tío, por lo que no me importó en absoluto la suerte que iba a correr. Observé fijamente a Brigadión con cara de resignación, aunque pensaba más en la indumentaria que me iba a poner para tal acontecimiento. Así que después de estar unos momentos intentando parecer pensativo y cabizbajo, acabé diciéndole sin pensarlo mucho:

-Vamos a ver, Brigadión, ¿No hay ninguna posibilidad de que mi tío pueda salvar el culo? Además, vienes diciendo que me vista con mis mejores ropajes. ¿Para asistir a su ejecución?

Viendo su cara, me di cuenta al momento que mi tono y lenguaje burdo, le había resultado un poco chocante.

-Ya os he dicho que lo siento. Lo de la vestimenta solo era un pretexto para empezar la conversación. Por vuestro tío no puedo hacer nada de nada, ni yo ni nadie.

El vasnino parecía algo abatido por la orden recibida desde Vende, aunque tal vez fuese también una pose fingida.

-El rey ha tomado una decisión y solo él puede revocarla, nosotros no tenemos poder ni decisión para ello. Somos únicamente la mano ejecutora de su designio real. Nadie desobedece al rey, sea para realizar una acción justa u otra deplorable; tenga buena o no tan buena razón. Somos sus vasallos y solo podemos acatar lo que él dictamina e incluso nuestra propia vida depende de cómo obedezcamos, máxime en un

caso como este. Os digo que lo siento, mi príncipe, no podemos hacer nada por vuestro tío, ni ayudarlo de ninguna forma. Tal vez darle muerte de la forma más rápida posible sea nuestra única ayuda.

Ví que su mirada se perdía a través de la ventana del carruaje en la lejanía, hablaba realmente desde el fondo de su corazón. Dicho esto, calló y quedamos los dos mudos durante unos breves momentos.

-La única solución que veo a todo este engorroso asunto, -siguió-. y para que conserve su vida, es que tenga en su poder algún maldito tipo de documento o certificado que le exima de todas las acusaciones. Y sinceramente, dudo mucho que este tipo de documentos existan o estén en su poder. No le veo ninguna solución, además también quería comentaros otro tema relacionado con esto.

Brigadión empezaba a no dejar de sorprenderme a cada nuevo segundo que pasaba. Me preparé para lo que tal vez se me venía encima, pero intentando disimularlo pregunté:

-¡Ah! ¿Sí? Tú dirás, ¿Más nuevas?

-Bueno, esto no son nuevas. Es un mensaje que nos dejó bien claro vuestro padre antes que partiésemos de Vende. Es un mensaje para vos y vuestros hermanos en relación con el juicio que se va a celebrar contra Cardieff. Cuando...

-¿Un mensaje para nosotros?, ¿Qué tipo de mensaje quiere padre que nos des? – la curiosidad pudo conmigo y me fue imposible cerrar la boca–. Rápido, ¡Suéltalo!

No pareció agradarle mucho mi corte en su conversación, pero como no podía hacer otra cosa siguió hablando.

-Como os decía, antes de partir de Vende, vuestro padre nos exigió que la princesa Lienha, el príncipe Gumb y vos mismo estuviéseris presentes en todo momento que se celebrase el juicio contra vuestro tío y tanto si es absuelto como si es declarado culpable, debéis estar los tres presentes. En caso de culpabilidad veréis la más que segura ejecución. El rey Crotor, os ha enviado a Nueva Maran por vuestra seguridad, pero tal y como él ve el futuro de Shámsala, desea haceros fuertes con todo tipo de pruebas. El impero se tambalea por muchos lugares y vienen tiempos oscuros para todos, que los príncipes sean fuertes física y mentalmente es una tarea que nos ha encomendado a Chafan, Rutter y a mí. Por lo tanto, deberéis presenciar la ejecución o la absolución de Cardieff. La fortaleza es parte de la enseñanza. Un rey fuerte es un rey que perdurará durante largo tiempo. Ahora mismo Lienha y Gumb, están recibiendo estas mismas noticias por lo que supongo que se estarán preparando también para lo que sobrevenga.

El silencio nos envolvió de nuevo y ya que parecía que mi tío tenía las horas contadas, hice un poco más de comedia para acabar con aquello.

-Déjame por favor, con mi pena, Brigadión. Vete y haz lo que tengas que hacer, sea lo que sea. Ya de paso a tu salida, avisa a Loren para que venga a ayudarme a vestirme.

-Como vos digáis, príncipe.

Dicho esto, se levantó, salió del carruaje y montando en su caballo partió para avisar a mi siervo. No sé cómo el hecho de presenciar el final de nuestro tío iba a sentar a mis hermanos, pero yo lo único que quería era llegar a nuestro destino y lo demás me traía sin cuidado. Estaba cansado de tanto viaje y deseaba dormir en una mullida cama.

“¡Ay! Cardieff, Cardieff, -pensé-. ¿Qué habrás hecho? Además, seguro que si te rebanan el pescuezo es porque tú te lo has buscado”.

En breve iba a presenciar un bonito espectáculo allí en medio del campo.

Al poco rato de irse Brigadión, entró en el carruaje Gumb sin llamar a la puerta siquiera y comportándose como alma que lleva el diablo.

-¡Degall, Degall! -dijo alarmado-. ¿Sabes lo que le va a ocurrir a nuestro tío?

-Sí –contesté–. Brigadión acaba de decírmelo y por lo visto no hay solución para él.

-¡Demonios! ¡Demonios! –repitió acaloradamente–. Parece que no te importa, esto no puede ser real. Llegamos a Nueva Maran y antes de estar en nuestro punto de destino e instalarnos..., ¿tenemos que presenciar el asesinato por orden de nuestro padre de nuestro tío? Por mucho que haya hecho es un familiar. Padre debiera tener compasión por una puñetera vez en su vida. Darle una oportunidad.

-No te extrañe que le ocurra eso Gumb. Mira lo que nos hizo a nosotros, lo que ocurrió por jugar con las Cartas de Dolor en vez de estar estudiando. ¡Únicamente nos flageló! ¿Eso te parece normal en la actitud de un padre? Visto eso..., ¿qué quieres que piense de él? Que no te resulte extraño entonces que actúe así con alguien que es acusado de robarle por mucho familiar que sea. Padre perdió la cabeza hace tiempo, pero es el rey y el rey reina con o sin razón. Así es nuestro insano padre, un loco de atar. Las revueltas que ha habido y las que se estarán gestando, son todas productos de sus alocadas actuaciones con el pueblo. Por mucho rey que sea, toda esta mierda acabará con él. Ya lo verás y cuidadito.

-¿Cuidadito? ¿Cuidado de qué?

-Porque detrás de él vamos nosotros; Lienha, tú... y yo.

-¿Y... y no podemos hacer nada de nada? –preguntó ingenuamente y con una mirada rabiosamente infantil a más no poder–. Debiéramos intentar salvar a nuestro tío de alguna forma.

-Según Brigadión, no es posible, ya lo sabes. Por lo visto tenemos que aprender de estos hechos. Presenciar todo lo que ocurra y empezar a hacernos fuertes, aunque por lo visto debe de ser con desgracias ajenas, así en un futuro, tal vez cuando alguno de los dos reinemos seamos tan duros o más que él. Ese es nuestro sino hermano, aprender y por lo visto no decir nada de nada.

Le miré de soslayo comprobando su semblante sobre mi comentario respecto a reinar uno de los dos. Noté un repentino brillo en sus ojos y un disimulo, pero aun así rápidamente contestó.

-¿Aprender a qué? ¿A castigar? ¿A ejecutar? ¿A asesinar? ¿Qué mierda es esta, Degall? Lo que va a ocurrir hoy es un asesinato y nosotros lo tenemos que presenciar porque le apetece a nuestro inmisericordioso padre. ¿Solo para que supuestamente aprendamos?

Los comentarios de mi hermanito me estaban empezando a cansar, nunca había sido un ferviente justiciero, ni un tipo legal, ni nada parecido, aunque con sus palabras de ahora, era lo que me estaba demostrando. Aquello me chocaba terriblemente. A mí personalmente me traía sin cuidado mi tío y a él de repente, parecía que algo le importaba. ¿Eran reales los comentarios o una patraña con la cual no sé a dónde quería llegar? De todos modos, la suerte vino aliarse conmigo porque justo en ese momento llamaron a la puerta del carruaje. Loren aparecía para ayudarme a transformar mi imagen.

¡Bien!

-Lo siento Gumb -comenté-. pero debo cambiarme para la ocasión. Por favor ya hablaremos más delante de esto. ¿De acuerdo?

-Perfecto, Degall. Hablaremos. ¡Maldita sea!

Y con estas palabras salió del carruaje casi arrollando a Loren en su impetuosa salida.

Poco después continuamos el camino con la mente más puesta en el episodio que íbamos a presenciar que en el deseo de llegar a Dor-Alia para poder descansar.

Un par de horas después me avisaron de que estábamos a punto de encontrarnos con nuestro desgraciado tío. Fue a media mañana cuando el carruaje finalmente se detuvo. Sentí griterío por las inmediaciones y rápidamente un soldado me avisó de que habíamos llegado. Tranquilamente salí y vi que nos hallábamos en un gran claro rodeado de hermosos árboles y altas hierbas. Podía percibir su frescura, su verdor con sus bailes

al son del viento, pero como no debía perder el tiempo en tonterías de estas, simplemente me dirigí allí donde se encontraba un elegante personaje que deduje por su apariencia era mi “supuesto querido” tío. Estaba rodeado de generales, comandantes y soldados que portaban hermosas banderas en las cuales aparecían dibujados el símbolo de Dor-Alia, un león dorado rugiendo, rompiendo unas cadenas que le tenían atrapado sobre un fondo azul y una luna roja. Un poco más allá se veían grandes tiendas de campaña que seguro iban destinadas a ser nuestros alojamientos para descansar.

Lienha y Gumb se unieron a mí y juntos nos acercamos al séquito que nos aguardaba. Chafan, Rutter y Brigadión estaban detenidos a medio camino entre el elegante personaje y nosotros. Cuando llegamos junto a su lado ninguno de nosotros tres dijo nada, simplemente queríamos huir de allí o que aquello acabase lo antes posible.

-¿Preparados para lo que sea? -sentenció Chafan.

-Si no hay ninguna salida, ¿qué esperas que te digamos? -respondió Lienha con rabia.

El vasnino desentendiéndose de la pregunta dio media vuelta encaminándose hacia nuestro tío seguido de muy cerca por Brigadión y Rutter. La situación se hacía insostenible, pero había que coger el toro por los cuernos.

-Bien vamos allá, chicos. Cuanto antes acabé esto mejor -dije lo más serenamente posible. En el aire se empezaban a oír aplausos y vivas en nuestro honor y todo ello sin la más mínima ilusión por nuestra parte.

Instintivamente Lienha nos dio la mano a Gumb a mí. Esta acción nos sorprendió a ambos, aun así, no dijimos nada prosiguiendo el camino y asidos por una vez como auténticos hermanos.

Al llegar junto a la comitiva nuestro tío dio un par de zancadas hacia nosotros. Se le veía lleno de alegría e ilusión, y haciéndonos una grácil reverencia dijo en voz alta para ser oído todo el mundo:

-Bienvenidos, queridos y amados príncipes, es un honor para todos nosotros teneros en Nueva Maran. Queremos desearos una feliz estancia aquí y deciros que cualquier cosa que necesitéis o queráis no tenéis más que pedirla... -nos guiñó un ojo-. que muy gustosamente os la haré llegar muy complacido. Bienvenidos pues a Nueva Maran y nos sentimos verdaderamente orgullosos que nuestro querido rey Crotor, nos haya elegido como destino para vuestras excelencias y ahora, dejémonos de palabrería y a mis brazos mis queridos príncipes.

Dicho esto, los abrió de par en par viniendo de esta guisa en un intento de abrazarnos a los tres. La alegría que emanaba de aquel individuo parecía totalmente limpia y su mirada era jovial y amigable. Nuestro tío era una persona de mediana edad que llevaba el pelo rubio y muy largo atado por varias trenzas de colores, tenía una tripa prominente que intentaba ocultar bajo una camisa bastante holgada con una casaca abierta de terciopelo azul por encima de ella. Alrededor de su cuello diferentes collares de oro le otorgaban un aspecto divertido y hasta cómico, y debo decir que no había ningún signo de maldad en él, aunque Chafan no debía pensar lo mismo.

Y rápidamente se interpuso en su efusivo camino.

-Un momento por favor, gobernador Cardieff.

Nuestro tío se quedó con los brazos abiertos y con una gran sonrisa en los labios esperando lo que iba a decir Chafan.

-Lo que haga falta –contestó ingenuamente-. Por cierto, sois Chafan. ¿No? Los mensajes que me ha escrito el rey me hablan muy bien de vos y de vuestros hermanos de raza, quienes supongo serán estos dos caballeros que os acompañan.

-Así es, gobernador Cardieff -respondió seriamente-. Ellos son Rutter y Brigadión – y les señaló. Acto seguido estos correspondieron a nuestro tío con una muestra de respeto inclinando la cabeza.

Cardieff que no debía ser tonto debió imaginarse algo por sus siguientes palabras.

-Vos diréis querido Chafan. ¿Qué deseáis hacerme saber antes de que pueda abrazar a mis queridos príncipes? Daros prisa que la impaciencia me atenaza. Sabed que quiero y necesito hacerlo ya –y diciendo esto volvió a guiñarnos un ojo a los tres en un intento de congraciarse con nosotros. Chafan seguía escrutándolo muy detenidamente.

Pobre de él, no sabía la que se le venía encima y por muchas escoltas, caballeros y guerreros que estuviesen protegiéndole, nadie podía desobedecer una orden real. Eso, salvo que se estuviera loco.

-Debo deciros primeramente gobernante Cardieff Langri de Nueva Maran, que debo informaros de una penosa noticia. No es de nuestro agrado dároslo aquí y ahora, pero nuestro rey lo ha decidido así y por más que nos pese debemos acatar sus órdenes – Chafan miró entonces a su alrededor antes de proseguir–. La realidad es que siento mucho tener que decirlo, pero se os acusa de fraude y robo a las arcas reales al emitir actas fraudulentas relacionadas a la extracción de oro en las minas de Nueva Maran. Tenemos orden expresa del rey Crotor de juzgaros urgentemente allá donde nos encontremos con vos. Lo siento de verdad, Cardieff. No parecéis mala persona, pero quien os acusa en este caso no soy yo, sino el propio rey.

Noté cierta vibración en la voz de Chafan por lo que deduje que realmente sentía lo que decía.

-Y desgraciadamente tenemos su orden de rey para juzgaros –y diciendo estas palabras, hizo un gesto hacia alguien que se encontraba detrás de nosotros. Un soldado apareció corriendo y le entregó un pergamino que Chafan hizo llegar a nuestro tío.

La faz de este había cambiado, ya no existía esa sonrisa cordial y bondadosa, sino que una blancura espectral estaba ahora ocupando su lugar. Se podía oler su repentino miedo, el terror aparecía en sus ojos percatándose de lo que significaban las palabras del vasnino. Nerviosamente intentó abrir el pergamino que le había cedido Chafan, pero no encontraba el inicio de la cinta para romperla.

-Pero, pero... ¿qué es esto? -le miró a los ojos-. ¿Qué significa eso que he defraudado y robado? ¿Será una broma, no? Sois un poco cruel conmigo, amigo Chafan. Respondedme por favor. ¿Qué significan vuestras palabras?

-No es ninguna broma –y mirando hacia la tropa y a los nobles que habían llegado con mi tío, gritó–. ¡Ridish general Zuwauik! ¡Venid aquí ahora mismo, por favor!

De entre todas las personas salió un general dirigiéndose urgentemente hacia nosotros llevando algo en la mano derecha. El militar que acudía a la llamada de Chafan era un personaje de baja estatura y gran peso. Poseía unos diminutos ojos vivos y el largo pelo negro y sucio que llevaba decía bien poco a su favor. Al llegar junto a nosotros, nuestro tío le miró sin haber conseguido aun abrir el pergamino mientras el sudor empezaba a hacer mella en él.

-General Zuwauik, ¿Qué demonios es esto? -le gritó Cardieff sin poder callarse-. ¿Tenéis algo que ver en este asunto? Sabed que ahora mismo me está acusando de robo y fraude contra el rey y voy a ser juzgado aquí por esta gente. Portan una supuesta orden real en este pergamino que no consigo abrir. ¡Demonios!

Lienha y Gumb observaban la escena totalmente mudos, yo hacía lo mismo aparentemente, pero me estaba divirtiendo gratamente y de lo lindo. Las prisas de aquel ser en querer abrir el pergamino junto al agobio que le estaba carcomiendo hacía la escena jocosamente a más no poder. Sinceramente, ojalá la situación hubiera durado mucho, mucho más. Total, mi tío tenía pinta de estar perdido irremediablemente.

Nuestro ridish general Safkerd, observaba todo lo que sucedía a su alrededor, aunque sin orden expresa de cualquier vasnino, sabía que no debía actuar de ninguna forma.

Cuando el general Zuwauik llegó junto a nosotros, entregó directamente a Chafan los papeles que llevaba en la mano despreocupándose totalmente de la existencia de mi tío. Le ignoró.

-Aquí tenéis Chafan, los datos que le he hecho llegar a nuestro rey y que están claramente reflejados en estas actas. No hay la más mínima duda de lo que ha estado pasando y en lo que ha estado metido el gobernador, robando impunemente el oro del emperador.

-General -respondió con urgencia Cardieff-. ¿De qué demonios estáis hablando? ¿Me estáis acusando de robar a mi propio rey, cuando sabéis de sobra que no he participado en nada de lo que se me acusa? Siempre he firmado las actas de extracción sin ningún tipo de reticencia al respecto y confiaba en las personas que tenía a mi alrededor, incluso confiaba en vos. Muy mal hecho por mi parte. He de admitir que he firmado y aceptado documentos sin ni siquiera leerlos, pero eso no significa que sea un ladrón, aunque por lo que veo sí he pecado de ingenuo y confiado, de eso sí soy culpable. Me estáis poniendo la soga al cuello sin ningún tipo de miramiento. ¡Innoble traidor! -espetó a la cara del general.

Este sin inmutarse, le devolvió una asesina mirada y con mucha parsimonia revocó:

-Vos sois culpables de vuestros actos y vos debéis pagar por ellos. Yo lo único que soy es quién ha informado de ellos al rey y todo está reflejado en lo que tiene en la mano ahora mismo Chafan -dijo con sobrada autosuficiencia.

Nada más abrir la boca pude observar lo imbécil que era aquel ridículo general.

-Demostrad vos vuestra inocencia -siguió-. y libraros de vuestra propia soga. Yo simplemente he cumplido con mi deber. ¡Vos no!

-¡Zuwauik! Jamás os he tratado mal -intentó irremediablemente nadar contra corriente nuestro tío-. He apostado por vos en innumerables ocasiones. Os ascendí cuando había gente más preparada y capacitada. Siempre tuvisteis todo cuanto deseasteis por mi parte y..., ¿y así es como me lo pagáis? ¿Hincando vuestra daga en mi espalda?

-No soy yo quién os juzga gobernador, son los hechos que dicen bien claro lo que hay.

Nuestro tío estiró las dos manos en un intento baldío de agarrar el cuello del general, pero ágil como un felino Chafan se puso en medio impidiéndoselo.

-General, os agradezco que si no tenéis nada más que entregarme os retiréis lo antes posible -dijo secamente.

Con la misma mirada asesina el general giró sobre sí mismo y volvió por el camino que había venido.

La verdad que con pocas palabras había descubierto lo ruin que podía ser aquel militar galardonado con no sé cuántas condecoraciones y bandas inútiles. Decidí anotar en mi mente su nombre para hacer algo útil en un futuro no muy lejano y sobre todo no muy agradable para él.

Nuestro tío cabizbajo ya ni intentaba abrir el pergamino, solo consiguió decir:

-Chafan, por favor. Tened piedad, no he realizado ningún acto de los que me acusa ese cobarde traidor. Confiad en lo que veis y no en lo que podáis leer en ese documento que os acaba de entregar esa sucia rata. Repito, firmaba todo lo que él ponía delante de mí sin siquiera leerlo y de eso sí os puedo asegurar que soy culpable, de nada más. ¡Lo juro por mi honor!

Chafan le observó diría que casi dulcemente, pero como buen vasnino que era no se podía saber a ciencia cierta lo que realmente pasaba por su mente. Solo contestó:

-Por favor, Cardieff, estad tranquilo. Esperadnos aquí mientras vamos a estudiar estos documentos. No tardaremos mucho -Chafan llamó a un par de soldados para que le custodiasen y luego se volvió a nosotros diciéndonos-. Príncipes, seguidme por favor. Rutter, Brigadión vosotros también.

Los soldados acudieron ipso facto mientras nosotros nos dirigimos a la parte trasera de una caravana en la cual se había instalado una mesa. Allí Chafan desplegó los documentos uno a uno y entre los tres fueron ojeándolos, leyendo y analizándolos

cuidadosamente. Parecían auténticos jeroglíficos, pero a la vista de ellos debían parecerles cuentos infantiles o al menos esa impresión me daba. Los entendían a la perfección y de principio a fin. Nosotros les observábamos sin atrevernos a decir nada, solo estábamos a la expectativa de lo que iba a acontecer posteriormente.

Todo el gentío a nuestro alrededor parecía estar informados muy bien de los hechos, supongo que por lo secuaces del general. No se oía siquiera una voz más alta de lo normal, ni nada parecido, la gente cuchicheaba entre diente muy bajo de lo que estaba por venir. Ni siquiera los caballos relinchaban, ni los perros ladraban, se diría que hasta los pájaros habían dejado de piar. Aquel lugar parecía una auténtica tumba. Al cabo de un buen rato, Chafan levantó la vista de los papeles.

-¡Solucionado! Ya está mis príncipes. Volvamos con vuestro tío.

7

“POSESIÓN”

Chafan recogió cuidadosamente los pergaminos haciendo un rollo con ellos y se los entregó a Rutter para que los guardase, luego se encaminó hacia nuestro tío.

Pero cuando miró hacia Cardieff algo extraño ocurrió. De todo su cuerpo, de la nariz, boca, orejas, de los ojos y hasta de las ropas salían densas columnas de humo negro que se elevaban suavemente hacia el cielo. Los soldados se habían retirado a cierta distancia y en sus ojos podía leerse que no iban a acercarse a él en absoluto debido al miedo que les atenazaba. Los caballeros y el mismo general Zuwauik solo miraban sin entender nada de lo que ocurría a escasa distancia.

Solo entonces oí la voz de Chafan emitiendo unas palabras ininteligibles en su propia lengua, supongo que dirigidas a Rutter y Brigadión.

-*¡Sure narfazjavok endoha na-rina est!* –creí escuchar.

-*¡Val ak!* –respondieron al unísono los dos.

Corrieron hacia nuestro familiar que parecía dormitar de pie con la cabeza gacha, con los ojos cerrados y las manos juntas a la altura del estómago. Todo su ser se encontraba envuelto en el mismo humo negro.

Con una velocidad endiablada los tres vasininos desenvainaron sus estiletes y con movimientos extremadamente ágiles y rápidos impactaron sus armas en diferentes partes del cuerpo de nuestro tío.

El estilete de Chafan hizo un movimiento horizontal de izquierda a derecha rebanando el cuello y originando un torrente de líquido viscoso rojo impactante. Rutter no se quedó atrás y acertó de lleno directo al corazón con una velocidad que ninguna flecha hubiera sido capaz de mejorar, pero lo de Brigadión..., lo de Brigadión fue sencillamente espectacular. Con su mano izquierda asió el brazo derecho de mi tío y lo elevó, luego con la misma velocidad giró sobre sí mismo e impactó su arma debajo de la axila con destino directo al corazón atravesando el pulmón derecho.

Nuestro tío cayó al suelo como un pelele. No le dio tiempo de gritar, ni a defenderse ante lo que se le venía encima. Había sido una muerte rápida y sin sufrimiento como me había vaticinado Brigadión. Podría decirse que tal vez fuese la ejecución más rápida que se había efectuado en el reino. Cualquiera de los tres cortes era mortal de necesidad y ahora su cuerpo estaba rodeado de un reguero de sangre que emanaba por tres partes. A pesar de ello, el humo negro poco a poco había empezado a ascender cielo arriba, mientras los vasininos lo observaban detenidamente meditabundos.

Fue en ese momento cuando Lienha sin poder soportar más la tensión, se desplomó a nuestros pies. Rápidamente los doctores acudieron en auxilio llevándosela a su carruaje para cuidarla y mantenerla alejada de toda aquella locura que estaba

sucediendo a nuestro alrededor. Gumb y yo éramos presa de la curiosidad más siniestra, queríamos saber qué había pasado y sobre todo a qué se debía todo ese humo.

-¡Era un slá (*)! ¡Un maquiavélico Hummus Slá! (7) –repitió varias veces Rutter acaloradamente

-¿Pero cómo puede ser un slá? Llevábamos mucho tiempo sin saber nada de ellos, ¿No se suponía que estaban todos liquidados o en cárceles preparadas para ellos secretamente? –respondió Brigadión.

Los tres rodeaban el cadáver mirándolo fijamente analizando la situación. Uno tras otro limpió sus armas con las ropas de lo que quedaba de nuestro difunto tío, seriamente.

Mientras, yo miraba a lo que antes se llamaba Cardieff. Los nervios del cuerpo sin vida nos estaban jugando una mala pasada, ya que todavía hacían moverse alguna que otra parte del cuerpo. Agradecí al supremo que mi deseada hermana se hubiese desmayado y no contemplara aquella nueva escena tétrica.

-Lo podéis ver –oí a Chafan contestarles con autoridad–. Si hay uno, puede haber más Hummus Slá's por aquí. ¡Mirad! -dijo a los demás señalando como el humo se elevaba hacia el cielo-. Se dirige hacia la ciudad y resultará imposible seguirlo. Encontrará rápidamente algún otro cuerpo donde poder recomponerse por la cuenta que le trae. Debemos estar preparados para lo que sea. Príncipes –y se volvió hacia nosotros –. Meteos rápidamente en vuestros carruajes. Debemos partir ahora mismo. ¡Urgentemente!

Miró a Rutter quien no pestañeaba siquiera y que seguía sin quitar la vista del cadáver ordenándole:

-Prepara todo necesario para la partida. No nos detendremos hasta estar a salvo en Dor-Alia y tú Brigadión, por favor redacta un mensaje para el rey relatándole todo lo sucedi...

-¿Qué ha sido esto? ¿Qué ha sucedido aquí? Alguien me lo explique, por favor.

El general Zuwauik venía hacia nosotros gritando y a paso ligero seguido de toda su corte de imbéciles y resplandecientes comandantes y capitanes. Noté que Brigadión hizo ademán instantáneo de ir a por él con clara intención de cerrarle la boca, pero Chafan le contuvo poniéndole la mano encima del hombro hablándole sosegadamente.

-Brigadión, relájate. No merece la pena. Déjale que siga haciendo el idiota y hagamos lo que tenemos que hacer. Nosotros a lo nuestro.

-¿Alguien quiere decirme de una puñetera vez qué ha sucedido aquí? Soy el general Zuwauik y exijo ahora mismo una explicación –dijo alzando la voz y encarándose a Chafan.

Detrás suyo Brigadión miraba con su mano diestra apoyada discretamente sobre su mortífero estilete. Al más mínimo signo de Chafan saltaría sobre el general. Tuve la ligera impresión que este no sabía muy bien con quién se las estaba gastando.

-General Zuwauik, -le explicó Chafan tranquilamente-. claramente el gobernador Cardieff era un slá. Debemos abandonar este lugar y llegar a Dor-Alia lo antes posible, allí estaremos mucho más seguros. Por supuesto, también informaremos al rey de lo sucedido. Luego os daré una explicación de lo que ha sucedido hoy aquí, pero lo primero es partir y ya mismo. Es importante por nuestra seguridad y sobre todo por la de los príncipes.

-¿Primero? Lo primero que quiero es oír una explicación de lo sucedido –respondió enérgicamente el general casi sin siquiera acabar de oír las palabras de Chafan -. Sin ella de aquí no se mueve nadie. ¿Me has entendido, amigo Chafan? –y añadió sarcásticamente tuteándole-. Dominarás lo que quieras en tu ciudad, pero aquí..., aquí y ahora mando yo y estoy dispuesto a todo. No sé si entiendes lo que quiero decir, ¡A todo! Así que tú dirás, hablas o de aquí no se mueve nadie. Ni tú, ni los príncipes. ¡Nadie!

Cuando oí aquello estuve tentado de acercarme para machacar la cabeza con cualquier piedra del camino a aquel estúpido que no hacía más que balar, pero antes que pudiese moverme Brigadión ya había decidido actuar.

Apartando suave, pero rápidamente a Chafan se encaró directamente con el general. Con la velocidad que se movió casi no pude ver cómo desenvainaba su estilete, pero ahora este descansaba con la punta de acero saboreando el cuello del Zuwauik.

-Como veis, querido general, mis hermanos también actúan a veces con mucho impulso –Chafan sonreía al hablar misteriosamente–. Queréis bien que sigamos por este camino, o por el contrario emprendemos otro y salimos de este lugar.

Vi que nuestro ridish general Sakerd había hecho una seña a sus hombres de confianza y todos estos estaban preparados para cualquier eventualidad. La última palabra de Chafan unido a su mirada no auguraba ningún presagio bueno para la vida del general Zuwauik.

-Está... está bien Chafan, no hace falta llegar a estos extremos -comentó este con el miedo metido en el cuerpo-. Estoy de acuerdo en que hablemos más tarde de este desagradable asunto. ¡Por favor! Recomendad a vuestro hombre que envaine su arma.

Brigadión soltó la presa y dio media vuelta hacia donde estaba Gumb. Aprecié que le guiñaba un ojo sonriente.

-¿Así pues en marcha, mi general? –reiteró Chafan cordialmente.

Este con gesto déspota giró sobre sí mismo sin contestarle haciendo una señal a sus hombres para que le siguiesen, luego más allá pudimos oírle chillar ordenando levantar tiendas y campamento. Mientras, el cuerpo de nuestro ex-tío era llevado por varios soldados a una de las carretas.

Volví a mi carruaje con demasiadas preguntas en mi cabeza. Particularmente tenía algo claro en mente..., hablar con Brigadión.

Quería y necesitaba que me hablase más de esos extraños Slá's.

8

“SLÁ”

Así que viendo que todo estaba perdido y no encontrando ninguna solución a lo que se le venía encima, el slá decidió aprovechar la oportunidad que se le ofrecía mientras los vasininos analizaban los documentos entregados por el general Zuwauik.

Su intención había sido primeramente introducirse en el cuerpo del gobernador Cardieff. Con el poder que sustentaba por ser primo directo del rey, además de gobernador de la rica provincia de Nueva Maran, deseaba acopiar una verdadera fortuna robando el metal precioso para intentar con ella reunificar a todos los slá's libres del reino y hacer crecer la orden hacia un nuevo amanecer. Aunque, por culpa de un descuido desafortunado y de un general avisado, todo se había ido al traste.

-¡Maldito, general Zuwauik!

No viendo ninguna otra salida y conociendo los estrictos y expeditivos medios del emperador, el slá eligió la solución más rápida. No podía luchar contra tres vasininos y salir vencedor, tal vez con muchísima suerte pudiese acercarse a uno, pero los otros le impedirían recitar el hechizo para abandonar el cuerpo y entonces le liquidarían allí mismo. La única solución que tenía era intentar burlarles y escapar convirtiéndose en humo, en ese estado no podían hacer nada contra él.

Juntó las manos a la altura de la cintura, agachó la cabeza y cerró los ojos poniendo toda su atención en sentir la piel alrededor de su cuerpo y comenzó a recitar los versos prohibidos poniendo especial atención en la concentración. Buscaba el canal sanguíneo por donde discurría el hummus, luego empezaría mentalmente a empujarlo hacia el exterior a base de concentración.

Todo a la vez que recitaba los versos oscuros:

*-Fistislokin gravan lan..., enimorlenan prestalest,
-Ssusarre bestika arrikamenaest,
-Invoidae Slá virticulano brocolinbornado,*

Entono mi llanto..., mi cuenco sagrado,
Sangre en mi sangre etérea,
Te invoco Gran Slá, llévame lejos de aquí,

A cierta distancia una voz dijo:

-Solucionado. Ya está mis príncipes volvamos con vuestro tío.

*-Buerca luna... lospaldosna recta usrta,
-Andimoni hostien, rospeds turnafogo ya,
-Benignaraso mimanla nepgrugo,
-Birlanduan rasca. ¡Baalaeesstt!*

El propósito... libertad y dudas,
El fin lejos de aquí, un receptáculo siembra,
La palabra sagrada es la obediencia,
Desvíame ya. ¡Ahora!

Con las últimas palabras recitadas según sentía ligereza en todo su ser, notó brevemente tres lejanos pinchazos. Uno a la altura del cuello, otro en el pecho y otro en la misma axila. No sintió nada más mientras se elevaba por encima de todos los presentes. Debía llegar a la ciudad más próxima que era Dor-Alia antes de dos días, pasado ese tiempo el hummus en el que se había convertido se habría descompuesto y entonces le resultaría imposible apropiarse de otro cuerpo.

No, debía llegar antes para volver a ser joven y bello.

Y además..., siempre quedaba la esperanza de encontrar alguien durmiendo en el camino hacia la ciudad.

9

“DOR-ALIA”

Desde la frontera hasta la ciudad de Dor-Alia nos llevó jornada y media, llegamos pues al final del atardecer del día siguiente. Fue un viaje un tanto incómodo, no pudimos parar para descansar durante todo el trayecto. Incluso las comidas nos fueron traídas a los carruajes. Sobra decir que toda la caravana tenía que detenerse cada vez que mis hermanos o yo tuviésemos alguna necesidad corporal. Con ninguno de los demás esto ocurría, aunque claro, éramos sus príncipes y ellos..., simplemente chusma con nombres diferentes.

Los tres vasininos marchaban montados en sus caballos a nuestro lado en todo momento. Chafan con Lienha, Rutter con Gumb y conmigo Brigadión. Nunca había visto tal demostración de fuerza por su parte, pero ahora sabía cómo se las gastaban y por qué hablaban de su raza como lo hacían. Me sentía reconfortado y seguro sabiendo que estaban allí cuidándonos. Durante el resto de camino no hubo ningún altercado más.

Seguimos bordeando el Gran Lago Badur y cuando este quedó a nuestras espaldas, grandes y extensas áreas de bosques aparecieron ante nuestros ojos.

Y por fin, al bordear uno de aquellos grandes bosques, tuvimos ante nosotros Dor-Alia. Mi primera impresión de ella fue de magnificencia total. Más allá y a los pies de la Cordillera Imantada (la denominan así porque su belleza dice atrae a quién la ve), divisé las altas murallas que parecían extenderse por parte de la cordillera. Antes de llegar Brigadión ya me había informado que estas murallas eran vigiladas con rigurosa atención por soldados cuya única finalidad era que nadie pudiese acceder a través de ellas a su tesoro..., el oro. Grandes minas se esconden en las entrañas de la cordillera de este mineral y desde tiempos lejanos habían ocasionado además de guerras entre reinos, ver llegar a multitud de viajeros intentando enriquecerse con una mísera onza. Hoy en día está totalmente prohibido ejercer de minero si no se trabaja únicamente para el rey. Si se descubre alguien por estas lides sin la documentación necesaria, tiene seguro una cita con la cárcel y según sea la cantidad incautada puede ser que hasta una rápida visita al patíbulo.

Entramos cerca del mediodía en la ciudad amurallada por su puerta-puente levadiza del este. Brigadión me comentó que Dor-Alia disponía de cuatro de estas entradas, cada una en un punto cardinal y con un profundo foso justo delante para hacer imposible su acceso. Siempre podía darse el caso que algún invitado no muy amigable, como bien pudiera ser algún rey del reino vecino acompañado de sus huestes, quisiera entrar en la ciudad.

Entre vítores y aplausos hacia nuestras personas accedimos a Dor-Alia que había sido engalanada con banderas y ornamentos alusivos a nuestro escudo de armas. Estaban prácticamente por todas las calles por donde pasábamos. Más siguiendo las estrictas órdenes recibidas, la caravana no detuvo la marcha para agradecer tal recibimiento hasta llegar al palacio del gobernador. Una vez allí descendimos de los carruajes a estirar por fin nuestros cansados cuerpos por tan penoso final de viaje.

En las escalinatas de palacio nos estaba aguardando sonriente mi tía Lundia junto a sus hijos. Por lo visto aún no les habían llegado ningún mensaje de lo sucedido a su esposo y padre y observé que Brigadión subía por las escaleras acercándose a ellos.

-¡Degall! –Gumb se acercaba asido a la mano de Lienha–. Ya estamos por fin en nuestro nuevo hogar, ¿Qué os parece? Grandes murallas, preciosas vistas, gente encantadora y nuestro padre lejos, muy, muy lejos, ¿Algo que decir, hermanitos?

-Este lugar parece maravilloso para vivir, un auténtico paraíso para nosotros –replicó ella-. Estoy deseando ver nuestras habitaciones, aunque no tengo ninguna duda que analizando el esplendor de este palacio, serán mejores que las que tenemos en Vende.

En ese momento Chafan y Rutter se unieron a nosotros, ahora sí traían rostros más relajados a los que habían tenido durante el final del viaje.

-Sed bienvenidos queridos príncipes a vuestro nuevo hogar -dijo Rutter-. Y por cierto, no me gustaría estar en el pellejo de Brigadión dando la noticia a vuestra tía Lundia de lo sucedido a su esposo.

En ese preciso instante nuestra tía se echó las manos a la cara y con un desgarrador grito se desvaneció en los brazos de Brigadión que rápidamente llamó a la servidumbre solicitando la llevasen a sus aposentos para ser tratada por doctores. También sus hijos al conocer la noticia de la muerte de su padre se sumieron en la más penosa de las tristezas. Sus lágrimas fueron un espectáculo difícil de digerir por todos los que presenciaban la situación.

No era mi caso. Así que los siervos que se encontraban por allí para atendernos rápidamente cargaron con nuestros enseres y los llevaron a nuestras nuevas dependencias.

Fue entonces cuando Chafan nos comentó:

-Ahora debo ir a hablar con el general Zuwauik. Por favor, Rutter acompáñame. Ustedes príncipes, vayan mientras tanto a sus aposentos y prepárense para la cena. Antes iba a ser una cena de bienvenida y de alegría, pero dudo mucho que hoy haya algo de alegría en este palacio. De todos modos, lo primero es lo primero, Rutter. ¡Vamos!

Empezaron a alejarse, pero aun así Chafan seguía hablándonos en la distancia.

-Debemos hablar con el general y dejarle las cosas bien claras de lo que ha sucedido. Ya se sabe que lo mejor es que los militares estén contentos, que si no pueden hacer cualquier barrabasada. Hasta la cena príncipes, mandaré a alguien para que les avise con el tiempo suficiente.

Así pues, quedamos los tres junto a Brigadión que bajaba por las escalinatas con rostro serio. Al rato llegaban más siervos solicitándonos humildemente acompañarlos a nuestras nuevas y relucientes alcobas. Así pues, después de comentar diversos aspectos de aquel maravilloso palacio, fuimos llevados a nuestras habitaciones donde con ayuda de hermosas criadas nos aseamos con agradable agua caliente. Después con nuestras mejores ropas de gala nos preparamos para bajar al salón a cenar. Una cena que más tenía pinta de parecer iba a ser un auténtico funeral. Nadie demostraba tener muchas ganas de comer por más viandas exquisitas que pudiera haber. Personalmente tenía mucha hambre y estaba deseoso de sentarme a la mesa y devorar. Respecto a Gumb y lo que aprecié... lo mismo. Lienha, sin embargo, se puede decir que no cenó con demasiado apetito.

A muchos de los soldados de la tropa que nos había acompañado desde Vende les concedieron diversos permisos para que descansaran y se relajaran de tan duro y penoso viaje siempre y cuando una guardia especial quedara en todo momento junto a nosotros. Nuestra seguridad parecía ser vital para el reino, o al menos así parecía haberlo decidido padre.

10

“CENA DE BIENVENIDA”

Ya reposado, sereno y bien aseado, me dediqué a investigar mi habitación. La gran estancia daba a una amplia balconada desde la cual se divisaba gran parte de la ciudad. Decorada con exquisito gusto, en aquella alcoba que iba a ser mi hogar durante mucho tiempo, me sentí desde el primer instante como pez en el agua, no echaba nada de menos, excepto a Lienha.

Al rato llamaron a mi puerta y fui invitado a seguir a una bellísima sierva. El cruce de miradas que mantuvimos brevemente fue de los más prometedor, pero acababa de llegar y me debía a mi condición de príncipe triste, por lo que me acompañó sin más a un gran salón donde aguardaban los comensales. Ya habría tiempo para juegos más adelante.

Allí me presentaron como el príncipe Degall Vaalam de Shámsala, luego con cada uno que me seguía, los sirvientes hacían lo mismo con una parafernalia y unos ademanes hasta cómicos. Estábamos Lienha, Gumb, Chafan, Brigadión, Rutter, nuestra tía Lundia y sus cuatro hijos, Zeba la única fémina y ellos por orden de edad, Glais, Rulon y Zerbana. También asistió nuestro ridish general Saffkerd y el imbécil e indecoroso General Zuwauik.

La sala estaba espléndidamente decorada con bellísimos muebles, increíbles alfombras de colores vibrantes y grandes retratos de supongo antiguos familiares que reposaban en las paredes. Había luz, mucha luz, grandes cirios dispuestos en lugares estratégicos brillaban con fuerza en la estancia.

Chafan rompió el fuego hablando y la temática estaba clara, intentar descubrir quién era en realidad nuestro tío Cardieff.

-Bienvenidos seáis todos. Quiero en primer lugar agradecer a Lundia y a sus hijos que estén ahora con nosotros después de los tristes hechos que han ocurrido –hablaba pausadamente, pero con firmeza, miró directamente a nuestra tía y a su prole—. Gracias Lundia y a vosotros también. Sabemos que no es de buen gusto acudir a una cena de bienvenida en momentos como estos, que la pena y la tristeza os aflige, que sentís verdadera necesidad de llorar amargamente, de estar a solas en vuestros aposentos. Gracias por ello y os lo decimos de corazón.

La mirada lánguida y perdida de mi tía lo decía todo, y no sé hasta qué punto estaba atenta a las tonterías de Chafan.

-También os digo, -siguió él-. que ya he comunicado al emperador lo sucedido con vuestro marido. Sabemos que no tenéis culpa alguna de lo sucedido, pero comprended la gravedad de los hechos. Un slá rondando por Dor-Alia no es algo que debemos olvidar, así como así. Máxime cuando los herederos al trono se encuentran en la misma ciudad.

Increíblemente, ella movió la cabeza afirmativamente. La movió sin fuerza, pero la movió.

-“Vaya -pensé-. Pues mira que parecía estar ausente de la situación”.

-Y también os lo pregunto a todos vosotros -nos dijo a los demás-. ¿Sabéis lo que quiero decir?

Nadie le contestó. Estábamos cabizbajos y pensativos. En aquellos momentos, pensé que cualquier cosa que hubiese podido soltar era meter la pata, por lo que decidí mantener la boca cerrada. Aquella majadería y palabrería desde mi punto de vista me estaba aburriendo, además no servía para nada..., nuestro tío se había largado de este mundo sin siquiera despedirse de nadie. Y para rematar la situación, mis tripas estaban empezando a hablar por sí solas. Necesitaba comer algo ya.

Pero a nuestra tía Lundia de ojos rojos causados por el llanto, no se le ocurrió otra cosa más que coger el testigo y hablar, y eso sí, demostrando una férrea fortaleza mental.

-Gracias, Chafan. Gracias, mis príncipes por venir a Nueva Maran y llenarnos la vida con vuestra presencia. Gracias por estar con nosotros. A todos los demás asistentes lo mismo. Agradecer vuestra compañía y vuestro cariño compartiendo esta cena en momentos tan tristes y delicados. Siento y no creo equivocarme al decirlo..., siento que también vosotros estáis sufriendo en estos instantes el mismo dolor que mis hijos y yo por nuestro fallecido padre y esposo. Solo reiterarme agradeciendo de corazón vuestro apoyo y comprensión.

Si hubiese leído mi mente, hubiera comprobado que sus palabras respecto a mí no eran del todo correctas. Había ciertas diferencias entre lo que sentía ella y lo que sentía yo. Pena el uno y hambre el otro.

-Hoy he llorado. -siguió con una gran inspiración y nuevamente habló que si tal cosa, que si cual cosa, más y más palabrería-. Mis hijos lloran, todos lloramos la muerte de nuestro querido marido y padre, nuestro amado Cardieff. Pero debemos entender que su muerte no se produjo ahora, sino tiempo atrás cuando ese vil ser tomó posesión de su cuerpo. Hemos estado conviviendo sin darnos cuenta engañados, con un mísero..., abominable engendro producto del infierno. ¡Maldito seas! –gritó apretando los puños-. Un ser asqueroso, al que le hemos dado todo cuanto teníamos en nuestras vidas. ¡Sí! Le hemos dado todo, todo. Ahora recuerdo el primer día que le conocí...

La noche estaba totalmente aburrida y tediosa. Nuestra tía continuó hablando y hablando de no sé cuántas cosas más, aunque ignoro si alguien realmente la estuviese prestando atención a su monólogo. ¿Tal vez los vasininos o los generales? Solo tal vez. Yo particularmente no la oía, la charla no me parecía nada interesante, por lo que decidí estar muy lejos de allí sumido en mis propios pensamientos. Discretamente me senté en una gran butaca ya que los demás estaban de pie a su alrededor. La comodidad de esta

hizo al poco rato empezase a bostezar continuamente, así que intenté con discreción y disimulo tapar mi boca para no emitir sonido alguno. Observando a Gumb, vi que hacía lo mismo. Se sentó en una gran silla acolchada a mi lado. Sus ojos rojos eran testimonio del sopor que estaba padeciendo, intentando no dormirse ahogado como yo en el mar de palabrería de nuestra tía. Cuando acabó de hablar, le tocó el turno de Glais, su hijo primogénito. Intenté prestarle algo de atención más me percaté al instante que seguía los mismos derroteros de su madre. “Bienvenidos”, “Una trágica situación”, “Estad tranquilos”, “La situación está controlada”. Bla, bla, bla, y más bla, bla, bla. Lo único que me interesaba era que alguien me explicase a fondo qué era eso del slá. ¿Qué había pasado en el claro del bosque? y sobre todo..., ¿Quién era esa criatura mágica?

Finalmente Chafan recogió la palabra. Instintivamente di un codazo disimulado a Gumb, que rápidamente se irguió en la silla con cara de dormido y un espontáneo:

-¿Eeehh?

Chafan volvió a agradecer la muestra de lealtad hacia nuestro padre y a la ahora gobernanta por acogernos a todos en palacio, por fin parecía que se había acabado la mierda dialéctica. Pensé que tal vez oiríamos algo interesante, como por ejemplo el final de la charla y el inicio de la cena...

Pero Chafan, habló, habló y habló.

Entre todo lo que dijo, comentó que varios mensajes en cuervos albinos habían partido urgentemente hacia Vende, varios para tener la certeza que uno seguro llegaba. Pedía ayuda para combatir al slá a base de su misma arma, la magia, pero hasta que esta llegase, estaríamos continuamente vigilados por guardias que no nos iban a quitar los ojos de encima durante día y noche. También cooperarían los guerreros galusas y cómo no, Brigadión, Rutter y él mismo. Dijo que debíamos formar una piña sin ningún resquicio por parte alguna. El Hummus Slá podía atacarnos por cualquier lugar. Podía ser la persona más insospechada, tomando la forma de cualquiera. Todos aceptamos sus serios consejos con bastantes interrogantes ya que no sabíamos cómo poder defendernos en realidad ante tal amenaza.

No teníamos otra, debíamos esperar que desde Vende llegasen refuerzos para protegernos. Y era hasta cómico. Nuestro padre que temía que nuestras vidas estuviesen en peligro en Vende (enviándonos a Dor-Alia), iba a ser informado que sucedía lo mismo aquí, en esta ciudad, ya que sus queridísimos hijos seguíamos estando en peligro. Solo Brigadión y yo sabíamos que en Lamiah estábamos mucho más seguros, pero ese secreto no se lo podíamos comunicar a nadie de ninguna forma, más que todo por nuestro bien.

Así pues, en unos días llegarían según comentó Chafan, nuestras defensas contra el slá. Gente de Lamverdy versadas en magia profunda y cosas de esas, luego simplemente era cuestión de buscarle y liquidarle sin compasión de ninguna clase. Fin de la historia y eso..., suponiendo que continuase por la ciudad.

Cuando acabó de hablar pasamos a la habitación continua, al gran salón comedor, sobra decir cómo estaba decorado. Magnificencia que no desentonó para nada con la opípara cena compuesta de entrantes, viandas suculentas, pescado acompañado de legumbres y verduras exquisitas. Todo ello regado con deliciosos vinos y terminando con frutas maduras de la provincia. Un auténtico festín digno de dioses. En todo momento la música de fondo interpretada por varios músicos nos deleitaba con sonidos y acordes que se repetían acompasadamente. Las continuas botellas de vino que iban, venían y sobre todo volvían por encima de la mesa alegraron en cierta manera la velada, aunque para los príncipes y los hijos menores de Lundia, el líquido que se bebía era simplemente agua.

Posteriormente, nuestra tía se excusó de haber anulado todo tipo de actuaciones de artistas llamados para el momento como mimos, títeres, bufones y demás gente de la farándula. Debido a lo acontecido había preferido que no hubiese ninguna fiesta,

únicamente la cena de bienvenida. Los vasininos y generales lo entendieron perfectamente, no así Gumb o yo por la cara que pusimos al enterarnos.

En cuando terminó de cenar solicitó nuestro permiso y con él se retiró a sus aposentos. Sus hijos hicieron lo mismo al poco rato. La familia de nuestro tío no tenía ninguna gana de jaleo y algarabía, no era de extrañar.

Así que nos quedamos de nuevo junto a los vasininos y los generales y como no podía ser de otra manera, seguimos hablado largo y tendido sobre nuestra defensa y seguridad.

-Princesa Lienha, debéis hacer esto en caso de necesidad. Bla, bla, bla.

-Príncipe Gumb, actuaréis así si os sentís acechado. Bla, bla, bla.

-Príncipe Degall, lo primero para nosotros es vuestra propia seguridad. Bla, bla, bla.

Palabrería, palabrería y más palabrería, pero hasta que no quedó bien claro por nuestra parte cómo actuar en caso de peligro, no conseguimos que nos dejaran acceder a nuestras alcobas. También debíamos dormir con las todas las ventanas cerradas muy a pesar del calor que reinaba durante la noche. En nuestras puertas un retén compuesto por guardias y guerreros galusas, iban a vigilar que no nos sucediese nada extraño. Era imposible que alguien se acercase a nosotros sin ser descubierto por mucho slá o lo que fuera.

Lienha muy temerosa por lo que hipotéticamente le podía suceder, solicitó a Chafan que un grupo de guardias se alojasen en su misma habitación, separados únicamente por un gran biombo. De siempre había sido muy miedica y bastaba un poco de misterio y sangre para que su temor se disparase hasta límites insospechados.

Y aquí estaba yo ahora, metido en la cama y sin otra cosa que hacer más que sudar y pensar. Sin poder dormir poco a poco fui recordando, reviviendo la historia de todo lo que últimamente me había ocurrido. El castigo de nuestro padre, la subida a la torre, la despedida de Vende, Brigadión, su secreto y hasta nuestro extraño tío Cardieff. El insomnio me hizo recapacitar y pensar en el futuro. Tenía mucho tiempo para meditar, pero poco para obrar. Soñé despierto que era el rey de Shámsala y que todos mis súbditos postrados a mis pies me presentaban sus respetos y dádivas. Hasta mis propios hermanos con sus reales rodillas hincadas en tierra me ofrecían ese mismo respeto y sumisión. ¡Qué maravilla! ¡Que placer! Por unos momentos fui rey emperador de Shámsala, aunque solo fuese dentro de mi habitación. Y mi reina, ¡cómo no! Mi adorable hermanita con su sinuoso cuerpo a mi lado

Seguí pensando y decidí analizar el futuro paso a paso. No podía ir de prisa, había que trabajar desde el principio. Deduje que la primera labor era conseguir amigos, importantes amigos influyentes que me ayudasen a conseguir mis propósitos ofreciéndoles futuras promesas, que no sé si tal vez algún día se cumplirían. El camino lo veía delante y solamente tenía que andarlo con cuidado e inteligencia. Sobre Gumb, no podía permitir que se interpusiera en él hacia “mi” trono, ya encontraría una forma de sacarle del juego. Shámsala y yo estábamos unidos por el mismo cordón umbilical, no podía haber un reino sin emperador y este iba a ser yo, Degall Vaalam de Shámsala.

¡Nunca jamás, un tal Gumb!

Primeramente, debía conseguir de Brigadión su entera complicidad conmigo, hacerle totalmente dependiente de mí. Debía estar a mi entera disposición y servicio, aunque él pensase lo contrario. Tenía que conseguir que me enseñase a trabajar en “Lo Prohibido”. Esa era la primera de mis metas, saber y conocer las enseñanzas ocultas de los vasininos.

¿Y el slá? No podía permitir la muerte de un ser con semejantes dones y conocimientos de magia y hechicería. Debía ser conocedor de esa materia oculta..., la inmortalidad.

Hablaría entonces con Brigadión sobre todo esto, cauto al principio, pero firme y resolutivo en el propósito. Luego necesitaba también su ayuda para conseguir que el slá viniese con nosotros dos para cooperar a nuestro lado.

Aquella noche como muchas otras siguientes acabé durmiendo a pierna suelta y eso sí, empapando la sábana del sudor por el asqueroso bochorno que hacía y por la lefa que solté pensando en mi hermana.

-Maldito slá, ¿Dónde estarás ahora? Necesito hablar contigo.

11

“LA PUERCA Y EL ZORRO”

Como todas las noches en la taberna “La Puerca y el Zorro” (8) el vocerío y el jolgorio desatado por las risas, exclamaciones, juramentos y demás impropiedades, atenazaba el ambiente como un pulpo a su víctima. El humo que despedían aquellas malolientes boquillas en las bocas de muchos de los presentes hacía extrañas figuras que se suspendían en un aire irrespirable. De vez en cuando una pelea por aquí y otra por allá caldeaba aún más aquel asqueroso tugurio con algún que otro ojo morado, un brazo roto o una botella que se estampaba en una cabeza, aunque al final nada que pasara a mayor.

En una mesa un poco apartada seis amigos reunidos reían a grandes carcajadas. Eran hombres curtidos por la vida y por el campo, de anchas espaldas y espaldas raudas prestas al desafío. De miradas duras, pero limpias, de una palabrería totalmente indecente que a más de una dama le hubiera hecho no solo palidecer, sino también conseguir sacarla todos sus colores. Se hallaban reunidos alrededor en una mesa llena de restos de delatora comida, que parecía sugerir al buen observador que más que personas normales allí se había congregado una manada de auténticos cerdos salvajes. No quedaba en ella ningún resquicio limpio o pulcro donde depositar algo más de comida y bebida.

Allí en su mundo eran felices y ahora celebraban la despedida de soltero de un incauto pretendiente.

-Pero hombre -comentó Leen-. Eso no es profesional. ¿Contraer nupcias sin ni siquiera haber probado otras mieles? Es muy contraproducente, amigo mío. Primero deberías investigar unas cuantas faldas y luego decidirte por una..., o por varias. ¡Ja, ja, ja! Te lo digo yo que de eso entiendo

Seguidamente con la sonrisa en los labios Leen apuró un gran trago de su jarra de cerveza.

-¿Sí? Y si luego se entera. ¿Qué demonios hago? -contestó Balco con tristeza.

-Te vas a casa de tu madre. -sugirió Betrenice antes que le acometiese un ataque de risa desparramando el morado líquido que intentó sujetar inútilmente con su mano-. ¡Mierda! -exclamó-. Mirad lo que me acaba de suceder.

Las carcajadas y miradas se depositaron en Betrenice que siguió maldiciendo su inútil torpeza un rato más.

Aunque Balco seguía a los suyos expresando sus penas en voz alta.

-¿Su padre? ¡Ay, su padre! Me tiene bien cogido por las pelotas. Es mi maldito jefe, ¡Demonios! Ella no me importa tanto, pero él sí. ¡Ay, ay, ay! Si se entera. Menuda como las gasta el tipejo. Es capaz de cortarme mis atributos y claro..., luego se acabaron las faldas para mí y para siempre. Además..., además ella creo que me ama.

Y diciendo esto suspiró profundamente como un verdadero idiota.

-¡Ja, ja, ja! Le dices que eres sonámbulo y que no sabías lo que hacías, granuja - respondió Sixto con chispa-. Mira que ganado hay por aquí. ¡Fuiiii! -silbó señalando a una gran mujer voluminosa que estaba tranquilamente hablando con otro hombre-. ¿Has visto? En cuanto deje de hablar con el soplanabos ese, le decimos que venga aquí con nosotros. Que te tienes que desfogar con ella antes de esa boda que te ha idiotizado. ¿De acuerdo, Balco?

-Pero...¿Estáis todos locos o qué? Dejadme en paz de una vez con el tema y que ni se os ocurra decirle nada a esa. ¡Mamarrachos babosos! ¿Y os llamáis amigos?

Las risas de sus compadres volvieron a arreciar más alegremente aún.

-¡Ah! Ya. A ti te gustan las esbeltas y delgaditas, como Agatha ¿No? ¡Espera! -Sixto había estirado el brazo hacia una bella mujer que estaba unas mesas más allá sirviendo unas bebidas. Ella al oír su nombre, giró la cabeza y vino directa hacia ellos.

-¿Que os pasa muchachos? ¿Algo más de comer y beber? Aunque por cómo tenéis la mesa...

Encima de la mesa o mejor "establo", reposaban los restos de varias piernas de cordero asado que entre todos se habían disputado para conmemorar el feliz desenlace que se iba a producir entre el pobre Balco y su futura esposa, de nombre Migas. Se podía afirmar sin miedo a equivocarse que los seis paisanos estaban completamente inundados de grasas y alcohol.

Aunque más de lo segundo.

-Dejaddddme, deeeeadme a mi pog favoggr. Parso, Leen ayudaaaadme a levantarme, que nnnno puedo - Rimas intentó levantarse de su silla, pero sus ciento y pico kilos, más el alcohol que llevaba encima contrarrestaron su decisión y cayó vencido por su propio su peso al suelo hacia atrás. Los dos ayudantes a quienes había pedido ayuda se miraron entre ellos con la sonrisa dibujada en sus labios-. ¡Eh! ¡Aquiii! Eso nnnn soonn amigos.

Con cierta cara de resignación los dos nominados decidieron echarle una mano ayudándole a volver a su asiento.

-Ahora tranquilito y no te muevas que te vas otra vez "patrás" -dijo Parso- Tal y como estás, lo más normal es que acabes descalabrándote tú solo.

-Desde luego que vuestro amigo no está para muchos trotes -dijo Ágatha con una sonrisa muy prometidora en los labios y con los brazos en jarras.

-Ágatha, ya conoces a nuestro querido..., amigo Balco -Sixto se levantó señalándole-. Es un muchacho fenomenal, pero un poco raro. Se va a casar con su novia de toda la vida y se va a casar..., -dejó un poco de tiempo para dar más misterio a su exposición- porque le da miedo decir que no quiere hacerlo y que su futuro suegro le baldee la espalda con un garrote.

Las risas que salieron de aquella mesa inundaron la taberna y más de una lágrima afloró en algún que otro ojo.

-¡Pero qué dices, Sixto! -gritó Balco con el orgullo tocado-. Me caso con ella porque la amo de toda la vida y ya está. Vale que su padre es un poco..., como diría, un poco chapado a la antigua y además si se entera de que la he desflorado antes de la boda, pues...

La explosión de las espontáneas risotadas volvió a revolucionar la mesa que no dejaron oír las últimas palabras de Balco. Cuando al rato pararon, Parso le preguntó:

-Bueno, Ágatha y... y si te dejamos al muchacho un rato. ¿Qué te parece?

Balco había apoyado cabizbajo su cabeza entre sus brazos y la movía de izquierda a derecha negativamente a modo de impotencia por lo que decían sus desalmados amigos.

-Que serán cinco monedas por un trabajo bien realizado -respondió ella sonriente.
-¡Eh! Esperad, que, si él no quiere ir, voy yo -dijo ingenuamente Betrenice, relamiéndose con su imaginación.

Ágatha era un chica joven y muy guapa. Con un maravilloso cuerpo que mostraba un excitante y esperanzador escote a todo buen entendido en materias femeninas. Era alegre, directa sin pelos en la lengua y bastante deseada por aquellos rudos hombres, aunque no por ello la faltaban al respeto. En este caso solo bromeaban y ella lo sabía. En su boca se podía observar la falta de un diente producto de un puñetazo recibido de un indeseable cliente cierta noche y todo debido a que ella no quiso acceder a sus oscuros deseos. Pero este pagó muy cara su osadía ya que el joven tabernero le retó allí mismo a duelo segándole con su daga el cuello. El infeliz propietario del puñetazo ni se enteró que abandonaba este mundo.

Así que a la mención del ofrecimiento de Betrenice de acudir a la cita con Ágatha, otros tantos se animaron y contestaron al unísono, diciendo que ellos también se apuntaban a la juerga.

-Mucho "pa" mi cuerpo, muchachos -contestó Ágatha con simpatía-. Además, con la tajada que lleváis encima seguro que más de uno se me duerme encima sin acabar la faena. Mejor lo dejamos para otro día, no quiero aburrirme.

-¿Y yo qué? -preguntó Balco con cara de ingenuo levantando la cabeza-. ¿Yo no puedo? Soy el protagonista de esta despedida y... ¡Aaagg!

Y tuvo que callar debido a que Betrenice enfrente de él, no pudiendo aguantar la explosión de risa le echó por encima todo el contenido de su boca, alcohol y más alcohol.

Mientras se alejaba de la mesa para seguir con su trabajo Ágatha escuchaba las carcajadas de aquella mesa y más de un lugareño también sonreía por la que allí se estaba armando.

El vino y la cerveza siguieron viajando hasta altas horas de la noche hacia la mesa de los amigos. Por lo visto ninguno de ellos tenía intención de retirarse a su casa para dormir la mona y dejar así tranquila la última alma que quedaba todavía en la taberna; Rod el joven tabernero. Hasta las camareras habían dejado de trabajar hacía horas.

En un momento dado este de pelo increíblemente blanco con su mugriento delantal testigo de un duro día de trabajo, se acercó tranquilamente a los chicos.

-A ver..., ¿Es que no os habéis cansado de beber ya? Menuda tajada lleváis y encima casi me habéis dejado sin vino y sin cerveza para poder vender mañana.

-¡Eh! Rod siéntate con nosotros y bebamos algo a tu salud -dijo Leen guiñándole el ojo-. ¿Supongo que con el gasto que te hemos desembolsado esta noche, te llegará para poder pagar una ronda a tus amigos? ¿No? ¡Venga! ¡Suelta esa botella especial que tienes por ahí guardada!

La pregunta fue contestada por toda la mesa afirmativamente. La opción les encantaba ya que iban a poder seguir mojando el gaznate un rato más, pero Rod que no era un ingenuo, simplemente contestó:

-¡Quietos! Leen y compañía -y les miró uno por uno-. De acuerdo la próxima ronda pago yo, pero con una condición..., terminada esta os vais a casa a estirar el cuerpo y dormir la mona. Mañana vais a estar reventados por todo lo que estáis bebiendo ahora. ¿De acuerdo?

Y ya que no hubo afirmación en la mesa sino más bien silencio, Rod aprovechó regresando a la barra. Al poco tiempo volvía sin el delantal puesto y con una bandeja llena de jarras de vino.

La alegría y el alboroto volvían a presidir la mesa ahora con un amigo más entre ellos.

A punto de terminar con la celebración, la puerta de la taberna se abrió y un hombre con una gran capa oscura accedió al local dirigiéndose inmediatamente hacia ellos. Al llegar amablemente preguntó:

-Buenas noches tengáis caballeros. Podrían indicarme, si no es molestia alguna. ¿Hay alguna persona entre los presentes que se llame Rodmien? Traigo un mensaje muy importante para su persona.

Según hablaba observaba atentamente toda la taberna. Parecía buscar algo o alguien. El silencio inundó el grupo de amigos, nadie dijo nada y todos miraron al extraño recién llegado. Solamente Sixto supo contestar a tan cortés pregunta con otra igual de cortés, aunque con un aliento de alcohol que podía llegar a tumbar a un muerto.

-Perdone su señoría, pero tendríamos en alta estima conocer la identidad de la persona que desea dar con nuestro buen amigo Rodmien.

El extraño le miró tranquilamente.

-Estimado caballero. Traigo para el señor Rodmien un mensaje muy importante, pero debo entregárselo a él personalmente, a su propia persona y créame, señor si os digo que sintiéndolo en exceso, no os lo puedo dar a vos, ni a ninguno de vuestros compañeros de mesa. Lo siento.

-Si no nos decís algo más sobre de quién es el mensaje y para qué buscáis a nuestro amigo, creo que va a ser que no, caballero -respondió Betrenice plácidamente-. De todos modos, si lo preferís, también podéis volver por donde habéis entrado.

Aquellos hombres podían estar borrachos o privados parcialmente del riego sanguíneo gracias al alcohol para obrar con tino e inteligencia, pero la experiencia les había enseñado que se debía tener mucho cuidado con los nuevos extraños. En el reino no se podía uno fiar de nadie desconocido, demasiados delatores se vendían por tan solo unas pocas monedas. Hasta que no supieran quién era aquel extraño personaje, era seguro que no iban a abrir la boca para nada. Borrachos sí, pero amigos también a más no poder.

Lo único que hizo el recién llegado fue quitarse la capa mostrando una reluciente ropa militar. Dos dagas cruzadas a la altura del pecho y una espada eran sus únicas y visibles armas. Por su atuendo se podía deducir claramente que aquel no era un soldado cualquiera, debía ser alguien importante dentro del rango. Aun así, Parso con la mirada alcoholizada y medio perdida soltó:

-Caballero, ¡Hip! De...debo haceros saber que... que vuestra ropa y armas son merecedooras de mi más alta devoción. ¡Hip! ¿Podéis decirme, do... do... dónde habéis conseguido ese traje? Me gustaría poseer uno. Muy bonito... Sí...sss... sí, sí señor

Resultaba evidente que Parso no estaba en condiciones de hablar en absoluto, se tambaleaba de lado a lado de su silla haciendo un esfuerzo exagerado por poder mantenerse recto. Asimismo, Rimas para no desentonar con los demás en su brioso estado le preguntó al recién llegado:

-Eso..., decidnos, ¿dónde lo habéis comprado?

Pero este como única respuesta ágilmente y con soltura desenvainó su espada apuntándola hacia la mesa.

Los amigos en vez de alarmarse por la amenaza, no le dieron mayor importancia y además sonrieron con calma. Leen que desde la otra punta condescendentemente comentó:

-Pero buen hombre, ¿A qué viene esa mala leche? ¿No te das cuenta que tú eres uno y nosotros somos siete? Podrás herir a uno, quizás a dos, con mucha suerte a tres, pero tu sangre empapará este grasiento suelo de madera mucho antes de que te des cuenta. Venga, venga, envaina esa espada, coge una copa y festeja con nosotros que

Balco la lée gorda casándose -su expresión cambió repentinamente-. O vuelve por donde has llegado. No nos hagas enfadar, amigo.

-¿No deseáis informarme donde está o quién de vosotros es Rodmien?

Todos aparentaban tranquilidad absoluta y nadie dijo nada, incluso el "pobre" Balco alargó la mano para coger algún resto de comida que quedaba en las bandejas. Evidentemente no le daban mayor importancia a la situación muy seguros de sus fuerzas.

El militar sonriente miró a los presentes de la mesa y de repente giró la espada apuntando directamente a Rodmien, aunque a una distancia no amenazadora.

-Caballero, necesito que vengáis conmigo ahora mismo. Por favor, es de suma importancia.

Excepto el llamado Rodmien que se mantuvo sereno y sentado, los otros seis se levantaron de la mesa a la vez como poseídos por un resorte mágico, echando mano a sus armas, Rimas volvió de nuevo a besar el suelo cayendo con todo su peso, pero ahora no parecía que sus amigos estaban prestos a ayudarlo.

-Caballero, no se lo diremos una vez más. Guardad vuestra arma ahora mismo. Rodmien, no se va con nadie. -la amenaza esta vez venía de Balco, su bamboleo decía que en cualquier momento iba a acompañar a Rimas en un viaje hacia el suelo.

Empezaron a acercarse al extraño, pero este en vez de recular con miedo, se mantuvo en su sitio y gritó a pleno pulmón:

-¡Guardia, a mí! ¡Ahora!

Instantáneamente la puerta de la taberna se abrió bruscamente. Antes que pasase siquiera un mísero instante, el local estaba repleto de militares listo para actuar con la fuerza de sus armas. A pesar de esto los amigos no se amilanaron ni siquiera delante de todas aquellas espadas, seguían o muy borrachos o tenían unos bemoles demasiado grandes (al menos eso pensó el extraño militar en esos momentos). No tenían nada que hacer ante tal multitud de guardias que les rodeaban por todo el local y no había ninguna vía de escape que les asegurase salir vivos de allí.

-Chicos, bajad las armas, por favor -Rodmien se levantó rápidamente de su asiento y se dirigió hacia los soldados-. No tenemos nada que hacer contra tanta gente y por lo visto solo me quieren a mi ¿No es así, caballero? Además, veo que lo tenéis todo bien listo y preparado para mi secuestro. Y por supuesto, con un más que un previsible final para todos ellos en caso de no estar de acuerdo en seguiros, ¿O me equivoco, capitán?

Rodmien dedujo su grado por los galones que portaba y eligió la vía diplomática que era la más segura para que sus amigos pudieran salir vivos de aquella encerrona.

-Os equivocáis, señor -respondió el capitán amable y rápidamente gritó a todos los allí presentes-. ¡Soldados, envainad las armas ahora mismo!

A su orden el silencio de los tensos momentos anteriores se convirtió en una mezcla de sonidos metálicos producido por las espadas entrando en las vainas. Luego amigablemente continuó hablando hacia Rodmien.

-Siento repetirlo, pero os equivocáis señor. No deseamos hacernos ningún mal ni a vos, ni a vuestros amigos, tan solo debéis acompañarnos a palacio. El mensaje que os traigo es..., es de vuestro rey en persona. Debéis venir con nosotros ahora mismo. Por lo visto quiere comunicaros algo y vos no tenéis otra opción más que escucharle. Ese es el mensaje y creedme que siento decirlo, pero debéis acompañarnos por las buenas o por la fuerza.

Rodmien acató lo que el militar quería, añadiendo secamente:

-Muy bien, se hará entonces tal como el rey ordena.

Todos los borrachines se habían quedado mudos y atónitos. ¿Habían oído bien? ¿El rey quería hablar con Rodmien? ¿El rey Crotor? ¿De qué? El mismo pensamiento estaba

ahora en la mente de todos ellos y parecía que ninguno querría aceptar que esto estuviese ocurriendo de verdad. Debía ser un espejismo producto del alcohol.

Así que Rodmien, dijo tranquilamente.

-Capitán, si sabíais que era yo, ¿por qué habéis esperado hasta estas horas de la madrugada en vez de hacérmelo saber tiempo antes y por qué me tratáis con ese respeto si solo soy un simple tabernero y vos por la ropa que portáis un capitán de palacio?

-Señor, si el rey os ha hecho llamar es suficiente para deberos el debido respeto por ello, ya no sois un cualquiera. Sobre lo de estas horas, llevamos esperando escondidos por los alrededores desde antes del anochecer, pero sabiendo el tipo de gente que accede en esta taberna -hizo hincapié a sus palabras señalando el tugurio con un gesto ostentoso de sus amplios brazos-. Ved nuestras ropas, lo único que hubiéramos originado habría sido un altercado y por eso lo más aconsejable era esperar a la noche. Pero el tiempo pasaba y la gente entraba y salía del local. Algunos caminaban normal y otros a cuatro patas. Sin embargo, esta taberna no cerraba sus puertas y para colmo seis amigos celebraban algo dentro de ella. Todo esto lo sé porque en diferentes momentos de la noche, he enviado soldados disfrazados a investigar lo que sucedía aquí dentro.

Amigos y soldados le escuchaban atentamente, nadie decía nada y todos atendían callados sus palabras.

-Luego viendo que aún no se cerraba esta taberna, he preferido entrar yo mismo y zanjar el asunto lo antes posible. Hacerle esperar más de lo debido al rey puede ser contraproducente, pero como comprenderéis, eso ya lo solucioné. Mandé un mensaje a su majestad narrando nuestro cuidado por entrar aquí sin ocasionar trifulca y por lo tanto debiendo esperar hasta que toda alma bendita hubiera salido de ella. Este mismo mensajero regresó haciéndome llegar sus reales palabras. Hasta mañana temprano no tenéis audiencia con él.

Un murmullo salió de la mesa, los amigos seguían con todos los sentidos muy atentos a la conversación.

-Por lo que debéis acompañarnos ahora mismo a palacio, mi señor. Mis hombres y yo cuidaremos de vos por el camino y os alojaréis allí mismo. Seréis aseado y preparado antes de vuestra cita y descubriréis finalmente qué quiere de vos nuestro rey.

Rodmien miró a sus amigos con gesto de resignación e impotencia.

-Chicos, ya habéis oído. Me reclama en su propio palacio el emperador. Soy importante a más no poder y debo acudir a la cita y lo malo es que no lo haga. Está claro que no debe ser para matarme, ni encarcelarme. Su majestad no se ensuciaría las manos con tal nimiedad, mandaría hacerlo por él, así que debéis estar tranquilos.

Con la misma sonrisa en los labios se dirigió a Sixto.

-Por favor, ocúpate de cerrar el local en cuando salgamos todos..., y te advierto que ya sé cuánto vino y jamón queda en el almacén. ¡Ojo! No dejes que entre allí Parso bajo ninguna excusa, ni pretexto. Guarda la llave cuidadosamente, ya mandaré a alguien a por ella.

Viendo también el lamentable estado de Rimas que se encontraba totalmente desparramado donde había caído sin siquiera fuerzas para poder levantarse les dijo:

-Y un último favor. Por Dios levantad a ese del suelo. ¿Es que no veis que él solo no puede?

Allí estaba todo dicho. No había escapatoria alguna siendo atentamente observado por multitud de ojos que sin ninguna duda no le dejarían resquicio para escapar. Aun así, solicitó al capitán un último y pequeño deseo antes de partir hacia palacio.

-¡Ah! Perdonad capitán. ¿No dejaréis que acuda a una cita con el rey con estos sucios y mugrientos ropajes que porto? Por favor, desearía primeramente subir a mis aposentos a cambiarme de ropa. ¿Os importa?

-No debéis preocuparos por vuestros ropajes, señor, -contestó el capitán-. Nos han dejado bien claro que acudáis tal y como estéis. Tendréis todo lo que necesitáis en palacio.

Viendo pues inútil su intento de escapar a través de la ventana de su habitación, Rodmien hizo un gesto con la mano diciendo:

-¡Por favor, capitán! Vos primero.

Tanto Rimas como los demás permanecieron en silencio mientras veían que su amigo salía de "La Puerca y el Zorro", acompañado de multitud los soldados.

Cuando quedaron los seis en la taberna tuvieron la impresión de que la borrachera se les había pasado al momento. Levantaron a Rimas del suelo y lo depositaron de nuevo en su silla.

Balco fue el primero en pensar en voz alta.

-Debe ser algo gordo, algo muy gordo diría yo. Es casi imposible que el rey quiera hablar con un plebeyo como Rod o con cualquier tipo con una alcurnia como la nuestra. Además, si...

-No me lo explico, no es creíble. -interrumpió Sixto en voz alta-. Nos han podido liquidar como si fuésemos malolientes apestados por intentar esconder a nuestro amigo..., pero es que no nos han querido detener y encima han sido cordiales y hasta amables con nosotros.

Sixto totalmente incrédulo se daba golpecitos con sus nudillos en la cabeza, como no creyendo lo que decía.

-¿La guardia del palacio han sido corteses y amables? ¿Nos han perdonado la vida, así como así? ¿Quién se va a creer eso? Que alguien me lo explique. ¡Por favor! ¿Qué está pasando? ¡Dios! No entiendo nada -gruño con rabia cogiendo una vacía botella de la mesa y estampando contra la pared.

Nadie contestó. El nerviosismo se hacía patente en sus caras, solamente uno se levantó he hizo ademán de dirigirse hacia la cocina.

-¿Parso a donde crees que vas? -preguntó Balco no de muy buen humor .

-Voy a la cocina a ver si hay algo de comer. Esta historia me ha abierto aún más el apetito. Tengo hambre.

-Deja de hacer el imbécil y siéntate aquí ahora mismo. ¿No has comido y bebido bastante ya? -sentenció Balco.

Viendo las caras de pocos amigos que florecía en los semblantes, Parso decidió por su propio bien volver a sentarse y callarse durante un rato.

-Sixto tiene razón. -las palabras de Leen sonaron con fuerza en el local vacío-. Lo que está claro es que no han querido hacernos daño y de hecho nos han tratado con bastante educación para cómo son ellos. Es verdad que han sacado sus armas, pero lo hicieron cuando íbamos a cargarnos a ese capitán, luego el mismo les ordenó que las bajasen y envainasen. Debe ser algo importante por la cantidad de soldados que entraron en la taberna, aunque como vosotros no comprendo nada de nada. Para finalizar creo sinceramente que la vida de Rod no está en peligro, así que no nos agobiamos más. Esperemos a ver qué pasa.

Quedaron en silencio unos instantes más, luego Leen hablando para sí mismo y con la mirada perdida comentó en voz alta:

-Ha tenido que ser un chivatazo. Alguien se ha chivado de lo de la "Ruta del Deseo". ¿Pero quién? -dijo tembloroso-. Como coja a ese cerdo. ¡Lo mato! ¡Es que lo mato!

Todas las miradas convergieron en él quien con las manos juntas hacía extraños aspavientos, como agarrando a un ser invisible por el cuello apretándole fuertemente.

-¿Chivarse? ¿Chivarse de qué? -preguntó Betrenice torpemente.

-Leen, tú sabes algo que nosotros ignoramos, ¿Qué demonios es eso de la "Ruta del Deseo"? -preguntó Balco-. Dinos ahora mismo. ¿Qué está pasando aquí?

-¡Mierda, mierda y más mierda! -la cara roja de Leen decía claramente cómo se encontraba mentalmente-. Digo chivatazo y mierda otra vez, porque nuestro querido amigo Rod tenía un plan perfecto para robar en la "Ruta del Deseo", y su idea no tenía fallo alguno.

-¿Así que era eso Leen? ¿La "Ruta del Deseo"? -preguntó nerviosamente Parso.

-¡No lo sé! Estoy confuso, Rod me comentó algo hace poco de una idea que tenía sobre cómo robar en la "Ruta del Deseo". Conociéndole como le conozco, me parece muy raro que se lo haya contado a alguien más. Creía que solo me lo había dicho a mí, aunque tal vez abrió el pico a alguien más y ahora...

-Lo que debemos hacer -argumentó Balco moviéndose como una marioneta debido al nerviosismo y a la borrachera-. Es largarnos de aquí ahora mismo. Los soldados pueden volver en cualquier momento. Creo que es muy peligroso seguir en la taberna, o sea que... ¡Vámonos ya! -y levantándose torpemente se dirigió con rapidez hacia la puerta. Todos le secundaron saliendo de "La Puerca y el Zorro".

Solamente quedó dentro Sixto quién apagó las velas y luego cerró con llave como Rod le había solicitado. Cuando salió a la calle, allí le esperaban sus amigos callados y todavía perplejos por lo ocurrido.

Y allí siguieron hablando durante un breve espacio de tiempo sobre conjeturas, hipótesis y acasos, dando cada uno una opinión diferente a la anterior, pero sin llegar a ninguna conclusión aceptable.

En la penumbra de la noche decidieron despedirse y volver cada uno a su casa. Sus caminos eran diferentes por lo que aprovecharon el amparo de las sombras que la ciudad les ofrecía para no ser visto por nadie que llevase algún tipo de ropa militar.

Eso por si acaso.

“LA RUTA DEL DESEO”

Se llama la "Ruta del Deseo", al camino que discurre entre la ciudad de Dor-Alia en Nueva Maran y la ciudad de Vende en Lamiah.

Cada cierto tiempo cuando de las minas de oro de Nueva Maran se ha extraído suficiente mineral dorado como para llenar diez cofres de sámbalo de doscientas onzas de peso cada uno, se prepara una caravana con un carruaje especial para su transporte. Acto seguido se envía con una escolta muy bien custodiada a través de la "Ruta del Deseo" hacia su destino final, la ciudad de Vende.

Del oro producido por las minas, la provincia de Nueva Maran se queda con un veinte por ciento para su tesoro, el restante ochenta se desvía hacia la capital del reino quién se queda con otro veinte y el sesenta por ciento final se reparte equitativamente entre las otras cinco provincias. De esta forma todos tienen parte en el rico pastel sacado de las entrañas de Nueva Maran.

La caravana va en todo momento escoltada por un gran regimiento armado hasta los dientes, con cuatro capitanes y un ridish general a su mando. Este último es quién tiene poder para lo que haga falta con una única tarea, todo debe transcurrir si es posible sin ningún tipo de sobresalto. El día anterior a la partida de la caravana se envían cuervos hacia Vende con todos los datos del viaje, día de salida, número de paradas, peso del oro y día de la supuesta llegada. Asimismo, la caravana lleva sus propios cuervos por si en un momento dado pudieran ser necesitados.

La ruta transcurre solamente a través de tres provincias. Nueva Maran, Alghall y Lamiah.

Durante todo el recorrido cada media jornada se encuentra un puesto de reabastecimiento con víveres y agua donde un retén de cincuenta soldados está preparado constantemente por si son necesarios para cualquier tipo de eventualidad. Aparte de esto, en la cima de algunos montes siguiendo de cerca la misma ruta, se encuentran más puestos de vigilancia con soldados.

En el pasado y en unas cuantas ocasiones se intentó robar el oro, pero el resultado se saldó con la ejecución de aquellos locos suicidas que lo intentaron. Nunca nadie ha conseguido apoderarse de él y por esto se le denomina así, "La Ruta del Deseo".

Todos lo desean, aunque nadie nunca logró robarlo.

Y ya tampoco nadie se acuerda de quienes fueron los últimos osados que lo intentaron.

El tiempo lo borra todo.

13

“UN PLEBEYO EN PALACIO”

Cuando salieron de la taberna, el capitán le señaló un caballo a Rodmien.

-¿Es para mí?

-Por supuesto, también nos han dejado bien claro que debéis hacer el recorrido a palacio a caballo y no a pie. ¿Supongo que sabréis montar? ¿No?

-Sí, se montar y ya quisiera tener mi propia montura, pero no tengo suficientes monedas como para darme el capricho de poderme comprar un buen jamelgo como este que me cedéis, capitán.

Subieron a los corceles y emprendieron el camino hacia palacio con la tropa que les rodeaba tanto por delante como por detrás. Rodmien seguía sin ver clara una posibilidad de escapatoria por mucho que ahora estuviese montado en un brioso caballo.

-Capitán, decidme por favor, ¿Cuál es vuestro nombre? -preguntó cortésmente Rodmien.

-Me llamo Brammkbrest, aunque mis conocidos y allegados me llaman Bramm. Vos podéis hacer lo mismo si lo deseáis, señor. Me podéis llamar Bramm.

Brammkbrest rondaba la cuarentena de años, de aspecto jovial, poseía una gran melena y bigote rubio. Su cuerpo era atlético, sus maneras ágiles y uno podía observar claramente que estaba en perfecto estado físico. Luego todo esto lo adornaba con una buena sonrisa que hacía de él un personaje que destilaba simpatía por cada poro de su piel.

Por contra, Rodmien tenía el pelo completamente blanco, tal vez alguna falta de melamina en su organismo fuera la causa de ello. Tenía como Brammkbrest un cuerpo atlético y muy bellas facciones que seguro a más de una dama habría hecho soñar con él

en su regazo. Era el prototipo de hombre perfecto, el deseado fin de prometedoras miradas femeninas.

-Está bien Bramm, yo utilizaré ese nombre contigo, pero a cambio tú llámame Rod y déjate de tratarme con tantas parafernalias de esas. Que si señor, que si caballero; nombres que no me dicen nada. ¿De acuerdo? Además, no estoy acostumbrado y se me hace muy raro. Soy más bien un tipo normal, un plebeyo nacido en esta maravillosa ciudad.

La sonrisa en su rostro contagió al capitán que contestó afirmativamente a la cuestión.

-De acuerdo entonces, tú eres Rod y yo soy Bramm -y repitió lo mismo en voz alta- ¡Rod y Bramm! ¡Bramm y Rod! ¡Eso es!

No le importó en absoluto las altas horas de la madrugada que eran para hacer oír su comentario a los cuatro vientos y parecía desear que todo el mundo desde sus camas le oyese gritar aquellos nombres.

-Así pues, es un placer conocerte Rod -dijo extendiendo su mano abierta para estrechársela desde el caballo. Este rápidamente hizo lo mismo apretándola con firmeza.

-Lo mismo digo Bramm, es un placer también para mi conocerte, pero comprenderás que lo primero de todo es que tengo unas cuantas preguntitas para hacerte. Esto que me está pasando no me ocurre todos los días. Te das cuenta. ¿No?

-Lo entiendo perfectamente. Pregúntame lo que quieras y suelta lo que sea por esa boca.

Los caballos iban al paso tranquilamente por las oscuras calles. Después del vocerío de Bramm ya solo se escuchaba el clock-clock, clock-clock de sus herraduras y algún que otro suave relincho. Los escoltas también a la par no emitían ruido alguno y su silencio era total.

-¿Por qué cuando entraste a la taberna si sabías quién era yo, no te dirigiste directamente a mí en vez de al grupo?

-Verás. Sabía quién eras, pero deseaba ver tu comportamiento, ver cómo podías reaccionar en un momento dado nada más. Simplemente ha sido un poco de curiosidad, una niñería por mi parte. Si te ha molestado, debo decirte que lo siento.

-Otra cosa..., ¿Sabes realmente porqué el rey quiere hablar conmigo?

-Eso lo desconozco totalmente. -su limpia mirada decía que no mentía en absoluto-. Si lo supiese ten seguro que te lo diría, lo único que me han ordenado es que te lleve a palacio vivo y sin ningún tipo de rasguño por ninguna parte. Ese es mi trabajo por hoy. Luego acabaré...

- ¡Yeaaah!

En un segundo Rod picó al caballo con los talones y este salió galopando como una flecha ante los atónitos ojos de Brammkbrest. Varios escoltas intentaron ponerse en medio para detenerlo, pero la fuerza del corcel lo impidió como si fuesen insignificantes trozos de cañas de paja.

Rod consiguió llegar hasta la primera esquina sin recibir ninguna herida. Efectivamente como bien le había dicho el incauto de Bramm; debían haberle dejado bien claro que tenía que llevarle vivo y sin ningún tipo rasguño al palacio, por eso seguramente ni siquiera le dispararon flechas al caballo, por no herirle a él. Sonrió pensando en lo infeliz que debía sentirse ahora el pobre capitán viendo como su presa desaparecía a lomos de un caballo prestado entre las sombras de la gran ciudad. De todos modos, instantáneamente se aperció con extrañeza que el capitán que también montaba un estilizado caballo no hubiese salido tras él.

El final de la siguiente calle estaba a unas cinco o seis manzanas por delante, luego giraría y volvería a gir...

-¡Fiuuu! -repentinamente un gran silbido atronó en la noche repitiéndose-. ¡Fiuuu!".

El caballo hincó sus cuatro patas en la tierra frenando en un instante su velocidad y obligando a Rod a hacer un extraño para no caerse de él. Luego giró sobre sí mismo y volvió con alegre trote sobre sus pasos llevando a un incauto Rodmien hasta el lugar desde donde habían partido. Un alegre Bramm con una sonrisa de oreja a oreja aguardaba tranquilamente y más de un escolta también sonreía, aunque intentaban disimularlo.

El caballo llegó justo enfrente del capitán soltando un fuerte relincho.

-¡Bienvenido seas de nuevo Rod! ¿Qué tal la galopada? Permíteme presentarte a Luna, mi fiel yegua. Ahora supongo que comprenderás por qué te he dejado montar en ella y no en otro caballo. ¿Verdad?

El tabernero cabizbajo como única respuesta solo comentó:

-Supongo que sabías que lo debía intentar.

-Por supuesto. - contestó el Bramm sin darle mayor importancia al asunto.

Reiniciaron el camino hacia palacio y sin percatarse de ello aquellos dos hombres habían empezado a entablar lo que sería a la postre, una verdadera, entrañable y prolongada amistad.

Al llegar diversas personas le aguardaban en el gran hall de entrada. Rod se despidió cordialmente de Bramm y accedió por la gran puerta central seguido muy de cerca ahora por varios escoltas que no le perdían de vista.

Primeramente, antes de llevarle a la alcoba que le tenían preparada, le preguntaron si deseaba algo para comer. Ante su negativa, le condujeron a través de grandes dependencias y diversos pisos hasta una habitación elegantemente acondicionada. Luego le comunicaron cortésmente que vendrían a primera hora de la mañana siguiente para ayudarle con su aseo personal preparándolo para su audiencia con el rey. Finalmente se despidieron de él deseándole un feliz reposo.

Solo en aquella gran habitación Rod se sintió como un enano en una casa de gigantes. Nunca había accedido a palacio y todo lo que sabía de él era a través de cuchicheos y más cuchicheos. Aquellas paredes, muebles, alfombras, todo cuando veía demostraba poder, muchísimo poder y él estaba aquí y ahora. ¿Pero para qué?

"No puede ser para nada malo". -pensó. De ser así no estaría alojado en aquella espléndida dependencia. Decidió inteligentemente tumbarse encima de la cama e intentar dormir un poco, el alba llegaría y con ella su increíble cita, por lo que debía estar descansado, así que tranquilamente se durmió entre sábanas de seda y algodón.

Tuvo la sensación de que llamaba a la puerta nada más cerrar los ojos, por lo que entreabrió uno de ellos a duras penas mirando hacia la ventana esperando ver total oscuridad. La luz del nuevo día inundaba tímidamente la habitación y más allá el sol intentaba entrar sin solicitar permiso a través de una gruesa cortina

Cuando abrió descubrió a tres personas que venían a ayudarle para su aseo matutino. Prepararon lo necesario y unos esclavos empezaron a aparecer con tinajas de agua caliente que fueron volcándolas dentro de una gran bañera. Después unas sirvientas le ayudaron a bañarse bajo implícitas sonrisas y al acabar le perfumaron todo el cuerpo con perfumes de delicados aromas. El sumun de todo fue cuando aparecieron diversos criados portando cada uno de ellos bellos ropajes para su total disposición. Desde camisas y camisolas, a chaquetas de bellos colores, pasando por botas, pañuelos y ornamentos como collares y pulseras.

Acto seguido el desayuno le fue servido en la misma habitación. Sentado en la mesa y viendo por el balcón la ciudad más allá, empezó a comer lo que los criados le traían.

Cuando terminó uno de ellos se dirigió a él.

-Señor, el rey nos ha solicitado que una vez hayáis desayunado os dejemos tranquilo en esta alcoba por cierto tiempo, luego debemos llevaros antes su presencia. ¿Deseáis alguna otra cosa?

Rod todavía perplejo por todo lo que le acontecía, simplemente pudo decir:

-No, muchas gracias. Ordenaré mis pensamientos con todo lo que me está sucediendo y de lo que no entiendo nada de nada. De todos modos, estaré preparado para cuando me aviséis. Gracias de nuevo.

Con lo que los sirvientes salieron de la estancia. Aprovechó entonces para salir al balcón y ver la ciudad desde allí. Después de escudriñarla durante un buen rato, pensó que jamás se la hubiera podido imaginar tan imponentemente grande.

Al rato llamaron de nuevo a su puerta,

- ¿Estáis preparado, mi señor? – preguntaron desde el pasillo.

-«Nunca estaré preparado para ver al rey» –pensó. Pero como tampoco podía seguir con aquella locura sin saber a qué era debido, decidió seguir al criado intentando acallar su mente.

-Vamos allá y que sea lo que Dios quiera –fue su única y nerviosa respuesta.

Salió al pasillo donde tres siervos aguardaban para acompañarle. Recorrió multitud de estancias hasta que se topó con una gran puerta cerrada que tenía dos soldados fuertemente armados a cada lado.

Uno de los siervos se dirigió a él:

-¿Estáis preparado, señor?

-¿Preparado? –respondió Rod perplejo-. Es lo que menos estoy del mundo, pero ya que no me queda más, ¡qué demonios! ¡Vamos allá!

La gran puerta se abrió y una voz resonó en el gran salón.

-¡Rodmien, podéis pasad! ¡Entrad! ¡Entrad por favor!

14

“ELCOR VAALAM DE SHÁMSALA”

REDESCUBRIENDO LA HISTORIA

Al entrar en aquel salón lo primero que se apercibía era la suntuosidad en todas las esquinas donde grandes columnas de mármol gris sostenían una trabajada bóveda. Las paredes estaban pintadas con bellos colores fruto de la luz a su paso por exquisitas cristalerías, y la decoración para no desmerecer, debió ser realizada según el gusto de algún divino maestro decorador. Cerca de una gran mesa ocupada con planos y mapas, algunos nobles y militares de altas graduaciones hablaban entre sí acaloradamente, aunque nada más ver entrar a Rod la intensidad de su conversación se relajó. Al fondo y encima de una pequeña tarima se encontraba el trono. En él estaba sentado un personaje entrado en años con una ajada barba semi blanca, que nada nada más ver entrar al posadero hizo una señal con la mano para que se acercara.

A su izquierda, dos seres que parecían por sus vestimentas vasininos miraron al recién llegado con curiosidad mientras este caminaba con paso firme. También a cierta

distancia del trono se encontraban unos soldados quienes también vigilaban por la seguridad del emperador. Sobra decir que sus corazas relucían más que el mismo sol.

Al llegar justo frente al trono Rod hincó rodilla en tierra, agachó la cabeza y habló en voz lo suficientemente alta para que resonase en toda la estancia.

-¡Mi rey! Su excelencia me ha hecho llamar y aquí estoy. ¿Qué puede hacer por vos este humilde plebeyo?

Crotor como única respuesta le miró y remiró examinándole fijamente. En un momento dado de sus cansados ojos una chispa de luz pareció brotar, pero rápidamente hizo un mohín y esta voló con la misma velocidad con la que se había mostrado. No decía nada, observándole serio y sereno. Pasaron instantes que al humilde tabernero parecieron horas ya que seguía en la misma posición, cabizbajo observando el suelo y esperando algunas palabras que le explicasen algo de lo que sucedía.

Tras unos eternos momentos una voz cansada habló:

-Levántate, tabernero. Hablemos.

Todos los presentes prestaron atención a las palabras de Crotor, los nobles, los militares, los vasininos e incluso los atentos soldados. Rod se levantó, miró al rey cara a cara por primera vez en su vida y como no se le ocurría nada más, repitió con fuerza:

-¡Majestad!

-Bien, bien, muchacho y dime... ¿Cómo te llamas y qué edad tienes? -preguntó Crotor.

La primera pregunta chocó a Rod. ¿Si le habían ido a buscar, ahora resultaba que el rey no sabía su nombre? Esto no le cuadraba mucho, pero no podía desobedecer y tampoco preguntar nada al rey.

-Me llamo Rodmien, majestad. Rodmien y nada más. No tengo ni siquiera apellidos. Fui abandonado por mis padres cuando tenía dos o tres años en la puerta de una taberna. Por eso sé que más o menos ahora debo tener unos veintiuno o veintidós años.

-Bien -contestó el rey complaciente- Ahora contéstame también, ¿Qué has oído por ahí de mí?

La nueva pregunta se las traía. Si contestaba la verdad de lo que sabía por bocas y más bocas, no podría volver jamás a trabajar en la taberna ya que seguramente no saldría vivo de aquel lugar. No le quedaba otra opción más que mentir para salvar la vida.

-He oído muchas cosas mi rey. De grandes hechos que vos habéis acometido a sucias falacias a las que no he querido prestar la más mínima atención, majestad. Todos sabemos que sois un gran rey y os estamos agradecidos por ello. En la taberna donde trabajo se oye todo tipo de conversaciones, de leyendas, de mitos, de grandes proezas y de mentiras, absolutamente de todo. Soy simplemente tabernero y no puede saber quién lleva o quién no lleva la razón. Simplemente oigo y callo, sobre todo por mi bien. La vida se ha encargado de mostrarme que como mejor y más se vive, es cuando se mantiene la boca bien cerrada.

Al término de la frase Rod suspiró por cómo creía que había logrado salir de la encerrona.

-Mientes, Rodmien -puntualizó Crotor tranquilamente-. Mientes por miedo y por no hacer daño a tu rey, pero que sepas que agradezco tus sabias palabras, aunque sepa a ciencia cierta no son del todo..., del todo reales.

Rod abrió los brazos en señal de pesadumbre. Su boca estaba más seca que un campo del sur en una calurosa tarde de verano.

-Mi rey, ¿No sé qué puedo decirles al respecto?

En esos momentos Rod sintió que había metido la pata hablándole al rey de esa forma, pero su franqueza y su forma de ser se había construido con el paso de los años y

no la podía cambiar en un instante por mucho rey que fuese Crotor, quien en esos momentos se paseaba a su alrededor como ido en sus propios pensamientos. Al cabo de unos instantes volvió a dirigirse a Rodmien.

-Tranquilo, tranquilo, muchacho -dijo serenándole con la mano- Sigamos, ¿Vamos a ver? -y el rey se acarició el mentón suavemente prosiguiendo con el extraño interrogatorio-. ¿Qué opinas de esos militares que ves ahí? Dime. ¿Qué opinión te merecen?

Otra pregunta revuelta como las aguas de un río bravo. En cualquier instante seguro que confundirían algo en sus palabras y posiblemente no sería muy positivo para él, pero aun así echó valor y comenzó su exposición.

-¿Que qué opinión merecen de mi estos militares? Bien. Si pensamos que gracias a ellos los reinos que nos limitan no invaden Shámsala intentando nuestra conquista, me parece bien -en este momento Rod decidió jugarse el todo por el todo y sin pensar en consecuencias lanzó otra opinión-. Si por el contrario lucen sus hermosas espadas y las utilizan en vez de contra el enemigo, contra pobres granjeros y gente sin ningún tipo de defensa, me parece mal. Dependemos de ellos para salvaguardar nuestros campos, nuestras cosechas, nuestras mujeres e hijos, pero... ¿Quién nos salvaguarda de ellos? Eso es lo que pienso.

El murmullo que se originó en los elegantes militares llegó hasta los oídos de Rod y Crotor. Rápidamente el rey giró su cuerpo y se encaró con ellos y ante su sola mirada estos agacharon la cabeza volviendo a guardar un mutis total. El dominio que Crotor tenía de la situación era sencillamente sublime.

-Muy bien, así me gusta, que seas franco, Rodmien -agradeció dándole una palmadita en la espalda-. Y ahora una última pregunta. Se me ha ocurrido porque va en consonancia sobre lo que me has dicho al principio de nuestra conversación sobre tus padres. Dime de nuevo. ¿Qué opinas que te abandonarían a tu suerte en la mísera puerta de una taberna?

Otra pregunta que no casaba con las anteriores y que rompía todas las reglas. ¿Para qué demonios quería Crotor su opinión sobre sus padres? ¿De qué le podía servir? Pero su franqueza de nuevo iba a saltar por encima de sus miedos. Tranquilamente empezó a hablar.

-¿Mis padres? Muchas veces he pensado en ellos. Los he visto en mis sueños jugando conmigo en mi infancia, pero tan solo eran eso..., sueños. ¿Quiénes eran? ¿Por qué obraron como lo hicieron? ¿Por qué me abandonaron en la puerta de una taberna? ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué? -Rod parecía repentinamente abatido con sus palabras y pensamientos-. Son muchos por qué mi rey, pero no hay ninguna respuesta que limpie mi corazón de su prisión de amargura al recordar esto. Intento quitarlo de mi vida, pero no puedo. Algo tuvo que sucederles para que actuaran así. Pienso e intento hacerme a la idea que tal vez no pudiesen con la sobrecarga de un hijo cuando debían tener otros cuantos más. Quizás y lo deseo de corazón, quizás tenga por alguna parte del reino un hermano o hermana, quizás en esta misma ciudad. Cuando pienso en ello, algo se ilumina dentro de mí, pero repito que todo son preguntas con muchos "quizás" y ninguna respuesta clara. Sin embargo, perdono a mis padres por lo que hicieron y en esos mismos sueños que a veces tengo, les beso y deseo felicidad. Fueron mis padres. Soy de su sangre y les honro..., aunque no los conozca.

Al acabar su locución Rod se percató que Crotor se había quedado inmóvil atento a sus palabras y con un semblante pesaroso en su mirada.

-Bueno eso es más o menos lo que opino de mis padres, majestad.

El monarca volvió al trono donde se sentó pensativo y luego llamó...

-¡Cymbal, ven a aquí!

Este acudió rápidamente y Crotor solicitó que fuera a buscar un escribano ya que tenía algo importante que decir a todos los presentes. Deseaba también que esto quedase debidamente escrito y reflejado en acta oficial.

Al rato Cymbal volvió con el escriba y luego regresó a su lugar junto a Xara, el otro vasnino al servicio también del rey.

-Escribano, escucha -Crotor habló con voz grave-. Quiero que escribas todo lo que voy a decir con puntos y señales. No omitas nada de nada, es muy importante ¿Entendido?

-A las órdenes de su majestad. Es un privilegio para mi poder escribir lo que dicte mi rey -fueron sus únicas palabras. Luego se sentó en una mesita, preparó un pergamino, una pluma y de una bolsa que llevaba de la que sacó una pequeña botellita que en su interior parecía contener algo parecido a tinta.

Crotor miró hacia los vasninos.

-Cymbal, Xara, venid aquí y poneos detrás de Rodmien. Vosotros acercaos también ridish generales -luego miró al escribano que estaba ya preparado-. Escribano, recuerda bien lo que te he dicho... escribe todo, -añadió con paciencia-. todo, incluido puntos y comas. Nada puede faltar.

-¡Escuchad bien todos! -anunció Crotor-. Lo que vais a oír ahora se va a escribir en acta por mandato real. Soy consciente que lo que voy a promulgar es algo importante y que a más de uno le sonará incluso muy extraño, pero no he perdido el juicio. ¡No todavía! Necesito que caballeros como vosotros me apoyéis en estos momentos y cedáis vuestro hombro a la carga que llevo interiormente desde hace muchos años y que hoy por fin voy a soltar. ¡Gracias por estar aquí conmigo, amigos!

Como respuesta sonaron algunas "vivas" al rey seguidas de una gran ovación.

El emperador apuntó con el dedo índice al escribano y habló entonces claro, alto y fuerte ante un tabernero que muy perplejo no podía imaginarse la que le venía encima.

-¡Escribe!

-A partir de hoy, ordeno que vuelvas a ser llamado por tu verdadero nombre. Aquel que te pusieron tus padres, la reina Ganvard de Alghall y yo..., Crotor Vaalam de Shámsala rey emperador del reino de Shámsala.

-Tu nombre es el nombre que pertenece al primogénito de todos mis hijos y no es otro que Elcor Vaalam de Shámsala. Ese eres tú.

*-A partir de hoy mismo, serás llamado de esta forma, serás Elcor Vaalam de Shámsala **(9)**. Las historias narrarán que fuiste un príncipe repudiado, cuyo único delito fue ser culpable de algo que no hiciste y después devuelto a su hogar por un padre atormentado por aquella cruenta decisión.*

-Una decisión que fue tomada a raíz de una situación crítica que necesitaba también de una solución totalmente radical. Una decisión tomada sin meditarla con suficiente tiempo y razón.

-Pero como todo no puede durar eternamente, hoy la sinrazón muere desapareciendo de nuestras vidas y nuestro príncipe regresa por fin a lo que debía haber sido desde siempre su hogar..., mi casa. Tu casa.

-Por ello decido que en el día de hoy se levante acta de esta orden, mi orden y en la que diga que mi hijo Elcor Vaalam de Shámsala, por fin ha regresado de nuevo a su hogar.

-¡Bienvenido Príncipe!

*Firmado por el Emperador
Crotor Vaalam de Shámsala.*

La boca abierta de Rodmien decía mucho de lo que en aquellos intensos momentos pasaba por su cabeza. El rey descendió de su trono y al llegar junto a él le abrazó fuertemente. Rod no articuló palabra alguna, ni llegó a sentir el abrazo sumido en sus propios pensamientos. Estaba completamente ido, aquello le superaba, lo que le estaba ocurriendo era simplemente increíble.

Dirigiéndose a todos el emperador ordenó:

-Ahora podéis retiraros, quiero hablar con mi hijo a solas.

Los vasallos volvieron a sus puestos acatando la orden y los nobles y militares volvieron a la mesa de mapas haciendo como que trabajaban, pero con sus oídos y miradas de reojo que iban una y otra vez hacia el rey y el nuevo príncipe.

Crotor se acercó al escribano preguntándole si había tomado nota de todo a lo que este respondió afirmativamente echando lacre líquido y caliente en la parte inferior del acta. Posteriormente el monarca estampó su sello con su anillo real mágico.

Después ya con más tranquilidad Crotor agarró a Elcor por el brazo y lo llevó suavemente hacia una gran puerta acristalada que daba a un jardín privado. Árboles frutales, bellas flores y una fuente con agua ocupaban el espacio, en medio había un banco donde el rey ofreció a Elcor sentarse junto a él.

Allí comenzó a hablarle, redescubriéndole su historia.

-Supongo que impresionado. ¿No, Elcor?

-No sé qué decir majestad. Mi cabeza me dice que esto es un sueño, que no puede ser real. Hoy soy supuestamente un príncipe cuando ayer era un humilde tabernero. Estoy confundido, me cuesta aceptarlo. ¿Hijo de rey y..., y de reina?

-Todo a su tiempo, te lo voy a explicar todo, pero poco a poco. Te entiendo perfectamente y por favor no me llames majestad, aunque tampoco me llames padre si no quieres, me doy cuenta de tu perplejidad. Escucha bien la historia que te voy a narrar y que empieza hace veintidós años cuando naciste aquí, en este mismo palacio.

Elcor se sentía medio en shock. Parecía totalmente ido y daba la impresión de que no iba a entender bien lo que el rey deseaba comunicarle por lo que antes de empezar, Crotor ordenó a un sirviente que trajese algo de beber para animarle un poco. Cuando volvieron a quedarse a solas viéndole ya más dispuesto, comenzó a hablar de lo que ocurrió tiempo atrás.

-Naciste en el séptimo mes con una luna nueva y viniste al mundo en una noche mágica, llorando como cualquier crío y llenando de alegría e ilusión este palacio. Durante los dos primeros años de tu vida estuve en cada momento que pude cerca de ti, cuidándote junto a tu madre que te amaba por encima de todo. Debo decirte que ese pelo blanco lo has heredado de ella, tienes el mismo color de cabello que ella. Por entonces era un mujer formidable, espléndida, majestuosa y yo (inocente de mí), pensaba que nos amábamos.

-Pero un día algo la sucedió, perdió el norte y yo perdí mi honor ya que la encontré yaciendo junto a otro hombre en nuestro propio lecho. Sé que hoy es un día difícil para ti y hubiera podido esperar a hablarte de esto más adelante, pero quiero y prefiero contártelo todo, lo necesito hacer ahora. He esperado mucho tiempo y no quiero aguardar más. Te ruego perdones y aceptes estas palabras Elcor. Nunca más te las repetiré..., excepto que tú me lo solicites.

-Así pues, fruto de mi corazón desecho, ordené inmediatamente la ejecución de su amante y a ella la encerré en lo alto de la torre para que morase allí para siempre en una celda. Muchas veces me he sentido culpable y barajaba la posibilidad de concederle la libertad, pero como rey emperador que soy no podía permitir esto por lo que la historia reflejaría de mí. Sin embargo, intentaba mantenerla bien atendida en todo momento.

Crotor no relataba exactamente la verdadera historia, sino que partes innobles de ella prefería mantenerlas ocultas y lejos de la cabeza de Elcor que seguro más adelante pediría explicaciones. Por ahora era más bien contraproducente, así que había decidido mentir u omitirle un poco la historia, sobre todo "por el bien del reino".

-Solía subir diariamente a la torre para estar junto a ella, comíamos juntos, bebíamos juntos, incluso a veces dormíamos juntos. Solo había una traba, ella no podía bajar de la torre, nadie podía verla por el palacio, nadie. Cualquier cosa que necesitaba, al instante lo tenía a su entera disposición y así seguimos viviendo muchos, muchos años. Tu saliste de nuestro hogar al descubrir su traición. Mi rechazo hacia ella me obnubiló, no vi más allá y decidí entregarte en una taberna donde debías crecer y formarte. Pero debes saber que te he estado vigilando siempre gracias a espías que me informaban constantemente de tus pasos. Nadie sabía nada de ti, incluso tus hermanastros no saben ni siquiera que existes. Nadie debía tener por orden mía conocimiento de ti..., nadie..., hasta ahora.

Elcor escuchaba atentamente. Se estaba percatando que su vida había dado un giro enorme. Con total seguridad se había acabado para siempre ir a "La Puerca y el Zorro", a trabajar con todo aquel asqueroso humo, con sus borrachos, sus broncas y las pestilentes vomitonas que tenía obligación de limpiar. Se acabó el terminar de trabajar hasta altas horas de la madrugada. A partir de ahora viviría en el palacio. ¿Como un rey?

-«Es un espejismo. Debe ser un puñetero espejismo.» -se decía una y otra vez a sí mismo oyendo a Crotor hablar y llegando incluso a pellizcarse disimuladamente el brazo, pero no, aquello parecía completamente real y de hecho el pellizco le había dejado una señal roja.

-¿Y mi madre, majestad? -preguntó en un momento dado-. ¿Dónde está mi madre?

-Tu madre. Tu madre, la reina Ganvard falleció hace relativamente poco tiempo -el sombrío semblante del rey decía mucho de su estado anímico al recordarla-. Fue asesinada impunemente por alguien a quien desearía tener entre mis manos para sacarle con ellas su podrido corazón. El mismo guardián que cuidaba de ella en la torre también fue asesinado aquella misma noche. Pensarás que por qué te he llamado ahora y no antes. ¿No? Ni yo mismo lo sé. Cuando ella vivía, la tenía. Cuando repentinamente se fue, sentí soledad y miedo a esta. Necesitaba tener algo suyo, entonces me di cuenta de mi gran error contigo y pedí que te trajesen. Tuve que actuar como lo hice contigo condicionado por ser quién soy y te pido perdón por ello Elcor. Ojalá pudiera haber sido una persona cualquiera y así jamás te hubiera abandonado. Ser rey emperador de Shámsala requiere apariencias distintas a la de la gente normal y el sacrificio contigo, significaba también un gran sacrificio conmigo mismo. Siento lo que te hice y deseo enmendar este error que lacra mi vida. Intentar a partir de hoy darte la felicidad de los años que no estuviste aquí. De los años que faltaste.

Elcor prestaba atención a su supuesto padre y sacaba sus propias conclusiones mientras Crotor seguía hablando e intentando hacerle entender por qué había actuado como lo había hecho. Siguieron dialogando durante mucho tiempo, confesándose algún que otro secreto e ideando un futuro. Crotor le habló de sus hermanastros, de cómo eran, sin ocultar ningún adjetivo de sus personalidades, ruines, mal educados, prepotentes además de imbéciles perdidos. Le comentó también que les había enviado a Nueva Maran para que se mantuviesen fuera de peligro ante un nuevo y posible atentado en palacio y al hablar sobre los príncipes el rey quiso hacerle también observación importante.

-Hijo mío, una cosa es bien cierta conociéndolos como los conozco. A partir de hoy debo advertirte que te he creado sin querer dos nuevos enemigos y no creas que no puedan llegar a ser peligrosos en el futuro.

A media mañana dejaron de hablar volviendo junto a los demás en el salón. Allí el rey solicitó que mensajeros partieran con su nueva e importante decisión para que grandes nobles, ridish generales, y hasta el mismo alcalde de la ciudad acudiese a una gran comida que deseaba celebrar al día siguiente en honor de Elcor. Quería aprovechar el momento presentándole a la flor y nata de la alta sociedad “podrida” de Vende.

15

“ANÁLISIS Y PERSPECTIVA”

A la hora de la comida en el gran salón había multitud de gente reunida. Muchos ya sabían porque les había mandado llamar el rey y de qué se iba a hablar. Como en la mayoría de los lugares, también en Vende los chismorreos se propagaban a la velocidad del rayo. Unas espaciosas mesas habían sido dispuestas repletas de alimentos y bebidas y los criados iban y venían por ellas atareados en la faena de que todo estuviese perfecto. El rey había ordenado que no se colocasen sillas de forma que los comensales pudiesen ir cambiándose de lugar si así lo deseaban. Sobra decir que el salón era un hervidero de comentarios, por todas las bandas hablaban, nadie callaba y todos opinaban. Hasta el más idiota tenía algo que decir.

Cuando Crotor y el nuevo príncipe fueron anunciados entrando en el salón, el silencio se hizo realidad y las miradas reclamaron su recompensa intentando ver al nuevo personaje real más de cerca. Los dos se dirigieron al centro de la estancia y allí Crotor carraspeó un poco antes de empezar a hablar.

-¡Queridos amigos! -dijo con elevada voz-. Hoy es un gran día. Un día especial para Shámsala ya que el príncipe Elcor ha vuelto a casa. Intentaré si la paciencia no acaba con vosotros, presentároslo uno a uno. Aunque primero demos buena cuenta de este banquete en su honor. Nos están esperando exquisitas viandas. Amigos, brindemos todos, brindemos a su salud y luego comamos. ¡Por él! ¡Por Elcor Vaalam de Shámsala!

Las copas de vino entrechocaron a los gritos de ¡Viva el príncipe Elcor! Todo el mundo brindó y el sonido de los cristales se oyó por todo el salón. Acto seguido las carnes empezaron a desaparecer de las bandejas alojándose en los estómagos de los inútiles buitres allí reunidos. Crotor con una sonrisa esplendorosa, más que comer devorada lo que él mismo iba depositando en su plato. Y Elcor..., Elcor intentaba poco a poco entrar en su nuevo papel de príncipe. A la vez que masticaba la comida sonreía tímidamente haciendo pequeñas reverencias con la cabeza a modo de saludo a aquellos personajes que no le quitaban ojo de encima. Comieron y bebieron hasta hartarse yendo de mesa en mesa a la vez que Crotor hacía las presentaciones de Bricks, vashinos, algún que otro ridish general y gente noble e importante de la ciudad.

Orgullosa de su primogénito, siguió guiándole, presentándole a diestro y siniestro, uno tras de otro y siempre diciendo lo mismo:

- Es un placer presentarte a...
- También quiero que conozcas a...
- Este es nuestro querido ridish...
- Aquí tienes al estimado Brick...

Luego un poco de conversación y al siguiente personaje. Elcor acabó aburrido hasta la saciedad, pero la nobleza obliga y en aquel ambiente tan diferente al suyo no podía menos que aguantar lo que le echasen. Se sentía como un pez fuera del agua, manteniéndose callado y contestando lo justo. Temía hablar y llegar a decir alguna

sandez o tontería, aunque aquellos majaderos seguro que la hubiesen aplaudido en vez de tacharle de imbécil, como sus amigos sí lo hubieran hecho en la taberna.

Aquí todo era ostentoso. Platos de porcelana, vasos de cristal, cucharas y cuchillos de plata. En "La Puerca y el Zorro", los platos eran de madera igual que los vasos y los utensilios, y aun así, en muchas ocasiones desaparecían. En la mayoría de los nobles, collares, anillos de oro con incrustaciones de piedras preciosas y demás, se veían desde la distancia antes de verse a sus portadores. En la taberna si alguien hubiera llevado algo así le hubieran cortado el gaznate para robárselo tranquilamente sin más. Dos mundos tan cercanos y alejados el uno del otro.

Según era presentado, Elcor iba almacenando sus propias conclusiones respecto a estas gentes y cuando vio una posibilidad de dirigirse a Crotor sin ser escuchado por nadie de su alrededor, aprovechó para decirle al oído secretamente.

-Algunas de estas caras es posible que ya las haya visto antes. Seguro que alguno de estos nobles ciudadanos ha pasado algún que otro rato divertido en alguna taberna de la ciudad, bebiendo, riendo y seguro dejando su impronta en alguna mujer, aunque supongo que disfrazados. Vestidos así no hubieran salido vivos de ninguna de las tabernas que conozco.

-Por supuesto, hijo mío -repuso el rey sonriente-. Son nobles, pero la diversión y el bullicio nos encanta a todos. Muchos de los que ves aquí tiene doble vida. Digamos que por una parte tienen mujeres e hijos y un lugar donde ejercen de padres ejemplares y por la otra..., por la otra están las tabernas de Vende, donde están esperándoles sus amantes haciéndoles olvidar todo lo que tienen en su hogar. Más de uno de los que ves, se han metido en problemas que ellos mismos se han buscado. En sus casas y delante de mí se comportan como nobles, pero allí son auténticos lobos salvajes, así pues, no te fíes de ninguno. Es mi buen consejo.

Y Crotor siguió presentando a la nobleza a Elcor. Cuando acabaron el pesado periplo, cogió una jarra de vino y con un cuchillo pegó unos golpecitos que sirvieron para que le prestasen atención.

-Amigos escuchadme, por favor. ¡Atención! ¡Atención! Tengo reservada otra pequeña sorpresa para todos -el rey alegremente hablaba con los brazos extendidos-. He ordenado que preparen una fiesta de bienvenida en la playa en honor a Elcor al anochecer y estáis todos invitados, incluidas vuestra mujeres e hijos. La fiesta comenzará justo cuando salga la luna y contamos con vuestra presencia. ¡No faltéis!

Se oyeron multitud de aplausos. Esa fue la noble respuesta por parte de un gentío agradecido y más de uno pensó rápidamente en acudir a la cita con sus hijas. Un nuevo e inexperto príncipe era una presa muy succulenta y codiciada por todos.

Al rato, Elcor y Crotor se excusaron saliendo del salón a una salita contigua cansados de tantas presentaciones.

-Hijo mío -le dijo el rey allí-. La fiesta de esta noche es en tu honor y sin embargo creo que no hay nadie que conozcas para sentirte como en casa ¿Desear invitar a alguien? Haré que le vayan a buscar y le vestiremos elegantemente para que no desentone en la fiesta. ¿Te apetecería invitar a alguien?

-Gracias excelencia, me gust...

-No me llames excelencia -interrumpió Crotor -. Aunque no lo parezca, ni lo creas aún, soy tu padre. Si no puedes llamarme así, llámame por mi nombre, por favor. Intenta tutearme también, sé que te puede resultar difícil al principio, pero entre nosotros tiene que haber cierta complicidad. ¿Entiendes?

-Está bien, intentaré recordarlo, gracias. Y ya que lo decís, o lo dices... -recoló-. ¡Sí! Quisiera invitar a la fiesta al capitán Brammkbrest. Con lo poco que he hablado con él,

me ha parecido una persona muy sensata y me he sentido muy a gusto en su compañía y eso que hemos estado poco tiempo juntos.

-Así será hijo, le conozco y es todo un caballero. Entonces, le invitaremos a la fiesta de tu parte. Ahora vayamos a descansar, seguro que con los nervios y la tensión del momento nos vendrá bien. Yo personalmente necesito una buena siesta, tú si quieres puedes hacer lo mismo o bien darte una vuelta por el palacio para ir conociendo mejor tu casa. Haré que venga Cymbal, él te explicará todo lo que quieras saber y cuidará de ti, es la nueva misión que le he encomendado. A partir de ahora será tu sombra. Su conocimiento es amplio en muchas materias además de ser una magnífica persona. Ya lo comprobarás.

Con un "adiós, y hasta la noche", el rey se despidió de Elcor y emprendió el camino hacia sus aposentos.

El nuevo príncipe quedó solo en la salita pensativo. Podía haber optado por invitar a sus amigos y amigas, pero en aquel ambiente tan teatral no le agradaba mucho esa opción y conociéndolos como los conocía, cualquiera de ellos podía perfectamente meter la pata y meterse en un buen lío,

-«Mejor que se queden dónde están, ya les avisaré que estoy bien.» -pensó.

Poco después llegó Cymbal presentándose a sí mismo como su nuevo consejero y completamente a su disposición a partir de ahora. Aunque hablaron largo y tendido, Elcor enseguida empezó a sentirse a gusto con su compañía y le relató su vida y su trabajo en la taberna. Cymbal por su parte le prometió enseñar muchos conocimientos y formas de proceder de la realeza, asegurándole que eso seguro le iba a convertir en un magnífico príncipe de Shámsala. Después de un buen rato disfrutando ambos con los continuos temas que mantenían en las conversaciones, el príncipe recordó la invitación a la fiesta por lo que le solicitó fuese en busca del capitán Brammkbrest para encomendarle una misión. Cymbal salió para cumplir su deseo regresando poco después.

Y siguieron hablando hasta que llamaron a la puerta. El vasnino se levantó y abrió. Un sonriente Brammkbrest desde el mismo lugar dijo cuadrándose:

-¿Su excelencia me ha mandado llamar?

-Bramm, pasa, pasa. Te presento a Cymbal. Cymbal este es Bramm.

Los dos hombres se saludaron cortésmente, aunque ya que se conocían de verse por palacio. Luego quedaron callados en espera de lo que Elcor quería comunicarle a Bramm.

-¿Qué, caballero Bramm? ¿Qué te parecen ahora mis ropajes, sin grasas, y sin suciedad?

-O favorecen enormemente, majestad. Parecéis un auténtico príncipe. Como lo que sois.

-Por favor, no me hables así -la voz de Elcor era sincera-. Sabes de donde he salido y aunque esté aquí, sigo siendo el mismo que quiso robarte la yegua para escaparse, amigo.

-Lo sé, mi príncipe. Vuestra mirada sigue siendo limpia y sincera como entonces. Pero ahora para mí, debéis comprender que ya no sois el simpático tabernero Rod, sino el príncipe Elcor. Posible futuro heredero del reino de Shámsala.

Aquellas últimas palabras sonaron en la mente de Elcor como un auténtico mazazo. ¿Príncipe y heredero? ¡Demonios! No lo había pensado y aquello no le gustaba para nada. Así que se quedó algo traspuesto ante las palabras oídas.

-Bueno, dejemos que el tiempo decida mi camino. Te he mandado llamar porque quiero pedirte un favor, Bramm.

-Lo que ordene, majestad -replicó este con una gran sonrisa.

-¡Bien, vale! Majestad pues. Quiero..., quiero que avises a mis amigos de lo que ha pasado referente a mi persona. Lo del príncipe y todo esto. Quiero decirles que estoy bien -en ese momento Elcor se quedó repentinamente pensativo unos instantes hasta que soltó alegremente-. ¡Mira! Lo he pensado mejor. ¡Qué demonios! Quiero..., vamos a invitarles a la fiesta de esta noche en la playa. Solo espero que sepan tener la lengua bien atada por su bien. De acuerdo Bramm. ¿Podrías avisarles? ¿Podrías hacerme ese favor?

-¡Perfecto, majestad! No lo dudéis y contad con su asistencia.

-También decirte una cosa Bramm. Le he pedido al rey que te invite a ti también y ya aprovecho para solicitarte otro favor. Quisiera que controlases a mis amigos. Esos chicos están acostumbrados a que cuando tienen un poco más de vino en sus estómagos acaban diciendo tonterías y barbaridades sin importarles quién esté delante. Solamente es eso. ¿Los cuidarás por mí?

-Muy bien, majestad. Haré encantado todo lo que me pedís. Estad tranquilo.

-Cymbal -solicitó Elcor-. acercarme por favor, papel, pluma y tinta.

En un trozo de pergamino el príncipe escribió algunas direcciones y se lo entregó a Bramm que poco después salía de la salita con trabajo a realizar. Solo comentó antes de cerrar la puerta:

-Majestad, nos veremos esta noche y estad tranquilo por vuestros amigos, los habéis dejado en muy buenas manos.

Salió y cerró tras de sí. A solas con Cymbal, Elcor le pidió que le mostrara el palacio. El vasnino era una persona dotada de gran personalidad, rondaba una edad de unos cuarenta años arriba-abajo, con ágiles andares y lengua más ágil todavía. Elcor también descubrió que su consejero era conocedor de muchas artes además de poseer sobrada cultura; sobre todo en defensa personal como aquella misma noche iba a descubrir. Su presencia le reconfortaba.

Empezaron por la cocina y los grandes salones, luego fueron subiendo por los diferentes pisos, pasearon por las murallas observando la gran ciudad, vieron las caballerizas. Cymbal iba enseñándoles prácticamente todos los recintos, explicándole qué se hacía allí, o en qué se trabajaba, presentándole a las personas del lugar, criados, lacayos, esclavos, mozos de cuadras, herreros.

Repentinamente, Elcor le solicitó por favor, le llevase a la gran torre puesto que deseaba ver donde había vivido los últimos años su madre, la reina Ganvard.

-Majestad, puedo llevaros allí ahora mismo si lo deseáis -respondió Cymbal cortésmente-. Pero no os hará ningún bien ver aquello, más bien todo lo contrario..., os hará sufrir sin necesidad. Dejad que pase un tiempo prudencial e iros acostumbrando a la vida en el palacio. Al paso de los días yo mismo os guiaré hasta allá arriba. Tiempo al tiempo, mi príncipe. Haced caso a mi consejo, por favor.

Las palabras de Cymbal le convencieron y siguieron visitando las diferentes estancias del palacio. Al cabo de unas horas y cansado de tanto andar, el nuevo príncipe le pidió que le llevase a sus aposentos; necesitaba descansar un poco antes de la fiesta.

Una vez dentro, se tumbó encima de la cama y antes siquiera de poder pensar en algo de lo sucedido aquel día, cayó rendido por la tensión en el regazo de una profundísima siesta.

A su hora muy puntuales, los criados avisaron a Elcor con el fin de ayudarlo a prepararse para su gran momento, la fiesta de bienvenida en la playa. Después de un buen rato eligiendo la ropa que más le gustaba, le acicalaron de arriba abajo aconsejándole sobre qué llevar. Bajó al salón y allí estaba su padre el rey departiendo con los vasninos haciendo tiempo para esperarle. Montaron en un espléndido carruaje de color blanco tirado por ocho caballos y partieron rumbo a la playa seguidos muy de cerca por Cymbal, Xara y un nutrido grupo de escoltas.

Llegaron justo cuando la luna empezaba a mostrarse y Elcor no se podía creer lo que estaba viendo. Magníficas carpas se habían levantado en la playa y diversas fogatas se estaban prendiendo para asar los alimentos que se iban a degustar. Las antorchas dispuestas a lo largo de esta daban al lugar un aspecto realmente mágico. Grandes estandartes y banderas con el escudo de armas Vaalam de Shámsala, se podían ver por doquier. Tres escenarios se habían preparado, uno con músicos, otro con mimos y bufones y un tercero con atletas, artistas malabares y gente de circo. La playa estaba totalmente acordonada por soldados que no dejaban entrar en ella a los plebeyos, ni a la chusma que llevaban demasiada curiosidad en sus caras. Estos se acercaban hacia el ajetreo real intentando disimular y mintiendo a los soldados asegurando que no iban a intentar pasar el cordón de seguridad.

Las carpas estaban ya ocupadas por toda la nobleza con sus familiares. Multitud que al verlos bajar del carruaje real rompieron a aplaudir rabiosamente a su rey y al nuevo príncipe.

Así, y entre tanto aplauso ambos se dirigieron a una de las carpas. En el lugar Crotor después de dirigir unas pocas palabras a los presentes, dio su conformidad para iniciar la fiesta.

Jarras de vino y cerveza volaban desde los toneles hasta las mesas casi sin dar tiempo a los pobres lacayos a llenarlas de nuevo. Lo mismo ocurría con la comida, estas llegaban desde las brasas a las bandejas y desaparecían repentinamente entre risas y jolgorio. Todo ello aderezado continuamente por una alegre música que sonaba sin parar.

Al rato, el emperador se fue a reunir con sus allegados dejando solo a Elcor que repartía sonrisas y “es un placer” a todos los que se acercaban a él, aunque más que para saludarle, lo hacían para examinarle y ver qué posibilidad tenían de meter mano a la corona a través de sus hijas. Aquella noche recibió guiños de infinidad de ninfas y supuestas vírgenes deseosas de ser rodeadas con sus robustos brazos, pero lo que le hizo darse vuelta repentinamente fue el abrazo de oso que recibió por detrás y que casi le tira al suelo.

-¡Demonios! –solo acertó a decir según se giraba...

Y allí estaban sus amigos junto a un capitán Bramm sonriente. Hasta la misma Ágatha había venido, por lo visto no se quería perder aquel impresionante espectáculo.

-No he podido atarles todo lo que he querido –dijo Bramm alegre-. Son muy peligrosos y tengo que andar con pies de plomo con ellos.

-¿Pero quién te ha visto y quién te ve Rod? –gritó Rimas con su vozarrón.

-Pasadme más vino –añadió Parso con una copa ya vacía en su mano.

-Rod, por mis barbas. ¿Pero qué te han hecho? –preguntó Betrenice aturdido por el alcohol.

-¡Por favor! ¡Por favor! –intentó aplacarles Bramm separándoles un poco de Elcor -. No se puede tratar así al príncipe. Os lo he dicho y pedido por favor. Ahora no es Rod, ni nada de eso. Es Elcor..., Elcor Vaalam de Shámsala. ¡Es un príncipe del reino!

-¡Calla, bobo! Es Rod y es amigo nuestro. Rod ven aquí y celebrémoslo. –gritó Leen intentó pasar a través de Bramm, aunque no consiguió moverle ni un ápice.

Se vislumbraba que el capitán se estaba poniendo algo nervioso respecto a la misión de cuidar de los amigos del anterior tabernero. Con sus potentes vozarrones y sin importarles quien o quienes estuviesen de por medio, estaban ya empezando a hacerse notar. No se podía tratar a un príncipe con descaro u osadía y los cercanos nobles con sus familiares observaban la situación sonriendo atrevidamente.

Viendo lo que se podía avecinar, Elcor salió en ayuda del agobiado militar.

-Tranquilo Bramm, yo me ocupo de esto -dijo intentando apaciguar un poco a los descomedidos invitados-. Vamos a ver. Os relajáis un poco o mando ahora mismo que os devuelvan a vuestras casas antes de que me dejéis en ridículo con vuestro inadecuado comportamiento. Vosotros elegís..., y si elegís lo segundo, vosotros os lo perderéis, ¿De acuerdo?

Tras meditar un poco qué contestar, Sixto fue el primero que habló.

-Rod, o mejor dicho... Elcor. Reconoce que todo esto ha sido para nosotros una increíble sorpresa al enterarnos por el capitán Bramches..., Brandes..., o Bramm lo que sea.

-Brammkbrest, caballero -puntualizó este a su lado-. Mi nombre es Brammkbrest.

-Bueno, pues eso, ¡Brammkbrest! Ha sido increíble enterarnos como digo de lo que te ha sucedido. Estábamos muy preocupados por ti y creía...

-Pensábamos que te había ocurrido algo terrible y que... -intentó hablar Balco.

-¡Chitón! -le atajó Sixto cortante-. ¡Déjame terminar o vete a casarte ya!

Ante las sonrientes caras Balco optó por cerrar su boca, ya tendría más oportunidades más adelante.

-Como te digo..., Rod para nosotros y Elcor para estos nobles de nuestro alrededor. Creíamos que ibas a quedarte de por vida en las mazmorras y no sabíamos qué hacer, ni cómo ayudarte. Te puedes imaginar lo que pensamos cuando vimos aparecer de nuevo al Bramm este "Noséqué", cerca de nuestras casas.

-Amigos -respondió el príncipe-. En otro momento os contaré como ha sucedido esto tan, tan increíble, creo que ahora es tiempo para la diversión. ¡Por favor! Celebremos mi nombramiento de príncipe -y dando un codazo a Sixto le guiñó un ojo agregando-. ¡Y bebamos! ¡Bebamos todos juntos, por nosotros y por los viejos tiempos!

El choque de jarras volvió a sonar con gran estruendo y Betrenice volvió a tirar la mitad de su cerveza por el suelo otra vez, todo ello acompañado de un juramento que hizo palidecer a una dama de alta alcurnia que le observaba. Ágatha haciéndose paso entre ellos y se acercó a Elcor con una mirada muy cautivadora. Con sus carnosos labios rozándole la oreja le dijo en un suave y sensual susurro:

-Rod. Para mí siempre serás Rod, y esta noche puedo hacerte más feliz que nunca si lo deseas. Digamos que en honor a los viejos tiempos. No estaría de más que me poseyeras, Rod. Lo necesito más que nunca. Hazme tuya de una vez ¡Demonios!

Pero como el alcohol también fluía por sus venas, el susurro no fue tal y todos lo oyeron, desembocando un torrente general de risas que parecía no tener fin.

-¡Sois unos idiotas! ¡Unos verdaderos majaderos! -añadió Ágatha presa de cierta rabia y vergüenza- ¡Id y que os la trabaje alguna de estas richonas! ¡Simplones!

Dio media vuelta y agarrándose torpemente al brazo del primer ser que pasaba cerca, se fue con él no se sabe dónde.

-Como no la cuidemos, chicos, va a tener algún problema por aquí y va a acabar mal -dijo Leen viéndola partir.

Todos asintieron y un par de ellos fueron en su pos para traerla de nuevo al redil.

La noche siguió transcurriendo agradablemente mientras las atracciones de los escenarios atraían a muchos observadores, incluso animándolos a participar en ellas. En

un momento dado, entre todo el alboroto que se había formado en la playa, el sonido alto y fuerte de un gong resonó con gran estruendo.

-¿Qué será eso? -preguntó Elcor.

Bramm, que se hallaba más atento a Ágatha que a todos los demás, contestó sin mucha intención.

-Es el inicio de los tres juegos que ha preparado vuestro padre en vuestro honor, mi príncipe.

-Juegos, ¿Qué tipo de juegos? -quiso saber Parso- ¿Podemos participar?

-Por supuesto que podéis, pero posiblemente hagáis el ridículo. Quienes vais a tener enfrente son huesos duros de roer.

-¿De qué se trata Bramm? -Elcor un poco poseído por los fluidos vinícolas, hablaba con cierta voz pastosa-. ¡Quiero participar!

-Os ruego que no lo hagáis, mi príncipe -repuso más serio el capitán-. En unos juegos nos sois alguien de la realeza sino un contrincante más y es ahí si quieren, donde pueden haceros daño con total impunidad. Pensadlo bien, por favor.

-Eso, tú te quedas aquí y nosotros participamos -repuso Leen.

- ¿Pero de qué tipos de juego se trata, Bramm? -Elcor preguntó aun pensando en participar.

-El primero es tiro con arco. Se ponen arcos y flechas de distintos colores encima de una mesa delante de los tiradores, cada jugador tiene un color con el que dispara. A cierta distancia se sueltan unas liebres que huirán rápidamente. Se trata de que cada jugador tiene que acertar a una liebre, el último que acierte se elimina. Luego se vuelve a empezar con los jugadores que quedan, pero ahora se sueltan las liebres más lejos y otra vez el último es eliminado. Así, hasta el final en que quede solamente un ganador. Únicamente se pueden apuntar diez arqueros en este juego príncipe y debo deciros que tenéis el privilegio de poder concursar o elegir quién lo haga por vos. El premio es una recompensa bastante jugosa otorgada por vuestro padre, el rey.

-El segundo juego es una lucha contra Cymbal o Xara. Cinco luchadores contra cada uno de ellos, pero de uno en uno. Si alguien consigue que besen el suelo será recompensado gratamente también por vuestro padre, pero..., ¿quién es el valiente que se atreve a batirse con un vasinio? Lo mismo que con el arco, podéis elegir a uno de vuestros amigos si deseáis que os represente. Puede ser combate sin armas o bien con estas acolchadas para no infringir ningún daño real y lo mismo que el primer juego, la recompensa es ofrecida también por vuestro padre.

-¡Vaya! Pues esa recompensa no me vendría en absoluto mal -pensó en voz alta Parso.

-Y finalmente en el tercer juego solo pueden participar mujeres -dijo misteriosamente Bramm.

-¿Mujeres? ¿Qué tengo que hacer? -preguntó Ágatha a la que ya habían traído de nuevo al grupo-. Quiero participar ¡Apúntame ya mismo!

-Ágatha, todavía no sabes de qué se trata y... ¿quieres participar? -le preguntó Bramm mirándola afectuosamente -. Diría que el vino aún te tiene en su reino.

-Sí, Bramm. ¡Sí! Quiero participar. ¡Corre y apúntame de parte de Rod!

-¡Espera! Primero, ¿no quieres saber de qué se trata?

-¿Pues qué demonios es? ¿Qué tengo que hacer? --dijo la fémina con ojos relucientes.

-Se trata de un combate entre diez mujeres armadas únicamente con largas escobas.

El ceño de Ágatha cambió rápidamente y a no muy buen talante.

-¡Machismo puro! ¡Mierda de hombres! ¿Qué se habrán creído estos?

-Aunque a fin y al cabo un entretenimiento más y siempre eres libre de participar o no. Además..., su recompensa anima a muchas mujeres a entrar en el juego.

-¿Recompensa? ¿Qué recompensa? – preguntó Betrenice.

-Primero dejadme decirle a Ágatha algo importante –se volvió hacia ella hablándola cariñosamente-. ¡No hay reglas! ¿Entiendes lo que quiero decir? No hay reglas una vez hayas traspasado y accedido al rombo donde se combate. Es muy peligroso para cualquiera de las que entren, la codicia de la recompensa les hace comportarse como verdaderas bestias.

Ágatha asentía con la cabeza aún impregnada por ciertos vahos de alcohol haciendo efecto, pero quedaba claro por su mirada que iba a participar de todas formas. Lo tenía decido ya de antemano..., sí o sí.

Bramm seguía hablando:

-Luego está lo que le ocurre a la ganadora. La ganadora... –mantuvo un silencio para dar más tensión a sus palabras-. la ganadora... –y volvió a mirarlos a todos-. la gana...

-¡Suéltalo ya! ¿Qué pasa con la ganadora, Bramm? –y ahora era el mismo príncipe Elcor quien quería una respuesta urgente-. ¡Venga!

-¡Perdón, majestad! La ganadora tiene derecho a elegir al hombre que quiera para pasar el resto de la velada y luego dormir en palacio acompañada por él en una de las reales habitaciones especialmente dispuesta para la ocasión. El hombre al que toque con su escoba no tiene ningún derecho, solo la obligación de ir con ella y agradecerla en todo lo que la mujer decida, no puede rehusar la cita. Nadie puede sentirse ofendido de la decisión de su elección y cuando se dice nadie, se dice su marido, su novio, su amante o cualquier miembro de su familia. Así que no puede ser acusada de adulterio, ni de nada de nada.

-¡No tendré la suerte de que me toquen a mí con esa escoba! –vociferó Betrenice.

Sin hacerle caso Bramm siguió a lo suyo.

-También advertiros, príncipe, de que antes que empiece este juego tenéis una salida. Antes que empiece el combate podéis salir de la playa y así no tendrá quien gane opción alguna de elegirlos. Pensad que seguramente seréis el más deseado por todas las mujeres. Una vez comience el juego uno de los que se queden en esta playa será el elegido, solo una persona no entra él, su majestad el rey Crotor. Pero tanto, vos príncipe, como vosotros, si no huis ahora –y esto lo dijo mirando a los amigos con cierta sorna-. Sabed que estáis dentro de las posibilidades. ¡Suerte o cuidado entonces!

El gong volvió a sonar avisando que iba a empezar en breve el primero de los juegos. Con celeridad hablaron entre todos y eligieron a Parso como arquero representante de Elcor.

Desde muy joven, este había aprendido el arte de la cetrería y la caza. Armado solamente con su viejo arco, muchas veces olvidaba la noción del tiempo perdiéndose en las profundidades del bosque en busca de presas. Solía utilizar un azor amaestrado para atrapar las aves, pero para presas terrenales, simplemente se servía de su arco y se podía decir que su mesa acababa a menudo bien abastecida. Así que, sin más demora, Bramm le apuntó como representante de Elcor.

Instantes después los diez arqueros se situaron detrás de una larga mesa. Delante de ellos reposaban los arcos y las flechas de colores esperando ser utilizados. Más allá se encontraban unas cajas con unas trampillas que se abrían tirando de finas cuerdas y de las cuales iban a salir corriendo, unas liebres por la playa sobre un sendero iluminado por un sin fin de antorchas.

-¡Atención señorías! ¿Están preparados? -dijo un personaje que simulaba ser el juez de la contienda.

Mucha gente, siempre por detrás de los concursantes por si acaso, se acercaba poco a poco para poder disfrutar del juego. Las apuestas estaban al orden de la noche.

Repentinamente el gong resonó, se tiró de las cuerdas y diez liebres salieron como poseídas por el diablo en dirección opuesta a los concursantes.

Las flechas surcaron el cielo y seis de ellas sucumbieron casi al instante.

Parso dejó su arco encima de la mesa y dijo orgullosamente:

-¡Bah! ¡Qué tontería! Lo podía haber hecho con los ojos cerrados. ¡Fácil!

Poco tiempo después un jugador quedaba eliminado y el juego continuaba.

En cada ronda se reponían las flechas y hasta la quinta todo le fue bien, pero a partir de aquí Parso se percató que necesitaba más de una flecha para acertarlas. Con la rapidez de las liebres y la distancia a las que estas se encontraban, atinarlas se volvía bastante complicado. Lo resolvió con la octava flecha consiguiendo acceder a la siguiente ronda donde ya solo quedaban cuatro arqueros contrincantes.

Y poco después quedaba él y dos arqueros más.

Volvió a sonar el gong y tres flechas salieron disparadas, ninguna acertó por lo que volvieron a armar los arcos y esta vez dos liebres cayeron mortalmente heridas.

La de Parso, su contrincante y uno menos en el juego.

-¡Gong!

Empezó disparando con endiablada facilidad, percatándose de que a su contrincante tampoco se le daba nada mal el tema. De vez en cuando una mirada de reojo le servía para saber si seguía adelante en el juego o no. Disparaban los dos y seguían haciéndolo sin parar. Las liebres corrían, se detenían, incluso a veces volvían sobre sus pasos, parecían endemoniadas. Diríase que habían comprendido que su vida estaba en juego y no estaban dispuestas a facilitar la gloria a los arqueros. De repente otra liebre cayó y un Parso malhumorado tiró de malas formas el arco encima de la mesa. Únicamente dijo refiriéndose a su rival de baja estatura:

- ¡Vaya con el enano este! Menuda suerte has tenido con el tiro.

Lo de siempre..., el alcohol les impedía cerrar la boca a tiempo. Su rival ofendido en extremo se despojó de la túnica que llevaba para resguardarse del frío nocturno y le enseñó sus ropas militares ocultas. Diversas condecoraciones además de enseñas venían a decir que no era un enano, aunque efectivamente no era muy alto. Era más bien el ridish general Prislén y lo único que llegó a contestarle fue:

-Señor, deberíais saber contener vuestra lengua mucho mejor si no queréis enfermar rápidamente. Dad gracias a vuestro dios del día que es hoy y que representáis a nuestro nuevo príncipe. No quiero manchar la playa en esta ocasión con vuestra innoble sangre, pero sabed que no olvidaré este basto insulto que habéis cometido hacia mi persona. Os advierto que a partir de hoy pidáis al cielo no cruzaros de nuevo en el camino.

Parso pálido como la leche, volvió como pudo hacia sus amigos que le recibieron con un merecido aplauso por llegar hasta donde había llegado. Cuando se serenó, les contó lo ocurrido y Bramm le previno:

-Parso, debéis tener mucho cuidado a partir de ahora. Quizás no debiera decirlo siendo capitán como soy, pero el ridish general Prislén no es trigo que se diga muy limpio. Cuidad vuestras espaldas mejor durante una temporada, por favor.

El pesar se hacía evidente en su cara, así que Ágatha para animarle un poco le agarró del cuello y antes de darle un suave beso en la boca, le dijo:

-Ven aquí que te voy a hacer olvidar a ese enanito durante un ratito. ¡Ven mi niño! ¡Ven con mamá!

Las risas y los festejos continuaron y al rato nadie recordaba lo que había pasado recientemente. Ellos estaban a lo suyo, olvidándose completamente del militar ofendido que a cierta distancia les observaba disimuladamente.

El segundo concurso iba a comenzar no tardando mucho. Cymbal y Xara se estaban despojando de su ropa de cintura para arriba encima de un escenario que se había construido para la ocasión y al que se accedía por unas pequeñas escaleras que había a cada lado de este. Con total tranquilidad los vasininos quedaron solamente ataviados con unos ceñidos pantalones, ya que para esta ocasión no llevaban su vestimenta vasinina.

-A uno de estos lo tumbo en menos que canta un gallo. -reconoció Betrenice arrogante más borracho que sobrio-. Apúntame de parte de Elcor, amigo Bramm. Quiero participar y ser el primero, no vaya a ser que alguien se adelante y me quite el premio.

-No es tan fácil como parece, Betrenice -contestó Bramm-. ¿Te has encontrado cara a cara alguna vez con un vasinino?

-No. ¿Por qué?

-Entonces, te hago una apuesta. ¿Si pierdes dejas de beber por toda esta noche y si ganas, yo mismo te llevaré donde quieras un tonel del vino para ti y tus amigos ¿Hace? Y por supuesto corre de mi cuenta.

-Venga acepta, Betrenice. -recomendó Rimas con una gran sonrisa y ojos vidriosos-. Con un tonel tenemos para una buena semana, si no quieres aceptar la apuesta tú, subo yo y les doy a esos dos.

Pero antes que se anticipara su amigo, Betrenice alargó la mano estrechando la de Bramm relamiéndose del vino que iba a disfrutar en su casa.

-¡Hecho! Ya puedes ir a por mí tonel y a apuntarme. -dijo mirando al escenario que estaba listo y preparado para que empezase el segundo de los juegos.

Cymbal y Xara pelearían por turnos, esperando que les fueran llegando oponentes para luego bajarles sin ningún tipo de contemplaciones. Una vez los valientes para muchos (aunque idiotas en realidad), subían al escenario, empezaba la pelea sin más y sin ningún tipo de reglas. Quien cayese perdía, así de simple. El primero de ellos en combatir era Xara que ya esperaba a su primera e inocente víctima. En sus ojos se podía apreciar que no había ningún tipo de temor, sino más bien diversión.

Se oyó un "gong" y musculoso hombre subió los escalones de dos en dos demostrando agilidad sin límites. Se saludaron y este sin terciar palabra intentó demoler a Xara de un puñetazo directo al mentón, pero sin ninguna explicación lógica encontró la nada ahí donde antes estaba una cara. También antes de darse cuenta, se vio fuera del escenario volando por los aires y con un prominente chichón en su cabeza. Cuando cayó en la arena no sabía que diantres le había pasado y golpeado.

-¡Estaba ahí! ¡Lo juro! -dijo con cierta vergüenza y una mirada perdida hacia unas sonrientes damas que observándole intentaban disimular unas risas-. Lo tenía completamente a mi merced..., completamente.

Mientras Xara bajaba del escenario los aplausos de los asistentes le acompañaban, ya abajo y antes de subir Cymbal le comentó:

-Ha sido rápido. ¿No crees?

-¡Ya! He querido disfrutar un poco con el amigo, pero se fue sin despedirse. Así, tan de repente y es que no duran nada. ¿A ver qué tal se te da a ti? ¡Suerte! Aunque sé que no la necesitas.

-Gracias. Veamos quién es el siguiente.

-¿Estás seguro de lo que vas a hacer, Betrenice? -la pregunta de Bramm iba cargada de sorna-. No merece la pena que por un poco de vino estés una temporada con dolor de cabeza, amigo.

-Te he dicho que vayas a por el tonel. ¡Ya! -contestó el valiente luchador a la vez que se daba prisa por llegar allí donde le iban a romper la cara.

Los amigos le miraban entre risas y dudas., Ágatha parecía un poco apenada con lo que le podía pasarle, aun así, le dijo a Elcor:

-¡Madre mía! Rod. Le tengo que dar mimos a Parso para que se olvide del militar y ahora..., ¿es que ahora va a pasar lo mismo con Betrenice? ¿No se da cuenta que es un vasnino? Es una tontería creer que va a ganar.

-Tranquila, Ágatha -Elcor parecía más sereno que ella-. Betrenice tiene músculos hasta en el pelo. No le va a resultar tan fácil a Cymbal ganarle y como se descuide igual sale volando. Tranquila, veamos lo que sucede.

Betrenice subió a la tarima y ambos se saludaron cortésmente, luego se separaron colocándose a cierta distancia y el combate se inició. Betrenice intentó agarrarle en diferentes ocasiones, pero Cymbal conseguía quitárselo de encima fácilmente. No atacaba, se defendía analizando a su oponente. Poco después sin más y repentinamente, el vasnino puso sus manos a lo largo de su cuerpo esperando. En cuanto le vio de esta forma, Betrenice atacó abrazándole entre sus brazos como un oso empezando a estrujarle. Fuerte, más fuerte, mucho más fuerte, aunque Cymbal parecía que no sufría. El abrazo del oso no le hacía vibrar lo más mínimo y en la frente de Betrenice empezaban a aparecer gotitas de sudor. Intentó coger aire para hacer otra presión más en su abrazo, más repentinamente Cymbal desapareció de su vista, como si nada. Se fue hacia abajo entre sus brazos y un dolor atroz se inició en sus partes nobles que fue abarcándole por todo el cuerpo. No pudo hacer otra cosa más que doblarse y tirarse al suelo chillando de dolor. Luego notó como alguien le cogía por el cuello, lo levantaba y lo tiraba fuera del escenario. Sabía quién era, pero no le apetecía mirar de lo dolorido que tenía sus ahora sonrojados atributos.

Retorciéndose en la arena y agarrándolos con sumo amor protegiéndolos contra cualquier otra eventualidad, gritó a un Cymbal que le miraba sonriente desde arriba:

-¡Ayl! ¡Me has roto mis partes! No ha sido un combate justo.

-¡Venga ánimo! Y dame esa mano -dijo entre risas Bramm ayudándole a levantarse. Luego mirando hacia los demás dijo-. Y un poco de agua para el muchacho, por favor, que hay que enfriar esa zona.

Y aunque dolorido o no, no pudo menos que sonreír ante la gracia de Bramm. En el fondo, aquellos eran buenos hombres que no tenían ningún tipo de maldad en sus simples corazones. Simples como la vida misma y a más no poder.

Las peleas fueron transcurriendo una tras otra y los oponentes tardaban más en subir los escalones que en mantenerse de pie en el escenario. Había quien duraba un poco más, pero solo eso... un poco más. Ya los últimos valientes que se habían apuntado y viendo la que se les avecinaba, se iban haciendo un poco más los remolones. También hubo que darles algún que otro empujón para ayudarles a subir entre gritos de..., "Cobaaarde", "Vete a casa con mamá" y otras frases de igual animosidad. El vino y el alcohol hacían perder la cabeza y en este caso la lengua a más de uno que animaba o volaba fuera del escenario con un par de dientes menos.

Ya el último que se había apuntado viendo sus posibilidades y la que se le venía encima, salió huyendo como alma que lleva el diablo. Echó a correr repentinamente sin más.

-¡Mirad, mirad allí!, ¿No es aquel mi valiente oponente? -señaló desde el escenario Cymbal.

Observaron al pobre desgraciado correr por la playa perdiéndose en la noche.

-¡Bien! Hay una vacante -vociferó Xara desde la arena-. ¿Alguien más desea subir?

Todos los que se encontraban a su alrededor se miraron los unos a los otros con la esperanza de que un valiente idiota subiese a darle a aquel vasnino una buena paliza.

Pero nadie osó mostrar su valía y allí acabó el segundo de los juegos.

Así que solo quedaba el turno de Ágatha quién le había pedido una vez más a Bramm la fuese a apuntar como representante de Elcor para la pelea de escobas. Cuando este volvió de hacerlo, todos seguían intentándola convencer que se olvidase del juego, pero ella estaba decidida a participar, tenía bien claro que quería ganar y vivir una noche de pasión en el mismo palacio. Aquella oferta era un cebo muy apetitoso para Ágatha y las demás mujeres.

-¿Estás segura de lo que quieres hacer? -le preguntó Elcor-. Te vas a encontrar con auténticas leonas que no les va a importar romperte la cara con tal de ganar.

-¡Sí! Lo tengo decidido y la que se me acerque... -levantó el puño amenazadoramente- no sabe bien con quién se las va a gastar.

El ceño de sus amigos allí reunidos no hacía presagiar nada bueno para Ágatha, pero cuando a ella se le metía algo entre ceja y ceja, lo mejor era mantenerse al margen y dejarla actuar. Por si acaso, había dejado de beber y parecía estar ahora mucho más serena.

-Ágatha, cuídate por todos los lados -aconsejo Bramm-. Sois diez mujeres, todas contra todas. Pueden venirme palos de cualquier lado. Si miras a la derecha puede aparecerte por la izquierda, si miras adelante, puede ser por detrás. Ten...

-¡Ay! Bramm, Bramm, Bramm. Que bien me cuidas con lo poco que me conoces -dijo ella agarrándoles el papo cariñosamente-. ¿No sé? ¿No sé qué voy a hacer contigo?

-Y recuerda, que ya que no puedo convencerte de que lo dejes y abandones..., recuerda que no puedes en ningún momento tocar las cuerdas. Quedarías eliminada en el acto.

-Mira lo que me ha pasado a mí -advirtió Betrenice que poco a poco conseguía estirarse un poco más-. Creí que no me iba a durar nada y el que no duró nada fui yo. No te fíes y ojo con todo.

El gong sonó de nuevo y el grupo de chicas, mujeres y otras ya entradas en carnes se dirigieron al lugar del evento, ansiando ganar el succulento premio.

Se había dispuesto en la arena un gran rombo solamente delimitado por cuerdas que estaban tiradas en la misma arena. Quién tocase estas cuerdas o las traspasase quedaba automáticamente eliminada.

La muchedumbre aclamó entre aplausos y alegrías a las diez féminas que se adentraron en el rombo portando todas ellas una escoba como arma. Cada una se dirigió a una zona y cuando estuvieron todas listas, sonó la voz de juez.

-¿Preparadas?

Y cuando todas contestaron afirmativamente el gong sonó de nuevo.

El juego había empezado.

Las más fornidas arremetieron contra las que parecían más apocadas y las más audaces contra las más indecisas. El chocar de escobas contra escobas, o mejor dicho de escobas contra cuerpos y cabezas hizo que más de una dama de las que presenciaban aquel desaguizado, se girase hacia otro lado para no ver lo que sucedía en la arena.

Ágatha consiguió librarse fácilmente de su oponente haciendo una defensa perfecta con su "arma", y luego contraatacó con la punta de esta haciendo que colisionase directamente en la barbilla de su enemiga. La desafortunada cayó en la arena cuan larga era instantáneamente desvanecida.

Sin poder remediarlo, Ágatha la observó con cierta ternura.

-«¡Pobre mujer!» -pensó cuando de repente sintió en medio de su espalda un escozor que la hizo doblarse de rodillas. La habían atacado por detrás y a traición. Cayó cerca de una cuerda límite, pero según caía giró y vio que su enemiga levantaba la escoba con ambas manos para darle el golpe de gracia y la verdad que esta no parecía muy ágil. Rápidamente y por inercia, lanzó su escoba haciendo un amplio abanico hacia la pantorrilla de su enemiga que al sentir el golpe dejó caer su arma y con sus manos fue a tocarse la zona dolorida. Qué decir, el momento perfecto y bien aprovechado por Ágatha para simplemente empujarla con su escoba hacia atrás. Hacia las cuerdas. Dos menos.

Miró a su alrededor, sus amigos la animaban entre gritos y alaridos mientras la gente hacía lo mismo con sus Amazonas amigas. Todos animaban intentando que sus voces sonaran por encima de la de los demás, era una auténtica locura. Lo único que se conseguía distinguir era una vorágine de gritos que podía hacer estallar de dolor las cabezas, mientras las combatientes seguían a lo suyo sin prestar demasiada atención a los bestiales alaridos del personal.

Al poco tiempo quedaron solo cuatro en pie. Sus enemigas habían despachado a otras tantas enemigas y Ágatha se enfrentó cara a cara a una de ellas, mientras las otras dos hacían lo mismo. Dos combates mano a mano y ahora había que tomárselo más tranquilamente. Miró a la cara de su enemiga que le sacaba una cabeza y de peso..., mejor no digamos, demostrando además gran agilidad en sus formas y estilo.

Su contrincante lanzó entonces un "escobazo" tan fuerte que lo único pudo hacer Ágatha fue poner la escoba por delante intentándolo parar. El resultado fue que su defensa se partió en dos. Ahora no disponía de escoba, pero tenía dos palos que seguro harían daño también, pensó. Sabía que solo debía mantenerse lúcida y meditar como seguir esquivaba los golpes.

-¿Que vas a hacer ahora con esos dos palitos, ricura? -preguntó su adversaria-. ¿No lo sabes, cariño? Te puedo dar una idea si quieres. ¡Te los voy a meter por el culo! -gritó atacando.

Pero Ágatha lista, retrocedió librándose del golpe a la vez que respiraba fuerte y velozmente presa del cansancio que estaba empezando a hacer mella en ella. No estaba en absoluto acostumbrada a peleas, ni lides parecidas.

-Venga, niñita. Ven con mamá que quiere que duermas un ratito y no la molestes más -volvió a decir la voluminosa oponente-. Anda ven aquí y no seas mala.

Las mujeres se miraban con ojos enrabiados y más allá se podía apreciar que las otras dos rivales intentaban también desmoronarse entre ellas.

-Me estas empezando a cansar, imbécil de mierda, ¡Palurda! Te voy a...

Según hablaba Ágatha le lanzó el palo de la escoba que tenía en su mano izquierda directamente a la cabeza, está a modo de protección intentó desviarlo con su escoba dejando libre la parte derecha de su cara. No lo vio, solo lo sintió un instante antes de caer como un trapo viejo en la arena totalmente desvanecida. Ágatha con todas sus fuerzas, le había dado con lo que le quedaba de su escoba en la otra mano, un directo en plena sien

-¡Y ahora, vete tú a descansar! ¡Payasa! -le espetó tranquilamente mirando el otro combate.

Viendo el combate restante Ágatha pensó que contra más luchasen, más se iban a cansar y eso era mejor para ella. Así que se sentó en la arena intentado descubrir el punto débil de su futura oponente.

La otra lid llegó a su fin con una ganadora que nada más acabar se acercó diciéndole:

-Amiga, solo quedamos dos. Tú sin escoba y yo cansada a reventar -su voz y maneras eran el de una persona honesta-. ¿Qué te parece si me dejas descansar un rato y a cambio te permito que cojas la escoba de tu rival? Que por cierto veo que está bien dormidita.

-Me parece correcto -respondió Ágatha tras analizar palabras y contrincante-. Descansemos un rato antes de proseguir y luego cuando tú digas empezamos. ¡De acuerdo, entonces! ¡Escoba y descanso!

La amazona se acercó y se sentó también en el suelo.

-Es un placer -se presentó-. Me llamo Amadia. ¿Y tú?

-Soy Ágatha. Lo mismo digo.

-¿Ya tienes fichado a tu amor para esta noche?

-Sí, aunque no sé si él se lo puede imaginar. -aquí Ágatha bajó la voz-. Es muy guapo. ¿Sabes? ¿Tú... tú ya tienes elegida a tu "víctima"?

-No, pero oyéndote me lo tienes que presentar -contestó picaronamente-. Aunque estaba pensando en el nuevo príncipe Elcor. Tiene planta y una mirada bastante aceptable para el ganado que hay esta noche por aquí -las dos mujeres sonrieron-. ¿Me pregunto de donde habrá salido? Soy curiosa a más no poder y posiblemente ganando ese sería mi trofeo. ¿No sé? Aunque primero tengo que llegar hasta el fin, luego en todo caso ya elegiré tranquilamente.

-La verdad es que no me apetece nada combatir contigo, pareces una buena persona -dijo Ágatha hablando desde su corazón.

-Pero si no nos conocemos apenas -se sorprendió Amadia-. Nos estamos viendo ahora por primera vez.

-Con echar un vistazo me basta para saber cómo son las personas. Donde trabajo tengo que averiguarlo rápidamente si no quiero acabar mal. Tu forma de empezar a hablar conmigo, tu rechazo a intentar ganarme viendo que no tengo escoba, la tranquilidad de tu ser y de tus movimientos. Diría que parece que hasta no te importa ganar en absoluto. Es la suma de un poco de todo lo que me hace pensar así ¿Me entiendes?

-Te entiendo perfectamente, Ágatha. Veo que captas enseguida lo que ocurre a tu alrededor. Por supuesto que quisiera ganar, pero no sé si estaría dispuesta a pagar el precio del premio, ya que para mí no es un premio. Estaba aburrída con nobles alcorcoques a mi alrededor hablando todo el rato de historias caballerescas inventadas, por eso he preferido desaparecer ante sus narices antes de seguir soportándoles más. Ha sido simplemente..., una huida enmascarada.

Las dos mujeres rieron, más allá de las cuerdas empezaban a oírse algún que otro pitido impaciente.

-¡Bah! No les hagas caso -Ágatha miraba a su alrededor-. Estos lo único que quieren es ver es como nos pateamos el culo y si hay sangre a base de escobazos, mejor que mejor. Son unos auténticos majaderos, ¡ni caso!

-Sí, lo malo es que tenemos que seguir y cuanto antes acabemos mejor que mejor -repuso Amadia que mirando al gentío empezó a levantarse diciendo-. ¡Ya va! ¡Ya va! Mejor terminemos con esto y que la que gane, disfrute de una noche ensoñada en palacio. Suerte entonces.

-¡A ti! -contestó Ágatha según recogía una escoba de la arena.

Ambas se observaron sin mucha alegría. No habían tenido demasiado tiempo para descansar, pero visto la impaciencia de la muchedumbre, debían empezar a pelear entre ellas. Era el combate final.

Las "armas" chocaron sin mucha intensidad producto seguramente de las buenas palabras que había mantenido.

-Creo que estos están deseando que empecemos -dijo Amadia.

-Sí y ya me fastidia, ¿Vamos allá?

-¡Vamos!

Los nuevos golpes ya más fuerte animaron a la jauría de su alrededor. El rugido de la multitud intentando verlas descalabrarse la cabeza seguía siendo atronador y los mayores aullidos, por supuesto venían de los elegantes nobles de alta alcurnia.

El combate proseguía y ninguna daba el golpe definitivo, aunque ahora sí que se intentaban derribar. Y sin percatarse fueron acercándose donde yacía la anterior rival de Ágatha, la cual fingía estar desvanecida. Cuando Amadia se encontró de espaldas a ella atenta únicamente a su rival, la traicionera mujer se levantó repentinamente descargando un golpe salvaje con su escoba contra su espalda. Ágatha intentó prevenirla, pero no llegó a tiempo.

-¡Cuida...!

El aviso a destiempo no sirvió de nada y Amadia tras el golpe cayó contra la cuerda. Eliminada.

Ágatha saltó entonces con rabia sobre la ruin mujer y descargó tal golpe sobre su lomo, que esta no pudo menos que aullar de dolor y salir corriendo miserablemente llevándose enganchada a su pie la cuerda por la playa. Eliminada también.

Se acercó entonces a Amadia y cedió su brazo a su nueva amiga ayudándola a levantarse.

-¿Qué tal te encuentras? -dijo con pesar-. ¿Te duele?

-¡Ay! -se quejó- En peores me las he visto, pero bueno. -levantó la ropa que cubría su espalda y allí una gran banda roja aparecía testigo de lo sucedido-. Estoy bien por cómo he visto correr a esa zorra y mejor porque me alegro de que hayas ganado tú. Sinceramente no me apetecía ningún plan para esta noche.

Leen y Rimas venían en cabeza con los demás por detrás gritando mil "vivas" por la ganadora.

El gentío también se acercaba disimuladamente. Los nobles aparecían como por arte de magia y se podía observar cómo sus mujeres tras ellos tiraban de sus mangas en un intento de hacerles retroceder. Atlético muchachos se esmeraban en ponerse en primera fila para que Ágatha los viese bien. ¿Pretendían aquellos imbéciles pasar una noche de amor en el palacio?

Evidentemente.

Pero quién habló entre todos al llegar fue Bramm.

-Ágatha, nos alegra mucho que hayáis ganado -le dijo afectuosamente-. Ahora a seguir las reglas. Mira todo a tu alrededor, pasea, usa el tiempo pacientemente y elige bien. Con aquella persona que quieras pasar la noche solamente deberás tocarla con la escoba en el pecho. Es tu premio y él deberá ir contigo. No podrá negarse. Son las reglas y todos la acatan.

El rey Crotor desde la distancia y rodeado de allegados había estado observando detenidamente los juegos según llenaba una y otra vez el gazonete con vino y viandas. Con este último especialmente parecía divertirse mucho y hacia gestos dirigidos a Elcor haciéndole ver que iba a ser el elegido.

Ágatha miró a Amadia y con una gran sonrisa le preguntó:

-Amadia, tengo trabajo ahora. ¿Me ayudas a elegir? No quiero equivocarme.

-¡Cómo no! Será un auténtico placer.

Ambas se cogieron del brazo y juntas dejaron el grupo de amigos y empezaron a caminar entre la gente. Un estrecho camino se había formado delante de ellas con todos los varones hinchados de orgullo. Intentaban mostrar toda su "gallardía" y "belleza", bien

parados y estáticos a ambos lados por donde caminaban las dos mujeres. Ellas les observaban y Ágatha a veces se detenía. Hacía ver como que examinaba a un pobre imbécil quién deseoso de ser tocado por la vara mágica de la escoba, ofrecía su pecho orgulloso. Luego simplemente pasaban de largo.

-¿Has visto su nariz, querida?

-Por supuesto, parecía una garduña..., ¡Huy! ¿Qué me dices de aquel de allí delante?

-¡Quita, quita! Pasemos rápido. ¡Demonios! Qué asco. ¡Dios mío!

Crotor desde su intocable posición entre risas animaba a sus nobles a que acudiesen al camino del amor. Ninguno se movió de su sitio, pero no por ganas de no ir, sino por lo que se podía decir de él mientras no estuviese allí junto al rey.

Y las chicas seguían. Sus unas veces prometedoras y otras tímidas miradas al pasar hacían que las esperanzas de aquellos infelices estuviesen en lo más alto esperando el sabroso premio que en absoluto les iba a llegar. Parecían verdaderos pavos contorneándose a más no poder y a quien solo les faltaba que el cuello se les hinchase un poco. Desconocían que el titular del premio estaba adjudicado mucho antes que empezase la pelea.

Así las dos mujeres después de haberse regodeado de prácticamente todos los varones volvieron por el mismo camino del que partieron. Elcor y los demás las observaban como hablaban entre ellas sonriendo. De todos modos, la impaciencia de Balco no pudo más y adelantándose a todos le preguntó a Ágatha cuando llegaron junto a ellos.

-¿No me dirás que no hay nadie que te complazca? Me ofrezco voluntario para acompañarte en esta noche mágica.

Y diciendo esto realizó una cómica reverencia, pero por lo visto Ágatha lo tenía muy claro y así se lo hizo ver.

-Tranquilo chicarrón, que hoy dormirás con tu novia. Aunque eso si ella quiere, porque como se entere que estás por aquí, posiblemente duermas viendo las estrellas en un descampado durante mucho tiempo. ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! Como se entere su padre encomiéndate a lo más sagrado para que no te patee mucho el lomo.

Rieron con ganas la ocurrencia de Ágatha que junto con Amadia se detuvo frente a Elcor flanqueado por Leen y por Bramm. Amadia se separó un poco cuando Ágatha se dirigió al príncipe con mucho desparpajo.

-Y bien Rod, ¿Qué vas a hacer esta noche?

-Bueno, yo... esto... -el príncipe parecía sofocado sopesando la situación.

-¡Ah! ¿Qué no lo sabes? -volvió a atacarle con una socarrona sonrisa.

-Estooo... ¡Sí! ¡No! -Elcor era un títere en sus manos-. Bueno... ¡Quizás! ¡Demonios, Ágatha! No me hagas sufrir más. ¡Por favor!

-A ver cariño, te voy a dar una pista. El palacio, una gran habitación, una buena chimenea, sábanas y colchas de seda ¿Te suena a algo? -y diciendo esto y le guiñó sensualmente un ojo.

-Sí, claro que me suena a algo, si quieres decir que...

De repente con el mango de la escoba ella dio un golpecito en el pecho de un sorprendido Bramm. Elcor automáticamente dio un suspiro que debió oírse por toda la playa logrando a duras penas decir:

-¡Enhorabuena Ágatha! Es una muy sabia elección, -y con suma delicadeza la atrajo hacia él dándole un beso en la mejilla. Luego se acercó y le dijo al oído para que nadie le oyese.- ¡Muchas gracias, amiga! ¡Muchísimas gracias! Me has hecho sufrir de lo lindo.

Todos se quedaron juntos hasta que la fiesta llegó a su fin. Había sido una noche perfecta en todos los aspectos. Alguna que otra antorcha empezaba a apagarse sola indicando que el jolgorio finalizaba. La gente había pasado un rato agradable con los juegos, pero ya se estaba haciendo bastante tarde y alguno que otro empezaba a marcharse de la playa. El mismísimo rey se disculpó partiendo a palacio para descansar de tan intenso día. En un momento dado Amadia, también se disculpó delante de todos diciendo que debía volver a su casa, luego se perdió entre los invitados que aún quedaban. Elcor la vio partir y sin saber por qué una melancolía se adueñó de él.

-Bien, -dijo observando a Bramm y a Ágatha con cierta malicia-. Chicos, yo voy al palacio ya. ¿Queréis acompañarme o preferís ir solitos?

Los silbidos de los demás no se hicieron esperar, pero la pareja rechazó la invitación diciendo adiós y perdiéndose tranquilamente hacía la salida de la playa. Resultaba obvio, preferían estar solos. Parso a quién ya se le había pasado el susto de su metedura de pata con el juego del arco sentenció:

-Ahí van esos dos y me da que van a acabar como tú, Balco.

-Ya -respondió este-. Me huele mal, pero ellos pueden elegir mañana lo que quieran hacer. Yo no. Pueden despedirse sin más o seguir juntos.

-¡Ji, ji, ji! - Parso contraatacó de nuevo-. Ese suegro que vas a echarte, me parece que no le va a sentar muy bien a tu salud, amigo.

-Si pudiese, si pudiese... -la voz de Balco sonaba lacónica-. Ahora mismo me largaba más lejos que Nueva Maran y les perdía de vista a ella y a su padre para siempre, aunque..., aunque no me atrevo. No vaya a ser que me sigan y den conmigo.

-¡Ja, ja, ja! Eso, eso -apostilló Sixto-. No vaya a ser que te pillen y te deslomen.

Volvieron a mirar hacia Ágatha y Bramm que en aquellos momentos salían de la playa muy asidos de la mano.

-¡Animo, Ágatha! ¡Duro con él! -el vozarrón alto y claro de Betrenice sonó en la noche-. Que no se diga que un capitán de la guardia real puede contigo.

Poco a poco los rescoldos de las personas que quedaban iban yéndose, volviendo hacia sus hogares. La fiesta había resultado perfecta y no había nadie que no hiciera un comentario positivo de ella, hasta los que habían salido despedidos del escenario después de ahogar sus penas en vino y cerveza volvían a estar alegres y contentos.

Elcor acompañado por un séquito de seguridad, volviendo a palacio analizaba lo que había sido la velada. El inicio, la celebración, la compañía y los juegos. Sin querer se quedó un momento pensativo cuando recordó a Amadia que ahora la veía como en un sueño despierto.

-Alta con un pelo largo y más oscuro que el mismo azabache. Figura estilizada, de bellas curvas, de muy bellas curvas..., eso es y seguro que también muy deseada por los hombres -Elcor hablaba consigo mismo y se respondía también-. Sí, sí, sí. Con esa sonrisa de ángel y esa mirada traviesa e inteligente. ¿Qué decir de sus movimientos y su forma de moverse? ¡Demonios, Amadia! ¿Dónde estarás ahora?

De repente se percató que estaba sumido en la nostalgia cuando la recordaba. Con lo poco que la había visto y estado con ella, la sola lejanía de la mujer le estaba originando un extraño vacío interior.

-¿Cuándo podré volverte a ver? -se preguntó a sí mismo mirando hacia el cielo nocturno.

Elcor se despertó con las primeras luces del alba. No había conseguido descansar lo suficiente debido al nerviosismo con el que sus ojos miraban a su nueva vida. Saltó de la cama poniéndose una bata que había encima de un sillón y salió al pasillo donde había un par de centinelas velando por su seguridad.

-Buenos días, caballeros –dijo con evidente alegría.

-¡A sus órdenes, príncipe! –contestaron a la par.

-Decidme, por favor. ¿Por dónde quedan las cocinas? Tengo la boca seca de todo lo bebido en la fiesta

Un escolta le mostró el camino mientras el otro se perdía corriendo por el pasillo. Al llegar solicitó algo suave para comer intentando apaciguar un estómago que le estaba recordando los excesos de la noche anterior. Tranquilamente, se sentó en una mesita mientras esperaba. Sobre decir que lo que él llamaba cocina en “La Puerca y el Zorro”, no tenían comparación alguna a donde estaba ahora,

-¡Príncipe! –un cocinero que debía ostentar un rango importante por sus vestimentas se dirigió a él cortésmente-. No es de recibo que su alteza coma aquí rodeado de cocineros trabajando, cacerolas y olores a comidas. Si lo desea le podemos llevar lo que guste al salón donde seguro se sentirá mucho más cómodo.

-Por mi estad tranquilos –respondió Elcor-. De dónde vengo no tenía las comodidades de esta bendita cocina, ni siquiera de lejos.

-Como vos deseáis, príncipe Elcor. –y de la misma el cocinero mayor le dejó solo.

No pasó ni un minuto cuando en la puerta de la cocina apareció Cymbal y esto sorprendió al príncipe.

-Cymbal, buenos días. ¿Ocurre algo? Te veo con muchas prisas.

-Mis prisas sois vos, príncipe.

-¿Eh? ¿Yo? ¿No entiendo eso de que tus prisas sois yo? Venga, siéntate y desayunemos juntos, por favor.

-Os lo explicaré mejor, príncipe Elcor –dijo el vasnino cogiendo un banco y sentándose a su lado-. Es normal que no estéis familiarizado en absoluto con la vida de palacio. Aquí todo príncipe o el mismo rey tiene en todo momento a uno de nosotros, a un leal vasnino junto a él. Hay momento en los cuales podéis estar solo por supuesto, pero yo mismo debo intentar que estos sean lo menos posibles. Tengo orden expresa de vuestro padre de estar en todo momento con vos y no dejaros en ningún momento, máxime con lo que pasó no hace mucho tiempo.

-Pero Cymbal, todo hombre necesita su espacio y su soledad a veces. Tú mismo la necesitarás supongo y entre nosotros..., yo no soy como mi padre y aunque supuestamente he nacido aquí, no soy persona de palacio, mi corazón es de taberna.

Elcor hablaba con Cymbal como si fuese su amigo de toda la vida y en los ojos de este se adivinaba que entendía y comprendía perfectamente al nuevo príncipe.

-Y esa es una de mis labores. Debo intentar que os olvidéis que estuvisteis muchos años en una taberna y que recordéis donde estáis ahora. Creo que no va a ser un trabajo fácil.

A una orden del cocinero jefe, diversos ayudantes aparecieron y dispusieron encima de la mesa tal cantidad de comida que parecía que fuesen a celebrar ahora otra fiesta matutina.

-¿Deseáis alguna otra cosa, mi príncipe? –preguntó amablemente sonriendo un cocinero.

-¡Dios mío! ¿Pero a dónde vais con tanta comida? Hay gente muriéndose de hambre ahí fuera y delante de mí reposa media cocina real.

La sonrisa del cocinero desapareció y en sus mejillas empezaron a verse colores rojizos. Intentó disculparse como pudo.

-Perdonad, príncipe. Pero como es sabido que a los príncipes Lienha, Gumb y Degall les gusta tener la mesa llena de alimentos cuando se sientan a comer, he pensado que vos deseabais lo mismo. Debéis perdonad mi ignorancia y torpeza.

Cymbal sonreía por lo bajo viendo la situación y ahí empezó a darse cuenta de cómo era este nuevo príncipe.

-Pero yo no soy así, buen hombre -argumentó Elcor-. Poned otro cubierto para Cymbal que me acompañará en el desayuno, aunque primero..., por favor, quitad la mayoría de la comida de esta mesa.

A su orden aparecieron diversos ayudantes que rápidamente se llevaron los alimentos a otra parte, por lo que quedaron ellos dos solos y esta vez con lo justo para desayunar.

-¿No tenéis hambre, príncipe? -preguntó inteligentemente Cymbal.

-¿Hambre? ¿Pues qué quieres que te diga, Cymbal? No me parece correcto ver lo que pasa por Vende. Calles repletas de mendigos, ladrones en busca de un mísero mendrugo duro y yo disponiendo de una mesa que serviría para saciar y hartar a bastantes personas. Eso no casa conmigo. Si hubieras crecido y vivido por las tabernas, pensarías lo mismo.

-Me gusta lo que decís, príncipe, así que creo que haremos dos cosas importantes. Una, vos os debéis acostumbrar al palacio y dos, debemos avisar al palacio para que también este se acostumbre a vos. ¿Os parece?

-Perfecto, desayunemos entonces y comamos un poco que creo que ahora se han llevado casi de todo. ¡Ja, ja, ja”

Rieron los dos y amigablemente desayunaron, luego cuando acabaron fueron a seguir recorriendo el palacio, ya que Elcor debía seguir descubriendo su nuevo mundo.

A veces no le escuchaba ya que en su cabeza había algo que no le dejaba tranquilo. El nombre era Amadia y le venía una y otra vez al recuerdo retorciéndole el pensamiento por no saber dónde se encontraba. Quería dar con ella y volverla a ver, aunque solo fueran unos breves instantes. Había sido una fiesta genial conociendo a multitud de gente nueva.

-“La famosa nobleza de Vende”. -pensó.

Se había encontrado también con sus buenos amigos, los chicos de “La Puerca y el Zorro”, lo había pasado genial, pero..., pero luego estaba Amadia, la dulce, bella y genuina Amadia.

-¡Ay! ¡Dios mío! ¿Dónde te hallarás?

Un inapreciable y oculto suspiro se le escapó delante de Cymbal.

-¿Os ocurre algo, príncipe?

-¡No, no! Tranquilo, ¿Decías? -salió al paso como pudo.

De repente un mensajero se presentó ante ellos y les comunicó que el emperador deseaba verlos lo antes posible. Sin demora le siguieron hasta la sala donde este se encontraba. Al verlos entrar Crotor se levantó yendo directo hacia Elcor. Cymbal sabiendo cómo debía actuar, se retiró cierta distancia junto a Xara para que padre e hijo hablaran entre ellos.

-Hijo, ¿Que tal la fiesta? ¿Te gustó? -preguntó el rey conociendo de sobra la respuesta.

-Fue perfecta, maravillosa e ideal. Hacía muchísimo tiempo que no me divertía tanto conversando con gente nueva, además de poder ver a algunos amigos. Debo daros

las gracias por la oportunidad que he tenido de conocer a gente que me agradecería enormemente volver a ver, y su pensamiento volvió con Amadia.

-¡Bien! De eso se trataba. -levantó un brazo y señalando ordenó- ¡Cymbal ven aquí!

Este acudió con rapidez.

-¿Su majestad dirá?

-Cymbal, os lo he comunicado ya a ambos anteriormente, pero ahora quiero que lo escuchéis juntos. Deseo que cuides de Elcor a sol y a sombra, librándole de todo peligro que pueda haber a su alrededor. No debes dejarle ni un segundo solo. Sobra decir lo que te pasará si a él le ocurre algo. Lo sabes. ¿No?

Elcor se quedó atónito con la tranquilidad que hablaba su padre poniendo como si tal cosa la espada encima de una persona diciéndole que pagaba con su vida su trabajo.

-Padre no va a ocurrirme nada. Estad tranquilo. Además, se cuidarme muy bien de mí mismo -dijo intentando quitar hierro al asunto.

-Estaré tranquilo cuando hallamos cogido al cerdo asesino que mató a tu madre -gruñó el emperador rojo de ira, aunque con rapidez intentó ponerse de nuevo la máscara de rey comedido-. ¡Perdón! ¡Perdón! A veces olvido las formas. Como te decía. Cymbal cuidará de ti y te enseñará todo lo que necesites saber de la realeza. Te tiene que formar como príncipe. Las formas y todo eso son importantes. ¿Entiendes? ¿Verdad?

-Por supuesto y haré todo lo posible por mi parte para llegar a ser un buen príncipe. No os defraudaré en el cometido, podéis darlo por seguro.

Volviéndose y mirando fijamente a los ojos de Cymbal, el rey comentó algo sarcástico:

-Y escúchame bien. Aunque lo diga no importa, no le hagas caso con eso de que sabe defenderse, Enséñale tú a ello. Sabes cómo lo tienes que hacer.

-Será un placer para mí, majestad -repuso este cortésmente.

-Eres ya un príncipe -repuso Crotor-. Bueno o malo depende de ti. También quiero que sepáis que he mandado mensajes a Nueva Maran avisando a Chafan y a mis hijos de lo que he dispuesto contigo. Espero confundirme, pero lo dudo mucho. Ojalá no te haya creado dos o tres nuevos enemigos. Además, me han llegado noticias de ellos y de lo que les ha sucedido. No son nuevas muy halagüeñas.

-¿Qué les ha pasado? -preguntó con curiosidad Elcor-. ¿Ha sucedido algo malo?

Lo único que dijo Crotor antes de despedirles fue:

-Su tío era un slá. Acabo de mandarles ayuda urgentemente a Dor-Alia.

Cuando salieron del salón Elcor y Cymbal se dirigieron hacia las cuadras, Cymbal le había dicho que su padre quería que eligiese un corcel para él.

-Un slá ¿Qué es un slá, Cymbal?

-Luego, cuando tengamos un momento os lo explicaré todo, pero primero vayamos a las caballerizas, por favor.

Bajaron al patio y desde allí se dirigieron hacia un gran cobertizo. Al llegar Elcor vio las filas de cuadras a ambos lados, los relinchos se oían por doquier y había gente limpiando, cepillando y aseando a los caballos

-No me creo eso que ahora por fin voy a poder tener un caballo para mí solo. ¡Es maravilloso! -la alegría le inundaba totalmente.

-Sí, príncipe. Debéis elegir entre los que hay disponibles para que sea vuestro corcel a partir de hoy.

Durante largo tiempo estuvieron observando a unos y otros, analizándolos entre ambos. Cymbal sabía mucho de equinos y sus sabios consejos desembocaron en que

eligieran para Elcor, un espléndido caballo totalmente negro excepto por una pequeña mancha blanca en su lomo.

-Si este es el que queréis, ahora deberíais ponerle un nombre, príncipe –aconsejó Cymbal.

-Un nombre y... ¿qué nombre le pongo yo? –Elcor se había quedado en blanco mientras acariciaba a su ya caballo. – Vamos a ver. Como es negro, puedo llamarle Tizón o Carbón. ¿Qué te parece, Cymbal?

-Sinceramente príncipe, parecen nombres comunes. Este caballo necesita un nombre más apropiado para quien va a ser su jinete. Pensemos también se le puede poner un nombre que no tenga nada que ver con el color negro.

-¿Y Crispado? Lo digo por el nervio que parece tener. ¿Qué opinas?

Las caricias hicieron que el jamelgo relinchase agradeciéndolas y Elcor se dirigió a él.

-Oye amigo, estamos intentando ponerte un nombre, ¿A ti cual te gustaría?

Una voz femenina sonó a sus espaldas desde fuera de la cuadra.

-No os puede contestar, mi príncipe. Es un caballo.

Elcor giró y fue a responder la impertinencia, pero se quedó con la boca abierta por quién vio. Allí, muy cerca de ellos estaba su dulce Amadia con una sonrisa de oreja a oreja.

-¿A... ¿A... Amadia? E... es, es un placer veros de nuevo –se sobrepuso como pudo-. ¿Qué, qué... qué hacéis por aquí? O mejor pregunto ¿Qué... qué os trae por aquí?

Resultaba evidente la sorpresa que la aparición de Amadia había causado en él. Cymbal a su lado parecía no haberse percatado y no decía nada atento al caballo e intentando descubrir un nombre que ponerle.

-¿Que qué hago aquí? ¿Qué me trae por aquí? Muy fácil, príncipe. Trabajo aquí. Soy la responsable de las caballerizas. De cuidar que las cuadras reales sean eso, reales y que todos los caballos estén perfectamente cuidados, aseados y alimentados. Por cierto ¿Qué hay, hermano? –dijo dirigiéndose a Cymbal.

-¡Hola! Hermanita. Ayer te perdí la pista en la fiesta, ¿Te divertiste? Aparte del golpe. ¡Claro!

-Después de librarme de los nobles pelmazos, estuve con el príncipe y sus amigos hasta el final de la fiesta –contestó apoyada desde la puerta de la cuadra.

-¿Hermano? ¿Cymbal? –Elcor se dirigió a él-. ¿Amadia, es tu hermana?

-Sí.

-¿Es vasnina?

-Sí.

-¿Tu hermana es esta persona que está aquí y se llama Amadia? –preguntó señalándola.

-¡Sí! ¿Sucede algo que deba conocer, mi príncipe?

-No, nada, nada –intentó difícilmente disimular Elcor.

-Parece que hayáis visto un fantasma –agregó Cymbal con cierta sonrisa oculta en sus labios-. ¿Os encontráis bien, príncipe?

-Sí, sí tranquilo, no es nada. Simplemente me ha sorprendido que Amadia fuese tu hermana y que, casualidades de la vida, ayer nos conocimos y bueno... resulta que trabaja en el mismo palacio. ¿No sé? Me ha llamado la atención, sin más, solo eso, ¿Me entiendes?

La mirada que cruzaron Amadia y Cymbal cuando Elcor no se daba cuenta, dejaba bien claro que ninguno de ellos creía que para el príncipe fuese solamente cuestión de casualidad. Había algo más.

Elcor como pudo desvió la conversación hacia otros derroteros. Se sentía como un verdadero idiota de cómo había reaccionado y estaba claro que no se lo habían tragado, así que intentó disimular como pudo su nuevo estado eufórico con otra pregunta.

-Y dime Amadia. ¿Cómo siendo vasnina no conseguiste ganar en el juego de las escobas? Parece muy extraño que con vuestros conocimientos en el arte del combate, alguien que no fuese una vasnina consiguiera derribarte.

-Muy fácil, príncipe -repuso ella-. Antes de comenzar me hice a mí misma una hipnosis vasnina para que mis reflejos y conocimientos fuesen prácticamente idénticos a los de cualquier mujer de las que iban a participar. Disminuí deliberadamente el tiempo de acción reacción, si no..., sinceramente, ninguna de ellas me hubiera durado ni un solo segundo, os lo puedo asegurar. Mi intención era pasar un rato divertido lejos de la nobleza, no ganar. De hecho, no pensaba en absoluto en ello.

-Tu acción te honra, Amadia. Por cierto..., ¿se te ocurre algún nombre para mi caballo?

-Cymbal desde luego has escogido el mejor corcel para el príncipe y si no es el mejor de la cuadra, está entre los mejores. Te lo puedo asegurar.

-Hermana, cuando ves todas las caballerizas, aunque haya maravillosos caballos, este se lleva la palma entre todos ellos. Su nombre deberá ir en consonancia con su estampa y belleza.

En esos momentos el caballo relinchó mirando hacía Cymbal. Amadia rio diciendo:

-Mira parece que te ha oído. Te está diciendo que eres un maravilloso mentiroso por lo que has dicho de él.

-¡Eso es! -asentó alegremente Elcor-. ¡Eso es! Se llamará Mentiroso. ¿Qué os parece?

-¿Eh? ¿Mentiroso? Ese no es un nombre de caballo. ¿Cómo se le va a poner ese nombre a un caballo? -estaba claro que Amadia no aceptaba de buen gusto el nombre. Cymbal sin embargo se mantenía al margen y daba la impresión que ni le iba ni le venía el tema.

-Espera, Amadia. Tranquila..., vamos a ver -Elcor se puso delante del caballo y empezó a acariciarle suavemente la frente y la crin mientras le hablaba dulcemente.

-¿A ver, quién va a ser mi caballito querido? ¿Quién va a llevarme a cabalgar por montes y playas? ¿A quién voy a cuidar con mucho amor? -los dos hermanos le observaban atentamente sonrientes con los brazos cruzados. Elcor siguió hablándole al caballo y finalmente como si fuera una persona, le preguntó-. Mentiroso, Mentiroso. ¿A qué te gusta tu nombre?

El caballo súbitamente relinchó, zarandeó su cola de izquierda a derecha y con su pata delantera hizo como que escarbaba en la tierra. Era evidente que aceptaba el nombre.

-¿Veis? Le gusta, le gusta. Sabe que le voy a llamar así -se puso frente al caballo y le dijo-. A partir de hoy ordeno (aunque esto es nuevo para mi), que tu nombre sea Mentiroso.

Los sarcásticos aplausos de Amadia y Cymbal, acompañados de bravos y de muy bien, hicieron que se callara con prontitud. Después de unos comentarios jocosos sobre si el caballo le había contestado o no, salieron los tres de las caballerizas. Estuvieron dialogando largo tiempo sobre diversos temas que desembocaron en otros y estos en otros. Elcor estaba feliz y Amadia también, pero a Cymbal la situación con su hermana de por medio y el príncipe con cara de joven idiota enamorado le empezaba a aburrir. Deliberadamente quiso dejarles solos y tranquilos un tiempo, por lo que solicitó permiso Elcor para ir a terminar un "no sé qué" que le había encomendado el rey, añadiendo que en breve iba a volver a reunirse con ellos allí mismo.

Por supuesto su demanda fue aceptada sin ningún tipo de condiciones, ni demora. Aun así, cuando se fue le oyeron decir:

-¡Vaya con estos dos, lo que faltaba!

18

“LA PLAYA OLVIDADA”

Después de solicitar autorización para acceder al salón de actos, el condecorado militar se dirigió veloz al trono.

-Majestad, lo conseguimos, por fin tras su confesión hemos detenido a los culpables de los últimos ataques. Acaba de llegar un mensaje con noticias de las patrullas destacadas en el lugar.

-¡Muy bien, Barfkeff! ¿Y qué dice el mensaje? –le interrogó Crotor que con rabia explotó-. ¡Maldita hijo de perra seas, condenado Runkis!

-Excelencia, el mensaje dice que al llegar la patrulla a la casa de campo del Brick Runkis Buckorr e intentar inspeccionar el granero, se encontraron con una feroz resistencia a la que tuvieron que hacer frente. Eran los supuestos ladrones de los últimos ataques de los que estábamos siendo sus víctimas. Tras la escaramuza que nos han causado doce bajas (aunque por su parte han sido muchas más), se ha conseguido hacer algunos prisioneros que están siendo trasladados a Vende para ser juzgados.

-¿Juzgados? ¿Por quién? –gritó Crotor con ira-. ¡Nadie! ¿Me oyes? Nadie juzgará a esos hombres. Los quiero en cuanto lleguen todos muertos en la playa y tráeme ya al traidor de Runkis. ¡Maldito sea! –terminó farfullando entre dientes.

Barfkeff salió como alma que lleva el diablo mientras Crotor se quedaba pensativo, más allá, Xara observaba la situación con gesto serio y preocupado.

-Xara, ven aquí –ordenó el emperador-. Quiero que estés junto a mí cuando me traigan a ese mal nacido. Parece que por fin hemos conseguido detener a los causantes de los últimos robos en las caravanas. Sus muertes en la playa serán un aliciente para que muchos se lo piensen antes de intentar obrar de nuevo contra la corona. ¿Qué piensas de ello? Dame tu sabia opinión.

-Majestad, con sinceridad. –contestó Xara habiendo meditado concienzudamente su respuesta. Nunca había tenido pelos en la lengua con nadie, ni siquiera con el rey y hablaba siempre con total confianza en lo que decía. Vamos, como eran los vasininos-. Lo que os debo comentar tal vez no os guste, majestad, pero lo digo desde el corazón. Advertiros que condenar a esos hombres a muerte no servirá para nada bueno. Es más, puede que con eso lo único que consigamos es que la parte del pueblo que aún tiene dudas sobre vos vea en esa acción algo digamos truculento y escabroso por parte de la corona. Perdiéndoles como amigos y ganándoles como enemigos. En estos momentos obrar con sabiduría real como tenéis acostumbrado hacer, es algo que os acercaría al pueblo de nuevo majestad

-¡Vete! ¡Vuelve ahora mismo a tu puesto! –contestó Crotor enojado al oír la respuesta-. ¡Largo de aquí, déjame en paz! ¡Condenado vasinino!

Xara con una reverencia dejó al rey emperador solo y pensativo ya que de sobra sabía que lo mejor era no encontrarse muy cerca de él cuando atravesaba una de sus tempestades, más poco sospechaba que el huracán todavía no había empezado.

El portón se abrió apareciendo Barfkeff **(10)** de nuevo. Tras él venían dos soldados que sujetaban a alguien con claros signos de tortura. Se acercaron al trono y esperaron a que hablase Crotor.

Quién o lo que tenía ahora delante, el Brick Runkis Buckorr era un ser totalmente ensangrentado. De lo que antes se llamaban manos, solamente se podían ver un dedo en cada una de ellas, el índice en la mano izquierda y el anular en la derecha mostrando así las huellas de la tortura padecida. Asimismo, le habían cicatrizado los muñones de los dedos amputados marcándolos con un hierro al rojo vivo. La pierna izquierda estaba totalmente fracturada de la rodilla hacia abajo y colgaba como sin vida. Su cara era un compendio de heridas y más heridas, pero al ver al rey aún tuvo la suficiente fuerza y energía como para intentar escupirle a la cara. Un escupitajo mezcla de saliva y grumos de sangre que salió despedido de su boca, pero que sin fuerza fue a parar a uno de sus pies.

Rápidamente su recompensa fue un puñetazo en la boca del estómago que lanzó Barfkeff. Un ahogado grito intentó salir por su boca, pero solo fue eso, un débil quejido.

-Muy bien, querido Runkis, aunque tendrás que esmerarte un poco más-comentó Crotor-. Hoy te veo algo rejuvenecido, estás condenablemente..., -meditó sus siguientes palabras-. Eso es, me gusta esa palabra. Estás condenablemente bello hoy. ¿No te lo han dicho?

Los soldados y Barfkeff rieron sin mucha gracia la ocurrencia del rey que siguió a lo suyo,

-¡Bien! ¿Pero sabes? Tenemos que dejarnos de juegos de niños y empezar a jugar como verdaderos adultos. Debes saber que los queridos amigos de tu granero están o bien muertos o encadenados viniendo hacia Vende. No van a tener juicio alguno, ni tonterías de esas. Nada más llegar serán llevados a la playa y ya sabes lo que es eso. ¿Verdad? Tu bonita casa de campo por orden que voy a dar ahora mismo. -y se giró hacia el torturador-. Barfkeff apunta esto..., va a ser quemada y reducida a cenizas y depende de lo que me digas ahora para que se encuentren dentro tu mujer y tus hijos cuando arda.

-¡Aseeeesinaauugggh! -Runkis intentó decir algo, pero un nuevo puñetazo esta vez en la cara propinado por el torturador Barfkeff, le acalló.

-¡Muy bien Barfkeff! ¡Excelente! Si intenta volver a decir algo atízale más fuerte aún. Vosotros -se dirigió a los soldados-. Traedme la red.

Mientras el rey volvía a centrarse en su víctima, unos soldados desaparecieron con rapidez. Xara seguía observando, aunque daba la impresión de estar totalmente ajeno a lo que sucedía.

Crotor se acercó y empezó a acariciar el pelo a Runkis.

-Bueno, lo primero de todo. -y entonces agarró bruscamente la cabellera y con fuerza tiró del pelo hacia atrás. Ya sin fuerzas el Brick fue incapaz de poder articular palabra alguna para quejarse. Crotor siguió a lo suyo-. Lo primero es dar las gracias a la divina providencia por mostrarme quienes son los traidores que comen de mi mano. Así que ya ves, no hay nada como tener a la divinidad de parte de uno. ¡Ja, ja, ja! Alguien los vio entrar, Runkis, alguien los vio entrar y ya ves. Gracias a ese alguien hoy estás aquí, a mi lado. ¡Por cierto!

-¡Plaff! -el sopapo ladeó la cara del pobre hombre de lado a lado como un verdadero pelele.

Crotor se acercó a su oreja.

-Nadie escupe a su rey. ¡Nadie! ¿Me has oído Runkis, o quieres que te lo repita?

Como respuesta solo oyó un ligero quejido.

-Veo que lo has entendido muy bien y ahora dime. ¿Qué más sabes de esos chicos amigos tuyos? ¿A qué se dedican? ¿Por qué me roban? ¿Hay más gente como ellos? Soy todo preguntas y sé que hoy no estás como para contestar mucho, pero cuanto antes acabemos antes irás a descansar.

-Ve ve veete a laaaa mierd... -el Brick no pudo acabar su frase por culpa del ruin Barfkeff a quien Crotor hizo una señal para que se detuviese.

-Déjale, déjale que se explaye ahora y traedle algo de agua, así tal vez suelte un poco la lengua. Bien, vuelvo a preguntarte otra vez Brick Runkis, ¿Qué me dices de esos amigos tuyos?

En ese momento entraron los soldados trayendo una red sujeta a una madera por los cuatro costados que pusieron detrás del torturado. Era un gran rectángulo donde estaba sujeta una red y que se mantenía de pie debido a unos tacos a los que se encajaba.

Runkis no contestó y Crotor le dio un poco de agua para beber.

-¿Ves eso que han traído los soldados? ¿Sabes que quien se posa en la red de madera no sale vivo, ¿verdad? Habla entonces, traidor. ¿Por qué me traicionaste? ¿Por qué? ¿Por qué?

-Crotor -la voz de Runkis era un débil suspiro-. Tus dddías de gloria están lle... le... llegando a ssssu fiin. La barbarie co co cooon la... que reinasass acabará contiigiigo. El pueblo nonoooo teeee q q qqquiere... y ojala mueras aaaahogadddd en tu propiiiiiaa sangre. El pueeeeblo te... ttee te deesespojaraaá de todo a no taataardar mucho. Te l loo loo juro, tte looo..., ttee looo juurrr juurr... o por mis hijooooos.

-¡Instalad la red! -gritó con furia el rey-. Poned a este imbécil engendro que no sirve para nada dentro y tú Xara, alárgame tu látigo.

Xara hizo lo que le pedía retirándose. A Runkis le despojaron de la poca ropa que tenía dejándole desnudo y le ataron con los brazos y piernas extendidas en la red, mientras Crotor observaba sumamente complacido el espectáculo.

El primer azote le estremeció. Había alcanzado su ingle dejando tras de sí una herida de la cual empezaba a emanar sangre. El grito emitido fue terrorífico. El segundo que recibió fue justo en la clavícula consiguiendo el mismo y fatal resultado. Crotor intentaba ahora acertar en las partes íntimas de Runkis. Fueron cuatro azotes a cuál peor, todos cerca de la misma zona, aunque ninguno de ellos llegó a acertarle, más el daño que originaba en su cuerpo era el adelanto de una muerte segura.

Runkis perdió el conocimiento y Crotor siguió, siguió..., y siguió preso de una rabia que no podía contener. Fueron incontables azotes sobre un cuerpo ya sin vida. El supuesto traidor finalizó sus días sin hablar y sin traicionar a nadie.

Y a Crotor parecía no importarle que su víctima hubiese muerto. No podía parar y seguía castigándole una y otra vez. Una y otra vez.

-¡Dios mío! ¿Qué ocurre aquí? -gritó una voz.

Elcor había entrado en el salón seguido de Cymbal y se había quedado pasmado en la misma entrada impresionado por lo que veía.

-¡Elcor! Hi...hijo mío. -la sorprendida voz de rey se quebró, tiró el látigo a los pies de Xara y se acercó hacia al príncipe.

-¿Qué... qué es esto, padre? -volvió a preguntar Elcor llamándole así por primera vez-. Contéstame por favor. ¿Qué es esto?

-Hijo, este vil personaje nos ha traicionado robando a la corona impunemente -acusó intentando apaciguarle con una falacia inventada, aunque tras lo visto por Elcor se le presentaba muy difícil que este le creyese-. Él y los suyos han estado robando las caravanas, alterando el orden público y eso no se puede permitir. Lo que ves no es agradable para nadie, así que aprende esta dura lección. Ser rey emperador de Shámsala no es fácil y en muchas ocasiones impartir "justicia", como ahora mismo has visto resulta bastante difícil, pero hay que hacerlo, quiera uno o no.

Elcor no podía articular palabra alguna, mientras Cymbal cruzaba miradas llenas de complicidad con Xara intentando entender lo ocurrido allí.

-¡Perdón, padre! Pero creo que me vendría bien salir de esta sala -Elcor necesitaba urgentemente escapar como fuese del salón. Veía el cuerpo de un pobre hombre cuya sangre serpenteaba en el suelo hasta llegar a un gran charco-. ¡Vamos, Cymbal!

Y sin la misma cautela que habían llegado al salón ambos salieron dejando al rey Crotor meditando intensamente y rodeado de sus secuaces.

Esa misma tarde, el rey intentó hablar con Elcor del porqué de su forma de actuar, de su rápido juicio sumarisimo y de cómo debía defenderse la corona ante posibles ataques de enemigos. Elcor solo oía palabrería barata, su corazón roto por la injusticia a la que había sido testigo le aconsejaba y dictaba otras formas de proceder muy distintas a las de su progenitor.

Pocos días después y a primera hora de una mañana triste y gris, una caravana de reos atados con grilletes en pies y manos salía de Vende rumbo hacia la costa. Eran trece prisioneros que se habían capturado en la casa de campo del Brick Runkis Buckorr y que el emperador había decidido ejecutar sin ni siquiera hacerles un juicio injusto.

Su destino era la playa olvidada, un lugar de someras ejecuciones que bajo esperanzas de poder escapar con plena libertad, el reo siempre acudía a la cita con una mínima posibilidad de sobrevivir, aunque esto dependía de la gravedad de su acción. La supuesta ejecución era muy espectacular en Vende y a ella podían acudir todas aquellas personas que quisieran verla, aunque también tenían que poseer el suficiente estómago para soportarlo.

En el lugar había una serie de cuadrados de piedra de diferente grosor y peso. Todos ellos tenían una gran anilla y estaban totalmente rodeados de púas para que su arrastre fuera más difícil. Según la condena del condenado, podía suceder ser atado a la piedra más liviana o a otra de mayor peso. En los delitos de sangre y los que habían sido contra el estado, los causantes eran por supuesto atados a las mayores. En condenas por robos dependía de la cuantía y hasta se dio un caso de lío de faldas con la mujer de un Brick. El pobre imputado salió corriendo de la playa con una pesada piedra bajo el brazo jurando que no volvería a verla en su toda vida. Por supuesto, todo esto aderezado con unas buenas risas de la concurrencia y dicen que se vio al pobre hombre por la ciudad buscando un buen herrero para que le quitase el grillete y la piedra.

Era una gran playa a las afueras de Vende, muy llana y que se adentraba bastante en el mar. Allí bastante adentro y en marea baja, se podían divisar las piedras que se dejaban a la vista para disuadir a cualquiera de lo que quisiera hacer. Así pues, según el delito se ataba al preso fuertemente a una de ellas dejándole en plena marea baja. Si querías vivir tenías que empujar la piedra hasta la orilla o bien hasta donde alcanzases para poder respirar cuando llegase el agua. No había otra forma de librarse del castigo y con la marea alta llegaba la muerte. El agua inundaba totalmente la playa. En las ocasiones en que algún reo conseguía llegar hasta la playa, podía seguir haciendo su vida como si nada hubiese ocurrido y era prácticamente seguro que tampoco volvería a pisar la arena por delito alguno.

Así llevaron a los trece detenidos bajo las miradas atentas de la multitud ávida de morbo. Gritos de ánimo además de aplausos intentaban convencerles que era posible lograr salir de la playa con vida.

Fueron atados a las piedras más grandes que había bajo la atenta mirada del rey Crotor que en esta ocasión había querido acompañarlos para ver su desgracia.

Las súplicas de misericordia solicitando perdón por sus actos eran verdadera verborrea que entraba por un oído del rey y le salía por el otro. Crotor marchaba a través de ellos montado en su reluciente caballo observándolo todo, pero sin hacer caso de nadie.

Cuando repentinamente...

-A ver, tú -preguntó desde lo alto de su corcel a uno de los reos-. Si me dices algo interesante, algo que me puedas cambiar por tu libertad, ahora mismo te concederé esta. Nadie se enterará de ello y te prometo que hoy no morirás atado a esa bonita piedra.

-¡Cerdo! -replicó este-. ¡Que te lleve el diablo!

Crotor se volvió hacia Barfkeff y simplemente dijo:

-La mano.

Este descabalgó al instante e hizo una señal a sendos soldados. Entre ambos sujetaron al infeliz que había insultado al rey y a duras penas consiguieron poner la mano que no tenía atada encima de la piedra a la cual estaba preso, entonces Barfkeff de un certero golpe la amputó limpiamente. El inhumano alarido que inundó la playa hizo aprender rápidamente a los demás prisioneros la forma que debían contestar al rey si eran preguntados.

Girando su caballo Crotor se dirigió hacia los demás presos, no sin antes volver la cabeza hacia el hombre que se desangraba con su mano muerta junto a él en la arena.

-¡Amigo! Ahora te resultará más fácil arrastrar tu piedra. ¡Que tengas suerte! ¡Ja, ja, ja!

Luego tranquilamente el emperador siguió hacia los otros reos analizándoles a su paso uno a uno.

-Ya has visto lo que le ha pasado a tu camarada por idiota -dijo frente a un hombrecillo que no parecía muy dispuesto a morir ese día-. Igual tú puedes ayudarnos. ¿A que sí? Eso si en algo aprecias tu vida y tu libertad, por supuesto. Dame algo a cambio y te repito lo mismo que al manco imbécil ese. Hoy no morirás atado a esa piedra.

La marea empezaba a subir y muy cerca ya, los hijos de las olas empezaban a mojar las piedras y los pies de los prisioneros. Algunos de ellos habían empezado a arrastrar las rocas moviéndolas un par de palmos, pero a esa velocidad de arrastre, era bien seguro que no les iba a dar tiempo a llegar hasta la salvación en la orilla.

-¡Majestad! -su voz estaba quebrada por el miedo y por más que intentaba mover la piedra no conseguía que esta avanzase ni siquiera un mísero ápice-. ¡Majestad! Solicito con humildad vuestro perdón. ¡Os lo suplico! Si me concedéis la libertad, os diré algo que puede ser muy importante para vos. ¡Os lo juro por mi vida! ¡Piedad, por favor!

-Habla ya, condenado.

-¿Me soltaréis, majestad?

-¿Dudas de mi palabra? -contestó Crotor con una ceja más elevada que otra.- Ya lo he dicho y no me gusta repetir lo que digo.

-No, no majestad. ¡Perdón! Tal vez me expresé incorrectamente -intentó defenderse el pobre hombre.

-Ten por seguro que te liberaré. Habla de una vez o muere como un gusano en esta playa.

Crotor apoyado con sus dos manos sobre el pomo de su silla de montar, agachó su cabeza para oír mejor lo que el acobardado hombrecillo le iba a decir.

-Pues bien, majestad. Debéis saber que aparte del Brick Runkis Buckorr, también el Brick Lamorliev, Persal y Sinfante Dasvolorr están todos conjugándose para intentar de alguna forma derrocaros. -el encadenado hablaba atropelladamente sintiendo las olas cada vez más cerca-. Las reuniones tienen cita en cualquiera de sus casas y en ellas se

estudia la forma de cómo hacerlos perder la paciencia a través de robos en caravanas y quizás más adelante hacer lo mismo incluso en la "Ruta del Deseo".

-¿Dónde tendrá lugar la próxima reunión?

-Mi rey, iba a ser en la casa del Brick Sinfante Dasvolorr en la próxima luna llena que es cuando se realizan estas reuniones, pero debido a lo acontecido en la casa de campo del Brick Runkis Buckorr, dudo mucho que se vaya a realizar. Concededme por Dios la libertad y os juro por mi honor que, a partir de hoy, seré el más leal de vuestros súbditos.

Crotor le miró fijamente.

-¿Me juras fidelidad hasta el día tu muerte entonces?

-Os lo juro mi rey. Tenéis mi voto.

-Muy bien. ¡Barfkeff! -llamó a su esbirro-. Libera a este hombre.

-Gracias por vuestra infinita bondad, mi rey. -agradeció este inclinándose ante Crotor mientras Barfkeff le liberaba de la piedra.

Cuando estuvo totalmente libre, Crotor volvió a dirigirse a Barfkeff en voz baja.

-Barfkeff, ya sabes lo que tienes que hacer con esta escoria que has soltado. Actúa en consecuencia pues.

Barfkeff era el auténtico perro de presa del rey Crotor. Cínico, malévolo, cruel, amante de la sangre de los demás y por supuesto, apasionado de penurias ajenas. Podía perfectamente susurrarle dulcemente a una dama que la amaba, a la vez que su pérfida daga se instalaba muy dentro de ella. Tenía un bello porte y de una muy simpática y agradable verborrea. Asimismo, las malas lenguas de palacio aseguraban que antes de yacer con una mujer en la cama, tal vez hubiese preferido la compañía de cualquier joven, aunque no fuese tan apuesto. Vamos, que estas mismas malas lenguas aseguraban que le daba a los todos los palos, aunque ninguna de ellas osaba proclamarlo muy en alto por lo que pudiera sucederle.

-¡Largo! ¡Largo de aquí! Y no se te ocurra ni mirar hacia atrás -advirtió Barfkeff con rabia al preso liberado-. ¡Vete! ¡Fuera de mi vista y de la playa! Y recuerda ni se te ocurra volver la cabeza para mirar hacia atrás. ¡No lo olvides!

El hombrecillo observó a sus compañeros atados a las rocas y al pobre infeliz manco que se había desmayado. Hizo un gesto de resignación con los dos brazos y girándose empezó a caminar lentamente hacia su salvación.

El rey, su esbirro y los soldados le observaban mientras se alejaba. Muy lentamente al principio, pero luego cada vez más rápido.

-¿Barfkeff, no vas a hacer nada? -preguntó Crotor.

Como única respuesta en su faz apareció una maliciosa sonrisa que pareció agradar al monarca. Alargando su mano hacia un soldado cercano ordenó:

-¡Rápido! Tu arco y una flecha.

En un instante la flecha estaba montada apuntando al hombre que ahora intentaba correr por la playa. La saeta salió disparada buscando su pantorrilla y el pobre infeliz al sentir el impacto cayó de bruces. Luego miró hacia atrás presa de dolor y pánico, Barfkeff estaba ya preparando la siguiente. Se levantó como pudo y empezó a correr, pero esta vez de espaldas, cojeando y con una flecha atravesándole la pantorrilla intentando esquivar la siguiente que le llegaría en cualquier momento.

Solo fue un mísero instante, pero le dio tiempo de moverse un poco y conseguir que la segunda flecha no fuese mortal. Le había acertado a la altura de la clavícula.

-¡Piedad, mi rey! -gritó desde la distancia-. ¡Por Dios! ¡Tened piedad de mí! Nunca os defraudaré, dejadme ir aunque solo sea a despedirme de mis hijos -fueron sus lacónicas palabras.

Pero en vez de hacerle caso, Crotor volvió a dirigirse a su perro faldero.

-Me parece que estas perdiendo facultades, Barfkeff. Tal vez tenga que degradarte a soldado raso y elegir otro ayudante. Veamos ahora si lo mejoras.

La reacción no se hizo esperar y rápido como el rayo, este puso la flecha en el arco y prácticamente sin mirar disparó atravesando limpiamente el cuello del infeliz que ni siquiera pudo gritar. Calló inerte y muerto en la arena.

-Ahora está mejor. Así me gusta. Efectivamente como bien predije, ese idiota no murió atado a una piedra. ¡Ja, ja, ja!

Y eso fue lo único que comentó Crotor espoleando su caballo hacia el palacio con la guardia personal siguiéndole muy de cerca.

Xara también había acudido a la playa presenciándolo todo, pero sin poder llegar a decir nada de nada. Mientras tanto la marea subía y los lamentos, súplicas de perdón de aquellos supuestos enemigos públicos eran cada vez más intensos y terroríficos. Sin hacer ningún tipo de caso, los demás soldados enfilaron el camino de vuelta dejándoles atados a su triste destino.

Su suerte terminó poco tiempo después con la llegada de la nueva marea alta. Ninguno consiguió eludir su triste suerte y aunque muchos se esforzaron hasta que el agua llegó a la comisura de sus labios, otros prefirieron acabar antes con aquel suplicio sin intentar siquiera luchar contra las olas.

Este fue otro de los muchos actos de un rey que no conocía el significado de la palabra perdón y humanidad. El nombre de la Playa Olvidada le debía a él su historia, su reputación y sus ejecuciones.

Elcor y Cymbal fueron informados posteriormente en palacio de los hechos con todo tipo de detalles por el impresentable Barfkeff que parecía disfrutar comentando lo bueno que era con el arco.

La historia de aquel día quedó bien grabada en la mente del nuevo príncipe, que se juró a si mismo que no a mucho tardar, aquel aborrecible ser recibiría su merecido.

Y él personalmente iba a intentar ocuparse de dárselo.

19

“EL REGALO DE BRIGADIÓN”

Durante los primeros días de toma de contacto en Nueva Maran, Chafan nos fue informando de todo lo relacionado con la corte, los procedimientos y esas tonterías. Tanto mis hermanos como yo mismo nos aburríamos soberanamente oyéndole hablar, pero como no teníamos otra, debíamos escuchar haciendo como que prestábamos atención a sus enseñanzas.

Gumb se enteró que había pedido que Brigadión me formase por lo que él para no ser menos también solicitó otra cosa. ¡Cómo no! Y bien supuse que nuestra envidiosa y hermosa Lienha haría tal cual.

-¿Y qué es lo que te pidió Gumb? –pregunté a Chafan una mañana paseando a solas por el jardín del palacio.

Su respuesta, aunque en aquellos días no me importó, con el tiempo si hizo que durmiese en vela en muchas ocasiones.

-Pues bien, al enterarse que vos solicitabais que Brigadión fuese vuestro mentor, Gumb exigió también digamos... otro obsequio. Os debo recordar que vuestro padre me instó a tener cierta flexibilidad al principio con vuestros deseos, por lo que le prometí iba a tener su propio presente. Envié un cuervo con la petición hasta Rheim y supongo que estará ya en camino hacia aquí saliendo de Lamverdy.

-¿Y se puede saber de qué se trata, Chafan? –le indagué con curiosidad.

-¡Ah! Sí. Es un Arco Blanco –contestó sin darle mayor importancia.

-¿Un Arco Blanco?

-Sí, eso. Un Arco Blanco. ¿Sabéis lo que es? ¿Verdad?

De sobra lo sabía. Un Arco Blanco era una maravilla entre las maravillas. Con el puedes cazar lo que sea, apuntas a sabiendas que la flecha jamás va a fallar. Haga lo que haga el blanco, gire, siga recto, suba o baje. La flecha guiada por el arquero del mágico Arco Blanco acertará allí donde la presa esté o intente esconderse. No hay posible escapatoria de ella.

Que Gumb iba a poseer uno me incordiaba tremendamente y todo por la envidia que me corroía el saber que él iba a disponer de un arma mágica y yo no. Solo tenía a Brigadión y eso sinceramente no me llenaba mucho, aunque el tiempo me enseñó que mi elección obligada fue mucho más acertada, pero por entonces solo disponía de envidia y más envidia.

-Y Lienha. ¿Te ha pedido algo Chafan? Supongo que también se habrá apuntado al carro de las peticiones.

-Príncipe Degall, Lienha lo único que me ha pedido, conociendo que Brigadión sería vuestro único mentor y que el príncipe Gumb tendría el arco, es que a partir de ahora la aleccione yo mismo. Rutter estará con el príncipe Gumb, Brigadión con vos y la princesa Lienha será mi alumna. De todos modos, también he solicitado que os traigan un regalo sorpresa para vos y otro para vuestra hermana -se quedó pensativo un momento por lo que había dicho y añadió-. ¡Qué fallo! No debí haberos comentado nada.

Reaccioné al instante.

-¿Un regalo? ¿Qué regalo, Chafan? Dímelo por favor. ¿Qué has pedido para mí? ¿Otro sublime Arco Blanco? –la esperanza de poseer el mío propio me llenó de ilusión transitoria.

-No, mi querido príncipe. No es eso, es otra cosa. Quería mantener el secreto hasta que llegase, pero como quien dice, me he ido de la lengua con vos. Así que os diré lo que es, más que todo para no causaros ilusiones baldías.

-¡Sí! ¿Qué es pues?

-Son unas nuevas y relucientes... –me miró con mucho misterio y agregó alegremente-. ¡Cartas de Dolor! He solicitado que os traigan otro juego para que podáis jugar de nuevo con vuestro hermano o con quien os plazca. Para vuestra hermana, llegará una mascota. Un gato recién nacido Wogan.

¿Puera mí nas puñeteras Cartas de Dolor y para Gumb un Arco Blanco? La diferencia era brutal entre una cosa y otra.

«¡Mierda! -pensé – Vaya suerte la mía por culpa que Brigadión me descubriese»

Los gatos Wogan solo se encuentran en Lamverdy. Llegan a crecer casi tanto como los grandes perros por lo que a veces parecen auténticos leones, son totalmente inofensivos y son famosos en todo el reino por sus bellos colores entre los que se pueden encontrar gamas tan amplias como las del mismo arco iris. De todos modos, ante la mierda que me pareció lo que me regalaba, reaccioné lo mejor que pude.

-Qué alegría me dais, buen Chafan. Disfrutaremos de ellas en cuanto lleguen y echaremos unas partidas. Te agradezco de corazón tu buena intención con nosotros y debes saber que me haces feliz.

Cada día que transcurría me percataba más y más de lo mentiroso que me estaba haciendo con el mundo a mi alrededor

-Me alegra que os guste, mi príncipe. Quería deciros también para que estéis más tranquilo, que estamos esperando refuerzos que vienen urgentemente de Vende, y que nos ayudarán a poder descubrir donde se encuentra el slá y destruirle. Así estaremos todos más serenos y podremos dedicarnos enteramente a lo nuestro, que es vuestro aprendizaje real.

Oyendo aquello temí por mis intenciones. Tenía que hablar urgentemente con Brigadión, abrirle mi corazón diciéndole la verdad de todo lo que pensaba y que él hiciese lo mismo conmigo. Tal vez ambos estábamos escondidos detrás de una fachada diferente a la que realmente teníamos y que impedía que nos conociéramos mejor del todo.

Dicho y hecho, al rato apareció Brigadión y empezaron a hablar entre ellos sobre cómo intentar atrapar al slá. Mientras los oía hacía mis propias cavilaciones. Chafan deducía que con la ayuda que recibiríamos de Vende, establecería un plan para deshacerse de él. Personalmente, prefería capturarlo vivo y hacer acopio de sus conocimientos en mi propio beneficio, aunque para esto necesitaba la ayuda inestimable de Brigadión. Al salir de los jardines, Chafan se disculpó ya que había quedado con Lienha, quién le esperaba en los salones junto con nuestra desgraciada tía y sus hijos. Se marchó y quedamos Brigadión y yo solos. Aunque pude hablar con él y soltarle lo que tenía en mente, presentí que aquel no era buen momento, quizás más adelante.

-¿Algo nuevo e interesante, príncipe?

-Sí y no. Según se mire, Brigadión. A mi hermano, Chafan le va a regalar un Arco Blanco de Lamverdy, a mi hermana un gato Wogan de esos y a mí..., a mí unas sarnosas Cartas de Dolor –dije preso de la rabia más zorruna. No podía disimular mi malestar y sinceramente, poco me importaba su opinión.

-¡Ya! ¿Supongo que deseabais otro Arco Blanco, por ejemplo? ¿Pero por qué a vos unas cartas y a vuestro hermano semejante presente? No me parece de recibo. Lo de Lienha puedo llegarlo a entender, es mujer y un gato Wogan es una mascota perfecta para una fémina. ¿Pero lo vuestro? ¿Otras Cartas de Dolor? Me hubiera esperado más de Chafan.

-¿Por qué? ¿Por qué? ¿Y me lo preguntas tú? –le miré perplejo-. Pues está bien claro. Me pediste que solicitase a Chafan que solamente tú me instruyeses y ese fue mi regalo. Luego Gumb se enteró y pidió el suyo, Lienha le ha tocado lo que le ha tocado. Pero a la larga el peor es para mí y por tu culpa Brigadión. ¡Menuda mierda! -exploté.

-Ya lo entiendo ahora, mi príncipe, pero no debéis apenaros en absoluto -recapacité algo en su mente y siguió-. Os prometo por mi honor que vais a tener el mejor regalo de todos. -aquellas palabras hicieron que le prestase mayor atención-. Un Arco Blanco solo dispara flechas, nada más, aunque eso sí... acierta.

-¡Sí! Ya, ¿Pero tú que me ofreces? –mi habitual egoísmo estaba a flor de piel, como diría, rebosante de vida. Ansiosamente le interrogué un poco más. - ¿Acaso me vas a hacer tú otro regalo? Dime ¿Qué regalo, Brigadión?

-Príncipe Degall, lo he estado cavilando mucho –miró a nuestro alrededor temeroso de que alguien oyese la conversación-. Nadie, repito nadie... debe enterarse de lo que voy a deciros, ni de lo que voy a hacer ya que ambos saldríamos muy mal parados. El hecho de ser príncipe no os exonera del delito y a mi si me descubriesen sería la deshonra de mi familia. Nunca nadie ha revelado los “secretos”.

-¡A..., acas..., acaso! –la emoción me hizo tartamudear elevando la voz- Acaso estás insinuando que...

Me tapó velozmente la boca con su mano para que no pudiese hablar, ni gritar de la emoción que estaba empezando a sentir. Su expresión me lo decía todo, hablaba de verdad y no mentía.

-He decidido enseñaros “Lo Prohibido”. Mañana tendréis vuestra primera lección -acto seguido me miró muy seriamente. Parecía estar mentalmente en otro lugar y tuve la impresión de que hasta el color de sus ojos había cambiado por la importancia de su decisión.

- ¿Tengo vuestra real palabra de príncipe, que este secreto nuestro nunca saldrá por vuestra boca?

Atónito como estaba y sin poder contestar, Brigadión tuvo que repetir dos veces la pregunta antes que le contestase afirmativamente.

“Lo Prohibido”, solo los vasininos sabían de él, de su poder, de su grandeza. Era justo lo que necesitaba si quería llegar a la meta de la corona con mucha distancia de ventaja sobre Gumb o de cualquiera que se prestase. Sabiendo las leyes de “Lo Prohibido”, sería mucho más fuerte, inteligente, audaz, intrépido. Mucho más lo que fuera cualquier persona y sobre todo, sobre todo (malévolamente me lo imaginaba), muchísimo más peligroso. Eso por supuesto.

Así que todavía nervioso por mi nuevo porvenir hablamos de los pormenores y demás, aunque sin enterarme casi de nada debido a mi propia exaltación.

Al día siguiente íbamos a empezar con las clases generales por cualquier lugar del palacio donde todo el mundo pudiese apreciar la normalidad en ellas.

¡Pero “Lo Prohibido!”, solamente me lo iba a enseñar en salas y aposentos donde únicamente estuviésemos los dos en el más absoluto de los secretismos.

Desde luego era un regalo mucho mejor que la mierda esa del Arco Blanco. Con ello pude ver que Brigadión si apostaba por mí y vi claro que la hora en la que le tenía que mostrar mis cartas estaba muy cerca.

Ahora confiaba en él plenamente.

Al rato cuando me serené del shock, decidimos volver con Chafan y los demás para oír más tonterías.

20

“LA ESENCIA DE “LO PROHIBIDO”

Así a los pocos días después de nuestra llegada, los tres vasininos ya nos estaban aleccionando a mis hermanos y a mí. Cada uno eligió una zona del palacio donde poder impartir las clases sin ningún tipo de molestias. Lienha y Chafan, una gran alcoba en la parte alta desde donde se podía divisar las bellas montañas de la Cordillera Imantada. Gumb y Rutter, prefirieron un pequeño salón en el ala sur de palacio, lejos de lo que podríamos denominar el bullicio palaciego. La tranquilidad y el silencio que allí reinaba era absoluto.

Sin embargo, Brigadión prefirió para nosotros el contacto directo con los muros y con la plebe de palacio. Primeramente, no lo entendí, pero luego poco a poco fui dándome cuenta del porqué de su elección. Para la enseñanza de “Lo Prohibido”, eligió una alejada alcoba en un lateral de palacio. Esta no tenía balcón, sino pequeñas ventanas en su parte superior, por lo que era muy difícil que alguien pudiera descubrir qué tipo de clase se estaba impartiendo. La estancia fue totalmente despejada de mobiliario alguno y solamente quedó una mesa, dos sillas y unos cirios para poder tener algo de luz.

Así que pocos días después de llegar a Nueva Maran ya me encontraba otra vez sumido en las puñeteras clases de matemáticas, geografía, cultura y no sé cuántas mierdas más impartidas por Brigadión. Eran disciplinas obligadas, pero también (y menos mal), estaba “Lo Prohibido”.

Paseando por los jardines del palacio con él, empezó a explicarme algo que no entendí del todo.

-Bien príncipe, como podéis ver en vez de elegir una estancia para daros las clases, he preferido también hacerlo sobre el terreno, sobre el mundo que nos rodea. La gente, las murallas, los animales, las montañas, sabed que todo tiene algo que enseñarnos.

Le miré con cara de idiota.

«Tal vez haya bebido antes de empezar la clase. -pensé-. Menuda tontería. ¿Qué demonios van a decirme las murallas, los gorriones o hasta los míseros esclavos del palacio?»

El vasnino debió percibir mi extrañeza, ya que comentó:

-Ya lo entenderás Degall, pero todo a nuestro alrededor nos dice algo sobre ello o sobre sí mismo. El color de una flor, la fuerza de una marea, la luz reflejada de la luna, hasta un ladrillo en una muralla tiene algo que decirnos sobre la propia muralla. Captar la esencia de lo que vemos es vital si queremos llegar a su entendimiento, o dicho de otra forma, si queremos descubrir algo importante respecto a ello.

-¿De eso se trata “Lo Prohibido”? -pregunté esperanzado y en voz muy baja.

-Eso es lo primordial, mi príncipe –rebatí-. Partiendo de la base llegaremos a la cima. Siempre hay una base y si nos la saltamos tarde o temprano faltará ese escalón que hemos dejado atrás y nos impide continuar. Todo a su tiempo; no hay prisa. La tranquilidad no llevará más lejos que la impaciencia. Debes empezar a ver lo interno y no lo externo. Esencia, esencia y mucha más esencia.

Hizo una gran inspiración y vi que el aire llenaba su estómago.

-¡Ahí está el principio! Lo ves, pero no lo ves. Tienes que descubrirlo por cómo se presenta delante de ti. Ese es tu primer desafío que empieza en tu nueva etapa.

Brigadión de nuevo me tuteaba, pero ahora lo consentía, ya que lo que estaba en juego era mucho más importante que un proceder en las formas. Por lo menos por ahora.

-No entiendo lo que quieres decirme, Brigadión. ¿Qué es? ¿Un juego de palabras?

El vasnino me miró con una sonrisa.

-No Degall. No se trata de ningún juego de palabras. De ahora en adelante debes entender en cualquier momento lo que intento y pretendo decirte y que las palabras no sean eso, simples palabras. Las palabras pueden confundirte, su significado no. En tu cabeza deben tener un significado real, debes entender plena e íntegramente lo que quiero decir, lo que es esa palabra y no solo su sonido en tus oídos. “Lo Prohibido” parte de una primicia y es entender lo que se intenta mostrar en cada instante. Sin eso es imposible descubrir el real significado de lo que nos rodea. Tu primera lección será intentar descubrir o entender la esencia de la propia de la esencia. El significado de la palabra que entra en tu mente. ¿Entiendes bien lo que quiero decir?

-Sí, sí, eso lo entiendo. -afirmé un tanto inseguro.

-Bien, eso es lo primero. No oír la palabra, sino entender su significado. Si algo no entiendes házmelo saber, no lo ocultes ya que lo único que consigues es entorpecerte a ti mismo y en vez de caminar estás volviendo hacia atrás.

Era ya media mañana. El cielo sobre nuestras cabezas estaba totalmente despejado y muy a lo lejos se podían divisar algunas nubes, aunque no hacían presagiar tormenta alguna. Así pues, la mañana era perfecta y con una temperatura agradable. Siguió hablando de la famosa “esencia” esa durante largo rato recalcando una y otra vez su importancia y en lo que esta se basaba. Al final lo entendí bien claro, no podía dejar ninguna duda en mi cabeza, debía preguntarle todo lo que no comprendiese. A partir de ahí debía intentar (y esto iba a resultar más difícil), dejar de ser el tontaina príncipe hijo de rey que quería demostrar que lo entendía todo, cuando en realidad no se percataba de nada. Aquello que Brigadión empezó explicándome sobre “Lo Prohibido”, lo hacía de forma muy amena. Sus ejemplos, comentarios y demás eran placeres para mis oídos, disfrutando como un niño con su genuino intelecto.

-¿Ves ese rosal? –señaló con su mirada.

Miré y allí cerca en la muralla había una gran rosaeda llena de enormes y magníficas rosas que resplandecían de belleza.

-Sí -contesté sin entender donde quería llegar-. Se ve que aquí en Dor-Alia la tierra es fértil para florecer. ¡Vaya planta!

Se acercó y arrancó un pétalo de una rosa cualquiera. Me pidió que abriese la mano y lo depositó dentro de ella suavemente. Aquello me sonó raro, pero él era el maestro y yo el aprendiz, debía seguir sus reglas y enseñanzas sin importarme donde me llevaran.

-Dime. ¿Qué sientes ahora? ¿Puedes notar algo en tu mano?

-Sí –respondí rápidamente.

-¿Sí? ¿Y se puede saber qué es lo que notas? -me dijo con una no disimulada sonrisa sarcástica.

-Bueno, noto su tacto y si la acerco a mi nariz, su aroma y su liviano e insignificante peso –no sabía que más decirle, tal vez debí parecerle idiota con mi respuesta, pero por su cara noté que nada de lo que yo creía estaba en lo cierto-. Lo siento Brigadión, pero no noto nada más y esa es la verdad. Estoy un poco confundido. Son los primeros pasos y no veo aún el sendero, pero seguiré intentando caminar. Ahora simplemente estoy sin esa luz que tú me enseñarás a encender.

Mis filosóficas palabras, parecieron agradarle.

-Bien, me gusta tu respuesta. Trae ese pétalo aquí –sin más lo cogió de mi mano y lo puso en la suya, luego con el dedo índice de su otra mano lo acarició suavemente mientras cerraba los ojos y hacía otra fuerte inspiración-. Bien, bien Degall. Este pétalo se muere sin remedio. Su piel, su delicado tacto y su esencia me lo comunica. Siento como la energía se va alejando de su diminuto cuerpecito, volviendo al polvo del que salí. ¿No lo sentiste así?

No hizo falta que contestara, la expresión de mi cara lo decía todo y decidió ir por otros derroteros.

-Vamos a ver, Degall. Volvemos a empezar.

«¿Volver a empezar?» -pensé que tendríamos que volver a empezar mil veces con aquello que no entendía nada de nada por mucho que quisiera explicármelo.

-¿Qué quieres que haga? -pregunté risueño.

-Nada. Eso es lo que tienes que hacer..., nada. Solo escucha y presta mucha atención a mis palabras, a su real significado. ¿Entiendes por dónde voy?

-¡Sí!

-¡Bien! Ahora cierra los ojos y escucha.

Muy nervioso y con mil preguntas queriendo escapar de mi mente, hice lo que me pedía.

-¿Y ahora? ¿Qué? -pregunté con los ojos cerrados.

-Ahora estate quieto y escucha. Sobre todo, entiende y siénteme.

Diciendo esto noté que ponía un dedo sobre mi mejilla.

-¿Y eso? -volví nuevamente a preguntarle.

-Degall, espera tranquilo. Las preguntas las hago yo. Tú solo límitate a hacer lo que te diga, nada más. ¡Nada más! -dijo intranquilo viendo mi estado de nerviosismo-. ¿Quieres que empecemos de nuevo?

-¡No, no! Está perfecto. ¡Perdona! No volveré a preguntar más. ¡Palabra!

-Bien. Pues vamos allá. Dime. ¿Qué sientes?

Con los ojos cerrados, lo único que sentía era una pequeña presión en mi mejilla izquierda, nada más y así se lo hice ver.

-Noto como tu dedo está tocando mi mejilla.

-¿Algo más?

-¿Eh? ¿Qué quieres decir con algo más?

-Vuelve a mi dedo, Degall. Siéntelo y dime de nuevo, pero piénsalo bien antes. ¿Qué sientes?

Demonios con el vasnino. Solo estaba notando su dedazo en mi mejilla. ¿Qué quería que le dijese?

-Pues solo siento tu dedo, Brigadión.

-Vale, no importa. Ahora escucha mis palabras, escucha “Lo Prohibido”. Su significado.

Calló un instante y después de una gran inspiración que oí, volvió a decirme:

-Es importante que mantengas los ojos bien cerrados. Entiéndeme, por favor. Siente el lugar donde apoyo mi dedo, pero siéntelo en tu cuerpo, en tu mejilla izquierda. Siento ser pesado, pero entiende bien lo que intento trasladarte, es importante.

Brigadión me estaba solicitando que sintiese mi cuerpo y eso no estaba muy acostumbrado a hacerlo, excepto cuando sufría algún golpe jugando con mis hermanos o haciendo cualquier otra cosa. Nunca se me había ocurrido semejante tontería. ¡Bah! Sentir mi cuerpo, menuda imbecilidad.

Pero, pero pensándolo bien. ¡Sí! Sí había sentido mi cuerpo en otras ocasiones. Lo había sentido en mis constantes masturbaciones viendo en mis sueños despiertos a mi querida hermana, pero a esto no le daba mayor importancia, ya que era algo completamente normal. ¿Era normal? ¿O en ese momento sublime del orgasmo sentía realmente la belleza y el poder de mi cuerpo? Tal vez Brigadión tuviese un atisbo de razón, por lo que rápidamente decidí empezar a tomarme esta enseñanza de una forma mucho más seria.

-Sí. Estoy sintiendo tu dedo en mi mejilla y noto cierto calor ahí Brigadión.

-Perfecto. ¿Y ahora? Siente tu cuerpo ahí, en este otro lugar.

Me tocó la otra mejilla y digamos que profundice volviendo a sentir el calor del lugar donde él ponía su dedo. Así estuvimos un buen rato recorriendo diferentes partes de mi fisonomía y pidiéndome que lo sintiese. Al rato me dijo que siguiese sintiéndome, pero sin que él presionase nada, ahora era yo quien debía sentirme a mí mismo, pensando únicamente en lugares de mi ser; en brazos, piernas, dedos, en todos los lugares que Brigadión me decía. Reconozco que este primer disfrute real de mí mismo me llenó de alegría y sentí como que mi cuerpo reaccionaba y me hablaba a su manera, se comunicaba conmigo. Cuerpo y mente.

Tras un buen rato subiendo y bajando desde la cabeza hasta los pies, me solicitó abrir los ojos y decidió dar por finalizada la primera lección de “Lo Prohibido”. Fue sencillamente genial.

-Bien príncipe. Dejemos este tema por hoy y volvamos para centrarnos en otras áreas. Lo que te ocurre, esas dudas son normales sobre todo durante la primera parte del aprendizaje, ya lo entenderás con el tiempo. Volvamos puesto que debemos seguir con algo de matemáticas antes de terminar por hoy.

Habíamos dado la primera clase de “Lo Prohibido”, donde cualquiera pudo habernos visto, pero que gracias a nuestra aliada la providencia, nadie se percató.

Accedimos a nuestro territorio particular y si solo hubiera sido matemáticas ni tan mal, pero luego siguió la historia de mi familia para acabar con unas nociones de política y normas de reinado. Esto me aburría enormemente puesto que tenía mis propias ideas al respecto

¡Demonios con “Lo Prohibido”! No había empezado con muy buen pie ya que no me había enterado de mucho y eso que había puesto toda mi buena voluntad. Realmente, me costó bastante captar el significado de la esencia. Al principio solo era el sonido de una palabra con multitud de conceptos a su alrededor, con el tiempo los conceptos desaparecieron y ella fue apareciendo poco a poco, mostrándome su secreto y grandeza.

Cuando el slá abandonó el cuerpo del gobernador Cardieff, justo antes de ser atacado por las dagas de Chafan, Rutter y Brigadión, se elevó por los aires con la ayuda del viento dirigiéndose lo más veloz posible hacia Dor-Alia. No tenía mucho tiempo, su forma ahora convertida en humo no le daba muchas opciones, debía encontrar un cuerpo antes de desintegrarse y desaparecer para siempre, tenía solo unas cuatro jornadas para poder realizar el cambio. Los campesinos que veía desde arriba por los campos eran una opción, pero con esos atuendos y sus miserias no le animaban en absoluto a apropiarse de ellos. Decidió que debía arriesgarse y llegar lo antes posible hasta la ciudad, allí en cualquier fonda o pensión podría entrar por la noche a través de una ventana abierta y elegir un cuerpo más apto para él, su propio orgullo así se lo hacía saber.

Llegó a Dor-Alia al anochecer, cansado y con un peligro real si no actuaba con prontitud. Sobrevoló la ciudad eligiendo unas cuantas posadas que disponía en sus primeros pisos de amplias ventanas. Aquella noche haría una batida por todas ellas y allá donde un cuerpo le gustase, empezaría a vivir de nuevo como cualquier ser humano más. Dor-Alia era una ciudad bastante calurosa durante aquella época del año, por lo que seguro que la mayoría de las ventanas estuviesen abiertas de par en par durante la noche.

Cuando por fin la oscuridad se apoderó de la ciudad y toda alma se hallaba durmiendo comenzó su búsqueda. Entraba a través de las ventanas abiertas y una tras otra comprobaba quién estaba dentro. Recorrió todos los lugares elegidos y se detuvo en uno de ellos observando desde fuera oculto por la negrura de la noche a una pareja haciendo el amor. Plenos de sudor ambos retozaban, jugando, besándose, tocándose en un catre que era testigo mudo de aquella escena sexual. La belleza y delicadeza de ella era excepcional, majestuosa, impactando directamente en la mente del slá. Finalmente, una serie de sucesivos espasmos derivó en un gran orgasmo. Luego, simplemente se abrazaron regalándose multitud de besos amorosos. El slá observaba, parecía no querer alejarse del lugar observando a la mujer en todo momento, pero cómo debía encontrar algo donde refugiarse lo antes posible, decidió volar hacia otro lugar. Después de recorrer durante bastante tiempo más la ciudad, llegó a otra ventana abierta donde un hombre dormía plácidamente en una cama. Entró, dio una vuelta a la habitación y cuando todo parecía que iba a acceder a este nuevo cuerpo, se detuvo. La mente del slá voló rápidamente a la habitación donde había estado antes.

«Qué mujer más hermosa. –se dijo- Debo verla de nuevo, así que luego regresaré aquí y tomaré este cuerpo. Me será mucho más fácil recorrer el camino en estado etéreo para verla sin peligro.»

Dicho esto, volvió a salir por la ventana dirigiéndose de nuevo al lugar y al llegar comprobó que el hombre se estaba acabando de vestir. Luego este depositó un beso en los labios de la mujer a modo de despedida.

–¡Amor! Aunque me vaya mi corazón estará siempre contigo. Mi mujer cree que estoy fuera de la ciudad por trabajo por lo que ahora debo partir puesto que si no, no podré llegar a mi destino a tiempo –el hombre hablaba intentando parecer triste-. Pero te juro por mis hijos que en cuanto vuelva... te prometo que a mi vuelta arreglaré todo e iremos a vivir juntos tú y yo, los dos solos, mi amor. Te amo con locura y lo he decidido, dejo a mi mujer y a mis hijos por ti cariño.

Aquellas embusteras palabras agradaron a la mujer que guiñándole un ojo lleno de promesas respondió casi suplicando y dando unos cachetitos encima de la cama:

–No te vayas todavía semental mío y quédate un ratito más. ¡Hagámoslo! ¡Hagámoslo otra vez, por favor! Te necesito dentro de mí. Muy dentro, amor. Anda ven aquí conmigo un poquito más.

«Qué ternura. –pensó el slá-. Si fuera yo...»

Y una salvaje idea recorrió su sucia mente.

-Pero Aura, mi amor, no puedo -contestó el amante-. Lo siento de veras, ahora debo partir con urgencia.

Y lanzando un beso al aire hacia ella, se despidió abriendo la puerta y volviéndola a cerrar con sumo cuidado y en completo silencio.

La mujer miró hacia la ventana y durante un segundo creyó ver algo extraño en ella, algo parecido a humo, pero sin darle la más mínima importancia arregló un poco la deshecha almohada antes de ponerse a dormir confortablemente. El slá vio salir de la posada a su ruin caballero ocultándose entre las sombras. Daba la impresión que temía ser descubierto por algo o alguien ya que escrutaba la calle oteando hacia todos los lados. El ser etéreo volvió su atención hacia ella que tenía los ojos cerrados y respiraba lenta y suavemente.

“Una respiración que nada tiene que ver con la que has tenido trajinando hace un rato. ¡Golfal!”. -se dijo el slá.

Debido al calor de la noche, la mujer se encontraba desnuda y solamente tapada de cintura para abajo con una ligera sábana que poco podía ocultar sus bellas formas. El ser desde la calle y flotando frente a la ventana no quería abandonar la escena que le tenía preso y obnubilado.

Empezó a cavilar.

Y pensó... pensó que si optaba por tomar el cuerpo de aquella belleza, le sería mucho más fácil acercarse al general Zuwauik para asestarle un golpe de gracia. Un maravilloso y apetitoso golpe de gracia.

“Mi venganza será tu postre, maldito general. ten por seguro que se te va a atraganta..., y mucho”. -se dijo.

Cuando estaba en posesión del cuerpo del gobernante de Nueva Maran, sabía por las propias palabras del militar, que este solía acercarse a ciertos prostíbulos y lugares un tanto escabrosos donde podía conseguir placer por poco precio. Siempre lo hacía sin sus ropas militares y sobre todo acompañado de dos de sus más fieles hombres para que le cubriesen las espaldas. Con aquel cuerpo de mujer le sería mucho más fácil acercarse a él y asesinarle en cuanto bajase la guardia. Sí, esa era la solución. Así que esperó con paciencia a que estuviese completamente dormida, luego sigilosamente fue acercándose. Entró por la ventana, se elevó por encima del cuerpo femenino y suave, casi dulcemente se adentró en ella. Fue fácil para él, muy fácil. La bella dama no se percató que moría y dejaba su cuerpo a un extraño. Cuando todo el proceso hubo finalizado y el slá se sintió revivir dentro de un cuerpo femenino por primera vez, no pudo reprimirse. Comenzó a acariciarse suavemente los pechos, piernas, clítoris y acabó masturbándose intensamente conociendo por primera vez cada palmo de su nuevo hogar.

Después tranquilamente se relajó pensando en los siguientes pasos a dar.

Estaba feliz y en un cuerpo nuevo.

Como él hubiese dicho...

Se lo merecía.

Y allí se quedó dormido como un angelito.

22

“MALAS NUEVAS”

Los pocos días que transcurrieron hasta la llegada de noticias de Lamiah, fueron bastante tranquilos. Durante la mayor parte del día Brigadión seguía impartíendome

asignaturas por el palacio. Visitábamos las cocinas, cuadras, salones, torres y murallas. Cualquier sitio era bueno para que me explicara o enseñara algo, con esta forma más llevadera y divertida conseguí aprender más rápidamente.

Mi hermano como siempre seguía tocándome las narices y yo a él, por supuesto mismo y eso era en cuanto estábamos juntos. No podíamos cambiar, era vernos y la hoguera de la soberbia, ira y egoísmo se encendía súbitamente en ambos. Relativo a Lienha también seguía igual. El deseo más animal y sexualmente oscuro seguía creciendo dentro de mí por ella. Si no fuese mi hermana ya hubiera sucumbido a mis deseos prácticamente día sí y día también. No lo podía remediar y es más..., ni pretendía hacerlo.

«¿Lienha, cuando serás mía?».

La noticia llegó al anochecer durante en la cena. Nuestra tía, aunque triste, empezaba a comunicarse mejor y sus lamentos eran cada vez más espaciados. De sus hijos prefiero no opinar, ya que sus simplezas y bobadas me sacaban de juicio y puedo jurar que a Gumb también.

En aquella cena, este irónicamente me hizo una pregunta mirando a todos los comensales. Resultaba evidente que su única intención era ofenderme.

-Degall, cuéntanos. ¿Cómo te va a solas con Brigadión? ¿Ya aprendes algo o sigues igual de torpón?

Más de una sonrisa fueron apareciendo en las caras, aunque también debió contribuir a ello el color rojizo de mis mejillas por culpa del inapropiado comentario.

Pero...

-Es un perfecto aprendiz –respondió ágilmente Brigadión saltando en mi defensa–. Creo que en poco tiempo conseguirá grandes progresos, príncipe Gumb.

-Brigadión, Brigadión. Que no te engañe nuestro hermanito del alma, ya sabes que es muy cuco. Ya puedes atarlo en corto que si no...

-¿Qué si no qué, cantamañanas? -repuse enérgicamente con rapidez- ¿Acaso tú eres el más apto para opinar de los demás?

Antes que pudiese contestar, tuve una inesperada ayuda.

-¡Sí! Eso Gumb. –saltó Lienha. Pensé que debía haber bebido más de la cuenta. Verla así apostando por mi defensa era algo muy inusual en ella-. ‘Ah! Es verdad, que se me olvidaba que eres muy listo. Háblanos de ti, por favor, hermanito. Háblanos de tí y de tus digamos “no torpezas”. Y por cierto..., ¿aprendiste ya nuestro árbol genealógico más allá de padre? ¿Sabes cómo se llamaba tu abuelo o tu abuela?

Rutter, Chafan y Brigadión observaban la trifulca con cierto aire divertido, ver a sus pupilos en plena lid dialéctica les agradaba mientras no fuese a más. Nuestra tía e hijos simplemente comían y callaban.

-Eso Gumb. ¿A ver si eres capaz de decir un nombre o dos de nuestros no tan lejanos parientes? -contraataqué.

-¡Bah! Sois imbéciles y tú Lienha, ¿no sé por qué te metes en lo que no te importa. Esto iba solo con Degall. ¿Qué tienes que salir en su defensa? Ya, claro, el niño no sabe defenderse solo -el rabioso tono de Gumb no hacía presagiar que iba a abandonar la lucha.

-Para defenderme de ti no necesito mucho, Gumb –estábamos uno frente al otro, intentando cada cual, que el otro bajase la mirada, pero ninguno lo hacía-. Cualquier viejecita podría defenderse de ti. -moví los brazos como aspas y grité-. ¡Socorro! Que viene Gumb. ¿A mí! ¡A mí! ¡Socorro! ¡Es el ogro..., es el terrorífico ogro Gumb!

-Ya me lo dirás a la cara en cuanto te coja a solas y...

-Bueno, basta por favor –intercedió Rutter viendo que íbamos a más sin intención de detenernos-. Creo que será mejor que no sigamos por ese camino. El verdadero enemigo está fuera de estas murallas no dentro.

-Bien dicho, Rutter –agregó Chafan–. Me estaba empezando a aburrir esta riña sin ton ni son y por cierto..., –luego dirigiéndose a sus dos compañeros siguió sin dar más importancia al asunto-. ¿Qué tal los príncipes ahora que están solos con vosotros? ¿Qué tal han aceptado este nuevo cambio? ¿Mejorías?

Los tres iniciaron una conversación sobre nuestro aprendizaje, mientras Lienha, Gumb y yo nos manteníamos callados, al margen y oyéndolos hablar. Discutían con cordialidad los pros y contras de diferentes temáticas de enseñanzas comunicándose entre ellos como verdaderos sabios. Deduje que como conocedores de “Lo Prohibido”, podían estar hablando tranquilamente, entendiéndose a la perfección y sin ningún tipo de duda.

Su charla, así pues, nos relajó a todos y quitó hierro a la tensa situación anterior. Nuestra tía seguía igual, parecía que le aburría lo que se trataba en esta parte de la mesa y se dedicaba más a conversar con su hijo mayor sentado junto a su vera.

Cuando íbamos a iniciar los postres un siervo entró, se acercó a Chafan y le dijo algo que nadie pudo oír. Seguidamente, con un cuchillo el vasnino golpeó suavemente su copa de cristal para atraer nuestra atención.

-¡Por favor! Debéis perdonar un poco mi ausencia, pero un asunto importante me requiere. Tan pronto como pueda volveré a esta agradable mesa -dijo con educación antes de marcharse–. Continúa sin mí, por favor.

Todos menos Rutter y Brigadión nos miramos con extrañeza esperando encontrar una pista en las caras que nos dijese lo que pasaba. No era normal la actuación de Chafan excepto que fuese algo muy importante. Después de desaparecer tras la puerta y viendo las caras que quedaban allí, Brigadión nos habló a todos en un intento baldío de tranquilizarnos.

-¡A ver! –dijo percatándose del silencio reinante–. Sigamos el consejo de Chafan y continuemos con los postres que por cierto tienen una apariencia estupenda. No ocurre nada y no hay por qué alarmarse.

Dicho esto, siguió conversando con Rutter como si tal cosa, como si nada extraño ocurriese. Pero nosotros no éramos vasninos y nuestra mente actuaba con rapidez, inundándonos de historias y sucesos anormales. Intenté no dar valor a lo que pensaba tratando de prestar atención a su charla. Una rápida mirada a Lienha y a Gumb, me hizo ver que a ellos les pasaba lo mismo, creían lo que creaban sus mentes y en definitiva..., nada bueno.

Y mientras tanto nuestra apática tía seguía a lo suyo.

Al rato Chafan volvió y todas las conversaciones callaron. Sin dar mayor importancia se sentó tranquilamente volviendo a poner la servilleta sobre sus piernas y alargando la mano para coger una manzana. Empezó a pelarla no sin antes cruzar una seria mirada con Rutter y Brigadión.

Gumb estaba deseoso por abrir la boca y preguntar. Se notaba que la impaciencia hacía mella en él por lo que yo preferí aguantar y estar callado, aunque si no preguntaba algo rápidamente, lo haría yo en breve.

Al rato no pudo contenerse más

-Chafan, ¿Alguna noticia del slá? ¿Ha sido capturado ya?

-No, mi príncipe. Pero estad tranquilo por eso. Todavía no sabemos dónde se oculta ese engendro, aunque puedo prometeros por mi honor que hemos de dar con él no tardando mucho.

Su respuesta no colmó mis dudas, así que ahora era mi turno.

-Pero Chafan, te hemos visto salir tras el siervo -luego añadí con aire de misterio–. Eso debes reconocer que no es muy normal en ti a menos que se trate de algo realmente importante. Perdona nuestra impaciencia y curiosidad que podría llegar a ofenderte. ¿Pero podrías decirnos si son buenas o malas nuevas? También he observado como

cruzabas miradas con Rutter y Brigadión cuando has vuelto, y la verdad..., eso es lo que hace que esté preocupado.

Chafan con rostro serio posiblemente debido a nuestra insistencia dio fin a la charla diciendo:

-Príncipes, no son ni buenas ni malas noticias, eso según se mire. Cuando acabemos la cena tendré una conversación con vosotros. También nos acompañarán Rutter y Brigadión y la tendremos en el pequeño saloncito aparte. Debo comunicaros a todos el mensaje que acaba de llegar de vuestro padre desde Vende. Así que, por favor, tened un poco más de paciencia, terminemos de cenar y vayamos entonces. En seguida seréis informados ampliamente de lo que quiere vuestro padre.

Con un vasnino y si encima se llamaba Chafan no había nada que hacer contra su voluntad, así que nadie intentó conseguir algo más de información. No había otra opción, solo podíamos esperar que terminase su manzana tranquilamente, eso suponiendo que no apurase luego unas cuantas copas de licor hablando con los demás o con nuestra opaca tía.

Pero como todo llega a su fin, también a la cena le llegó su hora y en silencio pasamos los seis al saloncito. Nuestros parientes presentaros sus excusas con respecto y partieron cada uno de ellos a descansar a sus alcobas. Una vez dentro nos fuimos sentando en diferentes sillas y butacas. La decoración a base de corazas, escudos, todo tipo de armas sujetas en las paredes, decía que aquel saloncito era en realidad una pequeña fortificación en caso de ataque enemigo. Solamente Chafan se mantuvo en pie delante de todos. Mi oído estaba presto a escuchar cualquier cosa que viniese de padre. Tal vez había decidido llevarnos de vuelta con él o tal vez quería que quedáramos en Dor-Alia por muchos años. Cualquier decisión podía llegar de su condenada y retorcida mente.

Chafan sacó un pergamino que ocultaba en su bolsillo, lo desdobló con cuidado y mirándonos a todos empezó a hablar.

-Príncipes, lo que os voy a leer a continuación está redactado y firmado con el sello real de vuestro padre el rey Crotor Vaalam de Shámsala. No hay ninguna duda sobre su autenticidad. Viene dirigida a mí nombre, pero es para vosotros y dice así:

Chafan, aunque ya sabes que no soy muy pródigo en ello, quiero primeramente agradecerte a ti y a los demás la seguridad y protección con la que han dispuesto mis hijos durante su viaje a Nueva Maran. Mi confianza sobre todo vuestro trabajo ha aumentado positivamente y sé que están en muy buenas manos.

Quiero que este mensaje sea leído íntegramente ante mis tres hijos por igual y a la vez. Cuando se haga solamente deberéis estar presentes con ellos, tú, Brigadión y Rutter, nadie más.

Una caravana ha salido de Vende con destino a Dor-Alia, en ella viajan cuatro monjes del monasterio Lahor, portando dos gemas lamverdyanas. Quiero que en cuanto se reciban, se engarcen urgentemente y sean entregadas a Gumb y a Degall para que las lleven puestas en todo momento.

Di a Lienha, que no se puede enviar otra para ella, solamente se han podido fabricar dos con el material que había, desconozco si más adelante podrá disponer de una. Por ahora no, y estas dos que quede bien claro que son para mis hijos, únicamente para ellos, no para ella..

Asimismo, Chafan deberás explicarles también al término de esta misiva, por qué y cómo funcionan las gemas.

Y he tomado otra gran decisión. He ordenado que su hermanastro Elcor Vaalam de Shámsala regrese a palacio habitando ahora mismo en aposentos reales con los mismos favores que tienen ellos. Nunca les he hablado de él y siempre ha sido prohibida la sola

mención de su nombre por orden mía, pero debido a los últimos acontecimientos acaecidos en mi propia casa, he decidido que vuelva conmigo y ocupe el lugar que le corresponde.

Chafan, Rutter o Brigadión, podéis informar a los príncipes sobre preguntas que os hagan relativas a Elcor Vaalam de Shámsala

Espero y deseo veros pronto.

Tu Rey y Emperador

CROTOR VAALAM DE SHÁMSALA

Al terminar Chafan cedió el documento a Rutter.

-Por favor, léelo y pásalo a los demás .

Así que en silencio el mensaje corrió de mano en mano siendo leído por todos. Cuando acabamos su lectura Chafan volvió a hablar.

-¿Y bien, alguna pregunta?

-Alguna pregunta? –cortó secamente Gumb–. Si solo fuese una estaríamos contentos. ¿Quién es ese Veltor, Vecor o como se llame? ¿Y qué es eso de una gema lamverdiana?

-¡Sí! ¿Y por qué no se me da a mí una y sí a mis hermanos? -la mala leche que demostraba nuestra hermanita era evidente y sumamente razonable.

-Bueno, vamos a hacer una cosa –dijo Chafan con autoridad intentando apaciguar los caldeados ánimos–. Como ahora cada uno de nosotros alecciona a cada uno de vosotros. Les pido a Rutter y a Brigadión que mañana os den todas las explicaciones necesarias sobre el mensaje de vuestro padre. A vos Lienha, os informaré yo personalmente de todo lo que queráis saber al respecto. ¿Alguna pregunta más, príncipes?

-Por supuesto y perdona la insistencia, Chafan –dijo rápidamente desafiando su decisión de dejar el tema para el día siguiente-. ¿No puede ser ahora?

-Ahora no es aconsejable, Degall –contestó pacientemente–. Llevaría bastante tiempo hablar de ello y hoy se ha hecho tarde. Tened un poco de paciencia, mañana os diremos todo lo que queráis saber relativo al nuevo príncipe Elcor. ¡Así que todos de acuerdo y no se hable más! –afirmó dejando claramente zanjado el asunto.

Sin poder hacer nada más callé, pero tenía demasiada curiosidad de saber quién era ese Elcor. Curiosidad que dio pie al odio más profundo en cuanto supe más acerca de ese usurpador a través de Brigadión.

-Si no queda otra, no queda otra –dijo de mala gana Gumb levantándose con mal talante de su asiento–. Visto lo visto, vuelvo a mi alcoba que no tengo ganas de oír más tonterías de las torpezas de nuestro padre -y remató con un explosivo–. ¡A la mierda!

Quedamos en silencio viendo como Gumb abandonaba la estancia y como la noche no tenía mucho futuro, decidí hacer lo mismo que mi hermano y con un hasta mañana abandoné la apagada reunión. Fui rápido tras su paso y cuando llegué a su altura comenté:

-Gumb, ¿Has entendido algo de lo que ha dicho Chafan? Mi cerebro me dice algo que no quiero aceptar.

Aunque sabía de Elcor por mi subida a la torre, pensé que era mejor no dar pistas a Gumb. Deseaba saber cuál era su opinión como así me lo hizo saber a posteriori.

-¡Pues está claro, Degall! Pareces imbécil -sentí que el tono de su respuesta me aceleraba el corazón subiéndome la sangre a la cabeza–. Padre ha decidido que su hijo repudiado vuelva al redil, a nuestro hogar. Aceptándole de cara a todos como el nuevo príncipe de Shámsala. ¿Qué significa eso? Fácil, pues que ni tú, ni yo somos ahora los primogénitos. Ahora es ese “Velnosequémierdas” ¿Sabes lo que significa, hermanito?

-¡Sí! Que..., según nuestras leyes, es el elegido para la sucesión.

Las palabras salieron de mí boca lastradas como por una enorme roca, me costó decirlas.

-Pero padre debe primero decidirlo así. ¿No, Gumb?

-¿No has oído a Chafan en el saloncito? Lo ha dicho bien claro los mismos favores que a nosotros. ¿Oíste bien? ¿Lo oíste? Los mismos favores que a nosotros -recalcó-. Está claro que será el heredero del trono y nosotros sus bufones. ¿Y tú no te enteras!

De todos modos, había algo que no encajaba y se lo hice saber de inmediato.

-Gumb, hay una cosa que no entiendo. Si padre decide alejarnos de Vende por nuestra seguridad. Vamos, eso es lo que quiero entender y nos envía las gemas por nuestra también seguridad. Eso quiere decir que nos quiere o que algo le importamos, nos ama, aunque digamos que a su manera. Entonces, ¿por qué se le ocurre que aparezca su nuevo hijo cuando este estaría mucho más seguro en la clandestinidad y sin que nadie supiese de él? Haciendo lo que ha hecho, lo único que consigue es ponerlo en peligro. ¿No será que prefiere que haya un blanco real en Vende, mientras nosotros lejos de allí estamos mucho más seguros? Piénsalo.

Gumb me miró, recapacitó y asintió.

-Sí. La verdad es que es bastante raro. Conociendo a padre no me extrañaría que cediese un peón para agarrar una reina. Pero de todos modos debemos estar preparados para todo, Degall, su actuación no me convence, ni me huele nada bien. Menudo padre nos ha tocado. Será el rey de lo que quieras, pero ojalá muera lo antes posible.

-Lo mismo digo, hermano.

Me fui hasta la siguiente puerta que era la de mi alcoba sin siquiera decirle hasta mañana y sumido en mis propias cavilaciones.

Pensaba que ya que no había tal peligro para el nuevo principito puesto que había sido yo quien había originado todo aquel embrollo en palacio, con la ayuda de Brigadión sí debía hacer este real y actuar lo antes posible. Visto el nuevo futuro que se nos presentaba encima, debía aprender "Lo Prohibido" con máxima prioridad, también contactar con ese slá y cómo no, decidir el futuro de mis hermanos, aunque el de Elcor ya estaba decidido...

¡Muerte sin piedad!

23

"LA CRUZ DE LA CARA"

El regordete general Zuwauik sin atuendo militar y como uno más, entró en la taberna "La Cerveza Roja" con paso firme dirigiéndose directamente a la barra. Los dos secuaces que le acompañaban se sentaron en una de las mesas libres y pidieron a la camarera, cerveza, algo de queso y jamón para comer. En estas ocasiones quien pagaba todo al final de la noche y de la juerga era el propio general. El espacioso local tenía un escenario donde juglares, músicos y cómicos intentaban ganarse la vida diariamente haciendo divertirse a los clientes con un buen rato. Esta vez le tocaba el turno a una pequeña compañía de teatro y el gentío, más que reírse estaba empezando a cansarse de tanta palabrería y de la poca acción que había sobre el escenario. Por el local y entre las tumultuosas conversaciones de los parroquianos, por aquí y allá sonaba alto y fuerte eso de...

-¡Fueraaaa!

-¡ld a aburrir a otro lado!

-¡Menuda basura! ¡No lo aguanto!

-¡No hay quién se lo trague!

Esto era lo que se oía y lo que tocaba hoy en la taberna. Si los artistas no pensaban acabar rápidamente su función, debían ir pensando entonces en cómo salir más tarde del local sin recibir manteca, porque en cualquier momento se empezaría a gestar el lanzamiento masivo de enseres hacia el escenario.

-¡Gracias! ¡Gracias! -dijo uno de los actores acaloradamente sudando por las sienes-. Ha sido todo por hoy. Les agradecemos que nos hayan acompañado disfrutando de esta obra teat...

-Baja de ahí ahora mismo si no quieres que te baje yo -dijo una potente voz desde el fondo de la taberna.

-¡Sí! ¡Sí! Ahora mism... -solo pudo decir esto antes de recibir un tarugo de pan en toda la cresta.

Los "artistas" haciendo caso del consejo del buen samaritano, recogieron todo el decorado en un instante sin decir ni una palabra más y en completo silencio. El escenario quedó despejado en un santiamén y cualquier asomo de lo que había habido momentos antes había pasado a la historia.

Acto seguido un cómico subió al estrado y los aplausos arreciaron en el local. Era de sobra conocido porque por su boca salían chispas y dagas contra cualquiera de los allí reunidos. Y eso quería el pueblo, chismorreos, malestar ajeno y risas.

Y entre estas risas que se prodigaban, Zuwauik hizo un gesto para llamar al tabernero que se encontraba en la otra punta de la barra. Este se acercó.

-¡Hola, mi general! ¿Lo de siempre?

-Pareces idiota Jargas. ¿Cuántas veces te he dicho que no me llames general? -dijo con signo de resignación-. ¡Bah! Déjalo. Ponme lo de siempre, o mejor pónmelo doble que hoy quiero festejarlo.

Aunque no temía por su vida debido a sus guardaespaldas que se mantenían siempre alertas a pocos pasos, el general prefería pasar totalmente desapercibido en aquel antro lleno de humo, gritos y amenazas. Ser un lugar de no muy buena fama y menos reputación es lo que acarrea.

El tabernero al que parecían faltarle algunas luces se acercó a Zuwauik y poniendo su mano tapando su boca para que nadie le oyese, preguntó calladamente:

-¿Festejar el qué, mi general?

-¡Nada! ¡Nada! Ponme lo de siempre, date prisa y doble. Recuérdalo..., doble.

Los días que habían transcurrido desde la muerte del gobernador Cardieff habían sido una bendición para Zuwauik. Gracias a él, el slá había sido descubierto en el cuerpo del gobernador y por ese hecho pensaba que seguro que su rey emperador iba a recompensarle más pronto o más tarde. Se imaginaba que el puesto del fallecido gobernador iba a ser suyo no a mucho tardar. Su alegría estaba radiante, a rebosar y se había olvidado del slá completamente.

-Huyó como un cobarde. ¡Ja, ja, ja! Aquello, lo que sería, se marchó nada más verme -dijo a todos los hombres de la guarnición al volver a Dor-Alia. Luego feliz y contento también había asistido junto a los príncipes y los vasininos a una cena de bienvenida en honor a estos y con la lúgubre presencia de la mujer e hijos del fallecido Cardieff. Que por cierto, a quienes obligaría a abandonar el palacio antes de instalarse él allí.

Como buen imbécil que era, no se daba cuenta que estaba vendiendo la piel de oso antes de cazarlo.

Jargas le sirvió en una copa su licor preferido y casi sin dejarle llenarla, Zuwauik la cogió y la apuró de un solo trago.

-¡Otra! -exigió.

El tabernero le volvió a servir sorprendido.

-¿Qué? Hoy tenemos sed, ¿Eh?

-¡Sirve y calla, tabernero! -dijo con malos modales-. Y dime, ¿tenemos nuevo ganado por aquí que merezca la pena, chaval?

-¿Algo nuevo? -dijo este haciéndose el imbécil, que es lo que era-. ¿A qué os referís, señor?

La cara de pocos amigos que puso Zuwauik rápidamente hizo pensar mejor a Jargas, quién señaló con la cabeza una mesa en una esquina de la taberna en la que una bella mujer sola, bebía tranquilamente acompañada de una botella de licor de fresas.

-¿Veis esa mesa? Pues esa hembra me ha pedido poder trabajar aquí hoy mismo y como para no darle el trabajo -se expresó haciendo unos enérgicos aspavientos con las manos-. Es una auténtica monada y lo único que ha exigido es que ella elige a sus clientes, yo no. No he podido negarme y he aceptado. ¿Pero no sé? Es extraño. He visto que se le han acercado más de diez tipos y a todos los ha mandado a la mierda, igual le gustan las de su propio sexo, digo-y añadió para terminar-. ¿No sé qué querrá? Tal vez un príncipe, aunque aquí lo único que va a conseguir son sucios y apestosos borrachos y mujeriegos -luego mirando a Zuwauik le preguntó- ¿Qué? ¿Hace una intentona mi general? ¡Huy! ¡Perdón! Quise decir caballero.

El general con la seguridad de su bolsa sentía saborear el éxito antes siquiera de hablar con ella. En un momento dado sus miradas se cruzaron y aquel fue el punto de partida. Poco después se decidía ir a por el premio, pero primero pasó donde estaban sus hombres avisándoles firme y severamente:

-Estaros quietos aquí, muchachos. Volveré en cuanto acabe.

Estos como única respuesta sonrieron. Así que Zuwauik si más se acercó a la bella mujer. Cuando estuvo delante, sacó pecho y preguntó galantemente:

-Buenas noches, mi señora. ¿Aceptaríais una grata compañía para escoltaros durante buena parte de la velada? No quiero pecar de grosero, pero permitid deciros que vuestra belleza es más radiante que el sol en un espléndido día de verano.

Palabras sin fondo alguno, pero que en muchas ocasiones habían hecho creer a quien se acercaba el general, que este era un verdadero caballero y sumamente galante. Sobre todo, de cara a una posterior cita íntima con la dama en cuestión y en la alcoba que el general siempre tenía a su disposición en la taberna.

La mujer le miró con cierta desgana.

-¿Aceptaríais vos perder algo de peso en vuestra bolsa por mi compañía, caballero?

Zuwauik sonrió y se sentó junto a ella. Entablaron rápidamente conversación que nada tenía que ver con los propósitos reales que tenían previstos cada uno de ellos para más tarde. Pasaron un buen rato hablando y bebiendo más de la cuenta, sobre todo por parte del general. Viendo que la conversación estaba alargándose y que sus ansias de estar a solas con aquella mujer no menguaban, se armó de valor y le preguntó intentando parecer ingenuo:

-Si lo deseáis, arriba tengo una habitación reservada a mi nombre donde podríamos tomar otra copa sin necesidad de estar oyendo todo este griterío que me impide escucharos y prestaros la debida atención, mi señora.

-Me parece bien, señor mío. ¿Y puedo conocer vuestro nombre ya de paso?

-Zuwauik, mi nombre es Zuwauik. -reconoció él henchido de orgullo-. ¿Y vos mi señora, cual es el vuestro?

-Mi nombre es sorpresa. Os lo susurraré al oído después-respondió guiñándole un ojo con sensualidad manifiesta-. Cuando estemos a solas los dos sin que nadie nos moleste.

La sonrisa de oreja a oreja del general no se hizo esperar, con caballerosidad se levantó de la silla y ayudó a su dama a hacer lo mismo. Ambos subieron a la habitación que tenía a su disposición el general en el primer piso. Entraron y Zuwauik cerró la puerta con llave mientras ella alegando que hacía mucho calor abría la ventana de par en par, luego se sentó encima de la cama

-Así estaremos mucho más cómodos, ¿No os parece, Zuwauik?

-Como vos deseáis, bella mía, ¿Os apetece seguir charlando y bebiendo o tal vez preferiréis hacer... otras cositas?

La mujer dio unas palmaditas en la cama cerca de ella.

-Ven, acércate a mí -dijo con un susurro tuteándole mientras le mostraba la lengua eróticamente-. Aunque primero desnúdate, estarás mucho más cómodo.

El acató rápidamente lo que ella sugería y en un abrir y cerrar de ojos, quedó como vino al mundo, totalmente desnudo ante sus ojos. Viendo que ella no hacía lo mismo preguntó:

-¿Y vos no os desnudáis como yo, mi señora? -los ojos vidriosos de Zuwauik ardían de pasión merced al generoso escote de la espléndida mujer-. Será un placer ayudaros a desnudar. Vuestra belleza no tiene límites.

Diciendo y sin esperar siquiera respuesta, se lanzó como estaba a por el jugoso botín. En el último instante ella se apartó y lo único que encontró fue el dulce aroma que despedía su preciosa piel.

-Espera, lobo mío -dijo ella de pie, mientras el general se encontraba tirado encima de la cama. Acto seguido le lanzó un par de besos con las manos diciéndole-. Déjame atarte cómo estás ahora, luego me desnudaré sensualmente para ti y te haré el amor como nadie nunca te lo ha hecho. ¿Estás de acuerdo?

Ante aquel deseo que tenía su dama no pudo resistirse, le cedió los brazos y las piernas.

-¡Date prisa, cariño! ¡Date prisa! Empieza con el juego ya. ¡Te lo ruego!

Entonces ella sacó un estilete que llevaba escondido a la altura del muslo derecho. Zuwauik al verlo abrió los ojos de par en par, pero tras la respuesta de ella, se tranquilizó.

-Relájate corazón. Lo llevo solo por seguridad, por si alguien quiere propasarse conmigo. Hoy en día con la cantidad de besugos que hay por el mundo, mejor ir preparado.

-¿Preparado? -preguntó él extrañado.

-¡Huy, qué tonta! Perdona, no sé dónde tengo la cabeza con el licor de fresas que he tomado, quería decir preparada -respondió según empezaba a cortarse y rajarse la ropa.

Comenzó por la camisola y acabó por las faldas, hizo tiras con toda su ropa a modo de pequeñas cuerdas con las cuales empezó a atar al general a la cama mientras este babeaba en todo momento. En pocos minutos, acabó totalmente desnuda frente a él.

-Cariño -preguntó él con sorpresa-. ¿Cómo piensas salir luego del local? ¿Desnuda?

Ella volvió a guiñarle un ojo y como respuesta a Zuwauik le sirvió ya que no veía más que un cuerpo muy apetitoso, unos senos prominentes donde perderse y una vagina sumamente apetecible. Cuando la mujer hubo terminado de atarle de pies y manos, el general yacía desnudo en forma de equis encima de la cama. Semejaba a un gordo gorrino boca arriba.

-Amor mío -solicitó él mirando a las cuerdas-. Las has atado demasiado fuerte alrededor de mis pies y muñecas- Me..., me están haciendo daño. ¿Podrías soltarlas un poco, por favor?

Pero ella en vez de hacerle caso, saltó encima de él poniéndose a caballo y rápidamente utilizó un trozo de tela sobrante que puso dentro de la boca del general. Después con otro más largo taponó este y dio varias vueltas al cuello anudándolo firmemente. Era imposible que Zuwauik pudiese hablar o gritar.

-¿Eh? ¿Huumm? -intentó decir él en vano.

Encima y totalmente desnuda la hermosa mujer se acercó a su oreja mansamente.

-Corazón mío. Antes querías saber cómo me llamaba. ¿A que sí?

Zuwauik la miraba ahora con los ojos abiertos como platos, hacía vanas intentonas para zafarse de su prisión, pero le resultaba imposible. Empezaba a sudar y no sabía bien a qué era debido, el brillo de aquellos ojos le recordaban algo. Ella soltó una risotada empezando a hablar.

-Primero fui Lamder, luego Conste, el siguiente fue..., no... no recuerdo muy bien si fue... ¿Insa, Ponzos? ¿O tal vez Lum?

Hablada pensativamente mirando al techo de la alcoba y según lo hacía contaba con los dedos.

-Así unos cuantos que no me acuerdo bien el orden. El último ya sabes quién. ¿Verdad? ¡Sí! ¡Sí! ¿A que te lo imaginas ahora, picarón?

El general intentó con todas sus fuerzas zafarse de sus ligaduras, pero lo único que consiguió es que estas se hincaran más en su piel produciéndole dolor. También quiso gritar a través de trozo de tela que le tapaba la boca, pero le resultó imposible. Movió la cabeza enérgicamente, era lo único que podía hacer, pero no sirvió de nada ya que ella la detuvo con las manos. Los ojos del general mostraban el pánico que se estaba sembrando en su cuerpo.

-Tranquilo cariño, no te muevas tanto, por favor -la mujer hizo fuerza con sus piernas y consiguió detener los histéricos movimientos del general-. Como te decía, mi último nombre ha sido Cardieff. ¿Te acuerdas de él? El gobernante ese que denunciaste a tu emperador y al que le tenías preparada una puta emboscada. Bien, pues que sepas que casi me liquidan por tu culpa y que ahora... ¿cómo era aquello? ¿El que la hace la paga? -añadió el slá divirtiéndose y viendo al general completamente a su merced-. ¡Sí, eso cariño! El que la hace la paga y ahora las vas a pagar todas juntas con tu asquerosa sangre roja. Podría penetrar en ti y quedarme con tu voluminoso y apestoso cuerpo, pero no va a ser así. Prefiero hacerte esto.

Con su última palabra el estilete empezó a trabajar seccionando todos los tendones de las piernas del general quien en su silencio empezó a gemir de inhumano dolor.

-¡Amor! Creo que no vas a poder andar más en tu vida -dijo ella con sorna mientras las lágrimas salían de los ojos del pobre militar -. Aunque debes saber que te dejo los deditos de los pies para que tal vez puedas volver a caminar. ¡Ja, ja, ja! Sí, sí, caminar, pero en algún siglo más adelante. No te desanimes hombre y estate tranquilo, que matarte no entra en mis planes. ¡Ja, ja, ja! Mi amorcito bonito, mi generalito.

Luego empezó de nuevo con las manos y siguió con los brazos del militar. Hizo lo mismo que con las piernas, cortándoles otra vez todos los tendones. Zuwauik intentaba por todos los medios impedirselo, pero le resultaba imposible estando atado como se encontraba. La sed de odio y venganza del slá parecía no tener fin. Cuando acabó, solo se podía oír a través de la boca del general un intento de solicitud de compasión o eso parecía. Aun así, él no parecía estar dispuesto a dejarlo, alargó la mano dejando el estilete encima de la mesilla y sin querer uno de sus senos rozó la cara de Zuwauik, rápidamente le dijo en medio de una cama repleta de sangre caliente:

-¿Qué? Te gustan. ¿Verdad, mi amor?

El general no tuvo tiempo ni siquiera de explicarse con la mirada perdida. La mujer cogió con sus dos manos los senos y los restregó una y otra vez violentamente por encima de su angustioso rostro.

-¡Lame insecto! ¡Lame, bastardo! Por tu culpa estoy aquí ahora en vez de estar en el palacio rodeado de placeres. Eres una mierda que me has fastidiado bien y ahora mira..., ¿ves cómo pago yo a los que me hacen este tipo de favores? ¡Chupa condenado! Aprovéchate que te sale gratis, mierdecilla. Después de hoy, te va a resultar difícil encontrar una mujer que quiera acostarse contigo, cariñito, por más que le des todo el oro del reino. Bueno quizás tengas alguna oportunidad con alguna vieja gorda y fea que no haya follado en su vida, ¡Cerdo, mal nacido!

Se detuvo de pegarle en la cara con sus pechos y acercando la cara a la del general, soltó con rabia:

-Tienes suerte que no te arranque esa mierda de polla que tienes entre las piernas. Te la dejo para que la disfrutes después si puedes, claro. Ahora te toca el postre. No te vas a ir de aquí sin tu postre ¡Perro! ¡Ah! Por cierto..., -recapacitó el slá deteniéndose un momento antes de continuar con su tortura-. También te digo que no creo que vayas a ver realmente a esa vieja gorda y fea.

Y diciendo esto el slá hundió sus dos dedos índices en las esquinas de los ojos de Zuwauik haciendo presión hacia adentro. Por más que el general intentaba mover la cabeza no podía hacerlo, la fuerza del slá aun siendo mujer era mayor que la suya, lo único que podía era gemir, gemir y nada más. Cuando el slá acabó el "trabajo" se miró a las manos, dentro de ellas reposaban dos globos oculares que antes habían sido los ojos del general. Este en completo estado de shock, yacía ahora totalmente desvanecido.

-Trabajo hecho por mi parte general y ahora si no te importa, debo despedirme. ¡Adiós, bonito mío! Perdona si te he hecho manchar con tu propia sangre. ¡Ja, ja, ja! ¡Ja, ja, ja! ¡Ah! Y mi nombre que no te lo he dicho es Galizas. Acuérdate bien de él... Galizas. ¡Ja, ja, ja!

El slá cogió entonces una jarra de agua que había en la mesilla, llenó una copa y dejó los ojos dentro del líquido diciendo sonriente:

--Y ahora vayamos a ver ese atlético muchacho de hermoso cuerpo.

Luego desnudo como estaba se situó en el centro de la alcoba juntó ambas manos y comenzó a recitar los versos ocultos.

-Fistislokin gravan lan ... enimorlenan prestalest,

-Ssusarre bestika arrikamenaest,

-Invoidae Slá virticulano brocolinbornado,

-Buerca luna lospaldosna recta usrta,

-Andimoni hostien rospeds turnafogo ya,

-Benignaraso mimanla nepgrugo,

-Birlanduan rasca. ¡Baalaeesstt!

Una columna de negro humo empezó a salir poco a poco de la mujer. En pocos segundos cayó muerta al suelo mientras el ser flotando en el aire, sobrevolaba la estancia.

Poco después salía por la ventana hacia la noche.

Salté de la cama con las primeras luces del alba. No había conseguido pegar ojo más allá de un par de horas y la noche se me había hecho eterna. El puñetero mensaje de padre me había revuelto de arriba abajo y no podía permanecer quieto en ningún sitio. Me vestí raudo y en dos zancadas bajé a la cocina con el fin de desayunar. Cuando llegué vi que todavía no había nadie, ni un cocinero. Los fogones estaban limpios y apagados por lo que ordené a un soldado de la guardia, fuese a buscarme a uno con urgencia. Al rato vinieron varios con cara de dormidos y una vez hube comido algo sin muchas ganas, pero con muchas prisas, pedí que preparasen una bandeja con otro copioso desayuno para llevar. Noté curiosidad en sus miradas, pero nadie osó preguntarme nada. Así que, preparada la bandeja salí de la cocina con destino a la alcoba de Brigadión. Al llegar llamé a su puerta como pude, ya que la condenada bandeja no me dejaba mucha libertad de movimientos.

-¿Sí?

-¡Brigadión! Degall. Abre, por favor.

Oí movimientos al otro lado de la puerta y poco después apareció con la misma cara que los cocineros..., dormido total.

-¿Sí? -fue lo único que me preguntó al verme delante suyo portando la bandeja con un desayuno. Hice lo mismo que él y repuse con otra pregunta:

-¿Puedo?

Se echó a un lado y pude entrar. Una gran estantería llena de libros de todo tipo parecía decorar una de las paredes, enfrente había un gran armario, así como una cama, una mesa con dos sillas, una gran butaca, unas cuantas velas y lámparas de aceite sin vida para conseguir luz. Su ropa descansaba doblada perfectamente encima de una de las sillas y sobre la mesa estaban sus dagas dentro en sus vainas sujetas a los cintos que luego rodeaban su cuerpo. Dejé la bandeja encima de la mesa y me senté en una silla.

-Te he traído el desayuno, Brigadión. ¿Qué te parece? -solté alegremente.

Despreocupado, cogí una de sus dagas y comencé a jugar con ella haciendo diferentes surcos en la madera de la mesa.

-¿A qué viene esto, Degall? ¿Soy acaso merecedor que un príncipe de Shámsala, me traiga el desayuno a mi propia alcoba? -dijo aún de pie mirándome desde la puerta abierta.

«Tiene gracia» -pensé. Brigadión a mi lado casi desnudo, solamente vestido por una ligera bata que traslucía únicamente un pequeño taparrabos y yo con su daga. ¿Cuánto hubiera tardado en clavársela? Volví a la realidad. Sí, tenía mucha gracia mi pensamiento ya que no hubiera tenido ni la más mínima oportunidad.

-Tómame el desayuno, tenemos que hablar.

Cerró la puerta y se sentó tranquilamente junto a mí.

-Queréis hablar del mensaje de vuestro padre. -afirmó con seguridad.

Paré ipso facto de jugar con la daga y volví a meterla con cuidado en su vaina. Le miré fijamente. Necesitaba saber qué es lo que sabía y qué pasaba por su mente.

-¡Sí! ¿Qué opinas?

Puso una servilleta encima de sus rodillas y empezó a desayunar. Mientras lo hacía, me relató todos los pormenores de lo que había sucedido en Shámsala años antes de nuestro nacimiento. El engaño de la reina Ganvard, la ejecución de su amante, la desaparición de su hijo Elcor de palacio, la anulación de sus nombres reales de los libros de registros, su drástico cambio de vida y la tontería de volver al año cero como el inicio de la nueva era con nuestro nacimiento.

-Es fácil deducir lo que ocurre por la cabeza de vuestro padre -dijo sorbiendo tranquilamente un poco de leche- Temiendo por vuestras vidas, ha enviado a sus hijos lo más lejos posible, aunque la realidad es que vuestras vidas no corren realmente ningún tipo de peligro. Este es el resultado de lo que hicisteis en la torre, Degall. Al matar a la

reina y al soldado, el rey ha creído que todos podéis ser víctimas de atentados, cuando estos en realidad no van a existir. Y no solo eso, sino que creo que se ha visto obligado a sacar a la luz a su hijo repudiado para que, en caso de atentado, sea este el blanco..., el sacrificado. Con la moraleja que, si no ocurre esto, un día más adelante será obligatoriamente por ley llamado a ser el heredero del trono. Eso es lo que opino y pienso, mi príncipe.

Pensaba lo mismo que yo, lo mismo que había comentado con Gumb la noche anterior al volver a nuestras alcobas. Padre usaba a Elcor como blanco directo.

-¿Elcor, futuro rey de Shámsala? No creo que a mi padre se le ocurra tal tontería. ¡Bah! Antes o después se lo quitará de en medio ya lo verás, Brigadión –dije con suficiencia, aunque en el fondo no me fiaba en absoluto de mis palabras.

-Príncipe, no quiero dañaros, pero sabéis bien el concepto que tiene vuestro padre, tanto de vos como de Gumb y Lienha. –su voz se había apagado un poco al decir la frase-. ¿Quién no os dice que, si cree que Elcor es más apto, realmente no cambie de actitud y le dé la oportunidad de reinar? Es hijo suyo y lleva su misma sangre. El rey duda mucho que seáis capaces de reinar Shámsala, vos o vuestro hermano, de Lienha prefiero no decir nada. Siento mucho comentaros esto, pero es la realidad.

Aceptaba sus palabras y ahora veía claramente que nunca había aprovechado realmente lo que significaba tener a un padre rey. Si empezaba a encariñarse con Elcor, todo estaría perdido. Casi temblando por lo que pudiese contestarme aún pregunté:

-¿Y ahora qué podemos hacer, Brigadión? Eres mi consejero, mi asesor, necesito tu apoyo. Estamos embarcados en la misma nave y el éxito de uno será gloria para el otro. No creo que se dé el caso, pero si padre prefiere con el tiempo a Elcor ¿Qué? ¿Qué demonios hacemos?

Me miró fijamente con parsimonia según daba un mordisco desinteresadamente a un pastel y me soltó algo que nunca olvidaré. Era la primera vez que veía su auténtica faz.

-Fácil, no nos queda otra, tendremos que asesinarle.

-¿Hacer qué? -pregunté creyendo no haber oído bien. Aquella respuesta me había sonado como música celestial, era la respuesta de un ángel a mis plegarias. Fue un momento increíble y maravillo.

-Un atentado –repuso sin darle la mayor importancia-. ¿Sabéis lo que es? ¿No?

-¡Sí, sí! -respondí nerviosamente- Sé lo que es. ¿Pero no me explico cómo? Él está en Vende y nosotros en Dor-Alia. Se me hace muy difícil imaginarlo y no creo que...

-Escuchad bien, príncipe, tengo un plan. Como bien habéis dicho estamos en el mismo barco, vos queréis ser rey y yo deseo lo mismo para vos estando a vuestra diestra. Debemos mostrarnos como somos y sin tapujos, sin máscaras..., como somos realmente. Si trabajamos en conjunto, os prometo por mi sangre que conseguiremos aquello que deseamos fervientemente. ¡El poder! Repito y creed en mis palabras. -y me miró intensamente-. Vos seréis rey, y yo..., yo seré vuestro único, único asesor y consejero.

Su declaración embargada de frenesí me llenó de confort y tranquilidad. Vi que seguía apostando por mí. Tenía fe en su príncipe.

«Mi fiel Brigadión, con tu ayuda conseguiré ser el futuro rey emperador de Shámsala». -pensé.

Y ya que su conversación me interesaba, seguí preguntándole puntos que no tenía claro sobre ese supuesto proyecto.

-Brigadión, has dicho algo de un plan. ¿De qué se trata?

-Se trata de que debemos conseguir como sea capturar al slá vivo antes que Chafan y los demás lo hagan y de eso ya me ocuparé yo personalmente. Haremos que se desplace a Vende. Debo deciros que su ayuda depende de lo que le prometamos príncipe, pero si sois generosos con él, no dudo en absoluto en su total y fiel servicio a nuestra causa. De esta forma digamos que los días de Elcor están contados y el resultado

es fácil de predecir, muerto el nuevo príncipe, solo queda pendiente ver qué hacemos con vuestro hermano, el flamante príncipe Gumb.

¡Demonios! No había pensado en Gumb, pero resultaba evidente que una vez iniciado el plan, nada ni nadie iba a pararlo. No me atraía mucho la idea de acabar con mi hermanito, por más que fuese un idiota perdido, aunque si todo dependía de acudir a su funeral, no habría ningún problema en aparecer en él con lágrimas en los ojos. De todos modos, este pequeño escollo no era lo prioritario ahora. Hablaríamos de él más adelante.

-¿Pero y como piensas capturar al slá, si no sabemos quién es? ¿O sí lo sabes? – pregunté esperanzado.

-No, no sé quién es, ni dónde está-. ¿Pero recordáis lo que Chafan leyó referente a las gemas lamverdyanas?

-Sí, que las traían unos monjes que vienen de Vende. ¿Qué pasa entonces? ¿Para qué sirven? -y recordándolo solté una risita-. ¡Je, Je, ¡Je! Lienha no tiene una.

Brigadión pacientemente me miró moviendo su cabeza de izquierda a derecha. Era claro que mi inoportuno comentario sobre mi hermana, no le agradó en exceso.

-Los monjes son los custodios de esas gemas mágicas. Nadie debe tocarlas excepto los cuerpos destinatarios, en este caso vos y vuestro hermano, pero si por casualidad alguien más las toca no importa, realmente no rompen su hechizo, lo de los monjes es solamente pura mascarada. Las gemas se crean en el monasterio de Lahor en Lamverdy y solo sirven para detectar la presencia de slá's. Solo eso. No sirven para defenderse de ellos, ni nada por el estilo, solo para detectarlos. Se engarzan en una jaula de cuero que se sujeta a la altura del corazón. Debo decir que se llaman gemas por su valor, pero físicamente no son más que un trozo de madera. Un simple y pequeño trozo de madera marrón que ha sido tratado mágicamente para ocasionar calor ante la cercanía de un slá.

-¡Huuaauu!–dije ilusionado-. ¿Me estás diciendo que si un slá pasa a mi lado y tengo puesta la gema, repentinamente esta se va a calentar advirtiéndome de su presencia?

-Eso es, así actúa.

-¿Y entonces? ¿Cuál es el plan? Dices que tiene que ver algo con la gema.

-Sí. Cuando lleguen las gemas, me ocuparé personalmente que parezca que os ponéis la vuestra, pero lo que realmente llevaréis puesto no es esta, sino una réplica que voy a preparar. La auténtica la llevaré yo y diariamente saldré de palacio con otros ropajes que no sean los míos para no ser reconocido. Recorreré la ciudad en busca del slá y cuando la gema se caliente sé que estaré cerca, por lo que seguiré su rastro hasta dar con él. Eso suponiendo que se encuentre en Dor-Alia, aunque después de lo sucedido en el viaje, es lo más coherente.

-Brigadión eso que dices es un poco difícil. –su plan me dejó frío, por decirlo de alguna forma me parecía una auténtica bazofia- Dar con él yendo y viniendo por Dor-Alia que no es una ciudad pequeña, te puede llevar bastante tiempo, además te arriesgas a que te descubran cualquier día al salir de palacio.

-Degall, sé de lo que hablo, no tengas miedo –noté que de nuevo me tuteaba, aunque ya me estaba acostumbrando a ello. Unas veces era de tú y otras de usted. Ahora tocaba de nuevo de tú–. En menos de cinco días os digo que daré con él. La gema lamverdiana tiene un campo de efectividad bastante amplio, si dispongo de un caballo a las afueras de palacio, podré recorrer diariamente una parte bastante amplia de la ciudad. Además, el slá ha tenido que conseguir un cuerpo que nadie debe echar de menos, por lo que tabernas, fondas y pensiones serán las zonas que antes visite. Estará en algún lugar de estos. ¡Seguro!

-De acuerdo, esperemos que sea así y cuando tengas el slá delante de ti..., ¿ya querrá hablar contigo?

Con la servilleta se limpió los labios y la dejó en la bandeja levantándose de la silla.

-Tranquilo príncipe, eso corre de mi cuenta –dijo sonriente según se quitaba la frágil bata y empezaba a vestirse como si nada ante mi presencia-. Si no acepta nuestro plan, no vivirá lo suficiente ni para dar un respiro. Te lo aseguro. Además, hoy mismo debo salir a buscar un lugar donde ponerle a buen recaudo para cuando le hayamos capturado. No debemos olvidar que también Gumb va a poseer la gema y es muy posible que Chafan le pida visitar la ciudad en un intento de dar también con él. Debemos estar preparados puesto que tal vez nos pida a nosotros que los acompañemos.

Se puso la falda, las sandalias, cogió las correas de cuero y las colocó alrededor de su pecho con las dagas atadas en ambos brazos. Una vez vestido simplemente comentó:

-¿Bien príncipe, empezamos con la clase de hoy?

Nos habíamos empezado a sincerar y se podía decir que ahora éramos dos en uno, pero con la diferencia que la futura corona reposaría encima de mi cabeza y no en la suya, por lo que la ventaja era claramente mía.

-Solo una cosa más antes de empezar, Brigadión, -añadí con cierta timidez y nerviosismo-. Quisiera que muy secretamente y de vez en cuando, tener en mis propios aposentos y a mi entera disposición alguna mujer. Poder hacer..., ya sabes, lo mismo que normalmente hace la gente y que supongo que tú también haces–el vasnino me observó algo burlón, por lo que agregué con seriedad–. Nadie..., nadie debe estar al tanto de ello. ¿Entendido? Y mucho menos mis hermanos. ¿Ves algún problema con mi petición real?

-Ninguno, mi príncipe. No veo problema alguno. Tendréis lo que deseáis y nadie se percatará de ello.

-Quizás más adelante te diga a quién quiero poseer realmente. -le comenté entonces casi sin querer.

Una sonrisa con cierta sorna volvió a aparecer en su rostro y fue a decir algo, pero cambió de frase en el último instante.

-No hay ningún problema Degall, hoy mismo tendréis vuestro primer desafío amoroso en vuestros aposentos. Espero que sepáis desenvolveros bien y por supuesto deciros que sé de sobra por quién suspiráis.

-¿Qué quieres decir? -respondí desde el fondo de mi alma, saltando como cazador cazado.

-Quiero decir que sé por quién suspiras, Degall. Es por Lienha, tu hermana. No hay más que verte como la miras. Debes tener más cuidado cuando estés junto a ella, tus ojos te delatan.

-Bueno, bien, ¿Empezamos entonces con la clase de hoy? -quise huir de aquella conversación que me empezaba a agobiar y lo único que se me ocurrió fue decir lo de la clase, pero funcionó.

Salimos de su alcoba y empezamos a caminar por los pasillos. Brigadión comenzó a impartir las clases como si nada hubiéramos hablado antes, temas sobre esto, aquello y más allá. Le oía hablarme, pero no le hacía mucho caso, ya que aún no había superado que me hubiese cogido con la guardia baja descubriendo mis sentimientos hacia mi hermana. A veces cuando no se quiere algo es justo ese algo lo que se consigue, por lo que por el pasillo del palacio nos encontramos frente a frente con ella que justo salía de su dormitorio vestida con una hermosa bata rosa. Estaba sencillamente radiante.

-¡Hombre! Aquí están estos dos –dijo alegremente–. ¿Me acompañáis a desayunar? –y diciendo esto se agarró enérgicamente de mi brazo derecho, sin percatarse que apretaba fuertemente su pecho a este. ¡Dios! Aunque estuve tentado de quedarme así por mil vidas no pude hacerlo e instintivamente la separé. Ella se quedó sorprendida y no pude más que agachar la cabeza como un auténtico imbécil mirando al suelo.

-No gracias y perdona Lienha, pero ya hemos desayunado. Pe... perdona, pero tenemos prisa y debemos se... seguir con la cla... clase. ¡Adiós!

-¡Mierda! -parecía que no conseguía hablar coherentemente.

Me despedí huyendo rápidamente de aquella atroz coincidencia. Miré hacia atrás y vi que Brigadión con la misma sonrisa burlona me seguía diciendo:

-Es muy aplicado, princesa. Ya podéis perdonar la rudeza de sus formas, pero está impaciente por empezar las clases. ¡Príncipe! ¡Príncipe! ¡Esperadme por favor!

Según salimos del pasillo pude oírle gritar.

-¿Pero..., pero qué demonios te pasa, Degall? Parece que hayas visto un fantasma.

25

“LAS GEMAS LAMVERDYANAS”

Aquella noche como bien había afirmado Brigadión, tuve mi primer desafío amoroso en toda regla. Cuando llamaron a la puerta de mi alcoba me extrañó, ya que no esperaba a nadie. Sin más abrí y vi a una hermosa mujer delante de mí simplemente ataviada con un prometedor camisón cuya abertura le llegaba casi hasta el ombligo.

-¿Sí? –le pregunté tontamente-. ¿Qué..., qué deseas?

-Me envía Brigadión, príncipe. Estoy a vuestra entera disposición para lo que se os ofrezca.

Rápidamente la cogí del brazo y la atraje dentro del dormitorio, no quería que nadie notase su presencia. No sabía que decirla ni cómo actuar, así que le deje a ella esa labor y no tardó mucho en empezar. El solo roce de sus yemas surcando dulcemente mi piel, erizaba mi ser de tal forma que no podía esperar más, caí sobre su cuerpo con toda fuerza del mío sin pensar ni un instante en que ella también disfrutase. Con la inexperiencia del novato me desfogué casi sin darla tiempo ni a desvestirse de su pequeño camisón. Yo había acabado cuando ella ni siquiera había comenzado. Aun así, me dijo que había sido una experiencia sin igual y una de dos, lo dijo por ser yo quien era o por mi pésima y deplorable actuación, aunque eso nunca lo llegué a saber. Cuando se fue casi sin llegar, me prometí a mí mismo que la próxima ocasión que tuviese, iría mucho, mucho más suave y despacio, aunque claro..., una cosa era decirlo y otra hacerlo.

Al día siguiente, no ocurrió nada reseñable en toda la mañana. Brigadión acometió mi aprendizaje con la misma fuerza e ilusión mostrada en días anteriores, pero primeramente antes de comenzar quiso saber algo preguntándome muy ladinamente:

-¿Qué tal la noche, príncipe? ¿Dormisteis bien?

-¡Eh! Bueno, sí. Estuvo muy bien y disfruté mucho. Por ello te muy agradecido, Brigadión. Gracias por oír mis deseos y recuerda..., nadie debe enterarse de nada.

-¡Perfecto! Me alegra que os haya gustado, príncipe. ¡Vamos allá!

Así que seguimos recorriendo el palacio de arriba abajo y de izquierda a derecha. La gente con la que nos cruzábamos y que antes nos saludaban con cortesía y devoción, ahora no nos hacían ni caso y seguían a lo suyo ignorándonos completamente. Esto lo acabamos agradeciendo, ya que estar continuamente devolviendo saludo tras saludo se nos hacía muy pesado. Brigadión con cualquier cosa que veía a nuestro alrededor podía hacer un comentario o bien me preguntaba algo. Todo podía ser utilizado para un ejemplo o para un problema del cual pedía una rápida explicación. Algunas veces acertaba en las respuestas, sin embargo, en otras muchas acababa diciendo una majadería. Así pues, hasta la hora de la comida, fue una mañana más,

Al mediodía ya en el salón reunidos con todos para llenar el estómago, Chafan nos dio dos gratas noticias a cuál mejor. Se levantó de la mesa y solicitó atención para lo que nos quería comunicar.

-Príncipes, –dijo solemnemente, luego miró a nuestra tía–. Señora -ella hizo un ademán en señal que le prestaba también atención– debo haceros saber a todos que nuestro querido General Zuwauik ha sufrido un criminal atentado.

-Chafan, esa no es una mala noticia–respondió avispadamente Gumb-. Al contrario, es una muy buena nueva.

Todas las miradas convergieron en él, pero esta vez mi hermano estaba en lo cierto y no pude callarme acudiendo raudo a demostrar que tenía razón, aunque fuese solo por una puñetera vez.

-!Eso hay que celebrarlo, Chafan! –hablé alto y claro, por lo que fui el centro de atención–. Está claro que nuestro tío, no era nuestro tío, pero ese general actuaba de tal forma que parecía el emperador.

Quise demostrar con estas furiosas palabras en cierta forma el odio que acumulaba contra mi padre, aunque supongo que tras ver cómo fuimos azotados por su orden, no hacía falta que dijese nada al respecto.

-Así que supongo que él se lo ha buscado. -acabé diciendo-. Se lo ha buscado por imbécil y cretino.

-Muy bien hermanito, veo que por una vez estamos de acuerdo -sonrió Gumb.

-Sí, pero solo por esta vez. No te hagas ilusiones - contesté.

Chafan y los demás comensales se mantenían callados esperando pacientemente a que acabáramos con nuestra peculiar conversación para poder continuar.

-La prepotencia de ese estúpido es lo que le ha llevado a sufrir este varapalo –y haciendo un poco de teatro, mirando hacia el techo del salón proseguí–. Desde el primer instante en que le vi pensé, mira que es idiota, mucho general y todo lo que quieras, pero como siga por ese camino no llegará mucho más lejos. ¿No lo pensaste tú también así, Gumb?

-En cuanto le vi venir a por el tío (aunque no fuese nuestro tío), me dieron ganas de trocearle allí mismo–contestó enérgicamente.

-¡Dejémoslo estar, por favor! –viendo que empezábamos a perder los papeles, Chafan no tuvo otra más que acudir en defensa del pobre general y conociéndole callamos ipso facto–. No hablemos de él así, ahora que no puede participar, ni estar con nosotros. Lo que le ha sucedido es un acto de auténtica barbarie. Nadie en su sano juicio sería capaz de hacer lo que le han hecho a él. Está muy mal.

-¿Pero sigue vivo entonces? -quiso saber Lienha.

Sí, sí. Está vivo, pero no sé qué es mejor, si estar muerto a estar como se encuentra. Ahora mismo no puede hablar, está conmocionado por lo que ha padecido, ni siquiera puede articular palabra alguna.

El serio semblante de los tres vasininos me empezaba a mostrar que lo que había pasado al general no debía ser nada en absoluto agradable. Peor para él por idiota. Personalmente la alegría invadía mi ser y deseaba verle y reírme ante su propia cara por lo que le había pasado. Como la curiosidad podía conmigo, quise saber más y supongo que los demás también.

-Pero ¡qué le han hecho, Chafan? Informarnos, por favor.

-Sí. El hecho es que está muy grave, y su amante con quién se encontraba... muerta.

Un silencio recorrió la estancia.

-A él le han cortado todos los tendones de las piernas, de los brazos y de las manos. Nunca más volverá a andar ni a sujetar cosa alguna que quiera puesto que no puede utilizar ninguno de sus miembros. A partir de ahora necesitará siempre alguien a su lado para lo que sea...

-¿Y eso de conmocionado o como quieras llamarle? –agregó Gumb con tintineo—. Un cortecito por aquí, otro por allá, además de un poco de sangre y con perdón, Chafan, pero un shock y ¿no puede hablar de ello? ¿Eso es un general que se supone nos defiende de nuestros enemigos? Espero que los generales del reino no actúen como él por nuestra propia seguridad. ¿No crees lo mismo, Degall?

Esta vez preferí callar y dejar que el vasnino continuase hablando. Lo que dijo a continuación nos dejó a todos helados.

-También le han quitado los ojos dejándolos encima de una mesilla metidos en una copa de agua.

Gumb calló y aunque nos miramos con cierta sorna, guardamos silencio y quedamos mudos esperando escuchar el final de tan interesante relato sobre un idiota llamado Zuwauik.

-El estilete se encontraba en la misma mesilla manchado de sangre. Los médicos no han conseguido que vuelva en sí. Lo único que han podido hacer por él ha sido aliviarle un poco sus dolores, ya que continuamente se está quejando. Aparte de esto, no dice palabra alguna que nos dé alguna pista de lo que sucedió en la habitación y quién o quiénes le atacaron. De la mujer que estaba con él no sabemos mucho, lo poco por parte del encargado del local es que la conoció la misma noche. No sabemos además de qué pudo fallecer, no tiene herida alguna y su aspecto es el de una persona sana. En la habitación no se ha encontrado nada que nos pueda ofrecer una pista. Todo es un misterio, también se supone que el criminal escapó por la ventana que estaba abierta. Deduzco que debió descolgarse por ella perdiéndose en la noche. Por lo visto el general debía tener muchos enemigos y uno de ellos le hizo una visita inesperada.

La charla resultaba interesante y con lo que nos había relatado era mejor estar al margen, no merecía la pena decir más tonterías por nuestra parte.

-Y ahora cambiando un poco de tema, amigos míos... –repentinamente en su faz volvió la alegría por lo que deduje que su simpatía por el general era algo parecido a la nuestra, algo que su estatus no le permitía demostrar—. ¡Una buena noticia también! Esta misma tarde llegan las gemas que estamos esperando. Me lo acaban de notificar por mensaje y...

Mientras hablaba observé a Lienha, la noticia le traía sin cuidado y algo me dijo que la envidia la corroía por dentro. Aun así, estaba preciosa con ese traje azul claro y su largo y sedoso pelo suelto. ¡Qué belleza! Por no decir, qué mujer y eso por muy jóvenes que fuésemos. Sus caderas, su pose, su cuerpo me llevaban una y otra vez al mundo de los sueños despiertos donde hacía el amor con ella constantemente. Noté cierta tensión en mi entrepierna, por debajo de mis calzones. Aquella sensación me gustaba a rabiarse debo reconocerlo. Mientras estaba como un auténtico palurdo ensimismado se giró hacia mí y me descubrió observándola de una forma un tanto ida. Cambié mi punto de visión lo más rápido que pude, pero creo que me había descubierto. Al rato me arriesgué e intenté mirarla de reojo y esta vez no se percató de mi intención. Decidí olvidarme de ello prestando atención a lo que nos seguía comunicando Chafan, de lo que por cierto, no me había enterado de nada.

-... de Lamverdy, entonces en cuanto estén en nuestras manos ordenaremos las engarcen urgentemente. Tú Rutter, te ocuparás de la del príncipe Gumb y tú Brigadión, la del príncipe Degall ¿Alguna pregunta?

-¿Cuando empezamos a buscar a ese slá, Chafan? –dijo Brigadión. Su pregunta era clara, pero su única intención era saber de cuánto tiempo disponíamos antes que empezase su búsqueda oficial.

-Esta tarde llega la caravana como os he dicho. No creo confundirme mucho si os digo que a los monjes les vendrá bien descansar un poco hoy y empezar mañana mismo con la búsqueda. Estando frescos y descansados se encontrarán mucho más aptos para un posible encuentro con el slá. No podemos permitir que se nos escape.

-¡Chafan! –quiso saber Lienha-. ¿Qué tienen que ver los monjes, no se supone que con las gemas mis hermanos ya están fuera de peligro?

-No, mi princesa –contestó Rutter-. Los monjes (aparte de nosotros tres) son los únicos que posiblemente puedan salir airosos en un enfrentamiento slá's y digo posiblemente, porque en tiempos anteriores, alguno de ellos sí consiguió más o menos derrotarnos. Esperemos que no se dé el caso esta vez.

-¿Y cómo han de dar con él? -pregunté tímidamente-. ¿Cómo saben dónde está?

-Nadie sabe dónde está, Degall. –prosiguió Rutter– Pero los monjes son los únicos que poseen también gemas. Se pondrán en marcha a primera hora de la mañana y harán un barrido por la ciudad. Pasarán por cada calle, establo, taberna o local donde se pueda encontrar y eso suponiendo que esté en Dor-Alia. Si sus gemas se calientan, buscarán por la zona hasta reducirle. Recemos para que esto ocurra así y que no huya, que como bien sabemos son bastante astutos.

-Preparaos para recibir vuestras gemas, príncipes –añadió Chafan-. Lienha, siento de verdad no tener una yo mismo para dárosela. Os prometo que nada malo os va a ocurrir, velaremos continuamente por vos y vuestros hermanos y partir de hoy aún más.

Con estas palabras intentó que Lienha ganase en confianza.

-Tranquilo Chafan –respondió ella-. Sé de sobra que lo haces de corazón y te lo agradezco –rápidamente se volvió hacia Gumb y a mí-. De todos modos, aceptaría gustosamente la de cualquiera de mis hermanitos.

La miramos los dos con una sonrisa en la boca. ¿Nuestra querida hermanita quería algo nuestro? ¿De nuestra propiedad? ¿Y pensaba que se la íbamos a dar, así como así? Estaba loca si creía eso. Una cosa es que me gustase y la desease a rabiar y otra, otra que le entregase algo de mío y encima mágico. ¡Ni hablar! Presto a contestar, Gumb se me adelantó.

-¡Hermanita! Si crees que te voy a regalar mi gema y dejar que venga el slá sin enterarme, es que no me conoces.

-De ti lo esperaba Gumb, pero también se lo he preguntado a Degall. ¿No es así? – y acto seguido me miró con todas sus armas de mujer.

Iba a perder un importante punto delante de ella y de los demás, no había otro remedio ya que no le iba a dar nada de nada, pero gracias a Brigadión me salvé de la situación. Actuó en el preciso momento.

-Querida princesa. –dijo intentando apaciguar los ánimos–. Es la orden de vuestro padre la que debemos acatar. No podemos hacer otra cosa más que entregar las gemas a los príncipes. No podemos dejarles hacer otra cosa. Si estuviese una en mis manos también os la daría, lo juro, pero no podemos hacer lo que deseáis. Son ordenes explícitas de nuestro emperador. Mis hermanos y yo sentimos de veras esto que ocurre con vos.

Lienha miró a Chafan como última posibilidad y viendo la cara que este ponía, le quedó bien claro de nuevo que aquello que dijese nuestro cruel padre no podía ser desobedecido, ni discutido. La comida siguió tranquila hasta los postres y al finalizar, Brigadión y yo nos retiramos para seguir con mi aprendizaje.

Y para hablar de lo que debíamos hacer urgentemente. ¡Ya!

Salimos del salón y subimos a la muralla desde donde se divisaba la ciudad. Allí arriba lejos del mundo, la tranquilidad era total y no temíamos que nos escuchase nadie. Debíamos decidir qué hacer, los monjes estaban cerca y si nadie lo remediaba al día siguiente empezaba la caza del slá.

-Y bien, Brigadión ¿Alguna idea para que no le capturen? Estando en palacio sin poder salir y ellos cuatro recorriendo la ciudad buscándole, como den con él no tiene salvación alguna y nuestros planes se van al traste.

-Estad tranquilo, Degall, lo tengo todo solucionado. No debéis preocuparos por nada. Dejadlo en mis manos y hacedme caso, tranquilizaos.

-Bien, haré lo que dices, pero ¿podrías ser más participativo y decir qué demonios pasa por tu cabeza?

-Príncipe, a veces saber demasiado no es lo correcto, cuando solo se precisa saber lo necesario.

-Déjate de monsergas y dime, ¿qué piensas hacer? -repuse airado.

Me miró sorprendido y no le gustó en modo alguno la forma en que le estaba tratando. Su frío semblante me lo decía, pero tenía que empezar a demostrarle que no era ese príncipe imbécil que conocía, sino que estaba cambiando y que dentro de mí fluía sin cesar sangre de reyes. Sabía que debía obedecerme sin discusión alguna.

-Bien. Te diré lo que vamos a hacer. En cuanto lleguen las gemas Rutter y yo las cogeremos e iremos a engazarlas. Volveremos con ellas en su jaula de cuero y se os colocarán alrededor del pecho, a ti y a Gumb. –otra vez me tuteaba, por lo que imaginé que no le debió gustar mi anterior respuesta-. Luego actuarás con normalidad. ¡Nada más! Con normalidad, sin embargo, la gema original estará en mi poder, eso suponiendo que realmente como dicen lleguen esta tarde y podamos tener tiempo para hacerlo todo. Chafan me comentó que la caravana no se encontraba lejos y en unas horas entraría en la ciudad a más tardar. Así que después de cenar, me cambiaré de ropa y saldré de palacio con tu gema. Intentaré que nadie me vea, pero si es así ya se me ocurrirá algo para decir a Chafan. De todos modos, tengo un caballo en una cuadra no muy lejos de aquí.

-¿Piensas galopar por la ciudad? -dije con sorprendente estupidez-. ¡Qué bien!

-¡A ver Degall! –su respuesta denotaba cansancio–. Si no tengo un caballo creo me va a ser muy difícil recorrer la ciudad de punta a punta y creo también que supones que no puedo perder mucho tiempo andando de un lado para otro. ¿Verdad? Debo ir rápido, necesito velocidad y no cansarme antes de encontrarle. Luego cuando llegue el momento dialogaré con él y tendré que sacarle de la ciudad inmediatamente. ¿Entiendes ahora lo del caballo?

-Sí, perdona. Mi pregunta ha sido una tontería.

-Perdonado. Cuando haya conseguido llevarle lejos de aquí, volveré antes del amanecer y te entregaré la gema que deberás ponerte, cambiándola por la que llevas. No quiero que por cualquier causa esos dos, -ser refería a Rutter y Chafan-. esos dos se den cuenta del engaño. Sería muy peligroso para nosotros y entonces es seguro que nos solicitarían demasiadas explicaciones.

-Me parece perfecto tu plan Brigadión y te agradezco que hagas por mí. Algún día tendrás tu recompensa, te lo jura tu futuro rey.

Con la clara intención de adularle seguimos caminando por la muralla y cambiando de tema empezó a hablarme de la esencia de “Lo Prohibido”. Esencia que muy poco a poco empezaría a descubrir con el tiempo.

Como lo había predicho a eso de media tarde vimos que una caravana entraba por la puerta principal del palacio deteniéndose poco después. Chafan y Rutter apareciendo, yendo al encuentro de los recién llegados, a lo que Brigadión me pidió con urgencia bajar de las murallas para ir a reunirnos con ellos. Nuestro plan se ponía en marcha.

Abajo nos presentaron a los monjes y juntos entramos al palacio dándoles cordialmente la bienvenida. Una vez allí y con gran solemnidad, el que parecía llevar la voz cantante entregó a Chafan unos minúsculos trozos de madera que debían ser las famosa gemas lamverdyanas. Este las observó minuciosamente y luego simplemente se las cedió a Rutter y a Brigadión con un escueto:

-Ya sabéis lo que hay que hacer, ¡En marcha!

Mientras nosotros no quedábamos con los recién llegados, los dos vasininos salieron del salón. Su misión era la de engarzar las gemas en sus cueros y traerlas de nuevo nuevamente. Personalmente estuve esperando que volviesen bastante nervioso, pero gracias a la simpatía desbordante de aquellos monjes el tiempo se me hizo corto. La seguridad que tenían sobre ellos mismos cuando hablaban de capturar al slá parecía hasta cómica. O eran unos auténticos genios o eran unos pobres mamarrachos, aunque dudo mucho que siendo esto último, padre les hubiese concedido la misión. Cuando volvieron los dos llevaban en sus manos una tira de cuero con anillas donde iba sujeta una pequeña jaula con la gema, Sin más Rutter se acercó a Gumb y Brigadión vino hacia mí. Repentinamente pensé lo que podía suceder en caso de ser descubiertos y mis piernas empezaron a flaquear. Este debió darse cuenta y susurrando lo más bajo posible me comentó:

-Estad tranquilo príncipe, todo va bien. Desnudaros de cintura para arriba por favor y relajaros que si os ven así, quizás puedan llegar a sospechar que algo raro sucede.

Lienha hablaba distendida con los recién llegados de no sé qué, mientras Gumb gesticulaba con Rutter y Chafan a su lado. Aproveché ese momento y me quité la chaqueta aterciopelada y mi camisa. Vi que Gumb hacía ahora lo mismo que yo. Nos miramos y sonreímos, aunque lo mío era más por nervios que por alegría. Brigadión puso la pequeña jaula la altura de mi corazón y con la cinta de cuero rodeó mi pecho, luego la ató a las hebillas que se cerraban en mi espalda. Cuando terminó todo el proceso, vi que Chafan se acercaba, habíamos tenido la suerte que estuviese viendo como Rutter colocaba la gema de Gumb, pero no pude disimular mi nerviosismo cuando le miré directamente a los ojos.

-¿Os ocurre algo, mi príncipe? No os veo muy buena cara -dijo con amabilidad—. ¡Estáis temblando?

-¡No, que va Chafan! Lo que sucede es que hoy no me encuentro muy bien. Me retiraré a mis aposentos enseguida y ordenaré que más tarde me lleven allí mi cena. No me ha debido sentar muy bien la comida y un buen reposo además de tranquilidad me vendrán como anillo al dedo.

-Bien, mi príncipe. Como vos deseáis.

Hice ademán de coger mi ropa para vestirme y entonces el vasinino se fijó en algo de mi cinta de cuero.

-¡Esperad, por favor! Quiero ver esto mejor.

-«¡Tierra trágame! -eso es lo único que pensé cuando Chafan empezó a zarandearme de un lado a otro sujetando la cinta para ver si estaba bien sujeta-. ¡Dios! Si se rompe y ve que no es la verdadera, Brigadión estará en un serio problema y si cae, seguro que me arrastra con él».

-¡Bien! ¡Perfecto! -dijo deteniendo mi martirio. Oír aquellas palabras fue una auténtica delicia para mis oídos-. Muy bien, Brigadión, gran trabajo. -y soltando la cinta se dirigió hacia los monjes que habían estado observando con una gran sonrisa mi zarandeo. A medio camino se volvió hacia mi animándome con un cariñoso guiño:

-Haré que os acompañen hasta vuestros aposentos, mi príncipe y ordenaré os preparen algunas hierbas medicinales para aliviaros.

Tras estas oportunas palabras me despedí de todos con un siervo acompañándome a mi estancia. Dicho de otra forma, aproveché la ocasión para desaparecer del lugar lo antes posible. Al largarme algo me decía que la mirada de Brigadión debía estar penetrándome por la nuca. ¡Perfecto! Como bien había dicho Chafan. ¡Perfecto!

La primera parte del plan estaba en marcha y ahora era el turno de Brigadión.

Debía encontrar al slá.

Dar con él como fuera necesario.

“ENCUENTRO”

Aquella misma noche, Brigadión bajo pretexto de llevarle la cena a Degall, aprovechó para darle instrucciones de lo que debía hacer hasta que él volviese de su aventura nocturna. Sugirió que una vez se hubiese ido no debía abrir la puerta bajo ningún concepto para no tener que contestar tal vez a molestas preguntas. Debía alegar malestar negando incluso la entrada al mismísimo Chafan o a sus hermanos. También era importante que al rato debía decir a sus sirvientes que avisaran a los demás que ya se encontraba mejor y que iba a intentar dormir un poco. Era importantísimo que obrara así, Chafan o Rutter en cualquier momento podían intuir algo raro al notar su estado de nerviosismo.

-Y hoy nada de mujeres, mi príncipe, podría ser contraproducente para vos - comentó con guasa el vasnino saliendo de la alcoba para bajar al salón y unirse a los demás que estaban cenando.

Cuando terminaron, cada uno se fue despidiendo hasta el nuevo día marchando a su dormitorio. Brigadión aprovechó entonces para acercarse a Chafan, tenía bastante urgencia por salir de palacio y aunque el tiempo contaba en su contra no quería dar la impresión de andar con prisas.

-¡Ah! Chafan, ¿Sabes que voy a hacer ahora? -le dijo sonriente.

Rutter a su vera, aprovechó ese momento para disculparse y alejarse rumbo a su aposento.

-¿Qué vas a hacer ahora, amigo mío? -la alegre cara de Chafan destellaba tal vez por el producto que faltaba de la botella de vino medio vacía cerca de su copa.

-Pues estoy pensando en salir un poco de palacio para estirar las piernas como estas se merecen. Desde que vinimos de Vende no he podido relajarme tranquilo y creo que me vendría bien algo de tabernas, música, licor y demás.

-¿Y demás? ¿Te refieres a algo con faldas y que se llaman mujeres, acaso? - respondió sospechosamente Chafan añadiendo- Anda, suelta la lengua y dime tú verdad.

-Exacto. Eso quiero, amigo. Necesito el roce de un alma femenina caritativa que tenga la bondad de ofrecerme una buena conversación con algo de licor esta noche. Lo necesito sinceramente.

Los dos hombres se conocían desde hace mucho tiempo y llamaban siempre a las cosas por sus nombres. No tenían secretos entre ellos, hablaban de lo que fuese necesario sin ocultarse nada, aunque el Brigadión de ahora no actuaba mostrando todas sus cartas.

-Bueno, ¿y qué te voy a decir? Sabes cuáles son tus obligaciones para con el príncipe Degall y sé que cuando te necesite estarás aquí junto a él. Ve tranquilo. Mientras te halles fuera estaré al tanto por si necesitara algo.

-¡Gracias, Chafan.! Le hablaré de ti a quién me soporte esta noche y preguntaré si tiene una alguna buena amiga -dijo con una sonrisa zorruna- ¿Quién sabe? Igual hasta tienes suerte.

Con un saludo de su la mano partió, dejando a este seriamente pensando:

«Tal vez no estaría de más ver cómo es esa amiga».

Subió rápido a su alcoba y allí se cambió la ropa de vasnino por unas que atrajeran menos las miradas de los curiosos, En sus dos antebrazos ocultos y bien sujetos por las cintas de cueros dormitaban los estiletos prestos a aparecer a la más mínima

oportunidad. Una vez acabó de vestirse y armarse, bajó y salió por la puerta principal. A los soldados de guardia les avisó de su salida nocturna para que estuviesen listos abriéndole en cuanto volviese. Así desapareció del palacio y se adentró en la ciudad. Anduvo con paso ligero hasta que llegó a las cuadras donde le tenían preparado un lustroso jamelgo. Las altas horas de la noche eran motivo de sobra para preguntarle a donde iba, pero nadie osó decirle nada viendo su serio semblante. Rápido montó en el caballo con una agilidad asombrosa.

-Estad atentos para cuando vuelva -fue lo único que le oyeron decir, según les tiraba una generosa bolsa llena de golosas monedas-. Y tened preparada la otra montura.

Espoleó un poco al equino y salió de la cuadra al trote mirando aquello que llevaba muy oculto en su mano izquierda, la gema lamverdyana de Degall.

-Querida mía -dijo a la madera-. Ahora te toca trabajar. ¡Yeeaaah!

El caballo salió velozmente hacía las poco concurridas calles nocturnas. Mientras podía lo espoleaba, pero cuando veía que había algo de concurrencia y de gentío, no le quedaba más remedio que aminorar la marcha muy de mala gana. Recorrió la ciudad de norte a sur y de este a oeste, luego poco a poco fue buscando cualquier letrero que pusiese taberna, posada, pensión, fonda o prostíbulo. El slá podía encontrarse en cualquiera de ellos, eso en caso de que hubiese vuelto a la ciudad en vez de huir lejos. Las recorrió durante largo tiempo esperanzado que a la vuelta de cualquier recoveco la sorpresa iba a estar ahí. Pero nada ocurría, volvió a pasar por lugares ya vistos y sentía que poco a poco que sus deseos de triunfo se iban truncando según transcurría la noche, aun así siguió espoleando la montura que poco a poco empezaba a mostrar signo de cansancio. Repentinamente notó calor en su mano. Con todas sus fuerzas detuvo el corcel, saltando velozmente a tierra. La gema estaba ahora algo caliente. Miró hacia delante y alrededor, divisaba una calle larga, oscura y vacía que no le decía nada. Alargó la mano con el puño cerrado y empezó a girar sobre sí mismo intentando averiguar en qué dirección se ponía esta más caliente. Durante unos segundos se mantuvo en el mismo lugar sin saber muy bien en qué dirección ir. Finalmente optó por una calle transversal, sujetó las riendas del jamelgo y fue en esa dirección. El calor en su mano iba y venía continuamente, pero cada vez con más fuerza e insistencia. Prosiguió con una sonrisa por la misma calle y al llegar a la primera esquina, giró a su izquierda. Un poco más allá, una taberna con los típicos borrachos fuera aún se mantenía abierta. La gema apuntaba a que el slá se encontraba en esa dirección. Rápidamente se colocó la capucha para ocultar su rostro y no ser descubierto por ningún conocido que desgraciadamente estuviese en el lugar. Ató al animal en el primer lugar que encontró y se dirigió con paso decidido al local.

Al entrar el humo del antro casi le echa para atrás. Una escasa iluminación hacía que las sombras de los que estaban reunidos pareciesen fantasmas en busca de mortales para alimentarse. Brigadión se detuvo en la misma puerta y con la cabeza gacha ojeó el lugar con la gema oculta en su mano. Se dirigió hacia donde esta le marcaba más calor, en dirección hacia la barra. Cerca de ella y en una solitaria mesa, un joven musculoso daba los últimos coletazos a su copa de vino. Era él, su trofeo, el odiado buscado y deseado slá. Prefirió seguir hasta la barra donde pidió una botella de vino con un par de vasos. Pagó y volvió por donde había entrado sentándose repentinamente en una silla junto al muchacho y depositando la botella y los vasos encima de la mesa. También aprovechó el momento para ocultar en uno de sus bolsillos la gema que le estaba quemando la mano.

-¿Eh? ¿Qué? -se sorprendió el muchacho.

-Tranquilo, solo quiero conversación e invitarte a unos tragos de buen de vino.
¿Hace?

El slá no le había reconocido todavía, pero su respuesta fue recelosa a más no poder y sin ápice alguno de miedo.

-Preferiría seguir solo mi camino si no os importa. Seáis quién seáis, caballero.

Entonces Brigadión le agarró rápida y firmemente de su brazo y con su otra mano se quitó la capucha, preguntándole con una mirada envenenada:

- ¿Ahora me reconocéis acaso mejor, mi señor?

El salto que intentó dar el slá en el banco quedó repentinamente diluido por la fuerza que Brigadión ejercía sobre el brazo sujetándole. Intentó separarse de nuevo, pero no pudo hacer nada. Los borrachos y vecinos a su alrededor observaban la escena con cara sorprendidas, pero puesto que la costumbre de estos lugares era la de no meterse donde a uno no le llamaban, cada cual siguió a lo suyo.

Con un macabro susurro Brigadión solamente dijo:

-Si no estás quieto, mira lo que tengo para ti -le soltó, pero solo lo justo para hacer un movimiento y acto seguido un estilete apareció en su mano apuntando directamente hacia el corazón del slá.

Algún que otro mirón cambió rápidamente de lugar dirigiéndose a otro más apartado de la pareja. Brigadión antes los temerosos ojos del muchacho siguió hablando.

-Escúchame bien, si hubiese querido matarte ya lo hubiera hecho y nadie me lo hubiera impedido. No te habría dado ni la más mínima oportunidad y ni te hubieras enterado de tu muerte, clavándote el estilete en tu mismísimo corazón y retorciéndolo ahí una y otra vez.

Brigadión hacía un gesto con el estilete moviéndolo por ambos lados en su mano. El slá callaba y escuchaba. En aquellas condiciones y contra el vasnino no tenía ni la más mínima oportunidad. Aun así, Brigadión quiso saber si aquel era el slá que se habían encontrado al final del viaje, no fuese que hubiese más de uno por aquellos lares. Lo supo con una simple pregunta:

-Dime, ¿te acuerdas de mí?

-¡Sssí! ¡Sí! -respondió con temor- Tú y los otros dos casi conseguís liquidarme por culpa de Zuwauik. Tuve simplemente suerte de poder escapar.

-Y puede que las sigas teniendo. ¿Cómo te haces llamar ahora?

-Galizas

-¿Galizas?

-Sí.

-Bien Galizas, voy a guardarme a mi amigo y luego bebamos y hablemos.

Brigadión volvió a esconder el estilete con la misma facilidad con la que lo había sacado y aquello no pareció agrandar a los parroquianos que observaban y quienes lanzaron un débil murmullo de desaprobación. El calor que desprendía la gema en su bolsillo era tal, que disimuladamente y sin que nadie lo notase la envolvió en un pañuelo, no quería seguir sintiéndola con tanta intensidad. Luego descorchó la botella de vino y llenó ambos vasos acercando el suyo al de Galizas con la intención de hacer un brindis.

-Pero antes de brindar una pequeña recomendación. Si quieres intentar escapar puedes hacerlo, pero no te daré tiempo a que salgas de ese cuerpo esta vez. Antes te habré perforado el corazón. Aunque también tienes otra opción, lanzarte contra mí y tratar de apuñalarme con tu daga. ¿Quieres intentarlo?

El temor en la mirada de Galizas había pasado a la rabia por no poder hacer nada mientras estuviese tan cerca de Brigadión. Quizás lo mejor era oírle decir lo que le quería transmitir.

-Tú dirás -fueron sus únicas y apagadas palabras.

-Bien, animémonos y venga pues ese brindis. Lo primero es lo primero.

Los vasos chocaron y ambos los apuraron sin apartarse la mirada de encima.

-¿Qué quieres de mí? Supongo que mantenerme vivo te servirá para algo. ¿Me equivoco?

-Por supuesto, no te equivocas. ¿Un poco más de este buen vino?

-Si no tengo otra.

-Bueno, lo importante era dar contigo, Galizas -dijo Brigadión a la par que volvía a colmar los vasos-. Ahora todo va a ser mucho más sencillo, más fácil. Tienes que intentar colaborar conmigo en lo que te voy a proponer. De esta forma tú ganarás, yo ganaré y alguien más ganará.

-Entonces suéltalo ¿qué quiere que haga? -interrogó el slá con un gesto con la cabeza- ¿Y cómo debo llamarte?

-Eso no hace falta que lo sepas, así que tranquilo. Solo interesa lo que debes hacer y lo que consigues con ello. ¿Te parece? Por cierto, ¿cómo te dejaste descubrir por ese imbécil de Zuwauik?

-¿Realmente no piensas matarme?

-No, no quiero matarte -un tranquilo Brigadión hablaba como despreocupado-. No entra para nada dentro de nuest..., perdón, de mis planes, pero no te digo lo mismo de unos amigos, ellos si te cogen no serán tan contemplativos como yo, así que, si los ves venir huye lo más rápido posible, a poder ser más rápido que el viento. Es mi consejo.

-¿Y cómo sabes que una vez te des la vuelta, no escaparé, cambiando de forma?

-No te interesa hacerlo, amigo -esta era la primera vez que Brigadión utilizaba esa palabra con el engendro. Tenía que conseguir que accediese por las buenas y dejar para otra ocasión el uso de la fuerza bruta. De todos modos, tampoco entraba en su plan dejar al slá con vida cuando todo acabase, pero ahora le necesitaban-. Lo que voy a ofrecerte te va a animar a seguir a mi lado. Pero entérate y ya lo has comprobado hace poco, si huyes daré contigo y entonces no tendrás tiempo ni de verme. Contesta a lo que te he preguntado sobre Zuwauik., ¿Cómo consiguió descubrirte?

Galizas parecía ya más tranquilo. Empezaba a serenarse viendo que su cabeza seguía encima de sus hombros y pensando que quizás no fuese mala idea dejar que aquel vasnino hablase y se explayara con él.

-Como quien dice éramos socios, pero me embaucó de tal forma que acabé actuando como un idiota haciendo todo lo que él quería.

-¿Eras su perrito entonces? -soltó con sorna Brigadión-. ¿Hacías lo que él te mandaba?

-El robaba el oro, falsificaba los documentos y me los entregaba para que yo los firmase como Cardieff antes que salieran hacia Vende. Así pues, mi cabeza era la única visible en todo este engaño y cuando ese cerdo se aburrió de mí, me denunció ante el rey. Simple, Cuando aparecisteis vosotros y fui... digamos juzgado allí mismo con todas las pruebas que él se había ocupado de haceros llegar. Mi única esperanza era escapar lo antes posible puesto que iba a ser sentenciado y ejecutado al instante. No me quedaba otra solución por lo que tuve que escapar mostrando mi verdadera forma si quería seguir vivo. Ahora todo está resuelto y a Zuwauik ya me he ocupado de darle las gracias por lo que me hizo.

Fue instantáneo, Brigadión ató cabos y supo en ese instante quién había afligido al general semejante tortura.

-¿Así que fuiste tú? -dijo sorprendido-. Menuda fiera estás hecho jovencito. Habrá que andarse con cuidado contigo.

-Se lo merecía, no le mate y pude haberlo hecho -se mofó Galizas.

-¿Y la chica? ¿Qué me dices de la chica? ¿También se lo merecía?

-La chica era digamos un daño inevitable. Se puso en mi camino y no pude remediarlo. Era mi pasaporte de entrada a la habitación del general, nada más. Sirvió a un propósito mayor.

La rudeza de aquellas palabras impresionó a Brigadión, aunque disimulando su faz siguió inmutable oyendo lo que el slá decía.

-Y de hecho creo que debería haberle torturado un poco más. Lo hice con amor y se me hizo digamos corto, muy corto -cambió a una aptitud más dura-. Esa es mi historia con Zuwauik. Él se lo buscó y él lo pagó con su dolor. Y ahora dime cómo te llames... ¿Qué quieres que haga? ¿Qué debo hacer para contentarte?

-Tu historia es entrañable, Galizas. Me vas a hacer llorar. -dijo reponiéndose de lo escuchado Brigadión-. Pero ahora..., ¡exacto! Vayamos al grano -sacó de su bolsa un saquito y lo dejó encima de la mesa entre ellos dos-. Aquí hay suficiente oro como para que puedas vivir una buena temporada sin necesidad de trabajar ni nada parecido. Además, donde irás no necesitarás ocultarte de nadie.

-¿Qué quieres decir?

-Quiero decir que hasta que te necesitemos, vas a vivir a cuerpo de rey sin hacer nada de nada. Solo tienes una obligación... pasar completamente desapercibido.

-¿Me vas a dar tu bolsa de oro? -preguntó Galizas sin creerse aun lo que decía el vasnino-. ¿Así sin más? ¿Y me voy donde tú me digas?

-Eso es exactamente lo que tienes que hacer. Mañana te van a empezar a buscar por la ciudad y mi consejo es que desaparezcas ahora mismo, urgentemente. Te repito que ellos no van a tener tantas contemplaciones como yo.

El slá escuchaba atentamente, aquella tal vez era la oportunidad que estaba esperando. Oiría hasta el final lo que este le tenía que decir, cogería la bolsa y le haría ver que aceptaba el trato, aunque luego... luego posiblemente hiciese lo que le viniese en gana.

-¿Puedo... puedo ver lo que hay dentro? -preguntó con avaricia y desconfianza asomando en su rostro.

Brigadión hizo un gesto afirmativo con la mano y el slá agarró con fuerza la bolsa. Tranquilamente la abrió y observó su contenido. Una agradable apareció en su faz.

-¿Contento?

-Como bien dices con todo este oro podría vivir una muy buena temporada sin dar golpe, señor cómo te llames.

-Exacto ¿Hacemos trato, entonces? -preguntó Brigadión ofreciéndole la mano en señal de firmar el acuerdo.

El slá la estrechó fuertemente y acto seguido se acercó hacia él para oírle mejor.

-Venga, dime. ¿Qué debo hacer?

Brigadión sacó una carta de su bolsillo y se le entregó.

-Lo primero es salir de aquí en cuanto terminemos la conversación. En la calle me seguirás a cierta distancia por lo que procuraré no ir rápido a caballo. Una vez lleguemos a las cuadras donde siguiendo mis órdenes ya tienes preparado otra montura para ti, te perderás yendo hacia Landia. Una vez llegado a esa ciudad, dirígete al norte de ella y allí descubrirás un camino que sigue hasta el Gran Lago Badur. Ve en esa dirección y cuando estés relativamente cerca del lago, pregunta a la primera persona que te encuentres por una posada llamada "El Escudo". Allí preséntate ante el posadero que te estará esperando, luego te quedas quietito hasta que nos volvamos a ver allí. Con lo que hay en esa bolsa tendrás de sobra para pagar el cobijo y la comida hasta que llegue la hora de cumplir con tu misión. Luego tras cumplirla por supuesto, tendrás una muy buena recompensa y eso es todo. Además, en caso de tardanza por nuestra parte en llegar a la

taberna para hablar de tu labor, en caso de que esto ocurra..., enviaré un mensajero con noticias nuestras para tranquilizarte. ¿Lo has entendido bien?

-Si, lo he entendido, pero ¿qué gano yo con ayudaros?

Brigadión sabía que debía ofrecerle algo jugoso, ya que, si no el slá una vez saliesen de la posada y le diesen el caballo, le perdería para siempre y los planes quedarían desbaratados. Anteriormente había intentado ocultarle quien o quienes estaban tras el plan, ahora había llegado la hora de mostrarle parte de sus cartas.

-No debía decírtelo -dijo meditando bien sus palabras-. Pero ahora trabajas para un príncipe del reino-. Un príncipe que es sin lugar a duda el futuro rey emperador de Shámsala. Juegas una baza muy importante en este juego supremo y participarás con nosotros cuando todo esto acabe de las mieles del triunfo. Ahora eres solo un peón; luego te convertirás en alguien importante, El príncipe me ha dicho que te haga saber que tienes su palabra de ello. Una gran recompensa te espera y esa te la hará llegar él personalmente. Haz lo que te decimos y llegarás mucho más lejos de lo que crees ya que tal vez acabes comiendo en una mesa junto al mismísimo emperador.

Acto seguido se levantó de silla.

-¿Qué? ¿Vamos?

-¡Vamos, pues! -respondió alegremente Galizas

Salieron de la posada. Brigadión llegó a su caballo y le hizo una seña para que le siguiese a cierta distancia. El camino de vuelta hacia las cuadras se hizo largo ya que no podía galopar. Cuando por fin llegaron a estas le avisó para que esperase a cierta distancia mientras devolvía el caballo y le daban otro a cambio. Al cabo de un rato salió con dos animales ofreciendo uno de ellos a Galizas, quien sin pensarlo mucho subió a la montura. Antes de despedirse Brigadión aprovechó para advertirle unas últimas palabras.

-Recuerda todo lo que hemos hablado. Ocúltate lo mejor que puedas y que se note tu presencia lo menos posible. Como quién dice, ahora eres de los nuestros aun siendo lo que eres. Confiamos en ti, no te desvíes de tu camino ni un palmo, ni tengas otras intenciones o te juro por mi honor que acabaré contigo. ¿Has entendido todo bien?

-Estad tranquilo, caballero sin nombre. Cenar con el emperador es algo que me interesa mucho. ¡Yeaaah!

Y espoleó a su montura de tal forma que el relincho del caballo debió despertar a gran parte de las cercanas viviendas y con las mismas prisas, Brigadión partió hacia palacio.

-¿Eh? ¿Qué? -Degall se despertó sobresaltado, una mano desconocida le tapaba la boca.

-¡Shhh! Silencio por favor, mi príncipe -el vasnino muy cerca de él le hablaba en un susurro-. Ya está todo en marcha. Despertad. Debemos cambiar urgentemente la gema.

Como pudo Degall empezó a despejarse pensando en todo momento como había podido entrar el vasnino en su dormitorio.

-¿Pero cómo has entrado?

-Os enseñaré muchas cosas más adelante, mi príncipe. Por favor, ahora preparaos para que os pueda cambiar la gema que lleváis por la original.

-¿Qué tal ha ido todo?

-Todo está en marcha, conseguí dar con el slá que ahora se hace llamar Galizas y parecer ser que ha aceptado el trato. Le he mandado lejos donde esperará instrucciones nuestras para actuar.

-¿Lejos? ¿Donde?

-No os preocupéis, está todo arreglado. Cuando supe que los monjes venían tuve que actuar de urgencia y mandé hacer.

-¿Mandaste hacer? ¿Qué mandaste hacer, Brigadión?

-Compre caballos para utilizarlos cuando los necesitara y un siervo se ocupó de ir donde ahora se dirige Galizas para avisar de su llegada.

-Pero... pero ese siervo puede delatarte. ¿Como has sido tan inocente?

-No me delatará, tenlo por seguro, Degall.

Bastó la mirada del vasnino para que el príncipe aceptase la respuesta.

-¿Y ese Galizas será de fiar? – la desconfianza ante semejante ser era patente. Un revienta-cuerpos como a veces se les denominaba, no era un personaje que ofreciese mucha confianza.

-No hay nada que perder príncipe. Lo único que nos ha costado es el precio de un caballo y una bolsa de oro. Si hablase nadie creería semejante historia. Estad tranquilo y hagamos el cambio por favor.

Actuaron rápidamente cambiando las gemas iluminadas solamente con la luz de la luna que entraba por la ventana. Luego Brigadión tranquilamente se despidió volviendo a la oscuridad por donde había llegado.

27

“LOS REGALOS”

-¡Degall, Degall, ya llegan! Están entrando por el sur de la ciudad -la voz de Gumb me sacó de mi sopor. Había comido como un auténtico glotón y el sueño me invitaba a tomar una relajante siesta– ¡Ya llega mi Arco Blanco! ¡Yujuuu!

Habían pasado varias jornadas desde que Brigadión encontró al slá invitándole a alejarse de Dor-Alia. Desde el día posterior a este hecho, los alegres y simpáticos monjes de Lahor se habían ocupado únicamente de intentar dar con él, empresa harto difícil gracias a mi Brigadión. Por la mañana desfilaban de palacio para regresar al mediodía y a media tarde volvían a la búsqueda hasta el anochecer en un intento vano por dar con el slá. Si marchaban con una sonrisa en sus labios, cuando regresaban estas mismas sonrisas seguían en sus rostros. Nada ni nadie les hacía perder su vital optimismo e ilusión. No había slá que pudiese con su alegría.

Habíamos acabado de comer hace poco y me encontraba medio dormitando en un gran sofá. Los tres vasninos hablaban de sus cosas junto a los monjes y de vez en cuando les oía alguna que otra risotada mientras Lienha atusaba dulcemente el pelo de nuestra tía. De sus hijos, no sé qué demonios hacían. Todo lo referente a ellos me molestaba porque parecían idiotas perdidos los tres. Y Gumb para más inri, lo único que hacía era fastidiarme continuamente con que su arco, su arco y su puñetero arco.

-¡Degall! Venga espabila que llegan los regalos... mi arco. -decía ilusionado-. ¡Llega mi arco, por fin!

-¡Ya te he oído! ¡Mierda! –le grité-. ¿Podrías por favor, dejar de chillarme en la oreja?

-Perdone su excelencia, Degall, el Primero. No he querido ofender con mis soeces palabras a tan noble caballero, pero despierta. ¡Que llegan ya, hermano! ¡Los regalos! ¡Vamos!

-¿Regalos? Será el tuyo, ¿no? Para mí solo me llegan unas asquerosas Cartas de Dolor ¿Para qué quiero yo esa mierda ahora? -contesté airado.

-Ya, tú pediste lo que pediste y se te concedió tu deseo. Haber pedido otra cosilla hermanito y ahora no estarías malhumorado. Eso te pasa por pensar poco. Actuaste como siempre pensando poco y hablando mucho. ¡Pero qué raro que te pasen estas cosas,

Degall! –su sarcástica ironía me sacaba de quicio y dado lo sucedido, era mejor parecer un idiota que dar una mínima pista a Gumb–. Además –continuó saboreando su triunfo–. Te tengo que decir que estoy muy contento y feliz con que ahora Rutter se dedique en cuerpo y alma a mi instrucción. Todo para mí.

No pude contenerme, la envidia de verle manejando su Arco Blanco podía conmigo más que mi intención de mantener la boca cerrada.

-¿Sabes qué te digo? Que siempre me has demostrado ser un imbécil y creo que aunque tengas un arco que siempre acierte en el blanco, seguirás siendo el mismo baboso de siempre! ¡Alcornoque!

-¡Ah! Ya... ¿Sabes lo que te digo yo a ti, hermanito? Cuando sea rey emperador de Shámsala, jamás te dejaré tirado mientras vivas. Me encargaré personalmente de que tengas trabajo durante toda tu vida. Un trabajo digno de ti. Un trabajo que llevará su tiempo... –calló un instante antes de proseguir. Sentí que no iba a poder aplacar mi rabia y que iba a saltar a su cuello en cualquier momento, pero en ese momento siguió con su palabrería-. Prepárate y oye bien. Tu trabajo será ocuparte de la limpieza de todas las letrinas de los soldados de palacio y cuando acabes, empezará con las cuadras. Te lo prometo. Palabra de tu rey Gumb Vaalam de Shámsala ¿Qué? ¿Qué te parece Degall?

Antes que pudiese contestarle a su nivel o tirarle a la cara lo primero que tenía a mano, Lienha apareció asida de la mano con nuestra tía.

-Sobrinos, mis príncipes. Como siempre discutiendo ¿Eh? -dijo sonriente

Aunque habíamos mantenido nuestra discusión solo audible a unos pocos pasos, lo cierto era que Lienha nos conocía bastante bien y sabía qué nos ocurría. Incluso así, Gumb dio una respuesta que a ciencia cierta no sé si quiso quitarle o echar más leña al fuego.

-No. No era nada importante Lienha, estábamos discutiendo sobre futuros temas importantes de estado. Nada más.

-¿Futuros temas importantes? –sonrió maliciosamente Lienha–. Eso no se lo cree nadie. Se os veía discutir como siempre, que no soy idiota, Gumb.

-Nuestra conversación era sobre diferentes aspectos de una misma situación, nada importante.

-Eso es hermanito -Lienha no era tonta y sabía bien lo que se decía-. Intenta reparar el futuro partiendo del presente, pero recuerda también lo que dicen otros por ahí. “No dejes para hoy, lo que puedas hacer mañana”.

-Tonterías y bravatas, Lienha –añadió Gumb que luego dirigiéndose a nuestra tía quiso agasajarla con alguno de sus torpes galanteos–. Querida Lundia cada día que pasa te vemos más lozana, hermosa y fresca como una lechuga.

Ella sonrió ante aquella tontería de Gumb. Ocultó su mirada llevándola al suelo y con amabilidad repuso:

-Gracias, querido Gumb. Tus palabras animan a que mi vida sea más feliz y completa, palabras tuyas y también las vuestras, queridos Lienha y Degall. Gracias de nuevo a los tres por estar junto a nosotros. Ojalá estuviese aquí mi querido Cardieff.

-Bien, –cortó rápidamente Lienha-. ¿Qué planes tenemos para hoy, señoritos?

-Por ahora seguir discutiendo y analizando el proceso que estábamos estudiando sobre el futuro trabajo de Degall –Gumb con su respuesta dejaba claro que no aprendía ni a palos y que su intención era la de seguir tocándome las narices durante un rato más, así que desvié la conversación hacia otro lado.

-Déjalo Lienha, ya nos arreglaremos entre nosotros más adelante. ¡Hola, tía! ¿Qué tal te encuentras hoy?

Lundia empezó a hablarnos rápidamente de sus tristezas y penurias. A su edad parecía que era lo único que la mantenía con vida. Al rato de oírla, casi prefería seguir discutiendo con Gumb a estar escuchando aquella sarta de moñigas por su parte. Es

más, creo que el tonto de mi hermano también pensaba como yo, largándose mentalmente lejos de ella.

Poco tiempo después me encontraba observando a hurtadillas a mi hermana, quién escuchaba a nuestra tía con suma atención. ¡Dios mío! Cada día que pasaba estaba más hermosa y radiante y yo más y más enamorado. Qué intenciones más vibrantes tenía en aquellos momentos. Si pudiese solamente...

Entre deseos y más deseos Rutter vino a rescatarnos de nuestra tía y en lo que se refiere a mí, diría que de un estado comatoso de pensamientos.

-Príncipes... Lundia. Por favor, debéis acompañarnos a la entrada de palacio. Chafan desea que estemos todos juntos en las escalinatas cuando... -y aquí calló un momento-. Cuando lleguen a palacio. Son sorpresas que ha pedido para todos y especialmente para vos -dijo misteriosamente guiñando el ojo a Lienha.

-¡Huy! ¡Qué ilusión! -se sorprendió mi hermana. Saltó, sobrepasó a nuestra tía y fue corriendo en pos de Chafan que salía junto a Brigadión del salón-. ¡Rutter! ¡Rutter! Espérame, por favor. ¿Qué? ¿Qué es eso que traen para mí? -por su reacción estaba claro que Chafan no le había comentado nada del gato, por lo que se iba a llevar una muy grata sorpresa.

En las escalinatas vimos que una escolta de soldados venía acompañando a un carromato que conducía un personaje gordo a reventar. Al detenerse, uno de aquellos soldados que parecía ser el que llevaba la voz cantante se dirigió a Chafan saludándole amigablemente.

-Hola, buen Chafan, por fin llegamos. -se desentumeció un poco los brazos pegándose unos golpecillos para quitarse el polvo del camino-. El viaje ha sido largo, muy largo y pesado en ocasiones, Por fin estamos aquí y ahora toca descansar. ¡Por fin!

-Bajad de vuestras monturas y descansad que bien os lo merecéis, Bariel – respondió con la misma alegría-. Me complace verte tan bien como siempre. Dame un abrazo, amigo mío.

El llamado Bariel rápidamente saltó de su montura y estrechó un cálido abrazo con Chafan, con Brigadión y con Rutter, supuse debía conocerlos de antes. Una ojeada a mi hermana me bastó para darme cuenta que parecía tener mucho interés mirando al tal Bariel. Lo que sentí en aquel instante no lo puedo narrar..., era algo parecido a querer estrujar y rebanar el cuello de aquel militar de mierda, aunque ni le conocía aún.

-Príncipes, venid y permitidme presentaros a mi amigo Bariel –dijo Chafan. Nos acercamos y luego añadió-. Es una amistad nuestra de hace muchos años. Le pedí encarecidamente hiciese el favor de escoltar este carruaje con vuestros presentes des...

-¿Presentes? ¿Pero qué presentes, Chafan? -dijo Lienha sin poder ocultar su ilusión.

Bariel quién tampoco le quitaba los ojos de encima muy astutamente dio un paso adelante.

-Permitid presentarme, princesa Lienha, mi nombre es Bariel Dona Brunde. Soldado rádico al servicio de vuestro padre, su majestad el rey emperador Crotor.

Lienha le cedió la mano y él muy ladinamente se agachó poniendo rodilla en tierra y tocando con ella su frente. Los soldados rádicos eran llamados así porque se formaban escuadras únicamente con veinticuatro de ellos. Ninguno era superior a otro, todos daban órdenes y todos las acataban. Siempre sabían lo que había que hacer y en qué momento. En el arte de la guerra se compenetraban de tal forma y maestría que realmente se necesitaban una gran cantidad de enemigos para poder doblegarles o disuadirles. Así era Bariel, quién también se giró hacia Gumb y hacia mí.

-Y ha sido un honor tener la oportunidad de escoltar este carruaje por expreso deseo de Chafan para mis príncipes -agregó haciéndonos otra acusada reverencia.

Aceptamos sus pantomimas y nos fue presentando a algunos de sus compañeros de viaje, luego habló con el conductor del carromato que seguía sentado en su puesto y le

apremió a que nos acercase aquello que llevaban dentro para nosotros. Las gorduras de este no le impidieron saltar con agilidad a la parte trasera y poco después aparecer de nuevo con algo entre las manos, que por la forma no podía ser otra cosa más que el arco de Gumb. Se lo cedió a Bariel y este a Chafan.

-Bueno, Gumb. Lo prometido es deuda y esta era mi promesa –la ilusionada cara de mi hermano ante las palabras de Chafan eran un verdadero poema–. Espero que con el tiempo lo sepáis manejar con maestría, de hecho, Rutter se ocupará de entrenaros con él. ¡Tomad! Aquí tenéis vuestro reluciente Arco Blanco.

Gumb lo cogió, diría y no creo confundirme mucho con todas sus garras y fuerzas, observándolo de arriba hacia abajo una y otra vez. El material del arco parecía ser de nácar con bellos relieves a lo largo de todo su cuerpo. Era una verdadera joya y la envidia hizo que se me revolviesen las entrañas observando a mi hermano sopesar aquella maravilla.

-Mira, Degall ¿Qué te parece? -me preguntó muy sonriente. Como delante de todos no quería parecer lo que claramente ellos ya sabían de mí, intenté disimular mi respuesta lo mejor que pude. Era patético y le hubiera reventado la cara de un buen tortazo.

-Una verdadera maravilla, querido Gumb. Espero que aprendas a manejarlo como se debe. Con honor y limpieza.

-Con el cazaré todo lo que se me ponga a tiro –hizo como si tuviese una saeta invisible y disparando hacia todos los lados preguntó al vasnino-. ¡Gracias Chafan! ¿Puedo estrenarlo ya, por favor? Déjame estrenar mi maravilloso arco. ¡Por favor!

Todas las miradas de los presentes estaban puestas en la sublime arma. Yo mismo deseaba ardientemente tenerla entre mis manos y disparar con ella, pero el arco requería unas nociones sobre su manejo, si no resultaría muy fácil herir a alguien con él. Gumb no estaba preparado y así se lo hizo saber Chafan.

-Príncipe Gumb, hasta que no tengáis las suficientes nociones de su manejo, no podéis utilizarlo. Rutter se ocupará que conozcáis esta maravilla a la perfección, entonces y solo entonces podréis utilizarlo. Mientras tanto y para ver cómo funciona, solicito que él junto con Brigadión, nos hagan una pequeña demostración de su poder. ¿Os parece bien, mi príncipe?

No le quedaba otra por lo que aceptó de mala gana. Rutter se acercó, cogió el arco, lo admiró, sopesó y tensó. Pidió que le diesen una flecha y Bariel le ofreció una de las suyas. Allí mismo en las escalinatas de entrada al palacio iba a presenciar una demostración de lo que era un mágico Arco Blanco.

Rutter dispuso la flecha y apuntó recto hacia la muralla que teníamos enfrente, luego dijo:

-¿Veis a mi derecha aquel poste? ¿La cuerda que sostiene el candil que da luz por las noches?

Miramos donde decía. Había una distancia de unos doscientos pies entre donde apuntaba y donde sugería que daría la flecha.

-¡Atentos!

Tensó el arco y creí verle hablar con él, aunque quizás fueron imaginaciones mías. Al instante la flecha salió disparada recta hacia la muralla, pero repentina y mágicamente curvó su destino y fue a dar justamente en la cuerda que sostenía el candil cayendo este al suelo. Entre estrepitosos aplausos Rutter le cedió el arco a Brigadión que hizo lo mismo, admirándolo y sopesándolo. Finalmente lo tensó y destensó varias veces.

-Un voluntario, necesito un voluntario por favor –solicitó.

Rápidamente alcé mi mano para ser el elegido ya que tenía mucha confianza depositada en él.

-No. Vos no príncipe, debe ser otra persona. Gracias de todos modos –y mirando a los que estaban cercanos preguntó sonriente–. Bariel, ¿Tienes algo que hacer ahora?

-¡Venga! -dijo alegremente el aludido-. ¿Qué tengo que hacer?

-¡Nada! Tú solo vete hacia la muralla y cuando estés a medio camino, date media vuelta, párate y míranos.

Dicho y hecho, Bariel sin mostrar temor alguno, se dirigió tranquilamente donde Brigadión le había pedido.

-¿Aquí? –gritó desde la distancia

-¡Sí! Ahora espera. ¡Flecha, por favor!

Rápidamente le llegó una, preparó el arco igual que Rutter, lo tensó y apuntó directamente hacia Bariel. Un sorprendido murmullo salió de algunas bocas, pero Chafan y Rutter parecían estar disfrutando. Personalmente por las miradas que Lienha se había echado con el Bariel este, prefería que Brigadión fallase el tiro y acertase directamente entre los ojos al rádico.

-¡Atentos! –nos alertó Brigadión según miraba hacia todos los lados

Lo mismo que Rutter, juraría que habló con el arma. No llegué a entenderle lo que decía, pero tuve de nuevo esa sensación. Luego esperó pacientemente.

-Brigadión, se me está haciendo eterno. -gritó Bariel-. ¿Qué esperas para disparar? ¿Dónde quieres dar?

-Sorpresa amigo, creo que... creo que... ¡Ahora!

Según decía esto soltó la flecha que fue directa hacia el rádico. Instintivamente este hizo un gesto para cubrirse, pero la saeta por arte de magia desvió su camino y empezó a ascender hacia el cielo. A cierta distancia por encima de nuestras cabezas una bandada de palomas pasaba volando y una de ellas fue la que recibió la flecha cayendo instantáneamente muerta cerca de nosotros. Los mismos estrepitosos aplausos volvieron a generarse. Brigadión aprovechó el momento para devolverle el arco a Gumb, no sin antes advertirle de nuevo.

-Tenéis una maravilla entre vuestras manos, mi príncipe. Debéis primero aprender a utilizarlo, luego será el mejor de vuestros aliados. Tomad vuestro Arco Blanco.

Gumb lo cogió y antes que nadie dijese nada la voz de Chafan volvió a resonar.

-Y ahora, amigos, ¡Ahora! ¿A ver qué tenemos para nuestra querida princesa Lienha?

Mi hermana embargada por la ilusión empezó a dar saltitos de alegría y a aplaudir tímidamente con sus manos. Verla saltando de esa forma era una escena digna de la mejor obra teatral. El conductor volvió a subir a la parte trasera del carromato y ahora traía con él algo entre sus brazos, algo que llevaba tapado con una especie de manto. Se lo entregó a Chafan y este lo acercó a Lienha que seguía saltito que te saltito, aplaudiendo totalmente emocionada.

-Aquí tenéis algo para vos princesa, espero que sea de vuestro agrado.

Suavemente destapó la parte delantera del manto y debajo pudimos ver un cachorro de gato Wogan de un color azul intenso ronroneando de placer al calor que le producía el manto.

-Es precioso Chafan. Muchísimas gracias –agradeció Lienha rebotante de alegría-. ¿Puedo?

-Por supuesto, princesa, es todo suyo. ¿Qué nombre le pondremos? Deberéis elegir uno elegante que vaya acorde a la belleza de este animal.

-¡Sí! Vamos a elegirlo entre todos –dijo según acurrucaba al animal entre sus brazos-. A ver cual nos gusta más. Que cada uno diga uno.

Después de una breve sarta de nombres a cual más imbécil por parte de mi jocosos hermano, nuestra hermanita acabó decidiéndose por “Turbio” y yo como ya conocía mi regalo estaba deseoso que acabase toda aquella mierda de dádivas gratis, aunque antes debía esperar lo que me tocaba. Así que mismo de lo mismo, el conductor volvió a subir al carromato, recogió algo que entregó a Chafan y este me dio un paquetito que eran mis mierdas de Cartas de Dolor.

Menuda ilusión la mía.

-Tomad, príncipe Degall. Confío en que el presente os guste. Estad seguro que echaremos una partidita de vez en cuando y confío en ganaros. –luego se volvió hacia Brigadión y Rutter advirtiéndoles-. Y a vosotros también os digo lo mismo, eso sí nuestro príncipe nos deja jugar una partida con sus cartas.

Abril el paquetito y las fui ojeando una por una. La verdad es que eran maravillosas, diría que perfectas. Todas ellas en su parte trasera eran de terciopelo rojo, luego dibujado sobre un rombo azul había otro rombo más pequeño de color amarillo, y sobre este múltiples adornos de armas y de animales. Los guerreros de las cartas eran diferentes a todo lo que había visto anteriormente. Había desde arqueros a lanceros, los malditos trovadores que no servían para nada, mujeres serpiente, verdugos, amazonas, todo tipo de fieras y demás. Aquellas cartas eran un compendio de las mejores Cartas de Dolor que habría visto en mi vida. Después de examinarlas no pude menos que agradecer a Chafan su regalo. El enojo se había dispersado en parte y tener aquella maravilla en mis manos me hizo ver las cosas de otro color. Además, ahora el cerdo de mi padre estaba lejos para poder destruirlas.

-Tirad una carta –sugirió Chafan con una sonrisa-. ¿A ver qué sucede?

Limpié un poco el suelo con la palma de mi mano ya que, no quería para nada ensuciar mis flamantes cartas, luego lancé una de ellas al azar. Instantáneamente un guerrero galusa apareció ante nosotros. Un feroz guerrero que le sacaba dos cabezas a Rutter y con la misma altura que los verdaderos guerreros de Galusiam. Su faz daba auténtico terror y las armas en sus manos invitaban a largarse de allí lo antes posible. Nos miraba atento y daba la impresión de que en cualquier momento saltaría sobre nosotros. Lienha con un gritito histérico (algo normal en ella), rápidamente se ocultó tras Bariel, yo disimuladamente hice lo mismo tras Brigadión.

-Observad qué maravilla–dijo Chafan quien se puso a caminar directamente al encuentro del galusa. No daba ningún aspecto de temor, ni nada parecido. Una vez junto a él, le miró, le habló, le tocó y llegó incluso a pellizcarle un brazo. El gran guerrero parecía no advertir al vasnino, seguía mirando hacia todos los lados atento a algo o a alguien. Finalmente Chafan lo dejó tranquilo y volvió con nosotros.

-Y ahora lanzad otra carta, mi príncipe –me animó.

Aún asombrado como estaba le hice caso y lancé otra carta. Un armado espadachín apareció de la nada con el arma en ristre y fue velozmente hacia el galusa. Daba la sensación que era un verdadero combate real. Lo que ahora veían mis ojos nada tenía que ver con aquellas cartas con las que jugaba con Gumb dentro de un armario. Incluso el sonido de las armas entrechocando parecía real, sonando verdaderamente belicoso. Ver aquello era una sensación de estar presenciando un combate real.

Deduje que para poder jugar el juego en su totalidad seguramente necesitaríamos un sitio bastante amplio donde poder desarrollarlo. ¿Cómo serían los caballeros con sus caballos adornados de llamativos mantos y colores? ¿Y las cartas que había visto de leones, tigres, incluso rinocerontes? Necesitaba descubrirlo ya. Mientras tanto la lucha era encarnizada, se sucedían mandobles al aire y hachazos que no llegaban a atinar en el oponente o bien daban en su escudo. Finalmente, el galusa saltó sobre el espadachín y ahora la lucha fue sin armas, cuerpo a cuerpo. Era sobrecogedor tener tan cerca de nosotros aquel festival de furia y destrucción. Estábamos completamente hipnotizados con lo que allí sucedía ante nuestros propios ojos.

-Bueno, querido príncipe y demás –la voz de Chafan nos devolvió a la realidad–. Por favor, recoged las cartas y guardarlas bien, ya seguirán el combate en otro momento. Amigos volvamos al salón que Bariel y sus acompañantes es seguro que necesitarán un buen baño además de un mejor reposo.

Hice caso y mágicamente al cerrar el mazo, los dos guerreros desaparecieron fundiéndose en la nada. Al momento unas estrechas columnas de humo aparecieron donde ellos habían combatido.

-¡Gracias, Chafan! -agradecí sinceramente--. Te prometo que echaremos esa partida que dices e intentaré (si no me haces trampas), ganarte con todas mis armas. ¡Ja, ja, ja!

Todos rieron también mi ocurrencia, bueno todos no. Gumb seguía embobado con su arco y Lienha lo mismo acariciando a "Turbio".

Así que al acabar de recibir los regalo volvimos al salón y poco después cuando los efluvios de las emociones pasaron, cada uno se fue a guardar su "tesoro" con todo su amor, para luego volver al día a día del aprendizaje con nuestros maestros vasininos.

Y los monjes de nuevo marcharon en pos de conseguir dar con el slá una vez más.

¡Gran error!

Y los rádicos no lo decían, pero en vez de un lugar donde descansar y reponerse del viaje, seguro hubieran preferido una noche de fiesta y jolgorio en algún maloliente tugurio de Dor-Alia. Cualquier taberna que aderezara sus mentes con un licor empapándolas bien, haciéndoles olvidar el recuerdo de sus lejanos hogares y aflorando sus risas y sus cantos y a poder ser rodeados de incomparables e insatisfechas bellezas.

28

"UN TRATO PELIGROSO"

Las murallas de la ciudad quedaron atrás mientras el camino nacía ante nuestros ojos. Éramos solo cinco, Brigadión, Bariel, dos rádicos más llamados Berenice y Ampras y finalmente yo.

Durante los últimos días los monjes habían seguido visitando la ciudad sin hallar ninguna pista del slá. ¡Normal! Y comentándolo con Chafan habían decidido que el rango de acción iba a extenderse cada día un poco más, saliendo de la ciudad hasta más allá de las cercanías. De esta forma su periplo empezaba a primera hora del día y acababa bien entrada la noche.

-“¡Demonios! Me preguntaba, ¿pero cuando van a olvidarse de ese slá? Cada día llegan más y más lejos”

Brigadión ya me había mostrado su buen plan para llegar hasta Galizas. Solicitaríamos permiso a Chafan para poder salir de la ciudad durante unos días con el pretexto de querer seguir mi aprendizaje, pero esta vez intentando que yo viese mundo desde el mismo mundo y no desde el palacio y los libros. Era algo genial y en absoluto Chafan iba a sospechar nada. De esta forma podríamos llegar a la posada donde se ocultaba el tal Galizas para hablar con él detenidamente.

-La idea me parece estupenda –contestó Chafan–. De hecho, tal vez le proponga eso mismo a Lienha o a Rutter para que hable también con el príncipe Gumb. Aprender sobre el mismo terreno está muy bien. ¿Pero has pensado en la seguridad del príncipe Degall, Brigadión?

-Sí, Chafan, además de ir solo a caballo, sin carruajes, ni nada que nos delate -contestó este-. Iremos acompañados de la inestimable ayuda de tres rádicos. Por supuesto, las ropas que llevemos serán comunes y corrientes. En fin, ya ves... por unos días seremos unos ciudadanos corrientes del reino recorriendo caminos.

-¡Perfecto!

-Será un viaje de seis o siete días a lo sumo, no más. Degall está encantado con la idea. Visitaremos sitios un tanto alejados de la ciudad y si por casualidad la gema del príncipe nos avisa de algo. Ten a buena fe que la cabeza del slá rodará por tierra.

-Muy bien, Brigadión. Me sigue pareciendo una idea estupenda y ¿para cuándo queréis que os preparen lo necesario para partir?

-Para mañana mismo.

¿Mañana? –se sorprendió Chafan.

-Sí, cosas del príncipe. Prefiere hacerlo cuanto antes.

-¡Vaya!

Así que ahí estábamos ahora viendo como la ciudad se perdía a nuestras espaldas. Nos acompañaban los rádicos, incluido ese tal Bariel. Lo había decidido y elegido así, no me gustaba la idea de que se quedase en palacio con Lienha muy cerca de él. Los tres venían un poco distanciados de nosotros dos, lo habíamos pedido así bajo pretexto que seguíamos con mi aprendizaje, aunque la verdad, lo único que pretendíamos era poder hablar de lo quisiéramos sin miedo a que nos escuchase nadie. Aunque íbamos vestidos con ropas humildes, las armas de los rádicos y de Brigadión estaban bien ocultas y listas para cualquier situación urgente.

Situación urgente que requiriese una más rápida solución.

Tomamos el camino hacia la ciudad de Landia. La temporada entre primavera y verano era la perfecta para cabalgar sin pasar frío. Al ir anocheciendo ese día, divisamos un claro donde decidimos acampar. Hicimos un fuego y se preparó la cena a base de liebres que se habían ido cazando por el camino. Después de una estupenda velada a base de aventuras narradas por los rádicos, nos echamos a dormir a la luz de las estrellas mientras ellos hacían guardia turnándose durante toda la noche. Acostumbrado a sábanas limpias de seda y algodón, perfumes de aromas exquisitos y demás lindezas, ahora me encontraba tirado en la tierra con una capa y un mantón como único abrigo contra el frío de la noche y demás vicisitudes. Coger el sueño me resulto harto difícil. La rudeza del terreno no era lo más aconsejable para un príncipe como yo y las vueltas que di intentando dormir, más que llevarme al reino del sueño me crisparon los nervios, eso sin hablar de los molestos ruidos de animales que campaban a nuestro alrededor.

-Serénate, Degall. –me aconsejó Brigadión viéndome cambiar de posición una y otra vez. Mi lugar estaba en medio, durmiendo entre dos rádicos y él. Cualquiera que intentase algo, primeramente, debía pasar por encima de ellos si quería venir a por mí, además de no ser descubierto por quien hacía la guardia–. Esto es solo naturaleza limpia y pura, nada que temer aparte del vuelo de una lechuza, el aullido de un lobo lejano, o quizás el cantar de un molesto grillo.

-Ya, ya lo sé Brigadión, pero esta cama es muy dura y no estoy acostumbrado a la vida campestre. Intentaré dormir de todos modos. ¡Dios mío! ¡Pero qué duro es este suelo!

Aquella noche fue de locura, conseguí conciliar el sueño cuando casi los primeros rayos del alba empezaban a clarear el día.

Al rato me despertaron y entre todos prepararon el desayuno. En pleno campo tomarlo de aquella forma y rodeados de su grata compañía me supo succulento. Brigadión cuando ellos estaban cerca, me aleccionaba sobre todo lo que veía a nuestro alrededor, como siempre de cada cosa tenía algo que enseñarme, pero cuando ellos se encontraban lejos me hablaba de lo secreto de “Lo Prohibido” y de su esencia. Al terminar el desayuno, ensillaron los caballos y partimos rumbo a nuestro destino.

Sobre mediodía ocurrió.

Hablábamos normalmente cuando noté que Brigadión detenía su caballo.

-¿Por qué te paras? –pregunté–. ¿Pasa algo?

-Mirad más adelante, príncipe.

Eché una ojeada donde me indicaba y allí en el mismo camino, llegué a contar once hombres que nos entorpecían el paso. Antes que me diese cuenta los tres rádicos estaban a nuestro par.

-¿Qué hacemos, Brigadión? –preguntó Bariel visiblemente alterado.

-Sigamos como si nada. ¡Degall! -advirtió-. Detrás nuestro en cada momento, por favor. Berenice a mi diestra, Bariel a mi izquierda y tu Ampras a la izquierda de él. Si la cosa se pone mal, yo me ocupo de los cuatro de delante, los otros siete son vuestros.

¿Os parece bien?

-Por mí de acuerdo –dijo Berenice.

-¡Perfecto! –respondió Bariel-. Aunque si quieres puedes dejarnos alguno más.

-¡A por ellos! –sonrió Ampras alegremente que parecía no percatarse de lo que se nos venía encima–. Vamos a quitarles las ganas de estorbar en los caminos.

Los cuatro hombres espolearon un poco sus monturas y yo les seguí a cierta distancia. Al llegar junto al grupo de hombres, el primero en hablar fue Brigadión.

-Buenos días tengáis, caballeros. ¿A qué viene que estéis detenidos en este solitario camino? ¿Habéis tenido acaso algún percance o accidente del que podamos ayudaros?

-Estad tranquilos, buena gente –gruñó el que debía ser el jefecillo de la cuadrilla. Todos sus demás amigos sonreían siniestramente mirando nuestros caballos y alforjas–. ¡Pero sí! Sí que podéis ayudarnos con vuestra buena fe.

-Decid lo que deseéis, caballero y si está en nuestra mano, no dudéis que vamos a hacer lo imposible por ello –la tranquilidad con la Brigadión sostenía sus palabras, hacía que aquella gente de mala catadura seguro pensase que era un idiota o un imbécil redomado hablando como lo hacía, pero lo que no sabían era que, bajo nuestras ropas, las armas afiladas por los mejores herreros del reino estaban preparadas para ponerse a trabajar.

-Pues mirad –el jefe agarró las riendas del caballo de Brigadión y se acercó a él–. Puesto que os veo tan decididos a ayudarnos. Esto es lo que vais a hacer..., vais a bajar los cinco de las monturas y nos las entregaréis junto a todo lo que llevéis encima. Despojaos también de vuestras ropas que seguro no os servirán más y nosotros a cambio, a cambio os lo agradeceremos sin llegar a cortaros esas bonitas cabecitas que tenéis. ¿No es así, muchachos? –añadió dirigiéndose a su nutrido grupo.

Sus compinches rieron sin saber lo que se les venía encima, luego todos secundaron a aquel bufón animándole a seguir por un camino que no debía. Brigadión parecía que se encontraba muy a gusto divirtiéndose con los energúmenos salteadores de caminos y yo, sin embargo, a cierta distancia mantenía mi caballo presto para espolearlo en cualquier instante y salir de allí más rápido que un galgo.

-Caballero o señor. ¿Os puedo llamar señor? ¿No? –preguntó Brigadión

-¡Perfectamente, imbécil! –repuso insultando el jefecillo–. Puedes llamarme señor o verdugo, como quieras.

-Pues bien, de nuevo caballero o señor, o como guste. ¿Sabéis acaso que el oficio de salteador de caminos está penalizado en el reino con la pena máxima, o dicho de otro modo con la pena de muerte?

La confianza de Brigadión en sí mismo era brutal y lo raro es que el idiota aquel no se diese cuenta. Verdaderamente tenía que ser un mentecato con todas las palabras en mayúsculas, para que no se hubiese percatado mirándole como hacía a los ojos, que tenía un vasnino delante.

-¡Sí! Lo sé mendrugo, pero no somos salteadores de caminos, sino consejeros de caminos y os instamos a que bajéis de vuestro burro, por decirlo de algún modo. Nada más, no os confundáis con tildarnos de salteadores. Consejeros. ¡Ja, ja, ja! Somos consejeros. ¿Verdad chicos?

La alegre cuadrilla seguía riendo, acercándose peligrosamente hacia nosotros.

Brigadión desde la montura le miró sin decir nada, esperó a que el salteador actuase y este ingenuamente se acercó más. Cuando estuvo a la altura de la pierna del vasnino, no pudo darse cuenta de lo que le venía encima. Rápido como el rayo, casi sin

que nadie lo hubiera visto, un estilete estaba alojado en su frente. Sus ojos acertaron a verlo cuando ya lo tenía incrustado, quiso lanzar un quejido, pero ni eso pudo. Brigadión saltó del caballo para seguir arrasando a todo ser viviente que había en su radio de acción. Y no fueron cuatro, sino cinco los hombres que sucumbieron a sus estiletos. El primero fue el jefe idiota, luego siguió otro incauto que intentaba cerca de este sacar la espada de su funda, murió con el corazón atravesado intentando desenfundar. El tercero fue un atrevido que corría con intención de destrozar a Brigadión con su hacha a lo alto. Tuvo mala fortuna de encontrarse en su camino con un estilete que volaba directamente hacia su cara. Con una sola arma en sus manos, aún cayeron otros dos que tampoco supieron a ciencia cierta lo que ocurría. Berenice para no ser menos, había mandado al sueño eterno a dos más y de su espada aún colgada un trozo sangriento de carne humana. Ampras y Bariel también habían despachado con suma facilidad a los suyos. Solo quedaban dos hombres que estaban totalmente paralizados con sus espadas tiradas delante de ellos en el suelo en un claro signo de rendición. A los pies de uno, un charco de orina caliente venía a decir que su propietario no había podido contenerse viendo a mi terrorífico Brigadión en acción.

-¿Qué hacemos con estos, príncipe?— preguntó Ampras mientras el vasnino sacaba su estilete de la cara donde había impactado procediendo a limpiarlo con esmero en las ropas del cadáver.

Al oír que yo era el príncipe, los dos impresentables empezaron a implorar por sus vidas, mientras mis hombres me miraban y esperaban que les diesen alguna orden al respecto. Pensé que era más que posible que a Brigadión no le hubiese importado rebanar un par de pescuezos más, aunque hubiese limpiado sus armas. No creo confundirme si digo que lo hubiera hecho muy a gusto, aunque finalmente, decidí otra cosa.

-Queríais atacarnos, robarnos y matarnos. ¿No?

Bajo centenares de “piedades” repetidos, se tiraron al suelo suplicando misericordia continuamente.

-Quiero que sepáis que hoy es un día feliz para vosotros y como quién dice..., habéis vuelto a nacer, pero eso solo si lo queréis. ¡Claro! -dije alto y claro, como un juez dictando sentencia.

Con rapidez contestaron afirmativamente moviendo la cabeza de arriba a abajo.

-Primeramente, quiero que enterréis a vuestros amigos. Luego os despojéis de todas vuestras ropas y cuando digo todas, quiero decir... ¡todas! Luego os largáis de aquí lo más rápido posible, no vaya a ser que cambie de opinión. Por cierto, si no os importa nos quedamos con vuestros caballos y enseres ¿Estáis de acuerdo? ¿Alguna protesta?

Los dos hombres empezaron a cavar con sus propias manos las fosas de sus colegas. Cuando terminaron de enterrarles, tenían estas ensangrentadas y en carne viva debido a la dureza del terreno, pero su trofeo era merecedor de eso y de mucho más. Después se despojaron de sus ropas como habíamos acordado y quedaron como vinieron al mundo, desapareciendo, corriendo y aterrorizados a través de la soleada campiña. Según se largaban alenté a mis amigos a tirarles piedras y nos divertimos de lo lindo jugando a ver quién atinaba más. Uno de ellos recibió tal pedrada de Ampras que cayó cuan largo era en medio del campo, como pudo se levantó y siguió corriendo aún más de prisa mientras nuestras risas sonaban a diestro y siniestro.

Seguramente un día en un futuro y antes de asaltar a alguien por solitarios caminos, se lo iban a pensar unas cuantas veces, aunque eran claramente carne de horca, no había futuro alguno para ellos.

Después de atar sus caballos a los nuestros y recoger alguna que otra arma tirada por el suelo, iniciamos de nuevo nuestro camino. Al atardecer llegamos sin más percances a Landia. Nos dirigimos a una renombrada posada donde sin darnos a conocer, cenamos como verdaderos “príncipes”. Cómicos y bufones nos hicieron pasar

una agradable velada y antes de retirarme a mi habitación a descansar, le sugerí a Brigadión que me consiguiese alguna ayudita femenina para que la noche no se me hiciese tan larga y solitaria. La compañía siempre es grata y supongo que él iba a aprovechar haciendo posiblemente lo mismo. Cuando me retiré al poco llamaron a mi puerta. Al abrir me llevé una gran sorpresa. Delante de mí una mujer ya entrada en años que podía ser perfectamente mi madre me guiñaba un ojo descaradamente. Con la mano en el marco de la puerta y la otra en su cadera, me lanzaba invisibles besos que se suponía yo debía recoger. De repente oí como alguien tosía adrede en el pasillo. Miré hacia allí y escondido a un lado estaba Brigadión con una sonrisa de oreja a oreja.

-¡Perdón! –omitió mi nombre y mi título– pero es que no he podido encontrar nada mejor. Me retiro a mis aposentos. ¡Hasta mañana!

-¡Ven aquí, hermoso mío!

Con aquellas palabras la mujer entró en la habitación como un huracán. Antes que pudiese decir nada me tenía rodeado entre sus brazos y según hacia esto también daba un taconazo y cerraba de golpe la puerta con su cox. Miré hacia abajo y pude ver su magnánimo escote que dejaba adivinar unos pechos mucho más grandes de lo normal. ¡Dios mío! Estaba perdido.

-¡See... seee... señoraaaa! Que podría muy bien ser su hijo. ¡Por favor! –le dije intentando inútilmente librarme de su abrazo amoroso.

-¡Anda! No seas tonto y relájate –contestó con una sonrisa picarona–. Príncipe o mendigo, voy a hacerte el chico más feliz del mundo. ¡Ya lo verás!

Así que viéndome perdido la dejé ejercer su oficio. Debo reconocer que cuando terminó, digamos poco tiempo después, su labor me había encandilado completamente. Aquella mujer era una auténtica profesional que me hizo tocar el cielo además de a ella.

Al día siguiente después de agradecer la buena noche que me había hecho pasar, al abrir la puerta, vi para mi sorpresa a una joven y bella mujer de cuerpo maravilloso que salía de la habitación de Brigadión. Se estaba atusando el pelo y alisaba las faldas con sus manos.

«¡Maldito perro!» -me dije volviendo a cerrar de mala gana, aunque pensándolo detenidamente, lo mío no había estado nada mal.

Al rato el susodicho Brigadión vino a buscarme. Nos reunimos con los rídicos en el comedor para desayunar a la vez que nos preparaban los caballos para partir. Ampras se había ocupado primeramente de informar de lo ocurrido el día anterior en el camino al superior de la fortaleza de la ciudad y había aprovechado también entregando allí los jamelgos requisados a los salteadores.

Montamos y salimos de Landia por el camino que llevaba hacia el Gran Lago. Brigadión a mi lado permanecía callado, pero cada vez que le miraba notaba una picarona sonrisa en sus labios, quería decirme algo, pero no se decidía a hacerlo. Después de un rato no pudo seguir así y prefirió berrear soltando toda la guasa que llevaba dentro.

-¿Que tal príncipe? –su pregunta con cara sonriente, no me pilló a contrapié-. Parece que habéis dormido de un tirón ¿No habéis tenido pesadillas?

-Mejor empezamos con la clase. ¿De acuerdo? –mi convincente cara le convenció para cambiar de tema.

-¡Perfecto! Entonces, vamos allá.

Y de nuevo comenzó a aleccionarme sobre “Lo Prohibido” y otros temas, mientras detrás nuestro Bariel, Ampras y Berenice hablaban de sus propios asuntos.

Llegamos a la posada llamada “El Escudo”, esa misma media noche y según nos acercábamos a ella noté que el calor empezaba a inundar mi pecho, era la gema que me avisaba de algo. Rápidamente comenté:

- Brigadión, la gema... está caliente.

Me contestó con un susurro para no ser escuchado por nuestros escoltas.

-Estad tranquilo, príncipe. Solo nos está avisando que él está cerca y ahora por favor, no se os ocurra decir nada, quedaríamos descubiertos ante los ródicos y a ver qué explicaciones les damos. Tened confianza, todo va a salir bien. Conmigo aquí no debéis temer nada.

Me serené un poco, pero el trozo de madera caliente aquel me agobiaba y de qué forma. Desmontamos y llamamos a la puerta. Al rato un posadero con cara de pocos amigos abrió preguntándonos qué demonios queríamos a esas horas. Como respuesta Brigadión le enseñó la bolsa tintineante.

-¿Disponéis de cinco habitaciones para unos cansados viajeros, posadero? -casi sin respirar y oyendo las monedas, este nos ofreció gustosamente refugio en su negocio, además de atender, dar de comer y alojar a nuestros caballos.

Cenamos y esa noche por expreso deseo y recomendación del vasnino, no tuve ningún tipo de "fiesta nocturna". Así que, terminando, nos fuimos directamente a dormir. Yo seguía con el calor de me originaba la gema lamverdiana. Quería preguntar algo a Brigadión, pero por lo que me decía su mirada y por la cercanía de los demás, entendía que era mejor callar y obedecer. Finalmente nos despedimos todos hasta el día siguiente y nos retiramos a nuestras habitaciones. En esos momentos pensé en cómo el vasnino podía permitirse estar tranquilo sabiendo que un slá estaba tan cerca de mi pudiendo atacarme. Nada más lejos de la realidad al poco de cerrar la puerta y desvestirme sonaron unos golpecitos en ella. Era Brigadión que venía para estar conmigo. Hablamos de lo que debíamos decir al slá, y lo que este debía hacer. Luego el vasnino se acomodó en un sillón roído y ajado que había en una esquina para pasar toda la noche de guardia, mientras yo roncaba y dormía a pierna suelta sintiendo el calor en mi pecho.

En el desayuno nos juntamos de nuevo con los ródicos en el comedor junto a otros comensales y huéspedes del local.

Al rato antes que acabáramos Brigadión se dirigió a Bariel quién apuraba su taza de caliente café negro.

-Bariel -dijo-. He pensado que hoy podríamos descansar en esta posada del largo viaje para reponernos un poco. El príncipe lo necesita. Por lo que haciendo acopio de la amistad que nos une, me gustaría pedirte un pequeño favor, amigo mío.

-Sin problema -contestó con rapidez. ¿Tú dirás, Brigadión? ¿Qué se te ofrece?

-Al este, según sales de la posada y siguiendo la orilla del lago, hay un camino que lleva directamente a Bodas. El pueblecito es famoso por su rico queso de cabra y nueces, además de otras exquisiteces. ¿Podrías por favor, junto con Berenice y Ampras ir allí y traernos algo que veas apetitoso para nuestros estómagos?

Un favor del vasnino era una orden a la que sabían no podían negarse.

-Ningún problema, Brigadión, según acabemos de tomar el último suspiro de este delicioso café, marcharemos a ver ese famoso pueblo llamado Bodas. -un alegre y sonriente Bariel, no puso en ningún momento obstáculo alguno a la petición, es más diríase que la aceptó encantado-. A ver, decís queso de cabra con nueces ¿Y qué más puede comprarse por allí? -se dio la vuelta y gritó-. ¡Posadero!

Al oírse llamar, este vino tan rápido como el rayo creyendo seguro que iba a poder seguir rapiñando algunas monedas más.

-Los señores dirán. ¿Qué desean de este humilde posadero? -preguntó con ávidos ojos.

-Información extra, amigo. Solo eso por ahora. -habló Bariel con su cortesía habitual-. Estábamos pensando en ir Bodas esta mañana. Sabemos de hecho que el queso de cabra es espléndido, pero..., ¿hay algún otro tipo de manjar o viandas típicas y famosas que podamos adquirir allí?

No pareció gustarle mucho dar información gratis, pero cultivar al cliente tal vez le reportase en un futuro cercano más ingresos, así que lo pensó bien y respondió educadamente.

-Efectivamente, aparte del queso podéis adquirir vino en los comercios de ese pueblo. Con las extensas y magnificas viñas que hay un poco al sur, se elabora un vino rosado digno de dioses y con un aroma maravilloso, bendita delicia -añadió como oliéndolo-. Podréis comprarlo y a muy buen precio caballero. Os lo recomiendo de muy buena fe tanto como el queso y ahora disculparme, pero debo atender a otros clientes. ¡Adiós!

Y diciendo esto se largó por donde había venido, su cara de pocos amigos lo decía todo. Berenice con una sonrisa por la reacción del posadero me miró.

-Bueno, pues traeremos queso, vino y si encontramos algo más, pues algo más que tendremos para disfrutarlo con vos, mi príncipe. Luego saborearemos todo junto a una buena hogaza de pan. ¿Os parece?

-Me parece perfecto -contesté con alegría-. Podéis marchar cuando deseéis, Berenice.

Sin darme cuenta, bastante a menudo intentaba mover la gema por el puñetero calor que desprendía. Si no hubiera sido porque necesitaba a ese condenado demonio, hacía tiempo que hubiéramos desaparecido de allí o ya lo hubiéramos liquidado. Ese continuo calor me agobiaba y agotaba.

Los tres se levantaron de la mesa sin prisas y preguntaron a Brigadión si deseaba que alguno de ellos quedase como escolta para mayor seguridad.

-Id tranquilos, amigos. Estamos en un sitio que no tiene peligro por ninguna parte, podéis marchar confiados y por cierto, príncipe... -dijo cambiando de tema-. ¿habéis traído con vos las Cartas de Dolor que os regaló Chafan?

-¡Sí! ¿Por qué?

-¡Perfecto! Terminemos de desayunar primeramente y luego echaremos esa partida que tenemos pendiente. Id tranquilos. -volvió a hablar con los ráticos-. Y no penséis en nosotros, sino en nuestro queso, vino y pan, amigos.

-Eso haremos. ¡Adiós, mi príncipe! Hasta la tarde, Brigadión. Vendremos tan pronto como podamos y con lo prometido.

Y se despidieron de nosotros dejándonos solos para poder planificar nuestros retorcidos planes.

Aguardamos un buen rato sentados en silencio, luego Brigadión se levantó y fue hasta la puerta. Desde allí vi que analizaba el exterior, queriendo cerciorarse que los ráticos hubiesen desaparecido por el horizonte. Estuvo unos minutos de esa guisa y cuando comprobó que todo estaba en orden volvió junto a mí.

-Príncipe, es la hora. Debemos ir.

La seriedad de sus palabras me puso la piel de gallina, pero no podía fallar. Había ido teniendo ciertas ideas para el futuro y quería exponerlas, sobre todo referente al slá.

Le seguí. Subimos al primer piso de la posada sintiendo el calor en mi pecho cada vez más intenso.

-¿Sabes..., sabes dónde está?

-Sí, allí es. Esa es la puerta. ¡vamos! -dijo señalándome una.

-¿Pero y como lo sabes?

-Hay que tener amigos hasta en el infierno, Degall.

Cuando llegamos, golpeé suavemente con sus nudillos en la puerta.

-¿Sí? -contestó una voz temerosa desde dentro.

-Soy yo, tu amigo de Dor-Alia -respondió Brigadión con una cruel sonrisa.

Tardó un poco en abrir, pero al final lo hizo asomando únicamente su cabeza.

-¿Sí? -preguntó temerosamente aquel engendro.

-¡Galizas! ¿No me conoces? Hemos venido a hacerte una visita, pero... ¿Qué? ¿Podemos entrar? -la alegría de Brigadión rompía con el temor que parecía tener el revienta-cuerpos.

Se echó a un lado y nos dejó pasar a los dos. El interior del cuartucho estaba prácticamente en penumbra, el slá había tapado completamente la ventana poniendo sobre ella una manta para que no entrase luz, aunque por una pequeña rendija esta acababa filtrándose.

-Anda ve y quita ese manta y que entre bien el sol -exigió el vasnino. Al instante Galizas obedeció y la luz del día irrumpió en la mugrienta estancia.

-¿Lo ves? Así está mejor y además hasta podemos vernos las caras.

La puñetera gema quemaba mi piel y aquel repugnante ser demoníaco que tenía enfrente era el causante de ello. Tomamos asiento en dos sillas que había contra la pared mientras él se quedaba de pie en medio de la habitación. Daba la sensación de que fuese a ser juzgado o interrogado.

-Bien, Galizas -empezó Brigadión-. Lo primero es lo primero y en este caso las presentaciones son importantes para que sepas quién está delante de ti. ¿Entiendes?

Con los brazos cruzados movió la cabeza afirmativamente sin decir palabra alguna.

-Tengo el honor de presentarte al príncipe Degall. Hijo del rey Crotor Vaalam de Shámsala, te ruego y ordeno te inclines ante él en señal de sumisión y obediencia.

Creí que Galizas se lo iba a pensar dos veces antes de reaccionar, pero una única mirada del vasnino le sirvió para hincar la rodilla en tierra rápidamente.

-¡Majestad! -dijo-. Galizas es mi nombre y estoy a vuestra entera disposición. Hablad y acataré lo que deseéis. Soy vuestro seguro servidor desde hoy. Pedidme lo que deseéis e intentaré acudir raudo a complaceros.

-¡Escucha bien, Galizas! -como mi intención era impresionarle, me levanté de la silla y fui directo hacia él-. Tenemos algo para ofrecerte, algo que seguro te gustará y te animará a estar de nuestro lado y no traicionarnos. Queremos que part..., ¡Demonios! ¡Ay!

No pude aguantar más el calor de la gema y sin querer grité, a lo que ambos me miraron sobresaltados.

-¡Es la gema! Esta puñetera gema que no para de calentarme todo el pecho y me tiene agobiado. ¡Pero, Brigadión!, ¿No hay otra solución para esto?

-Lo siento, príncipe. Órdenes de vuestro padre y ya sabéis lo que piensa también Chafan al respecto. No podéis quitároslo.

Así que volví a sentarme en la silla alejándome más del slá.

-Bien, continuemos. Como te iba diciendo. Queremos que participes con nosotros en una especie de..., de juego. Digamos que es un juego divertido para ti, ya que entra muy mucho dentro de tus aficiones. Un juego que además te reportará muchos beneficios en un futuro y una recompensa que te puedo asegurar será aquello que codicias. Pero mejor que Brigadión te explique el plan -me volví hacia él-. Brigadión, por favor.

-Partirás ya mismo hacia Vende -siguió el vasnino que para animarle a aceptar el encargo echó mano a lo que más podía agradarle-. Llevarás oro suficiente como para poder acometer la labor (la que queremos realices). Oro para no tener ningún tipo de trabas económicas. Allí solo tienes que hacer una cosa, acceder al palacio con el cuerpo que quieras, aunque si es de vistosa mujer, tal vez te será mucho más fácil entrar. Vamos, como hiciste con el general Zuwauik ese -ante el ácido comentario de Brigadión, Galizas se revolvió nervioso-. Tranquilo, no te va a ocurrir nada por eso, pero deberás entrar al palacio como sea, bien en cocinas, cuadras o hasta ofreciéndote como mercenario a los soldados allí destacados. Hazlo como quieras, pero hazlo.

Mientras Brigadión hablaba, la cara del slá cambiaba de expresión. Al principio fue de miedo para luego transformarse en nerviosismo y ahora se podía decir que era de una curiosidad sin límites.

-Una vez hayas entrado, no te será difícil acabar tu misión. Es la misión de tu vida, puedes estar seguro.

-¿Y cuál es esa misión tan importante? –interrumpió el slá mirándome directamente a la cara–. Misión que no podéis hacer vosotros por lo que veo y debo realizarla yo.

Brigadión se giró hacia mí y durante un segundo vi enfado e ira en su rostro. El llamado Galizas no sabía bien a lo que se exponía hablándome así delante del vasnino, sin dar más importancia al asunto, le animé a proseguir con un gesto de mi cabeza.

-Deberás llegar hasta los aposentos reales del nuevo príncipe Elcor Vaalam de Shámsala y asesinarle. –terminó diciendo.

Galizas se mantuvo callado un momento antes de que sus risas rompiesen el silencio que se había acomodado en la estancia.

-¿Decís que debo matar a un príncipe del reino? ¿Yo? ¿Galizas? –seguía riendo sin parar-. ¡Ja, ja, ja! ¡Matar yo a un príncipe! ¡Esa sí que es buena!

-¡Basta, imbécil! –grité con rabia infinita–. Acabas de renunciar al juego. ¡Brigadión! Su corazón. –dije señalando el pecho del slá a la vez que me levantaba para salir de la habitación.

El vasnino sacó uno de sus estiletos decidido a eliminar a Galizas y este viendo la que le venía encima como por arte de magia había hecho desaparecer sus carcajadas tras una faz que lo único que mostraba era auténtico terror.

-¡Piedad, príncipe! –suplicó apresuradamente–. ¡Piedad, por favor! Haré cuanto pidáis. ¡Lo siento! Siento haberme reído de vuestros planes, algo que jamás volverá a suceder. Tenéis mi palabra. Intentaré hacer lo que dispongáis para mí. ¡Perdonadme, príncipe! ¡Perdonadme, por favor!

De rodillas y con aquel indeseable casi besándome mis botas, decidí darle la oportunidad. Si huía lo único que perdíamos era el oro y tendríamos que buscar otro plan alternativo, pero si no nos fallaba, la recompensa era muchísimo más grande, así que merecía la pena arriesgarse. Con Elcor muerto, solo quedaba Gumb entre el trono y yo. Nuestro padre no contaba ya que empezaba a darle por muerto también.

-Escucha bien lo que voy a decirte ahora y tienes mi palabra de príncipe que así se hará. Mi palabra no es como la tuya, te lo puedo asegurar. Brigadión pásale la bolsa, por favor.

Una bolsa voló por el aire y el slá la recogió al vuelo. Era mucho más gorda y pesada que la anterior entregada por Brigadión. Vi en sus ojos la avaricia y hasta la traición, pero no nos quedaba otra, debíamos confiar en él.

-En esa bolsa tienes monedas y oro suficiente para llegar y vivir en Vende mucho más tiempo del que te imaginas. Con ello quiero aconsejarte que no debes actuar con rapidez, sino que primero investiga, ve el terreno, indaga, pregunta, asimila lo que debes hacer para el fin de tu cometido. Repito no hay prisas, lo que sí queremos es un final feliz para todos y ello depende que ese tal Elcor yazca muerto y bien muerto.

El slá aún no se había repuesto del susto de ver a Brigadión acercándose con el estilete en la mano, pero parecía más dispuesto y abierto a acatar nuestros planes. Al verle así, le atacé directamente ofreciéndole algo que seguro le agradaría. De esta forma me aseguraba que cumpliera la misión sin siquiera rechistar.

-Y luego tendrás tu recompensa –dije escuetamente.

-¿Mi recompensa? ¿Qué recompensa, mi príncipe?

-Cuando sea proclamado rey emperador de Shámsala después del también triste e inoportuno fallecimiento de mi padre, decidiré anular el bando por el cual los slá dejarán de ser buscados y ejecutados allí donde se encuentren. Sé que estáis escondidos, ocultos y la gente piensa que nos existís, pero ahí estáis acechando a la más mínima oportunidad y la tuya es esta. Quiero que todos los slá's, aquellos que haya dispersado por todo el reino vengan a Vende conmigo para preparar un ejército solo con ellos. Con sus poderes sé que puedo conseguir lo que desee y esa tropa necesitará de un comandante que sea mi mano derecha. Esa persona... -y me detuve un momento observando sus malignos

ojos, los cuales me indicaban la codicia por lo que le estaba ofreciendo-. esa persona quizás pudieras ser tú. ¿Te interesa?

-¡Mi príncipe! Elcor está muerto. Dadlo por hecho.

-De acuerdo entonces, Brigadión ¿Deseas añadir algo más?

-No, gracias. Creo que hemos dicho todo lo que hay que decir y ten, aquí tienes detallado el lugar donde se encuentra la alcoba de tu presa. Aunque lo dicho, primero indaga y cerciórate bien de que esté ahí.

Diciendo esto le dio el plano detallado de cómo llegar a la habitación donde supuestamente creíamos que se encontraba Elcor. La continua a las nuestras, la de mis hermanos y la mía.

Y aprovechó el momento acercándose tanto a Galizas que sus labios casi se tocaban.

-Solo una última cosa. Te vuelvo a jurar por mi honor que si nos fallas o huyes, te seguiré hasta el fin del mundo y no creas que será para darte amor, ¿Entendido?

Galizas se echó hacia atrás acobardado.

-Recuerda, parte hoy mismo y así de paso esta puñetera gema dejará de fastidiarme. –comenté mirando hacia mi lastimoso y ardiente pecho–. Cuando acabes tu misión, supongo que mi padre nos llamará de nuevo a Vende. Allí nos pondremos en contacto contigo de alguna forma, Brigadión se ocupará de buscarte y celebraremos el éxito de nuestro plan. Tienes mi palabra.

Intenté ocultar el asco que me daba estrechar la mano de aquel repugnante ser en beneficio de la misión, pero debía hacerlo. El calor del pecho se volvió a recrudecer y sin poder evitarlo solté otro improperio. Brigadión hizo lo mismo estrechándole la mano sin poder disimular su cara de muy pocos amigos o mejor dicho de asco.

-¿Alguna cosa más antes de despedirnos? –le pregunté según salíamos de su habitación.

-Nada, mi príncipe. Podéis dar por hecho vuestra buena causa.

Salimos al pasillo y suspiré con todas mis fuerzas, estaba agotado de la presión que había acumulado en la entrevista.

-Creo que nos convendría salir un poco a pasear por el campo ¿No, Degall?

Accedí a su deseo. Deseaba escapar de aquella posada que me atosigaba a más no poder. Según nos alejábamos de ella, la gema volvió a su estado normal dejándome de incordiar de una condenada vez. Anduvimos paseando tranquilamente comentando y repasando nuestras acciones, poniendo fechas a nuestras ilusiones. Me sentía ya rey y veía a mi Brigadión feliz con las decisiones tomadas. Al rato el sonido del galopar de un caballo no hizo volver las cabezas, era Galizas que partía rumbo a Vende. Con él iban depositadas nuestras esperanzas e ilusiones y la verdad es que realmente nos había costado bien poco, una simple promesa y una llamativa bolsa de oro.

¡Jodida codicia!

-Bueno, príncipe. Lo malo ya ha pasado y debemos reaccionar volviendo a la normalidad ¿Qué os parece si ahora echamos una partida cerca del lago con esas nuevas cartas tan magníficas que tenéis?

Accedí y rápidamente volvimos a la posada a por ellas. Poco después encontrábamos un lugar donde nadie nos pudiese ver. Allí en un claro rodeado de frondosos árboles, dispusimos una manta que colocamos con cuidado sobre el suelo y nos acomodamos. Saqué las cartas de su cubierta, mezclé y repartí. Les dimos la vuelta para no ver el personaje y después de echar a suerte a ver quién salía, empezó la partida. Como me había tocado a mí, lancé la primera sobre la manta.

-¡Huuaauu! -dije sorprendido-. ¡Un tigre!

Apareciendo de la nada, un hermoso tigre adulto estaba ahora mismo a pocos pasos de distancia de nosotros. Su majestuosidad nos tenía embobados. Le dije a

Brigadión que no tirase su carta, necesitaba verlo, apreciarlo mejor, disfrutar de su belleza. El felino al aparecer lanzó un impresionante rugido observando todo su alrededor con intención clara de atacar al enemigo, más al ver que no había peligro alguno, se sentó sobre el suelo y tranquilamente se puso a lamerse una pata y cuando acabó se puso a ronronear.

-¿Quieres acariciarlo? –preguntó Brigadión tuteándome.

-Ya me gustaría, pero la verdad, me intimida bastante.

-¡Espera! Mira – y tranquilamente se levantó, llegó junto a tigre y empezó a rascar su cabeza como si tal cosa. Su mano en relación con la cabeza del animal era como si fuese de juguete.

-¡Anda, Degall! Ven aquí. Es imposible que nos haga nada. No tengas miedo,

Como no quería parecer el cobarde que era acabé levantándome, me acerqué y empecé a acariciarlo con suma precaución. El suave tacto de su anaranjado pelo era una delicia y en sus profundos ojos de color entre amarillo y anaranjados, me mostraba su serena y salvaje naturaleza.

-Bueno, Brigadión ¿Qué? ¿Empezamos? Aunque es una lástima que vaya a morir este espléndido animal en breve.

-Así es el juego, príncipe, pero no temas por él –si hoy acaba falleciendo, mañana en una nueva partida lo tendrás presto a liquidar de nuevo a su oponente. Vamos a sentarnos y empecemos.

No pusimos cómodos sobre la manta y entonces Brigadión lanzó su carta.

-¿Eh? – dijo extrañado.

-Eso, eso. Un atrevido trovador otra vez, amigo –dije lleno de ilusión. La carta que había tirado era la de un inocente trovador que en cuanto vio al animal intentó huir lo más rápido posible–. Mira, mira cómo corre el cobarde ¡Eh! ¡No huyas! –grité.

El tigre que había estado ronroneando, en cuanto vio a su enemigo reaccionó de tal forma que se lanzó tras él salvajemente. El pobre sucumbió ante el peso del felino y unas fauces en su cuello impregnaron el suelo de la sangre del músico. La pelea había acabado y no nos había dado casi tiempo a saborearla. El humo se llevó al pobre trovador.

-¡Vaya mierda! –soltó Brigadión–. Tiraré otra carta y espero que sea bastante mejor.

Así hizo y un monje guerrero apareció delante del tigre. Estaba armado con una ostentosa espada de cuatro filos en una mano y un grotesco martillo en la otra. Su atuendo se componía solamente de un traje hecho con tela de saco que tenía una siniestra capucha. Una cuerda le servía a modo de cinturón y portaba además unas sandalias de lino y cáñamo. El tigre viéndole saltó a por él con los colmillos aún manchados de la sangre del trovador, pero quien tenía delante no era a un cobarde como su anterior oponente. El monje hizo un amago con la cintura tirándose al suelo y engañando al animal que dio un bocado al aire. Luego se levantó y la totalidad de su espada estaba teñida con la sangre roja del animal. Había sido rápido, muy rápido. Sus ojos empezaron a apagarse poco a poco, pero aun así no se dio por vencido e intentó atacar de nuevo con mucho dolor y mucha menos fuerza. El monje volvió a despistarle más fácilmente ahora y cuando el tigre se quiso dar cuenta de donde se encontraba su oponente, este estaba junto a él asestándole con el martillo un golpe definitivo en su cabeza. El humo volvió a hacer acto de presencia en medio del campo.

-¡Vaya con el monje, Brigadión! ¿De dónde ha salido este tipejo? –dije malhumorado por la pérdida de mi precioso animal–. Y mira que pose tiene, como si nada pudiese con él. ¡Será imbécil!

-Las cartas, Degall. Son las cartas. Unas veces toca algo malo como el trovador y otras algo bueno como este monje. Me parece que hoy no tienes nada que hacer aquí, así que ve lanzando otra víctima. ¡Ja, ja, ja!

Con rabia lancé mi carta y sonreí. Un guerrero galusa armado con dos hachas y que le sacaba dos cabezas de altura al monje se disponía a patearle el trasero.

-No tienes nada que hacer, Brigadión –dije felizmente–. Ve preparando tu siguiente carta que no le va a dur... ¡Mierda!

El galusa creyendo ver una presa fácil se había dirigido hacia el monjecillo sin ni siquiera cubrirse, convirtiéndose él mismo en la presa fácil por idiota. El monje le había atravesado limpiamente el corazón con su espada. El guerrero la miraba alojada en su pecho con ojos vidriosos e incrédulos. Un poco de humo y otro que desapareció.

-Espero que no me vuelva a tocar en la próxima partida el tiparraco este, Brigadión. Hay que ser imbécil para suicidarte como lo ha hecho.

-Tranquilo, príncipe. Los personajes aprenden de cada mano, ya verás más adelante como el galusa no actúa de la misma forma y toma sus precauciones.

-¿También aprenden de sus errores? -pregunté con curiosidad.

-Sí y no solo eso, sino que van descubriendo los puntos flojos de los demás. Con estas Cartas de Dolor que te regaló Chafan, tienes diversión asegurada para rato, te lo garantizo. Hoy, una pelea fácil para uno puede llegar a ser mañana una auténtica batalla épica. De hecho, si ahora saliese de nuevo el trovador, te puedo asegurar que el tigre no lo tendría tan fácil.

-¿Tú crees? -mis dudas sobre el futuro comportamiento del músico eran más que elocuentes.

-Tira de nuevo y veamos quién sale ahora.

Lancé otra carta y la sorpresa apareció tanto en la cara de Brigadión como en la mía. Un joven vasnino apareció de la nada preparado para luchar con el monje guerrero. Sus armas eran un látigo en su mano izquierda y una espada larga, fina, de acero negro y reluciente en su derecha. Iba vestido con el color negro de combate que predominaba y con una larga falda y sobre el pecho las cintas que lo rodeaban marcaban claramente un vestigio vasnino.

-¡Dios! –exclamó Brigadión–. ¡No puede ser!

Le observé y vi estupor en su rostro por lo que su reacción me intrigó bastante. Aun así, no quise preguntarle nada y volví la mirada hacia el combate que iba a comenzar. Tuve la impresión de que el vasnino me observaba detenidamente, pero aquello no podía ser. Era un personaje que había salido de una carta mágica, era imposible que me viera o sintiese. Esperé a ver qué sucedía, pero no, el vasnino no me quitaba el ojo de encima ignorando incluso a su contrincante.

No lo podía creer.

-Brigadión... – intenté decir.

-Sí, ya lo sé. Parece que te está analizando. - contestó con semblante serio.

-Pero eso es imposible. ¿No? –la serenidad del comienzo de la partida estaba huyendo a pasos agigantados con lo que estábamos advirtiendo–. Eso no puede ocurrir. ¿Verdad?

-Esperemos a ver qué ocurre, Degall. Aunque debemos estar muy pendientes por si acaso.

El vasnino pareció olvidarse de mí y se volvió hacia su contendiente. Le ojeó empezando a caminar hacia él chasqueando su látigo contra el suelo de vez en cuando. El monje contraatacaba blandiendo el martillo acompañado por feroces gruñidos. Así estuvieron hasta que repentinamente, el vasnino ignoró completamente a su contrincante y comenzó una carrera diabólica directa hacia mí con su espada en ristre **(11)**. No pude ni siquiera chillar presa por el pánico que me atenazó en ese momento. Solo conseguí percatarme que cuando casi lo tenía encima con el arma afilada en su mano dispuesta a atravesarme, Brigadión saltó sobre él derribándole y gritando a pleno pulmón:

-¡Degall! ¡Rápido! ¡Cierra las cartas! Ponlas todas en el mismo mazo. ¡Rápido! Cierra el mazo.

Mientras el monje completamente estático en medio del campo observaba lo que transcurría a su alrededor, intenté nerviosamente hacer aquello que me pedía Brigadión, pero la tensión hizo que las cartas se me cayesen de las manos tirando alguna que otra al suelo sin querer. Vi que mi defensor estaba herido en su brazo derecho y ahora había sacado su estilete y lo blandía entre el enemigo y yo. El vasnino subió el látigo y lo descargó con todas sus fuerzas sobre Brigadión quien volvía a implorar por mi vida que cerrase el juego. Al recibir el latigazo que le recorrió toda su espalda, un alarido salió de su boca, pero incluso así consiguió llegar a decir:

-¡Degall! Es nuestra única oportunidad. Cierra el juego. ¡Ya!

Recogí las cartas del suelo como puede y las inserté en el mazo justo cuando el vasnino atacaba directamente a Brigadión con su espada. Mágicamente el humo le envolvió a él y al monje haciéndoles desaparecer al momento y dejándonos a los dos totalmente atónitos ante lo que habíamos visto y vivido. Una Carta de Dolor nos había atacado. Miré a mi salvador.

-¡Brigadión! Volvamos rápido a la posada y llamemos a un médico para que te atiendan urgentemente. ¿Cómo es posible que nos haya atacado una carta mágica? -me pregunté a mí mismo en voz alta sin llegar a creérmelo aún.

-Degall, tranquilo. Solo ha sido un rasguño, un poco profundo, pero al fin y al cabo solo un rasguño. El latigazo duele más, tendré que preparar un ungüento para aplicármelo en la zona lastimada.

Seguía sin creer lo sucedido y percatándome que tenía las cartas en mis manos, las tiré con violencia sobre la manta desperdigándolas allí.

-¡Cuidado, príncipe! -me aconsejó seriamente-. No vaya a ser que vuelva.

-Sí, tienes razón, buen Brigadión. Debo darte las gracias por salvarme la vida, si no llegas a saltar sobre él, me hubiera atravesado con su espada como si fuese mantequilla. ¡Gracias, amigo! Te debo una.

-¡Príncipe! -vi que sopesaba un instante lo que me quería decirme-. Ese vasnino que habéis visto y que ha intentado mataros...

Quería hablarme de algo, pero parecía indeciso.

-¿Sí, Brigadión? ¿Qué intentas decirme?

-Le... le conozco. Sé quién es.

-¿Cómo que sabes quién es?

-¡Sí! Digo que le he reconocido. No es otro que Risco, el hermano menor desaparecido de Chafan.

-¿Qué? -contesté asombrado.

-Es el hermano de Chafan que desapareció hace tiempo, Degall. Un día sin más se evaporó de nuestras vidas sin avisar y hasta ahora, que reaparece de repente saliendo de una carta. Debemos regresar urgentemente a Dor-Alia y relatar lo que hemos visto y por Dios, dame esas cartas, no se te vaya a ocurrir volver a jugar con ellas.

Recogimos todo y volvimos a la posada. Brigadión preparó un ungüento y me pidió que se lo aplicase en la herida que le había producido el látigo, esta le recorría toda la espalda.

No comimos nada por la tensión de lo ocurrido, y después preparamos los caballos y esperamos a que llegasen los ráficos. Cuando aparecieron por el camino con los recados a primera hora de la tarde, casi sin contarles nada emprendimos el regreso urgente a Dor-Alia. Cuando todo se fue apaciguando en nuestras mentes, les narramos lo sucedido con las cartas. Al principio pensaron que estábamos locos, pero viendo el rastro de la herida en la espalda de Brigadión, se quedaron mudos de lo asombroso de nuestro relato.

Llegamos a Landia y nos alojamos en la misma posada que a la ida. Brigadión que ya estaba de mejor humor, me preguntó si quería algo de festejo ya que (según sus propias palabras), me vendría bien para olvidarme de lo ocurrido. No pude negarme ante

su argumento y acepté de muy buena gana, por supuesto deseaba ver de nuevo a aquella mujer que me había llevado a las estrellas.

-¡Hola, encanto! -fue su primera frase al verme otra vez-. ¿A qué te quedaste con ganas de más?

Intenté hacerme el tímido, pero creo que no conseguí engañarla,

-Señora, le repito que podría usted ser perfectamente mi madre.

-¡Ya! Pero tu madre no te hace estas cositas como yo. ¿A qué no?

Para qué negarlo si llevaba toda la razón. La dejé trabajar y como trabajó ¡Redió!

Y hay que decir que en ningún momento pensé en la joven que seguro tendría Brigadión entre sus piernas.

Yo ya tenía bastante con lo mío, por lo que me puse manos a la obra.

Al día siguiente emprendimos de nuevo la marcha urgente hacia Dor-Alia sin ningún tipo de trastorno durante todo el camino restante.

29

“LA TRISTEZA DE CHAFAN”

Los cinco jinetes llegaron a palacio instantes antes de que la cena se sirviese. Rápidamente bajaron de sus monturas y mientras los ránkicos se fueron a reunir con su escuadra, Degall y Brigadión subieron al salón.

Los sirvientes en esos momentos ponían los platos a los comensales y depositaban las fuentes con los alimentos a lo largo de toda la mesa. Una humeante chimenea llenaba el ambiente de un calor que se agradecía en aquella hora nocturna, grandes cirios llenaban la estancia de suave luz anaranjada.

Al entrar las miradas se volvieron hacia ellos y la extrañeza sacudió a todos los presentes

-Pero..., ¿cómo? ¿Ya estáis aquí? -se sorprendió Gumb- ¿Para eso os habéis ido?

Brigadión sin decir nada, se dirigió hacia Chafan ignorando sus palabras.

-¡Degall! Ven aquí, hermanito -dijo Lienha haciéndole una señal con la mano-. Vamos, cuéntame, ¿qué habéis hecho para volver tan rápido? Os habéis aburrido sin nosotros ¿A que sí?

-Pensé que ibais a estar más tiempo fuera, hermanito del alma -interrumpió Gumb-. ¿A qué se debe entonces el honor de veros tan radiante y rápido de nuevo con mi consiguiente malestar?

-Gumb, ¿es que no vas a dejar nunca de tocarme las narices? -respondió Degall con cara hastiada.

-No le hagas caso y cuéntanos, palurdín ¿Qué nuevas cosas del mundo has visto por ahí? La idea que tuviste de salir de este palacio y de la ciudad nos ha parecido muy buena. Eso te lo tengo que decir

-¡Ay! ¡Palurdín! ¡Palurdín! -se mofó de nuevo Gumb-. Cuéntanos algo del mundo ese que existe lejos de las murallas. Aunque por lo que veo no te ha dado casi ni tiempo de verlo.

-¡Gumb, déjale ya! -dijo Lienha con cierta prepotencia-. Deja que Degalito nos deleite con sus correrías. ¡Habla! Te oímos.

-Si os lo cuento, no os lo vais a creer.

-A ver ¿Qué es lo que no nos vamos a creer? -preguntó Gumb pacientemente-. Vete al grano. Llegáis justo cuando vamos a cenar. Brigadión no ha dicho ni siquiera hola

y se ha puesto directamente a hablar con Chafan. Pues sí, sinceramente..., ¿Qué quieres que te diga? Reconozco que tengo curiosidad, así que desembucha rápido.

-Bien, ¡Allá va!

Y Degall empezó a relatar su historia intentando en cada momento impresionar con sus palabras.

-He sido víctima no sé si de un intento de asesinato, atentado o algo parecido. Todo ha sido muy raro, pero ha ocurrido y ahora mismo supongo que Brigadión le está ofreciendo a Chafan el detalle de los hechos.

Y empezó a narrarles lo sucedido. Tanto la tía como sus hijos se mantenían callados y atentos, intentando no perderse ni la más mínima traza de palabra suya. Ostentadamente utilizaba sus manos y brazos teatralmente para dar más énfasis en sus palabras, mientras Brigadión en la otra punta de la mesa seguía con Chafan y Rutter, comentándoles prácticamente lo mismo, pero mucho más comedido, sereno y silencioso. Al acabar el relato Chafan solicitó a Brigadión las cartas, este se las cedió y al tenerlas en la mano fue pasando una a una hasta llegar a la de un vasnino. Entonces se detuvo y la ojeó serenamente, analizándola con sumo cuidado.

-¿Esta es la carta que dices?

-Sí, Chafan. Esa es. Jamás me mofaría con un asunto como este -contestó seriamente-. Puedes estar seguro de lo que digo y créeme por favor, ni se te ocurra lanzarla aquí.

-Le sé, Brigadión. Vamos..., seguidme ahora mismo.

Los tres se levantaron de la mesa y desaparecieron rumbo al salón continuo.

Ya allí Chafan advirtió.

-Voy a repartir las cartas entre Rutter y yo. Solo jugaremos los dos, tú estarás al tanto para ayudarnos si pasase algo. Iniciaré el juego lanzando la carta de mi supuesto hermano, será la primera y veremos entonces qué pasa. Si intenta atacarnos, tienes que devolverla al mazo con rapidez. Si no nos ataca tú Rutter, lanzarás otra carta y observaremos qué ocurre, si resulta que quiere combatir con su oponente..., Brigadión, vuelves a reunir el mazo de nuevo. Hay que descubrir qué pasa aquí ¿Preparados?

-Sí -contestó Rutter escuetamente-. Cuando quieras, Chafan.

Los tres vasninos ocuparon cada uno su lugar muy cerca el uno del otro. Chafan entonces repartió quedándose con la última carta, la de su hermano Risco y era la primera que iba a ser lanzada.

-¡Vamos allá!

Nada más aparecer la figura, Chafan no pudo ocultar su horror y asombro ante el mágico ser que había aparecido a escasos metros de él. Las palabras salieron de lo más profundo de su ser.

-¡Dios mío! Risco. Pero... pero ... ¿qué te han hecho, hermano?

El ser no le oía, estaba ausente del lugar, aunque eso sí, muy presente en su mundo mágico. Chafan no pudo con sus sentimientos y sin mostrar ningún temor empezó a acercarse a él sin importarle que estuviese armado.

-¡Cuidado, Chafan! ¡Por favor, no te acerques más! -previno Brigadión-. ¡No te acerques!

-¡Chafan! ¡Vuelve aquí! -insistió a su vez Rutter.

Pero él seguía hipnotizado con la visión del guerrero.

-¡Risco! Hermano..., ¿Qué..., ¿qué te ha pasado?

Sin seguir los consejos llegó hasta el ser y sin poder detenerse comenzó a acariciarle la cara y el pelo con su mano.

- Quién te haya hecho esto lo ha de pagar, Risco. Te juro que el culpable de tu desgracia pagará con su vida.

El guerrero le ignoraba totalmente y ajeno a la caricia parecía estar esperando algo. Unas lágrimas aparecieron en los ojos de Chafan.

-Lo pagarán. -repitió en un susurro y con un supremo esfuerzo dio media vuelta y volvió junto a los otros.

-Rutter, por favor lanza una carta, pero ahora estad preparados. Si comienzan siquiera a mirarse reunimos el mazo y que desaparezcan ¿De acuerdo?

-Perfecto -dijo este lanzando la carta.

A escasa distancia de Risco apareció una mujer serpiente que instantáneamente al verle optó por cubrirse con su escudo. El guerrero rápidamente alzó su espada con intención de asestarle un golpe mortal, pero antes que nada ocurriese la voz de Chafan sonó alta y fuerte.

-¡Cierra el mazo!

Dos delgadas columnas de humo aparecieron mientras los combatientes se fundían en la nada.

-Chafan, esto es muy extraño -comentó Brigadión viendo como desaparecían los seres mágicos-. Ha actuado totalmente diferente de como lo hizo cerca de la posada. Ahora se centraba en el combate y en su oponente, cuando allí estuvo a punto de atravesar al príncipe Degall con su espada, le miraba, Chafan. Tu hermano le miraba directamente a los ojos. Algo pasa y no me gusta nada.

-Llamemos a Degall -fue la respuesta de Chafan-. Que venga ya mismo, lancemos de nuevo la carta y veremos qué pasa. Rutter, por favor, ve a por él.

El vasnino salió de la estancia y poco después regresaba con el príncipe. Hermanos y familiares al verle marchar con Rutter preguntaron qué sucedía, la única respuesta del vasnino fue que el príncipe debía ir un momento con Chafan y Brigadión y que enseguida iba a volver. No dio más pistas y aquellas escuetas palabras sirvieron para que todos empezasen a divagar sobre teorías de lo que estaba ocurriendo en el salón continuo.

-Príncipe, siento molestaros -advirtió Chafan cortésmente al verle llegar-. Pero debemos hacer una prueba ahora mismo para intentar descubrir qué pasa con estas cartas. Lo que hemos presenciado hace unos minutos no me gusta y lo que me ha dicho Brigadión que pasó cerca de la posada, menos aún.

-¿Nos crees entonces? -preguntó Degall ingenuamente.

-Por supuesto que os creo. He visto a Risco con mis propios ojos, pero debemos saber a qué atenernos. Por favor, colocaros detrás de nosotros. Repartiré las cartas de nuevo y veremos qué ocurre.

-¡No! ¡No, no! -chilló un aterrorizado Degall-. No lo hagas, por favor. Querrá atacarme de nuevo. Tengo que volver al salón ya-y diciendo para sí mismo, se dispuso a abandonar la estancia.

-¡Por Dios, príncipe! -jaleó Brigadión-. Debemos saber a qué atenernos y si hui tal vez no consigamos descubrir nada. Sabéis que cuidaré de vos con todas mis fuerzas y esta vez no estoy solo, mis hermanos están aquí conmigo y juro que os defenderán con su vida si hiciese falta.

Degall pensó más detenidamente la respuesta de Brigadión y finalmente aceptó el reto de ponerse detrás de ellos, aunque de muy mala gana. Se veía en su mirada insegura que hubiera dado todo lo que tenía por largarse inmediatamente de allí por mucho que Brigadión y los otros le defendiesen. Así que en cuanto estuvieron

preparados, volvieron a barajar las cartas y como en la anterior ocasión, la última era la primera que debían lanzar, la carta de Risco.

-¿Estamos preparados? -preguntó Chafan.

Ante las respuestas positivas y más viendo la cara temerosa del príncipe que no decía nada en concreto, optó por lanzarla.

De la nada volvió a aparecer Risco. El guerrero miró a su alrededor en busca de un oponente y repentinamente clavó sus ojos en Degall. Parecía de antemano que sabía dónde estaba y emprendió repentinamente una rápida y ágil carrera hacia él con su negra espada dispuesta a ensartarle.

-¡Cierra!-gritó Chafan-Cierra el mazo, Rutter!

Y Risco desapareció rodeado de un humo que en breves instantes se difuminó.

-¡Dios mío! ¿Qué ocurre aquí? -preguntó Rutter asombrado por lo que veía-. Esto es cosa de magia y este tipo de magia oculta solo puede ser creada en Lamverdy, en ningún otro lugar del reino es posible conseguir tal cosa. Por una parte, tu hermano, Chafan, por otro lado, ¿que ataque deliberadamente al príncipe? Es como si alguien quisiera asesinar... -calló sin terminar la frase al observar la cara de Degall que oía el comentario.

-¿Qué? ¿Qué insinuáis, Rutter? -preguntó aterrado Degall- ¿Que alguien quiere matarme? ¿Brigadión, es verdad lo que dice Rutter? -sus ojos reflejaban el mismísimo terror.

-Estad tranquilo, mi príncipe -contestó este intentando apaciguarle-. Estamos aquí y cuidaremos de vos, pero creo que deberíamos actuar ya y no esperar a que los acontecimientos nos sobrepasen ¿Chafan, en que estás pensando?

El aludido se encontraba analizando el mazo de cartas que tenía entre las manos y solo dijo una cosa:

-Rutter, por favor. Acompaña al príncipe al salón con los demás y trae a Gumb.

Degall salió del salón como alma que lleva el demonio y al llegar a la mesa donde estaban los demás se sentó sin decir nada cabizbajo. Rápidamente empezaron a interrogarle con todo tipo de preguntas, más viendo su blanca faz y que no contestaba a ninguna, optaron por dejarle tranquilo y en paz.

Solo entonces se percataron que ahora Rutter hablaba con Gumb. Al poco este se levantaba para ir tras él hacia el saloncito.

Al llegar los vasininos le informaron de todo lo que pasaba con las Cartas de Dolor y con su hermano. La respuesta de Gumb fue la que era de esperar.

-A ver..., ¿me estáis diciendo que un..., un hermano tuyo está en una carta de esas, que ha intentado matar a Degall y que ahora queréis probar a ver si hace lo mismo conmigo? ¿Estáis locos o qué? Yo me vuelvo a la mesa ahora mismo.

Gumb se dio la vuelta rápidamente y cuando estaba a punto de tocar el pomo de la puerta para salir de la estancia, la voz de Chafan resonó alto y clara.

-¡Escuchad, príncipe! ¡Escuchad, muy bien!

El tono severo fulminó en un instante la intención de Gumb que prefirió esperar a ver qué tenía que decirle el vasinino antes de salir de allí.

-Vuestra actuación será reportada a vuestro padre, tanto si es buena como si es mala. No creo que un intento de asesinato de un hijo suyo y la mala voluntad del otro a negarse a realizar una prueba en pos del descubrimiento de la verdad, le animen mucho a elegirlos a vos a la hora de seleccionar un nombre para el futuro heredero del trono.

-¡Como osas decir eso, Chafan! -escupió con rabia Gumb.

-Cuando la seguridad de los príncipes está en entredicho, todo lo que hagamos al respecto será poco, mi príncipe. Ahora necesitamos de vuestra ayuda y si os negáis a

ello, deberéis tener una buena defensa cuando os halléis ante vuestro padre, os lo digo sinceramente. ¡Ah! Y no contéis con ninguno de nosotros tres para ayudaros o dar una opinión positiva sobre vuestra actuación. Actuad en consecuencia pues, príncipe Gumb.

Se lo pensó y mucho las palabras de Chafan y no le quedó más opción que aceptar lo que este sugería si quería seguir teniendo la posibilidad de reinar tal vez algún día.

-¿Qué tengo que hacer? -dijo malhumorado.

-Poneos detrás nuestra y no hagáis nada más. -dijo Rutter intentando apaciguar los ánimos-. ¡Ah! Y muchas gracias por vuestra inestimable ayuda.

Los cuatro se prepararon y entonces Chafan repartió cartas, volviéndose a quedar con la carta culpable de crear toda aquella increíble pesadilla.

-¿Listos de nuevo? -preguntó solemnemente.

Cuando todos afirmaron la lanzó. Risco volvió a salir por tercera vez y como las anteriores veces observó a su alrededor buscando algo. ¿Quizás un oponente?, ¿O tal vez al príncipe Degall? Gumb al verle aparecer, instintivamente se agazapó tras la espalda de Brigadión soltando un lastimero e infantil grito.

-¡Aaay!

-Es como la primera vez -dijo el apresado vasnino según hacía un fuerte y rudo gesto con su espalda y brazo para que Gumb le soltase-. No nos ve. No quiere atacar al príncipe. Sigue estático esperando a su oponente. ¿Chafan qué haces?

El vasnino volvía a hacer lo mismo que la primera vez. Se acercó a su hermano con increíble tristeza en su rostro y sin más pasó varias veces su mano de arriba a abajo delante de los ojos de Risco con intención de observar su reacción. El combatiente no hizo nada aguardando, por lo que dedujeron que estaba preparado para el combate o avizor por si aparecía de nuevo el príncipe Degall.

-Podíais haberme dicho antes que era solo para esto. ¡Si lo llego a saber!

La tontería que soltó Gumb hizo que los tres le mirasen con ganas de retorcerle el cuello, más debido a ser quién era se abstuvieron de hacerlo. No así, Gumb siguió diciendo idioteces cuál era su norma-.

-¿Y este es el que dices que es tu hermano, Chafan? ¿Tu hermano..., hermano..., hermano? Pues no se parece mucho a ti y además él...

-Por favor, Rutter, acompaña de nuevo al príncipe al salón -atajó Chafan intentando ocultar su ira al oír aquellas idioteces, luego cerró enérgicamente el mazo haciendo desaparecer a Risco-. Y trae a la princesa Lienha para hacer lo mismo con ella.

Sin siquiera mirarle se dirigió a Gumb con unas sencillas y mentirosas palabras.

-¡Gracias, príncipe! Gracias por vuestra inestimable ayuda, pero ahora debemos continuar. Por favor, acompañad a Rutter al salón y descansad.

-Bueno, ya que no me necesitáis más -hizo una ostentosa reverencia-. Volveré con la diversión. Ha sido un placer ayudaros. Vamos, Rutter.

Poco después llegaba la princesa. Esta vez fue Brigadión quién le contó lo que sucedía y para qué necesitaban de ayuda. Demostró mucho más valor que cualquiera de sus hermanos y sin poner ninguna queja se dispuso a ayudarles de muy buena fe.

-Vosotros diréis entonces. ¿Qué hago?

-Tenéis que ponerlos como vuestros hermanos lo han hecho antes princesa, detrás de nosotros. No temáis nada en cuanto salga Risco sabremos sus intenciones y cerraremos el mazo instantáneamente.

-De acuerdo -dijo ella colocándose tras Chafan donde preguntó-. ¿Así estoy bien?

-Estáis perfectamente, mi princesa ¿Preparados todos?

Esta vez sin siquiera barajear Chafan lanzó la carta y Risco reapareció ocurriendo lo mismo que la vez anterior, el combatiente no hacía ninguna intentona de querer atacar

a la princesa. Seguía estático en medio del salón esperando un oponente para combatir o al príncipe Degall para atravesarle el cuello con su espada.

-Bueno, ¡ya basta! -con airadas palabras Chafan cerró el mazo y Risco desapareció. Estaba demacrado, cansado y sin fuerzas para poder continuar. Solicitó entonces a Rutter que acompañase a la princesa con los demás y que volviese, iba a comentarles algo importante.

Al rato los tres vasininos se encontraban solos en el saloncito.

-Lo que acabamos de ver solo tiene un nombre, intento de asesinato contra el príncipe Degall en toda regla, pero únicamente contra él. Gumb y Lienha, ya habéis visto, Risco no hace nada contra ellos. Solo con Degall. ¿No sé cómo lo han logrado?, Pero lo han hecho, lo han conseguido, alguien ha sido capaz de hacer que una Carta de Dolor ataque a un ser real. Que lo vea, que lo sienta. Esta es la primera parte, la segunda es que esa persona es Risco mi hermano menor y si la primera parte nos toca a los tres por la responsabilidad que tenemos hacia los príncipes, la segunda me toca solo a mí y voy a descubrir quién está bajo de toda esta mierda. -la rabia contenida en su forma de hablar no era habitual de Chafan, quien siempre había demostrado saber aguantar sus instintos más básicos, más ahora parecía que una furia sin límites explotaba dentro.

-¿Y qué podemos hacer? -cuestionó Rutter.

-Creo que lo primero será informar al rey de lo sucedido -añadió Brigadión-. Decirle como una Carta de Dolor ha intentado atacar a su hijo, pero no a Gumb ni a Lienha. Con su poder, él podrá llegar al centro de este feo asunto bastante antes que tú Chafan, aunque solo lo supongo.

-Perdonad, pero... ¿Si una carta ataca a Degall, ¿quién no nos dice que otra carta cualquiera, no ataque a Gumb o Lienha?, No nos podemos arriesgar más. ¡Demonios!

La nueva teoría expuesta por Rutter les dejó muy pensativos.

-¡Partiré! -dijo súbitamente Chafan que parecía estar perdido con su mirada-. Debo partir e ir urgentemente en busca de Graggo. Le sacaré de su cárcel y juntos indagaremos este macabro infierno. Seguro que querrá acompañarme.

-Chafan, no vas a conseguir nada de Graggo. -le rebatió Brigadión-. Ya no es el que era y lo sabes bien. Perderás el tiempo yendo tan lejos solo para intentar convencerle que te acompañe a resolver este enigma.

-Ya lo sé, amigo, pero no te olvides que Risco también es su hermano. Esta noche mismo prepararé lo justo para mi viaje y mañana partiré al alba. Debo hacerlo así

-¿Pero piensas ir solo en ese viaje al otro lado del reino? Es una locura, haz que te acompañen por lo menos algunos rádicos -rogó Rutter.

-Aun siendo como son los rádicos, lo único que conseguirían es retrasarme en mi cometido. Necesito ir solo, y gracias por tu preocupación, Rutter.

Aun viendo que era muy difícil hacerle cambiar de opinión, Brigadión volvió a intentarlo.

-¿Y no crees que es un poco aventurado, Chafan? Tal vez si pensamos un poco más todo lleguemos a alguna conclusión que nos indique mejor el camino a seguir.

-Brigadión tiene razón -intervino Rutter-. Creo que como dice, todo esto un poco apresurado. Quédate y pensemos en alguna solución sobre la protección del príncipe y sobre qué hacemos respecto a Risco.

-¡No! No puedo perder más tiempo. ¿Habéis visto a mi hermano?, No solamente le perdí a él, Graggo vive desde aquellos días en su propia cárcel sin saber nada del mundo, ignorando todo y enloqueciendo cada minuto que pasa. No puede seguir así y es hora de recuperarle ya. El tiempo que me quedase para meditar nuevas ideas es un tiempo relativamente baldío y perdido. Debo, tengo que marchar y lo siento por todos vosotros. Sé que he tomado una decisión muy drástica y precipitada, pero esta vez es mi corazón lo

que me obliga a actuar así, no mi cabeza. Mañana mismo enviad un mensaje e informad al rey de mi decisión, sé que no le va a gustar nada que marche, pero querrá también descubrir quién está detrás de todo esto, por lo que deduzco que al final no le importará tanto mi actuación. Comunicadle que en cuanto descubra algo será el primero en conocer los hechos.

-¿Y la princesa Lienha? -quiso saber Brigadión-. ¿Como quieres que hagamos a partir de ahora? No podemos dejarla huérfana de tu instrucción y aprendizaje.

-La princesa puede estar por temporadas con cada uno de vosotros. Lo siento amigos, pero tendréis que repartiros el trabajo. Os lo digo de corazón, me duele todo este vuelco que se origina en nuestras vidas por esta causa. Por favor, ahora necesito de vuestro calor.

Y todo esto lo dijo de tal forma que era imposible negarle, para acabar diciendo:

-Y ahora dadme un abrazo, amigos.

Los tres vasnino se abrazaron fuertemente. Rutter sintió una pena infinita viendo el estado anímico de Chafan, quién con el corazón roto y unos ojos rojos debido al llanto contenido, se había fundido en un extenso y emotivo abrazo con ellos

-Gracias. Sabed bien que sois como unos verdaderos hermanos para mí -fue lo único que consiguió comentar antes de desaparecer del salón con las Cartas de Dolor en sus manos.

30

“¿Y COMO VAN LAS COSAS?”

Por aquel entonces por todo el reino se sucedían diferentes acontecimientos.

En Nueva Maran, Chafan partía hacia el norte para dar con su hermano Graggio. Su intención era (aparte de intentar averiguar lo ocurrido a su hermano menor Risco) sacarle de la cavernosa y tétrica vida que estaba llevando. Luego irían juntos hasta Basteff, concretamente a su corazón, a la misma fortaleza castillo donde se fabrican las Cartas de Dolor para intentar dar con alguna pista o solución a lo que pasaba. El príncipe Gumb se quedaba con Rutter en Dor-Alia, pero después de enterarse de la partida de Chafan, no le agradaba mucho la idea de repartir su vasnino con su hermana Lienha. Sin embargo, al príncipe Degall aquello le alegraba de sobremanera, podría estar cerca de su amada hermana sin despertar ningún tipo de sospecha. Con Brigadión seguiría en el camino hacia la perfección de “Lo Prohibido”, siempre y cuando “su princesa” no estuviese cerca. Chafan se había despedido, llevándose sus cartas por su seguridad y prometiéndole a Degall que más adelante le haría otro regalo que no conllevarse semejante peligro. La palabra de Chafan era sagrada para todos. Sobre la tía y hermanos, para los príncipes solo eran eso, como una pestaña en el ojo. A Bariel, Berenice, Ampras y los demás rádicos, en vez de volver hacia Vende una vez terminado su trabajo, se les solicitó quedasen en el palacio junto a Brigadión y Rutter con la seguridad de los príncipes como tarea primordial para todos ellos.

El slá Galizas había partido urgentemente hacia Vende con un plan de batalla claro y conciso. Entrar en palacio discretamente y asesinar al príncipe Elcor impunemente. Para ello contaba con sus armas, los cuerpos que había en toda la ciudad. Elegiría uno cualquiera, nada más fácil y sencillo

Y un asalto a la "Ruta del Deseo", estaba en mente de unos cuantos alocados amigos del nuevo príncipe que no iban a parar en su proyecto hasta ver realizados sus triunfantes deseos.

VUELTA A LA NORMALIDAD

A los pocos días de la partida de Chafan, todo fue poco a poco normalizándose. Lienha iba y venía a las clases siguiendo lo dictado y las distribuía perfectamente entre Rutter y Brigadión, así que unos días estaba con la mierda de mi hermano y otros conmigo.

Cuando acudía a mi clase no lo podía remediar y la mayoría del tiempo estaba atontado en vez de estar escuchando las lecciones. En más de una ocasión vi que Brigadión me observaba advirtiéndome con la mirada que dejase de babear y me concentrase más en lo que estábamos haciendo, supongo que ella no lo notaba, aunque era mucho suponer. De todos modos, nunca hizo ninguna mención al caso. Cuando Lienha no estaba, todo era más aburrido, incluso con "Lo Prohibido" de por medio.

Aun así, la inacabable paciencia de Brigadión, rodeada algunas veces de efímeros enojos, me hablaba bastante a menudo:

-¡Degall! Deberías intentar estar mucho más atento a las clases, tanto si está tu hermana, como si no está. No puedes dejar que esas mariposas, te transforme en un completo idiota. Intenta dominarte. Lucha contra tus deseos y diles que más adelante... más adelante podrás tenerla, te lo aseguro. -aquellas palabras de mi fiel vasnino me llegaron al alma-. Pero ahora concéntrate en lo que tenemos entre manos, no dejes escapar el ahora por el deseo del mañana, intenta aplicarte esto que te digo, por favor. Es importante hacer hoy lo de hoy y mañana..., mañana lo que toque mañana.

Durante aquella época me recriminó en multitud de ocasiones mi poca atención y siempre con demasiada paciencia. Debo decir que realmente tuvo excesiva tolerancia conmigo.

Con los días empecé a mejorar y a dominarme, acabé escuchándole atentamente y aprendiendo de sus enseñanzas con mi Lienha sentada tranquilamente a mi vera e incluso algunas veces hasta apoyada su cabeza en mi hombro.

Y poco a poco comencé a percatarme que tanto el odio por mi hermano como el deseo por mi hermana, crecían ambos de igual manera, pero en muy distintas direcciones.

Cada día que pasaba sentía más asco hacia mi propia sangre que llevaba dentro Gumb. Empezaba a ser mi más odiado e imbécil enemigo. Enemigo como persona y enemigo como rey. Uno de los dos (suponiendo que nuestro amigo Galizas consiguiese nuestro objetivo), sería el que marchase triunfante en pos de una corona llena de espinas. Dueño de un reino rebosante de desgracias, hambrunas y levantamientos que se empezaban a producir por doquier.

-«Gumb, imbécil mal nacido llamado Gumb. ¿Qué puedo hacer para acabar contigo? ¿Cómo? Te juro por lo que más quieras que intentaré que no vuelvas a pisar mi querida Vende».

Así que por todo esto no me podía aburrir en absoluto. Los pensamientos ideando accidentes que le pudiesen suceder me hacía más llevadera la vida. Entre él y Lienha debo reconocer que me regalaron sin querer momentos de goces y felicidad. Por una parte, soñar con verle yacer dentro de un hermoso ataúd, debido a un inoportuno accidente me reconfortaba. Una caída por una alta escalinata, el atragantamiento con una gran espina de pescado que le atravesase la garganta de lado a lado, una roca que le cayese encima llegada de cualquier sitio de mi imaginación, cualquier..., cualquier cosa era válida con tal de verle con los ojos apagados, muy, muy apagados. Por otra parte, estaban los maravillosos sueños húmedos con mi hermana. Soñaba que llamaba a la

puerta de mi alcoba en silencio a altas horas de una noche lluviosa y tormentosa, solicitando mi ayuda y permiso para meterse en mi lecho intentando apagar las llamas de su temor.

-“Los truenos me aterrorizan, Degall. Contigo me siento segura”. -me decía a la vez que se cubría con la sábana y me abrazaba.

Dulcemente yo la acariciaba y ella no rehuía la caricia. Comenzaba por el pelo, su cara, sus pechos, su vientre y finalmente acababa en el tesoro que me ofrecía sin ningún tipo de rechazo, ni pudor, Evidentemente hacíamos el amor una y otra vez en aquel maravilloso sueño que yo mismo recreaba repetidamente.

Pero... la cruda realidad era otra y es que ella no llamaba a mi puerta, ni mucho menos. Solamente llamaban aquellas jóvenes muchachas que Brigadión me facilitaba a menudo llenas de humildad y miedo hacia mi persona. Cuando las poseía no lo podía remediar y muchas veces el nombre de Lienha saltaba de mi boca cuando llegaba al orgasmo.

Así que las palabras de Brigadión de que algún día sería mía, me llenaron de esperanza e ilusión. Algún día. Sí, eso era..., algún día.

-“¡Seguro!”

-“Algún día”.

A pesar de las noches, donde mi debilidad volvía a florecer, durante los días me sentía cada vez más fuerte y seguro debido a las enseñanzas del vasnino. “Lo Prohibido” empezaba poco a poco a instalarse en mi vida y lo veía crecer lentamente dentro de mí. Sentía su fuerza y potencia y me percataba que todo a mi alrededor tenía mucho más que ofrecerme que lo que llegaba a ver con mis ojos.

Las clases al aire libre se mantuvieron igual y es más, hasta Rutter y Gumb hicieron lo mismo, empezando a darlas por cualquier lugar de palacio. Hubo ocasiones en que visitamos la ciudad disfrazados para que no nos reconocieran y así ver el día a día de aquellas gentes. Berenice a veces nos acompañaba en aquellas cortas aventuras, por si acaso. De todos modos, con Brigadión a mi lado no tenía ningún miedo. Mi vasnino me había demostrado lo que valía y casi deseaba ver algún bravucón de la ciudad que se pusiese delante nuestro intentando cualquier cosa para verle morder el polvo. Alguna vez vinieron con nosotros Rutter y Gumb y todavía me sentía más seguro con el primero de ellos, porque de Gumb, sabía lo que podía esperar. Es de comprender que con todo mi reducido ejército a mi alrededor ofreciéndome su respaldo, mis ademanes, poses y arrogancia creció por entonces hasta límites insospechados. Gumb para no desentonar conmigo, adoptaba la misma actitud.

Brigadión también me impartía clases de defensa personal y cuando ambos estábamos solos y nadie nos veía, me enseñaba los puntos letales en un cuerpo humano a través de “Lo Prohibido”. Una pequeña presión en la base del cuello, un golpe seco con los dedos en la axila, la misma sien, los testículos, la base de tórax y otros muchos puntos vitales más.

-¡Si dais aquí, Degall! Vuestro oponente jamás se levantará por su propio pie -me decía según me demostraba como, cuando y donde se descargaba el golpe letal.

-¿Así, Brigadión?

-Un poco más arriba. El golpe ha sido casi perfecto, pero intentadlo de nuevo, por favor.

Continuamente me recompensaba con ánimos de....

-Ya falta poco para que sepáis hacerlo a la perfección. ¡Muy bien!

Me hacía repetir el golpeo una y otra vez contra un invisible oponente y hasta que veía que no lo hacía como él me decía, no pasaba al siguiente golpe. Aquello me gustaba y me divertía, además tenía la seguridad que en un futuro me iba a servir de mucho tener aquellos conocimientos.

Día tras días repetíamos lo mismo y el siguiente día venidero también. Con el tiempo y a base de repeticiones continuas me convertí sin percatarme en un auténtico asesino en potencia. El poder que tenía en mis manos junto con mis ágiles movimientos hacía de mí el más letal adversario fuera quien fuera quién estuviese delante.

¡Aunque fuese el mismísimo Brigadión!

Por lo menos eso es lo que me creía y nada más lejos de la realidad.

Las semanas fueron transcurriendo entre enseñanzas, consejos, lecciones y demás. En el poco tiempo libre del que disponía, solicitaba al vashino que me acompañase fuera de palacio; de las murallas de la ciudad, porque tenía cierto ahogo de estar metido todos los puñeteros días allí dentro. Solo fuera del lugar perdía de vista del todo a Gumb y a Lienha que hacían su vida a su manera. Luego en comidas y cenas nos volvíamos a reunir todos y los jaleos y broncas entre hermanos, volvían a estar al orden del día por mucho que Rutter y Brigadión intentasen aplacarnos, Era muy raro que perdiésemos el tiempo hablando cuando podíamos simplemente discutir. Lienha tampoco se mantenía al margen y unas veces apoyaba a uno y otras veces a otro, eso cuando ambos no íbamos también contra ella. Un tema era mi deseo y otra muy diferente el aguantar su impertinencia y ese genio suyo a veces tan implacable.

Asimismo, intentaba controlar sin que nadie se diese cuenta que Bariel no estuviese muy cerca por si acaso y hacía todo lo posible para mandarle a todo tipo de recados que le alejasen del castillo y de Lienha. Supongo que esto no le hacía mucha gracia y tal vez hasta me cogiese asco, pero no era mi problema. Yo mandaba y él obedecía. Punto.

Acabé por acostumbrarme a nuestro nuevo estilo de vida en esa ciudad. De tener tranquilidad con el mundo entero a tener gresca tras gresca con mis hermanitos del alma y para hacer nuestra vida aún más agradable, un mensaje de padre volvió a revolver todos los posos de nuestras inmaduras mentes.

Llegó pocos días después. Venía a decir que, puesto que no había gobernador en Nueva Maran, había decidido que sus hijos ejerciesen tal honor llevando el título de gobernador de esa provincia estado. Siempre y por supuesto, bajo la supervisión de Chafan, Rutter y Brigadión sopesando nuestras decisiones. Sobre Lienha obviamente no comunicaba nada en absoluto, de hecho, ni la mencionaba en el mensaje. Comentaba que fuésemos poco a poco interpretando el papel de gobernador para (quizás) ir aprendiendo el significado de la palabra gobernar y desempeñar esta función desde nuestro propio punto de vista. Esta idea no era mala sino pésima conociéndonos a ambos. Debido a la enemistad que nos procesábamos, los paupérrimos resultados se fueron viendo poco a poco y a cuál peor.

Nuestro nombramiento se produjo rodeado de una parafernalia sin igual. A tan importante evento acudieron nobles y gentiles de todas las partes de Nueva Maran y hasta de la provincia estado norteña de Maran. El propio palacio fue adornado maravillosamente para la ocasión con todo tipo de decoración militar y las banderas y banderines con los colores de la provincia, inundaban todos los accesos a este. Los soldados y militares ataviados con sus ropas de gala daban aún un aire superior a aquella gran fiesta. Y allí, en el mismo centro del patio del palacio y rodeado de grandes personajes a cuál más silencioso, nos hallábamos Gumb y yo. Estábamos prometiendo algo con la mano derecha puesta sobre un libro muy gordo que no sé ni para qué servía. Un hombre alto y calvo que debía ser un religioso y rodeado por otros de su misma orden hablaba sin parar. Llegado un momento calló y nos preguntó algo cuando yo andaba pensando más en mis cosas. Brigadión ya me había aleccionado lo que debía responder. Me lo hizo aprender y repetir hasta la saciedad como era su fiel norma. Así que rápidamente solté todo antes que Gumb pudiese decir esta boca es mía. Grité a pleno pulmón para que el mundo entero allí reunido me oyese y supiese de mí existencia..., por si acaso.

-Juro por mi honor de príncipe de Shámsala, defender con mi sangre y mi vida nuestra provincia estado de Nueva Maran. Juro también luchar y defenderla contra aquel que quiera agredirla deliberadamente sin ningún tipo de miedo, cobardía, ni miramientos. Prometo ejercer como gobernador en la confianza que todos los que aquí os encontráis estéis conmigo y apoyéis esta elección de nuestro rey. De esta forma, acepto el cargo tanto para los buenos tiempos como para los malos. Confío también en vosotros, como sé que vosotros confiáis en mí.

-¡Viva el Rey Crotor! ¡Viva Nueva Maran! ¡Viva Shámsala!

Del silencio se pasó a una apoteósica ovación que hizo que Gumb no pudiese hablar para poder decir más o menos lo mismo. Me llevé esa gloria conmigo.

Luego cuando todos los congregados se fueron aplacando al cabo de un tiempo, Gumb pudo decir sus lacónicas palabras. ¡Qué maravilloso momento! El resultado de su locución no fue el que él esperaba, ni punto de comparación con el mío, Sonaron aplausos y vivas, pero solo por aquí y por allá, nada que ver con lo que había ocurrido cuando yo hablé y en su cara se reflejaba la rabia de un orgullo herido. Esta me la iba a guardar bien y seguro que a no tardar mucho intentaría desquitarse.

Esto referente a nuestros nombramientos.

Sobre lo demás, poco a poco nos fueron aleccionando en labores de gobernantes de la provincia. Siempre bajo la atenta mirada de los vasininos que controlaban todo antes que pasase a nuestras manos. Nos instruyeron sobre datos referentes a las minas de oro, su recogida, la limpieza del metal, su pesaje, almacenaje, anotaciones en los libros y hasta como era su envío a Vende. También debíamos impartir justicia y para ello había un lugar cercano donde se celebraban todo tipo de juicios. Desde juicios sin mayor relevancia a aquellos que eran sumarísimos. En calidad de jueces, debo decir que pocas veces nos poníamos de acuerdo ya que si uno declaraba la inocencia, el otro intentaba castigar, a la postre seguíamos en contra el uno del otro fuera allí o fuera donde fuera.

Tuvimos la suerte de poder asistir a un juicio donde se intentaba sentenciar a un hombre a la soga por robo y asesinato. Nosotros hubiéramos sentenciado a muerte a aquel hombrecillo, pero los vasininos quisieron oír la defensa que alegaba y merced a ella salió libre poco después. La justicia fue a buscar a su cuñado y ante la poca coartada que este tenía, allí mismo lo sentenciamos a muerte.

Muerte por supuesto aprobada por Rutter y Brigadión tras realizarle todo tipo de preguntas sobre su supuesta inocencia.

Así que por la mañana nos dedicábamos al pueblo y ya por las tardes las clases volvían a mi vida, Las clases, Lienha y “Lo Prohibido” cuando ella no estaba.

Y lo mismo con Gumb. Por las tardes se le veía en la zona de tiro del palacio con su Arco Blanco disparando y seguido muy de cerca por Rutter que le instruía en su manejo. Dejar solo con aquella arma a un ser tan inconsciente hubiera sido una verdadera locura.

Muchas noches gracias a mi fiel Brigadión, mi cama seguía estando caliente y con compañía.

No sé si a padre le hubiese gustado saberlo.

Chafan se dirigió directamente con cuatro caballos hacia el norte de Nueva Maran tras salir de Dor-Alia. Llevaba una bolsa con suficiente comida para llegar hasta la siguiente población, un gran macuto con unas pocas mudas de ropa, una manta para

cubrirse del frío por las noches y una esterilla para que el duro suelo resultase más cómodo a la hora de tumbarse y dormir. La espada no faltaba, así como las dagas y el látigo y vestía ropas que disimulaban su esencia de vasnino.

Los días fueron pasando uno tras otro. Se levantaba muy temprano por la mañana antes que el sol se mostrase por el este y aún después de ocultarse por el oeste seguía cabalgando. Paraba en pueblos y ciudades que había a su paso, pero no perdía tiempo y lo único que hacía era recuperar fuerzas, hacer acopio de víveres, agua fresca y partir sin demora de nuevo hacia el lejano norte. Cruzó el Gran Río Santo y lo siguió un buen trecho hasta que divisó a lo lejos la Gran Cordillera Lizar. Decidió entrar en la ciudad de Susura para adquirir ropa de abrigo y así acercarse sin temor a la cordillera. Si alguien necesitaba pasar de Alghall a Galusiam o al revés, necesitaba obligatoriamente ropas para protegerse del duro frío, eso o morir congelado en cualquier esquina de aquellas montañas.

De vez en cuando se veían cadáveres desnudos en las mismas. Eran cuerpos de gente que habían optado cruzarlas sin ningún tipo de cuidado, bien no llevaban la suficiente ropa o quizás alguna borrasca o nevada les había emboscado en esos mortales y maravillosos paisajes blancos. Luego quién los descubría y si no le pasaba lo mismo, limpiaba los cadáveres de todo tipo de pertenencias, ropa, dinero, armas, lo que fuese era válido y eso sucedía cuando los viajeros tenían la suerte de no ser asaltados por ladrones o asesinos que a veces campaban por esos lares.

Así que después de salir de Susura entró en la provincia de Alghall y fue cabalgando hacía el norte diviso en todo momento a la temida cordillera a su izquierda. Debía llegar hasta el Desfiladero del Ratón cruzarlo rápidamente y luego de entrar en Galusiam, empezar a descender hacia el sur, hacia Miozt. Todo esto le llevó demasiadas jornadas a cuál peor referente al frío. Unas veces llovía, otras nevaba, otras arreciaba el viento infernal que descendía del norte y cuando el cielo no estaba cubierto de nubes y parecía que iba a ser un día esplendoroso y agradable, el reluciente astro se reflejaba en la nieve siendo prácticamente imposible continuar sin cegarse por su intensidad.

Así que, tras muchas jornadas de lucha contra la naturaleza, Chafan consiguió llegar al pueblo de Miozt al pie de la cordillera sano y salvo. Allí se tomó un merecido descanso para él y para que los caballos descansaran del duro viaje. Se alojó en una posada pasando totalmente desapercibido he hizo preguntas a las gentes del lugar relacionadas sobre unos eremitas que vivían por alguna zona cerca del pueblo. Las respuestas que le dieron sobre ellos no encandilaron a Chafan, pero tenía un deber y costase lo que costase lo iba a cumplir. Con toda la información, preparó su mente y se armó de valor. Estaba presto a volver a ver a su hermano Graggo.

Salió muy de mañana con rumbo a las montañas. Le habían informado que debía dirigirse hacia una llamada el Pico Sencillo. Luego a sus pies debía divisar una vaguada y la derecha de esta una gran pared rompiente que ascendía hacia otra gran montaña. Allí abajo en la misma gran pared, multitud de grutas y cavernas originadas por la propia naturaleza servían de vivienda a una comunidad de personas, los Frences. Le habían informado que estas gentes se alimentaban únicamente de lo que ellos mismos cosechaban y recolectaban con sus propias manos. Nunca bajaban al pueblo por ninguna causa, ni siquiera para solicitar ayuda para sus enfermos. Ellos lo hacían todo y se suponía que se curaban a base de extrañas mezclas de ungüentos que les suministraba en forma de hierbajos la Madre Tierra. Deploraban la violencia y pocas veces se habían visto a alguno en una riña o trifulca. No portaban armas, ni siquiera la más mínima daga, solamente las utilizaban para la caza y pesca y una vez a la vuelta de la cacería, las depositaban todas juntas en la misma cueva. En aquellos parajes el frío de las montañas

era intenso en cualquier época del año y lo que sí todos llevaban puesto, eran grandes abrigos confeccionados con pieles de osos, zorros y lobos. También tenían una extraña costumbre que fuera de allí no se entendía muy bien. El amor era libre en aquella comunidad y lo podían ejercer con cualquiera que aceptase estar con quien se lo pidiese, no importaba fuera hombre o mujer. El amor era libre, libre como no existía en ninguna parte del reino. No había emparejamientos, por lo que tampoco matrimonios. No existían los celos. Todos eran como una única gran pareja y jamás se levantaba ofensa alguna contra nadie en temas relacionados con esto. Cuando una mujer se quedaba embarazada pocas veces se sabía quién era realmente el padre. Sin embargo, cuando la criatura nacía todos los hombres le daban la bienvenida y actuaban como si realmente quien hubiera nacido, hubiera sido su propio hijo o hija.

Y allí llegó Chafan aquel día. El paisaje mostraba nubes por doquier y un cielo totalmente encapotado de color gris que dejaba claros signos que en breve la nieve inundaría el paisaje. Tenía cierta esperanza, no la seguridad, que su hermano todavía se encontrara entre aquella gente.

Cuando Graggo partió de Vende hace años, dejó un escueto mensaje en su habitación. Se sentía totalmente culpable de la desaparición de Risco. Había decidido perderse en algún lugar en el confín del reino y concretamente había oído hablar de una extraña comunidad en la lejana Galusiam que odiaba las armas y era reacia a la violencia. Solo por esto decidió dirigirse allí e integrarse con aquellas gentes como uno más. Solicitaba también en su nota que nadie le siguiese, ni fuese a buscarle. Chafan poco después fue tras él, por entonces solo tenía aquellos pocos datos escritos en la nota. Tuvo que recorrer Galusiam de norte a sur y de este a oeste buscándole. Consiguió encontrarle mucho más al norte de lo que estaban ahora, concretamente en un verde valle casi en la frontera con el Reino Mun. Allí habló con él intentando convencerle que volviese a Vende y que de lo ocurrido a Risco, para nada era culpa suya. Pero Graggo se mantuvo firme en su palabra y volvió a jurarle por su hermano menor que jamás regresaría con las bestias y jaurías que pululaban el reino de Shámsala. No volvería a sentir la violencia y el dolor en su vida, su corazón se había partido y lo único que quería era intentar sepultarlo en algún lugar lejos de allí y lejos de su mente. Chafan volvió a Vende, pero se ocupó muy mucho a partir de entonces de enviar de vez en cuando mensajeros para ser informado del destino de Graggo y donde estaba el emplazamiento del campamento de aquella comunidad, los Frenses.

Ahora moraban a los pies de la Gran Cordillera Lizar.

A cierta distancia de las cuevas los eremitas habían construido unas destartaladas chozas. En el exterior de una y sentados en unos rudimentarios taburetes, tres hombres charlaban amigablemente. Un calor de un fuego les mantenía algo calientes y fumaban en una larga pipa que se iban pasando entre ellos.

Chafan al llegar se apeó del caballo intentando no dar muestras de enemistad alguna.

-Buenos días, caballeros -dijo restregándose con fricción una mano con la otra- Parece que hoy el tiempo se aguanta mejor. ¿No?

-¡Bienvenido, viajero! Seas quién seas -contestó uno-. Acércate y caliéntate con nosotros al fuego que parece que no se te da muy bien el frío.

Los otros dos hombres rieron la ocurrencia de su amigo, Chafan simplemente sonrió.

El frío se hacía patente en la respiración de todos ya que el vaho que exhalaban dejaba bien claro el ambiente de las montañas.

-¡Gracias! -respondió acercándose al fuego y estirando las manos hacia él para calentarlas un poco. Aunque no era uno de los peores días, el helado viento había conseguido meterse en su cuerpo y su poder se dejaba ver bien claro en la expresión de Chafan. Ante tal placer de calor no pudo menos que agradecerlo.

-¡Huaaaau! Divino, esto es divino. Gracias de nuevo por regalarme este gozo de poder calentarme junto a vuestro fuego.

-Por aquí no vas a ningún sitio, caballero andante -prosiguió otro de aquellos hombres después de dar una calada a la gran pipa-. Creo que te has perdido y has topado milagrosamente con nosotros. Míozt queda al oeste..., a tu espalda. Si sigues por aquí lo único que vas a conseguir es un buen resfriado, las montañas no se casan con nadie, tenlo por seguro si no es algo peor, viajero.

-¡No, no! Para nada. -contestó Chafan sin darle la más mínima importancia-. Gracias por la información, pero mi camino acaba aquí.

Los hombres se miraron entre ellos con cierta perplejidad.

-¿Aquí? -preguntó uno-. ¿Qué quieres decir con eso de que acaba aquí?

-Estad tranquilos. Solo busco a un hombre -ojeó rápidamente los rostros y vio reacciones diversas, desde la desconfianza hasta la curiosidad-. Un hombre que significa mucho para mí. No temáis por favor, no está en mi ánimo crear malestar entre vosotros. Podéis comprobar si lo deseáis que no llevo arma alguna, todas ellas están bien sujetas y resguardadas en el flanco de mi caballo. Solo deseo hablar con él. Necesito verle y hablarle.

Desde el lugar Chafan echó una ojeada hacia las cuevas que había en la pared. Unas eran pequeñas y otras más grandes y en muchas se podían ver candiles que otorgaban luz a su interior, por lo que supuso que habría gente viviendo en ellas. Contó más de veinte y Graggo podía hallarse en una cualquiera..

-¿Y se puede saber para qué quieres hablar con esa persona que buscas? -preguntó uno de ellos con una cara no era tan risueña y ya sin amabilidad alguna.

-Debo comunicarle algo muy importante, algo que traigo conmigo desde muy lejos, solo eso. Verle y hablar con él.

-Pues siento decirte que has perdido el tiempo viajero y que quien buscas no está aquí -volvió a hablar aquel que llevaba la voz cantante con tono desafiante.

Chafan le miró pacientemente.

-¿Y cómo sabes a quién busco, amigo?

-Lo primero... no soy tu amigo y lo segundo... no nos gusta que nadie de fuera venga a meter sus narices en nuestros asuntos, viajero -respondió bastante amenazante el hombre-. Aquí no está quién buscas, así que nos agradecería a los tres que partieses por dónde has llegado.

-Bien, si no es con vuestra ayuda, será entonces sin ella. Gracias de todos modos por vuestro fuego.

Chafan dio media vuelta con los caballos y se fue. Los tres hombres se miraron entre sí sin decir nada y un suspiro de alivio partió de sus bocas. Veían como el viajero se alejaba, pero era extraño porque iba andando, no había subido en ninguno de sus cuatro caballos, los llevaba asidos por unas riendas.

-A este me parece que el frío le ha debido sentar mal en la cabeza. Ahora se va caminando- dijo uno sonriendo.

-Tal vez le debíamos haber oído mejor lo que tenía que decir -contestó su amigo aspirando de la pipa-. Creo que has sido un poco grosero con él, Daúl.

-¿Grosero? Pero si... ¡Demonios!

El hombre había interrumpido su frase y se había levantado repentinamente dando un brinco, ya que estaba viendo como Chafan ataba los caballos en una rama baja de un árbol.

-Pero... pero si está atando a los caballos. Preparaos que creo que vamos a tener jaleo.

Aquellos eremitas enemigos acérrimos de la violencia no parecían ahora muy proclives a ser unos indefensos corderos. Buscaron por las cercanías lo primero que tenían a mano y en un momento los tres estaban armados con palos y estacas para emplearlas contra el forastero.

Chafan terminó tranquilamente de atar a los animales y miró a los hombres con sus nuevas herramientas en sus manos. Por un segundo estuvo tentado de abrir la saca y coger los estiletes o el látigo, pero decidió dejarlos tranquilamente en su sitio, aquellos pobres ignorantes seguro, no le iban a dar mucha guerra. Así que enfiló de nuevo hacia ellos. Al llegar con una mirada fría como el mismo tiempo simplemente dijo:

-Busco a Graggo. Debo hablar con él. Me decís donde está o tengo que averiguarlo yo mismo.

-Márchate por dónde has llegado si no quieres que te molamos a palos -gruñó Linentir ahora.

Chafan dio un paso al frente y repentinamente este intentó atacarle con el grueso palo soltando un alarido. El vasnino retrocedió ágilmente y el hombre falló el golpe. Cuando se quiso dar cuenta estaba volando rumbo al suelo.

-Dejadme pasar, por favor. No debéis temer nada de mí -rogó de nuevo el vasnino, en postura defensiva.

-¡A por él chicos! -gritó Daúl y acto seguido dos hombres cargaban al unísono con los palos en alto.

Chafan se echó hacia la izquierda entorpeciendo al que estaba a su derecha atacando, de esta forma solo se fijó en el otro. Le paró el golpe incrustándole el codo en la misma garganta. Aquel pobre tipo tiró el palo pronunciando unos extraños sonidos guturales que nadie podía entender. Quién quedaba le miró esperando que Linentir que parecía se estaba levantando del suelo llegase para ayudarle. Pero el suelo debía ser muy cómodo ya que su compañero no tenía muchas ganas de seguir en el tema. Se había quedado allí sentado con cara temerosa observándoles.

-Te voy a moler a palos ¡extranjero! -gritó con el palo en ristre.

Y diciendo esto intentó descargar el golpe que de nada sirvió porque donde acertó no había nadie.

-Bueno -dijo otra vez Chafan pacientemente después de esquivarle-. ¿No os dais cuenta de que no os quiero hacer daño? Mira amigo. Fíjate bien.

Chafan se dirigió hacia él y antes siquiera que el eremita pudiera hacer algo para defenderse, lo tenía postrado y de rodillas delante. Le había hecho una presa y le estaba ahogando, apretándole el cuello entre su brazo y su pecho.

-¡Caballeros! -dijo a los tres que ahora parecían empezaban a prestarle mucha más atención. Cada uno se encontraba lamentándose desde un sitio diferente. Uno sentado en el suelo, otro con su mano masajeando su garganta y el tercero sujeto entre sus brazos-. Si quisiera dañaros realmente lo hubiera hecho. Hubiera cogido mis armas, hubiera venido y tened bien seguro que no ibais a estar tan bien parados.

Soltó al que tenía sujeto y se acercó al que estaba sentado en el suelo cediéndole la mano para que se levantara. Luego le preguntó al que parecía dolerle la garganta.

-Lo siento chicarrón, pero me querías hacer daño. Simplemente me he defendido. ¿Te encuentras mejor?

El hombre hizo un gesto afirmativo con la cabeza y Chafan dio como buena la respuesta.

-¿Podemos hablar ahora como gente civilizada, por favor?,

Muchos curiosos que habían presenciado lo ocurrido desde la distancia empezaban a acercarse con cierta cautela al cuarteto según chismorreaban entre ellos señalando a Chafan.

Los tres hombres con claros signos de temor en sus rostros se dispusieron a oír de nuevo lo que este quería decir. Aun así, Daúl le preguntó dolorido:

-¿Quién sois? Pelear como vos no es muy normal a no ser que venga uno de la corte, pero vuestros ropajes no dicen eso, viajero, dicen otras cosas.

-No podía venir por el camino con mis verdaderas ropas. Creo que hubiera causado muchos problemas. A los idiotas parece que les gusta intentar desquitarse y luego acaban como acaban. Lo más aconsejable y lo digo por la salud de esos mismos idiotas, no de vosotros, era que ocultara mi persona lo mejor posible.

-Seguís sin decirnos quién sois. Decidlo y de vuestra respuesta dependerá que os ayudemos o no a dar con quien buscáis -dijo valientemente Linentir.

-¿Quién soy? -Chafan dejó un poco de tiempo antes de contestar a su propia pregunta-. Me llamo Chafan y soy vasnino al servicio del rey emperador Crotor Vaalam de Shámsala. Por lo que, y no os asustéis en lo que os voy a decir ahora..., pero tengo poder para decidir sobre la vida y la muerte de las personas sin necesidad de juicio alguno. Si quisiera podría regresar aquí con una legión de soldados prestos a dar su vida por lo que yo les pida. Más estad tranquilos, nada más lejos de mi ánimo. Solo vengo a ver y hablar con alguien. Nada más.

Sus palabras consiguieron el efecto que deseaba. Aquellos hombres se habían quedado blancos al oírle hablar de esa forma por lo que era bastante seguro que estaban muy dispuestos a ayudarle con lo que fuera.

-Perdonad nuestra ofensa, señor -Linentir habló rápidamente y no sabiendo cómo actuar los tres hombres le agasajaron con una gran reverencia-. Desconocíamos completamente vuestro rango.

-¡Dejadlo! Que no soy merecedor de eso -Chafan hizo un movimiento con la mano para que volviesen a alzarse y preguntó-. Ahora decidme, por favor ¿Dónde puedo encontrar a Graggo?

Echó una ojeada a las cuevas y observó que más de una docena de hombres se acercaban con cara de pocos amigos.

-¡Vaya! -dijo sonriente-. Parece que los problemas nunca se acaban.

Rápidamente Linentir se adelantó hacia los que venían y habló con ellos. Chafan no podía oír lo que cuchicheaban, pero poco después la mayoría se volvieron por donde habían venido hacia sus extrañas casas y solo dos quedaron con Linentir aproximándose. Cuando estuvieron a un par de pasos, uno de ellos extendió la mano para saludarle.

-Permitid que me presente, me llamo Passal y es para todos nosotros un orgullo tener aquí a un asesor del rey Crotor, caballero. Sed bienvenido y pedidnos lo que deseéis. Si está en nuestra mano dadlo por hecho.

Chafan estrechó cordialmente la mano que le era ofrecida.

-Gracias a vos, señor. Como he explicado a vuestros compañeros aquí presentes hace un momento, solo deseo ver a mi hermano Graggo y hablar con él. Así de sencillo. ¿Podéis decirme por favor, donde se encuentra? ¿En qué cueva?

-¿Graggo? Aquí no hay nadie que se llame Graggo. ¿Seguro que ese es su nombre?

-respondió el hombre con sorpresa.

-Quizás se haya cambiado el nombre, pero no tengo constancia que haya abandonado vuestra comunidad. Es alto y esbelto. Más bien delgado y de pelo rubio como el sol. Se unió a vosotros hace años cuando acampabais al norte de Galusiam.

-¿No será Topo-loco? -dijo Daúl. Luego pensando que tal vez habría obrado mal al decir el apodo añadió-. ¡Perdón! Pero le llamamos así porque no habla con nadie y casi no sale de su cueva, ni siquiera enciende su candil. Siempre está a oscuras.

-Si es él a quién buscáis, dudo mucho que consigáis sacarle palabra alguna -añadió Passal pensativo-. Cuando llegó con nosotros desde donde fuera se integró muy bien en la comunidad, aunque hablaba poco y casi nunca sonreía. Con el tiempo su estado fue a peor y acabó por no hablar con nadie. Si no le alimentaríamos nosotros mismos, dudo mucho que él lo hiciera. Diariamente nos ocupamos de dejarle delante de su cueva un plato con el alimento diario necesario.

Aquellas palabras habían intrigado a Chafan de tal forma, que si antes quería ver a Graggo, ahora era real necesidad lo que sentía al respecto.

-¿Y decís que no habla con nadie? ¿Ni sale de su cueva?

-Exactamente y así se comporta. Todos le tenemos aprecio y cuando vemos cómo actúa, nos sentimos mal de verdad. Le queremos como un auténtico hermano más.

-No lo dudo, amigo -le dijo Chafan según ponía se mano encima del hombro de Passal a modo de agradecimiento-. Aunque él no hable, os doy las gracias de su parte. Creo que ha llegado el momento de averiguar si es o no es mi hermano. Decidme ¿en qué cueva esta ese Topo-loco?

Lo dijo con tal naturalidad, que los hombres le miraron sin saber si sonreír o qué hacer. Rápidamente todos señalaron hacia una misma dirección. Chafan tranquilamente observó la gruta señalada, se volvió hacia ellos diciendo:

-Muchas gracias. Ahora debo ir solo e intentar hablar con él... si quiere recibirme, claro. Luego nos veremos.

Y diciendo esto se fue directo hacia el lugar señalado, nadie le seguía, pero tampoco nadie le quitaba el ojo de encima. Subió un poco por el pie de la pared de piedra y llegó a una cueva que tenía una estrecha entrada. Desde fuera ojeó el interior donde la luz del día llegaba con escasas fuerzas. Accedió y tras adentrarse más, comprobó que la oscuridad empezaba a apresar todo a su alrededor dificultándole la visión, luego la cueva parecía agrandarse perdiéndose en la misma negrura.

-¿Hola? -saludó Chafan sin obtener ningún tipo de respuesta.

-Hola, ¿hay alguien ahí? -preguntó ahora con el mismo resultado.

Aguardó y hasta que sus bellas pupilas no empezaron a acostumbrarse a la poca luz, no le fue posible empezar a divisar algo.

En algunas de las paredes el musgo crecía con completa impunidad y en otras, gotas de agua resbalaban por ellas o caían del techo creando charcos en el suelo, luego formaban hilillos de agua que corrían hacia la entrada saliendo del mísero lugar. Unas podridas baldas que sobrevivían al derrumbe merced a unas viejas y lastimosas cuerdas se inclinaban hacia una de las mohosas paredes de la cueva. Cerca del centro de la estancia había una mesa con dos taburetes y sobre la que reposaban varios platos sucios con restos de comida y migas de pan, y todo ello aderezado con alguna que otra mosca revoloteando a su alrededor. También había una vieja jarra de agua a medio llenar y una vela apagada. En el suelo y tirado en una esquina sobre una piel de oso había multitud de ropa. Pantalones viejos y desgastados, camisas rotas y algo de calzado. Aquello por ponerle algún nombre, debía ser el armario ropero del inquilino que habitaba allí dentro. Chafan seguía analizando todo y pensando que si Graggo vivía en aquella inmundicia, o estaba gravemente enfermo, o en poco tiempo conseguiría estarlo. De repente divisó algo

en la profundidad de la cueva. Era un catre con un gran bulto alargado encima y tapado con otra gran piel de oso. Sumamente precavido fue hacia allí.

-¿Hola? - preguntó acercándose-. ¿Me oís?

Nadie contestó por lo llegó junto a quien fuese y zarandeándole suavemente habló al durmiente.

-Hola, buen hombre. ¿Podéis despertad un momento?

-¡Vete! -fue la única respuesta de quien estaba tumbado sin ni siquiera molestarse en mirar quién le hablaba.

Fue suficiente. Con solo dos sílabas Chafan reconoció instantáneamente la voz de Graggo. No le hacía falta más.

-¡Graggo! ¡Graggo! Hermano mío, soy yo..., ¡Chafan!

-¡Vete! ¡Vete y déjame en paz! - repuso una lastimera voz oculta bajo la piel.

-Por favor, Graggo mírame. Solo deseo verte. Quiero ver a mi hermano ¡Por favor! He venido desde muy lejos solo por ti.

-Yo no tengo hermanos -contestó el mugriento hombre chillando con rabia-. Todos murieron hace años por mi culpa. ¡Vete, te digo!

-Graggo, mírame solo un instante a los ojos. Tú... tú nunca tuviste la culpa de lo que pasó y yo no he muerto, no sé porque dices eso cuando estoy aquí. He venido a por ti hermano y esta vez estoy seguro de que querrás volver conmigo.

En el interior de la cueva empezó a arremolinarse el gentío con ganas de cotilleo. En aquellos momentos Chafan no tenía ninguna gana de ser, ni amable, ni que nadie se metiera en lo que no le importaba. Los observó con cara de muy pocos amigos y aunque posiblemente estos no le apreciaran bien, él hizo un gesto muy expresivo con el brazo advirtiéndoles:

-¡Fuera de aquí! ¡Ahora mismo!

Como por arte de magia todos se esfumaron y él pudo volver a lo suyo.

-¡Graggo! Hermano, desesperázate. Despierta, por favor. No temas que a la fuerza no te he de llevar ya que serás tú quien exija venir conmigo. Ten por seguro que vendrás en cuanto sepas de lo que te he venido a contar..., de Risco.

Una sucia mano salió de debajo de la piel de oso y retiró esta. Chafan no pudo menos que soltar un improperio cuando por fin lo vio. Sucio, desaliñado y con unas melenas que le llegaban hasta el mismo culo. Aquel hombre daba auténtica lástima. Aun así, lo primero que hizo Chafan soportando el hedor que salía de él fue abrazarle como nunca lo había hecho. Unas disimuladas lágrimas aparecieron en sus ojos y un rictus nervioso bailaba en la comisura de sus labios. Graggo le apartó de un manotazo, pero sin mucha fuerza, se sentó en el catre y observándole con curiosidad quiso saber:

-¿De Risco? ¿Qué quieres decirme con eso que me vas a contar algo de Risco?

A Graggo o Topo-Loco, le habían entrado repentinamente ganas de hablar al oír el nombre de su hermano menor, pensó Chafan. Tal vez había engañado a aquella comunidad actuando de una forma expresa por un suceso del cual se sentía culpable, pero a Chafan no le engañaba y en cuanto vio que preguntaba por Risco, sabía que quién tenía delante era Graggo sin ningún tipo de locura pasajera y no un tal Topo-loco.

-Quiero descubrir qué le pasó, Graggo. Tengo una pista que nos puede revelar lo que sucedió entonces.

-¿Que pista, Chafan?

Le había llamado por su nombre, otra prueba inequívoca que su estado mental no estaba tan mal como su físico pretendía aparentar.

-Primero necesito algo de luz, hermano.

-En la mesa tienes una vela y por allí yesca seca y algo más para encenderla. Date prisa o lárgate por donde has venido. -gruño enfurruñado Graggo señalando las destartaladas baldas.

Chafan cogió la vela, buscó por las baldas y poco después una tenue luz iluminaba el lugar.

Solo entonces sacó de su bolsillo las Cartas de Dolor y haciendo lo mismo que en Dor-Alia repartió dos montones. Luego se quedó con la última carta mientras Graggo con cara de pocos amigos parecía no entender nada.

-¿Qué..., ahora vamos a jugar?

Chafan no contestó, solo lanzó la primera carta.

La carta de Risco.

“RISCO Y GRAGGO”

Cuando nacieron los príncipes del reino, tres asesores vasninos fueron enviados por el gobernador de Vasnia Golteim a Vende para que se ocuparan de su educación. Crotor deseaba que desde su más temprana edad sus retoños viesan y estuviesen con aquellos que iban a ser quienes se ocuparan de su aprendizaje, manías de rey.

Chafan tenía dos hermanos menores, Graggo (12) de 28 años y Risco de 21 que se habían quedado en Comm Del Sur. Sus padres habían fallecido hace tiempo debido a una extraña enfermedad. Fue el lamentable resultado de una incursión militar ordenada por el propio rey emperador para ver en qué estado se hallaba la frontera al sur de Vasnia Golteim. Delff su padre, era comandante del ejército de Vasnia Golteim y no queriendo partir solo a la misión le rogó a su esposa que le acompañase sin saber lo que el cruel destino les deparaba.

No se sabe cómo ni por qué, pero muchos soldados de aquel ejército murieron en extrañas circunstancias. Los afectados presentaban al inicio de la enfermedad un malestar general seguido de fuertes vómitos, fiebres y delirios. Nadie que estuviese atacado podía mantenerse de pie y al cabo de unos días fallecía sin remedio alguno. Como tantos soldados, así fallecieron también los padres de los tres hermanos.

Crotor ordenó que se investigase la causa de esta mortandad y mandó a la crema de la sabiduría para que intentasen descubrir qué había sucedido. La única respuesta que pudieron dar estos a su vuelta, fue que tal vez los enemigos del Reino de la Luz habían conseguido envenenar los alimentos del ejército. Aludieron a esa tontería como podían haber dicho cualquier otra ya que no encontraron causa alguna de las muertes.

Como Chafan sentía la ausencia de sus hermanos menores que se habían quedado en Comm del Sur y él no podía volver con ellos debido a su implicación en la enseñanza de los príncipes, envió un mensaje rogándoles que fuesen a vivir con él a Vende, su rango le permitía el lujo de poder mantenerlos. Ellos aceptaron y al poco tiempo los tres estaban de nuevo juntos. Tanto Graggo como Risco se habían formado de la misma cepa y cultura que Chafan y poseían idénticos conocimientos. Los tres se reunieron de nuevo en palacio y su vida transcurrió sin más sobresaltos.

Pero con el paso del tiempo algo sucedió. Risco con su temperamento, juventud y valentía, desencadenaba en la corte miradas y envidias que no eran muy saludables para un joven de su edad. Era un vasnino muy bello, apuesto, dos condiciones que no pasaban desapercibidas en absoluto entre toda aquella recua de innobles nobles y gente adinerada. Sin embargo, nadie podía acusarle de nada, era fiel a sus principios y jamás

había derramado mancha alguna sobre el honor de cualquier dama que se prestase. Todo un caballero. Quiso la madre coincidencia que un día conociese a una mujer llamaba Febra iniciando una hermosa historia de amor con ella. Esto no gustó en absoluto al bufón del rey llamado Barfkeff, pero conocedor de quién era su hermano mayor prefirió callar y esperar a que en aquella partida de cartas palaciega tuviese una mejor mano.

Y la tuvo, pero eso ya es otra historia.

Risco desapareció de la faz de Carioth-Carbalon un día sin dejar ningún tipo de rastro. Fue buscado por toda la gente de palacio; por dentro y fuera de este. Hubo pasquines por Vende con un dibujo más o menos acertado suyo donde se ofrecía una importante suma por alguna pista sobre su paradero, pero no se consiguió nada.

Risco había desaparecido sin dejar rastro.

Graggo desde que Chafan acudió a ocupar su puesto reclamado por el mismo Crotor, era quién se había ocupado en cuerpo y alma de su hermano en Comm del Sur y aunque este sabía de sobra cuidarse solo, Graggo no dejaba una oportunidad para poder ejercer casi diríamos de padre y madre con él. Su desaparición le hizo sentirse culpable por no haber estado junto a Risco en ese supuesto momento de su desaparición.

Al tiempo, Graggo no pudo soportarlo más decidiendo huir, escapar de Vende y de toda aquella asquerosa nobleza que le había llevado a la más injusta de las penurias.

Y solo, voló hacia Galusiam.

34

“DESTINO BASTEFF”

Nada más ver al ser que apareció de la carta, un grito horrorizado escapó de la garganta de Graggo.

-¡No! ¡No! ¡Nooo!

Con sus manos intentó taparse los ojos para no ver lo que allí delante a un par de metros tenía, pero su hermano se lo impidió.

-¿Qué es esto, Chafan? ¿Qué es esto? ¡Por Dios! ¡Dímelo! -preguntó Topo-loco mientras en sus ojos asomaba rabia, dolor y ansiedad.

-Es nuestro hermano, Graggo. Nuestro hermano desaparecido. El principio de nuestro alejamiento y el final de nuestras penurias, porque te juro por la tumba de nuestros padres que voy a hallar quien ha hecho esto. Ahora quiero saber si me quieres acompañar a descubrirlo. Para eso he venido a buscarte, sabía que sin una razón de peso jamás saldrías de esta vida de... -Chafan miró a su alrededor intentando buscar alguna palabra adecuada para el momento, pero no había nada-. ... de lo que sea hermano, de lo que sea.

Graggo como había hecho su hermano al ver a Risco anteriormente, se acercó a él temeroso. No se atrevía a creer lo que observaban sus ojos, era imposible por lo que volvió a negar de nuevo.

-¡No puede ser ! ¡No puede ser! ¿Chafan, que es esto?¡Dímelo, por favor! ¡Dímelo si no quieres que me vuelva más loco de lo que ya estoy! ¡Dios! ¿Qué demonios es esto?

Pero Chafan no dijo nada. Simplemente dejaba que este se acercara como un sonámbulo a su hermano pequeño. Sí, ahí estaba..., en su cueva y no había ninguna duda de que era él. Risco armado con una espada negra y un látigo, buscaba con la mirada por todos los lugares posibles esperando que un adversario saliese para acto seguido

combatir a muerte. Un adversario o el mismísimo príncipe Degall, eso carecía de importancia.

Graggo llegó junto a él y la escena se repetía. Unas dulces caricias en la cara del luchador con una mano demasiado áspera, unas lágrimas de dolor y un abatimiento total.

Chafan dejó que Graggo estuviese junto al hermano menor todo el tiempo que deseara y que le hiciese falta. Luego, cuando por fin se percató que quién estaba ahí era un producto de la magia y no su verdadero hermano, Graggo se sentó pensativo en uno de los taburetes de la mesa con Chafan a sus espaldas, ambos con rostros excesivamente serios. El silencio invadió la estancia y ninguno de los dos comentaba nada. Finalmente, Graggo o Topo-Loco se giró hacia su hermano.

-¿Tú dirás Chafan? ¿Qué hacemos?

Este volvió a guardar la carta en la baraja y Risco desapareció. Instantáneamente en la cara de Graggo volvieron a brotar lágrimas. No lo pudieron remediar y ambos se abrazaron cálida y fuertemente mientras lloraban. No daba la sensación de ese pobre hombre que había visto Chafan escondido bajo una piel de oso en el catre, fuese el mismo. El Graggo que ahora tenía delante poseía una chispa diferente en sus ojos. Una chispa que le recordaba a Chafan su hermano de hace mucho tiempo.

-Hoy te prometo, hermano -dijo Topo- loco-. Que hasta que no encontremos quien ha hecho esto, no dormiré, ni podré descansar en paz. -y luego gritando con fuerza añadió-. ¡Risco! ¡Risco! Allá donde estés..., te juro que removeré la tierra entera por descubrir que sucedió. Nada ni nadie que esté implicado en tu desaparición se librará del castigo al que le he de someter. No tendré ningún tipo de piedad. Haya sido quién haya sido tu verdugo, la muerte le ha empezado a rondar a partir de hoy. Te lo prometo, hermano y no es venganza. ¡Solo es justicia!

-¡Haremos justicia! -agregó Chafan.

-Creo que este día no lo olvidaré nunca. Gracias, Chafan. -una débil sonrisa quiso aparecer en su rostro, pero rápidamente la ocultó. Resultaba evidente que al ex-eremita le agradaba haber vuelto a ver a su hermano mayor.

Poco después este le relataba a grueso modo los últimos acontecimientos que habían sucedido en el reino. Desde la muerte de la reina Ganvard junto a su cuidador guardián, hasta el intento de ataque de Risco contra el príncipe Degall. Esto sin omitir ninguno de los detalles del viaje desde Vende además del encuentro con el slá.

-Ahora tengo unos caballos ahí fuera que nos esperan para marchar. Cuando estés preparado podremos ir, hermano -finalizó Chafan.

Graggo se levantó sin decir nada y se dirigió a una zona oscura de la cueva. Allí había un baúl en el que Chafan no había reparado. Se agachó y con un poco de fuerza y tesón intentó abrir unas cerraduras que, debido al tiempo pasado se oponían a ello.

-¡Demonios! Parece que la humedad de este lugar ha dañado el mecanismo de la cerradura. ¡Alcánzame un taburete, por favor!

Este se lo acercó y Graggo con fuerza lo estampó contra el suelo. Luego cogió una de las patas e intentó forzar la apertura del baúl haciendo palanca. Al cabo de unos segundos, conseguía abrirlo.

-¿Guardas algo de valor ahí? -quiso saber Chafan-. No necesitas llevar nada, tengo ropa de abrigo en los caballos. Cuando me detuve en Miozt, me aprovisioné de todo lo necesario para los dos- Tenía bastante certeza que ibas a volver conmigo.

-Es solo un pequeño recuerdo que tengo aquí, Solo lo guardaba por nostalgia -respondió a la vez que iba sacando objetos y ropas del baúl-. Solo era esto y no quiero dejarlo aquí.

Sacó un rollo de ropas anudadas con unas cuerdas que fue desatando suavemente casi con amor, mientras Chafan le observaba con curiosidad. Cuando terminó tenía entre sus manos sus viejas ropas de vasnino, además de su espada, las dagas y el látigo.

-No tiré nada -dijo-. La esperanza por pequeña que fuera me mantenía algo cuerdo y hoy es el día. Estaba escrito que tenía que desempolvar todo esto, hermano. Ahora ya podemos marchar.

Salieron de la cueva y vieron que la casi totalidad de aquel extraño poblado les estaba aguardando. Por lo visto se había corrido la voz que un vasnino al servicio del rey estaba por allí rondando. Bajaron y al llegar junto a ellos, estos se abrieron haciéndoles un pasillo para que pasasen sin decir nada. Antes de salir del muro abierto de personas, Graggo se detuvo y con voz alta para que todos le oyesen clamó:

-¡Gracias a todos, hermanos míos! Gracias por haberme acogido como uno más en vuestra gran familia. No sé qué deciros en estos momentos que solo hay gratitud en mi corazón hacia vosotros. Gracias por estos años, por vuestra ayuda diaria hacia mi persona y bien sé que no he sido más que un estorbo en vuestra comunidad, pero incluso así me habéis tratado con respeto, perdonando mis manías y tolerando mis locuras. Topo-Loco nunca os olvidará. Siempre os llevaré muy dentro de mí. Ahora marchó. Creo que sería injusto que me despidiese de vosotros sin deciros mí verdadero nombre. Sabed que este es Graggo..., Graggo Vasnes. Allí donde ahora vuelvo me conocen como Graggo Vasnes de Golteim.

Nadie dijo nada, pero en algunas de las caras de aquellas gentes cierta pena se reflejó al saber de su partida. Otras, sin embargo, eran de alivio por el mismo motivo, aunque en una gran mayoría la expresión era de sorpresa y estupefacción ante la facilidad de palabra que ahora mostraba Topo-Loco. Aun así, todos siguieron callados.

-Hoy parto junto con mi hermano Chafan, que ha venido a buscarme y quién me ha despertado de mi largo letargo. Tenemos un trabajo muy importante que realizar allí de donde vine, un trabajo que no acabé en su día y que espero ahora poder finalizarlo. Gracias de nuevo y adiós. Tal vez algún día vuelva a veros, amigos todos.

Y diciendo esto se volvió a Chafan.

-Mi tiempo aquí ha acabado. ¡Vámonos!

Llegaron hasta los caballos, ensillaron, ataron en uno las pertenencias de Graggo y con un adiós se despidieron de todas aquellas buenas gentes.

35

“UNA CRUEL AVENTURA”

-¡Shhh! Silencio por favor, que nos van a oír - imploró Sixto a sus compañeros.

Aunque estaban escondidos entre el follaje y era casi imposible divisarles en aquellas horas intempestivas, no tener el debido cuidado era una clara diferencia entre vivir o una muerte segura y dolorosa.

La aventura había comenzado días atrás cuando decidieron juntarse para trazar un plan sobre la idea de Elcor de robar la caravana de la "Ruta del Deseo". Una idea de antes de ser príncipe, no de ahora. Así que entre todos los amigos habían conseguido por fin que Leen les confiase cual era ese plan. Al principio este se mostraba reacio a hablar sobre ello, finalmente accedió ante las insistentes peticiones describiéndoles paso a paso toda la operación.

-Bien, pero que nadie diga nada a Elcor. Como se entere que os lo cuento es capaz de colgarme -dijo Leen a los asaltantes con una agradable sonrisa.

Estaban como casi siempre en la taberna "La Puerca y el Zorro", pero esta vez con una prioridad en todas sus mentes..., hablar y concretar el robo. Habían elegido la mesa más separada de aquel tugurio, una junto a la pared y tenían extremadas precauciones para que sus palabras no fuesen escuchadas más allá de sus propios oídos. Las paredes oían todo y los traidores y chivatos se vendían muy baratos en la ciudad.

-Primeramente, tenemos que hacernos con una gran partida de hojas de tracción y luego...

-¿Hojas de tracción? ¿Qué es eso? -preguntó Betrenice sorprendido y en voz alta.

-¿Eres idiota o qué? -respondió con dureza Leen. Betrenice se percató rápidamente de su error y con un gesto de la mano sobre su boca, vino a decir que la iba a mantener cerrada a partir de entonces-. Espero que así sea. Ahora prosigamos. Los árboles tracción desprenden en sus hojas una resina que una vez seca se machaca bien y el polvo restante mezclado con alcohol sirve para hacer un potente sedante. Si tomamos esta mezcla amigos, tendremos un sueño reparador imposible de controlar. Vamos, que dormiremos como verdaderos niños. El sabor de la hoja mata al del alcohol y este no se puede detectar. Sus efectos vienen a durar unas diez o doce horas más o menos. Es así de fácil, quien lo toma se duerme plácidamente como recién nacido y aunque haya truenos y rayos o le llueva encima, no despierta. Te duermes, aunque no quieras. Como un crío, vamos.

-¿Y? -preguntó Rimas-. ¿Qué tiene eso que ver con la ruta?

-Simple -repuso Leen-. Tenemos que conseguir suficiente mejunje de ese como para dormir toda la tropa que escolta la caravana.

-¡Ah! -dijo jocoso Rimas-. Entonces tú te presentas delante de la caravana y les dices que si quieren beber agua y ellos van y te dicen que sí. Luego se duermen y nos vamos con el oro. ¡Gracias, caballeros! ¿Ese es el maravilloso plan? ¿Qué quieres que nos ensarten allí mismo?

-Te estás adelantando, Rimas -contestó seriamente Leen-. Sería de idiotas hacer eso, pero a tres días a caballo de aquí se encuentra el último avituallamiento de la caravana antes de entrar en Vende. Lo hacen siempre a media mañana y siempre desechan lo que les sobra de las anteriores jornadas recogiendo mercancía nueva para su trayecto final, por lo que de agua también deben abastecerse. ¿Qué me dices si alguien sin que le viesen, abriese las barricas que contiene esta, echara dentro la mezcla del polvo de tracción y alcohol y desapareciese como por arte de magia? Luego llega la caravana, coge las barricas y se van, pero con nosotros por detrás siguiéndoles tranquilamente sin ser vistos y esperando que un cálido y relajante sueño embriague a todo el personal. En cuanto estén dormidos, entramos cogemos el oro y nos largamos por donde hemos venido, pero más cargados. También por si acaso hay que ir con cuidado porque puede quedar alguien despierto, pero lo dudo mucho, ya que está terminantemente prohibido beber nada que no sea agua en la tropa y en mandos. Saben lo que se juegan si les pillan con algo de vino, cerveza o licor. Este es el plan y no os lo quería contar por orden expresa de Elcor, pero ¡qué demonios! Yo estoy dispuesto a ello, así que... ¿quién se quiere apuntar?

-Espera ¿Y nos va a resultar tan fácil conseguir esas hojas de tracción y echarlo en las barricas también? -quiso saber Balco.

-Bien. Este sería la primera parte del plan. Sigo...

Leen se sentía feliz en aquellos momentos. Estaba siendo escuchado por todos sus amigos. Rara, muy rara vez prestaban atención a sus ideas o comentarios, puesto que más bien tenía fama de pesado y aburrido. Así que en aquellos momentos se sentía

el rey rodeado de vasallos y siguió con sus palabras intentando que estas fuesen lo más largas posibles.

-Para que no sospechen de nosotros...-e intentó dar emoción a sus palabras-. debemos comprar cada uno en comercios de venta de hierbas, hojas de tración. Si nos preguntan ¿para qué las queremos? Diremos cualquier cosa que se nos ocurra, como que no podemos dormir o incluso que nuestra mujer nos ha dejado y se ha ido con otro -su chiste no despertó muchas risas-. Hasta podemos decir que nuestro fiel corcel ha fallecido y no podemos soportarlo, no sé. Lo que se os ocurra, pero hay que conseguir el máximo de hojas. Luego en grandes cantidades lograremos que las dosis maximicen sus efectos.

-Lo ves muy sencillo -comentó Sixto-. ¡Bien, vale! Conseguimos las hojas esas, las picamos como sea y hacemos el polvo, lo mezclamos con alcohol, ¿y luego qué? Nos van a dejar echarlo en las barricas tranquilamente diciendo..., ¡Eh! Chicos, esto es para vosotros, los de la caravana.

-No, eso también está resuelto y aquí tenemos que hacer entre todos una pequeña, o mejor dicho una gran aportación a la causa. Hay un tal Bardasque. Este tipo está destacado en el avituallamiento y al que solo hay que untarle un poco. Bueno, un poco no, pero sí lo suficiente para que mire hacia otro lado mientras nosotros echamos el mejunje ese dentro de las barricas de agua. Coser y cantar chicos. ¡Bien! ¿Quién se apunta? Eso sí, lo que vengáis tenéis que soltar todo lo que podáis porque el tal Bardasque ese, no nos va a salir barato.

-¿Luego no van a ir a por él? -preguntó Betrenice inteligentemente-. Si el canta está claro que nosotros somos los siguientes en la lista de la soga. Además, ¿cuándo va a llegar la caravana al avituallamiento? ¿Acaso lo sabes, Leen?

-En unos quince días más o menos estará por allí por lo que sé -dijo misteriosamente-. Deberíamos ir ya por la zona, acampar sin ser vistos y hablar con Bardasque. Iremos tapados hasta la médula y sus ojos se fijarán más en el brillo y el tintineo de nuestras monedas, que en nuestra fisonomía. Es un pobre hombre que no tiene nada en la vida, sé de buena tinta que le da muy bien al frasco por lo que habrá que llevar unas botellas de buen vino para hacer valer más nuestras palabras. Además, no creo que le capturen, en esa guarnición hay más de cuarenta soldados con sus familias y otras gentes que trabajan para ellos allí. ¿Votos a favor, señores?

De aquella reunión salió a la postre, multitud de nuevas ideas sobre cómo proceder también.

Así que primeramente se iban a hacer con una cantidad ingente de hojas de tración, luego en la casa de Balco que aún seguía soltero, pero con compromiso viviendo solo, picarían estas y mezclarían con el alcohol. Esta combinación hacía que el agua no se pudriese, ni deteriorase por lo que podían empezar a fabricarlo ya, aunque se tomase dentro de quince días, los efectos seguirían siendo totalmente válidos. Parso fue el encargado de comprar las botellas de vino para Bardasque. Hubo ideas y más ideas, unas buenas y otras malas y finalmente quedó todo decidido. Quedaron para otra reunión al día siguiente con todo el dinero y joyas que pudiesen aportar para la operación que denominaron "Cita Bardasque". Unos días después ya estaba todo preparado, habían conseguido fabricar suficiente poción como para dormir la ciudad entera. Montaron en sus caballos y salieron de Vende con destino a la estación de avituallamiento Leen, Sixto, Rimas, Parso, Balco y Betrenice,

Leen y Balco cantaban y reían por el camino pensando en todo lo que iban a hacer con el oro que consiguiesen y cómo iban a ser sus futuras vidas. Tres días después de recorrer un camino y cuidando mucho de no ser vistos llegaron a su destino. Allí

construyeron con ramas, palos y hojas lo que les iba a servir de vivienda hasta que pasase la aventura de la caravana.

Leen y Sixto fueron los encargados de ir hasta la guarnición, de encontrarse con el tal Bardasque y de intentar sobornarle con el vino, las joyas y las monedas que todos habían aportado. Los dos dejaron a sus amigos en aquel medio campamento improvisado partiendo a cumplir su misión. Un día tardaron en regresar y la impaciencia estaba haciendo mella en el grupo, pues todos ansiaban saber que había ocurrido en el avituallamiento. Según contaron Leen y Sixto, no les fue difícil dar con Bardasque, puesto que a las afueras de la guarnición había diferentes tiendas de campaña con gentes a las que preguntaron. Todos dijeron lo mismo de él, vivía y soñaba con el alcohol, era un bebedor nato y no era difícil encontrarle. Su amplio estómago fruto de la continua ingesta de alimentos y licor le hacía ser reconocido allí donde fuese. Los dos amigos gracias a estos datos dieron enseguida con él. Tras un primer contacto un tanto frío y lejano, este al ver descorchar el vino y escanciado generosamente en unos vasos aparecidos mágicamente en las manos de Sixto, empezó a hablar como si los dos tipos nuevos que tenía enfrente fueran conocidos de toda la vida. Después de una conversación larga y fructífera, el polvo de tracción, las joyas y las monedas estaban ya en las manos de Bardasque, quién juraba por su honor y por su santa madre al ver todo aquello que nuestros amigos podían volver tranquilos a su campamento. La misión de depositar el polvo de tracción en las barricas estaba completamente asegurada. De hecho, lo iba a hacer aquella misma noche. Leen y Sixto le preguntaron si no le importaba que le observaran desde la distancia como lo hacía y aunque aquello no pareció gustar mucho a Bardasque, viendo el botín que tenía en sus manos, aceptó y emplazó a los dos amigos a una elevada hora de la madrugada para que le vieran realizar su misión. Así hicieron y aquella misma noche después de esconderse de las rondas de guardia, los tres llegaron donde se guardaba el agua con alimentos para la caravana que iba a llegar en próximos días. Bardasque con sumo cuidado sacó el tapón de una gran barrica y depositó en ella la mitad del polvo, luego la cerró e hizo lo mismo con la otra. La misión estaba cumplida, Leen y Sixto le agradecieron su buen hacer y este en señal de gratitud les mostró un camino para salir de la guarnición con más garantías que con las que habían llegado. Luego simplemente se despidieron.

-Gracias, Bardasque -dijo Sixto estrechándole la mano-. Eres un gran hombre y si algún día necesitas algo me tienes a tu completa disposición para lo que sea.

Leen también le estrechó la mano. El trabajo estaba hecho y había resultado más fácil de lo que parecía ser. Ni se lo creían.

-Gracias por nada e id tranquilos -contestó Bardasque-. Los soldaditos esos de la caravana dormirán como borrachos después de una buena panzada de licor. Es un placer ayudaros y me alegro de que gracias a mí se consiga romper el mito ese que no es posible robar esta mierda de caravana de la "Ruta del Deseo". Todo este oro va directo al cerdo de Crotor y a toda su podrida familia de príncipes egoístas, imbéciles y arrogantes. Si con esto consigo que no le llegue ni una mísera pepita, me veré eternamente complacido gracias a vosotros. Ahora partid, no es aconsejable que os vean mucho por aquí, pueden empezar a haceros preguntas que tal vez no sepáis contestar.

Así pues, Bardasque los acompañó por el mejor camino de vuelta, luego se despidieron con un fuerte abrazo y los dos volvieron al campamento donde sus amigos esperaban su vuelta consumidos en un mar de nervios. Una vez allí les relataron su cita con Bardasque y los pormenores de la operación. Todo estaba ya preparado para el gran momento dentro de unos días.

Cada uno de estos hombres tenían una fama por diferentes motivos.

Rimas era buen conocedor de todo lo referente al arte culinario, conocían multitud de tipos de carnes y vinos, y en su mesa era imposible no salir saciado por completo.

Leen sin embargo siempre estaba al acecho de todas las novedades en cuestión de armas, su espada era la más liviana y espléndida que se pudiera encontrar.

Balco era por decirlo de alguna, el representante de la cobardía del grupo, siempre que se oía posibles chanzas y tortazos desaparecía como por arte de magia.

Parso era un empedernido tunante y podía halagarte con palabras que te llegaban al corazón mientras con su mano te hacía desaparecer la bolsa increíblemente.

Betrenice era la madurez del grupo y...

Sixto representaba la locura y la osadía.

Casualmente dos días antes del robo a la caravana, Balco sufrió un ataque estomacal que le hizo revolverse delante de todos como si fuese presa de un auténtico demonio. Acabó disculpándose por no poder seguir más junto a sus compañeros en la aventura aludiendo que debía tomar sus medicinas que se le habían olvidado en Vende. Nadie dijo nada cuando le vieron partir al galope rumbo a la ciudad, pero en todas las mentes había la misma opinión..., su particular cobardía había aparecido de nuevo.

-¡Shhh! Cuidado que no vaya a ser que quede alguien despierto -dijo Rimas en un susurro

Los cinco hombres otearon lo poco que podían ver en la noche. La calma era total en el campamento y los soldados, oficiales y porteadores parecían dormir a pierna suelta. El ruido era inexistente en todas las tiendas y se podía ver que varios soldados de guardia se encontraban durmiendo en el mismo suelo unos y otros recostados contra un árbol.

La caravana había hecho la parada oficial esa mañana en la guarnición avituallándose de víveres y agua, y a estas horas parecía que no quedaba alma despierta en la totalidad del campamento. En las tiendas que se habían levantado tampoco se oía nada, ni la más liviana de las conversaciones, el silencio era absoluto y excepto el sonido del canto de los grillos y algún que otro animal salvaje aullando en la lejanía, la paz era total.

Poco a poco fueron saliendo de las sombras acercándose sigilosamente al campamento. En sus caras se podía apreciar miedo, nerviosismo, pero también determinación. Con extrema cautela llegaron al centro del campamento y cuando estaban acercándose al carruaje que llevaba el oro, repentinamente vieron que un hombre salía de una de las tiendas. Rápidamente desenvainaron sus armas a la vez que Parso le preguntaba con cierta sorpresa:

-¿Es que no estás durmiendo como todos los demás?

El personaje no dijo nada, lo único que hizo fue levantar los brazos, pero su cara demostraba claramente falta de temor ante la situación de la cual estaba siendo víctima.

-Responde rápido si no quieres que te ensartemos aquí mismo ¿Por qué no estás roncando como todos los demás?

-Es que yo no bebo agua, me siento mal.

-¿Qué no bebes agua? Entonces lo sentimos por ti camarada, hoy era un día especial y debías haber bebido, aunque fuese por una vez en tu vida -contestó Parso-. Ahora ya ves..., estas perdido. No has visto las caras y no podemos dejar ningún rastro tras nosotros.

-Oye, perdona ¿Pero ¿qué sabes tú del agua? -quiso saber Betrenice con cara de pocos amigos.

-¡Eh! ¡No, no! Yo no sé nada del agua. -contestó el hombre intentando levantar aún más los brazos con cierta cara comprometida.

Todos los amigos se dieron rápidamente cuenta que algo no iba bien, aquel hombre les había dicho claramente sin preguntarle sobre ello que no bebía agua. Debía saber algo. Rimas le agarró por el cuello y le puso su espada en la entrepierna muy amenazador.

-Amigo, o cantas ahora o te quedas sin atributos que enseñar en toda tu vida. Habla... ¿Qué sabes del agua?

-¡Sabe lo que le he dicho yo!

Todos se volvieron a la vez. Habían dejado su retaguardia sin cuidar al ver a aquel hombre y ahora no creían lo que se presentaba ante ellos. Allí estaba Bardasque junto a buena parte de la tropa de la caravana. De las tiendas empezaron a salir soldados y antes que pudiesen decir nada, estaban completamente rodeados y amenazados por las armas estos; picas, espadas y arcos tensos y listos con sus flechas apuntándoles. No les quedaba más remedio que entregar las suyas, por lo que las tiraron al suelo con rabia infinita.

-¡Traidor, Bardasque! -gritó Leen furioso-. ¡Maldigo tu persona! ¡Me lo pagarás caro!

-Lo que quieras, amigo, pero yo estoy aquí y tú ahí -dijo este acercándose al grupo-. Mejor que te calles y escuches lo que os tienen que decir mi comandante.

Rápidamente Sixto extrajo una daga que llevaba oculta en su espalda y antes siquiera que nadie pudiera actuar, esta reposaba en la garganta del inmundo Bardasque. Sus estertores de muerte no le sirvieron para nada, cayó al suelo como un auténtico pelele.

Fue entonces cuando los arqueros tensaron aún más sus arcos y las picas avanzaron amenazadoramente hacia ellos, aunque una voz autoritaria detuvo toda intención de ataque.

-¡Alto! -gritó un militar elegantemente ataviado saliendo tras los soldados y dando unos pasos al frente.

-No me extraña vuestra actuación, caballeros -y mirando al cuerpo inerte de Bardasque añadió-. Tendría que lamentar su muerte supongo, pero nada más lejos de la realidad. Creo sinceramente que es lo que se merecía esta escoria por su traición hacia vuestras personas, eso a pesar del idiota que habéis descubierto y que ha estado a punto de haceros huir por donde vinisteis. ¡Sí! Pensándolo bien, creo que luego hablaré personalmente con él. ¡Con ese maldito chapuzas! -dijo acaloradamente el militar mirando al mencionado con cara de pocos amigos. Luego tranquilamente volvió a centrarse en los amigos ladronzuelos-. Pero la vida es así, vosotros habéis intentado robar y yo debo defender esta caravana hasta con mi propia vida, por lo que sintiéndolo mucho debo pedirlos que os despojéis inmediatamente de vuestros atuendos. ¡Ahora mismo, por favor!

Su cortesía y amabilidad sorprendió a los cinco, pero algo les decía que era mejor no desagradar a aquel comandante, por lo que en un abrir y cerrar de ojos estaban como vinieron al mundo.

-¡Bien! -siguió-. Como sabéis todo intento de robo a esta caravana, debe ser castigado sin ningún tipo de miramiento, ni atenuante. Siento tener que comunicároslo, pero debo castigaros ahora mismo con la horca. Ahora bien, creo que este castigo no es necesario para todos, sería excesivo. Por eso he pensado que dos serán ajusticiados aquí y otros tres llevados a Vende delante del rey para su interrogatorio. Intentar dormirnos con polvo de hojas de tracción y alcohol es un delito muy severo, caballeros. Ese ha sido el hecho y ese es también el castigo. Debisteis pensarlo mucho mejor, o tal vez haber

acudido a otra persona no tan ruin como Bardasque que, por cierto, dejaremos a los pies de un árbol para que las alimañas den buena cuenta de él.

Los amigos se miraron entre ellos, era patente la palidez de sus rostros el temblor en sus piernas y unas bocas muy secas. Por qué no se abrían ido con Balco pensaba más de uno, pero ahora no había remedio a la situación. Desnudos como estaban no podían hacer nada contra aquel regimiento que los observaba amenazante, el único entre todos ellos que parecía estar a su favor era su propio comandante.

Sin demorarse le vieron coger algunos trozos de ramitas de un árbol, las cortó a diferentes medidas y escondiendo la parte de abajo de todas ellas en su puño, se las cedió a los cinco.

-Debéis coger una rama cada uno. Las tres más largas vendrán con nosotros, las dos más cortas se quedarán aquí y tendrán digna sepultura. Os lo prometo. Ahora proceded por favor.

Al decir esto extendió la mano ofreciendo las terroríficas ramas. Sixto fue el primero en escoger. Decidido y sin pensarlo dos veces agarró con fuerza una y la sacó del puño del comandante, había tenido suerte, era larga. Un largo silencio siguió mientras los soldados observaban la escena impávidos, pero ciertamente divertidos. Rimas no pudiendo soportar más la situación, fue el segundo en decidirse. Se adelantó y cogió una rama, pero no tiró de ella, sino que la sostuvo entre sus dedos mirando fijamente a los ojos del comandante. Estos no decían nada, solo mostraban cierta pena y pesar. De repente la soltó agarrando justo la que estaba a su lado y tiró de ella. También era larga. Ahora solo quedaban tres ramitas..., tres y solo una de ellas larga, las otras dos significaban muerte. La vida se apetecía muy corta para algunos de los amigos. El siguiente fue Parso que no tuvo la suerte en su elección.

Quedaban por sacar Leen y Betrenice y fue el primero de ellos el siguiente en intentarlo. Solo quedaba una oportunidad y esta le acompañó. Cuando Betrenice vio lo que tenía su amigo en sus manos y que ya no quedaban ramas largas, en un intento alocado y suicida intentó huir. Solo consiguió dar unos pasos antes que una lanza y diversas flechas le atravesaran con una facilidad pasmosa.

-Colgadle ahora mismo de aquel árbol y atad bien a los otros tres -dijo entonces el comandante refiriéndose a Parso-. ¡Ah! Y primero que se pongan sus ropas. Ahora me voy a descansar ¡Maldita noche!

Y sin más el comandante dio media vuelta volviendo a su tienda, pero justo antes de entrar en ella advirtió seriamente a sus hombres:

-Y ese que vais a ejecutar, no lo dejéis hasta mañana colgando, sino que una vez muerto lo enterráis con ese otro -señaló el cadáver de Betrenice-. No quiero verlos mañana por la mañana ahí, no es plato de buen gusto. A Bardasque llevadlo lejos y tiradlo por cualquier terraplén. ¡Por donde queráis!

Sixto, Rimas y Leen se vistieron para ser atados fuertemente. Miraron por última vez a Parso con vida a quien llevaban hacia el árbol que había dicho el comandante. Una vez allí, los soldados pasaron una cuerda por una gruesa rama, la anudaron alrededor de su cuello y entre varios soldados tiraron con fuerza. Los inútiles intentos por librarse de la muerte resultaron vanos. Lo último que vio el pobre en su vida fue como sus pies levitaban y luego..., luego simplemente todo se apagó.

-«Tal vez haya sido lo mejor» -pensó Rimas con tristeza.

Lo que les esperaba ahora en Vende no era mucho peor que una soga alrededor del cuello. Les aguardaba el emperador Crotor y en breve... un fiel lobo amaestrado llamado Barfkeff.

36
“SIN CLEMENCIA”

La caravana entró en Vende como de costumbre hacía y los curiosos de siempre se acercaron una vez más para verla pasar, aunque hubiesen catado aquella escena en multitud de ocasiones. La llegada del oro a la ciudad siempre conseguía atraer al gentío que no tenía nada mejor que hacer y se había convertido casi en un auténtico fenómeno social que había que presenciar. Esta vez venía con algo diferente. En su primera fila solía llegar el comandante montado a caballo seguido muy de cerca por el carruaje que llevaba el succulento oro, los soldados armados hasta la médula venían siempre detrás. Sin embargo, esta vez y siguiendo al comandante llegaban tres hombres encadenados y atados entre ellos. Cabizbajos, parecía que no deseaban mirar a su alrededor.

Balco al oír el vocifero desde lejos supo que la caravana se iba acercando, por lo que presto se hizo un hueco para verla pasar en primera línea. En su pensamiento nada más lejos de la realidad, tenía la certeza que sus amigos lo habían conseguido y quería ver la cara de idiotas de todos aquellos soldados que llegaban. Su emoción no tenía límites, ansiaba verlos ya. Oía cada vez más de cerca al populacho gritar al paso de la caravana.

Ya llegaban, emocionado y con una gran sonrisa en sus labios, empezó a maldecirse por no haberlos acompañados, pero el apego que tenía a su cobardía podía con él por más que lo intentase.

-¡Bah! No importa. -se dijo-. La próxima vez me apunto con ellos.

El comandante empezó a doblar la esquina y la locura del momento arreció.

Llegaban...

Llegaban...

Llegaban... ¿Y el comandante muy sonriente saludaba al pueblo?

¿Saludaba cuando le habían quitado el oro?

Más cuando pudo divisar bien lo que se acercaba, un vuelco en su corazón le hizo palidecer y rápidamente intentó retirarse de donde estaba para ocultarse entre el gentío de atrás. Pudo ver que Rimas, Sixto y Leen llegaban arrastrando los pies, rotos por el cansancio y la penuria. Al llegar a su altura silbó, sus amigos conocían su forma de hacerlo y Rimas fue el único que levantó la cabeza mirándole directamente.

-¿Betrenice y Parso? -preguntó desde la distancia Balco, sin emitir ningún sonido y solo gesticulando con su boca.

Rimas pareció entenderle, únicamente meneó la cabeza de izquierda a derecha con un gesto de dolor. Balco lo entendió perfectamente y el mundo se hundió a sus pies. Se sintió mal, muy mal. Había dejado a sus amigos hacía dos días llenos de vida y se encontraba con que dos debían haber fallecido y otros tres habían sido hecho prisioneros con un porvenir no muy halagüeño. No pudo seguir mirando más, dio media vuelta y salió corriendo del lugar. Entró en la primera taberna que encontró a su paso. Pidió licor, vino, cerveza e hizo las mezclas más explosivas..., lo necesitaba. Quería olvidarse del mundo o perecer con él y tal vez con una buena dosis de alcohol lo consiguiese. Al rato con su cabeza estaba atareada en sumirle en una cruel tortura, con múltiples pensamientos cada vez más abstractos y acentuados por culpa del alcohol. No sabía qué hacer ni cómo reaccionar. Finalmente, vislumbrando una pequeña grieta en su locura, pensó en dirigirse al palacio e intentar hablar con el propio Elcor quien quizás pudiese hacer algo por los

muchachos, pero... ¿cómo acceder a él? Recordó entonces a aquel capitán, general o lo que fuese, sus ideas no eran muy claras y el fatídico licor ayudaba aún menos a ello.

-Bramm, ssííí..., sí, sssiiii, eso essshh. Te llammabaa Bramm, iré a b buuscarte. - se dijo en voz alta-. Iré a la pueeeerta de dded palacio. Aaa... aaguaaantaré todo lo que haga falta hasssta que... que salgas y consigaga hablar contigo, luego...

Repentinamente sus piernas se doblaron y su cabeza pegó contra el mostrador rompiendo su jarra y desparramando el licor de moras por encima de la barra de la taberna. Cayó desmayado al suelo cuan largo era.

Había bebido demasiado.

La lluvia le despertó en el frío suelo y en medio de una calle infestada de barro. Noto escalofríos y se dio cuenta que no había ni rastro de su chaqueta de piel. instintivamente su mano fue donde guardaba su bolsa y tampoco estaba en su sitio. Le habían robado lo poco que tenía mientras dormía la borrachera, tras haberle arrojado fuera de la taberna.

-¡Mierrrda, cer..., ceerdos inmundos! -dijo según se levantaba a duras penas intentando guarecerse bajo la lona de un comercio de la lluvia que empezaba a arreciar. Sus músculos aún no le obedecían bien y trastabilló un par de veces antes de llegar a sitio seguro.

-¡Condenaaa..., da lluv..., luv.. luvia! Lo que me fa... faaltabohora -maldijo.

Notó algo extraño en la misma frente y se tocó ahí. Donde antes estaba liso, ahora había nacido un prominente chichón, la jarra de licor de moras no había podido detener su caída, pero a cambio le había dejado un regalo. Un dolorido e imponente bollo en su frente. Empapado, sin abrigo, sin bolsa, con una boca seca y un acusado dolor de cabeza, Balco emprendió camino hacia el palacio.

Llegó dolorido, empapado y tiritando de frío, pero lo había conseguido. Sin pensarlo dos veces se dirigió a los soldados del puesto de guardia que había a la entrada. Allí vio a unos soldados que hablaban entre ellos resguardados al calor que les daba una pequeña chimenea. Estos al verte en ese estado tan deplorable no pusieron muy buenas caras y uno de ellos puso su mano sobre el pomo de su espada en un intento de hacer ver a Balco que allí no se podía, ni se venía a jugar. Balco por una vez en su vida no hizo caso al amenazante movimiento y con la respiración entrecortada debido a su estado físico mental, intentó parecer lo más amable posible.

-¡Holaaa! Buen... nosh hombres ¿Shería... shería posible hablarr con el capitán Brammmm Noshequé? Me trrrae un asunto de eshtremada urgencia. ¡Hip!

Los soldados se miraron entre sí y más que peligro vieron comicidad en aquel borrachín totalmente calado hasta la médula y sin ropa de abrigo alguna. Uno de ellos se adelantó y mofándose quiso saber:

-Suponemos que os referís en concreto al capitán Brammkbrest, señor caballero mojado, pero... ¿a qué ilustre personaje debemos presentar ante él?

Las risas de sus compañeros llenaron el puesto y en la cara de Balco un rictus de amargura se dibujó. No había pensado que debido al aspecto que llevaba..., nada o muy poco iba a conseguir. Aun así, siguió intentando.

-Me llamooo Baaalco, sheñor sholdado. Baaalco Leble y debo comunicarr al capitán Brammmm Noshequé, un mensaje de eshtrema importancia, ¡Hip! Para que a su vesh lo haga llegar a Elcor. She llama ashí el prínshipe, ¿no?

La sonrisa de aquellos hombres desapareció de sus rostros y rápidamente quisieron saber más.

-¿Qué mensaje, caballero mojado? Si es tan importante ese mensaje vuestro, tened la seguridad de que nosotros mismos se lo haremos llegar al capitán. Decidnos, por favor ¿De qué se trata”

Balco sabía que no podía adelantar nada a los hombres. No era muy buen acierto que supiesen que sus amigos estaban prisioneros por culpa de intentar robar la “Ruta del Deseo”, pero Brammkbrest sí. En la fiesta de homenaje y presentación de Elcor o como se llamara, este lo había presentado como una persona afable, amigable y en el que se podía confiar. Así que solo podía hablar con él, ya que llegar al nuevo príncipe debía ser imposible.

-Siento no poderlo decir, sheñor, ya que debe, deeebe ser a Brammm y shoo... shoo... shoolamente a él a quien debo transmitírselo ¿Podríaan avisharlele, por favor?

-¿Queréis decir que no nos vais a decirnos el mensaje? -dijo uno de los soldados con cara de pocos amigos.

Balco se relajó un poco antes de contestar intentando no seguir hablando como lo estaba haciendo. Tras unas cuantas inspiraciones, lo intentó de nuevo.

-No puedo y de verdad que lo siento, sheñor, pero me es imposible comunicároshlo. No depende de mí.

Debía salir de aquel atolladero lo antes posible. Empezaba a darse cuenta de que no había actuado con mucha coherencia acudiendo a los soldados de guardia empapado de alcohol, pero ya no había solución, estaba allí y lo mejor era retirarse lo antes posible sin salir muy mal parado.

-Si no podéis avisharle no importa. -terminó diciendo-. Eshperaré fuera y cuando le vea shalir o entrar hablaré con él. Gracias de todos modos, señores.

Y haciendo una pequeña reverencia empezó a retroceder por donde había llegado.

-¡Esperad, Balco Leble! ¡Esperad! -uno de los soldados se dirigió a otro del interior del puesto diciendo-. ¡Tú, corre! Ve a buscar al capitán ahora mismo.

-Pe... pero... -dijo asombrado quién recibía la orden. El soldado se hallaba tranquilamente sentado junto al fuego mientras afuera llovía así que no le apetecía mucho mojarse y además aún no era su hora de guardia por lo que argumentó-. ¿No irás a hacerle caso a este pobre incauto? ¿Sabes cuál es el castigo por algo así?

-Sí, lo sé, pero creo que este hombre necesita ayuda -respondió quien le había dado la orden y que tenía un mayor rango-. Y si está en las condiciones que le vemos supongo que no es por algo muy bueno. Vete, corre y trae contigo al capitán Brammkbrest. Es una orden ¿Quieres acaso que te la repita de otra forma? -acabó diciendo con cara de pocos amigos.

El soldado se levantó ágilmente de su exquisito acomodo y refunfuñando entre dientes salió del puesto desapareciendo tras un campo de lluvia.

-Sentaos y poneos junto al fuego, por favor. Calentaos un poco si lo deseáis -invitó aquel soldado que ahora se ofrecía cortés y amable a Balco.

Este agradeció enormemente su actitud sentándose junto a ellos en un intento de calentarse frente a la pequeña chimenea. Tiritando como estaba sabía que era muy posible que al día siguiente no pudiese hablar ni decir nada, lo más normal es que fiebres y malestares le tuviesen tumbado en una cama durante una buena temporada. Por lo tanto, debía darse prisa en hablar con Bramm.

Al cabo de una tensa espera, volvió el soldado acompañado del capitán Brammkbrest. -¿Qué pasa? ¿Quién pregunta por mí? -dijo al entrar en el puesto sin notar la presencia de Balco aún.

-Hola, Capitán Brammm -dijo el empapado con una voz más normal-. Soy yo, Balco, ¿Se acuerda de mí?

Ante la cara de perplejidad del capitán, tuvo que reforzar sus palabras con algún recuerdo más.

-Sí, hombre, sí. La fiesta..., uno de los amigos de Rodmien.

-¡Dios mío! ¿Pero qué te ha ocurrido, muchacho? ¿Parece que hubieras salido del mar en un día como hoy?

-¡Sí, sí, del mar! Y encima sin bolsa, ni abrigo. Un desgraciado me lo ha robado todo.

Brammkbrest se dirigió entonces al oficial de guardia y solicitó una manta y algo de café para levantar el ánimo de Balco. Le dieron algo caliente para beber y le pusieron por encima una cálida manta. Luego al rato cuando vio que este estaba ya más entonado, el capitán volvió a preguntarle:

-¿Tú dirás amigo, que puedo hacer por ti?

Todos los presentes tenían los oídos bien preparados para lo que se suponía iba a comunicarle, pero en aquellas condiciones este parecía no querer soltar prenda y cambió de tema.

-¿Qué tal se encuentra Elcor? ¿Es feliz aquí?

-Totalmente, amigo. La nueva vida digamos que le ha sentado bien. Parece que le ha cogido gusto a eso de ser príncipe.

Por aquella pregunta y la siguiente contestación de Bramm, los soldados empezaron a intuir que el allegado debía conocer bastante bien al nuevo príncipe.

-¿Sí? Me alegro por él -contestó con melancolía.

-Pero bueno. Te veo... hablando claro, hecho una auténtica piltrafa. Hagamos una cosa. Dices que te han robado y tienes pinta de no tener muy buen día, iremos entonces a una taberna cercana y nos calentaremos al abrigo de una buena chimenea. Comamos algo allí, tomemos otra buena taza de café y si se tercia, una buena ración de pastel de arándanos que los hacen muy buenos -añadió cómicamente-. Ya verás cómo nos ayudará a sentirnos mejor con el estómago repleto. ¡Venga, vamos!

-¡Pero sin alcohol! ¿De acuerdo? -preguntó Balco a quien el dolor de cabeza empezaba a acentuarse.

-¡Por supuesto! Como quieras. ¡Sin alcohol será entonces!

Se levantaron y sin decir siquiera adiós se fueron del lugar. Los soldados de la guardia se quedaron con caras de idiotas sin saber qué le quería decir aquel extraño a su capitán.

-Tú dirás ¿Qué es lo que ocurre?

Se encontraba tranquilamente sentados en una mesa algo retirada de una taberna y las tazas reposaban vacías ya. Unas migas era lo único que había sobrevivido de una tarta de arándanos que habían comido entre los dos. Bramm había disparado la primera pregunta, la respuesta le tocaba a Balco.

-Es un tema muy delicado, no sé siquiera si hago bien en decirte nada. Puede llegar a ser un verdadero lío para todos. Un lío del que podemos salir muy mal parados.

Aquello infló más la curiosidad de Bramm.

-Puedes confiar en mí, aquí nadie nos oye. Si tienes algo importante y te cuesta mucho peso llevarlo, suelta la carga que yo la recojo. Si no quieres, por lo menos espero que te encuentre bastante mejor con lo que has comido y con ese buen café caliente que nos hemos tomado.

-Se trata del intento de robo en la "Ruta del Deseo" -soltó sin más Balco.

-Sí, algo sé. No he visto a los que lo intentaron, pero me han dicho que han detenido a tres personajes y que otros dos han sido ejecutados en el mismo lugar que fueron apresados.

Balco agachó la cabeza y con voz casi inaudible dijo:

-Son mis amigos Bramm... y los amigos de Elcor, también. Aquellos que fueron a la fiesta de la playa.

-¿Qué? Perdona, pero no te he oído bien, repítame, por favor.

-Que son nuestros amigos..., los de Elcor. Los que estábamos en la taberna "La Puerca y el Zorro" cuando viniste a buscarle..., los de la fiesta.

-¡Demonios! -la sorpresa era evidente en el rostros de Bramm-. Pero..., pero ¿Qué habéis hecho? ¿Cómo se os ocurre? ¿Estabais locos o qué?

-Yo no quise hacerlo. Estuve en el mismo campamento que ellos, pero a última hora tuve miedo y hui como un cobarde dejándoles a su suerte. -masculló con rabia Balco-. ¿Qué te puedo decir de cómo me siento? Los dejé tirados a su suerte y ya no tiene remedio. Por eso ahora necesito hacérselo saber a Elcor, tal vez él pueda hacer algo por ellos y tú eres el único que puede contactar con él. No veo otra solución.

-Vamos a ver, centrémonos. ¿Quién quedó en el camino y quién ha llegado a Vende?

-Parso y Betrenice debieron ser los ejecutados en el camino. Hoy he visto llegar a la caravana y venían detenidos, Sixto, Leen y Rimas. No sé más. Luego no pude soportarlo, entré en la primera taberna que vi y mi intención hablando claro, era reventarme de alcohol, olvidarlo todo. Lo último que recuerdo es caer sobre el mostrador y despertarme bajo la lluvia en la calle sin mi abrigo y sin mi bolsa. ¡Mierda de día! ¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda!

-¿Cómo? ¿Cómo se os pudo ocurrir semejante mamarrachada? ¿Sois idiotas o qué?

-el malestar de Bramm quedaba patente en sus palabras-. ¿Ves donde han llegado?

Balco no supo que contestarle, lo único que hizo fue encogerse de hombros.

-Dejémoslo. Ahora lo que tienes que hacer es volver a tu casa e intentar descansar un poco. El día no ha sido muy favorable para ti.

-Sí, pero para mis amigos que están presos, va a ser peor. Tienes que intentar hacer algo, Bramm. ¡Por favor!

-Escúchame bien. Yo vuelvo a palacio ahora mismo, intento hablar con Elcor y le aviso de todo. A tus amigos los habrán llevado directamente a los calabozos de palacio y Barfkeff no se encuentra en Vende por lo que tienen suerte, por ahora. Está como siempre, con su pequeño ejército particular buscando a los Bricks supuestamente traidores para ahorcarles allí donde dé con ellos. Sé que tardará unos días en volver por lo que mientras tanto les dejarán tranquilos hasta su vuelta. Ese asqueroso tipo de trabajo, torturando a gente que no puede defenderse le encanta hacerlo a él personalmente y encima disfruta con ello, por lo que posiblemente este sea el único tiempo del que disponemos.

-¿Podrías avisarme de lo que vaya pasando? Necesito saber algo de cómo están, si se encuentran bien y eso. No puedo seguir con esta mierda en mi cabeza. Por favor, avisa a Elcor urgentemente, tendré una deuda contigo.

-Vamos a ver, relájate y lo hecho, hecho está. Veremos y estudiaremos lo que se pueda hacer antes de actuar. Tus amigos no están solos. Tienen un gran aliado en palacio así que no perdamos las esperanzas ni la cabeza sin empezar siquiera a recapacitar sobre ello. ¿Sueles ir a menudo por "La Puerca y el Zorro"?

-Sí. Pero a partir de ahora no sé si volveré a poner los pies allí. Me traerá muchos recuerdos y a partir de hoy, no muy buenos.

- Escúchame... escúchame -habló pacientemente Bramm al pesaroso Balco-. lo que sepa se lo iré comunicando a Ágatha y ella te lo hará llegar. ¿Te parece? ¿Te quedas más tranquilo así? Más no puedo prometerte.

Una ligera esperanza brilló en la mirada de Balco. No sabía cómo agradecer a aquel recién conocido capitán de la guardia lo bien que se estaba portando con un desconocido como era él.

-¡Gracias, Bramm! Eres un buen tipo. Eso es lo que necesitamos en el reino, hombre como tú y no reyes ni prínc...

-¡Shhh! Calla por favor -respondió con premura el capitán-. En estos sitios las paredes oyen. Ahora vuelvo urgentemente a palacio y tú, ve a tu casa, por favor. Lo dicho, Ágatha te hará saber lo que vaya sucediendo y solo queda esperar los acontecimientos. A Elcor no le va a gustar nada lo que han intentado sus amigos. Por cierto. ¿De quién fue el maravilloso plan?

Balco calló, no quería decirle a Bramm que este había sido ideado por el propio Elcor, aunque lo idease antes de ser príncipe.

-Venga dime ¿Quién parió el plan? Digas lo que digas, el daño está hecho y no sirve de nada que lo calles.

El estado de ánimo no le ayudó mucho a pensar y en vez de nombrar a cualquiera de sus amigos muertos, no supo que decir y soltó la verdad puesto que tampoco quería mentir al capitán.

-Fue..., fue de Elcor.

-¿Qué?

Bramm totalmente desconcertado, no creía haber oído bien.

-¿De quién dices que fue el plan?

-De Elcor, pero de antes de ser príncipe y además no quería que se hiciese nada aún. Se lo confió un día de alcohol y fiesta a Leen y él nos lo relató a nosotros. Elcor no sabe que hemos intentado realizar su plan sin su permiso. Sé de sobra que no nos lo hubiera permitido realizar. Lo siento.

-De acuerdo, tú vuelve a casa. Ahora mismo yo voy al palacio para hablar con Elcor. Si alguno de tus amigos suelta la lengua puede estar en peligro y eso por más sea uno de los príncipes herederos.

Se levantaron y tras estrecharse la mano cada uno emprendió un camino diferente.

-Elcor, la importancia de un buen ataque depende de vuestra propia defensa, cuidado con eso. Tomad buena nota -repitió Cymbal según ensayaban una y otra vez los movimientos en una de las salas de palacio.

Elcor acababa repetidamente en el suelo sobre las espesas alfombras que habían dispuesto para que no se lastimara al caer. El lluvioso día les había obligado a realizar los ejercicios de defensa dentro de un salón y la servidumbre había despejado todo el mobiliario que les podía estorbar, dejándoles un espacioso lugar libre de todo.

-Cymbal, por más que lo intento debo reconocer que no es simple ejecutar los movimientos -respondió con la respiración entrecortada por el esfuerzo. Luego con una sonrisa de oreja a oreja añadió reverenciándole-. ¡Por favor! Tened piedad de mí y no me lancéis tan fuerte la próxima vez. Mis fuerzas están por el mismo suelo ya.

-Queda poca majestad. Tenéis casi aprendido este último movimiento, solo os falta poner el pie izquierdo un poco más atrás al agarrar, entonces debéis girar la cintura en diferente sentido. Intentadlo de nuevo, por favor. Veréis como podréis lanzarme vos a mí.

De nada sirvió el consejo de Cymbal y Elcor acabó de nuevo en la alfombra. Por más que lo intentaba, siempre acababa besándola, cayendo bien sobre sus piernas, sobre su pecho, su culo o inclusive, sobre su cara. Fue a levantarse de nuevo y en esos momentos llamaron a la gran puerta.

-¡Pasad! -gritó el príncipe desde el suelo.

La puerta se abrió y allí apareció Bramm un tanto acalorado.

-¿Permiso? -preguntó escuetamente mirando a ambos.

-Permiso y lo que quieras..., concedido -respondió Elcor con alegría acercándose a él para darle un abrazo. El capitán le resultaba una persona entrañable, y se encontraba muy a gusto con su presencia.

-Llevaba varios días sin verte. Se ve que la vida y sobre todo Ágatha, te tienen muy ocupado. ¿No?

-No nos podemos quejar príncipe. La vida parece tratarme bien en estos momentos. Debo tener suerte o por lo menos, no mala suerte. ¿No sé qué será mejor? Pero bueno, reconozco que sí, he sido feliz hasta hoy mismo y es por lo que os tengo que contar.

-¿Qué quieres decir, amigo? -Elcor había notado por la tonalidad empleada por el capitán que algo pasaba- ¿Estás en algún problema? Dímelo que lo solucionarlo ahora mismo.

-Perdonad, mis modales, pero necesitaría hablar con vos urgentemente. Es un tema muy delicado y os agradecería que solo estuviésemos nosotros dos únicamente. Cymbal, lo siento -dijo mirando al vasnino con sumo respeto.

Cymbal y Elcor cruzaron una mirada sin decir nada. Algo pasaba y no debía ser muy bueno por la actitud de Bramm. Sin embargo, el príncipe había entablado con el vasnino en el poco tiempo que llevaban conociéndose otra poderosa amistad. Además, su confianza en él era total y sus consejos bien podían servir de mucho en un momento dado como parecía este.

-Bramm, conoces a Cymbal -dijo Elcor enfatizando sus palabras-. Sabes que lo que digas aquí y ahora, no va a salir nunca de esta sala. Confío plenamente en él. Tienes mi palabra y la suya ¿Cymbal, que dices?

-Lo dicho por el príncipe, Bramm -alegó este rápidamente-. Lo que digas aquí, morirá aquí y nadie sabrá jamás de esta charla.

El capitán analizó brevemente la situación percatándose que, si retrocedía largándose del salón, la suerte de los amigos del príncipe se hubiera desvanecido en el limbo.

-¡Habla Bramm! Estamos solos y te escuchamos ¿Qué pasa, compañero? Suéltalo que me tienes intrigado a más no poder.

-Se trata de los prisioneros que han llegado con la caravana hoy mismo.

Y después de decir esto Bramm volvió a callar. No sabía ni cómo empezar a relatar la triste aventura de aquellos pobres desgraciados.

-¿Sí? -preguntó Elcor-. ¿Qué pasa con los prisioneros?

-Son, son..., son vuestros amigos Rimas, Leen y Sixto, mi príncipe.

-¿Qué? -Elcor lo entendió todo al instante y solo pudo decirse a sí mismo en voz alta-. ¡Asqueroso Leen! ¿Como pudiste haberte ido de la lengua?

-Hay otra cosa aún peor -recalcó Bramm.

-Te oímos, capitán -agregó Cymbal mientras Elcor callaba atento temiéndose ya cualquier cosa.

-Acabo de informarme antes de venir aquí. Dos de vuestros amigos han sido ejecutados en el lugar de los hechos. Son Betrenice y Parso.

-¡No! ¡No! ¡Nooo! -Elcor perdió el control y arremetió con furia contra Bramm, agarrándole con fuerza de la solapa de su traje de oficial.

-¡Dime que es mentira! ¡Dime que es mentira, Bramm! ¡Júrame que todo esto es mentira! -rogó a punto de sollozar-. No puede estar pasando esto. ¡No puede ser! ¡Dios mío!

-Majestad -se apresuró a contestar Cymbal a la vez que intentaba soltar las manos de Elcor de las solapas del capitán-. Bramm no tiene ninguna culpa de nada. ¡Soltadle, por favor! Ahora más que nunca necesitamos aliados para ayudar a vuestros amigos.

Elcor le hizo caso.

-Perdona, perdona amigo. -se excusó-. He perdido el control. Lo siento. ¿Pero cómo se les ha ocurrido? ¿Cómo han sido tan imbéciles?

-Hace un rato, -y el capitán comenzó a relatar lo sucedido en el puesto de guardia-. estuve con vuestro amigo Balco y él es quien me ha relatado lo sucedido. Estaba realmente aturdido por la situación y le he mandado de vuelta a su casa. Luego he pasado por los calabozos y allí se encuentran efectivamente Leen, Sixto y Rimas. No he dejado que me vean siquiera, pero por ahora están bien. Finalmente he estado con el comandante de la caravana y me ha relatado los hechos. Tiene orden de vuestro padre de masacrar a todo aquel que intente robar esta. Aun así, se ha arriesgado y ha traído a tres prisioneros con ellos a Vende. Habrá que ver cómo reacciona vuestro padre ante esto. ¿No sé qué podemos hacer, mi príncipe?

Quedaron muy callados con un aura de desesperación e impotencia cundiendo en el ambiente.

-Vayamos a liberarlos ahora mismo -dijo Elcor sin pensárselo dos veces-. Soy un príncipe de Shámsala. Nadie se atreverá a detenerme ni a contradecir mis órdenes.

-Pero vuestro padre es el rey emperador. ¿Qué dirá él? -la voz de Bramm sonaba insegura-. Es más, en la fiesta de vuestra presentación ellos estaban allí disfrutando junto a vos, seguro que él o alguien más se acordará de sus caras y en cuanto las vea atará cabos.

-Por eso no hay que preocuparse, Bramm -respondió Cymbal-. El rey debido a su edad no tiene la misma vista que cuando era joven. Sé de hecho que le falla bastante, por lo que no hay que preocuparse que los reconozca y además, no se dignaría en bajar a los calabozos a verlos. Dictará sentencia sin pensárselo dos veces, por lo que del único que hay que tener cuidado es de ese perro de Barfkeff, aunque gracias a Dios, por ahora no se encuentra en palacio.

-Cymbal -Elcor volvió a intentarlo, aunque en su voz no había esperanza que este le hiciese caso-. Bajemos, bajemos a los calabozos y saquémosles ahora mismo de allí ¡Por Dios!

-No, esperad, esperad un momento. Eso es totalmente contraproducente -aconsejó el vasnino-. El rey ha sido o será informado en breve de lo sucedido. La mano de la justicia es suya y siento decirlo, mi príncipe, pero sus órdenes no son desobedecidas por nadie. Sería prácticamente imposible que consiguierais sacarles sin su aprobación. Además, que la sospecha recaería irremediabilmente en vos.

-¿Qué quieres decir? ¿Que les dejemos pudrirse en los calabozos hasta que los ejecuten?

-No, no me refiero a eso majestad, pero creo que hay una solución mejor, aunque primero para eso debemos hablar con ellos. Debemos parecer y obrar de cara a los soldados que les custodian, muy distintamente a lo que pensamos -la facilidad y resolución con la que Cymbal hablaba sin perder ni un ápice de compostura les sorprendió a ambos-. Escuchadme bien.

Su ágil mente ya había ideado un plan y tanto a Elcor como a Bramm después de oírlo les pareció perfecto, aunque no por ello estaba exento de peligros. Así pues, sin demora alguna se pusieron manos a la obra inmediatamente y lo primero que hicieron fue emprender el camino hacia los calabozos para ver el estado de los prisioneros.

-¡Guardia! ¡Guardia! ¡Abrid ahora mismo! ¡El príncipe Elcor está aquí!

La potente voz del capitán Bramm y los fuertes golpes dados en la puerta despertó de su letargo a los guardias encargados de vigilar los calabozos del palacio.

Se hallaban los tres al final de un siniestro túnel que estaba tenuemente iluminado por unas pocas lámparas de aceite sujetas a las argollas de unas húmedas y sucias paredes. Una recia puerta de madera con una pequeña abertura también cerrada y una gran cerradura parecía indicar que su intención era esconder todo lo que ocurría allí dentro. Después de unos tétricos chirridos metálicos de pasadores y llaves abriéndose, tras de la maciza puerta apareció un soldado con los ojos tan rojos que evidenciaban el despertar de un largo sueño.

«¡Vaya! -pensó el carcelero al verlos-. Está claro, estos vienen a fastidiarme el día».

-¿Y tus compañeros? -preguntó Bramm con cara de pocos amigos

-Reposando en sus catres, mi capitán. Yo estoy de guardia, pero ellos tienen autorización para descansar y dormir.

-Despierta a todo el mundo aquí abajo, el príncipe Elcor quiere inspeccionar esta pocilga. ¡Ya!

El soldado seguía mirando a los recién llegados como un auténtico pasmado y Bramm tuvo que repetir su orden.

-¿Qué haces ahí mirándonos como un borrego? ¡Rápido! ¿No me has oído?

El despertar de aquel soldado no debía haber sido muy bueno, trastabilló según giraba y salió ipso facto en busca de sus compañeros. Poco tiempo después la guardia de los calabozos integrada por cuatro soldados estaba ante ellos. El que había abierto la puerta se encontraba vestido, pero a los otros tres les faltaban bien la camiseta, los pantalones o el calzado. Bramm se dirigió a ellos enérgicamente.

-¡Soldados! Por si no sabéis quién me acompaña, os lo digo. Se trata del príncipe Elcor en persona y quien se ha dignado en descender a este antro para comprobar que es eso que ciertos ladrones han querido robar su oro.

Los cuatro cuidadores escucharon atentamente a Bramm en postura de firmes sin atreverse ni a rechistar.

-Quiere comprobar personalmente el estado de esos indeseables. Es digamos, como si fuera un asunto suyo personal y con eso es suficiente para vosotros. Llevadnos donde se encuentran.

El guardia cogió un manojo de llaves de una argolla y un candil. Luego encendiendo otros los cedió a los visitantes.

-Por favor, tengan ustedes y acompañenme. La luz aquí abajo brilla por su ausencia.

-Y vosotros -dijo Bramm dirigiéndose a los otros guardias que seguían casi sin respirar y en la misma posición rígida-. Tenéis mi permiso para seguir durmiendo y dejadnos hacer tranquilamente. ¡Hala, pues!

Desaparecieron de su vista en un segundo. Así que los tres con un candil cada uno fueron tras el carcelero. Todas las celdas por donde pasaban estaban libres de inquilinos, excepto la última de ellas, la más alejada que fue donde se detuvo el guardia abriendo la celda.

-Aquí se encuentran, majestad ¿Queréis que les azote o les haga alguna cosa? -preguntó con malicia el carcelero.

-Abre la puerta y lárgate ahora mismo por donde has venido -contestó airado Bramm. Pálido como estaba, Elcor aún no había abierto la boca para decir nada.

Sin embargo, el carcelero antes de marchar creyendo que lo que deseaban era torturar un poco a los prisioneros, comentó:

-¡Ah! Ya, majestad. Deseáis azotarles vos mismo, muy bien. Me parece muy bien, mi príncipe. Me voy ahora mismo y os dejo con ellos.

El capitán no pudo contenerse y agarrándole del cuello con una mano. con rabia soltó:

-¡Que te marches, imbécil! ¿O bien quieres hacerles compañía?

Desapareció como por arte de magia y los tres miraron hacía la oscuridad apuntando con sus luces a lo que había más allá de la puerta abierta del sucio calabozo.

Divisaron un putrefacto catre y encima de él los amigos sentados protegiéndose con las manos de la luz que les llegaba de los candiles, el estar confinados en permanente oscuridad les obligaba a ello. Les habían cortado el pelo al ras y solo llevaban puesto un ligero pantalón. Seguir en aquellas condiciones debido a la humedad que despedían las paredes era un pase directo a una muerte segura.

- Leen, Sixto, Rimas -Elcor les llamó por sus nombres yendo hacia ellos-. ¡Soy yo! Soy Rodmien.

Rimas al reconocer la voz, se levantó a trompicones yendo directo hacia él.

-Rodmien, gracias a Dios que has venido. ¡Ayudamos! -imploró-. Ayúdanos por lo que más quieras. Han matado a Parso y a Betrenice y a no más tardar harán lo mismo con nosotros, Rod.

-No lo permitiré Rimas. Haremos lo que sea, pero no lo conseguirán. Tenéis mi palabra.

-¿Cómo? ¿Cómo os encontráis? -quiso saber Cymbal.

-Mal, muy mal. -ahora era Sixto quien respondía con voz también de ultratumba-. Al llegar nos dieron un mísero mendrugo de pan para los tres, algo de agua, nos cortaron el pelo y nos quitaron nuestras ropas dejándonos como nos veis.

Reencontrarse con sus amigos en aquellas condiciones hizo que el mundo se derrumbara a los pies del príncipe. Entonces se abrazó a ellos intentando darles fuerza y valor para superar la miseria que estaban atravesando. Luego les pidió que le relatasen todo lo sucedido desde la última vez que se habían visto en la fiesta.

Así le contaron como todos los amigos habían insistido una y otra vez preguntando a Leen que era eso del plan de Rodmien para robar la caravana de la "Ruta del Deseo".

-Al principio rehusaba decirnos nada, -añadió Sixto-. pero le machacamos una y otra vez con lo mismo, al final no le quedó otra y acabó por soltarlo. Nos contó todo tu plan y claro ya nos conoces..., decidimos ponerlo en marcha.

Al rato salió a relucir las reuniones que mantuvieron para ajustar un poco los planes, lo de las hojas de traición, el primer encuentro y el final del mal nacido Bardasque, además de su captura y la suerte en ver quién vivía y quién moría.

-Suponemos que tu padre estará enterado de todo y ya habrá decidido nuestra suerte Rodmien, pero aun así eres nuestra última esperanza.

Elcor, Cymbal y Bramm, habían oído el relato de los hechos con suma atención y cuando los presos terminaron de narrar su maldita aventura, Cymbal cogió el testigo y empezó a hablar:

-Traemos soluciones. Sabemos que, aunque os pidamos que estéis tranquilos no lo vais a estar, pero debéis confiar en nosotros.

Los tres pobres desgraciados le observaron no creyéndose del todo sus palabras

-Y ahora vamos a hablar con los carceleros. -dijo refiriéndose a él y al capitán-. Mientras vos, Elcor, aprovecháis para explicarles lo que vamos a hacer para sacarles de esta situación. ¡Vamos, Bramm!

Y diciendo esto los dos se fueron en busca del carcelero.

-¿Tenemos alguna posibilidad, Rod? -pregunto Sixto muy tenso.

-Tenéis -contestó escuetamente Elcor-. Y ahora escuchad lo que debéis que hacer...

-Carcelero y... ¿cómo decís que os llamáis? -quiso saber Bramm con prepotencia al llegar junto a los guardias.

-Lorquia ¡Capitán! Mi nombre es Lorquia -los otros soldados se habían puesto temeros nuevamente firmes al verlos-. ¿En qué podemos ayudaros, señor?

-Bien Lorquia y los demás, escuchad ahora todos muy bien. Al príncipe Elcor no le gusta que le intenten robar. No le gusta en absoluto, ¿Entendéis lo que esto significa?

-Sí, sí, señor -afirmó un guardia que debía creerse el más listo-. Lo entendemos perfectamente.

-No, creo que no lo entendéis bien... y como él no quiere que le intenten robar - siguió Bramm-. Los que hagan intención de hacer algo parecido, lo van a pagar caro, muy, muy caro. Como les va a pasar a esos chicos que están ahí metidos. ¿Me seguís?

El listo calló, pero los otros contestaron al unísono.

-¡Sí! ¡Mi capitán!

-Nuestro príncipe Elcor, se ha tomado este atentado hacia sus pertenencias como algo suyo muy personal, -ahora quien hablaba era Cymbal intentando dar un aire majestuoso a sus palabras-. y quiere dar ejemplo de su castigo a todos aquellos que quieran hacer lo mismo en un futuro. Quiere que sea un aviso para los digamos próximos imbéciles que deseen apropiarse indebidamente de algo ajeno.

Los soldados sonrieron, pero la fría mirada del vasnino volvió a ponerles en su sitio, por lo que la seriedad volvió a sus rostros.

-Por lo tanto, su majestad el príncipe Elcor, ha decidido lo siguiente: Dad ropas de abrigo y comida idéntica de vuestro rancho a los prisioneros. Ninguno de ellos debe caer enfermo y nunca sucumbir bajo torturas de ninguna clase. Deben estar en perfecto estado de salud para cuando reciban su castigo. Ninguno deberá desfallecer hasta su momento final que va a ser a manos del propio príncipe. Quiere ser él quien infrinja el castigo que se merecen. Así que ahora mismo id y alumbrad la mazmorra para que puedan ver, llevarles alimentos, mantas y ropas de abrigo. Y una última apreciación, -la voz de Cymbal no era como para tomarla a broma-. os lo advierto a todos y que quede muy claro..., muy, muy claro, mucho ojo con torturarlos, el príncipe los quiere en perfecto estado. Así que, a partir de ya, habéis dejado de ser sus carceleros, para ser sus cuidadores. Avisad de ello al retén entrante. ¿Habéis entendido perfectamente? Repito..., ¿habéis entendido perfectamente todas mis palabras?

-Sí, mi capitán -respondieron todos excepto el guardia listo.

-¿Y tú? ¿Lo has entendido también? -le preguntó directamente a este el vasnino-. Cuidado con lo que respondes.

-¡Si, sí! Mi señor. Lo he entendido perfectamente. -contestó casi sudando-. No lo dud... du... dudéis.

-Bien, pues a moverse y ¡Ya!

A su orden y con la mirada fulminándolos, los guardias desaparecieron para acatar las órdenes recibidas. Y mientras unos corrían como alma que lleva el diablo en busca de comida y ropa y otros buscaban ropas y mantas, ellos dos volvieron al calabozo.

-¿Qué tal ha ido? -preguntó Elcor.

-Estos no duermen hoy -contestó el capitán refiriendo a los soldados-. Han salido como si les fuera la vida en ello. En seguida traerán comida, ropa y por supuesto también más luz.

-La primera parte ya está hecha príncipe, ahora toca lo más difícil -comentó Cymbal-. Pero con un poco de diplomacia y aduladoras palabras no os costará mucho conseguirlo. Todo depende de vos ahora.

-Pues vamos a ver a mi padre, no queda otro remedio -repuso muy resuelto Elcor.

-Ahora debemos salir de aquí y dejaros solos, no hay que levantar sospechas. Los guardias ya saben cómo proceder con vosotros y debéis seguir como hasta ahora con ellos, temerosos a más no poder. Esa es la clave.

-Gracias -se sinceró Rimas-. Nunca podremos agradecerte suficientemente bien lo que estás haciendo por nosotros Elcor, Rodmien o como te llames ahora. Bramm, Cymbal y hablo en nombre de los tres, lo mismo para vosotros. Gracias, amigos.

-Tranquilo. Rimas. Os conozco desde hace tiempo y sois buena gente por más que hayáis realizado alguna que otra chapuza por ahí, como esta última. Rodmien o Elcor, me da igual como me llaméis. Recordad que siempre estaré ahí para ayudaros, aunque seáis unos puñeteros chapuceros. -reconoció resignado el príncipe-. ¿Vamos? Al salir del calabozo con Bramm y Cymbal, una débil voz de Sixto añadía:

-Adiós y suerte Rod. Estaremos rezando mientras tanto.

-¡Hasta pronto, chicos! Nos vemos -contestó alegremente Bramm intentando infundir ánimos con ademán despreocupado.

Salieron directos al encuentro del emperador, aunque al pasar de nuevo por el puesto de guardia de los calabozos, Bramm no pudo menos que volver a advertir a los soldados que estaban preparando lo que debían llevar a los prisioneros.

-Y mucho cuidado que ya sabéis lo que debéis hacer. -advirtió cuando estos se volvían a cuadrar rápidamente al verlos pasar-. ¡Ah! Y no os olvidéis alumbrar la estancia de esos caballeros.

La humedad, el frío y la oscuridad de los calabozos fueron desapareciendo según subían por las escaleras. Estaban accediendo por un lateral del palacio y más allá de ellos, la opulencia, la luz y el calor presidían todas las estancias. La diferencia entre ambos mundos era radical, abajo la mugre y suciedad, arriba la exquisitez. Cielo e infierno con las manos entrelazadas. Salieron de aquellas ultratumbas con una única idea en sus mentes, hablar con el rey Crotor y ver qué respondía a su plan. Bramm aprovechó el momento y se excusó, desde la llegada de Balco había dejado sus quehaceres y tenía la necesidad de volver a ellos lo antes posible. En cuanto revisase que todo estaba bien prometió volver con ellos lo antes posible. Así que Elcor y Cymbal llegaron a instancias donde se encontraba el monarca, pero antes de llamar a la puerta vieron que esta se abría y por ella salía Xara, el consejero del rey. Su cara no era muy amigable que se dijera.

-Xara -preguntó Cymbal cuando llegaron junto a él-. No te veo que digamos muy contento. ¿Ocurre algo?

-Pasa lo mejor que me pueda ocurrir, me vuelvo a Vasnia Golteim -repuso muy serio.

-¿Cómo que vuelves a Vasnia Golteim? ¿Qué ha sucedido?

-Simplemente que el rey ha decidido dejar de prescindir de mis servicios y ha llamado a Lars De Val. Lo tenéis dentro. No parece que a su majestad mis consejos le agraden mucho y por lo visto debe preferir aquellos que van más acorde con su forma de ser.

-Lars De Val -se dijo pensativamente Cymbal

-¿Quién es ese Lars De Val? -preguntó Elcor con curiosidad.

-La persona que menos necesita vuestro padre en estos momentos, príncipe. -contestó Xara-. No debiera decirlo, pero odioso, ruin, y cruel son las palabras que más se

aproximan a su forma de ser. Si vuestro padre participa de su juego, no quiero ni pensar en lo que pueda pasar.

-¿Realmente es así? -preguntó Elcor observando a Cymbal.

-Me temo que sí, mi príncipe. Hay que tener mucho cuidado con ese hombre, no es en absoluto trigo limpio. Se puede decir que es un garbanzo negro en nuestra immaculada comunidad y no me explico cómo puede estar aquí y ahora al servicio de vuestro padre.

-Xara -le rogó Cymbal-. No marches por favor, tomate un tiempo si lo deseas, pero no te alejes mucho de Vende, creo que tal vez te necesitemos y pronto -luego siguió pensativo-. Aunque tal vez Lars haya cambiado y no sea el mismo.

-¿Tú crees? -repuso rápidamente Xara-. Las ratas siempre serán ratas y Lars es la más gorda de ellas. No ha cambiado, acuérdate de mis palabras y estate sobre aviso para lo que pueda pasar.

-Y contigo ¿Qué es lo que ha ocurrido, para echarte así tan de repente?

-Supongo que será por los últimos consejos que le di al emperador -contestó sin inmutarse mucho-. Sobre aquellas ejecuciones en la playa olvidada. Le comenté que no era contraproducente actuar como se hizo y que el pueblo empezaba a estar molesto con su formar de proceder y regentar. Deduzco que a raíz de eso eché por tierra mi futuro aquí.

Elcor observaba y se sentía de nuevo realmente molesto con la decisión de su padre y decidió que hablaría de esta en cuanto entrase a verle. Tenía un gran concepto como persona de Xara, siendo la ideal para el puesto que había desempeñado. Él, Cymbal y Bramm, eran sus nuevos amigos en palacio y no quería que faltase ninguno de ellos.

-Por favor, no marches todavía, quisiera hablar contigo más tarde -rogó Cymbal su amigo. Este sabía lo que significaba esas palabras, la tonalidad fue suficiente para percatarse de la importancia de lo que tenía que comunicarle su amigo.

-De acuerdo. Estaré como quien dice embarcando mis enseres y pertenencias mientras tanto.

-Luego nos vemos, Xara.

-Mi príncipe. -y terminando con esto cruzó una extraña mirada con Cymbal antes de dar media vuelta y desaparecer escaleras arriba.

-¿Más problemas, Cymbal?

-No, no. Esperemos que no.

Pero sus palabras no convencieron mucho a Elcor que sin más llamó a la puerta y sin esperar respuesta entró directo hacia su padre.

-¡Elcor! Pasa, pasa, hijo mío -Crotor estaba sentado detrás de una gran mesa llena de papeles con una persona que no conocía junto a él haciéndole señas con su mano para que se acercase-. ¡Ven! Quiero presentarte a alguien.

Llegaron hasta ellos y el príncipe cogiendo desprevenido al mismo Cymbal, preguntó sin más:

-¡Hola, padre! ¿Y Xara? Qué raro que nos este con vos, ¿se encuentra acaso indispuerto?

-¿No os lo habéis encontrado antes de entrar? -dijo receloso Crotor que sin esperar respuesta siguió hablando-. Simplemente he decidido cambiarle por alguien con más conocimientos, con más saber. Su nombre es Lars Duvall -y dirigiéndose al vasnino que estaba junto a él agregó -. Lars quiero presentarte a mi hijo Elcor. Por cierto, le acompaña su fiel Cymbal. Creo que os conocéis, ¿no?

Lars rodeó la mesa para saludar al príncipe. A Elcor le llamó la atención su forma de caminar, diríase que sibilina. Los andares que tenía aquella persona eran especiales, más que andar daba la impresión de que se deslizaba por el suelo como un auténtico ofidio. Al llegar junto al príncipe cordialmente le saludó.

-Es un placer conoceros, príncipe Elcor. -luego observando a su acompañante añadió-. Y encantado de volver a verte, Cymbal.

-Lo mismo digo Lars, bienvenido a palacio -contestó este educada y escuetamente.

-Padre, perdón Lars no quiero haceros de menos, no es mi intención -Elcor se excusó primeramente por lo que intentaba comunicar a su padre sin menospreciar a su nuevo ayudante-. Pero Xara es un magnífico y gran asesor, además tie...

-Elcor, creo que te olvidas de quién soy yo. Metete una cosa en la cabeza, soy tu padre, pero primeramente y antes de ello soy el rey emperador. Que no se te olvide que aquí mando yo y los demás ejecutan mis órdenes. Si algo no me gusta lo tiro al estercolero y si algo me gusta lo cojo sin pedir opinión a nadie. ¿Me has entendido? -la dura mirada del rey entrechocó con la de su hijo, luego intentando quitar ascuas del fuego prosiguió-. Pero bueno, lo hecho..., hecho está y hay que mirar hacia adelante. Además, Lars tiene algo de lo que carecen los demás.

-¿El qué padre? ¿Qué es lo que tiene Lars? -preguntó Elcor sin ningún tipo de entusiasmo.

-No duerme, nunca ha dormido. Los médicos le dijeron que era una enfermedad, pero yo no la llamaría enfermedad, sino una bendición. Consigue de esta forma mucho más tiempo y oportunidades para hacer otras actividades. Por cierto, Lars ¿Qué te parece mi retoño? ¿Qué opinas?

La pregunta hecha sin pensar cogió de sorpresa a Elcor, que se quedó mirando al vasnino sin decir nada.

-Da la impresión de ser un joven impetuoso, majestad. Así me lo dicen sus modales y formas. Además, su mirada es limpia y por lo tanto su corazón también lo es.

-Muy bien, muy bien. Cómo sabía yo que me ibas a gustar, condenado Lars.

A Crotor le era indiferente quien tenía enfrente, conocido o desconocido, siempre actuaba de la misma forma, con prepotencia menospreciando a quien fuere sin importarle nada las consecuencias.

-Es un placer que mis opiniones os agraden y siempre a vuestro humilde servicio, majestad.

-Déjate de palabrerías inútiles Lars y sigamos con el asunto. Elcor, no te vendría mal conocer un poco el tema de lo que tratamos. Ven acércate y mira esto.

Abrió encima de la gran mesa todos los planos que tenía y luego agarrando por la espalda al príncipe, intentó doblarle por la cintura para que los observase mejor.

-Mira bien todo esto, Elcor. Mira bien y observa..., es Shámsala mi reino y donde tal vez algún día reines tú en él. Aquí tienes Alghall, Maran y Nueva Maran, Galusiam, Vasniam, Lamverdy y Lamiah. Todas ellas diríamos que perfectamente juntas y alineadas. Un reino perfecto..., ¡Shámsala!

-Muy hermoso, padre -respondió Elcor, intentando ocultar su falta de entusiasmo-. Un gran reino.

-«Un reino que habría que sanear lo antes posible padre, empezando por ti» -pensó.

-Pero todo no está bien, Elcor. Aquí donde ves estas marcas se están produciendo algunos brotes de rebeldía e incluso a la caravana de la "Ruta del Deseo", han intentado asaltarla. Debemos empezar a tomar precauciones y para ese trabajo, le confío mi batuta a Lars aquí presente, a quién he mandado llamar urgentemente.

Elcor no respondía, manteniéndose callado.

-Este es mi reino de Shámsala, -Crotor saboreó los mapas-. Pero donde están estos pequeños puntos, aquí, aquí y aquí, -y tras decirlo descargó un enfurecido puñetazo encima de la mesa-. están esos traidores cobardes que actúan y se esconden

impunemente allá donde alguien les brinde cobertura. El intento de asalto a la caravana y anteriormente esos Bricks igualmente traidores, (al que ya dimos un buen repaso), ya han sido liquidados. Parece que todo el mundo se haya vuelto loco, hijo. Gobernar es tener mano recia y corazón duro para que no se burlen de uno. Podremos con ellos Elcor, te doy mi palabra.

El príncipe entonces vio la oportunidad en las palabras de su padre y fue directo a lo que tenía que hacer sin importarle las posibles trabas que encontrase en el camino. Para ello debía cambiar su actitud frente a su progenitor, hacerle creer que era quién no era.

-No podrán con nosotros, padre -dijo alzando un puño-. A los que se interpongan en nuestro camino y en el camino del reino le barreremos como si fuera auténtica basura. No podemos dejar impunes los delitos contra nuestras personas, padre, o por decirlo con otras palabras contra nuestras pertenencias. ¿No es así?

-Muy bien, Elcor. Así me gusta. ¿Ya oyes a mi niño, Lars? -preguntó el rey mirando a este-. Mira lo que dice, qué gusto da oírle hablar de esa forma. Hasta parece que empieza a parecerse a Gumb y a Degall, aunque espero por tu bien que no seas tan inútil, hijo.

Lars lo único que hizo fue aseverar con la cabeza manteniéndose atento a la conversación. Cymbal tras de Elcor seguía igual o más atento a lo que allí se decía.

-Padre, quisiera pedirnos un favor -comentó Elcor sin darle mucha importancia a sus palabras, pero su voz había cambiado y los vasininos se percataron de ello, aunque Crotor no se fijó en este sutil detalle.

-Tú dirás, hijo mío ¿En qué te puedo complacer? -contestó levantando la vista de los mapas.

-Quiero empezar a forjarme. Tener un nombre en el reino, Que el mundo sepa de mí y de mis hechos. Que no crean que soy un príncipe surgido de la nada y cuyo futuro vive a expensas de la sombra de tus otros hijos.

-Muy bien, Elcor, me estás dejando sorprendido, continúa por favor. ¿A dónde quieres llegar?

-Quiero que sepan quién soy. Que vean espada y furia donde haya traición. Quiero ser un juez sin piedad contra todo tipo de delitos contra nuestro reino, padre. Tener poder para no preguntar, sino para obrar y juzgar por mi propia cuenta y parecer. Deseo tener el destino de las vidas de todos aquellos miserables que merezcan morir por sus traidoras obras. Solo eso.

-¡Dios! ¿Pero qué te han dado de comer hoy, Elcor? -preguntó el rey complaciente- Me gusta, me gusta que seas así, Elcor, pero no sé..., tengo que pensarlo. Es mucha la responsabilidad de lo que me pides. Lo hablaré con Lars y dictaminaremos algo al respecto.

-Padre, solo dadme una oportunidad. Solo una, por favor. No os fallaré.

Elcor sentía que el nerviosismo recorría todo su ser. Si no conseguía su propósito sus amigos serían liquidados mucho antes siquiera de darse cuenta. Debía seguir con su teatro particular, pero con la mirada de Lars analizándole de continuo le resultaba harto difícil actuar.

-Bueno, -añadió finalmente Crotor después de pensarlo un rato-. ya que tienes mi misma sangre ¿Por qué no vas a tener un poco de poder de decisión? A mí me sucedería lo mismo que a ti si estuviese en tu lugar. Quisiera saber qué opinan los demás al oír mi nombre..., el príncipe Elcor -la increíble arrogancia del rey volvía a aparecer de nuevo y haciendo más comedia de ello siguió-. ¡Soy el príncipe Elcor, arrodíllate ante mí! -con su mano señaló en la distancia como si hubiese algún ser más en la estancia-. Tú al calabozo..., a ti te concedo la libertad..., tú eres culpable de tus actos y serás ahorcado por

ellos. ¡Ja, ja, ja! ¡Bien! No está mal, Elcor, que así sea entonces. Te concedo cierto poder, pero por favor, úsalo con sabiduría e inteligencia, ¿De acuerdo?

Las últimas palabras del rey casi tumban a este por su elocuencia. Cymbal y Lars seguían inmutables.

-¿Y qué te gustaría hacer primeramente, príncipe Elcor? -quiso saber Crotor. Su mirada pedía una respuesta rápida-. ¿Juzgar a alguien? ¿Cambiar algún veredicto? ¡Habla! Suelta por esa boca, di lo que te inquieta.

-Realmente no había pensado en nada a primera vista, pero si meditamos en ello, seguro que se nos ocurre algo.

Elcor con habilidad llevaba a su presa hacía la trampa. No quería adelantar acontecimientos, sino que estos fluyesen por sí mismos.

-¿Pero qué te gustaría hacer ahora? -insistió Crotor.

-¿Quiénes tenemos para juzgar ahora, padre? ¿Alguna idea?

-A mí no se me ocurre nada -dijo muy pensativo Crotor-. Lo único; si en las cárceles de la ciudad hay algún reo con un delito grave que deba ser juzgado, podemos hacer que te ocupes de ello. ¿Te interesa?

-Perdón, majestades -intervino Lars-. ¿Podría daros una idea al respecto?

-Habla Lars, te escuchamos.

-Acabo de recordar que han traído a los calabozos de palacio a los tres ladrones que han intentado robar la caravana de la "Ruta del Deseo", si vuestro padre accede a ello, estarían a vuestra entera disposición para ser juzgados -luego miró a Elcor-. No creo que sea un veredicto muy difícil de dictaminar, mi príncipe. ¿Qué opináis mi rey?

-¿Sí? ¿Te gusta la idea, Elcor? A mí me parece muy propicio para que te estrenes de alguna forma.

Elcor hizo como que se quedaba pensativo rondando la idea, aunque interiormente estaba a punto de brincar de la alegría..., oír a Lars ofrecerle lo que habían venido precisamente a buscar. Ahora solo faltaba el último toque, la guinda. Así que aguantó unos momentos antes de responder.

-Muy bien padre, lo acepto. Acepto juzgar a esos hombres y acepto tener la responsabilidad de darles muerte si son culpables de sus actos.

-¡Eh! ¿Cómo? -preguntó rápidamente Crotor-. ¿Qué quieres decir con darles muerte? Tú solo querías ser el juez ¿No?

-No, padre, no. -respondió Elcor que ahora debía echar toda la carne en el asador-. Quisiera ser su juez y también su verdugo. Quiero y deseo que sea mi mano la que les despida de este mundo.

-Tú no puedes hacer eso, Elcor -Crotor parecía nervioso por los cauces que derivaba la conversación-. Para ello tenemos gente que hace esa labor por nosotros. No puedes ensuciarte tus manos de príncipe ante semejante ruin trabajo. No creo, no me parece bien.

-Estad tranquilo mi rey, se me ocurre algo.

Elcor sintió abrirse el cielo cuando escuchó la voz de Cymbal que por fin hablaba a sus espaldas.

-Suéltalo, Cymbal. No te la calles que este chiquillo está empezando a decir tonterías -dijo algo enojado Crotor.

-Vos queréis darle algo de poder a nuestro príncipe Elcor y él quiere ser juez y espada. Bien, no hay ningún problema en ello. Si en vez de juzgar y ejecutar a los ladrones en palacio o en la plaza pública de Vende, lo hacemos fuera de la ciudad, el capitán Brammkbrest, un retén de soldados y yo personalmente le acompañaremos en esa labor.

A Crotor parecía agradecerle lo que Cymbal exponía y para convencerle aún más de ello, este lo remató con lo que esperaba oír el emperador.

-Y os puedo asegurar como vasnino que soy, que no permitiré que él personalmente dé muerte a ninguno de ellos. Un príncipe no puede ensuciarse las manos con semejante labor.

Crotor sonrió, dio la vuelta a la mesa y sin más abrazó a Cymbal. Lars observaba aquella situación intentando disimular, pero su mirada decía que no le agradaba en absoluto lo amigable que se sentía el rey con Cymbal.

-Muy bien, eso me gusta más. Ya ves hijo mío lo que hago por darte un capricho. Que se haga entonces como han aconsejado Lars y Cymbal -y apuntándole con el dedo a este último le advirtió muy seriamente-. Confío en ti vasnino. Te ocupas tú personalmente de todo. ¿Entendido?

-A las órdenes siempre de su majestad, mi rey Crotor -repuso Cymbal sabiendo que lo más difícil estaba hecho.

-Querido Elcor. -Crotor se giró mirando a su primogénito-. ¿Has entendido bien el significado de nuestras palabras?

-Sí, sí padre. Lo he entendido todo perfectamente. No haré nada que os disguste, tenéis mi palabra de ello.

-Muy bien y ahora acercaros todos a estos mapas y veamos. ¿Cómo podemos solucionar esto? Ideas, por favor.

Y entonces se dispusieron a estudiar los lugares que aparecían en el mapa donde se habían producido algunos pobres intentos de levantamiento. Elcor y Cymbal daban algunas que otras ideas y hacían ver que les interesaba el proyecto del rey y de Lars, de cómo aplacar las iras del populacho, pero nada más lejos de la realidad. Lo único que ansiaban ambos era salir lo antes posible de aquella estancia. Al cabo del tiempo Cymbal con mucha cortesía y diplomacia sugirió.

-Majestad, sintiéndolo mucho debéis perdonarnos, pero tendríamos que continuar con las clases sobre la nobleza y realeza del príncipe de hoy.

-¡Ah! Sí. Podéis iros. Dejadme con Lars. Ya terminaremos de ocuparnos nosotros mismos de este escabroso asunto. Marchad, pues.

-Padre una última petición. ¿Puedo? -Elcor se había dirigido a él con rapidez y determinación y Crotor ante esta nueva petición arqueó las cejas. Ya había comprobado que los deseos del príncipe eran algo "raros" por lo que se esperó cualquier cosa.

-Tú dirás, Elcor. ¿Pero a ver qué pides ahora por esa boquita?

-Solo un favor y nada más, padre. Puesto que no vais a necesitar a Xara..., ¿podría utilizarlo y tenerlo a mi servicio personal también?

Crotor miró al vacío e hizo un gesto con su boca como diciendo que no le importaba, luego un ademán de su mano a modo de despedida vino a complacer aún más a Elcor.

-¡Bah! Haz lo que quieras, yo ya no le necesito. Si lo deseas tuyo es. ¡Ah! Y de paso que os acompañe en tu desfloramiento como juez y supuesto verdugo -sentenció jocosa y soezmente.

-Gracias, padre. -contestó Elcor dirigiéndose hacia la puerta.

-Majestad..., Lars -Cymbal se despidió asimismo diplomáticamente yendo tras al príncipe.

Abrieron la puerta, salieron y justo cuando estaban a punto de cerrarla, la estruendosa voz de Crotor resonó en todo el palacio.

-¡Recuerda Elcor! ¡Ni se te ocurra hacerlo por ti mismo!

La amplia sonrisa en sus rostros lo decía todo. Ahora sin mucha demora debían encontrar a Bramm, contarle lo sucedido y seguir con el plan estipulado.

-¿Y por qué Xara? -preguntó súbitamente Cymbal.

-Cuando lo encontramos antes de entrar, me fijé que no te gustaba mucho la idea que abandonase el palacio, ni a él la de irse, aunque dijese lo contrario. Simplemente ahora ya no se puede marchar ¿He hecho mal? -preguntó Elcor indeciso-. De todos modos, mi llamemos capricho, puede deshacerse y si quieres puede partir hoy mismo.

-No, no, para nada. Creo que habéis obrado muy sabiamente, mi príncipe. Xara es un buen hombre, muy honesto y podemos confiar plenamente en él, se puede decir que tenemos otro brazo fuerte a nuestro lado.

Y diciendo esto fueron en busca de Bramm al que encontraron en el retén de guardia a la entrada de palacio. Le contaron toda la entrevista con el rey y quedaron de nuevo a primera hora del día siguiente en los calabozos. Los prisioneros debían estar al margen de sus logros por su bien.

Y tras unas horas de incertidumbre y llegada la paz, alumno y profesor siguieron con sus lecciones.

Ya de noche y cuando todo el mundo estaba acostado, solos y reunidos frente a una buena lumbre y un buen licor, Cymbal y Xara hablaron largo y tendido sobre sus últimas aventuras en palacio. Xara sobre el porqué de su destitución que era claramente por su debida falta de delicadeza en sus dictámenes al rey. Este deseaba más sangre, cuando el vasnino quería más justicia y esto parecía que no estaba muy en consonancia con la forma de ser de Crotor. Por su parte Cymbal le relató todo lo referente a la odisea de los amigos de Elcor en la "Ruta del Deseo", hablando también de aquellos que estaban en los calabozos del palacio. Le comunicó asimismo que no podía partir de palacio puesto que estaba de nuevo en servicio, aunque esta vez era al del nuevo príncipe Elcor. Esto agradó mucho a Xara que mostró alegría por la estupenda noticia.

Asimismo, Cymbal, también le comunicó que contaban con su presencia a primera hora del día siguiente en los calabozos para terminar de realizar el supuesto juicio y ajusticiamiento.

37 “EJECUCIÓN”

Iba a empezar a amanecer cuando los cuatro se presentaron a la hora prevista delante de la puerta de los calabozos, eran Elcor, Cymbal, Xara y Bramm, nadie más los acompañaba.

-¡Carcelero, ábrenos! ¡Venimos a por los prisioneros! -una potente voz y los golpes dados en la maciza puerta resonaron a través del lúgubre túnel. Instantes después una voz cansina preguntaba desde dentro.

-¿Quién... quién llama?

-Soy el capitán Brammkbrest. Abre inmediatamente, soldado.

Tras el acompasado chirrido acompañado a la apertura de la puerta, un guardia perfectamente ataviado se cuadró ante su superior.

-¡Susórdenes, capitán!

Penetraron en la estancia y en un abrir y cerrar de ojos el retén entero se hallaba en posición de firmes delante de ellos. Las advertencias del capitán del día anterior habían hecho su efecto.

-¡Guardias! -advirtió un Bramm muy serio- Hemos venido en busca de los reos para llevárnoslos, aquí tenéis la orden y por cierto... ¿habéis seguido mis instrucciones referente a su trato y cuidado?

-Sí, mi capitán -repuso uno de ellos-. Les devolvimos sus ropas, les dimos alimentos e iluminamos su celda.

-Bien. Entonces traedles aquí.

El capitán se abstuvo de dar más información y un par de guardias sin rechistar siquiera fueron a cumplir la orden. Poco después aparecían con Rimas, Leen y Sixto cuyas manos estaban bien atadas en sus espaldas, pero con aspecto bastante mejorado, nada que ver con el del día anterior. Los reos fueron entregados a los recién llegados y todos silenciosamente emprendieron el camino de vuelta hacia la salida de los calabozos. Al ir a cerrar la puerta, uno de los guardias hizo intención de ir a comentar algo, pero Elcor avisado no le dejó hablar con un simple:

-¡Luego!

Siguieron en silencio hasta salir al gran patio del palacio cuando las primeras luces del alba empezaban a querer asomar por el horizonte. Allí les aguardaba un carromato tirado por cuatro caballos en el que los prisioneros subieron. Xara se puso en el pescante mientras Elcor, Cymbal y Bramm montaban en sus propios animales. Se pusieron en marcha y salieron de palacio rápidamente sin apreciar que eran observados atentamente por Lars Duvall desde su ventana. Su figura se recortaba contra la luz de la alcoba otorgando a la escena un aspecto ciertamente oscuro y escabroso. Como bien había dicho Crotor, no dormía y ahora observaba atentamente lo que ocurría en el palacio y lo que veía le atraía de sobremanera.

Justo tras de salir de la ciudad y ver que todo estaba en orden, Cymbal se separó del grupo volviendo de nuevo a Vende. Los demás prosiguieron y al rato este volvió a reencontrarles. Traía consigo otros seis caballos. Poco después empezaban a respirar más tranquilos, las almenas quedaban en la distancia y se podía decir que la vida de los prisioneros empezaba de nuevo ese día. Se dirigieron hacia el sur hacia el río Lamur. Durante todo el trayecto, de vez en cuando Cymbal o Bramm cabalgaban hacia delante o bien volvían sobre sus pasos para comprobar que nadie pudiese verlos o que les fueran siguiendo. Ya al mediodía vieron un gran claro y más allá un bosque a donde se dirigieron, después ocultaron el carromato y los caballos entre el follaje. A los prisioneros se les desató de sus mordazas y luego todos juntos hicieron una pequeña comida donde recuperaron fuerzas y bebieron a la salud de los amigos desaparecidos.

-Habéis tenido suerte, muchachos. Mucha, mucha suerte ya que habéis escapado dos veces de la muerte. -alegó Bramm cuando terminaron-. Si no llega a estar el príncipe, no habiéramos podido hacer nada por vosotros. Ya podéis ir dándole las gracias.

-Lo que he hecho por ellos lo hubiera hecho por cualquiera de vosotros también - le reprochó Elcor-. Déjales Bramm, ya bastante mal se deben sentir sabiendo que por su culpa, Betrenice y Parso no están entre nosotros.

-Perdón, príncipe -repuso rápidamente Bramm excusándose-. No era mi intención molestaros, solamente que sup...

-No pasa nada, tranquilo. -dijo Elcor-. Es más, si no llega a ser por ti realmente no se hubieran podido salvar. Tu hablaste con Balco y me avisaste pudiendo habérselo contado a mi padre. Gracias a ti, amigo y a ti Xara y como no..., por supuesto que a ti también, Cymbal. No sé cómo agradeceréoslo. -luego dirigiéndose a sus amigos les previno-. Y ahora escuchad bien lo que os vamos a decir. No debéis desviaros para nada de las instrucciones que os van a dar porque no solamente dependen vuestras vidas que las sigáis, sino también las nuestras. ¿Entendido chapuceros?

Los aludidos contestaron al unísono, parecía haber aprendido bien la lección. Ahora debían seguir paso a paso el plan que habían trazado para ellos y no podían volver a Vende mientras las cosas siguiesen igual. Tenían que partir lejos, no había otra solución.

-Cuando nos separemos que será en cuanto levantemos este pequeño campamento partiréis rumbo al oeste -comenzó a hablar Cymbal-. Seguiréis al río Lamur hasta que lleguéis a la ciudad de Llackare y eso significa que estaréis en la provincia de Vasia Golteim. Desde allí os debéis dirigir hacia el sur, hacia el lago Comm. Lueg...

-¿Pero eso no está muy lejos? -preguntó ingenuamente Leen interrumpiéndole.

-¡Cállate, pedazo de idiota! -le increpó Rimas airadamente. Los últimos sucesos le habían cambiado completamente su carácter, agriándolo y volviéndole muy irascible y todavía no había conseguido reponerse de la andanza vivida-. Cymbal, prosigue por favor.

Leen a través de su mueca pidió perdón y el vasinio continuó con las instrucciones.

-Como os decía. Una vez lleguéis a Llackare, tendréis que desviaros hacia el sur, hacia el lago Comm y desde allí directos hacia Comm del Sur. Al llegar acudid a esta dirección -y les ofreció un pergamino cerrado y otro pequeño con un nombre y unas señas-. Debéis preguntar por Renque y entregadle esta nota, son instrucciones sobre cómo proceder con vosotros y os recomiendo que no la perdáis..., por vuestro bien.

Rimas la cogió guardándola celosamente en uno de sus bolsillos.

-¿Allí nos dirán qué hacer? -preguntó.

-Ahí os darán alojamiento, comida, trabajo y un hogar -respondió ahora Elcor-. Vuestras familias acudirán con vosotros lo antes posible, pero no nos adelantemos a los acontecimientos, ya que si desaparecen de Vende en un corto espacio de tiempo pueden levantar muchas sospechas. En dos o tres años estaréis todos juntos de nuevo, es el precio que debéis pagar por vuestra tontería. A Balco le avisaremos también de vuestro destino así que estad tranquilos. Sabrá que os encontráis bien y de eso te ocupas tú Bramm, ¿De acuerdo?

-Perfecto, mi príncipe, ningún problema.

-Gracias, Rod y te lo repetiré toda mi vida... -interrumpió Rimas-. Jamás podremos agradecer lo suficiente a ti y tus amigos lo que habéis hecho por nosotros. Tenemos una deuda pendiente que espero pagarla algún día.

-Me lo pagarás no volviendo a hacer el idiota como lo habéis hecho. ¡Xara, la bolsa! -solicitó el príncipe.

Este se acercó y entregó a Elcor una bolsa bastante abultada.

-Y antes de despedirnos -anunció el príncipe-. Tomad esto. Hay suficiente oro y joyas para cubrir todas vuestras necesidades durante mucho tiempo, pero sin malgastarlas, por favor. Olvidaros de fiestas y del buen vino durante una temporada. ¡Ah! Y por supuesto, cuidado con ladrones y demás jauría que pueda haber por los caminos.

-¡Y ahora... -dijo Cymbal con simpatía a la vez que sacaba de la trasera del carromato unas espadas, algunas dagas, escudos, arcos y unas aljabas repletas de flechas-. Tomad esto por si acaso.

-No iba a dejar a mis amigos solos por el mundo sin nada con lo que defenderse -agregó el príncipe-. Además, os llevaréis los seis caballos que hemos traído con nosotros, con ellos podéis cabalgar más rápido y os será más fácil llegar a destino.

-Mil gracias, Rod -dijo Sixto abrazándole con fuerza.

Rimas y Leen también se unieron a ellos y los cuatro quedaron juntos, mudos y sujetos como una única roca sin poder decir nada más.

-Debemos volver, mi príncipe. -la voz de Cymbal les sacó a todos de sus angustias haciéndoles regresar a la realidad-. Estamos bastante lejos de Vende y de noche los caminos no son del todo seguros.

-Bien chicos, espero que hayáis aprendido la lección. Tened cuidado de los caminos y procurad que nadie os vea. Id cerca de él, pero no por el mismo -el semblante del príncipe lo decía todo sobre su estado de ánimo-. Y no quiero volver a veros por Vende, o por lo menos hasta que os mande llamar. Recordad que vuestras esposas e hijos acudirán con vosotros pasado un tiempo prudencial. Solo espero que lo hayáis entendido bien todo y ahora marchad que esta despedida se me está haciendo demasiado penosa. ¡Iros ya, por favor!

Los tres recogieron las armas subiendo a sus nuevas monturas.

-Rodmien, no te olvidaremos nunca, ni a vosotros tampoco. Gracias a todos -gritó Sixto según espoleaba su caballo. Rimas y Leen hicieron lo mismo partiendo rumbo a Llackare.

Se quedaron viéndolos partir hasta que desaparecieron totalmente de su vista. Luego tranquilamente Bramm aconsejó:

-Creo entonces que va siendo hora de que regresemos a palacio, príncipe.

-Sí. Volvamos ya. No vaya a ser que vuestro padre se haga demasiadas preguntas y se las contesté Lars, o cualquier otra rata que tenga por allí a su alrededor. -repuso Xara. La rabia seguía latente dentro de él y no lo podía, ni lo quería ocultar estuviese quién estuviese delante.

Poco después regresaban por la misma senda por la que habían venido.

38

“UN TRABAJO MUY MAL REALIZADO”

-Lluvia y más lluvia ¡Dios! ¡Qué asco! -dijo Galizas entrando en una taberna.

El viaje desde Dor-Alia a Vende había finalizado el día anterior. Se había alojado en una posada algo retirada del palacio y después de dormir durante casi un día entero había conseguido descansar lo suficiente tras el largo viaje. Ahora estaba presto para realizar el encargo del príncipe y Brigadión. Andaba por las cercanías del palacio y ya que la bolsa que obraba en su poder estaba repleta de oro, no tenía muchas prisas en proceder.

-“Lo primero es lo primero” -se había dicho y lo primero era divertirse un poco y aquel día de lluvia era menester para ello. El agua había empezado a rociar la ciudad y daba la impresión por las oscuras nubes que la cubrían que no iba a parar en bastante tiempo.

-“Comeré algo caliente y luego ya que no hay prisa me trajinaré a una buena hembra, aunque con esta bolsa que llevo bien pudieran ser un par de ellas”.-pensó según se sentaba en una solitaria mesa con una florida sonrisa en el rostro.

En el momento en que pedía algo para saciar el apetito al posadero, una ráfaga de viento le hizo girarse hacia la puerta del local que se abría. Vio entrar a un militar junto a un hombre calado hasta los mismos huesos. La imagen de este última era deplorable, parecía que la lluvia se había cebado con él y solamente llevaba una manta como único abrigo contra el mal tiempo.

El slá observó al militar durante un breve espacio de tiempo pensando en que si tal vez poseyera ese cuerpo le sería fácil entrar en palacio. Luego desechó la idea, tal vez le hiciesen demasiadas preguntas y no supiera qué contestar.

-“¿Y un soldado? Eso sí que podría ser”.

Aquella vía le agradaba más por lo que decidió que tras una siesta en divertida compañía, iría a visitar el palacio para ver que opciones le ofrecía este. Dicho y hecho.

A media tarde y con los instintos sexuales de sobra saciados decidió dar una vuelta por la muralla que rodeaba el hogar del rey. En un almacén de mercancías entró y tirando de bolsa se hizo con un abrigo que llevaba una capucha ya que la lluvia seguía arreciando y no quería demorarse mucho en su obligación. Observó concienzudamente un lateral del palacio donde había un gran portón por donde la gente entraba y salía sin cesar, unos eran soldados, otros parecían cocineros y otros lacayos y sirvientes. Toda persona que debía trabajar allí entraba y salía libremente, aunque siempre mostrando algo a los soldados que desde la distancia no podía apreciar, por lo que Galizas dedujo que debía ser un salvoconducto. Viendo la imposibilidad de acceder por ese lugar fue a la puerta principal donde el gran retén de guardia le quitó las ideas rápidamente, solo verles la cara el slá huyó sin pensárselo dos veces. Sopesó pros y contras y al final decidió lo que iba a hacer. Simplemente esperaría a recuperarse del todo unos días, pero mientras tanto continuaría visitando sus queridos burdeles con sus amadas prostitutas, aderezando esto con alguna que otra fiesta loca desahogando el peso de su bolsa.

Y luego de postre esperar a que llegara la noche perfecta para actuar.

Y llegó el momento, su momento. Lo primero que hizo fue ocultar bien su bolsa, su tesoro, luego en un oscuro callejón cercano al palacio y escondido entre las sombras de la noche, Galizas recitó los versos ocultos. Repentinamente el pesado cuerpo cayó sin fuerza en la embarrada y mojada tierra mientras el hummus slá flotaba en el aire. Poco después se dirigía oculto en la oscuridad hacia el puesto de guardia de la entrada de palacio. Sin ser detectado pasó muy cerca de unos soldados que tranquilamente hablaban entre ellos sobre algo relacionado con asuntos de faldas. Por sus elocuentes ademanes, uno de ellos pretendía enseñar a las demás clases de conquistas y amores. Galizas los sorteó con suma facilidad, aquellos soldados no hacían guardia, simplemente se divertían con sus chanzas, flirteos, mentiras y exageraciones. Ya dentro de la garita de guardia, todos los guardias dormían a pierna suelta esperando que les llamasen para hacer su turno. El hummus voló por encima de ellos observando y analizándoles. Podía elegir aquel cuerpo que más le gustase, todos estaban para él, a su entera disposición.

Eligió el más robusto. Podía haber optado por dirigirse en su forma etérea a la habitación del príncipe, entrar a través de la ranura de la puerta y matarlo penetrando en su dócil cuerpo dormido, pero no. Lo que Galizas deseaba a rabiarse, era clavar, hincar, introducir su daga en el palpitante y joven corazón del príncipe Elcor, para luego sacárselo con sus propias manos. Matar a un príncipe era un privilegio, lo veía como un don que otro príncipe le habían otorgado. No podía, no debía hacerlo a la brava sin pensarlo. Elcor iba a morir esa noche y su corazón descansaría encima de su mesilla para que todos aquellos que acudiesen a su alcoba lo pudiesen ver bien.

-“Como hice con los ojos de aquel idiota de general”. -recordó-.

-¡Pálas! ¡Despierta!

Galizas dormía como un bendito, el calor en aquel lugar se hacía de agradecer. La lluvia por fin había parado y una increíble paz reinaba en la noche de Vende.

-¡Pálas. ¡Despierta! ¡Despierta ya!

Galizas oyó aquello y se rio para sí mismo. Algún imbécil se había quedado demasiado dormido o no le apetecía mucho ir a realizar la guardia.

-Pero Pálas ¿Qué demonio te pasa? Es tu turno. ¡Arriba condenado zángano!

Justo en ese momento Galizas sintió que una mano le zarandeaba con extremada fuerza y dureza. Sin pensarlo dos veces se levantó de un salto.

-¡Perdón! Estaba dormido profundamente -balbuceó nerviosamente ante el temor a ser descubierto-. Te oía a lo lejos, pero estaba como ido.

-¿Ido? Lo que estabas es sobado como un cerdo en una pocilga llena de barro. Venga, coge tus armas y vamos.

El soldado salió sin más del puesto de guardia. Galizas que ahora debía llamarse Pálas cogió una espada y se la ciñó en la vaina que llevaba en su cintura además de una daga que alojó en su espalda. Luego de prisa salió tras quien le había despertado.

-¿Qué? -dijo este al verle-. Cada día estás más imbécil, Pálas, ¿Dónde llevas el escudo y la lanza?

-¡Ay! Es verdad. ¡Perdón! -se excusó volviendo al puesto a por lo que le faltaba.

Se colocó el escudo, examinó la lanza y luego tranquilamente fue en pos de quien le había despertado que le sacaba una buena ventaja ascendiendo las escaleras hacia la parte alta de la muralla.

-Venga, Pálas -apremió su superior haciéndole señas para que se diese más prisa- No tenemos toda la noche.

Galizas apretó el paso llegando a su vera renqueando y tosiendo.

-¿Qué recoño te pasa, hoy que pareces otro. ¿Te falta fuelle?

- No lo sé. Estoy realmente cansado y debo de tener algo de fiebre -contestó sin saber que más decir. El cambio de cuerpo no le había sentado muy bien, se notaba cansado y muy fatigado. Algo le dijo que aquel envase debía estar enfermo o algo parecido.

-Pues intenta no caerte por el camino, tenemos tres horas para repasar el palacio y no puedes quedarte por ahí tirado, mendrugo.

-«¡Ay, amigo! En el camino te vas a quedar tú, puedes estar bien seguro. -pensó Galizas saboreando aquella idea e instintivamente su mano rozó la empuñadura de la daga de su espalda-. Aunque primero veamos este palacio y sus alcobas”.

Subieron por las murallas rodeándolas enteramente de norte a sur y de este a oeste. Se detenían en todas las garitas una tras otra y su compañero que tenía más galones que él, hablaba con quién tuviese allí el turno. Preguntaba si había novedades o no decía nada y observaba que todo se mantuviese perfectamente controlado con los soldados listos y preparados ante cualquier eventualidad. Recorrieron cuadras, jardines, la herrería, puestos y más puestos de guardia con el cansancio y la fiebre golpeando el nuevo “recipiente” de Galizas iba en aumento. Al cabo de un tiempo que al slá se le hizo eterno, por fin se dirigieron al interior del palacio.

Entraron por la puerta principal donde su compañero habló con los guardias de ese lugar, luego recorrieron salas, salones de la planta baja, las cocinas y más dependencias. Subieron al primer piso haciendo lo mismo, charla con los soldados, ojeada a las estancias y comprobar que estuviese todo en orden y nuevamente al piso superior para seguir con su labor. Llegando al tercero, Galizas no podía aguantar más sin descansar un poco dentro de aquel cuerpo que prácticamente no le permitía mantenerse en pie. Sin pensárselo dos veces fue directo a lo que parecía una confortable butaca de piel aterciopelada.

-Por favor, descansemos un poco que no puedo más. -comentó-. Debo estar enfermo. No..., no me aguanto de pie y no me encuentro del todo bien.

Llegó al sillón y más que sentarse en él, se derrumbó encima. No había nadie alrededor, ni se oían voces de ningún ser vivo.

-Pálas, o te levantas de ahí ahora mismo o te reviento la cara de un tortazo. -le amenazó su compañero viniendo rápido hacia él.

-¡Por favor! -repitió el hummus suplicando-. ¡Uf! Solo un instante..., nada más. Deja que me recupere un poco.

Con fiereza y rabia fue agarrado e izado como si fuese simplemente una hoja de un árbol. La cara de su compañero rozaba la suya y el nauseabundo y fétido olor de la boca de este le hicieron volver la cara hacia otro lado, mientras oía como le amenazaba.

-Te voy a moler a palos. ¡Imbé...

No pudo acabar la frase.

La daga por fin se había puesto a trabajar clavándose por debajo de la barbilla del cascarrabias. Había chocado con la parte interna del cráneo emitiendo un sonido extraño y aunque a Galizas le faltaron fuerzas para que esta saliese por la parte de arriba, no le disgustó en absoluto el trabajo.

-¿Imbécil, yo? -preguntó a unos ojos vidriosos que le miraban, pero que no le veían-. ¿Quién es el imbécil ahora? ¿A que sí? ¿A que eres tú?

Con las pocas fuerzas que le quedaban sujetó el cadáver escondiéndolo cerca de un gran armario. La poca luz del lugar iba a hacer muy difícil descubrirlo y por lo tanto no se daría la alarma, por lo que disponía de tiempo suficiente para realizar su macabro encargo. Descansó en la butaca un corto espacio de tiempo y luego ya con el corazón encogido en un puño empezó a caminar hacia la salida de aquella sala. Antes de abrir la puerta miró hacia atrás, todo estaba en orden con su amigo durmiendo el sueño eterno al lado del armario. Analizó la puerta que tenía ante él, detrás de esta podía encontrarse cualquier cosa, desde soldados de guardia, a algún vasnino al servicio real o quizás hasta el propio emperador Crotor. Tirado como se encontraba con fiebre y escalofríos recorriéndole el cuerpo de vez en cuando, pensó en la opción de desaparecer inmediatamente del lugar recitando los versos ocultos. Meditó la posibilidad durante unos instantes, pero finalmente decidió esperar hasta comprobar qué había tras la puerta. Tras abrirla se veía un amplio pasillo con cuadros de ilustres personajes, una magnífica alfombra, algunas butacas y ...

-Hermano, pero ¿qué te pasa que no entras? -dijo una voz-. Menuda cara que llevas. Pareces enfermo. ¿Dónde? ¿Dónde está Rainh?

Un soldado de guardia se encontraba justo a un lado detrás de la puerta y que no había visto. Para colmo de males resultaba que debía ser su hermano por cómo le había llamado. Ahora Galizas debía de extremar las precauciones e improvisar algo y rápido.

-Se quedó en el segundo piso hablando un momento con los otros, me pidió que subiese. Viene ahora.

-Como se entere el capitán que te deja solo se la va a cargar y bien ese condenado Rainh. ¿Y tú qué tal? Por cierto..., ¿ya se ha recuperado Riolo de su gripe?

-¿Riolo? -sin poder reprimirse Galizas repitió el nombre dándose cuenta de su torpeza nada más decirlo.

-¡Sí, hombre! Riolo... la gripe.

Era eso y Galizas lo entendió entonces. Había accedido en un cuerpo aquejado por gripe y el hijo de esa persona debía haberle contagiado anteriormente.

-¡Mierda! -dijo entre dientes con palabras apenas audibles-. «Esto solo me puede pasar a mí y encima ahora».

-¿Decías? -preguntó el soldado.

-No, nada nada ¿Qué si se ha recuperado?, Más bien lo que hizo fue pasármela a mí, hermano. Estoy que no me tengo, no puedo ni con mi alma.

-Ahora que no te ve Rainh y esperando a que llegue, siéntate en un sillón de estos y descansa un poco que creo que no estas para andar por ningún sitio, Pálas.

-¡Gracias! -repuso Galizas- Y si me ayudas a llegar a él te lo agradeceré.

El soldado dejó la lanza y el escudo a un lado y se acercó a Galizas con la intención de ayudarlo a sentarse en el sillón. En el momento en que le pasaba la mano por su hombro este aprovechó la ocasión para clavarle la daga en la base del cuello. La retiró rápidamente porque tras de ella un río de sangre a presión brotó con fuerza. Galizas se apartó a un lado mientras el soldado caía de rodillas apretándose la cruel herida con ambas manos en un vano intento de retener la vida que se escapaba por aquella brecha a una velocidad sorprendente. Oyendo los pequeños estertores de muerte Galizas pareció disfrutar y se quedó como hipnotizado viendo el resultado de lo que acababa de hacer. Tras más de un minuto observando la escena, su "hermano" dejó de moverse completamente. Todo había ocurrido con rapidez y casi sin ruidos de ninguna clase. El corte del cuello había sido limpio y el soldado no pudo emitir sonido alguno. Ahora sin ninguna traba a la vista, por fin podía seguir su camino con la esperanza de no encontrar a nadie más. Así que comenzó de nuevo a caminar buscando a su ansiada presa.

Se detuvo en la primera puerta de la derecha. Puso la mano en el pomo y suavemente empezó a girarlo.

-“Es aquí. Voy angelito. Tu papi viene a verte”. -pensó un alegre Galizas.

No conocía a Elcor, pero con las instrucciones facilitadas por Brigadión debía ser aquella estancia, no podía haber mucho margen de error. Giró del todo el pomo y empujó muy suavemente la puerta. Temió que tal vez las bisagras pudiesen emitir algún ruido, pero nada más lejos de la realidad, ningún sonido salió de estas. Abrió y entró sin dificultad comprobando que dentro solo había penumbra. Esperó cierto tiempo a que sus ojos si hiciesen a la oscuridad y se acercó a la cama que había en medio de aquella habitación. Al llegar la encontró hecha y limpia, nadie reposaba en ella por lo que dedujo que podría ser la alcoba de la princesa Lienha, o de los príncipes Gumb o Degall. Como no debía perder más tiempo, salió de la estancia yendo directamente a la que había enfrente.

-“En alguna estarás, querido mío”.

E ingenuamente convencido que nadie se iba a cruzar en su camino, se dispuso a girar el pomo de la siguiente puerta. Nada más tocarlo oyó un leve “clic”, y una mortal advertencia resonó en la noche palaciega.

-¡Quién va! ¡Identifícaos ahora mismo!

La voz de Lars resonó alta y clara a través del silencio nocturno.

El brinco repentino del corazón desbocado de Galizas le obligó a poner sus manos en el pecho con la inútil intención de serenarlo un poco. La única opción de salvación que pasó por su cabeza fue la de salir corriendo y meterse en la habitación que había estado anteriormente, por lo que girando sobre sus pasos y renqueando como podía debido a su debilidad llegó hasta ella. Volvió a girar de nuevo el pomo y en el momento en que se iba a introducir en la alcoba, notó un punzante dolor en la espalda. No le dio mayor importancia debido a las prisas. Cerró la puerta, echó las cerraduras y en esos momentos el dolor se hizo insoportable, cayó de rodillas y sus manos se dirigieron a su espalda en un instintivo movimiento. De ella solo sobresalía el mango de algo que debía ser una daga. Tras intentar extraerla sin conseguirlo, comprobó que sus manos estaban completamente ensangrentadas por lo que supo al instante que tenía poco tiempo y además empezaba a notar cierto sabor a sangre en su boca. Sin demora alguna viendo todo perdido, comenzó a recitar los versos oscuros. Desde el otro lado de la puerta seguían las voces ahora más convulsivas de personas que se agolpaban intentando

derribarla, aunque parecía que esta aguantaba el acoso como si nada fuera con ella. El slá acabó de recitar los versos saliendo del cuerpo en su forma etérea mientras de la puerta resistía los envites de golpes sordos y fuertes. Diversas hachas lograban lo que los hombres no habían podido conseguir y grandes brechas asomaban aquí y allá. Galizas, en su nueva forma flotó hacia la ventana cerrada y a través de un pequeño espacio que la separaba del marco logró salir sin ningún tipo de traba hacia la vida y la libertad. Poco después en la distancia seguía oyendo a aquellos inoportunos imbéciles intentando aún derribar la puerta.

-“¡Vaya! -pensó agriamente refiriéndose a Degall y Brigadión-. Esos dos me va a matar”.

-Aquí tenemos al rondador nocturno -dijo Lars nada más entrar en la habitación.

El cuerpo sin vida de un soldado con una daga clavada a su espalda era lo único que quedaba de la aventura de Galizas.

Cymbal, Xara y Elcor llegaron junto a Lars para analizar aquella escena. Innumerables soldados habían recibido ya órdenes concretas y estaban corriendo por los pasillos en busca de posibles cómplices de aquel cadáver allí postrado. Unas altivas voces conocidas por todos sonaron por el pasillo.

-¿Qué demonios sucede aquí? -vociferó Crotor entrando, empujando a diestro y siniestro para hacerse paso. Nada más ver el cuerpo exclamó-. ¿Y quién es este hombre?

Con una mirada asesina interrogó a Lars en busca de una respuesta que no le podía ofrecer.

-Acaban de comunicarme que hay un soldado muerto, luego en la sala de al lado, otro con su cuello rajado y ahora aquí otro más con una daga en la espalda. ¡Que alguien me lo explique ahora mismo! ¿Qué demonios pasa? ¿Me entendéis lo que quiero decir? ¿Qué... pasa... aquí? -gritó aún más separando las palabras.

-Majestad, desconocemos por ahora, qué es lo que ha podido suceder -repuso como pudo rápidamente Lars-. Pero, por favor. Regresad a vuestros aposentos, estaréis más seguro y mañana a primera hora seréis informados con todo tipo de datos que conozcamos.

-¡Mierda! ¡Mierda y más mierda! -respondió colérico el monarca-. Te haré caso, pero mañana... -y señaló con el dedo a todos los presentes amenazándoles- pero mañana a primera hora quiero saber qué diantres ha pasado aquí esta noche. ¿Necesito saber qué ocurre en este palacio últimamente?

Y diciendo esto volvió a su alcoba, allí quedaron los tres vasininos y el príncipe Elcor aún estupefactos.

-¿Cómo pudiste acertarle con tu daga, Lars? -preguntó Elcor

-Mi príncipe, me hallaba tumbado encima de la cama ojeando algunos libros que había subido de la biblioteca del palacio, cuando oí voces tenues que debían ser de los soldados de guardia que se encuentran por los pasillos. No le di mayor importancia y lo dejé estar prosiguiendo con mi lectura puesto que ya les llamaría al día siguiente la atención por su comportamiento. Al rato creí sentir el pomo de la habitación contigua por lo que puse cierta atención, pero tras no oír nada más pensé que me había equivocado y seguí con mi lectura totalmente despreocupado. Sin embargo, después vi que el pomo de mí propia puerta empezaba a girar por lo que pedí a quien fuese se identificara a la vez que saltaba rápidamente de mi lecho. Llegué a la puerta justo para ver que un soldado intentaba ocultarse en esta otra habitación, así que con toda la agilidad y fuerza que pude lancé mi daga contra él. -señaló al cadáver-. Inexplicablemente logró entrar en la alcoba y cerrarse por dentro. Y ahora aquí está..., muerto. Debí haber lanzado mi daga contra las

piernas y hubiéramos podido interrogarle, pero en esos momentos no me dio tiempo a elegir el blanco. Fue un simple acto de reflejo. ¡Lástima!

-Lo primero que debemos hacer es intentar descubrir quién es este hombre -comentó Elcor-. Va a resultar que mi padre tenía razón cuando dijo que era una bendición que no pudieses dormir, Lars.

Este contestó simplemente con una ligera sonrisa. Se acercó al cadáver y se agachó para registrarle. La posición del inanimado cuerpo era extraña, estaba totalmente de cara al suelo, con las dos piernas completamente estiradas y sus dos manos debajo juntas.

-¡Dios! -agregó Cymbal-. La fuerza con la que la lanzaste no era precisamente para infringir una herida pequeña, Lars.

-Querido Cymbal -respondió el aludido de no muy buenos modales-. Quien quiera entrar en mis aposentos sin ser invitado, sin identificarse y sobre todo a horas tan intempestivas, debiera intuir de antemano de lo que pudiera sucederle.

Cymbal no quiso seguir por esos derroteros y cambió de conversación.

-Luego están esos dos soldados más muertos. A uno parecía que le intentaron esconder en el salón para que no fuese descubierto.

-Esto es muy extraño. -comentó pensativo Elcor-. ¿Alguna idea?

-Ninguna -intervino entonces Xara-. Y tan extraño como que no sé qué le vamos a poder decir mañana a vuestro padre, mi príncipe.

-Primeramente, intentemos descubrir quienes son los asesinados. Suponemos que este hombre fue quién los mató -Lars quedó dubitativo-. Sí, posiblemente sea eso, luego..., ¿Por qué los mató? ¿Tenían una deuda pendiente con ellos? ¿No quería ser visto? ¿Iba a hacer algo más? -el vasnino hablaba y hablaba consigo mismo en voz alta sin contestarse.

-Preguntémosle al capitán de guardia -indicó Cymbal-. Es seguro que conoce a todos sus soldados mejor que nosotros. Tal vez sepa ofrecernos alguna pista para resolver este enigma.

Solicitaron a unos soldados que fueron a buscarle, pero como buen capitán que era ya se encontraba cerca del lugar haciendo sus propias investigaciones y organizando sus ideas. Acudió raudo ante ellos y al ver la cara de aquel cadáver su asombro fue a mayor rompiéndose como un castillo de naipes todas sus cábalas sobre el asunto. No pudo menos que exclamar:

-Pero..., pero si el Pálas. Es el hermano de Belío, el soldado asesinado a la entrada del pasillo.

Aquellas palabras pronunciadas con suma sorpresa sumieron aún más a todos los presentes en la ignorancia de los acontecimientos.

-¿Le conocéis entonces, capitán? -preguntó Lars seriamente

-Como para no conocerlos, señor, a él y a su hermano. -respondió-. Este muerto o como le queráis llamar es uno de mis mejores hombres, noble y leal. Su hermano, ahí fuera y asesinado igual que él, -aprovechó para lanzar una mirada de desaprobación a Lars- no le sigue muy de lejos a la zaga, aunque no se puede decir lo mismo Rainh, su superior en la guardia. A ese se la tenían jurada más de uno. Mi señor y permitidme decirlo con total franqueza y el debido respeto, que no me entra en la cabeza que Pálas haya matado a su hermano, a Rainh no me extrañaría, pero entre ellos... entre ellos no. Sinceramente no me explico que demonios ha podido suceder aquí esta noche.

Lars y Cymbal se observaron, el capitán parecía un hombre íntegro por lo que aceptaron sus palabras de buena fe.

-Muy bien capitán, podéis retiraros -agregó secamente el primero-. Ahora nos toca a nosotros juzgar qué ha podido ocurrir aquí.

El militar hizo caso, pero justo al llegar a la destruida puerta y antes de salir se volvió hacia ellos.

-Pálas era un buen hombre, es imposible que él fuera un asesino. Os lo puedo jurar.

Los cuatro se quedaron solos en la estancia empezando a divagar sobre lo que podía haber ocurrido. Todo eran conjeturas, ideas vagas y muchos quizás.

-Tal vez tuviesen una trifulca entre ellos, Rainh mató Belío y Pálas le mató a él - sugirió Elcor.

-¿Y que no hubiésemos oído nada de ruido, ningún golpe? Un poco difícil creo, mi príncipe -dijo Cymbal.

Xara dijo entonces algo que les sumió a todos en los más oscuros pensamientos.

Simplemente añadió:

-¿Y si fuese un slá quien escapó de este cuerpo antes de morir?

39

“DOS ES COMPAÑIA”

Las montañas de Galusiam quedaron atrás muy a lo lejos mientras que las frondosas tierras de Alghall se extendían por todo el horizonte con su maravilloso colorido. Aquellos verdes prados invitaban al viajero a tumbarse como si fueran plácidos lechos y los lugareños comentaban de en verano era un verdadero placer dormir en sus campos a la luz de la luna observando las estrellas.

-Graggo, ¿qué te parece este lugar para descansar? -propuso Chafan bien entrada la tarde.

-Hermano, esta tierra es maravillosa -repuso este inspirando una buena bocanada de aire puro-. Aunque nuestra Vasnía Golteim del alma no le va mucho a la zaga. Me parece un buen lugar para detenernos.

Las pocas nubes que se divisaban en el cielo hacían prever lo que sería más tarde un hermoso anochecer y la cálida brisa invitaba a cerrar los ojos y sentirla por todo el cuerpo. Graggo al descender de su caballo cayó cuan largo era en la mullida hierba mientras Chafan empezaba a quitar todo peso del suyo; la silla, los petates y finalmente los arneses dejándole libre por el campo. Luego se tumbó junto a su hermano en la hierba sintiendo la misma brisa y con una pajita que había arrancado entre sus labios.

-¿No huirá tu caballo dejándole suelto? -cuestionó Graggo algo sorprendido.

-Mi caballo nunca huirá -repuso Chafan sonriendo-. Está muy bien amaestrado. Mira esto. ¡Gárgola, aquí!

Al oír aquellas palabras, el animal que pastaba tranquilamente a cierta distancia levantó la cabeza le miró y con un alegre trote fue en pos de su amo. Cuando llegó, agachó la misma hasta casi dar con la de Chafan. Este le recibió acariciándole, luego agarró un buen puñado de hierba de su alrededor y se la ofreció.

-¿A que Gárgola no va a dejarme aquí en medio de este campo solo y desamparado?

Como respuesta el corcel emitió un potente y alegre relincho y esto hizo que ambos hermanos rieran felices por primera vez desde su reencuentro.

-¿Hacemos lo mismo con los otros caballos que llevamos? ¿Les soltamos? -preguntó Graggo.

-¡No! A esos es mejor atarles. Lo único les aligeramos del peso y luego los atamos directamente al árbol; no me fío y no vaya a ser que salgan huyendo en cuanto se vean libres. Es seguro que no nos van a obedecer como Gárgola.

Liberaron a los animales de los pesos y les ataron a unos árboles, luego Chafan desinteresadamente le cedió un arco a Graggo.

-Coge esto y vamos a por la cena hermano que empiezo a tener algo de hambre.

-¿Un arco? Recuerda que antes no fallaba un tiro, eso lo tienes que recordar. - fanfarroneó este rematando-. Espero que no lo hayas olvidado.

-Sí. No fallabas, pero eso era antes. Ahora estamos en el campo y no tenemos nada que llevarnos a la boca. Sorpréndeme y demuéstrame que sigues en plena forma. Por ejemplo, cazando una buena liebre para la cena de esta noche.

-¿No tienes ya fe en mí, Chafan?.

-Al revés hermano. Tengo demasiada, pero deseo ver cómo estás de puntería, agilidad, reacción por instinto y cosas de esas, ya sabes. Cuando lleguemos a Basteff no vamos a acudir a un baile de la corte, ni de disfraces. Podemos encontrarnos con muchos problemas de por medio y quiero ver cómo te encuentras física y mentalmente en todos los aspectos.

-Sí, quizás tengas razón y he de serte sincero, creo que necesitaría algo de ejercicio y entrenamiento. En el tiempo que estuve en Galusiam viviendo con esa buena gente, no cogí espada, ni daga, ni tiré con ningún arco. Ni siquiera profundicé en "Lo Prohibido".

Repentinamente Chafan señaló con un dedo.

-¡Allí!

Una gran liebre había salido de su escondite y huía a través del campo a una velocidad vertiginosa.

Como por arte de magia Graggo colocó la flecha y disparó prácticamente sin mirar al blanco. La flecha desapareció entre las altas hierbas.

-Perdiste una flecha, hermano -comentó Chafan irónicamente-. Ahora nos toca buscarla por el matorral.

-¿Sí? ¿Tú crees que la perdí?

-Por supuesto, después del tiempo que has estado sin entrenamiento, no te creo capaz de acertar a un animal tan rápido. No es posible y si es posible... la palabra adecuada es suerte.

-Hagamos una apuesta, ¿Te parece?

-De acuerdo, me parece perfecto. ¿Qué propones?

-Si hay una liebre ensartada debajo de las hierbas, tú la pelas, tú la limpias, tú haces el fuego y tú la cocinas, vamos que yo no hago nada. Si no hay liebre, busco otra, aunque tenga que estar hasta mañana intentándola cazar y hago yo todo el trabajo. ¿Estás de acuerdo?

-Me parece bien. Ahora que sepas de antemano que vas a perder. ¡Hace pues!

Ambos hombres entrecocaron las manos certificando su apuesta dirigiéndose donde había desaparecido la flecha de Graggo.

-Te hago el honor que encuentres ¡Tu flecha..., sin liebre! -dijo enfatizando las palabras Chafan-. Quiero ver desde aquí tu cara de sorpresa. Luego tranquilamente me tumbaré a reposar mientras espero que traigas algo que se supone es para cenar.

Graggo se agachó rebuscando entre las hierbas y poco después encontraba la flecha. La cogió. Llevaba ensartada una liebre, una gran liebre atravesada justo a la altura del cuello.

-¡Vaya! Qué mala suerte tengo -dijo Chafan sonriendo de nuevo-. Creo que tengo trabajo para esta noche.

Graggo no sabía por qué, pero tenía la certeza que su hermano sabía de sobra que había acertado a la liebre. Aun así, entre los dos limpiaron al animal e hicieron todo el preparativo para la cena juntos, ninguno de ellos iba a permitir que el otro trabajara sin ayudarlo. Comieron la liebre asada al fuego intentando hablar en cada momento de temas felices del pasado y recordando anécdotas de cuando estaban los tres hermanos juntos, luego de postre terminaron la fruta que todavía les quedaba. Acto seguido redujeron el fuego y buscaron un lugar cercano donde la hierba estuviese mullida para tumbarse y dormir. La noche había entrado ya y el manto celestial que podían observar era digno de admiración. Respiraban paz y libertad total, al poco rato se quedaron plácidamente dormidos.

Graggo se despertó a medianoche con algo que le rondaba por la cabeza y que no le dejaba dormir bien.

-¿Tenemos alguna oportunidad de encontrarle vivo? -preguntó sin querer a la noche y hablando para sí mismo.

-No -respondió Chafan sombríamente que por lo visto tampoco debía dormir muy bien-. Ninguna.

La rápida le hizo darse cuenta de que su hermano tampoco conseguía entrar en el mundo del sueño.

-¿Cómo es posible que existan ese tipo de cartas y que haya gente que las fabrique? No deben ser humanos.

-Tal vez no conozcas la historia, pero el padre del rey Crotor fue quién dio su autorización para ello por lo que es una orden imperial. En su reinado solicitó a sus magos algo para divertir al populacho y el rey Claron III, llamado también el Insaciable (te puedes imaginar por qué, además de por sus juergas y orgías). El rey solicitó algo especial a sus hechiceros. Con el tiempo descubrieron como fabricar las Cartas de Dolor puesto que llevaban muchos años con la idea y aún no lo habían logrado. En cuanto las pusieron en circulación, el gentío daba todo lo que tenía por poseer una baraja. El rey fue informado más o menos de cómo se fabricaban y de lo que era la esencia base de cada carta. Pero eso no le importó mucho y pensándolo solamente un poco decidió que aquellos presos juzgados por asesinatos fueran eso..., la esencia de ellas. Dio su consentimiento a tan atroz juego. Con el tiempo y en vista de la demanda ya no se necesitaban solamente asesinos para fabricarlas, sino gentes que por el robo de una mínima miseria acababan también sus días en la fábrica de las cartas. Luego empezaron también a capturar grandes animales para el mismo fin.

-¿No hay nada que se pueda hacer, Chafan? ¿Si denunciemos lo de Risco?

En vez de responder a sus preguntas Chafan prefirió ir por otro camino

-Graggo, hasta que demos con el culpable de todo esto no podemos descubrir nuestra identidad. El rey sabe por un mensaje que le envié de mis intenciones de dar con él o con los cabecillas que hicieron que una carta de la baraja quisiera atacar al príncipe Degall. De hecho, tal vez hubiese otra misma con el príncipe Gumb como blanco o incluso quisieran también asesinar a la propia princesa Lienha. Lo que no sabe el rey es que esa carta era nuestro hermano. Este hecho se lo he ocultado ya que le puede incitar a dejarnos de lado en este asunto alegando que mejor no nos entrometamos en temas en los cuales nuestra familia esté siendo atacada y por consiguiente eligiendo a otros para resolver el asunto. -respiró profundamente-. Sinceramente no creo que haya nadie más apropiado que nosotros para intentar solucionar este asunto. Durmamos hermano, intentemos dejar de lado los problemas y que nuestra mente descansa también..., si es que podemos.

La naturaleza de los alrededores empezó a hablar cuando ellos callaron. El cantar de los grillos o los lejanos aullidos de lobos y otras bestias se hicieron patentes cuando el pequeño campamento improvisado quedó completamente en silencio. Después de un buen espacio de tiempo ambos dormían con una brisa refrescante recorriendo sus caras.

El nuevo día llegó. El sol radiante ya se hallaba a cierta altura en el horizonte cuando se despertaron.

-¡Eh! Graggo ¡Arriba! Mira qué día más hermoso tenemos hoy -dijo Chafan desperezándose.

-¡Uuaaahh! Me duele toda la espalda -respondió este bostezando-. Quién pillaría ahora el catre aquel que dejé en la montaña, y por cierto... ¿qué tenemos para desayunar? ¿Otra liebre?

-Nada de liebre, Graggo. Ayer antes de detenernos, vi en la ladera de esa cercana montaña vacas, por lo que si hay vacas hay leche. Vayamos allí, busquemos a quien las cuida y pidamos unos buenos vasos de leche tibia recién ordeñada a cambio de algo. ¿Te parece?

-Me parece perfecto. ¡Vayamos! -respondió poniéndose ágilmente de pie.

El río que se encontraba en las cercanías sirvió para su aseo matutino y poco después de recoger todo y ensillar los caballos estaban de nuevo en camino hacia sus desayunos. Llegaron al poco tiempo y después de hablar y llegar a un acuerdo con el vaquero, este les ordeñó en un vaso de madera que llevaban cuanta leche quisieran beber. El trato fue justo para todos, toda la que querían a cambio de una pequeña pepita de oro. Antes de partir preguntaron al feliz vaquero por pueblos que hubiera por el camino agradeciéndole el magnífico desayuno tomado. Siguieron su camino y justo antes de perder de vista al vaquero, echaron una ojeada hacia atrás viéndole, bailando como loco entre sus vacas.

-Creo que le has hecho feliz, Chafan -sonrió Graggo.

-¡Ya! No se va a olvidar de este día mientras viva. Dirá que unos idiotas le dieron una pepita de oro solo a cambio de unos vasos de leche. Dejémoslo estar y que disfrute del momento. ¡Pero mírale, mírale como baila!

Rieron observando a aquel hombre en la lejanía que no paraba de festejarlo y danzaba solo en medio del campo y de sus vacas. Al final cayó presa de su propio cansancio entre la hierba y desapareció. Solo oyeron su grito de felicidad en la lejanía.

-¡Yujuuu!

Así que después de perderle de vista, espolearon los caballos e iniciaron de nuevo otra extenuante etapa. Durante el viaje y cada cierta distancia descansaban debido al constante martilleo de la silla en sus traseros. Entonces aprovechaban y cambiaban de caballos para que estos a su vez se recuperaran más rápidamente. En una de esas primeras paradas cuando estaban tranquilamente comiendo, Chafan comentó:

-Sabes, creo convendría que entrenaras un poco tus cualidades. No es que vayamos a la guerra, pero me interesa ver cómo te encuentras. ¿Qué me dices?

-Me parece muy bien hermano. A veces me siento algo torpe y creo que ya va siendo hora de hacer algunos ejercicios. Necesito verme de nuevo en perfecto estado. Ya sabes eso de mente en cuerpo sano ¿Se te ocurre algo empezar?

-Se me ocurre que te voy a hacer sudar, hermanito. Sudar y mucho. Quiero ver hasta dónde llegan tus límites. Comprobar tu facilidad para responder a un ataque y tu destreza en el contraataque. Tu dominio en diferentes situaciones y tu reacción ante la muerte, cuando esta esté acechándote a tu espalda. Quiero conocer si tus reflejos son los mismos que los de antes.

-Creo que lo que quieres es hacerme trabajar, hermano -repuso un Graggo divertido que haciendo aspavientos con las manos agregó-. Con todo eso que acabas de decir hasta me das miedo. ¡Demonios!

-Veremos primeramente cómo te manejas con la espada. Con el arco he visto que aún te defiendes, aunque tal vez fue solo cuestión de suerte. Necesito volver a comprobarlo de nuevo. Luego un poco de látigo y...

-¿Que lo del arco fue suerte? Te lo puedo repetir cuando quieras -dijo espontáneamente Graggo-. Y ya de paso..., ¿Cuándo empezamos?

-¿Cuándo? Pues podemos empezar hoy mismo y hacerlo todos los días hasta llegar a Basteff. Para entonces habrás recuperado la mayor parte de tus cualidades, te lo prometo. Eso suponiendo que las hayas perdido, querido.

-Pues manos a la obra -respondió Graggo levantándose del suelo y dirigiéndose con premura hacia donde estaban depositadas las armas-. ¿Decías que primero la espada?

-Espera, espera hermanito. Con el estómago lleno no podemos liarnos a mandobles y ataques. Primeramente, este debe estar bien tranquilo y sin trabajo, quiero decir que hayamos digerido todo antes. Pero si quieres puedes optar por el arco ya que no precisas de cómo se encuentre tu estómago. Cógelo con una aljaba con flechas que yo voy hacia aquel árbol. Veremos si lo de la liebre fue suerte o no. ¡Ja, ja, ja!

Chafan se levantó y buscó algo en su bolsa, aparte de pepitas de oro de diferentes tamaños para utilizar en según qué ocasiones, llevaba suficientes monedas como para usarlas de blanco y que Graggo se ejercitase con el arco intentando acertarlas. Fue hacia un árbol y con su daga hizo diferentes muescas donde las encajó. Las puso de cara, pero luego las fue colocando ladeadas y finalmente una de canto.

-¡Chafan! -gritó Graggo desde la distancia-. Si lo de la liebre de la otra noche fue suerte, No tendrás miedo entonces de apostarte esas monedas. ¿Verdad? Las que haga caer me las quedo. ¿Conforme?

Este le miró con cariño. Ver de nuevo sonreír a Graggo era lo que más feliz le podía hacer ahora. Aquel viaje con él se estaba convirtiendo en algo maravilloso, aunque sabía que más tarde o más temprano toda esa maravilla se derrumbaría en cuando supiesen algo de lo que le había sucedido a Risco

-Desde luego que eres fanfarrón, Graggo -contestó-. Desde esa distancia que te has puesto si tan solo te acercas a ellas ya deberías tener premio. Pero te voy a hacer caso, solamente si las tiras te las cedo y entonces eso sí, en la próxima taberna del próximo pueblo pagas tú la ronda.

-¡De acuerdo, pues! -Graggo tranquilamente cogió una flecha de la aljaba, la puso sobre la cuerda del arco y lo tensó apuntando tranquilamente hacia las monedas.

-¡Eh! ¡Eh! ¡Eeehh! -gritó Chafan, que se había alejado un poco del árbol-. No puedes tomarte todo el tiempo del mundo para disparar. Hay que suponer que estás en una situación límite. Actúa como tal, así que baja ese arco y repite la operación -concluyó-. Cuando estés preparado..., actúa en consecuencia.

Graggo le hizo caso y bajó el arco. Miró de reojo a su hermano que mostraba una débil sonrisa en su rostro.

-«No cree que vaya a tirar ni una siquiera». -pensó, luego dirigiéndose a Chafan sentenció-. Vas a ver hermanito como pierdes tu dinero en un abrir y cerrar de ojos.

-¡Sí, sí! -fue la respuesta este,

Colocó mejor la aljaba a su espalda y cerró los ojos sujetando el arco y la flecha en sus manos. Se encontraba completamente inmóvil y estático, nada en él se movía, solamente su respiración que era profunda y pausada. Viendo aquello Chafan supo que Graggo estaba de nuevo profundizando en los caminos de "Lo Prohibido" y se sintió

revivir. Le dejó todo el tiempo que precisaba, no había prisas, ya que lo que estaba sucediendo era algo realmente importante para él, enlazarse de nuevo con la esencia de “Lo Prohibido” y volver a ser el mismo de antes.

Cuando Graggo abrió los ojos su mirada se dirigió velozmente hacia las monedas del árbol. Tensó el arco y disparó una, dos, tres y cuatro veces. Cuatro monedas cayeron a la hierba, la quinta no siguió a sus compañeras, era la que Chafan había puesto de canto. Se había incrustado aún más en la madera del árbol al recibir con fuerza el impacto de la flecha sobre ella.

-¡Por mis barbas que no tengo! –gritó lleno de júbilo Chafan-. ¡Si no lo veo, no lo creo! Has dado a las cinco monedas y desde bastante distancia, muy bi...

-Bastante no, Chafan. Si mides bien, verás que estoy cerca de “demasiada”. –repuso sonriente-. No me quites valor. ¡Por favor!

-Bien, bien, da igual. Veo que no has perdido ni un ápice de tu puntería y velocidad. Creo que esto del arco, aunque no la ejercitemos mucho no importa, andas bastante o mejor dicho..., muy de bien de puntería, hermano.

-Chafan ¿Te gustaría intentarlo tú? –le preguntó irónicamente.

-No, gracias, Ahora no me apetece mucho disparar.

-¡Ajá! Lo sabía. ¿No será porque quizás recuerdas nuestras apuestas de antaño?

-Qué recuerdos. ¿Verdad? –contestó con cierta nostalgia Chafan-. Bueno, ensillemos y empecemos la jornada, todavía tenemos mucho camino por delante. Nos detendremos a media mañana y antes de comer nos ejerc... ¡perdón! Te ejercitarás de nuevo.

Así lo hicieron emprendiendo de nuevo el camino. A media mañana como bien había dicho Chafan se detuvieron y antes de comer, Graggo se ejercitó con la espada y las demás armas que tenía a su disposición, luego comieron descansaron un poco y de nuevo se pusieron en ruta.

Todos los días restantes hasta llegar a Basteff hicieron lo mismo. Intentaban dormir siempre alejados de los caminos y en lugares donde no pudiesen ser observados por nadie. Por la mañana antes de desayunar Chafan le instruía a Graggo y le recordaba aquello que bien se le podía haber olvidado, luego llenaban un poco el estómago y emprendían de nuevo el camino. Se entrenaban entre ellos con todas las armas disponibles, desde la espada, pasando por las dagas, los estiletes o el mismo látigo. De vez en cuando, Chafan también le solicitaba que descabalgase y le siguiese al ritmo del trote de los caballos durante un tiempo, quería ver cómo iba la recuperación física de su hermano. Luego a mediodía hacían la parada más larga de la jornada en la cual comían en abundancia y sin miramiento aquello que adquirirían en los pueblos. El desgaste por los ejercicios de ambos, pero sobre todo en Graggo, hacía que necesitara mucho alimento para reponerse con rapidez. Después de la comida descansaban y después reiniciaban la ruta. A media tarde otro entrenamiento, vuelta a cabalgar y así hasta casi la misma noche en la que se detenían para reposar y dormir. El cansancio por el que empezaban a pasar se hacía patente cada día más temprano, por lo que los últimos días del largo viaje, agradecían de sobremanera la llegada de las estrellas.

Tras muchas semanas con estas mismas condiciones de vida, llegaron por fin a Basteff.

Suavemente mis manos rozaron sus mejillas y se posicionaron detrás de su cabeza sujetándola con amor. Con una leve presión la atraje hacia mi besándola con ternura y con la mayor pasión que jamás hubiese podido tener..., era auténtica devoción. Ella me correspondía de igual manera mientras sus manos acariciaban mi espalda en un sinfín de dulces masajes. Seguí besándola, siendo correspondido con besos igualmente ardientes. Después de un largo preámbulo, sus bellas piernas se enlazaron alrededor de las mías mientras un rítmico movimiento de su pelvis me incitaba a algo más. Poco después no lo podía evitar y antes de darme cuenta estaba dentro de mi amada Lienha, gimiendo de amor y de placer. La besé en el cuello repetidamente y luego en un acto sensual y pícaro, lamió y mordió mi oreja susurrándome:

-Degall..., Degall, amor mío. ¿Mereció la pena esperar?

Mi única respuesta fue otro largo beso en su boca, mientras mis manos acariciaban sus bien formados pechos. Hicimos el amor y era maravilloso..., sumamente glorioso. Sin embargo, mi jadeante respiración no contrastaba con suya, parecía que nada de aquello la afectaba y eso me extrañaba. Quise aguantar hasta lo indecible, pero no podía, deseaba..., tenía la necesidad de invadirla eternamente. Mirándola fijamente a sus inmaculados ojos le dije con toda la ternura que podía salir de mis labios según eyaculaba:

-¡Cariño, te amo! ¡Te amo...!

Me desperté lleno de sudor debido al sofocante calor de las noches en aquella época del año en Dor-Alia y que me obligaba a dormir simplemente con una sutil sábana de seda y completamente desnudo. Solía dejar abiertas las ventanas de par en par para que la poca brisa nocturna que pudiera existir en algún momento dado intentase invadir mis aposentos. Poco a poco fui dándome cuenta de lo que había sucedido, tanto mis más íntimos atributos como la misma sábana, estaban completamente mojados del deseo de mis sueños. Todo había sido un sueño, un asqueroso sueño que nada tenía que ver con la realidad. ¡Mierda! Ella seguía lejos de mí, aunque físicamente se encontraba en una alcoba no muy lejana.

Aquel tipo de sueños se repetían de vez en cuando y aunque Brigadión me conseguía cada cierto tiempo y en el más estricto secretismo mujeres, Lienha seguía siendo mi verdadera y única fuente de amor fresco, puro, mi máxima aspiración. Seguir diciendo que la amaba aburriría a cualquiera, pero no lo podía remediar. Me levanté de la cama y me aisé en una tina con agua y jabón. Hice lo mismo con la parte que había manchado de la sábana, limpiándola de semen ya que aunque fuese príncipe y tuviese a mucho poder y gente a mi servicio, no quería chismorreos sobre lo que podía ocurrir en mis estancias.

Me acerqué al gran ventanal abierto y salí al balcón vestido como vine al mundo mientras una luna llena brillaba en todo su esplendor con alguna que otra estrella rodeando el firmamento. Desde allí podía ver las ventanas también abiertas de los cuartos de Lienha y Gumb. Todo ocurrió en un instante, mi mente se revolucionó como pocas veces lo había hecho con mi corazón latiendo con fuerza ante la sola idea que esta me generaba.

-«A través del balcón de Gumb, se puede acceder al suyo»,

En un instante me di cuenta de lo que aquello significaba. Podía verla, admirarla, desearla y casi seguro que con aquel calor estuviese desnuda y durmiendo plácidamente. Era mi gran oportunidad y la noche mi gran aliada. Podía ver parte de mi máximo deseo cumplido. Solo una pregunta se cruzó en mi camino ¿Y si me descubría? ¿Cómo iba a reaccionar?

El deseo pudo más que el temor, así que sin pensarlo dos veces y sin hacer ruido alguno salté con sumo cuidado al balcón de Gumb ocultándome en la oscura pared. Tardé un buen rato en mirar a través del ventanal y comprobar que mi hermano estaba

totalmente dormido. El pobre imbécil resoplaba como un tabernero borracho. Sorteé el ventanal con sumo cuidado volviendo a saltar al balcón de Lienha. Nada más poner los pies en él mi corazón brincó con tal fuerza que pensé que lo iba a oír, así que con rapidez volví a colocarme de espaldas a la pared haciendo profundas respiraciones para relajarme. Brigadión me había instruido en cómo realizar estas para casos de descontrol o bien de estados de nerviosismo. Cuando me encontré más sereno, fui acercándome a su ventanal mirando finalmente al interior. A los pies de su cama dormía "Turbio", su gato Wogan que levantó la cabeza y tranquilamente me miró. Me quedé paralizado pensando que aquel animal daría la alarma. Pero nada más lejos de la realidad, realizó un ligero maullido apenas audible y seguidamente agachó su cabeza y siguió a los suyos..., durmiendo. Dubitativo aún esperé un poco más antes de decidirme a dar un solo paso hacia mi amada.

Pasé un pie luego el otro y me encontré por fin en la misma estancia que Lienha. La luz de la luna entraba a través de la ventana e iluminaba justo los pies de su cama. Repentinamente me di cuenta de la situación; estaba desnudo en su cuarto y gracias a la maravillosa providencia, ella igualmente desvestida sobre su cama. Si abría los ojos en aquel instante no sé qué hubiera sido de mí, pero en ese momento nada me importaba y seguí acercándome, intentando no hacer ruido alguno. Su hermosura me atraía más que un imán a un gran trozo de hierro.

Cuando llegué a su altura, me di cuenta de todo su esplendor y la hermosura de su cuerpo. Era puramente maravilloso y su visión me tenía totalmente obnubilado. Si entonces se hubiera despertado dando la alarma, no habría movido un dedo, simplemente me hubiera quedado allí para seguir viendo aquella hipnótica belleza. Su pelo descansaba suavemente sobre la almohada, mientras su respiración hacía vibrar su vientre, sus hermosos pechos eran una auténtica perdición y durante unos instantes mis manos los recorrieron por todos los lados a una distancia prudente. Su marcada y limpia intimidad apareció ante mí totalmente rasurada. Era por decirlo de otra forma, una bendición de la naturaleza para mi vista. No lo pude remediar y allí delante de ella empecé a tocarme mis partes, suavemente al principio, pero acabando, masturbándome salvajemente en la más silenciosa intimidad. Cuando terminé intenté no manchar nada para no dejar huellas de ningún tipo y con la mano empapada me retiré poco a poco hacia el ventanal. Salí dejando allí a mi bella durmiente. Según saltaba con cuidado al balcón de Gumb, volví a oír otro pobre maullido de Turbio que parecía decirme adiós. Debía agradecerle que no me hubiese delatado con su inofensivo vozarrón. No miré hacia atrás y atravesé ligero el balcón de Gumb. Sus repugnantes ahora ronquidos seguían igual de fuertes por lo que tuve ganas de entrar en su alcoba y abofetearle de lado a lado su asquerosa cara. Solo fue una intención, aunque eso sí..., intención bastante fuerte. Conseguí dominarme y seguí mi camino nocturno y poco después estaba exento de todo pecado en mi habitación donde respiré tranquilo, nadie me había visto. Me dirigí entonces a la pila de agua para volver a lavarme las manos por segunda vez en aquella noche loca sintiéndome rebosante de felicidad.

-«Tal vez lo repita alguna que otra noche próxima». -me dije tirándome en la cama como si me lanzase al agua de un estanque.

Pocos instantes después dormía como un bendito y con una sonrisa de oreja a oreja.

A la mañana siguiente el despertar fue espléndido, me sentía bien y reconfortado ya que la expedición nocturna me había sentado divinamente, era feliz. Con ayuda de mis sirvientes, me bañé, me preparé y bajé a desayunar. Allí estaba ya preparado para tocarme las narices mi hermanito junto a Rutter, Brigadión y parte de nuestra aburrida familia.

-Buen día tengáis, príncipe Degall -reclamó Rutter al verme-. Sentaos a desayunar con nosotros, por favor.

Brigadión simplemente hizo un ademán con su cabeza en señal saludo y siguió a lo suyo con el plato.

-Hermanito Degalito ¿Que tal dormiste? -me preguntó Gumb con su traidora sonrisa.

-Dormir lo que se dice dormir no lo conseguí mucho, querido. A raíz del calor de esta noche me vi obligado a abrir mi ventanal y..., ¿qué he conseguido con ello? Pues oír tus puñeteros ronquidos toda la noche. Tenía que haber saltado a tu balcón y haberte metido una cebolla por la boca, tal vez así hubiera conseguido callarte. Aunque pensándolo mejor..., tal vez por el culo te hubiera gustado más.

Sin poderme reprimirme exploté y la verdad es que solo me había preguntado por cómo había dormido, pero me daba igual, solo ver su asquerosa sonrisa sabía que tenía alguna preparada para mí.

-Por favor príncipe, mantengamos las composturas -sugirió Brigadión.

Gumb me miró con cara de pocos amigos sin entrar en guerra dialéctica conmigo y aquello me extrañó. No quise pensar en lo que se podía haber organizado si me hubiese visto salir de la alcoba de Lienha desnudo. Repentinamente pensé en mi actuación nocturna y los pelos del cuerpo se me erizaron. ¿Cómo había podido realizar semejante acción o proeza? Eso según se mire. Lo malo es que pensaba en la próxima noche y sabía que entonces esos miedos se disipaban incitándome de nuevo a una nueva incursión. Quería verla de nuevo desnuda. ¿Conseguiría verla de nuevo así?

Seguro que sí.

Sumido en mis propios pensamientos, no la vi llegar. Solo oí la voz lejana de Gumb que preguntaba:

-Hermanita ¿Tú también me oíste roncar esta noche?

Instintivamente y por inercia mi mano derecha fue a coger la copa de agua según miraba por donde llegaba ella. No conseguí agarrarla, sino que la tiré por encima de la mesa empapando todo.

-¡Hombre! -reaccionó rápidamente Gumb-. Degall tal vez no ronque como yo, pero a patoso no le gana nadie.

-Buenos días a todos. Veo que seguís igual. -dijo ella sentándose-. Parecéis Nico y Lucidemo.

Nico y Lucidemo eran dos de los más populares cómicos de Vende. Muchas veces padre les había hecho llamar a palacio para pasar alguna divertida velada y reír un buen rato con sus agudas y sarcásticas ocurrencias. Lienha simplemente nos estaba llamando bufones, payasos y todo lo que se pareciera a esto. Pero a mí concretamente no me importaba, ya que estaba de nuevo imaginándomela como la había visto la noche anterior. La veía diferente, sabía, conocía la delicadeza de su cuerpo y de todos sus recovecos. Intenté abrir la boca sin decir ninguna tontería, pero no pude más que soltar otra majadería.

-Las noches en Dor-Alia son asquerosas, el calor se mete por todos los sitios y la humedad del ambiente hace que las sábanas parezcan estar totalmente empapadas. De hecho, me desperté esta medianoche totalmente mojado.

Algunos me miraron sin decir nada y Gumb volvía a tener su típica y odiosa sonrisa irónica.

-«¡Dios! -pensé- Menuda idiotez he soltado. Tierra trágame».

Pero gracias a mi Brigadión, logré salir del paso airoso.

-Desde luego, príncipe -siguió-. El clima de Nueva Maran no se parece en nada a Lamiah y menos aún a Vende. Allí al estar al lado del mar, hace que el clima sea más benigno y se pueda dormir mucho mejor aún en las más cálidas noches del verano, como es el caso.

-Pues yo aquí duermo a pierna suelta -soltó Gumb-. Además, puedo agregar que no me inoportuna en absoluto el calor. Duermo encima de mi cama como un auténtico lirón.

Aquel hecho lo había podido constatar personalmente, aunque omití cualquier comentario al respecto.

-Y tú Lienha..., ¿qué tal dormiste? -pregunté incitado por mis más oscuros deseos intentando parecer otra cosa. Tal vez era otra tontería salida de mi boca, pero no pude remediarlo.

-Pero qué hablarines estáis hoy. Dormir he dormido bien, pero me ha pasado lo mismo, demasiado calor y esto ha hecho que me despertase en diferentes ocasiones a lo largo de la noche.

Dijo esto a la vez que me miraba a mí. No sé si quiso demostrarme algo más o no, pero sentí que mis pómulos se incendiaban al instante. Tiré la servilleta disimuladamente al suelo para intentar disipar mi rubor escondiendo mi cara y además, no sabía qué decir.

-Príncipes-interrumpió educadamente Rutter-. Dentro de pocos días se va a celebrar vuestro 19 aniversario y para ello el príncipe Gumb ha propuesto un gran día de caza en el que podamos participar todos. ¿Qué os parece la idea?

Aquel cambio en la conversación me dio alas para salir del apuro anterior. Rutter siguió hablando, describiendo como sería ese próximo día. Se trataba de ir a cazar legardos machos cuya carne era sumamente apreciada, una especie de gran jabalí blanco que abundaban por los bosques nevados de las altas montañas al oeste de Dor-Alia. No se mataban las hembras, se las dejaba vivir para que siguiesen procreando camadas de futuros animales. Sumamente fieros y esquivos a los humanos, su caza era un verdadero placer en cuanto a tensión y espera y todo buen cazador que se preciase debía tener en su historial algún que otro legardo.

Así que aquella idea nos pareció sumamente original a todos. Se trataba de dirigirnos a un lugar de las montañas, montar un campamento base y desde allí movernos durante unos días en busca del codiciado animal. Feliz por la idea de poder salir un poco de la ciudad, le di personalmente las gracias a Gumb por su magnífica idea.

¡No sé cómo fui tan idiota!

-Gumb -y hablé para todos los asistentes-. Debo reconocer que cuando quieres realmente tienes muy buenas ideas. Esa caza me parece perfecta para celebrar nuestro cumpleaños. Gracias de mi parte y supongo que también de parte de Lienha -la miré guiñándola un ojo y su respuesta por decirlo de alguna forma, fue una sarcástica y nublada sonrisa.

Charlamos largo y tendido de cómo sería nuestra fiesta durante la caza. Nuestra querida tía se excusó por su ausencia y aunque ya había pasado tiempo desde el incidente de nuestro tío, todavía quedaban rescoldos en su corazón como decía ella, que la impedían poder disfrutar en lo que definió, sería "un bonito día de caza en nuestro honor."

Al recordar mi tía y a su marido repentinamente vino a mi mente Galizas que ya debía haber llegado a Vende. ¿Habría realizado el encargo?

Me lo apunté mentalmente para hablarlo con Brigadión más tarde.

Acabamos de desayunar y cada cual se fue por su camino. Esta vez a Lienha le tocaba estudiar conmigo y con Brigadión, así que emprendimos los tres el camino hacia la biblioteca del palacio. Esta era (como todas las demás) una estancia magnífica con todo tipo de libros, volúmenes escritos en diferentes lenguas, papiros, dibujos. Había de todo sobre todo tipo de materias. Los libros adornaban las estanterías que se alargaban hasta casi rozar el techo que solo a través de una escalera móvil se podía acceder a ellos.

Y allí tocaba hoy en vez de estar retozando con Lienha sobre la suave hierba del campo, saltando, corriendo, amándonos y tocándonos. ¡Bah! Pero no, estábamos metidos en un asqueroso agujero de mierda que parecía ser... el hogar de la ciencia.

-Bien, príncipes -avisó Brigadión trayendo un par de gruesos tomos que había elegido de las estanterías y que más que seguro eran sobre algo aburrido e incomprensible-. Hoy vamos a tratar la ciencia de la ética y formación en la educación.

-¿Eh? -no pude reprimirme-. ¿Qué es eso de la ética y formación de no sé qué?

-Querido príncipe -contestó amablemente-. Y a vos princesa también os lo quiero hacer recalcar, todo con el máximo respeto por supuesto. En incontables ocasiones observo vuestro comportamiento. Lo que significa vuestra educación en relación con las personas de vuestro entorno. Debo decir que esta deja mucho que desear y vuestra forma de tratar a los demás no es la más ideal. El hecho de ser príncipes no significa maltrato verbal y de eso va a tratar la clase de hoy, de ética y educación. Debéis comportaros como lo que sois, como verdaderos príncipes, majestades.

Tanto ella como yo, nos habíamos sentado en unas sillas y teníamos las cejas arqueadas por lo que estábamos oyendo. Nuestras caras de pocos amigos le debían estar diciendo lo que pensábamos en aquellos instantes. Aun así, nos ignoró tranquilamente y siguió a lo suyo.

-Nuestra labor, la que nos ha encomendado vuestro padre es vuestra educación y no podemos dejar pasar un hecho tan importante como este. Ética esa es la palabra, así que vamos a empezar. Tomad estos libros y comenzad a...

En ese preciso instante llamaron a la puerta. Tras dar el permiso pertinente, un vasallo entró comentándole algo a Brigadión que no llegamos a oír ni Lienha ni yo. Al momento se excusó saliendo tras el mozo y cerrando la puerta a su salida. Nos quedamos solos los dos.

-¿Qué habrá pasado? -comenté.

-Ya sabes cómo son -repuso ella-. Los vasininos hablan lo justo, seamos quienes seamos.

-¡Ya!

-¡Degall! -dijo acercándose a mí.

-¿Sí?

-No sé. Nada, nada. Olvídalo.

-¿Qué? ¿Pasa algo? -pregunté intrigado.

-Es que no sé si debo decírtelo. Me da auténtica vergüenza lo que me sucede.

-¿El qué?

-Degall -repetió mi nombre y esta vez en su mirada veía dolor-. No sé si me estoy volviendo loca. No lo sé.

-¿Pero de qué estás hablando, Lienha? Me estás asustando -respondí algo malhumorado.

Ignoró mis palabras y siguió hablando como con ella misma.

-No sé con quién hablar de ello. ¿Con Rutter, Brigadión con Gumb?

-Lienha, me tienes en ascuas -dije seriamente-. O me dices qué te pasa o en cuanto aparezca Brigadión por esa puerta, suelto lo que está pasando.

-¡No, no! Por favor, no le digas nada. No quiero que piense de mi cualquier cosa, ¡Por favor! No lo hagas.

-Lienha... -sujeté sus delicadas manos entre las mías y dándole un suave beso en su frente volví a preguntar-. ¿Dime qué demonios sucede?

Se acurrucó contra mi pecho. Su contacto y la tensión del momento hizo que mi brioso corazón latiera con fuerza y sin poder detenerse mi pene también reaccionó al instante mostrando todo su poder. Lo mismo que la anterior noche.

-Son mis sueños, Degall.

-¿Tus sueños?, ¿Qué les pasa a tus sueños?

-Sueño contigo.

Supongo que debió sentir mis latidos, ya que yo mismo los oía. Casi los sentía dentro de mis propios oídos, sin embargo, no entendía lo que intentaba decirme.

-¿Sueñas conmigo? ¿Qué es eso que sueñas conmigo? A veces a mí me pasa lo mismo. Sueño contigo, sueño con Gumb, con Brigadión o con Rutter, aunque no te lo creas, sueño hasta con nuestro padre. Pero eso no es importante, Lienha. No te pasa nada y no te estás volviendo loca, ni nada parecido, de hecho, nos ocurre a todos, solemos soñar con la gente de nuestro alrededor sin más. Es algo normal y completamente natural.

-No es eso, Degall. Sueño contigo y te veo desnudo junto a mí, en mi propia alcoba. Esta noche..., esta noche me ha pasado. -dijo medio susurrando atemorizada.

En un instante lo comprendí todo. Lienha me había visto y gracias a mi gran suerte en ese momento, había creído que todo era un sueño sin llegar a despertarse del todo.

-¡Lienha, Lienha! Quiero que estés tranquila. Ha sido solo un sueño, un mal sueño, no le des mayor importancia. Yo jamás podría estar desnudo junto a ti, hacerte daño. Me conoces y sabes que no podría jamás -mentí.

-Hay más -dijo escuetamente con una mirada perdida en el vacío.

-¿Más? ¿Qué más?

-Era todo tan real. Estabas en mi sueño y... y...

¡Dios! Lo iba a decir, me había visto masturbándome y seguía pensando que era un sueño. Di otra vez las gracias a la diosa fortuna mientras los calores afloraban en mis sienes que estaban a punto de explotar.

-¿Y? -pregunté conociendo la respuesta con algo más que malicia. Lo que iba a responder en el fondo me reconfortaba y me hacía sentir como un lobo con mi pobre "oveja hermana".

-Me da vergüenza decírtelo, Degall, no puedo ¡Lo siento! Era algo demasiado desagradable.

-Déjalo y relájate, hazme caso. Abramos estos libros y veamos un poco de lo que tratan. Intentemos disipar esa mala vivencia que tuviste.

Con esas palabras quise quitar fuego al asunto, más realmente no lo deseaba. Aquella situación me encandilaba, me excitaba, me, me...

-Pero era todo tan real, Degall, ¡Dios mío! ¿Me estaré volviendo loca? -hablé con una pena que esta vez sí me llegó al alma-. Creo, pienso que quizás en mi propio subconsciente, allí sienta algo profundo por ti. Esa es la única solución que veo a esto que me sucede y ese algo es lo que tal vez haga que sueñe contigo en las condiciones que lo hice.

Empecé a creer por un momento y por sus palabras, que quizás más adelante tuviese alguna oportunidad con ella y me animé a seguir preguntando, quería seguir con aquella conversación que a mí personalmente me hacía feliz mientras que a ella le derrumbaba.

Intentando parecer despreocupado, añadí:

-Pero veamos, hermanita. Simplemente me has visto desnudo en tus sueños, nada más o... ¿O hay algo más que no quieres contarme?

-Sí, hay algo más Degall. Es lo que estoy intentando decirte. Algo más y eso es lo que me tiene consternada.

-¿El qué hermanita? -que maravilla, me encontraba maravillosamente flotando en el limbo. ¡Uaaauu!

-Empezaste a...

Y calló, no dijo nada, ni una palabra más según empezaba a sollozar.

De repente pensé que si entraba Brigadión en aquellos instantes y la veía así, posiblemente acabaría sacándola la misma versión que me estaba dando a mí y Brigadión no era tonto. Ataría rápidamente cabos y al final sabría lo ocurrido, aunque luego no dijese nada. Tenía que acabar con la situación y la mejor opción era que parase de llorar volviendo a ser la Lienha que conocía todo el mundo.

-Tranquila, hermanita -dije dándole un beso en la frente-. Ahora vas a abrir este libro. Te vas a secar esas lágrimas y olvidemos lo ocurrido, ¿De acuerdo? -sonreí tendiéndole el tomo de ética.

-Gracias, Degall -contestó con otra débil y obligada sonrisa-. A veces eres un sol y otras un auténtico diablo. Lo siento, no puedo seguir hablando de ello sin ser una desvergonzada contigo y no quiero que pienses nada raro de mí -y me devolvió el beso en la mejilla-. Olvídalo, por favor.

-Tranquila, hermanita, olvidado está. Veamos de qué van estas mierdecillas que tenemos aquí ¿Tú crees que necesitamos más educación? -pregunté abriendo el libraco.

-Resulta evidente que tanto tú como Gumb, necesitaríais no solo este tomo, sino otros diez más para empezar a entender el significado de esa palabra -dijo alegre.

-Y tú también, hermanita, tú también ya que no te quedas mucho a la zaga.

Acabamos riendo y ojeamos un poco aquella bazofia que Brigadión intentaba aplicarnos. Al cabo de un rato me fijé que ya casi había desaparecido la rojez de sus mejillas por el lloro. Tenía en esa zona de su piel el mismo color que cualquier otra por lo que digamos había salvado el pellejo de nuevo.

Tenía la completa certeza que Lienha no iba a comentar con nadie lo que le había sucedido.

Y así empezamos a mirar más que a leer los repugnantes tomos que nos había facilitado Brigadión,

Al rato apareció.

-¿Qué tal, mis príncipes. ¿Habéis echado una ojeada a los libros?

-Parecen bastantes aburridos -argumentó cansinamente Lienha.

-Aburridos y muy gordos, Brigadión -intenté parecer simpático como siempre-. Creo que mucho mejor servirían para una buena lumbre, aunque no hiciese frío.

Los dos sonrieron tímidamente mi ocurrencia y él añadió:

-Me han llamado para avisarme que había llegado un mensaje de Vende. También Rutter ha sido informado. Un extraño suceso ha ocurrido en palacio.

-¿Qué suceso? -preguntó Lienha rápidamente y con marcada prepotencia-. ¿Qué tipo de suceso, Brigadión? ¡Habla!

Su finura había desaparecido y había vuelto a ser la Lienha que yo conocía

-Ha habido unos asesinatos en palacio demasiado cerca diría yo de vuestros propios aposentos -Brigadión no le había dado demasiada importancia a las formas de mi hermana. Me miraba fijamente mientras ella no parecía darse cuenta de este insignificante detalle-. Luego el supuesto asesino fue anulado por Lars.

-¿Lars? -pregunté intrigado-. ¿Quién es ese Lars? ¿Algún soldado de la guardia?

-Lars, es un vasnino, príncipe y es quien cuida y asesora ahora a vuestro padre.

-¡Ah! Ya.

Eso de que cuidara a mi padre no me hacía mucho chiste, hubiese preferido escuchar cualquier otra cosa antes que alguien cuidase a mí "jodido padre".

-Dos muertos en palacio antes de partir nosotros y ahora más -añadió Lienha-. Algo pasa que no lo vemos Brigadión. No estoy en absoluto tranquila con esa noticia que nos das. Supongo con ello que la vuelta a Vende se va a demorar más de la cuenta hasta que no se descubra lo que está sucediendo por allí. Estaremos en Dor-Alia vete a saber a hasta cuándo.

-Quizás tengáis razón, princesa, pero lamentablemente vuestro padre es quien decide dónde debemos estar vos, vuestros hermanos o yo mismo y eso lo tenéis que entender.

-Y no sería más aconsej... -intenté opinar al respecto, más Brigadión cortó mi ganas de destacar ante Lienha.

-Por favor, ahora aquí estáis totalmente seguros y a salvo. De hecho, vos tenéis puesta la gema lamverdiana, -y me señaló-. vos princesa, os encontráis vigilada también en cada momento. Si pensamos en un slá, antes de que se acerqué siquiera a corta distancia, sabremos a qué atenernos. Confiad y tranquilizaos, no sufráis por algo que no existe. Sufrid si lo deseáis por el grosor de ese libro que vais a comenzar a abrir ahora mismo. Empezamos la clase, por favor.

Dicho y hecho, el vashino empezó a explicarnos normas de ética y demás parafernalia de educación, sin embargo, no le oía puesto que volvía a tener mis propios pensamientos muy lejos de allí.

Estaban en Vente intentando descifrar qué había ocurrido.

Cuando llegó la hora de la comida y dejamos por fin aquellos intrincados libros, Lienha se separó de nosotros diciendo que quería ver cómo se encontraba su gatito, añadiendo que seguramente la estaba echando de menos.

-Ese gato ni siquiera te conoce aún. -comenté sin ninguna importancia.

-Eso no te lo crees ni tú. -respondió rematando con otra de sus lindezas-. ¡Adiós, borreguo! A ti sí que no te espera nadie. Brigadión, luego seguimos con las clases. -y moviendo su hermoso culo desapareció tras la puerta.

Tras quedar solos los dos, solo solté una palabra interrogándole con la mirada.

-¿Galizas?

-Puede ser.

-¿Puede ser? ¿Solo eso se te ocurre? ¿Nada más? Sí no ha sido él ¿Qué demonios ha pasado en palacio? Y esta vez resulta evidente que no he sido yo.

-Realmente no podemos saberlo, Degall. Lo más probable es que haya sido él y le hayan descubierto antes de conseguir hacer su trabajo, por lo que huiría dejando un cuerpo que había sido herido de muerte. No debimos habernos fiado de esa bazofia. Hubiera sido mejor haberle finiquitado cuando pudimos hacerlo. ¡Vaya chapuzas!

-Dime qué decía el mensaje -exigí sin hacer caso a sus palabras.

Me relató que exponía lo ocurrido en palacio y así me enteré también de la destreza de un tal Lars en el lanzamiento de dagas. Mi padre conocía asimismo que Chafan no estaba con nosotros y..., ¿y cómo sería ese nuevo personajillo que había ido a vivir y a gorronear a palacio?

-¿Qué hacemos ahora? -le pregunté.

-Si ha sido Galizas, no queda otra que esperar noticias tuyas, príncipe. Debemos seguir con la vida igual y esperar acontecimientos, no hay más.

-¿Crees realmente que se atreverá a presentarse ante nosotros después de fallar en su misión? Eso en caso de que haya sido él.

-Le disteis la esperanza de algo más que oro y joyas para cuando seríais rey, mi príncipe. Dudo que desaparezca, así como así sin intentar ver cumplido esa parte del trato. De todos modos, os repito que debía haberlo liquidado cuando pude.

-Brigadión, mírame bien -la frialdad de mis palabras debió despertar algo en su cerebro porque me observó con una extraña expresión-. Recuerda lo que dije en su día y espero no tenértelo que repetir. ¡Lo quiero vivo! Quiero a Galizas vivo y a mi servicio. ¿Has entendido? Quiero que me sirva como tú, igual que tú. -luego rebajé un poco mis humos intentando atraerle de nuevo al redil-. Entiéndeme, Brigadión, tengo planes para él y no q...

-¿Que planes tienes, Degall? -interrumpió mi frase tuteándome.

-Lo sabrás a su debido tiempo, pero es una baza importante en mi futuro, repito lo necesito "VI-VO" -separé la palabra para reforzarla y que me entendiese mejor-. ¿De acuerdo? Tenemos que dar con él y esconderle por ahora. Y recuerda... -sonreí moviendo el dedo índice negativamente-. nada, nada de hacerle daño. ¡No, no, no!

-Se hará como vos deseéis, majestad. Y ahora, por favor, volvamos al salón con los demás.

-Vamos para allá, amigo -respondí haciendo un gesto con la mano siguiéndole.

No podía, ni debía comentar a Brigadión lo que pensaba hacer más adelante cuando fuera rey ya que tenía grandes dudas que él siguiese a mis servicios, si lo que planeaba llegaba a producirse. Por ahora tenía que seguir conmigo pasase lo que pasase. Me había demostrado que podía confiar en él, aunque realmente desconocía aquello que se ocultaba muy en el fondo de su mente, pero me había acostumbrado a su presencia queriéndole cerca de mí en cada momento. No divisaba mi futuro sin Brigadión a mi lado. Junto a él la vida se me hacía más cómoda, más fácil. Iba desarrollando mi futura decisión poco a poco, germinándola y dándole toques por aquí y por allá según me venían geniales y mágicas ideas. Pero dudaba del consentimiento de mi Brigadión y el temor a una respuesta negativa por su parte pesaba en mí más de lo que creía, temía mucho su reacción.

Cuando fuese rey, soñaba en juntar en un ansiado día a todos los slá's del reino. Esos proscritos que se escondían por las partes más oscuras y siniestras de Shámsala, deseando traerles junto a mí, a mi palacio en Vende. Declararles libres para poder ir y venir por donde quisieran, aunque ir y venir concretamente era una forma tonta de hablar, en realidad quería decir: «Solo y únicamente conmigo y a mi lado». Deseaba formar un gran e invencible ejército con ellos, un ejército de slá's. Con el conocimiento de Brigadión de "Lo Prohibido", y con el poder de los slá y su transmutación de cuerpos, nada podría detener al nuevo y poderoso ejército de Shámsala.

Y al mando de todos ellos, yo, Degall Vaalam de Shámsala, me condenaría eternamente transformándome también en su rey emperador Slá. Daría a mi cuerpo la esencia slá. Me convertiría en un hummus más que junto a mi conocimiento de "Lo Prohibido", me harían inmortal e invencible por siempre jamás. Esa era mi genial y primordial idea. Aunque para conseguirla, primeramente, había que resolver un problemilla menor. Digamos que la persona de mi hermano no entraba para nada en mis planes y liquidarle era algo que tenía que ocurrir en cualquier momento. Debía hacerlo antes de que él actuase por su cuenta. Bueno yo..., o mejor dicho, Brigadión.

-Por cierto -comenté según nos acercábamos al salón comedor-. Un día de estos tenemos que hablar sobre un asunto que quiero finiquitar cuando antes.

-Cuando vos queráis hablaremos de ello, mi príncipe -fue su respuesta.

«¡Qué bien! -pensé-. Sugiero algo y hace lo que le digo. ¡Perfecto!».

-¿Queréis darme alguna pista sobre el tema? -masculó. .

-No. Simplemente se trata de Gumb -y añadí sin mucho énfasis- Hay que pensar en quitarle del medio y necesito ideas.

-¡Ah! Sin problema. -no le dio mayor importancia-. Ya pensaremos en ello, estad tranquilo, mi príncipe.

Llegamos con los demás que estaban aguardándonos y listos para empezar con los manjares que tocaba. En ese aspecto no nos podíamos quejar de nuestra tía, aunque no sé si realmente lo hacía por sus hijos y entonces a nosotros nos tocaba también o lo hacía por ser quienes éramos. Una cosa u otra me daba igual, todo estaba riquísimo. En aquella época en Dor-Alia, se puede decir que llegué hasta a engordar unos kilos, aunque gracias a los ejercicios que mi amigo me hacía realizar constantemente estos no fueron a más.

La conversación durante la comida volvió a dirigirse hacia el mismo lugar que parecía estar de moda últimamente, nuestro próximo cumpleaños en menos de dos semanas, Hablábamos de los preparativos, qué escolta llevaríamos, cuantos días iba a durar la caza. Sobra decir que a todo ello, Gumb y yo pensábamos como siempre completamente diferente. ¡Qué raro! Si uno decía dos días de caza, el otro decía tres, uno elegía una escolta de cincuenta hombres, el otro prefería de cien. La verborrea dialéctica seguía igual haciendo ver a los demás asistentes en cada momento lo que realmente

tenían ante ellos; unos impresentables príncipes, pero con derecho a trono. No teníamos tregua y aquella avalancha era imposible de detener. Lienha, unas veces se ponía a favor mío, como otras a favor de Gumb, eso según le diese el punto. Cuando se posicionaba con él, mi amor se convertía en un odio repentino que explotaba sin ningún sentido dentro de mí. No podía verla defendiéndole. Finalmente, y gracias a las intervenciones de Rutter, Brigadión y alguno de los hijos de mi tía tan imbéciles como mi propio hermano, todo quedó resuelto y aquella noche decidimos por fin como sería la gran cita del día de caza.

Íbamos a cumplir 19 años y el destino me tenía reservada una sorpresa que iba a marcar mucho mi vida obligándome a actuar con rapidez.

41

“LA CAZA”

El gran día llegó y nuestra tía se encargó de buscar a dos de los más prestigiosos cazadores de Dor-Alia que se llamaban Lopnnius y Rivinous.

Una primera tanda de escoltas junto a uno de los cazadores partió hacia las montañas dos días antes de que emprendiéramos la marcha. Eran unos veinte soldados que en diversos carruajes llevaban todo lo necesario para hacer nuestra vida mucho más agradable y placentera durante la cacería, vamos, como si estuviésemos en el mismo palacio. Su misión era preparar el campamento y advertir a cualquier ser humano que hubiera por las cercanías fuese quien fuese, animándole a largarse lo antes posible del lugar. Todo bajo pena de ser detenido por la ley imperante, ya que sus majestades (o sea, nosotros los príncipes), queríamos celebrar una cacería real por los aledaños.

¡Y no había más que hablar!

Esa misma mañana antes de partir, delegamos en nuestra tía para que pudiese ocupar durante nuestra ausencia el cargo de gobernadora con nuestra plena confianza ya que sabíamos que el deber lo iba a desempeñar a la perfección. Respecto a esto, hay que decir que de vez en cuando debíamos firmar algún dictamen o nueva norma que ni siquiera examinábamos o leíamos (de eso se encargaban Rutter o Brigadión). Los vasininos solían aportarnos extraños documentos mostrándonos dónde debíamos estampar nuestra firma diciendo simplemente:

-Firmad aquí, por favor, príncipes.

Gumb firmaba hasta observando el batir de las alas de una mosca, por lo que quedaba muy claro que aquello le importaba una mierda, de hecho, incluso podía estar firmando sin enterarse su propia sentencia de muerte o mejor... su renuncia al trono en mi beneficio. No se enteraba de nada y yo para seguir con la tradición familiar, me ocurría mismo de lo mismo. Antes de leer aquellos cansinos textos prefería firmar y largarme ya que tenía cosas mucho más interesantes que hacer. Así que aquella mañana siguiendo los consejos de Rutter, delegamos encantados en nuestra tía la importante labor de gobernadores e iniciamos el viaje hacia las montañas.

Partimos con una escolta superior, eran ochenta hombres los que nos acompañaban para cuidar de nuestra seguridad. También venían Lopnnius, los rádicos Bariel, Berenice, Ampras y cómo no, nuestros dos vasininos.

Preferimos hacer parte del trayecto cabalgando, queríamos disfrutar de la maravillosa naturaleza de Nueva Maran y hasta Lienha optó por subirse a un animal.

Por supuesto el reluciente Arco Blanco de mi hermano lo llevaba Rutter ya que aún seguía teniendo prohibido utilizarlo sin que este o Brigadión estuviesen junto a él.

El camino hacia las montañas discurría a través de hermosas praderas que afloraban con sus colores naturales. Desde los verdes más profundos hasta los amarillos,

marrones y anaranjados, todo debido a la siembra y a la época del año en la que estábamos. El ruido del discurrir del agua por los ríos a nuestro paso era relajante música celestial para nuestros oídos y cuando nos acercábamos un poco a ellos, sentíamos la fresca brisa que salía de sus orillas. Imponentes bosques con sus gigantescos árboles nos acompañaban a veces por el camino y de uno de estos salió de repente un grupo de cervatillos que después de mirarnos emprendieron una huida veloz tras el cabecilla del grupo.

Gumb no perdió su oportunidad.

-Rutter ¿Puedo utilizar mi arco? -le preguntó ansioso-. ¿Puedo?

-¿No irás a matar a esos pobre cervatillos? -le interrogó Lienha asustada por su intención.

-¿Qué? ¿Ahora vas a llorar por un trozo de carne con patas? Lienha, por favor. Vamos de cacería, no a ayudar a viejas malolientes enfermas –respondió sarcásticamente.

-¡Degall, por favor! -me suplicó ella girándose hacia mí-. Haz algo. Mira lo que pretende Gumb. ¡Impídeselo!

Cabalgábamos todos juntos, Lienha, Gumb, yo, los vasininos a nuestro lado con dos hijos de nuestra tía, detrás nuestro. ¿Aunque no sé qué demonios iban a cazar esos dos? Abría la caravana Lopnnius, seguido de escoltas, luego nosotros, los rádicos y más escoltas cuidando de que no hubiese nadie por nuestro entorno. Si así ocurría, parte de los soldados les hacían detenerse y hasta que no pasaba la totalidad de la caravana, no les quitaban el ojo de encima quedándose junto a ellos. Algunas de las gentes que nos cruzamos nos saludaron con cortesía y desmesurada teatralidad, pero también hay que decir que muchos otros agachaban la cabeza hacia el suelo con la intención de no mirarnos siquiera a la cara.

Como no hice caso a mi hermana, volvió a la carga de nuevo.

-Degalito, anda dile que deje en paz a los cervatillos. A él no le gustaría que le disparasen con una flecha y a ti tampoco. ¿A qué no?

Poco podía percatarme que aquellas proféticas palabras iban a ser un nefasto augurio de lo sucedería días después.

-Lienha –contesté defendiendo por una vez a mi hermano–. Hemos venido de caza a celebrar nuestro cumpleaños. Deja que Gumb haga lo que quiera.

-¡Eres un imbécil! –fue su respuesta–. ¡Imbécil y paleta también! Y tú Gumb..., -le señaló con rabia con su dedo índice-. Eres un asesino. Un cobarde asesino. Es que no os dais cuenta que no se pueden defender.

Rutter y Brigadión observaban la escena sin decir nada y mi hermano volvió a la carga sin importarle lo que pensara o dijese Lienha en absoluto.

-Rutter ¿Puedo? Venga, déjame esta vez. Solo una.

Viendo que parecía que Gumb tenía la mano ganada, este afirmó con la cabeza y extrajo el arco que llevaba a su espalda cediéndoselo con una sola flecha.

-Príncipe, –le comentó–. solo pongo una condición, hasta que no nos hallemos a una distancia bastante lejana de la caravana, no podréis armar el arco y antes de disparar debéis esperar mi conformidad. ¿De acuerdo?

-¡Sí, sí, de acuerdo! Lo que quieras. ¡vamos, pues! ¡De prisa! –dijo nada más apresarse más que agarrar el arco espoleando su caballo hacia donde habían huido los cervatillos. Rutter salió tras él como alma que lleva el diablo ya que con el ímpetu que había actuado Gumb, le había sacado cierta ventaja cabalgando.

Los vimos desaparecer tras una nube de polvo. Desde la parte delantera de la caravana algunos escoltas emprendieron una carrera desenfadada con el fin de escoltarles mientras nosotros seguíamos tranquilamente nuestro camino.

-¿Pero cómo puedes acceder a los deseos de Gumb? -soltó mi hermana con rabia repentina–. ¿No tienes voluntad propia? Eres un ingenuo, Degall.

-¿Qué cómo puedo acceder? Muy fácil Lienha y a ver si te empapuzas de esto. – repuse algo acalorado por sus pueriles tonterías respecto a la defensa de los animales-. Estamos aquí para cazar, ¿Que no querías hacerlo? Muy bien, pues haberte quedado en Dor-Alia con nuestra tía y tu puñetero gatito. Aquí hemos venido a lo que hemos venido, solo a cazar y a divertirnos. Ya verás cómo finalmente te lo pasas bien, o sea que anímate Lienha, que esto es una celebración... por ti, por Gumb y por mí.

-¿Una celebración? ¿Qué celebración, ni qué mierdas? -repuso con furia-. Deberíamos estar en Vende y ni siquiera podemos acercarnos ni a mitad de camino. ¿Y entonces qué? ¡Ah! ¡Sí! Una mierda de cacería. A los señoritos se les ha ocurrido una brillante idea. Una cacería en una montaña rodeada de nieve por todos los lados. ¡Ja, ja, ja! ¡Qué bien! Como me voy a divertir celebrando mi cumpleaños con nieve y más nieve por todos los lados. Desde luego que vuestras ideas son de lo más originales e idiotas, aunque sabiendo como sois no tendría que extrañarme de ello. Desde luego que me sorprendes, pero muy negativamente; como siempre.

-¡Lienha, por favor! –abrí los brazos en señal de claudicar ante sus palabras-. ¡Compréndelo!

-¡Lienha, por favor! ¡Lienha, por favor! –repitió ella añadiendo una mímica totalmente exasperante-. ¡Degall, por favor! Diría yo. ¡Degall, por favor, vete a la mierda! ¡Vete tú y Gumb! Dejadme en paz los dos. Menudo viaje me espera. Debí quedarme en Dor-Alia, por lo menos allí tendría a Turbio.

Brigadión junto a nosotros oteaba el paisaje como si nada fuera con él, pero tenía la seguridad que no se perdía nada de nuestra conversación y es más, tuve la impresión que sonreía disimuladamente.

-Lienha -respondí paciente-. Sé por encima que hay una sorpresa que Gumb tiene reservada para ti y que él no pensaba decírtela hasta llegar a destino. –por su cara algo me dijo que mis palabras obraban un repentino efecto. Como buen ejemplo de lo que éramos, ante un presente cualquiera de nosotros lamíamos el culo a quien fuera-. Y no puedo decirte nada más al respecto. De hecho, no sé realmente lo que es -mentí puesto que tenía una pequeña idea de lo que se trataba-. Ha sido también..., ¡Cómo no! Otra genial idea (aparte de la cacería), de Gumb que creo me mataría si supiese que te la he contado.

Lienha con mirada expectante me escuchaba con suma atención pareciendo haberse olvidado del tema del cervatillo.

-Pero antes que revientes de malestar prefiero decirte lo que sé sobre ello. -y me dirigí a mi vasnino para que fuera él quien la consolara con la nueva idea de mi hermano-. ¡Brigadión! Haz los honores y si sabes algo suéltalo.

Tenía cierta esperanza que mi amigo me sacase del entuerto, cosa que hizo a la perfección aconsejando locuazmente a Lienha.

-Princesa, contaros lo que se está preparando para cuando llegemos será muy divertido para vos. Conocéis de sobra a Gumb y sinceramente, creo que es mejor que las cosas sigan como están a que sepáis lo que ocurrirá y que él se entere que lo sabéis de antemano. Es una idea suya y por lo tanto tiene el completo derecho de ser él quien os lo comunique. Por favor, aceptad este consejo, haced como si no ha existido esta conversación y seguid igual que hasta ahora. Hasta con el mismo enfado diría yo –Lienha soltó una risita y aquello vino a decir que aceptaba lo que Brigadión proponía-. Pero os animo a que no hagáis saber por nada que tenéis conocimiento de que algo pasará a nuestra llegada.

-De acuerdo, Brigadión, me has convencido con tu labia. Solo espero que lo que haya para mí en destino me llene ¡No digo más!

Y esa fue la ejemplar respuesta de mi hermanita.

Dimos por finalizada la conversación y seguimos el camino como si nada hubiese ocurrido hablando de otros temas. Tras un buen rato nuestro hermano volvía al galope

seguido muy de cerca por Rutter y los escoltas. Desde la distancia pudimos oírle gritarnos a pleno pulmón.

-¡Eh! ¡Eeehh! M..irad, mir...ad que cerv...a..tillo ens...arté yo m..i..simo con m...i arr...co.

Lienha giró la cabeza hacia otro lado escupiendo rabiosamente al suelo y diciendo algo parecido a "ojalá te pudras", y debo decir que me gustó oír aquello. Gumb venía agarrando las bridas de su caballo con una mano, mientras en la otra sujetaba un pequeño cuerno. Traía la cabeza de un pobre animal cuya larga lengua sobresalía cayendo flácidamente por su boca,

-«Menuda mierda de trofeo». -pensé.

-¡Degall, mira, mira! ¡Mira que hermosa cabeza! –volvió a gritar Gumb ya cerca–.

Lien...

Nuestra hermana espoleó rabiosamente su caballo antes de dejarle terminar la frase yendo directa a primera línea de la caravana. No deseaba ver por nada del mundo aquel esperpento; la cabeza del animal y la cara de mi hermano.

Entonces nuestro hermano irónico la levantó para que todos la vieses bien.

-¡Lienha! ¡Hermanita! Ven aquí a darle un besito –gritó riendo, viéndola huir. Luego al volverse hacia mí su mirada me hizo prepararme para lo que me venía encima.

-¡Yeeepa! Cógela que todavía está caliente, Degall. ¡Agárrala si te atreves!

Y acto seguido me tiró aquel trozo de carne con cuernos directamente encima. No tuve tiempo de esquivarla y chocó con mi pecho cayendo al suelo y ensuciándose de polvo y pequeñas piedrillas. Miré mi hermoso chaleco manchado de sangre y entonces hice intención de abalanzarme contra Gumb desde mi caballo, pero una recia mano me sujetó en el último instante. Oí entonces a Brigadión que me hablaba o mejor dicho me susurraba algo al oído sin que nadie pudiese escucharle.

-Tengamos la fiesta en paz, mi príncipe. Hay chalecos de sobra para vos en los carruajes y esperar otro momento más adecuado es lo mejor que podéis hacer.

-Brigadión –quiso saber Gumb con cara angelical cuando Rutter llegaba a su lado-. ¿Qué le chismorreas a mi hermanito? Anda dímelo a mí también. ¿Puede saberse de qué se trata?

-Simplemente le comentaba que apaciguase sus instintos en esos momentos, mi príncipe. Es una broma que le habéis hecho y debe ser tomada como tal.

-Muy bien, muy bien, Brigadión. Así me gusta, poniendo paz en la familia. Por cierto, coge la cabeza del cervatillo y ocúpate que la preparen y la disequen bien. Quiero tenerla en palacio como mi primer trofeo de caza.

-Pero majestad, no creo proced...

Brigadión intentó replicar ya que aquella orden no iba en absoluto con él. Los vasininos eran nuestros asesores, nuestros cuidadores y sobre todo defensores en casos de peligro, pero no nuestros siervos y la orden de mi hermano no casaba con ello para nada.

-¡Brigadión! –repuso imperativamente Gumb sin dejarle acabar de hablar.- He dicho que recojas esa cabeza y cuides de ella. ¿Me has entendido?

-¡Espera! –grité según mi vasinino había sacado el pie del estribo para descabalar. Su cara contraria a la de la seriedad de Rutter, mostraba diría auténtica apatía, aunque seguro que en su fuero interno el volcán estuviese a punto de erupción. Rápidamente descabalgué y cogí la cabeza por uno de los cuernos con sumo asco enseñándosela a Gumb. La sola visión de mi chaleco manchado de sangre me retorció las entrañas.

-¿Esta mierda es lo que quieres disecar? -dije gritando y mostrando la cabeza a todos mientras Brigadión sonreía disimulada e irónicamente-. ¿Esta mierda?

-No es ninguna mierda, Degall. Es mi trofeo –y pareciendo predecir lo que yo deseaba hacer, hizo intención de descabalar para cogerla él mismo añadiendo–. Y devuélvemelo ya.

-¿Tu trofeo? ¿Este es tu trofeo? Pues vete a por él –y con todas las fuerzas que tenía lancé lo más lejos posible lo que quedaba de aquel pobre animal que se perdió tras unos altos y espinosos matorrales.

-¡Cerdo! -gritó Gumb abalanzándose contra mi desde su montura-. ¡Mal nacido!

El chocar de su cuerpo contra el mío hizo que cayese de espaldas en la polvorienta tierra mientras él tuvo la suerte de conservar la estabilidad. Desde mi posición le vi venir con la sana intención de masacrarme la cara con su bota y no pude menos que esperar el golpe intentando detenerlo poniendo mis brazos por delante. Más los vasininos no estaban con nosotros para vernos despellejarnos vivos, sino para cosas más importantes. Esperé un golpe que no llegó. Miré con temor y vi que Gumb estaba bien sujeto por Rutter que desde lo alto de su caballo le tenía enganchado por la espalda a unos centímetros del suelo.

-Suéltame, Rutter. Te ordeno que me sueltes ahora mismo -decía aún a sabiendas que este no le iba a hacer ningún caso-. Y tú, Degall. Entérate que esto no va a acabar así. Esta me las pagas. ¿Me oyes? Algún día de estos me he de cobrar esta deuda.

-¡Chicos, chicos, chicos! –Rutter por primera vez nos tuteó a ambos, lo que indicaba serios indicios que su estado de ánimo no estaba para bromas-. ¡Dejadlo ya! Estamos digamos de excursión. Va a haber una gran celebración, se va a realizar una cacería y... ¿y vosotros seguís como siempre discutiendo a todas horas por cualquier infantilidad que se os ocurra?

-No es ninguna tontería, Rutter. Ha tirado mi trofeo –vociferó como un chiquillo.

-Gumb, era solo una cabeza de cervatillo y debo decirte que la culpa es enteramente tuya por habérsela tirado primero ensuciándole su chaleco como lo has hecho. Sobre esto, ¿tienes algo que decir en tu defensa?

Gumb calló y no contestó.

-Degall, levántate del suelo y a ti Gumb, te voy a soltar ahora mismo. Como se os ocurra volver a pelearos entre vosotros vais a ver lo que somos capaces de hacer Brigadión y yo -luego le miró a este con semblante serio-. ¿Estás conmigo, Brigadión?

-Me parece perfecto. –contestó-. Ya va siendo hora de que estos dos príncipes empiecen a demostrar más inteligencia y menos tontería. Daos inmediatamente la mano en señal de paz y tengamos la fiesta igual. De aquel de vosotros que intente algo contra el otro, será informado inmediatamente vuestro padre y os advierto que ya estamos cansados de tanta arrogancia y prepotencia por vuestra parte. Sois príncipes, no imbéciles que quieren llegar a gobernar algún día.

Los dos quedamos atónitos por las palabras de Brigadión, por lo que hablaría con él más tarde, deseaba saber si se refería a los dos o solamente al idiota perdido de Gumb.

-Daos la mano ahora mismo, -repitió-. y olvidad lo ocurrido.

Aceptamos la invitación intentando parecer lo que no era..., que ya nos habíamos relajado entre nosotros y que todo estaba pasado y perdonado. Nada más lejos de la realidad

-Por mí, todo está bien. –declaró Gumb, supongo que mintiendo.

-Y por mí también. –agregué de la misma forma.

Montamos en los caballos y seguimos el camino. Para ser el primer día de la supuesta cacería, no parecía que esta iba a ser muy divertida, ni reconfortante, aunque sí complicada

Poco tiempo después, Rutter decidió ir a la parte delantera de la caravana donde se encontraba Lienha. Quería hablar con ella y convencerla que volviese junto a nosotros. Consiguió su propósito, pero durante gran parte de aquel día se mantuvo callada y distante fuese la conversación que fuese. Mantuvo el secreto del regalo perfectamente ya que no comentó nada estando como estaba realmente dolida con Gumb. Viendo esto,

dudaba mucho de lo que haría cuando viese los supuestos legardos que íbamos a cazar completamente despellejados.

Poco a poco el terreno fue ascendiendo y a mediodía llegamos a una pequeña foresta con un hermoso río que la circundaba. En el lugar estaban diseminadas diferentes tiendas de campaña para que nosotros, los maravillosos príncipes pudiéramos descansar de la larga jornada matutina. También pude observar que había tres carruajes por si los queríamos utilizarlos para seguir el camino en ellos en vez de en los caballos. Las horas de la comida y cena se me hicieron claves durante aquel viaje, ya que los cocineros que nos acompañaban preparaban tales manjares que se diría seguíamos en palacio. Después de la opípara comida y un corto y profundo reposo volvimos a emprender el camino. Me sorprendió el hecho que Lienha se negase a subir a uno de los carruajes y siguiese prefiriendo montar a caballo.

El trayecto de la tarde fue tranquilo y transcurrió sin más debacles entre Gumb y yo. Sin más debacles excepto por un comentario suyo que me susurró a la oreja y que nadie más oyó. Personalmente hice lo mismo, como si no lo oía. Responderle era una pérdida de tiempo.

-Degalito, -me soltó-. Degalito, entérate que me debes una cabecita de cervatillo y la quiero cobrar como sea. Si no es de cervatillo no importa, me sirve la tuya. -y con una grotesca carcajada volvió a ponerse recto en su caballo. Lo único que hice fue lanzarle la típica mirada de pisamierdas, a la cual ya le tenía de sobra acostumbrado.

Al ir finalizando la tarde llegamos a otro lugar muy parecido al que habíamos comido, de hecho, estaban las mismas tiendas y carruajes que había visto al mediodía, era nuestra parada para cenar y pernoctar hasta el día siguiente. Descabalgamos, el hecho de pisar tierra firme y no sentir sobre mi culo el peso de mi cuerpo era toda una bendición. Miré a mi hermana, quería ver en su cara su expresión de cansancio, pero esta no decía nada y si lo sufría, lo disimulaba discretamente.

-¡Yeeepa! ¡Por fin! -se alegró Gumb al saltar a tierra-. Creía que no llegábamos nunca. Menuda mierda de viaje.

-Príncipe Gumb -contestó rápidamente Rutter-. Sus palabras, por favor.

-¡Ah! Sí, bueno. Está bien Rutter. Pero es que se me ha hecho eterno Teníamos que haber discutido un poco más hermanito -añadió mirándome sonriente.

-Antes prefiero cortarme la lengua que hablar contigo -señalé.

-¿Sí? Pues tú también ten cuidado. No vaya a ser que te muerdas sin querer y te envenenes. ¡Ja, ja, ja! Además, supongo que para que tu culito no sufra mañana, tú y Lienha iréis mejor en carruaje. ¿Me equivoco?

-¡Gumb! -contestó ella furiosa. Le había oído y aún le tenía guardada la del pobre animal-. Como Rutter no desea oírme que te mando a la mierda, ni Brigadión tampoco que eres un puñetero y repugnante ser. Prefiero darme la vuelta y desaparecer de tu vista lo antes posible para no contaminarme con tu presencia -dicho esto levantó la barbilla y con todo el temple del que era capaz, se dirigió enérgicamente a una de las tiendas.

-¡Vaya! ¡Vaya con nuestra hermanita! Menudo rapapolvo me ha echado ¿Tú harás lo mismo, Degall? - dijo volviéndose hacia mí intentando poner cara de ingenuo, cuando en realidad era cara de idiota redomado.

Tranquilamente y sin contestarle nada me dirigí a la tienda continúa a la de Lienha.

Estaba visto que Gumb era feliz con aquella cacería y luego comprobé que lo demostraba hablando con todo el que se le ponía por delante, hasta con los cocineros o los soldados que nos acompañaban. Menudo imbécil mezclándose con ese tipo de gente. ¡Si padre lo viera!

Cenamos como comimos, de maravilla y luego cada se fue a su tienda a dormir.

¡Qué mala suerte! Aquella noche no podría ver a mi Lienha desde el balcón y me sentí solo.

El nuevo día llegó algo nublado y después de un buen desayuno emprendimos el viaje de nuevo sin perder más dilación. Nuestra terquedad hizo que los tres subiésemos a los caballos, aun sabiendo que íbamos a acabar con nuestras posaderas rojas y doloridas al final de la jornada. Éramos imbéciles teniendo carruajes a nuestra disposición, la arrogancia y el ego más profundo nos hacía ser idiotas empedernidos..., a los tres, ninguno nos salvábamos. Emprendimos la ruta y una rápida mirada atrás me hizo ver cómo los hombres dismantelaban rápidamente tiendas y campamento para luego montarlas en el nuevo emplazamiento.

La jornada siguiente transcurrió como la anterior. Cabalgamos hasta mediodía, luego descansamos para comer y reposar y finalmente acometimos la última parte del trayecto donde la nieve empezaba poco a poco a hacer acto de presencia. Casi sin darnos cuenta habíamos ido ascendiendo por laderas y montañas que antes pequeñas y lejanas, ahora se habían ido transformando en gigantes y majestuosas emperadoras de la naturaleza y de los cielos. A media tarde llegamos por fin al destino. Descabalgamos y prácticamente sin decir nada me dirigí a mi tienda; debo reconocer que ahora si asemejaba ya a un confortable pequeño hogar. El suelo estaba totalmente alfombrado y disponía de una pequeña bañera con agua caliente preparada para mi aseo personal. Verla me incitó a desvestirme y lanzarme de cabeza para quitarme la mugre y el polvo del camino. También había una cómoda y una mesa con una confortable silla, un perfecto habitáculo en medio de las montañas que ni siquiera el helado clima penetraba en el lugar ya que una rustica e improvisada chimenea trabajaba lo suyo quemando leña y calentando el ambiente. Era lo que yo necesitaba. Supongo que la soldadesca iba a sufrir el rigor del frío en sus débiles tienduchas, pero bueno, aquello no me importaba en absoluto, ellos sabrían que hacer para entrar en calor y todo estaba relativamente correcto mientras yo y luego mis hermanos estuviésemos bien.

Tranquilamente me fui preparando para el relajante baño por lo que avisé a mis siervos para que me ayudasen. Cuando estaba metido en la bañera llena de espuma y rodeado de mi fiel servicio, Gumb entró como un huracán.

-¡Degall, Degall! Date prisa -dijo acaloradamente-. Acaban de avisarme que la sorpresa para Lienha, está llegando. Date prisa y vosotros –se dirigió a mis ayudantes-. Secadle ya y vestidle inmediatamente. Te espero fuera. ¡Corre!

Y de la misma forma que había entrado volvió a salir mientras mis ayudantes me miraban con caras incrédulas sin saber qué hacer. Gumb les había dado una orden, pero estaban a mi servicio y por lo tanto indecisos. Tuve que tomar las riendas de la situación aún sin ganas por ver lo que mi hermano había preparado

-Venga, Vamos idiotas. ¿No le habéis oído? –apremié saliendo del agua-. Secadme y preparad mis ropajes. Daos prisa ¡Demonios! A ver qué mierda es esa.

Como ya me conocían de sobra, insultarles no les causó mayor problema y procedieron a secarme mientras otro extraía de la cómoda mis elegantes ropas traídas desde Dor-Alia. Por orden expresa de nuestro padre, Loren, Balk junto con otros siervos nos habían acompañado desde Vende para que no tuviéramos problema alguno referente a vestimenta y aseo. En ese aspecto padre cuidaba mucho el decoro. Una vez los oí hablar entre ellos de no sé qué paciencia y sacrificio, no entendí muy bien lo que querían decir y no quise entrar en detalles ya que las conversaciones del servicio no me interesaban para nada. De Lienha solo recuerdo vagamente el nombre de una de las ninfas que la atendía, creo que era Seuvba o algo similar.

Así que poco después y bastante abrigado, estaba junto a Gumb en medio de la acampada a la luz de la llamas que producían las hogueras y multitud de antorchas a nuestro alrededor. El ambiente se encontraba bellamente iluminado de un color anaranjado rojizo, acompañado de algún que otro chisporroteo que escapaba volando de las hogueras. Poco después Rutter y Brigadión ambos con gruesos abrigos se unieron a nosotros, solo faltaba mi querida Lienha. Hablando con un Gumb totalmente ilusionado,

empezamos a oír una música que provenía de lejos y que cada vez se oía más fuerte aproximándose.

-¡Ya vienen, ya vienen! –gritó rebosante de una alegría que no iba conmigo–. ¡Corre, Rutter! Ve a buscar a Lienha. Debe estar aquí para su gran momento.

-Va a ser una sorpresa genial, mi príncipe –agregó este antes de acatar la orden-. A Lienha le va a encantar.

-¿Tú crees que me perdonará lo del cervatillo?

-Por supuesto, mi príncipe. Lienha no es en absoluto rencorosa -y diciendo fue a buscarla, pero...

-¿Hey! ¿Qué es esa música? -chilló nuestra hermanita saliendo de su tienda y viniendo a la carrera hacia nosotros-. ¿No oís? Parece que viene de por allí, por donde los árboles -y señaló hacia el lugar.

-Es para ti, mi querida hermanita. Un regalito mío –dijo apresuradamente Gumb, dejando bien claro que la idea era toda y enteramente suya-. Espero que con esto me perdones lo del cervatillo.

-¿Pero qué es, Gumb? ¿Qué es? -la sorpresa que demostraba en su cara era patente, por lo que todos sonreímos- ¿Es para mí? ¿Un regalo para mí, Gumb? ¿Un regalo tuyo?

-Sí, querida –respondió-. Y espero que te guste. ¿Me vuelves a querer otra vez?

Lienha si saber siquiera de qué se trataba, se echó encima de él dándole un abrazo que por poco le deja sin aliento. Gracias a que todos miraban la escena, nadie se fijó en el rictus de mi boca al presenciarlo.

-«¡Mierda! -me dije rabioso- ¡Por qué no te morirás ya!».

-Princesa Lienha –comenzó a hablar Rutter–. Vuestro hermano, el príncipe Gumb, me ha pedido personalmente hablar en su nombre comunicándoos qué se trata de vuestro regalo de cumpleaños. También me ha reiterado en varias ocasiones el decirnos que es únicamente un presente para vos de su parte; de nadie más.

Lienha no pudo reprimirse, su cara solo reflejaba felicidad, pura felicidad. Siempre había sido igual, cuando le regalabas algo que no esperaba se podía decir que la tenías comiendo en la palma de tu mano como un pobre pajarito.

-Me estáis haciendo la mujer más feliz del mundo. ¡Gracias, Gumb! -y le cogió de la mano apretándosela con fuerza mientras yo intentaba disimular lo mejor posible mis celos ante la situación-. Rutter, ¿de qué se trata?

La música sonaba ya mucho más cerca.

-Eso que oís, mi princesa...

Mientras hablaba a Gumb le iba a explotar el pecho del orgullo que sentía por su genial, imbécil y atrofiada idea.

-Eso que oís, ha sido preparado por el príncipe Gumb personalmente para vos en Dor-Alia. Vais a disfrutar de una velada de encanto y ensueño con músicos, cómicos y bufones y es más..., seguirán deleitándoos con su presencia durante todos los días que estemos por estos parajes tan hermosos. Esta noche tendréis la oportunidad de presenciar una obra cómica titulada “La Hija del Herrero y el Martillo desaparecido”. Mañana también nos han prometido representar otra obra, pero el título solo lo conoce vuestro hermano. ¡Príncipe, por favor!

-Mi Lienhita querida. Todo lo que vas a ver es para ti -soltó Gumb como un pavo engreído dando un paso hacia adelante.

Me observó un instante despreciándome con su mirada.

-“Este tontolculo intenta brillar como una auténtica gema real”. -pensé.

Y prosiguió como si tal cosa repitiendo lo mismo que Rutter, que si era un regalo suyo y solo suyo. Vamos repitiéndose.

-Un regalito mío. Solo mío y de nadie más. Solo para ti. Para mí queridísima hermanita, la princesa de mi alma.

-Esta tarde te hubiera matado por lo del cervatillo, Gumb -respondió llena de alegría-. Pero con esto que me estás demostrando, pagas de sobra todas tus deudas conmigo. Gracias hermanito mío también del alma. No sabes lo mucho que te quiero.

Y diciendo esto le estampó un beso en la mejilla, acto seguido se volvió hacia mi e hizo lo mismo conmigo acariciando mi mejilla con sus labios. Me quedé clavado al suelo sin saber qué decir y supongo que con cara de imbécil, luego nos cogió a ambos de las manos diciendo:

-Sois mis hermanitos y os quiero a los dos por igual. Tengo que deciros que me duele mucho veros discutir continuamente. ¿Cuándo pararéis y os comportaréis como verdaderos hermanos? -soltó un profundo suspiro y volvió a mirar hacia los árboles, la música sonaba allí mismo detrás de los más cercanos. Todos miramos hacia aquel lugar, nosotros, los soldados, los siervos, los cocineros, todo el mundo tenía la vista fija hacia allí.

Por donde aparecieron de repente.

En cabeza venían tres carruajes que portaban a multitud de músicos, trovadores, juglares, tamborileros y demás. Venían con sus instrumentos y parafernalias, sonando a pleno pulmón y tocando con idéntica devoción. Se oían flautas, laudes, arpas, tambores y panderetas. Detrás venían otros dos carromatos con una compañía entera de teatro y aún más atrás las caravanas que les servían de viviendas. Los actores, bufones, títeres y cómicos vestían ya con los atuendos para la representación de la obra. Cuando todo aquel universo de la escena y picaresca detuvo la marcha, quien parecía ser su cabecilla descendió de uno de los carruajes viniendo decididamente hacia nosotros. Su destino parecía ser Lienha ya que delante de ella mostrando una enorme sonrisa elegantemente la reverenció.

Era una persona alta, esbelta y de mediana edad, con mucho estilo y elegantemente vestido. Se podía observar claramente que los años vividos encima de escenarios le habían quitado todo tipo de miedos y vergüenzas. Así que con un atrevimiento y osadía sin igual, aquel personaje de mirada atrevida y sonrisa más que osada, empezó a hablar, aunque más que hablar se podía decir que comenzó a gritar para que todos los presentes le oyeran bien.

-¡Mi bella! ¡Mi adorable, princesa Lienha! Primeramente, permitidme presentarme a mí mismo. Soy lun DeLof responsable del teatro y circo que podéis ver a mis espaldas.

Se giró hacia los carruajes y dirigiéndose a todos los suyos gritó:

-¡Eh, chicos! Saludad como se debe a nuestra princesa Lienha y a los príncipes Gumb y Degall.

Una repentina y explosiva algarabía llena de vítores, vivas y bravos inundó en un instante todo el campamento, luego cuando sus hombres se fueron aplacando prosiguió:

-Llegamos aquí, querida princesa y somos gente humilde. Gente como músicos, cómicos, amigos del teatro y de la pantomima. Trotamundos en general que han marchado por toda nuestra querida Shámsala de norte a sur y de este a oeste durante demasiados años de nuestras vidas. Alguno de nosotros nacimos en el mismo camino, en medio de una arboleda o lejos de una gran ciudad. Pero hoy y ahora, nuestra máxima prioridad es haceros reír, disfrutar y gozar durante toda vuestra estancia en este magnífico paraje con nuestra presencia.

Y al decir esto el descarado le guiñó un ojo. Rutter y Brigadión sonrieron aceptando el atrevimiento cómico del "cómico".

-Permitid presentaros a la verdadera... a la auténtica... a la única e inigualable ... - hizo un largo silencio para dar más sabor y emoción y continuó-. "Compañía de la Luna y del Sol", y estamos a vuestro humilde servicio, mi princesa, para lo que deseáis.

Y acto seguido otra reverencia rubricó su magistral presentación con toda su troupe desde los carromatos imitándole, haciendo lo mismo.

-Sed bienvenidos, lun DeLof –agradeció Lienha–. Vos y todos los vuestros. Por vuestras palabras sé que vamos a disfrutar plenamente con lo que nos ofrecéis. Levantaos por favor.

lun se izó y simplemente palmeó dos veces con fuerza. Todos sus acompañantes empezaron a bajar de los carromatos y en abrir y cerrar de ojos habían instalado en medio del campamento un pequeño escenario donde poco después comenzaría a representarse la obra “La Hija del Herrero y el Martillo desaparecido”. A nosotros y a los vashinos nos trajeron unas confortables sillas para que pudiéramos seguir la obra cómica sentados cómodamente.

Esta trataba de la hija de pobre herrero, de sus amoríos a espaldas de su padre y de cómo gracias a un martillo robado en la herrería, conseguía dinero y fortuna. Una obra llena de chispa y derroche de ingenio, además de su punto sensual y erótico. La Compañía de la Luna y del Sol la representaba por pueblos y ciudades de los caminos con él mismo resultado final, unas buenas risas, unos buenos aplausos y unos no tan buenos momentos de entrega caritativa de monedas. Hoy se podía decir que tenían todo el pescado vendido ya que iban a actuar delante de unos príncipes.

Representaron la obra y como no, consiguieron las carcajadas de todos los asistentes. La soldadesca también acudió a verla y aún aquellos que estaban de guardia lo hacían disimuladamente, intentando ocultar sus risas como podían. Desde el inicio de la obra hasta su final, las carcajadas fueron continuas y nadie se libró de ellas. Al finalizar los actores volvieron a salir al escenario, juntaron sus manos entre todos y reverenciaron a los asistentes agradeciendo los sonoros aplausos.

Instantes que aprovechó Lienha para comentar alegremente:

-¡Rutter! -le preguntó mirando a los felices comediantes-. ¿No tendrás por ahí alguna bolsa con algo de valor? ¿Algunas monedas o algo parecido?

-En mi tienda majestad, ahora mismo vuelvo.

Sin más se fue volviendo con una bolsa llena de oro que le entrego a la princesa. Esta la sopesó en su mano y gritó:

-¡lun DeLof, venid aquí, por favor!.

-Mi princesa -preguntó rápidamente Rutter. ¿No creéis que es demasiado oro por unas simples carcajadas? De hecho, la compañía ya ha cobrado suficiente de vuestro hermano. Creedme que no ha salido gratis a las arcas reales esto que estáis disfrutando.

-Déjala que haga lo que quiera, Rutter, hoy es su día -contestó Gumb-. Recuérdalo.

-Como vos digáis, majestad.

lun DeLof había llegado y estaba frente a la princesa.

-¿Vos diréis, majestad? Espero y deseo que hayáis disfrutado con mis hermanos y amigos de nuestra pequeña representación.

-¡Excelente, lun! Ha sido una chispa genial para el día de hoy -reconoció encantada-. Y no me importaría que mañana la representarais de nuevo. No gratis por supuesto, solo a cambio de esta pequeña bolsa.

Y con decisión se la lanzó. lun DeLof la agarró con la misma fuerza que un águila atacando a una pobre paloma y cuando la abrió, los ojos le hicieron un extraño de tal forma que causó más risas que la obra representada anteriormente. Lo único que pudo decir tartamudeando antes de volver corriendo junto los suyos fue.

-A vuestras órdenes..., mi... mi princesa, mis príncipes.

Desapareció de nuestra vista en un santiamén y vimos cómo llegaba junto a los suyos enseñándoles el tesoro. Luego con sumo mimo se lo guardó rápidamente dentro de la pechera por si acaso. Gumb aprovechó ese instante para hablar.

-Querida la obra de mañana va a ser otra diferente a la que has propuesto. Podrán repetir esta, pero siempre después de hacer mi “pequeño encargo.”

-¿Tu pequeño encargo? -quise saber. Llevaba ya mucho tiempo callado y sus palabras me llamaron la atención poderosamente.

-Sí. Mi “pequeño encargo”. -repuso con maliciosa sonrisa-. Mañana van a hacer otra representación de una obra que les he encargado.

-¿Y qué les has encargado, hermanito? -preguntó curiosa Lienha.

-He dado a esta compañía mi beneplácito para desempeñar una pequeña comedia, vamos una obra sobre nuestras vidas. Tu vida Lienha, la vida de Degall y la mía. Trata sobre nosotros tres, los príncipes de Shámsala. Mañana representarán un acto sobre nosotros. Me pareció algo sumamente original.

-¿Y les has dado alguna idea? -pregunté inconscientemente. Conociendo a mi hermano y sabiendo que él había ideado la obra resultaba obvio que yo no iba a salir muy bien parado en ella.

-Por supuesto, Degall, y no solo una, les he dado multitud de ideas y creo que son geniales. Todas ellas son geniales como yo. -y diciendo esto echó tal risotada que tuvo que ocultar su cara entre las manos. Sus palabras me previnieron de que al día siguiente sería el hazmerreír del campamento por mucho príncipe que fuese. Gumb me la tenía jugada y con su consentimiento y sus directrices, los cómicos podían desempeñar en su obra cualquier cosa. Lienha quedaría bien, Gumb quedaría como un inteligente, apuesto y hermoso héroe y seguro que yo quedaría como un auténtico idiota.

No sé cómo, pero siempre conseguía llevarme la delantera. ¡Maldita sea!

Cenamos en el mismo lugar acompañados por los músicos y sus deliciosas canciones de bellas melodías y acordes. Los cómicos y algún que otro malabarista también hacían de las suyas para que la velada fuera en todo momento amena y divertida. Al acabar simplemente cada uno se retiró a su tienda a descansar hasta el día siguiente.

Esa noche rodé y rodé en mi lecho pensando en todo tipo de jugarretas que iba a presenciar en su imaginativa obra, consiguiendo dormirme tras horas de insomnio y de locura mental.

-Príncipe, despertad por favor, el baño está preparado para vos -me avisó Loren suavemente. Abrí un ojo y pude distinguir a duras penas que de la bañera salía un manto de humo y vapor flotando que se disipaba por el techo de la tienda.

«¡Vaya! -pensé y me vino a la mente repentinamente la imagen de Galizas-. ¿Qué estará haciendo ahora? Tal vez no debimos fiarnos de ti».

Me levanté a duras penas de la cama, debido a la gracia de Gumb con la representación sobre nuestras vidas no había conseguido dormir decentemente. Al rato estaba en la bañera totalmente enjabonado de arriba a abajo. Me asearon, me secaron, me vistieron con ropa de campo y una vez me vi en un espejo, me encontré aceptable para la caza de aquel día. Me sentí como nuevo.

Salí de la tienda y allí estaban conversando amigablemente. Lienha, Gumb, Rutter, Brigadión y los dos cazadores esos que habían venido a ayudarnos a cazar, Rivinous y Lopnnius. ¡Mierda! También estaba ese rádico de nombre Bariel, que en cuanto podía miraba disimuladamente a mi Lienha.

Esa mañana desayunamos todos juntos comentando cómo iba a ser el día, por donde marcharíamos, que tipo de caza también se nos podía dar, donde disparar a los legardos, como diferenciar el macho de la hembra, etc. etc. etc. Lienha nos comunicó que ella lo sentía mucho, pero eso de asesinar a pobres animales no iba con ella y que se quedaba en el campamento. Lo comentó sin darle mayor importancia, pero la mirada que percibí cruzándose con Bariel me dijo bastante, quería quedarse para estar cerca de él. Los cómicos seguían intentando en todo momento hacernos pasar el día agradablemente, pero a mí personalmente se me estaba atragantando el desayuno.

-«Vaya con el Bariel este. Veré que puedo hacer contigo».

A primera hora de la mañana una gran partida de soldados y guardias habían salido hacía el lugar donde intentaríamos abatir a los animales. Su misión era largar del lugar todo aquel que pudiese molestarnos con su presencia en nuestra caza. Se podía decir que los montes se iban a cerrar a nuestra conveniencia, no permitiendo que nadie entrase.

Gajes de ser príncipe.

Se decidió que Gumb cazaría junto a Rutter y Rivinous, mientras yo iría con Brigadión y Lopnnius. Nos desplazaríamos a cierta distancia los unos de los otros intentando abarcar el mayor espacio posible de campo, siendo la soldadesca quien recogiese todo animal abatido en nuestro camino.

Salimos del campamento simplemente armados con los arcos, alguna lanza liviana y dagas. Como no, el hecho de ver a Gumb con su querido Arco Blanco me hizo retroceder en el tiempo y recordar la magnífica exhibición que nos dieron los vasininos en su día. Ahora parecía que ya lo dominaba y tenía la autorización de Rutter para poder usarlo en la cacería, eso sí, siempre muy cerca de él por si acaso. No había mucha nieve por el terreno todavía, pero se veía que esta empezaba a dominar el paisaje a no mucha distancia montaña arriba y posiblemente en algún lugar bajo ella, algún escurridizo legardo estuviese agazapado.

Lopnnius y Rivinous marchaban unos pasos delante de cada uno de nosotros buscando pistas, huellas y todo aquello que podía advertirles de la presencia de un animal. Con todos sus sentidos en alerta, se podía prever que si alguno estuviese por las inmediaciones, tenía muchas posibilidades de acabar asado y bien tostado.

Repentinamente vimos en la distancia a Rivinous que volviéndose hacia Gumb y Rutter, señaló el cielo.

-¡Allí!

Una preciosa garza real de las nieves sobrevolaba el lugar a cierta distancia. Gumb miró a Rutter y este simplemente asintió con la cabeza. Presa de las prisas, Gumb armó su Arco Blanco y comenzó a levantarlo hacia el cielo con la sana intención de atravesar al pájaro. Pero las prisas son malas consejeras dicen y antes siquiera que pudiese apuntar, sujetó mal la flecha y esta cayó sin vida inocentemente al suelo.

-¡Menudo cazador! -grité sin poder reprimirme desde la distancia-. ¡Ten cuidado no te atreveses el pie! ¡Ja, ja, ja!

Un ¡Vete a la mierda!, Fue su única respuesta recogiendo la flecha y viendo como la garza volaba lejos de su alcance.

-¡Por favor, Degall! -me llamó la atención Brigadión-. Tengamos la fiesta en paz. Vuestro hermano, no necesita muchas historias para comenzar una guerra con vos. Intentad reprimiros un poco, solo eso, un poco, por favor.

-Bien. Intentaré hacerlo así, amigo -contesté con una sonrisa-. ¿Pero lo has visto? ¿Has visto que inútil?

-Sí, Degall. Lo he visto -respondió sonriendo también.

Lopnnius, un par de metros delante nuestra se giró entonces mirándonos.

-¡Shhh! Príncipe, por favor. Intentad no hacer ruido alguno. Cualquier animal que se encuentre por las cercanías puede oírnos y huir mucho antes siquiera que nos demos cuenta de su presencia. Tenedlo presente, majestad.

-¿Eeh? -aquellas palabras me sorprendieron y solo puede contestar-. Muy bien cazador, se hará como dices.

Dirigí la vista hacia otro lado pues no quería que viera mi cara de hastío por su soez comentario hacia mi persona. ¿Cómo podía un puñetero cazador hablarme así a mí, a un príncipe de Shámsala? Suspiré e intenté seguir en silencio igual que Brigadión, quien seguía sonriendo..., como siempre.

Las primeras horas transcurrieron con relativa paz y sin mucho que decir. Atravesamos algún que otro pequeño bosque con trocitos de nieve que intentaba

sobrevivir encima de pequeñas hojas y ramas. Caminando a través de descampados ascendimos poco a poco por la montaña. Nuestra ilusión por encontrar al legardo se acentuaba a cada paso que dábamos. Intenté disparar sin acierto a conejos, liebres, zorros y algún que otro ciervo pequeño que huía despavorido en cuanto nos veía, pero de los legardos, ni rastro.

Los cazadores tenían orden expresa de no disparar a nada salvo en caso de peligro real hacia nuestras personas señalando simplemente las piezas, luego era menester nuestro el acertar o hacer el ridículo. Personalmente a mí se me daba mejor lo segundo. Lopnnius me señalaba el blanco advirtiéndome en voz muy baja:

-¡Allí, majestad! Disparad ahora.

O bien.

-¡A vuestra izquierda, debajo de aquel árbol!

Pero no sé por qué razón al armar el arco, el nerviosismo y las prisas me atenazaban resultando imposible que pudiese acertar nada. Lo único que hacía después de disparar y ver que la flecha había volado lejos de su destino, era comentar a mi Brigadión:

-¡Tuyo es! ¡Dispara!

Aquellas palabras eran la sentencia a muerte del animal por mucho que huyese. Era increíble el acierto que mi vasnino o Rutter (a quien veía en la distancia), tenían cuando empleaban el arco. Cada disparo era un blanco fijo y un animal muerto o moribundo. Incluso vi que mi propio hermano con su Arco Blanco acertaba de lleno a un gran venado que salía huyendo para caer muerto pocos metros después. Seguimos ascendiendo y cuando casi no había hierba y todo el paisaje era del dominio de la nieve, repentinamente Rivinous emitió un extraño silbido. Lopnnius se acercó con rapidez advirtiéndonos:

-Un legardo –comentó nerviosamente-. Rivinous acaba de ver huellas de un legardo. ¡Majestad! Ahora debemos tener muchísima más precaución con nuestros pasos, es un animal sumamente fiero y peligroso.

-¿Tan fiero es, cazador? –repuse con cara incrédula.

-Sí, mi príncipe. Si se encuentra rodeado y sin salida puede perfectamente atacarnos y sus colmillos no van a hacer en absoluto asco a la carne de nuestros cuerpos.

-¿Qué dices? ¿Que nos puede atacar? –pregunté un tanto perplejo. Aquello no rezaba conmigo. Había ido a cazar y a matar animales, no a que estos intentasen hacer lo mismo conmigo. Ya había tenido suficiente con el Risco ese de las cartas y todavía algunas noches soñaba con ello.

-Estad tranquilo, majestad. Los legardos si pueden y tienen escapatoria huyen. Es cuando no pueden hacerlo y se sienten acorralados cuando pueden llegar a atacar realmente. Debemos descubrirlo a él y no él a nosotros. A partir de ahora no podemos hablar, solo hacernos señales entre nosotros.

Brigadión quien estaba muy callado, debía estar tomando nota de lo que nos decía el cazador. Miramos a Rivinous y pudimos observar cómo este nos hacía señas a las que Lopnnius respondía con otras aún más raras. No sabía yo que estos cazadores tuviesen este extraño idioma.

-Rivinous dice -comentó nuestro cazador-. que acaba de encontrar una pista y que por las huellas que ve hundidas en la nieve, el peso del animal es el de un buen ejemplar, un macho auténtico que no debe encontrarse muy lejos. Nos pide que nos adelantemos un poco por nuestro lado hacia la derecha. Mientras ellos se van abriendo por la izquierda, así intentaremos ampliar un poco la zona de caza. Tened el arco armado y preparado para cualquier instante a partir de ahora, majestad. Y vos Brigadión, no estaría de más que hicieseis lo mismo.

-¡Perfecto, cazador! Ya estaba cansado de conejos y zorros. -contestó el vasnino-. Vamos a por lo que hemos venido y esta noche cenemos esa carne tan extraordinaria con una buena jarra de vino. ¿Preparado, mi príncipe?

-¡Preparadísimo! Así que vamos allá, Brigadión. Lopnnius, cuando quieras.

El paisaje ahora completamente blanco tenía algunos que otros árboles diseminados por aquí y por allá y la visión que nos ofrecían las montañas era maravillosa con sus majestuosos picos nevados. Algunos de ellos incluso tapados por nubes de blanquecino color.

Pero muy escondido cerca de alguno de aquellos cercanos árboles debía estar nuestro querido legardo. Con sumo cuidado y atención los cazadores siguieron hablando en su extraño idioma de signos. Interiormente me sentía nervioso y con el arco tenso para utilizarlo en cualquier momento..., casi sin darme cuenta eché una ojeada a Brigadión y viendo su serenidad me tranquilicé un poco. Estaba igual que cuando le había visto actuar en otros momentos difíciles de mi vida. Con él así a mi lado cuidándome no quisiera estar en la piel del legardo por nada del mundo.

Seguimos avanzando, intentando no hacer ruido alguno cuando súbitamente un claro gesto de Lopnnius nos detuvo. Lo entendimos al momento, el legardo estaba allí, muy cerca, agazapado y escondido. No le veíamos, pero el cazador con claros signos nos señaló el lugar donde casi con toda probabilidad se encontraba. Rivinous, Gumb y Rutter se acercaron un poco por su lado cerrando una posible huida del animal.

Todo estaba preparado y listo, pero los acontecimientos no fueron justos lo que esperaba, desembocaron como nadie se lo podía imaginar.

Todo salió al revés.

Sobre todo, para mí.

Rivinous nos miró a los tres fijamente y sin más inició una cuenta atrás de tres segundos, señalándolo con sus dedos a mano alzada.

-Estad preparados ahora, mi príncipe. Vos también, Brigadión -advirtió Lopnnius-. Empieza la verdadera cacería.

Cuando acabó la cuenta atrás, Rivinous emitió un sonido sorprendente. Increíblemente bajo unos blancos matorrales muy cerca nuestro, alguna bestia respondió al graznido, berrido o enigmático gruñido del cazador. Aquello nos sorprendió tanto a Brigadión como a mí. El legardo o lo que fuese, increíblemente había contestado. Rivinous volvió a emitir extraños sonidos y poco después veía con mis propios ojos al espléndido animal.

Un gran y precioso macho legardo de áspero pelaje y con un par de colmillos no precisamente muy amigables, había salido de su escondite deteniéndose cerca de nosotros. Diría que parecía analizarnos deduciendo las posibilidades que tenía de sobrevivir atacándonos o de huir lejos de allí. En sus ojos se mostraba el salvajismo total, un salvajismo extremo o la locura de sentirse atrapado con su vida en juego.

-¡Ahora! ¡Ahora! ¡Disparad ya! -gritó Rivinous mientras el legardo observaba y no se decidía por quien atacar.

Sin más levanté mi arco patosamente como lo había hecho en anteriores ocasiones.

-Estad tranquilo, mi príncipe -con mis torpes y nerviosos movimientos oí la voz de Brigadión a mi espalda-. Acordaros de lo que os he enseñado, acordaos de "Lo Prohibido". Apuntad, respirad hondo, contened la respiración y disparad. No hay ningún peligro para vos. Sabed que estoy aquí para protegeros y el animal podéis ver que no sabe qué hacer. Así que disparad ya, Degall. ¡Dispara! ¡Ahora!

Lo hice, pero antes observé a Gumb que tenía completamente tenso su arco mágico para el disparo. Repentinamente el legardo inició el ataque emprendiendo una

veloz carrera hacia mí persona. Disparé sin llegar a acertarle y en el momento que mi flecha se perdía en la nieve muy lejos de él, Brigadión hizo lo propio. Gumb continuaba tenso con su arco.

Rutter también había conseguido disparar y sendas flechas de los vasininos habían dado en el blanco. La de Brigadión en el hombro derecho y penetraba hacia dentro del animal y la de Rutter en un costado perdiéndose de la misma forma.

Solo faltaba una flecha, la flecha de mi hermano y su Arco Blanco.

-¡Cuidado! -oí gritar a Brigadión según se abalanzaba hacia mí.

Instantáneamente noté un pinchazo en el costado izquierdo de mi cuerpo que hizo que me doblase sin más. Miré qué había pasado y vi que la punta de una flecha sobresalía de mi costado, solo se veía la punta por delante. Me percaté con un miedo atroz que me encontraba totalmente atravesado y no pude hacer, ni decir nada más. Allí mismo perdí la consciencia olvidándome totalmente del legardo, de la cacería y de todo lo demás.

Cuando desperté me encontraba en una tienda, tendido encima de una mesa y solamente vestido con un pequeño calzoncillo mientras Rutter y Brigadión a mi lado me observaban seriamente. También había instalada una pequeña chimenea por lo que la temperatura era muy agradable.

-¿Dónde..., donde estoy? -fue lo primero que acerté a decir.

-Por fin, mi príncipe. Por fin os despertáis. Cuando ocurrió os trajimos de vuelta urgentemente al campamento –respondió Rutter visiblemente preocupado.

-«Cuando ocurrió ¿Qué quiso decir con cuando ocurrió?».

Por un instante me olvidé de lo sucedido e intenté izarme. Un dolor punzante me recorrió el lado izquierdo de mi cuerpo. Brigadión rápidamente con sus manos me inmovilizó con suavidad impidiéndome que me levantara más.

-No os mováis, príncipe, tenéis una flecha atravesando vuestro costado, está..., la tenéis alojada de lado a lado. Por delante está la punta y hemos arrancado las plumas, pero la tenéis dentro su cuerpo. Vamos a intentar extraérsela lo antes posible, pero para ello necesitamos unas medicinas que hemos ordenado vayan a buscar lo más urgentemente posible a un pueblo cercano. Estamos esperando que regresen para empezar.

-¡Dios mío! –imploré presa del pánico percatándome de mis condiciones y sin muchas ganas de hablar-. ¿Pero cómo ha podido ocurrir esto? ¿Quién? ¿Cómo? ¿Quién me ha disparado, Brigadión?

-Ha sido un accidente, mi príncipe –se apresuró a decir-. Un terrible accidente que nos ha cogido a todos por sorpresa. No nos lo podemos explicar. Habéis estado más de cinco horas sin sentido y en un momento dado hasta temimos lo peor, pero la suerte os ha acompañado. Analizando la herida hemos descubierto que no ha afectado a ningún órgano vital. Aun así, reconocemos que debe ser muy doloroso para vos estar en estas condiciones.

Encima de aquella mesa me sentía como una gallina a la que iban a retorcer la cabeza en cualquier momento para ir luego directa a la cazuela. Reconocí entonces el lugar, era mi tienda. Ahí estaba la mesa, la cómoda, mi bañera y mis ropas ensangrentadas encima de la silla.

-¿Quién demonios me dispa... ¡Aaagh!–intenté hablar con un repentino ataque de furia, pero el dolor hizo que me callara repentinamente. Cuando este pasó un poco más tranquilo proseguí-. ¿Quién ha sido el que me ha disparado? –miré a Rutter casi rogándole con mis palabras-. ¿Habéis conseguido coger a ese traidor?

-Mi príncipe, fue un lamentable accidente de caza –Rutter evitó mi mirada-. Fue vuestro propio hermano Gumb quien lo hizo. Os hirió con una flecha lanzada desde su Arco Blanco.

Hablaba sombríamente con tristeza y pesar.

-Si no llega a ser por Brigadión. Si no llega a ser por Brigadión que vio como la flecha partía a vuestro encuentro, -calló un momento-. si no llega a interponerse en su camino desviándola en el último suspiro con su daga, ahora mismo... -y volvió a reinar un tétrico silencio-. Ahora mismo no lo hubieseis contado, mi príncipe.

-Pero también ahora mismo –se apresuró a decir Brigadión, intentando desviar la conversación hacia otros ámbitos-. Estamos evaluando cómo quitar la flecha con el mínimo riesgo y dolor posible para vos.

-¿Ha sido Gumb? –no oía lo que hablaban, ni qué me decían. Solamente se reproducía en mi mente el nombre de mi hermano. ¡Gumb! ¡Gumb! ¡Gumb!

-«Gumb ha intentado matarme, quitarme de en medio», –pensé rápidamente.

-Ha sido un lamentable accidente, Degall. Solo eso, un inoportuno accidente. –me decía Brigadión, más observándole pude apreciar que ni él se creía lo que decía..

-¿Qué, qué medidas habéis tomado contra Gumb ? –pregunté ido de rabia.

-Perdón. –balbuceó Rutter-. ¿Qué queréis decir con esas palabras, príncipe?

-¿Qué medidas habéis tomado contra Gumb? ¡Vaya! ¿No me entiendes? –apuntillé lo más airadamente que podía-. ¡Rutter! Me acaba de atravesar con un puñetero Arco Blanco que solo hace lo que su dueño le dicta y ordena. ¡Demonios! Te lo repito ¿Qué clase de medidas habéis tomado contra mi hermano?

-Le hemos quitado su Arco Blanco, príncipe –se apresuró a decir Brigadión-. Tiene a partir de hoy mismo terminantemente prohibido su utilización, tanto si está con Rutter como si no lo está. Ya no podrá usarlo más.

Le miré sopesando lo que me decía y deduje que mi vasnino no podía hablar a sus anchas ante Rutter. Más tarde lo haríamos entre nosotros y ataríamos cabos. Eso si salía de esta.

Añadió entonces:

-Vuestra hermana está realmente preocupada y desea veros lo antes posible y Gumb también para pedir os perdón por lo ocurrido, se siente realmente mal.

Eso no era posible de Gumb, por lo que le miré como diciendo que no me creía una palabra.

-Además, -prosiguió-. creemos que es mucho mejor para vos estar apartado de todo hasta que haya pasado la operación y por eso hemos prohibido la entrada de quien sea. Tened un poco de paciencia y estad tranquilo, tenemos la completa seguridad que la flecha no os ha herido de gravedad. Es seguro.

Con un suspiro cerré los ojos y nos quedamos en silencio. Mis miedos y angustias me atenazaban de tal forma que sin darme siquiera cuenta empecé a soñar despierto con multitud de historias siniestras, donde en cada una de ellas acababa siempre bajo de un frondoso ciprés.

Al rato sentí que alguien accedía a la tienda, era un soldado que entregaba algo a Rutter. Brigadión aprovechó el momento para hablarme, traía una copa en su mano rellena de algún líquido que no supe adivinar que era.

-Degall, ya está aquí lo necesario para empezar a trabajar. Ahora vais a tomar este brebaje que hemos preparado y que se trata solamente de un sedante. –dijo intentando suministrarme tranquilidad-. Lo vais a beber y os hará dormir profundamente. Será el tiempo que vamos a necesitar para que no sufráis viendo y sintiendo lo que hacemos. Cuando despertéis estaréis fuera de peligro. ¡Vamos como nuevo! Tenéis mi palabra y ya me conocéis, amigo mío.

Y diciendo esto hizo algo sorprendente. Con su mano me masajé el cuero cabelludo durante unos segundos. Fue una caricia extraña que me relajó de tal forma que me hizo sentir en otro mundo. Luego suavemente con la misma mano sujetó mi nuca y me ayudó a izar un poco la cabeza mientras con la otra me daba a beber el brebaje. Lo tomé de un único trago sin pensar siquiera que era, ni cuál era su sabor, ni su color. Confiaba

plenamente en Brigadión y lo único que deseaba era dormirme y despertar nuevamente recuperado del todo.

Tranquilamente caí en un sueño profundo.

En poco tiempo los hechos iban a demostrarme el poder de sus palabras.

42

“SIN DIRECCIÓN”

Una vez Galizas salió del cuerpo de Pálas y ganó la ventana, se sintió mucho más tranquilo. Desde luego su trabajo había sido una auténtica chapuza y no quería ni pensar en cómo reaccionaría Degall y sobre todo Brigadión.

Flotó por encima del palacio decidiendo que dirección tomar, qué camino seguir. Podía huir, largarse, perderse para siempre en la inmensidad de Shámsala, pero el príncipe le había dicho que tenía planes para él y resultaba obvio que como príncipe iba a tener poder..., mucho poder. Si un día como declaraba llegaba ser coronado rey, bien merecía la pena estar a su lado, muy cerca suyo, pero ese Brigadión, ese vasnino no le gustaba en absoluto, con él no se podía jugar con la misma facilidad que con el joven príncipe. Tendría que sopesar que hacer antes de decidirse a volver con ellos. Las promesas de Degall le atraían y de qué manera, jefe comandante de un ejército slá al servicio real. Tenía, debía recomponer su fallo y hacer algo que el príncipe y sobre todo Brigadión aplaudiesen..., su obra. Sin eso, regresar era sumamente peligroso.

De todos modos, en ese estado de hummus, no podía hacer nada a lo que él llamaba provechoso, así que pensó rápidamente y como casi siempre, pensó mal.

Decidió volver hacia las inmediaciones de la taberna aquella que había estado hace unos días y en la cual estuvo observando posibilidades de cuerpos apetecibles. Recordaba aquel fornido militar que se encontraba comiendo junto a un estropicio de hombre, tal vez esa hubiera sido la opción. Haber seguido al militar y haber entrado en su cuerpo cuando estuviese descansando y durmiendo. Pero si desechó la idea entonces, ahora no iba a ser diferente. Nada de militares y además el daño estaba hecho y por nada en el mundo lo iba a intentar de nuevo por esos cauces. Lo había sentido en sus propias carnes, había visto la capacidad de reacción de la gente que residía en el palacio. La facilidad con la que una persona que debía estar dormida se había levantado, llegado a la puerta y lanzado su daga contra él fastidiándole el “trabajo”. Demasiada facilidad para ser un ser normal. Ahora mismo el palacio debía estar totalmente en alerta ante cualquier tipo de ataques y a lo mejor también era incluido (aunque raramente), ataques slá’s.

Flotó por encima de la taberna y siguió surcando la ciudad etéreamente. Analizaba cualquier ventana en cuyo interior hubiera víctimas de cuerpos sanos, no deseaba que le pasara lo de la última vez.

Y por una de ellas entró alojándose esta vez en lo que sí parecía el perfecto recipiente. Era atlético, vigoroso y lo mejor..., dormía solo.

-¡Por fin! De nuevo entre la chusma. -se dijo tras la mortal invasión.

Tranquilamente empezó a rebuscar en su mente como enmendar su error dando vueltas y más vueltas a ideas y conjeturas. Al rato halló el hilo de una y tirando de ella creyó encontrar la solución a sus problemas.

-¡Sí! Eso es. Buscaré a los slá’s. Creo que pueden estar donde la otra vez. - pensó-. Me presentaré de nuevo ante él y su asqueroso Brigadión con la primera parte de su futuro ejército. No esperaré que me vengán a buscar, iré yo a ellos”.

Aquella idea le encantó de tal forma que le quitó el sueño durante buena parte de la noche, luego finalmente, con los albores del día volvió a la cama y consiguió dormir un poco.

Problema resuelto. Iría a ver a sus amigos slá's, no sin antes pasar por el callejón a recoger lo que había escondido, la bolsa que le había facilitado cierto príncipe..., su "tesoro".

43 "AÑO 19"

Cuando desperté, me encontraba en la misma mesa tumbado y con un gran vendaje rodeándome el tronco a la altura de la herida. Los vasininos estaban junto a mí y lo primero que me dijeron es que todo había salido perfecto, habían conseguido sacar lo que quedaba de la flecha sin ningún tipo de trabas y efectivamente como bien habían asegurado, ninguno de mis órganos vitales se había visto dañado. Dejaron entrar a Lienha que se deshizo en lágrimas a mi lado exigiendo castigo para el culpable, aún no le habían comunicado nada de cómo ocurrieron los hechos, pero cuando por boca de Rutter se enteró de quién fue, solo acertó a decir:

-Pues vaya mala suerte la de Gumb. Mira que ir a darte a sin querer. Pobrecito..., que mal se debe sentir ahora.

¡La madre que la parió!

Poco después Gumb también se presentó ante mí llorando, pidiendo perdón y diciendo que no sabía qué había podido ocurrir. Mentiras, mentiras y más mentiras que en un momento dado tendrían respuesta y a no tardar mucho. Pero ante todos quise parecer magnánimo haciéndole creer que sabía lo mal que se encontraba tras lo ocurrido y que no le guardaba rencor alguno. Añadí que era conecedor que todo había sido un triste accidente de caza.

Aunque pensándolo, supongo que no me creyó.

-Tranquilo, Gumb –mentí–. Me pongo en tu lugar y sé por lo que estás pasando. Nos podía haber ocurrido a cualquiera, no te sientas mal. Esto que me ha sucedido hoy me ha enseñado algo y aunque sé que no he estado en peligro de muerte, en esos momentos por mi cabeza han pasado dudas, preguntas y miedos. De hecho, suponía que me mentían respecto a mi herida para que estuviese más tranquilo –miré hacia los vasininos que entendieron perfectamente mis palabras–. Y aunque no he corrido peligro, mentalmente he visto a la muerte muy de cerca. Ahora me doy cuenta de cosas que antes no veía hermano. Debemos enterrar viejas rencillas y envidias entre ambos. Somos hermanos Gumb y te quiero, sé que te quiero y estoy seguro que a ti te sucede lo mismo conmigo.

Él en otro gesto de teatralidad sin igual, se abalanzó sobre mí con la intención de abrazarme. Gracias a Rutter que consiguió pararle a tiempo no padecí aquel encontronazo que seguramente sabía me iba a resultar muy doloroso. Aun así, comentó con una caradura sin igual:

-¡Gracias, hermano! Nunca olvidaré este día y de cómo te has portado conmigo. Gracias de nuevo Degall. Decir que lo siento no se acerca ni un mísero ápice a lo que padece mi corazón ahora por ti.

-Olvidémonos lo ocurrido, Gumb. Confío en ti y sé de sobra que no fue tu intención –respondí levantado el brazo y tendiéndole la mano.

-«Pero cada día que pase a partir de hoy, idearé algo para poder acabar contigo lo antes posible, inmundada rata asquerosa». –pensé según le miraba con mi faz más angelical.

-¡Lo siento! Lo siento, hermano. ¿Cómo podría pagarte este daño que te he hecho? Dímelo, Degall y haz que me sienta mejor conmigo mismo.

¡Qué actuación! Digna del comediante estrella de la mejor compañía de teatro que hubiera poder habido nunca en todo el reino.

-Estad tranquilo, mi príncipe –intervino Brigadión–. Todos sabemos que ha sido un infortunio, un accidente, no hay más y no hay de qué preocuparse. La herida ha sido muy limpia y aunque vuestro hermano durante cierto tiempo esté convaleciente y dolorido, volverá a cabalgar y a ser quien era. No tenéis ninguna responsabilidad de nada, pero eso sí, vuestro Arco Blanco ha sido confiscado y tendréis mucho que demostrar si algún día queréis volver a verlo y usarlo.

-Me parece bien -repuso sin conseguir ocultar su rabia–. Y ahora perdonadme todos, pero prefiero retirarme y dejarte descansar. Hermano.

Y sin más desapareció por donde había venido.

Lienha que había estado callada durante su actuación, volvió a abrir la boca para decir más tonterías.

-¡Pobre Gumb! Mira cómo se siente, Degall.

Aquel comentario me enfureció y no pude contenerme.

-¿Pobrecito? ¿Pero tú estás en tu sano juicio, Lienha? Si él es pobrecito. ¿Qué soy yo ahora mismo? Solo un puñetero lisiado por su culpa. A ver si te das cuenta de la situación. Estoy encima de una mesa postrado, he estado hasta hace poco rato atravesado por una flecha, me han tenido que sedar para extraerla, le he perdonado porque es mi hermano, y es más..., le he dicho que le quiero. Y ahora resulta que... ¿pobrecito? ¿Pobrecito de qué? ¡Y una mierda! ¿Entonces qué soy yo? ¿Un idiota?

-Degall, hoy no has tenido buen día y creo que lo mejor será dejarte descansar. Así que me retiro también y te dejo en buenas manos –sonrió mirando a los vasininos-. Por cierto, voy a hablar con ese lun DeLof y que devuelva ahora mismo la bolsa que le dimos ayer para la representación de hoy. No va a haber nada de nada.

¡Vaya! No lo recordaba. Hoy iba a ser la actuación sobre el episodio de nuestras vidas. Resulta que al final tendría que dar las gracias a Gumb por ensartarme y así no ser el imbécil representado delante de todo el personal.

Después me enteré que el lun DeLof ese se negaba a devolver la bolsa a mi hermana bajo pretexto que habían estado trabajando sobre la obra, comprado ropas para la representación y que si devolvían lo pactado, acababan finalmente perdiendo dinero. Lienha no se amilanó y bajo presión de lo que les podía suceder por robo a los príncipes, a lun DeLof no le quedó más remedio que devolver la bolsa. Aunque también hay que decir que su peso ya no era ya el mismo.

Del legardo poco más decir. Cuando me bajaron inconsciente al campamento mandaron a buscarlo, una cosa era ensartar a un príncipe y otra dejar una pieza como aquella en medio del monte para que se pudriese o que fuera devorada por las bestias. Rivinous junto a un par de soldados se ofrecieron voluntarios para la labor.

No se esperó ni a que los que habían partido en busca del legardo volviesen. Rápidamente y con sumo cuidado fui introducido en un carruaje emprendiendo el camino de vuelta a Dor-Alia. Ese mismo día se dismanteló todo el campamento diciendo adiós a unos días que podían haber sido de magnífica caza si no llega a ser por un imbécil redomado. Los vasininos querían salir del lugar lo antes posible porque, aunque mi estado no era peligroso, sí necesitaba de mucha paz y reposo. Así que a media tarde partimos y no paramos hasta llegar a la ciudad. Cada pocas horas, Brigadión cabalgando junto a mi carruaje, entraba y controlaba el estado de la herida y de las vendas. Según como lo viese, decidía cambiarlas sobre la marcha o dejarlas un poco más. Gracias a un brebaje preparado por Rutter y que me suministraban cada cierto tiempo, la mayoría del trayecto la hice totalmente drogado, acariciando el cielo y sin apenas sentir dolor.

Al llegar a Dor-Alia, me llevaron a mis aposentos donde por fin respiré tranquilo. Poco después los vasininos me realizaron la cura estipulada, trajeron algo de cena y finalmente me dejaron solo para que descansara,
-«¡Fallaste Gumb! ¡Ahora me toca a mí!».

Desde todo lo sucedido, no había tenido oportunidad de hablar a solas con Brigadión, así a la mañana siguiente, mucho más descansado lo primero que hice fue enviarle a buscar.

Poco después aparecía ante mí mi vasinino preferido.

-Buenos días, príncipe –dijo sonriente cerrando la puerta tras él y abriendo un poco las cortinas-. ¿Mejor?

-Mucho mejor gracias a ti y a Rutter, amigo mío.

-Es nuestro trabajo, mi príncipe. Nuestro deber y trabajo, para eso estamos aquí.

-Tengo que agradecer los cuidados que habéis tenido conmigo. Cualquier otra persona no hubiera actuado con tanto, digamos o mimo. De verdad Brigadión, muchas gracias.

Se acercó a la cama sentándose en ella.

-Vamos a ver esa herida ahora mismo que desde anoche no se ha vuelto a limpiar. Así pues, toca echarle una ojeada. Quiero decir también que vuestro padre ha sido informado a través de un mensaje enviado, que os encontraréis perfectamente bien y que en poco tiempo estaréis restablecido.

¡Bah! Dudaba y mucho de lo que podía llegar a pensar mi padre sobre el accidente.

Suavemente, Brigadión me ayudo a quitarme el camisón y se puso a soltar las vendas una tras otra. Cuando terminó viendo mi costado dijo alegremente:

-Muy bien Degall, ya solo queda mejorar. Temíamos que con el viaje de vuelta, el ajetreo del carruaje y vuestro cansancio, la herida pudiese empezar a sangrar de nuevo, pero nada más lejos de la realidad. Empieza a cicatrizar tanto por vuestro pecho como por la espalda e internamente, no hay duda que estará haciendo lo mismo. Así pues, enhorabuena, Degall, tenéis un cuerpo con una fuerza digna de admiración.

Volvió a vendarme con nuevas vendas y con el máximo cuidado.

-¿Para cuándo crees que podré volver a estar totalmente recuperado, Brigadión?

-Por lo que aprecio, puedo decir que en menos de un par de meses las heridas estarán completamente cerradas, pero habrá que esperar un poco más para tener la completa seguridad que internamente estén lo mismo, es decir..., cerradas también. Alegros, mi príncipe, que podía haber sido mucho peor.

-¿Verdad que podía haber sido mucho peor, Brigadión? -pregunté con una mirada inquisidora.

-¿Qué insinúas? –repuso tuteandome e intentando aparentar que no sabía a qué me refería.

-Quiero decir que me digas lo que pasó realmente allí en la montaña paso a paso. No omitas nada por favor, quiero saber a qué atenerme. Lo único que sé es que disparé al legardo y que mi flecha no le alcanzó, llegué a ver que la tuya sí acertaba y también la de Rutter, luego saltaste hacia mi previniéndome y a la postre tenía una flecha clavada en mi costado. Quien dispara con un Arco Blanco jamás falla y eso lo sabes. Gumb ha estado continuamente ejercitándose con él y de hecho antes de acertarme había conseguido algunas piezas por sí mismo. ¿No te acuerdas del cervatillo? Entonces, ¿por qué fui víctima de su disparo?

Escuchaba atentamente y muy serio lo que estaba diciendo con la mirada fija y perdida hacia el balcón.

-Solo puede haber una respuesta, amigo. Gumb me disparó intencionadamente. -seguí-. Tiró a dar, a matar. Por favor, Brigadión, dime lo que viste tú. Necesito saber si es

así lo que sucedió o... ¡qué demonios pasó allí? Dame tu versión, te lo suplico. Tengo que saber a qué atenerme con Gumb, mi vida puede estar en peligro y creo que tú lo sabes.

Se levantó de mi lado, dio unos paseos por la habitación intentando meditar muy detenidamente las palabras que iba a soltar. Abrió las cortinas de par en par, hizo lo mismo con la ventana y salió al balcón donde le vi respirar profundamente mientras yo completamente expectante esperaba su opinión. Finalmente entró de nuevo en la habitación, cogió una silla, la acercó a mi cabecera y se sentó en ella.

-¿Y? –pregunté-. ¿Qué me dices?

-Cuando disparaste la flecha y no acertaste, tuve que disparar y Rutter hizo lo mismo –me tuteó de nuevo-. Pero que Gumb no disparase me llamó la atención por lo que le observé. En menos de un suspiro supe qué iba a hacer. Desvió deliberadamente su Arco Blanco, te apuntó y disparó. Tuve justo el tiempo de sacar mi daga (con mis manos hubiera sido imposible desviarla), saltar delante de ti y cuando la flecha estaba lo suficiente cerca, intentar acertarla con ella. Conseguí atinarla un poco en su punta, pero no lo suficiente para que no te acertara, aunque si debo decirte lo suficiente para salvarte la vida. Su destino era tu corazón.

-¡Dios! Ha intentado matarme.

-Sí, Degall. Gumb ha intentado asesinarte y he sido testigo de ello. Si no llego a estar ahí, ahora estarías criando malvas vulgarmente dicho.

-¿Y Rutter?

-¿Rutter, qué?

-Rutter. ¿Digo que si Rutter también estará con Gumb participando de su juego?

-No creo –contestó rápidamente-. Aunque siempre tendremos esa duda.

Si Brigadión tenía conocimiento de mis futuros planes, de lo que hice en la torre, del trabajo que le encomendé o encomendamos al slá y muchas cosas más, ¿no sería posible que Rutter apoyase a mi hermano, acomodándose junto a él y forjándose un futuro a su lado?

-Brigadión, no tenemos tiempo y debemos actuar ya. Mi vida está en peligro

-Degall, ahora mismo no puedes, no podemos hacer nada. Si algo le pasara a Gumb, no habría ninguna duda de quién sería el culpable. Todas las sospechas recaerían sobre ti. Tienes que ser paciente y esperar la oportunidad que sin duda se presentará.

La impaciencia podía conmigo, necesitaba saber qué bullía en la mente de Brigadión para poder estar tan tranquilo.

-¿Tienes algún plan? ¡Aaay! -me quejé. Había puesto tal ímpetu en mi pregunta que un punzante dolor me recorrió el costado herido.

-Plan no tengo ninguno, pero ideas, lo que se dice ideas varias, pero todo a su debido tiempo. ¡Por favor, Degall! No me preguntes más y descansa.

-¿Y mi vida qué? ¿No te importa nada? Estoy en peligro y lo sabes. Veo que no actúas como yo esperaba que hicieses. Tienes que salvarme de él.

Intenté hacerme la víctima, pero con el vasnino aquello no funcionaba, estaba por encima de ello y algo se traía entre manos.

-Te voy a decir lo que voy a hacer ahora, Degall y espero que con mis palabras te tranquilices.

Aquellos términos presagiaban algo bueno para mí por lo que presté máxima atención.

-En primer lugar, a partir de ahora estaré mucho más atento a todo lo que transcurre a tu alrededor, a tus posibles enemigos. Hablaré con Rutter y analizaré lo que me diga. Estoy seguro de que no tiene nada que ver con el atentado, pero nunca se sabe. Investigaré a Gumb día y noche. Sin que se dé cuenta, le observaré y seguiré todos sus pasos, incluidas sus debilidades y sus vicios también. Lo sabré todo, aunque sospecho que ya lo sé. Luego sopesamos y decidimos qué hacer, aunque solo yo actuaré. Tú estarás en todo momento fuera de este juego un tanto peligroso. Y también te digo que si

Rutter está con él en esto, intentará hacer contigo lo mismo que yo con Gumb, así que procura mantenerte lo más alejado posible de él. ¿Entendido, mi príncipe?

-Perfectamente amigo. Gracias por cuidarme tan bien y cuando todo esté preparado, avísame.

Brigadión se disculpó dejándome solo con mis pensamientos, lo que le oí me reconfortó sobre todo eso de...

-Hacer lo mismo con Gumb

Eso me animó bastante. ¡Yujuu!

-Creo que deseaba tanto la muerte de mi hermano, como él anhelaba la mía. Curioso, ¿verdad? Eso era lo único que flotaba en mi mente. Había decidido empezar a hablarle, a sonreírle y actuar ante él como si realmente le amase, pero nada más lejos de la realidad. A partir de ahora solo viviría para trazar un plan y liquidar para siempre a aquel estúpido espécimen impropio del reino de Shámsala.

Aunque supongo que por su atontada cabeza sucedía lo mismo.

“MALTAN TACIN”

Al llegar anocheciendo a la vieja ciudad de Basteff, lo primero que hicieron fue ir a ver la fortaleza **(13)** donde se fabricaban las Cartas de Dolor. La polvorienta ciudad con sus estatuas casi caídas y las fachadas de los edificios nada tenía que ver con Vende, Basteff estaba perdida en el tiempo. Tal vez hace muchísimos años era una verdadera maravilla, pero hoy en día era cuna de pobres hombres y más pobres gobernadores. Aun así, ese era el lugar donde necesitaban estar ahora mismo si querían llegar a comprender algo del pasado y del presente.

La fortaleza castillo se encontraba más o menos en el centro de la ciudad y fue al verla cuando se percataron de las escasas posibilidades que tenían de poder acceder dentro de las entrañas de aquel misterioso edificio.

De forma ovalada, en todo su perímetro se distanciaba en más de cincuenta metros hasta las casas más próximas a ella. Por lo que, para poder entrar, se debía recorrer esa distancia completamente a la vista de quien estuviese en sus murallas, distancia que estaba completamente iluminada por grandes teas colocadas en su misma base. Así pues, tampoco se podía recibir ayuda de las sombras ya que arriba había personas que vigilaban atentamente cualquier indicio sospechoso, pero extrañamente esas “personas” parecían no moverse en absoluto.

-¿Has visto eso, Chafan? – preguntó Graggo haciendo una seña para que su hermanito observase la muralla-. ¿Cómo vamos a entrar ahí?

-Sí, veo que está un poco complicado el asunto, pero alguna solución habrá. Ten fe.

-Si parece que no se mueven. Espera.

Graggo descabalgó, tomó una piedra del suelo y apuntó para lanzarla contra quien estuviese arriba en la muralla, más en el momento de ir a soltarla una voz le previno.

-¡Eh! Tú. Ni se te ocurra...

Miraron de donde provenía la voz y vieron a un pequeño y desgarrado hombre que les hacía con la cabeza un gesto negativo.

-No tires la piedra salvo que queráis que os metan pa dentro y no volver a salir nunca más ahí –dijo el hombrecillo.

-¿Sabéis algo de lo que se cuece dentro, amigo? –indagó Chafan.

-Por supuesto que lo sé, sois vos que paecéis no saberlo cuando vuestro compinche valanzarle una piedra a esos –agregó señalando a los vigilantes de la muralla

-Y eso que sabéis, ¿os apetecería contárnoslo acompañado de digamos una buena jarra de cerveza u otra cosa? –le preguntó Chafan.

-Amigo, sé todo lo que se tiene que saber y si a vos y a vuestro acompañante os interesa... a cambio duna buena jarra de vino y algo de comer, os contaré historias, leyendas y realidades de todo lo concerniente a esa putrefacta fortaleza. Pero no sos ocurra tirarles piedras, por lo menos hasta que yo desaparezca.

Y diciendo esto el hombrecillo hizo intención de largarse lo más rápido posible del lugar.

-¡Esperad! ¡Esperad! –exclamó Graggo-. Aceptamos vuestra oferta. Jarra y comida para vos a cambio de información.

-¿Sí? Pos seguidme, questo lugar nos muy bueno para la salud de nadie.

El personaje los llevó a una cercana taberna donde poco después estaban sentados tranquilamente en una mesa comiendo y bebiendo.

El hombrecillo empezó diciendo que los inertes seres que vigilaban la muralla nadie sabía quiénes eran, pero que eso sí, el miedo atenazaba a cualquiera que pasase por el lugar. Anteriormente ya algún imbécil les había lanzado piedra y desde arriba le habían devuelto no piedras, sino flechas y solamente con la intención de herirle, no de matarle. Luego por la puerta central de la fortaleza habían salido varios de ellos que habían metido al tirapiedras dentro pese a sus negativas. Nunca más se supo de él. Les relató leyendas e historias de la fortaleza y de las Cartas de Dolor. Dentro de ella se decía que no había puertas, todo eran pasillo y habitaciones donde gente muy extraña trabajaba. Nadie había visto lo que había dentro, solo eran conjeturas y habladorías que en Basteff pasaban de boca en boca. Si uno se había enterado, era porque otro le había contado lo que un tercero había visto y al final resultaba que solo eran historias de otras historias.

Memorias de una historia.

Aquel hombrecillo aún con toda su buena fe y su estómago lleno intentaba pagar con creces su trato, pero resultó que las leyendas y relatos de los amigos de sus amigos acabaron por aburrir a Graggo y a Chafan.

-Gracias, buen hombre. –dijeron según se levantaban de la mesa para irse lo antes posible ya que la verborrea de aquel agradecido ser no cesaba de soltar una historia tras otra-. Agradecemos de corazón toda la información que nos has dado y que nos va a resultar de mucho valor.

Estrecharon su mano despidiéndose y se fueron hacia la puerta.

-¡Ah! –recordó el hombrecillo desde la distancia y a punto de meterse un trozo de queso con pan en la boca-. De todos modos, si queréis saber más id a ver al alcalde. Ese sí que sabe de todo.

-¿El alcalde? –en la cara de Graggo cansada de oír tantas tonterías había vuelto a aparecer una pequeña esperanza, así que volvieron rápidamente junto a la mesa del hambriento lugareño.

-¿El alcalde decís?

-¡Sí, hombre! ¡Sí! Maltan Tacin, nuestro alcalde. Lo sabe de todo. Aunque es poco charlatán. ¡Je, je, je! A ese no le vais a poder comprar con bebida, ni con comida, a ese solo le sirve un buen...

Por la cara y el gesto que hizo, resultaba evidente la respuesta

-No entiendo –repuso Chafan con cara maliciosa y en la cual se podía deducir que había entendido perfectamente.

-Yantenderéis amigo, es fácil de comprender.

-¿Y dónde podemos encontrar a ese tal Maltan Tacin? -quiso saber Graggo.

-Estará disponible mañana mismo en la casa del pueblo, en su despacho. Es un gran y viejo edificio en la plaza central de la ciudad, según vais hacia el sur lancontraréis. No tiene perdida.

-¿Y si quisiéramos encontrarle ahora? ¿Dónde sería posible? -la pregunta de Chafan pilló por sorpresa al tragón, que entre pregunta y respuesta no dejaba de ejercitar la mandíbula.

-¿Ahora?

-¡Sí, ahora! -contestó sonriente Graggo-. Queremos digamos, hacerle una visita sorpresa, somos como quien dice..., parientes suyos lejanos.

-¡Ah! ¡Ya! -dijo este dejando bien claro que no se creía nada-. ¿Así que parientes suyos lejanos, ¿Eh?

-¡Sí, eso! -añadió Chafan-. Parientes..., por parte de padre.

-Bueno caballeros, que sepáis que a mí no mengañáis, ni me la dais con esa patraña -dijo señalándoles con el dedo en el pecho-. Pero como mabéis caído simpáticos y veo que sois mu buena gente y de buena familia, por una pequeña parte de vuestra bolsa yo mismo os llevaré hasta su casa, Actuaré de guía por la ciudad y sos advierto ques una muy buena elección, ya caestas horas la ciudad no es nabsoluto tranquila y según por qué calles andéis, os pueden aliviar rápidamente de peso, vestiduras y si tenéis mala suerte hasta de vuestras vidas. ¿Qué decís, caballeros? ¿Hace? Una suma modesta, con eso me conformo.

Chafan y Graggo se miraron sonrientes y dedujeron que aquel hombrecillo desesperado de la vida se la debía ganar ofreciéndose a cualquier bolsa que se pusiese en medio de su camino sin ningún tipo de miramiento, escrúpulos ni nada parecido. Sin decir más, Chafan sacó la suya y cogió la pepita de oro más pequeña que tenía, pero aun siendo pequeña era un auténtico tesoro para el hombrecillo.

-Sea así pues, ahí tienes tu sueldo. -y le tiró la pepita encima de la mesa-. Pero primero necesitamos que nos des pistas de cómo es nuestro pariente, hace muchísimo tiempo que no le vemos. De qué color tiene el pelo, cuanto mide, si está gordo, o si quizás haya adelgazado, lo que recuerdes de él. ¡Vamos suelta esa lengua!

La pepita de oro rebotó un par de veces antes de pararse delante del lugareño, Este la agarró ávidamente y lo primero que hizo fue darle un buen bocado con los pocos dientes que le quedaban, para mirarla luego metódicamente. No podía creerse que por solo por darles información del alcalde y llevarlos donde vivía, le diesen aquel tesoro.

-«¿Qué noarán por otra cosa, como porjemplo tener en peligro sus vidas?». - pensó.

Les habló de Maltan Tacin durante un buen rato dándoles todo tipo de pelos y señales sobre él. Cuando terminó de explayarse salieron de la taberna y sin más demora montaron en sus caballos con el informador a pie caminando delante de ellos. Este los llevó sujetando las riendas del caballo de Chafan a través de unas calles sinuosas cuando no siniestras en dirección hacia el palacete de Maltan Tacin, el alcalde. Los vasinios se mantenían alerta en cada momento ante cualquier posible situación sospechosa y sentían que el peligro existía realmente viendo las caras de aquellos con los que se cruzaban. Siguieron al hombrecillo durante bastante tiempo hasta que al final este se detuvo.

-Ahí es amigos -dijo señalando un palacete que no tenía nada que envidiar a las casas vecinas en cuando a la antigüedad y salubridad-. Aquí nos despedimos y gracias por vuestro oro ¡Cómo no! Ahora debo volver con mi gente y decirles lo queste bendito día dhoy ma dao. Adiós, amigos y suerte con nuestro querido y amado familiar. ¡Je, je, je!

Dicho y hecho, el hombrecillo se volvió a la carrera como alma que sigue el diablo y poco después había desaparecido del lugar.

-¡Bien! -comentó Graggo observando el lugar-. ¿Cómo lo ves, hermano?

-Sin problemas. Arriba del todo hay varias ventanas y ventanales que seguramente podamos forzar con el mínimo ruido posible. A estas horas el alcalde debe estar dormido o en ello, si andamos con cuidado no habrá ninguna traba. Subimos por ese árbol hasta aquellas ramas de allí -y Chafan señaló las ramas de un gran roble que acababan muy cerca de la balconada del palacete-. Luego saltamos al balcón con cuidado, miramos a través de las ventanas, forzamos una y entramos. Sencillo ¿Tú cómo lo ves?

-Si tú lo ves sencillo, entonces yo también. Vamos allá, que tenemos trabajo.

Descabalgaron y ataron los caballos al mismo árbol por el que iban a subir escondidos. Esperaron que los pocos transeúntes que había por las inmediaciones siguiesen su camino y cuando nadie los veía, iniciaron el ascenso al roble. Poco después estaban escondidos entre las sombras de la balconada aguardando que pasasen unos minutos para comprobar que nadie los hubiese visto y sintiendo las primeras gotas de lluvia que avisaban que una tempestad se acercaba.

-Chafan habrá que darse prisa en entrar, si no, nos vamos a mojar. -aconsejó Graggo-. Y la verdad es que no me apetece mucho empaparme ahora.

Se colocaron sendos pañuelos tapándose la cara ya que no querían ser reconocidos por nadie y miraron a través de la primera ventana. La oscuridad reinaba en la habitación y no había signos de vida en el interior, aunque una pequeña luz llegaba a esta por la puerta escasamente abierta de la alcoba adyacente. Miraron por el ventanal de esta otra alcoba y vieron al alcalde totalmente desnudo encima de la cama en posición un tanto indecorosa. Se movía a un ritmo frenético y con alguien debajo de él al que no conseguían distinguir.

-Me parece que le vamos a fastidiar el plan, Chafan -susurró sonriendo Graggo.

-Vamos por la otra ventana ahora mismo, este no se percata, aunque gritemos a pleno pulmón.

Sin ruido alguno forzaron la primera ventana, accedieron y se dirigieron hacia la puerta. Desde allí oían los jadeos y delirios amorosos que los dos amantes se profesaban entre ellos.

Entraron acercándose en silencio al alcalde y a su amor sin ser vistos, ni oídos. Este nada más reparar en que había alguien más allí observándole con cierta sorna, se quedó mudo y sin capacidad de reacción. Dos hombres acababan de entrar en sus dominios amorosos.

-¿El señor alcalde, supongo? -preguntó cortésmente Chafan con la cara tapada por su pañuelo.

-¿Qué? ¿Qui... quienes sois? -balbuceó este a más no poder.

Un joven moreno y de pelo largo miraba también hacia atrás ahora, en su faz se veía que no entendía muy bien lo que estaba sucediendo en la alcoba.

Chafan en vez de contestarle al alcalde, simplemente mostró sus estiletos. Graggo hizo lo mismo poniéndose en el posible camino de huida hacia la puerta advirtiéndoles:

-Si pedís socorro o ayuda, no llegaréis vivos a verla. ¿Entendido?

-Sí, sí. Perfectamente. -reconoció el alcalde. Su miembro viril que hacía pocos instantes era un recio estandarte, se había convertido por arte de magia en un simple y minúsculo trozo de carne por culpa de la inoportuna visita.

Chafan recogió una bata que descansaba en una silla y se la cedió a Maltan.

-Poneros esto por favor, estaréis mucho más cómodo.

Luego hizo lo mismo con unos calzoncillos, unos pantalones y una camiseta que dio al joven.

-Y vos también caballero. Vestiros, por favor.

Esperó que ambos estuviesen más decorosos y entonces habló:

-Escuchadme con atención los dos. Si hacéis las cosas bien y eso es hacer lo que os voy a decir, nada malo os ha de ocurrir. Solo deseamos un poco de información, solo eso. Pero también sabemos que únicamente quien nos puede informar es el señor alcalde, por lo que vos... -la cara del joven cambió y se puso totalmente blanca-. Vos, estad tranquilo, por favor. Repito, no vamos a haceros daño alguno. Vais a estar simplemente atado para que no intentéis cometer ninguna locura, ni heroicidad, ¿Entendéis lo que os quiero decir?

El joven afirmó con la cabeza sin llegar a poder hablar y juntó las dos manos estirándolas hacia Chafan con la clara intención de que este las atase.

-¡Es tu turno. - Chafan no quiso mencionar el nombre de Graggo y este hacía lo mismo. Lo habían decidido así anteriormente, contra menos pistas dejasen al irse, mejor.

El citado rasgó las sábanas ante los dos temerosos hombres que no decían ni esta boca es mía. Volvió a rasgar una y otra vez la sábana hasta que consiguió varias tiras largas con las que luego ató al joven fuertemente a la cama para inmovilizarle. Cuando terminó le preguntó al muchacho:

-¿Te encuentras bien? ¿O quizás he apretado mucho?

-¡No, no! Está bien, señor -respondió este con el miedo recorriéndole el cuerpo .

-Bueno. Ahora escúchame jovencito y contesta sin mentir -la mirada de Graggo era fría y dura-. ¿Si mientes sabes lo que te pasará verdad?

-¡Sí, sí, señor!

-¿Cuántas personas más hay en este palacete ahora?

-Na... na... nadie señor. Solo estamos el señor alcalde y yo. Dio libre a toda la servidumbre esta noche para que estuviésemos mejor y más tranquilos los dos. Es la verdad. Se lo prometo por mi honor, señor.

-Está bien, te creo y espero que no me mientas. -sentenció Graggo con la misma mirada.

Chafan en silencio aprovecho para comprobar también la reacción del alcalde que parecía igual de sumiso y temeroso.

-“¡Bien! -pensó- Vamos por el buen camino”.

-Y ahora escucha lo último que tienes que hacer es fácil. Solo tienes que dormir. Simplemente intentar dormir y olvidarte de todo. El señor alcalde y nosotros vamos a ir a ese cuarto contiguo, dejaremos la puerta abierta para verte desde allí. Entiendo que vamos a hablar de nuestras cosas que por cierto no queremos que oigas para nada. Tampoco queremos que metas ruido con intención de desatarte y escaparte. ¿Me entiendes? ¿Verdad?

-Perfectamente, señor, no me moveré, ni gritaré, ni intentaré escapar. Se lo juro por el ángel que me guarda.

-Te creo y lo espero así por tu bien. Ahí te quedas y hasta luego. Cierra los ojos y a dormir.

El joven cerró los ojos casi antes que Graggo le diese la orden y los tres pasaron a la siguiente habitación.

-Sentémonos aquí y hablemos. -pidió Chafan a Maltan,

Estaban en la otra alcoba y desde ahí podían ver al joven maniatado encima de la cama que con los ojos cerrados parecía dormir como un niño, aunque solo parecía. Cogieron unas sillas y se sentaron muy cerca juntos los tres, tenían que hablar sin ser

escuchados por nadie más. Chafan sonriente dio unas palmaditas en el muslo del alcalde a modo de tranquilizarle y empezó con interrogatorio.

-Querido Maltan. Creo no confundirme si supongo que estaréis completamente extrañado y atemorizado por nuestra inusual presencia y visita. ¿Me equivoco?

-Señor, si queréis robarme, las joyas están en la otra habitación. Pero sabed primero que no hay muchas, ya que no soy hombre rico. En esta ciudad sed alcalde no significa poder guardar un tesoro en casa. Nada más lejos de la realidad.

-Tranquilo, Maltan, no queremos vuestro oro, ni vuestras joyas.

El alcalde le miró sospechosamente y con muchas dudas por las palabras oídas.

-Pues si no queréis mi oro, ya me diréis. ¿Por qué estáis aquí? -su malestar empezaba a ser evidente, pero rápidamente cambió de actitud, volviendo a ser más manso que un corderito-. ¿Acaso habéis venido a matarme? -sugirió sin mucho temor-. ¿Alguien os ha pagado por mi acabar con mi vida? ¿Es eso? Decidme, por favor ¿Qué deseáis de mí?

-Información -fueron las escuetas palabras de Graggo.

-¿Información? ¿Información de qué? ¿De qué queréis que os informe?

Chafan volvió a coger la palabra.

-Sabemos que en esta ciudad y concretamente en la fortaleza que está en medio de ella, se hacen y fabrican las Cartas de Dolor. ¿No es eso?

-Sí.

-En las Cartas de Dolor de siempre los personajes no miden más allá de un palmo, sin embargo, ahora tenemos conocimiento de unas cartas cuyos personajes tienen nuestra misma altura..., como si fuesen reales y lo mismo sucede con los animales y bestias que salen en ellas.

-Bueno, ¿y? -repitió el alcalde dando indicios de cierto nerviosismo. Aquella conversación parecía que le venía grande, daba la impresión de no saber o querer responder.

-Esperad a que termine con lo que quiero decir, no seáis impaciente, disponemos de toda la noche si hiciese falta.

La blancura en su cara volvió a reflejarse en Maltan que tragó saliva de tal forma, que Chafan y Graggo no pudieron reprimir una ligera sonrisa.

-Entonces tenemos dos tipos de cartas. Digamos las antiguas y las nuevas, ¿Entendido?

-Sí.

-Nos olvidaremos de las viejas y vamos a por las nuevas. Habladnos de estas, de las nuevas Cartas de Dolor.

-¿De las nuevas Cartas de Dolor?, ¿Y qué queréis que os diga de ellas? ¿Qué tipo de personajes salen? ¿Qué bestias? ¿Qué armas? Perdonad, señor, pero no os entiendo muy bien.

-Es muy sencillo Maltan, más de lo que os imagináis, ¿Queremos saber en qué lugar de la fortaleza se fabrican estas? ¿De quién partió la idea que fueran tan parecidas a los seres reales? Solo eso, perdón... sin olvidarnos de ¿cómo podemos llegar al corazón de la fortaleza y un puñetero nombre de allí dentro? Luego os soltamos a vos y a vuestro amigo y podéis seguir con vuestros quehaceres -dijo Chafan sarcásticamente-. ¿Os parece bien?

-No puedo daros ese tipo de información señor, mi vida depende de ello. Es información reservada a los...

En la mano de Graggo apareció repentinamente un estilete y la punta se clavó en la base de la barbilla de Maltan, dejando escapar de su mentón unas diminutas gotas de sangre.

-¡Vaya! -dijo Graggo-. Me estáis manchando el estilete con vuestra sangre, alcalde. Espero que esto no vaya a más.

Los ojos desorbitados de Maltan lo decían todo, temor, miedo, agonía, sufrimiento e..., e ¿ira?

-¡Esperad, esperad! ¡Hablaré! ¡Sí, os diré todo lo que queráis saber!

-¡Gracias! -agradeció Graggo-. Así lo esperamos, seguid, caballero.

Tranquilamente bajó el estilete limpiándolo con la bata del alcalde que quedó impregnada de su propia sangre.

-Bien... las Cartas de Dolor, digamos las viejas, se fabrican en la fortaleza aquí en Basteff, pero las nuevas no. Eso hasta donde yo sé.

Los vasininos cruzaron rápidamente una mirada de sorpresa.

-Hace ya unos años vinieron órdenes de la corte de Vende para que magos y allegados de la fortaleza se pusiesen manos a la obra en confeccionar unas Cartas de Dolor como las que habláis caballeros, con personajes casi reales, aunque debo apuntar que no sabía de ello hasta el día de hoy. Ustedes mismos me lo han declarado así, yo sinceramente no sabía que se hubieran podido llegar a crear. Así nos llegaron las órdenes en su día y desde la fortaleza se pusieron manos a ello. Después de mucho estudiar, buscar e investigar, se llegó a la conclusión que la labor era imposible. Resultaba inconcebible su creación y así se hizo ver a nuestro rey Crotor, que fue quien realmente solicitó la creación de estas cartas. Su enojo por nuestro resultado fue tal, que volvió a recalcar que no volveríamos a recibir oro de Dor-Alia por mucho tiempo, según sus propias palabras, por lo inútiles que éramos en Basteff para darnos trabajos un poco más pesados. Al tiempo, pude enterarme que en Vende y en el mismo palacio, se estaba construyendo un lugar ordenado expresamente por el rey, donde se seguiría estudiando e investigando la forma de crear estas nuevas cartas.

-¿Cómo pudiste enterarte de eso? -quiso saber Graggo.

-Ocurrió inesperadamente, cosas del destino. Un día llegó una delegación de Vende de magos y gente allegada del rey. Querían saber más sobre las cartas, por lo que se quedaron con nosotros unos días estudiándolas y prácticamente sin salir de la misma fortaleza durante su estancia. El último de estos días, la nobleza de Basteff y yo como su alcalde a la cabeza, quisimos agasajarles con una cena sin igual por su visita. Cena a base de buenas carnes, vino y mucho, mucho alcohol y mujeres que pasaban de mesa en mesa sin cesar. Lo que vulgarmente se denomina una auténtica orgía, con perdón de las palabras. Suponéis bien que yo no participé en absoluto en ella -ante estas palabras Chafan y Graggo se miraron y prefirieron callar-. ¡Bien! Como digo el destino quiso que el representante de la delegación, quien se encontraba a rebosar de alcohol empezase a soltar la lengua que durante días había tenido bien retenida. Me relató que en el mismo palacio de Vende, concretamente en su lado norte y debajo de las mismas segundas caballerizas, se había construido un lugar donde poder seguir con el desarrollo de las futuras nuevas Cartas de Dolor con seres casi reales. Según me comentó por los experimentos que allí se iban realizando, tenían posibilidades de lograr grandes adelantos en poco tiempo, lo presentían, pero les faltaban algunos detalles y por eso su visita a Basteff. Orgulloso, me dijo que el rey había accedido a sus deseos otorgándole mucho poder y decisión en el proyecto.

-¿Recordáis su nombre, Maltan? -preguntó Chafan.

-Lo siento. Es lo único que puedo deciros, no recuerdo más, aunque tal vez...

-¿Tal vez qué? -preguntó sin poder esperar más Graggo.

-La persona que se encargaba del proyecto, creo recordar que se llamaba algo parecido a Barke o Barfee o Barlee.

-¿Barfkeff?

-¡Sí! Eso, eso. Se llamaba Barfkeff.

-¡Mierda! -dijo un sorprendido Chafan por lo escuchado-. ¡Barfkeff! Es Barfkeff. Qué raro que ese mal nacido no estuviese metido en algo de esto.

-Tiene que saber algo más -agregó Graggo tenso-. Ambos tenían por entonces sus más y sus menos.

Chafan se percató que al decir ambos, su hermano se refería claramente a él y a Risco.

.¿Conocéis a esa persona? -indagó Maltan.

-Tú solo a contestar -respondió con celeridad Graggo-. Las preguntas las hacemos nosotros, ¿Entendido?

-¡Sí, sí! Entonces lo último que sé de ello, es que el proyecto, la idea del rey seguía para adelante con esa persona a la cabeza. Más nos os puedo decir ya que lo desconozco. Si lo deseáis también os puedo facilitar un mapa de la fortaleza, aunque debo informaros que aquí no vais a descubrir nada de esas nuevas cartas.

-Óyeme bien lo que ahora te voy a decir, amigo y no olvides nunca mis palabras - Chafan observaba atentamente al alcalde y en su mirada había algo que a este no le gustaba nada-. No las olvides por tu propio bien.

-¡Sí, haré...! -repuso con rapidez Maltan casi sin dejarle terminar de hablar-. Haré lo que me digáis.

-Ahora nos vamos a ir. Mi amigo y yo saldremos tranquilamente por donde hemos venido, mientras vos, así como vuestro terso y dulce amigo dormís tranquila y profundamente. ¿A que no ha sido para tanto?

En la cara de Maltan la sorpresa era patente, ¿Cómo iba a conseguir dormir con lo que estaba pasando en su casa? Aun así, intentó no demostrarlo y solo pudo contestar.

-Como deseáis, señor.

-Dormiréis y cuando despertéis, no contaréis nada de lo ocurrido a nadie. Repito, nada a nadie. ¿Comprendéis lo que quiero decir con mis palabras, caballero?

-Perfectamente, señor.

-Eso que decís, ¿Lo podéis certificar de alguna forma señor alcalde? -preguntó Graggo socarronamente.

-Tenéis mi palabra de caballero, que nada de lo que ha ocurrido esta noche aquí vaya a salir de mi boca, o de la de mi amigo allí tumbado.

-Lo último... -dijo Chafan acercándose hasta casi tocar su cara a la de Maltan con actitud amenazante.

Fue entonces cuando sintió algo diferente, algo que no casaba con lo que sucedía, que no sabía lo que era. ¿Acaso parecía que Maltan disfrutaba con la situación? No podía ser.

Fue un solo segundo, pero fue suficiente para poner fin a la conversación y desaparecer del lugar lo antes posible.

-Para vuestra información, -siguió el vasnino-. sabemos que no nos mentís con lo que decís, ya que como bien os habéis dado cuenta, perfectamente podemos entrar sin ser descubiertos cuando queramos en vuestra casa, en vuestra alcoba y allí donde quiera que estéis. Si nos ocurriese algo a nosotros por culpa vuestra o de vuestro amigo, debéis conocer que pertenecemos a una secta muy cruel, despiadada y digamos muy, muy vengativa -mintió.

Graggo tuvo que girarse para que el alcalde no descubriese su sonrisa, no la podía reprimir oyendo lo que estaba diciendo su hermano.

Chafan seguía a lo suyo.

-Nosotros no vendremos a por vos y a por vuestro amigo ya que tal vez estemos detenidos y seamos ajusticiados por nuestra acción, pero los nuestros... los que están en

la calle esperándonos y que os conocen muy bien, sí vendrán y ellos no serán tan benévulos. Simplemente será vuestra última noche –la faz de Maltan cambió-. Así que estáis avisados de antemano. Mucho cuidado con lo que decís o con lo que hacéis. ¿Entendido?

-Tenéis mi palabra, caballero. Os repito que nadie nunca se enterará de lo que ha pasado aquí esta noche –contestó Maltan con tranquilidad y extraña mirada.

-¿Y vuestro amigo? –añadió Graggo señalándole.

-Id tranquilos y dejad que yo me ocupe de él, mantendrá la boca bien cerrada por lo que le ocupa.

¿Sonreía el alcalde con cierta mirada perversa?

-Os creo, Maltan. Ha sido un placer.

Chafan se levantó diciendo enérgicamente:

-¡Vámonos!

Y acto seguido con su pulgar pulsó en algún lugar del cuello del alcalde que al momento perdió el conocimiento y quedó en la silla dormido como un dulce bebé.

-¿Y con ese qué hacemos? –preguntó Graggo-. Se hace el dormido, pero me da que no lo está.

-Hacemos lo mismo que con este.

Fueron directos hacia el joven que al oír sus pasos acercándose abrió los ojos despavoridos gritando:

-¡No, no! ¡Nooo!

Con rapidez Chafan hizo lo mismo, tocó su cuello y el joven quedó también inconsciente y plácidamente dormido encima de la cama.

-Larguémonos de aquí por donde hemos venido. No vaya a ser que alguien haya escuchado los grititos de esta señorita.

Salieron a la balconada y desde allí saltaron al árbol descendiendo entre sus sombras. Nada más tocar tierra firme se quitaron los pañuelos y fueron a desatar los caballos para salir de la ciudad, pero justo al ir a montar en ellos, una conocida voz les llamó la atención.

-¡Hola de nuevo, amigos!

Se giraron viendo al hombrecillo que habían conocido anteriormente y que venía secundado por otros cinco personajes de muy malas cataduras.

-¿Qué hay de nuevo, buen hombre, ¿Venís a despediros de nosotros? –soltó Graggo sin una chispa de temor en sus ojos.

-Les hablé a mis amigos de vos y de vuestra pesada bolsa ¡Je, je, je! No me creyeron y les dije dónde podía contraros paque se lansenseñáseis vosotros mismos. Por cierto ¿Qué tal la cita con lalcalde?

Chafan habló y esta vez su voz no sonaba tan amigablemente como en la taberna.

-Escucha, cómo te llames. Tenemos prisa y no queremos líos. Te hemos pagado bien por tu servicio, pero si no te quitas tú y tus amigos de en medio, te juro por lo más sagrado que no solo no vas a conseguir nada, sino que voy a hacer todo lo posible para que recuerdes esta noche toda tu vida. ¡Ah! Y ya de paso aprovecharé y volveré a quitarte la pepita de oro que te di.

-¿Eh? –se sorprendió uno de los maleantes que venían con el hombrecillo-. ¿Tienes una pepita de oro? Deso nas dicho naaa ¡Traidor! Luego blaremos.

-¡Es mentira, idiota!–respondió este intentando salir del atolladero– No ves cos quiere engañar a toos. ¡Venga! ¡Vamos porellos! Que solo son dos.

E inició una carrera hacia Chafan. Ciertamente fue lo único que hizo aquella noche antes de quedar inconsciente y tendido en el suelo, sus amigos le secundaron poco

después de la misma forma. Cuando todo terminó en apenas unos segundos, Chafan se dirigió al hombrecillo y empezó a rebuscar entre sus ropas. Encontró la pepita y se la guardó de nuevo en su bolsa mientras Graggo se quitaba el polvo de su vestimenta, había rodado por el suelo haciendo algunas que otras cintas evitando inofensivos puñetazos.

Había sido una pelea muy corta.

-Hermano. Ese cuando despierte y vea que no la tiene va a volver a desmayarse -dijo sonriente Graggo.

-Espera que hay más.

Chafan se dirigió a uno de los hombres que estaban tendidos y con unos suaves sopapos consiguió que volviese más o menos en sí.

-¿Me oyes, amigo? -preguntó- ¿Estás ahí?

-¿Eh? ¿Quién... qui quiennn ereees? -dijo como pudo el aludido aún grogui por la paliza recibida.

-Escucha bien lo que te voy a decir, ¿Me oyes con atención?

-¡Sí, sííí! Toigo pe... pepero por faav vvoor, noo vuervaaas a pegar pe... garme más.

-Perfecto, estate tranquilo e intenta despejarte para oír mis indicaciones -dijo un Chafan sonriente -. Escúchame bien, amigo mío.

El pobre hombre cuando oyó las palabras amigo mío se quedó sorprendido pensando en que, como diciendo que era su amigo, había podido darle semejante paliza. De todos modos prefirió oírle hablar, no fuese que le volviese a soltar otro par de sopapos gratis.

-Partimos del lugar. Mi amigo y yo nos vamos a otras lejanas tierras. Pero quiero que sepas primero, que vuestro amigo que os ha traído aquí -Chafan se agachó muy cerca de él y le dijo a la oreja-. Que no sé si llamarle vuestro amigo o vuestro enemigo; digamos ese que duerme ahí -y señaló al hombrecillo-. Pues bien, tiene una gran bolsa de oro escondido por algún lugar, en alguna parte. Se lo dimos nosotros hace unos días por unos encargos y trabajos que nos prometió realizar, pero que luego resultó mentira y no hizo nada de lo dicho ni prometido. Hemos intentado recuperar la bolsa -añadió mintiendo con desfachatez ante la sonrisa de Graggo-. Pero no ha soltado prenda, el muy ladino no nos dice donde se encuentra nuestro oro.

-¿Sííí? -repuso aquel hombre con cara sorprendida.

-Sí, amigo y ya que debemos irnos urgentemente, solo deseo que sepáis que lo que nos ha robado es como quien dice..., vuestro también. Os lo cedemos a vosotros. ¿No crees que os lo merecéis por esta paliza que habéis recibido gracias a él?

-¡Es verdááá! -dijo el inocente desgraciado observando raramente al hombrecillo inconsciente-. Ahora verá en cuando puedavantarme.

Hizo la intención más volvió a caer grogui como un saco.

-Tal vez no debimos darles tan fuerte, Graggo -dudó Chafan.

A su alrededor seis cuerpos inertes dormían igualmente de plácidos sobre el suelo con algún que otro moratón. Un poco más arriba en el palacete, otros dos hacían lo mismo. No habían querido usar armas, habían decidido que estas las iban a usar únicamente para quien o quienes estaban buscando.

Sin más preámbulos montaron tranquilamente en sus caballos e iniciaron su camino de regreso a Vende.

-Creo que nuestro amigo va a tener que largarse de Basteff, si en algo aprecia su vida Chafan.

-El que la hace la paga Graggo y ahora vamos a ver que nos dice Barfkeff.

“BARFKEFF”

Y hablando de Barfkeff. Desde hacía ya unos años, concretamente desde que se iniciaron las revueltas por el reino debido al rechazo de los humildes contra la tiranía de su rey, Barfkeff se había convertido en la poderosa hoja ensangrentada de Crotor. Tenía un trabajo peculiar, cada vez que ocurría algún suceso anómalo, llámese revuelta, ataque a un Brick o lo que fuera, él era el enviado a investigar lo sucedido pudiendo realizar todo tipo de interrogatorios sin necesidad de pruebas o algo similar. En el palacio en Vende, las torturas que se realizaban se le encomendaban a él, ya que eso de hacer hablar a la gente cuando no entraban en razones se le daba muy bien y es más, le encantaba hacerlo. Sus resultados eran ciertamente difíciles de evaluar ya que pocos sobrevivían para poder hablar después, pero como el propio rey Crotor alababa su labor, todo daba igual y nadie decía nada.

Y él seguía haciendo lo que más le gustaba en este mundo, la tortura.

Su historia comenzó hace muchos años cuando se presentó voluntarioso para ese puesto sin mucha idea, pero cargado de ganas y ambición. Con el paso del tiempo no había otro igual en ese campo y a través de decreto real se le proclamó máximo representante de los asuntos turbios del reino, incluido por supuesto hasta en el mismo palacio.

Muchos achacaban su afición a la tortura a que de niño debió padecer abusos por parte de su padre y hermanos mayores. Su madre por lo visto había huido del lugar con un hombre más decoroso. También dicen que cierto día, misteriosamente su familia desapareció de la faz de la tierra y nunca más se supo de ella. Pero como Barfkeff no quiso que se indagase la situación, la única conclusión que se llegó a barajar fue que habían partido de Vende dejando todo atrás, incluido al pequeño de la familia que ya por entonces tenía veintitrés años y un futuro muy prometedor al servicio del rey en lo referente a asuntos turbios de estado.

Aquel día regresó a Vende junto al pequeño ejército que siempre le acompañaba para casos extremos. Habían recorrido parte del noreste de Lamiah en busca de una cuadrilla de asesinos y asaltantes de caminos y pueblos pequeños. Milagrosamente habían conseguido dar con ellos merced a las pistas dadas por un humilde granjero que barajaba la idea de una jugosa recompensa. Este había visto hacia dos noches en la ladera de la montaña cercana a su granja, pequeñas fogatas con gente desconocida. Así poniendo en peligro su propia vida se acercó y desde la distancia vio a unos hombres que no le dieron ningún tipo de confianza. Esta información se la entregó a Barfkeff que casualmente pasaba por el lugar dos días después. Su premio fue lo que menos se esperaba del tal Barfkeff. Su granja fue pasto de las llamas y todos sus animales sacrificados.

-Y da gracias a tu Dios que no hagamos lo mismo contigo rebelde -fueron las palabras del torturador antes de irse del lugar en busca de los asaltantes de caminos-. Hace dos días ¿Dos días que estaban ahí, dices? y ¿Qué has hecho tú mientras tanto? ¿Eh?, ¿Mirar cómo vuelan los pájaros? ¿Tirarte a tu hembra? ¿Labrar esta tierra? Te repito que pidas a tu dios delante de mí que encontremos a esos, porque si no volveré

El caso es que gracias a quién fuese, los bandidos fueron encontrados y ajusticiados en el mismo lugar por lo que Barfkeff se olvidó completamente del granjero volviendo apresuradamente a Vende. Pero este ya había preferido perderse en la inmensidad del reino con un carromato, su familia y las pocas existencias que le quedaban no fuera que el maldito torturador no encontrase a su presa y decidiera volverse a dar una vuelta por su arrasada granja.

Nada más llegar en palacio Barfkeff fue llamado urgentemente a presentarse ante Crotor, aquello solo podía significar...

-Problemas y más problemas -dijo al oír la orden-. ¡Qué bien! Posiblemente más trabajo del que me gusta -luego se volvió hacia uno de sus oficiales ordenándole-. ¡Haz saber a la tropa que no desensille los caballos hasta que yo lo ordene! Tal vez tengamos de partir de nuevo. ¿Me has oído?

-¡Sí, señor! -contestó este.

-Pues espabila y haz ya lo que te he mandado. ¡ya!

Tranquilamente descendió de su montura y solicitó a otro de sus oficiales le fuese a buscar algo de ropas limpias para presentarse ante el rey cómo debía ser. Conociendo a Barfkeff, este no se lo hizo repetir dos veces y partió a la carrera. El día era soleado y caluroso a rabiar sin ninguna traza de nubes en el cielo por lo que dentro de sus armaduras todos los soldados recién llegados estaban sufriendo lo indecible.

El tiempo pasaba y el oficial que había ido a buscarle la ropa parecía demorarse en demasía. Cuando estaba ya a punto de perder los nervios por su tardanza y con deseos de que llegase más tarde para poder apalearle sin contemplaciones, este apareció a la carrera portando en las manos sus deseadas prendas. Rápidamente el torturador se cambió allí mismo en las escalinatas del palacio, poniéndose la ropa limpia y aseada encima de un cuerpo completamente sudoroso y polvoriento.

-«Da lo mismo, el rey no se va a percatar de este pequeño detalle». -se dijo.

Luego a la carrera como su oficial poco antes, fue directo al salón central donde le aguardaba su amo, el rey Crotor.

-¿Da su permiso majestad? -preguntó al llegar desde la lejanía del amplio salón asomando solo la cabeza por la gran puerta.

Crotor se hallaba sentado en su trono, con Lars a su diestra. Diversos soldados con sus picas mirando al cielo y fuertemente armados y completamente aburridos, le acompañaban.

-Ven aquí ahora mismo, rata inmundada,

El semblante de Barfkeff cambió, le extrañó de sobremanera la forma en que era recibido por su rey, pero no había escapatoria lo único que podía hacer era llegar hasta donde estaba y esperar lo que fuese. Primeramente, intentaría llevarle a su terreno con la feliz noticia que los asaltantes de caminos habían sido finiquitados rápidamente como le gustaba oír a Crotor, luego poco a poco, ya trataría llevar la conversación por otros derroteros menos peligrosos de los que parecía querer hablar el rey,

-Mi majestad, a vuestro servicio. Permitidme deciros que los bandi...

-Calla gusano y escucha -cortó tajante Crotor.

Lars miraba al recién llegado como una serpiente en ayunas a punto de comer un delicioso huevo recién puesto caliente. Una mínima orden, un pequeño movimiento del brazo del rey y Barfkeff hubiera pasado a formar parte de la historia sin nada más que decir y ni siquiera poder hablar. Así que viendo la situación hincó una rodilla en el suelo, agachó la cabeza a modo de sumisión y se mantuvo completamente callado.

-¿No eres tú el responsable de todo lo que se lleva a cabo? ¿De los estudios? ¿De los experimentos? ¿De todo lo relacionado con las cartas esas del dolor? -la agria cara de Crotor lo decía todo.

-¡Sí, majestad! Yo soy -soltó desatando su ego-. Vuestra excelencia me otorgó ese trabajo que he cumplido fervientemente hasta el día de hoy-luego la curiosidad pudo más que él y preguntó-. ¿Hay algún problema con ello?

-¿Algún problema? ¡Pareces imbécil, Barfkeff! Eso o no sabes bien lo que ha pasado. Pero igual sí lo sabes y quieres hacerte el listo. ¿Me equivoco?

-No os entiendo, majestad.

-Voy a pensar por un momento que realmente no sabes una mierda de lo que ha sucedido. Voy a pensar así y de esa forma no trituraré esa cara que tengo ahora delante con mis propias manos.

-Hablad, majestad, os lo ruego. No sé qué está ocurriendo.

-Las cartas..., las cartas que enviaste a Dor-Alia para mi hijo, para Degall -la rabia no podía contenerse en la cara del rey emperador mientras el atemorizado Barfkeff con ojos desorbitados no sabía cómo poder escapar de aquella ratonera.

-¿Las cartas? ¿Qué pasa con las cartas? Desarrollamos el plan de su excelencia al pie de la letra. ¿No ha ocurrido según lo previsto?

-Lars, ¿qué hacemos con este imbécil? -preguntó Crotor a su fiel y nuevo consejero.

-Excelencia, -respondió este-. tal vez quepa la posibilidad de que este "imbécil", como vos le calificáis, no sepa en realidad nada de lo ocurrido.

-Entonces explícaselo todo, Lars. No tengo ganas de hablar, ni de mirarle a la cara porque en cualquier momento creo que voy a saltar y reventársela.

Barfkeff temblaba como hoja al viento. Muchas veces durante su vida se había visto envuelto en trifulcas, peleas y malas historias, pero nunca peligró su cuello tanto como lo estaba sintiendo en esos momentos. La actitud de Lars le daba un pequeño respiro, debía aferrarse a él como fuera, prometer lo "imprometible" y salir de aquel salón lo más rápido posible sin aparentar demostrarlo, luego ya vería qué hacer, pero por lo menos con su cabeza aún sobre sus hombros. Esto era de vital importancia.

-Escuchadme bien, amigo Barfkeff -empezó el vasnino-. Como sabéis, soy como quién dice nuevo aquí, pero ello no quita para que su majestad nuestro rey, haya puesto todos sus asuntos en mis manos en un intento que le ayude con mi conocimiento y asesoramiento...

-Lars, al grano -graznó Crotor.

-Perdón, majestad. Seguiré lo más rápido posible, solo quería que Barfkeff supiese sin error quien soy yo. -y se centró de nuevo en este-, Prosigamos. Cuando digo en todos, quiero decir en todos los asuntos de estado -Lars miró a Crotor y el rey le devolvió una mirada cargada de complicidad-. Te voy a relatar más o menos lo que ya sabes, pero que tal vez necesites recordar para darte cuenta de la gran importancia de cumplir fielmente los designios de nuestro rey emperador.

Barfkeff no entendía nada de nada y menos donde quería llegar Lars con la exposición de unos hechos que él desconocía por ahora.

-Primeramente... y lo digo para que no te extrañe nada de lo que a continuación oigas, te repito que el rey ha confiado en mis todos sus secretos, "todos" -enfaticó con fuerza la última palabra para dar más protagonismo a su significado-. Eso quiere decir que entiendo perfectamente a donde quiere llegar su majestad y tú también deberías saberlo.

Lars se acercó a Barfkeff que aún continuaba en actitud de sumisión postrado ante ellos y le ayudó a levantarse, luego con una pose muy solemne empezó a hablar.

-Como conoces sabes, hace tiempo hubo cierto revuelo en palacio, concretamente en la torre donde dos personas fueron asesinadas. Una de ellas, era la reina Ganvard y la otra... la otra un pobre soldado quien la cuidaba y la atendía en esos momentos. Nuestro querido rey, aquí presente y muy ducho en asuntos de corte y estado, barajó muchas posibilidades después de aquel suceso y una de aquellas posibilidades era que..., pero mejor, dímelo tú, Barfkeff. ¿Cuál crees que era esa posibilidad, amigo?

La pregunta le sorprendió de tal manera, que no supo que responder a la daga envenenada que le lanzaba el maldito Lars.

-¡Huuuumm! Perdonadme, pero no lo sé, lo desconozco. Por favor, proseguid con vuestro relato.

-Una de las posibilidades como te digo y la más acertada creo desde mi punto de vista, es que el atentado fue estudiado y perpetrado desde dentro del palacio. Es muy difícil que alguien de fuera consiguiese entrar, no ser visto, hacer el llamado "trabajo", y largarse sin siquiera ser notado, ni dejar rastro alguno. Así pues, pudo ser cualquiera, cualquiera hasta tú mismo.

-¡No! Yo no majestad ¡Os lo juro! ¡Incluso daría mi vida por vos si fuera necesario!
-argumentó Barfkeff dando un paso y acercándose al monarca. En la cara de Crotor una sonrisa de asco relució por la mentira que acababa de escuchar.

-Tú, -prosiguió Lars, sin dar importancia a la interrupción sufrida-. cualquier oficial, un soldado de la tropa, quizás un Brick receloso con nuestro rey o incluso sus propios hijos. Cualquiera que entonces morase en palacio podía haberlo hecho. Los príncipes habían recibido un severo castigo pocos días antes siendo fustigados, por lo que tampoco es muy lejana la posibilidad que quisieran vengarse de alguna forma. Sobre todo, a sabiendas (como asegura su majestad), que son egoístas, envidiosos, prepotentes y un largo etcétera de adjetivos no muy positivos.

Barfkeff veía al vasnino hablar con total impunidad incluso de los príncipes delante de su propio padre. Resultaba evidente que el rey le había cedido potestad para ello y seguro que para muchas cosas más, llegándose a preguntar quién regía ahora en Shámsala..., Crotor o Lars.

El vasnino siguió hablando.

-Con todo esto, nuestro rey decidió al día siguiente que marcharan a Dor-Alia para que estuviesen a salvo del supuesto complot contra él. Pero nada más lejos de la realidad, ya que los príncipes eran también posibles sospechosos de los ocurridos y si uno, dos o los tres habían decidido asesinar a dos personas sin causa alguna, ¿Por qué no podían hacer lo mismo con su padre? Los príncipes tienen pleno acceso a todos los lugares de palacio y por poder entrar, pueden llegar hasta la misma alcoba del rey cuando este está durmiendo. Así que al día siguiente les despidió con mucha parafernalia y teatralidad, solicitando a Rutter, Brigadión y Chafan cuidasen de ellos. Cuando salieron de la ciudad, el rey tenía tres enemigos menos en quién pensar. Como bien sabes Barfkeff, tú has sido la cabeza visible del proyecto de las nuevas Cartas de Dolor y del gran paso que se ha dado con ellas.

-Gracias, señor. Solo he hecho mi trabajo, no debéis halagarme de esa forma -dijo rápidamente Barfkeff al oír su nombre.

-Gracias para nada. Intentad no interrumpirme de nuevo. -gruño secamente Lars.

-¡Perdón! No volverá a ocurrir.

«Con esta bestia que tiene ahora el rey, no sé cómo voy a salir de esta». -pensó el torturador.

-Disculpas aceptadas. Sigamos pues. Gracias a ti y a tu equipo no solamente se ha conseguido que los personajes de las cartas sean casi reales en proporciones, sino que también se ha logrado que estos acepten una orden dada por su creador. Entonces... ¿qué ha ocurrido? Dínoslo, por favor. ¿Qué ha podido pasar? -inquirió el vasnino-. Háznoslo saber. Habla y di todo lo que sepas sobre ello en tu defensa.

-Perdonad, señor, pero no entiendo nada de nada. -se disculpó temiendo lo peor Barfkeff.

Lars le ojeó críticamente y decidió seguir dándole alguna que otra pista pensando que tal vez el idiota que tenía delante realmente no supiese nada de lo ocurrido.

-Simplemente, que Chafan desde Dor-Alia solicitó unos regalos para los príncipes, concretamente un Arco Blanco para Gumb, un gato de esos Wogan para la princesa

Lienha y unas Cartas de Dolor para el príncipe Degall. Casualmente su majestad había destruido las anteriores por lo que ahora parecía que se le presentaba una oportunidad de oro para empezar con aquello que llevaba meditando últimamente. Nuestro rey con el paso de cada día se ha estado dando cuenta de la inoperancia, del desatino, de la falta de fiabilidad de los príncipes, que por ver sus posaderas sentadas en el trono serían sido capaces de cualquier cosa, incluso de asesinarle a él. Así que os encomendó a vos..., a vos Barfkeff, -y le señaló duramente con el dedo mientras Crotor seguía el monólogo con suma atención-. A vos, para que siguiendo la petición de Chafan enviaseis junto a los regalos unas nuevas Cartas de Dolor. Dentro de esta baraja iba también una carta muy especial dedicada a realizar una labor importante..., nada más y nada menos que asestar un golpe de muerte al príncipe Degall.

Lars observó al emperador y este le animó con un movimiento de la cabeza a que siguiese.

-Debéis saber que nos han llegado noticias de Dor-Alia. Habéis estado mucho tiempo fuera y posiblemente no os habréis enterado. ¿O sí?

Lars interrogó con la mirada a Barfkeff, observando sus movimientos y hasta su pestañeo, pero este parecía decir la verdad.

-Desconozco totalmente lo que ha pasado, señor. He estado tiempo fuera buscando a esos bandidos, demasiado según mi parecer. -respondió intentando demostrar su inocencia-. Recibí orden expresa del rey de preparar las cartas y una de ellas ciertamente tenía bien claro el propósito de asesinar al príncipe Degall en cuanto le viese.

-¿Comprobasteis vos mismos las cartas, Barfkeff?

-Me fue imposible, señor. Lo tuve que delegar en Mundeerke mi mano derecha, por entonces se me precisaba para otros servicios relacionados con la seguridad del reino por lo que tuve que partir lejos de Vende.

-Bien, conforme. -cortó con prepotencia Lars-. Sabed que nos llegó un mensaje de Dor-Alia mientras estabais fuera, concretamente de Chafan. Está intentando descubrir quién ha intentado matar al príncipe a través de las Cartas de Dolor.

-¡Dios! -exclamó Barfkeff sin poder contenerse-. Si Chafan está buscando al culpable puede llegar hasta aquí. Hasta nosotros...

-«¡Y hasta mí!». -se dijo.

-Exacto amigo, tus cartas han fallado. No digo que no hayan intentado matar al príncipe, pero merced a Brigadión que estaba allí mismo y que resultó herido, la oportunidad de finiquitar a Degall se ha ido al garete. Ahora mismo deberíamos tener dos trabajos nuevos que realizar. Uno Gumb y otro Lienha, sin embargo, tenemos tres. Se ha vuelto a sumar el príncipe Degall.

-¿Y yo? ¿Yo qué culpa tengo que se haya fallado por culpa de Brigadión, mi rey? -preguntó Barfkeff dirigiéndose esta vez a Crotor. Este solo contestó:

-¡Escúchale imbécil y no preguntes más!

-¡Perdón, majestad!

-Y por eso, -prosiguió Lars mirándole no muy amigablemente-. su majestad no sabe qué hacer contigo. Cerrar tu boca para siempre o darte una oportunidad. Conoce de sobra lo fiel que eres, pero ahora además de fiel eres peligroso, ya que si Chafan consigue llegar a ti de alguna forma, tal vez le digas quién está detrás de todo ello..., quizás le digas que su majestad nuestro rey emperador Crotor Vaalam de Shámsala, es el artífice de todo este entramado.

-¡Jamás! ¡Jamás os delataré, mi rey! -imploró por su vida Barfkeff-. Es imposible que dé con nosotros. Nadie sabe que estas cartas se hacen aquí en el mismo palacio ¡Nadie! Lo más seguro es que de dirigirse, vaya a Basteff y allí no va a poder ni siquiera

acercarse a la fortaleza. Vos sabéis lo bien que está defendida y lo que les sucede a quienes lo intentan.

-Escucha, gusano. -habló Crotor-. Te voy a dar una oportunidad porque realmente no sabemos lo que está haciendo, ni lo que sabe en estos momentos Chafan. Me has sido siempre fiel y debo reconocer la valía en tus servicios hacia mi sin preguntar cómo, ni por qué. Por eso acabo de decidir darte una nueva oportunidad, pero no falles ahora. Quiero a mis tres retoños fuera de este juego. Elcor tal vez sea mi sucesor, pero si ellos se enterasen de esta mi decisión, su vida valdría una mierda.

.¿Deseáis que parta urgentemente a Dor-Alia, mi rey?

-No quédate aquí y no te muevas mucho. Da órdenes calladas que si viesen a Chafan por Basteff o por donde sea, nos informen. Ese perro es muy listo y tenemos que dar con él, antes que él dé con nosotros, luego veremos lo que hacemos

Barfkeff suspiró, había ganado aquella batalla, por lo que solicitó permiso para poder retirarse y meterse de cabeza en su bañera.

Un permiso que le fue otorgado sin demora.

Croto había cambiado totalmente de mentalidad desde lo sucedido en la torre. Hace años, cuando sus hijos eran unos críos que no sabían siquiera andar, ni hablar, pensaba el día en que le sucediesen y lo veía con orgullo como cualquier padre mentalmente sano, lo veía con optimismo e ilusión, Pero ahora que eran ya casi unos hombres hechos y derechos temía por su trono, su único y real trono, ese que por ley él mismo alegaba que era suyo y solo suyo. Y ahora en vez de pensar como antaño, solo veía en ellos peligro y ambición. Por eso en el fondo hasta le fue bien que alguien llegase un día a la torre y asesinase a la reina y a su guardián, luego bajo el pretexto de la seguridad de los príncipes los envió lejos de Vende, la desconfianza en ellos y su seguridad era (como decirlo...) asunto de estado. También ahora los últimos nuevos acontecimientos otra vez en palacio le sacaban de quicio. Tres muertos bajo su mismo techo y no muy lejos de su alcoba que le hacían receloso con cualquiera que se cruzara en su camino. No podía confiar en nadie y no le quedaba más remedio que vivir junto a Lars, Barfkeff y los demás. En su juventud, de otras peores había salido por lo que tiraría para adelante como fuera y por si las moscas, el asunto de los príncipes ahora era de vital importancia. En Dor-Alia, aunque estuviesen lejos les tenía a tiro, como en el caso de las Cartas de Dolor con Degall. El plan había fallado, pero lo iba a intentar de nuevo a no tardar mucho, además era muy difícil por no decir imposible que Chafan descubriese algo. También aseguraba que ahora su sucesor elegido iba a ser Elcor, pero era otra mentira suya para salir del paso ante la nobleza y sus allegados, realmente a Croto solo le importaba él... él y solo él. Cuando falleciese le daba igual si el reino se quemaba, se pudría o reventaba, no era su problema.

El mismo año que nacieron sus tres hijos, ordenó empezar a construir secretamente y en los sótanos ocultos del palacio, concretamente en la zona norte y a muchos pies bajo tierra sobre las segundas caballerizas lo que sería una pequeña nueva fortaleza como la de Basteff. Con el tiempo recluyó a gente fiel y cercana a él como era el caso de Barfkeff al que nombró vista su fidelidad, encargado de todo el nuevo complejo subterráneo. En aquel mundo oculto, se intentaba de todo; desde mejorar armas, a descubrir otros aspectos de la magia, aprendizaje y desarrollo de brebajes ocultos en el tiempo, la tolerancia y estudio de un cuerpo humano ante un castigo, todo tipo de extrañas extravagancias que a cualquier ser inhumano de aquellos se le ocurriese investigar. Las víctimas propicias de estos experimentos eran los propios ciudadanos de Vende que sin más, un día desaparecían del mundo sin dar ningún tipo de explicaciones.

Cierto día alguien le comentó en por qué no intentar realizar unas Cartas de Dolor diferentes. Con seres idénticos a los reales, no esas pequeñas figuritas que se mataban unas a otras sin ton ni son. Con estos personajes el juego sería mucho más jugoso y la sangre atraería más público, por lo que la venta de las cartas podía llegar a ser un auténtico tesoro para el estado. A Barfkeff le gustó la idea y la apoyó por lo que habló con el rey Crotor comunicándosela, este dio el aprobado al proyecto y la investigación se inició.

Pasaron los años, los príncipes crecían, las estaciones se sucedían y aunque se mejoraba en ciertos aspectos, las cartas no llegaban al nivel deseado por Barfkeff y su equipo.

Finalmente, tras muchos intentos y rigurosos estudios sobre toda la magia que abarcaba las Cartas de Dolor, se consiguió que las criaturas de las nuevas barajas actuaran a órdenes recibidas por sus creadores.

Barfkeff salió del salón y antes de asearse con un buen baño decidió darse una vuelta y hablar con Mundeerke sobre las Cartas de Dolor enviadas a Dor-Alia.

Llegó a la parte que muy pocos conocían del palacio y entró en su oscuro mundo. Ni siquiera los vasininos, ni los príncipes sabían de él y no se explicaba tampoco como Crotor había sido tan ingenuo de comentarle a Lars su existencia.

-«Este carcamal se está haciendo viejo. -se dijo-. Antes no decía nada y ahora resulta que lo larga todo».

Llegó a la puerta de entrada, sacó una llave que llevaba encima y abrió, una vez dentro volvió a cerrar la puerta. A través de oscuros pasillos y túneles rebosantes de ratas fue poco a poco descendiendo a otros pisos. Escaleras de caracol y más subterráneos le acompañaron durante un buen trecho, era un auténtico laberinto y cualquiera que no conociese el lugar fácilmente hubiera perdido el norte y hasta los otros tres puntos cardinales. Llegó a una puerta donde dio una serie de golpes acompasados y repetitivos..., era la contraseña. Esperó unos instantes y del otro lado se oyó como alguien abría cerrojos y más cerrojos, al tiempo la puerta se abrió y una cara conocida le saludó amablemente.

Entró en una gran sala completamente iluminada por candiles que brillaban en paredes y columnas sin ningún tipo de decoración, solamente muros de dura y fría roca gris y donde se apreciaban más pasillos con algunas personas saliendo y entrando en ellos. Al fondo una escalera descendía aún más.

-Bienvenido seáis de nuevo, Barfkeff. Cuanto tiempo sin veros.

-Rápido, Lindo ¿Dónde está Mundeerke?

-En la sala tres, mi señor -respondió el aludido.

-¿Y qué está haciendo? -preguntó imperiosamente.

-Está analizando el grosor de las arterias del cuerpo de una joven que...

-Que venga ahora mismo a mi estudio. ¡Ya! -dijo sin dejar terminar de hablar a Lindo.

Le llamaban Lindo, pero ese no era su nombre. Este apodo se debió al resultado de un experimento demasiado expuesto con productos que desconocía. Una gran llamarada brotó de lo que tenía aquel día en sus manos, desfigurando y quemando para siempre su cara y parte de su pecho. Milagrosamente sus ojos no recibieron el impacto directo del fuego, por lo que a la postre dijeron que había tenido mucha suerte. Si hubiera muerto por aquel accidente, simplemente hubiera pasado a otra sala donde lo más seguro es que lo hubieran diseccionado y experimentando con él. El apodo de Lindo por supuesto, se lo debía a Barfkeff.

El torturador llegó a lo que llamaba su estudio, abrió la puerta con una llave que solo él poseía y esperó. La estancia disponía de una mesa escritorio con muchos papeles encima además de libros, plumas para escribir, un tintero, diversas sillas y una cama perfectamente hecha. Como la sala de entrada en aquel submundo, las paredes estaban completamente desnudas y vacías de todo tipo de decoración.

Poco después llegó Mundeerke.

La catadura de este no era mucho mejor que la del propio Barfkeff, estaba bien claro que para el tipo de trabajo que se realizaba allí, había escogido a gente de su misma cepa, con caras en absoluto amigables, miradas asesinas y ademanes chulescos.

-Hola, Barfkeff – dijo entrando sin siquiera llamar a su puerta.

-¿Qué hay, Mundeerke? ¿Qué tal por aquí? ¿Cómo van las cosas?

-Por ahora nada nuevo, seguimos intentando descubrir el...

-Déjalo, tengo prisa y solo quiero hacerte unas preguntas antes de largarme a quitarme toda esta mierda que llevo encima. El polvo del viaje lo tengo metido hasta en las pelotas, así que vamos al grano.

-¿Tú dirás? ¿Qué quieres saber? ¿Hay que hacer algo nuevo?

-¿Recuerdas el encargo secreto del rey? ¿El de las cartas?

-Por supuesto. ¿Qué pasa con ello?

-¿Qué pasa con ello? Pues pasa Mundeerke, que el plan ha fallado. Ha fallado en su misión.

-Pero eso..., eso es imposible –respondió Mundeerke empezando a temerse lo peor-. Elegimos la mejor opción de todas. Eran las nuevas Cartas de Dolor, las únicas que hemos conseguido que nos obedecieran.

-A ver si nos entendemos. –dijo Barfkeff intentando no perder los nervios. La conversación con Crotor y Lars le había agobiado bastante y lo que deseaba era algo de información para luego perderse en un sedante baño espumoso-. Cuando me largué por orden del rey a resolver el asunto ese del Brick Nosequémierdas, te dejé al mando del proyecto y te dije que eligieses el mejor espécimen para realizar el trabajo pensando que eso ibas a hacer. Te advertí de las consecuencias en caso de que fallásemos. ¿Puedes decirme quien cojones era la carta en cuestión? La carta que debía acabar con Degall.

-Barfkeff, relájate un poco. La carta era la más válida, la que más opciones tenía entre lo que tenemos aquí. Ni de lejos podíamos pensar en que iba a fallar.

-¿Quién cojones era esa carta, Mundeerke ? Dímelo o te ensarto ahora mismo y vas directo a otra sala a que te abran de arriba a abajo.

-Fue la esencia número veintitrés. La mejor de todas..., la mejor que tenemos. Tú lo sabes.

-¿Qué? –los ojos de Barfkeff chisporrotearon de asombro e ira.

-La esencia veintitrés –repitió con temor Mundeerke– Tú me dijiste que eligiese al mejor entre los mejores y creo que la esencia veintitrés es la mejor.

-¡Dios mío! –dijo Barfkeff palideciendo y echándose las manos a la cara-. ¡Dios mío! Estoy perdido ¡Estoy completamente perdido!

-¿Qué está pasando, Barfkeff? –preguntó nerviosamente Mundeerke– Me estás asustando con tus palabras y viéndote cómo estás...

-¿Sabes quién es el veintitrés, Mundeerke?

-Un vasnino cualquiera sin más–contestó este intentando no darle mayor importancia.

-¿Un vasnino sin más? ¿Un vasnino sin más?

La cara de Barfkeff era el reflejo de un temor y odio mortal. Temor por una persona que no estaba allí ahora, pero que en breve seguro volvería a ver. Sabiendo de quien se trataba sintió un repentino odio mortal por el inútil de Mundeerke.

-No era un vasnino sin más, se llamaba Risco y era el hermano de Chafan.

-¿Y? -interrumpió Mundeerke algo enojado por estar sufriendo una reprimenda cuando lo único que había hecho era aquello que le habían mandado.

-El hermano de Chafan, Mundeerke. El hermano de Chafan y de Graggo también, ¡Demonios! A quien me había quitado de en medio hacía años.

-Barfkeff..., si realmente hubieras querido hacer desaparecer a ese tal Risco. ¿Por qué demonios guardaste su esencia trayéndola de Basteff? máximo sabiendo el peligro que podía suponer.

-¡Eres un inútil! -gritó Barfkeff-. Un inútil que nos has llenado a todos de mierda.

Y antes de que Mundeerke pudiese siquiera contestar, saltó sobre él y con un simple movimiento de su brazo hizo aparecer un puñal que llevaba escondido en su manga atravesando el corazón a su muy sorprendido lacayo. A este le fallaron los pies y cayó al suelo sin fuerzas intentando descubrir qué se había alojado en su pecho.

No llegó a conseguirlo ya que todo se oscureció para él repentinamente.

-¡Que alguien venga aquí! ¡Ya! -vociferó el asesino imperativamente como estaba acostumbrado-. ¡Quitadme ahora mismo esta mierda de mi vista!

Casi antes de llegar al final de la frase, diversas personas entraron en la estancia y retiraron el cuerpo inerte de Mundeerke sin preguntar ni decir nada y dejando a Barfkeff solo y pensativo en su lúgubre habitación.

No podía decirle al rey que la carta que había intentado matar al príncipe Degall era Risco, hermano de Chafan y de Graggo puesto que eso significaba preguntas mucho más peligrosas. Conociendo a estos dos, sabía de sobra que intentarían llegar al final de todo con tal de descubrir lo que había sucedido a su hermano menor, aunque Graggo por ahora estaba completamente desaparecido. Chafan no cejaría en su empeño y exigiría castigos para los culpables. Ni siquiera el rey emperador sabía nada de sus chanchullos sobre Risco, solo había pedido que una carta asesinara a Degall.

-“Baboso, Mundeerke, me has llenado de mierda, ¿A ver cómo salgo de esta? ¡Y..., y encima está ese Lars por medio!”.

Ahora las preguntas le rondaban la cabeza una y otra vez.

¿Por qué se había quedado con su esencia?

¿Por qué?

Se reprochaba a si mismo el haber alardeado en aquellos sótanos delante de Mundeerke y de los demás de tener al más letal guerrero para el combate de las nuevas Cartas de Dolor. Una esencia vasnina que deducía era la más mortal y peligrosa de todas.

¿Por qué la utilizó en vez de dejarla hasta el fin de los tiempos lejos de él?

-“¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué?”.

Entre sudores y tics nerviosos sus pies no paraban de moverse en el suelo.

Pero aquello ocurrió en el pasado..., había sido sencillamente un tema entre él y Risco que quedó de sobra solucionado y es más, sin que nadie que se entrometiese de por medio.

-“¡Mierda!”.

No debió haber utilizado esa esencia.

Pero ya era tarde.

Se abrió la camisa y del cuello tenía un colgante con varias llaves. Utilizando una de ellas abrió un cajón de su escritorio, de él sacó un cofre y con otra de las llaves lo abrió. Dentro había una especie de diario..., su diario, el diario de Barfkeff. Cogió una pluma y después de impregnarla en tinta, recordó lo sucedido con el rey, con Lars y con Mundeerke. Con muy buenos trazos escribió todo lo sucedido en aquel azaroso día. Había estado a punto de perder la cabeza, pero afortunadamente quién la perdió fue el

imbécil de Mundeerke. Cuando terminó, buscó hacia atrás en el diario, muy atrás. Llegó donde quería, que era ni más ni menos que volver a ver un viejo dibujo, un extraño símbolo que había dibujado en una vieja hoja **(14)**.



-¡Ahí estabas tú! Fastidiándome siempre y siempre en medio. Te pasó lo que te pasó por listo, aunque pensándolo mejor, creo que fue por imbécil. ¿No sabías con quién te la estabas jugando? ¿Eh, amigo?

Hablaba solo observando aquel emblema que no le debía traer recuerdos muy agradables.

-Ahora por lo visto otro como tú va a venir a preguntar por ti. ¡Huy! Si es tu hermanito mayor ¡Qué miedo!

Y aunque intentaba querer demostrarse a sí mismo no temer al vasnino, en el fondo o mejor dicho muy a flor de piel, no solamente le temía, sino que aquel hombre le profesaba verdadero pavor. Temía en demasía a Chafan, pero siguió engañándose, aunque sin llegar a convencerse del todo.

-Supongo que tendré que darle la misma receta que a ti para que me deje en paz. ¡Adiós, chaval!

Y de un manotazo cerró el diario volviendo a guardarlo en el cofre dentro del cajón. Y lo mismo hizo con las llaves, colocándolas con mimo nuevamente en su colgante.

Cuando Chafan y Graggo llegaron a Vende, atravesaron sin ningún tipo de impedimentos las grandes puertas del palacio entrando en él. Los soldados de guardia

rápidamente notificaron a sus superiores la llegada de los vasininos, por lo que Brammkbrest nada más saberlo fue a su encuentro en el mismo patio del palacio.

-¡Chafan! Qué alegría. ¿Graggo? ¿Eres tú, Graggo? -preguntó sorprendido.

Este ágilmente descabalgó de un salto y se fundió en un fuerte abrazo con Bramm.

-Amigo mío, cuanto tiempo sin oler ese aroma a Flores de Bardo -dijo sonriente-.

Es un placer para mi olfato volver a percibir ese perfume. Hacía muchísimo tiempo que lo echaba de menos. ¿Sigue siendo la red de tus conquistas, caballero?

El capitán Brammkbrest tenía una afición preferente, no podía salir de su casa sin antes rociarse por doquier con una buena ración de aromas, colonias o de su perfume favorito; Flores de Bardo. Incluso a veces, los soldados le descubrían oliendo simplemente el aire y se percataban de su presencia siquiera antes de verle, por lo que no era de extrañar que para un vasinino como era Graggo, ese detalle pasara desapercibido.

-Aquello es ya otra historia, amigo. Conocí por fin a una chica seria, una buena y gran mujer que me obnubiló. No es que las demás no sean encantadoras, pero esta tiene eso que no sé cómo se llama y que las demás pues... como que no tienen.

-¡Ay, ay, ay! Que te estás echando a perder -dijo Chafan estrechándole la mano y apuntándose a la conversación-. Esta te ha pillado desprevenido y te has dejado embaucar.

-Es extraordinaria, Chafan y ya os la presentaré algún día. -dijo embobado el capitán-. Me tiene..., me tiene, bueno..., ¿qué voy a decir? Ya me entendéis, y encima es una mujer imponente. -e hizo con las manos el gesto de una silueta femenina adornando todas las curvas.

-¿Sí? -dijo un ilusionado Graggo-. Me alegro. A ver si alguien consigue ponerte un anillo encima que para el paso que llevas, vas a acabar más solo que la luna en la noche. ¿Y se puede saber cómo se llama tan dulce criatura que ha conseguido de ti esa cara de bobo al hablar de ella?

-Ágatha. Mi dulce amor se llama Ágatha.

-Muy bien Bramm, pues a ver cuándo nos presentas a ese ser tan angelical.

-¡Eh! ¡Mirad quién viene por ahí! -se sorprendió Bramm, viendo que el príncipe Elcor y Cymbal se acercaban-. Es el nuevo príncipe y le asesora Cymbal, os lo presentaré amigos.

-Así que ese es el nuevo príncipe de Shámsala -dijo Chafan pensativo.

-Es una buena persona, Chafan -contestó rápidamente Bramm saliendo en defensa de Elcor. Luego añadió misteriosamente-. Te lo puedo asegurar. Nada que ver con los tres descerebrados que conocemos. -y sonrió ampliamente-. Los de Dor-Alia, ya sabes.

-Y que lo digas, Bramm, y que lo digas.

Poco después los cinco hablaban entre ellos como si se conociesen de toda la vida. Bramm fue el maestro de ceremonias presentando al príncipe Elcor a Chafan y a Graggo y luego Cymbal mismo se abrazó fuertemente a los recién llegados. Los conocía de su juventud, de aquellos lejanos tiempos en Vasnia Golteim cuando todo parecía mucho más fácil y sencillo.

Desde una de las ventanas del palacio, Crotor y Lars junto a él, observaban la escena muy callados. Parecían dos muñecos que pendían de las mismas cuerdas con un mismo maestro que las moviese a la vez. Miraban hacia el patio y lo que allí sucedía y aquello parecía no agradarles de forma especial. Un soldado había entrado instantes antes al despacho y había dado la noticia de la llegada de los dos vasininos. Ahora ambos observaban recelosos los abrazos y los saludos que se prodigaban en el mismo patio.

-¿Y... y viene con Graggo? ¿Dónde demonios le has encontrado? -se preguntó Crotor en voz alta-. Chafan y Graggo juntos, no me gusta. ¡No me gusta nada de nada!

Siguieron observando la alegría que parecían despertar los recién llegados entre las personas que allí se estaban congregando y que no contrastaba en absoluto con las suyas ya que poco a poco, mucha gente de palacio se acercaba a los recién llegados dándoles la bienvenida.

-Hasta el cocinero, Lars. Hasta el cocinero les tiene que ir a saludar. Ese luego me va a oír. ¡Me va a oír y muy bien! - dijo el emperador fuera de sí oteando al encargado de sus cocinas reales, que acudía raudo a recibir a los dos hermanos con la única y sana intención de saludarles.

Apresuradamente se retiraron a la vez de la ventana cuando repentinamente notaron que la mirada de Chafan se fijaba en una muy cerca de ellos.

-Menuda cuadrilla, Lars -el desprecio rabioso de Crotor era evidente-. A partir de ahora hay que tener un cuidado especial en todo. Chafan no ha de descubrir por nada en el mundo que yo tenga algo que ver con las cartas ¿Entendido?

El vasnino había vuelto a mirar por la ventana disimuladamente y pareció que no oía lo que el rey decía, así que este con un tono ya mucho más peligroso e incisivo volvió a preguntarle:

-¿Me has entendido o te lo tengo que escribir a fuego y sangre en tu piel?

-Perdonad, majestad, os he entendido y oído perfectamente - contestó sin mostrar ni una pizca de miedo en su faz-. Simplemente estaba evaluando la situación. Perdonadme, os lo ruego y estad tranquilo. Jamás descubrirán nada de vuestras decisiones, por lo menos en lo que a mí se refiere que es lo único que sí os puedo asegurar.

-Pues tendrás que asegurarme mucho más. La única noticia buena que he recibido estos días ha sido el accidente (que ojalá hubiese acabado peor), del día de caza de esos dos idiotas de hijos que tengo ¡Solo herido, solo herido! -dijo haciendo pantomima-. ¡Cabestros de mierda! Todo parece complicarse y ahora esos dos. Estate aquí conmigo mientras recibo a estos mierdas, luego sal corriendo, busca a Barfkeff y dile lo mismo a él y a todos los que están con él. Que cierren el buche sobre lo que hacen y que no respondan a nada si son preguntados por Chafan o su hermano. Suponemos que estos dos no tienen ni idea de lo que se hace aquí, pero como son auténticos lobos debemos tener mucho cuidado con ellos, mucho.

-Así lo haré, majestad.

-¡Ah! Y avisa que quien se vaya de la lengua... -dramáticamente hizo un gesto muy ilustrativo señalándose el cuello como queriendo decir que quien hablase se iba a quedar sin él. Solamente añadió un onomatopéyico-. ¡Zas!

-Comprendido, majestad, ¿Deseáis que vaya a buscarlos y os los traiga ante vuestra presencia?

-Así me gustas Lars, que me leas la mente. Anda, ve y tráelos aquí ¡Rápido!

Acto seguido el vasnino desapareció de su vista.

La gran puerta de la sala se abrió y Lars solicitó permiso para entrar. Venía acompañado de Chafan y Graggo, ambos portaban un semblante jovial. Crotor al verles se levantó de su asiento yendo directo hacia ellos.

-Bienvenido de nuevo a palacio, Chafan, ¿Graggo? ¿Eres tú, Graggo? Dichosos los ojos que te ven. ¿Dónde demonios estuviste metido? -agarró la mano de Graggo y luego tirando de ella le llevó hacia una mesa con diferentes sillas, donde solicitó a los recién llegados que se sentasen-. ¡Aquí! ¡Quietito! Que me tienes que contar muchas cosas de ti.

Lars, ordena que traigan algo de comer y de beber a nuestros amigos que supongo estarán sedientos y hambrientos del viaje.

-Gracias, majestad por vuestra cortesía. -respondió Graggo

Lars se dirigió a un soldado de la sala para darle la orden recibida, mordiéndose la lengua entre los dientes. No le gustaba por nada en el mundo ser el recadero del rey ante otros.

Sin siquiera mirar a Chafan, Crotor parecía tener especial atención en Graggo.

-De gracias nada, Graggo. Desapareciste un día sin siquiera despedirte y aunque creo que Chafan sabía de ti y de cual era tu destino, nunca quiso comunicarme nada al respecto. ¿No Chafan? -la mirada inquisidora de Crotor esperaba una respuesta del hermano mayor y rápidamente este se la dio.

-Debéis perdonar mi rey, que no os informase sobre el destino de Graggo. No era mi intención ocultároslo. Pero debéis saber que hasta pasado mucho tiempo no conseguí saber realmente donde se hallaba y luego simplemente no se me ocurrió o no tuvimos ocasión de hablar de ello. No hay más majestad, no era esa mi intención por lo que os pido humildemente perdón si en algo os he defraudado.

Esta era una verdad a medias. Chafan, después de la desaparición de Risco, se dedicó junto a Graggo a la búsqueda de su hermano menor en cuerpo y alma. Con el tiempo y viendo que no conseguían progresos, Graggo empezó a comportarse de forma totalmente diferente a como era. Desconfiaba de todo el mundo no importándole quién estuviese delante de él, aunque fuese el mismo emperador. Se podía decir que su lengua no tenía fin. Viendo esta actitud negativa, Chafan empezó a preocuparse por él, cuando finalmente recibió la noticia que se iba de Vende y lo dejaba todo, más que enojarse, casi se alegró. Pero eso solo fue en un principio, porque poco después fue a buscarle. Recorrió Galusiam y consiguió encontrarle. Hablaron entre ellos, pero Graggo no quiso volver a un mundo de odios, celos y venganzas, no quiso volver a Vende, así que Chafan se ocupó de enviar mensajeros con el único fin que le "espiasen". Quería conocer en todo momento el paradero de su hermano. Y esa información se la ocultó al rey.

-Bien. Estate tranquilo, Chafan, lo importante es que mi Graggo ha vuelto junto a nosotros. ¿Por cierto conocéis a Lars De Vall?

Lars volvía de ordenar que trajesen comida para los recién llegados.

-Hola, Chafan -dijo secamente tendiéndole la mano-. Encantado de volverte a ver.

-Hola, Lars -contestó este saludándole cortésmente-. ¿Te acuerdas de Graggo, mi hermano mediano?

-La verdad es que no, Chafan -aun así, se volvió hacia el aludido diciendo-. Pero es un placer, Graggo.

Este le tendió la mano y ambos se saludaron fríamente.

-El placer es mío.

-Bien, bien, bien. Ahora que ya estamos todos presentados, dime querido ¿Dónde has estado tan alejado de nosotros durante este tiempo?

Aunque Crotor supo de la desaparición y de la carta de despedida de Graggo desde el primer momento, no le importaba en absoluto su vida, ni su existencia. Por lo que por mucho que dijera ahora que Chafan no le había informado en ningún momento de donde se hallaba, la verdad es que no se lo había preguntado ni una sola vez. La vida y existencia de Graggo le traía sin cuidado y como se decía a sí mismo, tenía otros problemas y no podía preocuparse por una mierda de vasnino.

-Estuve en Galusiam, majestad, en una comunidad de gente que no...

-Por cierto, Chafan... -interrumpió Crotor sin dejarle acabar la frase, aquello lo único que significaba es que el tema no iba con él en absoluto-. ¿Qué sabes de lo que buscamos?

-Por ahora nada, majestad – repuso Chafan escuetamente.

En ese instante llamaron a la puerta y vieron como unos siervos traían diferentes bandejas de comida que depositaron encima de la mesa.

Los hermanos vasininos no querían descubrir sus cartas delante de Crotor. Cualquiera podía ser el artífice de aquella locura y demostrar lo que conocían sin saber realmente a quién tenían delante podía llevarlos al fracaso, eso si no a otro lugar más peligroso. Así que por ahora lo mejor era no descubrir nada de nada.

Allí, en el mismo palacio se ocultaba la forja o “algo” de donde habían salido las Cartas de Dolor y una de ellas era la de Risco, su hermano menor desaparecido misteriosamente años antes.

-¿Por ahora nada, majestad? –contestó incrédulo Crotor-. ¿Solo eso? ¿Te parece una respuesta válida para tu rey? – luego cambiando de tono agregó mirando hacia lo que habían traído los criados-. ¡Ah! Podéis comenzar a comer si lo deseáis.

-Siento la respuesta mi rey y por supuesto, gracias por la comida. –corrigió Chafan inmediatamente-. Pero lo único que sabemos es que en algún lugar que desconocemos se crean esas nuevas cartas –miró fijamente al emperador intentando buscar algo oculto en su mirada-. Nuestra intención es que su majestad nos facilite un mandato oficial con su sello o bien un pase, para poder investigar en las mismas entrañas de la fortaleza de Basteff, allí donde se fabrican las Cartas de Dolor. –mintió.

La faz de Crotor cambió y Chafan notó el detalle, Graggo muy cerca se apercibió también del detalle mientras Lars ocultaba tras su frío semblante, todo lo que podía llegar a pensar.

-¿Un pase dices? ¿Un pase con mi sello a cambio de poder descubrir quién ha intentado matar a mi hijo? –Crotor tomó un aire de prepotencia-. Desde su misma creación nadie ha conseguido entrar en esa fortaleza y salir vivo de ella. No es cuestión de reyes, ni de poderes, ni de pases, ni mierdas de esas. Yo no tengo y no puedo hacer tal cosa, aunque lo desee, sería irremediabilmente mandaros a una muerte segura. El rey no tiene potestad sobre la fortaleza y si entras sin que ellos te llamen, aunque lleves mierdas de sellos míos o como quieras llamarle, no lograrás salir vivo de allí para contarlo. No me pidas eso, Chafan, pues no te lo voy a dar. Descubre la verdad por otras fuentes..., las que sean, confío en ti. Solo te digo eso.

Con estas palabras, Crotor deducía que a Chafan le iba a resultar imposible dar con el origen del mal que buscaba, sin embargo, desconocía que el vasinino sabía algo más y que este no venía a palacio sola y precisamente a hablar con él.

-Majestad, haré lo posible para intentar solventar este enigma y de hecho os solicitaré un pequeño favor antes de poder continuar con nuestras investigaciones. Os agradecería que permitáis que tanto Graggo como yo quedemos en palacio unos días reposando del duro viaje que hemos realizado viniendo desde Galusiam. Solo para restablecernos del todo.

-No hay problema, Chafan. Ordenaré ahora mismo dispongáis de vuestras alcobas donde podréis descansar el tiempo que necesitéis. Graggo tú tendrás tu misma habitación de entonces. ¿Te parece?

-Perfecto, mi rey.

-Lars –habló de nuevo Crotor-. Ocúpate que preparen las alcobas de nuestros nuevos y viejos visitantes.

-A sus órdenes, majestad –dijo impertérrito. Dio media vuelta y salió a través de la puerta a cumplir lo que le había pedido su rey.

-Y ahora que nos hemos quedado solos los tres..., soltad por esa boca lo que sabéis. –gruñó Crotor-. Lo que aquí se diga ahora, no saldrá de esta sala y nadie más ha

de enterarse, ni Lars siquiera. ¿Podéis decidme qué habéis descubierto referente al atentado contra Degall?

Aquel comentario no les iba a engañar. Ambos sabían que en cuanto Crotor se quedase a solas con Lars, este iba a ser informado minuciosamente de todo lo que dijeran. Como bien habían decidido primeramente antes de llegar a Vende, no soltarían prenda de su paseo por Basteff.

-Mi rey, no hay nada que hayamos descubierto. -repuso Chafan.

-¿Nada?

-Nada, majestad. Absolutamente nada. Desconocemos cómo solucionar por ahora este enigma.

-Chafan, ¿cómo es que vienes con Graggo? ¿No se suponía que ya en Dor-Alia, empezarías con las investigaciones?

-Majestad, busqué a Graggo y le traje de nuevo. Sé que puedo confiar plenamente en él, todas las demás personas son sospechosas, todas excepto vos, -se apresuró a puntualizar-. y el propio príncipe Degall, a quién han intentado asesinar. No debemos fiarnos de nadie y siento decíroslo, pero incluso los mismos príncipes Gumb y Lienha son sospechosos ahora mismo.

Ante lo dicho el rey tuvo que "actuar" y lanzó una dura mirada al vasnino, Chafan siguió hablando, ignorándola.

-Mi intención no es acusar, sino descubrir quién o quiénes son los responsables sean príncipes o quien sean, mi rey. No podemos permitirnos el lujo de eliminar sospechosos solo por su condición social. ¿Me entendéis?

-Perfectamente, Chafan. Sugieres acaso ¿Qué tal vez Gumb o Lienha hayan sido los responsables del atentado contra su hermano?

Crotor en su fuero interno disfrutaba de aquella conversación. Él, de donde había partido la orden para sacrificar a su hijo hacia ver ahora desconocimiento total y pedía responsabilidades.

Verdadero supremo placer.

-No lo sugiero, majestad, pero tal y como están las cosas no nos podemos permitir el lujo de pensar en la inocencia de nadie mientras no haya culpables.

-Me parece perfecto. Busca, atrapa y trae ante mí a quien sea. Luego ya me ocuparé yo de decidir su destino. Por cierto, ¿no llevarás las cartas contigo?

-Sí, mi rey. -Chafan buscó en uno de sus bolsillos extrayendo de él las fatídicas Cartas de Dolor-. Estas son.

-Déjamelas ver.

Se las cedió y Crotor las analizó sin hallar nada sospechoso, luego poco a poco fue pasando una por una ojeando las figuras que aparecían. Realmente nunca había llegado a tener delante una baraja tan bella como esa.

-«Me parece que tu vista no debe ser muy buena»- pensó Graggo cuando pasó por la carta de Risco sin hacer mención alguna.

-Realmente son cartas exquisitas, Chafan. Magnificas y dices que... ¿que estas mismas cartas son las que han intentado matar a mi hijo?

-Estas no, majestad. Solo una de ellas.

-¿Sí? ¿Cual? -preguntó devolviéndole el mazo.

Chafan rebuscó en la baraja y repartió cartas sin decir nada.

-¡Vaya! ¿Ahora resulta que ahora vamos a jugar un poco a esto? -comento jocoso el emperador.

-No, majestad. Es solo para que veáis lo que os quiero enseñar.

Y diciendo estas palabras, lanzó la carta de Risco.

“SENTENCIADO”

Durante los primeros días después del supuesto accidente, Gumb intentó una y otra vez proclamar a diestro y siniestro su inocencia y error en el disparo. Se comportaba conmigo como un verdadero hermano llegando incluso a confundirme en mis pensamientos sobre las futuras acciones a tomar. Me cedía cualquier cosa que yo deseaba, estaba continuamente atento a mis palabras, no me rebatía nada y afirmaba estar de acuerdo en todo lo que opinaba. Pero nada más lejos de la realidad, según fueron pasando los días y el tiempo empezó a hacernos olvidar el pasado, como bien dice el dicho “Imposible disfrazar al bufón de rey”) Gumb volvió a ser el Gumb de siempre... con sus manías, egoísmos y tonterías imposibles de aceptar por nadie que no fuese él mismo. Hasta el mismo Rutter, parecía cada vez más cansado de su forma de actuar.

Su tiempo se estaba acabando.

Habían pasado ya semanas desde nuestro fatídico cumpleaños y de mi feroz herida solo quedaba un pequeño resquicio, aunque muchas veces este ligero resquicio se hacía notar produciéndome un dolor punzante. Debo reconocer de todos modos que los dolores eran cada vez más espaciados y con menos intensidad. Aquello debía agradecerse a mi hermano.

-¡Gracias, Gumb!

Aquella noche tras cenar me despedí retirándome a mi alcoba algo cansado, pero con la esperanza que Brigadión me ofreciese secretamente alguna de aquellas bellas ninfas semidesnudas. Llevaba bastante tiempo sin poseer a ninguna y necesitaba no una, sino varias para poder descargar toda la virilidad que escondía bajo mis pantalones. Desde poco antes de ir de caza nadie había pasado por mi alcoba. Ahora aún con dolores esporádicos, me consideraba repuesto y aquella tarde, le había hecho un pequeño comentario a Brigadión con la esperanza que este fuera obediente y yo obedecido.

-Brigadión, esta noche quisiera ya sabes... -y callé puesto que pocas palabras le hacían falta para saber de qué se trataba.

-Entendido, mi príncipe. Posiblemente también os ofrezca de hecho un pequeño presente de mi parte que no dudo que os haga rabiosamente feliz.

Con aquella respuesta no pude menos que sonreír callando y con mi mente instantáneamente divagando. Me veía rodeado de muchachas, todas prestas a hacerme cualquier cosa excitante. Yo... yo simplemente estaba a merced de todas ellas, indefenso y dejándolas hacer aquello que quisieran.

Así que, en mi alcoba, tumbado encima de la cama desnudo y con estos pensamientos que no hacían más que alegrar mi pene, esperé el ansiado regalo de mi Brigadión con verdadera devoción.

Pero...

El tiempo pasaba y nadie llamaba a la puerta por lo que di hasta una pequeña cabezada. Cuando me desperté, me levanté acercándome al balcón y eché una ojeada. Ahí estaba el de Gumb y más allá el de mi querida Lienha. Estuve tentado de visitarla de nuevo, pero no podía después de lo ocurrido, no podía jugar con aquel peligro de nuevo y más esperando lo que yo creía.

Y el puñetero tiempo seguía pasando. No sabía qué demonios estaba haciendo Brigadión, reclutar mujeres para un príncipe se supone que no le debía costarle mucho trabajo, aunque... ¿igual se demoraba porque estaba buscando para mí una mujer especial? Una mujer increíble. ¿La esposa de algún noble? ¿Una experiencia genuina? Aunque ojalá fuese mi propia hermanita. Mi mente volvió a engañarme de nuevo y noté

como con estos últimos pensamientos que mi pene se endurecía cada vez más. Al rato la secuencia se acabó y la flacidez volvió a mostrarse en toda su magnitud.

-¡Brigadión! -me dije- ¿Qué estarás haciendo?

Juré y perjuré durante buen rato. Ya me pagaría de alguna forma aquella ofensa hacia mi persona. Así que cansado de tanto esperar y por cómo estaba debido a mis eróticos sueños, me masturbé y di por finalizado el día.

Acabé muy molesto con él durmiendome profundamente hasta que oí entre sueños que alguien me llamaba por mi nombre, luego noté como una mano mecía mi hombro suavemente en un intento de despertarme sin alarmarme.

-Degall, Príncipe Degall, despierta, por favor.

Abrí los ojos a duras penas y allí estaba Brigadión. No era la primera vez que entraba de esta forma en mi alcoba por lo que pensé que más adelante debía tomar alguna medida para que no pudiese actuar de tal forma. Pero ahora ¿qué quería? ¿Pedirme perdón por no complacerme?

-Brigadión, pero cómo eres. –mascullé rechinando los dientes–. He estado aguardando durante horas tu regalo y aquí no ha venido nadie y me habías dicho que...

-Os traigo vuestro regalo, majestad. -me interrumpió sin más.

De un salto me senté en la cama, no me lo podía creer, el sueño se disipó instantáneamente. Brigadión iba a regalarme algo diferente y yo pensando toda la noche que su presente eran mujeres y más mujeres. Que confundido estaba y qué poco le conocía. ¡'Dios! Como me gustaba este-mi Brigadión.

-¡Dámelo! ¡Dámelo! –solté sin poder contener mi impaciencia.

-No puedo dároslo, majestad. Solo decíroslo.

-¡Ah! ¿Sí? Pues venga. Dímelo rápido. ¡Suéltalo!

-Vengo a regalaros... -dijo midiendo muy bien sus palabras-. Vengo a regalaros la muerte de vuestro hermano Gumb, majestad.

-¿Co... co, cómo? –balbuceé.

-Ha llegado el momento, Degall. Su momento y su hora. Es él o nosotros y además, no podemos perder más tiempo jugando a este juego que casi acaba contigo.

-Ya -contesté escuetamente sin comprender del todo la magnitud de sus palabras.

Intenté reponerme de lo que se me venía encima. Estaba muy claro que me atraía la muerte de Gumb, pero..., ¿realmente la deseaba llegado el momento?

Me quedé pensativo unos instantes hasta que su voz me devolvió al presente.

-Vos diréis, majestad. Procedo o esperamos a que tenga su segunda oportunidad. Y tal vez ahora con más suerte.

Con aquella hiriente pregunta me sacó rápido de mi nube.

-¡Sí! Procedo. ¡Mátale! ¡Extermínale! –respondí presa de una ira totalmente desmesurada e irracional– ¡Hazlo ya! ¡Deshazte de él!

Supe en el mismo instante que había firmado la primera sentencia de muerte de mi vida, la sentencia de mi hermano.

Tranquilamente Brigadión sacó de su bolsillo un par de piezas de fruta y sin más empezó a pelarlas delante de mí. Lo hacía con esmero, cortando largos trozos de piel que ni siquiera llegaban a romperse.

-¿Tienes hambre ahora..., en estos momentos? -pregunté ciertamente molesto. Habíamos hablado de lo que habíamos hablado y él tranquilamente se había dispuesto a mondar fruta para luego comérsela en mi presencia como si tal cosa, sin decir nada y lo más raro todavía, cuando terminó guardó todas las pieles dentro de su propio bolsillo en vez de tirarlas a la basura.

¡Desde luego que Brigadión tenía rarezas!

-A veces cuando tengo un trabajo importante que hacer, me da el hambre, Degall y la fruta es lo mejor. Olvídate de ello y escúchame bien lo que has de hacer –dijo con frías palabras–. Es muy importante que hagas exactamente lo que te voy a decir.

Me relató a continuación cómo iba a realizar su “trabajo”, dejándome bien claro lo que tenía que hacer para ayudarlo. Sentí que a cada palabra suya mi nerviosismo iba en aumento. Mucho me había predicado a mí mismo sobre la muerte de Gumb, pero llegado el momento temía por mi firmeza en su consecución. Cuando terminó con sus instrucciones simplemente me preguntó:

-¿Está todo bien claro?

-Perfectamente, Brigadión –no pude menos que agradecerle de nuevo su apuesta por mí persona–. Gracias, a partir de hoy vuelvo a estar una vez más en deuda contigo, a partir de hoy te debo algo muy grande.

-Lo sé, mi príncipe. Espero que en su momento sepáis recompensarme por mis genuinos y leales servicios hacia vos y hacia vuestra “corona”. Ahora tengo que cumplir un trabajo. Descansad y hasta que volvamos a vernos pronto. ¡Adiós!

Luego simplemente se fue como había venido, sin ruido alguno mientras yo quedaba solo en la alcoba.

-¡Je, je, je! -sonreí. Decía que tenía un trabajo que realizar. Ahora esperaré el tiempo que me había dicho e intentaré hacerlo lo mejor posible.

Gumb como quien dice... estaba fuera del juego.

48

“¡ADIÓS GUMB!”

-Majestad, despertad, despertad, por favor -dijo en un susurro-. Soy yo, Brigadión.

-¿Hummm?

-Brigadión..., soy Brigadión. Despertad, mi príncipe.

Gumb a duras penas consiguió abrir los ojos en la oscuridad de la noche percibiendo la silueta del vasnino muy cerca de él.

-¿Briga... Brigadión?

-Sí, mi príncipe, soy Brigadión.

-¿Brigadión? ¿Pero... pero qué estás haciendo aquí? -la voz de sorpresa llegó a la cara del vasnino incluso acompañada de saliva-. ¿Cómo... cómo has logrado entrar?

-Hablad bajo, majestad. Os vengo a avisar de algo muy importante para vos. Demasiado diría yo.

-¿Qué ocurre? ¡Demonios! ¿A qué viene eso que entres en mi alcoba a estas horas de la noche? ¿Y cómo has entrado, Brigadión? -preguntó sin importarle nada lo que tenía que decirle este.

Pero el vasnino no le hizo caso y fue directamente al grano.

-Majestad, mi príncipe -su tono en la oscuridad era muy solemne-. Vuestro hermano Degall quiere asesinaros, planea un atentado contra vos y yo, humildemente vengo a avisaros para que estéis prevenido de ello.

-¿Qué mi hermano qué?

-Que vuestro hermano desea acabar con vuestra vida, Gumb.

Hablaban sumamente bajo y Gumb lo mismo porque aún se encontraba medio dormido,

El príncipe se desperezó un poco más sentándose encima de la cama con la gema lamverdiana colgando de su cuello.

-¡Vaya! -dijo incrédulo-. ¿Así que ese sarnoso quiere matarme, entonces?

-Sí, majestad.

-¿Y tienes... tienes pruebas de ello?

-Pruebas directamente no, pero está ideando un plan para cerciorarse que fallecéis.

-¿Y cómo lo sabes?

-Lo sé, majestad, porque me ha encargado a mí personalmente que os asesine, mi príncipe.

-Maldito engendro, bastardo mal parido. –gruñó entre dientes Gumb–. No debí haber fallado el día de la caza, aunque yo no fallé..., tú fuiste quien le salvaste.

-Era mi obligación, majestad y debéis comprenderlo. Durante estos últimos días y a raíz que me diese esa cruel orden, empecé a poner en orden mis ideas. Ahora por fin ya las tengo muy claras.

-¿Sí? ¿Y qué tienes claro, Brigadión? ¿Quizás una buena recompensa por avisarme de sus intenciones?

-No, eso no, sabía que debía acudir a vos y contaros todo lo que sé. Siento que sea a estas horas y entrar como un ladrón en la noche, pero no deseo que nadie sepa nada de este espinoso asunto. Nadie y cuando digo nadie, quiero decir ni Rutter, ni Chafan.

Ambos quedaron en silencio unos instantes.

Brigadión disfrutaba de aquella conversación, el cordero que tenía delante estaba a punto para el asado y no se percataba. Perfecto podía haber entrado en la alcoba y en el silencio de la noche haber actuado y liquidado el “trabajo” de una forma sencilla, pero en su mente veía aquello como un juego mortal. Simplemente jugaba con su presa....

Aunque debía acabar lo antes posible. Eso, antes que Degall diese la alarma.

-¿Y qué piensas hacer, Brigadión? ¿Estás conmigo entonces?

-Principito, no se mentir, así que te diré la verdad. –contestó casi imperceptiblemente con un toque de locura en su mirada que Gumb no acertó a ver, pero que por las palabras pusieron receloso.

-¿Qué... qué quieres decir, Brigadión?

-Que he venido a asesinaros yo personalmente y será un gran placer hacerlo, os lo juro. Con vuestro permiso...

Como un felino, Brigadión saltó sobre la cama cayendo encima de Gumb. Mientras con una mano le tapaba la boca para que no gritase, con la otra dobló la gran almohada y se la puso delante de la cara. Gumb intentaba con todas sus fuerzas quitárselo de encima, pero le resultaba imposible. El peso de Brigadión era superior y mantenía ambas piernas enrolladas fuertemente en él. No podía gritar, no podía moverse, no podía hacer nada por salvar su vida, solo emitir unos ligeros y apagados...,

-¡Huuuumm! ¡Huuuumm! ¡Aaagg!

Además de taparle la boca con su mano, Brigadión tenía su dedo pulgar apretándole fuertemente la tráquea impidiendo que emitiese cualquier tipo de sonido gutural. El príncipe intentó una y otra vez librarse de él repitiéndolo dos, tres, cuatro, veces. Creyó intentarlo infinitas veces, pero sin lograrlo. No lo conseguía y la siguiente vez lo hacía con menos fuerza y la siguiente con menos y con mucha menos la postrera.

Solo podía relajarse y dejarse llevar.

Llevar.

Lle...v...ar

De... jarse... lle...var.

... var...

Mo... rir.

¡Morir!

Después de cerciorarse que Gumb ya no existía, Brigadión le quitó el colgante con la gema y lo depositó suavemente encima de la mesa central a cierta de distancia. Retiró las sábanas hacia atrás y volvió a poner en su sitio la almohada. Fue hacia la ventana del

balcón y la abrió de par en par, volvió a mirar lo poco que veía y cuando comprobó que todo estaba en orden y con Gumb bien muerto, le cogió y lo tiró en el mismo suelo en medio de la alcoba. Tranquilamente salió del cuarto cerrando la puerta con una ganzúa y con la misma maestría que había necesitado para abrirla. Luego, sin ser visto por ningún guardia del palacio, volvió a su habitación esperando que Degall diese la alarma. Sonriente se desnudó, se metió en su cama y ahora solo tocaba esperar futuros acontecimientos.

Un trabajo eficiente y bien hecho.

En la pacífica noche los gritos desgarradores del príncipe Degall sacudieron todo el palacio.

-¡Socorro! ¡Socorro! ¡A mí la guardia! ¡Un slá! ¡Un slááá!

Instantes después, ya habían entrado en su alcoba precipitadamente Rutter, Brigadión y numerosos soldados portando antorchas y usando una llave maestra para abrir la puerta de par en par.

-Príncipe ¿Qué ocurre? ¿Qué os ha pasado? -Rutter fue el primero en preguntar viendo su histérico estado.

-¡La gema! -balbuceó con nerviosismo- La piedra lamverdyana me quemaba..., me quemaba el pecho. Hay un slá aquí, Rutter ¡Hay un slá! -gritó- Estaba durmiendo tranquilamente y de repente noté un repentino calor. Al principio no me di cuenta, pero poco a poco debido al quemazón cada vez más intenso, me desperté y lo único que se me ocurrió fue gritar y pedir ayuda. Gracias por venir.

-¿Os encontráis entonces bien, mi príncipe? -preguntó Rutter con mirada severa.

-Sí, sí. ¡Dios mío! He pasado verdadero terror, aunque... aunque ya no siento que esté caliente. Está fría como si el slá ya no estuviese por aquí. Como si se hubiera ido..., volatilizado.

Por la puerta apareció Lienha preocupada quien se acercó hacia su hermano apartando a guardias sin más.

-¡Degall! ¡Degall! ¿Qué ocurre? ¿Estás bien, hermano?

-Sí, Lienha, pero menudo susto. Ya sé que no soy muy valiente, pero sentir a un slá cercano no es un buen augurio.

Con su actuación, el príncipe estaba dejando un muy buen sabor de boca en Brigadión.

-«En este chico se puede confiar. Verdaderamente genuino y parece que se lo está creyendo él mismo. Buen comediante. ¡Sí señor!».

-Lo importante es que ahora estés bien, Degalito -dijo la princesa según le atusaba el pelo dulcemente. A Degall solo le faltaba ronronear. Repentinamente ella se giró hacia Rutter y Brigadión preguntándoles-. ¿Y Gumb? ¿Habéis comprobado su habitación y que esté bien? Con todos este jaleo es muy raro que no esté aquí.

Instintivamente los dos vasininos y varios hombres actuaron rápidamente yendo a la alcoba de Gumb, donde con rapidez abrieron su puerta iluminando la estancia.

Este yacía en una esquina. Se encontraba tirado en el suelo y con la mirada perdida en el más allá. Los hombres quedaron paralizados, estáticos; pálidos allí mismo. No sabían cómo reaccionar viendo al príncipe Gumb que era solo un cadáver en el frío suelo.

-¡Gumb! ¡Gumb! -los gritos de la princesa Lienha sacaron a todos de su estupor. Llegó junto a su hermano, se agachó junto a él recogiénole la cabeza y se la puso en su regazo.

-¡Gumb! Despierta, por favor. ¡Gumb! No me hagas esto. ¡Gumb! ¡Gumb! ¡Gumb! -el doloroso alarido de la princesa avisó a los presentes de lo que era evidente y unas

dolorosas lágrimas empezaron a resbalar por sus rosadas mejillas-. Despierta, hermanito. Por el amor de Dios, despierta, por favor.

Degall había llegado tras ella y observaba la escena sin llegar a decir nada.

-Mirad, señorías -dijo un soldado fuertemente armado-. Mirad, en..., en la mesa central.

Todos giraron sus cabezas y vieron como la gema lamverdiana de Gumb reposaba encima de ella.

-Se quitó la gema -dijo el mismo soldado-. Se quitó la gema y la ventana está abierta.

Rutter y Brigadión se miraron entre sí preocupados, lo sucedido resultaba claro para todos los asistentes, no había ninguna duda de lo que había ocurrido. Con mucho cariño separaron a la princesa de Gumb, se agacharon junto al cadáver y comprobaron sus constantes vitales palpándole las venas del cuello y de la muñeca.

-«No hay nada que podáis hacer por él amigos. Está muerto y bien muerto. ¡Gracias Brigadión!» -se dijo Degall.

Acto seguido continuó con su teatro y se tiró en pos de abrazar a su "querido" hermano fallecido, jurando muerte y más muerte para todo slá que estuviese campando por el reino.

-El príncipe Gumb, -dijo entonces tétricamente Rutter- por una imprudencia del destino se quitó la gema lamverdiana. Esa fue su primera imprudencia. La segunda, abrir de par en par su ventana, aunque el estar cerrada tal vez no hubiera impedido al slá entrar en la alcoba. Lo siento, mis príncipes, pero vuestro hermano ha fallecido. Debemos avisar urgentemente a vuestro padre quien debe decidir cómo proceder ahora.

Brigadión se agachó y con ternura recogió el resultado de su obra del suelo depositándolo suavemente sobre la cama. Le cubrió con la sábana y solicitó a todos que saliesen de la estancia mientras él y Rutter se quedaban en ella intentando (aunque pareciese algo evidente), descubrir qué había sucedido allí. La princesa Lienha fue la última en salir cabizbaja llorando amargamente. Desde la puerta dio media vuelta advirtiéndoles presa de una furia que parecía provenir del mismo infierno:

-Quiero a ese slá... ¿Me oís? Lo quiero muerto. ¡Muerto! -gritó todo lo alto que pudo. Luego dando un portazo que retumbó en todo el palacio, salió de la habitación.

Cuando quedaron solos los vasininos empezaron a cruzar palabras.

-¿Qué piensas? -quiso saber Brigadión.

-Está muy claro. Nuestro querido príncipe que en gloria esté, una vez más pecó de idiota. La idiotez se lo ha llevado por delante.

-Sí -contestó Brigadión aseverando lo mismo-. La idiotez le ha jugado una mala pasada que no tiene vuelta atrás. Le avisamos del slá. Tenía una defensa contra él como pocos lo tienen en el reino y se le ocurre dormir con la ventana abierta quitándose la gema. ¿En qué demonios estaría pensando?

Buscaron por toda la habitación intentando descubrir cómo había ocurrido el fatal desenlace, aunque Brigadión ya se había preocupado muy bien de no dejar ningún cabo sin atar. Todo estaba perfectamente ordenado.

La ventana abierta, la gema encima de la mesa. Luego Degall con sus gritos y el calor que dijo emanaba de la suya hicieron el resto.

Era suficiente para Rutter.

Quedaba bien claro, o al menos eso parecía.

Y para Brigadión ¿Qué decir?

Al poco tiempo salieron de la habitación con sus pensamientos bien definidos. Debían informar al rey Crotor de lo ocurrido.

Mientras el pobre (por una única vez) príncipe Gumb, quedaba inmóvil en su alcoba yaciendo debajo de una asquerosa sábana de seda.

Como hubiera dicho él.

49

“¿Y COMO VAN LAS COSAS? II”

Con Gumb muerto, Degall volvió a sonreír a la vida. Demostraba abatimiento y pesar en presencia de los demás, pero cuando se hallaba en la compañía de Brigadión su rostro volvía a mostrar lo que escondía su corazón, felicidad, felicidad y más felicidad y alegría. Su vida acababa de dar un gran vuelco y ahora solo había dos objetivos en su carrera hacia la corona, su padre y Elcor. Al primero lo liquidaría fácilmente, un viejo decrepito no podía darle mucho trabajo. Al segundo, sería un trabajo más fácil todavía. Tenía gente que se ocupase de ello, a Brigadión seguro que no le resultaba en absoluto desagradable complacerle.

La princesa Lienha se sumió en lloros y más lloros, hora tras hora y día tras día sus lágrimas no cesaban de resbalar por sus mejillas. Sufrió en demasía la ausencia de su hermano. Hablaba en cada momento con tristeza y melancolía de él y cualquier cosa que le ocurriese a lo largo de aquel tiempo que sucedió tras su muerte, le servía para recordarle o para hacer una referencia sobre sus bromas. Se puede decir que realmente le añoraba, pero gracias al amor las lágrimas dejaron de existir ya que el intrépido y apuesto Bariel empezó delicadamente a seducirla. Aquello no gustó al príncipe Degall, pero esta carta no quería mostrarla todavía, así que no pudo menos que aceptar la situación de momento. También decidió que en el mismo instante en que viese al arrebatador militar propasándose un poco más con ella, tomaría medidas más exigentes y estrictas. Así que habría que espiar a ambos y muy rápidamente lo decidió, hablaría con Brigadión para ver qué se podía hacer al respecto.

Chafan y Graggo seguían en palacio en Vende, intentando descubrir el lugar donde se producían las nuevas Cartas de Dolor. Tenían una pista llamada Barfkeff nada más, pero suficiente contra nada. No tenían otra opción más que esperar que un golpe de suerte se cruzara en su camino y a poder ser a no tardar mucho, puesto que si no, no tenían excusas para encontrarse en la ciudad en vez de investigar por otros lugares. No querían levantar las suspicacias de Crotor ni de su fiel Lars, que no era ni tonto, ni fácil de engañar.

Galizas en cuanto pudo se largó lo más rápido posible de Vende. Tenía ideas frescas para poder volver con Degall y Brigadión sin miedo a perder la cabeza. Ideas que se basaban en volver a ellos con más compañeros, o dicho de otro modo, volver con los máximos slá's posibles.

Mientras tanto Elcor cada día que pasaba en palacio se preguntaba qué demonios estaba haciendo allí. Había sido testigo de las crueles decisiones que se blandían en la corte. Aquello no era lo suyo, no rezaba con él, pero ahora por lo menos tenía a Cymbal y a Xara, y además su amor hacia la bella Amadia crecía día a día. Aire puro en medio de la asfixiante tormenta del palacio.

Por lo que se refiere a Leen, Rimas y Sixto, estos continuaban en Comm del Sur donde les había enviado Cymbal. El tal Renque al ver la nota que le entregaron de su vasnino amigo, les trató atendiéndoles con si fueran verdaderos hermanos. Ahora vivían con él esperando noticias de la gran ciudad y de sus familias. Muy a menudo hablaban de los demás y los recordaban con cariño y dolor, de aquellos que cayeron por el camino sin poder reprimir las lágrimas que les traían sus recuerdos.

Y mientras todo esto transcurría, el rey Crotor asistido en todo momento por su asesor Lars, seguía preguntándose una y otra vez qué había ocurrido respecto al atentado fallido contra Degall.

-¿Qué es lo que falló?

-¿Qué?

Primero había decidido eliminar a Degall, luego le iba a tocar a Gumb..., aunque por lo visto, la suerte tampoco le iba a mostrar su cara mala.

50

MENTIRAS SOBRE MENTIRAS

Chafan lanzó la carta y el combatiente que salió de ella quedó quieto observando a su alrededor en espera de ver a otro rival para asestarle un golpe definitivo.

Crotor al ver aquel ser casi real ante él, se ocultó rápidamente tras los vasininos. Risco igual que en las anteriores ocasiones, portaba su arma presta a utilizarla, pero ahora no daba impresión de querer atacar a nadie, solo aguardaba a su oponente.

El miedoso rey con bastante temor en sus palabras, consiguió decir:

-¿No... no hay peligro, Chafan?

-Estad tranquilo, majestad. Solo atacará a aquel a quién le ha sido designado, o sea, a otra carta. Lo comprobamos en Dor-Alia y no hay peligro alguno. Es más, podéis acercaros y tocarlo si lo deseáis.

-No. ¡Gracias! -fue su tajante respuesta

-¿No le conocéis, majestad? -preguntó Chafan intentando no darle mucha importancia a su vital pregunta.

-¿Conocerle? No. ¡Qué va! ¿De qué le voy a conocer? Lo único que veo ante de mí es un joven vasinino que... ¡Espera, espera! ¡Demonios! No puede ser él, no puede...-la mirada del rey se había detenido en la cara de Risco y parecía que no daba crédito a lo que estaba viendo. Con temor intentó seguir hablando-. Es... es...

-Es Risco, majestad -repuso Graggo quien se había mantenido al margen de la conversación-. Nuestro hermano desaparecido en este mismo palacio hace años.

-¿Risco? ¿Pero qué... qué demonios? -medio balbuceó sin llegarse a creer aun lo que veía.

Rápidamente su mente voló hacia el pasado. Recordaba aquel joven y apuesto vasinino que un día desapareció misteriosamente sin dar ningún tipo de explicaciones a nadie. Crotor no tenía ni la menor idea de lo que le había ocurrido, solo se le notificó su desaparición y como era un asunto que le traía sin cuidado, no hizo el menor caso, ni volvió a mencionarlo con nadie. Pero ahora, visto quién era quién salía de la carta, sí que debía hablar urgentemente de nuevo con el imbécil ese de Barfkeff y además posiblemente le pidiese a Lars que se ocupase de él a la máxima celeridad por si acaso, aunque primero habría que interrogar al interrogador, como a él le gustaba hacer con los demás.

Aun así, intentó disimular todo lo que pudo.

-¿Cómo es posible, Chafan? -en los ojos de Crotor no había mentira alguna cuando se dirigió al vasinino. Los tres hombres miraban quien había salido de la carta mágica. Era casi imposible de creer, pero allí estaba un joven armado llamado Risco y desaparecido en extrañas circunstancias tiempo atrás.

-Eso es lo que estamos intentando descubrir, majestad.

-¿Y no tenéis ninguna pista? -preguntó el rey.

En ese momento llamaron a la puerta. Era Lars que volvía de cumplir la orden del rey respecto a las alcobas de los recién llegados. Al ver a Risco en actitud combativa, su primera intención fue la de sacar su arma para defenderse, pero Chafan se apresuró a decirle desde la distancia.

-Tranquilo, Lars. Es solo un ser de una carta mágica, es totalmente inofensivo.

-¿Seguro? -contestó este con la mano descansando en su daga.

- Completamente inofensivo, tienes mi palabra. Eso, excepto que seas príncipe y te llames Degall.

Risco miraba al recién llegado, pero no actuaba, ni hacía nada más. Simplemente se mantenía expectante. Lars como anteriormente había hecho Chafan, Graggo y los demás vasninos en Dor-Alia, se acercó a él para observarle y analizarle.

-Resulta extraordinario. -comentó-. Un ser que sale de una carta y se presenta ante nosotros con una actitud amenazante y listo para el combate. Realmente parece un ser real. Misma altura, mismos ojos, esa mirada amenazante. Verdadera maravilla. Por cierto, veo que es vasnino -añadió sin más y sin quitar la vista de Risco- ¿Quién demonios será?

-Es nuestro hermano. -acertó a decir Graggo con un tono que no presagiaba nada bueno.

-¿Vuestro hermano? -la sorpresa en la respuesta de Lars fue idéntica a la que había protagonizado Crotor,

-Sí. Nuestro hermano menor. Chafan guarda la carta, por favor, que no puedo seguir viéndole así -apremió Graggo sin importarle que el mismo rey estuviese delante.

Este hizo caso y Risco volvió a la baraja dejando un fino hilo de humo.

-¿Y? -argumentó Crotor.

El emperador no sabía qué decir, ni qué hacer, pero cada vez estaba más convencido que Barfkeff lo iba a pagar muy caro. Siempre por supuesto, tras sacarle todo tipo de información.

- ¿Y quién puede haber hecho esto, Chafan? -terminó diciendo.

-Quien hizo estas cartas, majestad, sabe lo que le pasó a Risco. Esa es la primera pista que tenemos que encontrar. ¿Quién y cómo?

-Lo entiendo, amigo y tendrás tu venganza..., tú también Graggo. Os lo prometo por mi honor. -mintió-. Aunque primero cuéntenos detenidamente como llegaron estas cartas a tu poder.

Chafan comenzó sin más a relatar al emperador todo lo referente a las cartas, obviando aquello que este aún no necesitaba conocer.

-Cuando llegamos a Dor-Alia después de un nefasto final de viaje..., ya sabéis a lo que me refiero, lo del gobernador Cardieff, que no era tal gobernador, sino un slá. Bien, al llegar a la ciudad, vuestro hijo el príncipe Degall me solicitó permiso para que Brigadión se ocupase personalmente de su aprendizaje, solo él. Estando tan lejos de Vende y vistos los últimos acontecimientos ocurridos, no pude menos que otorgarle lo que deseaba y desde entonces Brigadión pasó a ocuparse en cuerpo y alma a formar a vuestro hijo. Sin embargo, sentí que también debía dar un aliciente al príncipe Gumb y cómo no, otro a la princesa Lienha. Para él solicité un hermoso Arco Blanco, como el que reposa en vuestro salón principal y para ella un hermoso cachorro de gato Wogan...

Crotor hizo un gesto como animándole a que apremiase en su locución.

-Ahora vamos con las cartas... -siguió el vasnino-. Gumb y Lienha iban a tener ambos un regalo excepcional por lo que pensé que por qué no concederle también al príncipe Degall otro presente, aunque esta vez fuese de digamos inferior calidad. Así que dirigí dos mensajes uno a la ciudad de Rheim en Lamverdy y

-Sabemos dónde está Rheim, Chafan -cortó Crotor malhumorado-. Ve al grano más de prisa, rápido.

Chafan siguió hablando como si no hubiese sido interrumpido y Graggo sonrió por dentro la actitud de su hermano.

-Como decía..., un mensaje a Rheim solicitando un Arco Blanco y un gato Wogan y otro mensaje a Basteff, donde pedía unas nuevas Cartas de Dolor para Degall. Solicitaba también encarecidamente que se hiciese lo posible para que los tres regalos llegasen a la vez. Poco después recibí un mensaje diciendo que todo estaba en camino, advirtiéndome que las Cartas de Dolor eran de otro tipo, comentario al que no di mucha importancia. Cuando llegó la caravana, sin demoras entregué los presentes a sus futuros propietarios y fue entonces cuando todos pudimos comprobar la espléndida y sorprendente baraja. El incidente ocurrió pocos días después cuando el príncipe Degall empezó a jugar con ella. Si no llega a ser por Brigadión que se encontraba a su lado, ahora vuestro hijo estaría muerto asesinado por nuestro propio hermano quien salió de una de las cartas. Así es como ocurrieron los hechos majestad.

-«Así es como ocurrieron los hechos, así es como ocurrieron los hechos. -pensó instantáneamente Crotor-. ¡Imbécil de mierda! Brigadión. ¡Maldito seas! ¿Por qué tuviste que interceder ante mis cartas?»

Aunque muy discretamente disimuló con gesto compungido diciendo:

-Tenemos que buscar al culpable, Chafan. Hay que dar como sea con él o con ellos. ¿Me oyes? Como sea. Y tú Lars..., pon tu cabecita a pensar y a cavilar ayudando a nuestros recién llegados en lo que necesiten. No quiero que les falte de nada. Hay que dar con los culpables, con esos miserables que pagarán con su vida lo que han hecho.

-Por eso mi rey, necesitábamos vuestro sello y vuestro poder para acceder y entrar en la fortaleza de Basteff -si Crotor mentía, Chafan no se quedaba a la zaga. Estaba desviando la atención del rey sobre una petición que sabía que no iba a conceder cuando su pensamiento estaba en descubrir el lugar de fabricación de las cartas en el propio palacio-. Necesitamos indagar allí dentro, mi rey. Descubrir quién o quiénes recibieron mi mensaje y se ocuparon de hacernos llegar las cartas. ¿Comprendéis mejor ahora para qué necesitamos vuestro sello, majestad?

-Lo siento, Chafan y no quiero volver a repetirme, pero no puede ser, no te puedo dar lo que pides. Sabes que por mucho emperador que sea, no tengo dominio sobre esa fortaleza-castillo de Basteff. No lo tengo. -conminó secamente.

-“Buena mentira, majestad”. -pensó Chafan antes de que Crotor prosiguiese tras unos instantes de meditación sobre sus próximas palabras.

-Busca otros medios, otros caminos, por favor. Consigue... consigue traer a mi presencia algo que me sirva para poder descansar de la angustia que me corroe viendo el peligro real en que ha estado expuesto mi hijo Degall.

Y diciendo esto el monarca gesticuló teatralmente cruzando una rápida mirada con Lars que no pasó desapercibida a Chafan y que venía a decir:

-“Haz el favor de sacarme de esta, ya!”.

Lars como buen perro buen faldero que era, rápidamente acudió ante la secreta llamada de su amo.

-Amigos, Chafan y Graggo, por favor. Dejemos ahora descansar a su majestad. Los últimos acontecimientos le han sobrecargado de tal forma que precisa de reposo a menudo y con perdón de su majestad... -hizo una inclinación con su cabeza dirigida al emperador-. nuestro señor ya no es aquel joven y vigoroso de antaño, rápido y lleno de energía. Perdonad mis palabras, mi rey, pero necesitáis descansar, descansar y recuperaros. -se volvió hacía los dos hermanos que miraban aquella opereta totalmente

inexpresivos-. Así que ahora os ruego me acompañéis a otra instancia donde podamos dilucidar y decidir qué pasos podemos dar para empezar con nuestras investigaciones.

-Muy bien, Lars, que así sea. -apresuró a decir Chafan-. Majestad, perdonad mis palabras si os han causado cansancio por mis formas, simplemente he querido informaros de lo ocurrido.

El cuervo sobrevoló Vende y luego descendió sobre palacio en su parte alta donde pondría fin a su viaje desde Dor-Alia. Habían pasado varios días desde que le pusieran un mensaje en su pequeña pata para el emperador. Nada más llegar un siervo cogió al animal con delicadeza y lo acarició con cariño a lo que este graznó agradecido. Tras ver que llevaba el sello de Rutter en el mensaje lo llevo urgentemente a su superior directo, para que este a su vez lo llevase lo antes posible ante el rey.

Crotor y los vasininos seguían hablando y a punto de despedirse cuando llamaron a la puerta del salón.

-¿Quién es? -preguntó Lars.

-Ha llegado un mensaje desde Dor-Alia para su majestad -contestaron desde fuera.

Lars abrió, lo recogió y al ver el sello estampado se volvió hacia Crotor.

-Un mensaje de Dor-Alia, majestad. Lleva la firma de Rutter. -parloteó sin dar mucha importancia a sus palabras.

-Trae eso aquí ahora mismo -ordenó Crotor alargando la mano y apremiándole a darse prisa-. ¿Noticias de Dor-Alia? ¡Qué raro! Salvo que hayan hecho alguna trastada, no espero nada bueno de esos tres en estos momento.

Crotor desenvolvió el mensaje. Lo leyó y lo volvió a leer por segunda vez más despacio y detenidamente. Los vasininos le observaban sin decir nada, pero se podía sentir que la curiosidad les corroía por igual. Lars sin poder reprimirse fue el primero en hablar.

-¿Que hay, majestad? ¿Alguna buena nueva?

-Léelo, Lars. Léelo en voz alta, por favor -le rogó con disimulado pesar tendiéndole el mensaje y derrumbándose en su trono.

Lars lo recogió, decía así:

Majestad,

No sé qué palabras usar para daros parte de los últimos acontecimientos ocurridos en Dor-Alia, pero siendo unos de los responsables de vuestros hijos, asumo el deber y el encargo de comunicaros la triste noticia.

Ayer noche mismo sufrimos un ataque slá. A altas horas de la madrugada y cuando nos hallábamos todos dormidos, vuestro hijo el príncipe Degall dio la voz de alarma ya que la gema lamverdyana que portaba en su pecho despidió repentinamente calor. Veloces acudimos a su alcoba y nos señaló que ese ardiente calor, le había obligado a despertarse. Tan raudos como pudimos acudimos también a la habitación del príncipe Gumb que parecía no haber oído los gritos de alarma de su hermano. Al entrar en su alcoba le encontramos desgraciadamente sin vida y con su gema depositada encima de una mesa. Se la había quitado por alguna razón que desconocemos. Tal vez fuese porque le molestaba, por el calor de la noche, o por cualquier otra cosa, pero en consecuencia algo de esto debió ocurrir para que no se percatara de la presencia del slá. No sirve de excusa alguna majestad, pero puedo deciros que el príncipe Gumb murió sin dolor ni herida alguna, murió plácidamente. El slá penetró en su cuerpo impunemente invadiéndolo, luego debió escapar a través de la ventana de su balcón, la cual se encontraba abierta de par en par. Quiero comunicaros también que ahora mismo su gema ha pasado a manos de la princesa Lienha, por lo que ambos príncipes están totalmente protegidos.

Con tristeza debo trasladaros el hecho que debido al proceso de descomposición que se produce en los cuerpos muertos por ocupación de slá's, estos deben enterrarse con la máxima celeridad posible. Por ello, he dado orden urgente para los preparativos de su funeral y que este sea digno de reyes, un funeral de Estado Mayor y que nadie olvide nunca quién fue el príncipe Gumb. Desgraciadamente, para cuando vos, majestad, recibáis este mensaje, el entierro se habrá llevado a cabo.

El comunicaros esta noticia es una tortura para mí, pero como digo es mi deber hacerlo. No hemos sido capaces de salvaguardar la vida del príncipe Gumb, pero no por ello vamos a cesar en el empeño de dar nuestra vida si hiciera falta, por el príncipe Degall o la princesa Lienha.

Esperando vuestras reales órdenes que serán cumplidas sin demora alguna.

Por vos y para vos.

Vuestro Servidor

Rutter Vulke

Los tres vasininos se miraron entre ellos seriamente sin decir nada y esperando oír a Crotor que seguía en su trono ajeno a lo que pasaba en el mundo, totalmente concentrado en sus propios pensamientos.

Pero el emperador pensaba... pensaba y pensaba. Su actitud y pose era severa, preocupante de vista a los demás, más nada de lo que acontecía concordaba con lo que sentía en lo más profundo de su ser.

-«¡Vaya! Mira por dónde intento cargarme a Degall y resulta que un puñetero slá me pone en bandeja la cabeza de Gumb. Lo acepto encantado pues, pero hay que disimularlo ante estos dos imbéciles no vayan a sospechar algo».

Tras la noticia recibida Graggo y Chafan parecían no atreverse a decir nada esperando que a el rey hablase primero, pero este seguía a lo suyo, externamente dolido, internamente feliz.

-“Tiene que ser el slá que invadió a Cardieff, seguro, no puede ser otro. Ha vuelto y querrá venganza, aunque más que una venganza, amigo, lo que me has hecho ha sido un favor. ¿No podrías hacer lo mismo con los demás, con Lienha, Degall y por qué no...con Elcor también? ¡Vaya!».

-¿Majestad? -sonó en la lejanía de su mente la voz de Lars.

-«Supongo que en Dor-Alia ahora estarán sobre aviso por lo que será muy difícil que vuelvas a cumplir, amigo slá. Creo que mejor decidiré que esos mochuelos regresen a Vente. Digamos que será como por su propia seguridad. Las cartas no funcionaron con Degall, pero tu Gumb, no has tenido tanta suerte».

-¿Majestad? ¿Majestad? ¿Os encontráis bien? -repitió Lars.

-¡Maldigo a ese mal nacido! -despertó de su sopor golpeando enérgicamente el reposabrazos de su trono-. Le maldigo a él y a toda su mierda de estirpe. Mal nacido hijo de perra slá. ¡Me ha privado de mi hijo! ¡De mi hijo Gumb!

Crotor intentaba llorar, pero le era imposible, la alegría que sentía derrumbaba cualquier intento de llanto. Lo único que podía hacer era mostrarse lo más triste e irritado posible. Sabía que aquellos vasininos que tenía delante no eran tontos por lo que debía largarlos de su apenada presencia no fueran a descubrirle. Así que con airados aspavientos de sus brazos ordenó:

-Id por favor. Marchad ahora y dejadme con mi dolor y tristeza. Necesito estar solo, meditar y pensar.

Los tres le reverenciaron y se giraron al unísono emprendiendo el camino hacia la puerta no sin antes decir “Majestad” cada uno de ellos. Crotor viéndolos partir se lo pensó mejor y justo cuando abrían la puerta, gritó desde la distancia:

-No, tú no, Lars. Necesito hablar contigo. Ven tenemos que concretar algo urgente. ¡Quédate!

Graggo y Chafan salieron de la estancia dejando a solas al rey con Lars.

Cuando comprobó que nadie podía oírlos, Crotor no pudo aguantar más y explotó:

-Para que luego digan que no existe la buena suerte, Lars. -dijo un sonriente rey al que la noticia le había devuelto diez años de su vida.

El vasnino que volvía al encuentro del feliz monarca no pudo menos que sonreír también.

-Ha sido una muy buena nueva, majestad. No fue Degall, pero ha sido Gumb y vuestros planes siguen su camino a toda velocidad. Mi máxima enhorabuena. -dijo con acato y sumisión.

-Bien, ahora que hemos largado a esos dos, aconséjame ¿Qué hacemos? ¿Dejamos en Dor-Alia a mis dos retoños y lo intentamos de nuevo desde la distancia, o les traemos por alguna causa relacionada con la muerte de Gumb?

-Mi rey, posiblemente ahora sea casi imposible atacar contra ellos. Creo que lo más aconsejable es traerles de vuelta a Vende, teniéndoles más a mano. Digo... para que el trabajo resulte más fino y seguro.

Crotor elucubró el consejo de Lars.

-Dices bien. Ordenaré que vuelvan inmediatamente a Vende. Eso sí, a cambio que vayas preparando algún plan o alguna idea para deshacernos definitivamente de ellos. Ya estoy un poco harto de todo esto.

-Majestad, para cuando estén entrando en palacio, os puedo asegurar que tendréis encima de vuestra mesa no un plan, sino todo tipo de ideas. Podréis deshaceros de vuestros hijos y encima tened la seguridad que no os acusarán de ello. Incluido también algo especial para el príncipe Elcor.

-¡Ah! Sí, es verdad, si tenemos a Elcor también. Muy bien Lars, muy bien. -repuso el rey nerviosamente-. No sé lo que haría sin ti.

-Mi señor, estoy a vuestro servicio y solamente atento a lo que deseáis, intento no fallar en mi cometido a su majestad.

-De acuerdo. Ahora redacta un mensaje donde diga que esos dos niñatos de mierda deben volver a Vende urgentemente y pon algo bonito que es por su seguridad y esas mierdas. Espero que no piensen que hace un año les enviamos a Dor-Alia diciendo lo mismo y viendo los resultados... ¡Ja, ja, ja! Parece que no funcionó, ¿O sí, Lars?

-Muy bien majestad, redactaré un mensaje siguiendo vuestros deseos.

-Y tráelo rápido para que lo firme. Quiero acabar con esto de una vez. Venga ¡Mueve el culo, rápido!

Lars salió del salón dejando al rey silbando alegremente por lo bajo pensando en lo que le había comentado el vasnino.

-«Diferentes formas de deshacerme de mis hijitos. Este hombre es un genio ¡Sí señor! Elcor, Degall, Lienha. -miró al techo del salón sonriendo esperanzado-. Tendréis un hermoso funeral os lo prometo. Como el que has tenido tú, querido Gumb».

Crotor solo deseaba ver muertos a sus hijos. Primer intento fallido con Degall que no le importó ya que cayó otro peón, pero volvería a intentarlo con él, con él y con Lienha y por supuesto con Elcor, que también entraba en el reparto. Fue muy mala suerte que el flechazo accidentado de Gumb no acabase con Degall, pero bueno el camino se había enderezado gracias a una ayuda exterior, así que todo estaba de nuevo en orden.

Se decía a sí mismo que todos esos repugnantes príncipes deseaban su poder, pero él no estaba por la labor de cedérselo a nadie. Cuando envió a sus "renacuajos" lejos a Dor-Alia, decidió que Elcor volviese a palacio hablando con él entre perdones y

emociones, pero nada más lejos de la realidad. El juego de Crotor era que la nobleza pensase que su rey había decidido traer a palacio a una persona mucho más capacitada y humana que sus tres comadrejas, pero lo que no sabían es que lo único que hacía Crotor era teatro, nada más. Quitarse de una mano a tres posibles asesinos contra uno al que vigilaría de mucho más cerca.

-«¡Ay, hijitos! Vais a empezar a volar, pero mucho más lejos de lo que creéis. Me ocuparé personalmente de ello».

Además, toda aquella anterior historia de las cartas le había estado estrujando el cerebro y de qué forma. Tenía que conseguir que Chafan y su hermano se largasen de Vende lo antes posible sin investigar nada por las cercanías no fuesen a dar por casualidad con la entrada a su submundo y también debía resolver con urgencia el tema llamado Barfkeff y de es ayudante suyo, ese tal Mundeerke.

Aunque desconocía que el pobre “Mundeerke ese”, ya no se encontraba en el mundo de los vivos.

Había sido despachado sin piedad por el torturador Barfkeff.

51

“UN BONITO FUNERAL”

Se lloró en demasía desde mi punto de vista, la muerte de Gumb. Era un príncipe y todo eso que se quiera decir, pero no creo que él se mereciera tanta parafernalia. Oír aquel día muchas veces lo de “lo siento”, o frases como “era un ser sin igual”, o “un buen chico sin maldad”, me sacaban de quicio.

El día después de su muerte y antes que su cadáver empezase a soltar olores nauseabundos, se decidió hacerle como aconsejaron algunos babosos, un funeral de estado. Dijeron eso de que se merecía... ¡Un verdadero funeral de estado!

Eso es que no le conocían bien.

Urgentemente vinieron nobles de todas partes de Nueva Maran, nuestra tía se había ocupado de ello y aunque muchos mostraban estar afligidos y pesarosos delante de mi presencia, cuando me giraba volvían a hablar entre ellos de sus temas. Temas por lo visto jocosos y divertidos ya que algunos no podían ocultar sus felices caras risueñas. ¿Hubiera pasado lo mismo en mi propio funeral? Creo que excepto Lienha que seguía llorando y re-llorando, nadie más se acordaba del pobrecito Gumb.

-“¡Ja, ja, ja! Gumb, qué feliz me has hecho. ¡Condenado, hermanito mío!”.

No podía menos que agradecerle mi dichoso estado anímico.

Así que ese día todos hicimos mucho teatro, aunque si hubiésemos ido a una taberna a celebrarlo con buenos manjares y buen vino tampoco se nos hubiera echado de menos. Se me hizo eterno, apretar manos y más manos acabó agotándome y solo deseaba perder de vista a todo aquel ejército de fieles seguidores de mi padre y profundizar entre las sábanas de mi lecho con una buena compañía enviada por Brigadión.

Un día cansino y aburrido por tu culpa Gumb, como siempre y además acabamos totalmente empapados por la maldita lluvia, ya que el día había amanecido con unas nubes que acabaron descargando toda su mala leche durante gran parte de la jornada.

Después de despedirle con todos los honores de un príncipe Shámsalico, un carruaje le llevó más allá de la ciudad hacia el cementerio donde reposaría eternamente. Estaba tirado por ocho caballos magníficamente enjaezados y cuatro cocheros, dos por delante y otros dos por detrás y con unas caras que lo decía bien claro..., somos lúgubres y a rabiarse. Luego caminando cansinamente a pesar del agua que caía, seguía una prole

de nobles, militares, Bricks y demás gente que como digo, estaba allí más por presencia que por pesar.

Al llegar al cementerio le sacaron del carruaje y entre los lloros y lamentos de Lienha, el ataúd sujetado con unas sogas fue depositado suavemente en la misma tierra mojada.

Aunque fuese un príncipe a partir de ahora iba a hacer compañía de todos los que allí vivían también, aquellos que iban a ser ahora sus amigos. ¡Ja, ja, ja!

-¡Púdrete, maldito bastardo! Todavía me duele el costado de vez en cuando por culpa de tu asqueroso Arco Blanco.

52

“RUMBO AL ESTE”

Un día después del funeral Brigadión se reunió conmigo nuevamente. Desde la noche de los hechos no habíamos hablado con libertad total y lo primero era agradecerle y mucho su buena labor.

Esa tarde estaba en mi alcoba, acababa de subir dispuesto a echar una pequeña siesta cuando llamaron a la puerta.

-¿Sí? ¿Quién es?

-Brigadión majestad, ¿Puedo pasar?

Ágil como un tigre me lancé hacia la puerta y la abrí con todas mis ansias. Tras ella, mi vasnino favorito me miraba con una amplia sonrisa. Le hice pasar e instintivamente me lancé a sus brazos apretando con fuerza mientras le agradecía su inmenso favor.

-Gracias, Brigadión. Gracias, gracias... y mil veces gracias. Jamás podré recompensarte por lo que has hecho por mí.

-Tranquilo, mi príncipe -dijo mientras me separaba un poco con la misma sonrisa-. Seguro que más adelante tendréis oportunidad de ello.

-¿Su... sufrió mucho?

-Nada de nada, no se dio cuenta de la que se le venía encima y cuando quiso percatarse, ya era demasiado tarde, le tenía bien sujeto.

-¿Así que fue rápido?

-Demasiado rápido para lo que a mí me hubiera gustado hacer, pero como ibais a dar la alarma, tenía que darme prisa, no fuese a dejar el trabajo sin realizar.

-Eres único. Brigadión, pero como me hubiera gustado que sufriese un poco -dije lamentando que esto no hubiera ocurrido. De un salto volé encima de mi cama, crucé las piernas y puse mis manos detrás de la cabeza. Me sentía feliz total.

-Lo importante es que la primera piedra del camino ya está despejada. Ahora debemos continuar nuestra labor.

-¿Sí? ¿Y cuál es esa labor, querido amigo? -dije sonriendo en uno de los días más hermosos y felices de mi vida.

-Tienes que aprovechar y profundizar más en “Lo Prohibido”, mucho más. -me tuteó-. Supongo que con todo este jaleo de tu hermano y hasta que Chafan no esté de vuelta, Rutter se encargará del aprendizaje de la princesa Lienha. Así que tendremos tiempo de sobra para meternos con ello.

Conociéndole como suponía que le conocía, no me importó demostrarle lo que realmente deseaba y ansiaba en la vida.

-¡Ah! Lienha, mi dulce Lienha -suspiré.

Noté que me observaba callando. Decidí entonces ir al grano a ver cómo resultaba.

-Brigadión, -comenté muy sutilmente-. no sé si te habrás dado cuenta de algo que me sucede desde hace tiempo. Tal vez me hayas visto alguna mirada, un rubor esporádico y espontáneo, un nerviosismo ocasional, el tema es que...

-Estás perdidamente enamorado de tu hermana -soltó con determinación y sin dejarme tiempo para terminar mi frase-. Eso es lo que quieres decirme. ¿No? Lo he notado desde hace tiempo, Degall y lo tengo comprobado, porque cada vez que está cerca de ti no consigo que te centres en lo que tienes entre manos. Creo que vendrá bien que Rutter empiece con su instrucción.

-¿Se me nota mucho? -pregunté con cierta preocupación. No deseaba que nadie lo notara y creía que por ahora lo llevaba bien oculto, pero si Brigadión se había dado cuenta..., ¿Cuántas personas más habría por ahí sospechando lo mismo? Quise saber más y lo solté sin poder aguantarme.

-¡Dímelo, Brigadión! Dime que no estoy haciendo el ridículo cuando ella se encuentra cerca de mí.

-Tranquilo, Degall. Lo habéis estado llevando bien, pero poniendo todavía más cuidado, sería más difícil delataros vos mismo ante nadie ni ante ella. -volvió a tratarme con respeto-. Por ahora Lienha no sospecha de vuestros sentimientos y hablando de ellos, ¿son muy profundos o solo son como quién dice, amor de una noche de verano?

-No es ningún amor de una noche de verano, Brigadión -repuse con rabia-. Ella lo es todo para mí.

Y con la misma sonrisa que parecía no querer desaparecer de su cara me respondió:

-Perdón, mi príncipe. No quise haceros enojar con mi soez palabrería. Disculpádmeme, por favor.

-Estás disculpado, pero entérate bien, la haré mi reina. Te juro por lo más sagrado que conseguiré su esencia de la forma que sea, por las buenas o por las malas, aunque eso dependerá mucho de ella, pero nadie, ¿me oyes? Nadie me la arrebatará, será mía y solo mía. De nadie más.

-Degall por favor, es vuestra hermana -dijo intentando apaciguarme-. ¿No podéis pensarlo mejor y...

-Brigadión. ¡No!

Mi rápida respuesta no debió agradarle en exceso, pero si yo iba a ser el futuro rey emperador de Shámsala con él muy cerca mío como consejero, sabía que debía contentarme en esto y en todo lo que fuese necesario.

-Escucha, hemos hecho muchas cosas juntos, estamos en el mismo barco. ¿Verdad? -Brigadión afirmó con la cabeza-. Pues rememos los dos hacia la misma orilla, rememos juntos y a la vez, será lo mejor.

-Entendido perfectamente, mi príncipe, pero tengo una gran duda. ¿Y si Lienha no quiere?

Tenía muy claro lo que iba a hacer si esto ocurría, sin embargo, no quería presionarle por lo que le di una pequeña pista.

-Tú me ayudarás, amigo. -y le señalé- Tú... me... ayudarás.

-Así será, mi príncipe. Sabéis que podéis confiar en mí.

Quise desviar un poco el tema y volví a untarle con un poco de gratitud sobre su última labor para la futura corona. Después seguimos hablando de otras cosas mientras yo seguía feliz como un pequeño bebé.

Sacó a relucir algo de "Lo Prohibido", algo sobre sus aspecto más recónditos y esotéricos. Se abrió ante mí y me comentó cómo había empezado a aprenderlo en la lejana Vasia Golteim y lo que significaba para él. Me hablaba y yo le escuchaba con atención cuando repentinamente un chispazo se expandió e inundó mi mente por completo. Sin poder contenerme y cortando su monólogo, solté casi gritando y con la mirada perdida en el infinito:

-¡Bariel! Hay que liquidar a Bariel, Brigadión. Hay que hacer algo. ¡Rápido! Mi hermana está a punto de caer en sus brazos.

-Príncipe, por favor. Detengámonos un poco a pensar. Veo que lo que estaba diciendo parece que no os interese mucho.

-No, no es eso. Brigadión. Resulta que no sé cómo, pero su silueta se ha aparecido en mi mente sin más y no he podido callarme. ¿Te desharás de él? ¿Me harás de nuevo otro pequeño favor?

-Vamos a ver, príncipe. No podemos ir asesinando a la gente, así como así, sin más. -aquel inicio de frase no me agradaba mucho y debió percatarse por la mirada que le eché volviendo a comenzar de nuevo-. Quiero decir..., Gumb ha fallecido recientemente y ahora si le ocurre lo mismo a Bariel, ¿No pensarán que, en vez de un slá, puede haber algo más? ¿Que alguien haya urdido un plan para desembarazarse de ellos? Rutter no es tonto, Degall, y luego también debemos añadir a Chafan que hay que tener por seguro que investigará también.

-¡Sí, claro! -pensé mejor-. Tal vez estés en lo cierto, pero de aquí a un tiempo, ¿cómo lo ves? ¿Factible?

-Dejemos pasar ese tiempo prudencial y mientras tanto si yo veo personalmente a Lienha junto a Bariel en actitud digamos romántica, le aconsejaré que ninguna princesa de Shámsala puede acudir a los brazos, aunque sean fuertes, hermosos y robustos de un simple soldado palaciego y que..., si la vuelvo a ver en esa guisa, no me quedará más remedio que informar al emperador de ello. ¿Qué te parece, Degall?

-Perfecto amigo, acepto tu idea por ahora, pero vete pensando en cómo quitarlo del medio. No quiero ni pensar que mi hermana pueda estar en sus brazos.

Así que a resultas de todo “por culpa de Gumb”, Rutter cogió a Lienha bajo su tutela y no me quedó más remedio que aceptarlo. Mi amada volvió a desaparecer de mi vista la mayor parte del día, pero como no hay mal que por bien no venga, Brigadión se puso manos a la obra en la enseñanza de “Lo Prohibido”, ya que con mi hermana cerca no podíamos hacer nada de esto.

Y fue durante ese cortísimo espacio de tiempo el plato más fuerte y sabroso del día. Desde la muerte de Gumb hasta nuestro regreso a Vende, las horas aprendiendo se puede decir que volaron descubriendo lo maravilloso de lo oculto.

Asimilé como hacer pócimas e infusiones con las plantas más extrañas que pudiera haber. Cada una tenía un efecto diferente; unas podían adormecer a quienes las tomasen, otras provocar locura o bien nublar la mente, incluso había algunas que podían anularla por completo acatando mi única voluntad. Era maravilloso todo aquel mundo que se desplegaba a mi alrededor. De vez en cuando, Brigadión me animaba a que tocara objetos y los sintiese en lo más profundo de mi ser, pidiéndome que hablase con ellos, aunque verdaderamente esto todavía no lo entendía. Siguió mostrándome los puntos corporales más peligrosos del cuerpo humano. Puntos que al ser presionados, dejaban a quien fuese totalmente indefenso ante nuestro siguiente movimiento y según la presión ejercida, podía ir desde un ligero desmayo hasta una muerte dolorosa.

Los pocos días que tuvimos de tranquilidad pasaron en un abrir y cerrar de ojos. Pasaron hasta que llegó la noticia una media mañana cuando nos ejercitándonos en el patio interno del palacio.

Repentinamente aquel día Brigadión observó el cielo diciendo sin más:

-Príncipe, mirad. Un cuervo gris. Noticias de Vende.

Me extrañó la firmeza de su afirmación.

-¿Y cómo lo sabes? ¿No puede ser otra cosa? ¿Bien un mensaje de cualquier otro sitio?

-No, no Degall. Los colores de ese cuervo pertenecen a aquellos que se utilizan para cartearnos con palacio y con vuestro padre. Veréis como tengo razón.

-¿Y tú cuando no tienes razón? -contesté sonriendo.

-Puede ocurrir que me equivoque, pero sabéis que estoy en lo cierto y que no suelo errar casi nunca.

Me guiñó un ojo, tiró la espada al suelo y según empezaba una débil carrera dijo:

-Hagamos algo de ejercicio, a ver quién es el primero que llega al objetivo.

-¿Objetivo? -grité viéndole largarse-. ¿Qué objetivo?

-Arriba, donde ha llegado el cuervo. ¿A ver qué dice el mensaje? Si conseguís tocarme antes de llegar, os enseñaré algo muy especial.

Tiré la espada al suelo junto a la suya y acto seguido empecé una frenética carrera intentando dar con él. Subí las escaleras de acceso al interior del palacio de tres en tres y a grandes zancadas. Había recortado bastante, pero él seguía delante. Cruzó los principales salones he inició el ascenso por las bellas escaleras de mármol verdes claro. Yo iba a su zaga y en cualquier momento le iba a darle caza. Seguimos subiendo como posesos por las escaleras y en uno de los rellanos, Rutter y Lienha parecían dedicar especial atención al estudio de las estatuas que plagaban el palacio.

-Pero ¿Dónde vais así? -oí a Lienha a mi espalda al sobrepasarles-. Degall, que te va a dar algo.

-¡No puedo! -farfullé como pude entre verdaderos sofocos-. No pue... no puedo de... dejarle ir. Ten...go que dar con él. Briga... dión ya... ya eres mmmío.

Le tenía a tiro, pero no podía más. Con solo alargar el brazo le tocaría y mi vasnino me enseñaría que era eso de especial. Estaba completamente a mi merced y cualquiera se hubiera percatado que un cuerpo como el suyo en ningún momento podía competir en una carrera con un cuerpo sano, joven y vigoroso como el mío.

Simplemente no podía.

Cuando fui a lanzar el brazo para tocarle en la loca ascensión, miró hacia atrás muy sonriente.

-¡Huy! Mi príncipe..., debéis perdonarme, pero debo partir. ¡Tengo prisa!

Acto seguido desapareció de mi vista como si le hubiese poseído un animal salvaje con furia desenfrenada. Nunca le había visto correr de aquella manera. Instantáneamente paré y me apoyé contra la barandilla intentando que el aire entrase de nuevo en mis pulmones. Extenuado hasta la exageración, mis piernas parecían no querer obedecerme tiritando del esfuerzo.

Tuve que reconocerlo..., Brigadión parecía el joven y yo el anciano carcamal. Me repuse tranquilamente sentado en la misma escalera y desde allí oí la cándida voz de mi hermana.

-Degall, ¿Conseguiste alcanzarle? -sonó la sarcástica voz de mi hermana desde un piso inferior-. Es mucho mayor que tú.

-¡Vete a la mierda! -solté sin poder contenerme. Una cosa era mi amor por ella, pero otra muy distinta que se riese a la cara por mi inutilidad. Como pude y oyendo sus risas a través del hueco de la escalera, me levanté y proseguí mi camino en pos del vasnino, según oía...

-¡Mira que no poder con él! ¡Ja, ja, ja! ¡Agüeteeee!

Resoplé internamente por no bajar a por ella y darle un par de sopapos y proseguí subiendo ahora ya por estrechas escaleras de caracol. Cuando llegué por fin a la cumbre o mejor dicho a los tejados del palacio donde llegaban los cuervos mensajeros, allí estaba Brigadión con el mensaje entre sus manos. Lo había abierto y estaba leyéndolo detenidamente. Creí que no me había visto llegar, pero por sus palabras supe que estaba confundido.

-Muy bien, mi príncipe ¡Bravo! Casi lo lográis ¿Os costó mucho llegar hasta aquí?

-Brigadión, no quiero decir algo que luego lamente, así que cambiamos de tema. ¿Qué dice el mensaje? ¿Es de padre, no ?

-¡Sí, señor! Es de Vende y son buenas o malas noticias, depende de cómo las aceptéis.

-¿Buenas o malas noticias? Brigadión, -imploré-. ¿qué demonios dice el mensaje? ¡Suéltalo!

-No os enojéis conmigo, mi príncipe, era solo una broma, una forma de hablar y son buenas noticias. Es más, yo diría que son muy buenas noticias. ¡Excelentes!

-¿Pero qué dice ese maldito mensaje, por muy buenas noticias que sean? -me frustraba ver cómo disfrutaba el vasnino sacándome de mis casillas. Lo hacía a propósito, resultaba evidente y debía gustarle hacerlo. Lo que no sé es por qué aún no me había acostumbrado a ello.

-Dice que nos volvemos a Vende. Volvemos todos a palacio con vuestro padre. Lo más urgentemente posible.

-A ver déjame ver eso, déjame leerlo -solicité impaciente y sin poder esperar más estiré el brazo para que me lo entregase. Aquella noticia era lo que más ansiaba oír en el mundo desde que llegamos a Dor-Alia, aparte de la maravillosa muerte de Gumb, claro. Perder de vista la ciudad para siempre se me antojaba maravilloso, había llegado la hora. Cuando lo tuve en mis manos y vi el sello real, lo leí ansioso. Aquel trozo de papel lo decía muy claro, exigía que partiésemos con urgencia de vuelta a Vende. Los últimos acontecimientos, por lo visto trastornaban a nuestro padre y parecía que temía por nuestras vidas. Ordenaba que volviésemos con urgencia a la capital del reino, ya que estar junto a él era un lugar mucho más seguro para nosotros, sus hijos.

-“Vende, por fin, de nuevo a Vende”.

-Maravilloso -dije mirando a Brigadión, luego devolviéndole el mensaje añadí-. Pues bien, padre, allá vamos. Procura cuidarte y no coger frío, por lo menos hasta que lleguemos.

No pude más y solté un grito de euforia que resonó en todo el palacio.

-¡Yujuuu!

Miré a mi querido vasnino.

-Y por cierto, Brigadión ¿Qué era eso especial que me ibas a enseñar si te ganaba?

-Otro día, mi príncipe -contestó con sorna-. Hoy no me habéis ganado.

-¿Pero puedes adelantarme algo? ¿De qué se trata?

Escuetamente sin darle más importancia sonrió.

-Bariel.

Lo entendí perfectamente.

-“Pero cómo... cómo me gustaba este condenado Brigadión”

Mientras los sucesos se iban escribiendo en la historia en el reino, los corazones de Elcor y Amadia se fundían en un amor incondicional. El príncipe empezó a cortejarla y ella aceptó de muy buena gana bailar con él esta danza amorosa, pero siempre bajo escudos de sombras, noches sin luna y escondidos por los lugares más inverosímiles de palacio. Elcor que había descubierto como era su padre y como las gastaba, temía por la vida de ella ya que un triste, inoportuno y solitario accidente le podía ocurrir en cualquier instante. Lo sabía, sabía de sobra que el rey no aceptaría a una vasnina como esposa para uno de sus hijos. Por eso lo mantenían todo en secreto, su amor y sus amorosos encuentros.

Cymbal sí conocía los escauceos de su hermana con Elcor, de hecho, alguna vez había intentado hablar con ellos sobre lo peligroso que era, sobre todo para ella el seguir

por ese camino, pero los dos tortolitos no oían ni veían nada, solo tenían ojos para ellos dos y se negaban a todo lo que significase dejar de verse o amarse. Así que ahora Cymbal, más que prevenirles de los peligros de su relación, les avisaba y se mantenía siempre alerta y cerca cuando estaban juntos, intentando disimular. Pero aquella relación le escamaba y de qué forma. Por una parte, sufría con la peligrosa aventura de su hermana y por otra al no hacerle caso los amantes, no le quedaban más remedio que cuidar de ellos, que nadie con lengua larga y más ganas de llenar el bolsillo gratis, los viese en actitud romántica y fuera con el cuento al rey.

Esa tarde, Amadia se encontraba con Elcor en su alcoba a la que se accedía por un lateral del palacio. En aquel lugar estaban todas las estancias de los servidores del rey, todas excepto la de los vasininos.

Se hallaban tranquilamente hablando desnudos encima de la cama. Habían hecho el amor intensamente y en ambos los ojos centelleaban por el ardor y la pasión que se profesaban.

-¿Y si nos perdemos por Vasia Golteim? -preguntó Elcor esperanzado.

-Amor mío, ya lo hemos hablado -repuso ella acariciándole el pecho muy suavemente con el dorso de sus manos. Amadia sabía que con aquel movimiento él devolvería un apasionado beso. Así pues, tras uno largo y profundo prosiguió:

-Cariño, no podemos huir de Vende. Eres un príncipe de Shámsala -suspiró-. Tu padre mandaría a sus secuaces que campan por todo el reino a buscarnos y algún día darían con nosotros. No podemos estar huyendo y huyendo siempre, no podemos, por muy extenso que sea Shámsala.

-¡Sí! Llevas razón -dijo Elcor escuetamente-. Además, tu vida correría peligro y eso jamás lo voy a permitir.

A modo de gratitud, ella depositó otro suave beso en sus labios y sin querer queriendo, bajó su mano llegando a tocar el pene del príncipe que como por arte de magia volvió a emerger de su letargo.

-¡Huy! Perdona, fue sin querer -dijo con picardía semi ruborizándose.

Él la analizó con los ojos turbios de pasión.

-¿Ves?, ¿Ves lo que has conseguido? -dijo según mostraba su miembro poniéndose a máxima potencia-. ¿Y ahora qué? ¿Qué hacemos?

-Fue sin querer, amor mío. ¡Ja, ja, ja! Pero eso no te lo puedo prometer -respondió con una sonrisa, mientras saltaba sobre él para seguir amándose "sin piedad".

Fuera de la habitación, pero manteniendo siempre la vista en la puerta y en el pasillo, Cymbal sentado cómodamente en un gran sillón parecía estar echando una cabezaca, aunque con un ojo abierto y por nada en el mundo iba a entrar ahora en la estancia, sino que esperaría a que saliesen como siempre. Al poco rato, el confortable sillón hizo que cayese en el mundo de los sueños sin poder impedirlo y olvidándose totalmente de la feliz pareja que seguía retozando sin descanso.

Se durmió profundamente.

-¡Que bien te veo, amigo Cymbal! -la sibilina voz de Lars, le devolvió al mundo instantáneamente.

-¡Qué demonios! -soltó airado-. ¡Ah! Eres tú. Podías haber hecho un poco de ruido al llegar para no me dar este susto.

Lars no hizo caso a sus palabras.

-Veo también que has elegido un magnífico sillón para echar una cabezada.

Aunque parecía que intentaba ser cordial, el frío porte del recién llegado le puso en alerta. Con sus andares sumamente silenciosos había conseguido acercarse sin ser

oído y ahora se diría que iba a abalanzarse sobre Cymbal como un halcón sobre su presa, aunque sabía de antemano que este no era ninguna pobre paloma.

-La verdad es que sí -repuso con una sonrisa un tanto falsa Cymbal-. Son confortables a rabiar. He parado un poco a descansar y sin querer ya ves, me he quedado dormido como un bebé. Así, sin más.

-Y ¿puedes decirme que haces por aquí? -la pregunta de Lars era crítica y la mente de Cymbal se negó a contestarla, aunque sabía que debía decir algo-. ¿No deberías estar junto al príncipe Elcor?

-«Rápido, rápido. -se dijo a sí mismo-. Necesito algo para que me deje tranquilo, se vaya por donde ha venido y no informe de nada al rey, piensa rápido Cymbal ¡Piensa!».

Lars al ver que no recibía respuesta alguna, volvió a la carga.

-Perdona, Cymbal, no me has contestado. ¿Qué haces tú por aquí sin el príncipe Elcor?

De repente unas risitas salieron del dormitorio y Lars giró su cabeza en aquella dirección, despacio, muy, muy despacio y con una siniestra sonrisa en su boca. Parecía percatarse de lo que ocurría allí dentro, pero con rapidez Cymbal se repuso y contraatacó.

-Perdona Lars, es que esos dos me están volviendo loco. Estoy aún dormido y solo me estaba desperezando. El sopor amigo, este sopor puede conmigo. ¡Huaaa!

Cymbal fingiendo se estiró cuan largo era a lo que Lars volvió a mirarle, pero sin olvidarse de la habitación.

-Resulta que estamos ya en fechas próximas a mi cumpleaños. Pues bien, -Cymbal hablaba con la mayor soltura que podía, no dar importancia a lo que estaba diciendo era tal vez la única forma de poder engañar a Lars-. El príncipe Elcor le está pidiendo a mi hermana que es la responsable de las caballerizas, consejo e ideas para que confeccionen una silla de montar para mí. Están ahí dentro analizando los pormenores del trabajo. Me invitaron a entrar, pero he preferido echar una cabezada en el sillón.

-Pero amigo ¿No se supone que los regalos son secretos?

-Elcor me pidió que le dijese lo que más deseaba, yo me negué en rotundo a decirle nada al principio. Pero se puso (ahora entre nosotros), se puso tan pesado que le dije que una silla de montar bastaría y ahora ya ves. ¡Bueno! Pues mientras estudian los pormenores, por lo menos ese tiempo me sirve para descansar un poco. Hoy ha tocado este confortable sillón. ¿Y tú, qué haces por aquí?

La respuesta no parecía del agrado de Lars, pero en ningún momento podía insinuar que quién tenía enfrente le estuviese mintiendo, así que prefirió contestar antes de seguir por ese camino.

-Busco pistas, detalles, cualquier cosa que me sirva para descubrir qué ocurrió en palacio aquella noche. Por ahora no tengo nada de nada y Crotor me exige información del caso cada vez que estoy con él. Es inflexible conmigo, Cymbal.

-Lo siento por ti, Lars, aunque debes saber que también intento lo mismo, dar con la solución a ese enigma. Ten presente que si en cualquier momento descubro algo, cualquier cosa, serás la primera persona a quien informe.

-Gracias, Cymbal -volvió la mirada hacia la habitación sin ver la mirada de este, que se perdía en la desesperación-. De todos modos, parecen que se lo pasan muy bien con lo de tu regalo. Espero que cuando te la den te guste y ya me enseñarás esa silla.

Acto seguido se fue con el mismo sigilo con el que había llegado. En cuando desapareció de su vista, Cymbal llegó hasta la habitación y dio unos suaves golpecillos a la puerta. Poco después, la cara de Elcor aparecía a través de un pequeño espacio que había dejado para abrirla. El resto de su cuerpo se podía ver que estaba como su cara, completamente desnudo.

-¿Qué? -dijo Elcor con un pequeño susurro y una gran sonrisa-. ¿Qué pasa?

-¿Que qué pasa? Pues pasa que no hagáis tanto ruido -apremió el vasnino-. Dejaros de risitas y demás. Lars ha estado aquí y os ha oído. Vestíos inmediatamente y salid ya. ¡Por favor!

La puerta volvió a cerrarse y a los cinco minutos, Elcor y Amadia salían con más sonrisas de complicidad.

-Vámonos de aquí ahora mismo por lo que más queráis. No me fío nada de ese hombre, puede resultar muy peligroso.

Cymbal les contó cómo le había cogido desprevenido dormido y aunque creía haber salido airoso de su encuentro, algo le decía que Lars no se había ido muy conforme con su respuesta. Posiblemente hablase de ello con el rey.

Y ahora todo estaba muy claro, Elcor debía encargarse de adquirir una silla de montar para él.

CONTRA LAS CUERDAS

Crotor debatía con algunos generales y nobles el orden del día en el gran salón. Unas cuantas destituciones, impuestos más severos para la población, firmar un par de ejecuciones, lo típico en la vida de un rey cualquiera. Los nobles hablaban y hablaban entre ellos además de con él, pero realmente no arreglaban nada que no fuese engrosar la lista de sus fortunas a sabiendas que afuera del palacio, el hambre y la desesperación era sinónimos de una sufrida población. En ese momento llamaron a la puerta y tras ella apareció Lars. En cuanto Crotor le vio, le difuminó con su mirada.

-¡Laaars! Ven aquí ahora mismo y vosotros desaparecer de mi vista... ¡Ya mismo!

Era el típico día en el que el rey no se encontraba de muy buen talante y cuando esto ocurría, lo mejor era esfumarse de su presencia excepto que te viese y llamase, como era el caso.

-A sus órdenes. ¿Majestad? -dijo acercándose rápido a Crotor habiéndose cruzado con los que salían raudos de salón-. Vos diréis ¿En qué puedo servirlos?

Crotor aguardó a estar solos y luego empezó a dictar sentencia.

-Quiero que liquides lo antes posible a Barfkeff. Hazlo rápido y luego deshazte del cadáver tirándole en cualquier sucia esquina. No dejes nada en sus bolsillos, así creerán que ha sido un asesinato por robo.

-¿Estáis entonces decidido a hacerlo, majestad? -tuvo el valor de preguntar Lars.

-¿Eres idiota o qué? ¿No me has oído? -el emperador no estaba por la labor que un vasnino enjuiciase sus órdenes y siguió con su habitual prepotencia-. Tú haces lo que yo te diga y luego te callas. ¿Entendido?

-Majestad, a vuestros pies. Perdonad mi sucio comentario, no volverá a ocurrir. Tenéis mi palabra.

-Y por cierto, quiero acabar con toda esta historia y mantenerme al margen de las cartas esas. Liquida también a ese tal Mundeerke, o sea que a los dos, a Barfkeff y Mundeerke. ¡A los dos!

-Perfectamente entendido, mi emperador. En cuanto Barfkeff pise palacio, estará muerto y Mundeerke también, os lo puedo asegurar. Uno me llevará hasta el otro.

-Así me gusta Lars, fiel y obediente como un perrito leal.

-Por cierto, majestad. Hoy he sido testigo de algo que me ha llamado poderosamente la atención y quería comentároslo.

-Desembucha, pues y rápido que quiero hacer otras cosas.

-Esta misma tarde investigando por la zona de palacio donde se encuentran las alcobas de los servidores de vuestra majestad -Lars hablaba tranquilamente intentando imprimir a la frase intriga para que al monarca le interesase más-. Encontré de repente no sabe su majestad a quién..., a Cymbal durmiendo en un cómodo sillón.

-¡Vaya! -cortó Crotor-. ¿No se supone que está al servicio de Elcor? ¿Qué hacía durmiendo de día?

-Eso os iba a comentar, majestad. Bien, así como os decía, descubrí a Cymbal durmiendo plácidamente. Me acerqué y le desperté. En esos momentos noté cierto nerviosismo en su faz, pero lo disipó rápidamente con su cordial forma de ser. Le tuve que preguntar un par de veces que qué hacía allí reposando. Finalmente me contestó que vuestro hijo el príncipe Elcor se encontraba dentro de la alcoba de su hermana Amadia, o sea solo con ella intentando..., digamos decidir cómo iba a ser la silla de montar que le iban a regalar para su cumpleaños.

-¿Un silla de montar? Me parece un buen regalo ¿A ti no, Lars? - contestó el rey.

-Las voces que provenían de la habitación me decían que no hablaban precisamente de sillas de montar, ni nada parecido mi rey.

-¿Qué mierdas quieres decir? Habla condenado, no me tengas en ascuas.

-Creo que había algo más, mi señor. Sinceramente creo que estaban haciendo el amor y Cymbal controlaba la situación, pero con tal mala fortuna que cayó dormido sin poder avisarles.

-¿Mi hijo follándose a una vasnina? ¡Ja, ja, ja! ¡Tiene narices! -soltó Crotor, luego pensativo llegó hasta la ventana del salón y la abrió de par en par-. Muy bien Elcor, así me gusta, disfruta mientras puedas. -se giró entonces hacia el vasnino sonriente señalando- ¡Hombre, Lars! Dejémosle que se divierta un poco. ¿No? Total, cualquier día de estos le vas a cerrar la boca. Que aproveche. ¡Qué demonios! Que aproveche el poco tiempo que le queda. ¡Ja, ja, ja!

-Muy bien, majestad. ¿Ordenáis algo más?

-No, por ahora no, solo eso. Cárgate lo antes posible a esos dos tipejos y tíralos por ahí -luego con gran comicidad añadió-. Y ahora dejadme solo con mi pena, quiero poder llorar en la soledad a mi buen hijo Gumb que en paz descanse.

Sin decir siquiera esta boca es mía, Lars salió del salón observando cómo Crotor reía sus penurias.

Barfkeff llevaba unos días sin entrar en palacio, pero aquella noche decidió que no podía esperar más. Tenía que destruir la esencia veintitrés de Risco como fuera, aunque solo pensar en entrar y salir de aquella ratonera que era el palacio le producía temblores y picores por todo el cuerpo. Sabía que Chafan y Graggo estaban en el mismo, por lo que suponía estaban ya investigando sobre el asunto de las cartas. Dos auténticos perros de presa que no iban a cesar en su empeño de dar con el culpable hasta encontrarlo.

Necesitaba destruir la esencia veintitrés y su diario y esto significaba un salvavidas para su salud

Entró en palacio a altas horas de la madrugada. Saludó brevemente a los soldados del puesto de guardia y siguió hacia su cubil de la parte trasera del mismo palacio. Se ocultaba entre las sombras intentando en todo momento pasar desapercibido lo máximo posible. Sus pasos eran largos y rápidos. Cuando llegó a la puerta de acceso de su oscuro mundo, buscó en su colgante una llave y abrió esta. Accedió al interior y todo ocurrió increíblemente rápido. Más rápido que un abrir y cerrar de ojos ya que antes de conseguir cerrarla, notó un pinchazo en la parte trasera de su pierna izquierda. Instantáneamente se palpó sintiendo un repentino calor comprobando al retirar su mano

que estaba húmeda y resbaladiza, aunque en la oscuridad apenas podía ver nada. Aquello le extrañó, pero al oír una voz que le hablaba supo entonces lo que le había sucedido.

-Es la femoral. Acabo de cortarte la femoral y te desangras. -la voz de Lars resonó en el lúgubre túnel. Luego mofándose de él continuó-. Vas a morir desangrado como un cochinito, Barfkeff, pero no temas y estate tranquilo que no vas a sufrir. Palabra de Lars.

-¡Bastardo descerebrado! -fue lo único que contestó el torturador poniendo su mano en la herida e intentando hacer presión para que su vida y corazón siguiese latiendo-. ¡Maldito seas! Condenada rata inmunda.

En ese momento la puerta entreabierta acabó por abrirse del todo y Chafan con Graggo, aparecieron ante de ellos como por arte de magia.

Desde que llegaron a Vende, los dos vasininos montaban continuamente guardia en las ventanas de sus alcobas. Miraban a través de ellas, ocultándose detrás de las cortinas para que nadie los viese espiar, intentaban dar con el paradero de Barfkeff y no tenían mucho tiempo para ello. Se turnaban y mientras uno descansaba por las noches, el otro vigilaba. Casualmente esta noche le tocaba a Graggo, quién vio a su presa entrar en palacio. Rápidamente cogió sus armas, el estilete y el látigo. Debido a las prisas por no perder a Barfkeff, salió solamente vestido de su habitación con un ligero taparrabos y poco más. Al llegar a la puerta de Chafan, dio los golpes convenidos e instantes después bajaban los dos como galgos ocultándose también entre las sombras. Sigilosos llegaron al patio, Graggo casi desnudo y Chafan ídem de ídem, pero ambos con sus armas perfectamente preparadas para la ocasión. Vieron delante de ellos a cierta distancia a Lars y mucho más allá a Barfkeff, que parecía seguir escondiéndose sin percatarse de nada. Observaron cómo accedía el primero por una inapreciable puerta, por la que poco después también entraba Lars.

-Vaya, Lars. -dijo Chafan muy seriamente. En su diestra el estilete parecía estar preparado para actuar-. Parece que venimos a estropearle el trabajo. Deja a ese hombre en paz ¡Le necesitamos! Tiene información vital sobre el atentado contra el príncipe Degall.

-No os entrometáis en mi camino si no queréis lamentarlo de por vida, hermanitos -la rabia de Lars era manifiesta e inconfundible-. Id ahora mismo por donde habéis venido y no giréis vuestras cabezas a menos que deseéis perderlas.

Chafan ágilmente de un salto se interpuso entre Barfkeff y él. Su estilete apuntaba sin ningún temor al corazón de Lars.

-No me obligues -sentenció Chafan - Vete tú ahora... y vive.

-¡Ja, ja, ja! -y una risa sarcástica se oyó por todo el túnel-. ¿Vete y vive dices? Si quienes vais a morir sois vosotros. ¡Imbéciles!

Mientras Barfkeff se derrumbaba debido a su herida, Lars saltó en pos de Chafan con la intención de atravesarle con su estilete. En ese mismo instante el látigo de Graggo hizo presencia y un chasquido doloroso dejó una estampa en el brazo de Lars. Instintivamente este se fijó en Graggo sin llegar a dejar caer su arma, pero con el brazo insensible a causa del azote recibido. Sin más preámbulos se inició un feroz combate entre ambos. Parecía imposible que pudiesen ver con tan escasa luz, pero esto no era impedimento para que empezasen a lanzarse una tras otra, estocadas a diestro y siniestro que milagrosamente esquivaban.

Lars y Graggo estaban luchando a vida o muerte.

Chafan llegando junto al moribundo, se percató de la cantidad de sangre que perdía por la herida recibida.

-¡Está herido, Graggo! -informó a su hermano-. Parece que este condenado le ha cercenado la femoral.

-No te preocupes por mí, hermano. -contestó entre intentos de estocada y esquivo, luego jovialmente añadió-. Esto lo liquido yo en un momento. Atiéndele e intenta hacerle un torniquete.

Y mientras ambos contendientes seguían a los suyos intentando liquidarse mutuamente y con Graggo en todo momento interponiéndose entre Lars y Barfkeff y Chafan, este último cortó ágilmente varios trozos de ropa del herido e hizo una improvisada cuerda con la que rodeó firmemente la pierna herida, pero percatándose que a Barfkeff no le quedaba mucho tiempo. Interrogarle se hacía primordial.

-Llé... llévame allí. -dijo el herido señalando hacia el fondo del túnel. Se había dado cuenta que su hora se acercaba muy deprisa-. Llévame hacia allí por favor. Ayúdame ahora que me queda aún algo de tiempo y te diré..., ¡Aaagg! Te diré lo que quieras saber.

En aquellos momentos Chafan no sabía cómo proceder, si ayudar a Graggo a finiquitar a Lars o interrogar a Barfkeff. Pero Graggo volvió a repetirle a Chafan tras oír el último comentario del futuro cadáver:

-Olvídate de mí, hermano y hazlo por Risco. Barfkeff es el único que nos puede dar alguna pista sobre qué demonios está ocurriendo. ¡Hazlo! ¡Y hazlo ya! ¡Largaos de aquí!

El vasnino levantó al moribundo y cargándose encima le llevó por el camino que este le iba diciendo, desapareciendo en la oscuridad, mientras los dos combatientes seguían en su lucha. Poco después a lo lejos resonó la voz de Chafan.

-Ten cuidado con él, Graggo. Actúa como una serpiente.

Al oír esas palabras, la macabra risa de Lars retumbó en el lugar y no pudo menos que soltar:

-Ya has oído a tu hermanito, Gragguito. Soy tu serpiente mortal y te picaré en cuanto menos lo esperes.

En vez de decir nada, Graggo sin más se situó de espaldas a la puerta entreabierta y de una coz la cerró dejándoles a ambos en la más terrible oscuridad. Poco después un afilado estilete atravesaba el pecho de Lars que caía mortalmente herido al frío suelo.

Pasados unos instantes y cuando el cuerpo dejó de moverse, Graggo tranquilamente comentó a quién antes se llamaba Lars:

-¡Sí, señor! Actúa como una serpiente. Esa era la solución. -Levantó su estilete en dirección a Chafan-. ¡Gracias por el consejo, hermano! Me fue muy útil. La serpiente no era él, sino yo.

Y tranquilamente se recostó contra la pared. Ir ahora por aquellos tétricos túneles en los cuales no se veía nada no le apetecía. Chafan sabía cuidarse muy bien, así que le esperaba durmiendo un poco que no eran horas para andar por ahí dando vueltas y más vueltas

Al poco de dejar a los combatientes unas lámparas de aceite empezaron a iluminar el camino, las dejaban ocasionalmente por si hubiera alguna necesidad, según comentó Barfkeff. Se apoyaba cómo podía sobre el vasnino quien le sujetaba alrededor de su cintura, diciéndole cada poco el camino que debían coger. Recorrieron túnel y bajaron escaleras no aptas para gente de bien hasta que llegaron frente a una puerta. Barfkeff como siempre dio los golpes acordados y esperaron que alguien de dentro abriese. Al rato Lindo apareció con cara de pocos amigos. Lo primero que hizo fue fijarse en Chafan, quien estaba vestido solo con poco más que unos calzoncillos y con el estilete presto por si acaso. De sus piernas resbalaba sangre, aunque esta parecía que no le pertenecía a él. Luego miró al torturador y cuando vio su estado, no lo quedó más remedio que preguntar:

-Mi señor, estáis herido ¿Qué diantre os ha pasado?

En ese momento Chafan se desentendió un poco de él y este cayó al suelo gritando de dolor. Desde esa posición aún insultó al siervo.

-Quita de en medio, idiota y ayúdanos. Ayuda a llevarme hasta mi cama.

Eso hizo Lindo sin pensárselo dos veces y cuando llegaron ante la puerta cerrada del cuartucho de Barfkeff, este cogió una llave de su colgante y se la dio a Chafan para que abriese, luego le depositaron con suavidad sobre el lecho.

-¿Hay alguien más contigo? -preguntó Chafan a Lindo.

-No, mi señor, estoy solo. Me llaman Lindo y estaba durmiendo. Me habéis despertado con vuestra presencia. Ahora viéndoos así, me va a resultar imposible volver a conciliar el sueño.

-Hazme un favor, desaparece de mi vista y no... no vvuu...vuellvaass por aquí ¡Aaagh!
-habló y se quejó Barfkeff.

Se estaba yendo, a Chafan no le quedaba otra que actuar con rapidez si quería descubrir algo de lo que parecía saber el herido.

-Lindo, espera. ¡Rápido! Vete a por agua. Hay que intentar refrescarle un poco a ver si reacciona.

Este desapareció corriendo mientras Chafan observaba el colgante de llaves que pendía del cuello del torturador, sin más fue a cogerlo. En ese momento la mano de Barfkeff pareció cobrar vida y se agarró a su brazo.

-¿Quieres sa...saber la verddad?

Chafan cejó en su intento y afirmó con la cabeza.

-Quiero saber la verdad, Barfkeff. Toda la verdad, sea cual sea esta. Necesito saberla

-Noooo, noo te puedes ima...ginnar.. qui...qui...quien...estáa detrras dddd...de toda es... esta mi... mier..da.

Chafan intentaba ser complaciente con él, más en su fuero interno un volcán estaba a punto de explotar.

-No lo sé, amigo y tú si lo sabes, por eso te lo pido por favor. Dime... ¿qué sabes sobre la carta de mi hermano Risco? ¿Qué sabes sobre todo esto y también sobre el intento de ataque de este ser al príncipe Degall? Dame una pista.

Barfkeff con mirada vidriosa y casi ido, se iba poco a poco. En ese momento apareció Lindo con una jarra de agua.

-¡De prisa! -gritó Chafan-. ¡Trae eso aquí!

Rasgó un trozo de tela de sábana, la empapó de agua y suavemente le masajé la frente y luego la nuca.

-¿Mejor?

-Sí ssí. Te mee...mmereces quee...e tte dé esstoo.

Hizo intención de coger las llaves de su colgante, pero no tenía ni fuerzas para poder hacerlo, por lo que Chafan le tuvo que ayudar.

-Unna aabb...ree. ese es...esc...ritorio y laa ootrra un coocoofre que haay ddentro. Aaaahí esss...esttaa mi diiiarrrrio, tooddd...aa mi vvvvida esc...escrritaaaa.

-¿Y Risco? -fue lo único que dijo Chafan viendo que desaparecían todas las esperanzas de hacer resistir a Barfkeff un poco más.

-Veeintititrés, ees laa esencia veveintitrés. ¡Linndooo! -gritó agonizante y con las pocas fuerzas que le quedaban.

-Estoy aquí, mi señor. ¿Qué deseáis? -contestó este acercándose a él.

. Tráááaelaa ahor...hora mi...ssmmo. Eess la esennncia dde Rissccoo.

El siervo volvió a desaparecer acatando la orden y posiblemente la última que su amo ordenara.

-¿Y Degall? Barfkeff, por favor, respóndeme -imploró Chafan-. ¿Quién está tras su fallido atentado?

Este le miró por última vez con sus ojos casi apagados y su mirada perdiéndose en el infinito.

- ¿Quieres ssab...saberrlooo?

-Sí, por favor. Necesito saberlo.

-El ddiaa...diaario ddel coofre tee lo explic...icará toddo -con su dedo índice señaló el escritorio-. Laa muue...uerrte de los príncipi...pes ffuue orrdnenadaaaa porr el pro...pioo Croott...tooor..., tu... tuu... tu reeeey

Dicho esto, Barfkeff exhaló su último suspiro y Chafan en una muestra de humanidad hacia él, compasivamente le cerró los ojos.

Lindo apareció corriendo por la puerta con una pequeña botella de extraña forma aovada en su mano. Rápidamente se la cedió a Chafan y este la observó detenidamente. En una etiqueta pegada se leía bien claro **(15)** :

-Número "ESENCIA 23"

-Nombre "LUCHADOR RISCO"

-Estirpe "VASNINA"

Dentro había algo incoloro que parecía tener densidad además de flotar sobre un líquido verde y en el interior de estos líquidos, multitud de posos revoloteaban debido a la carrera de Lindo. Poco a poco se fueron depositando en el fondo del recipiente.

-Hermano -fue lo único que pudo decir Chafan viendo la botellita y con unas lágrimas imposibles de detener-. Bienvenido de nuevo a este mundo. Ahora por fin descansarás en paz. Te lo prometo.

Lindo parecía no entender nada de nada, pero prestaba atención a todo.

-¿Se..., se ha muerto? -fue lo único que preguntó.

-Sí. Ahora descansa ya. No volverá a torturar a nadie más, puedes estar tranquilo. Como quién dice; eres libre.

Chafan seguía con la vista totalmente maravillado analizando el líquido de la pequeña botella, el líquido en el cual se había convertido su hermano menor.

-¡Eh! -volvió a insistir Lindo- ¿Seguro que está... que está bien muerto?

-Sí -contestó el vasnino sin ni siquiera mirarle-. Está muerto. Se ha desangrado. La herida que le ha infringido Lars era mortal de necesidad.

-¡Maldito cerdo! -rugió entonces el siervo saltando encima del cadáver ante la atónita mirada de Chafan. Sus ojos despedían chispas y con un salvajismo digno del animal, comenzó a descargar golpes contra la cara y el cuerpo inmóvil. Se diría que tenía la sana intención de despertarle del sueño eterno a base de puñetazos propinados con una furia desmedida.

-¡Desgraciado! Reiré y celebraré tu muerte por todo lo alto.

La reacción de Lindo cogió a Chafan por sorpresa, pero rápidamente este reaccionó intentando retirarle de encima del cadáver. Le sujetó como pudo por la espalda y tiró con fuerza, pero no le resultó sencillo que Lindo cesase en su cruel empeño.

-¡Déjalo, déjalo ya! -gritó intentando convencerle para que se detuviese.

Tras un rato intentando detenerle, el siervo se fue aplacando y momentos después dejó de forcejear.

-Me ha hecho la vida imposible -dijo escupiendo a la cara de Barfkeff algo espeso y de color entre amarillento y verde, luego continuó con una retahíla de insultos-. Este mal nacido me ha amargado la vida, toda mi existencia -ignorando completamente a Chafan siguió a lo suyo-. ¡Y no me llamo Lindo! ¡Imbécil! ¿Me oyes? Cerdo, cerdo de

mierda. No me llamo Lindo. Mi nombre es Rodwinsha. ¡Rodwinsha! ¡Baboso inmundo! Qué bien se te ve muerto.

Lindo o Rodwinsha no pudo más y se retiró de la habitación dejando al vasnino solo. Rápidamente Chafan cogió las llaves del colgante de Barfkeff y con ellas abrió el escritorio, el cajón y después el cofre. Vio el diario y sin pensarlo dos veces lo cogió. Ahora era suyo, solo suyo y de Graggo.

Salió de prisa del cuarto dejando a Barfkeff rodeado de un gran charco de sangre, fuera esperaba Rodwinsha.

-¿Qué? ¿Te animas y me ayudas a salir de esta ratonera o prefieres quedarte? Aunque no creo que sea una buena idea.

-Voy contigo amigo, aquí nada me retiene.

Cogieron una lámpara cada uno y emprendieron el camino de vuelta. Al rato llegaron donde Graggo aguardaba, este nada más verlos preguntó con muchísimo interés.

-¡Chafan, dime algo bueno, por favor! ¡Dime que no hemos llegado hasta aquí y no tenemos nada!

Como única respuesta llegando junto a él le mostró la pequeña botella y el diario aconsejando:

-Luego te explico todo, ahora debemos volver a nuestras habitaciones, vistámonos y nos largamos de aquí lo antes posible. Nuestras vidas penden de un hilo. Por cierto, este es Rodwinsha.

-Sí, perfecto. Muy bien y encantado -dijo con rapidez y algo contrariado Graggo-. Lo que quieras, pero dame algo. ¿Qué ha pasado allí dentro?

-Solo te digo que el culpable de todo es Crotor. Todo partió de él. Debemos alejarnos de su vista y de Vende lo antes posible.

-Vamos, pues -pero fijándose de nuevo en Lindo quiso saber-. ¿Y este?

-Este... este, viene con nosotros -Chafan se volvió hacia Lindo y mirándole muy fijamente le aconsejó. - Una voz de alarma que des y te aviso que será lo último que hagas en tu vida. Ven con nosotros y vivirás, más no te puedo ofrecer.

Por única respuesta el aludido contestó:

-¡Voy con vosotros!

Salieron al patio y después de esconderse una y otra vez entre las sombras, llegaron a una puerta de acceso a palacio. Entraron, pasaron por diversas estancias en la oscuridad más total y luego subieron hacia sus alcobas. Se vistieron sin hacer el más mínimo ruido, recogieron sus pertenencias y salieron con la misma cautela con la que habían llegado. Poco después salían saludando los tres tranquilamente al cuerpo de guardia, era la única forma de no levantar sospechas. Lindo se tapaba totalmente la cabeza con una capucha que le habían conseguido. Las órdenes estrictas que le habían dado no dejaban lugar a dudas, no debía levantar la cabeza dijese lo que dijese los soldados, por si acaso.

Ya fuera de palacio y sin caballos, se dirigieron a la primera cuadra que encontraron, aunque a tales horas nadie estaba trabajando. A base de oro consiguieron que les atendiesen encantados y poco después salían de Vende con dos caballos cada uno a pleno galope.

Cabalgaron durante toda la noche hasta casi el amanecer en dirección a Comm del Norte. Se detuvieron al alba y montaron un improvisado campamento, allí Chafan pudo por fin abrir el diario de Barfkeff comenzando a leerlo detenidamente. Las páginas hablaban un poco de la relación entre este y Risco, pero no ofrecía muchas más pistas, solo daba a entender que el torturador lo había quitado del medio guardando su "esencia". Luego relataba la vida de Barfkeff en palacio, narraba sus torturas y su disfrute

ocasionándolas. Dejaba bien claro también en el diario, las intenciones de Crotor referente a sus hijos. El vasnino estuvo leyendo largo tiempo mientras Graggo y Lindo dormían roncando plácidamente a su lado. Cuando acabó, solo tenía tristeza y desesperanza en su corazón. También se percató que el monarca nada tenía que ver con la desaparición de Risco. Pero el intento de filicidio, uno de ellos conseguido según creía, no lo aceptaba, así que miró hacia el cielo y levantando el puño en dirección a Vende gritó:

-Espero verte pronto, mal nacido y podrido rey Crotor. Acabaré contigo, aunque sea lo último que haga en mi vida. Te lo juro por mi honor. Te lo juro por Risco y por Gumb.

Aquellas palabras despertaron a Graggo y a Lindo. Poco después el primero de ellos leía lo mismo que Chafan y cuando acabó le ocurría lo mismo, rabia y desesperación por no poder estrujar con sus manos al cruel Crotor. Ahora ambos tenían una misión más importante que la anterior, debían ajusticiar al rey emperador de Shámsala por sus delitos contra el reino.

Al día siguiente, más relajados y descansado empezaron a plantearse cuál era el siguiente paso que dar ¿Qué hacer? Lindo o, mejor dicho, Rodwinsha se les había unido como uno más y parecía deseoso de participar con mucho ánimo de la aventura que los dos vasninos le podían ofrecer, aunque significase mucho peligro y poca gloria. Había conseguido gracias a Chafan salir de palacio y eso era suficiente para ayudarle donde fuera, además observaba que aquellas dos personas le trataban con sumo respeto. Esa nueva forma de trato le gustaba y mucho. De hecho, ni recordaba cuándo fue la última vez que alguien le había considerado como un semejante así en el pasado. Sus recuerdos eran el de un bufón a las órdenes del inhumano Barfkeff.

-¿Qué propones hermano? -quiso saber Graggo.

-Tal y como hemos salido de Vende, creo que Crotor ordenará nuestra búsqueda, captura y sentencia en la misma orden. Por lo que no nos conviene estar muy cerca de palacio. Creo que lo mejor que podemos hacer es tomar los caminos que más no alejen de la ciudad. Una cosa es clara, Crotor será informado con rapidez de nuestra partida a horas tan intempestivas, sumará dos y dos y no hay más. ¡Premio! Que significa nada más y menos que pondrá precio a nuestras cabezas.

-¿Y los príncipes, qué pasa con los príncipes. ¿No deberíamos avisarles de alguna forma? No podemos huir y dejarles vendidos ahora.

Los tres se encontraban recogiendo el pequeño campamento que habían improvisado hacia unas horas. Intentaban borrar y ocultar todo signo de su paso por allí puesto que era posible que las huestes de Crotor estuvieran ya sobre aviso y tras ellos.

-Creo que el rey supondrá después de ver lo que ha sucedido, que sabemos todo lo ocurrido y con sinceridad, no sé cómo demonios actuará. Tal vez decida con rapidez ordenar la muerte de los príncipes lo primero, o quizás los quiera de nuevo en Vende, también es posible que espere a ver cómo se van sucediendo los acontecimientos. ¿No lo sé? Son muchas las posibilidades.

-¿No deberíamos volver con urgencia a Dor-Alia e intentar avisar a Brigadión y a Rutter de lo ocurrido? -aconsejó Graggo-. Son nuestros amigos.

-Sí, creo que sería lo más conveniente,

-¡Perfecto! Viajaré y conoceré el reino mejor -rio Rodwinsha que oía todo aun pareciendo estar lejos de cualquier conversación.

-¿Estás decidido a venir con nosotros, entonces Rodwinsha? -le preguntó Chafan, alzando una ceja mientras su hermano sonreía la frase de Barfkeff.

-No tengo donde ir, ni donde caerme muerto, amigo. Solo tengo agradecimientos para ti, por quitarme de encima al hijo de puta ese.

-A ver, a ver -contestó Chafan intentando salir del paso-. Yo realmente no le maté, es más intenté salvarle y darle más vida cuando esta se le escapaba como un río por su pierna.

-Me da igual. Me sacaste de allí y eso es lo que importa. Salir de aquella prisión, de aquel infierno. Gracias, amigo. ¡Contigo hasta el fin!

Lindo sonrió y le mostró al vasnino una hilera vacía de dientes que, junto al resto de su faz, hizo que Chafan retrocediese con mucho disimulo. Graggo mientras tanto veía, sonreía y callaba. Chafan miró a su hermano con cara de circunstancias, no sabía que hacer al respecto. Una lapa llamada Rodwinsha se les había pegado y desconocía a ciencia cierta como poder quitárselo de encima sin hacerle daño. Debía pensar en algo para más adelante, por lo menos ahora lo llevarían con ellos.

Pero solo por ahora.

-Bien entonces lo único que se me ocurre es que cabalguemos velozmente hacia Dor-Alia -aconsejó Graggo-. Sigamos por la "Ruta del Deseo", pero no por ella misma, sino por su cercanía para no ser vistos, ni reconocidos por nadie. Si Crotor ha llamado de vuelta a sus hijos, es seguro que volverán por ese camino. Si no es así, llegaremos a nuestro destino digamos con el culo pelado de tanto cabalgar. Hay que avisarles como sea del peligro que se cierne sobre ellos.

-Venga pues, démonos prisa y dejemos este apestoso lugar. ¿En marcha! -agregó jovialmente Rodwinsha, de apellido Lindo.

Y así emprendieron los tres el camino hacia Dor-Alia.

55

“LOS VEINTITRÉS”

La noche era fresca cuando Galizas consiguió por fin llegar a su destino, una triste posada en medio de la nada.

Había salido de Vende hacía días y viajando por el reino se dirigía al norte de la extensa provincia de Alghall. Dejando atrás la ciudad de Galliam y el poderoso río Dorión, giró hacia el oeste y siguió subiendo hacia tierras más frías y ahora se encontraba a los mismos pies de la Gran Cordillera Lizar muy cerca de la frontera con el reino Kall.

Allí soportando diariamente los rigores del frío que descendía de las montañas, había una pequeña posada donde acababa de llegar envuelto en ropa de abrigo. Era un simple y maloliente posada-taberna de tétrico aspecto en medio de un camino que no llevaba a ninguna parte y en la cual se ocultaban la crema de la inmundicia slá del reino de Shámsala. La cercanía de la frontera con el reino Kall les otorgaba y facilitaba la posibilidad de huir sin miedo a ser masacrados por las huestes de Crotor.

Este era el lugar de contacto para todos los hummus que pudiera haber en Shámsala, habiendo jurado por lo más sagrado y cada uno por su honor que salvaguardarían aquel emplazamiento aún con su vida. Aunque relativo a la vida y honor cada slá opinaba de una forma muy distinta. Todo podía valer en caso de que la cabeza estuviese en peligro.

Era pues, una taberna con un muy oscuro y tétrico secreto.

Y allí llegó Galizas anocheciendo.

Entró en el local dirigiéndose al fondo de la barra para hablar más tranquilamente con el tabernero sin que nadie le molestase.

-¿Qué hay, amigo? -dijo este limpiando con un mugriento trapo una copa de arcilla. Era una persona de mediana edad, fuerte, de pelo gris y facciones frías y serias que no tenía nada que ver con los taberneros que pululaban Vende-. Malos tiempos para viajar diría, ¿no?

-Malos no, malísimos diría yo. Me ha costado una mierda llegar hasta aquí, pero por fin estoy en casa. Ahora toca descansar y comer algo caliente. ¡Qué mierda de viaje!

Y diciendo esto observó una chimenea encendida que más que calentar, caldeaba un poco el ambiente.

-Hombre -contestó el tabernero sin soltar el mugriento trapo-. Pues es de agradecer que algún viajero considere esta humilde posada como su hogar. Ya podrían pensar todos los viajeros que pasan por aquí como vos, señor. ¡Muchas gracias!

-De nada, Kotta.

-Perdón ¿Me conocéis?

-Sí, te conozco y tú a mí también.

El hombre retrocedió unos pasos como si tuviese un resorte en su cuerpo y metió su mano debajo de la barra. Su intención no era otra más que la de agarrar una gruesa estaca que tenía allí descansando y cuya labor era disipar dudas a los clientes.

-No hace falta que agarres eso, Kotta -aconsejó Galizas viéndoles las nefastas intenciones.

-¿Vuestro nombre? Por favor, caballero -preguntó el tabernero nervioso y con cierta mirada desagradable-. Vuestro nombre ahora mismo.

Nadie en el local se había fijado en la escena puesto que cada uno seguía a lo suyo, pero el tal Kotta ya había cruzado otras miradas con un par de truculentos especímenes que muy despacio se acercaban sigilosamente por detrás del recién llegado. Antes siquiera que se diese cuenta, le sujetaron por la espalda y rápidamente le sacaron del local seguidos por el anfitrión. Aún sujeto como estaba, Galizas no mostraba ninguna expresión de miedo, más bien parecía divertirse y todos los contertulios de la posada viéndolos pasar, no dieron la más mínima importancia al asunto, quizás pensar:

-“¡Bah! Otro borracho más. Te toca dormir la mona a la intemperie. ¡Imbécil!”.

Así que los cuatro salieron al frío de la noche. Kotta habló de nuevo sujetando la estaca firmemente mientras sus compinches desenfundaban sus espadas y las blandían hacia Galizas.

-Dime tu nombre, viajero de los caminos. Eso, o al menos que quieras morir aquí ahora mismo.

Galizas seguía con su sonriente cara y parecía no importarle en lo más mínimo lo que aquellos tres intentaban hacer.

-Amigo, no hace falta que os pongáis así, solo porque sepa cómo os llamáis.

-Primero, no soy tu amigo y segundo, esta es tu última oportunidad que te doy, viajero -gritó harto amenazante Kotta dando un paso y acercándose cara a cara con Galizas-. ¿Cómo te llamas? Y además... ¿cómo demonios sabes mi nombre?

-De acuerdo, de acuerdo, tabernero de estaca en ristre. ¿No me conoces? ¿No te acuerdas de mí? -preguntó dando una vuelta más a la paciencia de este.

-No y te repito por última vez que no soy tu amigo.

-Y este cuerpo ¿Qué te parece? Es joven y fuerte, nada que ver con los anteriores ¿No me reconoces por mi forma de hablar... repito, amigo?

La cara del tabernero se relajó e hizo una señal por la que ambos cara-muebles que le acompañaban envainaron sus espadas y se largaron del lugar volviendo a la posada.

-¿Pero quién demonios eres, bastardo? Dímelo de una vez y no me vuelvas más loco todavía. -preguntó ahora más relajado Kotta.

-Caballero, -contestó el recién llegado con aires de bufón-. Tenéis ante vos a vuestro añorado..., a vuestro querido..., a vuestro estimado..., amigo Galizas. A mis brazos pedazo de tarado. Ven aquí Kotta.

-¡Nooo! -fue la incrédula expresión de este - ¡Mamarracho, insecto putrefacto! ¿Eres realmente tú?

Los dos hombres entrechocaron sus manos y luego se dieron un fuerte y acalorado abrazo. Resultaban ser muy viejos amigos.

-Demonios, malandrín, que susto me acabas de dar. Tengo el cuerpo que me tiembla de arriba a abajo.

-Pues cámbialo por otro. ¿Cuánto llevas con este? ¿Seis? ¿Siete años? La última vez que te vi era el mismo de ahora.

-Sí, tengo que pensar en ello, pero no consigo que ningún viajero apetecible pase por aquí. Solo parecen llegar viejos arrugados, además de alguna que otra gorda. Un día haré un viaje hasta Galliem y allí conseguiré algo más novedoso ¿Te apuntas a acompañarme?

-Como no Kotta y de paso consigo otro para mí, este ya me aburre un poco. Me parece muy buena idea.

-¿Y qué te trae por aquí? ¿Andas huyendo de algo?

-Sí y no. Pero mejor entremos dentro que hace un frío de muerte y ya de paso, ponme algo de comer además de prepararme un buen catre. Por cierto ¿Tenemos alguna hembra apetecible que quiera ganar algún dinero fácil?

Hablando entraron en el local donde el relativo calor volvió a inundar sus cuerpos.

-¡Por supuesto! -contestó Kotta-. Te presentaré a Midara ya mismo.

-¡Eh! Quieto ahí -disparó Galizas-. ¿Es una mujer real o un tío sarasa con cuerpo femenino?

-Tranquilo, Galizas. Es como nosotros, pero es mujer. No tienes nada que temer es una slá y ha escogido un cuerpo de muerte, te lo puedo asegurar. -luego señalándole una serie de personas que había en una distante mesa añadió-. Mira..., aquella es.

-¡Jodeer! -se maravilló nada más verla Galizas. Luego dando un golpecillo en la espalda de su amigo dijo-. Preséntamela ahora mismo y dejémonos de tanta cháchara.

Las presentaciones fueron hechas y poco después Galizas hablaba amigablemente con Midara en una mesa a rebosar de comida y bebida. Después subieron a una polvorienta habitación donde él dio festín a sus instintos más básicos terminando completamente exhausto y sudado encima de una cantarina cama. Habían hecho el amor de diferentes posturas a cuál más sucia y perversa que la anterior, aunque no por ello menos divertida. Galizas pedía y Midara otorgaba. La depravación era total, aunque ambos no parecían disfrutar de la misma forma. Cuando terminaron después de un sonoro orgasmo por parte de Galizas, este como pudo habló jadeante:

-¡Me cago en los muertos de Kotta! Nos ha dado la habitación con la cama que más ruido metía. Nos han tenido que oír todos los que están abajo.

-No sufras por eso, cariño, aquí es lo natural y normal. -respondió ella con cierta sequedad-. Conozco todas las camas de esta posada y te puedo asegurar que todas hacen el mismo ruido, las maderas de las camas crujen y están casi carcomidas de polilla. Cualquiera día o mejor dicho noche, alguien se romperá la crisma follando encima de una de ellas. Te lo puedo asegurar.

-Bueno se acabó la diversión. Vamos allá..., al trabajo -y saltando de la cama, el slá comenzó a vestirse vigorosamente con celeridad. Ella le miraba con curiosidad y sin poder callarse soltó con sarcasmo:

-¡Eh! ¿Pero qué haces vistiéndote? ¿Ya te has cansado? ¿Tan pronto? Qué poco tienes de hombre, corazón.

Galizas la observó con cara de pocos amigos.

-Te puedes ir encanto, ya no te necesito, por lo menos por ahora y gracias por el servicio.

-¡Vete a la mierda! -repuso ella desde la misma cama izándose enérgicamente-. ¿No creerás que te vas a ir así como así? Los servicios hoy en día no son gratis y menos para un degenerado como tú.

-Se los cobras a Kotta, amiga. Habla con él y le cobras lo que quieras. Además, te aviso ya, luego quiero estar de nuevo contigo para continuar con la sesión que hemos dejado a medias, así que no te vayas muy lejos -comentó prepotentemente-. Kotta y yo tenemos que hablar de negocios, amor. Ya sabes, cosa de hombres.

Aquellas palabras no gustaron mucho a la mujer, pero evidentemente a Galizas eso le traía sin cuidado, aun así tubo narices para comentarle:

-Aquí te estaré esperando ¡Si te atreves y puedes! ¡Ja, ja, ja!

Bajó a la posada que en aquellos instantes no estaba muy concurrida y fue en pos de Kotta. Como de costumbre este se encontraba tras el mostrador limpiando copas.

-¿Como te fue? -preguntó nada más verle sonriendo-. Aunque me parece que le has durado poco. Es una verdadera hembra amigo. Lo he sufrido en mis propias carnes.

-He durado lo que he querido y por cierto, ya le puedes ir pagando por el servicio que corre de tu cuenta.

-¡Vaya con las visitas! Como me vengán muchos como tú, me arruinan en dos días y esa jaca no resulta barata.

-Tú no te arruinarás en la vida, tienes demasiado oro escondido por aquí, estoy seguro. ¿Tal vez bajo el colchón? -contestó y con una mirada inquisitiva le preguntó-. ¿Qué? ¿Hablamos de negocios?

-Pasemos dentro mejor. -respondió Kotta señalando la cocina. Echó una última mirada por el local para percatarse que todo estaba en orden y siguió a Galizas.

Se sentaron en sendas banquetas que hicieron el mismo ruido que el catre del piso de arriba. Kotta sacó un par de copas y escanció un líquido denso y de color marrón.

-Es licor de bayas, amigo - dijo animosamente alzando su copa para brindar - Por los viejos tiempos pues, compañero.

-Por ellos. -contestó Galizas brindando y quedándose callado repentinamente

-¿Tú dirás?

Pero este sin más y de repente de un trago despachó la copa. Kotta hizo lo mismo.

-¿Cuántos estamos aquí?

-¿Cuántos qué? No entiendo lo que quieres decir. Habrá unas treinta o cuarenta personas entre la posada, la taberna y el....

-Digo que..., ¿cuántos slá's somos?

-¡Ah! Entre los que están ahora aquí, los que se encuentran por las cercanías y ya sabes..., la que tienes en la habitación. ¡Je, je, je! Unos veintitrés, contigo veinticuatro. ¿Por qué?

-Tenemos un negocio redondo entre manos, pero necesito contar con todos, con todos y que no falte ni uno. Me explico...

-Sí eso, explícate mejor que no entiendo nada de nada, aunque conociéndote me huele muy bien lo que parece te traes entre manos.

-De acuerdo, ahora escucha bien lo que te voy a decir y no digas nada hasta que termine. Presta muchísima atención.

Y Galizas empezó a relatarle su historia con grandes cambios y prometedores futuros para todos los slá's.

-Kotta, resulta que desde la última vez que me viste no he parado. Primeramente, decidí por ir por Dor-Alia en Nueva Maran, ya sabes la provincia del oro y toda esa monserga. Bien, cuando estaba allí se me ocurrió una brillante idea y sin más la puse en práctica. Decidí meterme en los calzoncillos de Cardieff, el gobernador de la ciudad y de paso robar oro y más oro para mí y para vosotros que sois hermanos como quien dice de raza.

-Muy buena idea -aplaudió Kotta-. ¡Sí señor!

-Aunque te reconoceré que casi no dormía por la noche. El primer día descubrí que la esposa del gobernador que se llama Lundia tenía y tiene, un pequeño digamos "gran" secreto, resulta que es ninfómana y promiscua total. Al principio, los primeros días, realmente no me importó mucho aquel detalle, más bien me gustó, pero ya a la semana me encontraba desecho de tanto trajinar y de recorrer su cuerpo con mi lengua. Debo decir en su honor que para su edad no está en absoluto mal, pero tanto..., tanto en tan poco tiempo me llegó a cansar. Días después le dije que mi cuerpo estaba cambiando y que sentía la necesidad de profanar algún que otro culo masculino.

-¡Ja, ja, ja! ¡Vamos! Que cambiabas de bando. -soltó socarronamente Kotta según servía otra copa de licor.

-Exacto, o follaba como un condenado con ella a todas horas o le largaba la bobada que me había vuelto un revienta culos.

-¿Y cómo lo tomó?

-Al principio no le gustó mucho la idea y puso morritos, pero cuando vio que no me importaba que llevara jóvenes mancebos a su alcoba a todas horas, no pareció importarla mucho. De todos modos, de vez en cuando seguí dándole caña. ¿Ya sabes? Por el gustillo más que todo.

-Te entiendo, Galizas. ¿Pero no le habías dicho que te gustaban los hombres?

-Sí, pero bajo ese pretexto intentaba decirle que tal vez me volviera el gusto otra vez por lo femenino, así que de vez en cuando le metía el badajo y me quedaba en la gloria.

-¿Sí?! Qué suerte la tuya amigo, sigue, sigue, por favor. -le animó Kotta-. Menuda historia, te escucho.

-Con el tiempo empecé a conseguir oro escondiéndolo debajo de la misma cama que ella una y otra vez utilizaba para sus orgías. Supongo que todavía seguirá escondido allí. Un día nos llegaron noticias que los príncipes herederos venían a nuestra ciudad por orden del rey Crotor ese. Así que se hicieron las mierdas de preparativos y cuando llegó la hora, salimos de la ciudad en su busca para darles la bienvenida. ¿Qué me importaba a mí los príncipes mierdosos esos? Pero si quería seguir manteniéndome en el anonimato, no tenía otra opción. Bueno, pues con toda la recua de altos mandos militares, caballeros, Bricks, nobles y demás gente que se apuntaban a aparecer delante de ellos, fuimos a su encuentro. Desgraciadamente, un idiota llamado Zuwauik, me traicionó delatándome ante los vasininos y los príncipes. Tuve que salir por piernas de allí o mejor dicho en forma de hummus, antes que me atravesasen con sus armas, algo que hicieron a la postre. Sin perder tiempo me dirigí hacia Dor-Alia pensando en que ya cogería desprevenido al tal Zuwauik ese, no tenía prisa por realizar mi venganza, pero lo que sí tenía seguro es que la iba a realizar. Cuando llegué a la ciudad vagué oteando cuerpos a cuál más hermoso y apetitoso y como conocía los lugares que frecuentaba ese mamarracho, incorporé a mi persona el de una bella fémina. Un cuerpo sublime, magistral, todo hablaba de sexo en ella. Sus caderas, sus formas, sus pechos, sus...

-¡Galizas! Corta ya y vete al grano -apresuró Kotta impaciente-. Que no soy de piedra y tengo bastante imaginación.

-¡Vale! ¡Vale! ¡De acuerdo! -Aquel corte en su conversación no le gustó mucho a Galizas, pero entendió a Kotta. Lo único que deseaba este era saber que era eso de un futuro prometedor, así que prosiguió sin más-. Como te digo, ahora yo era una hembra de las que se ven poco y sabía que aquel imbécil no sería capaz de verme y olvidarse de mí tan fácil. Una noche le pillé desprevenido y quiso subir conmigo a una habitación con la sana intención de reventarme por todos los lados. ¡Je, je, je! Cuando estuvimos desnudos le pregunté si podía atarle a la cama y va el baboso y me dice que sí ¿Te lo imaginas? ¡Va y me dice que sí! -y Galizas rompió a reír contagiando a Kotta-. ¡Ja, ja, ja! ¡Ja, ja, ja!

-Entonces voy le ato y antes que se dé cuenta, le tapó la boca para que no grite. Luego sin que se pueda mover le hago un estropicio mayúsculo por todo el cuerpo. Solo te digo que es seguro que se acordará de mí toda su vida. Te lo puedo asegurar.

-¿Qué le hiciste, compañero? Espera, antes de contestar toma otro "traguillo". Tomate otra copa que hablas mucho y bebes poco.

Kotta volvió a llenar las copas y Galizas de nuevo vació la suya de un solo trago.

-Me hice feliz. ¡Je, je, je! - siguió riendo antes de proseguir-. En vez de hacerle feliz follándome, fui feliz torturándolo. Le corté todos los tendones de las piernas, de los brazos y de las manos, luego premio especial. ¡Je, je, je! ¿A que no sabes cómo terminé?

-No ¿Cómo? Suéltalo. -imploró Kotta ansioso de oír ya la terminación del relato.

-Le saqué los ojos. ¡Toma ya, Zuwauik!

-Bien hecho, amigo. ¡Brindemos por ese hijoputa!

-Pero..., ¡ojo! No le maté ¿Eh? Voy al grano. Poco tiempo después fui descubierto por un vasnino llamado Brigadión y te aviso de antemano. Con él hay que tener mucho cuidado, es peligroso a más no poder. Pero sorprendentemente en vez de liquidarme va y me pide que me entrevistara con el mismísimo príncipe Degall. Así que acepté por mi bien y acudí a la cita. Me encomendó una misión en Vende soltándome además una pesada bolsa de oro. Intenté realizarla, pero fallé por culpa de un cuerpo enfermo que había cogido y otro vasnino que apareció cuando menos falta hacía. Ahora mismo no sé si el príncipe Degall quiere que siga a sus órdenes o prefiere matarme.

-¿Y por qué estás aquí?

-El príncipe me prometió algo más. -repuso Galizas muy serio.

-¿Y le crees? ¿Crees a ese tipo? ¿Sabes la reputación que tiene cualquiera de los príncipes?

-¡Sí! Por supuesto. -Galizas apostó de nuevo por sus cartas-. Pero lo que intenta hacer no es nada descabellado. Desea formar un gran ejército slá. Primero anularía el bando que nos tiene recluidos en pozos y escondites inmundos y luego nos llevaría con él al propio palacio..., a Vende. Seríamos su mano derecha. Apuesta por nosotros, Kotta ¡Por nosotros!

-¿Y su padre? Crotor es el rey y él decide lo que se hace. Ni príncipes de mierda ni nada de nada van a cambiar su opinión sobre los slá's.

-Ya lo sé compañero, pero la intención de Degall y Brigadión es liquidar sin apelativos a quien se les ponga por delante o se oponga a sus deseos, incluido Crotor. Cuando Degall sea declarado emperador, dictará la orden de nuestra libertad. Para entonces debemos estar preparados..., para estar cerca de él. Él es nuestro futuro.

-¿Nuestro futuro? ¿Tú crees eso? Bueno, si tú lo crees, yo también. ¡Ja, ja, ja! Por el príncipe Degall, pues. -rio Kotta.

Los vahos del alcohol estaban empezando a hacer mella en los cerebros de aquellos dos slá's. Residir en palacio, beber en palacio, comer en palacio.

-¿Qué quieres que te diga? No suena tan mal, pero no sé -Kotta volvió a poner los pies en la tierra y argumentó un tanto sombrío-. Es un poco hipotético lo que dices, aunque... aunque ojalá ocurriese.

-Consígueme una reunión con todos los slá's que haya por aquí y si es mañana mejor que mejor ¿De acuerdo?

-Bien lo intentaré, pero primero venga, vaciemos esta botella de una puñetera vez.

Y Kotta tiró las copas con fuerza al suelo rompiéndolas en mil pedazos, cogió unos vasos mucho más grandes y los llenó hasta rebosar con el licor de bayas. Señaló con un dedo a Galizas diciendo:

-A la una, a las dosshhh y a la de... ¡teeeeeesss!

Los dos hombres tragaron todo lo que se podía tragar en un breve lapsus de tiempo y el alcohol siguió haciendo de las suyas. Después con los ojos vidriosos empezaron a entonar viejas canciones que fueron rápidamente "aplaudidas", con sonoros pitidos desde el salón de la taberna posada.

-Parece que lesss guugusssta. -solo esto pudo decir Kotta completamente ido antes de caer desvanecido al suelo por culpa de la bebida.

Viendo a su amigo desparramado, Galizas decidió acometer la aventura de volver a su habitación. Las escaleras de ascenso al primer piso le ofrecieron cierta dificultad, eran un auténtico martirio ya que subía un peldaño y acto seguido bajaba dos. Tardó un buen rato en llegar arriba ya que incluso la misma barandilla parecía tener vida propia, más sujetándola firmemente y sin soltarla consiguió llegar ante la puerta de su habitación. Entró como pudo en el cuarto y se dejó caer encima de la cama. Había logrado llegar a la ansiada meta.

Tras unos minutos de agonía viendo como giraba su habitación vomitó encima de la cama y de su ropa, luego sin importarle siquiera el nauseabundo aroma que aquello despedía se quedó completamente dormido.

Como un bebé.

A la mañana siguiente llamaron a la puerta y entraron, era Kotta que parecía estar repuesto de la borrachera. Nada más ver el estado de la habitación se tapó las narices con sus manos por el pestilente olor que salía del entorno de Galizas. Desde la distancia y con un pie le dio unos golpecillos para que se despertase.

-¡Eh! -se sobresaltó este-. ¿Qué demonios? Kotta..., ¿pero qué hora es?

Al intentar abrir los ojos y ver la claridad que había, volvió a meter la cabeza bajo la almohada gritando:

-¡Eeh! ¿Me quieres dejar ciego o qué? Cierras las putas contraventanas. ¡Demonios!

-Galizas, despierta que ya es bastante de día -fue la respuesta obtenida-. Te están esperando abajo y has dormido más de ocho horas. Son casi las doce del mediodía.

Galizas se desperezó un poco sin llegar a entender bien lo que su amigo quería decir.

-Menuda mierda pillamos ayer. Estoy mal... muy mal, Kotta. Este cuerpo parece no aguantar mucho ese licor tuyo.

-Toma, te he traído ropa para que te cambies. Entré a primera hora y vi la mierda que tenías encima. Límpiame un poco y baja rápido, los de abajo no esperarán mucho. Tienen sus cosas que hacer.

-¿Abajo? ¿Quién está abajo? -quiso saber Galizas sentándose encima de la cama. El hedor que despedía su cuerpo cubierto del vómito le hizo echar rápidamente la cabeza hacia atrás-. ¿Qué? ¿Pero qué es esto que tengo encima? -preguntó, más al darse cuenta de lo que era, no pudo menos que gritar con fuerza-. ¡Dios! ¡Qué asco!

-Te has vomitado encima, compañero. Te aconsejo que mejor te laves un poco. Te he traído agua y la tienes en esa tina. Date prisa y baja ¿No me dijiste que nos

reuniésemos lo antes posible? Pues les tienes abajo a todos esperando para oír tus palabras.

-¿Y cuántos están? -preguntó nervioso Galizas.

-Ya te lo dije ayer..., veintitrés. Y tenemos que aprovechar ahora que no hay nadie "normal". Así que baja pronto que estos se largan.

Kotta salió de la habitación y Galizas comenzó una alocada carrera para lavarse y cambiarse de ropa. Pocos minutos después bajaba a la posada con paso no muy firme, ni seguro, puesto que los efluvios de la borrachera todavía rondaban por su cuerpo y mente.

Al llegar abajo una multitud del slá's le ovacionó en cuanto hizo acto de presencia por lo que les sonrió nerviosamente. Parecían gentes normales, granjeros, jóvenes de aspecto alegre y simpático, mujeres y algún que otro personaje de aspecto fornido y musculoso. Pero todos eran slá's y los cuerpos aquellos, no eran los suyos originales. Habían asesinado, robado la esencia de los que se cruzaron en su camino apropiándose de ellas sin ningún tipo de perjuicios, ni cargos de conciencia.

Para que todos le viesen mejor, Kotta con la manga de su camisa limpió una mesa, y con la mirada pidió a su amigo que se acercara a él con la clara intención de que este subiese para ser visto por todos. Galizas lo hizo y antes de empezar a hablar respiró varias veces intensamente intentando relajarse, acto seguido comenzó.

-¡Hola a todos! -soltó nerviosamente-. Espero y creo que todos somos amigos digamos... especiales. ¿No es así?

Una voz entre todas las afirmaciones que respondieron a la vez resonó con más potencia, era uno de los "cara-muebles" de la noche anterior y parecía que le habían quitado cerebro para ponerle músculo.

-Yo... yo... -dijo-. Soy como Kotta, soy slááá. -luego preguntó con cara de lechuguino a los demás-. Voosotroos también. ¿Verdááá, amigos? ¿Hay alguien por aquí que no sea slááá?

-¡Elcroch! ¿No puedes ser más idiota? -chilló Kotta desde la distancia-. Todos lo que estamos aquí y ahora lo somos. Si hubiese alguien que no lo fuese, estaría...

Y calló, no dijo nada más.

-¡Ah! No lo sabííí. -respondió el imbécil volviendo a guardar silencio.

Las risas entre los asistentes eran alegres y contagiaron al mismo Kotta y a Galizas. Elcroch era un slá, pero con la mentalidad de una persona ciertamente retrasada. Aun así, no le había costado nada apropiarse en ocasiones de aquello que no era suyo decidiéndose finalmente, por un cuerpo de un musculoso atleta de circo que casualmente pasaba cerca del lugar. Cuando todos dejaron de reír, Galizas cogió el turno de nuevo.

-Bien amigos. Mi nombre es Galizas y abreviaré o, mejor dicho, iré directo al grano lo más rápido posible. -intentaba hablar alzando la voz desde su posición encima de la mesa-. Os lo voy a decir en pocas palabras. El futuro monarca del reino quiere conseguir un ejército de Slá's. Tenemos su bendición para poder ir con él.

Un gran murmullo de supuesta desaprobación recorrió la taberna.

-Tranquilos, tranquilos. -dijo con los brazos extendidos intentando aplacar a aquellas gentes-. No, no es ahora, es para el futuro. En meses o quizás en uno, dos o más años.

-Pero, Galizas. -comentó uno de los asistentes-. Si ahora mismo estamos buscados y sentenciados a muerte de antemano. ¿Qué intentas decirnos con eso? ¿Quieres matarnos a todos?

-No. -respondió rápidamente el aludido-. Solo os pido que me escuchéis antes de opinar. Solo eso, por favor.

Galizas hablaba con nerviosismo evidente y su plan parecía que no presagiaba mucho éxito.

El murmullo poco a poco se fue disipando y volvió a hablar de nuevo, esta vez con mejor pie.

-Tal vez me haya explicado mal, empiezo de nuevo.

-Esooo, sííí -dijo Elcroch-. Empiezaaaa de nuuuevo que no he entendiido naaada.

Hubo nuevas risas y Galizas tuvo que volver a esperar a que estas terminasen.

-«Si Elcroch sigue hablando así. -pensó-. Esta convocatoria se me va a hacer muy larga».

Finalmente empezó una vez más con su historia.

-Hace poco -y trató de dar profundidad a su voz repitiendo las palabras-. Hace muy poco tuve una entrevista un tanto inusual con el príncipe Degall y su consejero, un vasnino y os lo diré en pocas palabras..., su intención no es otra más que deshacerse de todo aquel que limite su capacidad de seguir en su camino hacia la proa de la corona. Llámese como se llame, noble, Brick, príncipe o incluso el mismísimo rey, su padre el emperador Crotor. Tengo la completa seguridad incluso que este está en la línea directa de su lanza.

Parecía que todos los slá's le prestaban ahora más atención.

-Me prometió que todo aquel slá que quiera participar de su reinado, no tendrá nada que temer. Él mismo como emperador, estará con nosotros, a nuestro lado. Derogará y anulará la ley que se mantiene sobre los slá's. Quiere un ejército con nosotros, un ejército slá, nos quiere... ¡a nosotros! -gritó-. ¿Entendéis lo que esto significa? Nos quiere en sus filas..., junto a él. Con el príncipe podremos conseguir aquello que queramos, amigos. Viviremos en palacio y no en esta mísera posada. Tú, tú y tú... -y señaló a varios-. a ver, ¿cuánto tiempo lleváis escondidos en este podrido lugar?

Los aludidos se miraron entre sí antes de que uno respondiese.

-¡Huuuumm! Pues no sé, -contestó indeciso-. pero creo que bastante tiempo ya.

A Galizas le gustó la respuesta que fue afirmada a continuación por muchos más. Luego prosiguió con su discurso sintiéndose cada vez más importante y exaltado.

-Llevaremos ropas elegantes, comeremos las viandas más exquisitas, viviremos como el mismísimo rey y en palacio amigos, en el propio palacio. ¿No os gusta la idea?

Una voz se oyó de nuevo y el ponente dio gracias que no fuese Elcroch.

-Galizas... -preguntó-. ¿qué tenemos que hacer?

-Bien, escuchadme. Solamente quiero que estéis preparados para el gran momento que no es ahora, será en el futuro, solo entonces. Tened muy presente que cuando esto ocurra no podéis daros el lujo de perder tiempo alguno. En unos días me iré con Kotta. -ante este comentario el aludido le miró extrañado y sorprendido-. Iremos hacia Dor-Alia para volver a hablar con el príncipe Degall y presentárselo. Que vea a través de él que su plan sigue adelante.

Galizas omitió en todo momento el intento fallido de asesinato del príncipe Elcor ya que no deseaba que conociesen la chapuza que había originado en Vende. Intentaba utilizar al tabernero para llevarle ante Degall y que este viese que algo había hecho y conseguido, como por ejemplo buscar a los slá's de su futuro ejército. Iría con Kotta diciendo que en total tenía a su servicio y disposición unos veintitrés soldados preparados y dispuestos a todo, incluso a morir si fuera necesario por él (algo totalmente hipotético e incierto). Como siempre, no le interesaba que nadie más conociese sus planes, deseaba ser el cabecilla de toda aquella camarilla. El príncipe se lo había prometido, así que, ocultando cierta parte de lo ocurrido, siguió hablando.

-Kotta y yo marcharemos de aquí enseguida, aunque primero descansaré, el viaje desde Vende hasta aquí ha sido largo, cansino y además...

Repentinamente la puerta de la posada se abrió de par en par y una ráfaga de aire fresco penetró con fuerza en el local. Galizas guardó silencio viendo a cuatro hombres y dos mujeres que entraron intentando resguardarse del frío. Si se miraba por una de las ventanas, se podía comprobar que el día era helador y estar por los campos caminando no era algo muy aconsejable para la salud de uno. Una de las mujeres llevaba en sus brazos una pequeña criatura, un bebé. Los recién llegados al ver que todos los presentes miraban a aquel que estaba encima de una mesa y parecía hablar, se excusaron cómo pudieron y se sentaron en unos bancos cerca de la puerta.

-Perdonad, perdonad, caballeros. -dijo uno de los recién llegados-. Pueden ustedes seguir con la charla. Solo deseamos un poco de comida y que mi esposa pueda amamantar tranquilamente a nuestro pequeño retoño. ¡Je, je, je! Solo tiene quince días de vida. El viaje se nos ha hecho largo y deseamos descansar en buena compañía disfrutando del calor de esta posada. ¡Muchas gracias!

-Kotta... ¿Qué te parece? -preguntó diabólicamente Galizas al ver a los viajeros.

Este contestó algo que puso los pelos de punta a los viajeros.

-Nos lo quedamos a todos. ¿Verdad, amigos? ¡A por ellos!

Aunque aquellas inocentes personas intentaron huir y defenderse de la oleada slá que se les venía encima, les fue imposible resistir la acometida. En una corta lucha en la que llevaban todas las de perder, resonó otra vez la voz de Kotta que sonó alta y fuerte.

-¡Al niño, ni se os ocurra hacerle daño! Lo quiero para mí, para mí solo. ¿Me habéis oído?

Diez minutos más tarde, mientras Kotta sujetaba al niño en sus brazos, Galizas prosiguió con su diálogo. Parecía que nada había ocurrido instantes anteriores.

-Como os decía y a ver si ahora tenemos la suerte de que nadie nos moleste más. Kotta y yo podremos tardar meses, años en volver, eso no lo podemos saber con seguridad hasta que el príncipe Degall haga lo que se supone que quiere hacer. Pero aquel día que estemos de nuevo aquí, ese día, oíd bien, ese día todos... todos, todos debéis estar preparados para juntaros a mí y regresar de nuevo a Vende, a nuestra ciudad. Veremos otra vez nuestras calles, nuestras hermosas mujeres y tú también... tú también podrás ver a nuestros hermosos hombres, Midara.

A la susodicha rápidamente le guiñó un ojo sonriente, a lo que ella con soltura, descaro y otra gran sonrisa, contestó:

-Oír eso me gusta, ya se hace tarde para que os larguéis de aquí.

De nuevo hubo risas en el local mientras cerca de la puerta de entrada, diversos slá's limpiaban restos de sangre de las paredes y del suelo. La lucha había sido demasiado corta para la cantidad de sangre que se había derramado.

-Amigos, formaremos un pequeño gran ejército, os lo prometo. ¡Ah! Por cierto... , -dijo sin darle mayor importancia antes de bajar de la mesa-. intentaremos avisaros con tiempo suficiente cuando volvamos. Así que a partir de ahora estad completamente preparados para vuestra nueva y elegante vida en palacio en Vende.

Dicho esto, de un salto bajó de la mesa reuniéndose con Kotta que seguía con el niño.

-¿Qué? ¿Qué te ha parecido el discurso? ¿He estado bien?

-Ya ves. -contestó este-. No te han dicho ni que sí, ni que no. Supongo que ahora lo tendrán que evaluar, tú ya has hecho lo que debías. Veremos cuando llegue la hora ¿A ver qué pasa? ¿Y ahora qué, Galizas?

-Ahora tú y yo nos largamos a Dor-Alia. Deja que descansen unos días del viaje que me ha traído hasta aquí, pero luego nos vamos inmediatamente. Lo dicho, debo volver a hablar con el príncipe Degall lo antes posible

La idea parecía no disgustar en absoluto a Kotta ya que la estancia en aquel antro de mala muerte se le hacía eterna. Galizas por lo visto venía a darle la oportunidad que ansiaba para salir y perderse muy lejos de allí. Además, seguro que un buen cuerpo le estaría esperando.

-Muy bien, -le contestó-. pero me llevo al niño.

-¿Que te llevas el qué? -la expresión de Galizas fue de lo más incrédula-. ¿Pero qué le vas a dar de comer? Si no tienes leche con la que amamantarlo. Mira que pareces imbécil. Lo único que nos traerá son problemas.

-Le daré cualquier cosa. Es un niño muy fuerte, ya lo verás. -añadió Kotta observando detenidamente a su nuevo retoño con dulzura-. Ya encontraré algo por ahí con lo que alimentarlo. -sujetó al pequeño huérfano y lo elevó entre sus brazos grotescamente, luego comenzó a decir tonterías-. ¡Cuchi, cuchi, cuchi! ¿Quién es mi niño? ¿Quién le quiere mucho a mi niño?

Galizas se estaba empezando a poner enfermo viendo la situación mientras el pobre bebé los miraba como diciendo no entender nada de lo que sucedía. Y aunque la mayoría de los que estaban allí ya se dedicaban a lo suyo, otros no podían dejar de sonreír ante la nueva faceta de Kotta, que ahora parecía más bien una madraza hecha y derecha.

-Pero ¡Vamos a ver, Kotta! -con ardua paciencia Galizas lo intentó de nuevo-. Déjale al crío a Midara o a quién sea. Que te lo cuiden y nos dejamos de líos. Estos cagan y mean a todas horas y luego huelen a mierda todo el rato.

-¡He dicho que no y es que no! ¡Ya vale, Galizas! -hizo al bebé otra carantoña preguntándole-. ¿Verdad que no, mi chiquitín?

-Se va a morir Kotta, no te va a aguantar ni un par de días y luego ¿Qué? ¿Qué haces con él?

-¿Que qué hago con él? ¿Pues qué voy a hacer? Nada, tirarle en el camino y seguimos con lo nuestro. ¡Qué tonterías dices!

La sonrisa de Galizas no le hizo presagiar a Kotta el plan que su compañero de armas ya tenía predestinado para el pequeño inoportuno.

56

“RETORNO AL HOGAR”

Puesto que había que hacer caso urgente a lo que dictaba nuestro padre, se tardó menos de un día en preparar lo necesario para nuestra vuelta a Vende. Nos despedimos de nuestra tía y de sus patéticos hijos con mucha pompa y esas cosas.

El viaje de vuelta en el que nos acompañaba una gran escolta además de los rádicos transcurrió sin más durante los primeros días. Rutter y Brigadión, seguían dándonos lecciones donde intentaban hacernos entender el porqué de las cosas. Algunas veces me aburría y Brigadión me llamaba sutilmente al orden, otras me divertían de tal forma que incluso alzaba la voz sin quererlo por la emoción. “Lo Prohibido” poco a poco estaba empezando a tomar forma y vida dentro de mí.

-Degall, -me aconsejó uno de esos días-. debéis tener cuidado exaltándoos así -me aconsejaba mi sabio vasnino-. Si nos oyese Rutter, haría preguntas a las cuales no sabríamos qué contestar. Intentad sed más cuidadoso con vuestros arranques de felicidad, por favor.

-Brigadión, lo intentaré, pero siento cada vez más “Lo Prohibido” dentro de mí. Es como si pudiese palparlo, tocarlo..., saborearlo.

-Eso que decís está muy bien, príncipe, pero recordad que nadie debe saber lo que aprendéis, ni que yo os lo estoy enseñando. Es muy peligroso lo que hacemos, nadie que

no sea vasnino ha tenido nunca el conocimiento que vos tenéis de ello. También he de decir que todavía estáis en pañales en lo que se refiere a "Lo Prohibido".

-¡Bien! -exploté lleno de euforia-. Si con lo que sé me siento superior a todos. ¿Que será cuando sepa tanto como tú?

-No lo sé, mi príncipe, no lo sé.

A la semana de viaje, noté que el rádico Bariel se pasaba muchas de las horas del día cabalgando junto al carruaje de mi amada. Sin más volví a hablar de urgencia con mi Brigadión, puesto que ahora no teníamos ningún tipo de secretos y nos decíamos las cosas claras, aunque él parecía intentar mantener ciertas distancias, bueno..., ciertas, ciertas es un decir. Sus formas al tratarme eran especiales, unas veces me trataba como un príncipe que era y otras me seguía tuteando como si fuese ganado de campo, pero esto siempre lo hacía en la más estricta intimidad. Al final lo dejé por imposible, lo que necesitaba me lo daba y eso me era suficiente.

Así que viendo al Bariel este rondando a mi hermana, hablé con él y esto fue cuando nos detuvimos para la parada obligatoria de aquella tarde noche.

-Brigadión tenemos que hacer algo. Mejor dicho, tienes que hacer algo por mí. -le dije al llegar.

En un abrir y cerrar de ojos, los soldados dispusieron de un tranquilo campamento. Diversas hogueras nos daban luz y los príncipes (como no podía ser de otra forma), disponíamos cada uno de una gran tienda con nuestros respectivos camastros. Estos los acarrea un carruaje que siempre iba en la parte trasera de la caravana, además de todo lo necesario para nuestro cuidado y aseo. No nos podía faltar de nada. Era lo mismo que cuando fuimos de caza con el difunto Gumb.

¡Je, je, je! ¡Qué recuerdos!

Terminando de cenar me disculpé volviendo a mi tienda y con disimulo le hice una seña a Brigadión para que me siguiese. Llegó casi una hora después, pero... ¿qué iba a hacer si este tipejo era así?

-Demonios, contigo. -solté nada al verle entrar-. A partir de ahora tendré que llamarte una hora antes para que acudas a tiempo a mi llamada.

-Disculpadme, mi príncipe -contestó-. Pero he tratado con Rutter y con el General Kaskas, los pormenores del viaje. Seguiremos por la misma "Ruta del Deseo" hasta llegar a nuestro destino. Esa ha sido la razón de mi demora.

-¿Una hora? ¿Una hora para decidir por donde debemos ir? Te estás haciendo viejo, Brigadión. ¡Bien, no importa. Quedas perdonado.

Su sonrisa mordaz, me hizo recapacitar sobre mi respuesta.

-Os lo agradezco enormemente, mi príncipe ¿Qué deseabais?

-Te has fijado en Bariel.

-Sí.

-¿Y qué opinas?

-Opino que pasa mucho tiempo cerca de vuestra hermana.

-Y sabiendo lo que pienso de ella..., ¿te parece bien eso?

-Tomo nota. ¿Lo queréis muerto o impedido durante una temporada?

Su respuesta me encandiló, ¿Muerto o impedido? ¡Maravilloso! Todo estaba solucionado y con solo unas palabritas. Barajé ambas opciones, pero si lo mataba me quedaba sin disfrute durante el resto del viaje. Elegí por lo tanto la segunda opción, "impedido".

¡Uaaau! No lo podía evitar, me repetía constantemente eso de, pero cómo me gusta este jodido Brigadión, y bueno..., lo que le pasase al pobre de Bariel, no me quitaba en absoluto el sueño.

A la mañana siguiente lo entendí todo con claridad cuando Lienha acudió a mi tienda llena de temor en su rostro.

-¡Degall! ¡Degall! Tenemos que hacer algo -dijo alocadamente entre sofocos casi antes de verme.

-¿Tenemos? -repuse- ¿Qué pasa pues?

-Es Bariel. Le ha debido sentar mal la cena o ha cogido un frío u otra cosa ¿No lo sé? Pero está muy mal. Le vi antes y tenía la cara desencajada, algo le está ocurriendo, algo grave. ¡Lo sé! Además, ahora no le encuentro.

-“¿No le encuentro? Ay, ay, ay, que mi amorcito parece estar prendada por ese rádico sarnoso”

La rapidez de reacción de mi servidor me volvió a asombrar de nuevo. ¿Qué habría hecho ahora para deleitarme con su exquisitez realizando su trabajo?

-Tranquila, seguro que Brigadión y Rutter tiene algún remedio para que se sane. -contesté casi sin poder aguantar mis ganas de reventar de alegría y volviéndome a decirme eso de...

-“Perfecto, perfecto, perfecto vasnino mío. Qué bueno eres, como te quiero”.

Salimos de mi tienda preguntando a varios escoltas por el rádico. Parecía que nadie quería contestarnos, pero finalmente un soldado con cara de idiota y ante nuestra reiterada petición nos ofreció ciertos datos.

-Se acaba de ir detrás de aquellos matorrales, mis príncipes -señaló con el dedo-. Es la quinta o sexta vez que va desde esta mañana. Por lo visto no puede parar de ... -e hizo un gesto muy significativo con las manos que venía a decir que el idiota de Bariel no podía parar de... defecar.

Lienha y yo nos miramos extrañados y a punto estuve de explotar de la risa, pero al momento su mirada vino a decirme algo más o menos parecido a:

-«¡Como te rías...!»

Así que recapacité un poco y me mordí la lengua para impedir nada parecido. Pasados unos buenos instantes apareció el enamorado engendro y cuando digo engendro, quiero decir engendro con letras mayúsculas. Tenía la cara completamente hinchada como si le hubiesen picado un millón de abejas, pero sin signos de picotazos, todo eran granos. Brigadión se había esmerado y mucho, ¡Qué bien! Supongo que toda la masculinidad, la belleza y el encanto del Bariel este, ahora estaba tirada por los suelos.

-Pobrecito. -soltó Lienha nada más verle y con un fuerte suspiro que salió de lo más hondo de su pecho, añadió-. ¡Ay! como debe estar sufriendo.

-Pero mírale, -contesté con rabia según venía hacia nosotros-. si parece una calabaza. Tiene cara de calabaza granosa y solo le falta ese color anaranjado.

El rádico llegó hasta nosotros, nos reverenció y con dificultad comenzó a hablar, se veía por su rostro que no lo llevaba muy bien.

-Mis príncipes. -se excusó-. Siento comunicaros que hoy no me encuentro muy allá. He debido comer o beber algo que me ha sentado mal y tanto mi cabeza como mi estómago no están para muchos trotes ahora mismo. Os ruego perdonéis mis modales, pero tal y como me encuentro necesito..., ¡Aaagh! ¡Aaagh!

Y volvió a salir corriendo por donde había venido hacia los mismos matorrales.

Con una sonrisa que no pude reprimir, le indiqué a Lienha:

-¡Vaya! Parece que prefiere cagar antes que hablar con nosotros, querida hermanita.

-Eres odioso, Degall -contraatacó Lienha- ¡Odioso! -se dio media vuelta yendo a buscar a su vasnino del alma-. ¡Rutter! ¡Rutter!

Este salió junto con Brigadión de una tienda que estaba más allá al oírse llamar.

-Princesa, ¿Qué os ocurre?, ¿A qué viene tanto escándalo?

-Es Bariel, Rutter. Necesito y tú también Brigadión, que le ayudéis.

-¿Qué sucede pues, princesa?

La respuesta era mía y solo mía, así que no desaproveche de nuevo mi gran oportunidad.

-Que no para de bajarse los pantalones, amigos. Está detrás de aquellos matorrales y no parece que vaya a parar hasta mediodía o bien entrada la tarde. ¡Ja, ja, ja!

-¿Te puedes callar, imbécil? -soltó Lienha.

-¡Perdón! Solo pretendo informarles de los hechos -sonreí-. ¡Ah! Y además parece que le han picado las abejas. Tiene la cara hinchada como una calabaza.

-Vamos allá, Brigadión. Volved a vuestras tiendas y dejadnos hacer a nosotros. -nos aconsejó Rutter.

Haciéndole caso, vimos cómo los dos se adentraban entre los matorrales gritando el nombre de Bariel. Luego debieron encontrarle, aunque supongo que más por el olor que porque él respondiese a la llamada.

Los vasininos intentaron ayudarle con tisanas e infusiones a cuál más rara y aunque consiguieron que su cara volviese a ser la que era y no se aperciese en ella nada de lo que había ocurrido, su cagalera seguía igual de potente. El pobre Bariel durante los siguientes días siguió perdiéndose cada poco tiempo en los frondosos matorrales que había a lo largo del camino. Perdió, ni sé los kilos que fueron y de lo que se trataba, que era que dejara en paz a Lienha..., se consiguió. El apuesto radico prefería perderse en la naturaleza y abonar el campo cada dos por tres a estar junto a mi querida hermana.

-¡Brigadión, eres maravilloso! -le dije a los pocos días-. Me tienes que dar esa receta.

-Cuando vos lo deseáis, mi príncipe. -contestó-. La próxima vez que estemos en clase, os enseñaré a prepararla, pero mucho cuidado con tomarla..., ya veis lo que ocurre. ¿No?

-Por cierto ¿Tienes remedio? ¿Sabes el antídoto?

-Por supuesto.

-¿Y cuánto se tarda en mejorar?

-Hoy mismo -respondió escuetamente.

-¿Hoy mismo? ¿Me estás diciendo que si le das el antídoto, esta noche podría estar bien?

-Sí, mi príncipe, ¿Deseáis que le aplique el remedio?

-¡No, no! Déjalo como está, que siga así unos días más, lejos de ella.

-Como vos digáis, pero os aviso que si no cortamos pronto esa diarrea, es posible que empeore y pueda llegar a fallecer. Si vos deseáis eso...

-Por ahora no, Brigadión, pero ¿Cuánto tiempo aún puede estar así hasta que empiece a peligrar su vida?

-Unos días más o menos, creo que unos cuatro o cinco sí puede continuar así. Luego le damos el antídoto sin que se dé cuenta y volverá a ser el mismo de siempre -dijo sonriendo mi Brigadioncito.

-¡Bien, perfecto! Pues que siga así cagando durante los próximos días sin acercarse a mi reina y luego le das ese antídoto. ¡Por cierto! Le tiene que estar escociendo el culo, cosa mala, ¿No?

-Muy mala, Degall, muy mala. -fue su sonriente, alegre y divertido respuesta-. Rojo es poco para cómo lo debe tener.

Proseguimos el maravilloso viaje sin más y Lienha..., viendo que el fornido Rádico no se acercaba para nada a su carruaje pareció olvidarse de él. Unos días después como habíamos acordado, Brigadión le suministró el antídoto y Bariel dejó de perderse entre matorrales. Aun así, decidió seguir viajando en la parte trasera de la caravana, ahora era un esperpento de hombre sumamente delgado y con un rostro cadavérico. Sus ojos estaban hundidos en una cara casi sin carne y debilitada hasta la saciedad. Este no era

Bariel, se podía decir mejor que era un espectro viviente que podía ocasionar a quien le viese una verdadera pesadilla. Un auténtico muerto viviente.

Así que según pasaba el viaje y también los días, el rádico viajó atrás del todo reponiéndose poco a poco de su “extraño mal”, dejándonos tranquilos a mí y a mi Lienha hasta que llegamos a Vende.

Fue un viaje que con esta diversión llamada Bariel, se me hizo mucho más corto.

Estuvo muy bien.

¡Gracias, Bariel!

57

“REENCUENTRO”

Mimetizándose con el entorno y gracias a la oscuridad nocturna, Chafan muy despacio se acercaba a la tienda de campaña donde descansaba Brigadión. Se escondía e intentaba no producir ruido alguno para no ser detectado por los soldados que estaban de guardia.

Al atardecer de aquel día, desde la lejanía y en medio de los verdes y frondosos campos de Vasia Golteim, los vasininos y su añadido divisaron la caravana de los príncipes que parecía dirigirse a su encuentro. Con rapidez se ocultaron entre el follaje y la hojarasca para no ser descubiertos y esperaron a que la noche estuviese bien entrada para hacer una incursión e intentar hablar con Rutter o con Brigadión. Chafan en ningún momento deseaba ser visto por nadie que no fuera ellos, ni siquiera por los mismos príncipes. Tenía poderosas razones para ello. Así que antes de realizar la misión, escondieron los caballos detrás de una vaguada solicitando a Rodwinsha que se hiciera cargo de su cuidado. Como última orden le rogaron que por nada del mundo hiciese fuego, ruido o cualquier cosa parecida.

-Marchad tranquilos, camaradas. Nadie sabrá lo que se esconde aquí. -dijo de buen grado acatando los consejos.

-Confiamos en ti, Rod, así que ya sabes..., silencio sepulcral. -fue lo último que le dijo Graggo partiendo en la noche y dejándole solo con los animales.

Poco después los dos vasininos se mimetizaron en las sombras.

-Este me da miedo -bromeó Graggo-. No se le ocurrirá prender fuego, espero. En una noche como la de hoy, se vería desde más allá del horizonte.

-No te apures nunca por nada, hasta que ocurra algo, Graggo. No desconfiemos de Rodwinsha. Démosle la oportunidad que parece necesitar y que nos pide. Quizás hasta nos sea útil más adelante. De hecho, ya ves, ahora mismo está cuidando de los caballos. No lo sé, pero tengo la impresión de que es un buen hombre que ha sufrido mucho, así que tengamos paciencia con él, hermano.

-Lo que tú digas, Chafan. ¡Sigamos!

Y eso hicieron, fueron acercándose y el sumo cuidado era su máxima ya que los vigías estaban muy cerca y les podían descubrir en cualquier momento.

Poco después uno reposaba tranquilamente durmiendo a los pies de Graggo con un gran chichón en su cabeza.

-¿No le habrás dado muy fuerte, no? -preguntó Chafan en un susurro-. Viendo cómo ha caído, ¿no sé yo?

-No creo.

-¿Seguro?

-Bueno, ahora que lo que dices... tal vez sí, tal vez le haya dado un poquitín fuerte.

-No te los cargues, por favor, Graggo. Que no hemos venido a liquidar a nadie.

Intentaban hablar con la voz bajo mínimos para no ser escuchados por nadie del entorno.

-La verdad es que no me ha parecido que estuviese muy fuerte. Así que igual sí, igual se me ha ido un poco la mano y le he atizado con demasiada alegría.

-Ya no hay remedio. Amordázale, tápale los ojos y la boca para que no sepa quién ha sido. ¡Ah! Y quédate con él. Espérame a que vuelva.

-¿Cómo? ¿No quieres que vaya contigo? -se sorprendió Graggo-. ¿Y si necesitas ayuda?

-Quédate tranquilo, hermanito -dijo con amor en sus palabras Chafan-. Sabes que sé defenderme bastante bien. Además, donde voy, solo hay amigos. Intentaré volver lo antes posible

-Espero que así sea.

-Hasta ahora.

La respuesta pareció convencer a Graggo que no insistió más.

-¡Adiós y suerte, hermano!

Instantes después Chafan se encontraba cerca de la tienda de Brigadión. Desde la distancia y antes de esconder los caballos, habían analizado todo el campamento de cabo a rabo y de norte a sur. Sabía con precisión donde se encontraba los lugares que necesitaba conocer y el lugar de los soldados de guardia. Las tiendas de Brigadión y Rutter era su destino y se decidió por la del primero. Rodeó las apagadas hogueras en las cuales solo sobrevivían pequeñas ascuas que aún conservaban algo de calor y consiguió llegar a la tienda de Brigadión sin ser descubierto.

Con mucho sigilo accedió a su interior y cuando creía que por fin lo había conseguido...un poderoso y fibroso brazo le atenazó por el cuello sujetándole con tal fuerza que casi le hacía imposible moverse o respirar.

-Holaaa, amiguito. -susurró Brigadión con un tono que erizaba la piel-. ¿Te has perdido por aquí, chiquitín?

-Brigg...Brrr...Brigadión. Suél...Suéltame que soy yo...Chaaa... faaan. ¡Aaagg!

En la oscuridad de la noche, sin hogueras y dentro de la tienda no se llegaba a divisar casi nada, pero el atacante reconoció al instante a quién pertenecía la voz y soltó a su amigo con rapidez de su letal abrazo.

Las bellas pupilas de ambos hombres debido a la oscuridad reinante estaban dilatadas en su totalidad.

-Chafan, pero... pero ¿qué ocurre?, ¿Por qué entras como un ladrón en mi tienda?

-Déjame respirar un poco. Te contaré todo lo que necesites saber, pero primero deja que entre aire fresco en mis pulmones. ¡Dios! Menudo brazo tienes, compañero

Se dieron un efusivo abrazo y al rato Chafan relataba a Brigadión con tenue tono lo ocurrido desde su partida de Dor-Alia. El viaje hacia el norte en busca de Graggo, el encuentro en Basteff con el alcalde y de postre todo lo ocurrido en Vende con Crotor, incluido el duelo de Graggo con Lars y la muerte de este. Le refirió todo y tampoco se olvidó de mencionarle el diario de Barfkeff y lo que escondía dentro.

-¿Así que Crotor decidió deshacerse de sus hijos? -preguntó Brigadión ingenuamente para luego seguir mintiendo-. Entonces, la muerte de Gumb es obra suya, tiene que ser así -afirmó rotundo-. No sé cómo lo hicieron, pero después de lo que me has contado, queda bastante claro. Nos consiguieron engañar a todos con eso del slá.

-Fue una orden suya, seguro. -repuso Chafan-. Delante nuestro quiso parecer que lo ignoraba todo y cuando llegó el mensaje de Rutter anunciando la muerte de Gumb, incluso parecía afligido, pero era pura comedia. Una burda mentira suya más, Brigadión. Así que comprenderás que saliendo como lo hicimos de Vende, lo mejor es que nadie

sepa que hemos estado aquí previniéndote. Nadie debe saber que estáis al corriente de lo ocurrido y sobre todo no informes de nada ni a Degall, ni a Lienha. Conociéndolos como son, su vida correría grave peligro. Ya los conoces..., es seguro que no podrían mantener cerrada esa boca que tienen.

-Entiendo, haremos eso. Hablaré con Rutter y seguiremos como si nada hacia Vende, aunque con mucha más precaución con el cuidado de los príncipes. Algo se nos ocurrirá por el camino.

-Bien, mientras tanto, nosotros también volveremos a Vende y nos esconderemos en la ciudad. Tenemos que estar cerca vuestro por lo que pudiera pasar. Si necesitáis ayuda, estaremos prestos para acudir rápido a vuestro encuentro, Brigadión.

-Gracias, Chafan. Por cierto ¿Qué tal se encuentra Graggo?

-Conseguí sacarle de la prisión en la que estaba, aunque reconozco que tuve que presionarle un poco con Risco. -el pesar de Chafan era evidente cada vez que se mencionaba a su hermano menor. Los recuerdos del diario de Barfkeff afloraban de nuevo en su mente y no precisamente eran algo muy agradable de recordar. Después de un instante en silencio, prosiguió-. Luego en su compañía día tras día, he ido comprobando que ha vuelto a ser el mismo de antes. Es mi hermano, Brigadión y necesitaba verle y estar con él de nuevo. Ahora se encuentra ahí fuera controlando que uno de vuestros guardias no se despierte muy pronto de su sueño.

-¿Le atizó muy fuerte? -quiso saber sonriendo Brigadión.

-Solo un poco. Lo justo para que nos dejara pasar sin preguntas y sin obstáculos.

-¿Y Risco? Lo que me has contado de la esencia esa es increíble, Chafan. No puedo casi creerlo. -reconoció Brigadión con voz pesada.

Con esta frase ambos hombres volvieron a callar. Al rato Chafan habló de nuevo.

-Salí de Dor-Alia con la intención de una respuesta a lo que le había pasado y ahora..., ahora por fin descubrí lo ocurrido. Mira esto, por favor.

Abrió un poco la tienda y entró una escasa luz nocturna, solo entonces sacó de su bolsillo la botellita y se la cedió a Brigadión. Este con sumo cuidado se acercó a la entrada de la tienda para intentar ver un mínimo mejor. La observó con respeto y en máximo silencio.

-Número "ESENCIA 23"

-Nombre "LUCHADOR RISCO"

- Estirpe "VASNINA"

-¿Risco, dices? -preguntó con pesar.

-Sí.

-¿El mismo que sale de la carta?

-Sí

-A quien vimos en Dor-Alia y quién casi acaba con el príncipe? -parecía que Brigadión con sus preguntas se negaba a creer lo que Chafan le había dicho.

-Sí, amigo. Es él.

Le devolvió la botellita.

-Perdona mis preguntas. ¿Qué pensáis hacer con esto? No es Risco realmente.

-Vamos a darle sepultura. -respondió escuetamente-. Graggo y yo abriremos la botella y dejaremos que el líquido se diluya en la tierra. Solo así conseguiremos que repose en paz.

-Lo siento, Chafan -dijo con un hilo de voz Brigadión-. No sé cómo poder expresarte mi dolor.

-No se puede hacer nada ahora y gracias por tu lealtad. Estate tranquilo que los culpables han pagado por ello. Únicamente queda uno por recibir lo que se merece. Se llama Crotor y tarde o temprano recibirá su parte. Te lo prometo.

-Si no lo haces tú, lo haré yo, Chafan. Sabes que no te miento y te lo digo de corazón.

-Gracias, Brigadión. Avisa a Rutter de todo lo que te he contado. Ahora debo volver con Graggo, los cambios de guardia se harán en breve y no quiero que le descubran. Siento la brevedad de esta cita, pero te prometo que en cuanto llegemos a Vende, te avisaré de alguna forma de nuestra llegada y paradero. Podremos hablar con mucho más tiempo y organizaremos un futuro sin futuro para Crotor.

-Eso espero, Chafan. ¡No me falles!

Un fuerte apretón de manos y un abrazo sirvió de despedida.

Al rato Brigadión se encontraba de nuevo tumbado en su litera con un pensamiento tras otro, uno y otro continuamente.

-«La noche se me va a hacer muy larga» -acabó diciéndose.

Chafan volvió junto a Graggo quien con aspecto aburrido seguía teniendo a sus pies al soldado profundamente dormido.

-¿Qué tal te ha ido todo?

-Perfecto, pero mejor te lo explico por el camino. El cambio de guardia está casi a punto... ¿y este? ¿Aún no se ha despertado?

-Nada, sigue durmiendo como un niño desde que le di. ¿Qué hacemos con él?

-Lo único que se me ocurre es llevarle junto a ese árbol, el que tiene una rama baja. Le desatamos y le dejamos justo debajo de ella. Cuando le vean así o despierte, quizás piensen que se tropezó con algo y que luego se pegó con ella. Igual hasta se lo cree, pero vámonos de aquí a la voz de ya.

Llevaron al vigía junto al árbol bajo la rama, le desataron y desaparecieron en la oscuridad en un abrir y cerrar de ojos.

Por el camino de vuelta le relató a Graggo su encuentro y de lo que había hablado con Brigadión. Al rato llegaron donde habían dejado a Rodwinsha sin verle por las cercanías.

-¡Rodwinsha! ¡Rodwinsha! -llamaron ambos lo más bajo posible intentando no producir mucho escándalo.

-Tal vez estemos confundidos de lugar y sea un poco más adelante, hermano -animó Chafan.

-No, no. Es aquí..., estoy seguro de ello. Quizás se ha quedado dormido por las cercanías. ¿Pero dónde demonios están los caballos?

-Vamos a buscarle y tranquilízate, -comentó viendo que Graggo empezaba a ponerse ciertamente nervioso-. ya verás cómo está por aquí cerca.

-¿Por aquí cerca? De acuerdo, voy a hacerte caso y voy a intentar no pensar en lo que espero no haya ocurrido, pero que sepas que esto empieza a olerme muy mal.

Sus ojos se habían acostumbrado a la oscuridad y entre las nubes, la luna en su cuarto creciente empezaba a mostrarse. Rebuscaron como pudieron por las cercanías y poco después lo que había sucedido fue patente.

Sus bolsas estaban colgadas de la rama baja de un árbol.

-Mira, hermano. ¿Consigues deducir lo mismo que yo?

-Me estoy percatando.

-¿Te acuerdas de eso de... no desconfiemos de Rodwinsha, no desconfiemos del Lindo Rodwinsha ese o como le quieras llamar -la voz de Graggo sonaba entre airada y sarcástica-. Démosle una oportunidad. ¡Ah! Y de lo que nos iba a ser útil, ¿qué me dices?

-No puedo menos que darte la razón hermano, pero si le hubiéramos llevado con nosotros, seguro que nos habrían descubierto. Un ruido, una tos, una rama mal pisada. ¿Qué era mejor, dejarle o llevarle?

-Sí, pero tendríamos los caballos. ¡Demonios!

Rodwinsha alias Lindo, había desaparecido llevándose consigo los seis caballos y dejándoles tirados en medio de la nada en Vasia Golteim. Un detalle sí había tenido hacia ellos, había abandonado allí sus pertenencias además del diario de Barfkeff, pero no sin antes rebuscar por todas ellas intentando dar con alguna bolsa de monedas. Sin suerte.

-¡Lindo! Como te agarre algún día vas a ver lo que es bueno -masculló entre dientes Graggo-. ¡Mierda, mierda y más mierda!

Chafan sonreía veladamente con lo ocurrido. No había visto enojado a Graggo desde hacía muchos años y eso le recordaba los buenos tiempos del pasado.

-Piénsalo, por lo menos nos ha dejado nuestros macutos y lo más importante... el diario. En el fondo su maldad no llega a tantos extremos.

-¿Que no llega a tantos extremos? -Chafan casi podía distinguir en la negrura de la noche el brillo de los ojos de Graggo. Un brillo que no le hubiera gustado ver en absoluto a Lindo.

-Déjalo Chafan. -acabó cortante-. No quiero discutir contigo.

-De acuerdo entonces, pero hagamos algo provechoso. Recojamos nuestras cosas y vayamos algo más lejos del campamento, Vamos a ver si podemos dormir un poco esta noche y mañana decidimos que hacer. ¿Qué te parece al señor mala leche?

No le quedaba más que resignarse a los acontecimientos, así que a pesar de su enfado. la idea de Chafan no le pareció tan mala por lo que se alejaron del lugar buscando un sitio mejor resguardado. Cuando lo encontraron, lo primero que hicieron fue dar sepultura a Risco. Debían extraerle de ese ataúd de cristal y concederle reposo eterno.

Chafan sacó la botellita de su bolsillo mientras Graggo hacía un pequeño hoyo en el suelo. Cuando terminó, suavemente volcaron todo el contenido y después lo volvieron a tapar entre los dos con la misma tierra y finalmente, con un triste:

-Adiós hermano..., adiós, Risco.

Dicho por ambos, despidieron a su hermano menor con lágrimas en los ojos.

Se dispusieron a dormir uno junto al otro, sin fogata, ni nada parecido que pudiese ahuyentar a la posible fauna que hubiera por el lugar, pero con sus armas muy cerca de ellos. Estaban tumbados y tapados con una raquílica manta y con multitud de piedrillas que se les clavaban en la espalda, en el culo y en las piernas y teniendo por almohada sus duros macutos de viaje. La luna empezó a esconderse tras las nubes y las estrellas dejaron de brillar, algo presagiaba que el día siguiente iba a ser lluvioso.

-¿Cómo lo ves, Chafan?

-¿Ver? ¿Ver el qué? - repuso sin saber a qué se refería su hermano.

-¿Que hacemos ahora?

-¿Ahora? Ahora dormimos, hermanito -dijo optimista-. Mañana nos despertamos y si es posible con la luz del día en vez de con lluvia. Luego recogemos todo, esperamos a que se largue la caravana de los príncipes y luego seguimos detrás de ella andando, que no cabalgando hasta el primer pueblo que encontremos -miró a Graggo y encontró lo que buscaba, una tenue sonrisa floreció-. Allí compramos unos caballos y seguimos a Vende. ¡Fácil y sencillo! ¡Menos mal que no dejamos las bolsas con las monedas! Y tienes razón Graggo. ¡Vaya con Lindo!

-Muy bien, Chafan. Durmamos un poco y hasta mañana entonces, hermano.

-Hasta mañana, Graggo.

Diciendo esto, ambos cerraron los ojos y se dispusieron a dormir, más al cabo de unos minutos Chafan escuchó a Graggo hablar entre sueños.

-¡Maldito puñetero Lindo! Como te agarre...

De un brinco Brigadión saltó de la litera y fue directo a la tienda de Rutter llamando desde la entrada. Al rato estaba junto a este relatándole todo lo que le había comentado Chafan. Cuando terminó Rutter dijo con seriedad:

-Sabiedo esto, debemos tener mucho más esmero con los príncipes a partir de ahora. Lo que le ocurrió a Gumb me extrañaba en demasía y no le encontraba sentido alguno. ¿Un slá sin más y de repente en el palacio? ¿Jugándose todo por nada y atacando a un príncipe? ¿Por qué? No tenía sentido alguno, no llevaba a ninguna parte y era muy difícil de creer, Brigadión, por lo menos para mí. Pero es la palabra de un príncipe y no se puede dudar. De hecho, en más de una ocasión pensé que el verdadero culpable era el propio Degall. ¡Sí, sí! El príncipe Degall y algún cómplice que tuviera comprado con alguna promesa lejana y retorcida como quieras llamarle.

Gracias a la poca visión nocturna que había en el interior de la tienda, Rutter no se percató de la mirada de Brigadión, si no hubiera puesto toda su alma en intentar llegar a su arma antes que él. Sin embargo, la sangre fría de este salió de nuevo a relucir desviando la conversación hacia otros derroteros.

-Hagamos caso a Chafan y no comentemos nada a los príncipes, ¿De acuerdo?

-Sí, es lo mejor, hagamos lo que dice. Tú sigue muy de cerca de Degall que yo haré lo mismo con Lienha. No nos podemos permitir otra víctima por culpa de un padre completamente loco, mentalmente ido. A partir de ahora cualquiera que se acerque a ellos de forma poco natural...

Rutter dejó la frase sin terminar, pero para Brigadión eran demasiadas palabras. Lo entendió a la perfección.

-Seguiremos como hasta ahora obviando la visita que he tenido esta noche. Cuando lleguemos a Vende, Chafan dará con nosotros, nos reuniremos y el tiempo dirá lo que se ha de hacer Rutter. Tenemos que ir con excesivo cuidado por ellos que son el futuro del Reino y sobre todo no les podemos dejar en manos de un asesino como es su padre. Poco iban a durar.

-Así es, amigo, ¿Viste lo de Risco? -preguntó con curiosidad Rutter-. ¿Cómo era?

-No pude divisarlo muy bien en la oscuridad, parecía una simple botellita sin más y con un extraño líquido en su interior. No quise tenerla mucho rato y se la devolví rápidamente a Chafan. No podía tenerla sabiendo que era Risco quién estaba ahí dentro, ¿Me entiendes?

-Sí, claro. Creo que a mí me hubiera sucedido lo mismo.

Después de un silencio roto únicamente por el ulular de un búho lejano, Brigadión decidió retirarse a su tienda. Rutter era muy inteligente y de hecho así lo había demostrado en la conversación.

Más que todo, por el bien de ambos, ya que, vistas las deducciones de este, la noche bien pudo haber acabado mal para alguno más, muy mal.

-Bueno, creo que lo mejor será que volvamos a intentar dormir, aunque con lo que acabamos de enterarnos nos será un poco difícil conciliar un sueño placentero.

-Así es.

-Hasta mañana entonces.

-Di mejor hasta luego, Brigadión.

“ENARMONÍA”

Nota del autor.

En este capítulo sale por primera vez la “Enarmonía”, que se leerá con la fuente inclinada. Ejemplo... *¿Brigadión, qué me sucede, te oigo en mi interior?*

¡Como disfruté del viaje!

En más de una ocasión fui a la parte trasera de la caravana para hablar con Bariel con la sana intención de comprobar su estado. ¡Je, je, je! Y por supuesto de divertirme. Pero luego viendo su restablecimiento y rápida recuperación lleno de rebosante energía, me corroía las entrañas y no podía evitar cierta molestia. Aun así, él no se atrevía a acercarse a Lienha, su cara mostraba las últimas esquirlas de una enfermedad pasada y los retazos de un trabajo muy bien realizado. ¡Demonios! Tenía que haberle dicho a Brigadión que aquellos supurados granos infectados de pus debían estar presentes en su cara durante mucho más tiempo, quizás un par de años. A pesar de su contrastada mejoría, el de nuevo fuerte rádico no estaba preparado todavía, no como para presentarse delante de mi bella princesa con su porte totalmente restablecido. ¡Perfecto!

-¿Qué hay de nuevo, Bariel? -solía preguntarle con sorna al verle intentando que mis palabras pareciesen un halago-. ¿Cómo se encuentra hoy nuestro rádico preferido?

-Mi príncipe, hoy me levanté ciertamente mejor, retornar a Lamiah se ve que le sienta bien a mi cuerpo. ¡Gracias por preocuparos por mí, majestad!

-Pues espero que sigas así entonces y no nos vuelvas a dar esa clase de sustos.

Aunque luego me decía a mí mismo:

-«¡Cuidado, cerdito! Como te vea otra vez rondando mi Lienha, Brigadión te visitará nuevamente y esta vez no tendrá tanta delicadeza y consideración contigo».

Así que seguí visitándole de vez en cuando, pero mucho más por mis propios intereses que por una mejoría que me traía sin cuidado. Quería, necesitaba verle allí en su puesto al final de todos. Este tipejo me hizo el viaje mucho más llevadero y los días transcurrieron sin otra diversión que la llamada Bariel según nos aproximábamos a Vende.

También sucedió algo curioso por esos días. Mi Brigadión empezó a estar junto a mi más tiempo del normal, digamos que casi todo el día. Cabalgaba a mi lado, yo en mi carruaje y él allí, muy cerca. Comía conmigo y si no se encontraba en mi mesa, merodeaba por las cercanías y con la cena pasaba lo mismo, o conmigo o cerca de mí. Por cierto, hasta ordenó que su tienda fuese instalada junto a la mía. Rarezas de vasininos, pero ese detalle me gustaba y hubo algún que otro momento en que pensé que se estaba portando como un auténtico padre, no como el otro.

Advertí que Rutter hacía lo mismo con Lienha, parecía como si ambos quisieran estar en todo momento junto a nosotros, cuidarnos más ahora que llegábamos a la gran ciudad. Tal vez tuviesen nostalgia por el tiempo pasado en Dor-Alia y ahora que se acercaba Vende, ¿Pensarían que quizás en el futuro no pudiesen disfrutar tanto de nuestra compañía? No le di mayor importancia y acabé acostumbrándome a tener a mi Brigadión cerca mientras proseguíamos el viaje.

Unos días después, nos encontramos con un destacamento de soldados bien armados, lo cual me llamó la atención. Hablaron con los vasininos y dejaron la mitad de los hombres acompañándonos en la caravana mientras los restantes se perdían por la senda por la que veníamos. Al preguntarle a Brigadión a qué se debía la extraña visita, tuve la impresión de que no tenía muchas ganas de hablar del tema.

-Príncipe, se supone que están buscando a unos posibles criminales y por nuestra propia seguridad, la mitad de esos fornidos y valerosos soldados seguirán viaje con nosotros.

Sus palabras me extrañaron y como príncipe de Shámsala que era no pude callar.

-¿Supuestos criminales? Si los buscan será por algún motivo y algo habrán hecho. ¡Seguro!

-Nadie es culpable hasta que se demuestre que lo es, mi príncipe.

Con su respuesta quedaba patente que no tenía un día de muy buen humor y como su protesta sin sentido no me convencía en absoluto, no me callé y se lo hice saber con rapidez.

-Para mí, suena mucho mejor al revés. Todos son culpables hasta que demuestren su inocencia, ten en cuenta que para un futuro rey tiene que ser así.

-Como digas, majestad -su sorna habitual salió a relucir-. Pero ojo con quien tengas cerca. Sean culpables o inocentes, solo los descubrirás una vez hayan actuado. Perdonadme ahora, mi príncipe. Debo hablar con Rutter de otros asuntos con urgencia.

Y sin más me dejó con la boca abierta y con ganas de discusión.

Más tarde descubriría que los supuestos criminales no eran ni más ni menos que Chafan y su hermano Graggo.

Acercándonos a nuestro destino el tiempo empeoró bastante. Los soleados días de Nueva Maran o incluso de Vasnía Golteim, se convirtieron al entrar en Lamiah en fuertes lluvias y aguaceros. Esto no me importaba mucho ya que desde mi caliente carruaje y a través de unas ventanas bien cerradas veía como caía el agua con rabia del cielo. La veía y su visión me serenaba, también supongo que a los soldados que nos acompañaban no lo veían de la misma forma.

Durante el resto del viaje Brigadión empezó a entrar en mi carruaje sin siquiera preguntar o solicitar permiso para ello, algo que a mí me molestaba ya que se podía decir que le consideraba mi lacayo y un lacayo no actuaba así.

-Cómo llueve príncipe, lo mejor será esperar aquí a que descampe un poco esta puñetera lluvia -me decía irrumpiendo mis pensamientos reales.

Se sentaba junto a mí y luego empezábamos a hablar de cualquier cosa. Lo curioso era que desde que dejamos Dor-Alia, Brigadión no había vuelto a instruirme sobre ninguna materia. Como a mí no me apetecía mucho tampoco, pues no le pregunté el por qué.

-Pobres soldados. Esta lluvia les estará calando hasta los mismos huesos -soltó en una de aquellas entradas repentinas.

-Pero Brigadión -le reproché-. Son soldados y están preparados para todo. Mejor una lluvia de agua que una lluvia de flechas, ¿No crees?

-Príncipe, vos viajáis cómodamente en un carruaje y no os falta de nada, ni siquiera calor. Miradlos a ellos. Completamente inundados por este condenado tiempo que parece seguirnos allá donde vayamos.

Me acerqué a la ventana y observé a mis soldados. A cierta distancia del carruaje los escoltas cabalgaban a la par. No hablaban y sus miradas eran serias. Llevaban la cabeza hundida casi sobre sus hombros y en sus cascos se apreciaba como el agua rebotaba y caía por su pecho resbalando antes de perderse rumbo al suelo.

-Es verdad, Brigadión, pobres hombres. ¡Están empapados! -dije sin pensarlo. Con rapidez cambié de conversación olvidándome al momento de lo que les sucedía a los escoltas-. ¡Venga! Vamos a alegrarnos un poco. Cuéntame algo divertido, alguna de esas historias tuyas de cuando eras joven, de tus vivencias. Por cierto ¿Ya sentará bien esta lluvia a nuestro amigo Bariel? -me pregunté en voz alta.

-Debo comunicaros que el rástico llamado Bariel está prácticamente repuesto de todas sus dolencias, mi príncipe. -respondió con rapidez mirándome con una sonrisa entre extraña y malévola.

-¿Qué..., qué quieres decir con eso? Rápido, contesta.

-Quiero decir que tal vez tengamos que volver a dedicar un poco más de tiempo a nuestra diversión favorito, Degall.

-¿Tú crees?

-Lo único que creo es que vuestra hermana ha vuelto a hacer preguntas en varias ocasiones sobre su estado de salud que por cierto, cada día es más saludable.

-¿Sí? ¿Y cómo sabes tú eso si no estás con ella?

-Degall, -dijo con paciencia-. mantengo charlas con Rutter. Tenemos que informarnos de todo... de todo lo que interesa que el otro sepa, claro. -apuntilló-. No de todo, todo, todo. -según lo expresaba se iba acercando a mí con complicidad-. Y como se trata de una nimiedad, pues Rutter me lo hecho saber ¿Alguna medida al respecto?

Brigadión deseaba oírme decir que actuara en consecuencia, pero no, no le dije nada de eso. No sé por qué, pero pensé que con la lluvia y todos los infortunios que había pasado durante el viaje, Bariel tenía más que suficiente y así se lo hice saber. Seguro que pensó que no era la decisión más acertada, pero...

-Lo que vos deseáis, mi príncipe -fueron sus palabras obligadas.

-Pareces deseoso por actuar, Brigadión.

-Solo intento quitar una piedra de vuestro camino, Degall.

-Contigo a mi lado no es una piedra, ni siquiera una miga de pan, es solo un insecto, amigo.

Rio mi frase y terminó diciendo:

-¿Entonces..., nada por ahora?

Resultaba evidente, a mi vasnino le apetecía en demasía volver a hacerle algo especial a Bariel, pero no quise darle la oportunidad que me reclamaba con tanta insistencia escondida.

-Nada de nada y tranquilo ¿Eh? -dije con firmeza-. Más adelante ya veremos. Todo a su tiempo.

-Veo que aprendéis bien y de prisa, mi príncipe -volvió a hablar con fuerza y energía-. Muy bien, solo intentaba probaros, solo eso y habéis reaccionado como esperaba que lo hicierais. Recordadlo bien, todo a su tiempo. ¡Muy bien, Degall! ¡Muy bien!

Poco después me hallaba inmerso escuchando sus relatos sobre sus años juveniles. Sus pequeñas aventuras, los tediosos aprendizajes, sus conocimientos un tanto extraños de las materias más insólitas. Los últimos días pasaron de esta guisa hasta que vimos la ciudad allí a lo lejos, una ciudad que se iba descubriendo poco a poco, por fin podía ver de nuevo las murallas de mi ciudad, Vende.

-¡Estamos llegando! ¡Estamos llegando a Vende! -exclamé al verla intentando quitar inútilmente las gotas de lluvia desde la parte interna de la ventana puesto que seguía lloviendo.

-Las gotas están por fuera, majestad -la voz burlona de Brigadión me corregía de nuevo.

-¡Ya lo sé! - salté con impertinencia ante su risa repitiendo-. ¡Por fin Vende! ¡Por fin mi ciudad!

En el acto me percaté de lo que significaban mis palabras..., volver a ver de nuevo a mi padre. Hasta entonces ni lo había pensado. Fue como despertar de un hermoso sueño y entrar en pánico, en una auténtica pesadilla.

¿Cómo no lo había pensado antes? Sin saber a qué era debido, repentinamente sentí temor ante la vista de mi ciudad y Brigadión se percató al momento de que algo me sucedía. No podía explicar el motivo, ni la razón, pero en ese preciso instante deseé estar a miles de días de distancia, más allá de la lejana Galusiam y si me hubieran apremiado hasta más allá de cualquier reino fronterizo con Shámsala. Era una locura como sentía aquel repentino terror a Vende, al palacio..., a mi padre. En ningún momento anterior me había ocurrido algo semejante, de hecho, había deseado con ansias volver para terminar

lo antes posible el trabajo que tanto Brigadión como yo teníamos pendiente de hacer. Deshacernos del nuevo príncipe ese y de mi padre.

De repente también todo se vino abajo.

-¿Degall? ¿Degall? ¿Qué te ocurre? -me preguntó Brigadión intrigado-. ¿Sucede algo malo?

-No sé lo que me pasa. -contesté con nerviosismo-. Pero ahora mismo siento un miedo irracional a entrar en la ciudad. Algo se ha apoderado de mí y me apremia a que huya de este lugar sin mirar hacia atrás. No lo entiendo. No sé qué me pasa, pero no quiero ir más allá, necesito largarme de aquí. Volvamos, por favor. ¡A donde sea!

Mientras me observaba parecía analizarme mientras yo seguía con aquel estado de pavor irracional. Las pulsaciones de mi corazón se habían disparado y un extraño y frío sudor recorría mi espalda y todo mi cuerpo. Necesitaba correr, salir del carruaje e ir en dirección contraria a Vende y ni la lluvia, ni nada me lo iban a impedir.

Se lo repetí nuevamente por si mi súbdito no me había entendido bien, pero él seguía sin quitarme la vista de encima muy pensativo.

-¿No me has oído bien, Brigadión? Te digo y repito que paren la caravana a la voz de ya. Nos volvemos a donde sea, pero lejos de Vende. ¡Ahora mismo!

-Degall, por favor, atiende un poco, no es...

-Ni Degall, ni mierdas, Brigadión. Para esta caravana. ¡Demonios! -me levanté del asiento e hice intención de coger una de las dagas que me acompañaban en el carruaje.

-Tranquilo, mi príncipe, solo sois un buen aprendiz. -dijo con extremada dulzura-. Es más..., creo que sois el mejor que pudiera llegar a tener.

Sin importarme sus palabras cogí la afilada daga y le amenacé, pero Brigadión no hizo el más mínimo movimiento por defenderse, me miraba diría que hasta con ternura.

-Déjate de monsergas, ni mierdas, vasnino. Ordena que detengan ya mismo la caravana. Es la última vez que te lo ordeno. -le avisé acercando el arma hacia su pecho con la firme intención de atravesarlo.

Solo dijo unas palabras que sirvieron para hacerme caer de nuevo junto a él. Fue una simple frase que actuó en mi como si fuera mágica.

-Necesitas profundizar en "Lo Prohibido", Degall. Solo tienes un pequeño ataque de ansiedad, nada más. Interioriza en "Lo prohibido" y lo anularás.

-¿Qué quieres decir con eso? -contraataqué sin poder reprimirme, sintiendo las gotas frías de sudor que resbalaban por mi frente.

-Es simple, mi príncipe. Todos nuestros planes, su cercanía en la realización, la tensión de ese crítico momento, todo eso que yacía dormido en tu interior ha despertado al ver la ciudad y tú, aún no sabes dominarlo. "Lo Prohibido" agranda tus temores si no sabes atarlos, haciendo que parezcan mucho más fuertes y peligrosos de lo que en realidad son. Lo mismo hará con tus vivencias y alegrías de las que también tomará parte y te hará disfrutar mucho más con ellas. Dicho de otra forma, los colores para ti serán mucho más intensos. ¿Lo entiendes? Disfrutarás más de su belleza.

-Creo saber por donde quieres ir, pero..., ¿por qué temo sin causa alguna?

-Ahora solo es ansiedad, solo es eso y acrecentada por "Lo Prohibido". Voy a enseñarte a dominarla. Tal vez no debí haber dejado este punto sin tratar con anterioridad, pero a veces nos equivocamos nosotros también. Ha pasado un año desde que comenzaste a toquetear con ello y ahora vamos a entrar digamos en una segunda parte. Una fase mucho más interesante.

-Pero si "Lo prohibido" puede llegar a infundirme temor... ¿Podrá hacer lo mismo y darme valor? -quise saber no entendiendo muy bien lo que pretendía mostrarme con sus palabras

-Degall, las personas, tú, creéis todo lo que la mente dice. Pensáis que sois vosotros mismos quien habla y eso en gran medida no es real. "Lo Prohibido" te enseñará

a dar consistencia a la realidad y no a lo que te diga esa cabeza loca que tienes sobre tus hombros, como ha ocurrido ahora.

Poco a poco fui volviendo a la realidad y empecé a verlo de diferente forma.

-¿Cuándo me enseñarás esa fase? Sigo aún con miedo, créeme, aunque parece que algo, algo se me está pasando. ¿Es verdad eso que has dicho que soy el mejor aprendiz que nunca podrías tener?

Brigadión sonrió a mi prepotente pregunta. Sus palabras habían actuado instantáneamente haciéndome olvidar casi al momento mi estado de ansiedad.

-¿Sinceramente?

-Sí.

-¿No lo sé, mi príncipe?

-Entonces ¿Por qué me has dicho eso si no lo pensabas? -notaba que según desaparecía el temor algo de ira crecía en mí por su comentario.

-Estabas preso de un ataque de locura y ansiedad y había que alegrarte con algo, aunque fuese una burda falacia.

-¿Burda falacia? Entonces, ¿es eso que lo piensas?

-Tal vez sí, -contestó como quién no dice nada, luego dejó un momento para decidir lo siguiente que iba a soltar, pero añadió-. tal vez no, Degall.

Condenado, Brigadión, me tenía y lo sabía, pero lo necesitaba y él se daba cuenta de ello. Lo dejé por imposible.

-Todavía quedan un par de horas para llegar a palacio, príncipe. ¿Te encuentras mejor ya?

-Estoy más seguro de mí mismo, pero solo un poco. Ha sido bajar al infierno y volver a la tierra en un instante y aunque digas lo que digas de nuestros planes, no me explico lo que me ha pasado. Aún siento algo de esa ansiedad, ese temor, aunque algo más lejano. No quiero que se repita, Brigadión, no quiero que se repita.

-¿Lo solucionamos entonces, Degall? -preguntó.

-No sé qué haces que no has empezado ya -dijo intentando sonreír.

-¡Vamos allá!

Se levantó y corrió las cortinas de las ventanas con mucho esmero, procurando que estuviesen totalmente cerradas. Parecía querer ocultar algo, como intentando que los soldados que iban a nuestro par no viesen lo que ocurría dentro.

-¿Estás preparado?

-Siempre estoy preparado a tus enseñanzas y a tus órdenes, maestro. -adorné la frase intentando ser simpático, pero por su cara vi que no le hizo mucha gracia. No debía gustarle mucho que le llamasen así, o no estaba para muchas bromas. Por ello deduje que lo que iba a decirme debía de tratarse de algo importante.

-Lo que ahora te voy a enseñar, lo que vas a sentir..., -habló con suma seriedad, dando a cada palabra pronunciada un toque especial-. nunca nadie deberá saber que te lo he enseñado. Lo tendrás, pero no podrás usarlo. Lo guardarás contigo en silencio hasta tu misma muerte y te lo llevarás en secreto a la tumba. Nadie sabe que poseo este don especial, ni mis hermanos vasinios, ni tu padre el rey, ni siquiera los sumos sacerdotes de Vasnia Golteim, ¡Nadie! Y todo debe seguir igual, sin sospechas. ¿Entiendes lo que intento decirte?

-Sí, amigo. Dices que eso que me vas a enseñar no debo contárselo a nadie. A eso te refieres ¿No? -yo hablaba con mi usual desfachatez cuando él tomaba aquella conversación con sumo respeto-. Estate tranquilo, Brigadioncito, que no soltaré prenda alguna. Te lo prometo.

-Júramelo por tu vida y por tu honor. -luego se detuvo un ligero instante, pensó algo más y añadió-. Aquel que tengas.

Esas hirientes palabras hicieron que me percatase que iba a mostrarme algo muy especial. Cambié de dirección y estilo empezando a tomar el tema mucho más en serio.

-Perdona. Te juro por mi princesa, por su vida que para mí es mucho más importante que la mía y por mi esquilado honor, que nada de lo que hoy me digas o enseñes, saldrá jamás por esta boca. -terminé con un gesto que venía a garantizar el significado de mis palabras, aunque ya vería lo que haría más adelante con mi promesa.

-Así me gusta, príncipe. ¡Bien! Primero te diré que esto que te voy a mostrar lo aprendí en mi juventud cuando estaba con los hombres rojos. Cuando era un chaval y tendría tu edad más o menos, en el monasterio de...

-¿Hombres rojos? -pregunté intrigado.

-¡Sí! Así se hacen llamar, pero la historia ya te la contaré otro día, ahora volvamos a lo nuestro y escúchame bien. Quiero que hagas todo lo que te diga.

Cambió el tema de conversación volviendo a lo suyo ya que sabía de sobra que le iba a hacer pregunta tras pregunta sobre su vida. La caravana se acercaba a Vende por lo que si quería enseñarme algo importante, tenía que ser ahora antes de llegar.

-Te oigo, Brigadión.

-Recuéstate contra la pared del carruaje, que tu espalda repose sobre el almohadillado y cierra los ojos. Intenta serenarte un poco más y escucha el ruido de las gotas que caen sobre nosotros. Intenta verlas mentalmente, relájate poniendo toda tu atención en ellas. Solo eso, nada más.

Hice lo que me decía cerrando los ojos y con mi atención en el chapoteo de las gotas de agua. Al poco se me ocurrió abrirlos y vi que Brigadión estaba en la misma posición que yo, pero él con los ojos cerrados por lo que volví a ponerme como me había dicho.

Me concentré en el agua, el suave sonido ¡plaf, plaf, plaf! de la lluvia se repetía una y otra vez..., una y otra vez incansablemente y parecía no tener fin. Poco a poco fui relajándome más y más profundamente. Hasta el sueño parecía querer empezar a mostrarse, pero haciendo caso a mi vasnino, seguí con mi atención puesta en la lluvia.

Y de repente sucedió.

-¡Degall!

Mi nombre sonó dentro, muy dentro de mi cabeza. No lo había oído, lo había sentido en mi interior, era la voz de Brigadión. Sin poderme reprimir abrí los ojos a la vez que gritaba con todas mis fuerzas.

-¡Brigadión!

Abrió sus ojos sonriéndome, iba a decir algo cuando la puerta del carruaje se abrió estrepitosamente y la cara de varios soldados aparecieron por ella.

-¿Os ocurre algo majestad? -quiso saber el más cercano-. Os hemos oído gritar y pensamos que...

-Cerrad esa puñetera puerta ahora mismo si no queréis que os azote desde aquí hasta a Vende -chillé completamente fuera de mí enojado por la intromisión que había obligado a callar a Brigadión.

Raudos cerraron disculpándose como pudieron. Sin más volví a centrarme en él.

-¿Qué ha sido eso, Brigadión? -pregunté implorando una respuesta a la maravilla que había sentido.

-Es lo profundo de "Lo Prohibido". Vuelve a colocarte como estabas e intenta no gritar, por favor, que los soldados no tienen ninguna culpa y solo intentan hacer bien su trabajo.

Acepté de buena gana la medio regañina y volví a colocarme como estaba anteriormente. Volví a oír la lluvia.

-¡Plaf, plaf, plaf, plaf! -Incesante, imparable, monótona, rítmica...

Lluvia...

Lluvia...

Más llu...

-Degall, Degall. ¿Me sientes?

Su voz volvió a oírse en lo más profundo de mi ser, en alguna parte de mi cabeza, mientras afuera... solo había lluvia.

-Sí, te siento. ¿Qué es esto, Brigadión? ¿Qué nombre tiene? -intenté hablar interiormente a la voz que resonaba con fuerza en dentro de mí-. **Es maravilloso poder oírte así. ¿Cómo? ¿Cómo lo haces?**

-Su verdadero nombre lo desconozco, Degall, pero yo lo llamo “Enarmonía”. Ahora estamos unidos por algo mágico. Puedo entrar en tu mente para estar contigo allá donde te encuentres o me necesites. En poco tiempo tú podrás hacer lo mismo, entrar en la mía en cualquier momento. Pero mi primer consejo y recuérdalo bien, es que siempre que quieras practicarlo, debes buscar primeramente un lugar apartado y resguardado donde nadie te pueda observar.

-Brigadión, -me sentía el hombre más dichoso de Shámsala-. **jamás hubiera pensado que podría comunicarme con alguien solo con el pensamiento ¿Puedes leerme también la mente? ¿Incluso dormido?**

-No, Degall, no puedo leerla. Eso resulta imposible, solo comunicarme, hablar interiormente.

Lo que contestó me gustó y animó aún más, no quería que nadie fuese conocedor de cualquiera de mis planes, llámese Brigadión o como se quiera. Además, el susodicho podría indagar en todos mis oscuros secretos sobre mi bella princesa..., y eso no.

-¿Como lo haces?, Necesito saberlo, Brigadión. ¿Cómo lo haces? ¡Dímelo, por favor!

Sentí que conseguía darles a mis palabras la intención y entonación necesaria para la ocasión, por lo que comprendí que toda forma de expresión como ira, enojo, felicidad, hasta una sonrisa, podían ser expresadas de aquella forma tan callada. Era estar sin estar, hablar sin voz u oír sin sonidos. Pura y genuina magia de Brigadión. Seguimos durante el resto del viaje comunicándonos de esta guisa. Mis miedos se habían escondido no sé dónde, pero ya no estaban presentes. Me dio las primeras lecciones allí mismo, las primeras pautas sobre cómo proceder e intentamos que fuera yo quien entrase en su mente. Aquel día no lo conseguí y sin darnos cuenta llegamos a Vende. Nos percatamos de ello cuando el carruaje se detuvo tocaron a la puerta y alguien desde fuera dijo:

-Majestad, nos encontramos ya en palacio. El viaje ha finalizado.

Las palabras nos devolvieron a la realidad destruyendo el encanto de nuestro mágico encuentro interior. Estaba en una nube. Brigadión había entrado en mi cabeza y parecía haberla limpiado de arriba a abajo con sus palabras. Sentía paz y tranquilidad total, no tenía ningún resquicio de temor o locura y mis temores parecían haber sido un lejano espejismo. Increíblemente, mi buen vasnino me había cambiado con su extraña actuación.

Cuando descendí del carruaje, podía afirmar que me encontraba demasiado seguro de mí mismo.

Demasiado.

El descubrimiento de los últimos acontecimientos había revuelto demasiado al rey emperador. Su rabia y malestar se hizo evidente cuando fue informado que su fiel perro Lars se hallaba muerto tras la puerta de acceso a los túneles de su “fábrica de horrores secreta”. Esa misma mañana, también supo que muy dentro de aquel lugar, sobre el catre de un cuartucho se encontraba Barfkeff viviendo en paz infinita su eternidad. Con toda esta mezcla de despropósitos, la ira de Crotor se desbordó con rapidez. Puso nombres y

apellidos a los que creía causantes de sus desgracias sin tener pruebas de su culpabilidad. eso no le importaba.

Tenía...

Debía...

Sabía que lo que sí era esencial para sus planes, era mantener a los dos vasininos en todo momento fuera de la partida.

Muy lejos de ella.

Y a poder ser bajo tierra.

A primera hora de aquella mañana, cuando le llevaron el desayuno a su alcoba fue informado de la partida de Chafan, Graggo y una tercera persona a la que los soldados de guardia no habían conseguido poner nombre debido a la capucha que portaba.

-Buen día hoy, pues -le dijo a su ayudante de cámara-. Acabas de darme magnificas noticias. Así y tan de mañana, le ayuda a uno a despertarse y desayunar muy, muy a gusto. Por fin se han largado.

Cuando le estaban vistiendo con sus reales atuendos, un oficial solicitó permiso para entrar. Venía a comunicarle el descubrimiento del cadáver de Lars tras una puerta semiabierta en una zona poco transitable del palacio. El oficial también comentó que habían enviado soldados hacia el interior del lugar y que esperaban noticias de sus subordinados.

El esplendor del despertar de Crotor se vino abajo en ese mismo instante. Le dejó sumido en pensamientos a cuál más negro y profundo sobre el futuro de las tres personas que habían partido de palacio.

-«Así que habéis sido vosotros ¿Eh? -pensó el rey emperador-. Chafan, Graggo y cómo no, el tercero eres tú Barfkeff. ¡Mamarracho! Qué les habrás dicho a esos vasininos para que asesinasen a mi pobre Lars. Mal nacido Barfkeff, te debí dejar en sus manos en cuando tuve ocasión».

Preso de una rabia incontenida Crotor comenzó a deambular por el palacio sin ninguna ruta preestablecida y sin saber qué hacer. Su guardia personal le seguía, pero esta vez algo más alejados de lo habitual. Pocas veces por no decir nunca, habían visto actuar así a su rey. Crotor no hablaba, cabizbajo caminaba velozmente con sus manos cruzadas a su espalda y con su mente bullendo sin parar.

-«Esos tres han huido y no sé a dónde se dirigirán. ¿Al norte de Lamiah? ¿A su Vasia Golteim? ¿O quizás prefieran perderse en la lejana Galusiam? ¿Chafan, como he podido ser tan imbécil? Ordenaré hoy mismo que los busquen y los traigan vivos o muertos a mi presencia. Partirán a... »

-¡Majestad, majestad! -sonó una voz a su espalda.

El monarca se detuvo en el acto, miró hacia atrás y vio al mismo oficial que esa mañana le había dado la noticia sobre el descubrimiento de cadáver de Lars. Venía corriendo a su encuentro.

-Buenas noticias. ¿Supongo? -dijo con cara de muy pocos amigos.

-Majestad, los hombres que se han adentrado en el lugar han descubierto algunos túneles allá abajo..., -el oficial hablaba con la voz entrecortada por la carrera-. y acaban de informarme del descubrimiento de otro cadáver.

-¿Ah, sí? Dame buenas noticias. ¿Chafan o Graggo?

-Ninguno de ellos majestad. Se trata de Barfkeff.

Viendo la expresión de la cara del rey, el oficial se preparó para cualquier cosa.

-Se encuentra en una extraña estancia, con multitud de aparatos igualmente extraños. Está muerto (me han informado), sobre un catre y rodeado de un gran charco de sangre que debió brotar seguramente de una herida que tiene en su pierna -y

haciendo además de marcharse lo antes posible dijo-. Con vuestro permiso. seguiremos informándoos en cuanto tengamos más detalles.

-¡Espera! -gritó Crotor, a lo que el oficial se detuvo inmediatamente.

-¿Su majestad dirá? -preguntó temeroso-. ¿Qué deseáis?

-Que quemem ahora mismo ese lugar con todo lo que hay dentro, incluido el cuerpo. Que desaparezca todo indicio que lo que se encuentra allí. Aunque primero, primero...¡Destrozadlo todo! -gritó fuera de sí-. Haced añicos hasta el más mínimo detalle, luego lo quemáis. Cuando pasen unos días y se haya disipado el humo entraré a ver lo que queda de esa mierda. Por supuesto respondes con tu vida que se haga según mi orden ¿Has entendido tu misión?

-Perfectamente, majestad.

-¿Quieres hacerme alguna otra pregunta al respecto, oficial?

-Ninguna majestad.

-¡Pues lárgate ya!

-¡Majestad!

El oficial partió raudo con la firme intención de comunicarles lo mismo a sus soldados, que estos pagarían con su vida el desacato de la orden.

Y Crotor siguió pensando.

-«Ahora bien, Barfkeff, ¿entonces quién demonios es esa tercera persona? ¿Qué mierdas ha podido ocurrir ahí dentro?»

Empezó de nuevo con su rápida caminata como si nada hubiese pasado, como si ningún oficial le hubiera dado ninguna nueva noticia. Crotor seguía dando vueltas en su cabeza sin divisar ninguna solución a sus problemas. Su guardia personal a su zaga, ni respiraban y por no querer..., no querían ni siquiera que el emperador los oyese andar tras él, por si acaso.

No estaba para muchas bromas aquella mañana.

-«Lars, pero..., ¿pero cómo es posible que te dejaras matar? ¿No eras tan bueno? ¿El mejor de todos? Yo que tenía puesta toda mi fe en ti. ¡Bah!! Me has decepcionado, está visto que no eras tan fuerte, ni tan especial como parecías presumir. No importa, conseguiré otro mucho mejor que tú y creo que ya sé a quién voy a elegir. Y tú Barfkeff, ¿qué de secreto te has llevado a la tumba? ¿Has abierto la boca delante de Chafan? Tal y como sé que eras, habrás abierto la boca y hasta el culo siendo necesario. ¡Cobarde de mierda!»

Se detuvo en un mirador desde el cual divisaba la ciudad. A aquellas horas, el bullicio de Vende se encontraba ya en todo su esplendor. Eran dos mundos muy cercanos, pero separados entre sí. En la ciudad podía ocurrir de todo a cualquier hora del día o de la noche y Crotor se percató que en su propio palacio ocurría lo mismo, parecía que su mundo tenía envidia del otro. Desde las almenas oteó la ciudad pensativo, vagando en su mente y como un ciego en un lodazal, totalmente perdido. Había ordenado que los príncipes volviesen y no faltaba mucho para tenerlos de vuelta. Quería limpiar toda aquella mierda que le rodeaba de alguna forma antes que llegasen. ¿Qué sabrían Chafan y Graggo, además de esa desconocida tercera persona de sus planes sobre sus infantes? ¿Qué demonios estaba ocurriendo en su propia casa con tantas muertes a su alrededor? El soldado aquel que apareció muerto por la daga de Lars y los otros dos que se hallaban en la otra habitación. ¿Qué ocurrió? No se había descubierto nada y eran muchas las preguntas que tenía y, sin embargo, ninguna respuesta. Apoyó ambas manos entre dos almenas y preso de ira con todas las fuerzas de la que era capaz gritó a los cuatro vientos:

-¡Chafan, Graggo! Os encontraré, daré con vosotros. Haré que lo que sea, pero os encontraré. Os traeré de nuevo ante mi presencia y entonces, entonces.... ¡Ja, ja, ja!

Como un loco poseso reía sus palabras. Sus risas retumbaban en el palacio y quienes las oían miraban hacia donde se encontraba, hacia las almenas donde podían divisar al rey loco perdido en su intrincado mundo.

Barajó también la idea que muy posiblemente Barfkeff hubiera cantado ante Chafan todo el complot antes de morir.

Lo que no supuso en ningún momento, es que su querido Lars del alma, fuese quien había acabado con la vida del cruel torturador de Vende y que todo ello fuese lo que acabó desembocando en la muerte de ambos.

Aquella misma mañana el mandato de búsqueda y captura de los dos vasininos vivos o mejor muertos, fue dada a diferentes destacamentos de soldados fuertemente armados. Debían partir y buscarlos por todo el reino con una misión simple y clara..., detenerles o acabar con ellos. Todos los militares que salieron ese mismo día de Vende sabían que regresar pronto a palacio sin los requisitos exigidos por el rey podía llegar a acarrearles serios problemas.

Uno de los destacamentos tenía una misión específica. Dirigirse hacia Dor-Alia para encontrarse por el camino con la caravana que volvía con los príncipes. Y mientras la mitad de los hombres seguían buscando por la ruta hacia la ciudad del oro, la otra mitad se quedaría en la caravana en espera que tal vez unos vasininos llamados Chafan y Graggo pudieran hacer su aparición.

Aunque no podían decir nada de su misión hasta que estos dos “malévolos asesinos” fuesen hechos presos o acabasen muertos.

60

“¡A MIS BRAZOS!”

Salí del carruaje con una visión muy diferente del mundo. Me sentía distinto, restablecido, superior a los demás. Brigadión que bajaba tras de mí, como me vería que dándome un golpecito con su codo me susurró:

-Despierta, príncipe que ya hemos llegado. Estamos en palacio.

Eché una ojeada a mi alrededor y vi a mi princesa que se acercaba. Rutter con el rostro serio la seguía muy de cerca sin perderla de vista.

-¿Preparado para ver a padre?

Su voz no sonaba melodiosa, sino que más bien parecía tener algo en su garganta, algo que tenía un solo nombre..., temor.

-No nos queda otra opción, hermanita, así que vamos a mostrarle quienes somos.

Lienha me miró como quién mira a un bicho raro. Supongo que dije algo que no casaba muy bien con lo que pensaba.

-¿Y qué quieres demostrarle, pajarito? -me llamo con insolencia-. Con padre cualquier demostración no sirve para nada. Veremos de qué humor está hoy, aunque preferiría seguir en Dor-Alia donde quedó nuestro hermano.

Un suspiro de añoranza salió entre sus labios y sin desearlo un recuerdo de mi querido Gumb vino a mí.

-«¿Estará pasando frío bajo la hermosa tierra de Nueva Maran? No, creo que no. Mira Gumb, estamos de nuevo en casita».

-Lienha, ha pasado un año más o menos desde que nos fuimos. No somos aquellos hijos idiotas que se dejaron azotar por una tontería -y le eché una ojeada a Brigadión intentando que recordase su acción-. Ahora tú eres más mujer y yo soy más hombre, el tiempo no transcurre en balde para nadie.

-«Tú eres más mujer», había dicho esa frase recorriendo su cuerpo con mis ojos. Intenté que no viese el real deseo en mis palabras, pero quizás no lo conseguí por la cara de Brigadión.

-Así que ahora no creas que padre va a poder tratarnos como a indefensos corderitos. Somos fuertes, muy fuertes -disimulé como pude soltando la primera tontería que se me ocurrió.

-Muy bien, Degall, muy bien. Así me gusta, ¿y qué piensas hacer al respecto? ¿Le vas a pegar?

Su pregunta era una daga directa a mi ego.

-Déjate de tonterías que ya sabes lo que quiero decir. Te repito que no somos aquellos críos que partieron con ganas de no volver a Vende en mucho tiempo. Hemos crecido, tanto física como mentalmente y no debemos temerle. ¿Entendido?

Comprobé por la cara de Rutter, que el vasnino no opinaba lo mismo, pero me daba igual. Seguía esplendoroso gracias a toque especial de Brigadión y lo seguía viendo todo como subido encima de un gran pedestal.

Tenía la sensación de que estaba por encima del mundo.

Yo y luego mi vasnino al lado, evidentemente.

Conté más de treinta personas entre criados, vasallos, pajes y demás gente del mundillo de la servidumbre que nos vino a recibir al pie de las escalinatas. Con mucha parsimonia nos invitaron a que les siguiésemos rumbo al salón principal. Allí nos esperaba nuestro “querido” padre junto a las gentes más influyentes e importantes que pudiese haber en Vende, Llámense renombrados militares, Briks o elegantes nobles chupaculos. Sin más demora, aceptamos encantados su invitación y les seguimos con Brigadión y Rutter cubriéndonos las espaldas. Recorrimos diversas estancias del palacio y finalmente nos detuvimos delante de una puerta de bellos relieves a la que dieron unos suaves golpecillos con la punta de un bastón acolchado. Al recibir la orden de poder entrar, abrieron retirándose a un lado.

Y allí estaba..., allí estaba nuestro condenado padre sentado en su trono y disfrutando del momento como un cerdo en su pocilga. Junto a él, se encontraba una persona que no conocía de nada, pero que me daba toda la impresión de llamarse Elcor. Le miré con curiosidad, ya que sus cabellos eran blancos como la nieve y bellos a rabiar. Dos vasninos los acompañaban muy cerca de ellos y debían ser quienes velaban por su seguridad en todo momento.

La multitud de personajillos, militares y nobles que se encontraban para la brillante ocasión, rompieron el silencio con aplausos en nuestro honor en cuanto Lienha y yo pisamos el salón. Según avanzábamos hacia nuestro padre estos arreciaron y solo dejaron de oírse cuando nos detuvimos frente a él. No dijimos nada. Él se levantó lentamente de su trono, nos miró, abrió sus brazos y exclamó:

-¡A mis brazos, hijos míos!

Los aplausos, vítores y bravos atronaron nuevamente y supuse que hasta parecía que todos aquellos mentecatos habían estado ensayando para la ocasión. No tuvimos otra opción más que aceptar su asqueroso abrazo intentando poner cara de ilusión.

-Amigos, hoy es un día especial para mí..., para mí y para vosotros también -dijo-. Hoy por fin han vuelto a su hogar mis añorados retoños. Hace un año les envié lejos, muy lejos por su bien. Pero muy tarde descubrí que una mano oscura planeaba sobre ellos, como un tigre agazapado observando a su presa. Muy tarde me di cuenta y nuestro querido Gumb pagó con su vida mi error -se volvió hacia el techo del salón y con el puño alzado gritó con energía renovada-. Gumb, si pudieses oírme desde el más allá, escucha bien mis palabras. Juro por lo más sagrado que vengaré tu muerte y ensalzaré tu historia como nunca ningún rey la haya tenido. Serás recordado y mucho. Yo personalmente me ocuparé de ello.

La palabrería de nuestro padre era enternecedora, pero bueno, había que soportarla.

-Lienha, Degall, quiero que sepáis que todos los reunidos aquí cuidaremos de vosotros -miró a su alrededor gritando- Y cuando digo todos me refiero a ¡todos! Incluido yo mismo. Daremos nuestra vida si fuese necesario por vuestra seguridad. Os lo juro por el rey que soy. Ahora decidnos... -y padre cambió súbitamente de actitud-. decidnos, algunas palabras, por favor, deseamos oír vuestras voces.

Pensé que su mensaje había sido bastante escueto, pero seguir oyéndole, diciendo más mierdas no me interesaba en absoluto, deseaba terminar lo antes posible con aquella memez. Lienha me observaba con el socorro en sus ojos y creo suponer bien que no le apetecía hablar delante de tantos soplavainas. Así que aproveché la ocasión para coger el turno. No me amilané y me solté.

-Padre -miré a quién creía que era Elcor y con algo de sorna le sonreí diciendo-. Hermano, supongo, ¿no? -me giré hacia el público reinante y empecé mi locución-. Amigos, todos. Lo primero..., quiero agradecer esta muestra de cariño por vuestra parte acudiendo a esta reunión llena de calor y amistad -miré hacia a varias personas que estaban allí y a modo desenfadado, les saludé intentando parecer ciertamente simpático-. Burk debéis recortaos más esa barba, os llega casi hasta vuestra prominente tripa, ¿Aunque quizás esté confundido y sea para taparla? Y vos Rimboss..., ¿Vos seguís tan enamorado de la mujer de vuestro prójimo como siempre?

Supongo que al tal Rimboss no le gustó mucho mi comentario, pero a los demás por la ovación recibida resultaba evidente que sí. Sin más proseguí.

-Amigos, ha sido duro, demasiado duro dejar un hermano en Dor-Alia. Un hermano amado, querido. Con el que he jugado, discutido, aprendido y también llorado a veces. Pero quiero decir algo y que me oiga todo el mundo bien claro. Vengaremos a Gumb, padre y si no lo podéis hacer vos, lo haré yo ¡Lo prometo! ¿Me oís bien todos? -fijé mi vista en Brigadión que parecía muy satisfecho por mi palabrería-. El príncipe Degall Vaalam de Shámsala, vengará de una forma u otra la muerte de su querido hermano Gumb- ¡Lo juro!

Valiente mentira debió pensar mi Brigadión. Los aplausos volvieron a arreciar en el salón y con las manos intenté aplacarles para poder seguir hablando.

-También quiero aprovechar estas palabras para poder dar las gracias a nuestro padre por traernos de nuevo junto a vosotros. Aquí a Vende. Así que..., gracias, padre.

-“Gracias y a ver si conseguimos que en breve estés criando malvas y haciendo compañía al idiota de Gumb”.

Me giré hacia Lienha y le cogí de la mano. Era su turno.

-Te toca a ti, hermanita y los tienes a todos blanditos como huevos. ¡A por ellos!

Sus primeras palabras estuvieron cargadas de timidez, se podía decir de una inexperta oradora. Todos aquellos elegantes hombrecillos adinerados sonrieron en cuanto abrió la boca, pero cuando acabó de cerrarla para dar paso a nuestro padre, nadie pensaba ya lo mismo.

-Gracias, amigos, querido padre. Quiero agradecer estas muestras de cariño por vuestra parte que me llenan de orgullo y emoción, Me he visto gratamente sorprendida con el alboroto en el que todos habéis participado para darnos esta cálida bienvenida. Os lo agradezco..., gracias de corazón. Pero tengo que admitir que este corazón se encuentra dividido entre la pena y la alegría..., -calló unos instantes antes de proseguir-. alegría por volver a veros a todos de nuevo y pena..., mucha pena, excesiva pena por dejar en Nueva Maran, en una fría tumba a mi querido hermano Gumb, asesinado impunemente por un slá.

Su tono empezó a cambiar y de observar sin vida el suelo, ahora comenzaba a alzar su vista y mirar directamente a los ojos de los presentes. Las primeras palabras

titubeantes iniciales habían desaparecido, dejando paso a otras que llegaban furiosas y completamente rabiosas.

-Mientras veo que aquí, aquí parece que seguís con diversión rodeados de todos los placeres de la vida. ¿Para qué preocuparos? ¿No? Un príncipe de Shámsala, mi hermano, quizás el destinado a ser vuestro futuro monarca y que sin embargo, está a varios metros bajo tierra. ¿Me habéis oído bien? ¡A varios metros bajo tierra cruelmente asesinado por un slá! -luego con rabia gritó- Y ¿qué habéis hecho vosotros al respecto, supuestos, queridos amigos?

Padre la miraba muy atento a sus palabras y era evidente que se divertía con la situación. Ver a Lienha dominándoles, reprochando a toda aquella prole de idiotas no haber movido un dedo intentando hacer algo por Gumb, parecía agraderarle

-Nada. -siguió-. No habéis hecho nada, ¿Quién no os dice que mañana no le tocará el turno a Degall o a mí misma? ¿Seguiréis entre festejos, alegrías y demás? Pensadlo bien, por favor. -y volviendo a hablar con menos crudeza añadió-. De todos modos, gracias. Mi hermano y yo, os volvemos a agradecer que hayáis venido a darnos esta calurosa y afectuosa bienvenida. Padre...

Y acabó con estas palabras mirándole directamente sin temor alguno.

Cuando calló en el salón el silencio reinó durante largo tiempo. Nadie se atrevía a decir esta boca es mía hasta que nuestro progenitor se levantó de su trono y dio dos fuertes palmadas sin más. Repentinamente una de las puertas del salón se abrió de par en par y por ella empezaron a desfilar un sin fin de vasallos portando mesas y sillas que iban situando aquí y allí entre los asistentes. Detrás les siguió otra recua con todo tipo de comidas y bebidas. Dispusieron estas y de la misma forma que entraron salieron, dejando todo perfectamente organizado y preparado para que los tiburones hambrientos devorasen el festín.

-Amigos..., ya habéis oído a Lienha -dijo padre-. Debéis cooperar entre todos en la forma que sea, cualquier indicio puede ser importante, un hecho, una pista que por muy pequeña que sea no debemos dejarla de lado, es una pista. Tenemos que descubrir que ha pasado en Dor-Alia y qué demonios está pasando aquí en mi propio palacio. Hoy como bien dice mi hija, la pena y la alegría nos embargan, pero no por ello debemos dejar de celebrar su retorno a palacio. No nos quedemos sumidos en la tristeza y recobremos ese espíritu optimista. Así pues, comamos y bebamos por ellos. Ataquemos este espléndido convite que se ha preparado en su honor.

Cogió una copa, la llenó de vino el cual cayó desparramado más fuera que dentro y alzándola al cielo gritó:

-¡Salud! ¡Por ti, Gumb!

Bebió todo el contenido y al acabarlo anunció a los presentes:

-¡Ahora, podéis empezar!

Estos se sentaron en sus respectivas sillas y empezaron a dar buena cuenta de lo que ponían en sus platos.

En la mesa junto a padre nos encontrábamos Lienha, el supuesto nuevo príncipe, Brigadión, Rutter y otros dos vasininos, de los cuales no recordaba bien sus nombres

-Bueno chicos, lo primero que vamos a hacer son las presentaciones -nos dijo padre-. Quiero que os conozcáis y os sintáis como verdaderos hermanos. A partir de ahora no hay uno mejor que otro, sois iguales y el futuro dependerá de lo que hagáis. Lienha, este último caso es para los chicos. ¿Entiendes?

-¡Como no, padre! -repuso sin ganas mi princesita con sorna-. Entiendo a la perfección. Siempre lo he entendido, cómo no.

-De acuerdo entonces. Este joven que tenéis aquí -le señaló-. de hermoso cabello blanco, se llama Elcor y es... (no me gusta la palabra), pero es la que hay, es vuestro hermanastro de nombre Elcor. Elcor a ti te digo lo mismo, él es Degall y ella, mi querida y adorable princesita Lienha.

-¡Hola! -dijo con soltura este levantando el brazo a modo de cordial saludo, mientras yo no conseguía quitar la mirada de su magnífico e hipnótico pelo blanco. Asimismo, pude apreciar también el lunar que me había comentado su madre cierta noche tiempo atrás.

-Tenía verdaderas ganas de conoceros, -dijo-. tanto a vos Degall, como a vos, Lienha. Es un placer para mí que por fin estéis aquí con nosotros. Espero que lleguemos a conocernos como verdaderos hermanos que somos.

Aquel tipo un poco mayor que yo hablaba con soltura y parecía que decía lo que en realidad pensaba. De todos modos, no iba a dejarme engañar por una patraña como esa y quería contestarle antes que Lienha se me anticipase.

-Querido Elcor. Perdimos un hermano en Dor-Alia, pero la providencia ha querido que ganemos otro en Vende. Sé bienvenido a esta familia a la que nunca debiste faltar.

Creo que fueron palabras más que suficientes para empezar a romper el hielo.

-Gracias, Degall -contestó-. Espero que en poco tiempo, además de hermanos podamos llegar a ser grandes amigos. En cuanto a vos Lienha..., -se volvió hacia ella-. vuestra belleza y temple son en verdad dignos de una reina.

Aquel comentario no gustó en absoluto a nuestro padre que frunció el ceño disimuladamente.

-De hecho, he podido comprobarlo viendo como os las arreglabais delante de todas esas personas. -comentó señalando las otras mesas-. Eso me dice que debo aprender mucho de vos.

Era el turno de mi hermanita y esperé su respuesta con suma atención.

-Gracias, Elcor -contestó-. Pero veo por cómo te expresas, que bien podrías ganarte la vida como galán.

-No es galantería, Lienha, es realidad. Me ha sorprendido vuestra seguridad delante de tantos hombres.

-Gracias de todos modos. Espero que como bien ha dicho Degall, en poco tiempo podamos llegar a conocernos bien y mejor -y le sonrió-. Además, pareces simpático y divertido, tendrás que contarme como ha sido tu vida antes de llegar a palacio.

-Muy bien, Lienha, cuando quieras empezamos.

-¡Eeh! ¡Eeh! ¡Eeh! -dijo padre- Esperad un poco, todavía hay gente en la mesa que no conocéis así que sigamos con las presentaciones antes de proseguir con la vida de Elcor, ¿Os parece?

Y allí mismo nos presentó entre nosotros y poco después hablábamos como si nos conociésemos de toda la vida. Elcor empezó a relatar como había sido su vida de tabernero, relatando historias sobre gentes que habían pasado por el local. Consiguió que algunos de los que estábamos en aquella mesa llegásemos a llorar de risa con alguno de sus relatos.

Seguimos comiendo entre relatos y más relatos de unos y otros. Relatos de Dor-Alia y también algo por parte de los vasininos que nos acompañaban. Al tiempo de terminar la comida, padre invitó a toda la gente que saliesen del salón y nos dejasen solos a quienes estábamos en su mesa. Deseaba hablar de algo importante y no quería ser escuchado por nadie más. Su orden no se hizo esperar y al rato, solo ocho almas estábamos prestos a escuchar lo que nos tenía que decir.

-Ya que por fin se han ido estos lameculos, hablemos más seriamente. -dijo padre con su arrogancia habitual-. Desde las muertes de la torre, nada ha sido igual.

Hizo un profundo silencio y presté más atención. Elcor, Lienha y los cuatro vasininos estaban bien atentos, aunque conociendo a Brigadión, podía hacernos creer que estaba aquí, cuando en realidad volaba lejos del palacio.

-Con aquellas dos muertes decidí enviar lejos a mis tres hijos y aproveché de paso para traer a casa al que me faltaba. -comentó muy pensativo-. Quería su seguridad y ya

no me podía fiar que una triste taberna se la pudiera dar. Sí, ya lo sé. Pude enviarle también a Dor-Alia con vosotros, pero no lo hice. Hace poco, cerca de mi dormitorio volvió a ocurrir un suceso que hoy en día continúa sin aclararse y al que sigo dándole infinitas vueltas. Resulta que una misma noche aparecieron tres cadáveres muy cerca de mi alcoba. Dos eran de unos soldados que resultaban ser hermanos y el otro, un soldado más. Lars, el pobre Lars...

En ese momento no me pasó desapercibida una extraña mueca en la comisura de los labios de Cymbal. Parecía que no estaba muy de acuerdo con el comentario de padre.

-Lars salió justo de su habitación para lograr ver que alguien no hacía caso a sus órdenes identificándose e intentaba además ocultarse en otra alcoba vecina. Así pues lanzó su daga a tiempo para que esta acertase en el blanco justo antes que la puerta donde había entrado el extraño se cerrase. Luego se descubrió allí el cuerpo de un soldado y no sabemos más. Todo esto es un misterio, hijos.

-«Creo que yo sí». -pensé mirando a Brigadión.

Nos cruzamos una velada sonrisa de complicidad sin que nadie la observase. Resultaba claro, Galizas como prometió había intentado ejecutar mi orden, pero el Lars ese se había interpuesto en su camino impidiendo que la realizara. ¿Conseguiría escapar antes de acabar encima de un charco de su propia sangre?

-Y ahora escuchadme bien..., ahora viene lo peor y eso es sobre Chafan. Sobre Chafan, Graggo y una tercera persona de quien desconocemos su identidad.

Los vasininos se miraron entre sí sin decir nada. Solo Rutter comentó:

-¿Chafan y Graggo? Lo último que sabemos de Chafan es que fue a Galusiam en busca de su hermano. ¿Se les ha visto por alguna parte, majestad?

-¿Por alguna parte? Han estado aquí mismo, Rutter -contestó padre con malestar-. Y no se han ido precisamente que digamos con las manos vacías.

El vasinino volvió a la carga con otra pregunta.

-¿No entiendo, majestad? ¿Qué queréis decir con que no se han ido con las manos vacías?

-Calla, escucha y espera a que termine. ¡Demonios! -le regañó con impertinencia-. Si tienes algo que preguntar, espera al final y luego abres la boca y preguntas, pero mientras tanto... ¡cállate!

-Perdonad, majestad. No quise importunaros en absoluto con mi insolencia no dejando terminar vuestro relato. -sentenció. Como siempre ocurría con los vasininos, daba la impresión de que la regañina imperial no iba con él.

-Ahora, si me dejáis seguir continuo... ¡Bien! Ese Chafan vino a palacio con su hermano y le ofrecí volver a la misma alcoba que había tenido antes de partir hacia Dor-Alia, incluso Graggo tenía una a su disposición cerca de él. Confié plenamente en ellos, pero poco después asesinaron en plena noche a dos de mis más fieles vasallos. A Lars De Val a quién vosotros conocéis de sobra y a Barfkeff a quien también conocíais. -dijo apuntando con su dedo hacia los vasininos.

-Padre -preguntó ingenuamente Lienha-. ¿Eso que decís es cierto? ¿Ocurrió aquí? ¿En palacio?

-Hija mía, creo que debieras descender de la nube en la que estás. Tu padre nunca miente para bien o para mal.

-¿Y hay pruebas que hayan sido ellos los asesinos de esos dos hombres, padre? -pregunté con el riesgo que entrañaba una respuesta demencial por su parte.

-¡Degall, Degall, Degall! -dijo a punto de que su ira saltase otra vez- ¿Cómo crees que diría eso si no tuviese pruebas? Esa misma noche huyeron como ladrones amparándose en la oscuridad. ¿Quién si no pudieron ser los causantes de las dos muertes? Si no fueron ellos no habrían huido ¿No crees eso?

-Sí, tal vez sea así, padre -afirmé.

-Y no acaba todo ahí. Luego está lo peor de todo. -por un momento tuve la impresión que había sonreído momentáneamente-. La muerte de vuestro amado hermano Gumb -me miró intensamente y tras unos segundos de incertidumbre pendiendo de mi cabeza preguntó-. ¿Qué ocurrió allí, Degall? ¿Qué demonios pasó?

Una repentina ola de calor me inundó. Sabía que tarde o temprano iba a hacerme esa pregunta y creía estar preparado. Ahora era la oportunidad de lucirme y todos me prestaban atención. Así que adelante... me solté.

-Aquella noche desperté con la gema lamverdiana que empezaba a quemarme el pecho. Me di cuenta de lo que ocurría al instante, un slá estaba por las intermediaciones ¿Dónde? No lo sabía, pero conocía de sobra el protocolo para casos como estos e inmediatamente di la alarma. Poco después Rutter, Brigadión y más gentes acudieron a mi alcoba a socorrerme, aunque quizás donde debían haber ido era a la habitación de Gumb. Tal vez así hubiesen podido salvarle la vida, padre. -convenía hacer un poco de teatro por lo que improvisé al azar y creo que hasta me quedó bien-. Pero padre... ¿por qué él? ¿Por qué él y no yo?

-Muy fácil, Degall. Tú tuviste la cordura de no quitarte la gema y él la mala suerte de dejarla encima una mesa. De haber actuado como Gumb, posiblemente ahora estaríamos hablando de dos príncipes de Shámsala asesinados. Por cierto, me informaron del accidente de caza que tuvisteis y veo que te has repuesto bastante bien. ¿Sanó bien tu herida?

-Sí, gracias por preocuparte de mí, padre. Se lo debo a los buenos cuidados de Rutter y Brigadión, todo fue como la seda y me curé visto y no visto. Aún hoy en día tengo un pequeñísimo dolor, pero es casi imperceptible.

-Así me gusta y volviendo a las gemas..., solo puedo decir que puedes dar las gracias a lo más sagrado por llevarla puesta aquella noche. Por cierto ¿La lleváis encima ahora? -nos preguntó a Lienha y a mí-. ¿Me las podéis enseñar?

-Sí -contestó mi hermanita.

Sin más se la quitó entregándosela, él la observó en silencio.

-¡Elcor!

-¿Sí, padre?

Se me hizo raro oír a un extraño expresarse de esa forma con él, pero como no dijo nada, yo menos.

-¿Sabes qué es esto?

-¡Sí! -repuso este-. Una de las mágicas y fabulosas gemas lamverdianas. Se supone que ante la cercanía de un slá se calientan avisando de su presencia.

-Muy bien, pues tómala y pónstela. -y sin más se la tiró a las manos.

-Pero padre, es mi... -quiso decir mi desconsolada princesa.

-¡A callar, Lienha! -dijo con autoridad padre-. Las gemas son para los hombres. A ti jamás te atacará un slá.

Me dieron ganas de saltar por encima de la mesa contra ese cerdo y machacarle la cara con lo primero que tenía a mano. Mi princesa bajó la cara y no supo donde ocultarla. Esa pose de acato y sumisión la hacían más bella, mucho más hermosa, solo faltaba que estuviese desnuda, pero no allí delante de todos, sino en mi propia alcoba esa misma noche.

Volviendo.

Elcor no pudo menos que coger el colgante e inspeccionarlo con miedo, se encontraba contra la espada y la pared, desobedecer a un rey o dañar involuntariamente a una princesa. Finalmente, se lo puso alrededor de su cuello sin decir nada más.

A posteriori surgieron diferentes temas como la seguridad del palacio, de nosotros mismos y sobre las revueltas que seguían por el reino y que parecían no acabar nunca. Los vasininos hablaban dando buenas ideas con gran cantidad de opciones a elegir y padre escuchaba con atención sus palabras porque sabía que eran ellos de quien más se

podía fiar en aquel palacio que asemejaba un agujero de ratas. Seguimos conversando durante largo tiempo exponiendo todo lo que se nos ocurría.

Cuando nos estábamos despidiendo para levantarnos de la mesa tras terminar aquella insípida cháchara o importante conversación de estado mayor (como diría padre), justo entonces nuestro progenitor volvió a hacerse oír con autoridad.

-¡Ah! Por cierto, casi se me olvida..., Brigadión, a partir de hoy estarás conmigo a mi único servicio. Te quiero como mi asesor consejero personal.

Sus palabras rebotaron en mi mente de lado a lado como un eco sin final. Miré furioso por la noticia a mi buen Brigadión y en sus ojos pude distinguir su respuesta.

-«¡Calla y espera!».

No dije entonces nada y esperé a ver que más tonterías salían por la boca de mi padre.

-De todos modos, Degall, no creas que te vas a quedar solo. Elcor, tú tienes a dos vasninos, Xara y Cymbal. Comprenderás que tu hermano menor no se va a quedar sin nadie. ¿No?

-Como vos deseéis, padre -contestó.

Parecía que el chico este con lo poco que llevaba en palacio sabía de sobra cómo tratarle. Con buenos maestros tenía buenos modales o simplemente era un buen aprendiz. ¿No sé?

-¿Con quién prefieres quedarte de los dos, Elcor? ¿Con Cymbal o con Xara?

-Con Cymbal mismo, padre -respondió al momento.

-Pues muy bien. Entonces lo dicho, te quedas con Xara. A partir de hoy Xara se ocupará de tu aprendizaje y Cymbal irá con Degall.

Todos nos extrañamos de lo que había comentado pensando que debía haberse confundido, pero no era así.

-Padre, he dicho que preferiría a Cymbal. Creo que os habéis confundido en vuestra respuesta. -argumentó Elcor sin un ápice de temor.

Mi nuevo hermanastro que había salido de no sé dónde, parecía inteligente y decidido. Tendría que observarle con más detenimiento.

-¿Crees que tu rey se ha confundido? -preguntó padre con cara de pocos amigos.

-Confundiros no, pero tal vez me haya expresado mal. Quise decir Cymbal y no Xara. Debéis perdonar mi mala comunicación con vos, padre. No me he hecho entender bien.

-¡Este chico es maravilloso! -la actitud de nuestro progenitor cambió-. No acepta una broma y lo dice sea quien sea quien tenga delante..., aunque sea su rey, así me gusta, muchacho. ¡Tienes bemoles! Esto es lo que más se necesita en este oficio real y veo que tú los tienes bien puestos. Venga no se diga más. ¡Cymbal!

-¡Sí, majestad! -contestó este.

-Tú con Elcor. Xara, tú con Degall, Rutter sigues con Lienha y ahora largaos todos que deseo tener una pequeña conversación con Brigadión.

Salimos del salón y nos quedamos hablando un poco entre nosotros.

Al rato alguien llamó a Lienha y me giré para ver quién era según ella salía corriendo casi tirándome. Iba hacia..., iba hacia Bariel que traía a su querido Turbio en sus brazos. Su gato Wogan.

-“¡Maldita sea! Condenado rádico. ¿Qué demonios haces aquí?”.

-“¡Y yo sin mi Brigadión!”.

Tras la cena me excusé para volver a mis aposentos alegando estar muy cansado de tan largo viaje. Ni siquiera la espléndida fiesta que se daba en nuestro honor me animó a quedarme. No quería festejos ni mierdas de esas por muchos cómicos y feriantes que hubiese. Padre me había quitado a Brigadión, a mi Brigadión y ya nada sería lo mismo sin él. Xara parecía un buen tipo, simpático, cordial, pero..., ¿quién no lo era delante de un príncipe? Brigadión sabía tratarme cómo me merecía aun rompiendo muchas veces las reglas y normas, además, eso era lo que le distinguía de los demás, era todo por mi bien y ambos lo sabíamos.

Nada más llegar me tumbé encima de la cama, ahora estaba en mi alcoba. Todas mis cosas seguían en el mismo lugar que las había dejado. El mismo mobiliario, la misma mesa, el sillón de piel de Micna. Recordaba de mi cama lo comfortable que era y me encontraba de nuevo tirado encima de ella sin siquiera desvestirme y aún con mis botas bajas puestas.

Intenté dormir, pero me era imposible. La música de la puñetera fiestecilla llegaba a mis oídos a través de las paredes. No fue hasta muy entrada la noche cuando todos los sonidos dejaron paso al agradecido silencio nocturno y unos pocos instantes después, conseguí por fin quedarme dormido.

-¡Degall! ¡Degall!

Entre sueños tuve la sensación de que alguien me llamaba. No di mayor importancia, pensando que solo era eso, un sueño más.

-¡Degall! Soy yo, Brigadión. ¿Estás ahí?

-“Sueño, solo es un sueño. Brigadión ¿Por qué me has abandonado?”. -me dije sumido en mi propia somnolencia.

-Mi príncipe ¿Estáis despierto? ¡Degall! ¡Despertad!

Pero parecía que lo que fuera seguía persistente y con alguna referencia a Brigadión ¿Brigadión?

Repentinamente me percaté de lo que sucedía y de un salto me senté encima de la cama, cerré los ojos e hice lo que me había enseñado mi vasnino del alma.

Interiorizar.

-¡Degall! ¿Me oyes? ¡Príncipe!

-Brigadión, estoy aquí. ¿Brigadión?

-Por fin, Degall. Pensé que no iba a poder hablar contigo esta noche. ¿No creerías que me iba a olvidar de ti tan pronto? ¿No?

-Esto es maravilloso, Brigadión. Oírte de nuevo así, ¿Cuándo podré hacerlo yo?

-Todo a su tiempo, mi príncipe. La práctica te llevará a conseguirlo, solo la práctica. Por cierto, te vuelvo a recordar la importancia que nadie sospeche lo que hacemos, ¿De acuerdo?

-Sí, sí. Qué alegría me has dado. ¡Gracias!

-No debes agradecerme nada, príncipe. Me he puesto en contacto contigo porque hay algo que necesitas saber, pero no sé cómo debo decírtelo.

-¿Qué intentas decirme?

-La decisión de tu padre que esté a su lado a partir de ahora, ha precipitado todo y tengo la responsabilidad de informarte. Es necesario que estés al tanto.

-Brigadión. ¿Qué pasa? Me estás asustando. Dime ¿Qué está ocurriendo?

-Confío en tu palabra, príncipe. No debes comentar nada con nadie, ni con Lienha. ¿Entendido, Degall? Es de vital importancia mantener el secreto.

-Tienes mi palabra, Brigadión. ¡Suéltalo ya!

Antes de proseguir hubo un corto silencio, supongo que buscaba las palabras adecuadas a la situación.

-Una noche cuando volvíamos de Dor-Alia, Chafan se presentó en mi tienda y...

-¿Chafan? ¿Cómo está? -pregunté sin dejarle siquiera acabar la frase.

-Está bien, Degall, está bien. Se presentó en mi tienda y estuvimos hablando de lo que había descubierto. Por favor y perdona mi insistencia, pero es importantísimo que no hables con nadie de esto, con nadie ¿Me entiendes bien? Ni que actúes por tu cuenta sin informarme antes a mí de ello.

-¡Demonios, Brigadión! Me estás erizando los pelos con tanto secretismo. Habla ya de una vez y suelta lo que me tengas que decirme.

Tanta intriga en sus palabras no me gustaba. Necesitaba saber de lo que se trataba, pero mi Brigadión era así, disfrutaba del momento haciéndose el enigmático.

-¿Preparado?

-¡Síii! -dije con pesadez.

-Tu padre quiere deshacerse de ti, de Lienha y también del príncipe Elcor.

-¿Qué?

Sus palabras me cayeron encima como una losa. Mi padre, mi propio padre quería... ¿Quería asesinarme?

-Chafan me lo contó, lo ha descubierto. Fue tu padre quién ordenó la preparación de las Cartas de Dolor que llegaron a Dor-Alia como tu regalo. Crotor solicitó a Barfkeff que preparase una de ellas que nada más verte, te atacara..., y algo más. Esa carta en cuestión como sabes era la carta de Risco, el hermano menor de Chafan y de Graggo. Pues bien, consiguió descubrir donde está el escondrijo donde se preparaban y fabricaban esas cartas.

-¿Dónde?

-Aquí, en el mismo palacio.

-¡Demonios!

-Cuando tu padre ha exigido hoy que vaya con él, no he tenido otra opción más que avisarte de lo que sucede a nuestro alrededor. ¿Te das cuenta, Degall? ¿Te das cuenta de la importancia de lo que acabo de decirte?

-Sí.

-También me comentó Chafan, que fue Lars quién mató a Barfkeff por orden de tu padre. Consiguieron llegar a tiempo de descubrir todo, pero no así de salvar la vida de ese torturador. Tu padre intentaba que nadie descubriese nada y fue Graggo quién luchó contra Lars acabando con él. Luego no podían hacer otra cosa más que huir del palacio e intentar avisarnos lo antes posible.

-¿Y cómo te avisó, Brigadión?

-Nos avisó, Degall, Chafan nos avisó. Me hizo una visita en mitad de la noche cuando veníamos de Dor-Alia, advirtiéndome de todo y yo se lo hice saber a Rutter, sea dicho de paso.

-Así que por eso estabais tan cerca de nosotros al final del trayecto. Estabais cuidándonos. ¿No?

-Exacto, mi príncipe.

-Gracias, Brigadión ¿Y qué hacemos nosotros ahora? Por cierto ¿Qué piensas de Xara?

-Creo que Xara es una persona íntegra y cabal. He estado hablando con él y con Cymbal hace un rato. Tu padre se lo quitó de encima por no secundar sus visiones sobre el pueblo y la justicia. Pero, aun así, no es seguro que esté como quien dice completamente libre de culpa ya que puede estar disimulando. Degall, debes estar preparado para actuar en un momento dado, has aprendido técnicas de lucha que otros ni siquiera saben que existen, por lo que puedes defenderte. Tal vez te falte un poco de confianza en ti mismo, pero nada más. A partir de este momento nos ejercitaremos todas las noches que podamos enarmonizando. Tienes que conseguir ponerte en contacto conmigo, ser tú quien llame a mi

puerta y yo quien responda. Lo intentaremos una y otra vez, continuamente hasta que lo hagas intuitivamente, casi sin necesidad de llegar a pensarlo. ¿De acuerdo?

-¿De acuerdo? Por supuesto que estoy de acuerdo, Brigadión -dije a través de mi mente.

Repentinamente me encontraba mucho más tranquilo, había entrado en un maravilloso estado de relajación y pensamiento. Profundizaba cada vez más. Todo parecía fluir sin caos alguno y aunque la noticia que padre quería limpiarme de en medio no era una tontería, lo veía digamos desde otro punto de vista muy diferente. Me importaba, pero parecía que no me iba la vida en ello. Era milagroso, estaba con los ojos cerrados y no veía nada, pero sentía todo.

-Brigadión, me encuentro muy bien. Es como si todo lo que acabas de decirme no me importase en absoluto. Me da todo igual. Me siento flotar... flotar... y flotar.

-Es la enarmonía, Degall, estás profundizando en ella. A cada paso que des hacia tu interior, te sentirás mejor con este mundo tan diferente, armonioso y además tan real.

-Enarmonía, Brigadión. Como me gusta la enarmonía. Necesito más enarmonía.

Tenía la impresión de poder volar allí dentro y lo que pensaba mi padre respecto a mi, no me importaba nada. Mi hermosa Lienha pasaba a segundo plano y mis planes de reinado se podían ir todos al traste, solo deseaba mi pura y maravillosa enarmonía.

-Degall, ahora estás como en un limbo, pero no olvides que cuando salgas de ese estado las cosas volverán a su curso natural..., serás un príncipe en peligro, así que ten cuidado de todos y no te fíes de nadie.

-Eso haré. Brigadión. Pero mientras tanto necesito más de esto. Mucho más.

-Mi príncipe, tendrás todo lo que quieras, pero estate a lo que digo, por favor. Voy a salir de este estado y tú debes intentar ponerte en contacto conmigo. Recuerda todo lo que te comenté en el carruaje sobre ello. Empecemos cuanto antes, por favor. ¡Empecemos ya!

Sentí instantáneamente como desaparecía de mi mente. Fue algo parecido a que me arrancasen un trozo de remanso de paz. Acto seguido me puse en posición e intenté entrar en él una y otra vez como me había enseñado, pero sin llegar a conseguirlo. Por más que traté durante horas de hacerlo, me fue imposible. Busqué, indagué, revolví mi mente, pero no encontré nada. Sabía que el camino estaba ahí, dentro, muy dentro de mi interior, muy escondido, pero no daba con él. Recordé haber pensado que padre, Lienha y Shámsala no me importaban nada, ahora era diferente, todo volvía a tener la máxima importancia. Poco después volvía sentir a Brigadión de nuevo, solo era para decirme que lo dejábamos por hoy y que seguiríamos la noche siguiente. Se despidió volviéndome a avisar de todos los peligros que estaban a mi acecho y esa noche puedo decir que a pesar de esto, dormí en la gloria y a pierna suelta.

62

“XARA”

A la mañana siguiente me desperté cuando alguien llamó a mi puerta varias veces.

-¡Vuestro desayuno, príncipe!-resonó una voz desde afuera.

-¿Ya? ¡Qué mierda! ¿Tan pronto? -contesté sin tapujos, pero como era seguro que me traían algo apetitoso y tenía gazuza por la escasa cena ingerida la noche anterior, concedí el permiso gritando sin más-. ¡Puedes pasar!

Oí unas pisadas y alguien entró.

-Déjalo encima de la mesa y lárgate. Quiero estar solo y luego seguir durmiendo.

Sentí que depositaban la bandeja sobre la mesa, pero en vez de hacerme caso y desaparecer, resultó que el personaje corrió las cortinas violentamente. La luz entró con fuerza en la habitación obligándome a cerrar con rapidez los ojos todavía adormecidos.

Sentí como mi furia se desbocaba y me poseía ante una clara muestra de desacato a mi autoridad de príncipe.

-¿Eres idiota o qué? -vomité con palabras- ¡Imbécil bastardo! ¿Te he dicho acaso que abras las cortinas?

Una cordial voz contestó sin inmutarse en absoluto a mi vocífero.

-Buenos días, mi príncipe. Os traigo un magnífico desayuno que hará delicias en vuestro paladar.

-¿No me has entendido, vasallo? -Aún con los ojos cerrados pensé que este idiota inepto iba a pagar mi mala leche matutina-. Dime tu nombre ahora mismo. Voy a hacer que no te olvides de este día flagelándote por incumplir mis deseos.

-Xara, mi nombre es Xara. -repuso sin miedo alguno-. Muy buenos días, mi príncipe, va siendo hora de que despertéis y os levantéis.

En el momento recordé la "conversación" de la noche anterior con Brigadión, donde me previno de tener cuidado con todos y no fiarme de nadie. Sin poder controlar mi miedo, di un salto en la cama quedándome encima de la almohada.

-¿Os pasa algo, príncipe? ¿Os ha asustado mi presencia? -dijo Xara sonriéndome con simpatía-. Reconozco que no soy un prodigio de la naturaleza y que mi belleza no es ejemplar, pero tampoco soy tan, tan, tan feo. ¿No?

Intenté disimular como pude.

-No, no es eso. Es que estaba soñando. Era una pesadilla horrible.

-Ya -contestó escueto y claramente sin creermelo. Con disimulo dejé mi posición y me senté encima de la cama. Él cogió mi bata y me la ofreció ayudándome después a ponérmela. Llegué hasta la mesa y como quería desayunar solo comenté:

-Gracias por traerme el desayuno. Ha sido muy gentil por tu parte y perdona mis anteriores palabras. Ahora puedes retirarte y tranquilo..., que no pediré que te azoten.

-¡Ja, ja, ja! -rio alegremente-. Muchas gracias, mi príncipe por vuestro misericordioso perdón. Os lo agradezco de todo corazón.

-¿Te estás burlando de mí?

-Vamos a ver. -dijo muy sereno-. Volvamos a empezar.

Y sin más salió de la alcoba y cerró la puerta dejándome por fin solo para poder desayunar con la clara intención que al terminar volvería a mis sueños. Vamos que se largó sin más. Lo primero que pensé es que al vasnino este le faltaba algo de cerebro y que...

En pleno pensamiento de nuevo sonaron golpes en la puerta.

-¿Quién es ahora? -pregunté. Estaba visto que hoy no me iban a dejar en paz. Uno se iba y otros venían.

-Majestad, soy yo, Xara -sonó su alegre voz desde el otro lado-. Con el permiso de vuestro padre vengo a instruiros en diversas materias, las cuales me gustaría poder hablar con vos ahora.

Demonios con este tipo, empezaba a caerme bien. Era simpático a rabiar, más seguiría los consejos de Brigadión y tendría cuidado con él, mucho cuidado.

-Anda, pasa -acabé aceptando la derrota-. y empecemos a conocernos de una puñetera vez.

El vasnino resultaba muy ameno. Aquel día, me dijo que el rey ya había fijado de antemano que sería mi nuevo instructor en todo lo referente a mi aprendizaje. Padre pensaba que Elcor no hacía nada con dos consejeros y ya que él se quedaba con Brigadión por decreto impuesto por su propia ley, la mejor opción era que Xara viniese conmigo. Así fue decidido y aprobado, sin ningún voto en contra.

Pero ameno, cordial y simpático no quería decir inocente. Por lo tanto, tendría mucho cuidado y conociendo las ideas de mi padre, no le daría muy a menudo la espalda,

-Le solicité al rey emperador, príncipe -dijo- que hoy primer día en que despertáis de nuevo en Vende, pudiera traerlos en persona el desayuno. Todo en beneficio de dar unos pasos en pos de conocernos mejor. Viendo vuestro estado de ánimo de ayer noche, supuse que desayunar en el salón no era en absoluto vuestra mejor intención.

-«Desde luego, no es tonto este chico».

Poco después mientras me debatía entre bocado y bocado, empezó a explayarse sobre los principios de lo que iban a ser sus enseñanzas. Comentó que primeramente deseaba saber hasta dónde llegaban mis conocimientos para poner un punto de partida. Debía tener cuidado ya que muchos de los aprendizajes de Brigadión entraban en el mundo de "Lo Prohibido" y Xara no debía tener conocimiento de nada de esto. En ningún momento tampoco debía hablar de la enarmonía, ¡pero qué tontería! Podía intentar sonsacarle algo de información del tema también. ¿No? Tal vez más adelante lo intentase. Habló largo, tendido y con ilusión de sus nuevas ideas para desarrollarlas en mi aprendizaje. Siguiendo mi buena costumbre le miraba, pero no atendía en demasía. Cuando acabamos, él de hablar y yo de desayunar, me ayudó a vestirme y bajamos al salón comedor donde se encontraban los demás. Padre, Lienha y Elcor en la mesa central y a cierta distancia los vasininos en otra. La primera en percatarse de nuestra presencia fue mi hermanita que como de costumbre abrió la boca con una tontería de las suyas, supongo que solo para tocarme las narices.

-Degall, -su voz era irónica y socarrona-. ya nos han avisado que prefieres desayunar solo en tu habitación en vez de con tu querida familia.

Xara, con habilidad se adelantó a mi respuesta por lo que dejamos el típico cruce de impertinencias para otra ocasión.

-Mi princesa, debo haceros saber en su defensa que no ha sido culpa suya, sino que solicité permiso a vuestro padre para que me concediese el honor de llevarle hoy el desayuno a su alcoba. Pensé que era una buena idea para empezar a conocernos mejor.

Lienha se giró hacia nuestro padre sin decir nada, pero esperando su comentario.

-Ya ves, hija mía. Un detallito sin más. No me pareció mal y así como bien dice Xara, se van conociendo.

-¡Xara! -la voz de Brigadión arrancó nuestra curiosidad y le miramos todos-. Ten cuidado con el príncipe. Debo decirte que es un joven muy impetuoso, de muy buenos reflejos y de gran captación en el aprendizaje.

-Ya lo sé, amigo. Esta misma mañana lo pude comprobar.

Padre escuchaba, pero no decía nada, seguía moviendo el papo como si la conversación no fuese con él y dando buena cuenta del desayuno.

-¡Ah! ¿Sí? ¿Y qué pasó? -preguntó mi hermana.

-Lienha, tú a lo tuyo. -contesté. Era una oportunidad que no podía desaprovechar y añadí con cierta intriga-. Son cosas nuestras..., cosas de hombres, ya sabes. Tú no lo entenderías.

Tuve la impresión que había ganado la partida a mi amor incomprendido. Nada más lejos de la realidad ya que su nuevo comentario me sumió en la más triste de las miserias.

Fue humillante.

-¿Cosas de hombres? Serán cosas de Xara, Degall. Tú... tú todavía eres un crío, hermanito.

La risotada de padre me hundió aún más en mi pesar. Únicamente rio él, mientras el volcán dentro de mí estaba a punto de explotar.

-A ver -dijo padre cuando pudo dejar de reír. Noté que su simpático semblante, cambiaba a otro menos alegre y mucho más irritado-. Se supone que sois hermanos. Habéis estado un año en Dor-Alia y veo que seguís tan idiotas o más que el día que os fuisteis. Lienha has estado con Rutter y tú Degall, con Brigadión ¿Eso es lo que os han estado enseñando? ¿A mataros con palabras afiladas como cuchillos? Desde luego que

sois imbéciles. No sé si habré hecho bien en que cada uno tengáis un mentor diferente o haberlo dejado como antes, cuando estudiabais juntos. Aunque viendo lo que veo, creo que estar separados os vendrá bien y además...

No oía sus palabras. En mi cabeza retumbaba lo que me había dicho mi amor, mi Lienha. Me había llamado "crío" delante de todo el mundo, me había llamado "crío" a mí..., a mí que la amaba con toda mi alma. Aquellas palabras quedaron marcadas en mi corazón como si fueran hechas con hierros candentes. Un corazón que suspiraba por ella y que algún día le iba a demostrar que no estaba en lo cierto, que no era ningún crío de mierda. La haría volar, gozar, disfrutar envolviéndola en mis brazos con mi amor. Lienha, ¿por qué me tratas así? ¿Por qué? En cuanto me deshaga de Elcor y padre, serás mía, totalmente mía, de nadie más. Solo mía. Jamás consentiré que me vuelvas a tratar de esta forma, soy el futuro emperador del reino y no puedo permit...

-¿Degall? ¿Dónde estás?

Las palabras de nuestro padre me volvieron a la realidad.

-Pe... peperdón, padre -tartamudeé.

Me había sorprendido soñando con mi amor que ahora me miraba con extrañeza, de hecho, todos parecían extrañados. Salí de atolladero como pude.

-Estaba pensando en lo ocurrido y tenéis toda la razón, intentaremos que no se repita, padre. Lienha, ¿por qué discutimos siempre por tonterías?

Elevé los hombros intentando reforzar mis palabras, pero realmente no sabía que decir por lo que seguí improvisando.

-Es verdad, casi siempre nos enojamos por estupideces y acabamos lo que se dice mal. Dame ahora mismo un abrazo y demostremos a todos que realmente nos queremos como verdaderos hermanos y que lo que ocurre es que somos un tanto fogosos y acalorados en nuestra forma de comunicarnos.

Fui hacia ella y al llegar se levantó y me abrazó con más vigor del que yo esperaba, no pude menos que hacer lo mismo. ¡Qué placer sentí! ¡Qué maravilla! La tenía entre mis brazos y sentía sus hermosos senos, duros y redondos, pegados con fuerza contra mi tórax. En esos momentos pensé que ojalá me hubiera insultado mil veces con tal de sentirla así y de nuevo mil veces más. Estuvimos en esa posición unos demasiados breves segundos para mí porque desgraciadamente el retrasado mental de mi padre me sacó de aquel momento celestial.

-Dejémoslo por hoy, pero la próxima vez que os vea así, preparaos. Bien, ¿qué plan tenemos para hoy, Brigadión?

63

“LA GRANJA”

-¡Tira a ese puto crío de una vez, Kotta **(16)** ! No hace más que retrasarnos y me está poniendo la a reventar con tanto lloro. Tenemos que llegar a Dor-Alia lo antes posible y a este paso ¿Cuándo llegaremos?

-¿Pero cómo dices eso de mi chiquitín, Galizas? Como sigas hablando de ese modo, al que voy a dejar tirado es a ti. -contestó con retintín su compañero.

Era un día soleado y viajaban hacia el sureste. Habían dejado atrás un pequeño pueblo hacía unos días en el que se habían abastecido de lo más necesario para seguir el camino. Kotta seguía comprando además de los alimentos para los dos, mucha leche para su bebé. Desgraciadamente todos los víveres se les habían acabado, incluido los del bebé a la que ellos mismos dieron buena cuenta sin importarles lo que le ocurriese al pequeño más adelante. Ahora este lloraba y lloraba demandando de inmediato su ración de leche tibia. Galizas solo podía mirarle con ojos de auténtico asesino, pero merced a Kotta el niño seguía respirando... por ahora.

-Entiéndelo Kotta, tenemos que comprar leche y no hay ningún pueblo por las cercanías. Tendríamos que calentarla, mezclarla con algún potingue y luego dársela. Además, seguro que luego de eructar se caga encima. ¿Como se te ocurre traer ese pequeño engendro? Te dije que nos iba a ocasionar complicaciones.

Se encontraban al sur de la provincia de Alghall cerca de la frontera con Vasnia Golteim. Los colores amarillos anaranjados de los campos interminables de trigo se perdían a lo lejos y el camino era un mero sendero por el que suponían atajarían hacía donde querían ir. Llevaban tiempo sin ver a un ser humano y todos los alimentos se habían acabado hacía horas. Por no tener, no les quedaba ni siquiera agua. Necesitaban y pronto divisar un poblado, una ciudad o una granja, lo que fuera que fuese. Casi al mediodía y bastante abatidos por la pesadez del viaje, vieron a lo lejos a unos campesinos que parecían trabajar la tierra.

-Mira Kotta ¡Allí! -señaló su compañero sintiendo el polvo del camino metido en lo más profundo de su garganta.

-Esos tendrán seguro algo para nosotros, no perdamos tiempo. ¡Vamos! Sin pensarlo ni un momento, los slá's fueron a su encuentro y se presentaron al primero de ellos, el que era de mayor edad.

-Buenos días tengáis, buen hombre. -dijo Kotta con simpatía.

-Buenas a ustedes, caballeros -respondió el campesino restregándose la manga de su camisa por su frente en un intento de quitarse el sudor-. Este puñetero trabajo se hace muy duro -y diciendo esto lanzó un asqueroso escupitajo al suelo

-Efectivamente, no se os ve alegre que se diga. -siguió Kotta-. ¿No tendréis por casualidad algo de agua fresca para poder saciarnos la sed? El viaje se está haciendo muy duro y llevamos tiempo sin ver a persona alguna o pueblo por el camino.

-¿Agua? Podréis disponer de toda la que queráis si subís a aquel risco. -respondió señalando un lugar no muy distante-. Hay un pequeño manantial, baja por dentro de las montañas y sale allí mismo.

-Muchas gracias, amigo, pues allí iremos.

Y en el momento en que iban a tomar la nueva dirección donde les había aconsejado el campesino, la criatura que estaba callada comenzó nuevamente a llorar. Se encontraba dentro de una saca atada al pomo de la silla de montar de Kotta. Este miró a Galizas que no había abierto la boca como preguntando:

-¿Y ahora qué hacemos?

Pero fue el lugareño el primero en hablar.

-¿Lleváis ahí dentro una criatura, señor?

-Es su hijo. -respondió Galizas-. No tenemos otro sitio donde poder transportarle cómodamente. Enterramos a su esposa hace menos de veinte días muy al norte en Alghall, casi en la frontera con el Reino Kall. Nos dirigimos a Dor-Alia donde nuestra hermana que es mucho más ducha en cuidar niños que nosotros, le atenderá mejor. Su mujer se llamaba Driabola y no pudo superar el parto -el slá hablaba con fingida tristeza como buen comediante que era.

-¡Demonios! -soltó el campesino.

Acababan de llegar junto a él dos jóvenes hombretones de mediana edad además de una bella muchacha y un crío que no llegaría más allá de doce o trece años. No había ninguna duda, por los rasgos de los cuatro debían ser hijos suyos.

-Por cómo llora ese condenado, diría que tiene hambre. -añadió el campesino.

-Se nos acabaron las provisiones hoy muy de mañana. -habló Kotta con voz lastimera intentando quitar los ojos de la muchacha-. Mi niño tiene hambre y no tenemos alimento alguno que pueda llevarse a su pequeña boquita. Le veo y le siento desfallecer

poco a poco. ¿No tendréis buen hombre, algo de comer para mi bebé y luego para nosotros? Os pagaríamos un precio razonable por vuestra desinteresada ayuda.

El campesino al oír algo relacionado con beneficios, actuó y pensó raudo.

-Céspedes..., ¡de prisa! Ve a la granja y avisa a tu madre que hoy tenemos invitados. Que prepare comida para todos y también para un bebé. ¡Rápido! ¡Rápido!

El tal Céspedes salió como alma que lleva el diablo perdiéndose más allá de la siguiente hondonada.

-Esperad un momento, caballeros. -dijo el campesino emprendiendo también él otra ligera carrera hacia un árbol vecino. Allí recogió un cántaro de agua fresca que almacenaban a la sombra semienterrado y al volver se lo entregó a Kotta.

-¡Por favor! Dad algo de agua al bebé, caballero y como no, también serviros vos y vuestro hermano.

Kotta cogió el cántaro, pero antes de darle de beber al bebé y ante la mirada incrédula de aquellos campesinos, bebió primeramente un refrescante y muy largo trago. Luego sacó al niño de la saca y con mucha dificultad se lo colocó en su regazo. Intentó administrarle la ansiada agua, pero esta resbalaba por la comisura de los labios de la criatura que más que beber parecía estar ahogándose. Sus pequeños grititos sofocados lo decían todo.

-Parecéis nuevo en estos oficios, señor. -sonrió el campesino.

-Debéis perdonarle, -se adelantó un Galizas sonriente-. es nuevo en estos menesteres y ya se le ve, el hombre hace lo que puede, aunque no muy bien del todo.

-Tú lo que pasas es que no quieres a este niño. -protestó el nuevo padrazo sin poder ocultar cierto enojo.

-A ver, Kotta, dejemos este asunto para más adelante. -cortó tajante Galizas-. A nadie le interesa nuestras comidillas. ¿De acuerdo?

-Está bien, más adelante hablaremos.

El campesino y sus hijos miraban sonrientes y no entendiendo muy bien lo que pasaba entre aquellos dos hombres.

-Bueno. Si les parece y como ya es mediodía..., nosotros podemos dejar de trabajar por ahora. Los llevaremos hasta nuestra granja donde mi mujer dispondrá de una apetitosa y succulenta comida para ustedes y el pequeño retoño.

-Perfecto, vamos allá entonces -dijo Galizas alegremente.

-Por cierto, caballeros, debéis perdonarme que no os haya presentado a mis hijos todavía. -dijo cortésmente el campesino.

-“¿Y para qué quieres presentarme a tus hijos, imbécil? -pensó Kotta, acto seguido miró a la hija de este y sus ojos se nublaron un poco- ¡Vaya, amiga! No estás en absoluto desdeñable, en absoluto. ¡Qué buenas tetas te traes! “.

-Aquel que corre para avisar a mi mujer, es Céspedes el mayor. -señaló al que volaba ya por el campo-. Luego está Roccol, mi hija Bershade y el pequeño este..., este pequeño idiota que se llama Fildeo. -y diciendo esto le propinó un capón en la cabeza-. Es un pequeño holgazán al que cuesta mucho trabajar.

Se dirigió hacia él y poniendo su cara a la misma altura que la de su hijo menor, le dijo en voz alta para que lo oyesen todos.

-Hoy no te mereces nada. No has llegado a sembrar ni la mitad de lo que han sembrado tus hermanos. Mira tu saca ¿Cuántas semillas has esparcido? Ni la mitad, Fildeo. ¡Una auténtica y verdadera mierda! Así que hoy como casi siempre comerás de nuevo en la puñetera cuadra con tus amigos los cerdos. A ver si de ellos aprendes algo.

Se volvió hacia los slá's olvidándose completamente de su hijo menor, de la mirada temerosa de este y se presentó ofreciéndoles la mano a los viajeros a modo de saludo.

-Por cierto, mi nombre es Káeer. Para servirles, caballeros.

Mientras hablaba el padre, sus hijos oían lo que decía y permanecían mudos totales. Ese dato decía mucho de la educación que debían haber sufrido a lo largo de sus vidas y eso es justo lo que dedujeron ambos slá's en sus pensamientos.

-“Estos chicos parecen estar muy bien educados o muy acostumbrados a los palos”.

-Caballeros, acompañarnos por favor, a nuestro humilde hogar. Vayamos a comer y no se preocupen de más. -manifestó con ojos ávidos de solo pensar en las próximas y fáciles ganancias-. Nos ocuparemos de saciarles como es debido y por cierto..., no deseo que piensen que soy una persona impertinente o interesada..., ¿pero pagarán en monedas o bien con oro?

-Con oro mismo. -afirmó Galizas, a la vez que le cedía una pequeña piedra del metal dorado-. Tomad y preparad asimismo una buena cena y unos cómodos catres donde podamos pasar una noche sin frío y al calor de una buena hoguera o chimenea, lo que vos deseéis. Nos quedaremos hasta mañana y luego partiremos. Necesitamos descansar un poco. ¿Os parece suficiente el pago?

La ambiciosa cara de Káeer decía que sí y la sonrisa de sus hijos confirmaban lo mismo. Así que con el bebé que no cesaba en su berrear, ambos siguieron a la familia hasta la granja.

Nunca la hubieran visto, se encontraba escondida dentro de una arboleda. Una recia casa de madera con un espléndido cobertizo y a su lado, una gran cuadra donde muy posible habría ganado y otros animales. Al entrar en la casa pudieron observar que no era una vivienda de ricos, sino de gente muy humilde, con muchos parches de maderas remendada que parecían brotar aquí y allá. Algo parecido a un salón presidía la entrada con la cocina adyacente y desde de ahí se podía entrar en cualquiera de los cuatro cuartos que no tenían puertas. Con esto quedaba muy evidente que en aquel lugar no había oro ni riquezas.

Como no podía ser menos, Beginda la mujer del campesino también les fue presentada. Estaba trabajando rodeada de viejas cacerolas y cacharros, había empezado a cocinar lo mejor posible una comida opípara, eso con lo poco que tenían. Galizas observó cómo Káeer hablaba con su esposa y luego le enseñaba la pepita de oro, su nueva y pequeña fortuna. Después la introdujeron dentro de un cofre y lo dejaron encima de una alacena. A posteriori todos comieron juntos, todos excepto el pequeño Fildeo. Este con un plato humeante y a rebosar en sus manos y con un mendrugo atezado con sus dientes, salió por la puerta rumbo a la cuadra haciendo caso a lo que había dicho su padre. Después de comer con la panza bien llena (incluida la del bebé), Kotta solicitó amablemente a Beginda que cuidase del niño mientras salía con Galizas a dar una vuelta por el campo. Le dijo que querían bajar la excelente comida y hablar entre ellos de sus planes para aquella noche, aunque a la mujer solo le comentó la primera parte de sus propósitos. Salieron al campo y estuvieron paseando y decidiendo de lo que harían al llegar a Dor-Alia, elaborando un plan para establecer de nuevo contacto con el príncipe Degall o en su caso con Brigadión, aunque este último resultase más peligroso.

Ya a media tarde decidieron volver a la granja y al entrar lo primero que vieron fue a Beginda que mecía con amor y sumo cuidado al pequeñín.

-Señor, -preguntó a Kotta-. este crío es una bendición. ¿Cómo se llama?

-¡Eh! Bueno... ¡Huuuumm! -el slá con cara de idiota se quedó clavado delante de la mujer sin saber que responder mientras ella le miraba esperando la respuesta.

-Llurief, se llama Llurief en honor a nuestro padre. -dijo raudo Galizas-. Además, se parece mucho a él, vamos diría que es idéntico a su abuelo.

La buena mujer miró al bebé y volvió a acurrucarle aún más entre sus prominentes pechos.

-¿Quién quiere mucho a este muchachote? ¿Quién es la alegría de la casa? -luego pasó su dedo índice por la boca del supuesto Llurief haciéndole unas cuantas carantoñas más-. ¡Agooo! ¡Agooo!

La sonrisa del pequeño bebé enamoraba a la mujer y ver esta escena amorosa no agradó que se diga mucho a Kotta, por lo que sutilmente solicitó a la mujer que le devolviese aquello lo que creía era suyo. Ella accedió, pero con un mohín poco agradable en sus labios.

Cuando llegó la noche volvieron marido e hijos de Beginda de realizar las labores del campo. Al rato cenaron todos juntos y poco después les indicaron a los viajeros una de las habitaciones que habían dispuesto para que durmiesen. Al lado de una de las camas habían colocado un viejo y maltrecho sillón donde Llurief podría descansar con comodidad. Aquella noche a Roccol le tocaba roncar en el frío suelo.

-El oro es el oro, hijo mío y la vida es así, a veces hay que asumir situaciones. -le había dicho Káeer a Roccol esa misma tarde advirtiéndole de antemano donde iba a dormir.

Poco después las lámparas de aceite apagadas señalaban que todos descansaban en la casa. Todos excepto el pequeño Fildeo, a quién habían castigado de nuevo y se había ido a pernoctar en la misma cuadra donde había comido. Algo muy normal y natural en su por ahora corta vida.

Esperaron el debido tiempo y llegó la hora de trabajar para Galizas y Kotta. Recitaron los versos oscuros y dejaron aquellos cuerpos, dirigiéndose directamente en forma etérea, al cuarto de Káeer y Beginda. Entraron en los nuevos organismos y poco después se ojeaban. ¡Perfecto! La primera parte del plan había resultado un éxito para ambos excesivamente fácil de conseguir. Ahora debían esperar unos minutos antes de proceder con la segunda parte ya que entrar y salir de un cuerpo sin dejar al organismo se aclimatara al nuevo ser podía resultar algo peligroso y contraproducente.

Tras unos minutos Kotta habló en un leve susurro.

-¿Has pensado qué hacemos con el enano ese de la cuadra? -era como si Beginda hablara.

-Sin testigos no hay pruebas. -respondió quien antes se llamaba Káeer-. Espérame aquí que ahora vuelvo.

Recitó de nuevo los versos y el humo etéreo salió de Káeer, pasó por el cochambroso saloncito y a través de un resquicio de la puerta accedió al exterior dirigiéndose a la cuadra, allí empezó a buscar a Fildeo, pero Fildeo no se aparecía por ningún lugar.

Fildeo nació en un mal momento. Desde siempre sus padres y hermanos que trabajaban muy duro en el campo, habían tenido lo justo para alimentarse y una nueva criatura era lo último que deseaban en aquellos o en cualquier "ningún" momento. Desde el principio fue tratado sin amor (sus hermanos ya habían pasado por esa misma suerte con anterioridad), pero él, siendo el más pequeño de todos, eran un continuo motivo de mofa y burla de casi todos los integrantes de la familia. De casi todos menos de su hermana Bershade que era la única que mostraba cierto amor por él.

En cuanto pudo ponerse de pie, se puede decir que le empezaron a llover palos y trabajos, simples al principio, pero que poco a poco fueron creciendo en intensidad y responsabilidad. No pasaba día que no fuera castigado por su osadía en el incumplimiento de las dictatoriales normas que marcaban sus padres y hermanos, terminando castigado y comiendo o durmiendo en la cuadra con las bestias. Incluso

algunos días su tortura era estar sin alimento alguno, lo que daba pie a cierto gozo entre los demás porque en la mesa había más sustento a repartir. A escondidas y con miedo de ser reprendida por ello, su hermana se arriesgaba y le hacía llegar lo que podía, un mísero chusco de pan o algo de sopa caliente.

Todos se habían acostumbrado a amenazarle, cuando no a pegarle. Desde bien pequeño le decían todo tipo de barbaridades y una de ellas era que le iban a regalar algún día al primer viajero que se presentase por aquellos lares para que le sirviese de esclavo y sin nada a cambio, solo con la única intención de perderle de vista.

Cuando Galizas y Kotta llegaron, Fildeo observó cómo el primero de ellos hacía alguna observación que no parecía agradaarle el niño que llevaban y el otro contestó que dejase el asunto para más adelante. Pero aquel comentario se quedó en su mente, así como sus nombres, Galizas y Kotta o Kotta y Galizas.

Sumó dos y dos y creyendo que iba a ser cambiado o regalado a los viajeros, decidió partir esa misma noche muy lejos de allí. Su padre pareció confirmar el cambio dándole un capón delante de los recién llegados, tratándole de nuevo como si fuera escoria y mostrando el poco trabajo que había desempeñado aquella mañana. Así que en esos mismos instantes tomó una decisión que a la postre le salvaría la vida, decidió largarse e iniciar una nueva vida lejos de allí.

Decisión no le faltaba, años sí. Esa noche seguro que le iban a mandar a dormir a la cuadra y era una oportunidad que no iba a desaprovechar. Se olvidaría para siempre de su maldita familia. Lo sentía por Bershade, pero la debía dejar con ellos, tal vez en un futuro volviese a buscarla, pero solo eso. ¡Tal vez!

Pero nunca más volvió por la granja, por lo que no supo que esa fatídica noche realmente había renacido perdiendo también para siempre a su familia.

Cuando estuvo bastante alejado de la granja creyó oír gritar a su hermana, pero no dio mayor importancia a lo oído ya que supuso que a esas horas lo más seguro era que fuera un animal y no ella quien chillase y sin más decidió proseguir su camino bajo un manto de estrellas.

Galizas siguió buscando por toda la granja y por las cercanías, pero no consiguió dar con él por lo que volvió dentro de la casa. Llegó al cuartucho donde Céspedes dormía en una cama con su hermano Roccol junto a él..., pero en el suelo. La luz mortecina de la luna entraba por un ventanuco e inundaba el ambiente de un color gris plateado. No tenía ninguna prisa, Céspedes o Roccol, Roccol o Céspedes. Había convenido con Kotta de coger el cuerpo del menor de los dos, pero ahora que era el primero en llegar se podía dar el gusto de elegir, Kotta podía irse a la mierda. Sin más demora entró en Céspedes y el calor de su nuevo ser le llenó de placidez, bienestar y satisfacción. Al rato cuando estuvo restablecido se levantó en silencio y sin hacer ruido alguno, se dirigió hacia el cuarto contiguo donde se encontraba Beginda, o mejor dicho Kotta junto al cadáver del campesino. Entró muy despacio y se sentó en la cama a su lado. Suavemente movió a la mujer en un intento de despertarla susurrándole muy bajo en la oreja:

-Madre, madre. Ahora que padre y los demás están dormidos, ¿Podemos volver a hacer el amor como siempre? ¿Puedo tomarte de nuevo? -dijo Galizas poniendo su mano encima de un seno de Beginda y masajeándolo suavemente. Se sentía inspirado y a punto de explotar de la risa viendo la cara de la mujer.

-¿Puedo?

Ella le miró muy atenta y con ojos horrorizados.

-¿Co... coco, como dices?

-¿Que si estas preparada para que te penetre, mi amor?

-No, ¡Eeehh! No podemos dejarlo para otro día, ca...ca... cacariño. Re... resulta que no me encuentro muy bien y...

La acallada risa de Galizas hizo que Kotta se diese cuenta rápidamente de la ocurrencia de su amigo. Asqueado, no pudo menos que rociarle con una sarta de adjetivos apenas audibles que le calificaban demasiado bien.

-¡Eres un imbécil, Galizas! ¡Jodido imbécil de mierda! Menudo susto me acabas de dar. ¡Mamarracho!

Galizas sonreía casi sin poder casi contenerse, pero gracias a la criminal mirada que le lanzaba Kotta consiguió aplacar su estado. Con rapidez le conminó a que actuase ya.

-Ya es hora, Kotta. Tu turno, ya sabes a por el Roccol ese.

-Has elegido lo que has querido y habíamos quedado que Roccol era tuyo y Césp...

-Déjate de monsergas y espabila. Por cierto, el crio ese se ha largado. No he conseguido encontrarle por ningún sitio.

-¿Cómo? ¿Y ahora, qué hacemos?

-Lo que habíamos ideado desde el principio. Sal de ahí y ve a por Roccol. Date prisa y acabemos esto de una vez.

Kotta recitó e instantes después salía de Beginda para entrar en el muchacho. Todo había ido como la seda, a la perfección y solo quedaba una desvalida Bershade en su camino por lo que no había ningún problema a la vista. A partir de ahora tocaba diversión. Con los anteriores cuerpos que habían utilizado Galizas y Kotta y ahora los de Káeer y Beginda, eran cuatro los cadáveres que reposaban inertes en aquel cementerio llamado granja.

Cuando Kotta estuvo integrado en su nuevo ser, los dos slá's se presentaron ante Bershade como vinieron un día al mundo, completamente desnudos. La muchacha dormía con placidez sin tener ni la más remota idea de lo que se le venía encima. Cuando quiso darse cuenta, ya era demasiado tarde.

Nada más despertarla y a pesar de sus gritos y resistencia fue fuertemente atada de pies y manos a las esquinas de la cama. La muchacha no creía lo que le sucedía, era imposible lo que sus propios hermanos claramente intentaban hacer... ¿pero y sus padres?, ¿Dónde estaban sus padres? Pidió auxilio y al momento Galizas le tapó la boca con un viejo trapo ya que no quería oír sus gritos de terror. Increíblemente nadie acudía en su defensa, y encima sus hermanos se reían de la situación. Las ataduras fueron realizadas de forma tan cruel y salvaje que no pudo menos que llorar por el dolor de la presión en sus muñecas, con sus manos cada vez más amoratadas.

Empezaron a palparla la cara, el cuello, los pechos y siguieron bajando hasta donde se juntaban sus piernas. Allí, Roccol le introdujo con fuerza algo muy dentro de ella. Algo muy frío, demasiado frío.

-Amor ¿Te gusta la empuñadura de mi daga? -dijo este con una mirada que rayaba la locura según metía y sacaba repetidas veces su arma de la sangrante vagina-. ¡Vaya, hombre! Si resulta que eres virgen..., bueno, no importa, amor mío. Eso me hace más ilusión.

Finalmente decidió poseerla diciendo:

-¿A que mi dulce verga esta más calentita, amorcito? Dime ¿qué sientes? ¿A que te gusta?

Las lágrimas de la muchacha no sirvieron de peros para intentar detener al inhumano Kotta, al contrario, verla llorar le excitaba más y más.

-Date prisa, Kotta. Espero que no pienses estar ahí encima toda la noche.

Galizas tampoco podía ocultar a su amigo el deseo desenfrenado de poseer a la muchacha. Cuando el primero acabó, sin siquiera dar un respiro a Bershade, subió encima de ella y la ultrajó también como una bestia salvaje.

Ambos repitieron sus actos hasta acabar completamente extasiados. Luego como punto final a su actuación, la misma daga con la que la habían empezado, quedaba hincada en la vagina de Bershade hasta la misma empuñadura, haciendo que la pobre muchacha se desangrase y falleciese.

-¡Gracias, cariño! -dijo Galizas al aún caliente cadáver-. Ha sido un verdadero placer. ¡Ja, ja, ja!

-¡Esa sí que es buena -rio también su amigo- Ha sido un verdadero placer. ¡Ja, ja, ja! ¡Qué bueno!

Cuando se serenaron un poco apilaron los cuerpos en el suelo de una misma habitación, los taparon con varias mantas y se echaron a dormir tranquilamente para descansar del duro trabajo realizado.

Ahora había camas de sobra.

-Si aparece el enano. ¡Matarile Galizas! No podemos dejar cabos sueltos. -sugirió Kotta refiriéndose a Fildeo

-Creo que ese crío no aparecerá por aquí en mucho tiempo. Debía estar hasta las narices de esos -dijo señalando el gran fardo debajo de las mantas-. Tal vez no lo sepa, pero hoy ha sido su gran día de suerte.

Durmieron hasta bien entrado el día siguiente, luego desayunaron y Kotta atendió a su pequeño Llurief. Poco después, estaban preparados para marchar del lugar, pero no sin antes haber cogido toda la comida y víveres necesarios para las siguientes jornadas. Repentinamente al salir de la casa Galizas exclamó:

-¡Espera un momento!

Volvió sobre sus pasos, llegó a lo que se podía llamar cocina, cogió el cofre que estaba sobre la alacena, lo abrió y allí encontró de nuevo su pepita de oro además de unas pequeñas monedas. Total..., ¿para qué dejarlas? Si aquellas gentes no las iban a necesitar jamás.

Salieron de la casa acercándose a la cuadra, donde el fallecido Káeer había llevado sus caballos para que descansasen y comiesen. Kotta al ver lo que ocultaba el lugar dijo burlescamente:

-¡Qué gente más encantadora! Realmente dignos de admiración, Galizas. Cómo se han portado con nosotros. ¡De maravilla, de maravilla! Nos han ofrecido y dado comida, cuerpos, sexo, monedas, víveres para el camino y encima, encima mira esto... ¡Caballos! ¡Caballos, gratis! -gritó viéndolos-. ¡A por ellos! Creo que por aquí no los van a necesitar más. Por cierto, ese alazán negro es mío, no como el cuerpo de Céspedes que has pillado tú ¡Cacho perro! ¡Ja, ja, ja!

Su cruel carcajada lo decía todo y después de escoger o mejor dicho, robar, ultrajar y asesinar, prosiguieron tranquilamente su camino hacia Dor-Alia.

La empedernida lluvia había empezado muy de mañana. La compañía de la Luna y del Sol con Lun DeLof **(17)** al frente había dejado hacía unos cuantos días Nueva Maran. Habían estado recorriendo y ofreciendo espectáculos en pueblos y ciudades y ahora se dirigían hacia el noreste, hacía la provincia de Lamiah donde pensaban hacer buenos ingresos con sus actuaciones al aire libre o donde se terciase.

Lun en su caballo, llevaba puesto sobre su cabeza un sombrero de ala ancha, las gotas de agua caían sobre él sin cesar, pero parecían no dañarlo e iban rebotando directamente al suelo. Un grueso abrigo de piel de aspecto robusto y confortable le daba calor en un día demasiado pasado por gua. Era como si hubiese un verdadero duelo de nubes allá arriba en el cielo.

-¡Altooo! -gritó desde la cabecera de la caravana levantando su brazo al dar la orden para que todos le vieran, luego repitió de nuevo-. ¡Altooo!

La compañía se detuvo como si fuera un único cuerpo. Lun DeLof, miraba hacia a un cercano árbol de grandes ramas y frondosas hojas que resguardaban en su base a un chaval que estaba allí sentado y que parecía ajeno a todo lo que sucedía a su alrededor. Incluso a los rayos que iluminaban el horizonte y que parecían venir en esa dirección.

-Hola, chico. -dijo lun levantando un poco el sombrero para verle mejor.

-Hola, señor. -contestó el chaval con mucha cortesía.

-¿Parece que llueve un poco, no?

-Sí, señor.

-Y se puede saber ¿Qué haces aquí, chico?

-Esperar, señor.

-¿Esperar? ¿Esperar a qué? -preguntó lun curioso.

-Esperar a que deje de llover, señor.

-Creo que eso tardará un poco, amiguito, puedes... ¿puedes decirme hacia donde te diriges? -el cabecilla miró sonriente a sus compañeros que iban cómodamente sentados en los pescantes de los carruajes sujetando las riendas de los caballos y mojándose lo mínimo, no como él.

-Hacia allí, señor -dijo el jovencito señalando el camino a lo lejos.

-¿Hacia allí? Estás en medio de la nada. ¿Y vas hacia allí? Hacía allí solo hay camino y más camino, chico. ¿Te has perdido o te has escapado de tu casa? Vamos, dime la verdad, por favor. -sonrió con aire paternal.

-Sí, señor. Me he escapado. -argumentó con fuerza en sus palabras y sin miedo en la respuesta-. Pero no de mi casa, sino de mi cárcel, señor.

-¡Vaya con el señor, chaval! ¿Puedes dejar de llamarme así? ¿De llamarme señor? - lun seguía sonriente, le gustaba aquel pequeño extraño recién conocido. El chico no lo quería demostrar, pero tiritaba de frío por la lluvia que empapaba sus ropas.

-Sí, señor.

-Vale, déjalo. Parece que estás algo mojado. ¿No?

El chico le miró sin saber bien qué decir.

-Espera, espera no contestes, por favor. No digas eso de... sí señor ¿A que sí?

-Sí..., sí, señor. - contestó un poco más tímido.

-Bien, de acuerdo, lo acepto. ¿Y cómo te llamas, si se puede saber, chavalote? Puedes decírmelo. Yo soy Lun DeLof y esta que ves es La Compañía de la Luna y del Sol.

El crío movió la cabeza intentando divisar mejor la extensa compañía que estaba allí delante detenida y vio muchos carruajes, carromatos y caravanas tirados por caballos, caballos como los que tenía en la cuadra donde muchas veces dormía. Luego volvió con Lun DeLof.

-Me, me llamo Fildeo, señor.

Los integrantes de la compañía empezaron a acercarse para ver por qué se había detenido y sobre todo para saber qué hacía un chaval en medio del campo y debajo de un árbol con lo que llovía. Uno de ellos sin más al ver al llamado Fildeo calado hasta los huesos, reculó hasta su carromato y volvió con una gruesa manta que le echó por encima.

-Gracias, señor -agradeció temeroso y con timidez.

-Chico, te lo tengo que decir, da pena verte así. Por eso te voy a hacer una oferta. Una oferta que no puedes rechazar, pero primero debes saber que tienes tres opciones para decidir -todos escuchaban las palabras de Lun DeLof que seguía hablando desde lo alto de su caballo-. Vamos a ver cómo te explico las salidas que tienes ahora mismo. Una, la primera. Volver a tu casa o tu cárcel como dices tú. Pero creo que eso no entra dentro de tus planes. ¿Verdad? -Fildeo negó con la cabeza seguro-. Dos, la segunda. Seguir tu camino hacia donde dices que este te lleve, que sinceramente -le guiñó un ojo

al chico sacándole una pequeña sonrisa-. creo que no te llevará a ninguna parte interesante y tres... ¡Tachááán!

lun descabalgó con fuerza saltando del caballo al suelo sin percatarse que justo debajo de él se encontraba un gran charco de agua.

-¡Mierda! -exclamó ante las risas de todos sus compañeros de viaje incluido Fildeo. ¿Quién ha puesto este charco aquí?, Esto solo me puede pasar a mí, ¡Demonios! - miró al chaval de nuevo y vio que con su argucia, había conseguido hacerle un poco más feliz, pero aquello solo parecía una débil sonrisa-. Bueno, sigamos y ¡Tres! -hizo la típica reverencia de comediante de feria dirigida a Fildeo añadiendo. La tercera opción. La mejor..., la única..., y la más auténtica. ¡Ratatachááán! Que te unas a la más maravillosa, original y dinámica compañía de todo el reino, a La Gran Compañía de la Luna y del Sol. Tienes la posibilidad de ser uno más de entre todos nosotros, con derecho a voto, a opinión, a criticar, a elegir, a exigir y a... -sonrió por el cebo que lanzaba derecho hacia Fildeo-. y a (por supuesto) a comer caliente y dormir de igual forma rodeado de gente buena. A divertirte y a soñar, ¿Por qué no? ¿Verdad, amigos? ¿Por qué no?

Esto último lo dijo dirigiéndose a todos sus compañeros de fatigas que estaban junto a ellos. Los vítores estallaron a la vez y no cesaron hasta que lun solicitó su silencio con señas ostentosas de los brazos. Cuando finalmente lo consiguió, volvió a hablar:

-Y también a aprender el oficio de comediante (que nosotros mismos nos ocuparemos de muy buena gana enseñarte) y que te llevará a través de todo Shámsala e incluso, si no hay muchas trifulcas, entre los reinos más allá de las fronteras. ¿Qué dices, muchachote? ¿Te animas y te unes a nosotros? Ahora nos dirigimos a Lamiah, donde la gente aprecia con verdadera pasión el teatro y la pantomima.

Fildeo le observó meditabundo con todas las miradas de los comediantes confluyendo en él, Completamente perdido en su mundo, no decía nada, solo les observaba. lun no pudo aguantar y soltó eso de...

-Venga, chaval. ¿A qué esperas? ¿Qué dices a nuestra maravillosa oferta?

-Sí, sí señor. Me apunto.

Respondió solo con esas palabras y la alegría de esas gentes por su decisión no se hizo esperar resonando en medio del campo y de la lluvia también. No les importaba en absoluto mojarse, ahora tenían un nuevo compañero. lun estaba eufórico con la apropiada decisión de Fildeo. Un crío en medio del campo, solo y mojándose era algo que él no iba a permitir y llevarlo de nuevo allí de donde había huido tampoco le agradaba la idea. El chaval parecía ser una buena persona por lo que, si huyó, por algo sería pensó. Le enseñaría el oficio de comediante y sería su protector. Además, como no tenía hijos, a alguien debía darle su cariño, ¿y por qué no a Fildeo?

-Bueno, -dijo en voz alta para ser oído por todos-. puesto que a partir de hoy eres un miembro más con pleno derecho de la Compañía, lo primero es ponerte un nombre por el que seas conocido. Un nombre artístico y adecuado a tal fin ¿Qué te parece lo que te digo, Fildeo?

-Me parece bien, señor.

-Creo que me voy a tener que acostumbrar a eso de señor, hijo. -dijo mirándole con ternura. Luego se volvió a toda la compañía-. ¡A ver, compañeros! Se necesita un nombre artístico para Fildeo y se aceptan propuestas.

La lluvia justo en esos momentos empezó a parar y aquellos maravillosos comediantes comenzaron a divagar sobre nombres para el nuevo y futuro cómico.

Furdeos, Fildobum, Fárfas, Fildeum, Fildil, Fildum y muchos, muchos más resonaron entre todas las opciones, más al final quién debía elegir era el propio Fildeo. lun se acercó a él preguntándole:

-Amiguito, Fildeo. Has oído todos los nombres que a esta cuadrilla de feriantes se les haya podido ocurrir. ¿Te ha gustado alguno de ellos?

-Sí, señor -respondió agachando la barbilla.

lun se la levantó suavemente, diríase que con amor.

-¿Cual, hijo mío?

-Fildeum, señor.

lun DeLof se volvió hacia sus comediantes y gritó:

-Oíd todos y os lo repetiré por si acaso, que sé de sobra que más de uno anda sordo por ahí. A partir de hoy el nuevo miembro de esta gran familia se llamará ¡Fildeum! ¡Fildeum!

Todos volvieron a ovacionar a Fildeo, lun DeLof intentando que aquello no se hiciese eterno, llamó a uno de ellos.

-Gerfas, atiéndele, por favor. Dale ropa seca y limpia, comida caliente y hazle un buen sitio en tu caravana donde pueda dormir a gusto. Por cierto, primero ayúdale a asearse un poco. -miró al chico cariñosamente-. Fildeum, no sé cuánto tiempo llevas así correteando y sufriendo en soledad, pero esas pintas que llevas me dan algunas pistas. La limpieza es esencial y Gerfas te ayudará a acicalarte un poco. Verás que bien te sientes después. Luego a llenar esa panza, a dormir un poco y a recuperarse.

-A la orden, señor -contestó sonriente Gerfas. Lo que le hizo arrugar un poco el ceño a lun DeLof. Su compañero le había contestado con la misma palabra que parecía gustar a Fildeum. Gerfas miró al chaval y haciéndole una seña dijo amigablemente-. Por aquí, por aquí, caballero.

Fildeo o Fildeum que aún seguía sentado a los pies del árbol se levantó de un salto y se fue con Gerfas. En la distancia se volvió hacia lun quien montaba de nuevo en su caballo y con unas pequeñas lágrimas que resbalaban por sus sonrosadas mejillas dijo:

-¡Gracias! ¡Gracias, señor!

-De nada, hijo -contestó lun con un nudo en la garganta-. De nada y sé muy bienvenido.

Tardaron días en llegar a la ciudad. Increíblemente el pequeño Llurief sobrevivió al viaje, puesto que Kotta se ocupaba de él como una verdadera madraza. No hacía caso para nada de los continuos consejos de Galizas, quien le decía tirase a la criaturilla en cualquier parte del camino para poder proseguir más de prisa.

-Los lobos darían buena cuenta de él, Kotta. Tíralo ya de un puñetera vez y prosigamos. ¡Dios! Yendo a esta marcha se nos va a hacer eterno. ¡Mierda de crío!

Pero no tenía más remedio que aguantar y seguir con su amigo, puesto que Degall o Brigadión debían conocerle. Presentarse sin Kotta no era muy apropiado.

Y así al cabo de los días llegaron los tres a Dor-Alia, la bulliciosa ciudad del oro.

-Ya estamos aquí -comentó con alegría Kotta al entrar en ella. La miraba con expresión de asombro, hacía mucho tiempo que no estaba en una gran urbe. Gente y más gente por todos los sitios, por todos los lados. Comercios repletos de clientes, cuyos comerciantes estaban plenamente dispuestos a mejorar su capital. Puestos de venta ambulantes con mercancías que se vendían al mejor postor, trueques, cambios, ventas de todo y por todos los lados. Y por haber, hasta algunas preciosas calles adoquinadas que hacían que el sonido producido por las herraduras de los caballos fuese un verdadero deleite. Observando toda esta maravilla, Kotta no salía de su propio asombro.

-¡Uaaaauu! Galizas, por fin algo bueno. Mira qué cuerpos..., mira qué cuerpos. ¡Uaaaauu! Aquí hay de todo lo que necesitamos. Nos está diciendo ¡Cogedme! ¡Cogedme!

-¡Suave, Kotta! Creo que te estás poniendo un tanto nervioso con tanta gente, mejor tranquilízate que veo por tus ojos que te vas a perder.

-¿Pero cómo quieres que me tranquilice y que no me pierda? Si he estado recluido en una taberna, ni sé los años. Allí solo había polvo y más polvo y no precisamente del que nos gusta. ¿Qué hubieras hecho tú? ¿Hubieras aguantado?

Sus ojos ojeaban el bullicio de la ciudad sin perder detalle de nada

-Esto es vida, Galizas. ¡Vida! Hay de todo lo que quieras encontrar. -le guiñó un ojo-. Todo lo que necesitemos, Me entiendes ¿No? ¡Todo!

-Kotta, Kotta ¿Y qué vas a hacer con ese chiquitín? ¿No te va a estorbar para poder realizar tus sueños? -señaló Galizas con una truculenta mirada directa a la saca de Llurief.

-¿Con mi niño? ¡Es verdad! Pero mi chiquitín nunca estorba, mi niño me quiere mucho, ¿Verdad, Llurief?

Galizas prefirió mirar hacia otro lado. Su compañero de viaje seguía siendo tan imbécil como el primer día que dejaron la taberna allí en la lejana Alghall.

-¿Y ahora como nos ponemos en contactos con el Brigadión ese?

-Tranquilo. -respondió Galizas enojado por la situación de su compañero niñoero-. Lo primero que haremos será ir a comer a alguna taberna de las cercanías y enterarnos de cómo están los temas importantes de la ciudad. Hay que preguntar y luego ya veremos lo que hacemos.

-De acuerdo entonces.

Y mirando a su saca metió la mano dentro haciéndole mimos al niño. Galizas en su desesperación le oyó decir eso de...

-Llurief, Llurief ¡Huy! Que nombre más bonito tiene mi niño. Su padrino el tío Galizas se lo ha puesto muy bonito ¿A qué sí, chiquitín? ¿A que sí?

Llegaron a una posada que tenía un gran cartel en el que se leía con letras granates "Posada del Tuerto". Entraron y sin mucha dificultad divisaron a su dueño que llevaba un gran parche negro encima de su ojo derecho solicitando alojamiento. La mirada del único ojo del posadero no fue muy clara cuando divisó dos jóvenes muchachos con un niño nacido no hacía mucho. Pero Galizas ya tenía todo previsto, no como Kotta que cada vez que abría la boca soltaba una tontería. Aludió a que era su sobrino menor y que iban a casa de su abuela en un pueblo cercano, sus padres debían trabajar y no podían hacerse cargo de ellos. Le dijo que tenían (y se las enseñó), unas pocas monedas aparte de algo de oro para poder comer y dormir en aquella posada. Con ver el metal reluciente fue suficiente para que el eficiente tabernero no hiciese más preguntas. Les llevó comida y luego los acompañó hasta sus mugrientos dormitorios donde incluso en uno de ellos colocó una maloliente cuna. Galizas aprovechó que Kotta se quedaba en el dormitorio con Llurief para hacerle ciertas preguntas al tabernero. Poco tiempo después sabía todo lo que necesitaba y volvió con Kotta. Este viéndole la cara de amargado que traía, sus formas y el portazo con el que cerró la puerta, preguntó dubitativo:

-¿Qué pasa? ¿Parece que hayas visto fantasmas? ¿Algún problema?

-Fantasmas no, pero problema sí. Tenemos uno y muy gordo. Resulta que los príncipes se fueron. ¡La madre que los parió! -su enojo era evidente-. Partieron de aquí hace unos treinta días más o menos. El tabernero ese no tiene ni idea, no sabe a dónde. Nadie sabe a dónde han ido ¡Jodeer!

-No me jodas ¿Me estás diciendo que no están aquí? ¿Que hemos venido al quinto demonio y no están? ¿Ni el Degall ese, ni el otro Briganoqué?

-Eso es, no están. Lo has entendido perfectamente. ¡Muy bien, Kotta, muy bien!
¡Mierda!

El estado anímico de Galizas estaba empezando a atemorizar a su compañero y este pensó que lo mejor era no ir a contracorriente, aceptar cualquier cosa que dijese su amigo sin rechistar.

-¿Cómo demonios ha podido ocurrir? ¿Qué le pasó al príncipe Gumb? -sus palabras seguían sus pensamientos en voz alta-. El tabernero solo dijo que había muerto y desde el palacio parece que no dieron muchas explicaciones al pueblo. Luego se largan ¿Dónde? ¿Dónde se han ido?

-¿El príncipe Gumb ha cascado? ¿Muerto? -preguntó Kotta extrañado ante lo que oía.

-Exacto, muerto y bien muerto, pero nadie sabe nada de nada. Es un putito misterio.

-¿Y ahora qué podemos hacer, amigo?

-¿Qué podemos hacer? ¿Que qué podemos hacer? -la respuesta fue furiosa-. ¡Redios! ¿Y a ti no se te ocurre nada? Siempre hay que decirte lo que tienes que hacer.

-A ver, pensemos y no perdamos el norte. Seguro que hay alguna solución y...

-¿Solución? Lo único que se me ocurre es volver al palacio. Es la única solución que le veo.

Quedaron en silencio durante un buen rato. Uno pensando y el otro sin atreverse a abrir la boca. Al rato Galizas volvió a la carga.

-¿Tengo que enterarme qué pasó? Necesito saber que ocurrió para que desapareciesen tan rápido.

-¿Y el tabernero, no sabe nada más? -dijo aún más bajo Kotta, tenía el bebé en sus brazos, pero dejó de acurrucarle y lo depositó con suma suavidad dentro de la cuna.

-El tabernero está seco de información. Me ha dicho lo poco que sabemos, no tiene ni idea de más. Así que volveré a palacio a sacar información a la gobernadora.

Kotta no debía querer entenderlo por lo que sin más intentó volver a preguntar:

-¿A dónde dices que vas a...

-Sí, hombre, sí. -cortó Galizas-. A Lundia, la que folla a todas horas, la mujer del gobernador. ¿No te acuerdas lo que te conté?,

-Sí, sí ya me recuerdo, ¿Y crees poder hacerlo así? ¿Con ese cuerpo tan joven?

Galizas sopesó lo que decía su compañero y calló unos instantes.

-Hay un peligro de todos modos y son las malditas gemas esas. -comentó-. Cuando me entrevisté con el príncipe Degall, él llevaba una y con mi sola presencia esta se calentaba advirtiéndole que era un slá. Los demás príncipes tendrán otra igual supongo por su seguridad, pero nadie más. Son demasiado costosas para alguien que no sea un rey, digamos que es un lujo que no se puede permitir.

-¿Entonces vuelves al palacio? ¿No hay otra posibilidad?

-No es que sea necesario, Kotta..., es imprescindible, Lundia seguro sabrá donde están los príncipes y en cuanto suelte por esa boca lo que sabe y yo le haya metido mi troncho, nos largamos de aquí pitando. De hecho, creo que no tendré ningún problema en entrar, ni salir del palacio y encima echaré un buen casquete. ¿Ves? Al final no es tan malo y mientras tanto tú... -sonrió con malicia-. tú te quedas aquí machacándotela si quieres y con el crío ese de mierda..

-¡Eres un imbécil, Galizas! -replicó Kotta-. De todos modos... ¿Cómo lo piensas hacer?

-¿Recuerdas que te dije que cuando acabé cansado de tirarme a Lundia, ella empezó a buscarse jovencitos? Que se las apañaba para que le llevasen todas las noches algunos a su nidito de amor.

-Sí -respondió Kotta intrigado y deseoso de saber más.

-Bueno, pues sé dónde reclutan estos jóvenes, (te recuerdo que por entonces yo era el gobernador) y con este cuerpo que ves -se tocó los genitales y luego subió sus manos sobándose hacia sus pechos-. No creo que a esa golfa le importe mucho hacerme un favorcito a mi o diciéndolo de otra forma..., yo a ella. Eso según por donde se mire.

-Lo ves muy fácil creo yo. Eso de entrar en palacio, tirarte a la gobernadora, recabar información y salir así por las buenas, lo veo difícil, compañero.

-Ya lo veremos. Creo que tengo alguna oportunidad, Kotta y me voy ahora mismo, no hay que perder más tiempo. Voy a esa taberna a ver si tengo suerte para esta noche intentando ser unos de los elegidos. Así que... ¡Adiós!

Y diciendo esto sin más salió apresuradamente del cuarto cerrando la puerta tras de sí.

-Pero, espera... ¿y yo? ¿Y yo qué hago mientras tanto? -preguntó Kotta con cara de idiota a la nada.

La voz airada de Galizas sonó a través de la puerta.

-Haz lo que te salga de las narices, pero tira ese crío lejos de mi vista de una condenada vez.

Kotta miró dulcemente como dormía Llurief y con ojos a rebosar de ternura, le preguntó:

-¿A qué no? ¿A que su papá no va a tirar a Llurief a ningún sitio?

Pero Llurief no le contestó, estaba en el mundo de los sueños de colores.

Los golpecitos sonaron en la puerta muy de mañana cuando todo el mundo en la posada aún dormía.

-¡Toc, toc, toc!

-Kotta, abre. -susurró Galizas tras la puerta.

Su voz no quería ser oída por nadie más que por el huésped de aquella habitación, pero parecía que este no se había enterado muy bien ya que seguía completamente dormido.

-¡Toc, toc, toc!

-Kotta, abre, por favor. -ahora su timbre sonaba algo más fuerte, pero como respuesta, mismo de lo mismo.

-¡TOC, TOC, TOC!

-Kotta, abre ya. ¡Jodeeer! -dijo según algún ¡Shhh! y ¡A callarse, por favor! Sonaba por las puertas de las habitaciones aledañas.

Después de dar casi un salto mortal desde la cama hasta la puerta, Kotta desperezándose abrió a su compañero por fin.

-¿Qué? ¿Qué pasa? ¿Qué hora es? -preguntó adormecido y bostezando.

Un Galizas sonriente entró y cerró con rapidez. Parecía que no quería que nadie les molestara.

-¿Cómo has conseguido entrar en la posada? ¿Ya..., ya está abierta al público? -preguntó Kotta al feliz recién llegado.

-El tuerto ese estaba ya limpiando el antro para abrirlo en breve y me ha abierto.. Siéntate y escúchame con atención todo lo que te tengo que decir.

Kotta volvió hacia la cama, o mejor dicho al catre sentándose encima. Se estiró todo lo que pudo abriendo la boca y despidiendo por ella un aroma nauseabundo que hizo retroceder a Galizas unos cuantos pasos. Luego con una inclinación de su cabeza, solicitó a su compañero de fatigas que empezase a explicarse.

-Ayer cuando marché de aquí -comenzó diciendo Galizas-. Me dirigí a la posada "El Buen Marchante", no está muy lejos, por lo que llegué en seguida. Allí me infiltré entre los asistentes que por cierto, muchos de ellos ya sabían a lo que iban. Con mucho

disimulo mostré mi daga a unos cuantos, a los que me parecían (digamos) competidores o tal vez más apetecibles que yo para los ojos de la gobernadora y desaparecieron de mi vista pitando a través de la puerta. Ya sin mucha más competencia, visto lo que había por el local esperé tranquilamente acontecimientos. Al rato llegaron sus recaderos y ojearon por toda la taberna. Pasados unos minutos estaba en camino con ellos hacia el palacio y no te digo sin temor alguno ya que no me quitaba de la cabeza las gemas esas, aunque estaba preparado a todo para tirar de daga y salir por piernas. Al final no hubo problemas. Al llegar nos llevaron directamente a su alcoba, íbamos tres mozalbetes y no miento si te digo que yo era el más bello, fornido y alto de ellos.

-Ya, tú siempre el mejor. ¿No? -preguntó burlonamente Kotta.

-Que es verdad. ¡Idiota! -respondió algo tocado Galizas por su ego-. Tenías que haber ido tú. ¿A ver si te hubieran elegido? ¡No te digo!

-Venga déjate de tonterías y sigue.

-Pues estaba muy claro. Lundia se fijó en mí y me eligió para su primer encuentro amoroso. Chingamos ni sé las veces y no te exagero si te digo que vengo con la polla reventada. ¡Ja, ja, ja! Esa mujer es una puta artista.

-Muy bien eso de que tienes la polla reventada -dijo con envidia Kotta-. ¿Pero le sacaste la información?

-¡Sí! ¡Sí! Le saqué toda la información y todo el jugo que se diga. Me lo dio con mucho, mucho gusto. ¡Je, je, je! Eso es, con mucho gusto.

-¿Qué te dijo? Habla de una condenada vez. ¡Demonios!

-¿Que qué me dijo?

-¡Galizas! Me estás alterando -Kotta se estaba exasperando con la forma de expresarse que tenía su compañero-. Sí, eso es. ¿Qué te dijo? Explícate y termina de un vez que no me interesa oírte decir que has estado follando toda la noche.

-¡Allá va! Escucha bien. -Galizas disfrutaba rememorando su cita con Lundia y luego hablando consigo mismo, medio suspirando añadió-. Fue verdaderamente tan delicioso -pero viendo rápidamente la cara de Kotta, volvió a su explicación-. Bueno, pues me dijo que un slá mató al príncipe Gumb. No se podían imaginar un ataque como el que ocurrió. El slá entró en su dormitorio y aprovechando que el príncipe se había quitado el collar con la gema, se introdujo dentro de él. Luego salió escapando a través de la ventana.

-Pero..., -dijo muy sabiamente Kotta-. pero por aquí no hay ninguno de nosotros. No hay ninguno que sepamos.

-Eso es. No hay ninguno y creo saber quién se cargó al príncipe, amigo mío -la cara de Galizas era la de un malandrín diciéndolo-. Luego al enterarse el rey de la muerte de uno de sus hijos, ordenó la vuelta urgente a Vende de los otros dos y ahí es donde deben estar ahora y donde debemos ir nosotros lo antes posible.

-¿Lo antes posible? Primero descansemos del viaje que nos ha traído aquí. Personalmente tengo reventado el culo de tanto cabalgar. Tú no sé, pero yo me quedo unos días y Llurief también.

Galizas le miró con cara de idiota, lo del crío todavía le revolvía el estómago, pero prefirió relajarse y lo dejó pasar, por lo menos esta vez ya que él también necesitaba descansar un poco y como también habían hablado algo de cambiar de cuerpos..., pues unos días de asueto no le iban a venir nada mal.

-¡Ah! ¿Y no sabes otra cosa?

-¿Qué? -respondió con un tono cansino Kotta-. Dime, anda. ¿Qué pasa ahora?

-Pues que Lundia me ha dado unas monedas por los servicios de mi pene. Eso sí que es bueno Kotta, por los servicios de mi pene -Galizas reía su ocurrencia ante la cara de hastío de su amigo y repitió eufórico-. ¡Ja, ja, ja! Por lo servicios de mi pene. Por

cierto, debo decirte que sigue tan apetitosa como la última vez que la vi. Es..., es como si estuviera enamorado de ella, Kotta. ¿Te imaginas? ¿Enamorado de Lundia? ¿Y si la hiciéramos una de nosotros? ¿Si la hiciéramos una slá??

-Estás completamente loco. Ni se te ocurra, por favor. Ni lo pienses y si lo haces, no cuentes conmigo en absoluto. ¿Entendido?

Llevar a cabo el rito de transformación, convertir a alguien en un slá, solo podía ser realizado por determinados individuos de la "orden" y eso solo significaba llevar viva a Lundia hasta donde estos estuviesen para poder iniciar el proceso de transmutación en slá. Había que entrar en palacio secuestrarla y sacarla viva de allí sin ninguna oposición. En pocas palabras problemas, problemas y más problemas y quedaba claro que Kotta no le iba a ayudar.

-Lundia, Lundia, te he hecho el amor varias veces con distintos cuerpos y encima..., encima me pagas. -Galizas se tumbó en el catre y con la mirada absorta en el techo de la estancia, hablaba como para él mismo- Dan ganas de quedarse en esta ciudad a vivir y amar. Eso sí; si no me pidieras todas las noches fornicar como un maldito conejo, cariño. Así yo no podría, mi amor. No de esa la forma.

-Estás como una cabra, compañero. -dijo Kotta con tono molesto.

-Vale, de acuerdo. Olvidémonos de este tema, vamos a descansar y a organizarnos. Nos quedamos unos días en esta posada y nos largamos a Vende. ¿Hace?

Galizas tendió sus manos a Kotta y este la estrechó con fuerza.

-¡Hace! -contestó.

Aquello ya era otra cosa. Parecía que el enamorado volvía a pensar más en el trabajo que en decir tonterías. Horas más tarde esa misma mañana, hablaron con el posadero diciéndole que debían marchar ese mismo día a casa de su abuela, en un pueblo cercano y que le dejaban al pequeño Llurief a su cargo durante la noche. Al principio al tabernero aquella idea le olió muy mal y no aceptó el trato, pero al saber que unos primos de estos simpáticos chicos iban a venir a buscar al niño y que le iban a entregar una buena cantidad de monedas por solo cuidarle una noche, aceptó muy convencido. Al día siguiente Kotta y Galizas con otros cuerpos atléticos dignos de ver y recién salidos del horno, se presentaron de nuevo en la "Posada del Tuerto". Venían a recoger a Llurief y aunque el primero de ellos era muy reacio a esto, al final tuvo que claudicar ante las súplicas y amenazas del otro. Luego se quedaron un par de días en la posada descansando y finalmente decidieron que ya era la hora de comenzar de nuevo el viaje.

Volviendo sobre sus pasos.

Ahora hacia Vende.

Y con el pequeño Llurief también.

64

LA GRAN APUESTA

Bueno, puedo decir que la vida con Xara no fue tan complicada, de hecho, diría que resultó bastante divertida y agradable. Al principio las advertencias de Brigadión hicieron que estuviese en cada momento con la mosca detrás de la oreja pensando que iba a atentar contra mi persona, pero con el paso del tiempo me fue imposible seguir razonando de la misma forma, es más, incluso llegué a tomarle bastante aprecio. Los días y semanas pasaron y finalmente, me olvidé por completo del tema.

También de vez en cuando me acordaba con alegría de mi hermanito que se quedó allí por Nueva Maran.

-“¡Je, je, je! Perdiste tu vida y no la encontrarás por mucho que la busques. ¡Gracias hermanito Gumb por estar donde estás! ¡Muy bien! Aunque debo decirte queridito, que a veces echo de menos la diversión que me dabas con las continuas y acaloradas discusiones diarias”.

Por las noches solo en mi alcoba intentaba desesperadamente establecer contacto con Brigadión, aunque seguía resultándome imposible y eso por más que seguía sus instrucciones. Sin embargo, era él quien entraba dentro de mí mente y me advertía que continuase teniendo cuidado ya que desde su posición cercana al rey le resultaba muy difícil poder cuidarme. A pesar de sus buenos consejos, cada día que pasaba le sentía más alejado de mí y el tiempo transcurría sin poder acabar con mi padre, ni hacerme con mi deseada princesa.

De esta forma llegó el invierno, sin nada mejor que hacer que seguir las enseñanzas de Xara y echando mucho de menos a mi Brigadión.

En relación con las clases de defensa que me impartía mi nuevo mentor, en muchas ocasiones me hacía el tonto o fingía ser incapaz de realizar una u otra acción. Sin embargo, no sé realmente hasta qué punto conseguía engañarle. Xara me medía con ojo crítico y me demostraba a través de sus conocimientos que era capaz de descubrir hasta donde yo podía llegar, eso por más que intentase fingir no lograr lo que me pedía, como a veces solía ser mi intención. Todo a causa de no querer descubrirle nada relacionado con mis enseñanzas de “Lo Prohibido”.

En una ocasión sin más me lanzó con precisión una piedra directamente hacia la cara. Reaccioné al instante desviándola con un palo que llevaba en la mano. El guijarro no llegó ni a acercárseme un poco, pero con eso empezó a descubrir lo que podía hacer. Cuando le dije que tuviese cuidado con lo que me lanzaba, solo se dedicó a mirar hacia otro lado silbando,

Así descubría con astucia una y otra vez mis verdaderas cualidades y muchas veces él mismo se sorprendía de ellas.

Hubo otro momento crucial. Caminábamos tranquilamente hablando sin más sobre el reino y sus límites por el adarve de las murallas. Dicho de otro modo, Xara me impartía las asquerosas lecciones de geografía. A mi diestra había una caída de más de veinte metros. De repente sin avisar me empujó hacia el vacío. Como pude y diría milagrosamente gracias a mis reflejos, me agarré a algo que había justo allí, en la misma cornisa y en lo alto de la muralla.

-¿Estás loco o qué pretendes? -grité presa de pánico trincado fuertemente a la gruesa anilla de hierro.

Me cedió su brazo y con una fuerza que no esperaba, me izó como si fuera más liviano que el más pequeño de los conejos. Solo comentó según comenzamos de nuevo a caminar:

-Mirad más abajo, príncipe. Solo deseaba saber cuáles son vuestros verdaderos reflejos y no los que pretendéis mostrarme. Ahora que los descubro, veo que son dignos de un príncipe como vos. ¡Enhorabuena majestad!

Sin más me dio un golpecillo en la espalda y con la cabeza sin decir nada, señaló hacia abajo. Seguí su mirada apreciando que habían dispuesto allí mismo fardos y más fardos de paja que llegaban hasta cierta altura. En definitiva, si hubiera caído no me hubiera producido el menor daño. Así era Xara y a través de sus argucias que siempre debo decir eran en mi propio beneficio, descubrió bastante bien todo lo que yo intentaba ocultarle.

Fue una época muy agradable, sin grandes sobresaltos y excepto lo que le ocurrió a Elcor, se puede decir que la paz y armonía residían en palacio.

Un día el llamemos mi nuevo hermano, paseaba por los jardines junto a una tal..., ¿Amadia? Iban hablando de temas ecuestres creo por lo que dijeron luego.

Increíblemente y sin que nadie pudiese explicárselo, una esquina de una de las torres cayó muy cerca de donde se encontraban segundos antes. Merced al grito de Cymbal que iba tras ellos, se percataron de lo que se les venía encima y pudieron ponerse a salvo lanzándose al suelo y escapando de una muerte segura. Padre al recibir la noticia de lo que le podía haber sucedido a Elcor, que no a la tal Amadia, montó en cólera. Ordenó una completa revisión del estado de los muros y piedras del palacio, diciendo que lo que había ocurrido al príncipe, no se podía permitir, ni repetir.

¿Puñetero mentiroso!

Aquella misma noche volví a intentar ponerme en contacto de nuevo con Brigadión a través de la enarmonía. Sentía que poco a poco le perdía, cada día que pasaba, mi inquietud me decía que estaba un poco más cercano a padre, aunque quizás solo fuera un producto de mi imaginación y envidia. No ponía ninguna objeción a Xara, pero mi Brigadión..., mi Brigadió, era mi Brigadión. Por las mañanas cuando bajaba a desayunar, estaba con padre. Al mediodía y a la hora de comer, seguía con padre. Cuando nos reuníamos también todos juntos para la cena, también estaba con padre, siempre estaba con padre, con padre. ¡Siempre! Notaba que de una forma u otra cada vez hablaba menos conmigo. Se comunicaba con los demás con total normalidad, pero a mí, sentía que me dejaba un poco de lado. Cuando enarmonizábamos no le comentaba nada de mis pensamientos, los mantenía en secreto puesto que no quería que pensase que era un crío reventado por los celos, aunque sabía que no iba a poder mantener aquello mucho más en secreto. Así que la misma noche de lo ocurrido en el jardín de palacio con Elcor, volví a intentar enarmonizar con él. No tenía muchas esperanzas de conseguirlo debo decirlo, pero necesitaba comentarle como me sentía.

Ocurrió en una noche como otra cualquiera cuando el palacio estaba en completo silencio y solamente la ronda y puestos de guardias se mantenían en pie vigilantes.

Casi sin darme cuenta interioricé mucho más que otras veces. Era de pronto, como si hubiera descubierto un filón de oro dentro de mí y lo único que debía hacer era seguir su veta hasta dar con su origen.

Así que seguí aquello que se presentaba dentro de mi..., en mi mente. Interioricé más y más que en anteriores ocasiones y repentinamente le sentí. Supe que era él. Allí estaba, lo había conseguido. Así que sin miedo alguno llamé a la puerta de su interior.

-¡Brigadión! ¡Brigadión!

Con rapidez contestó y tuve la sensación de que se alegraba enormemente de mi éxito.

-¡Degall! ¿Eres tú? Al fin lo has conseguido. Muy bien muchacho, estoy orgulloso de ti.

-Brigadión, ¡eso es! Por fin lo conseguí o mejor dicho, lo conseguimos entre los dos - dije intentando regar sus oído con mi halago.

-Príncipe, sabía que lo ibais a lograr a no tardar mucho. Tenía esa certeza, lo intuía.

-Amigo mío -me sinceré con él-. No sabes lo mucho que te echo de menos. Maldigo a mi padre por tenerte atado todo el día junto a él. Como un auténtico perro, Brigadión.

-No sufráis, príncipe. Su tiempo está llegando a su ocaso y sigo con vos en cuerpo y alma, aunque no lo creáis.

-¡Gracias! Brigadión ¡Te agradezco esas palabras!

¿Su ocaso? Aquello me interesaba y mucho, por lo quise saber más.

-¿Tienes preparada ya alguna idea de... de algo propio para él. Algún accidente o ¿quién sabe? Mira lo que ha podido suceder a Elcor.

-Príncipe no debiera hacéroslo saber, pero lo del príncipe Elcor no ha sido ningún tipo de accidente y guardad esto una vez más en el más estricto secreto, por favor.

La noticia me erizó la piel ya que el próximo intento podría resultar contra mí.

-Vuestro padre empieza a confiarme sus secretos y yo continuamente le hago ver que estoy junto a él en todas sus decisiones, las apruebo sean las que sean. Hace unos días me dijo por fin, que deseaba deshacerse de sus hijos. Sí, príncipe. Se abrió conmigo y eso me dijo, quiere deshacerse de vos y de Elcor también. De hecho, le había encomendado la tarea de liquidar a vuestro hermanastro a un tal Naron. No le conozco, pero por su forma de actuar compruebo que es un poco chapucero.

-Tú no hubieras fallado. ¿A qué no?

-Por supuesto que no, mi príncipe, me conocéis de sobra.

Sentí su soberbia a través de mis sentidos. En esos momentos tuve la duda de lo que podía llegar a hacerme si mi padre se lo pidiese y sin más se lo pregunté.

-Brigadión, y si mi padre te solicitara deshacerte de mí ¿Qué harías?

-Me hacéis una pregunta muy fácil de contestar, Degall.

-Por favor responde, ¿Qué harías?

-Adelantar acontecimientos, mi príncipe. Simplemente eso; adelantar acontecimientos y me duele mucho que dudes de mi lealtad, Degall.

-Brigadión, no lo dudo, pero compréndelo. Estoy en un lugar donde sé que alguien me quiere matar, pero aparte de mi padre, desconozco su nombre y solo puedo confiar en ti, amigo.

-Estad tranquilo entonces en lo que respecta a mí, no os fallaré y cuando llegue el momento suceda lo que suceda no desconfiéis..., aunque temáis. Por cierto, no os previne del atentado contra el príncipe Elcor, ya que si hubiera sido un éxito ahora tendríais un enemigo menos. Creo además que vuestro padre me pedirá posiblemente un día de estos que me deshaga del chapuzas ese de Naron. No le gustan los fracasos y si se quita testigos de sus decisiones llamemos “especiales”, mejor que mejor.

-¿Brigadión? -solicité por última vez- Si oyese algo sobre mí ¿Me avisarás por favor?

-Mi príncipe, no os avisaré, sino que actuaré. -aquellas palabras las sentí como si fuesen dichas severamente. Me estaba diciendo la verdad-. Ahora dejemos la charla e intentad de nuevo entrar dentro de mí. Debéis practicar esto una y otra vez, así que os espero de nuevo. Hasta ahora. ¡Adiós!

Y se fue, salió de mi mente, no me dejó tiempo ni a pensar y no pude decirle nada más. Otra vez este puñetero Brigadión hacía lo que quería conmigo, de hecho, siempre lo hacía.

Volví de nuevo a intentarlo, pero aquella noche ya me fue imposible y los días que siguieron lo mismo. Él no establecía contacto por lo que empezaba a desesperarme. ¿Acaso no quería hablar conmigo? Extrañas ideas y emociones me surgían al respecto, desdeñaba una, pero la siguiente que venía traía más fuerza y era más convincente.

Seguí intentando enarmonizar en una posición, luego en otra y luego en otra con el mismo resultado negativo. Varias noches pasaron en las cuales no recuerdo si llegué a dormir más de cinco horas, solo quería, solo necesitaba enarmonizar con él.

Al cabo de los días y gracias a los muchos esfuerzos llenos de paciencia intentando mejorar en cada uno de ellos conseguí contactar por fin. Increíblemente lo había logrado, aunque de forma diferente, de forma un tanto peculiar diría.

-Mi príncipe -dijo cuando finalmente lo conseguí. Noté de nuevo cierta ironía en sus palabras-. ¿Dónde habéis estado? Llevo varias noches esperando saber de vos.

-Brigadión, Brigadión. -respondí yo con más ironía todavía-. Llevo varias noches intentando enarmonizar contigo y al no conseguirlo, he procurado hacerlo de otra forma diferente y... y parece que funciona.

-¿De otra forma? -su estado pasó de irónico a curioso-. **¿Qué forma príncipe? ¿Qué pretendéis decirme?**

-¿Qué forma? Déjame intentarlo de nuevo, luego te digo. ¡Adiós!

Y sin más desaparecí de él. Supongo que se quedó estupefacto con mi actuación, pero eso no me importó lo más mínimo. Había conseguido algo y no quería, no podía olvidarme de ninguna forma de cómo lo había hecho. Necesitaba repetirlo una y otra vez hasta la saciedad hasta lograr hacerlo intuitivamente sin pensar. Así que sin demora lo hice de nuevo y allí estaba mi Brigadión esperándome, preparado y atento. Volví a entrar en su mente sin esfuerzo y otra vez a salir. Así varias veces. ¡Dentro, fuera! ¡Dentro y fuera! Una y otra vez, constantemente.

-¿Degall qué pasa, que ocurre? -preguntó alterado sin saber qué sucedía, pero sintiendo que accedía y salía de su mente con una facilidad pasmosa.

-Espera, espera, luego te lo explico. ¡Adiós de nuevo, amigo!

Seguí con lo mismo durante un buen rato mientras él pacientemente esperaba que acabara con aquella demostración que le sorprendía en demasía.

Al final decidí parar.

-¡Hola! Soy yo de nuevo. -intenté sonreír en mi pensamiento.

-Ya sé quién eres. Enhorabuena, príncipe. Veo que finalmente has descubierto muy bien el secreto de la enarmonía. Entras dentro de mí y sales con mucha soltura.

Demasiada diría yo para el poco tiempo que llevas intentándolo.

-Sí, amigo. Ayer mismo no podía y hoy ya ves..., puedo hacerlo. Tal vez el sentimiento de perderte y verte con mi padre ha hecho que ocurra esto. Tal vez lo haya intentado con más fuerza.

-Mi príncipe, por favor, no penséis así. Os he jurado que siempre estaré con vos y solo espero recibir la misma moneda a cambio. -sentí algo de melancolía en sus palabras.

-La recibirás, Brigadión. Te lo juro por mi princesa que es lo que más quiero en este mundo. Pero ahora tengo que contarte un secreto sobre la enarmonía que te va a encantar, amigo.

-¿Un secreto sobre la enarmonía? Si me lo contáis no será ya un secreto, aunque estoy muy deseoso de oírlo. Veros entrar y salir como lo habéis hecho me ha dejado sin palabra.

-¿Estás preparado?

-Siempre estoy preparado para lo que sea, mi príncipe.

-Pues que estoy de pie y mirando por la ventana hacia la ciudad.

-¿Eeh?

-Que estoy de pie y mirando a través de la ventana de mi alcoba., Brigadión. Mirando..., viendo. ¿Entiendes lo que quiero decir?

-No puede ser. ¡Eso es imposible!

No pensé en ningún momento que no iba a creer en mis palabras, así que se lo hice ver de otra forma.

-Brigadión, ahora me sientes en tu mente, sin embargo, te repito que también estoy viendo el patio del palacio, las murallas y más allá..., la ciudad. Amigo no te miento y te lo digo en serio, he conseguido enarmonizar pudiendo tener los ojos abiertos y sintiendo mi alrededor.

-Increíble, Degall, absolutamente increíble.

Ahora sentí que sí creía en mis palabras.

-Príncipe, dime, ¿cómo lo has conseguido?

-¿Cómo? ¿Ni yo mismo lo sé, Brigadión? No podía dormir, había intentado contactar contigo como fuese, pero sin lograrlo y me sentía mal..., muy mal. Abrí los ojos, me levanté de la cama y descorrí las cortinas. Miré al cielo nocturno y luego a Vende. Observaba sin

pensar en nada, veía la luz mortecina de nuestra ciudad, las murallas, las torres, los cambios de guardias, pero yo no estaba. Me encontraba soñando despierto. Creo que esas son las palabras ¡Soñar despierto! Mis ojos veían, pero mi mente no estaba ahí y sin pensarlo dos veces intenté enarmonizar. La paz y tranquilidad de la noche parecían ayudarme y sin casi esfuerzo lo he logrado. ¿Te das cuenta de lo que digo? Miraba al exterior con mis ojos, pero con mi mente hacia mi interior, no sé cómo explicarlo mejor. Fue de forma tan diferente y natural. Por eso he estado saliendo y entrando unas cuantas veces más. No quería perder esa mano que me tendía la noche para llegar donde he llegado, dentro de ti.

-Príncipe. -sentí su voz alterada, pero solo era por mi logro. Mi vasnino estaba realmente entusiasmado con lo sucedido.

-Dime, Brigadión.

-Sal ahora mismo de mí y vuelve a intentarlo. ¡Por favor!

Seguí al pie de la letra sus palabras y volvimos a enarmonizar sin ningún tipo de traba. Miraba por mi ventana, pero estaba dentro de él. Le recordé de nuevo todos los pormenores sin obviar nada de nada. Brigadión estaba totalmente ilusionado y entusiasmado ante tal posibilidad, nunca había intentado hacerlo de otra forma que no fuese cerrando los ojos y sumido en una oscuridad casi total. Volví a repetirle que posiblemente la sensación de su pérdida había aumentado mi percepción. Decidimos que en los siguientes días él lo intentara y de hecho iba a buscar algún sentimiento parecido al mío en su interior, pero...

¿Era posible que Brigadión albergase sentimientos en su interior?

Días después una noticia sacudió el palacio. El cadáver de un militar apareció en una estrecha y poco concurrida callejuela no muy lejana a palacio. Decían que le habían trinchado como si fuera un auténtico pollo, su nombre era Naron y eso me sonaba mucho. Cuando enarmonizamos aquella la noche, le pregunté a Brigadión si sabía algo del tema. Rápidamente cambió de conversación, pero le volví a cuestionar.

-¿No te suena de algo el nombre de Naron? ¿No hemos hablado hace poco de él?

Astutamente volvió a desviar el tema.

-Mi príncipe. Hoy Xara me señaló que sois un aprendiz demasiado bien instruido y que ya le queda poco por poder enseñaros. A esto no he podido menos que agradecerle el cumplido de vuestra parte sobre mis enseñanzas y por cierto, príncipe, ya falta poco para vuestro momento crucial, para el que digamos... os graduéis como rey -soltó aquello sin dar mayor énfasis a sus palabras, como si no tuviese la menor importancia-. **¿Estáis ya preparado?**

Sabía que con lo que me manifestaba me iba a obligar a hablar en esa dirección, por el camino que él mismo iba creando. Muy listo Brigadión, muy listo ¡Así me gusta!

Pero a través de la enarmonía, sentía (diría milagrosamente) su astucia al conversar conmigo y casi conseguía ver esa sonrisa suya tan enigmática. Comprendí al instante quién había sido quién se llevó por delante al inepto Naron. Por lo visto mi amigo había vuelto a actuar para el rey y conociéndole, supongo que se divirtió de lo lindo trinchando al chapuzas ese.

Cuando mi padre fue informado del suceso, hizo ver su sorpresa y aunque lo normal en Vende era que hubiese unos cuantos asesinatos diarios, atacar contra un militar iba en contra de todo. Dictó una orden por la que durante los próximos cinco días y a partir de aquel mismo anochecer quedase terminantemente prohibido salir por la ciudad cuando no hubiera luz diurna. La norma fue dictada para todo el mundo, pero no fue seguida por nadie y menos por él, que no hizo nada para que esta se cumpliera. Ni siquiera obligó a las tropas a acatarla vigilando la ciudad unos días. De esta forma

demonstró nuevamente que le importaba tres narices la vida de ese tal Naron, de ese tal Naron y de cualquier otro ser que no fuese él mismo.

65 “LA REUNIÓN”

Gracias a Lindo o al susodicho Rodwinsha y su genial idea de desaparecer con lo que no era suyo, Chafan y Graggo tardaron más de lo que habían supuesto en llegar de nuevo a Vende. Lo primero que hicieron al encontrarse en medio de la naturaleza sin ningún tipo de transporte, fue intentar llegar a algún pueblo donde poder adquirir caballos para proseguir viaje. Lo lograron, pero días después y a sabiendas que el mal nombrado Lindo aun continuaba riéndose de ellos.

Llegaron a una pequeña por no decir pequeñísima aldea donde lo único que les pudieron ofrecer fue comida, alojamiento y un carromato tirado por un par de bueyes para proseguir camino al día siguiente. Aceptaron sin rechistar la oferta ya que sus pies clamaban al cielo por descanso. Allí les informaron que el pueblo más cercano era en dirección al sur y esto les obligaba a desviarse de su ruta, pero allí encontrarían caballos y muy buenos, como les dijo el charlatán de aquella aldea. Chafan intentaba animar a su hermano comentando que la mitad del trabajo ya estaba hecho, a lo que este contestaba cualquier barbarie sobre la madre de Lindo. Dos días en aquel carromato fue eterno, pero al menos no cansino para las recién nacidas ampollas de sus pies. Efectivamente como el charlatán predijo y oído por ellos sin mucha fe, finalmente llegaron a Lliar, un pueblo sin nada importante en medio de un camino igualmente importante, pero con vecinos por todos los sitios que lo único que buscaban era aligerar la bolsa de los recién llegados. Adquirieron caballos, víveres y tuvieron que regalar el carromato con los bueyes ya que nadie necesitaba más carromatos o un par de bestias como aquellas, al menos eso les dijeron los avispados lugareños comprobando las prisas que tenían los dos hermanos por escapar del lugar.

Dos semanas más tarde entraban en Vende ataviados con los ropajes más comunes y pasando completamente desapercibidos. Se alojaron en una misma habitación de una posada lejana a palacio. Chafan se ocupó de contactar con Brigadión y Rutter, haciéndolo a través de Bramkbrest disimuladamente cuando este entraba en palacio. Desde siempre el vasnino había confiado plenamente en él y sabía que este no diría nada, más aún estando su vida en juego.

Días posteriores todos los viejos amigos se reunían de nuevo en una poco transitada taberna. Se hallaban presentes Rutter, Brigadión, Chafan, Graggo y Bramm. Los dos hermanos habían decidido de antemano no avisar a Cymbal ni a Xara ya que no sabían bien de qué lado de la balanza podían estar. Los cinco se encontraban reunidos alrededor de una mesa con alguna que otra botella, pero más por no desentonar con el ambiente que por las ganas que tenían de beber. Rutter y Brigadión para poder salir de palacio sin levantar suspicacias, simplemente alegaron al rey que deseaban relajarse y divertirse un poco en compañía femenina en alguna taberna de la ciudad. El horario de casi medianoche en fue realizada su petición les ayudó a lograrla sin levantar sospechas y la respuesta de Crotor fue clara y escueta antes de despedirles con la mano.

-Volved pronto, por no decir muy pronto y dejad bien limpio el cepillo de las doncellas afortunadas.

Así ya en la taberna, hablaron de todo lo sucedido con la muerte de la reina en la torre como telón de partida hasta el asesinato de Gumb por orden del mismo rey emperador.

Chafan relató todo lo concerniente a lo que le había acontecido a él. Desde el encuentro con su hermano, hasta el duelo de este con Lars y a ninguno de los que se encontraban allí pareció importarles mucho cómo acabó el perro del rey. El final de su relato referente a la desaparición de Lindo con sus caballos sacó alguna que otras sonrisas entre los asistentes.

Luego Bramm narró su experiencia con los amigos de Elcor y lo que tuvieron que hacer para salvarles, sin omitir la inestimable ayuda que tuvieron por parte de Cymbal y Xara. Esto vino a mostrar que los dos vasininos mencionados eran de buena cepa y no súbditos acérrimos de Crotor. También relató el extraño suceso de los tres soldados muertos no hace mucho en palacio, suceso al que Brigadión prestó especial atención sacando sus propias conclusiones.

Y finalmente Rutter y Brigadión hablaron de lo que les tocaba, de lo concerniente a Dor-Alia desde el día en que llegaron, cuando terminaron Chafan lanzó el primer envite.

-De acuerdo, amigos ¿Cómo hacemos para enmendar la situación? ¿Alguien tiene alguna idea?

Brigadión sin pensarlo dos veces, cogió el testigo con valentía.

-Contra un rey no podemos atentar, pero tal vez inhabilitarle sería una opción para discutir.

-Y no podríamos alegar algo sobre su locura, está intentando matar a sus propios hijos. -argumentó Bramm-. De hecho, por lo que comentáis ya ha matado a uno. Nadie en su sano juicio haría nada parecido y se le puede acusar de ello, de filicidio.

-¿De filiqué? -pregunto Graggo sorprendido

-Filicidio. Matar a un hijo. Así se llama.

-¡Ah! ¿Y a quién se lo dices? -volvió a preguntar Graggo burlón-. Tiene una recua de generales y un ejército que le seguiría hasta el final. Aunque demostremos eso, que está loco, también está demasiado bien cubierto por todos los lados. Que alguien de su alrededor nos haga caso, creo que es sencillamente imposible.

-Amigos, si intentamos declarar a Crotor insano o loco mentalmente, tendremos problemas, muchos problemas antes de conseguirlo. -expuso Rutter-. Dentro de la ciudad, el rey tiene muchos apoyos y seguidores y fuera lo mismo. Además, bien se encarga él de untar a los nobles, Bricks y generales a base de oro y fiestas provistas de jóvenes doncellas de aspecto angelical que hacen realidad cualquier deseo de los invitados. Podríamos tener tal vez al pueblo de nuestra parte aprobando nuestra decisión, pero sería casi lo mismo que declarar una guerra civil.

-Eso es incuestionable Rutter -aclaró Chafan-. Por ahora el rey es intocable. Sugiero que esperemos a que vuelva a dar un paso más en falso. Él desconoce que estamos informados. No creo confundirme mucho si digo que supondrá que lo de atentar contra el príncipe Degall, solo lo sabemos tú y yo, Graggo. Únicamente nosotros dos.

Y así siguieron durante mucho tiempo. Repasando lo dicho y comentando nuevas ideas, pero sin hallar ninguna solución a las dudas y problemas.

Brigadión se mantenía atento a las conversaciones, opinaba, respondía y debatía, pero tenía su propio planteamiento de la situación sin decir nada a los demás, ni la más mínima insinuación.

No deseaba que supieran sus planes, ya que era seguro que no le dejarían realizarlos, de hecho, se pondrían en contra desde el primer momento. Mejor guardar su secreto para quién le secundase. ¿Y quién mejor que su cómplice, el mismísimo príncipe Degall?

Acabaron la reunión a altas horas de la madrugada prometiéndose que se celebraría otra a no mucho tardar.
Pero eso ya nunca sucedería.

66 “PIES DE BARRO”

Los siguientes acontecimientos sucedieron muy de prisa, demasiado desde mi punto de vista. Creía estar preparado desde hacía tiempo para lo que iba a ocurrir, pero no fue así y cuando pasó mis piernas se negaron a sostenerme a causa del terror que invadía mi cuerpo.

Aquella noche llegó como una más. El día había sido bastante lluvioso y ahora cómodamente metido en mi cama oía como el viento con una fuerza descomunal y su compañera la lluvia arreciaban contra las paredes del palacio. Diría que la naturaleza salvaje tenía la clara intención de derrumbarlas. Desde mi posición miré hacia la ventana y vi el color anaranjado de la noche, color que venía del reflejo de algunas antorchas situadas en las mismas muralla. No me explicaba como la soldadesca podían conseguir mantenerlas encendidas con aquel vendaval.

Y sin más sucedió...

Llegó el momento.

-¡Degall! ¡Degall! ¿Estás ahí? -Brigadión me llamaba a través de la enarmonía.

-“¿De qué hablaremos hoy?” -pensé sin muchas ganas de contestarle. Xara se había aplicado demasiado y me había reventado físicamente. Solo deseaba descansar, pero no podía hacerle un feo a mi Brigadión.

-Hola, amigo. ¿Dónde voy a estar si no? Intentaba dormir un poco, pero este viento no me deja ¿No puedes hacer algo para calmarlo, buen Brigadión? -le dije intentando hacer una gracia.

-Es el día, Degall, o la noche. ¡Vamos allá! ¡Ánimo!

-¡Toc, toc, toc!

Los golpes repentinos que sonaron en mi puerta me sacaron de la enarmonía.

-«¡Mierda! -me dije-. ¿Quién demonios será tan inoportuno ahora?”.

Sin más mi puerta se abrió de repente y lo entendí todo. Un profundo abismo estaba a mis pies preparado para tragarme. Allí delante se encontraba él..., Brigadión ataviado con sus ropajes de vasnino y con sus correas de cuero perfectamente enlazadas a su torso y brazos. Llevaba puesta su larga falda negra y las dagas listas y en sus respectivas posiciones. Era una figura imponente, mortal de necesidad.

Letal.

-Brigadión. -dije como pude intentando disimular mi intención de huir hacia mi cama lo antes posible-. ¿Qué haces aquí? ¿Y por qué enarmonizas si te encuentras tras de la puerta?

Como respuesta solo contestó:

-Es la hora, Degall.

-“La hora... la hora... la hora”.

Aquella corta frase se repitió en mi mente demasiadas veces seguidas mientras le miraba allí plantado ante de mí.

-¿La hora, Brigadión? -pregunté con mucho temor.

-Sí. Acompañadme, por favor. Vuestro padre me ha solicitado que os venga a buscar, desea veros y hablar con vos ahora mismo.

Hice intención de volver para vestirme, pero el vasnino habló de nuevo y con ello empecé a tener serias dudas que fuera mi Brigadión, sino simplemente Brigadión, consejero al servicio del rey.

-Coged solo vuestra bata, no necesitaréis más. No hace falta que os vistáis.

Hice caso y recogí mi bata. Intenté colocármela con tal nerviosismo y tensión que no llegaba siquiera a meter el brazo en la manga. Viéndome actuar de esa forma tan poco principesca y tan cómica el vasnino vino a ayudarme.

-Tranquilo, príncipe. Recordad lo que siempre os he dicho.

Le miré, pero vi un rostro completamente impasible y una mirada muy fría. Intenté profundizar en ella y lo que observé no me gustó. No conseguí divisar ni un solo síntoma de nuestra anterior amistad. Tenía miedo puesto que creía me dirigía hacia el patíbulo secundado por no sabía quién, un amigo o un sicario del enemigo y con estos pensamientos me encaminé hacia mi destino junto a él. Serios y muy callados, mi mente bullía buscando continuamente posibilidades de escapatoria a una trampa que parecía me tendían. Al pasar por delante de la puerta de Elcor vi luz que salía por un resquicio y deduje que debía estar despierto. Sin más y antes que Brigadión pudiese decir algo, llamé esperando no sabía qué.

-¿Sí? -contestó Elcor-. ¿Quién es?

-¡Soy yo, Degall! ¿Puedo Pasar?

-¡Adelante!

En ese momento Brigadión me sujetó con fuerza del brazo.

-Degall, por favor. No perdamos más tiempo. Debemos proseguir.

-Espera. -repuse con un hilo de voz-. Es... es solo un momento.

-No hay momentos que valgan, príncipe. Debemos continuar, por favor -y me apremió mostrándome con su mano el camino hacia delante.

-Degall. ¿Deseas algo? -dijo Elcor desde su alcoba sin llegar a salir.

La mirada de Brigadión fue clara para saber lo que debía contestar.

-No, nada, nada. Mañana comentamos.

-De acuerdo entonces. ¡Hasta mañana! -contestó.

Pensé que seguro con aquella frase fuese posiblemente fuese la última vez que oía la voz de Elcor.

Seguí con él ya que no podía hacer otra cosa y pensando que quizás lo más sensato era plantarle cara definitivamente a mi destino, aunque qué fácil era decirlo. En ese corto trayecto sentía como que mis piernas se negaban a caminar además de pesar más de lo normal. Poco después llegábamos delante de la puerta de la alcoba de mi padre. La alcoba del rey Crotor, la alcoba real. Fuera había cuatro guerreros galusas que nos miraron con curiosidad según nos acercábamos.

-«Si falla Brigadión, todavía tengo a estos cuatro». -me dije tontamente.

Era su guardia personal nocturna, un regalo idiota de aquellos que un día lejano del pasado se le ocurrió que le hiciesen. Unos galusas que aún hoy por sus miradas conservaban salvajismo e invitaban a retroceder a cualquiera, pero no a quién se llamaba Brigadión, que sin más cruzó ante ellos y llamó a la gran puerta.

-¿Sí? -preguntó padre desde dentro.

-Soy yo, majestad, Brigadión. Traigo conmigo a vuestro hijo, el príncipe Degall. ¿Si dais vuestro permiso?

-Pasar de una vez. -vociferó-. Ya era hora.

Entramos y allí estaba. Sentado en uno de los sillones de terciopelo rojo carmesí, con una copa de vino en la mano y pareciendo querer celebrar algo. La estancia era la más maravillosa que había visto jamás y aunque la conocía, hacía mucho tiempo que no había vuelto a pisar aquellas alfombras. Todo era elegancia, desde la amplia cama con sus cuatro pilares esculpidos en maderas nobles y adornados con cortinas de seda,

hasta los cuadros, los tapices, las alfombras y la misma mesa en la que reposaba su copa. Su voz resonó y me devolvió allí al instante.

-¡Hola, hijo! Esta noche deseaba hablar contigo. Siéntate por favor.

Acaté su deseo sentándome junto a él en otro sillón a su izquierda.

Allí esperé mi destino.

-Bien, esto va a ser rápido. Brigadión, por favor. Haz los honores.

¡Dios! Ese era el momento y estaba perdido si no reaccionaba rápidamente. Intenté izarme al momento, pero el vasnino se había colocado estratégicamente detrás mío y con una velocidad pasmosa oprimió con su dedo un punto de mi cuello. Sentí su mano solo un segundo y sin más volví a caer en el sillón sin fuerzas. Noté con verdadero pavor que no podía mover ningún músculo de mi cuerpo, ni mis manos, ni mis piernas, ni siquiera la cabeza que tenía ladeada, ¡Nada! Mi boca se había quedado entreabierta e intenté hablar, pero tampoco podía. Solo conseguí emitir un sonido gutural que más bien parecía el de un animal salvaje en vez del de un ser humano.

Estaba completamente perdido a su merced.

-Bien, Degall. -dijo padre tranquilamente-. Mi querido amigo que aquí ves, o sea Brigadión..., ¡Huy! ¡Huy! ¡Huy! Perdón, que no puedes moverte ¡Espera!

Al encontrarse el vasnino detrás mío, padre agarró mi cabeza sin cuidado alguno y con sus manos la giró con fuerza para que consiguiese verle. En esos momentos creí que me partía el cuello.

-¿Ves? Ahora le ves. ¿No? -miré a Brigadión, creo que lo único que funcionaba de mi cuerpo era la vista. Intenté decirle algo con mis ojos, pero no pude. No acerté a ello. Padre volvió a ponerme la cabeza bien con el consiguiente dolor y siguió.

-¡Veamos! -señaló a Brigadión-. Mi querido amigo aquí presente, a través de sus buenos consejos me ha hecho ver que por fin va siendo hora de sacarte de esta partida, vamos..., de liquidarte para que me entiendas. Pero a ti solo no. ¿Eh? También a Elcor y a Lienha, que por supuesto también seguirán tú mismo camino. ¡Por supuesto! ¡Ja, ja, ja! -rio como un poseso-. Pero vayamos por partes, que sepas hijito mío, que ya he reprendido a Brigadión por haberte salvado de la Carta de Dolor aquella que intentaba acabar contigo. No te benefició en nada porque ahora no tendrías que pasar por esta situación tan desagradable. Me entiendes, ¿verdad? Pero debes estar en cierta forma tranquilo y contento ya que vas a tener a tu padre junto ti acompañándote en este delicado trance. ¡Ja, ja, ja!

No tenía otra opción más que escuchar a aquel cerdo y esperar el momento de mi muerte que empezaba a desear lo antes posible, no quería seguir en ese estado. Sabía que Brigadión se encontraba tras de mí por lo que lancé mi última carta en esta partida mortal.

Solo se me ocurrió...

-¡Brigadión! ¡Por favor! Para esto. Páralo de una condenada vez. -supliqué según oía como mi padre seguía diciendo tonterías, amenazándote y riendo.

-Hemos pensado un final hermoso para ti, Degall. Por cierto, tenemos que agradecer (supongo que tú también hijo mío) a que ese buen slá hiciera desaparecer a tu querido hermanito y hemos pensado para ti un suicidio desde este bonito balcón- ¡Ja, ja, ja! -y señaló este volviendo a reír.

-Cuando nos pregunten ¿Por qué lo hizo? -puso ojitos haciendo un mohín con los labios-. Diremos que no pudiste soportar la noticia que tu hermano Elcor era quien había sido elegido para la sucesión. Que aprovechaste un despiste nuestro y no soportando la pena de mi real decisión, te arrojaste al vacío. ¿Puedes ver el balcón o quizás prefieres que te ayude a moverte? -hizo intención de volverme a coger la cabeza, mientras su siniestra risotada rebrotaba con fuerza y resonaba en la habitación.

-¡Ja, ja, ja! ¡Ja, ja, ja!

-Brigadión, contéstame ¡Por favor! Sé que me oyes. ¡Por favor! Sálvame... sálvame, amigo. Recuerda tus palabras, recuerda nuestros sueños. Pase lo que pase siempre has sido y serás mi Brigadión. ¡Sálvame, por favor!

Solo entonces se me ocurrió lanzar mi última baza.

-¡Sálvame ahora mismo! Te lo exijo. ¡Yo Degall Vaalam de Shámsala futuro rey emperador del reino de Shámsala, te lo ordeno! ¡Liberame ya!

-Bueno cariñito ¡Adiós! -sentenció padre-. Y allá donde vayas saluda también a Gumb. Brigadión..., tu turno.

Al momento este se colocó ante mí y su cara seguía siendo impasible. ¿Había conseguido entrar en su interior? Lo dudaba, lo dudaba y mucho ya que sabía que él no había conseguido llegar a enarmonizar de la misma forma y tan profundamente como yo. Aun así, lo había intentado.

Se agachó entonces a mi altura en medio de los dos sillones con intención de cogerme. Mi padre que esperaba impaciente que actuara se encontraba a su derecha y yo a su izquierda.

¡Entonces actuó y de qué forma! Volvió a alargar su mano, pero esta vez tocando el cuello del cerdo de mi progenitor. La reacción de este fue idéntica a la mía. Quedó completamente inmóvil con los ojos exageradamente abiertos mirándole y evidentemente sin creerse aun lo que le había sucedido. Brigadión meneó su cabeza a ambos lados pensativamente y solicitó silencio (algo que no hacía falta), poniendo su dedo índice delante de sus labios.

-Veamos lo que tenemos aquí -pronunció pausadamente sin prisas y midiendo muy bien cada una de las palabras-. Por una parte, un príncipe de Shámsala... y por la otra a un rey del mismo reino, pero... ¿a quién salvar si solo uno puede llegar a mañana? ¿A quién de los dos?

Viendo lo que había hecho con padre deje de intentar enarmonizar. Ahora le escuchaba con atención y riendo en mi interior por la situación en la que la más alta realeza de Shámsala se encontraba a merced de un vasnino.

-Ahora mismo tengo poder, mucho poder. Puedo decidir el futuro del reino y haga lo que haga..., aquel que se salve me cubrirá de oro. Seas tú Crotor, o tú Degall. Por cierto, estimado rey, voy a relatarte una pequeña historia que seguro que no sabes. Escucha bien.

Disfrutaba desde su suprema posición. Nos tenía a sus pies, totalmente inmóviles a su antojo, a su capricho y encima sin poder siquiera dejar de escucharle. Era su gran momento, así que no quedaba otra que prepararme para lo que iba a soltar por su boca. Total, nada peor podía sucederme ya.

-¿Recuerdas a la reina? ¡Sí, sí! ¿A tu reina Ganvard? Aquella que ocultabas en la torre y que jodías siempre que podías. ¿La que huyó de ti refugiándose en unos brazos más fuertes y supongo que más cariñosos? ¿A que sí te acuerdas de ella, reycito? La que apareció después ensartada de flechas en su triste catre arriba en tu torre. ¿Sabes quién se la llevó por delante a ella con su guardián? ¿No? ¿No lo sabes? Bien, pues deja que te lo diga. Te voy a ayudar a descubrirlo con unas pistas. Es príncipe y no es hijo de ella. A que ya te vas acercando. ¡Huyuyui! Última pista..., le tienes justo a tu lado.

Desde mi nefasta posición pude distinguir como los ojos de padre salían del vasnino y se incrustaban en mí.

-Pero hay otra cosa mejor y quiero que la descubras también por ti solito de nuevo. La difícil pregunta es esta: ¿Quién liquidó a tu hijito del alma? Sí, sí..., ¿a Gumb? ¿No te lo imaginas?

Padre volvió a mirarle directamente, solo movía los ojos, pero eso me fue suficiente para poder distinguir odio y angustia en ellos.

-¡Cuidado! No me mires así. Yo solo hice lo que él me ordenó -rio el vashino señalándome con un dedo acusador-. Órdenes de tu hijo..., de un príncipe. Además, ya sabes, no se puede desobedecer de ningún modo a un príncipe de Shámsala.

Vi que Brigadión volvía a alargar su mano hacia mí, tocó alguna parte de mi cuello y súbitamente noté que de nuevo tenía el poder de controlar mis músculos.

Volvía a ser yo y solo pude decir antes de respirar profundamente:

-¡Mierda, Brigadión! Menudo susto me has dado Creí que no la contaba. Creí que estabas con él. -dije mirando a mi padre.

-Mi príncipe, -su natural sonrisa me encantó en esos instantes-. ¿acaso no os dije siempre que confiarais en mí?

-Sí, pero una cosa es confiar y otra que me toques y no pueda moverme. ¿Tenías que llegar a esos extremos?

-Solo intentaba que vierais como vuestro padre deseaba vuestra muerte y sí, tal vez se me haya ido un poco la mano con mi exaltación y verborrea, pero no ha sido mi intención. Perdonadme si os he molestado y ofendido, príncipe.

-Estas perdonado Brigadión, lo has hecho muy bien.

Miré a la marioneta que antes era mi padre.

-¿Y con este qué hacemos? ¿Puedo tocarle?

-¡Por favor, Degall! -manifestó dándome a entender que mi venganza podía empezar cuando yo quisiera.

Levanté el brazo derecho al muñeco que tenía enfrente y sin más lo dejé caer, luego hice lo mismo con el otro. Era increíble, pero lo había experimentado en mis propias carnes por lo que sabía de su realidad. Habían caído sin fuerza, como si nada les sujetase. Cogí suavemente su cabeza, casi con amor y empecé a retorcerla hasta ver que esta no daba más.

-¡Cuidado, príncipe! No son formas. -sugirió Brigadión-. Hagamos las cosas bien, si no tendremos serios problemas. Debe parecer un accidente.

-Él me lo ha hecho a mí, ¿Qué pasa? -rabié como un joven chiquillo-. Tengo el mismo derecho.

-Por supuesto, mi príncipe. Tenéis el mismo derecho, pero intentad no matarle de esa forma.

-De acuerdo amigo -dije soltando a mi presa-. Por cierto..., me tienes que enseñar como haces eso de los dedos.

Hice intención de tocarle como había hecho el conmigo y me miró sonriendo.

-Otro día, príncipe. Hoy tenemos algo de prisa.

La mirada vidriosa de mi progenitor me decía que ya sabía que tenía las peores cartas de esta partida mortal, pero, aun así, me tenía que despedir de él como un buen hijo. Le debía algo, un adiós o algo parecido.

-Padre, -dije sujetando amorosamente su cara con mis dos manos-. Quiero que sepas que intentaré llevar las riendas de este hermoso reino que me cedas con el mayor de los celos y sabiduría posible. Junto a mi reinará también tu hija. ¡Sí, sí! Lienha. Ella no lo sabe aún, pero es la elegida para darme amor, mucho amor y descendencia. Luego, también participe en cada momento de nuestra vida estará mi fiel Brigadión aquí presente, quien me guiará y orientará en los momentos que flaqueen mis dudas y... y... -no sabía que más decir, así que improvisé-. Padre ¡Qué demonios! ¡Muchas gracias!

Sin más le di un beso en la mejilla seguido de una bofetada que debió retumbar en todo el palacio.

-¡Degall, por favor! -la crítica voz de Brigadión me sacó de mi alborozo-. ¡Déjalo ya!

-Sí, perdón. Lo dejo... lo dejo. -dije aceptando la sugerencia y sobre todo viendo la rápida rojez que aparecía en la mejilla de mi estimado padre que no se movía ni para quejarse.

-Príncipe, tenemos dos opciones. La primera, si lo deseáis es ahogarle con la misma almohada de su cama, os dejo ese honor. Puedo asegurar que vuestro padre no pondrá ningún impedimento, ni reparo. Lo podéis apreciar por vos mismo.

Reímos juntos el chiste mientras el moribundo pedía perdón y solicitaba clemencia por decirlo de alguna forma, por todos los poros de su piel. Pero no me gustó esa opción y así se lo hice saber.

-Brigadión, con el susto que me has dado y que todavía tengo metido en el cuerpo, no me apetece “trabajar” que digamos. Además, por ahora todavía soy un príncipe de Shámsala y esas tareas no me ocupan.

-De acuerdo. Pues la otra opción sería dejarle como si hubiera sufrido algún tipo de ataque. Morirá en un par de días sin dolor. Se irá apagando poco a poco, como una vieja vela.

Esa forma me atraía más, la veía verdaderamente aceptable.

-Muy bien, de acuerdo. -contesté-. Ponte a ello ahora mismo. Me gusta más esta segunda opción.

Miré a padre y me despedí finalmente de él sin rencores, ni nada parecido.

-Padre, ayer eras tú. Hoy soy yo. ¡Adiós!

Me levanté del sillón y me dirigí hacia la puerta esperando a que mi Brigadión hiciera lo que tenía que hacer.

Destapó la cama primeramente y luego cogió con suavidad el cuerpo inerte del sillón y lo depositó encima desvistiéndole. Allí le palpó por diferentes partes. Parecía darle un masaje, pero lo que realmente hacía (según supe a posteriori), era detener poco a poco la función de sus órganos vitales. La vida del rey emperador empezaba a escaparse de su ser sin freno alguno. Cuando terminó le tapó con la sábana hasta el cuello.

-¿Ya está? -pregunté nervioso. La situación no era la más ideal y mis nervios llevaban ya tiempo estando a flor de piel.

-No, ahora falta lo más importante, Degall -me anunció con una aura de misterio-. Su testamento, sus últimas voluntades. Es ahí donde debéis aparecer vos y no Elcor. Todo debidamente firmado y sellado por el propio Rey Emperador Crotor Vaalam de Shámsala.

-Pero eso es imposible, Brigadión. El sello real está colocado en su dedo mágicamente. No se puede plagiar nada sin su sello y él debería estar perfectamente cuerdo y con los cinco sentidos para poder firmar un mandato..., más si es su testamento. ¿No?

-Efectivamente, príncipe -respondió.

Desde el día que padre ascendió al trono llevó siempre consigo el sello real. No era un anillo cualquiera, sino mágico con el sello real incrustado en él y solo podía ser utilizado únicamente por el mismo emperador en pleno uso de todas sus facultades mentales. Un pergamino que llevara este sello y firma era una orden directa del rey y su realización prevalecía sobre todo lo demás. En caso de desaparecer del dedo real en “extrañas circunstancias”, el sello mágico no obraba, sellaba o lacraba, por más que se intentase utilizarlo en documentos o en cualquier otra cosa. La historia del anillo venía desde tiempos inmemoriales e iba sucediéndose de rey en rey a través de los siglos. A la muerte de quién servía el anillo, este se destruía y cuando el nuevo monarca ascendía al trono, otro nuevo se forjaba y se le entregaba. Todo soberano había tenido siempre el suyo propio, nunca uno como herencia. Solo ciertos magos tenían el poder de obrarlos o de destruirlos y esto ocurría solo en coronaciones y en fallecimiento reales.

-¿Efectivamente? ¿Y qué hacemos ahora? Tal y como está mi padre es imposible que pueda firmar algo que me ced...

-¿Y si ya lo ha firmado?

-«Brigadión, Brigadión. -pensé-. ¡Cómo me gustas, condenado!»

-Resume, por favor -apremié.

-Digo que..., ¿Y si ya lo ha firmado?

-¿Cómo lo has conseguido, amigo? ¿Tienes? ¿Tienes su firma? Venga ¡Dímelo, rápido!

-¡Ay, ay, ay! ¡Degall, Degall, Degall! Que poco os fías de mí ¿Creéis que iba a dejar algo tan importante para lo último? ¡Sí! Tengo su firma. Vuestro padre últimamente se fiaba mucho de mí, demasiado diría yo. Todos los días le pasaba a rubricar las nuevas ordenanzas y despachos para que autentificara con su sello real estampado. Últimamente casi ni leía lo que le ponía por delante, simplemente como os digo estampaba el sello, firmaba y me pedía el siguiente documento.

-Se confió demasiado de ti Brigadión e hizo muy mal. -solté con simpatía.

-Así es. Pero gracias a eso, estamos ahora donde estamos, príncipe. El hecho es que puse varios pergaminos seguidos unos encima de otros. Hablaban de temas sobre los cuales a él no le apetecía perder mucho el tiempo leyéndolos y sin siquiera miró si había algo escrito. Fue firmando uno tras otro sellándolos con el anillo. Increíblemente había uno en blanco y sin darse cuenta..., también ahí estampó su rúbrica. Justamente es el que tengo en mi poder y que debo rellenar imitando la letra de vuestro padre, aquí presente.

Brigadión señaló hacia la cama. Padre tenía su mirada perdida no sé dónde. Parecía totalmente desinteresado de lo que estábamos hablando, aunque fuese precisamente sobre él.

-¿Podrás imitar bien su letra, Brigadión?

-Yo diría que es la misma, príncipe. Nadie podrá notar nada, os lo aseguro.

-¿Y qué harás con el pergamino?

-Cuando salgamos lo llevaré y dejaré en el mismo lugar donde se encuentran todas las pertenencias importantes de vuestro agonizante padre. Sus joyas más valiosas, su corona y ahora su nuevo testamento.

-Pero ese lugar, cofre o lo que quiera que sea ¿Está abierto? -pregunté con sorpresa-. ¿Tan fácil es eso que dices? ¿Tan sencillo?

-No fue sencillo, príncipe, pero tengo una copia de la llave -sonrió abiertamente sin darle la mayor importancia-. Decidí hacerme una en un descuido de vuestro padre. Para el futuro..., ya sabéis, por si acaso.

-¡Eres genial, Brigadioncito! -no pude menos que expresarle mi satisfacción por su buena labor.

-Pues ya está todo hecho. El rey fallecerá en dos días, tres a los sumo si está muy fuerte, aunque no lo creo. Yo diría... yo diría que en muy poco tiempo seréis coronado nuevo rey emperador del reino.

-¡Perfecto!

Miré hacia la hermosa cama y levantando la mano quise dar un último adiós a mi desahuciado progenitor.

-¡Adiós, padre! ¡Eh! Espera un momento.

-¿Qué ocurre? -preguntó Brigadión inquieto.

-Estoy pensando, ¿podría enarmonizar con él en su estado?

-Sí, supongo que sí. Físicamente la vida se le escapa, pero mentalmente sigue vivo, como si nada hubiera pasado. Si vais a intentar entrar en él hacedlo ya, pero por favor no os demoréis mucho.

-Allá voy entonces.

Mirando a mi buen aliado, me adentré hacia mi interior buscando a padre. Al poco tiempo lo encontré, allí estaba y sentí toda su ira, rabia, cólera o como se quiera llamar. Sentí todo ello rodeándole.

-**¡Padre! ¡Padre!** -le llamé.

-**¿Qué?** -resonó su voz en mi mente-. **¿Quién eres?, ¿Qué? ¿Qué quieres de mí?**

-Padre, soy yo, Degall. No temas. Lo que estoy haciendo contigo ahora se llama enarmonizar. Esta maravilla me la ha ensañado Brigadión. ¿Te acuerdas de él? ¡Nuestro querido Brigadión, padre!

-¡Repugnante mal nacido! Debí matarte cuando tuve la ocasión. -aún en su estado contestó con rapidez mental- **Ojalá te pudras tú y esa rata vasnina de mierda.**

-Padre, espera..., desde esa posición no puedes verme.

Y desde la puerta me dirigí hacia su cama poniéndome delante de ella, frente a él. Era imposible que no me viese.

-Padre ¿Ahora cómo te sientes? ¿Qué tal estás? -intenté poner candidez en mi pregunta.

-¡Cerdo! -sus palabras intimidatorias como quien dice, retumbaron en las paredes de mi mente-. **¡Gorrino de mierda! Te maldigo a ti y a toda tu estirpe, gusano asqueroso. Debí pisarte como a una cucaracha cuando tuve la ocasión. No... no debí esperar, no debí darte la oportunidad.**

-¡Ay, pobrecito padrecito! ¿Qué voy a hacer contigo? ¡Ja, ja, ja! -reí-. **Solo quería decirte una cosa, solo te pido un último favor. Cuando te mueras y veas a Gumb, dile... pregúntale que tal se encuentra. Hazle saber que le echo de menos. ¡Ja, ja, ja!** -volví a reír-. **Eso, eso, dile que le echo mucho de menos. ¡Ah! Y que tengas buen viaje. ¡Ja, ja, ja! ¡Adiós! ¡Adiós!**

Y saludando con la mano salí de él oyendo sus últimas e insultantes palabras.

-¡Maldito hijo de pu...

Volví con mi Brigadión que permanecía junto a la puerta esperándome.

-¿Ya? -quiso saber.

-¡Ya! -contesté.

Salimos y los galusas nos miraron sin dar la menor importancia. Brigadión con una pasmosa naturalidad ordenó:

-Cuidad ahora mismo la puerta real. El rey está cansado y necesita reposar. Por favor, que nadie turbe su sueño hasta mañana por la mañana.

Los guerreros entendieron perfectamente la orden y según la acataban, desaparecimos por el pasillo.

Yo, a mi alcoba y Brigadión a la suya.

Ahora nos tocaba enarmonizar un poco.

67

“RECUERDOS PARA GUMB”

A primera hora de la mañana y cuando el sol empezaba a salir por el horizonte llamaron a la puerta de la alcoba de Brigadión.

-¿Sí? -contestó saliendo de un apacible sueño.

-Soy yo señor, Alidor -dijo quién llamaba-. Es su majestad que no contesta. No nos responde desde el interior.

El vasnino que ya contaba con aquello saltó de la cama vistiéndose rápidamente, abrió la puerta y empezó su actuación ante el siervo.

-¿Qué es lo que pretendes decirme? ¡Habla!

-Su majestad, el emperador, no contesta a ninguna de nuestras llamadas, señor.

-¿Y habéis intentado entrar para ver qué ocurre? -la mirada que le echó a Alidor según emprendía camino hacia la alcoba real hizo palidecer a este.

-No, señor. Tenemos prohibido entrar a menos que el rey así lo solicite. Sus guardias tampoco nos permiten acceder al interior y el único que pude hacer algo es usted, señor.

-¡Déjalo ya! -contestó de muy malas formas Brigadión andando de prisa hacia la alcoba real..

Cuando iba llegando hacia la puerta real, observó que allí se encontraban reunidos y esperándole los cuatros guardias galusas además de cinco sirvientes que atendían diariamente al rey en su aseo personal. Uno de los galusas quien parecía llevar la voz cantante fue directo hacia el vasnino.

-¿Responde? -preguntó Brigadión.

-No, señor -repuso este.

-¿Habéis intentado entrar de alguna forma?

-No, señor. Tenemos órdenes de no entrar, ni dejar entrar a nadie. El rey lo dictaminó así.

-¿Es que sois idiotas o qué? Dame ahora mismo la llave, guardia. -dijo fuera de sí Brigadión.

El galusa dudó un segundo entre hacer caso o no a lo que decía el vasnino, pero observándole mejor de reojo pensó que no era muy aconsejable desobedecerle por lo que se las cedió sin más.

-Comprendedlo, señor. Tenemos órdenes estrictas de no dejar ent...

-Tenemos órdenes, tenemos órdenes y en caso de un peligro real para el rey. ¿Para qué quieres las órdenes, galusa?

-Perdón, mi señor. No volverá a ocurrir, lo siento. -argumentó retirándose un poco del paso a la vez que los otros tres imponentes guerreros también intentaban ocultarse de la mirada de Brigadión.

Abrió la puerta y llegó seguido de todo el séquito hasta el lecho de Crotor.

Allí estaba, en la misma posición que le habían dejado horas atrás, con los mismos ojos abiertos.

-Rápido, vosotros. Id y llamad a doctores y magos. -apremió a los sirvientes según saltaba con celeridad encima del moribundo rey y empezaba a masajear de nuevo su tórax.

-Intentaré aplicarle algún masaje beneficioso -mintió.

Pero nada más lejos de su intención, simplemente volvía a retocar los mismos puntos cruciales que habían convertido al emperador en un vegetal viviente unas pocas horas antes. Tras un tiempo procurando de nuevo la friega letal, por fin se detuvo. Nadie hablaba en la alcoba y todos los pensamientos generales eran sobre lo mismo, la raquíica salud del rey Crotor que ahora parecía más acabado que nunca.

Brigadión bajó de la cama y corrió las cortinas para que entrase toda la luz posible. Luego con serio semblante se sentó en uno de los sillones en espera que los doctores y hombres versados en magia acudiesen.

Al rato estos llegaron completamente exhaustos y con grandes sofocos. Un vistazo al monarca fue suficiente para darse cuenta de la gravedad del paciente. Lo único que fueron capaces de diagnosticar era que quizás se debiera a un agravante mal funcionamiento de algún órgano interno importante o bien a un ataque cerebral. La extrema rojez de su mejilla izquierda les hizo también pensar que alguna fiebre extraña se podía haber apoderado de él. Incluso uno de los doctores (por lo visto sin mucho criterio entre los demás), comentó algo sobre posible magia negra, pero ante la mirada de sus doctos compañeros mucho más duchos que él en el tema, prefirió callarse y cambiar su versión por la de ellos.

Los tres príncipes, así como los demás vasininos fueron informados rápidamente del suceso. Todos se presentaron ante un rey rodeado de incompetentes sabios, doctores y magos. Estos solo parecían tener un afán, intentaban inútilmente y sin ningún éxito hacerle beber todo tipo de tés e infusiones mágicas.

Sobra decir que ninguno de los recién llegados mostraba muchos síntomas de tristeza o dolor, todo lo contrario, en todos ellos sus caras intentaban ocultar la alegría prediciendo el futuro que parecía deparar al emperador.

Incluida la faz de la princesa Lienha.

Los príncipes se miraban entre ellos, pero con demasiados pensamientos en sus mentes. El primero en decidirse a acercarse a su padre fue príncipe Degall. Al llegar junto al moribundo y desvalido monarca, solo pudo cogerle suavemente la mano y mirarle a los ojos.

-¡Hola, padre! Aquí estoy de nuevo, sigue así, por favor. Sigue muriéndote dulcemente muy poco a poco. Despacito, por favor.

-Maldito cobarde. Si pudiese te arrancaría los ojos con mis propias manos.

-Pero no puedes padre, no puedes. Inténtalo si quieres...

En esos precisos momentos, Crotor realizó un último intento de moverse en lo que un día mucho tiempo atrás fue un cuerpo sano y fuerte. Instantáneamente el torso del monarca que yacía inerte sobre la cama dio una feroz sacudida, fue como si un espasmo nervioso le hubiera recorrido todo el cuerpo. El príncipe se asustó saltando hacia atrás y los doctores rápidamente acudieron en pos del monarca. Pero este seguía igual, nada había cambiado, simplemente había sido un reflejo por alguna causa interna desconocida, al menos eso fue lo único que reconocieron los matasanos.

Aquella misma mañana, los grandes mandos del ejército decidieron concretar el toque de queda en la ciudad. La muy segura y pronta muerte del monarca podía soliviantar a más de uno y lo mejor era tenerlos a todos bien atados antes de que desvariasen por la ciudad quemando y arrollando todo a su paso.

Cuatro días después el rey emperador Crotor Vaalam de Shámsala fallecía rodeado de buitres ávidos de carroña. Únicamente uno entre todos, el príncipe Elcor se preguntaba qué demonios estaba haciendo allí entre tanta jauría.

Durante esos días los doctores habían intentado reanimarle haciéndole todo tipo de masajes, intentando que bebiese infusiones de extraños colores (algunas de ellas decían mágicas), pero que no funcionaban en absoluto. Su majestad rechazaba todo tipo de alimento, no ingería nada por su boca por más que intentasen meterle a la fuerza una cuchara con sus esperanzas de recuperación. El remedio era peor que la enfermedad ya que lo único que conseguían es que se atragantase y vomitase todo lo ingerido. En tres ocasiones tuvo extrañas convulsiones cortas y esporádicas como la producida con el príncipe Degall. Estuvo acompañado en todo momento por hijos, vasininos, gente noble, el mismo alcalde de la ciudad además de importantes militares que velaban constantemente por él. Como decían, en un último y poético intento por insuflarle el aire que necesitaba para vivir aún a sabiendas de las pocas esperanzas que existían de recuperación. Aunque realmente solo esperaban su deceso el cual les parecía estar demorándose demasiado.

Tras su muerte se decretó sesenta y ocho días de luto oficial, uno por cada año de su vida. Pero para el pueblo, más que luto fueron jornadas de festejos y salvo en presencia de ciertos militares y algún que otro noble completamente imbécil, se celebraron fiestas por muchos lugares en honor a la muerte del ruin dictador. La buena noticia recorrió el reino de norte a sur y de este a oeste y poco después se sabía del acontecimiento incluso más allá de las fronteras del reino. La gran pregunta que ahora

se empezaba a hacer un populacho atemorizado era... ¿quién sería coronado nuevo emperador? Se conocía que había dos príncipes y una princesa, pero por los comentarios del pueblo no se les otorgaba mucho prestigio. Decían algunas que otras lenguas sabias que era imposible que un ser tan despreciable como Crotor pudiese tener un hijo digno. Una hiena solo pare hienas. Así que el pueblo con más miedo que esperanza aguardó con ansias las noticias que iban saliendo del palacio real muy poco a poco.

A los tres días de su muerte se realizó un gran funeral en Vende al que solo pudieron acudir la esencia del poder en la ciudad y cercanías. No se enterró el cuerpo, sino que se decidió embalsamarlo y prepararlo para su verdadero funeral de estado que se celebraría treinta días después de su muerte. Se hizo de esta forma para dar tiempo a que acudiesen a la ciudad los gobernantes y nobles de todas las provincias estado. Así que en espera que llegasen todos los súbditos importantes, el cuerpo fue embalsamado y expuesto en la planta baja del mismo palacio, en concreto en el gran salón. Cualquiera que quisiese podía acceder a verlo. El cadáver de Crotor se encontraba noche y día custodiado en sus cuatro esquinas por la presencia constante de sus buenos guerreros galusas. Más allá en el mismo recinto, otros tantos soldados con uniformes de gala le acompañaban también y así reposó el rey durante los treinta días siguientes. Mucha gente del pueblo entró a verle, pero más para comprobar por sus propios medios que realmente el rey estaba muerto y bien muerto, que por darle un último y definitivo adiós.

Un hecho sin precedentes vino a añadir todo tipo de comentarios en el día a día de la plebe y la realeza. Sin siquiera avisar de su llegada, el rey emperador del Gran Reino de la Luz, acudió a las exequias del emperador fallecido acompañado de un extenso séquito. Quería para dar su última despedida a su homologo rey del vecino reino y se presentó de improvisto dos días antes del gran funeral.

Pasado el tiempo estipulado y con todo Vende engalanado para la importante ocasión, ese día llegó y fue difícil recordar otro momento tan pomposo cercano en la historia de Shámsala. La carroza real donde se encontraba el féretro del emperador fallecido era tirada por diez imponentes caballos negros y las riquezas de los grabados de esta eran dignos del más importante rey que nunca hubiera tenido el reino. En su pescante, tres espléndidos militares condecorados con demasiadas distinciones se afanaban en conducir a la perfección los corceles. Justo detrás le seguía otra carroza con los tres príncipes en su interior, luego y ya por orden de importancia, gobernantes, vasinios, nobles, militares, alcaldes, etc. etc. etc., y escaso populacho. La extensa procesión recorrió Vende durante gran parte del día y al atardecer de vuelta al palacio, se dirigieron hacia el panteón familiar donde reposaban reyes, reinas y príncipes de tiempos anteriores. El féretro de Crotor fue introducido en su nicho correspondiente, ahora se podía decir que se encontraba finalmente cerca de sus lejanos y antiguos familiares, todos de la misma estirpe. Cada una de las grandes losas tenían dibujos con bellos relieves además de llevar tres datos incrustados en letras de oro.

Quién era su morador,

Cual había sido su título.

Y la fecha del nacimiento y de la muerte.

Así en este nuevo nicho se podía leer...

CROTOR VAALAM DE SHÁMSALA
REY EMPERADOR DE SHÁMSALA

625 / 21

IMPASSE

Aquellos días que transcurrieron desde su muerte hasta la finalización de los homenajes en su honor con el definitivo traslado del féretro a su lugar de reposo, fueron muy diferentes a los demás.

Sobre nuestra coronación, la ley y la costumbre lo decían bien claro, hasta que no finalizasen las exequias por el monarca muerto, no se podía ni pensar en el nuevo rey. Esto para mí solo eran tonterías de estado y la impaciencia me corroía. Tuvimos que esperar hasta que finalizase el luto oficial para empezar a hablar de coronación y futuro rey. Brigadión no podía, no debía estar conmigo desoyendo una de las últimas voluntades de mi padre, debía seguir en su puesto hasta el traslado final de ataúd al panteón y por tanto Xara seguía a mi lado. Pero a las noches todo era diferente y muchas de ellas me comunicaba con mi leal vasnino.

Recuerdo que durante los cuatro días que logró sobrevivir padre, acabé haciéndole alguna que otra visitilla de esas especiales y siempre a última hora del día, cuando conseguía estar solo en mi alcoba. Quería verle de nuevo y hablarle de mis proyectos, a ver qué opinaba. Aunque luego realmente no hablábamos para nada de esto.

-Padre... padre... ¿Estás ahí? Soy yo, Degall, tu hijo amado.

Sus respuestas fueron duros exabruptos e infamias contra mí y todo lo que me rodeaba. Brigadión por supuesto, también se llevaba su parte.

-Eres tú de nuevo. Cerdo incapacitado mental. Jamás conseguirás doblegarme, jamás reinarás en Shámsala. Y ese cerdo vasnino.... ¡Traidor! Le tendí la mano y mira lo que me devolvió.

La verdad, parecía que el pobre no tenía ni idea de lo poco que le quedaba.

-Padre, por favor, no te pongas así. Deberías estar orgulloso que tu hijo te suceda. Que por fin pueda morar en esta alcoba tan espléndida que...

-¡Desgraciado! -repetía una y otra vez-. **Te mereces la horc...**

Sentí lo mismo que la primera vez cuando salté encima de él en su lecho rodeado de médicos y vasninos. Ese genio suyo que consiguió hacerle reaccionar durante un breve segundo con un fuerte espasmo muscular. Entonces me asusté mucho, demasiado creo, sobre todo pensando que si volvía en sí me condenaría allí mismo, delante de todo el mundo. Pero nada más lejos de la realidad, Brigadión había hecho muy bien su labor y no había nada que temer.

Y aunque mi padre seguía juzgándome cada vez peor acusándome con horribles impropiedades indignos de un futuro rey de Shámsala, también empezaba poco a poco a hablar con menos coherencia. Divagaba y se podía decir sin error a errar, que su fin estaba cada vez más cerca.

¡Qué bien!

Al día siguiente volví a intentarlo, ya estaba más reposado, más sereno. Incluso se percató que me acercaba.

-¡Ah! Eres tú, cerdo. ¿Otra vez estás aquí?

-Sí, padre. Soy yo y he venido a hacerte otra visita. Por favor, no me insultes de esta forma tan cruel que me haces daño. —enarmonicé intentando que mi sorna no me delatase.

-¿Por qué subiste a la torre y mataste a mi reina? -preguntó sin más-. **¿Por qué?**

-Fue sin querer, padre. Un accidente como otro cualquiera, no lo pude evitar.

Sentía como se le escapaban las fuerzas, pronto llegaría su hora. Pero tenía la necesidad de hincarle un poco más el diente.

-¿Un accidente? ¿Dos muertes llamas un accidente?, ¿Dime por qué, Degall? Dímelo ¡Por favor!

Estaba algo más sumiso y ello me complació enormemente.

-Como te digo padre, fue un accidente. Le dije sin percatarme que era príncipe y ella no quiso seguir con la conversación. Luego pensé que te enojarías conmigo y que no me perdonarías haber subido allí puesto que lo teníamos prohibido y si a eso le sumamos el recuerdo de un látigo en la manos de Brigadión por orden tuya, ¿pues qué quieres que te diga? Además..., ¿para qué demonios querías tú una reina si te follabas a todas las doncellas de palacio?

Volvió a insultarme de nuevo y cada adjetivo era más suave que el siguiente. No tuve más remedio que salir de su mente por tercera vez consecutiva en poco tiempo. Al día siguiente los doctores nos hicieron saber que era muy posible que no pasase de aquella misma noche. Conociendo esto, después de comer me retiré a mi alcoba para aprovechar y hacerle otra visitilla.

Esta vez sí noté algo diferente en él. El momento llegaba y no le quedaban muchas fuerzas. Ni siquiera me reconoció al principio.

-Hola, padre. Soy yo de nuevo. ¿Qué tal te encuentras hoy?

-¿Eeeh? ¿Quién eres? ¿Qué...qué me paaasssa?

-Soy yo, padre, Degall. Tu hijito. ¿No me reconoces?

-¿Degall?, ¿Mmmi hi hhijoo? ¿Quéé hago aaquí? ¿Quéé ess es ...too?

-Estoy en tu mente, padre. Dentro de ti. ¿No te acuerdas de lo sucedido?

-¿Su...cedidd..do?. ¿Quiien soyy? ¿Quéé eessesstoo? -repitió siendo casi imposible entenderle.

Opté por decirle lo primero que se me ocurrió.

-Padre, te lo explico ahora mismo. Hace cuatro días intentaste asesinarme a través de "MI" vasnino y no lo conseguiste. Creíste poder aprovecharte de mí Brigadión para hacer el trabajo, pero todo te salió mal..., digamos al revés. Por eso ahora estás en ese estado tan lamentable. Tú te lo buscaste, pero debo decirte que si no lo hubieras buscado tú, yo mismo me hubiera ocupado de que lo encontrases. Tus días estaban contados desde hace tiempo.

-Dega...all, Dee gga...all.

-Sí, padre.

En ese momento tuve la impresión de que recuperaba parte de su conciencia y de su energía.

-Ess...cucha miss últttimás pa...palabras, por fa...ffavor. Escuucuuccucha...lass con aat...att...atencnción.

Me preparé para la acometida de insultos que me venían encima y decidí que nada más empezasen regresaría a mi alcoba al instante. Lo tenía decidido, aquella era la última vez que entraba en su mente, así lo había decidido.

-Deeggaalll, perrddoodo...donannaddmme, pooopor faavor. Tú, Lienennn...haaa, El...Ell...Elcorrr y Gguuummbbb, allá donde es...esté y a tood...dos los quee heee po...poddiddo inn...jurriarr y daaññaaar con miii sooberbia y mii poo poo...deerrr. Ddillees que me perrd...doonen, que su reyy soolicici...taaaa su peerdodonn. Dilless quee quee lo ssient...

Noté una extremada y fuerte sacudida mental y con ella mi padre desapareció. Le busqué, intenté dar con él, pero fue imposible por lo que rápidamente me di cuenta de lo sucedido. Volví con celeridad a su alcoba junto a todos los demás y en aquel preciso instante los doctores salían de ella. Acababan de certificar la muerte del rey.

Poco después las campanas de palacio dieron la noticia a toda una ciudad que ya se lo esperaba. Se envió cuervos mensajeros al resto del reino, ciudad por ciudad y pueblo por pueblo. Parecía que todos debían tener conocimiento que mi padre Crotor Vaalam de Shámsala había fallecido, aunque yo no entendía a qué era debida tanta propaganda, mi padre por fin se había largado, aunque con unas palabras finales muy diferentes a su forma de ser.

Decidí que me callaría eso del perdón de última hora.

-Debiste haberlo hecho tú en vida. ¡Imbécil!

Según las estúpidas costumbres que habían sobrevivido a través de los tiempos, todo gran noble o gobernador que acudiese a un funeral de estado real tenía pleno derecho a asistir a la mesa del o de los príncipes herederos como un familiar más. Por lo que según iban pasando los días, más y más gentuza de esta se llenaba el estómago gratis, pagando por el convite tonterías y relatos sobre mi padre que nadie quería oír. En uno de aquellos banquetes por fin tuve la ocasión de hablar con Brigadión. Desde la noche que salimos juntos de la alcoba real, no habíamos vuelto a tener la oportunidad de reunirnos de nuevo... físicamente.

-Hola, mi príncipe -dijo sonriente-. Os veo encantado con todo este populacho que nos rodea.

Eché un vistazo a la gran mesa y aparte de Lienha, Elcor y los vasininos, no conocía a nadie más. Aquellos impresentables y voraces buitres, cerdos de pocilgas malolientes y portadores de magníficos ropajes, parecían no haber comido nunca.

-No veo más que mierda a mi alrededor, Brigadión ¿No lo sientes así?

-Lo habéis explicado perfectamente, príncipe y debéis empezar a acostumbraros a ellos. Toda esta pandilla de hienas saciará sus buches con cargo a vuestras arcas. Después tal vez echen una lágrima por su rey muerto, más para ser vistos por los demás que por verdadera gratitud, finalmente se largarán por donde han llegado. Solo debéis aguantar y tener un poco de paciencia, Degall.

-¡Por cierto! Se me olvidó preguntarte antes ¿Dejaste aquello en su lugar?

-¿Aquello? -repitió con sorpresa.

-¡Sí! Aquello. Me acerqué un poco más hacia él y le susurré-. ¡Brigadión! El testamento. ¿Lo dejaste en su sitio?

-¡Ah! Eso. -me miró astutamente-. Mi príncipe, ¿cómo podéis dudar de mí? ¿No os comenté que debía hacer algo muy importante?

-Sí, recuerdo que lo dijiste, pero..., ¿lo hiciste?

-¿Vos qué creéis, Degall?

-¿Que qué creo yo? -su respuesta me alteró por completo-. Que me estoy poniendo nervioso sin saber realmente si es que sí, o si es que no. Solo oigo divagaciones tuyas, acasos y quizases y encima me repatea que no pueda hablar a mis anchas con todos estos sarnosos de finos modales que nos rodean y que como siga así se van a enterar de todo.

-Sí, sí. Lo dejé en su sitio. -dijo rápidamente viendo mi estado de ánimo-. Podéis estar tranquilo, Degall.

-Gracias, Brigadión. -repliqué secamente tragando el líquido de mi copa de un solo sorbo.

¡Vaya! De nuevo ahí estaba mi Brigadión. Unas veces me regalaba la felicidad total y otras me dejaba en el borde del abismo no pudiendo hacer otras cosas más que verle disfrutar con la situación. ¡Puñetero vasinino!

Unos de los últimos días de aquellas opíparas comidas en honor a mi padre y ya con mi vasinino preferido al lado, tuve la oportunidad de charlar con Gardian, el rey emperador del Gran Reino de la Luz. Solicitó permiso para colocarse en la mesa entre Elcor y yo. Siendo quién era, no pudimos negarnos. Advertí que hacía demasiadas preguntas, bastantes más de la cuenta. Pero estaba totalmente tranquilo ya que, aunque Brigadión parecía ajeno a la conversación, sabía que la controlaba de principio a fin. Aquel rey quería saber demasiado y sinceramente entonces no le di la debida importancia.

Tras la comida estuve acompañado unos minutos por Brigadión y Rutter, recordando la conversación que había mantenido con el emperador del Gran Reino de la Luz y les pregunté sin pensarlo dos veces:

-Brigadión ¿Qué te ha parecido el Gardian ese?

-Problemas. -contestó escuetamente Rutter.

Quedaba claro que habían hablado entre ellos del tema y eso no me importaba, es más me gustaba ya que venía a mostrarme su preocupación (algo que yo no veía), sobre temas de estado.

-¿Por qué problemas, amigos?

-¿No os habéis dado cuenta, mi príncipe? Gardian os hizo demasiadas preguntas y muchas de ellas versaban sobre Nueva Maran. Creo no confundirme mucho si os digo que su intención no era acudir a las exequias por vuestro padre, sino veros y dialogar en persona con vos y con Elcor.

Quien hablaba ahora era Brigadión afirmando Rutter con la cabeza.

-Quería comprobar personalmente como estaba vuestra propia estabilidad mental y emocional. Si estáis lo suficiente formado para vuestro futuro cargo. Vos y lo mismo con el príncipe Elcor y si aceptaseis cualquier suceso crítico que pudiese ocurrir en el reino, como la hipotética invasión de Nueva Maran. Eso deseaba saber realmente, mi príncipe. Necesitaba conoceros en persona y decidir qué pasos dar en un futuro. -Brigadión hablaba de un solo tirón, casi sin respirar siquiera-. Así que no estaría de más avisar a nuestras tropas en Dor-Alia. Deben estar preparadas para cualquier cosa.

Con estas palabras terminó su pequeño monólogo y antes que pudiese contestarle, Rutter siguió con lo mismo, previniéndome también.

-Y si ve que no hacemos algo rápidamente como poner sobre aviso a la provincia de Nueva Maran, me temo que atacará con todo su poder sobre la ciudad. Esperará algo de tiempo sí, pero poco, príncipe. Sus espías están por todas partes y si estos le dicen que no ocurre nada por los alrededores, que no hemos tomado medidas, creo que es muy seguro que atacará. No hacer nada, es darle opción a dar ese paso, mientras que reforzar militarmente Dor-Alia, es obligarle a que se lo piense y quizás no ataque.

Rutter como mi vasnino, intentaba avisarme de algo hipotético que seguía sin ver claro. La rotundidad de sus palabras eran idéntica a la anteriormente expuesta por Brigadión.

-Y deduzco que aprovechará la transferencia de poder, porque cree que vos y el príncipe Elcor sois muy jóvenes todavía. -continuó Rutter-. Muy jóvenes para pensar en guerras y muerte. Supone que no estaréis a la altura de vuestro padre y de las circunstancias saliendo urgentemente en defensa de Dor-Alia. Es así de sencillo... y eso es lo que pasa por su mente, ambos lo presentimos.

Empezaba a vislumbrar un poco lo que venía a significar ser rey emperador de Shámsala. No solo parecía poder dormir, comer, meter y sacar a todas horas como un loco con quién me diese la gana. Aquello parecía mucho más serio de lo que yo creía, pero como no deseaba seguir oyendo los sabios consejos que me amargaban en vez de hacerme feliz, acabé con la charla por las buenas.

-¡Por favor! Dejemos este tema que no nos lleva a ningún lugar, amigos. Nada va a pasar, ni nadie va a atacar Dor-Alia. Hacedme caso ¡Demonios! Gardian me pareció una persona muy estable, afable y de gran compromiso con nuestro reino. Me mostró su gran interés en que nuestros respectivos pueblos sigan en la senda de esta paz tan duradera.

-Pero mi príncipe -quiso añadir Rutter-. Solo intentaba embaucaros con...

-Rutter ¡Se acabó! -corté su parloteo-. Dejémoslo estar. Que pasen las exequias y que coronen a quien sea y luego..., luego hablaremos.

-¿Hablaresmos?

Respondió con suspicacia y rápidamente me di cuenta de mi error dialéctico donde más o menos afirmaba que iba a ser el elegido. pero ya estaba dicho. Rutter hizo ver como que no se daba cuenta y siguió sin más.

-Pero bien..., como vos deseéis, mi príncipe.

Ante la situación por la que atravesábamos y la futura elección del nuevo rey además de la coronación, descubrí que los vasininos eran más tolerantes con nosotros, los príncipes. Era por decirlo de alguna forma, como si hubiéramos ascendido un peldaño más en el escalafón del trato, aunque Brigadión seguía haciendo conmigo lo que le daba la gana. Empezaban a acatar nuestras órdenes de buena gana y si nos tenían que decir o aconsejar algo, empezaban a hacerlo desde otro punto de vista. Seguía con Xara, en eso nada había cambiado, los vasininos no habían dejado de aleccionarnos en esos momentos tan "difíciles". Rutter seguía también con Lienha y con mi nuevo hermanastro, Cymbal.

Debo decir que cuando todo acabó, me encontraba rendido físicamente. Había estado metido casi todo el último día en una carroza junto a mis hermanos y tenía los brazos doloridos de tanto levantarlos para saludar al populacho.

Cuando salimos del panteón familiar después de dejar allí a nuestro odiado padre, Rutter y Brigadión nos comunicaron que al día siguiente se leería sus últimas voluntades, es decir..., su testamento. Así que sin perder tiempo esa misma noche nervioso busqué desesperadamente a Brigadión, tenía que hablar con él, lo necesitaba. Además, había otro tema importante sobre el que tenía que ponerse a trabajar inmediatamente. Poco después conseguía estar en él.

-¡Brigadión! ¿Estás ahí?

-Degall, no os esperaba hoy. Supuse que estaríais cansado por el ajetreo del día y nervioso por lo de mañana. Había pensado en dejaros tranquilo para que pudierais descansar -su voz sonaba entre picarona y maliciosa. Sabía de sobra que iba a acudir a él.

-¡Brigadión! No me toques más las narices. -repuse con rabia-. **Sabías de sobra que iba a intentar enarmonizar contigo ¿Verdad?**

Debió pensarlo mejor y entonces noté que hablaba con sinceridad.

-Sí, mi príncipe. Lo sabía y perdonadme por mis palabras, era solo una estúpida broma. No se repetirá.

-Tranquilo, amigo, no ocurre nada, Pero bromas a su tiempo, hoy no. ¿De acuerdo?

-De acuerdo, mi príncipe ¿Nervioso por lo de mañana? -preguntó cordialmente.

-¿Te digo la verdad?

-Por supuesto, Degall.

-Estoy tranquilo, muy tranquilo. Sé que has hecho un muy buen trabajo y que mañana será declarado futuro rey emperador de Shámsala.

-Príncipe, quiero que sepáis que hay otra pequeña sorpresa en el testamento.

-¿Sorpresa?, ¿Qué sorpresa, Brigadión?

-Por favor, esperad a oírla mi príncipe. Os prometo que es una buena sorpresa. Lo importante es vuestro nombramiento, por lo que esta pasará sin mucho interés de por medio, pero os gustará escucharla, tenéis mi palabra. Solo os pido esperar unas horas.

-De acuerdo, lo acepto por esta vez. Ahora tengo que pedirte que realices un nuevo trabajo.

-¿Un trabajo? ¿El día de vuestro nombramiento me hacéis trabajar? Bien, no importa. Vuestros deseos son mis deseos. Mañana mismo me pondré a ello. ¿De qué se trata?

-Creo que no va a poder ser mañana, amigo.

-¿Que queréis decir? ¿No puede esperar a mañana?

-Podría esperar, pero me gustaría tener todo finiquitado para primera hora del día.

-Vos diréis... ¿entonces de qué se trata?

-Esta mañana cuando íbamos en la carroza saludando a la plebe de la ciudad... -

Y dejé un silencio para dar más misterio a la frase queriendo “ver” cómo reaccionaba mi vasnino.

-¿Príncipe? ¿Estáis ahí? ¿Ya estáis de nuevo jugando, entrando y saliendo de mi mente? Degall...

-Estoy aquí, Brigadión. -volví a “decir”-. Sólo estaba midiendo mis palabras. Perdona.

-¿Qué ocurrió cuando saludabais a la plebe?

Perfecto, su interés me gustó en demasía.

-Sentí calor en mi pecho. Ya sabes..., la gema y sucedió cuando pasábamos por el noroeste de la ciudad.

-¿Galizas?

-Con casi total seguridad. Observé detenidamente a la gente, pero a él no le vi, solo sentí el calor nada más. Seguí buscándole, disimulando ante Lienha y Elcor durante todo el recorrido, pero no estaba allí. Evidentemente ha cambiado su cuerpo por otro.

-Eso es seguro. -sentí su preocupación-. ¿Pero y Elcor? ¿Él no lo sintió? Tiene la misma gema que vos. ¿No comentó nada?

-No. Yo sentí el calor, pero como había bastante distancia hasta donde se encontraba el gentío, este no fue muy intenso, sino más bien liviano. Nada más apreciarlo me fijé en Elcor para ver si mencionaba algo y entonces comprobé que llevaba la gema por fuera de su pecho, sobre la camisa mientras que la mía iba a ras de piel. Creo que fue por eso por lo que no se enteró de nada, Brigadión.

-Si es así puede ser que sea Galizas con otro cuerpo o suponiendo lo peor, que haya otro slá andando suelto por la ciudad. ¿Qué queréis que haga, mi príncipe?

-Sal ya mismo y búscalo. Cuando lo encuentres si es Galizas, dile que esté preparado para cuando le necesite. Si no es él, ya sabes lo que tienes que hacer, liquidarlo allá donde lo encuentres. Contra menos tiempo pierdas mejor. Ven ahora mismo a mi alcoba sin que nadie te vea, coge la gema lamverdiana y vete a buscarle con ella.

-Ahora mismo estoy ahí, mi príncipe.

No pasó ni un suspiro cuando sentí que con mucho sigilo alguien llamaba a mi puerta. Abrí y sin decirnos nada le di la gema viéndole partir de nuevo. Cerré la puerta y me relajé. Sabía que Brigadión daría con él. Me acerqué al balcón y poco después observé como partía montado en su caballo atravesando la puerta principal del palacio.

Yo, el príncipe Degall que mañana sería declarado rey emperador de todo el reino de Shámsala, sabía que ya quedaba menos para que mi bella, mi preciada Lienha se abalanzase a mis brazos con ansia, pidiéndome calor, ternura, afecto y amor, mucho, mucho amor.

Siendo así..., ¿qué otra cosa podía hacer aparte de concedérselo con sumo placer?

Y ya no tendría ningún impedimento en mi vida que me impidiese hacer lo que me diese la gana.

Por lo menos eso creía.

Poco después Brigadión con la gema lamverdiana tocando su pecho cabalgaba hacia el lugar donde el príncipe le había dicho sentir la presencia del slá. Debía dirigirse hacia el noroeste según su consejo.

-«¡Rediós! Esto me suena de algo -se dijo a si mismo según cruzaba las nocturnas calles al galope con su jamelgo-. Parece que la historia se repite de nuevo. ¡Vaya coincidencia!».

Recorrió esa zona de arriba abajo y de izquierda a derecha y tuvo que transcurrir mucho tiempo antes de que un ligero calor inundase su pecho. Tiró con fuerzas de las riendas y el caballo se detuvo emitiendo un grotesco relincho. Parecía que intentaba decir a su amo que la próxima vez que quisiese detenerse lo hiciese con más suavidad. Brigadión saltó al suelo y comenzó a indagar por las proximidades, el calor le llevaba hacia una posada de múltiples ventanas. Una de ellas evidentemente era su destino, pero debido a las prisas por realizar la misión encomendada, todas las ganzúas necesarias para abrir puertas se habían quedado olvidadas en el palacio. Sentía al slá, estaba ahí, pero no podía entrar salvo que tirara la puerta.

Aunque también había otra opción a la que había que sumar algo de suerte.

-¡Galizas! ¡Galizas!

Sus gritos resonaron a través de la silenciosa noche como un auténtico huracán. Esperó varios minutos la respuesta, pero viendo que nadie aparecía, volvió a intentarlo de nuevo.

-¡Galizas! ¡Galizas! ¡Eeehh! -gritó con más fuerza.

Antes siquiera de ponerse a esperar, multitud de gritos llenaron de improperios la noche de Vende. Continuos insultos se oyeron como "A gritar a tu casa, borracho de mierda", "Muérete, gorrino", o "Como baje te vas a enterar, imbécil". Estos fueron fáciles de reconocer, pero la inmensa mayoría no los entendió, ya que se iban ocultando unos encima de otros.

Más Brigadión estaba totalmente tranquilo con toda aquella retahíla que parecía no iba con él. Es más, se dispuso a gritar de nuevo el nombre del slá.

-¡Psss! ¡Psss, psss!

Miró hacia la ventana desde donde le chisteaban y allí había un sujeto mirándole atentamente. El vasnino que no le conocía de nada le preguntó de no muy buenas formas:

-Si no eres quien espero que seas, paleta, métete ahora mismo adentro y cierra la ventana.

Pero quien le había chistado no hizo caso, solo dijo.

-¡Brigadión!

Con rapidez el vasnino se percató que por fin lo había encontrado, pero aun así preguntó un tanto indeciso.

-¿Galizas?

-El mismo. -dijo el de la ventana con una sonrisa-. Esperad un momento, ahora mismo bajo.

Este volvió a meterse al interior y Brigadión esperó unos minutos, finalmente oyó que abrían la puerta de la taberna. Un hombrecillo de bastante edad, con muy pocos dientes, pelo cano y un pequeño bastón, apareció tras ella con un nuevo Galizas a su vera. La gema calentaba el pecho del vasnino con bastante fuerza, por lo que era evidente que tenía al slá frente a él. Brigadión hizo intención de entrar, pero...

-¡Eh! Perdón, caballero -dijo el tabernero-. Pero este señor me ha dicho que solo se iban a alojar dos personas, si queréis pasar debéis abonar por adelantado la estancia. Comprended que no son horas.

Brigadión le observó con una sonrisa asesina, pero sin más metió la mano en su bolsillo cogiendo algunas monedas.

-A ver, buen hombre. No quiero habitación alguna, solo deseo hablar un tema con el señor que está detrás suyo, luego me iré sin más. ¿Son suficientes estas monedas?

Le tendió la mano y el posadero recogió su apetitoso botín, las ojeó de una en una y luego se apartó de la puerta dando el visto bueno y la intención de dejarle pasar.

-De acuerdo. Podéis entrar, caballero, pero solo para tratar de lo que tengáis entre vos y mi cliente ¿Eh? Os aviso que, si deseáis dormir, el precio es más caro. Hoy en día la calle está llena de caraduras que intentan descansar en una buena y caliente cama gratis. Espero que no sea vuestro caso, señor, porque si no me vería en la triste obligación de llamar a las autoridades. Además...

-No hagáis caso al tabernero, Brigadión y venid por aquí. -dijo Galizas interrumpiendo la frase del hombrecillo.

El vasnino sonrió al anciano. Este no se había amilanado en absoluto delante de él cuando no medía más allá de la altura de su pecho. Esas cosas le gustaban a Brigadión. Sin más siguió al slá hacia su habitación oyendo al tabernero decir a su espalda:

-Recordad, caballero. Solo hablar.

-Gracias, buen hombre -contestó-. Seré breve, os lo prometo.

Subieron al cuarto y entraron, en un instante con solo una mirada a su alrededor el vasnino tenía todo controlado.

-¿Y ese? -preguntó con desprecio.

Si a la entrada de la taberna la gema le avisó con fuerza que había un slá cerca, ahora el calor era mucho más intenso. Quedaba claro que quien estaba tumbado encima de la cama era otro de ellos. Brigadión se quitó la gema para estar más cómodo guardándosela en el bolsillo.

-Es Kotta, un amigo -y Galizas se volvió hacia el aludido-. Kotta, saluda. Es Brigadión, de quién te he hablado ¿Recuerdas?

Este levantó penosamente el brazo y dijo temeroso a la vez que tembloroso.

-¡Hohhho...hola!

-Bien hablemos -dijo Brigadión con suma autoridad colocándose en medio de la habitación-. Quiero volver pronto a palacio y meterme en la cama, así que escucha bien y tú lo mismo Kotta, o cómo te llames. Por cierto ¿Y este cuerpo? -dijo refiriéndose a Galizas-. Es el que utilizaste para tu última chapuza. ¿No?

El aludido no supo que contestar, por lo que intentó divagar sin llegar a decir nada coherente.

-Bueno sabéis como somos. Esta... estaba enfermo, mi cuerpo no podía ya, y claro no...

-Luego otro asesinato más, vamos. -repuso Brigadión sin siquiera mirarle-. Uno más en tu cuenta y supongo que en la de tu amigo habrás otros tantos también.

Kotta se atragantó con la pregunta, solo consiguió decir:

-No, no es lo que parece. No creáis por favor que...

-Bien, vamos al grano -cortó-. El rey quiere que estéis preparados y listos para cualquier momento en que se os necesite.

-¿El rey? -repitió Galizas con picardía y olvidándose de lo peligroso que podía ser hablar con quien tenía enfrente-. El rey falleció hace poco, ¿No? ¿Acaso ya ha sido proclamado el nuevo monarca?

La mirada del vasnino no fue muy fraternal, pero aun así el slá terminó diciendo:

-¡Vaya! Y yo sin enterarme.

-Déjate de mierdas, Galizas. -repuso en tono hostil Brigadión-. El rey quiere que estéis listos en cualquier momento y eso es suficiente para vosotros. ¿Entendido? Ese es el único mensaje que os quiere hacer llegar.

-Entendido. -respondió entonces Galizas más temeroso-. Se hará como dicte su majestad. Podéis decírselo de nuestra parte, estaremos preparados para cuando nos necesite.

-Y no quiero que salgáis más que lo estrictamente necesario de esta posada. Prácticamente ni a cagar siquiera.

Los slá's se miraron entre ellos sin decir nada. Aquel personaje que se había presentado en su habitación a esas horas de la noche no era en absoluto amigable que digamos.

-¿Cómo andáis de bolsa?

-Me quedan unas pocas monedas -contestó Galizas-. Y ya habéis visto al joven y bello posadero. ¡Ja, ja, ja! Cuando se acabe nos echará de aquí sin ningún tipo de contemplaciones.

Brigadión sin más le tiró la bolsa que había sacado de su bolsillo y Galizas la atenazó con increíble agilidad.

-¿Es suficiente?

El slá miró al interior y sus ojos despidieron chispas de alegría que intentó disimular.

-Creo que sí, será suficiente y a menos que el tabernero no suba los precios, con estas monedas podremos subsistir una buena temporada... -miró a Brigadión-. sin salir de aquí. ¡Claro!

-Galizas, dime -preguntó Brigadión con sumo interés-. ¿Por qué la cagaste en la misión que te encomendamos? ¿Por qué resultó tan chapucera? ¿Qué pasó? ¿Qué ocurrió para acabar de esa forma?

El slá se lo pensó unos instantes antes de contestar.

-Tenía todo estudiado y solo me quedaba abrir una puerta, pero alguien que no sé de dónde salió, me lanzó con fuerza a la espalda una daga. Tuve que actuar con rapidez, la herida era mortal y debía salir de aquel cuerpo urgentemente, que por cierto, estaba bastante enfermo. Así que gracias a mi buena suerte y que todavía me quedaban fuerzas habiendo sido acuchillado, me metí en la habitación que había investigado anteriormente y cerré la puerta a cal y canto. Recité los versos y me largué de aquella encerrona antes que entrase nadie. Comprendedlo, Brigadión, intenté hacer bien mi trabajo y no fue culpa mía que aquella persona estuviese allí. De hecho, eran las cuatro o las cinco de la madrugada. Nadie está despierto a esas horas.

-Nadie no. -repuso Brigadión-. Lars si estaba. Bien, ya os he dicho lo que os tenía que decir y ahora me largo de aquí. Recordadlo bien. Salid solo para lo justo y estad preparados. ¡Ah! Una cosa más -miró a ambos con ojos amenazantes-. Ni se os ocurra..., oídmeme muy bien, ni se os ocurra volver a cambiar de cuerpos. Sabéis lo que quiero decir. ¿Verdad? ¡Ah! Y por ahora Galizas y compañía, olvidaros de Elcor y de la anterior misión, se os requiere para asuntos más importantes

-Perfecto, Brigadión. Cuando volváis para lo que sea, estaremos esperándoos y seremos nosotros mismos, valga la redundancia. Ahora recordad vos también. -dijo con osadía el slá-. Que esta bolsa no pare y que llegará el día en que no haya nada dentro de ella. Más allá de eso, no podremos esperar más por aquí. Me entendéis vos a mí también ¿No? Y por favor, decid también al prínc..., perdón al rey, que siguiendo sus deseos, tenemos "amigos" como nosotros dispuestos a seguirle hasta donde haga falta.

-¡Bien! Sobre vuestra bolsa, estaré aquí de nuevo mucho antes de que esta se agote -le corrigió Brigadión con frialdad-. ¡Por cierto! ¿Qué es eso? ¿Una cuna? -y la señaló con su dedo.

El vasnino la había visto nada más entrar, pero prefirió dejar ese tema para más adelante. Lo primero era dar las órdenes precisas.

-Sí, es mi hijo. -contestó tontamente Kotta.

-¿Tu hijo? -se sorprendió Brigadión-. ¿Y cómo se come eso? ¿Dónde está tu mujer?

-Esto..., ocurrió que... no podía... -Kotta no sabía que decirle viéndole con los brazos en jarras en medio de la habitación. Le había mentado sin querer y este lo había detectado. Kotta no era tan hábil en su vocabulario como Galizas y con una rápida mirada a este le suplicó ayuda ante su metedura de pata.

-Es su sobrino. -dijo rápidamente Galizas-. Su hermana murió en el parto y él se ocupa del niño ahora.

Nada más soltarlo se lamentó, aquella era la oportunidad que necesitaba para deshacerse del niño y que se lo llevase por fin alguien, daba igual quien y a donde fuera. Sin embargo, estaba intentando ayudar a su amigo a seguir conservándolo. Brigadión que no era tonto, llegó a la cuna y suavemente sacó al niño de ella. Sonriente le dijo al pequeño durmiente:

- ¿Y quién es este ratoncito, si se puede saber?

-Señor, -dijo Kotta-. por favor, no le despertéis. A su edad necesita mucho reposo.

-¡Ah! ¿Sí? ¿Y se puede saber qué edad tiene tu sobrino, amigo?

-¡Eh? Bueno, sí. ¡Eeehh! Tiene... esto..., tiene un año. Cumplirá ... cumplirá dos en breve. -contestó demasiado nervioso.

-¡Levántate! -le ordenó Brigadión a la vez que depositaba suavemente el niño en la cuna. Cuando el slá se colocó frente a él, el vasnino le agarró por la solapa de la camisola y con una sonriente y maquiavélica faz le dijo muy clara y lentamente:

-Escúchame bien, no amigo. Te informo que ahora mismo se viene esta criatura conmigo a palacio. No sé qué demonios habréis hecho con sus padres y solo espero no enterarme nunca por vuestro bien. Una taberna y dos slá's, no son lugar, ni familia para él. Si quieres recuperarlo puedes hacerlo, no tienes más que intentar tocarlo o cogerlo con tus propias manos.

Las palabras paralizaron a Kotta. La mirada de aquel vasnino era la muerte personificada, ni se le ocurriría acercarse al niño, ni intentar ningún movimiento brusco, por si acaso.

Brigadión le soltó con fuerza, tirándole hacia atrás y el slá cayó encima de la cama donde se quedó quieto sin moverse ni un ápice. Brigadión cogió nuevamente a la criatura en sus brazos y con las mantas de la cuna le tapó con sumo cuidado. Galizas no decía nada, pero internamente estaba muy complacido y encantado por lo acontecido.

-Por cierto. -quiso saber Brigadión antes de irse-. ¿Cómo se llama este muchachito?

-Llurief, -respondió con pena Kotta-. se llama Llurief.

-Pues a partir de hoy se llamará de otra forma, ese nombre es una bazofia. ¿De dónde lo habréis sacado? ¡Dios!

Y sin más diálogos cerró la puerta tras de sí dejando a un Galizas completamente feliz y con una bolsa llena de monedas, mientras su amigo Kotta era la viva imagen de un ser desangelado sumido en impotentes sollozos diciendo:

-¿Qué va a ser de él, Galizas? ¿Qué va a ser de mi Llurief?

Cuando Brigadión llegó a la puerta de la taberna para salir del local, le aguardaba el anciano tabernero muy vigilante haciendo guardia.

-¿Qué? -dijo este-. ¿Acabasteis vuestros asuntos, caballero?

-¡Todo perfecto! -dijo un feliz Brigadión-. Marcho ahora, tengo otras cosas importantes que hacer.

-Muy bien, señor. Comprenderéis que aunque hayáis estado poco tiempo, el negocio es el negocio y no puedo abonaros moneda alguna por ello.

-Lo entiendo perfectamente abuelo, no pasa nada. -respondió el vasnino.

-¿Abuelo? -la cara del anciano cambió de repente-. Hijo, si me tocas las narices con ese tipo de nombres, no sales hoy de aquí sin un buen garrotazo.

-Perdón, buen tabernero. -sonrió Brigadión-. No era esa mi intención. No quería insultarle.

-Veo que os lleváis a la criatura con vos.

-Sí, señor. A partir de hoy se encontrará mucho más a gusto allá donde la llevo, os lo puedo asegurar -dijo guiñándole un ojo,

-Señor, -volvió a la carga el anciano-. perdonad que me entrometa, pero las mantas en las que lleváis envuelto al niño son..., son de mi propiedad.

-¿Cómo? ¿Qué intentáis decirme, tabernero?

-Quiero decir simplemente que o pagáis esas mantas o bien os lleváis al niño sin ellas.

En temas económicos el anciano aventajaba a Brigadión por todos los lados. Así que por tercera vez en poco tiempo, volvió a meter la mano en su bolsillo y sacó esta vez un par de monedas.

-¿Os parece un precio justo por las mantas? ¿Dos monedas?

-Tenéis suerte de haber dado conmigo, caballero -repuso el anciano cogiéndolas-. Si llegáis a dar con mi mujer, no os hubiera salido todo tan económico. Ha sido un placer hacer negocios con vos.

-«Si quedo un rato más, salgo arruinado de este local». -pensó Brigadión.

Con amabilidad el anciano le abrió la puerta y el vasnino salió de la taberna, luego montó en su caballo y sujetando con dulzura al niño desapareció entre las calles de Vente.

Al rato llegando a palacio, miró a la criaturita con dulzura.

-Bienvenido a tu nuevo hogar, Liordan. Ese será tu nombre a partir de hoy, Liordan. ¿Te gusta?

Si explicación alguna el niño le sonrió angelicalmente.

Faltaba poco para el amanecer del gran día.

70

“SUCESIÓN”

Y este llegó.

Se hizo según lo estipulado, los tres príncipes fueron despertados a la misma hora, desayunaron en sus respectivas alcobas y después con la ayuda de sirvientes, se asearon engalanándose con ropajes especiales para la ocasión.

Seguidamente bajaron juntos al gran salón, donde se iba a leer el testamento del anterior monarca rey emperador, el legado de Crotor Vaalam de Shámsala.

Cuando a media mañana se anunció su entrada en el salón principal de palacio, este se encontraba rebosante de importantes personajes y personajillos del reino. Sabiendo cómo se las gastaban en palacio relativo a llenar la panza, algunos de ellos habían aprovechado para comparecer al funeral solo por tener la oportunidad de comer y beber gratis durante unos cuantos días, días que llegarían hasta la gran celebración de la coronación.

Hoy tocaba pues el turno del testamento. Iban a descubrir encima de qué cabeza acababa depositada la anhelada corona. Así que del “runrún” general se pasó a un silencio total en cuanto hicieron acto de presencia Lienha, Elcor y Degall. Se dirigieron

hacia tres sillones situados encima de una pequeña tarima que se había dispuesto para que fuesen visto por los allí reunidos y algún que otro suave murmullo empezó ahora a escaparse de la multitud.

Se sentaron el príncipe Degall a la derecha, el príncipe Elcor en medio y la princesa Lienha a la izquierda. Con esta disposición más de uno empezó a hacer sus propias cábalas creyendo tener ya el resultado de lo que sucedería poco después. Entre las primeras líneas de los que se encontraba allí no podían faltar los vasininos, Xara junto a su amigo Cymbal, Rutter, Brigadión y muy cerca de ellos el rey emperador del Gran Reino de la Luz, Gardian. Daba la sensación que a este le interesaba de sobremanera conocer los detalles de lo que ocurriría esa mañana.

Varios sirvientes trajeron una mesa de roble colocándola en medio de la sala a la vista de todos. Luego se retiraron con celeridad y volvieron de nuevo con un gran cofre bellamente ornamentado. Era el cofre real donde se ocultaban los secretos de Crotor. Lo depositaron suavemente encima de la mesa y sin más desaparecieron de la escena.

Una de las primeras obligaciones de los reyes emperadores de Shámsala era que al poco tiempo de coronarse, tenían la obligación de redactar testamento oficial y elegir un sucesor aunque no se tuviesen hijos aún. Podían reescribir o cambiarlo las veces que quisieran, pero siempre debía encontrarse debidamente firmado y sellado por el anillo real. Luego se guardaba en el lugar elegido por el rey, su propio cofre real.

Los vasininos eran quienes más poder tenían entre todas aquellas gentes, no por nada eran los sirvientes asesores del mismísimo rey, de los gobernantes o de grandes nobles y ni siquiera los magos más ilustres podían exigirles algo. Nadie estaba por encima de ellos, nadie y menos ahora. Todos los vasininos que habían ido llegando durante los anteriores días al palacio acompañando a sus señores (que nunca a sus amos), se habían reunido la tarde anterior llamados por Brigadión y Rutter para dilucidar quién sería el encargado de abrir el cofre y leer el testamento. Tal honor fue encomendado a Rugst, leal vasinino al servicio del gobernante de Alghall.

Cuando todos estuvieron presentes en el gran salón, Rugst saliendo del gentío se acercó a los príncipes y sin llegar a subir a la tarima, les reverenció.

-Príncipes, princesa.

Luego se giró hacia toda la alta nobleza y comenzó su discurso inicial.

-¡Hola a todos y sed bienvenidos! -dijo con autoridad patente inspirando profundamente-. Hoy tengo un gran deber. Un deber que asumo con plena consciencia, responsabilidad y deseo. Un deber demasiado importante diría y que me honra con su desempeño. A continuación, abriré este cofre que como muy bien sabéis, se trata del cofre de nuestro querido monarca fallecido Crotor Vaalam de Shámsala. De él extraeré su testamento y leeré sus últimas voluntades. Procederé a hacerlo en voz bien alta y clara para conocimiento general.

Dicho esto, Rugst calló y esperó sin más. De entre el público salió ahora un personaje un tanto siniestro y vestido con una larga túnica roja que le entregó una llave. Era la llave que conseguía abrir el cofre. Quién se la había entregado era el sumo mago hechicero. Desde la muerte del rey dicha llave le había sido confiada para que nadie pudiese usarla intentando descubrir el secreto de sucesión. Solo ahora era utilizada de nuevo, el mismo día del fallecimiento del emperador una maldición y un hechizo se habían lanzado sobre el cofre para que este no pudiese ser abierto, ni manipulado. Solo la única llave que abría el cofre podía y conseguía deshacer esta magia.

Rugst metió dicha llave en la cerradura, giró y abrió la tapa. Poco después de indagar en su interior sacaba un pergamino que enseñó a toda la audiencia, volviéndose luego hacia los príncipes.

-¡Majestades! -dijo escuetamente-. Siguiendo nuestras leyes, en estos momentos procedo a romper el sello real de vuestro padre el rey emperador Crotor Vaalam de Shámsala. He aquí lo que dice su testamento:

Con una pequeña daga procedió, desplegó el manuscrito y de cara a los tres príncipes se dispuso a leerlo.

-Brigadión, espero que tu regalo colme mis deseos y ahora disfrutemos de este gran momento. amigo. ¡Allá vamos!

-Yo, Crotor Vaalam de Shámsala, rey emperador del extenso reino de Shámsala estiendo este documento con mi firma y sello real para que mis ordenes sean llebadas a cabo a la apertura de este sin más demora. el hecho de que sea leído delante vuestra sin mi presencia, solo significará una cosa y es que habré fallecido, por lo que perdonad que no esté con vosotros físicamente.

Algunas risas se escaparon entre la multitud y Rugst se detuvo en el acto en espera que el silencio volviese. Aquella frase señalaba claramente la autoría del escritor, quién no podía ser otro que Crotor, esto así lo confirmaba. Su forma de escribir aun siendo rey era prácticamente similar a la de un pobre campesino, con multitud de faltas de ortografía en el escrito. Cuando dictaba decretos y órdenes reales, eran sus escribanos quienes transcribían lo que él les decía, pero el testamento, su testamento, lo debía escribir personalmente él de su puño y letra.

Cuando el murmullo cesó, Rugst siguió.

-Tengo dos hijos y una hija, llamados, Degall, Elcor y Lienha Vaalam de Shámsala. Entre "ellos", solo uno será declarado como próximo rey emperador. ¿Quién? Lienha, sintiendolo mucho, saves de sobra que tú no puedes ser reina, creo que esto te lo e dejado claro muchas veces.

Un rubor rojo intenso apareció en las mejillas de la princesa ya que todas las miradas de los presentes se habían centrado en ella, pero Rugst siguió sin más a lo suyo.

-Pero antes de seguir con esto, deseo anular uno de mis últimos y estúpidos decretos. quiero, deseo y ordeno que los vasininos yamados chafan langueas y graggo langueas sean declarados a partir de este día inocentes de todo cargo que halla en su contra. esto exigo se acate, como una de mis últimas voluntades. con muy pocas pruebas les acusé, por lo que hoy, de la misma forma también les asuelbo, pudiendo ir y venir, hallá donde quieran por el reino libremente. sus propiedades y pertenencias les serán devueltas de inmediato y podrán bibir en palacio como lo hacían antes de partir. Que se llebe a cabo esta decision mia, se encargaran mis fieles brigadión laudense y rutter trick. Vamos que la inocencia de Chafan Langueas y Graggo langueas empieza a partir de ya.

-Muy bien, Brigadión, muy buena tu sorpresa y no me esperaba menos de ti. Chafan volverá con nosotros y el tal Graggo también. Muy buena idea ¡Me gustas cada día más!

-Y ahora empecemos con lo demas.

-Brick Loria de Fiorin, abeis estado mucho tiempo intentando benderme que vuestras tierras eran poco estensas para la cuota de pago que débais hacerme. bien te eximo de tu responsabilidad a partir de hoy mismo, lla no tendrás que pagar nada, yaque todas tus propiedades pasaran a poder de la corona desde este esquisito momento.

Un grito desesperado escapó de entre la multitud y Rugst tuvo que pedir silencio por favor. Cuando lo consiguió prosiguió con la lectura.

-Brick Trifuss Sigroine, con vos lo mismo y también con mi querido Brick Lormanés Daestas. hoy quedareis como cuando yegasteis...

-Brigadión, ¿no podías haber omitido esta mierda? Se me está haciendo eterno. ¿Tenías que copiar todo el documento?

-al mundo, sin nada y todas vuestras preciadas posesiones y tierras, que por lo visto no daban suficientes beneficios, pasaran a manos de lor Brick palemis veltev, mi buen y fiel amigo. a ver si de esta forma solventamos ese pequeño problemilla. no olvideis querido palemis y recordad lo que pasa a vuestro alrededor si no hay beneficios para la corona.

-sobre mi herencia y legado decido...

-mis posesiones pasarán íntegramente en su totalidad a mi heredero legal y él procederá a realizar con ellas lo que mejor crea y venga en gana.

-pero antes, quisiera darle un consejo a mi única hija, la princesa Lienha.

-hija mía, ahora que eres joven, guapa y aun tienes un cuerpo aceptable, vuscate un gobernante rico y si puede ser también viejo. vete a...

Un rumor general empezó a invadir la estancia, aunque fuese el testamento de un rey. Había ciertos aspectos de este que desagradaban bastante a los congregados y lo así lo hicieron saber, pero Rugst no le dio mayor importancia y siguió leyendo.

-vivir con él. siendo hija de quien eres, conseguiras lo que quieras.

-y recuerda, no dejes para mañana lo que puedas hacer hoy.

Lienha no pudo más y ocultó su cara entre sus manos comenzando a llorar. El ingrato Crotor le había dejado un último y cruel recado para reírse de ella, allí mismo..., delante de todos.

-Brigadión, ¡Dios! Debiste borrar eso del testamento. Mira cómo llora mi dulce amor. ¡Mierda!

Pero, aunque Brigadión sí le oía no podía responderle, él no tenía la increíble capacidad que el príncipe había conseguido desarrollar en tan poco tiempo. Simplemente se excusó con la mirada.

-Elcor te envíe al arroyo y luego te sake de él convirtiéndote en el príncipe que eres, pero ahora te pregunto ¿Tienes derecho a gobernar cuando tu madre falló en el cumplimiento de su deber real?

-y tú degall, ¿Que piensas ahora? ¿regiras con buen criterio siendo como eres? así que...Elcor o degall degall o elcor. dos príncipes un solo destino. mi decisión suprema es que la sucesión se lleve a cabo inmediatamente según las leyes del reino y el heredero que eligo para llevar la corona real.

-Mi heredero es...

Rugst calló manteniendo en vilo a todos los presentes. Los segundos pasaban y él no decía nada. Con el pergamino completamente desplegado, miraba fijamente a los dos príncipes, a uno y al otro, a uno y al otro.

Finalmente, y a pleno pulmón para que todo el mundo oyese bien claro, gritó:

-¡DEGALL VAALAM DE SHÁMSALA!

-Degall, tu eres mi elegido, por lo que tu serás el próximo rey emperador de Shámsala. Se que el primogenito es el príncipe Elcor pero mi deseo es que el príncipe degall sea mi sucesor y así lo ordeno.

Crotor Vaalam de Shámsala

Rey Emperador del Reino de Shámsala

-Bien hecho, bien hecho mi Brigadioncito. Muy buen trabajo. Gracias de nuevo. ¡Ah! Y no se te olvide solicitar tu recompensa, amigo. ¡Recuérdame! Te la tienes bien ganada.

Dicho esto, Rugst volvió a enrollar solemnemente el pergamino. Se dirigió a Brigadión como último vasnino consejero de rey Crotor y se lo cedió para que lo leyese y compartiese con los demás. Todo importante personaje de Shámsala que se encontrara en el lugar podía oír si lo deseaba las últimas voluntades del rey Crotor. Después no habría tal oportunidad.

En ese momento, Elcor se volvió hacia un Degall completamente sonriente.

-¡Gracias a Dios que has sido tú! -dijo con un suspiro- No sabes hermano el peso que me he quitado de encima. Es una responsabilidad tal que creo que no podría vivir con ella. Reinar y sobre todo hacerlo con buen criterio, con inteligencia e igualdad, seguro que no se me iba a dar bien, además de producirme demasiados dolores de cabeza. - Elcor hablaba con sinceridad-. Enhorabuena Degall, serás un magnífico rey, lo sé. Estoy seguro de ello.

-Gracias, hermano. -contestó jovialmente-. Y que sepas que entras en mis planes para ayudarme en la tarea, no lo olvides, por favor.

Los vasninos se acercaron con Rutter a la cabeza.

-Mi más sincera enhorabuena, futuro rey. -dijo alegremente-. En pocos días seréis proclamado como tal. Os deseo un feliz, largo y fructífero reinado.

-Lo mismo os digo, príncipe Degall. -ahora era Brigadión quién hablaba, con Cymbal y Xara a su lado-. Mi más sincera enhorabuena. Estamos todos seguros que la elección de vuestro padre ha sido la correcta. ¡Larga vida al futuro rey! -gritó sacando sus dos estiletos y alzándolos a la vista de todos.

Rutter, Xara, Cymbal, Rugst y muchos más vasninos que venían junto a ellos hicieron el mismo gesto. Sacaron sus armas y contestaron al unísono:

-¡Larga vida al rey emperador!

Innumerables "Vivas" y "Larga vida al nuevo rey", se oyeron en ese momento en el salón. Parecía que todos aquellos caballeros y nobles no iban a dejar de gritar en todo día por la gloria de su futuro monarca, gritaban, chillaban, casi le alababan. ¿Todos? Todos no, los que habían entrado ricos y salido pobres por culpa del dichoso testamento prefirieron abstenerse de enrojecer sus secas gargantas.

Fuera del salón se empezaron a oír las campanas replicar con más fuerza que en anteriores ocasiones. Su mensaje era bien diferente al último que habían oído los ciudadanos, ahora estaba lleno de alegría y de esperanza.

Degall sonreía feliz viviendo y sintiendo todo aquello a su alrededor. Elcor también mostraba felicidad desbordante, incluso la princesa Lienha había conseguido dejar de llorar y empezaba a mirar a su real hermano con otro rostro más dichoso. En ese momento, el futuro rey se besó los dedos índice y medio y soplando en ellos y en dirección a la princesa, los envió junto a un inocente guiño. Al ver aquello, Lienha no pudo reprimirse y emitió una inocente risita.

La tristeza por los últimos días de duelo y de luto habían acabado y como solían decir los viejos cronistas, empezaba un nuevo amanecer, aunque fueran con la elección impuesta de un nuevo rey.

A partir de ahora empezaban las fiestas, los jolgorios, el regocijo, las celebraciones, las risas y como no, las borracheras también. Todo entraba en la misma saca y todo en honor al próximo nuevo gran rey.

En honor a Degall Vaalam de Shámsala.

Asesino por decisión propia de su hermano y de su padre.

71

“EL TESTAMENTO”

Aquella misma noche cuando estuve en contacto con Brigadión, no pude menos que preguntarle:

-Brigadión ¿Qué hiciste con el testamento de mi padre? ¿Lo destruiste?

-No, mi príncipe -contestó-. Lo tengo a buen recaudo. Un documento como ese no se puede destruir, así como así.

-¿No será peligroso conservarlo?

-Nadie imagina que existe, por lo que nadie buscará en ningún sitio.

-Por cierto, copiaste todas las palabras de mi padre o improvisaste algo.

-Como quién dice, mi príncipe, eran sus palabras.

-¿Los de los Bricks esos, también?

-También, Degall.

Me quedé unos instantes sin decir nada y volví a preguntarle de nuevo.

-¿Y lo de Lienha? ¿Eso también lo escribió mi padre?

-Ahí debo decir que no, mi príncipe. Simplemente improvisé.

-¿Y por qué has actuado así, Brigadión? ¿Por qué? Le has hecho daño, mucho daño delante de todo el mundo.

-Solo ha sido por vos, mi príncipe.

-¿Por mí? ¡Explicáte, por favor! -dije con malestar.

-Tal y como ha quedado delante de todo el mundo, dudo mucho que vuestra amada quiera partir lejos de palacio. -noté que buscaba un término adecuado para la situación-. Cuando vos “intentéis” enamorarla con vuestras palabras y manera, os será mucha más fácil y sencillo conseguirlo. Ahora, digamos le es mucho más difícil volar lejos de Vende. Llegado el momento estará totalmente a vuestra disposición..., sería muy difícil después de lo leído que un noble quiera tener algo con ella, menos siendo viejo. ¿Comprendéis? Y olvidaos ya del Bariel ese también.

-Comprendo, Brigadión, comprendo -respondí al darme cuenta de lo que intentaba decirme-. Gracias otra vez, pero podías haber sido un poco más suave. ¿No crees?

-Ya está hecho y no hay vuelta atrás -aseveró y esas fueron sus últimas palabras sobre el tema. Luego seguimos un rato más hablando de los Bricks esos que se habían quedado como cuando llegaron al mundo según palabras de padre. Reímos durante un buen rato en su honor y finalmente antes de dejarlo, Brigadión me comentó todo lo relacionado con su visita a Galizas y al amigo de este. Por lo visto siguiendo el consejo que le di en Nueva Maran, había conseguido más “compañeros” como él para mi futuro ejército de slá’s. También me dijo algo respecto a que ahora tenía un hijo nuevo y que había pedido a la mujer de uno de los cocineros reales ocuparse de él.

No entendí muy bien aquello puesto que el sueño empezaba a hacer de las suyas dentro de mi.

72 “CORONACIÓN”

Se decretó que debía transcurrir un periodo de tres días entre la lectura del testamento y mi flamante coronación. Tres días en los cuales Vende y el palacio fueron engalanados vistosamente. Todo el populacho era feliz y sonreía olvidándose durante ese intervalo de tiempo de sus miserias, pobreza y penurias. Incluso se condonaron condenas y hubo perdones a ciertos ladrones y encausados que pululaban las cárceles de la ciudad. Se podía decir que todo era dicha. Y como no, la felicidad rebosaba también en la larga fila de comensales que aún tenían tres días hasta que se les acabase aquella maravillosa costumbre de comer gratis, dormir gratis y ahora poder reír sin ocultar nada. También yo estaba contento por otro tema, llevaba ya una temporada sin divisar a Bariel por el palacio intentando enamorar con sus repugnantes palabras a mi bella diosa. Desde que mi querido padre falleció, no le había vuelto a ver el pelo y eso era muy bueno para su salud ya que no tendría que echar mano a Brigadión. Demostraba ser una persona cabal e inteligente con su actitud.

El día era muy soleado, solo se divisaba alguna que otra pequeña nube en el extenso cielo y era muy improbable que aquellas diminutas motas de algodón osaran intentar aguarnos la fiesta. Para la gran ceremonia se había instalado en la misma Gran Plaza de Vende, un amplio escenario con tribunas a sus lados. Estas se habían dispuesto para la gente acomodada, vamos la nobleza y demás enjambres de chupaculos y chupaplatos. Los de a pie (el pueblo), podía divisar el escenario desde multitud de lugares. Por esto se había elegido la Gran plaza llamada también Plaza de los Soles, nombre debido a su grandeza y a sus descomunales medidas. Por cierto, a partir del día de mi coronación pasó a llamarse Plaza del Nuevo Rey en mi honor.

Sobre las nueve de la mañana los carruajes debían empezar a aparecer por la calle adoquinada que llevaba directamente al lugar donde la ceremonia se iba a celebrar. Poco a poco las tribunas se fueron llenando de invitados y según pasaba el tiempo la importancia de estos fue in crescendo.

Como la ocasión lo requería y siguiendo consejos de los vasininos, me hice bastante de rogar y hasta bien entrado el mediodía no regalé al pueblo mi presencia. Al carruaje que me llevaba, le custodiaban una guardia de honor compuesta por más de doscientos soldados. Todos iban vestidos de gala para la ocasión y perfectamente armados con sus relucientes espaldas, sus escudos, sus cotas de mallas e incluso sus yelmos abiertos sobre los cuales relucía con fuerza el sol. Verlos de esa guisa era maravillarse y no poder quitarles los ojos de encima. Durante todo el trayecto, una increíble multitud gritaba mi nombre continuamente. Me sentía verdaderamente colmado de felicidad oyendo a aquellos súbditos tan maravillosos e ejemplares.

Muchas de las tabernas de la ciudad disponían de alcohol gratis con cargo a la corona para los ciudadanos. Pero no era el alcohol de calidad con el que se hacían buenos vinos, licores o cervezas..., no, sino era alcohol de la peor naturaleza o calaña y con más grados que cualquier otro que se pudiese encontrar por el reino o fuera de él. La cuestión era bien simple, emborrachar a la población y que disfrutase de los festejos en honor al futuro rey. De esta forma se consiguió que en mi camino hacia la Gran Plaza, fuera ovacionado de forma increíble por una audiencia de gentes muy satisfechas de mi primera e importante decisión o dicho de otra forma, agradecerme por el convite de alcohol gratis. Que fuera bueno o malo para la salud del pueblo era otra cosa, lo

significativo era lo intensas y fuertes que eran estas borracheras. Estoy seguro que si se hubiera preguntado al gentío sobre ello, hubiesen contestado que no recordaban haber tenido otra igual en su vida.

Más de una vez intenté ponerme en contacto con Brigadión, pero me resultó imposible. El nerviosismo me atenazaba de tal forma que finalmente lo dejé y seguí saludando a toda aquella horda de paletos que elevaban mi nombre a las alturas. Después de recorrer calles y más calles llegamos por fin a la Gran Plaza.

Había salido como príncipe del palacio e iba a volver a él como rey emperador.

Me abrieron la puerta del carruaje y salí al escalón sin llegar a bajar. En el acto el gentío empezó con fuerza a ovacionarme nuevamente, aquello me motivó, me emocionó de tal forma que casi estuve a punto de soltar alguna pequeña lágrima, aunque no era esa mi intención. Me pusieron una pequeña escalinata y descendí nerviosamente por ella mientras miles de ojos me observaban. Todos confluían en mi persona. ¡Todos! Si ahora mismo hiciera alguna pequeña tontería, como resbalarme, tropezar o caerme, quizás...

-«Degall, deja de pensar en tonterías y sigue!». -me dije intentando animarme y olvidarme del nerviosismo.

Llevaba puesta por encima una hermosa capa de terciopelo de color rojo muy intenso y con un reborde gris que la realzaba haciéndola más bella todavía. Luego simplemente una chaqueta y debajo de esta, una espléndida y amplia camisa de seda, unos ajustados pantalones de color negro y un vistoso cinturón de piel. Todo había sido confeccionado por los más renombrados sastres de Vende, Finalmente como calzado, unas elegantes y trabajadas botas negras.

Sin ningún contratiempo bajé del carruaje saludando por aquí y por allá a la plebe con una sonrisa feliz, aunque algo forzada. Luego, lo más tranquilo que pude (o por lo menos intentando dar esa sensación), me dirigí a través de una hermosa alfombra marrón hacia mi destino. Ascendí los peldaños del gran escenario y finalmente vi el trono.

Mi trono.

Mi meta.

Allí..., donde debía sentarme y aguardar mi destino.

Al llegar junto al hermoso sillón, me giré colocándome cara a cara con la multitud. Desde esa pequeña altura la visión era perfecta e hipnótica. Una plaza abarrotada de gente me rendía homenaje postrándose a mis pies y repitiendo mi nombre una y otra vez, una y otra vez constantemente.

-«Gumb. -pensé-. ¡Demonios! Debieras ver esto. La que te estás perdiendo».

A cierta distancia a mi izquierda, Lienha y Elcor me miraban sonrientes, sentí que también era un día muy feliz para ellos, pero lo que realmente me sorprendió era lo que me encontré a mi derecha. Allí permanecían más de treinta vasininos vestidos de forma especial, nunca había visto nada igual. Las correas que recorrían sus cuerpos no eran de ese acostumbrado color marrón oscuro o negro, sino que eran del blanco más brillante y puro que pudiese haber. ¿Qué decir de sus largas faldas? Poseían un color anacarado inmaculado y luego simplemente portaban unas bellas sandalias en sus pies. Lo único que no se diferenciaba de sus otros trajes, eran las dos letales dagas que llevaban perfectamente anudadas en cada uno de sus brazos.

Allí permanecí de pie quieto durante un buen rato mientras el pueblo continuaba aclamándome sin cesar. Como finalmente no sabía que hacer y aburrido de la situación, opté por sentarme en el trono. Instantáneamente el vocifero volvió a crecer, por lo que no tuve otra alternativa más que levantar mis doloridos brazos y vuelta a empezar con los saludos. Cuando poco a poco todo se fue calmando, un reluciente vasinino que no conocía de nada salió de entre todos ellos. Traía consigo un grueso libro envuelto en una hermosa tela y que colocó encima del pequeño púlpito que había en el centro del escenario. Seguidamente me miró.

-Acercas, por favor, mi príncipe. -dijo de tal forma que solo yo pude escucharle.
Me levanté y le hice caso nervioso y deseando que mi voz no temblara. Con un tono apenas audible conseguí saludarle.

-Hola.

-Hola, mi príncipe -contestó muy cortésmente-. ¿Estáis preparado, entonces?

Habló con mi misma tonalidad para que nadie más nos oyese según abría la tela. Dentro de ella empezaba a mostrarse un hermoso libro azul oscuro, tenía bellos dibujos en su tapas y lateral. Lo hizo muy despacio, diría que, con auténtica devoción, sorbiendo cada instante de aquel momento mágico.

Al darle mi respuesta decidí ser lo más sincero posible.

-Preparado sí, pero muy nervioso también. No sé cómo saldrá esto.

-Estad tranquilo, príncipe. -contestó intentando relajarme con sus palabras-. Veréis como es mucho más fácil de lo que parece y cuanto antes lo hagamos mejor para vos. ¿Preparado?

-Espera ¿Cuál es tu nombre? -quise saber tragando saliva. No podía convertirme en rey sin saber cómo se llamaba aquel amable vasnino que me iba a proclamar emperador.

-Soy Dolfhin, mi príncipe.

-De acuerdo, Dolfhin. Cuando quieras,

-Poned entonces vuestra mano derecha sobre el libro y dejadme a mi hablar, lo único que debéis responder cuando os pregunte es un simple... ¡Sí, juro y prometo! Y cuanto más alto mejor. ¿Lo habéis entendido?

-Perfectamente. ¡Vamos allá!

Hice lo que me dijo y puse con celeridad mi mano sobre aquel grueso tomo. Dolfhin empezó a hablar con una voz alta y clara.

-¡Príncipe Degall! ¿Juráis y prometéis defender el Reino de Shámsala con vuestra propia vida ante cualquier tipo de ataque o de agresión interna o externa de quien fuera? -me hizo una seña a la que añadió una sonrisa y contesté rápidamente.

-¡Sí, juro y prometo! -dije sintiendo mi voz temblorosa, pero intentando que sonase igual de potente que la suya.

-¡Príncipe Degall! ¿Juráis y prometéis impartir la misma justicia en todos los lugares del Reino de Shámsala, sin beneficiar a ricos y sin agraviar a humildes? -otra vez la misma seña y de nuevo mi respuesta.

-¡Sí, juro y prometo!

-Príncipe Degall. ¿Juráis y prom...

Unos increíbles calores supongo que debido al momento y situación empezaron a subirme por todo el cuerpo perdiendo un poco el hilo de lo que me estaba haciendo jurar y prometer Dolfhin. Solo vi que me hacía de nuevo la seña, pero esta vez añadiendo algo más.

-¿Os encontráis bien, majestad?

-Sí, sí tranquilo. -contesté intentando reponerme un poco-. Son los calores que me da esta capa y sobre todo la presión del momento, pero me encuentro bien, gracias. Puedes seguir, por favor.

-Os entiendo perfectamente, mi príncipe. Estad sereno os lo ruego, ya queda poco por hacer.

Como no contesté nada más, agregé con aire paternal.

-Por favor, prometed lo os he preguntado.

-¡Ah! Sí, es verdad. -y sin más repetí lo mismo otra vez-. ¡Sí, juro y prometo!

Volvió a preguntarme otras tres o cuatro veces más si juraba y prometía más historias. A todo le dije que sí con apremio ya que deseaba que acabase de tanto preguntar. Suspiraba por sentarme en mi trono puesto que todavía no me había repuesto

de los sudores y las piernas me flojeaban un poco. Finalmente, después de un ¡Sí, juro y prometo! A no sé ya qué pregunta, me hizo feliz diciendo:

-Podéis sentaros en vuestro trono, majestad.

Acaté raudo su deseo y no pude callarme.

-Dolphin y ahora... ¿Ahora qué es lo que ocurre a continuación? ¿Qué viene?

-Ahora os traerán vuestra corona y el sello real, majestad.

-Bien, entonces esperaré aquí -comenté sonriéndole un poco.

-Siempre a vuestras órdenes, majestad -y con una gran y encantadora sonrisa le vi volver hacia donde se encontraban sus demás compañeros vasninos.

Esperé sentado en "mi" trono mirando a toda la plaza, viendo la maraña increíble de gentes que se habían arremolinado allí y que parecían seguir suspirando por mi persona. Las banderas, los estandartes, las banderolas todas ellas se movían al viento mostrando el escudo de mi familia, el escudo de Vaalam de Shámsala.

Estaba pasmado con aquella visión cuando de repente oí que una voz conocida me llamaba por mi nombre.

-¡Degall!

Miré y no lo podía creer, allí estaba Chafan. Mi amigo Chafan que sostenía entre sus manos un hermoso cojín de piel blanca y sobre el que reposaba la corona real. Él me iba a convertir en rey, me iba a coronar. Hice intención de levantarme, pero rápidamente me aconsejó con una sonrisa reluciente.

-No, príncipe, no os levantéis, por favor. Ni se os ocurra ya que primero debo coronaros.

-Chafan, que sorpresa, amigo.

Mis sudores habían desaparecido repentinamente. Allí estaba Chafan y detrás suyo a un par de metros otro vasnino portando una bandeja de oro en la que llevaba el hermoso anillo real depositado sobre un pequeño cojín azul.

-Era una sorpresa para vos, mi príncipe. Nuestros hermanos nos han otorgado el gran privilegio de poder ser quien os corone como rey y quien os entregue también vuestro anillo real. Algo que nos llena de agradecimiento por muchos pesares que hayamos podido padecer. Por cierto ¿No sé si os acordáis de mi hermano Graggo?

Miré a su compañero y con un gesto de mi mano le saludé tímidamente con un simple...

-Hola.

Graggo me contestó con la misma palabra, pero mucho más enérgico saludando con su mano y sobre todo con mucha más simpatía.

-¡Hola!

-Me alegro enormemente de verte otra vez Chafan y lo mismo digo de ti, Graggo, aunque no te recuerde tan bien como quisiera, por entonces yo era muy pequeño cuando abandonaste el palacio.

-No importa, mi rey. -dijo desde la distancia. Fue la primera persona en llamarme así-. Lo importante es el presente y eso significa que estamos con vos de nuevo.

-Gracias, Graggo. Chafan ¡Pero qué sorpresa! -volví a repetirme totalmente entusiasmado por su presencia en la ceremonia-. ¿Y ahora que debo hacer, amigo mío?

-Vos nada, príncipe -repuso-. Simplemente diré las palabras que la ocasión requiere y os colocaré la corona sobre vuestra cabeza, acto seguido Graggo os entregará vuestro anillo real. En ese preciso instante seréis el nuevo rey emperador de Shámsala. ¿Estáis entonces preparado para dejar de ser príncipe y convertirnos en rey..., mi príncipe?

Miré hacia la multitud y el griterío de los primeros momentos se había detenido. Todo el mundo esperaba expectante lo que iba a suceder, mi gran ansiado acontecimiento.

-Preparado, Chafan.

-Bien.

Y el vasnino como primeramente Dolfhin había hablado, elevó su voz para llegar con ella a todos los rincones del lugar y a los máximos oídos posibles.

-En virtud del poder que me ha sido conferido, yo Chafan Langueas, vasnino al servicio de la casa real, poso esta corona sobre vuestra cabeza, príncipe Degall Vaalam de Shámsala, convirtiéndoos desde ahora mismo en el rey emperador..., Degall Vaalam de Shámsala.

Sentí su maravilloso peso sobre mi cabeza. Liviano y frío a la vez. Chafan se retiró un poco de la escena y entonces Graggo se acercó a mi diciendo las mismas palabras que su hermano mayor.

-En virtud del poder que me ha sido conferido, yo Graggo Langueas, os entrego vuestro sello real para que impartáis amado rey Degall Vaalam de Shámsala, justicia por igual en todos los rincones de nuestro reino de Shámsala.

Y diciendo esto me acercó la bandeja con el sello. Lo cogí lo observé y con la sensación que me iba a quedar un poco grande, me lo coloqué. Nada más sentir su contacto con mi piel observé que increíblemente el mismo anillo se iba cerrando sobre mi dedo. Por un mínimo instante temí que me apretara demasiado, pero no, parecía que el metal mágico sabía lo que se hacía. Cuando terminó de "adaptarse", no me molestaba en absoluto.

-Ahora es cuando debéis levantaros y enseñar vuestro anillo al pueblo, mi rey -me aconsejó Chafan nombrándome igual que Graggo-. Estad tranquilo, hoy aceptarán todo lo que digáis, así que no temáis si los nervios del momento os traicionan y decís algo que no debáis. Confiad, el pueblo no lo tendrá en cuenta.

Finalmente lo había conseguido.

Yo Degall, era el rey del reino de Shámsala.

Gumb, el pobre e imbécil de Gumb se había quedado en el camino, junto al innombrable de mi padre.

Ahora era "YO", solo "YO" y no había más que "YO". Tenía el poder, la fuerza, nada se opondría a mis deseos. Barrería todo aquel que se opusiera a ellos y conseguiría hacerlos realidad, aunque primeramente debía hablar a toda aquella multitud.

Según me levanté del trono sentí que mis nervios se disparaban repentinamente. Intenté mantener y controlar la situación, pero no podía. Mi corazón no quería seguir a mis pensamientos y latía a una velocidad endiablada. Las piernas volvían a flaquear y pensé que me iba a derrumbar allí mismo delante de todos por culpa de la puñetera tensión del momento. Más tenía que dar ese paso, debía hablarles y mostrar a aquella pandilla formada por de miles de personas, que quien tenían enfrente no era un idiota en absoluto. Graggo y Chafan se encontraban a cada uno de mis lados e intentaban con su presencia darme algo de valor. Les observé y vi más allá de sus ojos, vi su temple, su valor, la fortaleza que despedían y eso solo podía ser una cosa, solo podía ser "Lo Prohibido". Al instante recordé las enseñanzas de Brigadión e inundé mi cuerpo de la esencia que me había enseñado a buscar y que me faltaba ahora. Cerré los ojos respirando profundamente varias veces, cada una de ellas más profundamente. Cuando volví a ver la luz del sol elevé mi voz por encima de todas las personas que estaban reunidas en aquella plaza.

-¡Pueblo de Vende! -grité todo lo que pude-. ¡Pueblo de Basteff! ¡De Ciudad Gallus, de Dor-Alia, pueblo de Galliem, de Com del Sur o de Barckam! ¡Pueblos del reino de Shámsala! Hoy es un día muy importante para todos. Un día importante para vosotros y sobre todo para mí. Hoy se cierra un ciclo que inició mi padre hace muchos años dejando paso libre a una nueva época. Una época en la que yo, Degall Vaalam de Shámsala tomo su testigo con la mayor ilusión y responsabilidad que nadie pudiera nunca tener. -la

potencia de mi voz resonaba en una plaza totalmente enmudecida-. Intentaré gobernar con inteligencia. Asesores y amigos tengo a mi lado que me ayudarán con sus sabios consejos. Impartiré la misma justicia al rico que al pobre, lo he prometido y os lo vuelco a prometer. No solo quiero ser vuestro rey, sino también aspiro a ser vuestro amigo, dejadme entrar en vuestras casas, en vuestros corazones y jamás os defraudaré. Dejadme enseñaros como soy y lo que puedo hacer por vosotros. ¡Dejadme ser vuestro rey!

Diciendo esto elevé la mano en la que llevaba el anillo hacia el cielo mostrándolo a la plaza entera. Un griterío ensordecedor surgió de aquella increíble masa de personas. Era sencillamente impresionante. Cuando por fin el gentío comenzó a calmarse, Chafan a mi lado me solicitó volver al trono puesto que aún no se había acabado la ceremonia. Hice lo que me comentaba volviendo a sentarme sin saber muy bien lo que iba a ocurrir a continuación. El hecho es que nadie en palacio me había comentado nada sobre cómo sería la coronación, era un secreto casi de estado y todo el mundo se callaba ante cualquier pregunta mía. Pero más por mi ilusión de ahora, que por ganas de soltar prenda.

Graggo y Chafan volvieron con los vasininos después de reverenciarme y se sentaron entre ellos. Dolfhin se levantó y vino nuevamente hacia mí con algo entre las manos que no distinguía. En ese momento un par de sirvientes muy elegantes aparecieron en la escena y acercaron otra pequeña mesa redonda, encima de ella había algo que parecían pequeños paños. Pude distinguir lo que Dolfhin traía en las manos, era una extraordinaria copa de oro con preciosas gemas incrustadas y que poseía además una tapa del mismo metal. La colocó con sumo cuidado sobre la mesa, quitó la tapa y luego se retiró de nuevo. Observé aquella copa, no había nada dentro, era solo un cáliz de oro. Magnifico eso sí, pero solo un cáliz sin su tapa. ¿Para qué demonios serviría?

Sentí movimiento y miré hacia los vasininos, vi que todos se habían levantado y se estaban poniendo en fila para... ¿para venir hacia mí?

-«¿Qué demonios pasará ahora?»-. -me pregunté.

Rutter fue el primero en llegar y se colocó justo enfrente de la mesita.

-Mi rey, ¿Estáis preparado?

Con curiosidad ya que no sabía a qué se refería, ni lo que iba a hacer, solo se me ocurrió responder:

-Bueno, sí. Supongo que sí. ¿Qué va a ocurrir ahora, Rutter?

Como réplica pude ver una amplia sonrisa en su rostro y acto seguido extrajo una de sus dagas de la funda de su brazo. En un segundo pensé en las mil tonterías que se podían hacer con aquella arma, pero jamás hubiera acertado con lo que hizo a continuación.

Se expresó así:

-Con vos y para vos, mi rey. Os entrego mi vida para siempre. Llamadme y acudiré. Ordenadme y acataré. Aquí tenéis mi sangre y mi promesa. Solo para vos, mi rey.

Acto seguido, sin temor alguno se hirió un poco en una falange de su dedo meñique. Unas tímidas gotas de sangre empezaron a brotar, por lo que Rutter acercó la mano al cáliz y apretó con fuerza su dedo para que manasen más. Rítmicamente estas empezaron a caer dentro de la copa. Luego cogió uno de los paños y con él se rodeó la herida para que esta dejase de sangrar. Me guiñó un ojo y volvió a su sitio sentándose. El siguiente vasinino a quien no conocía de nada, hizo lo mismo con idénticas palabras y el siguiente también. De esta forma todos ellos pasaron por delante de mí, incluso Chafan, Dolfhin, Graggo, Cymbal y mi buen amigo Xara quién rompió un poco la rigidez y el protocolo de la ceremonia.

-¿A que mis hermanos son aburridos, mi rey? -dijo con gracia y espontaneidad-. Todos os dirán lo mismo puesto que así lo dicta nuestra ley. Creo que a mí me toca improvisar un poco. ¿Os parece bien, majestad?

-¡Por supuesto, Xara! -y me preparé a oírle. Su gran imaginación me había dejado perplejo en muchas ocasiones y por lo visto ahora tocaba otra vez-. Soy todo oídos, amigo.

-Por nuestros momentos, mi rey. -dijo alegremente-. Por los que nos quedan por vivir juntos. Allá donde vayáis, espero encontrarme y cuando me solicitéis, en ese momento me tendréis. Si deseáis jugar... jugaremos -hizo mímica como si jugase con algo-. Si deseáis beber... beberemos -volvió a hacer lo mismo levantando con una sonrisa de oreja a oreja una imaginaria copa y sorbiendo el aire. Era pura diversión-. ¡Ah! Y si queréis soñar... soñaremos, pero si queréis llorar, si realmente deseáis llorar... -repitió haciendo pucheritos-. me ocuparé personalmente de llorar por vos. Para siempre pongo mi vida a vuestro servicio y disposición, mi rey. ¡Aquí tenéis mi sangre!

Y diciendo esto se cortó con su daga vertiendo su sangre dentro del cáliz. Seguido se limpió y curó la herida y se marchó con los demás. Solo pude decirle a sus espaldas.

-¡Gracias, Xara! ¡Gracias, amigo!

Levantó su mano haciéndome entender que había oído mi respuesta. Los vasninos siguieron haciendo lo mismo. Muchos se repetían, pero otros como Xara improvisaban y me halagaban con sus dichos. Paulatinamente fueron pasando hasta llegar el último de ellos. Como me lo había ido imaginando, no podía ser de otra forma, ni podía ser otro. Era mi fiel Brigadión del alma.

-¡Hola, mi rey! -dijo felizmente-. Enhorabuena. El camino ha tenido alguna que otra complicación, pero ya está todo resuelto. Al final os encontráis sentado en vuestro trono. ¿Qué os parece la visión, majestad?

Miré hacia la plaza. Estaba allí gracias a él y sentía que debía decírselo otra vez. Sin mi vasnino nada de aquello hubiera sido posible y lo más seguro, es que estuviese criando malvas en algún lugar de Nueva Maran, ya que por supuesto el imbécil de Gumb ya se hubiera ocupado de estar sentado en mi lugar.

-Esto ha sido posible gracias a ti, Brigadión -contemplé la copa y pleno de ego le dije-. Y como no, te debo una gran recompensa por tus excelentes servicios prestados a la corona. Ahora te toca decirme algo bonito. ¿No?

-Sí, ahora me toca-. Extrajo su daga con mucha serenidad hiriéndose como antes lo habían hecho los demás vasninos.

Cuando empezó a hablar me esperaba algo espectacular de mi vasnino preferido, pero ocurrió todo lo contrario. Lo que me dijo, lo dijo sin ningún tipo de ilusión.

-Creo que lo que hemos conseguido juntos es buena prueba de mi servicio. Me tendrás siempre a tu lado... mientras cuentas conmigo y ya me pensaré eso que dices de mi recompensa, tengo que meditar bien lo que quiero. -y mirándome de forma un tanto extraña acabó de forma sorprendente preguntándome-. ¿No..., rey Degall?

Y entonces derramó su sangre dentro de la copa. No podía ser de otra forma, tenía que ser especial hasta para eso. En vez de decir que haría todo por mí, que daría su vida y cosas de esas, ¿solo se le ocurrió decir eso? ¿Solo, rey Degall?

Puñetero Brigadión, una vez más me acababa sorprendiendo.

Cuando se retiró con los demás Dolfhin volvió a aparecer, tapó la copa y se la llevó no sé a dónde, seguido por los sirvientes que hicieron lo mismo con la mesa. Con esto creí que la ceremonia había llegado a su fin, pero no. Ahora quedaba que la nobleza del reino y las grandes personalidades se inclinasen ante mí, elogiándome y reiterando estar al servicio de la corona en todo momento, por lo que a partir de aquí el aburrimiento fue total. Pero gracias a Gardian el emperador del reino del sur, conseguí aliviar un poco mi apatía.

Se puede decir que mientras aquellos nobles comediantes se entregaban a su rey, yo no me fijaba si tenía o no alguien a mi lado vigilando por mi seguridad personal. Sin embargo, en el momento en que Gardian llegó frente a mí, increíblemente entonces

aprecié a varios vasininos que estaban más que muy cerca atentos a los movimientos y palabras del rey vecino. Sobre todo, de sus guardianes.

Gardian llegó acompañado de ocho lincoulos (*) para felicitarme por mi coronación. El grueso de su escolta permanecía cerca de la plaza debidamente custodiados por miembros del ejército de Shámsala.

-“¿Solo ocho lincoulos de escoltas para un emperador?” -me pregunté extrañado.

“

-Permitidme expresaros mis más sinceras felicitaciones por vuestra coronación, rey emperador, Degall Vaalam de Shámsala -dijo Gardian con grandilocuencia posicionándose frente a mí.

Me levanté del trono y me acerqué a él. Nos encontramos frente a frente. La conversación de días atrás con Rutter y Brigadión sobre la posible intromisión bélica en Nueva Maran me vino a la cabeza, pero aquello era una tontería, no podía ser, por lo que sin más la deseché. Le tendí mi mano por la amistad de ambos reinos y él la aceptó de muy buena gana, solo por esto deduje que parecía un buen tipo. Entonces mi vista se dirigió a los amigos que iban con él y de los cuales solo se veían nariz y ojos, instintivamente di un par de pasos hacia atrás y topé sin querer con Chafan que tenía la situación bastante controlada con varios vasininos muy cerca.

Sin embargo, mi Brigadión no estaba allí. Cuando iba a preguntarme ¿dónde demonios se encontraban? Le vi. ¡Así! ¡Así me gusta, Brigadioncito! Permanecía muy cerca y por detrás de los lincoulos que ni siquiera se había percatado de su presencia. Sus manos reposaban sobre sus hombros en forma de equis, cualquier tontería de los amigos de Gardian hubiera acabado allí mismo.

Sin más, Gardian y yo hablamos de algunas de esas tonterías de los reyes y finalmente nos despedimos. Respiré más tranquilo cuando contemplé como se largaba con su siniestro séquito. No lo podía saber por entonces, pero demasiado pronto iba a tener nuevas suyas. En la distancia se volvió hacia atrás para mirarme y vi que sonreía extrañamente. Icé mi mano devolviéndole el saludo y la respuesta me llegó de la plaza entera que volvía a ovacionarme nuevamente.

-¡Por Dios! ¿Es que estos no se cansan nunca? -pregunté a Chafan.

-No, mi rey -contestó sonriente-. Devolved, por favor el saludo. Parece que le caéis bien al pueblo.

Y allí estuve como un imbécil ni sé el tiempo junto a mis vasininos haciendo lo mismo, saludando a la chusma que no paraba de gritar, aunque fuese ovacionando mi nombre.

Finalmente, Brigadión me sacó del compromiso invitándome a bajar los brazos y volver a la carroza que me devolvería al palacio.

-Y ahora la fiesta -comenté-. Todo a pedir de boca. ¡Yujuuu!

-Exacto, mi rey. Todo a pedir de boca, como vos deseabais.

Al volver a palacio, se desencadenaron todo tipo de festejos en mi honor. Multitud de artistas, cómicos, bufones y músicos lo habían invadido todo en nuestra ausencia siguiendo órdenes vasininas. Habían preparado una gran sorpresa en mi honor y nos acompañaron hasta bien entrada la noche. Todos reímos en demasía y me sentí tan feliz que incluso permití que un rádico llamado Bariel rondara un poco por las inmediaciones

sin pedirle a Brigadión que interviniese. Por supuesto solo un poco ya que si le hubiera visto acercarse a mi Lienha solamente un poco más...

El vino, el alcohol (en este caso de la mejor calidad), las viandas, los espléndidos manjares, salían de la cocina y desaparecían de las mesas igual de rápido. Los gobernadores brindaban por mí, lo nobles brindaban por mí, todo el mundo brindaba por mí, por mí, por su nuevo rey. Una música deliciosa sonaba continuamente por diferentes zonas del palacio. Si acudías a los jardines, había músicos, si pasabas por la biblioteca había músicos, hasta en la misma cocina se les podía oír. Y quién dice músicos, dice toda clase de gente de la farándula. Aquella noche nos encontramos totalmente indefensos en manos del arte, de la comedia, de la bullanga y de la diversión.

La gran cena tuvo lugar en el salón principal, donde después bailamos todos y aplaudimos a rabiar a los benditos intérpretes. En uno de aquellos compases pude abrazar delicada y brevemente a mi amor mientras ella con una mano sujetaba mi talle y con la otra asía su bella falda. Su sonrisa era esperanza y su mirada vista a través del alcohol que regaba mi cerebro, lujuria, deseo y pasión. Pero el breve instante pasó y poco después se encontraba en las garras de otro danzarín.

Según transcurrían las horas y la noche se acercaba, notaba que el delicioso licor trabajaba a su manera en mi cabeza y me resultaba muy difícil dejar de hablar o reír. No era consumidor habitual alcohol por lo que desconocía que aún iba a estar bastante más borracho en cuanto subiese a mi cerebro todo lo que acaba de beber. Pasó la medianoche y viendo que se acercaba la hora de descansar, le solicité a Brigadión entre más carcajadas y alegrías que me acompañase a mi nueva alcoba real.

-Bri...BraddiÓN -dije como pude-. ¿No poodrías acompañarrme a miiii aalcobiilla?

-¿Os encontráis bien, majestad? -dijo viéndome en tan lamentable estado.

-¿Biieenn? ¿Esshhtoy ddde marrr...avilla, Bri... Bri... Briggggaoncito, va...vamos, aacooocompañame -sentí que al intentar levantarme del sillón todo se tambaleaba amás no poder-. Podéis conttinuar lo quee queeda dde vellaa...da, ammigoos. Ha sssido un hoonor para mmi teeneneross en eesste mooommento tansssspecial.

Gracias al vasnino que me sujetó con fuerza no acabé allí mismo en el suelo intentando hacerme entender.

-Vayamos mi rey. Creo que será lo más aconsejable. Necesitáis descansar.

Los presentes se levantaron y entre más vivas al nuevo rey y demás peloterío, me marché del lugar bien sujeto por un par de fuertes brazos. De hecho, hubiera jurado que la tierra y todo a mi alrededor se movía. Era la última vez que daba a los buitres la oportunidad de comer gratis con cargo al tesoro y a mi bodega real. Al día siguiente y bien de mañana, todos se largarían por fin hacia sus lugares de origen.

Cuando llegamos a la alcoba me lancé sin pensarlo encima de la cama, me di la vuelta y el techo entero giraba a mi alrededor. No tuve más remedio que solicitar ayuda inmediata a Brigadión.

-Brigaaa por fafavor, ayuudamme y para el techo y el suelo ¡Teee loo orden...o, cocomogrey que soy!

-Esperad un momento, majestad. Ahora mismo vuelvo.

Se fue dejándome solo con aquella gigantesca peonza que no cesaba de girar. Tardó muy poco en volver, trayendo entre sus manos una rara y humeante infusión de esas que él preparaba y la cual me obligó a beber. Al poco de tomarla, noté que mi real estómago se revolvía con fuerza. Lo apreté firmemente con mis manos mientras miraba a Brigadión como preguntándole qué era aquello que me había dado. Solo señaló un lugar.

-La palangana.

Supe en esos momentos lo que debía hacer. Prácticamente sin tiempo para nada, salté de la cama como pude y corrí hacia ella. Todo lo que llevaba dentro salió expulsado de mi cuerpo. Palangana y alrededores estaban ahora cubiertos de cordero, cerdo,

verduras, frutas, algún que otro trozo aislado de pan y alcohol, mucho alcohol. Al instante me sentí mucho mejor, más aliviado. Brigadión llamó entonces al servicio para que aseasen el cuarto mientras yo me reponía poco a poco. Cuando estos se fueron, me sentía relativamente repuesto, pero aún con la cabeza e ideas un poco descompuestas, aun así le dije:

-Brigadión, gracias. Por favor, puedes ahora bajar y solicitarle a Lienha que suba.

Me miró sorprendido. No esperaba que le diese aquella orden tan pronto, la misma noche de mi coronación y recién vomitado.

-¿No creéis que es un poco precipitado, majestad?

-No. Baja y tráela -ordené-. Pídeselo cuando nadie se dé cuenta de ello, ya sabes lo que quiero decir... discretamente.

-A vuestras órdenes, mi rey.

Salió de la estancia y me dispuse a esperar. Aproveché para apagar varias lámparas de aceite que iluminaban el ambiente y dejé solo dos encendidas. El color anaranjado típico de la luz que despedían predominó en el ambiente. Entreabrí la ventana para que entrase algo de frescura nocturna y para que ella se encontrase más a gusto. También ensayé diversas poses para ver cual me hacía más interesante. Al rato decidí acabar de hacer el idiota y me dispuse a esperarla de pie en medio de la alcoba, El tiempo se hizo condenadamente injusto, pareciendo horas los minutos y con mi mente bullendo sin cesar.

Llamaron a la puerta y mi corazón, igual que en la ceremonia de coronación, se puso a cabalgar de nuevo salvajemente. Solo acerté a decir:

-¡Adelante!

La puerta se abrió y mi radiante Lienha se encontraba tras ella. Brigadión había cumplido mi antojo.

-¡Hola, hermanito! -dijo muy sonriente y llena de vitalidad al verme. Por la rojez de sus mejillas quedaba claro que no le disgustaba en absoluto el licor con el que se había acompañado la cena-. ¿Qué quieres, reyecito mío? Brigadión me ha buscado y me ha dicho que queríais verme, mi señor. -y diciendo esto cogió su falda con ambas manos haciendo una cómica reverencia.

Con la misma frescura que entró en la estancia, se lanzó sin más encima de mi cama. Yo aún seguía estático en medio de la habitación y no había abierto la boca, desconocía como comenzar la conversación. Aproveché para mirar a Brigadión que seguía fuera, fui hasta él para cerrar la puerta y le dije en un susurro para que ella no oyese.

-Quédate fuera, pero no te vayas. Tal vez te necesite para llevar a cabo esto.

-Bien, mi rey. Aquí me tendréis.

Sin más cerré y volví hacia mi hermosa dama.

-¿Encima con secretitos? -preguntó burlonamente. Nos había oído, pero sin entender-. Anda ven aquí. -añadió-. ¿No te huele un poco mal tu nueva alcoba? Huele raro, huele como a...

Y sin acabar la frase se puso a oler aquí y allá en el ambiente.

¡Demonios! Los sirvientes habían limpiado mis vómitos, pero no se habían percatado de echar algo de perfume para hacer desaparecer aquel desagradable aroma. Sin más decidí abrir un poco más el ventanal.

Acto seguido Lienha con la palma de su mano dio unos golpecitos encima de la cama, invitándome a sentarme junto a ella.

Me acerqué y me coloqué a su lado más nervioso que un joven inexperto en su primer encuentro ante una verdadera profesional.

Seguía callado.

-Anda dime... ¿qué es lo que quieres? -se acercó tanto a mí que casi pude distinguir el tipo de licor que había tomado. Su aliento rezumaba alcohol, estaba completamente empapado de él. Solo deseé en aquellos instantes que su mente estuviese igualmente nublada.

-Quería..., -logré decir, aunque con mucho nerviosismo-. quería decirte que...

-¡Huy! ¡Huy! ¡Huy! ¿Qué te pasa hermanito? ¿Me tienes miedo o qué? ¡Gggrrr! -rugió como una leona, mientras con su mano hacía como si esta fuese una garra que me atacaba.

-No, no, no es eso, Lienha ¿Es que no sé?

-¿No sabes qué, Degall?

Dulcemente cogió mis manos entre las suyas que despedían un entrañable calor.

-Anda, dime. Hoy ha sido un día muy tenso para todos, pero sobre todo para ti. No te coronan rey todos los días y supongo que ahora muchas cosas nuevas rondarán por tu cabecita ¿Verdad? Ya sé que no es lo mismo ser príncipe que rey. Dime, reyecito mío, ¿Qué es lo que se te ofrece de esta princesita tuya?

Me miró con tal dulzura que estuve a punto de lanzarme sobre ella y besar aquellos endemoniados labios rojos, una y otra vez sin cesar.

-Solo es que...

Y de nuevo volví a detenerme mirando hacia el techo. Mi boca estaba completamente seca. Tanto beber durante la cena, luego el vómito y ahora esto. Me daba la impresión de tener un trozo de desierto en mi tráquea.

-Bueno. ¡Allá va!

-¿Allá va? ¿Allá va el qué hermanito? Espabila, Degall. ¿Qué demonios te pasa hoy? ¿Parece que ser rey te haya trastocado el cerebro?

-¡Lienha! -eché todo el poco valor que poseía y mirándola directamente solté con temor...

- ¿Quie... quieres ser mi reina?

-¿Eeehh?

Y esa fue su única respuesta. Agrandó de tal forma los ojos que creí se iban a salir de sus cuencas. Hasta su delicada nariz respingó.

-¿Que, que si quieres ser mi reina? Ya sabes, gobernar el reino conmigo juntos y eso.

-Pero ¿Qué dices, Degall? ¿Estás loco o qué, hermano?

-No, no estoy loco, Lienha. Siempre he pensado en ti para ello. Lo que ocurre es que nunca he tenido el suficiente valor, ni el futuro para decírtelo. Ahora, sí puedo. Ahora soy el rey emperador de Shámsala, ¡Tu rey!

-¿Mi rey? Venga Degall, déjate de tonterías. Porque aunque llesves puesta esa corona dorada que te han colocado encima de tu cabeza, no has cambiado.

Saltó de la cama y se alejó de mí mientras su tono se iba convirtiendo en algo dañino para mis oídos con cada nueva palabra que soltaba. Era la Lienha que conocía de sobra, la de siempre, pero aun así la deseaba con toda mi alma, más que a nada en este mundo. Por mucho que ella siguiese en su misma línea.

-Sigues siendo el mismo Degall y no has cambiado hermano. Prepotente, orgulloso, egois...

No la dejé acabar la frase e intenté desesperadamente darle otra oportunidad.

-Lienha, cambiaré. Por favor, créeme. Te mostraré todo lo que soy capaz de hacer por ti. Por nuestro amor.

-¿Nuestro amor? ¡Ja, ja, ja! -rio con insolencia-. Perdona que me ría, hermanito. Yo necesito un hombre a mi lado, no un esperpento de hermano que quiera imitarlo.

Sus palabras hirieron mi corazón con fuerza, haciéndole sangrar de amargura, más mi esperanza no me hacía verlo todo perdido.

-Lienha, escúchame por favor y no sigas haciéndome daño. Piénsalo. Podríamos tener unos hermosos hijos, fuertes y robustos.

-Tú estás loco, hermano, muy loco. El vino que tomaste en la cena debe haberte desajustado el cerebro. ¿Hijos dices? ¿Es que no sabes que los hijos entre hermanos salen idiotas? Vamos, como tú. Lo tendrías que saber puesto que eres como ellos. ¡Ja, ja, ja! -y volvió a reír cruelmente-. No creas que por ser ahora rey te voy a tener más respecto. Primeros eres mi hermano, segundo eres mi hermano y tercero, por muy pesado que te pongas, seguirás siendo mi hermano. Anda, déjate de tonterías que me vuelvo ahora mismo al salón con los demás. Allí sí que hay hombres hechos y derechos, no niñatos que aspiran a serlo como tú. ¡Ay, ay, ay! Degall. Estás loco si piensas que podría fijarme en un ser como tú, por mucho rey que seas.

Diciendo esto empezó a caminar hacia la puerta.

Solo tenía mi última carta y la eché.

-Lienha, amor mío. Por nosotros, no me rehúyas. ¡Por Dios! Te haré la más grande de las reinas que nunca haya podido existir en Shámsala -bajé la voz y tendí mi mano hacia ella.

-Lienha... ¡Por favor!

-¡Venga, Degall! -contestó haciendo caso omiso a mis ruegos-. Bajemos con los demás, bailemos un poco e intentaré olvidarme de esta imbecilidad tuya que acabas de soltarme sobre esa memez de ser tu esposa y reina. Pero... ¡vaya, vaya, hermanito! Es que estás loco de atar -y oí como se decía a sí misma pensativa:

-Creo que se lo contaré a Rutter. ¿A ver qué le parece eso de que el niño este quiera convertirse en hombre a mi costa? ¡Adiós, chiquillo!

Si antes tenía el corazón roto, ahora lo tenía partido en mil pedazos.

Así me apuntilló. No pude más y según hacía intención de coger el pomo de la puerta para salir, grité:

-¡Brigadión!

Instantáneamente apareció, por lo que deduje que posiblemente estuvo oyendo nuestra conversación.

-¿Sí, majestad?

No me dio tiempo a contestarle, Lienha se adelantó.

-Que bien que estés aquí, Brigadión. Mira este -seguía con su habitual desparpajo, rudeza y prepotencia-. Va y me suelta que quiere hacerme su reina, que quiere que le dé hijos. ¿Yo? ¿A él? Debió beber mucho licor en la celebración. Mejor será dejarle dormir la borrachera y que se recupere. Vamos, Brigadión, volvamos ahora mismo abajo con los demás y dejemos a este crío descansar rodeado de sus sueños infantiloides.

Brigadión me miró y negué con la cabeza, sabía qué hacer. Entró y cerró la puerta tras él poniéndose justo delante de mí diosa caída en desgracia.

-Brigadión. ¿No me has oído? -seguía hablando con arrogancia-. Te he dicho que volvamos abajo ¡Ya!

Solo pedí.

-Tápale la boca, que no chille.

Al oír aquello, Lienha se giró hacia mi diciendo:

-¿Qué quieres decir con eso que no chill...

No pudo acabar la frase. Mi Brigadión la había apresado por sorpresa y su mano había seguido igualmente mi orden.

-Unos trozos de tela, majestad, de vuestra misma sábana. ¡Por favor! -pidió.

Seguí sus instrucciones con nerviosismo, haciéndolo lo más rápido posible. Corté diferentes trozos, mientras Lienha seguía frenética, intentando desesperadamente soltarse de su abrazo. Si en esos momentos lo hubiese conseguido, no sé qué hubiera pasado ya que sus gritos posiblemente hubiesen levantado la alarma entre todos los comensales que seguían en el salón. Me acerqué sin temor alguno para entregar la tela a

Brigadión y a cambio recibí de mi hermanita una cariñosa patada. Si llega a acertar donde quería, posiblemente hubiera acabado allí mi noche retorciéndome de dolor y debo dar gracias a la buena fortuna que sólo me acertase en la misma ingle. Lo que sufrí no era nada comparado a lo podía haber sido. De todos modos, estuve postrado y jurando un par de minutos allí a su lado mientras el vasnino intentaba atarla como podía con una sola mano (la otra seguía utilizándola para taparle la boca). Cuando el dolor empezó a desaparecer, me levanté y le ayudé en el cometido, en esos precisos instantes me percaté que sentía demasiado odio por mi hermana. Rechazarme, insultarme y tratarme como a un imbécil había hecho emerger de mi interior una maldad que en aquellos momentos no tenía límites.

-Vos diréis ahora, majestad -me preguntó Brigadión, mientras Lienha intentaba moverse sin poder conseguirlo.

-Túmbala encima de la cama y ata sus manos y pies en las cuatro esquinas de ella.

-¿Lo deseáis así, majestad? -preguntó mirándome muy serio.

-¡Sí! Así lo deseo, Brigadión -dije con rabia-. Haz lo que te digo.

Acató mi orden y poco después mi princesa reposaba encima de mi cama sin poderse mover.

-¿Y ahora? ¿Ahora qué, mi rey?

-Ahora nada. Tú siéntate en el sillón y mira.

Según dije esto, comencé a soltar los botones de la ropa de Lienha con la única intención de desnudarla completamente. Sin embargo, no podía hacerlo solo, se movía como una yegua salvaje y tuve que volver a solicitar ayuda a mi vasnino, sintiendo en todo momento las miradas asesinas de mi amor. No había otra manera, terminé soltando los trozos de tela de las esquinas mientras Brigadión se ocupaba de sacar por ellas la ropa, luego volvía a atarla de nuevo. Así hasta cuatro veces. Con mucho esfuerzo por mi parte finalmente pude verla como deseaba, completamente desnuda ante mí. Aquel hecho me hizo recordar la noche en que la vi por primera vez en Dor-Alia cuando llegué a su alcoba a través del balcón de Gumb. Si su mirada pudiera haberme asesinado, lo hubiera hecho sin ningún remordimiento. Me impresionaban sus ojos, la ira que despedían en esos críticos instantes, sentía hasta pavor al observarlos, ni el peor asesino de Vende podría tener aquella mirada. Pero irremediamente mi deseo destronaba mi miedo y ahora ella debía entender lo que había conseguido con sus implacables palabras. Debía recibir el justo castigo por tratar a su rey como a un vulgar plebeyo, como a un idiota. Por mucho que fuese como ella decía, su hermano.

Empecé poco a poco a despojarme de mi ropa dejándola bien colocada sobre una cómoda. Lo hacía pausadamente, con deleite, deseando que ese instante fuese eterno, sentir cada segundo. Repentinamente susurrándome al oído, la voz de Brigadión me sacó de mis sensuales pensamientos.

-¿Deseáis que le haga lo mismo que a vuestro padre para que no se mueva? ¿Me entendéis, majestad?

-No. Déjalo así. -contesté-. Deseo que se mueva y más todavía. Necesito sentirla, ver que está viva.

No volvió a preguntarme nada más mientras Lienha intuyendo lo que iba a ocurrir, intentaba una y otra vez con desesperación vez librarse de las ligaduras que la ataban.

Desnudo subí encima de la cama y me coloqué junta a ella. Mi pene se endureció al instante. Comencé a tocarla, le palpé cada milímetro de su cuerpo, ningún recoveco quedó libre de mis dedos y de mi lengua. Donde más tiempo estuve deleitándome fue en sus hermosos pechos. Los toqué, los besé y los inundé con mi saliva, sorbiéndolos con amor y pasión. Luego hice lo mismo con su preciado tesoro, lo repasé bien una y otra vez. Al rato creí oírla gemir por lo que, sin pensarlo más, me coloqué encima y la poseí ante su fiera mirada animal.

Hicimos o mejor dicho..., hice el amor y cuando acabé, la sangre de su himen había empapado la sábana de color y de aroma. Finalmente, intenté darle un beso con ternura en su mejilla, pero me rehuyó. Lo entendí y solo le dije amenazándola aún más:

-Gracias, Lienha. Mañana lo intentaremos de nuevo y si no quieres, pasado también. Así hasta que me aceptes. Soy tu rey y un consejo que te doy es que nunca me desobedezcas o lo pagarás caro.

Sentí por su mirada que su respuesta seguía siendo la misma y que su odio hacia mí había crecido.

-¿Y ahora, majestad? ¿Qué hacemos? -preguntó Brigadión al paso del tiempo.

-Pienso que ahora sí es el momento. No quiero que le hagas lo... -iba a soltar delante de ella lo que hicimos a nuestro padre, así que callé-. Si puedes solo duérmela, luego la vistes y te la llevas a sus aposentos donde la despiertas de nuevo, no vaya a ser que chille por los pasillos. Mañana con la luz del día seguro que piensa de forma diferente. Tengo que dominar a esta fierecilla, Brigadión -respondí con muy poca fe en mis palabras.

-Por supuesto, mi rey -contestó con un extraño brillo en sus bellos ojos vasninos. Algo que en ningún momento me imaginaba lo que podía ser.

-Luego baja con los demás y si te preguntan por ella, diles algo como que el alcohol le ha sentado mal y que te pidió dejarla descansar hasta mañana. Que nadie suba a su habitación, esto es muy importante.

-Entendido perfectamente, mi rey.

Brigadión se acercó a la cama, tocó en una zona del cuello de mi Lienha y al instante muy dulcemente cerró sus iracundos ojos quedándose completamente dormida y descansando ahora. La volvió a vestir y sujetándola con sus brazos la levantó con sumo cuidado de la cama. Me sugirió que echase un vistazo al pasillo y le avisase cuando no hubiese nadie por las inmediaciones. Tras darle el visto bueno, desapareció con mi dama en dirección a su alcoba. Los vi marchar y en la distancia le mandé un beso de enamorado con una mínima esperanza puesta en el nuevo día. Los vahos de mi enojo empezaban a disiparse y lo que no sabía por entonces, es que el día más feliz de mi vida, el día de mi coronación, se iba a convertir en la noche más amarga de mi existencia.

74

“UN ACCIDENTE OBLIGADO”

Brigadión sin ser descubierto por nadie llevó a la princesa a su alcoba real. Una vez dentro la depositó suavemente encima de la cama y examinó con sus ojos vasninos la penumbra a su alrededor. Estaban solos, no la había desvanecido como hizo creer al rey, sino que la había anulado por completo, casi idéntico a lo que había hecho con Crotor, pero durmiéndola también. Brigadión no quería riesgos, ni dejar cabos sueltos como que ella despertase y corriese hacia Chafan y los demás proclamando a los cuatro vientos cuanto le había sucedido. No, aquel no era el plan y menos el suyo. Tenía otras ideas al respecto y no pensaba en absoluto como el jovencito amargado, triste y enamorado que sufría innecesariamente en otra alcoba más allá.

Sin más le tocó el cuello y la princesa abrió los ojos al instante lo justo para percatarse que Brigadión seguía palpándola y la volvía a introducir en un nuevo trance.

-Hasta luego, princesita -dijo burlescamente a sabiendas que ella le oía muy bien- ¡Volveré! Y mientras tanto..., intentad no dormiros, por favor. ¡Ja, ja, ja!

Con una sarcástica sonrisa salió de la habitación y bajó junto a los demás al salón donde siguió disfrutando de la fiesta. Cuando ya era noche bien entrada se excusó alegando que había sido un día agotador y que necesitaba descansar por lo que

desapareció del lugar directo a su habitación. Allí se desvistió y se desnudó casi del todo, solo quedó en ropa interior, después destapó la cama para que pareciese que había sido utilizada y apagó todas las lámparas de aceite. Cogió una botella casi agotada de licor de moras y salió con ella de nuevo al pasillo. Solamente iba cubierto con un pequeño taparrabos y con la intención de llegar sin problemas a la estancia de Lienha, tras esconderse por el pasillo consiguió hacer lo que se había propuesto, volver a encontrarse con la princesa. Entró y cerró sigilosamente, luego dejó la botella de licor encima de la mesa. Lienha en el acto supo que había alguien más con ella, pero no podía moverse para ver quién era, solo esperar. Maldijo en su fuero interno cuando vio de nuevo a Brigadión que le ladeada la cabeza suavemente para mirarle a los ojos.

-No tengáis miedo, mi princesa, soy yo de nuevo, vuestro querido y fiel Brigadión - dijo con maldad. Acto seguido fue hacia el gran ventanal, lo abrió y volvió a su vera.

Con sumo esmero la desnudó completamente, tocándola ansiosamente con una mano los pechos y otras dulces partes de su anatomía, mientras con la otra se toqueteaba a sí mismo. El brillo de una luna creciente que entraba tímidamente a través del gran ventanal era el único testigo de la barbarie.

De nada sirvieron las lágrimas de la princesa para que Brigadión detuviese su afán de sexo real gratuito. La tomó sin ningún perjuicio alguno repetidas veces en el transcurso de la noche y nadie oyó nada, los gemidos y orgasmos del vasnino eran tan apagados como el sonido de la luna.

Cuando finalmente acabó, tranquilamente la vistió con el camisón y se dirigió a la mesa donde cogió la botella del licor de moras. Empapó un trapo y con él impregnó bien la boca y los labios de la princesa tirando incluso algunas gotas por su camisón. Llevó la botella al balcón donde derramó un poco de líquido por el suelo y allí la dejó volcada, luego regresó junto a Lienha y le dio un amoroso beso en los labios.

-Querida mía. Comprenderéis que no puedo dejar que lo que hoy ha sucedido esté en conocimiento de nadie en este reino. ¿Verdad?

Hablaba susurrando y sus labios prácticamente tocaban la oreja de la princesa al decirlo.

-Os he visto crecer, he disfrutado mucho con vuestras bromas de juventud y hoy en día, sois ya una mujer hecha y derecha..., una mujer sin par diría yo y os lo puedo jurar. Muchos hombres suspiran por vos y uno de ellos está ahora triste, muy triste por vuestras crueles palabras, posiblemente esté llorando aún. La diferencia con los demás es que él es un rey. Un rey llorando por amor, llorando con amargura por el trato que le habéis dispensado. ¿Os parece bien vuestra actitud? ¿Se lo merece por muy niño que sea? Princesa, debisteis haberlo pensado mejor, haber actuado de otra forma porque estáis metida en un buen lío.

Lienha escuchaba aquellas palabras horrorizada sin poder siquiera moverse y defenderse. Lo único que podía hacer era esperar su destino.

-Amiga. Tenéis, o mejor dicho rebosáis de sexo por cualquier poro de vuestra piel y es una pena que no le deis gusto al cuerpo. ¡Ah! ¡Sí! El Bariel ese, se me olvidaba, pero un rádico no es suficiente triunfo para una princesa como vos. Ya visteis lo que le ocurrió por andar muy cerca vuestro. Al príncipe no le gustó y tuvimos que improvisar algo. Ahora bien, princesa, para vos..., para vos necesitaríais un príncipe o un mismo emperador, aunque este último lo hayáis rechazado con vuestras brutales palabras, pero creo que dejaré de hablaros ya que os toca dar un paseíto. ¡Por cierto! Debéis saber que vuestra sibilina lengua también ha mejorado mucho con el transcurso de los años. Bien, como iba diciendo, el paseíto...

Cogió a la princesa entre sus brazos y llevándola salió al balcón donde se quedó allí con ella de pie.

-Ahora os contaré una historia para que la vayáis analizando según voláis. Resulta que servidor se tuvo que ocupar personalmente de vuestro hermano Gumb, haciendo ver que un slá le había atacado. La treta fue magnífica, Degall solo debía decir que sintió calor y todo encajada. Pero hay más, mucho más. Anteriormente la reina Ganvard y su guardián fueron asesinados. ¡Sí, hombre sí! Aquel atentado por el cual tuvimos que salir corriendo de Vende ¿A que sí? ¿A que sabéis quién lo hizo, amiga? No. Yo no, mi princesa. ¿Cómo iba a ser yo? Fue vuestro hermanito. ¡Sí, sí! El que llora por vos.

Lienha casi no podía creer lo que le estaba oyendo de Brigadión, era una locura todo lo que le decía. Pero ya poco importaba, estaba claro que la iba a tirar desde su balcón. Que aquello acabase lo antes posible y de una vez por todas, era lo único le importaba ahora.

-Así que Degall se cargó a la reina y al soldadito aquel y... y ¿qué me decís de Bariel, amiga mía? ¿Os gustó lo que le pasó a vuestro enamorado en el viaje de vuelta desde Dor-Alia? Fue encargo expreso de vuestro hermano y sinceramente, creo que realicé un trabajo excelente, pero aún os queda por saber otro caso importante. Vuestro padre, el innumerable Crotor, a quién vos asemejáis en muchos aspectos, sobre todo en vuestra lengua. Bien, pues entre Degall y yo le quitamos de en medio para que el príncipe pudiese ser coronado rey. ¡Claro está! Cambiando el testamento original cuyo elegido era Elcor, por otro falso y en el que puse el nombre del príncipe Degall. ¡Ah! Casi se me olvida deciros que también intentamos atentar contra Elcor mediante de un slá. ¿Sabéis lo que es un slá, no? Sí, hombre sí, los roba cuerpos esos digamos. Así que para que lo sepáis...solicitamos ayuda a un tipo de estos y el imbécil falló en su cometido. Dejó tres muertos en palacio, pero ninguno de ellos era vuestro querido hermanastro, Elcor. ¡Por cierto! Algún día arreglaré con él eso viejos asuntillos. Sencillo. ¿No? Ya podéis ver el trabajo que supone estar junto a vuestro hermano. Sinceramente, no es cosa fácil, pide mucho, pero...

Brigadión hablaba y hablaba con total sinceridad e impunidad, desvelando todos los sucios tejemanejes cometidos, que tanto él como Degall habían ideado y ejecutado. No le daba la mayor importancia seguro como estaba de sí mismo.

-Pero hoy me lo ha recompensado en cierta forma, diciéndome de traeros aquí y teniéndooos a mi completa merced, aunque él no lo sepa. Por lo que debo agradecerse. Sabed mi princesa, que este viaje que vais a emprender ahora mismo es idea mía. Única y totalmente mía. Vuestro enamorado no sabe nada de esto. ¡Es más! El pobre incauto tiene esperanza que mañana os derrumbéis ante él prometiendo fidelidad y esas tonterías. Así que, viendo el percal, he decidido improvisar. -miró a la princesa Lienha muy fijamente a los ojos según caminaba lentamente hacia la balconera-. ¿Os percatáis que no puedo dejaros hablar verdad? Lo entendéis. ¿No? Vuestro rey sí os dejaría e incluso perdería hasta el culo por vos, pero yo no. Así que como colofón a mis últimas palabras, os diré que es una pena tiraros por el balcón porque realmente... estáis maravillosamente buena.

Y diciendo esto lanzó a la princesa hacia el vacío, Pero la dirección que emprendió en su vuelo no fue la que él esperaba e inexplicablemente como anteriormente le había ocurrido al rey Crotor con los tics nerviosos, Lienha emitió un largo y terrorífico alarido en su caída.

Se oyeron extraños ruidos en la noche y tras un fuerte golpe sordo solo existió el silencio.

El vasnino se asomó discretamente para ver el fruto de su trabajo y exclamó con rabia:

-¡Mierda!

Habiendo lanzado a la princesa al vacío, no se percató que el camisón de esta se había quedado enganchado con un saliente de la balconera, por lo que en vez de salir despedida hacia donde él lanzaba con fuerza y de frente, giró hacia un lado yendo a caer justamente encima de un poblado árbol. Luego rebotando de rama en rama terminó finalmente encima de la frondosa y húmeda hierba de un jardín. Viendo esto, Brigadión empezó a maldecir en su interior según se ocultaba para no ser visto por nadie y volvía urgentemente a su habitación en espera que algún soldado diese la alarma.

La guardia del palacio nada más oír el grito se dirigieron con celeridad hacia el lugar de donde provenía descubriendo a Lienha en el suelo del jardín en una extraña posición. Tenía magulladuras por todo el cuerpo y sangraba abundantemente de su cabeza. Su camisón estaba completamente destrozado con signos evidentes de haberse desgarrado durante la precipitada caída. La princesa no mostraba signos de vida y por más que intentaron reanimarla allí mismo no respondía a ningún estímulo externo.

-¡Rápido! -apresuró uno-. Hay que ir a buscar a Chafan y los demás. Lardo ve tú, mientras nosotros intentamos reavivarla.

El llamado Lardo tiró todo lo que llevaba encima, espada, lanza y escudo para correr lo más veloz posible en busca de ayuda y salió a la carrera. Cuando al rato llegó cerca del dormitorio de Chafan, este ya estaba en el pasillo comentando con los demás qué podía haber sido aquel extraño grito que todos habían escuchado. Lardo sudoroso comentó a qué se debía y tal y como estaban emprendieron una rápida carrera con el fin de llegar lo antes posible junto a la princesa. Brigadión imitaba a los demás lamentándose de su inoportuna mala suerte. Cuando llegaron al jardín, vieron que los soldados seguían en su vano intento de reanimación, pero teniendo demasiado respeto por las posibles secuelas o fracturas de la princesa. Rutter nada más verla se lanzó hacia ella y pegó su oreja en el pecho de la princesa.

Poco después, daba una pequeña esperanza a los demás.

-¡Está viva! Por ahora resiste. Sobrevivir a esta caída es un verdadero milagro, hay que transportarla urgentemente a otro lugar.

-Id y traed lo que sea para llevarla lo antes posible. -solicitó Chafan a los soldados que ahora simplemente miraban-. ¡Rápido, por favor! Y avisad a médicos y doctores urgentemente.

Los aludidos salieron a la carrera para cumplir la orden.

-Chafan, -continuó Rutter con no muy buena cara-. Debo advertirte que la princesa huele mucho a alcohol, demasiado diría yo.

-No te entiendo. -respondió este ante la curiosidad de los demás.

-Compruébalo tú mismo, por favor.

Chafan haciendo caso a su amigo, se agachó y olió la zona de la boca y parte del camisón de la princesa.

-¡Licor! Apesta a licor, Rutter. -dijo con enojo-. Me temo que tal vez haya tenido un accidente por culpa del alcohol. Por favor, Brigadión, ayuda a Rutter y hagamos una evaluación de su estado.

Poco después tenían el resultado del minucioso examen hecho al malherido cuerpo. Dos piernas rotas por diferentes partes, lo mismo en un brazo y la presencia de una gran brecha en la parte izquierda trasera de su cabeza y por la que manaba abundante sangre, posiblemente una importante fractura craneal. Sobre los órganos internos principales, no podían saber nada aún. Ahora mismo estaba inconsciente, podía despertar en unos minutos, en un día o tal vez nunca y alimentarla así en ese estado resultaba imposible. De todos modos, intentarían reanimarla además de entablillarle lo antes posible todos aquellos huesos fracturados.

Miraron desde los jardines hacia su balcón y todos menos uno, no se explicaban qué podía haber sucedido. ¿Un accidente? ¿Un intento de suicidio? ¿Quizás un atentado? Los soldados volvieron con una pequeña camilla donde la colocaron con todo el amor del mundo, llevándola de nuevo a su alcoba. Lienha seguía sin dar signo alguno de vida, pero su corazón aún latía. Al llegar la depositaron suavemente encima de su cama y no pasó mucho tiempo antes de que los doctores avisados, procedieran con premura a entablillar piernas y brazo recolocando en su sitio los huesos rotos.

El rey y el príncipe Elcor fueron informados inmediatamente de lo sucedido y se presentaron poco después. Allí rodeando la cama en la cual se hallaba la princesa con vendas por multitud de partes de su cuerpo, los principales vasallos y doctores intentaban dilucidar qué podía haber ocurrido para tan fatal desenlace. Hablaban entre ellos muy bajo intentando no molestarla debido a su débil estado.

Elcor mirándola no se explicaba tampoco lo ocurrido. La había visto cenar, beber, bailar, reír, disfrutar de la velada y sin embargo ahora yacía como un cadáver postrado en aquella magnífica cama.

El caso de Degall era diferente, tenía sus propias conclusiones, además de un semblante sin color y mil hipótesis que le amargaban una tras otra.

-¿Alguna idea sobre lo sucedido? -preguntó al cabo de un rato muy serio a los demás

-Lo único que sabemos es que gritó según caía, eso es lo que nos han informado los soldados, majestad. -le informó Cymbal-. Y también que bebió tal vez demasiado licor. Lo sabemos por los aromas encontrados en su boca y ropa, aunque eso no quiera decir nada por ahora. Hemos hallado una botella de licor de moras en el balcón prácticamente vacía y tirada en el suelo. Solo eso, mi rey,

-¿Solo eso? ¿Y por qué tantas vendas entonces?

Chafan se adelantó a Cymbal en la respuesta. Conocía mejor a Degall e intentaría aplacar lo que parecía a punto de estallar.

-Mi rey. -le habló con sumo cariño-. Vuestra hermana ha sufrido una importante caída desde su balcón al jardín y desconocemos a qué es debido. Ahora mismo está inconsciente con dos piernas rotas y un brazo, así como una brecha considerable en su cabeza. No podemos saber más y ella necesita descansar. Necesita mucho reposo.

-Y tuvo suerte de caer en el árbol, sino es imposible que hubiera sobrevivido. - agregó Elcor, que había oído la respuesta de Chafan-. Si alguien ha pensado en un intento de suicidio, yo creo particularmente que no se trata de ninguna tentativa de ello.

Muchos le miraron por su comentario. Más de uno había pensado lo mismo, pero nadie se había atrevido a soltarlo.

-¿No? ¿Y por qué si se puede saber, Elcor? -preguntó el rey.

-Quien se suicida de esa forma, no grita. Simplemente se tira, cae y ahí se acaba todo. Los soldados han dejado bien claro que ella gritó cuando caía. Por eso creo que esa posibilidad habría que rechazarla.

-¿Y qué sugieres entonces, Elcor? ¿Un accidente? ¿Que la han tirado? ¿Arrojada al vacío? -la voz del rey emperador empezaba a sonar demasiado áspera y Chafan prefirió intervenir.

Majestad, salgamos de la estancia, por favor. No sabemos si la princesa realmente en su estado nos oye o no nos oye, pero debemos dejarla reposar. Es muy importante para su salud actual. Los doctores se ocuparán noche y día de ella y no la dejarán sola ni un solo segundo, os lo puedo asegurar.

El rey miró a Chafan con intención de decir algo, pero luego su vista se fue más allá, hasta su pobre hermana, hasta su amor. Sin más calló y salió de la alcoba siendo

seguido por todos excepto por los doctores. No podía superar el momento y no podía impedir que sus lágrimas se derramasen viendo impotente el estado tan lamentable de la que era hasta hace unas pocas horas, su radiante, feliz y dicharachera hermana.

-Lo siento, majestad -repitió Chafan-. Siento mucho lo que le ha sucedido a la princesa Lienha. Haremos todo lo que esté en nuestras manos para intentar salvarla, mi rey.

-Vuelvo a mi habitación -contestó él a duras penas intentando que nadie se diese cuenta de su desesperación-. Avisadme de lo más mínimo que ocurra, un soplo, un movimiento de sus labios, cualquier cosa. Informadme urgentemente, por favor.

Hundido en sus pensamientos y completamente desmoralizado volvió a su alcoba. Tenía cosas que hacer.

75

“UNA VERDADERA MENTIRA”

Nada más entrar en mi alcoba cerré la puerta con llave, coloqué una silla delante de ella y me eché a llorar desconsoladamente sobre la cama. No deseaba de ninguna manera que Brigadión me hiciese una visita de esas que acostumbraba a veces a altas horas de la madrugada y tampoco tenía aún Galusas para que velasen por mi desde fuera. Todo había sido tan precipitado, el funeral, la coronación y ahora el accidente de Lienha, que no se había aún acordado nada respecto a mi seguridad.

Quise esperar un tiempo intentando tranquilizarme para luego ponerme en contacto con Brigadión, necesitaba saber si él tenía alguna otra información más al respecto. También deducía que perfectamente me podía engañar con cualquiera de sus triquiñuelas.

Así que esperé llorando con verdadera devoción por la recuperación de mi adorable hermana, mi princesita, mi diosa. Podía ser el rey del reino más fuerte de Carioth-Carbalon, pero no servía de nada, no podía ayudar a Lienha de ninguna manera. Incluso en mis delirios, imploré perdón a mi padre y a mi hermano rogándoles que no se la llevaran con ellos. La necesitaba demasiado junto a mí. Llorando continuamente entre estos pensamientos pasó un tiempo prudencial como para que Brigadión se encontrase solo. Entonces y solo entonces decidí entrar en él.

-¡Brigadión! ¿Estás ahí?

-Majestad, sí. Aquí estoy. Os estaba esperando

-¿Qué ha pasado, Brigadión? Necesito una explicación -pregunté con urgencia, temiendo cualquier respuesta suya.

-No lo sé, majestad. Siguiendo vuestras indicaciones, cuando salimos de vuestra alcoba, la llevé a la suya y la dejé allí durmiendo y descansando.

-¿Eso es lo que hiciste, Brigadión? Por favor, dime la verdad por muy dura que sea.

-Majestad, Degall. Jamás os mentaría. No tengo nada que ver con lo sucedido. Os puedo jurar que cuando me fui de la habitación ella dormía plácidamente. Hice lo que me pedisteis.

-Entonces... ¿Qué demonios ha pasado?

Tardó unos instantes en responder, pero lo que dijo después era algo que yo ya me temía.

-Mi rey, creo que está muy claro. Supongo que, tras dejarla dormida en su habitación, a medianoche tal vez se despertara y meditara sobre lo ocurrido. Quizás entonces intentase olvidarse de todo bebiendo casi por entera la botella de licor que tenía, como parece ser. Esto lo deduzco, no lo sé a ciencia cierta. Luego no pudiéndose dormir se acercó demasiado a

la balconera y sin quererlo cayó, los restos encontrados en el balcón parecen confirmarlo así. O bien, o bien pudiera ser que necesitó del alcohol para conseguir las suficientes fuerzas para intentar suicidarse y eso hizo, majestad.

-Pero Elcor ha dicho que quien se tira de una altura para suicidarse no chilla, Brigadión y ella gritó. ¿Entonces?

-Un accidente mi rey, eso es lo más seguro. Por eso el grito, nada de suicidios. Además, Elcor puede estar confundido, suicidarse no requiere silencio. ¿Acaso lo ha intentado él? Uno puede lanzarse al vacío con la intención de acabar con todo, pero... ¿y por qué no gritar? Conociendo a vuestra hermana esto es muy improbable. Los indicios encontrados en sus labios y en su boca, dejan bien claro un aroma de alcohol y licor, Había bebido en demasía. Sinceramente, no creo en suicidio, más bien deduzco que todo se debe a un fatal accidente, mi rey.

-Sí, eso ha tenido que ser. -intenté convencerme a mí mismo confiando plenamente en él-. Durmamos, Brigadión. Intentemos olvidar esta desgraciada noche, tanto por nuestros hechos, como por los resultados que han originado. Mañana tal vez veamos todo de otro color y quizás Lienha haya recuperado la consciencia. De todos modos, quiero que pongas ahora mismo un servicio de guardias especiales delante de su alcoba. Pon los galusas en su puerta y que no dejen entrar a nadie que nos sean doctores y nosotros mismos. Diles que solo pueden pasar Rutter, Chafan, Xara, Cymbal y Elcor. Hazlo ahora mismo y no lo dejes para mañana, no podemos olvidarnos de un posible atentado tampoco.

Diciéndole esto salí de su mente con una pregunta que me rondaba una y otra vez la cabeza.

-«¿Qué había pasado? ¿Qué demonios había ocurrido?».

Pero, aunque no quería reconocerlo, tenía ya mis propias conclusiones.

76

“PERDÓN”

Aquella noche el rey Degall no consiguió pegar ojo. Sus pensamientos sobre lo sucedido horas antes no le dejaban conciliar el sueño. La violación de su hermana le empezaba a corroer la conciencia sin descanso alguno y pensaba que la culpa de la caída no era otra que un intento de suicidio por lo bestial de su comportamiento. Se sintió sucio repentinamente, muy sucio y asqueado y se percató que no le importaba nada de cuanto tenía a su alrededor si no lo podía compartir junto a Lienha. Corona, poder, autoridad, esto no le facilitaban para nada el camino hacia la felicidad, la alegría solo era posible junto a ella. Sin su amor verdadero nada tenía sentido y lo que había hecho era una auténtica locura. Deseaba volver junto a ella, vivir a su lado esos críticos momentos, verla respirar y sentirla de cerca. Temía que quizás no la quedase mucho tiempo de vida y deseaba con verdadero deseo acompañarla en estas condenadas horas sin fin.

-¿Por qué? ¿Por qué? -se repetía una y otra vez lamentándose y llorando amargamente-. ¿Cómo he podido ser tan imbécil? ¿Cómo? Si pudiese volver atrás. Lienha..., lo siento, amor mío. Perdóname, Perdóname. Te necesito tanto.

No le importaba que se descubriese como había actuado, lo que había hecho y sugerido a Brigadión. Solo ansiaba volverla a ver feliz de nuevo, riendo y recordando cuando ella le insultaba bien llamándole imbécil, paleta o con cualquier calificativo que saliese de su dulce boca.

Como rey demasiadas cosas le estaban permitidas y tomar a su hermana a la fuerza podía entrar dentro de alguno de esos cauces, pero conociéndose esto seguro que

lo único que conseguiría sería una aureola de crueldad y salvajismo sin paliativos, tristemente brillando sobre su cabeza más que la corona.

-Lienha, por favor ¡Vuelve! ¡Perdóname, aunque no lo merezca! He sido cruel y despiadado contigo ¡Perdóname! -seguía repitiéndose una y otra vez sin cesar en un lamento continuo.

Aun así era el rey y aquel "puntual" incidente pasaría desapercibido para muchos. Chafan y alguno más, aunque no lo aceptasen, se ocuparían personalmente de que no corriese la voz sobre el hecho.

Algo cambió en la mente de Degall esa noche, algo muy fuerte que salió de algún lugar muy profundo y emergió con verdadera virulencia. Por primera vez en su vida se sintió solo, muy solo por más que estuviese rodeado de quien fuera. Solo en una gran jaula de oro, así era su sensación. Aquella mujer que esperaba le acompañase durante muchos años en la vida a su lado dándole compañía, alegrías, descendencia y noches de amor, yacía ahora inmóvil en una alcoba cercana.

-¡Perdóname, amor mío! ¡Perdona mi crueldad contigo! ¡Perdóname, Lienha! Vuelve..., te lo suplico. Vuelve y si no es conmigo no importa, pero vuelve, por favor. No quise... no quise..., jamás fue mi intención llegar hasta donde lo hice y sé que no tengo perdón por ello. Lo siento, Lienha. Lo siento, mi amor. No debí haber bebido tanto.

Y sin poder evitar sus continuas lágrimas, salió de su habitación dirigiéndose hacia la que encontraba la malherida princesa.

Sin embargo, Brigadión, no pensaba en absoluto de la misma forma que el rey. Quería y debía desembarazarse de la princesa de cualquier forma antes que se recuperase y hablase de todo lo que le había ocurrido. Si esto último sucedía, tenía todas las de perder y su vida valdría menos que la mierda de un perro. Cuándo y cómo eran sus máximas prioridades, necesitaba solo unos segundos junto a ella para acallarla para siempre, pero el inepto de rey enamorado le había ordenado incluso que los guerreros galusas estuviesen día y noche de guardia delante de la puerta de la princesa. Así que solo suspiraba para que siguiese como estaba, yendo de peor en peor día tras día y apagándose poco a poco sin decir siquiera adiós.

¿Como no se había fijado al arrojarla al vacío que todo estaba en orden para su vuelo real? ¿Cómo? Qué imbécil había sido por no comprobar esa sutil menudencia. ¡Maldita sea! Ahora estaba en manos del destino y de tener un futuro maravilloso y lleno de poder, al día siguiente la historia había dado un vuelco gigantesco y tal vez tuviese que huir muy lejos si en algo apreciaba su vida.

Si se descubriese que el rey Degall siendo príncipe había ordenado la muerte de su hermano Gumb y también la de su padre el rey Crotor, lo único que conllevaría esto sería su inmediata destitución como rey, pero nada más. Un príncipe de Shámsala jamás sería condenado a muerte por muchos actos criminales que colgasen de sus órdenes. Se le ocultaría en el propio palacio para el resto de sus días, pero seguiría viviendo igual que el príncipe que era antes, simplemente tendría más ojos observándole continuamente. Pero para él, el asesinato de Gumb, el de Crotor y la violación e intento de asesinato de una princesa de Shámsala, le llevaría directamente a una muerte segura sin juicio alguno de por medio.

Eran las puñeteras diferencias entre príncipe y vasnino.

Además... ¿Por qué le había contado a Lienha todas aquellas mierdas palaciegas? ¿Las órdenes del príncipe y sus consecuencias? Incluido lo del testamento ¿Por qué?

Lo que Brigadión tenía seguro era que nadie perdonaría a un vasnino que hubiese intentado por su propio y único criterio asesinar a una princesa del reino. La única recompensa de esta actuación era una muerte segura, no había otro veredicto posible.

Desde el momento que decidió ir a la alcoba de la princesa, Degall se mantuvo en todo momento junto a ella. A pesar de que había ordenado que los galusas estuviesen en la puerta asegurándose que no pasase nadie que no había dicho, ordenó también no dejarla a solas en ningún momento, siempre debía estar acompañada por tres o más personas. Por lo que a partir de entonces si alguien quería salir, debía primeramente esperar a que otra persona autorizada entrase. Era una orden real y había que acatarla ya que la seguridad de la princesa era de vital importancia para el rey.

Sucedió al segundo día. La faz demacrada de Lienha no hacía albergar muchas esperanzas sobre su futuro, se le había intentado dar alimentos en forma líquida, pero resultaba imposible que los aceptase. Increíblemente ese día abrió los ojos observando a su alrededor con una mirada totalmente extraña. Tanto los doctores, magos, vasininos y el propio Degall se volcaron a su lado intentando hablarla, pero no contestaba a nadie, parecía estar completamente ida.

-Majestad. -preguntó uno de los doctores-. ¿Como os sentís? ¿Deseáis alguna cosa que os podamos ofrecer?

Lienha como si mirase a un bicho raro, solo frunció el ceño sin llegar a decir nada. Rutter lo intentó a su vez, le cogió la mano suavemente acariciándola.

-Hola, mi princesa. Bienvenida de nuevo con nosotros. Nos teníais muy preocupados. ¿Os encontráis mejor?

Y misma respuesta por su parte.

El rey dio entonces un paso adelante sin importarle en absoluto que ella le escupiese en la cara delante de todos, se lo tenía bien merecido y estaba preparado para su castigo. Sin embargo, Brigadión ya había retrocedido un par de pasos disimuladamente acercándose a la puerta y preparándose para actuar, por si la ocasión lo requería.

-Hermanita, despierta, por favor. Despierta, necesitamos que vuelvas con nosotros. Lienha, soy yo..., Degall, tu hermano ¿Hola?

El rey tragó saliva al decir esas palabras y se preparó a ser desenmascarado delante de los vasininos y doctores. No le importaba. Había meditado profundamente todos sus actos desde el día que subió a aquella maldita torre y no había ni uno de ellos en los que viera que había hecho algo realmente provechoso. Solo había actuado por la avaricia y por la interminable sed de poder que le corroía. Pero aquello había llegado a su fin y estaba empezando a decidir qué hacer con su futura vida. Seguir siendo el traidor, egoísta, prepotente, cínico y asesino de los suyos o empezar poco a poco a intentar transformarse en otra persona muy diferente.

Solo le importaba su amor, nada más y ahora se daba cuenta que la había perdido para siempre. Aun así, solo ansiaba que se recuperase, le delatase y terminar con toda aquella cruel historia que parecía no tener fin. Necesitaba ser señalado con un dedo ya que él mismo no tenía la suficiente hombría como para hacerlo solo.

Lienha se sentó reposadamente encima de la almohada y al oír esas palabras solo acertó a balbucear extrañamente:

-¿Degall? ¿Lienha? ¿Qué es esto? ¿Dónde... quién soy?

Un gran paso se había dado, la princesa había salido del túnel donde se encontraba y volvía a ver la luz, quizás de otra forma, pero al fin y al cabo..., luz. Chafan viendo que en algo se había repuesto, se dirigió rápidamente a la mesa de la estancia y cogió un bol que albergaba líquido en su interior. No era otra cosa más que una extraña manzanilla reconstituyente hecha a bases de flores silvestres. Con una cuchara en su mano y la infusión en la otra se acercó a la princesa sentándose muy cerca.

-Mi princesa. Ahora vais a tomar esto que hemos preparado para vos. Todo nuestro amor ha sido puesto en su elaboración y esperamos que disfrutéis tanto de su aroma como en su textura. Os lo daré a probar, por favor intentad tragadlo y no lo devolváis. Es muy importante. Debéis recuperaros y esto os ayudará enormemente, majestad. Por favor, intentadlo.

Chafan con suavidad, metió la cuchara en el bol y la sacó casi a rebosar de líquido acercándose hacia Lienha. Ella seguía mirando a la gente perdidamente y cuando se percató de la cuchara que Chafan intentaba ofrecerle, echó la cabeza hacia atrás.

-Princesa Lienha, es importante. Por favor, abrid vuestra boca.

Tal vez fuese la mirada de Chafan o simplemente un milagro, pero el caso es que Lienha finalmente hizo caso y el vashino le dio a probar el misterioso caldo. Chafan repitió la operación ante la mirada de los presentes que poco a poco iban cambiando sus caras, de preocupación a esperanza. Lienha consumió todo el bol y Chafan pidió rellenarlo y con el segundo ocurrió lo mismo, se lo tomó íntegramente. Más de uno hubiera querido empezar a hacerla alguna pregunta sobre su estado, pero sabían que Chafan no lo hubiera permitido en ese estado. Cuando la princesa terminó el segundo caldo, sin más cerró los ojos y se durmió plácidamente ante todos.

Parecía que nada le importaba.

Acto seguido se ordenó salir a todo el mundo de la alcoba excepto los doctores y el rey.

Los días pasaron y Lienha mejoró físicamente ya que aceptaba alimento, sin embargo, mentalmente seguía completamente perdida sin mostrar interés por nada.

Degall seguía sintiéndose responsable del estado de su hermana y cada día que transcurría su conciencia le amargaba más haciéndole revivir mentalmente su deplorable actuación. Veía el estado de su hermana y aquello parecía que no tenía visos de progresar. Ya ni siquiera le apetecía contactar con Brigadión para hablar de cualquier tema que ocurriese en palacio. Muchas noches se las pasaba despierto a causa de la ansiedad que le producía su nueva conciencia humana, llorando amargamente por haber sido tan cruel con ella y sobre todo recordando la pérdida de su hermano Gumb.

Cada día y cada noche su tormento era mayor.

Y durante aquellas aciagas noches solicitó perdón divino, perdón tanto a Gumb como a su padre mil veces y mil veces más. No encontraba la salida a su sufrimiento y solo veía un camino.

Estaba decidido, en unos días hablaría con Chafan y le relataría toda la verdad sobre su inmundada persona.

Sin embargo, antes de poder hacer nada, un nuevo suceso vino a demostrarle que ser rey emperador en Shámsala, no era coser y cantar.

Esa noche alguien aporreó con fuerza la puerta de mi alcoba instantes después de que finalmente consiguiese coger el sueño, por lo que me desperté completamente sobresaltado.

-¿Sí? ¿Quién es? ¿Qué pasa? -grité desde la cama.

-Majestad, soy Chafan. Debéis perdonarme, pero os traigo un mensaje urgente que ha llegado de Dor-Alia.

-Chafan ¿No puedes dárme lo mañana? Me ha costado horrores conseguir dormirme y estoy realmente cansado -y según decía esto, volví a meter con energía mi cabeza debajo de la almohada.

-Mi rey, no puede esperar. Abrid por favor.

-¿Que dice el mensaje? -le pregunté sin intención de levantarme-. Díme lo anda, no me hagas levantarme.

-Dice... dice que el emperador Gardian y su ejército han atacado y conquistado Dor-Alia, majestad.

Diez minutos más tarde estaba con Chafan, Elcor y todos los vasininos reunidos en el salón principal

-Amigos -dijo Chafan sin andarse con rodeos-. Tenemos un gran problema..., el reino tiene un gran problema. Nos acaban de informar que el Gran Reino de la Luz ha invadido Dor-Alia y parece ser que ya se han hecho fuertes en la misma ciudad.

Al instante se empezaron a oír soluciones al conflicto de todo tipo y aunque fuesen vasininos, ninguna me satisfacía.

Mi amor perdido seguía mejorando, pero mentalmente estaba más lejos que el sol en parecerse a lo que antes había sido y ahora aquello. Empezaba a sospechar que ser rey y tener todo lo que uno quisiera, tal vez no fuera muy conveniente para mí. Deseaba estar en la otra punta del reino, lejos, muy lejos y en una chabola en medio del campo junto a un río y un poco de tierra para nosotros. Solo con ella..., ella y yo, nadie más. Chafan me bajó instantáneamente de mi nube.

-Debemos poner sobre aviso al ejército que se encuentra aquí en Vende. Tardaremos algo de tiempo en llegar hasta Nueva Maran, pero es la única posibilidad que tenemos, eso si no queremos que sigan avanzando hacia las demás provincias.

-Lo primero es informar a las tropas de las demás provincias urgentemente -aconsejó muy bien Xara-. Podríamos ir a su encuentro entre las fronteras de Nueva Maran con Maran y con Vasia Golteim. Con todas nuestras fuerzas, les obligaríamos a retroceder a su reino.

-¿Y cuánto tardaríamos en llegar hasta allí? Esa es la cuestión -preguntó Brigadión-. Ahora se estarán fortaleciendo con todo el tiempo del que disponen y que no disponemos nosotros. Con esto ha quedado claro que su visita durante el funeral y la coronación no ha sido por simpatía hacia nosotros. Solo deseaba saber algo más y creo no equivocarme en mucho si digo que su intención, era ver solamente cómo se encontraba nuestro ejército aquí, tan lejos del lugar. Sus espías supongo que habrán hecho su trabajo también. Solo ha tardado en mover sus tropas el tiempo que le ha llevado llegar hasta la frontera, hermanos. ¡Maldito, hijo de perra!

-De todos modos, avisaremos a todo el seno del ejército del reino para que se prepare -volvió a hablar Chafan-. No podemos perder ninguna provincia más. Acudiremos en ayuda de Nueva Maran y Dor-Alia lo antes posible, se lo debemos. ¿Qué decidís mi rey??

Todas sus miradas se volvieron hacia mí persona y sentí que lo que sucedía me sobrepasaba. Solo pude mantenerme callado sin contestar nada.

-¿Mi rey? -volvió a decir Chafan, esperando mi respuesta.

Siempre había pensado en mí, solo en mí y nada más que en mí, aquello se debía acabar y esta era mi oportunidad. Había conseguido ser rey emperador de Shámsala con todo tipo de diabólicas triquiñuelas de por medio. Ahora le tocaba al rey emperador hacer el siguiente movimiento, por lo que por primera vez en mi vida iba a intentar hacer algo por los demás y no por mí.

Y lo entendía claramente, lo sentía, pero no se lo podía comunicar a nadie. Lo que iba a decidir no lo hacía por ellos, ni por Dor-Alia, ni por el reino. Lo hacía simple y únicamente por mi hermana, se lo debía a ella, a mi Lienha. El niño Degall aquel murió la

noche en que la tomé. Tal vez tuvo que suceder así para que despertase de mi ignorancia y que mi nueva conciencia saliese a la luz, todo ello debido al extremo dolor que la infringí con mis hechos.

¡Perdóname Lienha!

Como no tenía otra empecé a hablar y ellos a escuchar. Los nervios desaparecieron con mis primeras palabras y repentinamente tuve muy claro lo que se iba a hacer.

Lo que yo iba a ordenar que hicieran.

-Amigos, -dije seriamente-. pensemos todo primero bien antes de actuar. Si trasladamos ahora mismo el ejército de Vende a Dor-Alia, ¿Quién cubre Vende? ¿O Basteff? ¿O Comm del Sur? Eso sí a los reinos fronterizos del norte, no les da por hacer lo mismo. ¿Entendéis lo que quiero decir? No podemos trasladarnos allí y dejar las ciudades desguarnecidas militarmente. Avisemos primero a todo el reino y que en cada una de ellas se organicen para su posible defensa ante lo que pueda ocurrir. Eso lo primero y referente a ir en ayuda de Dor-Alia...

Dejé a propósito sin acabar la frase para ver que caras había por el ambiente, por las expresiones que vi no esperaban en absoluto lo que les iba a proponer.

-Creo que podríamos hacer lo siguiente..., Chafan, por favor, -le solicité-. redacta un mensaje para todos los gobernantes de las provincias. Escribe a cada una de ellas que envíen a Landia lo antes posible el máximo de efectivos militares que puedan sin llegar a dejar las ciudades desprotegidas. Necesitaremos un gran ejército allí, pero no nos podemos olvidar de nuestros propios ciudadanos.

Mi voz sonó dubitativa ya que era mi primera gran decisión como rey y siempre acostumbrado a aceptar el consejo vasnino me resultaba extraño que fuera lo contrario.

-Nosotros partiremos mañana mismo. -instantáneamente un leve rumor salió de sus bocas, por lo que agregué rápidamente-. Dejadme, dejadme terminar de explicaros lo que intento deciros, por favor.

Ante esto volvieron a calmarse y empecé nuevamente.

-Bien, mañana o mejor dicho lo que tardemos en prepararnos es del único tiempo que disponemos antes de partir. Es hora de ver si eso de las promesas prometidas en la coronación eran de verdad o solo se trataban de una cuestión meramente ceremonial y de un cuento barato.

Lo que dije no pareció gustarles, pero era lo que había y necesitaba saber si contaba con ellos o no.

-Chafan, -proseguí sin más dilación-. siguiendo contigo, a parte de lo dicho, te corresponderá cuidar de mi hermana. Te quedarás en palacio y la atenderás en lo que precise, informándonos de su estado a través de mensajes que enviarás a Landia -asintió con su cabeza aún no muy conforme con mi decisión. Yo sabía de sobra que era el más apto para desempeñar esa función tan importante para mí. Él y solo él-. Además, te pido otro favor. Ocúpate de la defensa de Vende, aunque no creo que lleguen tan lejos.

Acto seguido, me dirigí hacia el protector de mi hermanastro.

-Cymbal, te doy la opción de acompañarnos o bien quedar aquí con el príncipe Elcor y seguir cuidando de él.

-¡Degall! -dijo Elcor sin siquiera darse cuenta del trato que me dispensaba-. Quiero y deseo ir con vosotros, debo acompañaros, por favor. Concededme el honor, mi rey. No puedo quedarme aquí por muchas cosas sin importancia que deba hacer.

Lo analicé de nuevo y decidí concederle su deseo.

-Está bien, vendrás con nosotros. Cymbal, supongo que entonces nos acompañaras. ¿No? Aquí creo que te aburrirías.

-Perfecto entonces, mi rey. Estaré allí donde os encontréis -repuso haciéndome recordar su juramento del día de la fastuosa coronación.

-Rutter, tú te ocuparás de lo siguiente y sobre todo..., ponte con ello en cuanto acabemos.

-¡Lo que deseáis, majestad! -contestó.

Era increíble, yo ordenaba y ellos acataban sin siquiera pensar o dudar. Aceptaban completamente mis decisiones. Era joven, pero su único rey y ellos lo sabían. Mi edad no servía de traba o impedimento para que todos aquellos hombres hechos y derechos hiciesen exactamente lo que les estaba ordenando, algo que me sorprendía gratamente.

-Enviarás mensajes a todos los vasininos que estuvieron presentes en mi coronación y que prometieron fidelidad desde aquel preciso instante. Si hay otros que no pudieron asistir, avísales también. Les dirás que acudan rápidamente al palacio de Landia y que allí esperen a que nos reunamos todos, pero que empiecen a marchar hacia allí nada más leer el mensaje.

-¿Reunirnos todos? -contestó Rutter con curiosidad-. ¿No entiendo?

-Me refiero a los que vienen conmigo, seremos en total tres grupos, ahora verás. Tú escribe los mensajes y envíalos, luego con los soldados que se hallen en Vende, forma un grupo de unos trescientos hombres. Intenta reclutar los mejores formados y los más aptos para la lucha y juntos os dirigís también hacia Landia, donde nos encontraremos todos. Los vasininos que hayan acudido, tú y nosotros.

-¿Sigo sin entender, majestad? -sus palabras eran corroboradas por los demás y todos hacían algún que otro gesto interrogativo con sus cabezas.

-Ahora os lo explico a todos. Rutter, tú y los soldados partiréis urgentemente hacia Landia como te digo. Salid llevando solo los mejores soldados con las armas justas para poderos defender en caso de un hipotético ataque y con el doble de caballos para poder llegar mucho más rápido. Asimismo, os agradecería descanséis lo justo en cada jornada del largo camino, lo justo para dormir y proseguir. Nuestro enemigo jamás se imaginará un contraataque tan rápido por nuestra parte, ya que, actuando así, llegaremos allí mucho antes que un ejército entero. Te acompañarán también, Elcor, Cymbal, Xara y Graggo. ¿De acuerdo? Os quiero a todos allí.

-Pero mi rey, -dijo Xara siempre sonriente-. no es que seamos muchos, solo... solo seremos trescientos soldados más nosotros cinco y nuestros hermanos vasininos que acudan a Landia. Eso contra diez, veinte o treinta mil posibles enemigos que supongo serán más o menos los que nos estarán esperando en Dor-Alia. Guardian no es tonto y conociéndole bien, no se le habrá ocurrido haber ido a conquistar la ciudad con solo mil soldados. ¿Qué pretendéis, majestad, que les matemos nosotros a todos? Nos tocarán a más de cien a cada uno.

El bueno de Xara se refería concretamente a un suicidio colectivo por nuestra parte, así que tuve que puntualizar nuevamente.

-Tranquilo, te entiendo, pero hazme caso. Jamás se me ocurriría enviaros a una muerte segura. Llevad a los soldados rápidamente a Landia y esperadme allí a que llegue junto a los ródicos -y refiriéndome a los demás dije-. Recordad, armas las justas y doble de caballos para ser más veloces, luego en Landia es donde nos aprovisionaremos de todo lo necesario, Chafan avisa a su alcalde y que se vayan surtiendo de todo tipo de armas para cuando llegemos y por favor, empezad ya a buscar los soldados que os acompañarán.

-¡Con vos y para vos, mi rey! -diciendo esto, Xara y los demás, salieron casi a la carrera del salón.

Quedé solo junto a Brigadión y Chafan que esperaban mi siguiente movimiento.

-Y ahora nos toca a nosotros, Brigadión.

-¿Sí, majestad? ¿Qué habéis decidido que hagamos?

-Primeramente, una visita a nuestros amigos ¿Sabes quién, verdad?

-Por supuesto, majestad.

-¿Vuestros... amigos? -replicó Chafan frunciendo algo el ceño-. ¿Qué queréis decir, majestad?

-Tranquilo, no es nada Chafan. Es un viejo amigo, nada más. -y di el tema por zanjado-. Primeramente, Brigadión, necesitamos la ayuda de los ródicos para que nos acompañen a los dos. ¿Cuántos supones que se encuentran en Vende?

-Una compañía entera. -me informó Brigadión.

¿Y eso... cuánto es?

-Ciento setenta y cinco hombres, mi rey.

-Bien, pues haz lo mismo con ellos que lo que le he dicho a Xara y los demás. Deben estar preparados para acompañarnos en unas horas. Salimos en cuanto me digas y recuérdales también a ellos..., ligeros de armas y con caballos de sobra.

-Majestad ¿Qué es lo que pretendéis? -me preguntó Chafan.

-Mi buen, amigo, Voy a intentar simplemente responder como un rey haría por su pueblo. Tú ocúpate de mi hermana, por favor. De ella y preparar a Vende por si se acercan malos tiempos. Nunca se sabe.

-Ciento setenta y cinco ródicos, más trescientos soldados y unos doscientos vasininos. Eso hace un total de unos seiscientos setenta y cinco guerreros, mi rey. ¿Pretendéis con esa fuerza, doblegar a un enemigo mucho más superior en efectivos? -preguntó Chafan.

-Creo que tal vez seamos algunos más todavía, pero no lo sé seguro, aunque tengo ciertas esperanzas -sonreí.

-¿Quiénes majestad? Por favor, decidme ¿quiénes más os acompañarán?

Era la primera vez que veía su semblante nervioso y con ansiedad por lo que sentí repentinamente cariño, sumo respeto y tristeza hacia él. No podía mentirle fuese cual fuese el resultado de lo que le iba a decir ya que era seguro que Chafan creía que nos dirigíamos hacia nuestra propia tumba.

-¿Prometes acatar mis órdenes, sea lo que sea lo que te vaya a decir? -pregunté mirándole directamente a sus hermosos ojos.

-Majestad, no soy quién para calificarlas. Decidme que os traéis entre manos si no os importa.

Brigadión observaba muy callado y serio. No quise hacer sufrir más a Chafan, aunque realmente con mi respuesta seguro que iba a sufrir no mucho, sino muchísimo más.

-¡Slá's! -solo puntalicé observando su reacción.

-¿Eeehh? ¿Qué? ¿Qué habéis dicho? No he entendido bien.

-Amigo, ya sé que es muy difícil creerlo, pero tenemos la ayuda de ciertos slá's y con ellos atacaremos desde lejos al invasor. Ten seguro que les derrotaremos, los diezmaremos y no sabrán que demonios les ha pasado.

Y sin esperar respuesta por su parte, me dirigí a mi vasinino.

-Vamos, Brigadión. ¡Rápido! El tiempo apremia. Avisa a los ródicos y que se preparen para partir lo antes posible.

Subí a la alcoba de mi amor. Extrañamente ahora me sentía mal reconociendo aquella palabra, "mi amor". Pensé que tal vez tendría que volverme a acostumbrar a decir nuevamente mi hermana.

-«Lienha, jamás podrás llegar a descubrir cuánto lamento tu estado. ¡Dios! ¿Si pudiese volver atrás en el tiempo?». - pensé.

Al llegar me quedé allí mirándola dulcemente. Aunque eran las horas que eran, ella continuaba despierta. Diversos doctores la acompañaban y los galusas seguían en la puerta sin moverse casi de ella. Lienha me miró, pero sus ojos pasaron a través de mí, tuve la impresión de que no me había visto y que seguía igual que en días anteriores, no se percataba de nada de lo que sucedía a su alrededor. Seguía completamente ida.

Chafan llegó en esos momentos.

-Sigue sin mejorar, ¿no? -dije con tristeza

-Está viva que es lo importante, mi rey -respondió muy serio-. Quizás con el tiempo vuelva a ser ella, nunca debemos perder la esperanza.

-Chafan, marchó ya. Por favor cuida de ella y si despierta solo dile unas palabras de mi parte.

-Vos diréis, majestad.

-Dile simplemente..., que lo siento.

-Id tranquilos, mi rey. Soy consciente de lo que sufrís viendo de esta forma a la princesa. No os preocupéis, prometo que si despierta le haré llegar vuestro mensaje.

-Gracias, Chafan, marchó ya. Los demás ya deben estar esperándome.

-¿No tenemos más opción que los slá's? -fue su última pregunta.

-No, buen Chafan, pero te prometo que con su ayuda devolveremos el esplendor a Dor-Alia.

Me acerqué a mi hermana y deposité un beso ya no de amor, sino de verdadero cariño entre hermanos en su frente. Sin que nadie me oyese le dije en un susurro sintiendo mis lágrimas a punto de brotar:

-Perdóname, Lienha. Perdóname. Siento lo que te hice y ojalá nunca hubiese nacido. Me maldeciré siempre por lo que te he hecho. ¡Adiós!

Ni siquiera me miró.

Sin más ofrecí mi mano a Chafan deseándonos suerte en el cometido de nuestros quehaceres.

El uno, echar al enemigo de Dor-Alia y el otro, intentar hacer que mi hermana volviese al mundo real antes de mi vuelta.

Poco después, todo se hallaba dispuesto en el patio a la entrada del palacio. Allí estaba la compañía de ródicos preparados y ¡cómo no! No podía ser de otra forma, Bariel se encontraba en la misma cabecera de ella. Pobre hombre como sufrió por mi culpa y por mi ignorancia. Muy cerca suyo se hallaban Ampras y Berenice. Fui hasta ellos y les saludé amigablemente, no por ser rey los podía olvidar tan fácilmente. Monté en mi caballo con Brigadión a mi vera e iniciamos la marcha. Miré hacía la ventana de Lienha y pude observar cómo Chafan nos saludaba y parecía desearnos buena suerte.

-¿Y ahora qué, majestad? ¿Como hacemos? -preguntó el vasnino.

-Ahora vayamos a ver a Galizas.

Miré por última vez hacia la ventana donde se encontraba Chafan y reflexioné de nuevo sobre mis crueles hechos. Durante un breve lapsus de tiempo pensé en enarmonizar con Lienha, pero rápidamente lo descarté, quizás en su actual estado no fuese lo más aconsejable.

A esas horas y casi entrada la mañana, salimos del palacio Brigadión y yo seguidos muy de cerca por una compañía entera de ródicos que nos cubrían las espaldas.

Después de recorrer la ciudad siguiendo el camino que indicaba el vasnino, nos detuvimos ante de una vieja posada donde Brigadión descabalgó.

-Esperad aquí, majestad. Se alojan aquí.

No hacía falta que me dijera nada, lo sabía de sobra puesto que breves instantes antes, un repentino calor en mi pecho me avisaba de su presencia.

-Lo sé, Brigadión.

Llamó a la puerta con fuertes golpes de nudillos y esperamos todos en ver qué pasaba. Nadie debió oírlos puesto que nadie bajó a abrirnos. Brigadión reiteró sus golpes y esta vez con más fuerza. Poco después se oía una anciana y malhumorada voz desde dentro.

-¿Quién llama a estas horas? ¿No puedes irte a otro sitio a tocar las narices?

-¡Abre, abuelo! -fue lo único que se le ocurrió al vasnino con una resplandeciente sonrisa mirándome. Le secundé y aprecié que bastantes ránkicos sonreían igual que nosotros.

-¿A... a... abuelo? -respondió aquella voz desde dentro-. Como salga te voy a partir la cara imbécil de mierda. -y diciendo esto el hombrecillo abrió la puerta y salió con energía a la calle plantándose frente a Brigadión sin miedo alguno.

-¿Y ahora q...? -repentinamente se quedó mudo a media frase fijándose en su alrededor donde multitud de ránkicos y yo mismo observábamos la escena con simpatía. Rápídamente dio un paso atrás.

-Supuse desde el primer momento que os vi que no erais un cualquiera, mi señor.

-Y acertasteis, buen posadero, ¿Me vais a dejar pasar sin cobrarme nada? -argumentó Brigadión-. ¿O debo hablar con vuestra esposa?

-Mejor pasad y haced lo que debáis, mi señor, puesto que os encontráis en vuestra humilde casa, pero si habláis con ella..., es seguro que os querrá cobrar.

-Vamos allá entonces.

El vasnino entró mientras los demás permanecíamos allí montados en nuestros caballos.

-Vos... vos sois el nuevo rey emperador. ¿Verdad, muchacho? -me preguntó el anciano con cierto atrevimiento.

-Así es caballero y muchas gracias por cuidar bien de nuestros amigos -contesté cortésmente-. Tened, esto es para vos -saqué de mi propia bolsa una reluciente piedra de oro de bastante valor y se la lancé. Aquel anciano me gustaba, me caía bien.

-Gracias, gracias, majestad -agradeció nerviosamente.

-Y cuidado bien de vuestra esposa ¿Eeh? -le dije sonriente guiñándole un ojo.

-Descuidad, majestad, de eso no os preocupéis, ya sabe ella cuidarse sola y muy bien, por cierto.

Estuve charlando y riendo con aquel anciano hasta que Brigadión volvió con dos personajes que no conocía de nada. Venían por delante, pero Galizas, el propio Galizas, el que conocí en la posada "El Escudo" en Nueva Maran, no estaba por ninguna parte. La gema lamverdiana estaba a pleno rendimiento y su contacto con mi pecho me quemaba por lo que la retiré de mi piel pasándola a colocar sobre mi camisa. Me imaginaba lo que había pasado y mirándolos a los dos, pregunté:

-¿Galizas?

Uno de ellos, me reverenció.

-¡A vuestras órdenes, mi rey!

Aquel era mi hombre, con otro cuerpo y con otra muerte en su conciencia.

Descendí del caballo, le agarré con fuerza del brazo y nos apartamos unos pasos para poder hablar sin ser escuchados por nadie.

-¿Y ese que viene contigo? ¿Quién es?

-Se llama Kotta, mi rey y es también uno de nosotros, un slá a vuestro servicio.

-¿Sí? Eso me gusta -contesté-. ¿Tienes algo más para mí? ¡Habla!

Intentaba proceder con él con rudeza y severidad, pero no sé si realmente conseguía convencerle con mi pose forzada.

-Somos más majestad y todos estamos a vuestra entera disposición. ¿Recordáis el ejército que deseabais? ¿Recordáis lo que hablamos en nuestra anterior cita?

-Sí, me acuerdo de ello. -dije intentando ser arrogante-. Di, más o menos... ¿Cuántos sois?

-Con nosotros dos veinticuatro, majestad, pero hemos corrido la voz entre nuestra "comunidad". -sonrió al utilizar este nombre-. Hemos corrido la voz de lo que pretendéis hacer y seguramente ahora seamos muchos más.

¿Veinticuatro slás? ¿Con ese ejército pensaba derrotar al enemigo? Sentí desfallecer en el fango, aunque rápidamente me dije a mi mismo que debía reaccionar.

-Bien, Galizas. Buen trabajo ¿Y dónde se supone que se encuentra ese ejército mío?

Lo poco que faltaba para terminar de hundirme lo consiguió con su respuesta.

-Majestad, están al norte, muy al norte. Cerca de la frontera con el reino Kall, en Alghall. ¡Están esperándonos! ¡Esperándoos a vos!

No sé si aquello era verdad o una patraña de Galizas para salir del paso, pero no podía hacer otra cosa más que creerle. Solicité un par de caballos para él y el tal Kotta y luego informé a mis ródicos. Tocaba desviarse al norte en nuestro camino hacia Landia. Hubo algunas caras que claramente mostraban desacuerdos, pero ante una orden real no podían hacer otra cosa si no aceptar y callar.

Sin más pérdida de tiempo nos despedimos de aquel valeroso anciano y emprendimos el camino hacia el norte. Rutter y los demás posiblemente estuviesen ya en camino hacia Landia y seguramente muchos de los vasininos del reino también.

Pero antes de seguir nuestro camino debía hacer algo importante, comunicar a los ródicos quienes eran aquellos dos nuevos miembros y por qué nos dirigíamos hacia el norte.

No iba a ser sencillo explicárselo.

En un claro y cuando la ciudad quedaba a lo lejos, decidí detener la marcha y aclarar un poco las dudas de los ródicos. Les pedí que descabalgasen y formaran un gran círculo a nuestro alrededor en cuyo centro justo nos encontrábamos Brigadión, Galizas, Kotta y yo. Noté el nerviosismo de los dos slá's, iba a decir a los oyentes quienes eran y estos temían con razón, mucho por sus vidas.

No quise perder más tiempo y comencé mi discurso.

-¡Ródicos! Sé de vuestra inquietud por el desvío que hemos tomado en el camino. Tal vez alguno piense que en vez de ir a apoyar a los nuestros a Landia, estamos huyendo de la batalla. ¡Nada más lejos de la realidad! Pero primero debemos dirigimos hacia el norte a la frontera de Alghall y Galizas... -le señalé-. aquí presente, es quien nos mostrará el camino a seguir. Galizas y Kotta también.

Callé esperando ver si alguien decía algo o bien me hacían preguntas. A mi alrededor todos miraban expectantes lo que tenía que comunicarles, sabían que solamente para hacer esa observación no había detenido la marcha. Así pues, fui directo al grano; por el reino y por Lienha.

-Galizas y Kotta nos serán de gran ayuda y sus amigos quienes nos esperan en destino también, ya que se unirán a nosotros. Con ellos tenemos mucho más fácil la victoria, os lo prometo. Os lo prometo como les he prometido a todos ellos que nos ayuden en esta gesta..., ¡el perdón por los crímenes cometidos! -grité-. Aunque también os digo..., que no toleraré ni uno más. Solamente lo permitiré con el enemigo. ¿De acuerdo?

Diciendo esto miré muy fijamente a los slá's, a los dos y esperé su respuesta. Ambos contestaron con un acobardado "sí". Me era suficiente.

Volví hacia los ródicos.

-¡Soldados de Shámsala! -y mi voz volvió a oírse fuertemente- Os ordeno ahora mismo que después que oigáis lo que os tengo que decir, que ninguno, ¿me oís bien? Que ninguno de vosotros intente nada contra estos dos hombres. El futuro de Nueva Maran y del reino depende mucho de ellos.

Por las caras de los ródicos era evidente que no entendían en absoluto lo que intentaba decirles, así que sin más se lo solté inmediatamente.

-¡Son slá's! -vociferé-. Son slá's que nos ayudarán a recuperar Dor-Alia.

Algunos ródicos dieron un paso adelante poniendo sus manos sobre los pomos de las armas que llevaban con la clara intención de desenvainarlas.

-¡Deteneos! -ordené firmemente. Incluso Brigadión se puso junto a los slá's en un intento de anular las intenciones ráticas-. ¡Deteneos ahora mismo y escuchad! ¡Estos dos seres junto con los que nos vamos a reunir, son todos slá's y cada uno de ellos ha cometido crímenes, lo sé! Supongo que muchos de vosotros creéis que ellos fueron quienes asesinaron a mi hermano Gumb, pero nada más lejos de la realidad. -tuve que decir por la causa-. Según los últimos acontecimientos que no vienen a cuento, se ha demostrado todo lo contrario. ¡Ellos no mataron a mi hermano! ¡Son inocentes de ese horrible crimen del que se les acusa! ¡Son inocentes! ¿Me entendéis bien? ¡Inocentes! Por una vez no han cometido ningún delito, esa es la verdad. -pensé un poco lo que les iba a decir a continuación ya que no era nada fácil-. A cambio de su ayuda les he prometido el perdón, siempre y cuando no vuelvan a actuar como hicieron en el pasado asesinando sin piedad por solo un cambio de cuerpo. Con estos dos y los que estén esperando en el norte, nos infiltraremos en las huestes enemigas y les castigaremos allí donde más les duela..., -callé un instante para dar más énfasis a mi frase-. cuando duerman, entonces los slá's lo harán. Se ocuparán de entrar en los cuerpos de los invasores y salir de ellos dejando solo a su paso cadáveres y más cadáveres que el enemigo no sabrá a qué es debido. Cuando finalmente estén bastantes castigados, nos tocará a nosotros entrar en el juego. De eso se trata. ¿Alguna pregunta?

Un rático dio un paso adelante.

-Majestad ¿De cuántos seres de estos estamos hablando?

-Por favor Kotta, contesta -le apremié al slá. Ni siquiera había oído su voz todavía, pero noté que temblaba más que una hoja al viento.

-En... en mi posada, nos... nos esperan unos vein...veintidós, se... señor. -dijo tartamudeando y en voz muy baja.

-¡Veinticuatro slá's en total! -grité, ya que nadie había escuchado a Kotta.

-Gracias. -repuso el rático volviendo a su sitio.

-Bien, ahora oídme todos -volví a retomar la palabra, me iba acostumbrando a ello y parecía que no se me daba mal del todo-. La vida de estos dos seres es muy importante para el desenlace que queremos que ocurra, por lo que tengáis los instintos que tengáis, necesito, es de vital importancia mantenerlos con vida ¿Tengo vuestra promesa que les protegeréis tanto a ellos como a sus amigos hasta la batalla?

Se escucharon algunos síes no muy alegres y por supuesto obligados, por lo que no tuve más remedio que repetir la misma pregunta de nuevo con mucho más urgencia.

-¡Por favor! Necesito vuestro apoyo para esta locura que es la guerra. Aquí no hay buenos, ni malos, no se trata de eso, ni ricos, ni pobres, aquí solo hay vencedores y vencidos y solo sé que con los slá's la victoria está más cerca de nosotros que de ellos. Por muchos que sean. Les prefiero de nuestra parte que de la suya en batalla y eso no lo podéis negar, por lo que os lo repito de nuevo y si tengo que hacerlo mil veces hasta conseguir vuestra aprobación, así lo haré.

Llené de aire mis pulmones y vociferé en medio del campo nuevamente:

- ¿Protegeréis a los slá's hasta que vayamos a la batalla?

Las respuestas que conseguí ya me convencieron más, así que, sin más dilación, ordené montar de nuevo y salimos rumbo al oeste por fin como una única compañía. No podíamos permitirnos el lujo de perder demasiado tiempo.

Saliendo de Vende nos dirigimos hacia el centro del reino. Pasamos cerca de Silvia en nuestro camino hacia Dactor, ciudad en la que ni siquiera entramos solo llegándola a ver desde lejos. Luego subimos hacia el norte, rodeamos el "Lago de los trece delfines azules", y seguimos en aquella dirección, desviándonos después un poco hacia el oeste. Finalmente, por fin divisamos a lo lejos Galliem. Al verla supimos que ya quedaba menos camino por recorrer. Las noches eran cortas, máximo seis horas de sueño y vuelta a cabalgar sin llegar a descansar del todo. Fueron muchos días encima de las monturas sin detenernos y gracias a que llevábamos animales en demasía, podíamos cambiar cada

ciertas distancias sin que estos se agotaran demasiado. Nos aprovisionábamos en pueblos y aldeas del camino con todo lo que necesitábamos para nuestro sustento diario. Excepto yo, cada uno llevaba lo suyo y cada vez que nos deteníamos llamábamos la atención. Ver a una compañía entera de ródicos acompañando al rey emperador no era algo muy habitual en ninguna parte. Así que ante ojos atónitos siguieron pasando las jornadas y con las posaderas casi reventadas de cabalgar por la silla de montar, llegamos a las inmediaciones de la posada donde se ocultaban los slá's, al mismo pie de la Gran Cordillera Lizar.

Llegamos a nuestro destino, mucho antes de lo estimado.

La casi totalidad de ródicos quedó algo rezagada y oculta rodeando la taberna, mientras Galizas, Kotta, Brigadión, yo y siete de ellos seguimos hasta la misma posada. La gema me quemaba de tal forma que no pude menos que quitármela de encima con rapidez, Desde que nos encontramos con los dos slá's en Vende la llevaba sobre la camisa, pero aun así, se puede decir literalmente que me ardía el pecho llegando allí. Al retirarla, pude apreciar que incluso mi camisa se había chamuscado un poco.

Mi intención no era que los slá's saliesen huyendo según entrábamos, sino primeramente debía intentar hablar con ellos. La taberna por su aspecto exterior, diríase que estaba más contemplada para pobres y vagabundos y con catres llenos de pulgas, que para viajero de los caminos y gente normal. Sin más demora accedimos dentro y lo que vi a continuación, me hubiera helado la sangre si no hubiese estado acompañado de Brigadión y los ródicos.

Era claramente un refugio slá. Un ambiente tétrico y apagado dominaba la escena y aunque era media mañana, allí parecía ser la noche bien entrada, todas las ventanas permanecían cerradas a cal y canto. Solamente gracias a diversas antorchas se podía decir que había luz en el local. Personajes por aquí y allá, todos ellos de aspecto fornido y juvenil me miraron desafiantes al verme entrar, pero estas primeras miradas se transformaron en temerosas al ver tras de mí a los ródicos que se colocaron estratégicamente delante de la misma puerta impidiendo que cualquiera pudiese salir huyendo por ahí. Uno de ellos nada más vernos salió corriendo escaleras arriba y aunque no lo sabía, no tenía escapatoria alguna. Entonces y antes que empezasen a huir despavoridos o se abalanzasen contra nosotros, Galizas me demostró sus dotes de mando para con los suyos, intentando suavizar la situación vociferando para que todos le oyesen bien claro.

-¡Hola, amigos! -chilló sonriente haciendo grandes aspavientos con sus brazos-. Os dije que volvería y aquí estamos de nuevo. Por si no me habéis reconocido..., soy Galizas y traigo conmigo aquello que os prometí. ¡Vuestro perdón!

Uno de ellos que parecía demasiado fuerte desde mi punto de vista y con poco cerebro, le preguntó al instante:

-Tú no eres Galiizas. Galiizas es más bajo que tú. ¿Cómo te llamas?

-Elcroch, -repuso este- como siempre tan idiota. ¿Tampoco reconocerás a Kotta, ¿verdad? -y diciendo esto, agarro a su amigo por el hombro y lo puso delante de él mirándolos a todos.

-Ho... ho... hola -dijo escuetamente este saludando con la mano-. Es verdad, somos nosotros con... -se volvió a mí y me miró con mucho temor, sin más le hice una señal con la cabeza para que siguiese-. con otros cuerpos -la última palabra solo la pudieron oír los slá's más cercanos a él.

-¡Midara! -exclamó Galizas dirigiéndose a una bella mujer- Sigues tan bella y apetitosa como la última vez que te vi. Espero que esta promesa que te hice me la devuelvas ya sabes cómo. -manifestó con descaro.

Sin contestar la mujer miró hacia otro lado con cara de repugnancia. En ese momento Brigadión fue a dar un paso, supongo que para poner al slá en su sitio. Hablar

de esa forma delante de un rey emperador de Shámsala, no era en absoluto aceptable ni aconsejable. Pero rápidamente le detuve con mi brazo, necesitábamos todas aquellas "gentes" como fuera y organizando una trifulca no era el mejor camino para conseguirlo.

-Déjale que termine, por favor.

Brigadión se frenó, pero la mirada que echó al slá no fue precisamente como para que este la olvidase con facilidad.

Galizas se percató de su error y volvió a lo suyo solicitando perdón como si fuese un niño de ocho años.

-Ha sido sin querer majestad y no volverá a repetirse, lo prometo. ¡Perdón!

Y sin más comenzó de nuevo dirigiéndose a todos aquellos asesinos de gentes inocentes que le escuchaban.

-¡Amigos! ¡Oídmelos todos, por favor! Estas personas que me acompañan son el rey emperador Degall Vaalam de Shámsala, su fiel vasnino de nombre Brigadión y una compañía entera de ródicos, de los cuales ¡Je, je, je! Desconozco sus nombres, si no os los presentaría también.

Hablaba con soltura, sin temor alguno y eso me demostraba que aparte del asesino que suponía que era, también parecía ser un buen orador y caradura.

-Os lo dije en su día, -prosiguió-. os lo prometí y vosotros tal vez no lo creísteis ¿pero ahora qué? ¿Qué pensáis hacer? ¿Salir huyendo? No llegarías muy lejos, fuera hay una compañía entera de ródicos rodeándola.

-¿Y esos cuantos son? -quiso averiguar el tal Elcroch.

Galizas le miró como pensando que no tenía remedio, pero le contestó, le interesaba que los demás supiesen de cuantos hombres disponía el rey. Los semblantes de los slá's aún en aquella oscuridad se mostraban blanquecinos debido al terror que les invadía, sabían que, a la más mínima señal caerían allí mismo muertos por los ródicos y por Brigadión, no les daría tiempo a recitar los versos.

-Ciento setenta y cinco ródicos. ¿Ahora preferís huir o escuchar lo que os tiene que decir vuestro rey?

El murmullo lo dejó claro, preferían oír lo que les tenía que decir. Seguían recelosos, pero no tenían más alternativas.

-Majestad, por favor. -me comentó Galizas-. Habladles, contadles vuestros planes, os aseguro que están a vuestra disposición.

Antes de empezar miré a mis espaldas, ahí estaba Brigadión y los ródicos con sus manos descansando sobre los pomos de sus espadas. Les hice un gesto para que dejasen de parecer hostiles, me hicieron caso y sin más me enfrenté a la horda slá con solo mis palabras.

Fui a comenzar y sin querer mis ojos se posaron en la slá que Galizas se había dirigido como Midara. Sus ojos me obnubilaron al instante y sentí que sus formas genuinas, perfectas, despedían placer por todos los poros de su piel y... y...

Me percaté al instante, mi mente empezaba a divagar. Intenté volver a pensar en lo que habíamos venido a hacer desde tan lejos empezando a hablar e intentando no volver a mirar a aquella belleza de mujer slá, por lo menos hasta que acabase mi charla. Con esto empecé a sospechar que mis anteriores instintos aplacados por el accidente de Lienha volvían a resurgir.

Y algo tenía seguro en mi mente, ahora intentaría dominarlos mucho mejor, esa era mi clara intención.

-Slá's ¡Hola a todos! -voceé para que me escuchasen atentamente-. Soy Degall Vaalam de Shámsala, vuestro rey emperador. Venimos desde muy lejos a solicitar vuestra ayuda para echar del reino a un invasor. Hemos recorrido la mitad de nuestro vasto imperio para llegar aquí aspirando a que os involucréis en los asuntos de nuestro y vuestro reino. Se trata de eso, de que os unáis a nosotros para luchar contra el enemigo que ha entrado impunemente en Dor-Alia y devolverlo de la forma que sea más allá de las

nuestras fronteras. Con vuestro poder y con nuestras fuerzas lo conseguiremos. Aquellos que vosotros que acepten acompañarnos, a partir de hoy no tendrán que temer por su vida, ni por los crímenes pasados que hayan cometido. Pasarán a ser hombres y mujeres libres de nuevo para poder campar a sus anchas allá por donde quieran sin temor alguno por sus vidas. Además, se integrarán de forma activa e inmediata en el ejército slá que aquí y hoy inicia su andadura.

Había conseguido atraer su atención, pero también a parte de los pros debía decirles los contras.

-Solo hay un, pero... y es que solo podréis cambiar de cuerpo, solo y únicamente...

Estas palabras las dije bien claro y en voz más alta para que nadie de los que estaban allí tuviese ninguna duda, de hecho, repetí...

-Únicamente en combate real y contra el enemigo. Allí podréis hacer todo cuanto queráis respecto a esto. Después, ¡jamás! ¡Jamás podréis proceder como lo habéis hecho hasta ahora! A los que acepten, se les instruirán con el tiempo en las artes de la guerra y de la defensa propia. Esa es mi oferta. Quien venga ahora con nosotros vivirá libré, quien quede aquí, seguirá como hasta ahora.

Callé unos instantes observando el ambiente del local, el silencio era absoluto.

-Siento decirlo que no podemos perder más tiempo, nuestras tropas de ataque nos esperan en Landia y nuestro pueblo de Dor-Alia sufre en manos del enemigo. Ahora haremos lo siguiente, saldremos y esperaremos a que decidáis lo que sea, solamente esperaremos una hora antes de partir -volví a recalcarlo para que quedase bien claro-. Una sola hora. Vuestro futuro depende de lo que hagáis y decidáis hasta entonces -me giré hacia los míos y les invité a irnos-. ¡Brigadión, rádicos! Volvamos con los demás.

Galizas y Kotta se quedaron dentro mientras salíamos para esperar que los slá's hiciesen lo que creían oportuno siendo completamente libres de proceder. Lo que no sabían es que tenía muy seguro que, si se no venían con nosotros, iba a ordenar en cuanto acabase el tiempo que la posada fuera atacada y arrasada, ejecutando a todos los slá's de su interior.

Ordené a unos de los rádicos que fuese a buscar a la compañía y poco después todos juntos esperábamos el veredicto slá. El tiempo pasaba y nada ocurría, prácticamente cuando no tenía esperanzas y casi presto a dar mi orden de ataque, uno de ellos apareció tímidamente por la puerta de la posada preguntándome desde la distancia:

-¿Majestad, vuestros súbditos acataran vuestras órdenes sobre nosotros?

-Tienes mi palabra slá. Nadie os hará daño alguno mientras yo sea rey.

Aquel ser se quedó en la puerta como indeciso, por lo que improvisé con rapidez.

-¡Rádicos! -grité a pleno pulmón para que al slá le quedase todo bien claro-. ¿Obedeceréis mis órdenes no atacando a los slá's que se unan a nosotros y nos acompañen en la batalla? ¿Me obedeceréis no atacándoles?

Un grito afirmativo salió al unísono de los rádicos y aquello pareció convencer al slá que volvió a meterse dentro de la posada. Al poco rato salía seguido por los demás y como no podía ser de otra forma, Galizas y Kotta los acompañaban.

El primero de ellos vino directamente hacia mí.

-Enhorabuena, majestad -dijo-. Tenéis vuestro ejército prometido aquí presente. Os agradecería les informaseis de quién es su comandante.

Supuse que su desmedida lengua le iba a traer más de un problema en su vida si no se los había causado ya.

-Galizas -contesté con seriedad-. ¿No vas muy de prisa? Tiempo al tiempo. ¿Cuántos sois en total?

-Aquí se encuentran diecisiete majestad, pero si nos dejáis unos caballos, un par de ellos pueden ir a buscar a los demás que se encuentran por las cercanías para decirles que vengan. En total antes de la noche aunque os dije que éramos veinticuatro, tal vez pudiéramos juntarnos alrededor de cuarenta.

-Brigadión -solicité urgentemente a mi vasnino-. Dadles ahora mismo caballos y que marchen en busca de los suyos. El tiempo es primordial.

-Mi rey, -replicó previniéndome-. Pero con ellos podrían huir.

-Es mejor arriesgarnos a tener cuarenta slá's que, a perder unos cuantos caballos, amigo. Dáselos ahora mismo y que partan ya.

Siguiendo mi orden, salieron ocho slá's en busca de sus compañeros y antes que fuese media tarde, habían vuelto junto al resultado de su misión, En total, entre todos había cuarenta y siete slá's a disposición del ejército del reino.

Les entregamos caballos para el viaje, pero antes de partir del lugar, la posada con todo lo que había en su interior, fue pasto de las llamas hasta sus cimientos. Los slá's no necesitaban para nada volver a aquel cementerio y así se lo hice saber.

-Aquí no regresaréis nunca más, ahora formáis parte del ejército de Shámsala.

Pusimos nuestro destino en Landia y sin perder más tiempo abandonamos el lugar al galope. Éramos una compañía de ródicos, cuarenta y siete slá's, un vasnino y un rey. Total, doscientos veinticuatro combatientes que se dirigían velozmente hacia el sur.

Hacia su destino.

A Landia

78 "LANDIA"

Cabalgando hacia el sur Degall decidió que en la primera gran ciudad que encontrasen en su camino se detendrían lo justo para aprovisionarse, enviar un mensaje a su pequeño ejército que seguro ya habría llegado a Landia y equipar debidamente a los slá's. Quería informar a los que ya se encontraban en la ciudad de Vasia Golteim, en qué parte del reino se encontraban y ordenarles que debían aguardar su llegada para hacer cualquier tipo de acción sobre Dor-Alia. No deseaba que un ataque inesperado pusiese sobre aviso al ejército de Gardian.

Después de varios días de viaje llegaron por fin a Nivide y desde allí fue enviada urgentemente la comunicación real al frente de batalla. Degall aprovechó la ciudad para el menester que tenía en mente desde el mismo instante en que vio a los slá's. Su nuevo y pequeño ejército además de estar completamente desorganizado, vestía de forma inusual para lo que pretendía. Así que, en la misma ciudad, se ocupó que todos sus nuevos soldados luciesen las mismas prendas, fuesen hombres o mujeres y cuando al poco salieron de Nivide siguiendo su camino, los slá's ya parecían otra cosa muy diferente a como habían llegado.

El sol, la lluvia, el viento, nada les impidió detenerse. Los días y las noches se sucedieron y el hastío empezó a aparecer en algunos slá's que incluso se preguntaban si realmente existía esa ciudad o si solo era un producto de la imaginación del nuevo rey. Finalmente, tras jornadas y más jornadas de duro cabalgar, un soleado día llegaron frente a una gran extensión de agua.

Era el Gran Lago Badur.

Se toparon con él y aquello solo quería decir otra cosa, estaban cerca de su meta. Brigadión aconsejó rodearlo por el este puesto que ir por el oeste significaba encontrarse posiblemente con el enemigo. Posiblemente tardasen algunas jornadas más, pero era el recorrido más seguro. Así que siguiendo la recomendación del vasnino, el oeste fue descartado y cuatro días después por fin llegaban a Landia.

Aquella lejana ciudad.

79
“LOS TRES EJÉRCITOS”

Llegamos a Landia al atardecer y nos dirigimos directamente a la fortaleza-palacio. Entramos en ella y antes siquiera de bajar de nuestros reventados caballos, Rutter, Xara y algunos más ya se estaban acercando a saludarnos. Noté que se fijaban en nuestro aspecto excesivamente cansino, en las caras que traíamos y en las ropas llenas de polvorienta tierra.

-Bienvenido, mi rey -sonrió Graggo según sujetaba las riendas del mi caballo-. Recibimos vuestro mensaje. Nos alegramos enormemente de que por fin hayáis llegado.

-Aquí nos tenéis como os prometí. -contesté descabalgando-. Nosotros... y unos amigos que se han decidido a unirse a la causa -agregué señalando a los slá's. Luego dirigiéndome a la compañía los animé a descabalgarse gritando-¡Rálicos! Hemos llegado. ¡Bienvenidos a Landia! Ahora nos toca descansar, comer algo y reponernos para las duras jornadas que seguro han a llegar.

-¿Amigos? -me interrogó entonces Graggo.

Pero antes que pudiese responderle, un grito inundó la fortaleza. Era Elcor que venía corriendo y gritando.

-¡Slá! ¡Cuidado! ¡Siento a un slá!

Llegó hasta nosotros gritando como un loco poseso quitándose la gema con gesto de dolor.

No se me había ocurrido pensar nada al respecto ya que desde la posada y más viendo la cantidad de slá's que nos acompañaban, había decidido quitármela. Eso, o ir sufriendo durante todo el camino la presencia del pequeño nuevo ejército incorporado a nuestra causa.

-¡Slá, Degall! ¡Hay un slá! ¡La gema me quema! Debe estar muy cerca porque la noto realmente ardiente. Es como si alguno de esos hombres que vienen con vos...

Calló al ver mi sonrisa y vi el miedo reflejado en su rostro. Todos los vasininos presentes habían sacado inmediatamente las armas de sus fundas y estaban listos para el ataque. No me quedaba otra que hablar ya. ¡Pero como me pude olvidar de la gema de Elcor! Hacía o decía algo o aquellos locos por nuestra seguridad iban a masacrar allí mismo el motivo de nuestra misión.

-¡Alto, deteneos!

Grité todo lo que pude sin que sirviera de nada. Con verdadero pavor aprecié como los vasininos no me hacían caso y continuaban acercándose a los slá's. Parecía que sabían de sobra quienes eran.

-¡Os ordeno ahora mismo que depongáis vuestras armas y que os detengáis! -volví a gritar. Tenía que actuar deprisa si no quería que aquello se convirtiese en un baño de sangre slá-. ¡Rálicos! ¡Defenderles! -y los señalé con mi mano-. ¡Defendedles con vuestras vidas!

Estos inmediatamente acataron mi orden sacando sus relucientes espadas de las vainas y rodeando enteramente a los slá's, apuntaron con ellas hacia quien osase acercarse. Los vasininos al oír mis palabras se detuvieron girándose hacia mí. Rutter que iba en cabeza se adelantó con un rostro totalmente desenchajado y apuntó su daga directa a mi pecho.

-¿Como... como sé que realmente sois vos mi rey y no un slá? ¡Demostradlo!

-Rutter, no seas idiota, por favor. ¿Como te lo podría demostrar? -contesté airado-. ¿Recordándote alguna cosa del pasado? Como aquel día que estando con Gumb dentro del armario, Lienha nos descubrió jugando con las Cartas de Dolor. Que mi padre nos flageló a los dos o que mi hermano me trinchó como un pollo con su Arco Blanco y que...

-Es suficiente, mi rey. -repuso apresuradamente reverenciándome-. Un slá no puede entrar en los recuerdos de las personas que invaden. Perdonad nuestra insolencia, pero la gema de Elcor nos está avisando de un peligro para todos.

-Lo sé Rutter, lo sé y ahora os lo explico. ¡Rádicos, por favor -seguí gritando como un poseso-. ¡Seguid atentos y en vuestras posiciones!

No deseaba que un vasnino alocado sin conocer siquiera quién era o no era slá, se abalanzase sobre cualquiera de ellos con el consiguiente mal resultado.

-¿Lo sabéis? -me preguntó Rutter atentamente-. ¿Qué queréis decir con esas palabras, mi rey?

-Por favor, mi rey -repitió Xara quien se encontraba junto a él-. Explicaros. Necesitamos saber bien qué es lo que está sucediendo aquí.

Era el momento que todos supiesen lo que ocurría, contarles una pequeña parte de mi historia. Sin más demora, pero para no repetirme solicité primeramente que todos los implicados estuviesen reunidos ante mí.

-Rutter, Xara. Por favor, avisad a todas las tropas que estén, que venga y se reúnan aquí y ahora,

-¿Todas, mi rey? -preguntó Xara ingenuamente.

-Todas, Xara. Es importante que sepan lo que ocurre.

Me volví hacia Elcor que por su ignorancia había podido crear la debacle de nuestro pequeño ejército. Podía haber logrado sin haberlo querido, que nos liquidásemos unos contra otros y eso, sin necesidad que el enemigo hubiera lanzado una mísera flecha.

-Hermano, -dije ya algo más sonriente-. veo que tu gema funciona a la perfección. Por cierto ¿Qué tal vuestro viaje hasta aquí?,

Elcor que todavía no las tenía todas consigo, me miró un tanto nervioso.

-Majestad, debéis comprender, la gema me avisó y no sé muy bien lo que está pasando aquí. ¿Sois uno de ellos? ¿Os han invadido?

-Elcor, ¿No has escuchado a Rutter? Estate tranquilo, por favor. -respondí tratando de serenarle con mi voz más suave-. Soy yo, Degall. Pero sí; no vengo acompañado de un slá, sino de unos cuantos más. Ahora os explicaré mi idea a todos.

Según le hablaba, observé como el ejército llegado desde Vende se estaba formando allí mismo, en el patio con multitud de vasnino acompañándolos. En poco tiempo, se hubo concentrado el total de nuestras tropas y si no conseguía convencerles con mis palabras, seguramente cargarían contra los slás y los rádicos quienes les defendían. Mi ejército se mataría entre ellos y allí acabaría la reconquista de Dor-Alia. Debía pensar rápidamente, mucho y muy bien lo que tenía que decir.

Sin más demoras y sin un camino que recorrer, me lancé al vacío.

-¡Amigos! ¡Gente de Shámsala! ¡Hermanos! -intenté el máximo énfasis y vigor a mis palabras para que todos las oyesen bien-. Hoy nos encontramos por fin reunidos con una única misión en la mente. Echar de nuestra tierra al invasor, al ejército de Reino de la Luz. Echar o acabar con ellos me da igual, el resultado es lo único que me importa y la liberación de Dor-Alia es el resultado que todos queremos.

-¡Vasminos! -me dirigí a ellos-. Os pedí que vinieseis a Landia siguiendo el juramento de mi coronación y veo que aquí estáis. Gracias por ello, con vuestra ayuda seremos más fuertes todavía. ¡Ejército de Vende! -me giré, encarándome a los soldados de mi ciudad-. De vosotros solicité solamente trescientos soldados, no podíamos dejar desguarnecida nuestra capital. Gracias por estar aquí en esta importante cita. ¡Cuento con vosotros! ¡Rádicos! -miré a mis acompañantes del largo camino con gran respeto y aprecio, seguían muy atentos a cualquier indicio de algo sospechoso que pudiese ocurrir cerca de los slás-. Nuestro viaje ha sido largo y pesado, pero creo que ha merecido la pena por el resultado que traemos con nosotros, así que muchas gracias a vosotros también y finalmente

El momento había llegado, allí o bien se iniciaba el futuro de mi reinado o se me despojaba de la corona de una estocada. Debía comunicar delante de todo el mundo el porqué de mi decisión y que no hubiese uno, ni dos, ni tres slá's, sino cuarenta y siete.

-Ahora os diré lo que todos deseáis conocer. ¿Por qué la gema del príncipe Elcor se encuentra en su estado de sobre aviso? Os diré que aparte del ejército de Vende, de los ráticos, de los vasininos, he solicitado ayuda a los llamados... "Slá's".

Un atronador murmullo general y negativo brotó de sus gargantas. Con rapidez reaccioné intentando imponerme a la multitud. Brigadión a mi diestra me echó una ojeada como diciéndome que aquello no tenía visos de poderse arreglar. No se me ocurrió mirar a los nominados, pero sabía lo que debía estar pasando por sus mentes. No podían huir, atacar, ni hacer nada. Los ráticos desde mi orden, les habían rodeado completamente, les tenían muy vigilados, tanto para que no huyesen como para no dejar que nadie intentase acercarse a ellos.

-¡Dejadme! ¡Dejadme hablar y terminar, os lo ruego! -imploré intentando hacerme oír por encima de sus atronadores berridos-. Esperad a que termine y luego lo entenderéis.

Tras un corto intervalo de tiempo se fueron tranquilizando, pero muy poco a poco. Era mi oportunidad y no la desaproveché.

-¡Oídmeme bien! ¡Todos! - volví a vociferar a riesgo de que mi garganta sufriese más de lo debido-. ¡Hoy no podemos encararnos a nuestros enemigos internos del reino, los que siempre han vivido entre nosotros! ¡No! ¡Sino que tenemos que debernos en cuerpo y alma al enemigo externo! ¡A aquel que siendo de otro reino, intenta quitarnos parte del nuestro!

Visto que me habían empezado a prestar la debida atención, bajé un poco el tono de mis palabras, pero aun así se oían claramente por el gran patio del palacio.

-He meditado largamente esta idea. Tenemos que unirnos todos contra ellos, sin desechar ningún tipo de ayuda y más cuando esta puede poner la balanza de la batalla a nuestro favor. Son cuarenta y tres..., cuarenta y tres slá's.

Lo recalqué bien y acto seguido comenzaron a oírse nuevos brotes de ira contra ellos. Volví a solicitar silencio, pero esta vez como comúnmente se dice de muy mala baba.

-¡Basta! ¡Basta! ¡Baaaastaaaa! ¡Dejadme hablar, demonios! ¡Dejad que vuestro rey se explique! ¡Dejaaaadme yaaa!

El tono utilizado les hizo entrar en razón y dejaron de divagar. Así que raudo proseguí sin perder tiempo.

-Lo primero que todos debéis saber es que los slá's no asesinaron a mi hermano. La mano que segó la vida de Gumb no fue la de un slá y alguno de vosotros lo sabéis. ¿Me equivoco Rutter?

Le miré fijamente y vi en su mirada que aceptaba mis palabras. Sabía por Brigadión que este ya estaba informado, por esto también deduje que la información dada se habría ido desplegando entre sus hermanos cercanos. El descubrimiento que mi padre intentó atentar contra mí le desvió de aquella idea y me sirvió (aunque mintiese), para seguir con mis planes de reconquista.

-¡Bien! Ya lo sabéis y ahora a lo que nos incumbe. -continué-. Son cuarenta y tres slá's y os voy a decir de qué se trata su labor. Mañana mismo partimos hacia Dor-Alia. Saldrá mi fiel Brigadión y unos cuantos más que él crea sean oportunos para acompañarle. Partirán primeramente para dar con las vigías que Gardian haya puesto en el camino hacia Landia. Nosotros el grueso del ejército, partiremos al mediodía para darles tiempo a que se vayan acercando y avisándonos luego donde se encuentra el enemigo; no nos interesa ser descubiertos todavía. Nos acercaremos lo más posible a la ciudad y desde allí mandaremos nuestro primer ataque, los demás variarán según como actúe el invasor. Este primer ataque será efectuado por los slá's que partirán en su forma

original etérea. Llegarán a la ciudad y allí se ocuparán únicamente de entrar y salir tantas veces como sea posible en los cuerpos del enemigo. Guardian jamás se imaginará que contamos con ellos y podéis echar la cuenta lo que pueden hacer en una noche cuarenta y tres de ellos.

Al mencionar la cantidad de bajas que tendría el Reino de La Luz, sentí en el ambiente que mi argumento parecía empezar a encajar en sus mentes.

-Solo se encontrarán cadáveres al despertar. La primera noche no sabrán a lo que es debido, pero cuando vean que las siguientes pasa lo mismo, posiblemente empezarán a tomar medidas como quizás no dormir alterando su sueño en las siguientes noches, Nadie puede soportar sin dormir eternamente, por lo que en cuanto este les venza de nuevo, allí habrá otro de nuestros slá's preparado. Al tiempo se encontrarán abatidos por el cansancio. Ese será el momento en que los slá's nos avisen, abriendo las puertas de algún puente levadizo de la ciudad para que nosotros podamos entrar en Dor-Alia.

Tome aire antes proseguir con aquello.

-Deciros que, aunque no queramos, tenemos el deber de confiar en ellos. Les he prometido el perdón de sus crímenes por su importante implicación en la labor y en este cometido, siempre y cuando su dedicación sea enteramente con el enemigo y jamás con gente de nuestro pueblo. Los necesitamos, no tenemos ejército y aun consiguiéndolo, se perderían muchas vidas. ¿Cuántas madres y padres llorarían a sus hijos, hermanos y amigos? Supongo que os habréis percatado que si han atacado Dor-Alia no son cuatro y mal armados, serán muchos y estarán muy bien atrincherados. Por favor, no intentéis nada contra los slá's. Es una orden y un deseo de vuestro rey. Mañana mismo partirán al frente jugándose sus vidas que tal vez sean las que no les pertenecen, aun así..., démosles una oportunidad. Por favor, amigos de Shámsala, confiemos en ellos.

Diciendo esto, elevé lo más que pude mi brazo para que todos pudieran ver mi anillo real y esperé su conformidad con alborozo, pero nadie contestó y aquello me sumió en desesperanza y tristeza. Pensé en un segundo que todo lo realizado no había servido para nada. Era un rey sometido totalmente a la merced de su ejército.

Nadie se movía ni decía nada y entonces los ródicos, mis ródicos empezaron a aplaudirme poco a poco. Primero fue un aplauso, luego dos, tres y así hasta que acabaron todos ellos ovacionándome, dando "Vivas", "Bravos" y "Hurras" en mi honor.

Increíblemente el resto de las tropas pareció contagiarse de los ródicos y empezando muy suavemente a aplaudirme, poco tiempo después estaban todos haciendo lo mismo.

Lo había conseguido, apoyarían a mis nuevos guerreros los slá's. Ahora éramos por fin un ejército más fuerte.

Cuando todo se calmó y entrando en la fortaleza, solicité a Cymbal y a Brigadión, que se ocupasen de colocar en los mismos barracones a Slá's y ródicos. Viendo cómo había finalizado mi charla, no me fiaba muchos que algún inesperado y desobediente vasnino intentase hacer alguna de las suyas tirando todo al garete. Sin poder aguantar más mi impaciencia, me dirigí a Xara para saber de novedades Vende.

-¡Xara, compañero! ¿Tenemos alguna noticia de Vende? -pregunté esperanzado a sabiendas de lo que podía significar una mejoría de Lienha.

-Mi rey, -respondió algo apenado-. Siento comunicaros que respecto a la princesa todo sigue igual. Las noticias recibidas nos dicen que físicamente su mejoría es clara, pero mentalmente vuestra hermana sigue como el día que salimos de la ciudad. Continúa sin reaccionar ante cualquier tipo de estímulo. Respecto a la seguridad de Vende, Chafan ya se ha ocupado de preparar todo y están en alerta máxima. Totalmente preparados ante cualquier tipo de ataque.

-Esperemos que algún día mejore -comenté sin demasiado optimismo-. ¿Y de las tropas que esperamos aquí, qué sabemos?

-Los ejércitos de las provincias de Alghall, Lamiah, Lamverdy y Maran han enviado ya sus tropas. Unas llegarán en breve, aunque las de las provincias más lejanas tardarán aun un poco más. El ejército de Vasnia Golteim se están preparando y para cuando todos se reúnan aquí, estarán listos para la contienda. Respecto al rey Bream de Galusiam no sabemos nada, ni siquiera si acudirá en ayuda de Dor-Alia.

-De acuerdo, ¿y aquí y ahora? ¿De cuantas tropas disponemos en total?

-Siguen llegando vasinios todos los días de todas partes del reino, majestad. Su juramento hacia vos como bien podéis ver es un juramento leal. Sea cual sea el motivo por el que sean llamados.

-Lo sabía amigo y tenía la certeza de ello, aunque debo decírtelo..., ahí fuera lo he pasado bastante mal -contesté señalando hacia el patio-. Ha habido algunos momentos que pensé que nos íbamos a matar entre nosotros, ródicos contra vasinios, slá's. No me parecía un plato interesante de degustar y encima estando todos del mismo lado, menos.

-Sí. Reconozco que ha habido un momento de tensión y que cualquier idiota podía haberla organizado. Pero vuestras palabras mi rey, nos han reconfortado y animado a todos. Aunque esos slá's debo decirnos, no se merece en la vida más que una buena sogá en su cuello, un buen árbol y algo de altura.

-Lo sé Xara, lo sé, pero sinceramente, -sonreí maliciosamente y le pregunté-. ¿qué te ha parecido mi idea? ¿Buena o mala? Tener a unos slá's por la noche rondando cerca de uno no es muy aconsejable. ¿A que no?

-¿Con sinceridad, mi rey? ¿Queréis que os conteste con total sinceridad?

-Totalmente sincero, Xara. Por favor, no sé realmente como lo estoy haciendo y eso me preocupa.

-Si quitamos de en medio el hecho de cómo sean esas gentes - dijo queriendo dar algo de intriga a su respuesta-. Vuestra idea me parece sencillamente ingeniosa, brillante y maravillosa. Guardian, ni cualquiera de sus generales, comandantes o próximos, pueden imaginarse un movimiento nuestro así. Creo que habéis estado sublime con vuestra decisión y todo hay que decirlo, hemos estado a punto de desbaratarla en cuanto hemos oído al príncipe Elcor gritar que su gema quemaba.

-Ya, en ese momento temí por ellos.

-Además si un solo vasinio hubiera atacado a un solo ródico intentando llegar a los slá's, en ese momento se hubiera originado el desastre para todos, mi rey. Pero merced a vuestras sabias palabras...

-¿Sabias? -dije orgulloso e interrumpiendo lo que me decía. Me gustaba oír aquello,

-Sí, mi rey, sabias. Gracias a vuestras sabias palabras, se puede decir que nos conquistasteis y lograsteis unirnos a todos.

-Gracias, Xara. Muchas gracias por tu sinceridad, pero solo he hecho lo que debía. Ahora descansemos, lo necesitamos para lo que vaya a pasar mañana.

-¡A vuestras órdenes, mi rey!

Y diciendo esto me acompañó hasta la alcoba que me tenían preparada. Allí me aseed, comí por fin algo caliente y me tumbé encima de la soberbia cama que me esperaba. Necesitaba descansar de los duros días pasados encima de un caballo. Antes de dormirme, solicité a mi Brigadión que viniese a estar algo conmigo solo para hablar, sentía que últimamente le tenía un poco olvidado con todo lo que se nos había venido encima.

Al rato, llamó a la puerta entrando sonriente.

-¿Me habéis llamado, majestad?

-Sí, amigo. Gracias por venir -contesté complacido de poder hablar con la persona que más cosas me había enseñado en la vida.

-¿Vos diréis, mi rey? ¿Qué se os ofrece?

-Ofrecerse, ofrecerse nada, Brigadión, Solo deseaba hablar contigo antes que llegue el gran día de mañana.

-A vuestra entera disposición.

-Brigadión -me llevaba la mejor de las intenciones-. Por favor y solo hoy y ahora. Olvídate que soy tu rey y háblame como a un amigo puesto que es así como te siento. Me has enseñado muchas cosas importantes, "Lo Prohibido", la enarmonía. Cosas imposibles de creer para un ser humano y mil y una vez te estaré agradecido mientras viva.

-Gracias, majestad.

-¿Gracias, Majestad? ¿Brigadión, qué te he dicho? -insistí con cariño.

-Perdona, Degall. Ya sabes, la costumbre y esas cosas. Te agradezco mucho que tengas ese pensamiento conmigo, pero no creo llegar a merecerlo todavía.

-¿Aún hay más cosas maravillosas que me puedas enseñar? -le indagué lleno de alegría. Presentía erróneamente por sus palabras que podría haber algo más que él pudiera revelarme.

-No, no, mi rey. ¡Perdón, Degall! No quiero decir eso, lo que intento es hacerte ver que siempre estaré a tu lado y me tendrás tanto para lo bueno como para lo malo. Siempre estaré ahí, donde me necesites.

-Gracias, amigo de nuevo y... ¿Alguna idea para mañana?

-Sí. Lo tengo decidido, partiré en cuento despunte el alba, a primera hora. Ya tengo decidido quienes me acompañarán.

-¿Quiénes?

-Graggo, y Llarido.

-¿Llarido? -como no conocía a esa persona, le pregunté-. ¿Qué es un vasnino, también?

-No, no, no es vasnino, Degall, pero como si lo fuera. Es un buen espécimen que se diga. Sabe leer en la tierra como nunca a nadie he conocido. Descubrirá las patrullas enemigas antes que las tengamos a la vista, puedes estar seguro.

-¿Y Graggo?

-Graggo es especial, Degall. Con que esté física y mentalmente a la mitad de lo que era cuando partió al desaparecer Risco, me es suficiente para ir con él donde sea, aún al mismo infierno... y sé que volveríamos victoriosos.

-¿Solo tres hombres, Brigadión? ¿No temes nada con tan poca fuerza?

-¿Poca fuerza? -respondió sabiendo lo que se decía.- Prefiero estos dos hombres junto a mí para hacer nuestro cometido que todos los ráficos. Nadie verá siquiera nuestra sombra, seremos invisibles para el enemigo y si nos los encontramos, pues mala suerte para ellos, mi rey.

Como siempre Brigadión hablaba con una seguridad que despejaba todas mis dudas. Solo me quedaba hacerle una última pregunta, la peor y más peligrosa y aunque me la había contestado ya, su respuesta parece que no entraba, no encajaba en mi mente. Precisaba oírlo de nuevo.

Tenía la total confianza que no me mentiría jamás y, aun así, deseaba, necesitaba volver a escuchar lo sucedido una vez más.

-Brigadión, -empecé a hablar con temor y dudando de mis propias palabras-. sé lo que me dijiste de lo que ocurrió aquella noche en palacio. Por favor, no me mientas, estamos en el mismo barco y lo sabes. Necesito quitarme esta espina que tengo clavada y que me ronda una y otra vez en la cabeza. Sé tú respuesta, sé la verdad de lo que ocurrió, pero necesito preguntártelo una vez más. Compréndeme por favor.

-No tengas ningún reparo en preguntar nada, Degall, ¿Qué deseas saber? Nunca te mentiría, aunque ello fuese en contra mía.

La sinceridad de sus ojos y su confiada voz así me lo confirmaba.

-¿Ocurrieron? ¿Ocurrieron los hechos tal y como me contaste? ¿No tuviste nada que ver con que Lienha se arrojase por su balcón? -tragué saliva. Lo había soltado-.

¿Dime sinceramente si la arrojaste tú o no? Dime la verdad, sea cual sea esta, por favor. Necesito saberla, amigo. Necesito oírte decir lo que pasó una vez más. Tengo demasiados remordimientos.

-Degall, te puedo jurar por lo más sagrado para mí que es tu vida, que no tuve nada que ver con la caída de la princesa desde el balcón. Después de lo que hiciste con ella, la dejé dulcemente durmiendo en su cama y de hecho me pareció oírle roncar al salir y cerrar la puerta. Es lo único que te puedo asegurar y tú también, por favor, confía en mis palabras. Así ocurrió y desconozco lo que pudo pasar a continuación. Tal vez se despertase y bebiese demasiado licor o tal vez no pudo soportar lo sucedido. Ahora siento en demasía lo ocurrido y como actué ayudándote en aquella barbarie en vez de darte algún consejo e intentar obligarte a actuar de otra forma. Demos gracias de todos modos que siga con vida y que poco a poco se vaya restableciendo. Esperemos que algún día consiga salir de ese trance en el que se encuentra.

Sus palabras volvieron a relajar mi impetuosa mente y sentí algo de paz en mi interior. Mi Brigadión nada tenía que ver con su caída.

Poco después nos despedíamos, teníamos que descansar y estar preparados para el gran día, pero antes le pedí un pequeño favor, un pequeño detalle para cuando volviésemos a estar reunidos de nuevo en el frente. Desde la misma puerta al salir y conociendo cual era mi intención, dubitativo me contestó:

-Es un poco complicado, Degall. ¿No sé? Haré cuanto pueda..., tienes mi palabra.

Y salió, pero antes de llegar a cerrar la puerta oí su melodiosa voz que me decía:

-¡Qué demonios! ¡Dalo por hecho!

-¡Gracias, Brigadión!

80

“OFENSIVA”

Graggo, Brigadión y Llaro partieron al amanecer rumbo oeste. Sus ropajes eran de color verde y los caballos habían sido impregnados íntegramente con una sustancia del mismo color, incluidas las sillas de montar que les ayudarían a mimetizarse con el entorno del bosque. Como armas llevaban arcos, dagas, espadas, látigos impregnados en venenos y escudos.

Fueron despedidos por todas las tropas desde el mismo patio de la fortaleza, y nada más salir de la ciudad en vez de seguir el camino directo hacia Dor-Alia, se adentraron rápidamente en la espesura de una arboleda cercana.

El rey emperador Degall, también les había despedido junto a los demás deseándoles suerte.

-Nos veremos al anochecer o mañana al amanecer, majestad -dijo un jovial Graggo antes de partir-. Procurad no demoraros muchos, tenemos que enviarles de vuelta a su reino lo antes posible, estoy impaciente de ello.

-Gracias, Graggo, por tu optimismo -contestó el rey-. Pero, por favor, tened cuidado en el camino. Es importante para nuestros propósitos que no os descubran, pero también es importante que sigáis con vida hasta que lleguemos nosotros.

-Así lo haremos o por lo menos lo intentaremos, majestad.

-¿Y tú Llaro, ¿Qué opinas? -preguntó el rey al otro valeroso soldado que partía con ellos a la aventura-. Me han dicho que tienes mejor olfato y vista que un buen perro de caza, que descifras el terrero con solo verlo. ¿Es cierto eso?

-Majestad, habladurías, solo son habladurías -dijo el aludido tímidamente-. Solo intento hac...

-¿Habladurías? -repuso con rapidez Brigadión-. No le hagáis caso mi rey. Es un poco vergonzoso, nada más, pero yo confío plenamente en él, es muy válido.

-¿Vergonzoso, yo? -saltó Llaro con expresión de asombro-. ¿Yo vergonzoso? Estás equivocado, buen Brigadión.

El vasnino cogió la palabra con una sonrisa.

-Bueno, vale, de acuerdo, no eres vergonzoso, pero lo que si eres es un perfecto conocedor del entorno en el que te encuentras. Con solo echarle un vistazo parece que lleves viviendo en él toda la vida. ¿Así te gusta más?

-Bueno, sí. Así está mejor y lo has explicado a la perfección, gracias. -dijo con el ego subido.

-Majestad, salimos sin perder más tiempo. -comentó Brigadión con ciertas prisas-. Evitaremos el camino nada más dejar Landia y nos adentraremos en el bosque. Seguiremos por él hasta llegar lo más cerca posible de sus defensas y allí os esperaremos que llegu...

Un estruendoso sonido de caballos galopando hizo volver todas las cabezas hacia la entrada de la fortaleza y todos se miraron unos a otros con temor. En ningún momento se habían podido imaginar que el enemigo iría a atacar allí mismo, en Landia. Rápidamente echaron manos a sus armas y esperaron ver qué aparecía por el gran portalón de entrada.

-Rutter -gritó el rey alarmado-. Las defensas, ¿Están preparadas las defensas de la fortaleza?

-Sí, majestad. Todo está preparado y si entran aquí será su final. Retiraros dentro rápidamente, por favor.

Degall antes de hacerle caso, miró hacia las murallas que circundaban el palacio. Allí había soldados armados con arcos, flechas y lanzas apuntando hacia donde provenía el sonido, pero ninguno de ellos disparaba. Algo muy extraño estaba sucediendo. Cuando por fin el primero de los jinetes apareció, un alivio general desbordó de alegría a todo el mundo.

El rey Bream de Galusiam llegaba acompañado por multitud de sus feroces guerreros que portaban sus brillantes hachas reluciendo en sus espaldas. Incluso el mismo rey portaba unas. Al llegar junto a Degall pese a su edad y su gran cuerpo, saltó de su caballo con increíble agilidad y con un fuerte abrazo saludó a este.

-¡Puf! -dijo pasándose la mano por la sudorosa calva y frente-. ¡Menos mal! Creía que llegábamos tarde a la cita.

-¿Cita? -contestó Degall con regocijo-. No os esperábamos. -más viendo fruncir el ceño de Bream, rápidamente añadió-. Pero sed muy bienvenidos rey Bream, vos y vuestros valerosos guerreros.

-¡Bien! -agradeció este-. Hola Xara, Rutter, Brigadión ¿Qué hay de nuevo, vasninos?

-Nos alegramos de vuestra compañía, rey Bream y nos complace enormemente vuestra grata compañía -manifestó Rutter-. Ahora se puede decir que ya no falta nadie por llegar.

-Ha sido un viaje largo y cansino. Hemos recorrido de norte a sur Shámsala entero y casi sin parar a descansar. Por cierto ¿Cuándo salimos para la batalla?

-Nosotros, partimos ya -contestó Brigadión señalando a Llaro y a Graggo-. Tenemos que ocuparnos de encontrar el punto más cercano a Landia donde poder concentrar nuestras fuerzas. Allí volveremos a vernos de nuevo, majestad. Como quien dice, esta misma noche o mañana a más tardar.

-No me dais tiempo a nada, Brigadión, ni siquiera he podido saludar casi a vuestro nuevo rey emperador -dijo riendo Bream-. Pero marchad, marchad y despejad el camino de la escoria que lo invade. Si les encontráis atravesadles de mi parte y ya de paso me traéis su cabeza ¡Así de claro! Aunque os rogaría no los matéis a todos, dejad alguno para que podamos divertirnos con ellos. ¡Ja, ja, ja!

Y sin perder más tiempo los tres hombres se despidieron en el lugar y partieron a realizar su cometido. El ejército que se encontraba en Landia esperaba aún varias horas antes de partir, únicamente y solo entonces se pondrían en marcha.

Viendo como aquellos valerosos se perdían tras la puerta de la fortaleza, Bream se acercó a Degall con intención de informarse sobre los pormenores de la futura batalla.

Desconocía totalmente la situación de los slá's.

-¿De cuántos hombres disponemos, majestad? -preguntó.

-Bastantes, rey Bream. Entre vasininos, ródicos, soldados y demás, no llegamos a ochocientos.

-Así que bastantes, ¿eh? -Bream se lo tomó a guasa.

-¿Cuántos os han acompañado a vos? -quiso saber Degall ante la atenta mirada de los demás vasininos que se hallaban a su alrededor.

-Cinco escuadras, rey Degall, cinco. Pero tened en cuenta que no son hombres, son galusas. ¿Entendéis lo que quiero decir? -respondió orgulloso.

-¿Cinco escuadras y de cuántos hombres, perdón galusas, dispone cada escuadra, querido rey Bream?

-Cada escuadra son ciento veinte hombres, majestad. Vengo con seiscientos guerreros armados hasta los dientes. Yo no me pondría delante de ellos. Es un buen consejo para el enemigo.

Las miradas del rey emperador se dirigieron hacia la tropa de Galusiam. Todos aquellos hombres que le habían acompañado tenían la mirada feroz. Eran altos, esbeltos y sin ningún atisbo de pelo, ni en sus cabezas, ni en el resto de sus cuerpos. Las famosas hachas en forma de equis predominaban en sus espaldas, además de llevar espadas y dagas e incluso algunos portaban temibles arcos. En definitiva, un ejército poco deseado por el enemigo.

-Mi rey, -apuntó repentinamente Rutter a Degall mientras este observaba absorto el maravilloso ejército recién llegado-. comunicadle por favor al rey Bream, quién más nos acompañarán en la batalla. Creo que sería conveniente y necesario que también lo supiese.

-¿Eh? ¿Qué ha querido decir con eso el vasinino? -preguntó Bream arrugando un poco la frente-. ¿Tenemos más efectivos aún?

-Quiere decir que contamos con otra ayuda, estimado rey Bream. -afirmó Degall.

-¡Muy bien! ¡Muy bien! -repitió-. Contra más seamos mejor. Decidme majestad ¿De quién se trata?

-Slá's -fue lo único que dijo el emperador. Ocultarle la verdad no hubiera servido de nada.

-¿Como? -Bream creyó haber oído mal.

-Slá's -dijo quitándole importancia-. Tenemos la ayuda de una pequeña tropa de slá's.

Y rápidamente empezó con su exposición de los hechos alegando lo mismo que el día anterior. Temía que con el rey Bream volviese a repetirse la peligrosa situación vivida pocas horas antes y narró lo mismo muy inquieto. Pensaba que en cualquier momento el rey galusa iba a dar un paso al frente acusándole de estar rematadamente loco.

-Serán los encargados en empezar nuestro asedio en Dor-Alia. Mientras nosotros esperamos su aviso, ellos masacrarán día y noche a cualquier enemigo que se encuentre dormido. Simple y directo, los slá's nos ayudan y yo les he prometido el perdón de sus crímenes, siempre y cuando no actúen más sobre nuestra propia gente.

Degall calló y observó detenidamente a Bream que hacía lo mismo con él. Finalmente, el gran rey galusa dio un golpecito con su mano en la espalda del rey emperador y mientras este a duras penas quedaba en pie, le dijo:

-¡Muy bien hecho! Alabo vuestra sabia y crítica decisión, majestad y aunque esos slá's se van a hartar de lo que más les gusta que es matar y asesinar, por lo menos lo harán con el enemigo. ¡Muy bien! -repitió-. Jamás se me habría ocurrido semejante jugada, sois un estratega con buen cerebro, querido nuevo rey.

Degall respiró profundamente aliviado por la respuesta de Bream. Las fuerzas del reino de Shámsala seguían sin ser muy numerosas frente al enemigo que tenían delante, pero sin embargo, sí se podían decir que eran exclusivas y únicas, entre rádicos, slá's, vasininos, la mejor selección de soldados y finalmente los galusas.

Poco después, entraban en las instalaciones de la gran fortaleza para seguir trazando y meditando los planes de sus futuras acciones.

Hasta mediodía nada ocurrió, solo entonces y a esa puntual hora el patio y cercanías del palacio empezó a ocuparse por todos los implicados en la reconquista de Dor-Alia. Ahora ya no estaban desvalidos, sino fuertemente armados y montados en sus caballos. Toda aquella vorágine de guerreros sedientos de lucha esperaba a que su rey emperador diese la salida para poder marchar.

-¡Amigos! -gritó desde lo alto de su caballo el rey emperador secundado por el rey Brean-. ¡No hay vuelta atrás! ¡No hay vuelta hasta la misma Dor-Alia, así que ... ¡Adelanteee!

Un griterío ensordecedor inundó el patio de armas y casi toda la ciudad cuando emprendieron la marcha. Landia se quedó en estado de alerta máxima, pero para llegar a ella primeramente el enemigo tendría que derrotar a aquel pequeño gran ejército.

El Gran Reino de la Luz solo había atacado Dor-Alia y Nueva Maran, por lo mismo que lo hizo en el pasado, por sus enormes reservas de oro. Las demás provincias y ciudades no interesaban, era suficiente con las minas del metal que se encontraban relativamente cerca del reino del sur. Gardian había acudido a sepelio de Crotor solo con una idea en mente, ver y hablar de cerca con el futuro rey emperador de Shámsala. Después de haberlo hecho no le quedó ninguna duda en su cabeza, cualquiera de aquellos dos jóvenes, Elcor o Degall nunca llegarían a reaccionar, ni estarían a la altura de las circunstancias. No había, por lo tanto, ningún impedimento para hacer de nuevo una visita al estado norteño y arrancarles de su mapa a Nueva Maran y sus maravillosas minas de oro. Gardian solo estaba interesado en esa provincia y las demás, las demás bien podían esperar a otro rey o al paso del tiempo para ser conquistadas. Desconociendo este razonamiento, Landia se pertrechó y mientras las filas de guerreros salían de sus entrañas emprendiendo el camino hacia Dor-Alia, la ciudad se preparó por si acaso para todo lo que pudiese suceder.

Avanzaban en el más absoluto de los silencios. La gran mayoría de los caballos llevaban almohadillas en sus cascos para que el ruido del trote no les delatara ante el enemigo. Brigadión, Graggo y Llado les esperaban allí donde ya no se pudiese seguir más sin ser descubiertos. El ejército marchó durante toda la jornada sin descubrir ningún atisbo de los tres valerosos enviados como avanzadilla, por lo que llegada la noche no sabían cómo proceder, si descansar y esperar al alba o continuar. Después de

pros y contra, optaron por lo segundo, era de suma importancia llegar lo antes posible a su meta y que los slá's empezasen con su labor. La noche se hizo larga y pesada, el suave trotar de los caballos más que cansarles, les aburría de sobremanera y lo único que podía sacarles de ese aburrimiento era pensar en la próxima batalla que se iba a librar.

Pero al alba, justo cuando el sol despuntaba, ocurrió.

Desde la distancia vieron a lo lejos un jinete que se acercaba al galope. No podía ser otro más que uno de los tres valientes que habían ido de avanzadilla. Cuando jinete y caballo estuvieron a relativa corta distancia pudieron comprobar que se trataba de Graggo.

-Hola, mi rey. -dijo sonriente junto a la cabecera del ejército-. Brigadión y Llardo están en aquel cerro que veis allí. No hay peligro que nos vean. El enemigo se encuentra muy lejos y desde ese lugar se divisa todo el horizonte cercano. -dijo señalando donde comentaba-. Nos esperan y hemos descubierto tropas de Gardian a medio día de distancia. Tuvimos que volver sobre nuestros pasos para buscar el mejor emplazamiento para establecer el campamento. Emplazamiento que debo decir para vuestra tranquilidad majestad, es totalmente seguro y muy bien resguardado. Creo que hemos tenido demasiada suerte descubriéndolo.

-¿Suerte? -dijo el rey-. ¿Suerte o ha sido Llardo, Graggo?

-A sido él, majestad. Concretamente fue Llardo quien lo descubrió.

-Gracias, Graggo -contestó el rey-. Sabía que lo ibais a conseguir de todos modos. Ha sido un buen trabajo en equipo de los tres. Por cierto..., ¿algún contratiempo por el camino?

-Ninguno, majestad. Llardo como ya sabíamos, es un perro de caza muy bien preparado -advirtió-, Nos ha guiado a través del bosque y la espesura como si llevase en el lugar toda la vida.

-¡Excelente! Vayamos pues junto a ellos y démosle las gracias por su trabajo. ¡Perfecto! Todo va según lo planeado.

Siguieron al vasinio y llegaron donde les esperaban sus otros dos compañeros que se encontraban felizmente tumbados al sol y hablando entre ellos como si nada raro ocurriese. Estaban en un cerro que desde su altura se podía divisar el camino entre las ciudades de Landia y Dor-Alia y al que nadie por ahora, se atrevía a transitar. Oculto en un gran bosque y rodeado de amplia espesura, los soldados podían acampar allí tranquilamente sin miedo a ser descubiertos.

-Bienvenido a todos, majestad -dijo Brigadión levantándose del suelo y yendo a su encuentro seguido muy de cerca de Llardo.

-Ya veis. Este es vuestro y nuestro pequeño hogar ahora mismo. Campo y más campo, con grillos, liebres y águilas oteando nuestros movimientos.

-Hola, Brigadión..., Llardo. -dijo el rey feliz de verlos de nuevo-. Por fin llegamos a nuestro destino. Nos ha informado Graggo que no habéis tenido problema alguno, ¿no?

-Toda va según los planes establecidos, majestad. Más allá del cerro sería peligroso seguir por ahora. ¡Ah! Y tenéis el recado de última hora. Allí junto a aquel árbol, bien atado y calladito.

Los recién llegados miraron donde decía Brigadión y pudieron observar un soldado enemigo fuertemente amordazado.

-Lo siento por él -dijo Degall con lástima mirando al hombre-. Pero el juego es el juego y la guerra es la guerra. Le ha tocado perder y aún no lo sabe. Bien, ahora no hay que demorarse, vamos a preparar todo puesto que los slá's saldrán hoy mismo. Da la orden de descabalgat Rutter y por favor..., sin ruidos.

Rutter acató y poco después todas las tropas estaban descansando y preparándose para lo que iba a ocurrir en los próximos días. No sabían si iban a ser una, dos, tres o cuatro jornadas, puesto que la misión de los slá's no tenía fecha de finalización.

Cuando todos los slá's hubieran desquiciado, anulado y asesinado a parte del ejército invasor, uno de ellos iba a volver, solo uno...

Y este uno era quien iba a invadir el cuerpo del pobre soldado enemigo allí maniatado.

Luego fuera quien fuera este soldado, informaría sobre las claves para el inminente ataque y reconquista de Dor-Alia.

Al rato y ya instalados en aquel improvisado campo militar, Degall solicitó la presencia de todos los slá's.

-Es la hora, Brigadión -sentenció dirigiéndose a su fiel vasnino-. Tienen que partir lo antes posible, el trayecto a Dor-Alia no es corto que se diga. ¿Alguna idea de última hora?

-No, majestad. Sinceramente, creo que vais a dar en el blanco con vuestra iniciativa.

El emperador sonrió con tristeza al comentario del vasnino.

-Gracias, Brigadión, pero... -miró para cerciorarse que no había nadie muy cerca de ellos para hablarle-. ¿No estaríamos mejor en Dor-Alia, con Gumb, Lienha..., allí todos juntos? Como en el pasado.

-No entiendo lo que queréis decirme, majestad.

-Me refiero si ya ha merecido la pena sacrificar tanto para llegar donde hemos llegado. Primero Gumb, luego mi padre, lo sucedido con Lienha y para poner la guinda, ahora lo de este imbécil que ataca Dor-Alia.

El rey hablaba con verdadero pesar sintiendo cada una de sus palabras. Su malestar o mejor dicho su nueva conciencia no le permitía descansar, ni sentirse en paz con su persona. No conseguía olvidarse de las macabras órdenes dadas a Brigadión sobre su hermano y padre, además del inmenso dolor ocasionado a Lienha. Sus malignas actuaciones le estaban pasando factura.

Y conocía de sobra que el pasado no se puede enmendar. No se puede cambiar. Solo había un presente y con él tenía ahora un gran compromiso.

Sin embargo, Brigadión se percataba del profundo cambio del rey desde lo ocurrido a Lienha. Ahora tenía delante a una persona muy distinta a la que era antes. Egoísmo, prepotencia, dominancia, ira, estas formas de ser estaban desapareciendo de la personalidad del rey emperador, dejando paso a otros sentimientos mucho más humanos, nobles y humildes. Pero en la mente de Brigadión algo oscuro se fraguaba. Deseaba que aquella historia relativa a Dor-Alia acabase cuanto antes, reconquistarla o dejársela al invasor le daba igual. Lo único en lo que cavilaba continuamente era en cómo poder deshacerse de la princesa antes que llegase a despertar de su letargo. El pobrecito rey lloraría y él cedería su hombro para que pudiera hacerlo mejor desahogándose. Serían unos pocos días, un funeral elegante, más llores y todo se acabó por fin. Finalmente el mal trago iba a pasar como una tormenta de verano. Intentaría como fuera hacerle volver a ser el Degall que era antes y no este nuevo Degall que veía ahora y que se comportaba como un blandengue.

-Mi rey, -respondió-. no podemos cambiar nuestros hechos. Nunca sabremos si lo que hicimos con Gumb y vuestro padre fue un acierto o no. Pero debo haceros recordar que fui testigo de cómo él intentó asesinaros. Si no llego a estar allí hoy no estaríamos hablando... y con vuestro padre lo mismo. Él pidió vuestra cabeza a través de una carta.

La vuestra y la de vuestros hermanos. Majestad, ¿hasta qué punto hemos actuado incorrectamente? Nunca lo sabremos, pero si queréis mi opinión, prefiero hablar con vos que con ellos.

-Gracias, mi buen vasnino. Sin ti no sabría qué hacer. Te debo tanto. Por favor, ve a llamar a los slá's y que venga Bariel también. ¡Gracias!

-¡A vuestras órdenes, majestad!

Y diciendo esto Brigadión fue a cumplir la orden, mientras Degall se quedaba de nuevo pensando en las sabias palabras escuchadas.

Efectivamente si no llega a desembarzarse de Gumb, posiblemente lo hubiese intentado de nuevo. ¿El resultado?

Y con su padre, mismo de lo mismo.

Lo único Lienha. No debía haberla tratado así, no debía haberla violado de ninguna manera. Aquel acto le comprimía el corazón y no podía liberarse de los remordimientos que le corroían la conciencia.

¿Como demonios pudo haber actuado así?

¿Como demonios?

Siguió sumido en su mundo de dolor hasta que oyó su nombre, alguien le llamaba de nuevo. Era Brigadión que venía acompañado de Bariel seguidos de todos los slá's.

-¡Mi rey!

-¿Eeehh? ¡Ah! Sí -exclamó saliendo de sus cavilaciones-. Galizas, por favor, ven aquí.

El aludido salió de entre todos y llegó frente al él.

-Majestad, ¿Vos diréis?

-¿Estáis preparados para partir ahora? -preguntó Degall.

-Por vos siempre estaremos preparados, majestad. En cuando deis la orden.

-Perfecto, entonces orden dada -dijo escuetamente Degall-. ¡Marchad ahora!

-Majestad. ¿Podrías haceros un inciso antes de partir?

-Tú dirás, Galizas, ¿Qué se te ofrece?

-Veréis, tenemos en nuestro..., perdón en vuestro nuevo pequeño ejército slá, a dos personas que me gustaría quedasen aquí resguardadas del peligro.

El rey frunció el ceño, no esperaba que ahora a última hora hubiese bajas en su nueva y pequeña tropa, pero antes de decidirse prefirió escuchar. Luego ya decidiría.

-¿Que intentas decirme? ¡Explícate!

-Es Elcroch majestad, uno de los nuestros. Deberíais verlo, el pobre hombre en una posesión no recitó bien del todo los versos oscuros y lo pagó caro, muy caro. Su mente salió de donde estaba, pero no en su totalidad y cuando entró en un cuerpo diferente, pues...

-¿Quieres decir que no sabe bien lo que se hace? -preguntó Brigadión

-Sí, sí lo sabe, pero hay que decirle continuamente lo que debe hacer. Llevarle con nosotros a Dor-Alia sería un peligro para todos ya que nos descubrirán en cuanto abra la boca. Podéis darlo por seguro.

-Bien, no se diga más, Elcroch se queda. -anunció Degall y luego mirando hacia los slá's dijo-. Elcroch sal aquí que te veamos bien. Si eres un peligro para la misión en Dor-Alia, lo mejor será que te tengamos controlado nosotros también.

El citado salió del grupo.

-¡Hoolaaa! -dijo.

Nada más oír sus palabras, todos los presentes se dieron cuenta de lo que Galizas quería decir. Quedaba claro que aquel ejemplar de slá no podía marchar a la guerra, eso, salvo que quisiera suicidarse y descubrir a todo el grupo.

-Elcroch por favor, sal y apártate de ellos -ordenó Degall-. Ponte por ahí a ver qué podemos hacer contigo.

-Deee acuerdo. ¿Nooo voy a iir con miiiss amiigoos?

-Tú te quedas ahí y tranquilo. ¡Eeehh? Elcroch. -dijo Galizas con cara de mala leche-. Y como me entere que armas alguna, me vas a oír ¿Lo has entendido?

Degall no pudo menos que sonreír antes de volver a preguntar a Galizas.

-De acuerdo, Galizas ¿Y quién es el segundo que no quieres que os acompañe?

Este se giró mirando otra vez hacía los slá's, en concreto en una dirección y elevó un poco su tono.

-¡Midara! ¡Midara! ¡Ven aquí, por favor!

Nada más oír aquel nombre, Degall supo a quién se refería. Desde el día que la vio en la taberna en Alghall no había tenido oportunidad de volver a hablar con ella, pero ello no significaba que no hubiera pensado en aquella potente belleza slá. Haberla visto partir junto a los demás hubiera sido el triste destino final de aquel fino cuerpo de delicada hermosura. Hubiera muerto sin remedio antes de entrar en batalla. No podía dejarla marchar, no había pensado en ello, pero parecía que Galizas sí; sí se le había ocurrido. Intentaría de todos modos parecer algo duro en su veredicto, hacerlo un poco más difícil. Aunque lo tenía muy claro, Midara se quedaba.

¡Faltaba más!

Esta se acercó y se puso frente al emperador, él la miró y allí mismo quedó de nuevo prendado por su belleza. Solo consiguió decir:

-¿Tú dirás, Galizas? ¿Por qué llamas a esta mujer?

-Mi rey, perdonadla de realizar esta misión. Hacedlo solo por lo que os he conseguido, solo por eso, por favor.

Degall hizo como que sopesaba lo que le decía el slá y para darle más énfasis todavía, se dirigió sonriente a Bariel quien no había abierto la boca.

-¿No sé? ¿Tú qué dices, Bariel? ¿Le hacemos caso a Galizas o no?

-Majestad, ¿Qué voy a decir? -contestó el rádico indeciso, aunque mirando a Midara de forma muy sospechosa-. ¿Quizás sería conveniente que Galizas nos dijese el porqué de su decisión?

-¡Muy bien dicho! ¡Eso es! -reconoció Degall que rápidamente preguntó al slá-. Galizas, ¿Por qué quieres que Midara se quede con nosotros en vez de acompañaros?

-¿Puedo ser franco, mi rey?

-Totalmente franco.

-¿No vais a castigarme por ello, majestad?

-Ningún castigo tendrás Galizas, te lo prometo ¿Nos dices por qué? Estamos esperando.

El slá miró a Midara y solo pudo decir.

-Majestad, sería un pena desperdiciar este cuerpo en la batalla. ¿Me entendéis?

-¡Imbécil! ¡Eres una mierda, bastardo! -contestó ella enrabiada con unos ojos que despedían chispas de furia, aunque con rapidez se volvió hacia Degall solicitando indulto por su respuesta-. ¡Perdón, majestad! ¡Perdonadme! Pero es que este ser me saca de quicio. Lamento mucho mis soeces palabras.

-Tranquila, Midara, te comprendo. Conociendo a Galizas sé lo que me quieres decir. De todos modos, voy a concederle su deseo por lo que ha conseguido para el reino de Shámsala. Te quedarás Midara y tú serás quién se ocupe de que Elcroch no haga alguna. Le cuidarás puesto que no podemos permitirnos perder un solo hombre en este menester. ¿De acuerdo?

-¡A vuestras órdenes, majestad! -y diciendo esto realizó tal reverencia que junto a su sensual sonrisa, consiguió que el rey aquella noche se retorciese más de una vez en el duro suelo y no pudiese dormir pensando y soñando con ella.

Todo estaba dicho y preparado para la marcha de aquellos que iban a proceder al primer ataque, los slá's. Era el atardecer del día señalado.

Degall se dirigió entonces hacia los rádicos, en concreto a uno de ellos.

-Bariel, -dijo Degall llegando junto a él-. necesito un favor, amigo. Lo siento..., pero te toca hacer algo fuerte.

-Vos diréis, majestad, estoy para serviros ¿Qué se os ofrece? -preguntó intrigado.

-En cuanto marchen. ¿Te importaría..., podrías ocuparte, por favor, junto con algunos de los tuyos de enterrar sus cuerpos? ¿Entiendes lo que quiero decir? No podemos dejarlos pudriéndose al sol. Siento ordenarte esto, pero se lo debemos a esos pobres hombres que fallecieron en su día. ¿Comprendes? Por favor.

No pareció agradar mucho al rádico aquella orden dada por su emperador, pero al pedírsele con el "por favor" incluido, lo encajó mejor.

-Majestad, no será un deber, sino todo un honor enterrar a esos hombres. Confiad en mí y en cuanto partan, nos pondremos manos a la obra.

-Gracias -Degall se volvió hacia los slá's-. ¡Ahora escuchad todos! Tenéis que partir ahora mismo a vuestro cometido. Sabéis cuán importante es vuestra misión para todo el reino de Shámsala. Haced lo que os gusta, disfrutad puesto que sois libres de ello. Un enemigo está bien, dos mejor, tres soberbio, cuatro..., ¿Qué decir?

El rey hablaba y ellos escuchaban. Más allá, los vashinos, galusas y demás también estaban atentos a lo que el rey decía. Era el momento, el gran momento y los slá's iban a partir. El reino debía depositar su confianza por primera vez en su historia en uno de los seres más perversos que pudiera existir.

-Cuando vuelva uno de vosotros será el momento en que todos los que estemos aquí contraataquemos yendo en vuestra ayuda. Tenéis mi conformidad para poder partir por lo que ¡hacedlo ya!

Los slá's se sentaron en la hierba y comenzaron a recitar los versos oscuros. Poco a poco todos aquellos seres empezaron a desplomarse uno tras otro sin vida mientras de sus cuerpos brotaba el indigno humo negro. Por sus bocas, ojos, por sus orejas, sus pechos, por brazos y piernas, por todos los sitios de aquellos cuerpos, los etéreos hummus slá's salían hacia el cielo.

Cuando finalmente todos habían abandonado los cuerpos, quedaron flotando por encima del campamento estáticos. Una gran nube negra que podía sugerir muchas cosas y que podía ser visible para cualquier enemigo. Repentinamente empezaron a elevarse y a separarse entre ellos en el aire desapareciendo de la vista del rey y los suyos. Desde la distancia ahora era imposible detectarles, aunque no hubiese ninguna nube surcando el cielo.

-De acuerdo, amigos -dijo el rey cuando no se veía traza alguna de los slá's por el cielo-. Ahora nos toca esperar. Tened paciencia y mientras tanto afilad vuestras espadas. ¡Aprovechad!

Cuarenta y cinco slá's llegaron a la ciudad al anochecer y los últimos rayos de sol de aquel día iban a ser también los últimos que muchos soldados del ejército invasor viesen en su vida. Los slá's habían seguido el polvoriento camino que llevaba a Dor-Alia, sin siquiera preocuparse si eran detectados o no. Sabían de sobra que a la altura por la que se trasladaban era imposible divisar sus trazas de humo por más que se tuviese una vista de águila. Detectaron diversas avanzadillas del enemigo allí abajo, pero no se preocuparon lo más mínimo siguiendo hacia su cometido.

Dor-Alia apareció ante ellos con toda su magnificencia. Una ojeada a la ciudad les sirvió para darse cuenta de que estaba completamente rodeada por un enemigo con multitud de artefactos defensivos que parecían querer impresionar a quien intentase adentrarse en ella. Era una clara declaración que allí ningún ejército de Shámsala sería bienvenido y hacer una brecha en sus fuerzas viendo aquellas fortalezas defensivas, sugería algo hartamente difícil. Analizaron a los invasores desde su privilegiada posición, observando que toda la ciudad y hasta en el mismo palacio había sido ocupado. El ejército del Gran Reino de la Luz estaba bien presente y sin embargo, no había diezmado a la población ya que querían a esta como esclavos para sus propósitos.

Los slá's debían esperar que transcurriesen las horas y así poder actuar con más seguridad e impunidad. Aparte de los soldados que hacían guardia en sus grandes máquinas bélicas, el grueso del ejército dormía plácidamente en tiendas de campaña que había por muchas de las calles de la ciudad e incluso en el patio del mismo palacio. Los slá's eligieron empezar por allí y cuando llegó la noche bien entrada y comprobaron que el silencio se había adueñado del escenario, entonces y solo entonces, decidieron atacar.

Con pasmosa facilidad fueron descendiendo, ocultándose en su casi invisible estado etéreo y llegaron delante de las tiendas de campañas donde sus víctimas dormían sin saber lo que se les venía encima. Por las ajadas aberturas de estas entraron y uno a uno fueron adueñándose de los cuerpos de los desafortunados guerreros. Los invadían, esperaban el tiempo prudencial y necesario para reponerse y salían de él dejando tras de sí un cadáver más que colgaba de sus conciencias, aunque esta vez no importaba mucho ya que su rey les había solicitado colaboración. Uno tras otro fueron dejando un reguero, por no decir torrente de inanimados seres que jamás volverían a ponerse en pie. Los slá's sabían dónde podían entrar y donde no, puesto que un cadáver nunca les daba la opción a poder ser invadido. Pasaron las horas y cuando finalmente iba a despuntar el nuevo día, dejaron su labor quedándose cada uno de ellos ocupando el último cuerpo invadido.

Con anterioridad en Landia, ya habían fijado un lugar para reencontrarse para luego buscar otro donde poder esconderse y descansar. Esto era de vital importancia ya que también necesitaban reponerse para seguir "trabajando al servicio del rey emperador". Tras reagruparse con sumo cuidado, eligieron una espaciosa vivienda en la que se escondieron sin muchos problemas por parte de los propietarios. Sin muchos problemas ya que estos ante tantos slá's no pudieron hacer nada de nada. Fue por la causa y un secreto entre ellos del que nunca debía enterarse el emperador.

Esa mañana, cuando el invasor descubrió a sus muertos dentro de sus tiendas de campaña, no pudo menos que intentar buscar una explicación lógica al extraño suceso. Lo más normal según los consejeros del rey Gardian, era que una cena en mal estado tal vez fuese la causante de semejante estrago.

-¿Me estáis diciendo que una cena ha acabado con parte de mi ejército? -preguntó el monarca incrédulo.

-No hay otra posibilidad, majestad -respondieron estos.

Por lo que aparte de los fallecidos la noche anterior, hubo que sumarle otros tantos que fueron ajusticiados esa misma mañana, allí mismo en el patio del palacio,

todos ellos cocineros que habían confeccionado el menú la noche anterior. Intentaron demostrar su inocencia alegando que ellos personalmente habían tomado los mismos alimentos que las tropas y que no les había ocurrido ningún percance. Pero esas defensas no sirvieron de nada, se necesitaban culpables demostrados o no para hacer pagar a alguien de ello, esta vez les tocó a unos hombres que tenían la mala suerte de haber elegido en su vida el oficio de cocineros.

Los cadáveres de los soldados junto al de estos otros fueron colocados encima de una gran pira de madera y poco a poco se procedió a su cremación. El humo negro de la muerte se elevó prácticamente durante todo el día en Dor-Alia, pudiendo ser divisado desde muy lejana distancia.

Tras el ajusticiamiento matutino, el rey Gardian volvió a serenarse, los consejos de sus sabios asesores hicieron que volviese a estar de nuevo tranquilo, pero solo hasta la mañana siguiente, donde se volvió a descubrir los cuerpos sin vida de otros tantos o más soldados que la noche anterior. Muertos y más muertos yacían en las tiendas de campaña. Fuertes y atléticos soldados que la noche anterior habían entrado a dormir en ellas, ahora eran solo inútiles trozos de carne que de nada servían para los planes de su imperio.

Gardian no pudo menos que llamar de nuevo a sus asesores para volver a preguntar:

-¿Y ahora? ¿Ahora qué me decís? ¿También les ha vuelto a sentar mal la cena de ayer?

Esta vez no hubo respuesta que le tranquilizase, por lo que al segundo día en la pira de madera a la que arrojaban a los soldados muertos, los acompañaban los once consejeros reales directos del rey. Gardian no se fiaba ya de nadie. Sus supuestos asesores habían enviado a la muerte a los cocineros sin ser culpables. Bien, pues ahora les había tocado el turno a ellos por fracasar en tan importante decisión. El humo negro volvió a elevarse por encima de la ciudad haciendo palidecer y advirtiendo a todos los que la veían, que era una columna llena de muerte.

En dos días las bajas eran cercanas a los mil quinientos hombres y ni rastro alguno de movimientos de tropas del reino de Shámsala por las cercanías. Gardian dio orden que la tercera noche nadie durmiese estando todos ojo avizor e intentando descubrir qué había pasado.

Al despuntar el alba del tercer día, seguía habiendo muertos por las calles y rincones ocultos de la ciudad, menos, pero aun así seguían produciéndose. Lo que rey invasor y su gente desconocía, era que estos últimos fallecidos vivían la eternidad ya que se habían quedado dormidos, bien en su guardia o porque simplemente eligieron un mal momento para dar una cabezada debido al cansancio.

Todo lo que ocurría era inexplicable, nadie daba con la solución al problema que se les planteaba y nadie se atrevía a decir nada al rey, más que nada por no tener posibilidad de engrosar la pira del siguiente día.

Y según el ejército del Gran Reino de la Luz no descubría lo que sucedía a su alrededor, los slá's seguían a lo suyo, noche tras noche, incluso día tras día y muerto tras muerto. Descansaban cuando podían y volvían a una sucia batalla que el enemigo no sabía que existía, pero como lo que contaba era el resultado, que fuera sucia o no era otro menester.

Cuando se encontraban con alguien dormido o a punto de ello en su camino, rápidamente se ocultaban en un lugar protegido de las miradas y allí recitaban los versos oscuros. Luego escondiéndose y a través de recovecos llegaban en forma etérea hasta la víctima, la poseían y salían del lugar despertándose como si nada, así uno tras otro. Para avisarse entre ellos que un cuerpo ya estaba ocupado, se anudaban un pañuelo en el

brazo derecho, pero siempre y antes de recitar los versos para abandonarlo se lo quitaban de nuevo. No podían dejar a los muertos con los pañuelos puestos ya que seguro hubieran levantado sospechas.

Uno de aquellos días y viendo el estropicio que estaba padeciendo su ejército, el emperador Gardian ordenó que delante de todas las tiendas en las que dormitaban sus tropas, debían establecerse turnos de guardia permanentes para salvaguardar la integridad de los soldados. No sirvió de nada. Los slá's seguían aparándose de la nocturnidad castigando al ahora temeroso ejército invasor.

Durante más de seis jornadas con sus respectivas noches, los slá's fueron los seres más diabólicamente felices de Shámsala, con total impunidad para cometer todo tipo de asesinatos. Se hallaban en su salsa y no les hubiera disgustado en absoluto permanecer no seis días, sino seis años de la misma forma, bien invadiendo cuerpos a diestro y siniestro o bien simplemente cortando gáznates cuando tenían posibilidad y la ocasión lo requería. Las tropas del enemigo sentían sus fuerzas flaquear por todas las bandas y los muertos seguían apareciendo día sí y día también. Ante lo inexplicable que sucedía, el mismo emperador Gardian prefirió regresar urgentemente a su reino y dejó encargado de los asuntos de su nueva provincia conquistada a su mano derecha, el general de sus tropas y en este caso engañado Lanzan Delk.

Solo le dijo o mejor le ordenó:

-Vuelvo a nuestro reino urgentemente. He dejado asuntos a medias y allí hago mucha más falta que aquí. Ocúpate de Dor-Alia y descubre qué está pasando. No quiero más muertes inútiles. Infórmame e intenta detener esta sangría humana, Delk. -los ojos de Gardian cargados de miedo por huir del lugar no engañaron a su general-. No quiero más descalabros. -remató presto a partir-. Si esto sigue así, incluso nos quedaremos sin madera para las piras.

-Pero majestad. -contestó su mano derecha con ojos en blanco por la orden recibida-. ¿Qué puedo hacer yo con este enemigo invisible que nos humilla? No me dejéis aquí, por favor, ¡Llevadme con vos! Soy vuestro mejor hombre y lo sabéis. Soy en quién más podéis confiar.

-Por eso mismo, por eso mismo te quedas. A ti te otorgué ser mi mano derecha y lo has sido durante mucho tiempo, demasiado creo. Has vivido bien, has comido bien, dormido bien y supongo que habrás follado mejor y por tu bien espero que no mueras tan-bien -dijo haciendo un imbécil juego de palabras.

Acto seguido junto a sus infalibles lincolulos y una afortunada pequeña parte de su ejército, dejó Dor-Alia rápidamente dirigiéndose a galope tendido hacia el sur. Como prueba de sus buenas intenciones y para que Lanzan Delk no se ofuscara mucho con él, dejó junto a su comandante en jefe otros treinta lincolulos para la defensa de la ciudad.

Lanzan Delk sabía que era imposible dialogar con su rey cuando este había decidido algo, así que sus dos primeras decisiones después de ver marchar a su acobardado monarca fueron las de duplicar todas las guardias de la ciudad, obligando a las tropas a multiplicarse en sus labores. A partir de ese momento estableció que ningún soldado debía quedarse solo, fuera donde fuera, haciendo guardias, comiendo o incluso yendo a las letrinas. También decidió dar más luz en todos los lugares en los cuales descansaba la tropa, por lo que se colocaron antorchas aquí y allá, por todos los rincones. La soldadesca ahora, más que dormir intentaban hacerlo a duras penas por culpa de la claridad que estas despedían. Con todo ello consiguió una merma sustancial en sus bajas y aunque estas seguían produciéndose, ahora eran mucho más esporádicas.

Desde el punto de vista militar los slá's habían realizado un trabajo excelente. El invasor había sido bastante mermado y tanto física como mentalmente estaba seriamente tocado. Aparte de las antorchas, muchos soldados no conseguían pegar ojo

creyendo que la muerte les iba a rondar en cualquier instante durante el sueño. Demasiados cuentos y creencias inventadas por unos y otros y transmitidas de voz en voz, hacían aumentar su terror ante lo que realmente ocurría

Galizas y los suyos debían avisar ahora al rey Degall para que su ejército se pusiese en marcha hacia Dor-Alia, pero les quedaba por realizar una última acción, la parte más peligrosa de su cometido. Debían aunar todos sus esfuerzos para cuando el ejército de Shámsala estuviese cerca, intentar abrir una brecha en los accesos de entrada a la ciudad, en concreto en su parte norte. Así pues, en la jornada designada, todos fueron desapareciendo paulatinamente de sus puestos. Debían concentrarse y ayudar a que las tropas del rey Degall consiguiesen entrar en la ciudad.

También descubrieron otro lugar que iba a ser a la postre donde esperasen al ejército salvador. Era una vieja y destartada casa de dos plantas muy cerca de las murallas y de la puerta puente norte de Dor-Alia. Allí debían reunirse al final de su aventura esperando que quien parecía dar las ordenes al grupo volviese. Este evidentemente, no podía ser otro que Galizas, que fue elegido por sí mismo para volver al campamento base. En forma etérea dejó a los suyos en Dor-Alia y voló hacia el este.

Nada más llegar rodeó al rey emperador con su hummus y este percatándose de su presencia, solicitó que diesen de beber el brebaje especial al prisionero capturado con la clara intención de hacerle dormir. Rutter cumplió con la labor y a los pocos minutos el hombre dormía como un bebé, momento que aprovechó Galizas para penetrar en él. ¿Sería su última víctima? Aquellos que pudieron observar la transformación desde primera fila no pudieron menos que echarse hacia atrás ante la crueldad de la acción, pero la guerra exigía este cruel sacrificio.

En vez de abrir los ojos, el cuerpo quedó en la misma posición, atado al árbol y totalmente dormido. El tiempo pasaba y el slá no daba señales de querer despertarse de su letargo. Intentaron reanimarle primeramente a base de suaves movimientos y después más drásticamente echándole agua encima. Pero nada de nada. Aquel ser seguía dormido y hasta roncando

-Rutter, -pregunto el rey al vasnino-. ¿qué demonios has echado en el brebaje para que no despierte?

-Majestad, reconozco que tal vez se me haya ido un poco la mano con la dosis, pero estad tranquilo que lo que ha tomado es totalmente inofensivo. Despertará en cualquier momento ya veréis -contestó este intentando despreocupar al rey.

-Miradle. -dijo Xara acercándose y poniendo la oreja cerca de él-. Hasta ronca. Majestad ¡Oíd! ¡Oíd!

Todos los que estaban allí cerca callaron y efectivamente, unos resoplidos bastante audibles salían por su boca. El agua que le habían echado a la cara y que impregnaba parte de su camisa, parecía que no le ofrecía ningún malestar a su dulce sueño. Así que como no podían gran cosa esperaron.

Pasaron varias horas antes que el slá despertase. Repentinamente oyeron gritar:

-¡Eh! Ya estoy aquí de nuevo -dijo el cuerpo del soldado enemigo aún atado al árbol-. Soltadme de estas ligaduras. Traigo noticias de Dor-Alia. ¡Mierda! Si estoy completamente mojado. ¿Pero qué me habéis hecho? -quiso saber.

Entre risas Bariel se acercó y con su daga cortó las cuerdas que le retenían. El slá se las quitó de encima de manotazo y se presentó de nuevo ante su rey.

-Majestad, soy Galizas -dijo nervioso-. Tenemos todo dispuesto para vuestro ataque final. Hemos hecho cuanto hemos podido, pero ya nos resulta casi imposible encontrar a nadie dormido en la ciudad. ¿Habéis visto el humo de las hogueras durante estos días?

-Sí -contestó el rey intrigado-. Hemos visto el humo. Dada la distancia hasta Dor-Alia, desconocemos de qué se puede tratar. Algo que han estado quemando suponemos. ¿Qué era?

-¿Que qué era? -una sonrisa diabólica apareció en los labios del slá-. Eran sus muertos ardiendo en el fuego eterno. Los estaban quemando para que no se pudriesen allí en la misma ciudad.

Degall se sorprendió con aquella respuesta, pero pensándolo bien era lo mejor que podía hacer el enemigo, quemar a sus muertos.

-¿De cuantas bajas estamos hablando? -preguntó con curiosidad el rey.

-Más o menos..., le hecho de cinco a seis mil. -contestó el slá totalmente despreocupado-. Por ahí debe andar la cantidad. Hemos llamémosle trabajado cada uno de nosotros, a bastantes clientes por noche. ¡Ja, ja, ja! ¡Ja, ja, ja!

Y el slá rio con ganas su ocurrencia sin importarle lo más mínimo comentar "las heroicidades" de su pequeño ejército en el campo de batalla.

Aunque quienes habían caído fuesen enemigos, Degall y los demás oyéndole hablar de aquella manera, no podían menos que horrorizarse de ello, pero bueno, eran enemigos del reino, por lo que también se lo habían buscado, pensó más de uno.

-¡Ja, ja, ja! ¡Eso! Unos tres clientes más o menos la hora. -siguió Galizas-. O sea..., pongamos seis o siete horas a tres enemigos cada una de ellas, da un total de...

Y calló utilizando los dedos para intentar hacer la cuenta mentalmente.

-¡Dieciocho o veintiuno! -soltó Rutter allí cerca.

-¡Eso! Pongamos una media de veinte. Pues ahora multipliquemos esos veinte por los cuarenta y uno que somos, por seis días y a eso sumemos también los soldaditos que nos hemos trabajado de día. Supongo majestad, que hablamos de más allá de cinco mil hombres. Han sido seis días de continuo trabajo y para ser sinceros con vos, ya no nos quedan muchas fuerzas. Prácticamente hemos dormido una media de cuatro a cinco horas diarias, trabajando todas las demás en la consecución de objetivos para vuestra reconquista, mi señor. Y deciros finalmente, que hemos comprobado que el enemigo está esperando vuestras tropas por el sur.

Al decir la cifra de cadáveres que habían ardido en las piras, un clamor más de sorpresa que de ilusión, brotó de los hombres que le escuchaban.

-Dime, Galizas. -pregunto el rey-. ¿Cuántos soldados crees que pueden quedar en la ciudad ahora?

-Puede ser que sobre unos cinco mil como mucho, pero están cansados a rabiar. Llevan días sin dormir, no se atreven a pegar ojo por miedo a no despertar.

-¿Me estás diciendo que con diez mil efectivos nos han atacado y conquistado? No puede ser, Galizas, tiene que haber más.

-Y los hay majestad, pero se encuentran en las mismas minas, robando vuestro oro. El grueso del ejército no se encuentra en la ciudad, allí solo estaba el emperador Guardian que ya se ha ocupado de largarse urgentemente a su reino. Por cierto, le ha dejado el asunto a su mano derecha, un tal Lanzan no sé qué, por lo que hemos podido descubrir. Así que deciros que cuidando las minas hay otros veinte mil hombres, pero hasta tan lejos no hemos llegado, solo hemos trabajado, lo que se dice trabajado, solo en Dor-Alia.

-Bien -contestó el propio Rutter-. Gracias por tu labor, Galizas. Ahora puedes descansar, es nuestro turno de actuar. Puedes ir con Elcroch y Midara si quieres, te esperan.

-Gracias, pero todavía hay una cosa más que debo deciros -advirtió el slá-. Es bastante importante.

-¿Sí? -Degall le miró inquisitivamente-. ¿Y qué es eso tan importante Galizas?

-El enemigo desde aquí hasta Dor-Alia tiene tres campos de defensa, a cuál más preparado. No son ninguna traba para nosotros, pero si los atacamos, darán la alerta y la ciudad entonces se fortificará mucho más. Debemos intentar que no nos vean en nuestro camino y lo mejores transitar bastante lejos de ellos.

-Muchas gracias por la información -le dijo el rey-. Tomaré nota de tus servicios para un futuro no muy lejano.

-Gracias, majestad -dijo el slá reverenciando con gran teatralidad a lo que añadió en voz alta para que todos le oyesen-. Sabía que iba ser gratificado por vos, por mis servicios y por mi lealtad a la corona.

Acto seguido desapareció preguntando a los presentes por donde se encontraban Elcroch y sobre todo Midara.

Ahora por fin tocaba iniciar la reconquista de Dor-Alia. Luego cuando llegasen las demás tropas de las provincias del reino se adentrarían con ellas hacia las minas con la intención de sacar de ellas a todo el ejército enemigo.

Degall puso a trabajar de nuevo a Graggo, Llaro y un grupo reducido de rádicos. Debían despejar el camino adelantándose para otear que no hubiera ningún enemigo. Irían dando un gran rodeo, alejándose del lugar donde estaban y acercándose lo más posible al Lago Badur, luego llegar a Dor-Alia por el norte. Debían ponerse en camino ya. El resto esperaría hasta que la luz del sol desapareciese del horizonte y harían lo mismo. Todos los caballos seguirían llevando en sus patas almohadillas para que no levantar polvo alguno. Eran mil cuatrocientos hombres y animales intentando producir el menor ruido posible y en su cabecera dirigiéndoles a todos, se encontraba el rey emperador Degall acompañado muy de cerca por el rey Bream.

Y ya que la monotonía de la marcha se les estaba haciendo larga, ya que no podían hacer ruido galopando, Rutter para romper un poco el aburrimiento aprovechó un momento para acercarse a Degall. Allí le mostró algo que llevaba oculto, dentro de una tela y colgado de su caballo.

-Majestad, mirad lo que llevo conmigo.

-Es... es... -intentó hablar sorprendido.

-¡Sí! Es el Arco Blanco de vuestro hermano Gumb. No he querido dejarlo en Vende, creo que nos puede servir de mucho, mi rey.

-Y has hecho muy bien, Rutter. Todavía tengo un pequeño recuerdo suyo. -dijo según se tocada el costado. Luego añadió con melancolía-. Ojalá volviese aquel momento, Rutter. Ojalá estuviese de nuevo con Gumb.

-Majestad -y el vasnino hablo sabiamente-. Mirad en lo profundo de vuestro corazón. Allí le encontraréis. Gumb no está ya con nosotros físicamente, pero alberga dentro de nosotros. Nunca dejará de hacerlo.

-Sí, tienes razón y debo decirte que has tenido una idea genial. Ya se pueden ir preparando esos condenados del sur.

-Y otra cosa majestad, Brigadión lleva el Arco Blanco de vuestro padre también oculto. Tenemos dos arcos con multitud de flechas listas para acertar al enemigo.

Brigadión que le había escuchado, quiso añadir algo.

-Mi rey, no os quisimos decir nada anteriormente, por no hacerlos recordar posibles fantasmas del pasado, pero viendo que ya estamos llegando a nuestro destino, creemos oportuno que lo sepáis. Tarde o temprano os ibais a dar cuenta de ello, ambos portamos sendos arcos.

Y diciendo esto extrajo el suyo de su escondida tela y se lo colocó bien posicionado en la espalda. Rutter viéndole decidió hacer lo mismo.

-Gracias, amigos -dijo el rey-. Aunque me traigan recuerdos, no puedo menos que agradecerlos que los hayáis traído con vosotros. Son armas importantes y necesitamos

de toda la ayuda posible para intentar derrotar al enemigo. Así que recuerdos fuera y bienvenidos Arcos Blancos.

El viaje prosiguió durante toda la noche y casi al alba se encontraron con Graggo, Llardo y los demás. La ciudad aún estaba a cierta distancia por lo que decidieron ocultarse durante el día en aquel paraje, ya continuarían la marcha a la noche siguiente. Dicho y hecho, ese día estuvieron todos preparando sus armas, comiendo alimentos crudos sin producir fuego alguno, además de pan y frutas que habían llevado de Landia. A la noche siguiente continuaron y sin que llegase el nuevo amanecer, se detuvieron sin ser descubiertos muy cerca de Dor-Alia.

Ahora le tocaba a Galizas intentar ganarse el sustento otra vez. Tenía que abandonar el cuerpo del soldado enemigo, adentrarse en la ciudad, ir a la destartada vivienda, encontrar a los suyos y avisarles para que estuviesen preparados del inminente ataque. También antes de relajarse los slá's tenían dos últimas obligaciones, debían hacer una señal con antorchas desde las altas murallas para que el ejército de Shámsala supiese el lugar exacto donde atacar (que debía ser según dijo el nuevo rey emperador) a medianoche del día siguiente.

Y también debían intentar abrir esa puerta-puente, aunque no sabían cómo.

Así que al llegar de nuevo a Dor-Alia y antes que amaneciese, Galizas ya se había ocupado de encontrar un cuerpo joven, sano y fuerte volviéndose a olvidar de todo lo referente a no atacar a la población inocente de la ciudad. Tras buscar por las cercanías del lugar donde habían quedado con los suyos y ojear diferentes viviendas en forma etérea, había entrado en una de ellas tomando un cuerpo atlético y liquidando uno a uno a los demás ocupantes, dos adultos y una joven criatura.

Poco después llegaba al lugar donde estaban reuniéndose los slá's.

Llamó a la puerta con unos suaves y acompasados golpes a modo de contraseña. Poco después desde el interior sonaba una débil voz.

-¿Sí?

-Galizas..., soy Galizas. Abre rápido.

Con un ligero chirrido, la puerta se entreabrió y el slá penetró con rapidez dentro de aquel lugar. Se trataba de la vieja, muy vieja casa de dos pisos en la cual habían decidido reunirse los slá's y otra vez para mala suerte de sus anteriores moradores. Esto era alto secreto y ni el rey, ni ninguno de sus vasallos debían conocer nada de lo ocurrido. Le habían dado su palabra de no volver a proceder así, pero el caso y la causa lo requería. Desde la partida de Galizas, habían ido llegando a la casa poco a poco, dejando sus puestos al servicio del enemigo en cuanto estos se descuidaban y la ocasión lo requería. Aquella casa era grande y suficientemente amplia como para albergarles a todos a la espera de lo que tenía que decirles el propio Galizas quien llegaba ahora.

Entró, cerró la puerta tras él intentando divisar algo más que la oscuridad. El sol empezaba a asomar levemente por el horizonte por lo que con la poca luz que había en el ambiente era difícil distinguir a los demás.

-Hola a todos -dijo en voz baja, pero alegremente.

Le devolvieron el saludo y Galizas directamente empezó a hablar con el mismo tono apagado.

-Lo primero de todo es que debéis saber que el rey emperador está realmente impresionado con nuestro esmerado comportamiento con el enemigo. Creo que tenemos recompensa segura y de por vida, amigos.

Algunas caras sonrieron, pero no dijeron nada. Aquellos hombres y mujeres estaban excesivamente cansados y necesitaban reposar y restablecerse.

-Mucho nos tendrá que pagar ese rey. -comentó uno de ellos-. Le hemos quitado de en medio demasiada paja.

-¿Y tú, quién eres? -preguntó Galizas con interés-. Con tantos cambios no os conozco a ninguno. ¡Demonios!

-¡Pues, fastídate que no te lo voy a decir -replicó el slá.

-Con esa respuesta, no puedes ser otro que el imbécil de Kotta. ¿Me equivoco?

El nominado como imbécil no pudo menos que sonreír ante la chispa de Galizas.

-Ya lo sabía, tenías que ser tú, Kotta. -siguió y mirando a los demás agregó-. Acercaros que no quiero gritar, tengo que explicaros lo que nos queda por hacer esta noche. Vamos, el último trabajillo para la corona. Por cierto..., ¿estamos todos?

-Faltan siete aún de venir -contestó una voz entre las sombras que empezaban a clarearse lentamente.

-¿Siete?, ¿Y quiénes son? Tendrían que estar ya aquí y debemos prepararnos, el contraataque no puede esperar más.

-Son Reinta, Garriela, Perseléis, Yalno, Quencimm, Masteseo y su hermana -dijo quien había hablado anteriormente-. No han llegado todavía, así que esperamos que lo hagan durante el día. Ya sabemos que es más peligroso y que pueden verlos entrar, pero no podemos hacer nada más.

-¿Que Perseléis no ha llegado todavía? -se extrañó Galizas.

Conocía desde hacía mucho y de sobra a aquellos hombres y mujeres por lo que la tardanza de ese slá en concreto no le pareció muy normal y así lo hizo saber.

-Que los demás no lleguen, es posible puesto que seguramente estarán disfrutando como perros y tal vez Masteseo haya tenido algún percance cuidando a Llana, pero que Perseléis no haya venido es verdaderamente raro.

-Ya le conoces, Galizas -soltó otra voz-. Sabes como es y seguro se habrá encontrado con algún conocido.

Las risas brotaron entre los asistentes, todos conocían de sobra a Perseléis

-Bueno, esperemos que en el transcurso del día a más tardar, esperemos que vayan llegando todos. -acabó diciendo sombríamente Galizas.

Que su pequeño ejército se desmoronase no le gustaba nada, pero aun así estaban allí más de treinta slá's, suficiente para indicar al rey Degall el camino de acceso a Dor-Alia, por lo que siguió hablándoles con ese pensamiento en su mente.

-Esta misma noche será el ataque. Tenemos que preparar antorchas, así que debemos ponernos a trabajar en ello inmediatamente. Esperan que les mostremos esta noche desde la muralla con alguna señal, el lugar por donde pueden entrar en la ciudad. Los soldados del Reino de la Luz creen que llegarán por el sur y como quedamos, aparecerán por el norte

-¡Eeehh! -se sorprendió Kotta que con descaro agregó-. Pero esa zona también está bien vigilada. Lo tienen igualmente mal por ahí. ¿Y cómo esperas que les hagamos las señales sin que nos disparen y ensarten? ¿Con qué mierda esperas conseguirlo? ¿Con magia? Conmigo no cuentes para nada, aunque me he divertido, ya he hecho suficiente por unos días para el imperio.

-¡Ni magia, ni mierdas! -contestó Galizas airado-. No tenemos otra. Hay que hacerse con antorchas, llevarlas escondidas, ir a lo alto de la muralla, encenderlas allí y tirarlas todas juntas. Luego salimos pitando. Eso o quemamos algo gordo, lo que queráis. Pero tienen que ver desde donde estén nuestra posición, la entrada donde se encuentra el portón del puente levadizo, de lo demás ya se ocuparán ellos. ¡Ah! casi se me olvida..., el portón también corre de nuestra cuenta, tenemos que derribarlo nosotros mismos. Así que ya sabéis, descansar ahora para estar frescos esta noche, no os puedo decir más.

¡Ah! Sí. Primeramente, buscad por la casa materiales para hacer las antorchas. ¡Venga ya!

-¡Galizas! -preguntó uno de ellos- ¿Pero cómo demonios vamos a conseguir eso que dices? ¿Cómo vamos a subir a las murallas para hacerles esa señal?

-Escuchad bien y acercaros más ¡Demonios! Que casi no os veo y no quiero gritar. -comentó Galizas alzando solo un poco la voz-. ¡Mierda! Solo faltaba que nos descubriesen ahora.

Los asistentes se reagruparon y el slá empezó su exposición de lo que iba a ocurrir la siguiente noche.

-Como sabéis la ciudad tiene diferentes entradas en sus murallas, norte, sur, este y oeste. Da la casualidad de que el enemigo vigila especialmente las del sur y este, aunque tú pienses lo que pienses, Kotta. Lo único que debemos hacer es llegar arriba de la muralla donde se encuentra el mecanismo que sube y cierra la puerta-puente de la entrada. Luego lo tiramos de alguna forma y lo trabamos para que no se pueda volver a subir, echamos el fuego y ya está ¡Nada más! -dijo intentando convencer con sus palabras

-Muy fácil parecer ser lo que dices, Galizas y lo que nos intentas vender. -volvió a oírse la voz de Kotta con desfachatez-. Y si es tan fácil, ¿entonces por qué no lo haces tú solo?

-Kotta, no seas el idiota de siempre -y añadió con maldad-. Cada día te pareces más a Elcroch. Esta es una labor en la que estamos llamados a hacerla entre todos. Escuchad y os lo repito por última vez, -su voz era realmente amenazadora-. os lo repito y que os quede bien claro. Subiremos a las murallas como unos soldados más escondiendo como podamos las antorchas. En cuanto se descuiden, machacamos a los que estén por ahí, tiramos la puerta-puente abajo, la trabamos, encendemos el fuego y luego desaparecemos a la carrera. Fácil y sencillo.

-¡Fácil y sencillo! ¡Fácil y sencillo! -repitió Kotta-. Pues yo lo veo demasiado difícil. ¡Rediós!

-Tranquilo, -rio Galizas intentando aplacarle-. si no quieres venir a mi lado y quieres seguridad puedes hacer lo siguiente: te quedas aquí con las mujeres y con Perseléis, pero cuida tu culo.

La respuesta de Kotta fue difuminarle con la mirada, pero como no podía hacer otra cosa calló y dejó que su amigo siguiese hablando y exponiendo el plan.

El amanecer llegó por fin y con él empezaron a aparecer poco a poco los slá's que faltaban. Masteseo y Llana, al rato Yan y luego juntos, Garriela, Yalno y Quencimm, por lo que solo faltaba Perseléis.

En aquella vieja casa durante todo el día se dedicaron a fabricar antorchas analizando diferentes formas de llevarlas sin ser descubiertos. Las horas transcurrían entre la monotonía de algunos y el nerviosismo de otros por la llegada de la noche. Cuando esta estaba prácticamente encima y ellos preparados para entrar de nuevo en acción, repentinamente sonaron unos golpes en la puerta.

-¡Toc..., toc, toc! ¡Toc, toc..., toc! ¡Toc..., toc..., toc!

Aquello desentumeció algunos cerebros que solo pensaban en próximos acontecimientos. Era la señal convenida que habían establecido entre todos anteriormente y solo podía ser Perseléis, por lo que abrieron sin siquiera preguntar quién era.

-¡Hola, chicos! Soy yo, ¡Perseléis! -dijo un soldado alegremente y con voz afeminada al entrar saludando brazo en alto. Venía agarrado de la mano de un joven soldado enemigo-. ¿Qué tal estáis?

-No podía ser otro. -dijo uno-. Mirad lo que nos trae ¡Tiene narices!

Los dos hombres llegaron agarrados como dos enamorados hasta el centro de la estancia. Perseléis como si nada raro ocurriera dijo eso de...

-¡Huy! Os lo presento. Es mi soldadito y se llama Filedo, pero yo lo llamo... ¡Huy! ¿Como te llamo yo, amorcito? -dijo a su acompañante con un mohín demasiado femenino y tocándole la nariz suavemente- ¿Eh? ¿Como te llamo yo, bonito mío?

-Para ti soy Fidi, amor -dijo el otro sarasa sin ningún temor o sin percatarse de lo que había a su alrededor. Su forma de actuar era sospechosamente femenina también.

Sin que se dieran cuenta y en el momento en que el slá presentaba a su soldadito a los demás, Galizas se situó detrás de este discretamente, sacó su daga y según tapaba la boca con una mano para que no gritase Fidi, Filedo o como se llamase, con la otra le clavaba el arma por la espalda hasta la misma empuñadura, directa al corazón. Filedo cayó muerto como un pelele, ni se dio cuenta de lo que le había ocurrido y las presentaciones se habían quedado a medias. Perseléis viéndole caer al suelo, no pudo callarse y con sorpresa comentó:

-¡Mi soldadito! ¿Pero qué te han hecho, cariño?

-¿Eres idiota o qué? Perseléis -contraatacó Galizas agachado junto al cadáver y limpiando su daga con la ropa de este-. ¿No te das cuenta de que nos podía descubrir? Un grito suyo y estamos todos perdidos sin remedio. Hay que tener poca cabeza. ¡Demonios!

-Filedo no era de esos os lo puedo jurar. Quien seas has asesinado a mi hombre - Perseléis desconocía quien podía estar ocupando aquel cuerpo que había asesinado a su amor verdadero-. Estábamos enamorados y nos íbamos a escapar juntos lejos, muy lejos.

Mientras hablaba, los slá's que le oían aquello sonreían a más no poder, aunque intentaban no demostrarlo

-Perseléis, no digas tonterías. ¿Le habías dicho que eras un slá? -preguntó Kotta.

-No.

-¿Y se lo pensabas decir?

-Tampoco.

-Pues eso no es amor, amigo.

-No sé si será amor, pero Filedo estaba muy bien dotado y para mí era suficiente. Ahora me será difícil volver a encontrar al hombre de mi vida con este hondo pesar que me aflige y atenaza y tú..., tú eres el causante de ello -señaló apuntando fijamente con su dedo a Galizas.

Los asistentes no pudieron más y entre risas y más risas, casi consiguieron que les descubriesen en ese momento. Risas que finalmente contagiaron también a Perseléis que acabó diciendo a su media naranja que yacía tirado en el suelo:

-Sí. Igual te debía haber avisado de lo que éramos para que posiblemente siguieses vivo -dijo mirándole con amanerados movimientos-. Ha sido una pena, soldadito, contigo me había hecho muchas ilusiones, pero nosotros somos así. -y se dirigió al ejecutor-. Supongo que serás Galizas para obrar como lo has hecho.

Este solamente afirmó con la cabeza sonriendo sin llegar a decir nada, por lo que el sarasa siguió hablando:

-Espero que mi próximo novio me dure un poco más, así que intenta comprenderlo y sobre todo..., intenta estar lejos de mí. Tú tienes a Midara y los demás a otras parejas, pero yo, yo estoy a palo seco, ¿te parece bien?

Se produjeron algunas otras carcajadas que hizo que se olvidaran por unos instantes de su próxima misión, pero la hora había llegado y no se podían demorar más.

Al poco rato y ya calmados empezaron a salir en grupos de cinco, vestidos con la ropa del enemigo, armados y con las antorchas escondidas bajo sus corazas. Iban

separados en la distancia y de esta forma llegaron hasta la misma puerta norte de la ciudad, a los pies de la gran muralla. Como había ordenado Lanzan Delk, esta estaba completamente iluminada y rodeaba enteramente la ciudad. Cada cierta distancia se podían ver teas alumbrando las viejas piedras rocosas y no había sitio oscuro donde poder esconderse de las miradas enemigas. Los slá's otearon hacia arriba desde su posición y la puerta-puente o portón se les hizo grande, muy grande o mejor dicho, gigantesca, para llegar a ella, unas estrechas escaleras de piedra subían peligrosamente sin ningún tipo de barandilla desde el suelo. Arriba y justo a su lado divisaron un recinto donde era casi seguro que estuviese el mecanismo que sirviese para subir o bajar el puente.

A lo largo de la muralla soldados del Reino de la Luz intentaban otear la negrura de fuera de la ciudad. Se les veía verdaderamente cansados, los días pasados y el temor a una muerte irracional e ilógica, seguía consumiéndoles sin dejarles relajarse, ni descansar en paz.

Sin más los slá's empezaron a subir por la estrecha escalinata, iban uno tras otro muy juntos e intentando no mostrar temor.

Un soldado desde arriba que los vio acercarse no pudo callarse y sonriendo desde la distancia les llamó.

-¡Eeh!¿Ya es la hora del cambio de guardia? La verdad es que este cansancio me está fastidiando bien. Ni me entero en la hora en que vivo.

-Si quieres nos volvemos atrás -le devolvió el grito Quencimm-. ¿Hace?

-Subid, que nos largamos ya. Estamos hasta las narices de mirar el campo. Allí no hay nadie ¡Demonios! Ahora os toca a vosotros perder los ojos mirando búhos, lechuzas y murciélagos. ¿No viene el capitán? -terminó diciendo extrañado.

-El capitán nos ha dicho que solo vengamos nosotros, que está demasiado cansando para seguir andando a estas horas. ¡Maldito hijo de perra! -contestó con ligereza Quencimm-. ¡Quien fuera capitán!

-¿Y de cuantos es el cambio de guardia ahora? - pregunto uno de aquellos soldados.

Los slá's temieron durante un instante que su aventura acabase en esos momentos, pero por una vez en su mísera vida, Kotta habló con autoridad y precisión.

-Venimos veintitantos y solo para cubrir el recinto del mecanismo del portón. Debemos colocarnos a derecha e izquierda de este. Esas son las órdenes, pero si quieres lo dicho, nos largamos y volvemos más tarde.

-¡Ni hablar! Venid aquí que el que se larga soy yo.

Y así entre comentarios jocosos de unos y otros, los slá's con ayuda casi divina y sin desenvainar una sola espada consiguieron ocupar la cima de la muralla. Concretamente el recinto donde se encontraba el mecanismo que elevaba y descendía la gran puerta-puente norte de Dor-Alia.

Una vez estuvieron en sus puestos se fueron pasando discretamente las antorchas. Se debían dar prisa puesto que no disponían de mucho tiempo, los soldados que habían relevado posiblemente al llegar donde se encontraba su capitán, se percatasen que algo extraño ocurría y volviesen armas en ristre. Así que ahora tocaba lo más difícil, romper el mecanismo, provocar el fuego y largarse saliendo por la misma puerta y por donde se suponía que llegaría el pequeño gran ejército de Shámsala. Galizas, Kotta y otros cuatro más, fueron los elegidos a dedo por el primero para ocuparse de lo que había que hacer allí. Después de poner todas las antorchas juntas, aún juntaron un pequeño armario además de todos los pergaminos que encontraron en el lugar, aquello iba a arder con suma facilidad. Su intención estaba clara, querían

conseguir un fuego más vivo y materia madre tenían de sobra con las teas encendidas que pululaban por allí.

Una gran rueda de casi cinco codos de altura estaba rodeada de una gruesa cadena de hierro y se perdía en un gran agujero en el mismo suelo del recinto. No tenían ninguna duda de lo que tenían que hacer con esto.

Primeramente, tocaba romper la rueda y conseguir que la cadena cayese por el agujero obligando a caer el puente.

Acto seguido, tirarían una antorcha encima de la pira que habían preparado y...

La tercera y última parte, la más difícil que consistía únicamente en salir corriendo como desquiciados intentando no toparse, ni luchar con quien se pusiese delante. Por supuesto que podían hacerlo, pero no interesaba. Una flecha, una puñalada en el corazón o lo que es lo mismo, una muerte violenta, les impediría sin remedio recitar los versos oscuros. Lo mejor era correr lo máximo posible y en el hipotético caso de ser herido en la huida, recitar rápidamente los versos ya que no había otra escapatoria. Después, ya volverían a la ciudad buscando otro cuerpo.

Así que ya todos preparados, Galizas y los demás comenzaron a intentar mover la rueda con la sana intención de derribarla. Kotta con el palo de una lanza intentaba hacer presión en su misma base, mientras los demás tiraban con todas sus fuerzas en una misma dirección. Del propio suelo nació un cruel crujido que fue oído por los slá's más cercanos y en cuyas sienas el sudor por la situación empezaba a hacerse más que patente. Los demás guardias miraron, pero no dieron mayor importancia al suceso.

-¡Mierda! -dijo Kotta entre sudores sin conseguir nada-. Esto va a costar más de lo que parece. Necesitaríamos una idea para derribar esta rueda, pesa más de lo que parece y como sigamos así, van a acabar oyéndonos y presentándose aquí para ver qué hacemos.

-¡Esperad! -la cara de Ivrika se iluminó-. Mirad esa sogá, parece bastante larga. Tal vez...

Y pensando algo que no dijo a nadie, empezó a estirar la gruesa sogá para ver cuando medía.

-¿Qué demonios haces, Ivrika? -quiso saber Galizas.

-Amigos, esta sogá es lo suficientemente larga como para llegar al suelo de fuera de la muralla. Por lo visto está aquí para algo relacionado con la puerta que no sé lo que es. Lo único que tenemos que hacer es atarnos bien a ella y lanzarnos al vacío -luego apostilló-. Creo que no hay otra manera. Intentar derribar la rueda como lo estamos haciendo va a resultar imposible. ¿Qué me decís?

Kotta le miró de arriba a abajo.

-¿Tú estás loco? -solo dijo.

Galizas estuvo a punto de estrujarle el cuello por el comentario, pero prefirió decir:

-Somos seis, a una media de noventa kilos cada uno, si nos tiramos con fuerza, haremos una presión de unos trescientos kilos y eso seguro no es suficiente para tirarla abajo. Vaya consejos das, mejor te callas. ¿No?

-¿Trescientos kilos? Pero Galizas ¿cómo cuentas? -repuso otro-. ¿No sabes multiplicar acaso? Son más de quinientos kilos. Pesamos entre todos quinientos y pico kilos. Tirándonos desde la muralla, ninguna rueda nos va a parar, la derribaremos seguro.

Galizas nervioso, no esperó más y decidió actuar ya.

-¡Vale! Voy a avisar a los demás que estén preparados. Venga, manos a la obra y a atarse todo el mundo. Yo ataré la sogá a la rueda y espero que tu idea funcione Ivrika. -viendo que Kotta no se movía siquiera, Galizas le lanzó un ultimátum-. Kotta no te lo digo

más, haz el favor de atarte junto a los demás o hago lo que sea para que no llegues a mañana.

No le quedó más remedio a este y mientras hacía lo que le mandaban, Galizas fue advirtiendo a los demás slá's para que se fueran preparando para la espantada. Volvió dentro del recinto y ató la soga a la gran rueda. Finalmente, el mismo se aseguró a ella y todos juntos se acercaron a la muralla, la pira de antorchas estaba allí junto a ellos.

-Venga, arriba ya de una vez -animó Ivrika.

Se subieron los seis juntos a una de las aspilleras en el lateral de la puerta-puente y desde allí lanzaron la cuerda al vacío. Esta quedó en forma de "V". Bajaba desde la rueda y luego volvía a subir hasta ellos, rodeándoles por debajo de las axilas. Galizas era quien iba a dar la orden final y portaba una antorcha en su mano.

-¿Preparados entonces? -preguntó.

Los cinco respondieron afirmativamente con más que miedo en el cuerpo.

-Pues ya sabéis, si algo sale mal recordad..., a recitar rápido.

Diciendo esto lanzó la antorcha al montículo de elementos inflamables que habían preparado y cuando vio que poco a poco aquello empezaba a arder con más fuerza, gritó:

¡Vamos allá!

Los seis slá's se lanzaron al vacío bien sujetos a la cuerda y a la izquierda del puente, pero cuando les quedaban unos dos metros para llegar a tierra firme, repentinamente se pararon en seco. La dureza de detención instantánea les hizo gritar de dolor por la terrible sacudida y desde arriba les llegó el sonido de un gran estruendo resquebrado acompañado de un enorme crujido. Estaban justo encima del gran foso por lo que a toda velocidad y cómicamente, empezaron a hacer balanceo para llegar a esta que ya se había desplomado cayendo del todo. A fuerza de mucho columpiarse finalmente lo consiguieron y fueron soltándose uno por uno cada vez que se hallaban encima del puente y antes de regresar con el vaivén al foso.

Una vez abajo y bastante doloridos iniciaron una loca carrera hacia el bosque. De vez en cuando miraban hacia atrás y veían la gran puerta-puente norte de Dor-Alia derrumbada y arriba encima de ella una colosal hoguera que ardía. Sonaron voces de alarma, pero intentando como estaban de despojarse también de sus ropas enemigas, no hicieron mucho caso a estas. Lo primero era correr según se las quitaban, ya que tampoco era menester llevarlas puestas cuando se suponía que el ejército del rey emperador de Shámsala, veía al galope acercándose por las proximidades.

Los otros slá's cuando vieron que Galizas y los demás estaban terminando sus "quehaceres", empezaron sutilmente a descender por la escalinata de la muralla ante las miradas atónitas de los otros soldados que no se explicaban aún qué ocurría, aunque pronto lo iban a descubrir. Los slá's primeramente bajaban disimulando, pero tras el grandísimo estruendo no pudieron reprimirse y a la carrera bajaron al puente para salir por piernas de la ciudad. Tras sortear algunas que otras flechas enemigas, se dirigieron a la carrera hacia los bosques cercanos en busca de salvación y protección.

Increíblemente entonces ocurrió. El campo a no mucha distancia empezó a iluminarse poco a poco. Por la derecha, por la izquierda y por el centro un ejército inició una carrera desbocada hacia la ciudad.

El esperado ejército de Shámsala estaba allí cabalgando a toda velocidad hacia Dor-Alia.

Desde no muy lejos de la ciudad y oculto en la oscura noche, las tropas Shámsalicas esperaban que se produjesen los acontecimientos que precipitaran su ataque. Entre muchos de ellos había serias dudas de que los slá's pudiesen realizar su cometido, pero el rey emperador solicitaba paciencia una y otra vez, paciencia y esperanza.

Repentinamente observaron que la luz de las antorchas colocadas encima de las murallas empezaba a ser cada vez más intensa y fuerte, algo parecía estar ocurriendo en ese lugar, poco después un fuerte estruendo vino a certificar la esperanza del emperador. La puerta-puente debía estar desmoronándose.

-¿Qué amigos..., no me creáis? -preguntó Degall al rey Bream y a quienes se encontraban junto a él-. Y ahora la siguiente pregunta ¿Se merecen o no el perdón estos slá's?

-¡Por mi cabellera! -respondió sonriendo Bream tocándose la calva-. Si no lo veo, no lo creo. Esos tipos se merecen una buena recompensa. ¿Vamos allá, entonces?

-¡Esperad por favor, majestad! -dijo entonces Brigadión-. Tanto vos, como el rey Bream y vuestro hermano Elcor no debéis ir en primera línea, es mucho más sensato para el reino que quedéis en la retaguardia, así como tampoco entrar en la ciudad hasta que la hayamos saneado de enemigos. Es demasiado peligroso.

-¿Pero qué dices, Brigadión? -se sorprendió Degall que sin hacerle caso, ni perder más tiempo, gritó a pleno pulmón y a los cuatro vientos-. ¡Soldados de Shámsala! ¡Echemos al invasor de nuestras tierras!

Como los vasininos vieron que no podían sujetar al emperador de su deseo, no les quedó otra más que gritar también:

-¡Encended las antorchas, se inicia el ataque! ¡Recordad bien...! ¡Tirarlas en cuanto veamos con claridad el camino de entrada a la ciudad! ¡No necesitamos ser sus blancos!

Desde las altas murallas de la ciudad, el enemigo tras ver horrorizado como la puerta-puente se venía abajo, observaba ahora absorto el campo que empezaba a iluminarse con multitud de teas encendidas. A no excesiva distancia, un fuerte resplandor de color amarillo anaranjado vibraba con verdadera fuerza. En ese preciso instante se percataron de ello, aquel no era otro que el contraataque del reino de Shámsala que sin duda venía con intención de recobrar su ciudad.

Y en esos precisos instantes un irreconocible Degall se dirigía rey galusa comentando sin el menor temor:

-Pues vamos allá querido Bream, como muy bien aconsejáis. ¡Yaaaah! ¡Al ataaaqueeee!

El rey espoleó su caballo y este entendió perfectamente lo que su jinete esperaba de él. Así que después de un fuerte relincho, inició una rápida carrera hacia Dor-Alia con el ejército acompañándole muy de cerca. Estaba completamente cercado por Brigadión, Xara, Rutter y otros vasininos, que se habían colocado estratégicamente a su alrededor con la única intención de protegerle de cualquier ataque enemigo.

Los soldados de las murallas que veían como el ejército se iba acercando a una velocidad pasmosa, también oían el atronador ruido del galopar de los caballos. Allí solos y sin refuerzos todavía dudaban qué hacer. Quedarse era una muerte segura y dejar las posiciones era lo mismo, pero por parte de sus mandos, así que cada uno decidió obrar como creía más conveniente. Muchos huyeron y los más imbéciles prefirieron quedarse a morir como héroes no reconocidos.

En la primera línea de ataque y según galopaban, Brigadión hizo una señal a Rutter y otra a Xara. Ambos respondieron afirmativamente con un gesto de sus cabezas, sabían de antemano lo que debían hacer. Entonces mientras Brigadión se desviaba un poco a la izquierda y Rutter hacía lo mismo hacia la derecha, Xara se acercó al rey Degall y

cogiendo con fuerza parte de las riendas de este, obligó a su cabalgadura a frenar un poco en su ímpetu. Todo el ejército siguió la acción del rey y aminoró la marcha.

-¿Pero, pero qué...? -intentó decir Degall sorprendido por la actuación de vasnino-. ¿Xara qué pretendes?

-Mi rey, esperad un momento que Rutter y Brigadión hagan su trabajo. Les seguiremos, pero a cierta distancia, es más seguro para vos y para todos nosotros.

Degall sabía que Xara no le engañaba, por lo que aceptó de buen grado aquel envite.

-De acuerdo, veamos qué hacen.

Poco después, Brigadión y Rutter habían conseguido bastante ventaja respecto al ejército galopando hacia la ciudad. En la distancia los vieron tirar sus antorchas y luego descabalgar raudos cuando las murallas estaban a tiro de piedra. Entonces rápidamente Xara volvió a dirigirse al rey emperador.

-Majestad, es importante, debéis detener la marcha. Tenemos que esperar a que hagan su trabajo -dijo señalando a los dos vasninos adelantados.

Degall siguiendo de nuevo los sabios consejos de su amigo, izó su brazo gritando:

-¡Aalto!

Los pocos y sorprendidos soldados que quedaban en la muralla, más muertos de miedo que de otra cosa vieron al enemigo que ahora se había detenido a no mucha distancia de la ciudad. Esperaban impacientes que llegasen refuerzos, pero estos parecían no querer aparecer. Mover un ejército a pie del sur al norte de la ciudad no era empresa sencilla y más cuando no había suficientes caballos para todos. También se percataron que solo dos enemigos se acercaban peligrosamente a los pies de la muralla intentando ocultarse entre la maleza del lugar. Desde arriba los presuponían como piezas fáciles para sus arcos.

Pero nada más lejos de la realidad, los dos vasninos habían descabalgado cogiendo los Arcos Blancos con increíble agilidad. En sus espaldas varias aljabas llenas de flechas reposaban esperando el momento para ser utilizadas. Arriba la luz iluminaba a los soldados y abajo los vasninos solo eran alumbrados como quien dice, por las escasas sombras que estas proyectaban. Las flechas enemigas arreciaron en esos momentos lloviéndoles cerca de donde se encontraban, pero Brigadión y Rutter parecían ignorarlas. Sin miedo alguno cargaron sus arcos y luego de parecer hablarles, dispararon casi sin mirar hacia lo alto de la muralla. Antes siquiera que las flechas llegasen a su destino, los arcos estaban nuevamente cargados y en disposición de tiro, acción que repitieron una y otra vez hasta el hastío.

A cierta distancia tras ellos, el ejército de Shámsala intentaba que sus antorchas ofreciesen la menor luz posible a los dos vasninos y esperaban que estos diesen la señal para iniciar el ataque final. Señal que al poco les llegó a través de un potente silbido vasnino. Los soldados de la muralla que había decidido ser héroes, no eran ahora más que trozos de carne ensartada por flechas que reposaban en sus cabezas, cuellos o corazones.

-¡Es nuestra hora, majestad! -aconsejó Xara al oír el silbido-. Ahora sí podemos seguir, mi rey. Podéis dar la orden de continuar.

Degall volvió a alzar su brazo y gritó nuevamente:

-¡Adelaaante!

Volvieron a ponerse en marcha y poco después entraban en Dor-Alia por el gran portón norte sin ningún impedimento y con Rutter y Brigadión que se les habían unido saltando ágilmente encima de sus caballos. Sus primeras víctimas fueron el capitán de la

guardia acompañado de una ingente cantidad de soldados que venían a investigar y preguntar a ver quién había dado la orden del cambio de guardia. Shámsala les pasó por encima sin siquiera casi percatarse de ellos, separándose después en tres diferentes frentes.

Los ródicos y los soldados de Vende, fueron hacia el oeste, los vasininos por el centro y los galusas con su rey por el este, todos con la clara idea de reagruparse de nuevo en la puerta sur de la ciudad y continuar haciendo lo mismo por toda la zona externa de las murallas, que era donde presumiblemente estaba el grueso del enemigo esperándoles. Los ródicos, los soldados de Vende y galusas, fueron quienes se cruzaron en su camino con la menor cantidad de enemigos. Así y con poquísimas bajas, aniquilaron sin ningún tipo de compasión, ni miramientos a todo aquel que se les pusiera por delante. Sin embargo, a aquellos que depositaban sus armas ante ellos en señal de rendición les dejaban vivir bajo la condición que desaparecieran del reino antes del alba, si no, no habría ningún tipo de compasión la próxima vez que les encontrasen. Luego al percatarse que los combates se sucedían más hacia el centro de Dor-Alia y observando la escasez de enemigos en su camino, ambos se desviaron de su destino en pos de ayudar a sus amigos los vasininos.

El ejército del Reino de la Luz había creído que el ataque se iba a producir por la puerta-puente sur y habían decidido movilizar días antes todas sus tropas hacia aquella entrada a la ciudad. Muy mala idea.

Así pues, los vasininos fueron quienes verdaderamente se encontraron con el grueso del ejército invasor frente a ellos y allí fue realmente donde se libró la batalla por Dor-Alia, en el mismísimo dentro de la ciudad. Los soldados enemigos acudían en tropel, atropelladamente, corriendo y cansados al combate como alma que lleva el diablo, sin orden, estrategia militar, ni nada parecido. Les habían comunicado que el enemigo atacaba por el norte y sin pensarlo más y sobre todo bien, a la carrera acudían a enfrentarse a ellos bastante mermados tanto física como mentalmente. De esta forma fueron cayendo irremediadamente ante las espadas vasininas como verdaderos mojigatos en vez de auténticos guerreros del estado del sur. De postre, todo el restante ejército de Shámsala les cerró el paso ante cualquier tipo de posible huida. Solo los lincoulos fueron capaz de dar algo de entretenimiento a los vasininos, mientras gritos salvajes, alaridos, llantos, agonías y sonidos de cruce de espadas, se sucedían incansablemente por doquier.

Xara fue uno de los que resultó herido, fue un corte profundo segando un trozo de carne de su brazo.

Ocurrió que, en un momento de la batalla, ya a pie y sin montura, se encontró frente a frente a un par de lincoulos que acababan de liquidar sin mucho trabajo a tres enormes guerreros galusas. Puso rápidamente su espada entre él y ellos. Los lincoulos que llevaban en cada una de sus manos largas espadas, sabían de sobra que con el vasinino no podían actuar como con los galusas. Aquel ser de mirada inocente que parecía inofensivo, era un vasinino y estos no se asemejaban en nada a los galusas, ni remotamente.

Los lincoulos se fueron posicionando alrededor suyo para atacarle cada uno, por un lado, cuando repentinamente otro vasinino apareció corriendo de la nada y se posicionó junto a él.

-¡Hombre, Cymbal! ¡Que placer verte! -dijo con una sonrisa. El recién llegado traía en su mano fuertemente asida una espada de cuya hoja aún goteaban espesas gotas de sangre color carmesí-. ¡Ya has tardado! Dime ¿Cual prefieres? ¿Derecha o izquierda?

Aunque te aviso el de la izquierda parece más fiero. Mira que ojitos tiene. ¡Je, je, je! -rio Xara en aquel tenso momento-. Parece que te mira con deseo.

-¡Dios, Xara! -respondió Cymbal asombrado y molesto-. ¿Ni en estos momentos dejas de sonreír? Que son lincolos. ¡Demonios!

Estos los miraron fijamente y sin más decidieron atacarles a la vez, como si hubieran sido movidos por un mismo resorte. El sonido de las dagas y espadas entrechocando dejaba bien claro la crudeza de la batalla particular. En un momento de toma y daca, la mala fortuna quiso que a Xara se le escapase la espada de la mano después de detener un golpe mortal del lincolos y con la mala suerte de ser herido en el brazo al intentar recuperarla. Gracias a sus buenos reflejos, el golpe dirigido hacia su cuello acabó en su brazo, lastimándolo y rebanándole un pequeño trozo de carne vasnina. Poco después conseguía de nuevo recuperar el arma y el lincolos una flecha en el mismo corazón lanzada desde la distancia por Rutter, quien les gritaba y preguntaba:

-¿Eeehh? ¿Todo bien?

-¡Perfecto, Rutter! Puedes continuar -respondió Cymbal chillando también según paraba y lanzaba otro golpe de espada a su rival.

El lincolos al ver a su compañero muerto en el suelo y percatarse de la presencia del arquero que recargaba su arma, comenzó una alocada huida que no le sirvió de nada. Rutter hablaba de nuevo con su Arco Blanco. Luego el mismo resultado, otro feroz lincolos ensartado y moribundo en el suelo con la única y sutil diferencia del blanco, este tenía la flecha atravesando su musculoso cuello.

-Trabajo liquidado, amigos -dijo a lo lejos Rutter antes de desaparecer tras una esquina mientras el barullo de miles de hierros entrechocaba aquí y allá.

Xara rápidamente se miró la sangrante herida comentándole a Cymbal:

-¡Gracias! Apareciste en el momento más oportuno. Si no hoy, muy posiblemente no lo hubiera contado.

-¿Pero qué dices, Xara? -contestó este intentando quitar hierro al asunto-. Hubieras podido con ellos y con más. A ver..., -dijo acercándose a él-. echémosle un vistazo a esa herida.

Xara le tendió el brazo con evidente gesto de dolor en su rostro.

-Bueno, bueno, bueno. -comentó Cymbal analizando el corte de su amigo-. Creo que por hoy te toca descansar. Te haré un torniquete por ahora para que deje de manar la sangre y no hay otra Xara, por hoy se te ha acabado el gozo, te toca descansar.

Este abrió los ojos de par en par.

-¿Descansar? Cymbal, no podemos descansar, mira todo el trabajo que tenemos por aquí -argumentó oyendo el estruendo de los hombres a poca distancia.

-Xara -la mirada de su amigo era concluyente-. No puedes, solo te digo eso y si puedes..., lo único que puedes hacer es esquivar golpes. Tu brazo necesita recuperarse y eso no va a ser ni en un día, ni en dos. Si peleas lo más normal es que te hieran y quizás no tengas tanta fortuna ¿Sabes lo que quiero decir? No debes utilizar tu diestra como está y con tu otro brazo eres como uno de ellos -dijo señalando hacia los combatientes cercanos-. Uno más.

-¿Sí? ¿Y qué hago entonces? ¿Me escondo?

Cymbal le echó una mirada cargada de afecto.

-Esconderte no, pero estate todo el rato junto a mí, tal vez podamos cruzar esa maraña de combatientes e ir hacia el norte, en cuanto lleguemos allí, te quedarás bien quieto. ¿Entiendes bien lo que quiero decir? Quieto significa parado, sin hacer ni tocar nada.

Cymbal tenía la duda de si dejar o no a Xara en un lugar seguro. Conociéndole sabía que su amigo fiel a la promesa a su rey muy posiblemente partiría de nuevo al

frente de combate y en las condiciones en las que estaba, no era lo más indicado para él. Con mucha suerte y atravesando con sus dagas y espadas a más de un adversario, consiguieron a través de callejuelas infestadas de cuerpo muertos y mutilados, dejar la zona crítica y alejarse poco a poco en dirección al norte de la ciudad. Llegaron tras muchas fatigas al lugar donde se encontraba Degall, Elcor y parte del ejército que se había quedado con ellos para su protección.

Al verles el emperador acudió rápidamente a su encuentro. Se hallaba completamente resguardado de la furia salvaje del momento. Rodeados por soldados, incluso Graggo se había quedado junto a él con la única intención de protegerle. Según sabios consejos vasinicos que le costó aceptar, se había conseguido persuadirle que para su seguridad y la del reino era mucho mejor que quedase al resguardo de la batalla, batalla que se libraba a menos de dos o tres kilómetros ciudad adentro. Por supuesto ninguno de aquellos soldados estaba dispuesto a dejarle ir ya que una flecha disparada con precisión y mala uva seguramente obligase a celebrar un nuevo funeral de estado en Shámsala.

-¿Xara, pero qué te ha ocurrido? -preguntó Degall viendo el sangrante pañuelo de color rojo, colocado alrededor de su brazo-. Estás herido. ¿Es... es grave?

-Nada que no se pueda coser con un buen hilo, mi rey -repuso con agilidad sorprendente el aludido-. Además, mi buen amigo aquí presente, Cymbal, se ha esmerado ocupándose según veníamos, de aquellos que querían agrandar mi herida.

-Necesita un médico que le limpie y sane el brazo, majestad -añadió Cymbal-. Una buena cama, reposar y si es en compañía, mejor que mejor.

-Pero no tu compañía, vasinico. -agregó rápidamente Xara-. Preferiría sin lugar a duda la de una bella dama que me diese paz, mucha, mucha paz.

-Tendrás esa cama y los médicos que necesites para curarte Xara- dijo sonriente el rey-. Lo que no te puedo prometer es esa bella mujer que dices. Por Dor-Alia no conozco a nadie por ahora, excepto a mi tía Lundia y a su familia, que por cierto, ¿dónde estarán? -se preguntó pensativo.

Galizas y los suyos habían conseguido reunirse con el grupo del rey y juntos esperaban noticias del transcurrir de la batalla. El slá al oír aquel comentario y el nombre de Lundia, no pudo ocultar una sonrisa zorruna. Las palabras le traían hermosos recuerdos.

-«Tal vez debiera aconsejar a Xara sobre Lundia».

-Cymbal, ¿qué nos puedes decir de la batalla? ¿Qué está ocurriendo? Desde este lugar no podemos enterarnos de nada de lo que sucede y estos soldados que ves aquí, -- quiso saber preocupado el emperador señalando a quienes les guardaban las espaldas-. no nos dejan dar ni un paso en aquella dirección.

-Aunque nos duplican, majestad, (por no decir triplican en hombres), en la lucha no pueden con nosotros. Poco a poco la balanza se está decantando por Shámsala y a no mucho tardar espero que terminen por entregar las armas. Eso o morir, lo que ellos elijan.

-¿Ha habido muchas bajas entre los nuestros? -preguntó entonces Graggo nerviosamente-. ¿Brigadión, Rutter? ¿Sabes algo de ellos?

-Rutter nos quitó de encima un par de lincoulos que la habían tomado con nosotros. Uno de ellos fue quien me hirió. -recordó Xara con cara de asco-. Si no llega a ser por él, casi no lo cuento. Su Arco Blanco acertó de lleno en la diana, dos disparos y dos lincoulos menos.

-¿Y de Brigadión? ¿Qué noticias hay? -preguntó ahora el rey en espera de una respuesta que le tranquilizase.

-Nada, majestad -contestó Cymbal-. La última vez que le vi, también estaba luchando con otro lincollo, pero parecía llevar las de ganar. Le conocéis de sobra, sabe cuidarse muy bien y no me gustaría estar en la piel de ese lincollo.

-Eso espero, Cymbal, eso espero. -respondió el rey-. Tus palabras me dan esperanzas de volverlo a ver muy pronto.

Mientras tanto y luchando mano a mano con los demás, Rutter y Brigadión seguían quebrando vidas, unas tras otras. Sus aljabas estaban completamente vacías y los Arcos Blancos descansaban sobre sus espaldas, pero lo que no reposaba ni un instante eran sus mortíferas dagas. Habían preferido utilizar estas antes que cualquier otra arma. Al principio con el Arco Blanco se dedicaron a tumbar a los enemigos más poderosos que pudiera haber en el área de combate, luego cuando las flechas se acabaron, sacaron sus dagas y con ellas hicieron lo mismo, diezmar una y otra vez al invasor. Intentaban en todo momento buscar aquellos más fuerte y diestros que no simples soldados de fácil muerte. Primeramente, cada uno había ido por un lado, pero a lo largo de la refriega y sin querer se habían reencontrado, desde entonces habían decidido seguir juntos el camino.

Y fue entonces cuando Brigadión preguntó a Rutter si tenía noticias de ciertos vasninos que no veía desde hacía tiempo en la batalla, a lo que este comentó lo de los dos lincollos que se habían enzarzado con Xara y Cymbal y a los que había despachado desde la distancia.

-¿Y no has vuelto a saber de ellos?

-No. Una vez vi que los lincollos no se movían, salí disparado hacia otro lugar que me necesitasen más. Ellos saben de sobra cuidarse muy bien solitos. ¿Seguimos entonces?

-¡Vamos allá!

Dicho y hecho, sus dagas continuaron cercenando cuellos y atravesando corazones. Solamente a los soldados más inútiles les dejaban con las manos heridas e inutilizadas para que no pudiesen seguir sosteniendo arma alguna.

Finalmente, la batalla llegó a su fin y ocurrió cuando Lanzan Delk tiró su espada a los pies de un gigantesco guerrero galusa que le tenía contra una pared a punto de asestarle un golpe definitivo con una de sus hachas.

Lanzan Delk gritó, gritó con rabia en voz alta para que todos sus soldados le oyesen bien claro. Era la rendición definitiva del reino del sur y todo su ejército debía seguir su ejemplo arrojando las armas al suelo ya que era la única solución para seguir con vida.

-¡Nos rendimos! -dijo rabioso tirando su espada a los pies del galusa que estaba a punto de descargar el golpe mortal-. ¡Nos rendimos! El ejército del Reino de la Luz se rinde ante vuestro rey. Por favor, llevadme ante él.

El galusa alargó su mano, le agarró por el cuello y como si fuese una pluma lo levantó poniéndolo a su misma altura. Cara a cara.

-Repítelo de nuevo y más alto aún, que te oiga bien todo tu ejército. -le dijo este con malsana intención riendo.

Lanzan Delk intentó hablar, pero no pudo hacerlo debido a la presión que ejercía el galusa sobre su cuello. Solo consiguió emitir un ahogado sonido gutural.

-¡Déjalo! ¡Bájalo ahora mismo! -gritó Rutter viendo la escena desde la distancia y corriendo hacia ellos.

En todo momento, tanto él como Brigadión habían intentado buscar al comandante de las fuerzas enemigas y por fin lo habían encontrado. Allí estaba Lanzan, aunque en manos de un guerrero galusa que por lo que parecía no tenía ninguna intención de

obedecer al vasnino arrancándole la vida de cuajo. El galusa desde su altura miró a quien le gritaba, pero sin hacer el menor caso siguió apretando el cuello del enemigo con creciente crueldad.

-¡Déjale en el suelo! -volvió a ordenar Rutter chillando ya más cerca con Brigadión en todo momento junto a él. Ambos corrían como galgos salvajes intentando llegar a tiempo y antes que el guerrero rompiese finalmente el cuello de su enemigo.

Pero el galusa seguía a lo suyo y sin la más mínima intención de acatar la orden que le daba aquel vasnino. Él obedecía a su rey Bream, no al emperador, ni a ninguno de sus súbditos y su rey lo había dicho bien claro. ¡Muerte al enemigo!

-¿No puedes hablar? -le preguntó a Lanzas con endiablada sorna y con ojos inyectados en sangre.

Antes que pudiese volver a apretar el cuello y romperlo definitivamente, los vasninos consiguieron llegar junto a ellos.

-¡Te he dicho que lo sueltes!

Y diciendo esto, Rutter golpeo con todas sus fuerzas en la espalda al galusa que cayó a tierra derribado como si fuera un auténtico pelele. El gigantón fue tumbado sin dificultad alguna por un ser al que sacaba más de dos cabezas de altura. Lanzas Dell fue a parar hacia otro lado tosiendo como un auténtico tísico e intentado recuperar aire en sus pulmones. El galusa se levantó con rapidez y antes siquiera de poder decir algo por su actuación o contraatacar, Brigadión lo derribó de nuevo con un golpe en la sien que lo dejó tendido en el suelo mirando al infinito perdidamente.

-Eso te pasa por idiota - dijo Brigadión.

-¿Os encontráis bien? -preguntó entonces Rutter amablemente a Lanzas Dell. Luego señalando al galusa añadió-. Este energúmeno pretendía romperos el cuello.

-Gracias, caballero. ¡Cof, cof, cof! -tosió con dificultad Lanzas Dell maravillándose del trato que le dispensaba el vasnino. Seguidamente se postró ante él.

-¡Por favor! Aceptad nuestra rendición sin paliativos y permitid que mis soldados que aún no hayan sido abatidos por vuestras armas regresen a sus hogares sanos y salvos, mi señor.

-¡Perfecto! -sonrió Brigadión sin dar más importancia a ese crucial momento y a sabiendas que aquella batalla había finalizado-. Aceptamos de muy buena fe vuestra rendición sin condiciones. Seguidnos por favor, volvamos con nuestro rey. Supongo que querrá veros y hablar con vos. ¡Seguro!

Excepto algunos lincolos que seguían por aquí y allá batallando, todos los demás miembros del ejército enemigo habían tirado las armas. Sin embargo, en el código de los lincolos, la palabra rendición o huida no existía. Antes preferían morir luchando que abandonar su suerte a manos de enemigos de otros reinos, por lo que unos y otros fueron aniquilados sin piedad. Un lincolos vivo y suelto era demasiado peligroso como para tener piedad de él dejándolo con vida. Muerto el perro se acabó la rabia y con la muerte del último de ellos, llegó también el fin de la batalla de Dor-Alia.

A todos los supervivientes enemigos les sacaron de la ciudad, habilitándose una gran extensión de terreno totalmente cercado. Tenían que permanecer allí recluidos hasta ver que se decidía con ellos y en todo momento estaban cuidadosamente vigilados por ródicos y galusas. Se buscó también a los posibles enemigos que pudiesen haberse escondido por la ciudad, peinando casa por casa y calle por calle y todos los que fueron encontrados acabaron en el recinto externo con los suyos sin más daños. Las amenazadoras catapultas, onagros y balistas, armas que había llevado el Reino de la Luz para proteger a Dor-Alia ante la posible reconquista, pertenecían ahora a su enemigo

acérrimo. Eran armas nuevas y relucientes, en perfecto estado y sin haber sido utilizadas.

Aquella fue una victoria que encumbró al rey emperador Degall como un gran estratega y le otorgó también una mayor humanidad debido al perdón que mostró hacia sus rivales y hacia Lanzas Delk. Con este tuvo demasiada misericordia, ya que lo más común es que hubiera pagado los platos rotos de Gardian y acabara colgado de una recia rama sin defensa, ni juicio alguno. Pero no fue así y Lanzas Delk se reunió con sus desarmadas tropas en el recinto fuera de la ciudad en espera de ver que decidían sobre su futuro y el de sus soldados.

En el transcurso de varias semanas, miles de soldados de Shámsala acampaban en las afueras de Dor-Alia. Maran, Vasia Golteim, Lamiah, Alghall, Galusiam y Lamverdy habían enviado a sus efectivos e incluso Maran había recuperado parte de los suyos. Juntos esperaban pacientemente las órdenes del emperador para actuar.

Y la orden llegó a no tardar mucho.

Ahora debían entrar en la Cordillera Imantada e intentar sacar por las buenas o por las malas al ejército invasor y puesto que no podían huir debido a las altas murallas que rodeaban toda la cordillera, posiblemente estuviesen bien atrincherados en el lugar, pero sin poderse abastecer de alimentos, ni de agua.

Con Lanzas Delk junto a ellos, partieron hacia las altas montañas cuyos embriones de oro habían obnubilado la mente de Gardian. Delk actuaba ahora como el estratega, mediador y mensajero enviado por el rey emperador Degall para intentar hablar con el ejército enemigo y que este depusiese las armas.

En caso de no aceptar desocupar el lugar antes de un par de días...

-Diles que se cargará contra ellos sin miramiento alguno y esta vez no habrá ni un solo prisionero -le comentó el rey Bream.

Además, debían entregar todas las armas, incluso las más insignificantes. Aquel era el mensaje que Lanzas Delk llevaba. Luego en caso de que accediesen a ello y en vista de su buena predisposición, se les iba a permitir recoger a los prisioneros de la batalla de Dor-Alia y llegar a la frontera sur para no volverles a ver pisar nunca más Shámsala.

Las horas en las que Lanzas Delk lidió con los generales del Reino de la Luz fueron cruciales. Hablando con ellos intentaba convencerles de la ferocidad de su enemigo y de que ellos estaban completamente a su merced ya que no disponían de ningún tipo de avituallamiento para subsistir, todos los caminos estaban controlados por el enemigo con la consiguiente imposibilidad de conseguir alimentos y agua. También les dijo cómo Shámsala tenía algún tipo de artefacto, magia o lo que se le quisiera llamar, que mataba sin remisión a sus soldados y que no se explicaban aún qué podía ser. Les habló de la ferocidad de los gigantescos galusas, de los increíbles vasininos y de los letales ráficos, mientras que ellos no disponían ni de un mísero lincolou. Aparte de los que dejó en la ciudad y que fueron aniquilados, Gardian se los había llevado todos consigo. Luego les señaló hacia el gran ejército que abarcaba demasiados kilómetros de soldados y lanzas, con todos sus integrantes serenos sobre sus monturas. Les advirtió que estos hombres solo esperaban noticias suyas para volver a enfundar las armas o para prepararlas todavía más. También añadió desinteresadamente, que aquel gran ejército que se hallaba a escasa distancia mataba el aburrimiento simplemente sacando filo a sus ya de por sí afiladas armas.

No hizo falta la lucha, después de algunas horas de deliberaciones con generales y comandantes llenas de tensión y miedos. Lanzas Delk consiguió que el ejército del Reino

de la Luz accediese a arrojar sus armas a los pies del rey emperador Degall Vaalam de Shámsala.

Se había logrado de esta forma una victoria sin víctimas por ninguno de los dos bandos. Este hecho fue verdaderamente aclamado por todos los soldados de ambos ejércitos.

Lanzan Delk sabía que sus días estaban contados en cuanto pisase Akanndra, la capital de su país, por lo que solicitó compasión del rey Degall y permiso para poder residir en Shámsala. Visto su gran labor como mediador en la contienda y en la consecución de la increíble victoria, su deseo fue concedido y se le permitió quedarse. Solo debía acatar dos únicas condiciones; servir de por vida a su nuevo monarca y residir en una de las provincias lejos de la frontera sur del reino, bien Galusiam, Alghall o Lamiah.

En las montañas, los soldados invasores se despojaron de sus armas con temor. De estar armados hasta los dientes ahora habían pasado al desarme total y por lo tanto a merced de un enemigo que tal vez les había embaucado con palabras fáciles para conseguir sus propósitos. Pero nada de esto ocurrió, ninguno fue ajusticiado y a todos se les trató con respeto y honor. También se hizo saber que todo aquel soldado de Shámsala que profanase la orden del rey tratando incorrectamente a los prisioneros, sería juzgado sin ningún tipo de atenuante. De esta forma los llevaron juntos a los demás prisioneros ampliándose el recinto y allí quedaron en espera de ver cuando se les devolvería a su reino.

El rey emperador había conseguido una importante e increíble victoria que seguramente iba a ser relatada durante siglos y más siglos.

83

“REGRESO FINAL”

Días después, cuando la ciudad se recuperaba de la barbarie de la guerra y antes que a todo el mundo se le olvidase lo sucedido en Dor-Alia, Degall reunió a los vasininos más cercanos para decidir un asunto al que llevaba dando vueltas desde que se produjo el ataque de Gardian. Allí estaban Cymbal, Xara, Graggo, Dolphin, Brigadión, Rutter y otros vasinino más, en el salón central del mismo palacio.

Antes de empezar con la reunión, Degall recordó a su tía. Felizmente había conseguido escapar de las garras de Gardian por oscuros laberintos y pasadizos aún más tétricos que a través de túneles llegaban por debajo de la ciudad hasta casi las mismas murallas. Desgraciadamente su hijo Rulon fue capturado y hecho prisionero por el enemigo. Sin ningún tipo de perdón, Gardian exigió su cabeza como venganza por la huida de su familia. Después de la batalla, Lundia y sus demás hijos volvieron sanos y salvos al palacio. Su agradecimiento hacia el emperador y a los ejércitos de Shámsala por tan sublime victoria y por barrer al enemigo de la ciudad fue algo memorable y digno de ver.

La reunión comenzó tras la comida y ninguno de sus familiares estaban allí por expreso deseo del rey emperador.

Degall no sabía cómo iniciarla, pero era importante comunicar lo que tenía que decir. Sabía que los vasininos iban a rechazar su decisión nada más oírlo, pero él era el rey y ellos quienes debían obedecer.

-Quería comentaros algo importante -dijo con seriedad-. Sé que no lo vais a aprobar y que no os va a gustar mi decisión y por eso os reúno a todos. Por si quizás alguno tiene una feliz idea y me quitáis la mía de la cabeza.

-Majestad, ¿qué ocurre? -preguntó sonriente Xara-. Por los del sur no estaréis preocupado. ¿No?

-No Xara. No es eso, por ahora.

-Esos no van a volver en mucho, mucho tiempo, mi rey. -añadió Graggo con tranquilidad-. Os lo podemos asegurar.

-¿Me lo aseguráis al cien por cien? -soltó Degall mirándolos directamente a todos.

Callaron y ninguno contestó, sabían que lo expresado por Graggo podía no ser del todo cierto.

-De eso se trata, de cuánto tiempo necesitará Gardian para reorganizar sus ejércitos y volver a atacarnos. En cuanto descubra que fueron slá's quienes empezaron a liquidarles, buscará cualquier tontería para convencer a su generales y repetir el ataque. Tal vez entonces no tengamos tanta suerte.

-Tal y como están ahora fuera de la ciudad, no creo que les queden muchas ganas de volver -comentó Brigadión tajante.

-Pero amigos, pensadlo un poco -replicó Degall-. Les hemos derrotado y los tenemos prisioneros. No hemos castigado a ninguno de ellos excepto en combate. Ahora les estamos manteniendo y son miles de hombres, miles de bocas hambrientas es lo que hay ahí fuera. Si esto sigue así, vamos a tener que bajar a su reino a pedir alimentos para ellos. Ahora han sido derrotados y sin embargo no les condenamos, ni ajusticiamos. Están felices en su pequeño llamémosle paraíso y saben que en cuanto vuelvan a Akanndra, esa paz se acabará. ¿Por lo que, por qué no repetirlo de nuevo? ¿Por qué no volver a intentar conquistar Nueva Maran, si somos tan benévolo con ellos?

-¿Estáis acaso intentando decirnos, mi rey... ¿que les ajusticiemos a todos? -preguntó Xara tragando saliva.

Los vasininos se encontraban sombríos por las palabras que habían escuchado de su rey y ahora esperaban intranquilos una continuación a su exposición. Sabían que si Degall ordenaba sus muertes, no podían hacer nada en su contra, excepto hacerle cambiar de opinión antes que esta fuese llevada a cabo. Sus siguientes palabras reales les dejó aún más nerviosos.

-No Xara, no. Nada más lejos de mi intención, lo que intento decirnos es que el culpable sí debe pagar. Gardian debe morir y pagar por lo que ha hecho.

-Mi rey, -se adelantó Rutter un tanto acalorado-. si atacamos el Reino de la Luz ahora, nos estarán esperando. En su terreno tenemos todas las de perder. Pensadlo bien por favor antes de decidirnos.

-Y además -agregó Brigadión-. No sería muy conveniente.

-¿Por qué, Brigadión? -preguntó el rey resuelto. Degall sopesaba algo que ellos no sospechaban y lo iba a comunicar en breve. Ni remotamente había pensado en invadir a su enemigo, pero aun así quería oír, le alegraba ver que su querido Brigadión estaba como vulgarmente se dice, metido en el ajo de aquella conversación. Así que le preguntó directamente-. ¿Por qué no sería muy conveniente?

-Porqué nuestra victoria ya se conocerá en todos los demás reinos que tienen fronteras con Shámsala. Recordad que hay espías en todos los lados y por cierto, sabed que en Akanndra tenemos los nuestros -añadió con una sonrisa cautivadora-. Bien, pues si ahora bajamos en busca de venganza hacia su ciudad, es posible, aunque no pueda afirmarlo con rotundidad, que los Reinos Mun o Kall nos hagan una pequeña visita de cortesía por el norte, sabéis a lo que me refiero. No nos tienen mucha simpatía y pueden aprovechar nuestra incursión al sur para intentarlo y sobre todo, sabed que nuestros hombres no saldrán tan bien parados en Akanndra, como en Dor-Alia o en la Cordillera Imantada, os lo puedo asegurar. Si consiguen conquistar los terrenos del norte, la guerra que intento quitaros de la cabeza con el sur, -Brigadión aprovechó para guiñarle un ojo

mientras el rey seguía muy atento a sus palabras-. nos hará daño, mucho daño, aunque no digo que fallemos en el intento. Pero rehacer bien nuestros ejércitos nos llevará mucho tiempo y será este tiempo el suficiente para que en el norte los supuestos invasores se aposenten y defiendan lo conquistado con uñas y dientes.

-Muy bien expuesto, ¡sí señor! -respondió Degall ante la sorpresa de todos-. Pero eso no es mi querido Brigadión, lo que intento deciros. Para nada quiero asesinar prisioneros y menos seguir batallando en el sur.

-¿Entonces? ¿Qué es lo que proponéis, majestad?

-Simple. Necesito voluntarios para que vayan a Akanndra y asesinen a Gardian.

Los vasininos se miraron unos a otros sorprendidos ante lo que terminaban de escuchar. Su rey les estaba solicitando bajar hasta la ciudad enemiga y matar a su máximo mandatario, a su emperador. No lo podían creer.

-Majestad, ¿pero sabéis lo que decís? ¿Conocéis el alcance de esa decisión? Sería una declaración abierta de guerra pura y dura, sin más.

-¿Y quién les va a decir que hemos sido nosotros? ¿Tú, Cymbal? ¿Tú, Xara? ¿Acaso vosotros? -y los señaló a todos-. La idea es la siguiente. Ya sabemos lo bien que funcionan los Arcos Blancos esos. Uno de vosotros, baja hacia Akanndra y se oculta por allí. Cuando los prisioneros vuelvan a sus hogares, lo más normal es que el mismo emperador les reciba en un lugar visible de la ciudad. ¿Y qué mejor momento para atravesarle con una flecha directa a su corazón? Una flecha enemiga, del Reino de la Luz y una de las miles que les hemos incautado. Creerán que ha sido uno de ellos con muy buena puntería o suerte. Una persona airada por la pérdida de un hermano, de un hijo o de un padre. Alguien que achaque esa pérdida a su emperador. ¡Bien! -Degall volvió a mirarlos fijamente-. ¿Alguien se apunta? ¿Algún voluntario?

Increíblemente todos levantaron la mano al unísono.

-Xara, -reconoció Degall-. te agradezco que ices tu mano buena, pero creo que estarás mejor en palacio. Tienes que recuperarte bien. Gracias de todos modos. Brigadión, a ti no te permito que no estés junto a mí cuidándome como lo has hecho hasta ahora. No puedo dejarte ir. -agradeció el rey-. Y sobre vosotros ...

Solo restaban Cymbal, Rutter, Graggo, Dolphin y otros vasininos no muy conocidos. Tenía que decidirse, pero no se atrevía por quién. De repente y sin pensárselo dos veces Rutter dio un paso al frente e increíblemente Graggo había hecho lo mismo y a la vez.

-Gracias por vuestro ímpetu -sonrió Degall-. Pero tú no Graggo, concretamente tú..., no. Tampoco puede ser.

-Si puedo majestad, Rutter y yo nos ocuparemos de Gardian y os aseguro bien que tiene sus días contados. Todas las inútiles muertes producidas por su avaricia no pueden quedar en saco roto.

-Lo sé, pero no, Graggo. No -repitió el rey-. Tú no irás y es mi última palabra al respecto. Chafan ha estado muchos años sin ti lamentándose y sintiéndose culpable por unos hechos del que no era en absoluto culpable y ahora no puedo privarle de tu compañía por más tiempo. ¿Me entiendes?

El aludido agachó la cabeza entendiendo a la perfección lo que el rey intentaba transmitirle dando un paso atrás.

-Bien, Rutter. Te toca a ti hacer el trabajo, pero no quiero que vayas solo, quisiera que alguien más te acompañara...

-Iré yo, majestad. -la voz de Dolphin sonó con fuerza y decisión en la estancia-. Yo le acompañaré.

Aunque Brigadión tenía algo más que decir.

-¿Y por qué no Bariel, mi rey? -sopesó lanzando a Degall una mirada llena de complicidad sabiendo del peligro que entrañaba la misión-. Es un muy buen guerrero y sabe de sobra defenderse por sí mismo. Lo hará perfectamente.

Degall le observó en silencio y barajó durante un solo segundo aquella opción. Resultaba claro que su vasnino favorito le daba la idea para intentar desembarazarle de un clavo en la bota. Pero no, a Bariel le habían hecho sufrir cruelmente durante demasiado tiempo y ahora todo debía cambiar. Seguía sin perdonarse sus últimos comportamientos, incluido el que tuvo con el rádico por cuestiones de celos y amoríos ocultos. Aquello no se iba a repetir, Bariel y Lienha tenían sentimientos que caminaban en la misma dirección por lo que haría lo indecible para conseguir que estuviesen juntos en palacio, siempre y cuando ella se recuperase de aquella incapacidad surgida de su única culpa. De hecho, ya no se sentía prisionero de sus tetas, ni de su cuerpo y veía a Lienha como lo que era, su única y verdadera hermana. Así pensaba el rey ahora y por eso quería al rádico junto a ella, apartado del peligro de aquella misión en Akanndra. Volvería a Vende lo antes posible, no había más que hablar.

-No Brigadión, no. Bariel no irá. Le acompañarás tú, Dolphin. Avisad a Lanzas Delk que mañana mismo movilizaremos el campamento y los devolveremos a su reino guiándolos hasta la misma frontera. No podemos permitirnos mantenerles más tiempo ahí fuera. ¡Gracias a todos!

Y con aquellas palabras el rey dio por finiquitado el asunto de Guardian y de Akanndra.

-Gracias, majestad -fue la respuesta de Dolphin mientras Brigadión observaba receloso intentando ocultar sus sentimientos.

Al día siguiente, dos vasninos emprendieron el camino hacia el sur disfrazados como unos corrientes marchantes que transitaban por los caminos. Cada uno de ellos llevaba un Arco Blanco oculto entre los pertrechos anudados a las sillas de sus caballos, además de un sinfín de flechas enemigas. A la misma hora de su partida, el campamento empezó a movilizarse por orden del rey, debían dejar aquella plaza. Allí acababa la funesta aventura de conquistar Dor-Alia por parte del Reino de la Luz. Los invasores volvían con las orejas gachas, pero vivos que era lo importante.

El ejército del reino de Shámsala seguiría en la ciudad y esperarían que volviesen aquellos que habían ido a acompañar a los prisioneros enemigos hasta la frontera y aun así, mientras no recibiesen la orden del rey debían seguir en sus puestos de guardia en Dor-Alia. Degall hasta que no recibiese noticias de Rutter y Dolphin sobre la muerte de Guardian y qué opinaba su pueblo del acontecimiento, no pensaba hacer volver a las tropas a sus ciudades de origen.

Desde Nueva Maran, multitud de cuervos mensajeros salieron en todas las direcciones del reino para notificar los últimos sucesos e iban repletos de buenas noticias en sus patas. A Ciudad Galus, a Puerto Albino, allá en el lejano noreste de Lamiah, a todo el sur, a Basteff o a Gallien, se enviaron aves con mensajes para la población. Venían a decir que Dor-Alia había sido reconquistada y que cualquier rey intruso que osase penetrar en Shámsala en un intento similar, tendría el mismo fin.

Al cabo de unos días y sin esperar noticias de los vasninos en misión al reino del sur, el rey abandonó Dor-Alia e inició el regreso a Lamiah. Los vasninos que habían llegado para la contienda también se despidieron del rey y cada uno retornó a su lugar de procedencia. También muchos de ellos que seguían el camino del joven monarca y buen estratega, decidieron acompañarle durante parte del trayecto. Así que solo los rádicos, algunos vasninos, la tropa venida desde Vende y (por supuesto) los slá's, eran los únicos

que regresaban de vuelta al lejano este. En cada pueblo, villa o ciudad, la comitiva era recibida con multitud de aplausos y vítores. Las buenas nuevas que habían traído los mensajeros alados, hacían sentirse a aquellas gentes más seguras en sus hogares y más seguras también de su rey, quien había demostrado acudiendo al socorro de Dor-Alia lo que podían esperar de él sus súbditos. Así que pueblo tras pueblo y ciudad tras ciudad, los homenajes y muestras de cariño a su paso eran constantes y al final hasta pesados y cansinos. En muchos sitios, los mismos alcaldes acompañados de los nobles del lugar, les invitaban a pasar un día entre fiesta y más fiesta, conmemorando la victoria y todo ello aliñado con copiosas comidas. El rey agradecía de sobremanera aquellos actos y en más de una ocasión se excusó alegando cualquier tontería sobre un malestar de estómago u otra dolencia parecida. Pero no podían hacer más, unas veces conseguían a duras penas continuar en su camino y otras claudicar ante la insistencia y pasar noche “y demás” en la ciudad que tocaba. Degall y sus hombres, cansados y sin ninguna gana, levantaban constantemente los brazos saludando a la plebe agradeciendo la muestra de devoción por su rey, cuando lo único que deseaban fervientemente era llegar a Vende lo antes posible y en el caso de Degall, ver de nuevo a su querida hermana. Por lo tanto, una vuelta que al principio les llenaba de ilusión por la gratitud del pueblo, acabó convirtiéndose en un martirio que parecía no tener fin. Al cabo de semanas de viajar, después de muchas paradas en el camino y con largas y cansadas caras, llegaron a Vende un mediodía.

En las mismas escalinatas de entrada a palacio, les aguardaba Chafan para darles la bienvenida con una contundente sonrisa en su rostro.

-¡Bienvenidos seáis a vuestro hogar, mi rey! ¡Brigadión! Qué placer verte también a ti -dijo esto según se apercibía que Graggo intentaba esconderse entre los demás para darle una alegría repentina, pero no funcionó-. Hermano mío, ¡Dame ese abrazo aquí, ahora mismo! ¡Qué placer teneros de nuevo en casa a todos! ¡Elcor, mi príncipe, lo mismo. Un placer volveros a ver.

-Chafan, querido amigo, el placer es todo nuestro, no te lo puedes ni imaginar -dijo Degall recordando las pausas del camino y descabalgando junto a los demás-. Estamos cansados de tanto viaje y sobre todo, de tanto saludo, comidas excelentes y poco descansar. Espero que mi alcoba real esté preparada, me voy a tumbar ya mismo hasta mañana y creo que ellos también querrán hacerlo igualmente -agregó mirando a sus compañeros de viaje-. Por favor, ocúpate que mis valientes guerreros los slá's, también tengan un lugar de reposo adecuado.

El rey esperó la respuesta del vasninos, que no tardó en llegar.

-Todo está listo y preparado, majestad. Después de tan grande ayuda por su parte, se podría decir que incluso el mismo pueblo de Vende les ovaciona cuando oye el nombre... ¡Slá! Los ciudadanos son conocedores de lo que han hecho por el reino y así se lo harán saber en la conmemoración. Sus alojamientos están dispuestos y preparad...

-¿Conme...qué? -preguntó el rey sorprendido.

-Conmemoración, majestad. Con... me... moración. -sonrió Chafan separando la palabra

-¿Qué es eso de una conmemoración, Chafan? -volvió a preguntar con la mosca detrás de la oreja. Solamente precisaba reposo y saber del estado de su hermana, nada más.

-Hemos preparado una gran fiesta en vuestro honor, mi rey. Tendrá lugar esta misma noche en palacio. Luego hablaréis, solo unas pocas palabras por supuesto ya que necesitáis descansar. Os dirigiréis desde una gran balconada que se ha preparado para la ocasión al pueblo, que hoy excepcionalmente dejaremos entrar en el patio del palacio.

Vende desea veros y oíros, majestad. Esperan ansiosos vuestras palabras, pero viendo vuestra faz, tal vez no debía haber hecho nada al respecto, ¿no?

-No, no. Tranquilo Chafan, no pasa nada.

Chafan se volvió entonces hacia su hermano.

-¡Graggo, ese abrazote, hermano! Qué ganas tenía de volverte a ver.

Se abrazaron con cariño y luego Chafan saludó también a Brigadión y al príncipe Elcor.

-Chafan ¿Que me puedes decir de Lienha? ¿Ha mejorado en algún aspecto? -preguntó Degall intranquilo.

-No puedo mentiros, mi rey. Debo comunicaros que vuestra hermana sigue igual que cuando marchasteis hacia el norte -contestó con tristeza-. Todos los días está rodeada de los mejores doctores y magos del reino intentando lo imposible para que su salud mejore, más por ahora no hemos conseguido dar ni un paso en aras de su mejoría. Lo siento, mi rey. Es lo único que puedo deciros, aparte de que continuaremos día y noche trabajando en ello.

Degall lanzó una mirada al cielo de Vende. Excepto preocupación, su rostro no parecía querer demostrar nada más. Así que el vasnino intentó animarle cambiando de tema rápidamente.

-Y tenemos otra noticia relacionada con la fiesta, majestad.

-¿Sí? -Degall contestó sin darle la más mínima importancia, su mente estaba en otro lugar-. ¿Y cuál es esa noticia si se puede saber?

-¿Recordáis la Compañía de la Luna y del Sol?

-¿La Compañía de la Luna y del Sol? Ese nombre parece querer decirme algo, pero no recuerdo muy bien qué, Chafan.

-Mi rey -se adelantó Brigadión-. Sí. Cuando fuimos de caza con Lienha y con Gu... -cambió rápidamente de tono hablando más sombrío-. Con vuestro hermano Gumb. En las montañas de Nueva Maran. La caza del legardo. ¿No recordáis? Cuando os hiri...

-Sí, ya lo sé Brigadión -cortó tajante el rey-. ¡Gracias!

Los que estaban junto a ellos se percataron del detalle y Chafan como pudo intentó quitar hierro al asunto. Estaba visto que recordar al rey la muerte de su hermano no era plato de buen gusto.

-Bueno, pues esa compañía actuará esta noche en vuestro honor con un plato especial -agregó el vasnino-. Me han comentado que representarán su nueva obra titulada "La cocinera y el caballero demacrado".

-¿Caballero demacrado? No suela mal. Veremos a ver de qué trata.

-Eso es, majestad -dijo Chafan siguiendo con su trabajo de animarle-. Creo que la trama gira alrededor de una cocinera a quien un lustroso caballero visita noche tras noche. Finalmente, la mujer de este buen señor descubre el pastel por lo demacrado del rostro de su esposo y sobre todo por la harina que aparece en su ropa constantemente. "La cocinera y el caballero demacrado", es el súmmum ahora mismo en comedia y levanta aplausos y risas allá donde se representa.

-Habrás que verla, entonces. -añadió Elcor quien no había abierto la boca aún-. Nunca me desagrada una buena obra de teatro por muy cansado que esté, supongo que a vos tampoco, majestad. Además, la compañía esa tiene muy buena fama de comediantes en todo el reino. Las risas están garantizadas y seguro que pasaremos un rato agradable olvidándonos del pasado, por lo menos durante un buen rato.

-Bueno, si es así y en vista que todo está ya organizado... ¿qué le vamos a hacer? -dijo el rey con pesar-. Habrá que ver de nuevo la Compañía esa de la Luna y del Sol y dicho sea de paso, nos hicieron reír bastante a mis hermanos y a mí cuando nos encontrábamos juntos.

Todos callaron ante aquel comentario y un incómodo silencio paseó por encima de ellos. El mismo Degall lo rompió con sus palabras.

-Chafan, por favor. Acompáñame a ver a Lienha, ¡Vamos! -dijo subiendo las escalinatas del palacio de dos en dos y sin siquiera esperarle.

El aludido fue en su pos mientras los demás y sobre todo Brigadión, les observaba partir dando demasiadas vueltas a su cabeza. Aquel no era su príncipe Degall de siempre y ahora rey. Este era diferente, así que tal vez tuviese que usar algún método algo expeditivo para devolverlo a la senda, o si no, mejor un desafortunado accidente parecido al ocurrido a su querida hermanita.

Llegó a la alcoba de la princesa seguido de Chafan pisándole los talones. Como bien había dicho el vasnino, Lienha no se encontraba sola, varios doctores y magos se hallaban en la misma estancia luchando contra el mal que la tenía prisionera. Cuando la vio se detuvo en seco, allí estaba de pie mirando por el gran ventanal hacia las nubes del lejano cielo con una hermosa rosa roja en las manos. Su mirada perdida, evidenciaba un estado ajeno a todo lo que ocurría a su alrededor.

-Lienha, ¡Hola, Lienha! -dijo apresuradamente al entrar-. Soy yo, Degall..., tu hermano. ¿Cómo te encuentras hoy?

-¿Degall? ¿Mi hermano? -contestó ella analizándole con sorpresa.

El rey y el vasnino cruzaron una mirada llena de dudas mientras la princesa olía la rosa y les observaba sin verlos. Degall se acercó a ella y dulcemente le cogió de una mano depositando un beso cargado de cariño.

-¿Lienha, sigues sin acordarte de mí, hermanita? Venía con la esperanza que hubieses recuperado parte de tu memoria.

No contestó a sus palabras por lo que Degall lo intentó con otro tipo de conversación. Echó un vistazo a la estancia y tuvo una idea.

-¡Vaya! Veo que Turbio sigue durmiendo como un lirón. ¡Vaya vida la de ese gato! ¿No, hermanita?

El gato Wogan dormía plácidamente en su propia cama y ni un millón de truenos parecía iban a lograr despertarle.

-Majestad, no sirve de nada -confesó Chafan penosamente-. Ni siquiera a su querido animal le hace caso. Desde lo sucedido le ignora totalmente. No hay nada que parezca ilusionarla o por lo que demuestre algo de interés.

Pero el rey no se rendía tan fácil.

-Lienha, -volvió a preguntar con esperanzas renovadas-. ¿Tendremos el honor de contar con tu presencia esta noche para ver juntos la comedia que van a representar la Compañía de la Luna y del Sol? Creo que se titula, se titula..., Chafan, ¿cómo era el nombre ese, por favor? -solicitó.

-La cocinera y el caballero demacrado.

-Ya lo has oído Lienha, la obra se llama "La cocinera y el caballero demacrado" -dijo con forzada sonrisa-. ¿Qué? ¿Te animas y contamos contigo?

Pero ella no contestaba, seguía con su mirada allá en el perdido cielo y empezó a canturrear extrañas notas musicales. La rosa se la había acercado a la boca y daba la impresión de que iba a besarla. Entonces el rey derrumbado se sentó en la cama y desde allí estuvo observándola durante largo, largo tiempo, demasiado largo tiempo. Las lágrimas brotaron de nuevo de sus ojos y nadie se atrevió a romper el espeso silencio reinante. Aquel rey que había salido victorioso en Dor-Alia, era el mismo que ahora era vencido sin ningún tipo de misericordia por un mal del que nadie conocía el antídoto. Todos los que se hallaban en la estancia tenían en sus rostros la misma expresión que el

rey. Con semblantes serios, no tenían mucha fe en que al día siguiente la situación mejorase, ni siquiera un poco.

-¡Bien, Chafan! Ya veo como sigue y por lo menos aprecio que se ha recuperado bien de sus lesiones físicas.

-Sí, majestad. -repuso este-. Sobre eso sí podemos decir que se encuentra perfectamente recuperada. Los huesos que tenía rotos se van restableciendo poco a poco y apetito no le falta a la hora de comer.

-Es una Vaalam de Shámsala y nosotros tenemos muy buen apetito, ya lo sabes.

-Así es, majestad. Vuestro apellido tiene fama de ello -dijo el vasnino intentando que del rey brotase una pequeña sonrisa, aunque sin lograrlo.

-Pues entonces..., solo falta que se recupere mentalmente para que sea de nuevo ella. Volvamos con los demás, aquí veo que por ahora no podemos hacer nada. Vosotros seguid atentamente a lo vuestro -dijo a los eruditos doctores que había en la alcoba-. ¡Ah! Y os prometo que a aquel que consiga su restablecimiento, le recompensaré con su mismo peso en oro. ¡Ya la sabéis! ¡

Miró por última vez a su hermana antes de despedirse diciendo:

-¡Adiós, Lienha!

Pero ella ni siquiera volteó su cabeza para ver quién le decía adiós, seguía en su mundo, mientras que aquellos que la acompañaban se ponían manos a la obra afanándose rápidamente en busca del oro ese del que hablaba su rey.

Ya en el pasillo Chafan sacó de su bolsillo un pequeño pergamino cerrado y lacrado que entregó al rey.

-Majestad, este mensaje llegó hace una semana para vos. Lleva la firma de Rutter estampada.

Degall lo cogió con ligereza y rápidamente procedió a abrirlo y leerlo.

Se trataba del esperado mensaje de Rutter y Dolphin. En él decían que habiendo llegado a Akanndra, esperaron escondidos varios días hasta que los ejércitos vencidos del reino sureño llegaran a la ciudad. Encontraron refugio en una de las casas adyacentes a la gran plaza que se encontraba vacía y se ocultaron en ella con todo preparado para cumplir su misión. Era muy seguro que allí se hiciese por parte del emperador una bienvenida a su ejército, aunque este hubiese perdido. Así que la gran tropa llegó y con él el gran día. Los Arcos Blancos estaban listos y tensos apuntando hacia su destino, a Guardian. Esperaban el momento oportuno para realizar un tiro limpio, pero algo ocurrió repentinamente que les hizo bajar sus armas. Uno de los generales derrotados que llegaron junto al monarca, sacó repentinamente una pequeña espada que ocultaba entre sus ropas y con ella infringió una herida mortal a su rey delante de todo el pueblo y ejército. Guardian cayó fulminado, muerto y el general dijo a voz en grito que aquel acto era en represalia por lo sucedido en Shámsala y por las muertes de multitud de valientes soldados del reino. Poco después detractores y partidarios del emperador se enzarzaban en una cruenta batalla que parecía no tener fin y que dejaba a la ciudad de Akanndra convertida en un auténtico reguero de cadáveres. Viendo lo ocurrido y sin inmiscuirse en lo más mínimo, desaparecieron de la ciudad sin ser vistos emprendiendo el camino de regreso a Vende. Advertía también al rey que fortaleciese las fronteras del sur, pero no por temer un nuevo ataque del Reino de la Luz, sino por la posible llegada de multitud de refugiados huyendo de la guerra civil que ahora campaba a sus anchas por el reino del sur.

-¿Alguna noticia buena, majestad? -preguntó con curiosidad Chafan.

Sin decir nada, Degall le cedió el pergamino para que lo leyese, luego disculpándose ante el vasnino se fue a su alcoba a seguir pensando en Lienha y en lo que diría a su pueblo desde la balconada.

Aunque no era aún de noche, todo estaba preparado para que en el gran salón principal del palacio se ofreciese la obra "La cocinera y el caballero demacrado". En una de sus paredes laterales, se había dispuesto un gran escenario sobre el cual se representaría la comedia. Todos los componentes de la compañía estaban preparados para el gran momento que llegaría en unas horas y mientras tanto procuraban hacer las delicias de los invitados. Relataban cuentos, leyendas de increíbles ocurrencias y asimismo músicos por aquí y allá, deleitaban al personal con satíricas y románticas canciones. El salón estaba completamente abarrotado de nobles, vasininos, ródicos y slá's que disfrutaban el momento después de una aventura llamada Dor-Alia. A estos últimos convidados por orden expresa del rey, se les habían acomodado o mejor dicho confinado en un recinto cercano al mismo palacio y ahora disfrutaban de la fiesta entre risas relatándose entre ellos sus vivencias ocurridas en la batalla. Sin embargo, por mucho que dijera el rey, los vasininos no les quitaban los ojos de encima. Cualquiera de ellos pese al perdón real, era sospechoso de todo, por lo que sus actos estaban constantemente vigilados. Chafan, antes que volviese el rey de Dor-Alia, había previsto y ordenado confeccionar gran cantidad de ropajes de diferentes tallas para los dos sexos y del mismo color. Se intentaba que los slá's fueran fácilmente detectables y qué mejor manera para esto que teniéndoles a todos llevando el mismo color de ropajes.

Todos estaban vestidos pues de un intenso, pero elegante color verde azulado que no pasaba desapercibido ante nadie.

-¿Preparado para tu gran noche, Fildeum?

La cara de lun DeLof brillaba con ilusión ante el feliz acontecimiento de ver a su nuevo hijo debutar con la compañía. Habían sido contratados por la corona para la ocasión y comprobaban encima del escenario junto a los demás compañeros, que todo el decorado estuviese en orden y listo para la función.

-Sí, señor -contestó este-. Estoy preparado para todo lo que me echen.

-Así me gusta, muchachote. Valor y al toro, como dicen. Hoy es tu gran noche. Verás qué placer da sentirse aplaudido por el respetable. A ver, repíteme tu frase.

El chico hinchó pecho sobre el que puso una mano y con la otra alzada hacía el techo comenzó a recitar como si en esos momentos actuase para el público.

-"Perdón, mi señora, por molestaros a estas intempestivas horas. Mi señor me envía para comunicaros que debido a que su esposa o digamos su carcelera, le tiene controlado a cal y canto, esta noche no podrá presentarse ante vos, pero que mañana sin falta les esperéis, que hará lo imposible por escapar de sus afiladas garras".

-¡Ja, ja, ja! -rió lun DeLof-. ¡Muy bien! ¡Muy bien, Fildeum! Eres un verdadero artista -añadió orgulloso-. Todo saldrá a pedir de boca y te prometo que en la próxima actuación, tendrás un papel más importante. Por ahora y ya que actuamos delante del rey, no está nada mal para empezar, hijo mío.

-Espero no ponerme nervioso, señor -añadió Fildeum con incertidumbre.

-¿Nervioso! ¡No, qué va! Tienes que actuar de la misma forma que acabas de hacerlo ahora. Como si estuvieras conmigo, vamos. Ten en cuenta que toda la compañía te respaldará y estará junto a ti en ese momento, no se te olvide y si no recuerdas alguna palabra no pierdas los nervios, solo mira hacia el techo y espera a que alguien que esté cercano a ti te repita lo que debes decir. Confía en el equipo, chico. No estás solo para nada, estamos todos contigo. Así que sabiendo esto... valor, Fildeum, valor y a actuar.

-Gracias -contestó con gratitud a lun DeLof.

Desde que fue incluido como un miembro más de la Compañía de la Luz y del Sol, Fildeum había vuelto a sonreír y a ser feliz por primera vez en su vida. Atrás quedaban

los tiempos en los que comía y dormía en una cuadra infectada de piojos, pulgas, chinches y otros invitados repugnantes. Durante el tiempo transcurrido desde su huida no había pensado prácticamente en ningún momento en su familia y eso decía bastante lo que sentía por ellos y además, no deseaba recordar los sufrimientos por los que había pasado. La compañía le había enseñado en poco tiempo lo que era respeto, cariño y el significado de la palabra seguridad. Le estaban enseñando a tocar un cítara, pero debido a sus pequeñas manos, le costaba Dios y ayuda poder sacar de ella algún sonido medianamente audible. También DeLof había tenido la feliz idea que Fildeum empezase en el mundo de la farándula con un pequeño papel. Papel que representaría ante un rey y que sería el de un joven mensajero del marido de una mujer de hermosa cornamenta.

-A mí no me des las gracias, Fildeum, esta noche vas a ganarte el sueldo como todo buen comediante que se precie de nuestra compañía. Mira..., mira esa gente -y DeLof señaló a los futuros espectadores que hablaban entre ellos ajenos al escenario y que aguardaban a que apareciese el emperador en el salón-. Están esperando, Fildeum, están esperando impacientes que la obra comience.

Y allí que miró el jovencito. Nobles, vasininos, ródicos y mucha gente vestida con las mismas prendas se divertían con los actos organizados por sus compañeros de troupe. Observó bien el salón y tuvo la extraña sensación que dos de aquellas personas le miraban fijamente hablando entre ellos, por lo que rápidamente volvió hacia ese lugar la mirada, pero estos ya se habían volteado y seguían a lo suyo.

-«Qué raro» -pensó, pero no le dio la mayor importancia por lo que siguió hablando con su "padre" de la próxima actuación.

Aunque Galizas y Kotta se habían fijado en él. Cuando le vieron encima del escenario se dieron cuenta en el acto. Era el crío aquel que dormía en el granero de la granja en medio de ninguna parte.

-¿Eeehh?! Mira quien demonios está encima del escenario hablando con el tipo ese.

Galizas ojeó sin mucho interés hacia donde Kotta decía y no pudo menos que reprimir una exclamación.

-¡Mira! Pero si es el mierda ese de enano que me dejó con ganas de trincharle el cuello. ¡Me cago en la madre que lo parió! Me lo cargo ahora mismo.

-Galizas -aconsejó Kotta empezando a ponerse nervioso-. Por favor, estate tranquilo. Recuerda lo que somos y donde estamos. ¡No la jodas ahora!

-¿Me crees imbécil, o qué? Nadie se va a dar cuenta ni va a saber que hemos sido nosotros. Entre tanta gente, solo tenemos que acercarnos un poco y en cuanto nadie mire y esté solito por ahí ¡, zas! -y diciendo esto Galizas hizo un gesto con su brazo como si hincase su daga a la altura del corazón de Fildeum- Lo único, me tendrás que ayudar antes que nos descubra.

-¿Yo? ¿Ayudarte? ¿Ayudarte a qué? No te lo crees ni tú. ¿Además, como piensas que nos puede descubrir si no somos los mismos que le visitamos?

-Nuestros nombres, idiota, les dijimos nuestros nombres verdaderos. A su padre, a su madre, a su hermana, a sus hermanos, a toda su jodida familia. ¿No lo recuerdas?

-¡Ah! ¡Sí! Su hermana..., ya la recuerdo. ¡Oh! ¡Qué bonito fue! ¡Ja, ja, ja!

-Kotta, eres un auténtico depravado.

-¡Ah! ¿Sí? ¿Tú no? Sigue anda, sigue por favor.

-Kotta a ver, piensa que si estás aquí es por mí. El rey mismo me ha prometido que seré el cabecilla de su ejército slá. Deberías suponer que necesitaré una mano derecha -mintió-. Así que ya puedes hacer lo que diga. Eso o te puedes ir a la mierda. ¡Tú decides!

-¡Vale, vale! No hace falta que te pongas así -respondió Kotta asustado por la repercusión de las palabras-. Pero tengamos cuidado, por favor. Nos jugamos mucho. ¿Eh? Nos está mirando. Disimula, disimula y date la media vuelta. ¡Rápido!

Los dos se giraron al unísono simulando hablar de otras cosas a la vez que Fildeum posaba de nuevo en ellos la vista.

-Vamos a acercarnos hacia él -aconsejó Galizas ligeramente malhumorado-. Cada uno por un lado y esperemos nuestra oportunidad. ¡Venga, vamos!

Kotta sin contestar siguió la orden que le había dado su supuesto superior, rodeando el salón y acercándose a un lado del escenario donde se juntó con otros slá's que hablaban amigablemente. Desde allí disimulaba viendo a Fildeum sin que este se percatase de su presencia. Mientras, Galizas había hecho lo mismo por otro lado a su vez.

Ahora les tocaba esperar el momento.

-¿Tienes todo preparado ya, Fildeum? -preguntó lun DeLof con una ceja más alta que otra en claro signo de duda.

-Sí, señor. Tengo la ropa lista en el carromato, justo ponérmela y estoy preparado para lo que sea.

-¿Y por qué no aprovechas y te cambias ya? Cuando baje el rey es mejor que estés aquí y que participes de todo lo que ocurra. Estar en palacio no es algo que suceda todos los días.

-Bien, señor. Ahora mismo vuelvo -dijo según salía feliz hacia los carruajes de la compañía que se encontraban en uno de los patios internos del palacio. Su única intención era cambiarse de prendas y volver de nuevo rápidamente junto a lun DeLof.

Sin embargo, no se percató de la presencia de dos hombres que rápidamente salían igual que él del salón y que casualmente llevaban su misma dirección. La noche acababa de llegar a Vende y estos intentaban entre sombras ocultar su presencia para que el chico no les descubriese.

Fildeum tranquilamente llegó al carromato y se fijó que no había nadie por los alrededores, pero no le dio mayor importancia, sus interminables estancias nocturnas en la cuadra le habían enseñado a no mostrar el menor miedo, ni interés por los extraños ruidos que siempre se producían a altas horas de la madrugada. Se cambió de ropajes y cuando acabó de un ágil salto bajo del carruaje disponiéndose a volver.

Pero repentinamente alguien le agarró con fuerza por la espalda y una desconocida mano le tapó la boca para que no pudiese gritar.

-¡Vaya, vaya, vaya! ¿Pero quién tenemos aquí? -dijo Galizas frente a él mirándole con una sonrisa tan diabólica como perversa.

-Galizas, lo que tengas que hacer, hazlo ya, por favor -le solicitó Kotta sujetando al chico y sudando ante la posibilidad de ser descubiertos.

-Kotta, déjame en paz. ¡Pesado! Este momento es para disfrutarlo -y le preguntó al Fildeum-. ¿Niñato, te acuerdas de mí?

Este como pudo negó con su cabeza, aunque se percató que estos dos hombres tenían los mismos nombres que aquellos buenos señores viajeros que se alojaron en la granja de sus padres.

El mismo día que huyó del lugar.

-«¡Qué casualidad!» -fue lo único que pensó con pánico viendo la cara maquiavélica de quien se encontraba frente a él.

-Galizas, no nos reconoce. ¡Mierda! Dejémosle y larguémonos de aquí pitando. ¡Por favor! -el miedo elocuente de Kotta no tenía nada que ver con el disfrute de su compañero.

-¿O sea que no nos recuerdas? -le preguntó Galizas-. ¡Ah! Claro, con estos cuerpos qué vas a recordar, aunque de nuestros nombres..., de nuestros nombres sí que te acuerdas. ¿Verdad enano? ¿Recuerdas los nombres de Kotta y Galizas, pequeñín?

Fildeum no mintió y afirmó con la cabeza sin poder articular palabra alguna.

-Ves, Kotta. Ves cómo nos reconoce. Ahora sí que es peligroso dejarlo vivo.

-Galizas ¡Por favor! -suplicó su amigo en voz baja-. ¡Lo que sea hazlo, pero hazlo ya y vámonos! ¡Mierda!

-Está bien, cobarde. Acabemos este estupendo trabajo -y diciendo esto Galizas extrajo el puñal de su vaina con la clara intención de dirigirlo hacia el cuello de Fildeum que miraba aterrorizado al desconocido.

Lo único que hizo Fildeum viendo lo que se le venía encima, fue intentar poner sus manos encima de su cara para no ver su propia muerte.

Pero ocurrió todo lo contrario y ese fue el fin de Galizas y de Kotta.

El primero solo sintió un dolor punzante que le penetraba por la espalda. Iba acompañado de un comentario jocoso que no llegó a oír terminar del todo. Solo pudo llegar a entender:

-¡Hola, hola! Querid... -luego la eterna nada.

Kotta sin embargó si llegó a escucharlo todo.

-¡Hola, hola! Queridos míos. ¿Qué? ¿Haciendo de las vuestras otra vez?

Pero tampoco pudo hacer nada,

Antes siquiera que Galizas cayese al suelo muerto, él sentía la sangre caliente de su compañero en su propio pecho. El estilete que veía profundamente clavado portaba la esencia vital de su compañero de armas y le arrebatava también la vida, por más que inútilmente hubiera querido protegerse con los brazos.

Brigadión que había estado en todo momento oyendo la conversación escondido muy cerca de ellos, había saltado de su escondrijo en el momento oportuno y desatando su furia, acabó sin ningún tipo de piedad con los dos slá's. Esta vez a ninguno de ellos les dio tiempo de recitar los versos oscuros. Allí murieron por fin y para siempre.

Fildeum bajó sus manos con temor y miró al personaje que le había salvado de una muerte segura. Solo pensó asombrado:

-«Debe ser un vasnino. Esa clase de gentes que suelen acompañar a los reyes y nobles».

Brigadión mientras tanto muy callado y atento, tocaba con sus pies a los dos cadáveres para ver si estos reaccionaban con un mísero ápice de vida. En caso de que hubiera sido así, habría tenido que emplear otros recursos más expeditivos antes de que empezasen a recitar. Cuando comprobó que no se movían, limpió su arma y se volvió hacia Fildeum con otra cara ya más relajada y animada.

-Bien, chaval. ¿Como te llamas? -preguntó sin darle mayor importancia.

-Fildeum, señor y participo en la obra junto a mis compañeros de la Compañía de la Luna y del Sol -contestó nervioso a más no poder y sin saber por qué habían intentado matarle aquellos dos señores.

-¿Participas en la obra?

-Sí, señor. Soy el actor que hace de mensajero del demacrado protagonista.

-Bien, bien -dijo el vasnino-. Dime y no me mientas muchacho. ¿Por qué te querían matar estos dos?

-No lo sé, señor.

-¿Que no lo sabes?

-Se lo juro, no lo sé, señor. No los había visto en mi vida.

-¿Y cómo es que querían matarte, pequeño? -preguntó Brigadión-. Te vi salir del salón y me fijé que ellos hacían lo mismo tras de ti. Debes saber que este tipo de gente

son de los que no se les puede dejar muy solos por ahí y por eso decidí seguirles. ¿Realmente no los conoces de nada? Dime la verdad, por favor. Míralos bien de nuevo.

El chico volvió a mirar hacia donde no quería y efectivamente, no conocía de nada a aquellas dos personas, lo único...

-Señor, sus nombres sí. Eso sí lo recuerdo, se llamaron entre ellos Galizas y Kotta y son los mismos nombres que el de unos señores viajeros que se alojaron en la granja de mis padres hace unos meses y además recuerdo que aquellos buenos señores llevaban con ellos un niño pequeño recién nacido.

-¿Durmieron en la granja de tus padres, Fildeum?

-Sí, sí señor.

-¿Y cuantas noches se alojaron allí?

-No lo sé, señor.

-¿Como que no lo sabes -se sorprendió Brigadión-. ¿No sabes cuánto tiempo estuvieron en la granja?

-No, señor -y el crío le echó todo el valor que tenía-. Me escapé de casa la primera noche. Mis padres solo me quieren para trabajar de sol a sol y me obligan a dormir en la misma cuadra junto a cerdos y caballos.

-¿Así que te escapaste? -dijo asombrado el vasinero.

-No tuve elección, señor. La misma noche que llegaron aquellos viajeros, aproveché para escaparme y poco después el señor lun DeLof me encontró. Ahora soy..., soy digamos su nuevo hijo.

-¿Vaya, vaya con el Fildeum este! Menudo valor tienes, amigo. Creo que hiciste lo mejor. Por cierto, ¿sabes algo de tu familia? Te estarán buscando.

-No creo señor. Más bien era un incordio y estorbo para ellos. Así me lo decía padre continuamente. Pero ahora mi nuevo padre es el señor lun DeLof y mi familia la Compañía de la Luna y del Sol. Me tratan con mucho cariño y amor, señor. Algo que nunca tuve en la granja.

Brigadión observó al valiente muchacho y viendo aquellos dos repugnantes seres muertos a sus pies, no albergó casi ninguna duda; la familia de Fildeum seguramente debía haber sido asesinada.

-Bueno muchachote, pues escucha bien lo que te voy a decir ahora.

Brigadión se agachó hasta llegar a su altura poniendo su mano sobre el hombro de Fildeum quien puso los cinco sentidos atento a las palabras que su salvador le iba a decir.

-Ahora volverás dentro y no hablarás de esto que ha sucedido con nadie -dijo seriamente-. Y cuando digo con nadie, me refiero a nadie. Ni siquiera a tu nuevo padre lun DeLof. ¿De acuerdo? -y le tendió la mano para que este la entrecuchara.

-Sí, señor -contestó el chico cediendo su pequeña mano-. Con nadie. Lo he entendido perfectamente. Se lo prometo, señor. Así lo haré.

-Bien, pues ahora lárgate, te estarán esperando dentro -apremió Brigadión.

-Gracias señor, por su ayuda. Si algún día volvemos a vernos le deberé una... ¡y bien gorda!

-Marcha ya y recuerda..., ¡chitón!

Fildeum emprendió una carrera en dirección al salón donde seguro su nuevo padre estaría pensando qué era debido tanta tardanza.

-«¡Vaya con el crío!, Tanto señor, tanto señor -pensó Brigadión al verle correr. Miró a los estáticos slá's y dijo-. Bien, veamos qué hacemos con vosotros dos, amigos. ¡Je, je, je! Ya te avisé Galizas que conmigo no se jugaba. Has pagado lo justo y de postre tu amigo por idiota ha seguido tú mismo camino. ¡Imbéciles!

Todo había sucedido en la zona donde habían dado permiso a la Compañía de la Luna y del Sol para instalar sus carrmatos. Debido a últimos acontecimientos victoriosos que se celebraban aquella misma noche, la guardia estaba un poco más ajena a su cometido y no se habían percatado de nada de lo ocurrido. Brigadión aprovechó para desplazarse hasta la entrada del palacio y allí, a un capitán y a los soldados de guardia que encontró, les ordenó despejar y limpiar la zona de cadáveres slá's antes que el rey saliese a la balconada para hablar al pueblo. Todo debía estar completamente limpio e inmaculado. La orden era dada por Brigadión, pero para ellos era como si el mismo rey lo hubiera exigido.

El palacio estaba completamente rodeado de murallas y su gran puerta de acceso que daba al gran patio interior aún no se hallaba abierta. Desde fuera el sonido de la muchedumbre se hacía ensordecedor. Todo Vende parecía estar allí congregado deseoso de escuchar las palabras de su nuevo monarca sobre lo sucedido en la lejana Dor-Alia. Pero hasta que el rey emperador no subiese a la balconada, las puertas debían continuar cerradas. Así que después de dar las órdenes de limpieza Brigadión volvió al salón. Ya dentro y desde el escenario vio que Fildeum le observaba atentamente. Sin más le guiñó un ojo, a lo que el chaval respondió con una gran sonrisa.

No pasó mucho tiempo antes que el emperador seguido de Chafan bajase al salón. Los presentes le ovacionaron y se dispusieron a escuchar lo que tenía que decir a su pueblo. Le vieron acercarse a la balconada y empezaron a callar y mantener el más absoluto silencio. Fue Brigadión mismo quién se acercó sonriente al rey y justo según abría los grandes ventanales preguntó:

-¿Todo preparado para vuestro gran momento, majestad?

-Sí, Brigadión -contestó-. Hemos llegado muy lejos..., hasta aquí. Ahora toca que el pueblo sepa de lo sucedido, amigo. Gracias por todo.

No le gustó mucho al vasnino lo que oyó. La respuesta necesitaba una medida drástica y urgente al respecto, muy urgente. Aun así, contestó como pudo.

-Lo vais a hacer bien, mi rey. Ya lo veréis.

Terminó de abrir y Degall salió a la balconada, en ese momento se escuchó al gentío inundando de gritos eufóricos el patio del palacio. Las puertas de acceso habían sido abiertas y la multitud corría para coger el mejor puesto y poder oír lo que su rey quería decir.

Y Degall Vaalam de Shámsala habló para su pueblo.

Una vez acabado el discurso, él y los vasninos volvieron a entrar dejando a la plebe encandilada por sus palabras. El rey les había conquistado a ellos también. Había conseguido insuflarles una confianza que tenían perdida por la culpa de viejos tiempos, pero como bien les había dicho, la nueva era empezaba con la reconquista de Dor-Alia. Incluso prometió que en los próximos días, aquel dictado de su padre, aquella loca ocurrencia decretando que la nueva era empezaba con el nacimiento de los príncipes quedaba abolida llegando a su fin. A partir de ahora nuevamente se fijaría el que hubiera sido el año natural en caso de que su progenitor no hubiera cambiado nada, el año 646. Habló de la ayuda recibida por los slá's para la reconquista de Dor-Alia y bien se ocupó de mostrar ante todos, el arrojo y la valentía de estos, solo cuando prometió su perdón total en todo el reino por su desempeño, algunos silbidos de desacuerdo sonaron entre la gran concurrencia por lo que entonces expuso a su pueblo lo que conllevaba el perdón de los slá's. Pero el rey no se quedó ahí y siguió hablando, prometiendo muchas mejoras para los humildes en decremento de nobles y Bricks que parecían poseer todo lo que a estos les faltaba. Ante estas palabras muchas de las importantes personalidades que se

encontraba en el salón, se percataron que les tocaba empezar a apretarse un poco más el cinturón y era patente que aquel nuevo rey y sus molestas ideas no eran en absoluto del agrado de estos. Siguió hablando largo y tendido, pero deteniéndose cada poco espacio de tiempo para que todos le pudiesen escuchar ya que los bravos y vítores en su honor sonaban constantemente por cualquier lugar del abarrotado patio.

Para cuando terminó el discurso los sirvientes ya habían colocado con sumo mimo y cuidado las mesas para que todo en el salón estuviese dispuesto para la gran cena acompañada de la obra "La cocinera y el caballero demacrado". Antes de empezar Degall solicitó a Chafan que subiese de nuevo a la alcoba de Lienha en un último intento de preguntarla si le apetecía ver la obra. Poco después este bajaba solo y negando con la cabeza desde las escaleras. Así que no se esperó más y empezó una función que tal vez de cara al rey nunca debió ofrecerse. La tristeza, melancolía y pesar le seguían estrujando el corazón día tras día. Realmente no hizo ningún caso a la obra y prácticamente ni siquiera cenó, oía risas por todo el salón, pero no las hacía el menor caso. Incluso en un momento dado apercibió que un jovencísimo comediante también hacía las delicias del personal, aunque tampoco escuchó lo que decía. Cuando finalmente la obra llegó a su fin, se levantó de la mesa con cortesía aplaudiendo como uno más, como si la hubiese seguido enteramente. Se disculpó y con motivo del cansancio de viaje, abandonó el salón camino de su alcoba real siendo despedido con multitud de nuevas vivas al rey.

Al llegar a su hermosa habitación, cerró la puerta con llave, puso una silla trabándola, se desnudó e incapaz de poder contenerse más, se tumbó encima de la cama llorando desconsoladamente por su familia entera desaparecida. Tal vez les odiara, pero no como para verlos muertos. Gumb asesinado, su padre asesinado y Lienha... Lienha...

-«¡Lienha, ¡Maldito sea yo! ¡Maldito sea! No sabes bien como lo siento, jamás podrás saberlo y ojalá, ¡ojalá todo..., todo se hubiera acabado para ti en el accidente antes de permanecer en ese estado!» -pensó con sumo dolor.

La música y la fiesta siguieron hasta altas horas de la madrugada, luego poco a poco se fueron disolviendo y llegó por fin el silencio. De vez en cuando oía la voz de algún lejano borracho que parecía sonar desde fuera de las murallas, pero sin molestarle en absoluto, más cuando la pena y los continuos lloros le impedían dormir.

-¿Dios mío, qué he hecho? ¿Qué hice? -se repetía sin cesar-. ¿Como he podido llegar hasta este extremo? ¿Cómo? ¡Lienha, hermana perdóname! ¡Perdóname, por favor! Aunque sé que las palabras no te ayudaran.

-¡Lo siento, lo siento, lo siento!

-Padre, allá donde estés, si puedes escucharme... ¡Perdóname también tú!

-Gumb, hermano, te echo de menos..., te echo mucho de menos. Solo puedo decirte que lo siento y que daría mi vida porque estuvieses aquí y que todo volviera a ser como antes.

Sin poder dormir y presa de atroces remordimientos me levanté de la cama y decidí hacer aquello que llevaba tiempo rondando por mi cabeza, concretamente desde antes de marchar a Dor-Alia. Era la única esperanza que albergaba y cuanto antes la pusiera en marcha, antes conocería los resultados fuesen los que fuesen. Salí de mi alcoba y me dirigí a la de Lienha. En su puerta estaban los galusas de guardia que se extrañaron al verme llegar en bata y a aquellas horas tan intempestivas. Entré y solicité a los doctores

que saliesen y me dejaran solo con ella y desde la misma puerta ordené que no dejaran entrar a nadie bajo ningún pretexto, fuera Chafan, Brigadión o quién fuera.

Una pequeña tea concedía a la habitación una tenue luz que era suficiente para que los doctores trabajasen y que Lienha no tuviese problemas desvelándose sin poder dormir. Cogí son sumo cuidado una de las sillas cercanas intentando no hacer ningún ruido y la coloqué al lado de la cabecera, así nuestras cabezas quedaban a poca distancia la una de la otra.

Me senté en la silla y observé detenidamente toda su faz; sus ojos cerrados, su nariz, su boca, su pelo. No pude menos que depositar en su frente con cuidado de no despertarla, un beso que intentaba llevar con él la fraternidad y el amor entre hermanos. Un beso que iba acompañado de una súplica con miles de peticiones de perdón.

Seguí mirándola durante un buen rato mientras dormía plácidamente en su lejano mundo, luego finalmente me decidí y profundicé, empecé a buscarla allí dentro de su locura. Solo entonces enarmonicé con ella.

-¡Lienha! -llamé buscando en su interior-. **¡Lienha! ¿Estás ahí?**

Pero no ocurrió, no contestaba a mi llamada.

-¡Lienha! Escúchame, hermanita, ¿Estás ahí? -repetí-. **Contéstame por favor.**

El mismo silencio, así que insistí nuevamente.

-¡Lienha! Soy yo, Degall. ¡Despierta, por favor!

Pero por más que buscara dentro de su mente, no había nada que me diese la más mínima pista de su paradero. Era como si hubiera desaparecido de su propia persona, como si se hubiese desvanecido, vaporizado. Personalmente tenía la seguridad que estaba por algún lugar de aquel remoto mundo, así que no me di por vencido y una vez tras otra, intenté enarmonizar dentro de ella buscando incansablemente ese escondite donde suponía que estaría agazapada sin quererse mostrar.

-¡Lienha! Lo siento..., vuelve con nosotros, por favor. Perdóname..., perdóname, siento de veras lo ocurrido.

Repentinamente creí ver que sus párpados vibraban nerviosamente, aquello me dio más fuerza y seguí intentándolo de nuevo.

-¡Lienha! ¿Dónde te encuentras? Muéstrate, por favor. No tienes nada que temer, nada ya. Todo pasó -me repetía incansablemente dentro de su mente sin saber qué más poder decir- **¡Muéstrate! Estás por fin a salvo y en casa.**

Pero ella no respondía, solo sus párpados me volvían a dar esperanzas puesto que ahora se movían frenéticamente.

-¡Lienha, Lienha! ¿Estás ahí, hermanita mía? Solo te tengo a ti, déjate ver. Dime algo por favor. Lo siento, lo siento mucho. Perdona mi error y si me pides la vida estás en tu pleno derecho. Tuya es. Pero muéstrate, muéstrate... muéstrate. Hazme una señal de donde te encuentras.

Repentinamente la sentí.

Estaba allí.

Era Lienha.

-¡Nooo, nooo! Déjame. Déjame aquí. -Su voz parecía sonar muy lejana, demasiado lejana. **-Aquí no hay dolor, no hay sufrimiento. Déjame en paz y vete. No quiero recordar. ¡Duele!**

-¡Lienha! ¡Por favor! -no perdí la esperanza-. **Vuelve con nosotros. Me marcharé, me iré lejos, muy lejos y acabaré con mi vida si es necesario. Pero por favor, vuelve.**

-¡Degall! -dijo mi nombre, me había reconocido- **¡Degall! Vete y no vuelvas jamás. Déjame en mi mundo que está libre del dolor. ¡Vete!**

Pero no porque me echara me iba a marchar. Aquellas palabras reforzaron mi espíritu por liberarla de su estado y volví a la carga con mucha más fuerza deduciendo que tal vez podía sacarla de allí, por lo que seguí jugando mis bazas.

-¡Lienha! Todos deseamos que vuelvas. Bariel, pregunta por ti y por tu estado continuamente.

Al oír ese nombre algo ocurrió en su mente, lo presentí. Sin más seguí enarmonizando y apercibiendo que mi cebo posiblemente estaba causando el efecto deseado.

-Los doctores intentan día y noche que mejores, que vuelvas, además Bariel...

-No, Degall, no. No quiero más sufrimiento.

Volvió a negar, aunque algo me decía que ahora con menos fuerza.

-Hermanita -dije esperanzado-. No sé cómo pedirte perdón. Solo quiero que vuelvas con nosotros, luego marcharé. Te juro por lo más sagrado que abandonaré todo. Pero vuelve con nosotros, por favor, vuelve. Te echamos de menos, Chafan, Rutter, Graggo, Brigadión, Xar...

Sin llegar a dejarme terminar de decir Xara y en la misma posición en la que estaba como dormida, repentinamente abrió los ojos y me miró con una firmeza que poco a poco se iba transformando en rabia y furia. Su mirada me lo decía todo, el odio más implacable salía de sus ojos y masticando las palabras me dijo sin siquiera alzar la voz:

-Degall, haz el favor de largarte de mí alcoba ahora mismo y no vuelvas por aquí jamás. No quiero volverte a verte nunca más en mi vida.

Sin más me levanté, puse la silla en su sitio y me dirigí hacia la puerta. Antes de abrirla di media vuelta para comentar algo, pero no me dejo siquiera abrir la boca.

-¡Largo de aquí, ahora mismo! -la escuché escupiéndome las palabras con ira.

Salí de la habitación apresuradamente y solicité a un sirviente que fuera a buscar con urgencia a Chafan sin hacer ningún tipo de ruido, ni despertar a los demás vasninos. Cuando esté llegó, le narré por encima como pude lo sucedido, pero sin querer entrar mucho en detalles sobre la enarmonía. También le ordené que no dejase sola a Lienha bajo ningún concepto; tal vez se pudiese dar un segundo intento de suicidio. Asimismo, le rogué que no informase a nadie de lo sucedido, quería ser yo quien comunicase la buena nueva a la mañana siguiente. Finalmente y con buenas palabras mandamos a cada uno de los doctores volver por donde habían venido.

Volví a mi habitación feliz y contento a sabiendas que Lienha había conseguido librarse de su mal y el reino de pagar a los médicos y sabios doctores su peso en oro.

Suponía que Lienha hablaría con Chafan sobre mi actuación, pero lo que me ocurriese por mi ruin acción me traía sin cuidado. Era el rey de Shámsala y aunque ello no significaba que hubiera obrado bien, nadie podía hacerme nada al respecto, solo tener otra opinión de mí. También haría lo que fuera posible para que Brigadión no sufriese ningún tipo de castigo por haberme ayudado en tan sádico propósito. Diría simplemente que le ordené sujetarla con fuerza para conseguir el objetivo de mis viles instintos.

Solucionado.

Sin más me metí en mi cama y antes de dos minutos dormía a pierna suelta.

Estaba feliz, por fin.

Chafan nada más entrar en la alcoba se percató del nuevo estado de la princesa. Con una breve ojeada lo supo al momento, la sutil sonrisa que ella le echó al verle venía a advertirle que estaba bastante recuperada de su mal.

-¡Princesa Lienha! -fue lo único que se le ocurrió manifestar con alegría.

Ella de un brinco, saltó con agilidad y fue directamente a refugiarse en los cándidos brazos del vasnino.

-Chafan, que alegría verte de nuevo. Gracias que estés aquí conmigo, amigo mío -dijo sintiéndose arropada.

El vasnino le atusó y acarició sus cabellos con delicadeza.

-Ya todo acabó, princesa. Estáis de nuevo en casa, a salvo entre nosotros. Es un placer veros y comprobar que estáis restablecida. ¿Qué, qué ha pasado? ¿Cómo os habéis restablecido?

Ella le miró fijamente argumentando:

-Es difícil de explicar Chafan. Creo que mejor tendrías que preguntárselo tú mismo a Degall. No sé cómo lo ha hecho, pero estaba dentro de mí cabeza, le sentía aquí mismo -y con el dedo señaló su propia testa-. Era increíble te lo puedo asegurar, pero también te digo que algo me tenía sujeta y prisionera en ese estado demencial que hacía que no quisiera salir. Aunque me cueste reconocerlo, debo darle las gracias a mi hermano por hacerme volver.

Ante esas palabras, el vasnino arrugó el frente pensativo.

-Debo deciros mi princesa, que el rey emperador vuestro hermano, ha estado sumamente preocupado por vuestra salud y bienestar. Constantemente ha preguntado por vuestro estado. El día que partió hacia Dor-Alia, me dijo...

-¿Dor-Alia? ¿Partió? -preguntó con sorpresa Lienha-. Chafan, dime, ¿cuánto tiempo he estado digamos ausente?

-Ha sido mucho, mi princesa. Casi cinco meses y en todo este periodo ha pasado muchas cosas por el reino, incluso ha habido una guerra que debo deciros, vuestro hermano consiguió ganar con las mínimas bajas en nuestras fuerzas. Ahora mismo es aclamado por el pueblo y este le quiere.

-¿Ah, sí? -contestó la princesa con desfachatez-. ¡Vaya!

-Sí, mi princesa -reconoció Chafan-. Pero ya hablaremos más adelante largo y tendido de ello. Ahora lo importante es veros y disfrutar con vuestra presencia, sentir que de nuevo estáis sana y a salvo entre nosotros.

-Segura, segura no, Chafan. Te lo puedo asegurar. Aquí no estoy para nada segura.

-¿Qué queréis decir, princesa?

-Ven, sentémonos y hablemos. Hay demasiadas cosas que ignoras aún, querido Chafan.

Y diciendo esto Lienha le invitó a que la imitase sentándose ambos en un par de confortables sillones y sin más compañía que la tenue luz que la tea les ofrecía.

Como bien había dicho a Chafan, hablaron largo y tendido y cuando acabaron la conversación, este se levantó con rostro muy serio y salió de la alcoba. Fuera exigió a los guerreros galusas que no dejasen entrar a nadie en la habitación de la princesa y advirtió también que la orden era bajo pena de muerte, dejando esto último bien claro. Fuera quien fuera, nadie podía entrar a verla. Los galusas ignoraban lo que allí había sucedido, pero como la orden provenía de Chafan, solo podían obedecer y más viendo el extraño brillo del hermoso iris de sus ojos. Rápidamente volvió a entrar con la princesa en espera del nuevo día que iba a llegar en pocas horas. Debía pensar algo y de prisa.

Y este nuevo día llegó. Degall con una sorprendente y sonriente faz se desperezó a primerísima hora nervioso por volver a ver a su hermana. Desde muy joven estaba acostumbrado a recibir por parte de ella, aunque tampoco él se quedaba a la zaga, de todo menos halagos, por lo que por una vez más que Lienha le llamase cualquier adjetivo descalificativo no le importaba mucho, solo quería, deseaba y necesitaba volverla a ver bien. Así que, sin esperar más, se vistió bajando al salón comedor apresuradamente. Era el primero, sus prisas y ansias por subir con Lienha le habían hecho ser el único

presente allí. Intentó desayunar con premura cuando en medio de sus prisas Brigadión apareció por la puerta.

-Buenos días, mi rey. Muy temprano os veo hoy desayunando. ¿No podíais dormir acaso?

Degall le observó y cuando iba a darle la gran noticia prefirió callarla y hacer que esta fuera una sorpresa, presentarse delante de ella con él. Sabía del enfado de su hermana por la violación real, pero ella al fin y al cabo no podía hacer nada al respecto. Él era el rey y como quien dice estaba libre de culpa. Brigadión por el contrario simplemente era el peón ejecutor de los deseos del emperador, por lo que tampoco habría acusación formal contra él.

-Bueno, la verdad es que no, amigo -intentó disimular-. No puedo y es extraño en mí. A causa del viaje de vuelta debería estar rendido, pero aun así no consigo dormir. El estado de mi hermana me preocupa enormemente.

-Debéis estar tranquilo, mi rey -respondió Brigadión-. Ella se encuentra en buenas manos, en las de los mejores médicos y doctores. Pronto sanará ya lo veréis. Tened fe en ello.

-Gracias Brigadión, sigues siendo los ojos de mi esperanza -agradeció Degall riendo en su fuero interno.

-“Sigo pensando que no sé qué haría sin ti”.

Brigadión se acercó y desayunó acompañando al rey y hablando de otros temas del reino sin mucha importancia. Temas como por ejemplo lo ocurrido la noche anterior en el patio trasero del palacio con Galizas y Kotta. La noticia no pareció desagradar en exceso al soberano que ni siquiera se inmutó lo más mínimo viendo cuales habían sido las intenciones de estos respecto al crío.

En el transcurso del desayuno, fueron apareciendo poco a poco los demás vasinios, así como el príncipe Elcor. Degall seguía dudando si dar o no la noticia del despertar de su hermana, pero finalmente después de sopesarlo mucho decidió callar, prevaleció la ilusión que pensaba haría en ellos verla de repente ser otra vez Lienha. Siguieron hablando y en un momento dado, Degall se giró hacia Brigadión.

-Amigo, voy a subir a ver a mi hermana ¿Quieres acompañarme, por favor?

La mente del vasinio sopesó rápidamente la cuestión antes de responder. Su rey le había preguntado delante de los demás a ver “si quería”, acompañado del “por favor” y eso solo significaba que obligatoriamente debía ir, no podía negarse delante de todos por lo que acompañaría a Degall a ver a su puñetera hermana, pensó.

Y despidiéndose de los comensales partieron escalera arriba hacia la alcoba de la princesa.

Al llegar el rey apreció que sus órdenes eran respetadas y que los guerreros galusas seguían a la entrada en clara posición amenazadora. Llegó ante la puerta y cuando fue a abrirla, se percató que estos se interponían entre su vasinio y la misma.

-¿Eh? ¿Qué pasa aquí? -dijo sorprendido pero sonriente-. ¿No le reconocéis o qué? Es Brigadión.

-Sabemos quién es, majestad. Pero tenemos órdenes -dijo uno de los galusas mirando desde su descomunal altura hacia abajo directamente a los ojos de Brigadión. La expresión del vasinio era de sorpresa.

-¿Órdenes? ¿Qué órdenes? ¿Y de quién? -preguntó el rey.

-De Chafan, majestad. Nos ha pedido que no dejemos entrar a nadie sea quién sea. Si alguien lo desea hacer, tendrá que ser a la fuerza ya que no lo permitiremos.

-A ver -dijo Degall pacientemente-. ¿Sabéis quién soy?

-Sí, mi rey.

-Pues esa orden queda revocada ahora mismo por mi poder. ¿Veis? -y levantó la mano enseñando a todos el anillo que portaba-. ¿Veis bien mi anillo? Pues os dice que a callar, que entramos los dos.

Brigadión en ese instante se percató que algo no encajaba y nervioso intentó decir:

-Majestad, dejadlo. Volveré con los demás al salón y allí esperaremos que volváis y nos expliquéis qué ocurre y a qué se debe esto.

Y diciendo estas palabras, hizo intención de darse media vuelta para largarse de allí lo más rápidamente posible, pero la voz del rey le hizo pararse en seco.

-Tú te quedas aquí, Brigadión -dijo seriamente Degall. Luego se volvió hacia los galusas y añadió con hastío-. Y vosotros, quitaos de en medio ahora mismo o si no..., ateneos a las consecuencias. ¡Largo ahora mismo!

Estos agacharon rápidamente las cabezas en señal de acto y sumisión, se retiraron a un lado y dejaron proseguir a Brigadión en su camino tras el rey.

Este abrió la puerta y ambos entraron en la alcoba.

Una vez dentro, Brigadión echó un vistazo a su alrededor y al instante se percató que algo extraño ocurría. Sin que Lienha, Chafan o el propio Degall se diesen cuenta, con las manos en su espalda aprovechó el momento en que el rey se dirigía hacia la cama, para echar el pasador a la puerta y de esta forma conseguir que los galusas no pudiesen entrar pasara lo que pasara.

Degall sin saber lo que se venía encima, siguió su camino hacia Lienha. Chafan que no había dicho nada al verlos entrar, se encontraba sentado junto a la mesa y su mano descansaba muy cerca del arma de su brazo.

-¡Hola Chafan! ¿Qué tal sigue Lienha? -preguntó el rey al pasar junto a este y sin mirar hacia atrás agregó-. Brigadión ven. Acércate más, por favor y veamos cómo se encuentra hoy mi hermanita.

El aludido acató la orden real y sin perder en ningún momento los ojos puestos en Chafan, comenzó a caminar despacio. La mirada que este le dirigía le decía bien claro que las cosas no marchaban en absoluto bien. De todos modos, debía acercarse a la princesa e intentar descubrir lo que ocurría.

-Hola, Chafan -solo comentó al pasar por su lado.

-Brigadión -contestó este escuetamente.

-¡Mira, mira, Brigadión! Observa a Lienha -dijo Degall sin poder disimular su estado plétórico de alegría y haciéndole señas para que llegase hasta la misma cabecera de la cama junto a él. La princesa continuaba dormida y sin enterarse de lo que transcurría a su alrededor. Pero cuando el vasnino estaba a punto de llegar junto al rey y ante la sorpresa de ambos, Lienha se izó repentinamente de la cama. Se quedó tal cual estaba y con muestras evidentes de un estado rabioso que no hacía presagiar nada bueno para ellos.

-¡Cerdos! ¡Hijos de puta! ¡Grandísimos cobardes!

La cara de Degall pasó en un instante de la alegría a la sorpresa ante lo que acababa de oír, aunque ya se lo esperaba. Sin embargo, Brigadión retrocedía hacia atrás para divisar mejor a Chafan y sobre todo a su mortal arma.

-Lienha, -habló rápidamente Degall que seguía sin moverse del mismo lugar-. Necesito pedirte perdón por lo que te hice, necesito que sepas que siento lo ocurrido mucho más de lo que te puedas imaginar. Tal vez fue el alcohol, aunque eso no me sirva de atenuante. Tal vez verme lleno de poder, tal vez... -el rey agachó el cabeza hundido en su propio fango sin poder acabar la frase, aunque tras un corto instante se recompuso y volvió a hablar con palabras cargadas de amargura.

-No debí forzarte de ninguna manera y me maldigo por ello, me maldeciré toda mi vida, aunque no te lo creas. Demasiadas veces a lo largo de años te he mostrado mi ruindad y maldad, no me merezco ni espero ningún tipo de misericordia que venga de ti. Pero no significa que, aunque tú no me perdones yo no deba intentarlo, Lienha. Lo siento, lo siento de corazón y con toda mi alma y si ahora mismo volviese a aquel momento, me lanzaría al vacío antes de cometer semejante acto.

-Muy bonito, hermanito, muy bonito -contesto ella aplaudiendo nerviosamente-. ¿Y por qué no aprovechas y te tiras tú por el mismo balcón, como hizo Brigadión conmigo después de violarme en repetidas ocasiones?

-¿Eh? ¿Qué...? ¿Qué intentas decir? -solo pudo expresar el rey con ojos desorbitados.

-¡Cerdos bastardos, los dos! ¿Me entendéis bien? ¡Los dos! -gritó la princesa rabiosa como una leona-. Después de mi violación con la ayuda de tu hombretón, ese cerdo me trajo aquí, pero anteriormente me había tocado algo en el cuello que no me dejaba moverme, ni poder gritar. Luego más tarde volvió e hizo lo mismo que tú. Sobre tu semen que seguía dentro de mí, depositó el suyo. Me violó igual que tú horas antes, pero en diferentes ocasiones y luego me lanzó por el balcón. Sois unos indeseables, unos ruines, unos asesinos. Lo peor que pueda haber en el reino.

Chafan se había levantado de la silla y seguía sin decir nada, pero muy atento a cualquier movimiento de quien fuera para actuar.

Brigadión muy pálido, había retrocedido cerca de la puerta y echando una rápida ojeada a esta, se cercioró que el pestillo del pasador estaba bien cerrado. En cuanto se iniciase la trifulca los galusas intentarían entrar, pero aquellas puertas de palacio tanto del rey como las de sus hijos, los príncipes, no eran tan fácil de derribarlas por muy galusas que fueran, así que tendría un cierto margen de tiempo para... ¿para qué? Ahora esperaba acontecimientos mientras su mente bullía buscando una salida que no significase un entierro prematuro para él. Pero la única salida que había de aquella habitación era la que había utilizado para intentar acabar con Lienha. Solo podía ser a través del balcón.

Degall escuchaba perplejo a su hermana como despedía por su boca aquellas increíbles acusaciones contra Brigadión.

-Nunca me fie de ti Degall y ahora menos, no creas que porque me digas muchos "lo siento", te va a servir de nada. Eres un mierda que necesitó la fuerza de un vasnino para conseguir algo que por si mismo no podías lograr. Pero ya sé todo, el imbécil ese de tu siervo bien se ocupó de decírmelo antes de lanzarme al vacío impregnada con el alcohol que me echó por encima. -y señaló a Brigadión-. Me dijo bien claro que fuiste tú el asesino de la torre y quien le dio las órdenes para hacer lo mismo con Gumb y luego con padre. Que cambiasteis el testamento original por otro falso y que no eras tú el elegido para reinar como sucesor de Shámsala, sino Elcor. ¿Todo para qué, Degall? ¿Para ser rey? ¿Toda esa mierda para ser rey?

Todos quedaron en silencio y solo entonces se oyó la voz seria de Chafan.

-Brigadión ¿Algo en tu defensa?

Pero antes que este contestase y ante la sorpresa general, Degall se revolvió como un poseso abalanzándose sobre Brigadión. Sobra decir que para este fue sencillo y fácil quitárselo de encima. Su antes querido príncipe y ahora desacreditado rey, acabó en la otra parte de la alcoba tras volar por los aires después de recibir tal puñetazo en la cara que a duras penas iba a conseguir levantarse. Aún con lo ocurrido y ver a Degall de tal forma, Lienha no pudo menos que emitir un grito de angustia y rabia, este último dirigido contra el propio Brigadión. La sorpresiva actuación del rey había cogido por sorpresa a Chafan que hasta ese momento solo se había dedicado a escuchar muy atento

todo, pero ya no esperó más y saltó a escena desenvainando su estilete y colocándose delante de la princesa para protegerla.

-Brigadión, por favor. No tienes ninguna salida -dijo apuntándole-. Déjalo ya, no merece la pena. Tira tu arma y acabemos con esto.

Pero el acusado no parecía tener ninguna intención de parar el alud que bajaba sin piedad y a plena potencia dentro de su cabeza.

-¿Dejarlo? ¿Chafan estás loco o qué? -contestó sacando lentamente también su letal arma-. No voy a dejar nada y es más..., tengo trabajo que hacer. Lo primero, quitarte a ti de en medio, luego a tu querida princesa y de postre haré algo especial con el idiota ese que está por ahí.

El idiota ese era Degall que se encontraba aparentemente desfallecido y tirado en el suelo. Lo único que se le ocurrió entonces a la princesa fue empezar a lanzar gritos solicitando auxilio para que los galusas que se encontraban fuera entrasen. Al oír los gritos, los bravos guerreros lo intentaron, pero no pudieron, la puerta dejaba bien clara su contundencia y fortaleza ante cualquier intento de derribo. Mientras tanto Chafan y Brigadión uno frente a otro, se lanzaban una tras otra, mortales estocadas sin llegar a lograr ninguna de ellas su claro propósito. Y en uno de estos lances llegó un peligroso ultimátum a la princesa por parte de Brigadión

-Querida princesa, os aconsejo alejaros de la puerta. Juro que si os acercáis más a ella, dejaré a mi contendiente un momento y daré buena cuenta de vos. ¡Avisada quedáis!

Lienha ante aquella amenaza miró a Chafan y este de un vistazo se lo dejó bien claro, debía quedarse quieta donde estaba. A la vez que los dos combatientes continuaban en sus constantes empeños de acabar el uno con el otro, los golpes de los galusas en la puerta arreciaban y por sus marcos de madera empezaban a mostrarse algunas grietas. Brigadión sabía que no le quedaba mucho más tiempo, debía darse prisa en acabar aquello.

Así que optó por lo primero que se le pasó por la cabeza. Como pudo y mientras intentaba atacar defendiéndose de los golpes de estilete, abrió el gran ventanal que accedía al balcón, luego agarró su arma por la punta y fijando como destino el cuerpo de Chafan, lanzó esta con todas sus fuerzas. Cuando el estilete estaba a punto de acertar fatídicamente en el blanco, Degall que se había recuperado del golpe, se lanzó con fuerza sobre Chafan y quitándolo del medio recibió él mismo el arma en su costado. Prácticamente en el mismo lugar donde su hermano tiempo atrás le había atravesado con una flecha un fatídico día de caza en Nueva Maran.

Brigadión salió rápidamente al balcón y desde la balaustrada miró hacia abajo, hacia el patio del palacio. En ese momento, Chafan se olvidó momentáneamente de él para centrarse por el estado de Degall y la propia princesa horrorizada también. Acudió junto a su hermano creyendo que la herida era fatal.

Corrió junto a él sin ningún tipo de rencor por el pasado, Degall seguía siendo su hermano y lo único que le quedaba.

Brigadión respiró profundo y sin pensarlo dos veces se lanzó al vacío en dirección al árbol que una vez detuvo la caída de la princesa, pero con una gran diferencia, ella no se podía mover, él sí. El árbol le recibió con un fuerte golpe y luego le fue acercando al suelo rompiendo una tras otra las grandes ramas. Acabó encima de la hierba con algún que otro rasguño, pero sin cortes profundos. Raudo se levantó y miró hacia arriba, al balcón, nadie le seguía, pero eso no era suficiente para él, por lo que a la carrera se dirigió hacia la gran puerta de entrada al palacio. Algunos guardias le habían visto caer sin saber qué ocurría y desconocían que eran quienes le podían conceder la muerte o la

libertad. En esos momentos Chafan apareció en el balcón y viéndole correr, avisó gritando histéricamente a los guardias con todas sus fuerzas.

-¡Detenedle! ¡Que no escape! ¡Detenedle como sea! ¡Que no salga por la puerta! ¡No puede llegar a la ciudad!

Estos escucharon aquella orden estupefactos, pero antes siquiera de darse cuenta de lo que ocurría, un mortal Brigadión se los quitó de encima sin arma alguna, solamente con sus manos dejándoles prácticamente tullidos y agónicos. Luego sin más, el vasnino salió del palacio corriendo y perdiéndose hacia su salvación.

Hacia la gran ciudad.

86

“LIBERACIÓN”

Resultaba irónico. Brigadión, mi Brigadión que una vez me había salvado de la oscura intención de Gumb de liquidarme, ahora había lanzado su estilete y este reposaba en el mismo lugar en el que una vez tuve una maldita flecha ¡Realmente curioso! La persona en quien más confiaba, mis ojos, mis oídos, mis actos, me había traicionado vilmente ultrajando e intentando asesinar a quién más amaba..., a mi hermana. Había sido un completo imbécil en confiar como lo hice en él. Cuando delante de Chafan, Lienha dijo lo sucedido, me ofusqué de tal forma que cuando me abalancé sobre él, ni siquiera pensé en quién era la persona que tenía delante o lo que podía hacerme, por eso le resultó tan sencillo deshacerse de mí. Ahora había escapado a través de la ciudad y conociéndole como le conocía, sabía que era imposible que dieran con él por muchos que le buscasen, solo podía lograrlo otro Brigadión.

Mientras mis pensamientos bullían, mi herida era inspeccionada por Chafan con Lienha a su lado muy atenta también. Los galusas finalmente consiguieron derribar la puerta. ¡A buenas horas! Desde el suelo mi hermana sujetaba mi cabeza mientras Chafan analizaba con ojos críticos mi herida. Lo mismo que aquella flecha, el estilete se hundía por mi costado dejando ver solo su empuñadura y su punta debía aparecer por mi espalda, aunque no me atrevía a mirar.

-¿Qué...? ¿Qué ha sucedido aquí?

Al oír la voz de Xara supe que los vasninos estaban allí también.

-Brigadión ha escapado a través del balcón, -le contestó Chafan sin siquiera mirarle-. y se dirige a la ciudad. Hay que intentar encontrarle y detenerle sea como sea. Vivo o muerto

-¿Qué se ha tirado por el balcón? -dijo incrédulo Xara, más al verme tirado en el suelo con aquel estilete asomando en mi costado rápidamente añadió-. ¡Majestad! Estáis herido ¿Quién os atacó?

No pude decir nada por el dolor que sentía. Chafan volvió a hablar nuevamente.

-Fue Brigadión, quiso matarme lanzándome su arma. Si no llega a ser por Degall que se abalanzó interponiéndose en su trayectoria, hubiera conseguido sus propósitos.

Su respuesta me alivió ya que me venía a decir algo muy importante. No me había llamado su rey, sino por mi nombre, Degall. Resultaba obvio que ya no me consideraba como tal y para mí, eso posiblemente fuese el final de mis penurias como rey.

“¡Bien dicho Chafan!”

-¿Pero cómo es posible que Brigadión os atacase? -volvió a preguntarle Xara-. ¿Tenía algo contra vos?

-Contra mí no. Contra la princesa que era un estorbo y que sabía demasiadas cosas de él.

Los vasninos escuchaban verdaderamente sorprendidos. Brigadión que era respetado y adorado por ellos como un verdadero hermano, resultaba que ahora de

repente se convertía en un proscrito por algo que ignoraban. Todas sus miradas confluían en Chafan solicitando más información, la necesitaba y mucho en aquellos momentos.

-¿Por qué dices eso que hay que detenerle, Chafan? -ahora quien preguntaba era Graggo-. ¿Por qué dices que ha escapado?

-Fue él quien en su día intentó asesinar a la princesa Lienha arrojándola por este mismo balcón. Ahora viendo que los galusas guardaban la puerta y yo estaba dentro, no tenía otra vía de escape más que esa y ha preferido jugarse la vida a ser hecho prisionero y juzgado por sus crímenes.

-¿Crímenes? -la sorpresa de los recién llegados no tenía fin y sus caras así lo demostraban.

Con habilidad Chafan había omitido el asunto de la violación por parte de Brigadión y por supuesto mía, supongo que esto se debió a la presencia de los galusas que estaban también muy atentos a la conversación. Cymbal al percatarse de ello, con una señal les mandó a su sitio tras la puerta tirada y por sus caras, la orden no debió sentarles muy bien aunque la cumplieron.

-Luego os explicaré todo mejor -terminó diciendo Chafan mirándome con seriedad-. Lo primero es llamar a los médicos para que evalúen el estado de Degall. Llévemole entretanto a su alcoba con cuidado -puso su mano sobre mi corazón y solo me dijo tuteándome-. Gracias, Degall. Gracias por salvarme la vida. No lo olvidaré nunca e intentaré ayudarte en lo posible, sobre todo en lo que se te viene encima.

Aunque los demás no sabían a lo que se refería yo sí. Lienha seguramente había hablado ya con Chafan contándole todo lo que Brigadión debía haberle dicho antes de arrojarla al vacío. Mirado positivamente, aquello seguro significaba el fin de mi trabajo de rey y eso no era tan malo. Necesitaba poner mi vida encima de la mesa y limpiarla de matojos que se habían ido acumulando a través de años.

Entre gritos de dolor más parecidos a alaridos que a otra cosa, los vasininos me llevaron a mi alcoba depositándome lo más suave posible encima de la cama, luego los doctores hicieron acto de presencia. Con sumo cuidado rasgaron mis ensangrentadas vestiduras observando detenidamente la herida que se perdía hacia mi interior. Hablaron unos minutos entre ellos, pidieron una tina de agua caliente y echaron en ella un líquido extraño de una pequeña botella que portaban además de solicitar también muchos trapos limpios. Después se prepararon simplemente para hacer aquello que habían estudiado toda su vida. No experimenté dolor alguno cuando extrajeron el estilete de Brigadión. En aquellos momentos solo pensaba en la venganza y que posiblemente guardase su estilete para quizás algún día, clavárselo en lo más profundo de su garganta. Al extraer el arma, pude apreciar que este venía acompañado de un pequeño río de sangre que rápidamente taponaron con otro de los trapos mojado en agua tibia. Cuando finalizaron de curarme y vendarme bien todo el costado, me confirmaron lo que suponía. Solamente tenía una herida. Había sido malherido dos veces, pero increíblemente solo poseía una misma herida. En las dos ocasiones tanto la flecha de Gumb como el estilete de Brigadión habían penetrado increíblemente por el mismo punto crucial, por el costado izquierdo de mi cuerpo. Poco después los doctores salían e inmediatamente entró Graggo junto a cuatro soldados. Me dijo que por orden de su hermano Chafan a partir de aquel día, los soldados se iban a quedar a sol y sombra conmigo velando por mi seguridad dentro mismo de la alcoba, luego sin añadir nada más se despidió con rapidez yéndose visto y no visto. No le entendí del todo, pero tuve la impresión de que no le apetecía en absoluto mantener ningún tipo de conversación conmigo. Intenté comunicarme con los soldados, pero alegaron escuetamente que no podían hablar bajo estrictas órdenes recibidas, así que opté por callar y dejarles en paz.

Esperé y esperé tumbado en mi cama dolorido y pensativo. Tenía la esperanza que algún vasinino entrase por la puerta y me diera noticias de lo que sucedía tras ella. Pasaba el tiempo y nadie venía a comunicarme nada, por lo que estaba seguro de que

todo había sido descubierto y no me quedaba más que aceptar mi castigo de la misma forma que un día acepté la corona. Durante todo lo que quedaba del día, nadie vino ni a preguntar por mi estado de salud, ni siquiera un puñetero vasinio. De Lienha me lo podía esperar por lo que le había hecho, ¿pero de los demás?

Hasta la noche los doctores no volvieron. Luego de quitarme la venda, limpiaron la herida volviendo a poner otra nueva en su lugar y sin más se largaron por donde habían llegado. Al rato un sirviente sin pedirlo me trajo la cena y se quedó allí, en una esquina de la alcoba mirándome tímidamente, supongo que esperando a que acabase. En todo el día no había comido nada y seguía igual de inapetente, aunque cené algo como pude y roto por el dolor. Cuando acabé, el sirviente que no había dicho nada en ningún momento, cogió la bandeja vacía y se largó con un simple adiós por la puerta que le abrían los callados, pero atentos soldados.

No estaba acostumbrado a esto, cuatro tipos armados que me observaban cada cierto tiempo. Meditando sobre todo lo ocurrido llegué a la conclusión que aquellos soldados realmente no eran mis guardianes, sino todo lo contrario yo era su prisionero. Con aquella idea rondando mi mente llegó la noche y me quedé dormido soñando con Brigadión, con Gumb, con nuestro padre y viendo a mi hermana caer una y otra vez por el balcón.

Una y otra vez.

Finalmente conseguí dormirme.

A primera hora del día siguiente, los doctores volvieron a revisar mi herida cambiándome las vendas. Sus comentarios al respecto era que aparte que fuese dolorosa, ningún órgano había sido dañado (aquello me sonaba a algo) y que todo iba muy bien. Sin más volvieron a irse y el joven sirviente apareció de nuevo con mi desayuno. En todo momento estuvo de pie, mirando aquí y allá sin decir nada de nada. Cuando acabé, con mucho servilismo agarró la bandeja y volvió a desaparecer tras la puerta.

Al rato Chafan y Cymbal entraron con semblante serio y ordenaron salir a los soldados. Acercaron un par de sillas a la cama y se sentaron en ellas mientras me miraban (creo) recapacitando sobre lo que iban a decirme a continuación.

Yo solo esperaba oír cómo iba a ser dictada mi próxima sentencia a muerte.

-Degall, sabes que tienes un problema muy gordo, ¿verdad, amiguito? -dijo Chafan con un vocabulario algo pueril e inusual para él.

Solo asentí con la cabeza sin contestar.

-Lienha habló conmigo y sé todo lo ocurrido. Iré directamente al grano para que ninguno de nosotros perdamos más tiempo que el estrictamente necesario.

-De acuerdo -dije con un hilo de voz y sin ninguna defensa ante lo que se me venía encima.

-Sé, sabemos que asesinaste a la reina Ganvard y a quien la custodiaba. Les asesinaste impunemente sin ningún tipo de piedad, cruelmente.

La mirada que acompañaba a sus palabras lograba el efecto que deseaba. El sentimiento de culpa tapado por los últimos acontecimientos de Nueva Maran, volvió a emerger en mí.

-También por orden tuya se asesinó al príncipe Gumb e hiciste lo mismo con tu padre. Intentaste atentar contra el príncipe Elcor y lo ocurrido con Bariel, mejor lo dejamos para otro día. Finalmente cambiaste el testamento del rey emperador. ¡Bien! Muy bien, Degall. Por cierto ¿Tienes algo que alegar en tu defensa? -y me observó de tal forma que diría que había mucha sorna en su pregunta.

Volví a mover la cabeza negativamente y perdí mi mirada en el suelo. No tenía nada que decirles, era todo verdad.

-Ayer a la tarde nos reunimos para concretar qué hacíamos contigo y aunque barajamos bastantes soluciones, finalmente solo quedaron dos -en esos instantes, sentí que mis nervios se disparaban y me había olvidado totalmente de mi herida, pero rápidamente pensé. Si había dos soluciones, no podían ser las dos de ejecución. Una de ellas fuese como fuese me permitía seguir con vida. Chafan siguió hablando-. Una es ejecutarte sin demora alguna y la otra, condenarte de por vida a ser prisionero en tu propia alcoba.

Icé la cabeza sin saber qué decir, creí que lo mejor era seguir callado y esperar un poco más a ver que más soltaba Chafan.

-Asesinaste al príncipe Gumb, aunque también tenemos claros indicios que él atentó contra ti primeramente. Rutter y el traidor de Brigadión así me lo confirmaron en su día y un Arco Blanco no falla nunca, por más que se diga que es un accidente. Gumb intentó asesinarte y..., y tú obraste digamos en defensa propia e hiciste lo mismo con él. Eso pues también lo dejamos ahí. Respecto a tu padre, sabemos que también pretendía matarte a ti junto a tus demás hermanos, por lo que tú otra vez volviste a defenderte a través de Brigadión saliendo de nuevo victorioso. Degall, sabemos lo que hiciste con la princesa Lienha, ella no nos ha ocultado nada de lo sucedido aquella noche. Un acto cruel y desmedido de un rey ayudado por la fuerza de un asesino mata príncipes y reyes. Debiste quedar muy a gusto violando a tu propia hermana.

-¡No! Eso no, Chafan. Te doy mi palab... -intenté decir.

-¡Calla! ¡Calla y escucha! -me ordenó con ojos furiosos-. Y tu secuaz Brigadión no debió quedar muy contento, decidiendo en la impunidad de la noche volver con ella y hacer lo mismo que tú. ¡Cobarde! ¡Violándola una y otra vez y luego arrojándola al vacío!

Chafan calló y antes que empezase de nuevo, Cymbal cogió la palabra.

-¿Y qué tienes que decir sobre el intento de asesinato contra el príncipe Elcor? Intento por parte de un slá. ¿No querías tener ningún estorbo más en tu camino hacia la corona?

Nunca antes había visto así a Cymbal temiendo que en cualquier momento saltase sobre mí y...

-Sin hablar de lo que le sucedió a Bariel, viniendo de Dor-Alia. ¿Un juego solo para divertirse tú y el innombrable ese de Brigadión?

Chafan volvió a hablar preguntándome.

-¿Qué pasó con la reina Ganvard, Degall? ¿Qué pasó para que ella y su carcelero fuesen asesinados? ¿Se interponían en tu camino también?

-Tuve miedo, -respondí con sinceridad-. Sin darme cuenta le dije quién era y ella al oír mi nombre no quiso volver a hablar conmigo. Tuve miedo porque mi padre nos había prohibido subir allí arriba a cualquiera de mis hermanos y a mí. Lo hice atenazado por el temor a la respuesta de padre que pocos días antes había ordenado que nos flagelasen a Gumb, a Lienha y a mí. Solo fue por eso, por temor. Tal vez lo recuerdes, Chafan.

Ante mi comentario este asintió con la cabeza.

-Lo siento, no tuve ningún derecho a proceder como lo hice, lo sé y soy culpable de ello. Pero así ha sido mi vida y la de mis hermanos, rodeados por el egoísmo, por la villanía sin que nadie nos parase los pies y con el pleno derecho a todo, hasta del alma de quienes nos rodeaban. Soy culpable y merezco el castigo, el que sea. Estáis en vuestro derecho y yo no puedo más que aceptarlo.

Todas las palabras que dije las ofrecí de corazón. Me daba absolutamente igual lo que me ocurriese, aunque evidentemente prefería vivir prisionero en mi bella alcoba, a ser ejecutado inmediatamente como había sugerido Chafan,

-Degall, -dijo Cymbal-. Aunque no te lo creas y te parezca increíble, el más importante de todos los delitos que has infringido, resulta ser el que obraste alterando el testamento en contra de la última voluntad de tu padre, el rey emperador Crotor.

Le miré con sorpresa. ¿Aquello era lo más importante? ¿Y las muertes con cargo a mi conciencia?

-Falsificar la firma y el testamento de un rey se penaliza con la pena de muerte, seas quien seas. Ahora bien, tus servicios al pueblo durante el corto periodo que has sido monarca han sido realmente fructíferos y beneficios para el reino de Shámsala. Todo el pueblo te aclama como rey. Desea verte así -ante aquellas palabras sonreí, pero rápidamente el vasnino se percató de ello y continuó-. Pero eso no puede ser ya. Les has engañado como lo has hecho con nosotros por mucho logro que hayas conseguido en Dor-Alia. Por lo tanto...

Cymbal calló y miró a Chafan cediéndole el testigo de la conversación. Esperé ya más sosegado a escuchar qué palabras salían por su boca, aunque sabía que no iba a ser ejecutado.

-Abdicaréis como rey y será nombrado tu sucesor quien debía ser por orden real, Elcor Vaalam de Shámsala. Diremos al pueblo que físicamente no estás en condiciones de seguir con tu cargo y que delegas en tu hermano. Que has enfermado y por el bien del reino le has decidido pasar tu legado, recluyéndote por un tiempo en palacio. Un tiempo que bien sabes será toda tu vida. A partir de hoy no podrás salir de esta alcoba, serás un prisionero en jaula de oro. Nunca volverás a salir ni siquiera a pasear para ver las murallas o lo que es lo mismo, ni a ver la ciudad que te vio crecer..., Vende. Esa es tu sentencia definitiva.

-Bien -contesté totalmente sereno- ¿Ya está?

_Hay otra cosa, Degall -puntualizó Chafan con sorpresa en su rostro ante mi respuesta.

-¿El qué? -pregunté intrigado.

-Tu anillo.

-¿Qué pasa con mi anillo?

-Debes devolverlo para que pueda ser destruido. Nadie que no sea rey emperador de Shámsala, puede portar uno -extendió su mano abierta hacia mí y exigió sin más palabras-. ¡Devuélvelo!

Desde mi coronación este no se había movido de mi dedo acompañándome durante toda la aventura de Dor-Alia. Le había cogido cariño a aquel pequeño trozo de metal dorado, pero ante la petición de los vasninos no podía hacer otra cosa más que sacármelo y devolverlo para que hicieran con él lo que debían. Sin más lo enganché con la mano y empecé a tirar para extraerlo. Al momento noté que no salía, parecía estar clavado en mi dedo. Volví a intentarlo con más fuerza y de nuevo lo mismo, el anillo seguía sin salir. Parecía que cada vez que intentaba agarrarlo, este se aferraba más y más a mi dedo, como si tuviera vida propia.

-¿Qué, Degall? -preguntó Cymbal con cara de pocos amigos-. Estamos esperando.

-Es que..., es que resulta que el anillo no sale -dije según seguía haciendo fuerzas para extraerlo-. Es como si se me hubiese hinchado el dedo de repente, se niega a salir. Los dos se miraron sombríamente.

-Déjate de tonterías y danos el anillo de una puñetera vez -alegó con urgencia Chafan.

-Ya lo intento. ¡Demonios!

Contesté de muy mala gana, aunque también era normal que después de todo lo sucedido no creyesen ni una sola de mis palabras. Digamos que sus dudas me incomodaban. Seguí intentándolo, pero nada de nada, el condenado anillo no quería salir.

-¡No puedo! ¡Te digo, os digo que no puedo sacarlo! Probad vosotros -y extendí mi mano hacia ellos-. Intentadlo. A ver si sois capaces, pero por favor, no me arranquéis el dedo.

Primero Cymbal y luego Chafan, intentaron extraerlo sin lograrlo. Tiraron y tiraron hasta que sentí como mi dedo empezaba a dislocarse y aullé de dolor. Aquel maldito anillo no salía, era como si algo mágico le retuviera en el lugar.

-¿Qué, crees que...? -preguntó Cymbal a Chafan cuando vieron que no mentía y que mis palabras eran ciertas.

-Tal vez -dijo este misteriosamente- Intentémoslo una vez más y si no sale, dejémoslo así.

Volvieron a probar con el mismo resultado por lo que dejaron en paz a mi lastimado dedo y gracias a la providencia; no tuvieron la genial ocurrencia de cortármelo allí mismo para extraer el aro de oro.

-Olvidemos el anillo -terció al fin Chafan-. ¿Has entendido bien lo que te hemos dicho, Degall?

-Sí -contesté empezando a pensar en adaptarme a mi nuevo estilo de vida-. Lo he entendido perfectamente y solo deseo agradecerte en cómo te has portado conmigo siempre. Conmigo y con mis hermanos, aunque yo haya actuado como lo hice.

Diciendo esto desde mi corazón, los miré a ambos con franqueza.

-¡Gracias, Chafan! Siento realmente lo ocurrido, de veras.

Quedaron unos instantes en silencio y luego se levantaron de las sillas.

-¿Deseas decirnos algo más que quizás no sepamos, Degall? -me preguntó Chafan-. Es tu oportunidad de tirar toda la mierda que llevas encima y empezar de nuevo.

Pensé detenidamente en sus palabras y viendo un rayo de luz a mi aburrimiento solo contesté:

-¡Sí! Puede que haya algo más.

-¿El qué? -preguntó con rapidez Cymbal-. Digas lo que nos digas, nada más te puede pasar. Suéltalo y libérate. Haz lo que dice muy bien Chafan. Suelta tu mierda de una vez por todas.

Bajé la cabeza y con cierta dificultad conseguí soltar:

-Solo tengo una condición. ¡Perdón! Un pequeño favor, -rápidamente rectificué ante sus miradas-. un mínimo favor que quisiera me otorguéis.

-¿Quéee? ¿Un condición, un favor? -se exasperó Chafan que haciendo un juego de palabras espetó-. No estás en condiciones de solicitar ningún favor, Degall.

-¡De acuerdo, de acuerdo! Pero por favor, no os alteréis, me olvido de ello. También..., también quisiera decirnos algo, pero a todos. Algo que para mí es importante. Os lo quiero comunicar a vosotros dos, a tu hermano Graggo, a Xara, incluso a mi hermana. A todos los vasininos que haya en palacio. Quiero eso, Chafan. Solo eso, por favor.

Mi miraron largo tiempo antes de decir nada y finalmente este volvió a dirigirse a mí.

-Si ese es tu pequeño deseo, está bien. ¿Te encuentras en condiciones de bajar al salón esta misma tarde?

-Sí. La herida me dolerá, pero no me queda otra más que aguantar. No quiero tener esta lacra sobre mi conciencia que me duele incluso más que la flecha y el estilete juntos. Necesito soltarlo ya. No puedo, no puedo más. ¡Necesito liberarme!

-¡Bien! A media tarde vendré a buscarte. Mientras tanto descansa e intenta recuperarte. Por cierto, ¿cómo conseguiste sacar a Lienha de su mundo?

Aquellas últimas palabras fueron como agua en el desierto. Sentí brevemente, por un mísero instante que le volvía a importar y solo añadí:

-A la tarde, Chafan. Esta tarde lo sabréis todo.

-De acuerdo -contestó.

Y pensando en sus últimas palabras sobre mi recuperación los vi marchar, pero justo en el instante en que estaban abriendo la puerta grité:

-¡Chafan! Por favor, avisa a Bariel también. Que acuda junto a los demás.

Hizo un gesto afirmativo con su cabeza y desaparecieron tras la puerta, inmediatamente mis cuatro perros guardianes volvieron a entrar en mi mazmorra.

Al mediodía comí de nuevo sin muchas ganas y después que el mudo y joven sirviente desapareciese de mi habitación, me dispuse a echar una cabezada, no tenía nada mejor que hacer excepto seguir totalmente aburrido. Casi había logrado mi propósito de entrar en sueño cuando repentinamente Chafan apareció por la puerta y hablándome desde la distancia me dijo según se acercaba:

-¿Preparado para tu gran charla?

Desde la cama respondí afirmativamente con la cabeza y poco después bajaba con la ayuda de su brazo y de continuas punzadas en mi costado que me recordaban escalón tras escalón el nombre de Brigadión.

Al llegar y ver quienes se encontraban allí, un nudo apareció en mi garganta. Hablar para ellos no iba a ser tan fácil como el día de mi coronación. Aquel día me ovacionaban y hoy, tal vez me enterrasen en cuanto acabara mi exposición. Pero por una vez en mi vida quería tener la conciencia limpia de todo tipo de mierdas, como bien había dicho Chafan. Sin miedos, sin celos, sin esconder nada de nada. Deseaba enderezar mi vida de nuevo (si me concedían ese deseo) y para ello lo primero que debía hacer era soltar todo amarre, largar velas y ver qué diantres ocurría entonces.

Al llegar abajo me acercaron un sillón en el cual Chafan me ayudó a sentarme con la correspondiente mueca de dolor naciendo en mis labios. Allí estaban todos los que había solicitado que estuviesen. Lienha, el futuro rey de Shámsala, Elcor, bastantes vasininos de los cuales unos cuantos no había llegado a conocer personalmente y el pobre rádico Bariel que parecía pensar ¿qué demonios estoy haciendo allí? En primera línea Graggo junto a Cymbal y ¡cómo no! Mi querido Xara. Habría más o menos unas veinte personas en total. Después de ojearlos a todos y puesto que estaban callados esperando mis palabras, inicié mi monólogo.

-No, no sé cómo empezar -dije mirándolos muy nervioso y dudando mucho que creyesen mis palabras-. Supongo que ya sabréis lo que pasó la otra noche en palacio y bueno, creo que os debo una explicación, pero no quiero que penséis que con esta quiero librarme de mi culpa, ni mucho menos. ¡No! Solo deseo informaros de lo sucedido, aunque tal vez tengáis conocimiento de ello por boca de Chafan y este a su vez por la de mi hermana Lienha. Personalmente no he dicho nada aún y creo que va siendo hora de hacerlo.

Mi explicación pasó como un pájaro volando por el cielo, ni se inmutaron en lo más mínimo, así que esperé que no pasara lo mismo con lo siguiente que debía decirles.

-Mi nombre es Degall..., Degall Vaalam de Shámsala, rey emperador del reino de Shámsala.

Lo dije en voz alta para que todos oyesen bien. Hasta que no abdicara seguía siendo su rey, aunque por sus caras parecían opinar otra cosa muy diferente.

-Soy hijo y asesino del rey emperador Crotor Vaalam de Shámsala, mi padre. Así mismo, hermano y asesino también del príncipe Gumb Vaalam de Shámsala. Merced a mis deseos, ambas personas fueron asesinadas por Brigadión a quién yo personalmente ordené que lo hiciera y con un solo propósito en mi sucia mente, conseguir la preciada corona del reino. Asesiné sin ningún tipo de misericordia a la reina cautiva Ganvard y a quien la cuidaba y atendía en la torre. Todo debido al terror que infundía mi padre en mi persona, solo por eso y por mi propia cobardía acabé con sus vidas, solo por eso..., por nada más. Intenté deshacerme de otra traba en mi camino que no era otra que el propio príncipe y futuro rey emperador Elcor Vaalam de Shámsala.

En ese momento el aludido me miró asombrado ante mis palabras, por lo que supuse que tal vez los vasininos aún no le habían hecho saber nada.

-Di órdenes explícitas para que lo asesinasen y no me creáis si no queréis, pero doy gracias a que mi mensajero no consiguiese su propósito, aunque bien se encargó de sembrar de cadáveres el palacio.

-Soy artífice de la práctica muerte de mi hermana Lienha, -y la miré directamente a los ojos intentando librarme de aquella culpa que llevaba tiempo atenazándome sin compasión-. ¡Sí! La violé impunemente ayudado por la fuerza de un vasnino que siempre cumplía todo cuanto le pedía. Alguien a quién personalmente llamaba “mi querido Brigadión” y a quién solo prometí poder cuando llegase a lo más alto. He sido maquiavélico, despiadado y amigo de vuestros peores enemigos. En concreto tú Bariel, que pagaste por mis estúpidos celos durante el viaje de vuelta de Dor-Alia. Brigadión por orden mía, bien se ocupó de envenenarte con alguna de sus pociones durante la vuelta a Vende.

Tanto como Elcor, Bariel también se sorprendió por mi relato sobre su persona y con ojos extremadamente abiertos parecía no creer lo que estaba oyendo.

-Es una de las cualidades de Brigadión. ¡Como no! Echar algo en tu comida sin que te des cuenta. Tuviste suerte -dije mirándole y señalándole con el dedo-. Su propósito era quitarte de en medio.

Luego callé unos segundos antes de continuar, lo que iba a decir a continuación era también muy importante.

-Y sobre todo quería comentaros algo más, Chafan. Y esto va sobre vosotros..., los vasninos.

Me dirigí directamente a él y por su cara sentí como que no se iba a sorprender en absoluto dijese lo que dijese.

-¿Sí? -contestó sin curiosidad alguna-. ¡Habla! Te escuchamos.

-Brigadión me enseñó muchas cosas sobre muchas materias...

Mis palabras seguían sin impresionar por más que saliesen de lo más profundo de mi propio ser. Lo que expresé a continuación lo dije sin más, sin pensar siquiera. En esos momentos repentinamente recordé la esencia de “Lo Prohibido” y me embriagué de ella, inspiré profundamente varias veces y comencé a hablar sin temor alguno.

-¡Me enseñó los caminos de “Lo Prohibido”. Me mostró la esencia de “Lo Prohibido” y todo ese maravilloso mundo. Creo simplemente que debierais saberlo.

Se produjo un murmullo general en el salón. Esa sagrada enseñanza estaba prohibida y muy penada en caso de ser conocida por alguien que no fuera vasnino. Una pena que podía llegar a ser de muerte. Deseaba pedir perdón a todas aquellas personas por mis crueles actos, pero no sabía cómo hacerlo, de hecho, había estado analizando durante toda la mañana cómo iba a decirlo y no vislumbraba ninguna salida. Ahora repentinamente y gracias a las enseñanzas del traidor de Brigadión, una luz se iluminó en mi cabeza y hablé de nuevo sobresaliendo entre todos los murmullos del salón y acallando rápidamente sus bocas.

Y esta vez mi voz fue mucho más alta y clara. Más directa, puesto que necesitaba que prestaran mucha atención a mis siguientes palabras.

-Pero hay otra cosa. Algo muy importante que también me enseñó Brigadión y que yo particularmente... ¡mejoré! -grité sonriendo misteriosamente y guardando silencio después.

Pasaron unos instantes y como no decía nada, empezaron a mirarse entre ellos con curiosidad, luego volvieron su vista en mí. En su mentes solo se repetía una palabra...

-¿Y?

Era mi turno y lo aproveché al máximo sin importarme lo que pensarán. Simplemente lo iba a intentar. Iba a tratar de enarmonizar en todas las mentes a la vez.

Les observé atentamente diciéndoles en su interior:

-“Así soy yo vuestro rey emperador, Degall Vaalam de Shámsala. Por todas mis anteriores acciones y aun a sabiendas de no tener derecho a ello, solicito humildemente

vuestro perdón. Lamento en demasía mis hechos y el daño que haya podido ocasionar. Lo lamento sinceramente con toda mi alma”.

Conseguí increíblemente enarmonizar con todos ellos a la vez.

¡Y vaya si lo conseguí!

Sus asombradas caras así me lo decían. Me observaban con una mezcla de espanto y admiración. Incluso se observaban entre ellos pensando que quizás había sido un producto de alguna alucinación. Pero no, no era ninguna alucinación y sabían perfectamente que había sido yo.

Chafan llegó con ciertas prisas junto a mí y ayudándome a levantar, me dijo ante un murmullo general:

-Por favor, Degall. Volvamos ahora mismo a tu alcoba. Hablaremos de todo lo ocurrido más adelante. Te lo suplico.

¿Chafan me suplicaba ahora? No entendía nada, pero la enarmonía parecía haber surgido algún efecto en él y en los demás. Lienha misma me miraba asombrada y seguro pensando en cómo había vuelto a hacer el truco de magia. Pero no era magia, sino pura enarmonía.

-¿Y la sentencia? -quise saber-. ¿Cuál es mi sentencia definitiva? Necesito olvidarme de todo esto ahora mismo, por favor. Llevo demasiado peso encima desde hace tiempo.

-La misma, Degall. -contestó izándome con fuerza y apremiando-. Tu sentencia sigue siendo la misma y es inamovible. Subamos, por favor. ¡Ya!

Me levanté con su ayuda dejando a todos asombrados mientras caminábamos hacia mi alcoba. Me despedí lo justo haciendo un adiós con mi mano y percibí que el aspecto de mi acompañante ahora era diferente, podía afirmar que había mejorado considerablemente y parecía estar “casi” contento, pero aún no las tenía todas conmigo.

Cuando llegamos a la puerta junto a los mismos soldados le pregunté con cara de pena:

-¿Chafan, por favor, no podrías anular la orden para que estos hombres puedan hablar conmigo? Compréndelo, me aburro terriblemente sin poder comunicarme con nadie durante todo el día.

-Orden revocada -dijo dirigiéndose a los soldados-. Si Degall os habla, podéis contestarle y hablar con él -ante aquella petición del vasnino, los soldados afirmaron con una pequeña sonrisa en sus labios.

-Gracias, Chafan -y diciendo esto, sin su ayuda di media vuelta dirigiéndome hacia mi cama para tumbarme y sopesar lo ocurrido. Cuando me eché en ella, noté que el vasnino seguía mirándome desde la puerta sin haberse ido aún.

-Degall, has sido muy valiente hoy. Gracias. Necesitábamos oírte hablar así -pensó sus siguientes palabras añadiendo-. Te vuelvo a dar las gracias por salvarme la vida ante Brigadión y además, te quería preguntar algo. ¿Qué era eso que querías pedirnos a Cymbal y a mí esta mañana?

Debí poner cara de no entenderle, puesto que volvió a preguntarme.

-¡Sí hombre, sí! Tu condición ¿No recuerdas?

-¡Ah! ¡Eso! -por supuesto que lo recordaba-. Ven, acércate, por favor. No quiero gritar y que se entere todo el palacio.

Se acercó a mi cama y entonces le comenté mi extraña condición, aunque realmente no era una condición, sino un deseo. Le solicité (ya que estaba prisionero de por vida) que permitiese que una slá llamada Midara viniera a hacerme una visita. ¡Y eso sí! Si a ella no le importunaba, por supuesto.

-Pero, esa mujer. ¿No es una slá? -preguntó.

-Exactamente Chafan, es una belleza slá.

-¿Es la que...? -y diciendo esto dibujó con sus manos una silueta femenina, una silueta femenina cargada de sinuosas curvas.

-La misma.

Mi condición le cogió por sorpresa, pero por la cara que puse me comentó que lo iba a meditar, luego sin más dijo adiós y se fue.

Unas horas más tarde sentí el calor de mi gema lamverdiana a lo que supuse que tras la puerta estaba ella, la maravillosa Midara. Con rapidez y antes que entrara, aproveché el momento para quitarme la gema y depositarla sobre mi mesilla.

Cuando llamó, uno de los soldados abrió y al verla le preguntó qué deseaba, ella solo contestó:

-Vengo a ver al rey, me envía Chafan.

El soldado la dejó pasar sin preguntar más, pero tanto él como sus compañeros giraron sus cuellos de tal forma para verla mejor, que casi oí sus chasquidos desde mi lecho. Gracias a la fría mirada con la que les rocié, volvieron rápidamente a su pose estática inicial.

Viéndola venir hacia mí no pude menos que admirarla. Rondaría unos treinta años, su pelo era largo y del color del carbón más intenso. Las facciones de su rostro solo tenían un nombre..., angelicales. Las bellas curvas de su silueta no tenían nada que envidiar a las de cualquier joven muchacha y su culo..., ¡Dios mío, su culo! Su culo no merecía tener tal nombre, sino el nombre de una diosa.

Midara llegó junto a mí preguntándome con soltura:

-¡Majestad! Creo que habéis solicitado a Chafan que me presente ante vos. ¿Qué se os ofrece?

-Ven, siéntate aquí, a mi lado, por favor -solicité dando unos golpecitos encima de la cama. Luego me recosté como pude intentando disimular el dolor de mi punzante herida y dije-. Mi única intención es comentarte algo, nada más. Solo relatarte un breve historia, la historia de mi vida.

Tal y como me había demostrado por su carácter anteriormente, cuando terminase de hablarla y le pidiese lo que quería, posiblemente consiguiese la traza de su mano en mi cara, pero debía intentarlo ya que no tenía nada que perder. Se sentó con suma dulzura a mi lado en la cama y pude oler el embriagador aroma que despedía y que me llevaba a las más elevadas cotas.

-¿Estáis herido? -preguntó repentinamente.

-¡Bah! No es nada Midara, solo un accidente.

En breves momentos le iba a contar muchas cosas, así que preferí que esto también fuese en el mismo lote.

Sin más y ante su sorpresa empecé a narrarle mi historia completa. Desde el mismo principio hasta el día de hoy. No omití ningún detalle, relaté las muertes de Gumb, de mi padre, el intento contra Elcor, las muertes de la torre y todo lo sucedido con mi hermana, incluida su violación por mi parte. No sé por qué, pero ya no quería ocultar nada a nadie, eso me importaba más que callar mi hastiado pasado. Midara me oía hablar y yo sentía como se horrorizaba con mis acciones y con las órdenes que había dado a Brigadión.

-Era un puñetero y letal juego real -dije al finalizar mi locución.

Pensé que seguro que Midara se estaría plantando cual era el fin y el porqué de haberla hecho llamar, aunque solo comentó:

-¡Vaya! ¿Ya no sois rey? Pues que pena. ¿No? ¿Ni siquiera príncipe?

-No, Midara, no. Príncipe siempre lo seré. Eso es algo que jamás nadie conseguirá quitarme, soy hijo de quién soy, pero creo que ahora respiro mucho más tranquilo, sin responsabilidades, ni secretos ocultos que guardar.

-¡Ya! Pero tenerlo todo y ahora estar aquí prisionero, ¿qué queréis que os diga? Sinceramente a sabiendas de lo que habéis hecho y cuáles han sido vuestros actos, lo siento mucho por vos. Es como estar enterrado vivo.

-No sientas nada, por favor, después de lo que he dicho esta tarde en el salón me encuentro mucho mejor.

Seguí hablando e incluso toqué el tema de "Lo Prohibido". Luego para acabar y como punto final pensé en enarmonizar con ella, aunque primeramente debía ponerla sobre aviso.

-Midara, hay algo más. Brigadión también me enseñó alguna que otra cosa buena, no vayas a creer que todo fue tan malo. Una de estas cosas buenas, por no decir la mejor y la más importante se llama; enarmonía.

-¿Enarmonía? -preguntó con sus grandes y hermosos ojos verdes. Ojos de un verde intenso como el de la fresca hierba.

-Sí, así lo llamaba o llama él. ¿Quieres ver lo que es? -pregunté nervioso por enseñárselo actuando como un crío pequeño.

-¡Bueno! -aceptó con un mohín hipnótico de sus labios.

Con Midara me sentía muy a gusto, como si mi pasado se hubiese desvanecido repentinamente de mi mente, así que sin más coloqué mis manos sobre sus brazos intentando medio retenerla un poco y avisando:

-Y no temas, por favor, confía en mí.

Me hizo caso y a punto estuve de ruborizarme por la intensidad de su mirada.

-Ahora cierra los ojos y respira profundamente. Intenta relajarte manteniendo tu concentración en la respiración. Solo en ella. Inspira..., expira..., inspira..., expira..., arriba..., abajo..., uno..., dos..., uno...

Al ver que hacía caso a mis palabras no me demoré más y enarmonicé con ella.

-Hola Midara. Soy yo, Degall. Estoy dentro de ti. ¿Qué te parece esto?

Asombrada se retiró un poco hacia atrás abriendo los ojos, pero sin mucha fuerza, como si realmente no quisiera que quitara mis manos de sus brazos.

-Esto es la enarmonía, Midara -le dije-. Sirve para comunicarme con quien quiera y desde donde quiera y supongo que no sirve para nada más. Sobre todo, no la temas ya que no puede causarte daño alguno.

-Es maravilloso. Os he oído o diría que sentido dentro de mi propia cabeza. Es... es, no sé cómo explicarlo.

-¿Milagroso? -sugerí.

-Eso es. Es un milagro que podáis hacer eso. Estoy sorprendida, maravillada de vuestro poder.

Se relajó y volvió a sonreír maravillosamente dejándome totalmente desarmado.

-Bueno, ahora te toca a ti, Midara. Me gustaría que me relatases tu vida. ¿Cómo llegaste a ser una slá?

Su expresión cambió poniéndose repentinamente seria, por lo que tuve que actuar con celeridad intentando que no huyese por la puerta más rápida que un brioso alazán.

-¡Por favor! No temas, no es mi intención -aproveché para echar una ojeada a los soldados que seguían mirando a cualquier sitio excepto a nosotros. Mi anterior miradita había funcionado-. Ya has oído por mi boca lo que ha sido mi pasado y te he sido sincero, muy sincero, hasta podía decir que demasiado sincero. He asesinado y violado y aunque te resulte difícil creerlo, ahora por fin me siento libre. Algunos no podrán perdonarme, otros no querrán y otra pequeñísima minoría tal vez me conceda una oportunidad. Pero todos ellos saben muy bien lo que he hecho, no les he ocultado nada, Midara y eso, eso me libera. Entenderé perfectamente que no quieras decirme nada, estás en tu derecho y perdona si te he faltado en algo. Lo siento si es así.

-Tranquilo -contestó-. Lo que ocurre es que no quiero recordar nada de lo que me sucedió. He intentado borrarlo de mi mente muchas veces, más no lo he conseguido. Los recuerdos me dañan y no quiero volver a recordarlos. No quiero. Entiéndelo.

Y de repente, cuando pensaba que iba a callar y mantenerse en silencio, empezó a narrar su historia.

-Tuve la mala suerte que cuando nací no había ningún médico cerca, ni nadie que pudiese ayudar a mi madre en el parto. Este tenía todas las probabilidades de salir mal y así fue. Me costó venir al mundo y aunque finalmente lo conseguí, dejé en el intento mis piernas que sufrieron tanto que jamás sirvieron para poder sujetarme. Mis padres y yo vendíamos en los caminos cercanos a Nivide, los quesos que hacíamos en casa gracias a nuestras ovejas y cabras. Se lo ofrecíamos a los caminantes y viajeros que se acercaban o partían de la ciudad. Personalmente no era muy agraciada por mi belleza y mucho menos por mi atrofiado físico, siendo además una auténtica carga o rémora para mis padres. Cada vez que debíamos movernos de un sitio a otro, tenían que soportar estoicamente mi peso. Un día, poco después de cumplir los veintisiete años y en uno de aquellos caminos quedé sola para la venta. Mis padres tuvieron que volver a casa a por más quesos, ya que el día se nos había dado muy bien y estábamos quedándonos casi sin existencias. Estando sola allí aparecieron dos hombres que preguntaron por los quesos e incluso llegaron a degustarlos para elegir uno u otro. Noté que miraban cada poco tiempo hacia ambos lados del camino, como temiendo que algo o alguien apareciese, pero al final solo fueron mis padres quienes llegaron con más mercancías. Fue lo peor que pudieron hacer. Aquellos hombres eran slá's y antes siquiera que mis progenitores se defendiesen, los mataron allí mismo tapándome la boca para que no gritase. Quitaron nuestro tenderete del camino y lo ocultaron entre el follaje, fuera de la vista de posibles caminantes. Aunque no era (como te he dicho ninguna belleza), ambos aprovecharon para violarme allí mismo en la espesura. Cuando acabaron, increíblemente me preguntaron si quería volver a caminar de nuevo entre la gente, diciéndome que ellos poseían la solución a mis males y claro estaba, siempre y cuando me uniese a ellos. El odio más atroz se transformó repentinamente en esperanza y ya que no podía hacer nada por mis padres, solo pensé en vengarles de alguna forma. Acepté la misericordia de aquellos dos extraños asesinos que me ofrecían un milagro y ellos mismos se ocuparon de llevarme hasta una posada de Nivide. Allí en una habitación con la puerta cerrada y las ventanas bajadas, me dijeron que eran slá's. Os podéis imaginar el terror que inundó instantáneamente todo mi cuerpo. En concreto, uno de ellos era un monje slá y tenía el poder de poder convertirme y esto me lo decía según comía un trozo de queso robado tras asesinar a mis padres. También me hizo saber que, una vez realizado el rito, iba a salir de mi cuerpo en forma etérea debiendo buscar otro por las inmediaciones lo antes posible. Acepté pensando en que era una auténtica locura, pero antes de verme incapacitada de por vida, confié y decidí arriesgarme a dar el paso, con lo que el ritual se inició. Al rato sentí que efectivamente salía de mi tullido cuerpo viéndome tirada allí, en el suelo, con mi cara totalmente desencajada e inerte. Estaba muerta. Me abrieron la ventana y a través de ella salí a la calle, recuerdo que era un hermoso atardecer. Aquellos miserables me habían sugerido dar una batida por algún que otro tugurio de la ciudad y optar por un cuerpo para luego poseerlo. Pero en vez de eso elegí una elegante y gran casona de noble aspecto. Poco después encontré este cuerpo que ves -y se señaló-. Por favor, Degall, no me preguntéis si sufrió o no. ¡No lo sé! Pero puedo jurar por mis asesinados padres que ha sido la única vez que lo he hecho ¡Os lo juro! Al rato volví junto a aquellos dos infames hombres increíblemente sorprendida de lo que sentía caminando sobre mis propias piernas. Al verme entrar con mi nueva forma se maravillaron de mi belleza y poco después me comentaban de una posada al norte de Alghall donde había más slá's y hacia donde se dirigían contando por supuesto, conmigo también. Quisieron hacerme el amor, pero me negué alegando que el día había resultado muy difícil y les prometí que a la mañana siguiente les daría y haría todo lo que me pidiesen. Tras esta falsa promesa, conseguí que durmieran en la misma cama dejándome la otra para mí. Aceptaron como bobos e imbéciles que eran, durmiendo y pensando en las mieles del próximo amanecer. A medianoche, me desperté cautelosamente cogiendo las dagas de estos cobardes que descansaban sobre sus ropas en las sillas. Muy sigilosa llegué junto a

ellos y sin ningún tipo de piedad, poniendo los dos puñales a la vez cerca de sus cuellos, los cercené a ambos a la vez. Anteriormente y siguiendo sus instrucciones había escrito en un viejo trozo de pergamino, los versos oscuros para aprendérmelos de memoria más adelante. Debo decir que a aquellos dos miserables no les dio tiempo a recitar nada de nada, se ahogaron en su propia sangre. La misma noche dejé la posada, robé un caballo en una cuadra y sin más partí hacia el norte, hacia la posada que me habían comentado, pero sin saber realmente donde me dirigía, ni lo que me esperaba allí. Cuando lo descubrí, era demasiado tarde y no pude hacer nada. Lo único si deseaba seguir viva entre aquellos seres, era comportarme como uno más de ellos y no mostrar debilidad o flaqueza alguna y sobre todo, no tener piedad por nadie. No tuve otra opción más que ser la puta de los fuertes y la envidia de los débiles. Pasó solo un año antes de que llegaseis solicitando nuestra ayuda y cuando aparecisteis con vuestro pequeño ejército de ródicos, di las gracias a lo más sagrado por vuestra inesperada aparición. Mis oraciones como quien dice habían sido escuchadas. Lo demás ya sabéis como sigue.

Ante sus palabras no pude menos que decirle que sentía lo que le había ocurrido. Hablamos de más cosas y nos comunicábamos bien, demasiado bien desde mi punto de vista.

-Y esa es mi historia, Degall, y creo que tanto vos como yo, se puede decir que hemos salido de un agujero profundo. Un lugar al que no quiero, ni deseo volver. Solo deseo olvidarme para siempre de mi pasado.

-Lo mismo pienso, Midara. También desearía olvidarme de mi pasado, aunque creo que no voy a poder conseguirlo jamás. Cambiando de tema, supongo que te extrañará el hecho de por qué te he mandado llamar ¿No?

-La verdad es que sí. Cuando Chafan ha preguntado delante de todos los demás slá's por mí, me ha cogido completamente por sorpresa. Pero bueno, no podía negarme a rechazar (por entonces) una llamada del emperador. Así que ahora os preguntaré yo, ¿qué se os ofrece? Y por cierto, ¿os importa que os tutee, príncipe?

-No hay problema. Ya sabes que no soy tu rey, ni tu emperador. Realmente soy lo mismo que tú, ni más ni menos.

Ante mis palabras volvió a sonreír dulcemente.

-Entonces ¿tú dirás?

El momento de comunicarle lo que pretendía había llegado y también temía que su respuesta fuese negativa. Sin embargo, volví a lanzarme de nuevo al vacío, como otras veces había hecho a lo largo de mi vida.

-Midara, ¿quisieras quedarte conmigo aquí, junto a mí? No serás reina, ni princesa, pero nada te ha de faltar.

Nada más soltar esas palabras, un vivo recuerdo vino a mi mente. Una conversación algo similar que había mantenido con Lienha y con un final demasiado horrible. Pero ahora era diferente, aceptaría cualquier respuesta, fuera un sí o fuera un no.

-¿No te entiendo, Degall? ¿Qué intentas decirme realmente? ¿Que sea tu fiesta nocturna? -dijo con desfachatez.

-No, no, por favor. No pienses en eso. Bórralo de tu mente, por favor. Solo sé que estoy solo, no tengo a nadie y estoy prisionero. Si aceptas, tú podrías entrar y salir cuando quisieras. Podrías llevar otra vida, olvidarte de ellos, de los slá's. No intento que seas ninguna fiesta, sino solo mi amiga.

En aquellos momentos, no me imaginaba que poco tiempo después de aquella conversación, ambos caeríamos completamente enamorados.

Sin llegar a contestar a mi petición repentinamente se abrió la puerta y tras ella Chafan apareció.

-Traigo buenas nuevas, Degall. ¡Hola, Midara! -dijo mirándola con aires mucho más renovados.

-¿Y cuáles son esas nuevas si se pueden saber? -pregunté con curiosidad según se acercaba.

-He hablado.... ¡Perdón! Mejor dicho, hemos hablado y mantenido otra conversación todos de nuevo en el salón.

-¿Y? -pregunté curioso.

-Aceptamos que puedas salir de tu alcoba, pero solo hasta las mismas murallas. Más allá no es posible, Degall.

-¿No es posible? -pregunté con una pequeña sonrisa.

-No, no es posible, por lo menos por ahora -dijo Chafan también sonriendo.

-¿Puedo entonces solicitarte otro favor? -pregunté

-No te cuesta nada pedir, Degall. Dártelo o no es otra cuestión ¿Qué se te ofrece esta vez?

-Los soldados ¿Podrían volver a sus puestos y dejar de perder el tiempo aquí?

Sin más, Chafan haciendo un gesto con su cabeza, los miró diciendo:

-Ya le habéis oído, podéis volver a vuestros puestos en la guardia y gracias.

Desaparecieron vistos y no vistos de la alcoba, Chafan se volvió hacia mí.

-¿Alguna cosa más?

-Sí ¿Puedo llamarte amigo? -dije en voz muy baja apenas audible.

-Sí, podéis, pero por ahora prefiero que sea solo cuando estemos únicamente los dos. Entendéis, ¿no?

-Perfectamente y una última pregunta.

-¿Sí?

-Ceno aquí o puedo bajar al salón con los demás.

-Donde deseéis, Degall. Podéis cenar donde queráis, sois libre de ir a cualquier parte del palacio que deseéis..., del palacio ¿Eh? Solo del palacio. ¿Entendido?

-¡Entendido! Gracias ¿Y una última, última tontería? ¿Puedo solicitar un nimiedad, por favor? Es lo último que te pido por hoy, ¡lo juro!

-Podéis -dijo pacientemente.

-Por favor, para Midara. ¿Podrías conseguir diferentes ropajes nuevos y que no parezca una más de ellos? ¿Para que pueda vestirse más elegantemente?

Chafan no dijo nada, pero por su sonrisa supe que accedía a mis deseos. Volvió sobre sus pasos y justo antes de cerrar la puerta volví a gritarle.

-¿Y unas joyas? ¿Un par de ellas al menos?

Acto seguido cerró desapareciendo tras ella.

Me di cuenta en el acto y una amplia sonrisa se dibujó en mi rostro.

-¿Has pedido ropas nuevas para mí, Degall? Veo que las cosas empiezan a marcharte bien ¿De qué te ríes?

-¿No te has fijado, Midara? ¿No te has dado cuenta?

-¿Cuenta? ¿De qué? -preguntó con sorpresa.

No podía dejar de sonreír.

-Chafan ha vuelto a tratarme con respeto, ha vuelto a mí. Creo que vuelvo a ser de nuevo el príncipe Degall o por lo menos algo parecido. Chafan me ha tratado con respeto nuevamente y si él lo hace los demás lo harán también. Además, puedo salir libremente de esta alcoba, aunque solo sea por ahora y por el palacio, más adelante..., ¡ya veremos!

Eufórico como estaba le cogí su mano.

-Solo me faltas tú para hacerme completamente feliz, Midara. No te pido nada que no quieras darme, ni te exijo nada más tampoco, no soy quién para hacerlo. Si deseas pensarlo, hazlo. Estaré aquí esperando tu decisión que aceptaré de buen grado. Eres libre para hacer lo que desees y por supuesto, gracias por venir, por haberme escuchado y por haberme concedido estos maravillosos minutos a tu lado. ¡Muchas gracias!

Y fue entonces cuando Midara cogió mi mano y dulcemente depositó en ella un beso que me erizó la piel.

-Gracias a ti, Degall, por lo que haces por mí. Jamás volveré con esos indeseables. Solo pido que tus palabras hayan partido de tu corazón y que no vuelvas a ser esa persona que has sido nunca más. Solo pido eso.

Aquella noche, cenamos los dos en la habitación y Midara se quedó a dormir conmigo, en mi propia cama. No me atreví a tocarla ni a acercarme siquiera un poco a su cuerpo por lo que pudiera pensar, aunque tampoco era capaz de sujetar mis sexuales pensamientos sobre lo que podía haber acaecido.

Esperé a bien entrada la noche y cuando todo el mundo estaba dormido y no se oía desde la ciudad alma bendita, me recosté con algo de dolor en mi costado.

Cerré los ojos.

Y enarmonicé.

-¿Brigadión? ¿Brigadión? ¿Estás ahí?

FIN

(De la primera parte)

PERSONAJES DE “CRÓNICAS DE SHÁMSALA”

Ágatha – Tabenera

Ampras - Rádico

Amadia - Vasnina, novia del príncipe Elcor

Balco - Amigo de Rodmien

Balk - Siervo del príncipe Gumb

Bariel - Rádico

Barfkeff - Torturador

Bardasque - Traidor en la Ruta Del Deseo

Berenice - Rádico

Betrenice - Amigo de Rodmien

Brammkbrest - Capitán de la guardia de palacio

Brigadión - Vasnino

Cardieff - Gobernador de Nueva Maran

Chafan - Vasnino

Crotor - Rey Emperador

Cymbal - Vasnino
Daúl - Vigilante en las montañas
Degall - Príncipe
Elcroch - Slá
Elcor - Príncipe, antes llamado Rodmien
Febra - Ex mujer de Barfkeff
Galizas - Slá
Ganvard - Emperadora
Graggo - Vasnino
Gumb - Príncipe
Iun DeLof - Comediante
Kotta - Slá
Lars Duvall - Vasnino
Leen - Amigo de Rodmien
Lienha - Princesa
Lindo - Ayudante de Barfkeff
Linentir - Vigilante en las montañas
Loren - Siervo del príncipe Degall
Lorquia - Carcelero
Lundia - Esposa del gobernador Cardieff
Maltan Tacin - Alcalde de Basteff
Pálas - Guardia del palacio
Parso - Amigo de Rodmien
Passal - Vigilante en las montañas
Porlo Dahor´a - Emperador del Reino de la Luz
Rainh - Soldado del palacio
Rimas - Amigo de Rodmien
Risco - Vasnino
Rod / Rodmien - Nombre antiguo del príncipe Elcor
Rodwinsha - Nombre real de Lindo
Runkis Buckorr - Brick torturado por Barfkeff
Rutter - Vasnino
Safkerd - Ridish General
Sshain - Capitán en el palacio
Sixto - Amigo de Rodmien
Slamy BeldNuc - Antiguo Mago Slá
Topo-Loco - Apodo de Graggo
Zeba - Hija de Lundia y de Cardieff
Zerbana - Hija de Lundia y de Cardieff
Zuwauik - Ridish General
Xara - Vasnino

“Galusas”

Son guerreros temibles, terroríficos y astutos allá donde los haya. Los galusas son muy altos y a duras penas pasan a través de una puerta sin bajar la cabeza. De piel morena y sin un atisbo de pelo en todo el cuerpo, son totalmente imberbes. Pero detrás de su fina piel de niño, se esconde un porte feroz y una mirada salvaje. Muchos seres de esta raza llevan sujetas en sus amplias espaldas un par de hachas de doble filo, colocadas hacia abajo y en forma de equis. Están fabricadas con madera de árboles que

solo crecen en Galusiam y que son tratadas en secreto por los maestros armeros artesanos que las hacen muy livianas. También es mantenido en secreto la fabricación de los filos de estas hachas de hierro fundido. Todo ello da una increíble ligereza al arma que, junto a la fortaleza de sus portadores, hace no desearles como enemigos en los campos de batalla. También suelen llevar atado en el cinturón un látigo.

“Las Cartas de Dolor”

Las tierras del sol se encuentran al sur de la provincia estado de Lamverdy, mucho más allá del Gran Río y cerca de la frontera con el Gran Reino de la Luz. Su gran y populosa ciudad se llama Basteff. Cuando se ve por primera vez se tiene la impresión de una ciudad sucia y muy descuidada, pero la realidad es que esto se debe simplemente a que es demasiado antigua y dada la falta de dinero en el tesoro resulta imposible restaurarla. Pintar, adecentar y remodelar sus antiquísimos edificios supondría un altísimo coste para las arcas de una ciudad que no dispone de ello. Así pues, a su gobierno y ciudadanos no les queda otra que seguir de esta forma hasta que tiempos mejores lleguen. De todos modos, es aconsejable que al andar por sus calles se deba ir con sumo cuidado y es recomendable para todo el mundo mirar hacia arriba bastante a menudo, por si la cabeza tropieza con algún trozo de escultura, estatua o quizás una teja mal colocada que caiga de Dios sabe dónde. De vez en cuando a través de los bandos de la ciudad, los gobernantes suelen dar su más sufrido pésame a familiares de ciudadanos que hubieran tenido la mala fortuna de recibir el impacto de un cascote. En Basteff, en alguna de sus mal llamadas “academias”, enseñan a jugar con todo tipo de sus cartas, incluidas las Cartas de Dolor y tienen fama de hacerlo muy bien. Esto aporta un dinero suplementario que no le viene nada mal a su gobierno, un dinero que cargan a través de impuestos contra las mismas academias. Así que, si alguien quiere ganarse la vida como tahúr o algo parecido, lo mejor que puede hacer es darse una vuelta por la ciudad y estar una mínima temporada oyendo y aprendiendo los consejos que dan las personas tituladas sobre el juego y sus fundamentos básicos. Sin embargo, a los príncipes de Shámsala, no les hacía falta llegar hasta Basteff para aprender a jugar. Los consejeros enviados como regalo del gobernador de Vasnía Golteim al rey emperador, les habían instruido en su manejo. En Basteff, por todas sus tabernas se puede ver a gente jugando con estas cartas mágicas, sin embargo, está terminantemente prohibido hacerlo en la calle bajo arresto de tres días en la fortaleza, además de la requisición de estas. También si por alguna causa que no sea jugar en la calle, los jueces anulan las cartas de alguien, lo único que puede hacer el condenado es tirarlas a la basura porque no podrá volver a jugar con ellas nunca más. Deberá comprarse unas nuevas y si no se tiene dinero, por supuesto que allí nadie le fiará, ya que como en todos los sitios, en Basteff nadie regala nada. Las cartas se fabrican en el centro de la ciudad en una especie de castillo amurallado o fortaleza donde según dicen las malas lenguas, se necesita un cuerpo vivo para conseguir solamente una carta, por eso el populacho tiene mucho cuidado que nadie los vea jugando por la calle so pena de ir a la fortaleza tres hipotéticas jornadas. Muchas veces en la parte alta de este castillo, la chimenea desprende un humo muy condensado entre blanquecino y gris oscuro. Si se tiene la mala suerte de respirarlo, dejar de toser será una tarea ardua y costosa y el sabor que le quede a uno en la boca, hará que por más que se la aclare con agua, su extraño sabor no desaparecerá hasta pasados un par de días mínimo. Por eso cuando sale el humo, la gente de Basteff también dice que un nuevo juego de Cartas de Dolor ha sido creado. Así que se trataba de magia pura y auténtica, ya que sea magia blanca o negra es harina de otro costal.

El juego consiste en derrotar totalmente al adversario, con un total de ciento veintiocho cartas. Se ponen boca abajo y se lanzan de una a cinco al suelo dándoles la

vuelta. A mayor número de cartas más fácil es la victoria, ya que cabe la posibilidad de tener entre ellas un guerrero o animal más fuerte que el del adversario, pero todo depende también de las cartas que queden en la propia baraja y salgan después. Pueden aparecer desde increíbles guerreros a caballeros armados hasta los dioses incluso con sus alazanes, inofensivos trovadores, amazonas, campesinos armados de hierros y palos, panaderos, carniceros, así como animales. Desde feroces tigres, a osos, panteras y leones, también están los gatos, perros o patos, estos últimos incompetentes para la lucha. Estas son figuras totalmente vivas y animadas, pequeñas y de solo un palmo de altura cada una. Todo no consiste en la fuerza, también los engaños y artimañas funcionaban igual que en un campo de batalla real. Así que cuando se lanzaban las cartas al suelo aparece un ser mágico dispuesto a pelear por uno, aunque no siempre actúa como debiera hacer. Luego cuando uno de los dos contendientes es derrotado, simplemente desaparece transformándose en una pequeña columna de humo y esa carta no se vuelve a jugar.

De todos modos, hay trucos y formas de lanzarlas y los príncipes estaban aprendiendo a ello. Les faltaba todavía experiencia, conocimiento y templanza, lo requisitos básicos para cualquier juego de cartas si uno deseaba salir bien para

“Vasnios”

De la provincia estado de Vasia Golteim, Rutter y sus hermanos de raza, Brigadión y Chafan eran unos vasnios muy leales al rey Crotor. Eran el producto de un regalo de su gobernador a su rey emperador por el nacimiento de sus hijos y eran quienes se dedicaban a su cuidado y educación, nadie más poseía ese privilegio.

A la extensa familia a la que pertenecía, se les conocía como “Los Sabios Vasnios” o “Vasnios”, ya que desde muy pequeños se les instruía en todo tipo de ciencias, culturas y de conocimientos. Cualquier rey importante había tenido alguno de estos sabios asesores cerca y entre sus filas. Tenían por decirlo de alguna forma, un saber mucho mayor de todo cuanto se podía conocer, un conocimiento que llegaba a límites inauditos en sabiduría. Se les preparaba en materias tan dispares como geografía, historia, instrucción militar, galope, ciencias ocultas, asesoramiento civil, ataque y defensa personal, utilización sobre cualquier tipo de armas, música y poseían así mismo amplios conocimientos sobre alimentación.

La raza vasnia tenía una peculiaridad que la diferenciaba enormemente de las demás razas de Carioth-Carbalon; el iris.

El iris de sus ojos era del mismo color que el de sus pupilas. Con esto, decir que sus miradas resultaban impactantes era poco decir. Y aquel vasnio o vasnia que tuviese la fortuna de poseer ojos claros, bien verdes o azules, en materias amorosas nada se le resistía, no había hombre o mujer que no cayese presa de sus encantos.

Rutter los tenía negros y ello le daba un aspecto intrigante. Brigadión marrón claro que le otorgaban una belleza sin par. Los de Chafan eran los más normales, marrón oscuro como la mayoría de vasnios.

Como buenos asesores que eran, acertaban siempre con sus prácticos consejos; un error en su asesoramiento real hubiese actuado como una mancha en su vida, amén de una destitución inminente y un terrible golpe para cualquiera de sus familias.

Sus atuendos consistían solamente en una larga falda de lino color azul oscuro, unas sandalias y un cinturón de cuero atado dando vueltas y más vueltas alrededor de su torso. En ambos brazos y sujetas con cinchas también de cuero portaban sendas dagas largas o estiletos. Rara vez se veía lo que ocultaban en su interior aquellas vainas, pero la gente decía que una vez salían de ellas, los vasnios nunca las guardaban sin rastros de sangre. Sus conocimientos de lucha eran simplemente sorprendentes.

Cuando nacieron los tres príncipes, Crotor solicitó al gobernador de Vasnia Golteim que le enviase tres asesores para que fueran las personas encargadas de la educación de los príncipes, Chafan, Brigadión y Rutter fueron los elegidos. El primero rondaba los cuarenta y tantos años y Brigadión y Rutter algunos menos. Los tres eran altos, esbeltos y de facciones bellas, duras y angulosas. Sin un ápice de grasa se ejercitaban continuamente en sus artes, tanto física como mentalmente. Sus largos cabellos muy a menudo eran recogidos en una fina trenza que ellos mismos trabajaban con verdadera maestría.

Eran asesores, maestros entregados y tanto en cultura como en educación, se podía decir que como ellos no había nadie en todo el reino.

“Juegos del Circo”

Como cada cumpleaños de los príncipes, este que iba a ser el de sus 18 años se iba a conmemorar por toda la ciudad y como no, el circo y las atracciones volvían de nuevo a Vende y a todo el reino,

Desde el principio de sus vidas en cada uno de ellos, se habían venido realizando por designio real todo tipo de eventos a los cuales acudían gentes llegadas de todas las provincias estado.

Había representaciones de teatro por toda la ciudad, músicos en cualquier esquina ofreciendo sus instrumentos y canciones a aquellos viandantes que quisieran oírlos. Se permitía solamente durante estos días que los magos mostrasen su poder y su magia a los ciudadanos de Vende. Se podía uno encontrar por las calles, bufones, mimos mudos o troupe de enanos pintarrajeados con llamativos colores, malabaristas, echadores de fuego. Si de por sí en Vende había mucho comercio, durante estos días la venta ambulante en cualquier esquina de sus calles era por decirlo de alguna manera verdaderamente atosigante. Todo el mundo parecía querer vender algo. Los tenderetes decían poseer las mejores frutas, las mejores verduras, las armas más económicas, los amuletos más eficaces contra cualquier tipo de mal, se podía encontrar miles de cosas que servían para todo, no había nada que no fuese vendible, aunque otra cosa es que sus efectos funcionasen como se profetizaba.

Sorprendentemente, los calabozos de la ciudad no rebosaban tanto de malhechores durante los días del circo, ya que todos querían disfrutar de la fiesta. Acercándose las fechas del evento, ladrones, asesinos y demás miembros de la escoria ciudadana tenían mucho cuidado de no hacer nada raro que incordiasse a las autoridades y acabase con ellos y sus huesos en un putrefacto calabozo, lejos del ajeteo festivo.

El punto culminante de todo este jolgorio eran los combates en el circo. Este era un recinto que se preparaba para tal ocasión y se encontraba fuera de las murallas de la ciudad. Tenía unas dimensiones colosales y la arena que se esparcía por su suelo se traía de una playa vecina. Disponía de diversas tribunas a suficiente altura desde donde poder seguir todos los espectáculos sin miedo a mancharse de sangre. En él había cabida para multitud de gente que disfrutaba de todo lo que allí se llevaba a cabo, bien aplaudiendo a la valentía de los luchadores y luchadoras o bien haciendo apuestas sobre quién saldría victorioso o quién sucumbiría.

Los combates eran de dos tipos, a vida o a muerte.

Con los primeros se tendía a acabar con una pierna o un brazo partido, un buen chichón y hasta la cara reventada de un buen puñetazo, nada más grave, ni importante.

Sin embargo, con los segundos, estos casi siempre acababan con uno, dos o más adversarios yaciendo inertes en la arena.

El mismo rey Crotor declaró días antes que empezasen las fiestas, que aquel iba a ser el último año que se celebraban los juegos, ya que sus hijos al acabar estos, partirían hacia Nueva Maran y hasta que no volviesen pasado mucho tiempo los juegos no se iban a reanudar. Esta declaración fue un aliciente para que aquellos que estaban indecisos entre apuntarse o no, decidieran hacerlo con urgencia visto que en mucho tiempo no iban a tener oportunidad de mejorar sus vidas. El circo ofrecía a los ganadores fueran hombres o mujeres, éxito, prestigio y mucho dinero y a quien perdía le otorgaba justamente lo contrario, que fuesen sacados por la puerta trasera, llevarlos a la enfermería para curarles o cuando tocaba, enterrarles a los mismos pies de las murallas.

Estaba totalmente prohibido utilizar magia en ellos y si algún contendiente lo utilizaba en “Juegos a Vida”, se le penalizaba con arresto de seis días y flagelación inmediata de tres latigazos dados por un verdugo en medio del circo y a la vista de todo el populacho. Esto también daba mucha salsa al espectáculo. Si por el contrario se utilizaba magia en “Juegos a Muerte”, se penalizaba allí mismo con la pena capital. Se pagaba con la vida delante de todo el circo y todos sabían a lo que se exponían utilizándola. Era pues un espectáculo digno de ver para sádicos y demás.

Los “Juegos a Vida” se celebraban a partir del mediodía hasta el casi entrada la noche. Antes del combate, no se podía ver al adversario, pero se conocía de antemano el arma que utilizaría. Para ganar, se necesitaba que el contrincante acariciase el suelo por lo menos tres veces. Todas las armas estaban totalmente forradas y acolchadas, así que por mucho que se molieran a palos resultaba muy difícil que dejaras de respirar. Otra cosa era que mantuviesen todos los dientes en su sitio.

Ocurría que nunca se sabía cómo era el rival, así que a menudo uno de los contendientes viendo lo que se le venía encima se tiraba deliberadamente a la arena por su propia cuenta. Con esto lo único que conseguía era que el circo entero le silbase, abuchease y le arrojara todo tipo objetos desde las gradas, pero nada más lejos para su salud. Los guerreros y guerreras victoriosos de estos combates tenían como premios los regalos que entregaban la gente importante y noble de la ciudad para la celebración de estas fiestas en honor a los cumpleaños de los príncipes. El rey se ocupaba mucho de ello y sabía bien quién entregaba y quién no, sobra decir el “importe de la factura” que le podía pasar a aquel que no ofreciera nada.

De esta forma con una victoria se podía conseguir desde comidas y cenas gratis en una taberna, a una carreta llena de maíz, alojamiento en alguna de las posadas de la ciudad, cestas de frutas, una buena armadura, espadas, arcos y hasta es posible que alguna que otra gema. Así que por este tipo de posesiones, mucha gente se animaba y se lanzaba a la arena acabando como acababan.

Los “Juegos a Muerte” eran diferentes. Se iniciaban cuando el sol desaparecía bajo el horizonte y era entonces cuando el circo se iluminaba con la mágica luz que proyectaban cientos de antorchas.

Si en las peleas del día lo que más se oían eran las risas de los asistentes, en los combates nocturnos siempre imperaba el griterío atronador de la muchedumbre. Gritaban una y otra vez el nombre de su guerrero o guerrera favorito y le animaban simplemente porque el incremento de sus ganancias dependía de que este o esta rebanase el cuello de su oponente. Mujeres y hombres luchaban contra su mismo sexo codo con codo, sin ningún tipo de miramientos. Todo combatiente tenía pleno derecho a su parte de las apuestas, ya que estaba en juego su propia vida y esto se llevaba a rajatabla por los controladores de apuestas.

Se permitía todo tipo de armas, advirtiendo siempre antes de comenzar a ambos contendientes la que iba a usar su rival. En armas arrojadas como ballestas y arcos, se tenían derecho únicamente a una flecha y en caso de no acertar al enemigo, lo único que podían hacer era defenderse con lo que les quedara en la mano. También en la arena, diseminados sin ningún tipo de orden había gruesos troncos que se podían utilizar a modo de escudo o parapeto. Al final de la noche solo había vida y muerte en la arena y era conocido que la deseada victoria podía dar al ganador la posibilidad de ser el futuro guardaespaldas de algún Brick que estuviese viendo los combates. Este era el circo creado por el rey Crotor para que el populacho no se aburriese y celebrase los cumpleaños de sus tres retoños. Un circo con el cual también intentaba que el pueblo se olvidase por unos días de esas ansias de alzamiento y revueltas que anidaban por muchos lugares del reino.

“La alta torre”

Un poco de historia y demás – La traición de Ganvard

Fue un dramático suceso lo que desequilibró mentalmente al rey Crotor. Un suceso que le conmocionó de tal forma, que hizo que se comportara como un pelele poseído por una mente enferma. Pero además de su comportamiento, su opinión referente a las mujeres cambió radicalmente y no precisamente a mejor. Todo debido a lo sucedido con la reina Ganvard, su mujer.

Años antes estaba terriblemente enamorado de ella. La mimaba y obsequiaba constantemente con todo tipo de regalos; espléndidos caballos bravos traídos desde lejanas tierras; joyas engarzadas en oro, gemas, rubíes, bellísimas ropas trabajadas en los lugares más increíbles del reino que descansaban en sus hermosos armarios roperos.

Decían que la reina Ganvard era de una belleza incomparable. También se decía que era muy difícil mirarla y poder dejar de soñar con ella, y que cuando te escrutaban sus ojos de color de esmeraldas, sentías ser hipnotizado sin poder negar nada a su portadora. Alta, estilizada y con tal dulzura en sus movimientos, hacía recordar el suave mecer de las hojas al viento. Ese mismo viento que cuando alborotaba sus largos cabellos blancos, maravillaba a cualquiera que la estuviese observando, admirando. Esto unido a los bellos ropajes que portaba, la convertían sin duda en uno de los seres más bellos del reino. Su forma de actuar era la de una persona con determinación. Era abierta, sabia y magnánima, tanto en hechos como en sus palabras. Descendía de una poderosa estirpe, siendo su familia una de las más nobles, importantes y acaudaladas de la gran provincia estado de Alghall. En Lamiah se decía que simplemente por su belleza había nacido para ser reina y muchos ilusos soñadores pasaban sus largas noches en vela mirando desde sus ventanas hacia el palacio imaginando que tal vez aquella noche consiguiesen verla.

Todo estaba al alcance de la reina y a su entera disposición, aun así, el rey le dio más todavía; lo más supremo, lo más ansiado, le dio el poder. La reina Ganvard podía elegir si conceder vida o quitarla simplemente señalando con su dedo. Podía ser juez y verdugo que nadie la juzgaría. Nada le faltaba, así que..., ¿qué más podía desear?

Más creyéndose sana y salva de todo cuanto aconteciera, no pudo resistirse al deseo de su propio cuerpo y sintió la necesidad de acariciar otro más joven, sano y fuerte, otro cuerpo muy distinto al ajado, decrepito y anodino de su real esposo. De esta forma de la noche a la mañana y casi sin darse siquiera cuenta, comenzó a tontear con un apuesto capitán de la guardia personal del rey. Crotor por su físico era imposible que atrajese a nadie, con una altura normal desarrollaba hacia bastantes años una tendencia a engordar progresivamente. El poco pelo lacio y duro que le quedaba, intentaba ocultarlo

constantemente debajo de su dorada corona. Y allí en algunos lugares de su boca donde antes había habido piezas dentales, ahora se mostraban grandes agujeros negros y fétidos. De modales rudos y sin dulzura alguna, resultaba muy difícil de creer que la reina se hubiera casado con él embriagada por su amor.

Sin embargo, lo que llegó en aquellos días destinado a palacio no era precisamente una réplica del rey, no. Su nombre era Sshain y había demostrado más de una vez su valía y entrega en el cumplimiento de su deber. Era alto, joven, fuerte y con un futuro muy prometedor. Con el cargo de capitán que desempeñaba en el palacio, ¿qué más podía pedirle a la vida para su edad? Había conseguido escalar de rango en la escuela militar con una rapidez asombrosa, poseía una serie de cualidades por las que muchos le envidiaban y otros le aborrecían; sin embargo, casi todos intentaban estar cerca de él siempre que podían. Amigo de sus amigos y sobre todo de las amigas de estos, no dudaba ni un momento en piropear y cortejar a quién fuese necesario con tal de conseguir algún trofeo. Esto le hizo merecedor de más de un enemigo acérrimo. Su traslado a la corte fue merced al descubrimiento por su cuenta de un intento de asesinato de un noble amigo del rey. Esto le sirvió para que de la noche a la mañana volara hacia el éxito.

Así que al llegar a palacio y ver a la reina no pudo evitarlo y siguió actuando como le había enseñado la vida. Desplegó todas sus técnicas amorosas no dudando en utilizarlas allá donde fuera necesario, pero siempre cuidándose mucho y observando la lejanía de su poderoso contrincante. Primeramente, su comportamiento hacia ella era como el de una tímida gacela convirtiéndose poco después en el león amoroso que llevaba dentro.

Y la reina cayó en sus redes. Al principio todos los cuidados eran pocos para no ser descubiertos por el rey y sus secuaces. Ambos se veían y se encontraban fugazmente aprovechando cualquier momento en que el monarca estuviese ocupado entre consejos, juicios o lo que fuese. Con el pasar de los días estos encuentros fueron a más, eran cada vez más intensos, más largos y sobre todo más apasionados. Sin darse cuenta o bien menospreciando la vigilancia que debían tener, cierta mañana que el rey presidía un juicio sobre una denuncia de un Brick por un altercado con campesinos, se acostaron en el mismo dormitorio real. El amor que se profesaban en cada instante de cada cita era cada vez mayor y más sublime. Aquel fatídico día en concreto ambos acabaron completamente extenuados después de hacer el amor quedándose plácidamente dormidos y sobre todo creyendo que la otra persona quedaba despierta para avisar y al momento recoger, vestirse y marcharse. Pero nada les despertó, fueron traicionados por el deseo, la pasión y el cansancio. Al cabo del tiempo y ante su sorpresa, cuando abrieron los ojos solo pudieron divisar la rígida e impávida figura de su rey que era flanqueado por dos de sus leales consejeros reales.

Crotor la encontró en su propia cama con el capitán de su guardia personal y el veredicto para la infeliz pareja fue dictado allí en el mismo instante en que se descubrió la traición. Al amanecer del día siguiente, el capitán sufrió la amputación de sus dos piernas y sus dos manos, incluso su propia lengua le fue extirpada para que no pudiese defenderse alegando cualquier tontería de esas sobre el amor (según dijo el propio rey). La vista le fue perdonada para que pudiese ver con sus ojos el horror en que se habían convertido su desgajado cuerpo. Posteriormente médicos y magos del rey le atendieron y curaron sus heridas con extraños ritos mágico para que no muriese desangrando y aguantase vivo un tiempo más. Se le tapó su irreconocible boca con un áspero pañuelo de tela de saco, ya que los quejidos y lamentos que aún salían de esta podían fácilmente alarmar a cualquier ser vivo que lo viese cuando era llevado a morir en el destierro.

Para salir de palacio fue transportado por soldados entre túneles y pasadizos ocultos que desembocaban en cloacas llenas de inmundicias. Ya al aire libre, una carreta llena de heno les esperaba y depositaron en ella cuidadosamente su atroz encargo. La orden del rey era tajante, no debía morir en palacio ya que, si eso ocurría, los soldados

que lo llevaban seguirían el mismo destino. Esto ayudó para que el pobre infeliz fuera tratado con un mimo digno de reyes. Bajo orden también estricta y expresa que nadie del pueblo debía percatarse de lo ocurrido, la carreta y los soldados salieron con sumo cuidado y en el más absoluto silencio de la ciudad. Al día siguiente llegaron a su destino y en el interior de un bosque depositaron suavemente entre la hojarasca el desdichado cuerpo del pobre capitán que con lágrimas en los ojos parecía estar implorando misericordia solicitando una muerte rápida.

Pero de nada sirvió ya que, a su alrededor, los soldados siguiendo órdenes y con rostros serios, esparcieron trozos de carne, sangre y vísceras de animales para que cuando se fuesen de allí, los lobos, buitres y chacales diesen buena cuenta del festín vivo que les estaba esperando.

Y ese fue el fin del pobre capitán que queriendo llegar muy lejos, acabó relativamente... cerca.

Al rey Crotor le trastornaron demasiado estos hechos. Estaba acostumbrado a ser inflexible, duro, dictatorial con todo el mundo y que se hiciese lo que el dictaba y ordenaba dependía de seguir vivo o muerto.

Por eso creía estar a salvo de cualquier tipo de batalla y si esta ocurriese, tenía la seguridad que no iba con él. Pero todo este remolino de acontecimientos le cogió por sorpresa y se desmoronó íntegramente; sucumbió al pesar y a la traición.

Lo primero que hizo fue emitir un bando real donde exigió que toda su vida anterior con la reina en la que ambos apareciesen fuese borrada de un plumazo de la faz de Shámsala. Todo libro que hablara de ellos debía ser destruido, no importando su valor; aunque estuviese hecho con letras de oro y el lomo portase piedras preciosas. Las actas reales en las que aparecería la reina también fueron destruidas siendo echadas al hambriento fuego. El aspecto de los aposentos reales fue cambiado en su totalidad, las pinturas, paredes, el mobiliario, todo fue mudado. Cuando acabaron las obras en palacio, nada hacía recordar que antes allí hubiese morado una reina.

Las noticias de los cambios llegaron a ser poco a poco conocidas en Vende y el pueblo empezó a preguntarse donde se encontraba su reina. Crotor en un alarde de acercamiento a sus súbditos mintió como solo él sabía hacerlo, y dijo que la reina había sido trasladada al norte del reino ya que había contraído una enfermedad muy contagiosa y por el bien de la ciudad y ante el temor que este mal se propagase, la había desterrado lejos, muy lejos al norte. Tontería que solo los más idiotas creyeron y que los más listos prefirieron no comentar por si acaso.

Al poco tiempo llegó a oídos del rey que el pueblo no había creído del todo sus explicaciones y que algunos se jactaban por las calles de lo que podía haberle sucedido a la reina. Crotor decidió entonces dictar una serie de normas nuevas pensando en que nadie volviese a reírse jamás de él. Juglares, bufones, actores de pantomima, tenían prohibidas las representaciones en teatros sobre la realeza y menos hacer comedias de ellas, no se podía hablar nada de la reina. Este hecho estaba penalizado con penas instantáneas, por lo que si alguien cantaba alguna canción inspirada en "supuestos" acontecimientos, sobra decir entonces lo que le ocurría. Hay que decir que más de una vez por aquel entonces los espías de palacio se integraron entre el populacho solo con una intención..., juzgar y ajusticiar en el acto a quien creyesen culpable de ultraje contra su emperador. Nadie les iba a pedir cuentas ya que tenían carta blanca para proceder, carta blanca directamente de su rey. En aquel tiempo se dieron bastantes casos de falsas acusaciones, pero Crotor ante la duda que estas fueran ciertas o no, iba a lo seguro que era ejecutar a quien fuese en cuestión. Muerto el perro se acabó la rabia, se decía.

Y todo ello para que el pueblo aprendiese sobre lo que no podían, ni debían hablar. Nadie podía recordar a la reina, nombrar a la reina o conocer la historia de la reina.

Y por esto el rey decidió no volver a casarse jamás, ni confiar en mujer alguna. Tristemente como nada se le podía negar, lo que le apetecía lo tomaba sin dar explicaciones. Cogía sin pedir permiso aquello que quería o anhelaba, por las buenas y por la fuerza.

Sus leales chacales tenían órdenes personales expresas de buscarle y llevarle muchachas vírgenes, frágiles mujeres que a veces pagaban con el suicidio su estancia en palacio.

Sus leales chacales llevaban a su alcoba sus deseos al caer cada noche.
¿Recompensa? Media lastimosa onza de oro.

La reina Ganvard le había dado a Crotor un hijo nacido tres años antes y a quien habían puesto de nombre Elcor Vaalam de Shámsala. Más debido los acontecimientos descritos, este niño pasó a ser llamado Rodmien (nombre que se usaba para denominar a aquellos sujetos de lo más baja clase social), y fue despojado de los reales apellidos Vaalam de Shámsala. Borraron toda huella en los libros reales y anularon los datos de su acta de nacimiento en todo tipo de documentos como se había hecho con su madre. Simplemente desapareció un día sin más. No nació, no existió.

Crotor ordenó que su hijo fuese entregado acompañado de una dote suculenta a una mujer de baja fama que regentaba una indecorosa y mugrienta taberna de la zona peligrosa de la ciudad, donde ella ejercía su trabajo a través de sus encantos. Crotor ordenó de igual forma que cuando el niño creciese, se le enseñase el “innoble” trabajo de tabernero. Dejó asimismo bien claro que nada extraño podría ocurrir al niño, no podía sufrir accidentes de ninguna clase, y la vida de la mujer dependía de ello. Sin embargo, la amenaza no importó mucho a esta debido sobre todo al color de las monedas de oro y al sonido brillante que hacían en la bolsa, por lo que aceptó de muy buena gana el peligroso encargo. De todos modos, la tabernera sería vigilada a partir de ahora, primero para que no huyese con la dote y segundo, por el bienestar del chico. Era el principio de una nueva vida (se dijo ella), por fin tenía dinero fresco y podría comprarse vestidos nuevos y arreglarse un poco. Ya no tendría que soportar más borrachos y malolientes desdentados que le tocaban su aún terso culo al pasar, aunque eso sí, tendría que empezar a aprender cómo se vivía con algo de dinero. Así que sin más dilación recogió el niño y con una que más forzada postura de cariño hacia él, lo llevó dentro de la taberna. Su nuevo futuro trabajo le venía de perlas.

Esas fueron y así se siguieron las órdenes del rey, por lo que Elcor Vaalam de Shámsala salió por la puerta de atrás y no se supo de él hasta pasados muchos años. Pasó en un instante de ser el hijo primogénito y heredero del reino de Shámsala a no tener nada en absoluto. Lo único bueno para la criatura era que tenía tres años y no entendía mucho lo que sucedía a su alrededor. Su única culpa y delito era ser hijo de la traicionera reina Ganvard.

Así pues, Elcor, Rodmien o llámese como se quiera llamar, no era una persona cualquiera, era el primogénito del rey y llevaba en sus venas demasiada sangre real.

Aunque la intención del rey emperador a raíz de la traición de Ganvard fue la de no vivir con mujer alguna, con Megall se comportó de forma muy diferente. La muchacha llegó a palacio como tantas otras mujeres raptadas por los secuaces esbirros, pero con una gran diferencia, nada más verla Crotor se encaprichó inmediatamente de ella. Según dicen, Megall era realmente hermosa con un cuerpo muy bien moldeado y dotado. De piel morena, con pelo largo y negro, poseía además unos hermosos ojos color azabache y una sonrisa digna de un ángel. Muy a pesar de esto, el rey no llegó nunca a enamorarse de ella, lo tenía prohibido en su corazón, pero al tiempo y ya que no tenía descendencia alguna, pensó en engendrar un hijo. Quería que el ilustre apellido Vaalam de Shámsala perdurase y no se perdiese en el recuerdo el día en que falleciese. Así ordenó que Megall

fuera a vivir a palacio para tenerla a su disposición día y noche, instalándola en una habitación contigua a la de él. Crotor seguía recibiendo por las noches el fruto de sus mercenarios y cuando acababa, acudía a su habitación para luego dormir plácidamente rodeándola con sus brazos y roncar sobre su oreja. Más ella no podía decir nada temerosa por su vida, así hasta llegar el día en el que quedó embarazada.

Antes de nacer los príncipes y tras reunir un consejo de estado con todos sus leales seguidores, el rey Crotor había proclamado que había visto en sueños, como con el nacimiento de su nuevo hijo se iniciaba una nueva era de prosperidad que abarcaba todo el reino de Shámsala. Por lo tanto, la fecha del nacimiento iba a ser considerada a partir de ese día como el inicio del año uno. La nueva era comenzaría con el nacimiento de su retoño. .

Sus trastornos y delirios empezaban a ser bastante obvios, pero nadie se atrevía a contrariar la opinión real. Nobles, caballeros, asesores, magos y eminencias llegadas de todas las provincias del reino para el alumbramiento, aplaudían entusiasmados su nueva y genial idea.

-Decisión digna de un rey -proclamaban muchos de ellos entre mentirosos halagos, mientras la locura de Crotor parecía ser cada vez más evidente.

-Además de una decisión muy acertada –aplaudían otros.

Así que una nueva era iba a comenzar con el nacimiento del nuevo hijo real. Pero no nació uno, sino tres y ese momento fue escrito en las actas reales como el día uno del primer mes, del año uno. Y la misma fecha del nacimiento de los príncipes, fue la fecha de la muerte de su madre Megall. El rey hizo lo posible por salvarla ya que estuvo asistida por sus médicos personales en todo momento, pero no se consiguió alargarle la vida. Murió en la misma mesa desangrada donde a escasa distancia berreaban tres criaturas insignificantes. Al monarca este hecho le entristeció brevemente, pero al ver a sus retoños, su semblante cambió y la luz que parecía apagada momentáneamente en sus ojos, renació. Decidió dedicarse al cuidado de sus hijos y olvidarse por completo de ella en ese mismo instante. Así pues, cuando nacieron, la sorpresa de tener tres hijos fue un chispazo en la triste y aburrida vida del rey emperador Crotor Vaalam de Shámsala, una alegría que inundó de nuevo su ser, ya que era nuevamente padre y esta vez de tres hijos..., una niña y dos niños.

Les pusieron los nombres de distinguidas celebridades de su estirpe. Se barajaron muchos entre héroes de familia y anteriores reyes y reinas ilustres que habían llevado el apellido Vaalam de Shámsala.

El primero fue llamado Gumb Vaalam de Shámsala. Se le dio este nombre en honor a un antepasado rey de Shámsala. Un rey que hizo crecer el imperio hasta límites insospechados.

Para la niña, el nombre elegido fue Lienha, la elección fue más sencilla. Crotor dijo que, al ser mujer, aunque fuera su hija, no había que perder mucho tiempo con ello. Aún continuaba con la amargura en su corazón que no le dejaba razonar con sabiduría. Así que, siguiendo consejos de sus allegados, le pusieron un nombre en memoria a una heroína de una batalla famosa. Batalla que, por cierto, Crotor ni sabía que existía.

Cuando le tocó el turno de elegir el nombre a su segundo hijo, volvió a recordar anteriores personajes de su antiguo linaje y lo mismo; otra vez nombres de héroes, grandes reyes, músicos ilustres e incluso algún que otro importante gobernador muy renombrado pasaron por sus oídos. Pero al final y después de mucho pensar, acabó por ponerse de nombre Degall Vaalam de Shámsala, primer héroe de la historia del reino que consiguió aunar las siete provincias en un único estado..., Shámsala, y que era considerado el primer rey emperador.

Crotor sólo una vez habló con uno de sus hijos sobre la reina Ganvard. Concretamente lo hizo con el príncipe Degall cuando este tenía la edad de ocho años.

Lienha, y Gumb supieron de su existencia solo cuando sucedieron los hechos al cabo de los años. Quizás por el peso de la añoranza que la reina había dejado en el emperador, quizás por la pena que el sentía, o quizás porque pensaba que al pequeño principito aquello se le iba a olvidar. El tema es que sin mucho meditarlo Crotor acabó diciéndole algo que años después, ese algo iba a desencadenar una vorágine de crímenes, chantajes y su propio asesinato.

Y ese algo era que la reina Ganvard residía en la más alta torre del palacio.

“Slá”

La historia de los Hummus Slá's se remonta al pasado. Se creía que eran seres ya extintos, pero repentinamente hace unos doscientos años, volvieron a aparecer como por arte de magia.

La historia relata los hechos de la siguiente forma:

Hechiceros del estado de Lamverdy y en concreto de la ciudadela de Lomdad, se propusieron buscar mágicamente una solución a la enfermedad de su mago mayor y maestro llamado Slamy BeldNuc. Este era quien regentaba por entonces la ciudadela con suma rigidez y se puede decir que en demasiadas ocasiones con muy malas artes.

Después de mucho buscar sus discípulos no consiguieron encontrar ningún ungüento, ni brebaje que detuviese o aminorase el mal que su líder padecía y que le condenaba irremediablemente a una muerte rápida, aunque justa para su edad. Un día, cuando parecía que estaba llegando a su último aliento, Slamy BeldNuc solicitó a su hombre de confianza fuese a buscar urgentemente un joven atlético. Que luego le llevase a su estancia, le amordazase con fuerza y lo sujetase con cuerdas a una silla. Finalmente, también debía taponarle la boca con un pañuelo para que no pudiese gritar. Este sin pensarlo mucho, acató rápidamente las órdenes que le daba su maestro no sin antes intentar descubrir que hechizo quería realizar con el joven. Sin embargo, al no obtener respuesta alguna, obedeció raudo y fue en busca de lo que le ordenaban. Los extraños deseos fueron cumplidos y un pobre incauto fue instalado como había solicitado el moribundo maestro. El joven por más que solicitaba clemencia no consiguió nada, ya que nadie en su sano juicio, osaba desobedecer la voz de Slamy BeldNuc. El mago ordenó que todos saliesen de su alcoba exigiendo que oyesen lo que oyesen..., nadie debía entrar en la alcoba. Hicieron caso a su maestro dejándoles allí solos a los dos. Al cabo del tiempo repentinamente los gritos y alaridos del joven arreciaron propagándose por todo el lugar, pero nadie osó penetrar en la alcoba. Pasaron minutos, horas, llegó la noche y con ella el alba mientras los discípulos seguían esperando. Finalmente, a media mañana del día siguiente decidieron entrar. Allí encontraron al maestro ya fallecido y al joven en un estado semejante al hipnótico. Al poco tiempo este recuperó su compostura y ante el asombro de todos reconoció ser Slamy BeldNuc, el mago mayor en un cuerpo joven. El suyo decrepito, yacía encima de la cama en postura fetal. Todos se percataron que el joven no era tal, sino otra persona..., su maestro ya que hablaba y actuaba como él. Viendo la nueva posibilidad de una inmortalidad como meta, acataron lo ocurrido como un futuro prometedor que no acababa para ellos. Este fue el inicio de una nueva orden que ofrecía vida y más vida a sus miembros. No había enfermedades, no había males, no había calamidades ni desgracias, únicamente cambios de cuerpo cada vez que lo deseaban con lo que eso conllevaba, el asesinato de alguien inocente cuya única culpa era estar en el sitio y lugar inadecuado.

Lugar como encontrarse cerca de un slá.

Desde tiempos muy antiguos se sabía y se tenía conocimiento de este tipo de magia, aunque se creía desaparecida. Prácticamente nadie la recordaba olvidada en el tiempo de la faz de Carioth-Carbalon y por supuesto nadie la practicaba, pero volvió y su

nombre era el mismo que el de antaño, “Hummus Slá”. Cuando un slá ocupa un cuerpo, este fallece y queda a merced de su nuevo ocupante. Por eso desde que se supo de esta nueva orden de magos, se ordenó que la muerte fuese lo único que se les ofreciese sin perdón alguno. Una muerte que habría que darles con suma rapidez antes que pudiesen llegar a diluirse en forma de humo y escapar través del aire. Regalarles la parca no resulta tan fácil. Luego con el tiempo también se decidió capturarles y encarcelarles en recintos especiales, donde gracias a una magia muy antigua se consiguió retenerles.

Así pues, Slamy BeldNuc fue el primero de la nueva hermandad de “Hummus Slá ´s”. A partir de aquí los slá’s optaron por invadir los cuerpos cuando estuviesen dormidos, era mucho más fácil, sencillo y sin tanto griterío.

“Lincoulos”

Mientras en Shámsala los vasininos eran quienes poseían la mayoría de los conocimientos sobre diversas disciplinas como pudieran ser como matemáticas, economía, arte, autodefensa, etc. etc. etc. En el Reino de la Luz y en lo referente al arte del ataque y defensa, solo había un nombre “Lincoulos”.

Los lincoulos eran hijos de mujeres sentenciadas a muerte por un juez tras una acusación excesivamente injusta casi todas las veces. Ya en prisión se las daba a elegir entre la muerte inminente o alumbrar un hijo y entregarlo al estado. Muchas rechazaban semejante trato y acababan recibiendo el inmerecido castigo al momento, sin embargo, otras muchas aceptaban. Si quien nacía era una niña allí mismo se la sacrificaba puesto que hasta que no alumbrasen a un niño en perfecto estado, debían proseguir en el penal. Tras la entrega de la criatura se les concedía plena libertad. Decir que los padres eran los propios carceleros, se sobreentendía. A los niños recién nacidos casi desde el primer momento les separaban de su madre y hasta el que eran llamados por su emperador, se les adiestraba en el culto al odio y a la defensa y protección de su rey.

El culto al odio.

Desde bien jóvenes a estos niños “especiales”, se les instruían en la disciplina del aborrecimiento sobre todas las razas y reinos que pudiesen habitar en Carioth-Carbalon. Ellos crecían y lo mismo su odio interno ya que día tras día una apabullante y amañada información era introducida metódicamente en sus débiles mentes. Cuando entraban en la madurez, entonces y solo entonces, eran llamados por su soberano para poder acompañarle y pasaban a ser uno más de sus protectores personales.

La protección de su rey.

Además de instrucción mental contra todos aquel que no perteneciera al reino, día tras día se iban ejercitando constantemente en autodefensa y protección, pero solo en esta rama, no como los vasininos cuyo campo abarcaba otros muchos diferentes. Los lincoulos eran una verdadera arma humana con dos solas funciones en sus mentes, cuidar de su rey y odiar a cualquier soberano y pueblo de los reinos próximos, no había nada más dentro de sus atormentadas mentes.

Ocurrió hace muchísimos años. Por entonces hubo un enfrentamiento entre el Gran Reino de la Luz y el Reino Mun por cuestión como siempre de agrandar un reino y empequeñecer otro. Tras trece años de guerra se llegó a un acuerdo de paz a costa de muertos y pandemias. Los dos emperadores quedaron emplazados para firmar el nuevo tratado. Al rey del reino Mun le acompañaban sus caballeros, al del Gran reino de la Luz solo cinco lincoulos. Incomprensiblemente uno de ellos atacó al rey Mun hiriéndole gravemente. Por más que se intentó detenerle fue imposible. El lincoulo no obedecía a nadie, ni siquiera a su rey que le ordenaba parar en su acción. El odio tan enraizado en sus entrañas estaba totalmente desbocado y ni siquiera sus otros cuatro hermanos de raza hicieron caso a su soberano intentando detenerle. Solo gracias a la valentía (llámese milagro), de un oportuno caballero Mun se consiguió abatirlo y el emperador pudo

sobrevivir aquel día. A raíz del oscuro suceso, los lincolos y sus instructores fueron barridos de la faz de Carioth-Carbalon, pero no por mucho tiempo. Unas décadas después del suceso, los herederos de aquel mismo rey emperador del Reino de la Luz volvió a solicitar que se restaurasen los Lincolos con todo lo que ello significaba.

Hasta hoy.

De los lincolos solo se veían los ojos y nariz, una ajustada capucha les tapaba todo el pelo y las otras partes de la cara. Se complementaban con un pañuelo del mismo color oscuro que les cubría también boca, barbilla y cuello. Esto bastaba para impresionar a quien tuviesen enfrente. Luego desnudos de cintura para arriba y siempre curtidos por el sol, eran musculosos y de fibroso cuerpo. En su talle, un cinturón lleno de tachuelas que sujetaba unos cómodos pantalones abombados.

Como armas solo acarreaban con un par de espadas en su dorso y portaban un par de mortíferas dagas. El acero descansaba dentro de sus vainas fuertemente anudadas con hermosas cuerdas trenzadas.

INSTAGRAM

Shamsala999

FACEBOOK

Crónicas de Shamsala

MAIL

cronicas999@gmail.com